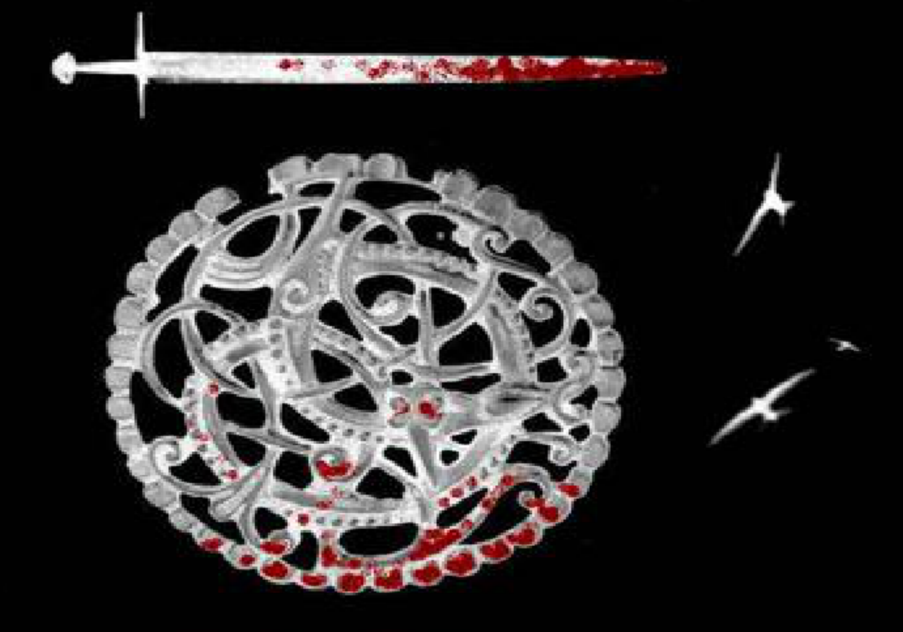
# ANTIGUA VAMURTA

LA SAGA COMPLETA



IGOR KUTUZOV

# ANTIGUA VAMURTA Iy II
## —la saga completa—

Lluís Viñas Marcus
*alias*
igor kutuzov

Para Gina
Libre, crece una flor en el páramo.

*Antigua Vamurta I y II*


Ilustración de la cubierta: Cristina Viñas Marcus.
Diseño de la cubierta: Cristina Viñas Marcus.
Correcciones: Victoria Untoria Sánchez, Jordi *el Dissortat* y Amparo Granada.

Agradecimientos: A las correctoras de Vamurta, por atreverse a navegar en mares embravecidos en pos de una Ítaca áspera, y a Yvonne-Denise Marcus, mi madre.

Edición: Antigua Vamurta I y II es una autoedición a cargo de su autor, Lluís Viñas Marcus, cuyo pseudónimo ha sido Igor Kutuzov.
Antigua Vamurta adopta las disposiciones de la RAE de 2010: adiós al “sólo”, “éste” o “aquéllos”, etc.

## prólogo del segundo libro
## *antes de acabar…*

Para algunos Vamurta será algo nuevo, para los que habéis leído Antigua Vamurta Volumen I, con pesar, esto llega a su fin. Termina el ciclo de Vamurta, aunque quizá este universo fantástico perviva un poco más con algún nuevo relato. El libro que tienes en las manos o comprimido en un archivo electrónico está a punto de eclosionar. En algún momento vas a sentir una ausencia que te acecha, pues estarás viajando lejos, muy lejos, por parajes que nadie antes ha transitado. Llegará un momento en que no sabrás dónde estás. En este segundo libro de Vamurta emergen, como una afloración rocosa imparable, la aventura, lo onírico y la magia.

En cierto sentido, Antigua Vamurta es un mundo perfecto, por tanto, irreal. Eso sí, siguiendo dos sendas que discurren en paralelo: la verosimilitud y la fantasía, que en estas páginas agrestes no son excluyentes. Jamás he creído en magos y héroes surgidos de la nada, porque sí. Cualquier ser dotado de habilidades poco frecuentes las posee por el tesón y el esfuerzo en conseguirlas. Y a pesar de los esfuerzos y los trabajos, el tahúr, el azar, pueden decidir la dirección a tomar en una encrucijada.

La aventura baña las playas de este libro, más dinámico, ágil. El deseo de aventura es algo implícito en los seres de Vamurta, está tatuado en su interior. No es otra cosa que necesidad, necesidad de conocer y acumular vivencias. Es el mismo instinto que hace rugir *La Odisea*, *La Anábasis*, el *Tirant lo Blanc*. Está presente en *Mío Cid* y late en *El Señor de los Anillos*.

Otro pilar de la obra es el amor como fuerza vital. Un amor entendido de muchas formas: el deseo del otro, la amistad, la fidelidad. El sentido de lo justo —y aquí Vamurta entronca con los viejos ideales caballerescos—, el choque de civilizaciones, la lucha por el poder y la preeminencia de unas razas sobre otras formas de vida, son algunas de las paredes de carga que sostienen el cielo raso de esta novela. ¿Todo muy antiguo? No. Hoy, en lo único que hemos cambiado es en el grado de sofisticación con el que seguimos estas pulsiones. Sin ser muy consciente al principio, creo que los dos libros de Vamurta contienen una metáfora de la actualidad. Un paralelo entre nuestro mundo y la ficción. Ya sabéis, el buen traductor debe ser un insensato, el inconsciente del escritor, un traidor.

Cuando llegues a la última palabra es posible que lo hagas con pesadumbre. Puede, incluso, que me recrimines por no continuar

adelante, perforando nuevos túneles y siguiendo, casi a tientas, los atajos de un bosque que bien pudiera ser infinito. Si esto es así, habrá valido la pena cimentar este mundo fabuloso.

Hay muchas razones que explican el porqué de dos libros y no tres, cinco o siete. El motivo más poderoso son las otras voces. Llevo años sumergido en el lago de aguas turbias, cruzado de vez en cuando por los rayos del sol, de Vamurta. Ha pasado el tiempo, pues, y durante estas primaveras e inviernos otras voces han pugnado por salir a la superficie y, debo, como un jardinero ajetreado en un vergel que no deja de expandirse, roturar la tierra para que dichas voces crezcan y se multipliquen.

No temas por el cierre del libro. La trama está bien urdida con agujas de madera y grafito. Ahora te toca a ti romper el sello invisible y adentrarte en la niebla. No mires atrás.

## *ÍNDICE DE ANTIGUA VAMURTA*

Para ir directamente a cada capítulo usar el hipervínculo (a la derecha) en números romanos.

### **primer libro de antigua vamurta**



### **Segundo libro de antigua vamurta–***Dragón Rojo.*

# PRIMER LIBRO DE VAMURTA

## Primera Parte

## Un mundo encerrado

## 1
## Las puertas de la ciudad

Desde donde se hallaba se podían escuchar susurros que se perdían. Llegaban luces oscilantes, las blancas luces del sol. Hacía calor y sudaba. El dolor de la herida había crecido hasta colmar su cuerpo y doblegar su voluntad. Al entreabrir los párpados, le pareció que unas sombras atravesaban los haces de luz que se proyectaban sobre su cama. Intuyó que no se encontraba solo, que algunos lo acompañaban. Desde el exterior llegaba el rumor de una ciudad, una ciudad que jadeaba asustada. Logró razonar unos instantes. «Los dioses que tanto me han dado, hoy parecen negármelo todo».

Los recuerdos de esos últimos días se entretejían, sumiéndolo en la confusión y la pérdida. ¿Eran palabras lo que oía o el rumor del oleaje? La fiebre volvía a galopar en sus arterias, tiritaba como un niño. Alguien aplicó una tela húmeda y fría sobre su frente ancha. Sintió que la piel, áspera y gris, era refrescada por una leve corriente de aire.

La realidad se fundía de nuevo, esas voces se alejaban, los claros en la habitación desparecían. Cerró los ojos. Necesitaba ordenar, necesitaba saber dónde se encontraba. De golpe, se incorporó de la cama. Gritó, preguntó por su madre con desespero hasta que flaqueó, desplomándose sobre las sábanas para volver a navegar entre pesadillas. El incienso que se consumía en la estancia aligeraba el peso de sus propios olores, el hedor de un enfermo mezclado con las secreciones de la herida. Volvió a un estado de duermevela, sumergido en un baño de emociones. En aquel rincón de reposo el mundo era un lugar sin tiempo.

Debía de ser muy pronto. Cerró y abrió los puños, se palpó la cara con prudencia, como si concibiera la posibilidad de descubrir a otro. Haber perdido el paso de los días y de las noches le producía una vaga sensación de vértigo. La fiebre había remitido. Ahora era capaz de observar su entorno y volver a situarse.

El techo de la cámara era un gran lienzo, escenas de combates de los padres de su pueblo. Se habían aplicado pocos colores. Dominaba una textura ocre punteada de azules y tonos más oscuros. En el centro del fresco, un grupo de hombres grises traspasaban con largas lanzas los esbeltos cuerpos de los murrianos, agrupados en un extremo del mural, dibujados con una idéntica expresión de terror, alineados como si se tratara de un rebaño que espera el sacrificio. Algunos intentaban

escapar y eran dibujados huyendo a la carrera hacia el otro extremo del mural, ahí donde se vislumbraba el horizonte bajo el que se distinguían las grandes montañas del oeste. A la derecha estaba representada Vamurta, con su gran anillo amurallado. De la ciudad salían filas y más filas de soldados, los cascos azulados, bajo los estandartes negros y blancos del condado.

Su mirada abandonó el fresco, desplazándose hasta la pared que tenía justo enfrente. Encontró una amplia estantería de roble que llegaba hasta el techo. Ahí se guardaban gruesos volúmenes de cuero viejo. Libros de doctrina religiosa, de ciencia y arte, las Leyes Dantorum, tomos de caza y algún tratado naval.

Era su habitación. Veía el armario de armas abierto a la derecha de la balconada. Tamizada por delgadas cortinas blancas, se filtraba la claridad fría y limpia del amanecer.

El dolor volvía a quemarlo como un fuego sin llama. La pierna. Un dolor negro y silencioso que conseguía romperlo. ¿Qué había pasado? Se retorcía sobre las sábanas, cerrando los puños con fuerza. Dejó escapar un alarido. ¿Cuándo? ¿Por qué todo se despedazaba? Sus certezas y recuerdos temblaban. ¿Qué hacía en su propia cama, herido? Sabía que nadie los había visto llegar. Se mesó la negra barba, de pelo liso, después el rostro de piel ligeramente gris, propia de su raza. Estiró el pie izquierdo hasta notar cómo los huesos crujían. Recordó lo vivido, los acontecimientos que se habían sucedido con gran violencia, uno tras otro sin que nadie ni nada los pudiera contener. Los hombres grises no estaban preparados. Nadie había previsto la ofensiva del pueblo murriano.

Le pareció recordar que había despertado dos jornadas atrás en algún punto cerca de la capital, tras la batalla, aunque no estaba seguro. Estaba allí, aturdido sobre hierbajos a merced del viento. Se había medio incorporado sin entender dónde se encontraba. Rememoró el desconcierto de aquel que vuelve a la vida en un paisaje fúnebre que no reconoció. Sombras, manchas de luz mortecina. El cielo, una gran franja azulosa apagándose, se extendía por encima de la línea del montículo que se elevaba frente a sus ojos. El silencio del crepúsculo, cuando los latidos del día se retiran.

Desde su cama recordó ese lugar incierto en el que recuperó el conocimiento. Tras la contienda. Obligado a permanecer de rodillas, mareado, exhausto, atormentado por una terrible sed. No sentía la lengua ni los labios cuando volvió en sí. Sabía que necesitaba agua para abrir esa masa de arena que era su boca. Le llegó un rugir lejano, lamentos diluidos por la distancia. Volvía a caer. Era incapaz de levantarse. Muy confundido todavía, sus manos aterrizaron sobre algo frío y viscoso. Se miró las palmas de las manos. Rojas, aquello que se adhería a su piel gris era sangre. El espanto. El miedo le devolvió los

sentidos. Se encontraba rodeado de cuerpos sin vida, se había incorporado de entre los muertos.

Vislumbró bultos, hombres y mujeres cubiertos de barro seco, manchados, algunos agarrados al asta de las lanzas, ahí una mano aferrada al pomo de una espada. Una gran extensión sembrada por los restos de la batalla, un campo reventado, como un naufragio. Cuerpos amontonados siguiendo las ondulaciones del terreno, acariciados por la luz morada del anochecer. Volúmenes inmóviles de los que sobresalían cabezas, banderas arañadas y brazos.

Sobre el manto de los cuerpos inertes, los buitres trazaban amplios círculos hasta aterrizar con gran parsimonia sobre los cadáveres para desgarrar y tomar su tajada. Oía a su alrededor un aleteo incesante, los grandes pájaros levantando el vuelo, allí había uno dando pequeños brincos entre los muertos. Intentó entender qué había sucedido.

Solo, al pie de una loma de piedras, abrasado por la sed, sucumbió al impulso de remover los cuerpos, frenético, sin percibir el gran hedor que, como una niebla espesa, se adhería a todo lo que estuviera a ras de suelo. Levantaba piernas, giraba barrigas, volteaba corazas, hasta que encontró un pellejo de agua.

No había mucha, dos tragos cortos. Exhaló aire. Inmediatamente después de beber, su olfato percibió todos los matices de la podredumbre. Notó un golpe bajo su esternón, hasta tres veces sintió la subida del vómito...

Consiguió dar dos pasos. Había que subir hasta esa loma. Debía huir de ese lugar.

****

Eran tres doctores. Enseguida reconoció al joven Ermengol, amigo y médico de palacio. Explicaba a los otros dos colegas el estado del paciente, acompañando las sentencias con leves inclinaciones de cabeza.

—Debilitado, sí. La punta de la lanza le ha arrancado musculatura, no mucha. Por fortuna no ha roto ningún hueso ni las vías de sangre —dijo, a la vez que paseaba arriba y abajo, haciendo oscilar la túnica verde noche de doctor de la corte—. La herida ha sido desinfectada con raíces de osspirrus, lavada y cicatrizada con hierro candente. Hay que esperar. Ver si la carne se pudre o no. El golpe en la cabeza no es nada. Este hombre ha sufrido un cuadro de fiebre alta, de agotamiento físico... Saben los dioses dónde habrá estado estos últimos días...

El diagnóstico había sido más benigno de lo que podría parecer

por su aspecto. Los tres médicos guardaron silencio al tiempo que observaban al enfermo, que se revolvía en su lecho, inquieto, sudando y abriendo mucho los ojos. Los observó un instante con la mirada del ido. Se incorporó con violencia.

—¡La ciudad arderá! ¡Arderá con todos dentro!

—¡Ya habla! —exclamó, sorprendido, uno de los doctores.

—No debéis moveros ni hablar, señor —sentenció Ermengol, empujando suavemente al enfermo contra la cama.

—La ciudad está perdida, ¡escapad! —vociferó, desgarrado.

—¡Rápido, hierbas de Alou! —ordenó Ermengol.

Los vapores de las hierbas lo devolvieron a un sueño profundo.

De aquel sueño nació una densa bruma de la que emergía su ciudad como un navío extraviado. Cuando la urbe ya se había alzado, brillando sobre un mar de estratos nubosos, empezó a resquebrajarse hasta que, de repente, se hundió en muy poco tiempo, como si algo la hubiera aspirado abajo, abajo, mientras él presenciaba el hundimiento, impotente, desde una torre lejana donde se sentía encadenado por un encantamiento que inmovilizaba sus piernas, las manos, su corazón. La imagen se desvaneció. Entonces vislumbró un gran torrente de agua y de entre esas aguas emergía su madre. Parecía muy joven y le hablaba. No podía comprender sus palabras, solo recordaba que le decía algo. Su madre continuaba hablando y hablando y sus labios mojados describían una sonrisa permanente. Lo tomó del brazo y lo condujo a algún sitio.

Era el Palacio de Verano y ya no llovía. Miraban las grandes encinas, de hoja oscura, desde un balcón alto. Ella sonrió y, luego, golpeó su pierna con furia. Dejó escapar un grito de dolor y despertó en sus aposentos.

Apretó las mandíbulas, sus dientes mordieron el aire. En la habitación reinaba la noche. Dos velas ardían sobre la mesa, a su lado un viejo sacerdote dormitaba en una silla con las manos recogidas en el regazo. La herida aún palpitaba punzante, pero su cuerpo cansado parecía haber recobrado un cierto vigor. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿El sol estaba a punto de asomar por el balcón o era medianoche?

El dolor en la pierna ya no mandaba, era intenso pero podía pensar.

Su mente viajó otra vez hasta el lugar donde volvió a la vida tras el combate. Se hallaba tumbado en la cima de aquella loma. Había llegado hasta arriba y desde allí divisó el amplio valle que se extendía alrededor de las viejas murallas de la capital. Vamurta. Más allá, sobre las finas líneas de las playas, siguiendo la hendidura del golfo en el

mar, se destacaban multitud de puntos salpicando el azul cobrizo de las aguas. La flota del condado, la última vía de escape.

El mar era aún territorio del hombre gris, pero no había dudas sobre el descalabro. Decenas de centurias de murrianos formaban alrededor de la gran urbe. Detrás de la infantería enemiga, grandes rinocerontes de tiro, resoplando con fuerza, cargaban sobre sus lomos las largas serpientes de fuego que habían derruido los muros de las ciudades grises del oeste. A la derecha del ejército murriano, y siguiendo el camino de poniente, veía avanzar ocho torres de asedio, que eran arrastradas por el esfuerzo de hileras de bueyes uncidos que, a cada tirón, hacían tambalear esos monstruos de madera.

El cerco estaba casi completado. No podía apartar los ojos de aquel espectáculo ejecutado con absoluta precisión. El enemigo era un enorme hormiguero desplazándose en perfecto movimiento, deslumbrante, el metal de las armaduras arrancando destellos a las últimas luces del día; un hormiguero que cruzaba los extensos rectángulos de los campos de trigo, derruyendo uno a uno los vetustos caserones de los barones erigidos sin orden por el amplio valle verde y dorado de los hombres grises. Los murrianos rasgaban los colores de su condado con las lenguas fulgentes de sus armas. Banderas ocres, el rojo de los incendios provocados en su avance y el negro de las muchas columnas de humo que se levantaban para diluirse en el vasto cielo encarnado de la tarde.

Lejos, al pie de las puertas de la ciudad, podía distinguir algunas formaciones dispersas de los suyos, aguardando, esperando a que la masa que se acercaba se arrojara sobre ellos. Casi parecían niños. Sobre los muros y sobre la Torre de Oriente se amontonaba la guarnición de la ciudad, expectante. Cuando aún se sentía incapaz de apartar los ojos de aquel despliegue de fuerzas, se frenó el monótono avance del enemigo.

Levantó las cejas, torció la boca seca, esbozando una sonrisa. Un pequeño grupo de guerreros grises, quizás unos doscientos, corrían hacia Vamurta trazando una diagonal por entre dos grandes grupos de murrianos. Avanzaban a media carrera soportando el peso de armaduras pectorales y escudos de rodela. Era un cuadro erizado de lanzas, una mancha plateada vista desde la distancia que contrastaba con los tonos ocres oscuros de los estrechos bancales que formaba el enemigo.

Las tropas que defendían Vamurta reaccionaron intentando una salida para cubrir a los que llegaban, pero las dos falanges grises usadas en la intentona de rescate tuvieron que retroceder ante la intensidad de la lluvia de proyectiles con que los murrianos respondieron.

Aquellos desesperados seguían corriendo. Podía intuir el esfuerzo,

el propio armamento condenándolos a una carrera lenta, el sudor, el cansancio… A unas señales de bandera, dos brigadas de arcabuceros murrianos giraron ordenadamente hacia la derecha, encarándose a los que corrían. A su vez, dos grandes grupos que no logró distinguir, iniciaron un rápido movimiento para cortar la marcha de aquellos hombres. Los murrianos, propulsados por sus desproporcionadas piernas, recortaban las distancias con una facilidad pasmosa. También identificó compañías de piqueros enemigos moviéndose hacia las murallas para formar una segunda línea de contención.

—Corred, corred —murmuró, aunque ya era evidente que los hombres grises nunca llegarían a su ciudad.

A contraluz, observó cómo cada uno de los grupos levantaba grandes nubes de polvo sobre los campos y entre los frutales incendiados. Ya no distinguía nada. Poco después, aquellas estelas de polvo coincidieron y colisionaron. Se escucharon las detonaciones de los arcabuces a intervalos regulares y, en la lejanía, el estrépito del acero desafiado por otro acero. Pronto, los ruidos cesaron y el polvo volvió lentamente a posarse sobre la tierra.

Lleno de impotencia, impaciente, empezaba a entrever los resultados de aquella desigual pugna. Observó que los bultos que se amontonaban eran los cuerpos tendidos de sus hombres. Se maldijo, tiró de su barba hasta hacerse daño. Quiso gritar. Todo aquello era evitable, ¡todo!, tantos muertos… El gran burgo cercado, la vana esperanza de una ayuda que no iba a llegar…

Aquella escaramuza despertó en él grandes dudas. Cansado, abotargado, veía como un suicidio atravesar los anillos del asedio. Los tres tradios que lo separaban de los muros eran recorridos constantemente por fuertes patrullas enemigas. Una distancia enorme. A campo abierto era del todo imposible no ser cazado. Se mordisqueó los labios. Sabía que los murrianos eran capaces de recorrer las extensas llanuras de Ibam y podían sobrepasar con facilidad a cualquier hombre. Era necesario esperar la llegada de las sombras. Quizá sería más fácil para un solo hombre. Cruzar las líneas murrianas en silencio…

Hacía falta esperar. Retrocedió, bajando hasta media loma, arrastrándose sobre las piedras. Consiguió parapetarse entre unos matorrales, ladeado. Cerró los ojos, dejando que la brisa del crepúsculo secara el sudor que bañaba su cuerpo.

El Consejo de los Once había subestimado aquella nueva guerra. La había considerado como otra fase en la larga lucha entre hombres grises y murrianos. Nadie creyó que habría tres grandes batallas perdidas y aún menos que se pudiera llegar al sitio de Vamurta. Nadie

había advertido tal reorganización de los ejércitos murrianos. No habían llegado noticias de sus nuevas armas de fuego, capaces de romper madera, hierro y carne.

«Nos abaten como a conejos», pensó. Él, orgulloso de su mundo, de su linaje. Era el fin de la civilización, tan segura de su paso sobre la tierra. Y sí, habían estado sesteando, pendientes de los asuntos de las colonias, la vista puesta también en los territorios que se extendían al sur, siguiendo la costa del Mar de los Anónimos, una tierra habitada por clanes que se diluía en las arenas del desierto. «¿Qué hay más allá?», se había preguntado muchas veces. Otro mundo aguardaba.

Esas bestias habían llegado desde el oeste profundo, huyendo de algo. Su padre ya había combatido a los murrianos muchas primaveras atrás. En aquella época nada podía frenar las cargas de las falanges. Los guerreros grises estaban acorazados de la cabeza a los pies. Sus mejores hombres, la infantería pesada. El Batallón Sagrado, llamado Falange Roja... Eran los tiempos de la superioridad, cuando su padre capitaneaba las huestes y su madre, el palacio. La recordaba con sus duras exigencias, maestra de la corte, valedora de mercaderes y grandes artesanos y a la vez, si los vientos giraban y sus protegidos caían en desgracia, su voz podía ser una silenciosa daga en las entrañas. También evocó su juventud lejos de las mujeres. ¿Quién se atrevería a acercarse al hijo de la condesa?

Su mente volvió a aquel desastre. Era evidente que los informadores al servicio de Vamurta se habían limitado a cobrar para dar parte de sandeces, o incluso habían sido corrompidos. Malditos todos. Maldito cada uno.

Caía la noche sobre el valle. Ya no se oía el aletear de los buitres. Pronto aparecerían las alimañas para cobrar su recompensa. Nada podía hacerse por los muertos. Todo había sucedido tan rápido... Recordaba las últimas batallas como una sola. Las tropas grises formadas en líneas, los intentos de carga, los rápidos repliegues del enemigo a la vez que las falanges eran sometidas a una lluvia de fuego, dardos y lanzas desde los flancos hasta convertirlas en masas esponjosas sobre las que caían los jinetes de Ulak, lanzados desde atrás, montados en sus temibles ciervos de combate. Aquellos odiosos murrianos de montaña, sus largas lanzas como agujas. Luego llegaba el resto, aguijoneándolos, rompiéndolos...

La garganta volvía a quemarle. Era incapaz de tragar un poco de saliva. No podía concentrarse en nada, la sequedad lo absorbía todo. Decidió arrastrarse hasta la llanura en la que había sido herido. Rebuscó entre los cadáveres, ya con signos de rigidez, tembloroso, hasta que encontró otro odre. Lo sacudió y escuchó el sonido del

líquido. Lo abrió con mucho cuidado, bebió poco a poco, gota a gota, sentado en medio de ese campo de muerte y olvido. Pudo mover la lengua, la arrastró por el paladar, después entre los dientes. Se sintió un poco más vivo. Debió de perder el conocimiento, quizá por un golpe en la cabeza. El casco, seguramente, le salvó la vida. No conseguía recordar, había negro en la memoria. Miró a su alrededor. Cerró los ojos respirando profundamente. Cuatro lágrimas colgaban de sus párpados. No quiso frenarlas como era el deber de un hombre, de un noble.

Se hacía tarde. Cogió una lanza corta del suelo. Haciéndola servir de bastón se desplazó hasta otro pequeño promontorio que se erguía más al este. Las últimas luces desaparecían por las montañas de la boca del valle, la brisa fresca acariciaba su rostro encostrado de barro, sudor y sangre seca. Una vez arriba, se ocultó de los ojos del mundo tras los troncos de unos algarrobos.

La noche, la gran bóveda destellante, era rasgada por el fuego murriano. Las gigantescas bombardas escupían su carga sobre los viejos muros de Vamurta causando enormes estragos. Descargadas de los rinocerontes, habían sido montadas sobre gruesas bases de maderas. Atadas con cuerdas del ancho de un olmo joven, el retroceso de las armas era así frenado, aunque la cadencia de fuego era baja. Contó, por los fogonazos, hasta diecisiete serpientes de bronce que abrían brecha en los muros y en los corazones de los hombres grises. El retronar y las llamaradas de esas armas causaban tanto daño como sus proyectiles. Las puertas de la Torre de Oriente, a pesar de su refuerzo de planchas de hierro, ardían.

Desde su improvisada atalaya seguía una vez y otra las rutas y las frecuencias de las patrullas de murrianos que controlaban los accesos a la ciudad. Entendió que la única alternativa para alcanzar los muros de Vamurta era infiltrarse hasta llegar al paraje del Molino Toscado, arrastrarse entre las espigas de tallo largo, dejar pasar una de las patrullas y, cuando esta desapareciera, lanzarse a la carrera hasta el pie de los muros.

Era un plan sencillo. Todo dependía de la rapidez y del sigilo con que actuara. Se deshizo de la coraza, de las grebas anchas y cinceladas, dejó caer el pesado cinturón de cuero, se despojó de la cota de malla. Cubierto con un jubón sencillo y calzas negras, descendió del montículo.

A medida que avanzaba hacia las posiciones de los enemigos, una incómoda sensación de pánico lo atenazaba más y más. Cualquier ruido lo alertaba, el leve susurro de las aves entre las zarzas lo turbaba, se agachaba por nada, mirando a los lados. Sabía que si era capturado, su fin era seguro. Ya no pensaba en la suerte de los suyos. Solo pensaba en salvarse. Esclavo, sería un esclavo para el resto de sus

días.

Llegó hasta los olivos que precedían a las primeras espigas de los campos. El rugir de las bombardas le proporcionaba la suficiente cobertura para avanzar más rápido en la oscuridad. Corrió hasta el olivo más cercano, se paró. Estaba demasiado asustado, tenía que dominarse. Jadeaba como un cerdo. Corrió hasta esconderse tras otro árbol. Un poco más adelante empezaba el sembrado de cereales, abandonado precipitadamente, sin segar aún, donde podría moverse sin ser visto. Era mejor no pensar, recorrer aquel trecho, jugársela, y una vez allí, descansar.

Así lo hizo, a paso rápido, corriendo a intervalos, sin vigilar, concentrando su mirada en las manchas puntiagudas de las espigas que se mecían con suavidad, levantando un leve rumor que se apagaba cuando la brisa dejaba de soplar.

El último tramo lo cubrió en una carrera desgarbada, los brazos torcidos pegados a su cuerpo. Se dejó caer en el campo como un muñeco, se adentró un poco entre la cebada y escuchó con atención. Únicamente le faltaba cubrir un terreno de suelo baldío hasta los muros.

Oyó retumbar el suelo, eran pasos, muchos. Una columna de murrianos se acercaba como un torbellino.

Escondido y tumbado en el suelo los vio pasar y alejarse. Las antorchas de los enemigos se reflejaban sobre las láminas de sus delgadas armaduras, sobre los rostros, haciéndolos más feroces. No gruñían, no hablaban. Era el repicar de sus pisadas y el tintineo de sus armas lo que le hacía apretarse contra el suelo, apabullado.

Entre las espigas entrevió los fornidos muslos, las piernas esculpidas en acero. Lo que sería la tibia de los hombres era una extremidad muy estrecha, que descendía hasta una especie de pie negro y duro, parecido a una pezuña hendida. Sobre esa potencia descansaban unos tórax estrechos y largos, cubiertos con pectorales de cuero y metal, de los que salían unos brazos largos y nudosos, de pelo escaso. Bajo los cascos bailaban los cabellos largos y claros que escondían las facciones de los murrianos. Rostros angulosos en extremo de piel color arena, bigotes felinos, ojos rasgados de cazador.

Cuando la columna se alejaba pudo escuchar las voces de largas sílabas, estridentes, que emitían los murrianos. Solo comunicaban alguna orden, y aun así se estremeció. Ya estaba tan cerca... Si conseguía volver, podría comer y dormir.

Los ruidos se alejaron. Giró el cuerpo y se tumbó de espaldas. Respiró todo el aire de la noche de una sola bocanada.

Ahora contemplaba el infinito vidrio oscuro del cielo, las estrellas aparecían y se escondían tras las grandes y alargadas nubes que como poderosas galeras cruzaban el firmamento absorbiendo la claridad de

una luna titubeante. «Este es un buen lugar donde vivir —se dijo—, es mi corazón, mi tierra.» Aquella idea lo reconfortó, otorgándole suficiente fuerza para incorporarse de nuevo.

Atravesó a gatas, con apenas luz, unos huertos arrasados, cerrados por paredes discontinuas hechas con pequeñas piedras, hasta llegar a un espacio donde crecían matorrales bajos y dispersos. Más allá se percibía la masa negra de la muralla de poniente, de la altura de doce hombres, hecha de formidables sillares encajados por el arte de los antiguos canteros de Vamurta. Se distinguían las pequeñas siluetas de los hombres de guardia recortadas contra un cielo casi negro, repartidos regularmente entre las almenas. Eran pocos porque la mayoría se encontraban detrás de las ruinas de la Torre de Oriente, listos para hacer sangrante la toma de la ciudad.

En ese estado, entre el agotamiento y el retorno a una lucidez intermitente, el Heredero de Vamurta veía pasar ante sí imágenes y recuerdos cada vez más coherentes. Se preguntó por qué, tras tantos años de guerras, casi no conocían nada de aquella raza. Se decía que en las colonias, especialmente desde su independencia, hombres de todas las clases y murrianos convivían en un mismo territorio y, cada vez con mayor frecuencia, compartían negocios, creaban rutas de comercio entre ciudades y aldeas en las que las mezclas dejaban de ser un hecho aislado. En la inmensidad de su condado únicamente podía averiguar algo más de ellos por los prisioneros. No vivía en Vamurta un solo murriano, y en las alejadas marcas los contactos entre ambas civilizaciones eran poco frecuentes, casi siempre zanjados por la fuerza de las armas, con una violencia irracional.

Desde niño le había llamado poderosamente la atención las testas de sus enemigos, esas pequeñas astas sobresaliendo entre una cabellera de pelo áspero y de colores pajizos; el rostro, encerrado por líneas romboidales; los ojos rasgados, normalmente amarillentos, a veces con un matiz de madera sucia; y sus pequeñas narices, orificios encajados entre sus largos bigotes, delgados y tensados como el cordaje de un laúd. De barbilla estrecha y boca carnosa, aquellos seres eran animales esbeltos y no muy altos, de corpulencia equivalente a un chico de diecisiete o dieciocho primaveras.

Los murrianos estaban dotados de una resistencia colosal, siendo capaces de presentar combate tras recorrer distancias considerables, distancias que las piernas del hombre gris solo soportarían con intervalos de descanso. La pesadilla, la obsesión del Heredero era la velocidad de sus enemigos, superior a cualquiera de los hombres más jóvenes del condado.

En combate, excepto los oficiales, los murrianos se protegían con

pequeños escudos de madera reforzados por una capa de medio dedo de metal, sobre la que dibujaban los emblemas de las unidades. Los cascos, en forma de gota y con dos pequeñas aberturas, acababan en un guardanucas de tela acolchada y recubierta de una fina coracina de hierro. Los murrianos tenían la virtud de la disciplina, formaban una civilización comunal, donde cada paso, cada nueva idea surgía del grupo, no del individuo. Quizá era aquella su mayor virtud y ello se reflejaba en su organización militar. Protegidos con uniformes de cuero que les llegaban hasta media pierna y pectorales de lámina de acero, se ataban al cuello pañuelos de colores que ayudaban a identificar y movilizar las diferentes centurias en el caos de la batalla.

Casi nunca escapaban ni se rendían, y era tarea improbable capturar esas bestias con vida.

Ya se encontraba cerca de los muros, aplastado contra el suelo frío. La noche se desparramaba sobre los campos y la urbe, transformando las formas del día en un plano oscuro.

Creyó distinguir un sonido nuevo y remoto. Escuchó con mayor atención. Cuando las bombardas callaban le llegaba un rumor, una vibración semejante a la de una gran manada de búfalos en movimiento. No era una alucinación, a pesar de su enorme sed y cansancio. Era la gente de su ciudad o el avance de un gran ejército. No, no, eran sus ciudadanos, se oían los llantos de los más pequeños, los ladridos de perros, voces de mujeres… ¿La ciudad huía hacia el mar?

Decidió cubrir el último tramo también a la carrera. Ya no podía esperar mucho más. La patrulla murriana hacía un momento que había desaparecido hacia el oeste. Sin más razones que lo retuvieran, se lanzó al vacío del campo abierto levantando un revelador golpeteo con las sandalias, que repicaban contra la tierra arcillosa.

Veía la pared de la muralla acercarse más y más, alta, inaccesible. Corría y algo lo desconcertaba. Dejó de correr. Ahora lo comprendía; por encima del silencio de aquel sector se levantaban los gritos de los soldados que, desde las almenas, lo coreaban.

—¡Callad, callad! —Le faltaba aire, no tuvo suficiente aliento para gritar con fuerza.

Por fin palpó las piedras, frescas, agradables. Apoyó la espalda en la muralla, ahogado.

—¡Subidme! ¡Tiradme una cuerda, rápido! —gritó, sorprendido por la firmeza con la que había lanzado su demanda.

—La estamos buscando —respondieron desde arriba.

Mientras esperaba vigilaba a su alrededor, intentando encontrar en la noche alguna señal del enemigo.

La luna sacó la cabeza detrás de unas nubes agrietadas. No se oía nada, excepto la lejana letanía del bombardeo. Tuvo la sensación de que el mundo había dejado de girar. Un instante de sosiego. Se escuchó el sibilino deslizamiento de una cuerda rozando la pared de la muralla. La agarró con fuerza, dispuesto a escalar los muros de su propio hogar.

Empezó la escalada con prudencia, buscando las grietas y los salientes en los bordes de los grandes sillares. Cuando apenas había ascendido hasta la altura de dos hombres, se detuvo para escrutar la oscuridad. El corazón le dio un salto. Recortados a la luz de la luna, vio acercarse un grupo de murrianos, al menos una brigada, avanzando al trote. Él era un blanco fácil para los dardos del enemigo. «Morir o vivir», se dijo. No tenía sentido permanecer a la espera, quieto como un pequeño gorrión.

Los pasos de sus enemigos perdían intensidad. Entendió que habían acudido para saber qué había levantando tanto alboroto. No demostraban tener una excesiva prisa. Siguió ascendiendo. El peso de su cuerpo por fin fue captado por los hombres de arriba. Comenzaron a izarlo como a un fardo. A cada tirón, sentía que se alejaba del peligro.

Los murrianos permanecieron a la expectativa, quietos, vigilando aquel alejado tramo de muralla. Estaban ahí armados de lanzas cortas, las empuñaduras de las espadas sobresaliendo por encima de las clavículas, los pequeños escudos adosados a sus vientres, inmóviles como espectros.

Fue un golpe de mala suerte. Mientras lo subían, se desequilibró levemente y golpeó con la rodilla contra el muro. Una piedra del diámetro de un puño se desprendió y cayó contra las grandes losas de los muros, llamando la atención. Los soldados grises dejaron de tirar. Quedó en suspensión, a su suerte. Los murrianos, como animados por una señal secreta, cobraron vida de nuevo y se dirigieron hacia él. Era inútil esconderse.

—¡Tirad! ¡Tirad, malditos! —gritó con voz rota.

La cuerda se tensó de nuevo, alzándolo, sacudiéndolo. Escuchó unos silbidos, una excitación en la noche, un rápido galopar en la oscuridad. Luego, a su alrededor, unos golpes secos, un temblor.

Sudaba, su corazón se había desbocado. En la oscuridad únicamente podía percibir las lanzas cuando la luna las hacía brillar un instante. Otro venablo que golpeaba la piedra, el cuarto le rozó el cuello. Desde las almenas empezaron a responder, se oía el zumbido de flechas cruzando la noche, haciéndola vibrar.

Notó el desgarro. Un dolor agudo lo llenaba, retorciendo todos sus músculos. El punto de quemazón nacía en el muslo. La sangre brotaba de su pierna, deslizándose hasta sus pies. Vio el dardo, laxo,

colgando de su carne. Miró abajo, los murrianos se retiraban arrastrando a dos de los suyos heridos. Lo siguieron izando, se mareaba, percibía cómo iba perdiendo la tensión en sus brazos, el cielo nocturno bailaba y volvía a girar…

Lo trasladaban por detrás de las almenas. Consiguió abrir los ojos. Dos mujeres de la guardia lo movían, arrastrándolo entre una multitud de soldados que se habían agrupado para ver al que sería el último hombre gris en romper el asedio.

—¿Es el Heredero? —preguntó una de las soldados a su compañera.

—No estoy segura… —respondió la otra resoplando—. Parece… Lo sabremos cuando lleguemos abajo. Hay antorchas.

Antes de que lo bajaran por las escaleras de caracol que descendían hasta la calle, recuperó brevemente la consciencia. Miró hacia el interior de Vamurta, que se extendía como una gota adaptándose a la línea de la costa hasta el delta del río Llarieta, cuyo cauce alcanzaba el mar fragmentado en muchos brazos de agua dulce. Vista desde la altura de la muralla, la ciudad parecía un inmenso rompecabezas, un laberinto infinito donde las líneas de manchas de las azoteas se rompían y volvían a cruzarse. Había pocas teas encendidas, pocas lumbres marcaban las irregulares líneas de las calles. Los grandes palacios permanecían en las sombras. El único edificio iluminado era la Ciudadela Condal, erigida sobre un suave promontorio y referente en aquella enorme trama urbana. Los soberbios muros inexpugnables del corazón del condado.

Recordó que, antes de desmayarse, lo tumbaron sobre una carreta tirada por hombres. Aquella paja olía a suciedad húmeda y a sangre. Aún aguantó el dolor durante un tramo sin perder el conocimiento. Su cabeza se poblaba de visiones. Conseguía retener imágenes fragmentadas mientras las ruedas de la carreta rodaban a trompicones. Algo resultaba desconcertante. ¡Ah! En la Cúpula Roja del templo de Onar no ardían las llamas sagradas y en el alto minarete de Sira no había luz. Y aquel silencio latente que traía el viento, otra vez. Los combates se habían calmado, como si los dos bandos, agotados, quisieran tomarse un respiro. Ya no resonaban los ingenios de fuego del enemigo. Nada se oía, ni tan siquiera a los que pretendían huir.

Sufría cada uno de los baches, cada salto de la carreta sobre las calles empedradas. Lo llevaban por la Avenida de la Victoria, una vía ancha flanqueada por los edificios de los prohombres de la ciudad. Veía los pequeños palacios de la nobleza y de los ricos mercaderes; pasaron por delante del Teatro de Vajarta, sostenido por las sesenta columnas de mármol verde. Aquella gran avenida rompía la red de las callejuelas de los distintos barrios y trazaba un amplio arco de oeste a este hasta llegar al mar, delante de las puertas del Palacio Condal.

De repente lo comprendió: no se veía gente por la calle, cuando aún la noche era joven. No, nadie, todos debían de estar encerrados en sus casas o esperando poder embarcar en el puerto, implorando a los dioses. Esperando alguna noticia, alguna señal, convencidos de que un milagro abriría las garras con las que los murrianos atenazaban su mundo.

## 2
## Vivir el sitio

Encaramado sobre las almenas, el veguer de la Marca Sur observaba, impávido, cómo los miles de murrianos estrechaban el cerco sobre la ciudad. Dejaba que el viento de la mañana resbalara entre sus cabellos, sin pensar en nada. Habiendo perdido sus posesiones, dados por muertos sus dos hijos, nada lo haría mover de la gran grieta que el enemigo había abierto en las murallas de Vamurta. Dirigió la vista, absorto, al montón de piedras humeantes por donde pasaría el enemigo.

Con las primeras luces de la mañana, los murrianos habían hecho avanzar una densa fila de culebrinas por delante de las grandes bombardas. Más finas y ligeras, aquellas armas escupían, sobre los restos de la Torre de Oriente, constantes descargas que perforaban escudos y corazas, causando gravísimos estragos en la tropa. Tras comprobar el mortífero efecto de aquellas bocas de fuego el veguer había ordenado retirar las concentraciones de infantería que, delante de la grieta, defendían la ciudad de un asalto directo. Así, habiendo perdido la carta de una salida por sorpresa, quedaban atrapados en el interior del perímetro amurallado. A la espera. El veguer miró hacia el sur.

Mucho más allá de donde su vista se perdía en el horizonte empezaban las que habían sido las posesiones más ricas del Condado, tierras fértiles y abundante agua canalizada por los trabajos de muchas generaciones. Daba igual. Solo quedaba la esperanza de un milagro o una huída hacia el mar. Tocó el pomo de su espada. Él no huiría, no se veía con fuerzas para emprender una nueva vida. Todo lo que amaba se había perdido. ¿Para qué marcharse? Las bombardas, al mismo tiempo, seguían lanzando fuego sobre el sector de Oriente, ensanchando el gran agujero en el muro, tensando más y más los nervios de los soldados con sus impactos ensordecedores.

Estando el heredero malherido en palacio y los grandes vegueros muertos, quedaban él y el capitán de la plaza para dirigir la defensa de la ciudad. Su gran duda era si dar la orden de evacuación o posponer esa decisión. Algo le hacía vacilar. Dar una orden precipitada significaría ser considerado un hombre temeroso, un cobarde. ¿Y si el sitio se levantaba? Sabía que los grandes burgueses y parte de la nobleza ya habían levado anclas hacia las colonias, donde en los últimos tiempos muchos habían adquirido posesiones. Los grandes marchaban con tiempo, cargando con sus familias, sirvientes y bienes. Si conseguían aguantar el asalto, él sería el máximo

responsable, aclamado por todos. Pero qué más daba. Serían los dueños de una ciudad sin campos, sin minas. Les esperaba una lenta agonía. Algo le impedía dar la orden, no asumía que su mundo fuera engullido sin más. Decidió, pues, pensarlo otra vez, dejarlo para el día siguiente.

Abajo, detrás de los muros, veía el hormiguero que eran los soldados. Hombres que llegaban, hombres levantando tiendas, hombres fortificando las casas próximas a la muralla; órdenes, alboroto, confusión. Entre la masa en movimiento distinguió al capitán Álvaro, que intentaba que aquel jaleo tuviera algún sentido.

Bajó al nivel de calle y avanzó entre los soldados hasta el capitán. Se saludaron, cansados. Aquel oficial parecía superado por los acontecimientos. Casi ni lo vio llegar. Sonrió con aire ausente.

—¿Cómo veis a los hombres? —preguntó al capitán.

—Nerviosos. Saben cuántos somos aquí y a lo que nos enfrentamos... Lucharán. En la ciudad quedan los suyos... Lucharán.

—¿Creéis que podremos aguantar? —inquirió el veguer. Sentía la necesidad de escuchar otra voz, otro veredicto.

El capitán movió la cabeza, mirando al suelo.

—No, nada podremos contra estos diablos. —Dejó escapar un suspiro—. A no ser que ataquen con todo, a pecho descubierto. Pero no lo harán. Se han reorganizado. Tienen esas nuevas armas. Esta es una guerra largo tiempo meditada —afirmó, mientras se rascaba la barba, que crecía abrupta sobre su piel grisácea.

El veguer miró hacia las almenas, casi vacías para evitar el martilleo del fuego enemigo. Giró la cabeza hacia los ballesteros, formidables a corta distancia. Formaban un semicírculo detrás de la infantería condal que guardaba, algunos pasos atrás, la grieta. Encima de los tejados de las casas y también a lo largo de la calle de los Laneros, esperaban los arqueros la orden de volver a los muros. Los miró. Frente a los arcabuceros murrianos eran casi una reliquia, protegidos con cotas de argollas ligadas, sobre las que lucía el escudo condal, una golondrina negra en fondo blanco, una golondrina de alas tensas, casi rectas. Aún podrían ser útiles, aún los arcos y los cuchillos cortos podrían herir cerca de los muros.

Más atrás de la calle de los Laneros, que moría frente al agujero, y en otras calles, esperaban los restos de los ejércitos de Marca, los que habían conseguido llegar hasta la capital. Hombres y mujeres con todo tipo de armamento. Pesadas mazas romboidales junto a cortantes alabardas, grandes hachas, lanzas y dagas de diferentes largos, corazas y emblemas de muchos señores de frontera. Comparados con los marciales ejércitos murrianos, parecían campesinos armados. Solo podrían servir para el choque, para apuntalar las líneas de los infantes del condado, los mejores soldados. Las falanges eran el muro delante

de los ballesteros, una cortina de largas lanzas mirando hacia el cielo manchado por estandartes de tela dura.

Al menos, aquel era un día bonito. El sol corría sobre el cielo brillante y limpio y comenzaba a caldear la tierra. Por poniente, rompiendo el lienzo azul, avanzaban masas de nubes blancas retorcidas por la pesada musculatura del agua. No había que pensar mucho. Aquel sería el último acto de su paso por el mundo, que ahora le parecía irracional, áspero, injusto. Todo perdido para él, para los grises. Un fogonazo de ira subió por su garganta al pensar que ninguno de sus dos hijos podría ya recordarlo. Ni su mujer, a la que enterraron hacía ya mucho tiempo. Desaparecido uno, muerto el otro en aquella interminable lucha. El tiempo gasta de un lazo elástico. Aquella guerra parecía haber durado unas pocas lunas. Dio un puntapié. Todo le daba igual.

Había llegado el almuerzo en grandes cacerolas de barro y se repartían pellejos con vino entre la soldadesca. Se oía alguna risa seca. La tropa, lejos del bombardeo, parecía respirar.

****

Sara miraba fijamente cómo su madre escogía los objetos más preciados de la casa, empaquetándolos en fardos cubiertos de tela y atados con cuerda. Nunca había visto a su madre moverse con tanto sosiego. Intuía que todo se estaba transformando en muy poco tiempo. Habían ido llegando más y más gentes de las marcas, a pie o arrastrando carros con sus pocas pertenencias. Eran gentes asustadas, que se amontonaban en las plazas cercanas al puerto. Más tarde comenzaron a llegar hombres de armas. Ya no eran familias de labradores. Muchos guerreros alcanzaban la ciudad heridos, sin fuerzas, e iban a morir entre largas agonías a la Casa de las Curas. Los rostros sin expresión de los que volvían, las prisas y las carreras por las calles, las reuniones improvisadas en las plazas, llenas de gritos y rumores. Noticias, mentiras, medias verdades que se extendían deprisa...

Ya hacía unas cuantas lunas que no iba al taller de su maestro platero, donde pulía el metal y en alguna ocasión permitían que lo trabajara. Limas, punzones, polvo y el olor plomizo del taller habían quedado atrás. Vivía, a sus catorce primaveras, en la calle, con otros chicos y chicas, sin maestros, juntándose y separándose como lo hacen las gaviotas entre la cúpula del cielo y el mar, a voluntad.

Toda aquella catástrofe de los mayores la favorecía. Hacía muchos días que podía hacer todo aquello que le viniera en gana. En casa solo aparecía para llenar la barriga. Hasta que los alimentos

comenzaron a escasear y aquellas bestias se plantaron a las puertas de Vamurta. ¿Cómo es que no hacían nada los mayores? ¿No eran ellos la mejor raza, no lo decían los sacerdotes en los templos? Aquella mañana, además, la expresión extraña en los ojos de su madre le produjo una sensación opaca. Miedo. Miedo a algo que todavía no sabía definir.

—¿Los murrianos nos matarán?

Su madre dejó de moverse, sus manos quedaron paralizadas unos instantes. Veía muy bonita a su madre. Los ojos muy negros y redondos, las largas pestañas oscuras, los cabellos cortos oscilando en una pieza sobre la nuca. Su madre la miró. El sol de la mañana llegaba nítido hasta el comedor, donde se encontraban.

—Nos marchamos en dos o tres días. Quizás tu padre se quede unos días más.

—¿A casa de los abuelos? ¿A dónde?

—¡No! —Rio. Hacía mucho que Sara no la veía reír. Aquel sonido resonó, libre, entre las paredes azul claro del comedor. De pronto, la expresión de su madre cambió.

—A las colonias —dijo muy seria—. Una vida nueva, nuevos vecinos. Tendrás otros amigos, hay muchos jóvenes, he oído decir. Alquilaremos una casa pequeña cerca de algún puerto. Colgaremos cortinas verdes, nuevas, las nuestras están ya raídas y tu padre encontrará otro puesto como oficial. ¡Tu padre es un soldado muy respetado!

Su madre calló y tomó asiento en una silla baja de madera, el cuerpo inclinado hacia delante, las manos formando un nudo. De repente parecía otra, perdida en medio de aquella marea de violencia y amenazas. Se quedó así sin decir palabra.

Sara salió corriendo a la calle. Casi no había nadie. El sol de mediodía caía, borrando las sombras en las calles de Vamurta. Desde hacía un buen rato no se oían las explosiones, allí, en el extremo oeste de la ciudad. El silencio parecía nuevo. Las avenidas deberían estar abarrotadas de vendedores de fruta y especias, de patronas con cestos bajo el brazo, llenas de comerciantes nerviosos llevando rollos de telas tintadas, de mercaderes de todas las razas buscando y regateando, atareados. Al poco volvió a escuchar el retumbar de las explosiones que paralizaban la ciudad, que la sumían en una tensión expectante, como si tras el trueno tuviera que suceder algo.

Sara siguió corriendo sobre el suelo pavimentado de las calles estrechas, que brillaban bajo la luz del día. La brisa barría el olor a orines y deshechos de los callejones, corría entre casas de piedra y argamasa, de dos y tres alturas, entre fachadas pintadas de colores claros, como el de aquella jornada de verano. No se oía el latir de la ciudad. Corrió ahuyentando sus temores, el corto vestido de lino

suspendido en el aire, hasta la plaza de los Boneteros, donde se paró, llenando los pulmones de aire.

En el otro extremo de la plaza había un pequeño grupo de tenderos que hablaban en voz baja, acompañando los discursos de gestos secos. No los oía pero bien sabía de qué hablaban. Cerca, amontonados encima de un banco tallado en piedra, como náufragos en una balsa a la deriva, encontró a su cuadrilla. Sara se fijó en que ninguno iba demasiado limpio. La nueva vida en la calle, pensó.

—Nos vamos. Mi madre dice que nos vamos a las colonias —les espetó, antes que nadie pudiera decir nada.

—¡Cobardes! —contestó Ordel con sorna—. Mi padre dice que nos quedamos. Dice que no entrarán, ¡es imposible!

—Te clavarán una lanza aquí —dijo Sara, enrabiada, señalando con un dedo su cuello—. Os matarán a todos, a todos, mientras yo me iré en un barco grande de velas blancas.

Ordel se lo tomó mal. Calló, cruzando los brazos encima de su pecho. Miraba el suelo. El grupo volvió a sus historias, las historias de terror, cuentos sobre el modo en que los murrianos iban a sembrar de cadáveres las calles de la ciudad.

Ordel dio un brinco y les gritó:

—¡Cobardes! —Se marchó dándoles la espalda. Nadie contestó.

Sara pensaba en su amigo. Lo veía arrastrado y crucificado por aquella especie de bestias. Habían oído tantas historias, que el miedo, ahora cercano, iba calando con rapidez en sus pensamientos. Ellos, que no se preocupaban por las cosas de los mayores.

Un rato después se cansaron de estar ahí, en esa plazoleta casi vacía. Alguien propuso ir hasta las atarazanas, desde donde verían la gran flota.

El grupo se puso en marcha enseguida. Sin que nadie supiera el porqué, de repente, todos apuraban el paso. El puerto siempre era un buen lugar para pasear y más aún cuando casi toda la escuadra condal se encontraba atracada, a la espera. Bajaron por la Avenida que desembocaba en el Bajador del Mar, una de las calles anchas de Vamurta. En el tronco central del paseo crecían grandes tilos de tronco plateado alternados con los majestuosos limoneros de Vamurta que buscaban el sol por encima de las sombras que proyectaban las fachadas. Los laterales eran vías para carros que bajaban y subían del puerto, llevando la carga de los buques de transporte. Era la calle de mayor tráfico, pero aquella mañana encontraron pocos hombres, solo algunos que andaban con pasos rápidos y nerviosos subiendo y bajando del puerto. Parecía que todos se habían quedado en sus casas. Los chicos se sentían los amos de la calle, y aquella sensación los llenaba de un vértigo que los hacía reír por cualquier cosa. Oían sus voces resonando con fuerza, y aquello les hacía sentirse mayores, casi

dueños del mundo.

Dejaron atrás las murallas del mar y llegaron hasta los altos edificios de las atarazanas. Se había levantado una niebla vaporosa que desdibujaba la luz del sol. El horizonte les parecía más próximo y el puerto, más estrecho, como si lo que la neblina encerrara fuera todo el universo existente. Las casas cercanas a los muelles se amontonaban aquí y allá entre los grandes almacenes de madera que sobresalían por encima de las barracas de los pescadores y las tabernas. Sobre las estáticas aguas de los embarcaderos vieron decenas de naves que descansaban oscilando ligeramente. Un gran bosque de troncos acerados buscando el movimiento.

Cerca de los largos muelles había una actividad frenética. Era como si toda la ciudad estuviera ahí, a punto de sobrepasar los límites que el mar marcaba. Cientos de estibadores y marineros cargaban en los barcos cajas y sacos hasta rebasar los límites de las bodegas, hasta abarrotar las cubiertas. Todo se hacía con mucha ansiedad. Los cargadores se gritaban unos a otros, los mayores de algunas familias que empezaban a embarcarse empujaban y se abrían camino a golpes, los marineros corrían sobre las cubiertas moviendo la carga entre las imprecaciones de los contramaestres. Otros se acercaban en pequeñas balandras y botes a remo hasta las naves fondeadas cerca de los espigones. Embarcaciones de dos y tres palos, muchas de dos usos, de guerra y transporte, en casi su totalidad propiedad de grandes mercaderes.

En la punta norte del puerto se encontraba la flotilla que obedecía directamente al condado. Estos eran robustos navíos de tres palos y dos castillos, parapetados con escudos. La bandera blanca y negra de Vamurta ondeando, la tripulación dispuesta.

Por debajo de los grandes arcos de piedra de las atarazanas, entraban y salían marineros y calafateadores llevando cuerdas, tablones, herramientas. Se trabajaba sin descanso reparando los cascos de las naves, las maderas carcomidas por los meses y meses de navegación, cambiando cordajes castigados, dejando los transportes listos para volver a zarpar. Quizá por última vez. Parecía que todo el mundo lo percibiera y por esa razón cuanto envolvía el área marítima estaba dotado de un nerviosismo vigoroso. El retumbar del mar quedaba sepultado por las voces de los hombres.

—Aquí hay más gente que en las murallas —dijo Sara, recordando la tarde anterior, cuando con su pequeña mesnada, se habían acercado a escondidas hasta poder ver la brecha.

Aquella mañana no habían visto los pescadores de caña que sacaban los relucientes peces de roca. Tampoco habían visto los tenderetes de pescado ni los hombres discutiendo en las puertas de las tabernas del puerto. Aquello era el preludio de la huída. A Sara le

pareció que a muchos solo les importaba hacer llegar a la seguridad de las naves los objetos que conformaban sus vidas. En Vamurta, no todos se preocupaban por defender a los suyos, el último bastión, el hogar de los hombres grises. Demasiados habían dejado de creer y aquello hizo pensar a Sara. Quizá deberían huir, también. Dejar atrás aquella amenaza que los ahogaba. Subir a un barco y alejarse, sentirse aligerados. Su madre lo aprobaría. Su padre no.

Los chicos bajaron por el camino de los Trapos, siguiendo el trazado exterior de las defensas, hasta saltar a unas rocas donde se sentaron para contemplar, con calma, el espectáculo del puerto. Desde allí divisaron la puerta fortificada que vigilaba el mar. Detrás de la muralla asomaba la imponente mole de la ciudadela, sus altas paredes desnudas, la Torre de Homenaje y sus cuatro vértices rematados con robustas torres de defensa.

Los gatos que se escondían entre las rocas corrieron hasta otro rincón. Hablaban y lanzaban guijarros al mar. Martín siempre ganaba. Su muñeca conseguía que las piedras dieran más saltos sobre las aguas calmas.

—Mi madre ha sido llamada a la Puerta. Ha salido de casa temprano, llevando su ballesta y la daga. La abuela aún lloraba cuando me he ido —dijo Martín.

—¿Y tu padre? —inquirió Ebasto.

—No lo sé. Se fue hace meses a hacer pieles de antílope, hacia el sur. Madre me ha dicho que no deje a la abuela, pero está todo el día sentada cerca del balcón, mirando la calle y... Me he escapado.

Los otros no dijeron nada, seguían mirando cómo rebotaban las piedras que lanzaban una y otra vez. Cada uno se preguntaba qué iba a pasar. ¿Qué iba a suceder si la ciudad caía? ¿Estarían en casa, encerrados? Sara pensó, por primera vez, en cómo actuaría. Tras descartar muchos pensamientos creyó que lo mejor sería esperarlos tras la puerta de su casa con un cuchillo de cortar carne. Quizá escondida podría evitar los encantamientos que, según se decía, lanzaban aquellos animales antes de atacar. Se veía a sí misma enfurecida, llena de fuerza, lanzando cuchilladas y amontonando cadáveres a sus pies, sin pensar que ella, más bien delgada, a duras penas podía sostener una espada o desviar la acometida de una lanzada.

Martín la despertó de su gran gesta.

—Sara, ¿tú qué harás si llegan?

—¿Yo? Pues... ¡No les dejaré pasar! No entrarán en mi casa.

Nadie se rio. Sara había vomitado aquellas palabras, impulsadas por un temor que ahora vivía cerca de ellos. Unos se miraban las sandalias polvorientas, otros, el lento latir del mar. El sol, alto ya en su mediodía, disipaba la niebla de la mañana.

—A mí me gustaría ir a las colonias. Ahí dicen que también hay murrianos, pero muy pocos —dejó caer Elizabeth, la más pequeña de todos.

—Sí, y aquellos raros, duros como insectos. Y los hombres rojos —siguió Martín.

—¡Son fuertes como diez de los nuestros! —dijo Sara, cerrando los puños—. Llevan trenzas y colgantes, como las mujeres.

Todos se rieron, haciendo muecas. Sara bailaba entre ellos, dando brincos, despreocupada por un instante. Luego se quedaron callados. Cansados de tirar piedras al mar y de observar los trabajos del puerto, decidieron que irían a la Plaza de los Pájaros para ver si se cruzaban con la cuadrilla de los remensas, los hijos de los labradores de las cercanías de la ciudad. Andaban riendo otra vez, empujándose unos a otros. Cualquiera que los hubiera visto, habría pensado que aquellos mozos parecían indiferentes, felices.

Cuando subían por la calle de los Curtidores, una música que surgía de alguna parte los clavó en el suelo. Era una música conocida. Las notas agudas de las flautas y el ritmo de los tambores hicieron enmudecer toda la ciudad, que escuchaba encogida, atenta, entre la esperanza y una desazón creciente.

—¡La Falange Roja, es la Falange Roja! —gritó Martín, señalando con un dedo la dirección de donde provenía aquella cadencia.

Echaron a correr por los callejones que conducían al este de la ciudad. Corrían como locos, esquivando a los vecinos que salían de sus casas. En todos los rincones la gente se asomaba a las ventanas o bajaban con prisas a la calle. Aquí y allá se formaban corillos. Les iban llegando murmullos, los fragmentos de conversaciones de muchos que, desalentados, empezaban a entender que aquello era el final.

—Dioses de las estrellas, han salido —oyeron decir a un viejo mercader.

La Falange Roja era una unidad distinta, un gran Batallón Sagrado. Un juramento solemne los ataba al condado, al que defenderían luchando hasta la muerte. La salida de aquella fuerza de la ciudadela indicaba que la situación era desesperada. Muchos supieron en aquel momento que los bandos que ofrecía el condado eran falsos. No existía ninguna duda. El Batallón Sagrado participaba en las luchas en casos excepcionales, siempre comandados por el conde hasta que murió, y más tarde, por el Heredero. Era la última línea de defensa para los ciudadanos de Vamurta, formada por parejas de hombres, parejas atadas dentro y fuera de la jerarquía militar, los conductores y los más jóvenes, los compañeros. Esa doble atadura les otorgaba una ferocidad excepcional, absoluta. Luchaban por el honor y para salvaguardar a aquellos que amaban.

Los chicos, finalmente, desembocaron en la Rambla Este, que

seguía en paralelo al trazado de la muralla, donde, antes de la guerra, se levantaba el tumultuoso barrio de pescadores. Giraron Rambla arriba y allí encontraron la cola de la Falange, que avanzaba marcial en columna de a cinco. Detrás, entre los chicos y la Falange, seguían dos brigadas de infantería ligera y dos más de arqueros. Eran las fuerzas destinadas a proteger la fortaleza de los condes. Las gentes de Vamurta los veían pasar como el peor de los presagios. Las madres llamaban a sus hijos para hacerlos entrar en casa.

—Vamos hasta la cabeza de la columna, quizás veamos al Heredero —chilló Sara, entre la confusión de la música y las gentes.

Corrieron siguiendo la serpiente que formaban los soldados, admirando el brillo opaco de las armaduras de un rojo oscuro, las altas lanzas, sus largas espadas colgando de sus cinturones.

Aquellos hombretones altos de mirada fija, de fuertes espaldas, quizá sabían que se encaminaban hacia el último acto de su existencia. La cuadrilla continuó hasta la cabeza de la marcha, sorteando los transeúntes. Pero al alcanzar a los hombres que encabezaban la columna, solo vieron al capitán de la Falange y los portaestandartes, llevando en alto la golondrina del condado, la única de todas las unidades coloreada en rojo.

# 3
## La espera

El rumor de los combates se fundía con la tranquilizadora música de la cotidianidad. Las voces de la calle llegaban amortiguadas hasta la habitación donde Serlan De Enroc, Heredero de Vamurta, dormía desde hacía más de un día. Lo despertó una terrible sed y al abrir los ojos dirigió sus manos temblorosas hacia la jarra de agua que le habían dejado en la mesa, al lado de la cama. La bebió a grandes tragos, sin importarle que buena parte del líquido cayera sobre su camisa blanca y las sábanas.

Tras calmar la sed, miró su habitación como si nunca hubiera estado allí. Tardó en conseguir incorporarse, la espalda le pesaba mucho, sus piernas no le respondían bien. Se sentó en la cama, quieto, sintiendo cómo reaccionaba su cuerpo. De lejos, le llegó el seco retronar del bombardeo. Entonces comenzó a recordar. El despertar tras la batalla, aquella enorme confusión, la cuerda con la que fue izado, la herida. Las gentes de su condado, de su ciudad, sus vidas, estranguladas por el sitio.

Se sintió lo bastante seguro para levantarse y, muy despacio, comenzó a andar sobre el mármol frío de sus aposentos. Se dirigió hasta el balcón, apartó las pesadas cortinas de lana y salió. Los rayos del sol lo cegaron, toda la ciudad parecía blanca, golpeada por aquel baño de luz. Cuando los ojos fueron adaptándose a la claridad, pudo distinguir columnas de humo que se levantaban a poniente. Más allá vislumbró el ejército enemigo. Desde su habitación, parecían bolsas negras desparramadas sobre las doradas y sinuosas extensiones de los campos de cereales y las cuadrículas verdosas de los huertos. Su debilitamiento, los mareos que le sobrevenían desde que se levantó, le ofrecían una nueva perspectiva. Todo aquello parecía muy lejano, lejano a su persona. Se preguntó por qué hacía la guerra. En aquel momento no recordaba demasiado bien cómo empezó, quién inició las hostilidades. ¿Fue aquel ataque murriano a uno de los castillos de frontera? A los soldados de la guarnición les habían cortado el cuello. Hombres grises abandonados a la muerte. Habían llegado rumores de una matanza en algún asentamiento murriano, antes del ataque. Nadie estaba seguro. En las guerras nadie sabe la verdad, ni tan siquiera los verdugos, ni él, el Heredero… Le pareció que los acontecimientos se habían sucedido sin una razón, sin que los pudiera gobernar. Sabía que era incapaz de virar el rumbo de los mismos.

Paseó su mirada sobre las azoteas; le parecieron un inmenso tablero de ajedrez hecho de casillas irregulares, algunas más hundidas,

otras elevadas. Siguió los cortes de las calles hasta que su atención se centró en el puerto, al este de la ciudadela. Figuras minúsculas y ajetreadas cargaban las naves, muchas ancladas al abrigo del espigón construido con grandes rocas. Debía de haber unas cincuenta o algo más, las banderas rojas, negras y blancas ondeando. Era la escuadra que siempre había dominado el Golfo de Daler y el Mar de los Anónimos, capaces de ahuyentar a las flotas de corsarios que habían organizado los pueblos del mar y hacer valer su supremacía sobre las humildes escuadras de las colonias.

Vamurta exportaba hierro de las minas de la Sierra de Andonin, armas forjadas por las decenas de herreros asentados en la ciudad, cereales y paños tintados con colores puros. Las mercancías llegaban a las colonias y desde allí a otros muchos puntos. Algunos mercaderes también habían establecido rutas más al sur y al norte, con pueblos extraños a los que solo se les conocía por sus productos, que los comerciantes traían en sus viajes de vuelta. En tiempos de paz había habido un ir y venir de mercancías hacia el oeste, incluso algunos murrianos se habían establecido en la capital, pero eso ya parecía una leyenda remota.

Serlan sabía que muchos de los prohombres de la ciudad previeron que el sitio iba a llegar. Quizá por su cercanía a los centros de poder del condado. Recogían y se marchaban. Los artesanos y los campesinos, más ignorantes de todo lo que sucedía, seguían en la ciudad.

Un mareo intenso lo obligó a apoyarse sobre la baranda del balcón. Todo daba vueltas. Volvió a la cama, donde se tumbó. Se sentía abatido, incapaz de luchar. Oyó el rugir de las explosiones. Todo aquello que amaba, su mundo, sus gentes, se rompía sin que él pudiera hacer nada para invertir los acontecimientos. Quizá hubiera sido mejor atrincherarse desde un principio tras los muros de la capital o subir a las montañas, donde habrían resistido mucho tiempo, o incluso desplazarse hacia el norte, siguiendo la costa, en la que solo había pequeñas tribus de hombres grises. Las altas sierras y los valles estrechos les hubieran dado cobijo. Estaba casi convencido de haber escogido la peor decisión: presentar combate a campo abierto, una y otra vez, hasta aniquilar a todos los ejércitos grises. Se cubrió la cara con sus manos rugosas, nunca se había considerado tan responsable de aquella debacle. Otra vez su debilidad lo atrapaba y lo conducía a la antesala de sueños tenebrosos.

—¿Señor? ¿Me escucháis?

Una densa nube lo arrastraba entre fuertes corrientes de agua, alzándolo y hundiéndolo. Luego era llevado hasta unos bosques

cubiertos de niebla y vapuleado entre esa masa de agua y ramas. Nada podía hacer, excepto seguir nadando en aquella especie de útero áspero y acuoso, intentando no ahogarse.

—Señor, la condesa os reclama. ¡Señor! —levantó la voz—. Vuestra madre os reclama en el Salón de Gobierno.

Esa voz disipó su pesadilla. Un hombre se encontraba inclinado sobre su cama, vestido con la túnica negra, reservada a los mayordomos de palacio. Unos haces de luz baja penetraban en la cámara a través del balcón abierto, donde se recortaban, sobre un cielo azul oscurecido, las manchas negras de muchas golondrinas, que chillaban alegres, trazando líneas imposibles en sus vuelos acrobáticos. La noche estaba próxima. Había dormido todo el día. Al incorporarse bajo la atenta mirada del mayordomo, el fondo de alegría de las aves se derrumbó de golpe, cuando volvió el eco desgarrador de los combates. Todo aquello parecía otra pesadilla. La herida en la pierna le seguía doliendo, pero pudo levantarse. Había que estar con los hombres, pensó, dirigirlos en aquel último instante. Un dolor sordo ascendía desde sus tobillos hasta la cintura. Puso los pies en el suelo, se levantó. Una sensación de fragilidad y rabia lo dominaba.

—Traedme las armas —ordenó con voz seca.

—Vuestra excelentísima madre me ha ordenado…

—¡Vestidme! ¡Vestidme como el guerrero que soy! —exclamó, contrariado por aquella desobediencia.

El mayordomo le ajustó la cota de malla, le ató, ceremonioso, las grebas de hierro ribeteadas en oro, le colocó la coraza pectoral. Haciendo una ligera reverencia le entregó la espada y después una daga bien afilada. Serlan agarró uno de los cascos cilíndricos que colgaban de la pared, guardándolo bajo su brazo.

—Ahora llévame hasta el Salón de Gobierno.

Al salir de su cámara, el mayordomo observó una notable cojera en el Heredero. No se atrevió a decir nada. En el palacio y en la ciudad se escuchaban muchos rumores sobre su salud. Incluso se le daba por muerto.

Bajaron por la escalera de mármol blanco que comunicaba las estancias condales, en la parte alta de la Torre de Homenaje, con el Patio de Armas. Salieron al exterior, la luz del día se apagaba oscureciendo los muros que cerraban el patio. Serlan se dio cuenta, preocupado, de que excepto los dos siervos que salían de las cocinas, no se veía a nadie más en la explanada. Un inusual silencio agarrotaba aquel espacio. Tampoco había guardias encaramados en la muralla de la ciudadela.

—¿Por qué no están los guardias en su puesto?

—Señor, aquí quedamos los indispensables. Todos han marchado hacia la Puerta de Oriente. O lo que queda de ella.

—¿Y la Falange Roja?

—Ha salido, señor. También hacia las murallas.

Tras un momento, en el que solo se escuchaban sus propios pasos resonando en el patio, el Heredero volvió a preguntar.

—¿Quién ha dado la orden?

—La condesa lo ha autorizado, señor.

Llegaron al otro extremo del patio. En aquel punto empezaba la ancha escalinata que subía hasta el pequeño claustro que conducía al Salón de Gobierno. Se fijó que allí tampoco había sirvientes ni guardias. El jardín del claustro, prisionero de las columnas que lo encerraban, parecía algo más asilvestrado y oscuro. Al Heredero le pareció que aquel paraíso había perdido, en algo, la serenidad que proporcionaba la contemplación de sus flores y arbustos simétricos. Siguieron por el pasillo de aquel jardín, casi amenazante, que hacía de distribuidor. Pasaron por delante de la Sala Capitular. Serlan vio, a través de la puerta, las grandes sillas talladas en madera de acebo, vacías. Tras dejar atrás la biblioteca accedieron a la puerta del salón, que estaba guardada por dos alabarderos que miraron al Heredero sin poder disimular en todo su sorpresa. Los guardas abrieron las pesadas puertas y el mayordomo avanzó.

—Serlan De Enroc, heredero del Condado de Vamurta —anunció, levantando la voz.

El Salón de Gobierno era una de las mejores estancias del palacio fortificado de los condes. Una enorme nave de planta rectangular de unos doce cuerpos de altura, sostenida por poderosos arcos de medio punto que se sucedían hasta el final del pasillo central, donde desde los tiempos de la fundación del condado se reunía el Consejo de los Once, formado por los cinco vizcondes principales, los cinco sacerdotes mayores y presidido por el conde.

Bajo la cúpula, situada a gran altura, que coronaba el final de la nave, se reunía el Consejo. Para llegar hasta ella había que pasar entre el bosque de pilares de piedra blanca. De un extremo del pasillo a otro, se abrían largas y estrechas ventanas de vidrios de colores que creaban una atmósfera casi sobrenatural cuando la luz del sol, al traspasar los vidrios, proyectaba tonalidades calidoscópicas sobre las paredes y el suelo del pasadizo central, de los rojos a los colores del mar hasta el verde de la esmeralda. Serlan siempre pensó que el salón más parecía un templo que no un lugar donde se decidían los incrementos de los diezmos, los cambios en la diplomacia o las normas que regían el uso de los molinos condales. Esa tarde, casi noche, era la luz de las decenas de candelabros los que otorgaban un ambiente fantasmagórico al lugar.

Las doncellas de palacio callaron al ver avanzar al Heredero, cojo, muy delgado, el color roto en el rostro de un hombre que ha perdido

la fuerza, arrastrando su cuerpo y la gruesa cota sobre la que relucía la coraza bajo el resplandor de las velas, con ese aspecto horrible del convaleciente que ha decidido romper su reposo antes de tiempo.

La condesa Ermesenda lo esperaba sentada en el trono de madera negra. Una madera trabajada hasta no dejar ninguna superficie lisa, el trono donde antes había descansado su padre. Llevaba puesto el vestido de cuello alto reservado para los actos ceremoniales del condado, tejido con los mejores paños del continente, de un color entre el lila y los colores del atardecer, indefinido, con el escote redondo cosido con hilo de plata. Sobre su reverenciada testa flotaba la diadema de Onar, donde se habían engastado doce rubíes hexagonales, tallados hacía muchas generaciones, sobre oro blanco de los antiguos murrianos.

Miraba fijamente a su hijo sin que su semblante transluciera emoción alguna. De pómulos altos y mejillas hundidas, su rostro parecía hecho con un pergamino ajado por los años. La frente estrecha, sobre los pequeños ojos, era un amasijo de líneas entrecruzadas. Ermesenda era la imagen del poder hecha carne. Capaz de hundir con un leve movimiento al más poderoso noble de Vamurta si ella creía que así favorecía el camino del Heredero o su propio destino. Sabía que aquellos eran los días de la desesperanza, y su glacial inteligencia ya había trazado los últimos movimientos de aquellos que le eran más cercanos.

—Señora —saludó el Heredero haciendo una ligera reverencia.

—Esperaba a un enfermo y me encuentro frente a un soldado cojo —dijo, con una imperceptible sonrisa en sus delgados labios—. Un soldado cojo es como un lobo herido. Sabes que te puede morder pero también sabes que ya no puede huir.

El silencio fue absoluto. Las damas contemplaban la escena con la fascinación de quien intuye que el instante es irrepetible. Los dos mayordomos armados que protegían a la condesa seguían mirando el techo de la cúpula y ninguno de los consejeros que aún no habían huido se atrevieron a moverse.

—Sabes que, a pesar de no salir de los muros de palacio, soy la mujer mejor informada de esta tierra. Te podría decir cuáles son las razones de la sorprendente desaparición de la esposa de Vitilba, cuáles fueron las ganancias del último viaje de los mercaderes del hierro o cuándo y cuál será el fin de este terrible asedio. Como también sé, y lo sé apenas mirando tu rostro sin sangre, que si vas a luchar al pie de la muralla, con esta herida en tu pierna, eres hombre muerto. Sencillamente porque no dejarás a tus hombres a su suerte y eso, querido hijo, quiere decir que nunca llegarás a los muelles, para escapar —concluyó con su tono de voz invariable.

—Entonces, señora, ¿cuál es vuestro criterio respecto a lo que

tendría que hacer?

—Embarcar esta misma noche con rumbo a las nuevas tierras.

Aquella sentencia dejó a los presentes con una expresión de incredulidad en el rostro. Los dos sacerdotes presentes hicieron un movimiento con las manos, como si quisieran exorcizar aquellas palabras. Nadie se había atrevido a predecir la derrota, y menos aún en voz alta. Uno de los vizcondes del Consejo se adelantó, a punto de hacer escuchar sus diplomáticas palabras. Con los murrianos en las puertas de la ciudad, casi todos los presentes habían trazado mentalmente sus rutas para desaparecer de Vamurta. El paso del tiempo los angustiaba, pues temían perder sus bienes, la vida, perderlo todo. Y al mismo tiempo todos temían embarcarse demasiado pronto y exponerse a las represalias de los supervivientes. Y en medio de esa contradicción, la condesa pedía a su hijo que se embarcara inmediatamente.

—¿Queréis, señora, que vuestro único hijo sea recordado como aquel que faltó a su deber? ¿Justo cuando se le necesitaba? Tened por seguro que esta noche mi espada relucirá ante el enemigo.

De nuevo se hizo el silencio. Ermesenda miraba a su hijo. Sabía que nada le podía dejar, tan solo el recuerdo de la grandeza. Todos sus esfuerzos por asegurar la continuidad de su linaje habían resultado infructuosos, barridos por las huestes murrianas. Era el fracaso absoluto para alguien que tenía como deber supremo la transmisión del poder condal. ¿Sobreviviría su hijo? ¿Si emigraba, cómo sería recibido en las colonias en las que gobernaban aquellos que ella había desterrado? Lo veía errante, como el que intuye que pertenece a otro mundo... Su único hijo, su querido hijo, aquel que por madre tuvo a una juez intratable. Los ojos oscuros de Ermesenda relampaguearon un instante.

—Querría, hijo mío, que no buscaras la muerte, cuando esta es segura —dijo en un tono impropio de su persona, casi suplicante.

—Ningún hombre de honor abandonaría a los suyos en secreto —contestó Serlan con una firmeza que no admitía réplica—. Una traición amparada por la noche, abandonando a aquellos que le juraron fidelidad. ¡Y menos aún el hijo del conde! ¡Mi padre jamás lo habría aprobado!

—Tu padre colgaba a los murrianos en largas sogas hasta ver su carne podrida —dijo Ermesenda escupiendo su veneno—. ¡Los perseguía y los empalaba en los caminos en lugar de correr delante de sus lanzas como tú haces!

—¡Sí! Y es por eso que vuelven. Tanta crueldad, tanta sangre...

Serlan hizo una pausa para tomar aire, excitado. El Heredero recordó aquella tarde de principios de verano, cuando aún no era ni un muchacho. Con su padre viajaron hasta la Sierra Rocavera, a siete

días de camino de la capital. Recordaba la fatiga del viaje y el calor. Al pie de la sierra, los hombres grises habían empalado un murriano cada quince pasos hasta cerca de la cima, en una línea macabra de cuerpos que miraban a tierra, torcidos, como si quisieran abrazar o recoger algo. Caminaban senda arriba, siguiendo los restos de los vencidos. «Es el símbolo de la victoria sobre las bestias», había dicho su padre. Ahora volvían. Recordando a sus muertos y aquella humillación, llamando a la puerta a golpes, con puños de acero y voces teñidas de sangre.

Serlan dio media vuelta y, sin decir nada más, se dirigió hacia el Patio de Armas.

—¡Detenedlo! —bramó su madre, desconcertada—. Puedo perder esta noche mi ciudad, pero no a mi hijo.

Y diciendo esto, hizo una señal con la mano. Con gran celeridad, los dos mayordomos alcanzaron al Heredero y lo apresaron por la espalda. Serlan echó mano a la espada, pero ya lo habían inmovilizado.

—¡Vieja Loca! ¡El honor! Moriremos sin… —Su voz se disolvía, los mayordomos lo ahogaban con un pañuelo impregnado con narcóticos.

****

El capitán Álvaro mordisqueaba un trozo de queso mientras observaba la gran brecha abierta en la muralla, sin entender muy bien la razón por la que los murrianos no se habían decidido a lanzar el asalto. De más de ochos cuerpos de ancho, por esa abertura de piedras humeantes podría pasar una compañía desfilando. Aquella mañana había cesado el bombardeo y por primera vez en muchos días podía pensar con una cierta claridad. Vivir unos instantes de sosiego. Había ordenado que dos ballesteros se encaramaran al viejo minarete de Tervas, erigido detrás de los muros, para vigilar los movimientos del enemigo. Calculaba que aquella misma tarde o antes, se produciría el ataque. Hasta el más imberbe de sus soldados lo podría predecir, se dijo a sí mismo.

Miró a sus hombres como si no los conociera, como los miraría un viajero que está de paso. Un sentimiento de lástima brotó de su interior, sabiendo que muchos de ellos dejarían este mundo, quizá inútilmente. Entre sus filas, había valientes guerreros de los valles del condado, de espaldas fuertes y bella piel gris, de cabellos rizados que surgían violentos debajo del casco, como si buscaran la luz del sol. Hombres y mujeres de las lejanas llanuras, tiempo atrás perdidas, que miraban la brecha con determinación, seguros de su fuerza. También

había otros, más jóvenes, asustados bajo el peso del hierro de sus armaduras. Las falanges del condado, armadas de lanza larga y espada, protegidas por grandes escudos y coraza, seguían siendo una fuerza temible en un campo de batalla estrecho. Tendrían su oportunidad.

Reinaba un silencio cortante entre las filas de las siete falanges dispuestas detrás de las almenas, frente a la brecha, por donde el enemigo intentaría el asalto. El capitán Álvaro decidió arengar a los hombres; al menos sus palabras servirían para romper el tedio, la espera. Avanzó hasta situarse delante de las falanges, de espaldas a la brecha.

—Soldados, el momento está ya cercano —dijo, alzando la voz—. Es probable que hoy o mañana dé comienzo el ataque. La suerte de nuestra ciudad y de los nuestros está decidida. ¡Onar nos protege!

Nadie contestó. No se escuchó ningún grito de aprobación. La tropa solo escuchaba. Todos se habían girado para mirarlo, haciendo tintinear cientos de armas. La figura alta del capitán se mantenía erguida, expectante.

—Sabéis que al enemigo le agrada luchar en campo abierto. Pronto tendrá que atravesar esta brecha — señaló el boquete en la muralla—, si quieren pisar las calles de Vamurta. Será una lucha cuerpo a cuerpo, no habrá sorpresas. Sus espadas contra las nuestras. Y es sobre estos muros derruidos donde podremos tomar venganza por todos los nuestros que han caído. ¡Venganza por los que han muerto!

Nadie respondió. El capitán se sintió momentáneamente tocado, casi ridículo. Avanzó hacia el muro compacto de escudos que tenía delante, rompiéndolo. Vio que algunos soldados lo miraban con aprobación silenciosa. Se sintió algo más reconfortado. Empezó a comprobar los cordajes de un hombre, de otro, la espada de una guerrera, a centrar el casco ladeado de un soldado que sonreía. Los hombres hacían sitio a su oficial a medida que pasaba de fila en fila.

—Recordad: en primer lugar nos lanzarán dardos, jabalinas, todo lo que tengan —decía a los que estaban más cerca—. Tened los escudos bien agarrados y levantadlos bien alto. —Alguien le ofreció un pellejo con vino para refrescarse. Álvaro pensó que, quizás, aún podrían resistir—. Cuando lleguen, cerrad bien las filas, hacedlas impenetrables. ¡Hombro con hombro! No retrocedáis hasta escuchar el aviso de las trompetas. —La tropa empezaba a murmurar, más animada.

El veguer de la Marca Sur, rodeado de su guardia y alguno de los pequeños nobles que habían sobrevivido a los primeros meses de guerra, escrutaba el estado del cielo, a la derecha de las falanges,

donde había sido asignado. Con una línea de edificios detrás, la alta muralla de Vamurta enfrente y una estrecha calle para escapar a su izquierda, los hombres del veguer estaban demasiado apelotonados. Perdido en sus amargos pensamientos, la arenga del capitán de la plaza le parecía cansina.

Poco a poco, una masa de nubes deshilachadas devoraba el tejido azul del cielo, entristeciendo en algo la mañana. El veguer miró a los hombres de su guardia, encajonados entre las fachadas. Algunos eran unos niños, con barbas de pelo corto y desordenado. Se fijó en uno de ellos. De piel de un gris intenso, su larga nariz aguileña dejaba levantado el protector nasal del casco. Bajo las pupilas negras de los ojos, las bolsas moradas de las ojeras delataban falta de sueño y un miedo que se transmitía a la rigidez de las facciones.

—Soldado, ¿qué harás cuándo hayamos enviado a esas bestias al otro lado de la Gran Puerta? —preguntó el veguer, forzando una sonrisa.

—¡Oh! No lo había pensado, señor. Querría, quizás, volver al sur... Donde está el hogar de mis padres. Pero eso parece difícil —contestó, dudando que sus palabras fueran acertadas—, esta invasión...

—¿Qué más?

—Bien señor, dejar la labranza... Podría encontrar oficio en los talleres, y entonces tener lo que se dice una casa, señor, una casa y una mujer.

Mientras decía esas palabras, el miedo se había esfumado de su rostro. Casi parecía un hombre corriente hablando entre los tenderetes de un mercado. El veguer se arrepintió de haber preguntado. Tomó conciencia, como si alguien lo hubiera zarandeado con brusquedad, de cuál era su deber.

La expresión de su rostro cobró firmeza. Ya no podría morir como quería, y así acabar con todo aquello que representaba. Un punto final. Aún quedaba el deber, pensó. Quizá valdría la pena morir por los suyos, retrasando aquella derrota escrita, cortar el bombeo que atormentaba su corazón. Hundir la espada en las carnes del enemigo y dar tiempo a otros. Tiempo. Y borrar así las sombras que retorcían y punzaban su soledad.

—Escuchad —dijo a su guardia y a los señores que lo rodeaban—, escuchadme y recordad. Cuando la lanza del enemigo me llegue, seguid luchando, pero no esperéis mucho en girar vuestras miradas hacia el puerto. Los barcos no esperarán hasta ver los estandartes de los murrianos cerca de sus velas. Yo tampoco lo haría. Luchad, cuando llegue el momento, deberéis desaparecer del campo de batalla y llegar a los muelles.

Sus hombres lo miraron como quien mira a un difunto, entre la

lástima y la reverencia. No dijeron nada. Pasada la sorpresa, el castellano de Alcorás se dirigió a su señor.

—¿Creéis, entonces, que seremos derrotados?

—Así es —contestó mirándolo a los ojos.

Dicho esto, les dio la espalda, alejándose de sus guerreros, que se miraban entre ellos como esperando que alguien cambiara aquella predicción funesta. Volvía a sentirse extraño entre todos aquellos hombres cargados de hierro, cubiertos de placas. Hubiera querido estar en el salón de su fortaleza, oteando los campos desde las ventanas alargadas, recordando en paz a sus muertos.

El capitán Álvaro seguía animando a sus soldados y bebiendo pequeños sorbos de vino cuando apareció, resoplando, uno de los ballesteros que habían mandado hacer de centinela.

—Señor, avanzan.

El capitán salió corriendo de la formación hasta llegar a la brecha. Escaló los sillares caídos de la muralla a fin de estar lo bastante elevado para ver gran parte del valle. Así era, se podía observar algún movimiento en las huestes dispuestas frente a la ciudad, pero no podía saber de qué se trataba. Buscó la escalera de caracol que ascendía hasta las almenas de los muros. Pasó entre los pocos arqueros que había ahí dispuestos y sacó la cabeza entre los dientes de la muralla con prudencia, consciente de la amenaza de las culebrinas. Un viento suave surcaba el aire.

Bajo el cielo matinal, cruzado por estrechas colas de nubes, una masa de manchas ocres se aproximaba lentamente. Localizó a la infantería ligera en el centro, tres cuadros avanzados al cuerpo de ejército. Detrás los seguían grupos de arqueros y más atrás tropas que no logró identificar. En medio de estos dos grandes grupos los murrianos habían situado las ocho torres de asalto que se balanceaban, cada una movida por filas de decenas de bueyes. Por el flanco derecho avanzaban los jinetes de Ulak, formando un inmenso triángulo, medio oculto bajo la nube del polvo que levantaban las pezuñas de los ciervos de combate. El capitán se extrañó al detectar por el flanco izquierdo grupos de infantería y arqueros que formaban un grupo autónomo, desligado del cuerpo principal. También notó que habían dejado los arcabuceros muy atrás. Demasiado lentos para un ataque ágil. Las bombardas iban siendo desmontadas y cargadas sobre las espaldas de los grandes rinocerontes. De igual modo se retiraban las filas de culebrinas que habían martilleado la parte alta de la muralla. La infantería que protegía las armas de fuego se replegaba, dejando espacio para el paso de los que llegaban desde atrás.

El capitán se rascaba la barba, cavilando qué era lo que pretendía

el enemigo. Estuvo un buen rato mirando, parapetado detrás de una almena, concentrado en sus divagaciones. Sacó una caña de tabaco de debajo de su coraza y la encendió. Desde arriba ordenó que los arqueros se desplegaran detrás de los dientes de la muralla junto con algunos infantes armados de lanzas. Mientras fumaba iba perdiendo la tensión que no le dejaba entender la maniobra de los murrianos. Era muy clásica. Dio otra calada a la caña. Habría un ataque directo, por el centro. Se intentaría asaltar la muralla y a la vez entrar a la ciudad por la brecha. Además, el flanco izquierdo del enemigo buscaría un ataque secundario por algún punto mal defendido, más al sur, que le obligaría a prescindir de algunos de sus hombres.

Se incorporó de un salto y bajó las escaleras de la muralla de dos en dos, pasó por delante de las falanges y llegó hasta las calles donde aguardaban las tropas irregulares. Habló con los oficiales y les ordenó seguir el flanco izquierdo del enemigo, marchando hacia el sector del río, con la orden de no enrocarse en ninguna posición hasta estar bien seguros del punto de penetración del adversario. Les asignó dos brigadas de ballesteros, reduciendo de esta forma los efectivos que defendían la brecha. Hecho esto, volvió con sus soldados. Mandó traer vino para todos. La iniciativa fue recibida con vítores.

Mientras la tropa bebía, el ejército murriano se acercaba lentamente. El capitán creyó que era el momento de ir al encuentro del veguer de la Marca Sur. Lo encontró plantado delante de la brecha, con las manos enlazadas a la espalda. Parecía bastante tranquilo, como si nada indicara que estaba a punto de desencadenarse un combate atroz. Bajo la visera del casco, las dos gotas de sus ojos oscuros eran las de un hombre sereno. El veguer se giró al oírlo llegar. Su boca trazó una mueca fatigada.

—Capitán, llegan los días de los valientes —dijo con resignación.

—Veguer, cualquiera pensaría que estáis a punto de salir por ahí —contestó, señalando los campos donde avanzaba el enemigo—, a dar un paseo.

—Un largo paseo, sí —repuso, sin que su rostro expresara nada.

—He dispuesto a los arqueros sobre la muralla y he dejado los ballesteros que me quedan sobre esta ruina —explicó, mirando las casas derruidas que estaban a sus espaldas—. Los primeros murrianos que asomen la cabeza por aquí, ni tan siquiera podrán alzar sus lanzas. Para la segunda oleada haré avanzar a las falanges hasta estar casi encima de la brecha. Y para lo que venga después... Esperemos el favor de los dioses. ¿Tenéis alguna sugerencia?

El veguer se quedó meditabundo, observando a los soldados que terminaban sus rondas de vino e iban formando de nuevo.

—Ninguna sugerencia. No creo que haya otra forma de situar a los hombres. Solo una cosa. ¿Qué pensáis hacer si estos salvajes

sobrepasan nuestras líneas?

—Llevar las tropas hasta la ciudadela —contestó con el semblante serio—. Resistir a ultranza.

Los dos hombres se miraron unos instantes. El veguer, con ambas manos, cogió por el brazo al capitán.

—No tenéis nada que hacer encerrándoos en la ciudadela. Alargar vuestra suerte, a lo sumo —dijo endulzando su voz áspera—. Nada que hacer. La única esperanza es rechazar el ataque aquí, en la brecha.

—¿Habéis visto lo qué hay ahí fuera?

—Lo sé. Y además, es seguro que nadie vendrá en vuestra ayuda. No, estaréis solo. Completamente solo.

—Necesitamos de los recios muros de la ciudadela. Seremos unos pocos. Ya he ordenado el acopio de víveres —contestó el capitán.

—Recordad, amigo mío. Por el bien de los que sobrevivan y de vuestra propia suerte. Recordad mis palabras. Si los murrianos nos pasan por encima, si rompen las defensas por algún punto, agrupad a todos los soldados que podáis y marchad hacia el puerto. Recordad, somos las piedras que frenan la crecida del río que nos llega, una vez hayan…

—¿Y los hombres, las mujeres, los niños que queden en la ciudad? —cortó Álvaro, mirando con fijeza el veguer.

—Botín de guerra. No hay flota en este mundo que pueda evacuar una ciudad. Bien lo sabéis. Vuestro deber es ver más allá de nuestro horizonte —sentenció el veguer con frialdad, sosteniéndole la mirada.

—¿Y vos? ¿Qué pensáis hacer cuando tengamos que recular? ¿Correr hacia los barcos?

—Yo, capitán… Mirad. Hace tiempo que os vigilo. Siempre me ha sorprendido vuestra falta de ambición política. Seríais un cortesano nefasto, nunca os he visto entre los nobles, sí, pero sois un buen militar y de alguna manera la tropa os sigue. —El veguer lo miró con una expresión divertida—. Allí, al otro lado del mar, lejos de aquí, quizá un día alguien os necesite. Quizá os necesiten los que salgan vivos de todo esto.

El capitán Álvaro lo miraba sorprendido y algo nervioso. El enemigo avanzaba paso a paso y aquel hombre le hablaba de lo hipotético, del día de mañana que ni los más poderosos dioses conocen.

—Llevo unos días rumiando —prosiguió el veguer con calma—, sobre el castigo que nos crucifica. He visto batallas como una gran red que se lleva a los hombres, he visto crecer este condado que amo… El hierro de mi espada ha cortado pescuezos, muchos, y he visto morir a tantos… No creo que Vamurta pueda frenar esta crecida. Soy viejo y he perdido casa, mujer y dos hijos jóvenes. —Miraba, absorto, las llanuras del gran valle—. ¡Capitán! Es poco lo que me ata a este

mundo. Escuchad, reagruparé a los hombres más viejos y a los más desesperados si el enemigo nos supera. ¡No digáis nada! Cubriré vuestra retirada.

Ninguno de los dos habló durante unos momentos. Ya no había tiempo para más. El capitán recordó al Heredero, pero el veguer no sabía gran cosa.

—Dicen que agoniza en su cama. No debéis contar con su lanza. A pesar de que su sola presencia espolearía a los hombres.

El rumor del avance enemigo iba ganando en intensidad. Se separaron con un fuerte apretón de manos.

El capitán Álvaro se dirigió otra vez a la muralla, poblada de arqueros. Las palabras del veguer le habían entristecido y a la vez le habían descargado la conciencia. «Ahora tenemos un plan de batalla —se dijo—, y luz en este trance incierto.»

A su derecha, lo que había sido la Torre de Oriente no era más que un montón de escombros. Miró hacia el oeste. Bajo el sol del mediodía las huestes enemigas habían dejado de avanzar, esperando. Álvaro habló con los arqueros, que toqueteaban la madera de sus arcos con nerviosismo. Toda la potencia de los murrianos se desplegaba a sus pies, el rugir del enemigo empezaba a oírse con claridad. Vio a muchos hombres sudando, las frentes chorreantes bajo el peso de los cascos, las manos temblorosas.

—¡Esperad a mi señal! ¡No lancéis hasta haberme oído! ¡El que no tenga la mano lo bastante firme, la perderá! —gritó el capitán con fiereza, consciente de la importancia de disparar en bloque sobre un blanco cercano.

Avanzó apartando a los hombres hasta encontrar al oficial de los arqueros, Gofreu. Aquel hombre mayor, pasados ya los cuarenta años, lo miraba sin entusiasmo. Sus ojos pequeños y verdes, sobre un grueso bigote que bajaba hasta la mandíbula, parecían inmutables.

—Gofreu, ¡los tenemos encima! —El capitán pronunció aquella frase como un escupitajo—. Una vez hayáis ordenado las dos primeras descargas, tendréis a los murrianos a tiro de lanza.

—Cierto —contestó Gofreu.

—Mantened a los hombres fríos. Haced que vuestros arqueros se concentren sobre blancos seguros. No perdáis flechas castigando a los grupos lejanos o en coberturas. ¡Quiero murrianos muertos sobre estas piedras! —exigió, señalando el pie de la muralla—. Disparad sobre los que se agrupen cerca de la brecha. Allí se van a amontonar, quiero que entren en la ciudad dispersados. ¿Lo habéis entendido?

Mientras el capitán daba las instrucciones, se propagaba una especie de clamor creciente. Llegaban más voces, más ruidos.

—Así lo había pensado, señor, pero vamos a perder hombres aquí arriba si dejamos muy tranquilos a los arqueros murrianos —

respondió alargando cada una de las palabras que pronunciaba—. Aunque ahora no es el mejor momento para matices...

El capitán miró hacia el valle. Frente a la ciudad se levantaban nubes de polvo por doquier, a medida que la gran masa del enemigo cubría el verde de las huertas y el amarillo viejo de los campos de trigo. El aire se llenó de un estrépito ensordecedor, como si un alud de piedras se desplomara desde algún risco.

Los hombres que defendían la muralla parecían hipnotizados, dominados por aquel súbito rugir. El capitán, repuesto de la primera impresión, se giró con violencia. No oía los tambores.

—¡Haced sonar los tambores! —gritó a los de abajo.

Mientras descendía de la muralla, oyó un tímido repicar, como si un murmullo llegara de un valle remoto. Luego escuchó otros tambores que se sumaban a los primeros. Por fin las falanges hacían oír su voz con fuerza, despertando a los guerreros, rompiendo el hechizo que el rápido avance de los murrianos estaba provocando entre la tropa.

El capitán ya podía distinguir las manchas de los rostros entre el enjambre enemigo, borrosas entre el polvo, las líneas de las lanzas y las puntas de las jabalinas. Aún pudo observar cómo todo el flanco izquierdo murriano se descolgaba y tomaba la dirección del río a la vez que la vanguardia enemiga ya casi tocaba las murallas. Al mismo tiempo, los jinetes de Ulak frenaban su avance, quedándose lejos de los muros, lejos de los arqueros grises. El centro del enemigo seguía marchando a paso vivo, levantando la tierra con sus pezuñas hendidas. Las primeras filas llegaban aullando, lanzando sus venablos para después retirarse a toda velocidad. Muchos proyectiles no llegaron a volar por encima de los muros y caían ruidosamente al suelo, mientras que los que alcanzaban la ciudad llegaban con poca fuerza y solo hirieron a dos soldados.

La vanguardia murriana se replegó, volviendo sobre sus pasos para reagruparse en gran número. Animados por la falta de respuesta del enemigo, volvieron a atacar con mayor empuje. Avanzaron tanto que llegaron hasta las bases de las murallas y a encaramarse sobre los escombros de la brecha. Este movimiento permitió a los arqueros murrianos acercarse más y formar a poca distancia de las falanges. Eran todos los arqueros, cientos de ellos agrupados en cuadros de cincuenta. Mientras los infantes lanzaban sus dardos, los arqueros murrianos pudieron tensar las cuerdas de sus armas. Se escuchó como un gran soplo y por unos instantes las flechas de los murrianos mancharon el cielo. La sombra del enjambre que se levantó delante de los hombres grises descendió como una avalancha sobre sus cabezas.

—¡Esperad! —aún pudo ordenar el capitán a los arqueros.

Las flechas murrianas impactaron en un incesante repicar de

puntas de hierro contra las armaduras y sobre los escudos de la infantería. Se oyeron gritos, chasquidos. Veinte o treinta hombres se desplomaron, rodando con estrépito sobre el suelo. Siguieron las maldiciones de muchos heridos en el pie, algunos en el hombro.

La voz del capitán se alzó por encima de los lamentos de los heridos y el trote de los centenares de murrianos que volvían a retroceder.

—¡Lanzad!

Los arqueros grises, que se habían escudado detrás de las almenas, sacaron sus saetas, se incorporaron a la vez y apuntaron hacia abajo. El zumbar de las flechas sorprendió a muchos murrianos que aún volvían a sus posiciones. Los arqueros grises vaciaban sus aljabas, disparando una y otra vez.

La primera oleada se había deshecho. Los hombres de Gofreu seguían lanzando como poseídos hasta que, rehechos de la sorpresa, los arqueros murrianos fijaron un nuevo objetivo: las almenas de Vamurta. Una lluvia de proyectiles cayó sobre los muros, y los arqueros de la ciudad, más por instinto que por órdenes, respondieron.

Casi vaciadas las aljabas que colgaban de sus muslos, los defensores de Vamurta dejaron de disparar y se agazaparon detrás de la muralla. En ese momento, un cierto silencio se extendió en asediados y asediadores. Los campos quedaron cubiertos de muertos y murrianos heridos, que chillaban emitiendo extraños sonidos, agudos, reclamando a los suyos. Algunos se quedaban quietos, otros se arrastraban hacia sus propias líneas.

Gofreu aprovechó la pausa para ir a preguntar al capitán si era necesario rematar desde arriba a los heridos, pero este se negó por la escasez de flechas.

—Si quieren, que los vengan a buscar. Y si se acercan, ya saben que los esperamos con el arco tenso —concluyó Álvaro.

Los murrianos volvían atrás, lejos del alcance de los defensores. Se habían concentrado otra vez, esperando, quietos, como si meditaran qué habían hecho mal.

Debieron encontrar la respuesta con prontitud ya que, poco después, empezaron a desplegar señales de bandera que obtenían respuesta de otras. Estandartes y enseñas se agitaban en el campo enemigo, comunicándose, haciendo que las unidades cambiaran su posición. La infantería se retiró de la primera línea, dejando paso a hileras y más hileras de arqueros de brazos delgados y ásperos.

El aire cálido del mediodía osciló, violentado por el resonar de las trompetas murrianas. Algunos hombres grises sintieron un escalofrío al escuchar esas notas estridentes, capaces de hacer temblar la roca de un acantilado. Las huestes enemigas empezaron a entonar una extraña canción, que a muchos no les pareció una canción de guerra, por ser

alegre y triste a la vez. Los defensores recordaron otras canciones, canciones de despedida. El vacío entre los dos ejércitos se llenó de esa música extranjera, casi bonita, mientras los arqueros murrianos clavaban grandes escudos en tierra, altos como un hombre, que eran apuntalados con grandes estacas. Poco a poco fueron trazando un semicírculo frente a la grieta de las derruidas murallas de Vamurta. Otra muralla.

El veguer subió encima de los muros con un ímpetu impropio de sus cabellos plateados, seguido por tres de sus hombres. Fue a encontrar al capitán de la plaza, preocupado por el cambio de estrategia del enemigo.

—Debéis reordenar a los arqueros… —Se paró para coger aire—. Decidles que se concentren en lo que nos van a lanzar... Que olviden los arqueros murrianos, no les haremos daño...

—¡Ya habéis oído! —gritó el capitán, dirigiéndose a los arqueros agazapados.

—Deberíais bajar, dirigir las falanges a ras de suelo —sugirió el veguer, ahora muy tenso—. Atacarán ya, o lanzan la infantería o nos lanzan los jinetes... Qué más da.

—Han hecho avanzar a los arcabuceros. Los tienen agrupados detrás de los jinetes de Ulak. Quizás quieran abatirnos situándolos frente al agujero, no lo sé —observó Álvaro atropelladamente—. Más me preocupa lo que guardan más atrás, veguer.

El capitán señaló el horizonte. Se vislumbraban unas manchas que se desplazaban más allá de la capacidad de visión de un hombre gris.

—Infantería pesada o... —dijo el veguer dudando—, o Reinas.

# 4
## Ermesenda

«Tanto temí a todos... De eso hará algún tiempo, antes de que los murrianos reventaran y quemaran nuestros campos. Desde luego, al principio no fue así, pero lo cierto es que desde pequeña me enseñaron a mirar a los lados antes de abrir la puerta de mi dormitorio. No, cuando me casé, cuando murió el viejo conde y fuimos ungidos, aún no odiaba a todos. Eso llega con el paso de las estaciones, con la permanencia. Crees que el consejero mayor desea algo más que llenar sus alforjas y su cama de carnosas cortesanas. Y así pasa el invierno y llega el verano, mientras crecen las sospechas y ese consejero es culpable, y como culpable de alto rango es prendido y es llevado con discreción hasta el puerto y de allí es expatriado de noche, al otro lado del Mar de los Anónimos. ¡Cuántos lo habrán cruzado! Y hoy, si me miro en el espejo, no estoy segura de nada.

»Ahora que nuestra derrota llega a su último acto, no me atrevo a pensar. Es como si tras un largo amanecer siguiera una mañana de oscura niebla, esta invasión, cuando todo está perdido. Podría haber fundado nuevas ciudades, reforzar los vegueros de Marca, hacer crecer el condado hacia el norte, explorar, crear...»

Ermesenda se paseaba lentamente por su cámara, perdida en sus pensamientos, los pies descalzos, vestida con una delgada túnica púrpura. Se acercó a los ventanales y corrió las grandes cortinas, haciendo que la habitación se transformara. La cálida luz del sol llegaba a todos los rincones. Brillaban los pequeños espejos de oro que adoraba, las vasijas de plata en los estantes, hasta refulgía el ébano de su joyero colocado sobre la mesa del fondo.

Daba vueltas por la habitación. Pasó los dedos sobre los tapices de la pared, como si acariciara un animal manso, mientras el aire se encogía por el retumbar de los combates. Deseaba que esa guerra se alargara un poco más, hasta poder hablar con su hijo. Los médicos le aconsejaron reposo. El tiempo acechaba y sus recuerdos la empujaban lejos del presente.

«Con el paso de los años, bajo el ardor y el peso de la corona, vivía cada vez más pendiente de todos. Al morir el conde, sin ser aún una anciana, me obsesioné con los nobles, con la corte. Aquellos que eran mis iguales. Pagué espías, pagué castellanos para que vigilaran a otros nobles; me informaban, entendía peligros, conspiraciones, los defenestraba, los asesinaba, los atosigaba. Todos me temían y eran pocos los que se acercaban a mí.

»Luego me fijé también en los grandes mercaderes y en los

gremios, en todos los que pudieran dar un golpe, ¡en todos! Creé una camarilla de confianza muy cercana a mi persona, repartí dádivas entre los que creí fieles, mandaba a los escuadrones antes de que la noche se retirara dejando atrás los primeros jirones de luz. Eran detenidos y deportados. Algunos de los mejores se marcharon en silencio. A las colonias».

Se calzó unos zapatos de cuero negro, se perfumó mirándose en uno de los espejos. Su rostro inexpresivo, los ojos inmóviles, la frente tejida de finísimos surcos. Aquello no podía ser. Todo se hundía bajo sus pies. Quiso golpear el espejo pero no hizo nada, siguió mirándose, intentando encontrar razones a sus años vividos. Un pensamiento rompió el hechizo. Levantó uno de los tapices y palpó con cuidado la pared. Una de las losas se abrió a modo de puerta. Se dirigió con pasos calmados hasta el pequeño cofre de ébano y empezó a vaciar el joyero. Grandes rubís, oro y brillantes que escondió tras la piedra. Cuando acabó, volvió a cerrar. Había ahí las suficientes riquezas como para comprar la mitad del condado. ¿Por qué las tuvo bajo llave tanto tiempo? Hubiera podido pagar un ejército de hombres rojos, con tiempo. Comprar más armas. ¿Aquello hubiera cambiado el destino de su mundo? No lo sabía.

Abrió la puerta y salió, despreocupada, al corredor que circundaba el tercer piso de la ciudadela. Los guardias se cuadraron dejando paso a Ermesenda. Sobre las almenas, podía ver a los arqueros oteando la ciudad y abajo, en el patio, observó a los miembros de la Falange Roja yendo y viniendo, ordenando pertrechos y armas. El ajetreo no la distrajo demasiado. Solo una cosa estaba en su mano, salvar a su hijo. Salvar, al menos, a aquel que podría transmitir la estirpe. Llegó al tramo del corredor que se abría al Patio de Armas sumida en sus lánguidas evocaciones.

«¿Y yo? ¿Qué va a ser de mi persona cuando la ciudad caiga? Si cruzo el mar, en las colonias seré crucificada por aquellos a los que deshonré. Si huyo por tierra, seré cazada. En manos de los murrianos sería un magnífico trofeo, alguien a quien poder odiar por tanta muerte que causé en las viejas campañas, cuando el conde vivía. Mi esposo. Era él quien se ocupaba de mantener y hacer crecer nuestras fronteras, con puño de hierro, hasta con crueldad, quizás... Las descuidé. Durante mucho tiempo los ojos de Vamurta se cerraron. Creí que esas criaturas quedarían apartadas, asustadas. Tan preocupada estaba por los enemigos que ahora juzgo de salón, por esa corte vigorosa que es hoy un hatajo de viejos bufones enriquecidos y tristes. Mis fieles servidores, ¡ah!»

Un mensajero entró por la puerta principal rompiendo el hechizo del pasado. Gritaba algo. Notó un inmediato nerviosismo entre los hombres. El mensajero desapareció por la puerta que conducía al

pasadizo superior y poco después, un soldado cubierto de polvo y manchas de sangre, se arrodillaba frente a ella.

—Mi señora —dijo el hombre conteniendo la emoción—, el capitán de plaza solicita todas las armas. Exige tomar a su cargo la guardia de la ciudadela y ruega ordenéis la salida de la Falange Roja.

Poco después, bajo el sol del mediodía, las puertas de palacio se abrirían de par en par para saludar la marcha de sus últimos defensores. Poco a poco un vacío inquietante se apoderó del castillo. Ermesenda, imperturbable, volvió a sus aposentos. Debía pensar, encontrar la mejor salida.

****

Los dos hombres se miraron un instante. No eran necesarias las palabras cuando acechaba el peligro. Bajaron de las murallas hasta situarse junto a la infantería de Vamurta: una compacta pared de escudos, en la que el sol de la tarde arrancaba destellos de plata. Las falanges formaban una sola línea de ocho filas que se apoyaban unas sobre otras. Las cuatro primeras filas bajaron las largas lanzas hasta tejer una barrera erizada de hierro afilado.

Los hombres del veguer se habían situado en el extremo derecho de las columnas de regulares, dibujando un cuadrado indisciplinado. Eran gentes de frontera, armados de hachas de doble filo, mazas, espadas cortas, lanzas... Después de tantos meses de lucha, aquellas unidades bien parecían una banda de montañeses.

Los hombres sudaban, cubiertos de metal, ahogados por el calor y la espera. Trataban de alejar el miedo a morir, luchando contra sí mismos, para estar listos, a pesar de las dudas del que sabe que esos pueden ser sus últimos instantes. Los oficiales se movían entre las filas, que se mantenían firmes bajo el sol, exhortando a los combatientes. A veces golpeaban a algunos que, extenuados y aterrorizados, intentaban volver a la ciudad.

El capitán alzó la cabeza para comprobar que sus ballesteros ocupaban sus posiciones sobre las ruinas y los huecos de los balcones derruidos de las casas que quedaban, medio en pie, cerca de la brecha.

Los murrianos volvían. Una nueva descarga se elevó contra el cielo para caer sobre los infantes. Levantaron los escudos, agazapados debajo, otra vez. Sin tiempo a romper las flechas clavadas en el metal, aparecieron los jinetes de Ulak.

Los ciervos corrían estirando hacia delante sus cuellos musculosos, avanzando en formación cerrada hacia el gran agujero en las murallas. A los hombres grises les llegó el retumbar del suelo, los gritos de los enemigos rasgando el aire.

—¡Listos! ¡Clavad las lanzas en el suelo! —gritó el oficial de la tercera falange.

Los vieron saltar dentro de la ciudad como un río desbocado, las grandes cornamentas relucientes. Jinetes y monturas surgieron a contraluz, espectrales. Los ballesteros grises, bien atrincherados, hicieron vibrar sus cuerdas. Las saetas cruzaron el espacio hasta llegar a los animales, que caían fulminados, levantando polvo. Un ciervo sin montura se lanzó, loco por el dolor del impacto de una flecha, contra la barrera de escudos, abriendo brecha hasta que fue alcanzado por muchas lanzas.

Gofreu, encima de los muros, se incorporó. Era la señal. Los arqueros grises se levantaron, haciendo silbar saetas a derecha e izquierda. Con el cuerpo de ejército murriano tan cerca, muchos arqueros grises fueron atravesados por lanzas y flechas murrianas. Algunos caían como fardos hasta el suelo, otros quedaban doblados sobre las murallas, agarrando aún la madera del arco.

Se había frenado la primera acometida. Un segundo y un tercer grupo de jinetes penetró en la ciudad sin que una nube de flechas los frenara.

Atónito ante aquel empuje, Janot de Artá, al mando de la cuarta falange situada en el centro de las líneas, veía saltar los ciervos de combate sobre los escombros de la brecha y dirigirse al galope hacia sus hombres. Pensó que no podría resistir. Pensó que aquellas bestias entrarían en la ciudad. Vio a su mujer y a su hija arrastradas por los cabellos, aquella especie de faunos gritando, riéndose, maltratándolas. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Igual que una gran ola golpea un muro de roca, los ciervos llegaron hasta las falanges desmembrándolas en muchos puntos. El estruendo del combate aumentó hasta convertirse en una gran voz que devoraba a las otras. Lanzas contra escudos que se resquebrajaban, espadas que quedaban suspendidas en el aire hasta caer sobre un adversario, aullidos. Allí un soldado rajó el vientre de un ciervo que se derrumbó y llevado por la inercia, aplastó al infante. Otro murriano montado atravesó con su lanza el rostro de un guerrero gris y saltó sobre las filas. La línea se abrió y un grupo de ciervos aprovechó para tronchar el grupo y atacar desde atrás.

—¡Cerrad las filas! ¡Cerradlas!

La sangre manchó las placas de hierro, salpicó el gris claro de los rostros. Nadie entendía quién gritaba pidiendo ayuda. Los soldados que caían heridos eran arrollados por los enloquecidos animales o sus propios compañeros. Dos falanges se habían deshecho y los hombres luchaban dispersados. Nuevas oleadas de jinetes penetraban en el interior de la ciudad y los acometían a placer.

El capitán Álvaro había roto el asta de su lanza contra la coraza de un jinete, que lo miró perplejo durante un instante. Observó que la cara de este se cubría de sangre hasta desparecer tragada por el inmenso barullo del choque. Desenvainó justo a tiempo para esquivar una lanzada de otro enemigo que lo rozó y desgarró la cota que le protegía el brazo. La confusión era absoluta, había mucho polvo en el aire, polvo que embadurnaba la cara, que llenaba la boca, que ahogaba los pulmones. Se defendió de una sombra alta que tenía delante, otra figura sin rostro.

Los oficiales se desgañitaban, intentaban que los hombres volvieran a agruparse. El capitán levantaba la espada y golpeaba, daba mamporros, se sentía llevado por aquella vorágine que lo convertía en un armazón de hierro y músculos sin alma. Algo lo sacudió por la espalda. Se sintió lanzado hacia delante. Aterrizó en el suelo. Entre la polvareda solo veía piernas danzando y los cuerpos inertes de los muertos. Se distinguió la grave vibración de unas trompas. Volvió a levantarse. El barullo cesó y consiguió vislumbrar a sus hombres, que miraban a su alrededor, espada en mano. Los jinetes de Ulak, por primera vez en toda la contienda, se retiraban.

El capitán Álvaro se sintió abatido, desorientado, como si saliera al aire libre tras un largo encierro en prisión. Vio a los muchos muertos, los heridos gimiendo. También se dio cuenta de que el descampado estaba sembrado de monturas y jinetes. Sus largos cabellos chorreaban, acusaba ese calor que lo trastornaba todo. De los atacantes, los vivos eran rematados sin dilaciones. Las falanges, conscientes del momento, luchaban por sus vidas.

Tantos cuerpos por el suelo constituían un obstáculo para la defensa de la plaza. Los ciervos caídos empezaban a ser amontonados, formando pilas de pelajes ásperos manchados de rojo. Un hedor espeso, dulzón, metálico. Algunos soldados intentaban llevarse las sillas de montar y los protectores de cuero que cubrían lomo y pecho. El capitán pensó que eran unos animales magníficos. Empezó a andar entre lo que la batalla había dejado sobre el suelo caliente, evaluando el coste del enfrentamiento. Había perdido a muchos. Miró hacia adelante y observó que los hombres del veguer seguían en su sitio, impolutos. Se acercó a grandes zancadas encendido por la ira. No lo podía comprender.

—No era necesario —se adelantó el veguer—. Pronto nos va a llegar la ocasión. ¡Estaremos frescos!

—Habéis visto esta carnicería. ¡Por todos los dioses! ¿No era necesario? ¿Y cuándo será necesario? ¿Mañana? ¿Cuándo estemos todos muertos?

El veguer miró al capitán con gran seriedad. No quiso responder.

Álvaro le dio la espalda y volvió con las falanges, algo renqueante.

—Llegará la oportunidad. Para todos, ¡maldita sea! —farfullaba mientras volvía sobre sus pasos.

Aparecieron las carretas para recoger a los heridos. Empezaron a evacuar a los que podían sostenerse en pie hacia la Casa de Curas. Aparecieron porteadores con calabazas llenas de agua fresca, que iba siendo repartida. Hubo golpes y blasfemias. Todos ansiaban beber. El capitán encontró a una mujer sentada en el suelo, sin resuello. Su rostro no tenía color. Bentur, un décimo de la sexta falange se acercó a ella.

—He recibido un golpe en el estómago —dijo la soldado—. Me cuesta mucho…

—Será mejor que te desabrochemos la coraza —contestó Bentur. Su camisa estaba manchada de sangre, que se deslizaba hacia las ingles—. Lleváosla —ordenó a los hombres.

Desde las almenas empezaron a gritar. Hacían señales con los brazos, intentando llamar la atención. El capitán se dio cuenta. Dudó un instante y echó a andar hacia la brecha. Se subió encima de un gran bloque de piedra para divisar el valle. Se giró hacia los hombres, desencajado.

—¡Formad una línea! —gritó—. ¡Vuelven otra vez!

Los infantes aún estaban recogiendo a los heridos cuando cayeron los primeros dardos. Álvaro empezó a correr hacia los grupos dispersos de los defensores, atrapado por el peso de su armadura. Tuvo la tentación de desligarse la coraza.

—¡Fuera los heridos! —voceó.

El trote de la infantería enemiga que enseguida se asomó por el gran agujero en la muralla, saltando sin muchas precauciones sobre los muros derruidos. En unos momentos, la brecha se llenó de bestias que se impulsaban con gran fuerza para lanzar sus dardos. Arqueros y ballesteros dispararon sin esperar órdenes, incrustando sus saetas en los pechos del enemigo, traspasando sus cotas, haciéndoles caer hacia atrás. Los ballesteros recargaban clavando los pies en los estribos de sus armas, disparando otra vez, ya sin apuntar demasiado. La infantería enemiga llenaba el descampado y el aire con sus chillidos.

Los soldados formaron en medio de un enorme jaleo. Se empujaban, caían escudos al suelo, se increpaban entre ellos, nerviosos. Los de primera línea vieron llegar a su capitán corriendo con toda la infantería murriana detrás. Corría a la desesperada, pendiente de no tropezar y caer al suelo. El capitán dejó atrás, sin atender, los brazos extendidos de los heridos, que suplicaban auxilio. Saltó sobre cascotes, sobre los muertos, creyó que una jabalina lo alcanzaría. Una gran marea crecía, oscura, a sus espaldas.

—¡Vamurta! ¡Bajad las lanzas! —consiguió decir, mientras las

flechas de los suyos pasaban silbando muy cerca de su cabeza.

Por inercia o porque realmente lo habían oído, las falanges empezaron a tomar forma con una rapidez asombrosa. Arqueros y ballesteros acribillaban a los murrianos con el ímpetu de los que intuyen un final trágico. El capitán llegó a sus propias líneas a tiempo de no ser ensartado por la espalda. El impacto del choque resonó como un alud metálico, violento, que se propagó por toda la ciudad. La pared de lanzas frenó la primera y la segunda oleada, pero pronto el combate degeneró en una gran escaramuza a espada, en la que las falanges se disgregaban en grupos fragmentados, como espigones aislados en medio de una gran tempestad. El caos ganó terreno, haciendo que la línea de combate se hiciera más y más confusa.

Los murrianos luchaban con gran furia, despreciando su propia vida para conseguir matar a un infante gris. Aplastados contra las casas, las unidades no podían maniobrar o agruparse para ofrecer un frente común, fracturadas en muchos puntos. Empezaron a retroceder a pesar de los horripilantes daños que infligían a la infantería enemiga.

El capitán percibió que estaba a punto de perder el control de la batalla. Ya no sabía dónde se encontraba. Clavó su espada, lanzó otro tajo, su hoja estaba ensangrentada hasta la empuñadura, empujó con el escudo la barriga de alguien a su derecha, dio puntapiés como un loco sometido al vértigo del combate. Cerca de él moría un murriano de ojos amarillentos y largos bigotes y a pesar de ello, cargó contra él, esquivó un golpe con un rápido movimiento de piernas, dejó pasar una lanzada enemiga, volvió a hundir su espada hasta el mango entre las costillas de una bestia. Se dio cuenta de que se había avanzado demasiado y casi no quedaban guerreros grises cerca de él, oyó gritos desgarrados y el enorme golpeteo del hierro contra el hierro y de pronto, todo le pareció una pesadilla absurda, algo que no estaba sucediendo en realidad. Distinguió la loriga dorada de un comandante enemigo y fue hacia delante, hasta asaltarlo por la espalda y degollarlo con un brusco movimiento de muñeca. A su alrededor, entre las nubes de polvo, apenas distinguía manchas, alguien lo llamaba. Le tiraban del brazo.

—Señor, vuelva —escuchó, como si esa voz fuera de otro mundo.

Inhaló una bocanada de aire. Los murrianos pasaban a su lado casi sin reparar en él. Corrió detrás de la masa enemiga. Volvía a estar entre los suyos, que se encontraban encajonados muy cerca de las paredes de las primeras casas de la ciudad. Estaban siendo acorralados.

Se dio un momento para pensar. Vio la escena clara, de repente. Los murrianos los estaban separando de sus arqueros y de muchos de los grupos de ballesteros. La retaguardia murriana los eliminaría.

Debían avanzar como fuera, pero ¿cómo no perder el contacto? Mientras reflexionaba, detrás de la silueta de la muralla aparecieron las macizas torres de asalto enemigas. ¡Ahí avanzaban! Las torres no eran para un asalto directo, estaban destinadas a limpiar la muralla de arqueros y hacerse con las alturas.

Si lo lograban, la batalla estaría decidida. Debía tomar la iniciativa. Casi no se sostenía en pie. Entre la multitud de los atacantes, el capitán de plaza detectó los primeros grupos de piqueros tomando posiciones. Precedían a los arcabuceros, que hacían retumbar sus armas con un sonido seco y cavernoso. El capitán fue consciente de la gravedad del momento, pero su mente se había bloqueado. No veía la salida.

—¡A fe! ¡Empujad! —gritó a los soldados.

Y por una de aquellas extrañas coincidencias, tras la arenga se percibió un desplazamiento de los enemigos. Por el flanco izquierdo aumentó el barullo sin explicación aparente. En el caos del combate, empezaron a oírse vítores rabiosos y hubo la sensación de que algunos murrianos se retiraban sin razón.

Por las calles de la izquierda sobresalieron estandartes con la golondrina negra estampada sobre las telas. Se abrió un hueco entre los combatientes por el que apareció la mesnada del veguer. En aquel instante, la retirada murriana se transformó en una desbandada. Los hombres de las fronteras cortaban, acuchillaban y rasgaban, armados con mazas y martillos de guerra que hacían caer sobre las cabezas de los que osaban oponérseles. Detrás avanzaban alabarderos y más irregulares, empujando, y en el centro el veguer de la Marca, haciendo honor a su nombre, espoleaba a la hueste.

Los murrianos, tomados en dos frentes, no supieron reaccionar con presteza y sus líneas se quebraron en una amalgama sin guías. La rotura exaltó a la falange de Janot de Artá, que logró compactar la formación para acometer en cuña a la infantería murriana que intentaba alcanzar la brecha. En ese punto, los que huían colisionaron con los piqueros y arcabuceros que seguían la orden de penetrar en la ciudad. Álvaro supo ver la oportunidad y ordenó un ataque de todas las líneas, siguiendo a la cuarta falange.

Los murrianos empezaban a saltar de la ciudad, en franca retirada. Algunos corrían hacia sus arqueros, que los cubrían desde el perímetro exterior. Los hombres grises salieron en tromba, haciendo repicar sus armas contra los escudos. La voz del hierro resonando bajo el cielo. La mesnada del veguer se dirigió hacia las torres de asalto enemigas, a punto de tomar contacto con las murallas. Abrieron las panzas de los rinocerontes, uncidos y prisioneros del yugo, con sus lanzas. Encendieron fuegos al pie de las torres, sin dejar salir a sus dotaciones, que chillaban aterrorizadas. Las falanges hacían huir a los

arqueros murrianos. Cuando los restos del ejército condal miraron hacia el valle, encontraron los jinetes de Ulak formados y a punto para la carga en campo abierto, y todas las reservas de infantería enemigas lanzadas, a la carrera, hacia las murallas.

El capitán mandó volver a la ciudad. Mientras se replegaban, Álvaro y el veguer se buscaron entre los soldados en retirada. Se encontraron, resoplando y sudando, las armaduras oscurecidas por una mezcla de tierra y sangre. La tenue sonrisa del veguer era la de un hombre sorprendido de sus propias fuerzas.

—¡Por los dioses! Hemos estado muy cerca.

—Sí —respondió el veguer, volviendo la espada a su vaina—. Mañana volverán. Podéis estar seguro.

—Aquí estaremos, veguer. Pero muchos menos que hoy.

El veguer asintió dejando descansar su mano cansada sobre la espalda del capitán. La llegada de un oficial interrumpió la conversación. Llevaba nuevas del ataque secundario, que había sido rechazado al precio de muchas vidas. Álvaro pensó, angustiado, cómo las defensas se habían debilitado en una sola jornada. Contaba con aquellos hombres para reforzar la brecha.

—Oficial. Haced mandar un mensajero a la condesa. Rogad para que autorice la salida de la Falange Roja y los hombres que defienden la ciudadela.

Álvaro miraba la escena que lo rodeaba. Los caídos se contaban a cientos. Los heridos recibían las primeras ayudas de sus compañeros. Los cadáveres eran arrastrados a un lado, contra la base de los muros. Las fuerzas condales habían sido trágicamente diezmadas.

# 5
# Después del crepúsculo

El heredero dormía ajeno a la desgracia de los suyos. En su cámara de postigos cerrados flotaba un silencio denso. Dos mayordomos velaban su largo descanso con la orden de no permitirle abandonar el aposento. En las calles de la ciudad las noticias de los asaltos se habían propagado entre los habitantes y los refugiados, creando una enorme incertidumbre. Algunos empezaban a entender que la defensa de la plaza era improbable. Las bajas de los soldados grises se contaban por centenares y muchos ciudadanos habían visto pasar carretones con muertos y heridos, las ruedas ensangrentadas, en dirección a los cementerios y a la Casa de Curas, donde faltaban camas.

La salida de la Falange Roja, aquel mediodía, fue la señal para muchos. Las avenidas y calles que bajaban hasta el puerto se fueron llenando de carros y fardos, de familias que, al llegar al mar, iban ocupando todos los rincones de los muelles. Habían zarpado las primeras naves de mercaderes, y a estas las siguieron otras velas. Algunos desesperados habían formado pequeñas caravanas para marchar por tierra, hacia el norte, aprovechando que en esa dirección la presencia del enemigo se limitaba a escuadrones de observación.

Entre el gentío que se desplazaba arriba y abajo, por las antes desiertas calles de la capital, Sara volvía a casa llevando consigo algunas provisiones que había conseguido comprar en una de las últimas paradas abiertas del Mercado de las Básculas. Tres manzanas pequeñas y descoloridas, un pedazo de pan seco y un corte delgado de cerdo que le había ofrecido el vendedor como muestra de amistad hacia su familia. Llevaba la carne recubierta por una hoja de col, como el trofeo que era, sabiendo que su madre se alegraría y se sentiría orgullosa de ella. A medida que se iba acercando a su barrio, se veía menos gente. Observó, que a pesar de los rumores, eran muchos los que aún permanecían en sus casas, poco decididos a abandonarlas, sin recursos para costear las desorbitadas tarifas que imponían capitanes y grandes mercaderes para tener derecho a un viaje incierto.

Empujó la puerta y entró en su casa. Encontró a su madre concentrada en su Libro de los días, que escribía haciendo deslizar la pluma, con mucho cuidado, por encima de la rugosa superficie del pergamino. El hogar estaba recogido, limpio. Al lado de la puerta vio

tres grandes paquetes atados con cordel y el pequeño cofre, esmaltado en blanco, en el que guardaban las pocas monedas que conseguían ahorrar.

Su madre le sonreía, sentada frente a la mesa. Sara se acercó y le mostró sus tesoros.

—¡Hija! Un poco de carne... Esto sí que es un hallazgo.

—El señor Vitila me ha dicho que te diga que se acuerda mucho de ti —contestó Sara sin ningún deje de picardía.

—Muy bien, muy bien. ¿Sabes qué haremos? Preparemos un buen plato con este pan que has traído. Añadiremos la carne y unos pimientos que he cocinado esta mañana. Comeremos y llenaremos la bota con el vino que nos queda, y por la tarde iremos a buscar a tu padre.

—¿Mi padre? —Sara corrió a abrazar a su madre y así se quedó un rato, con la cabeza apoyada sobre su pecho—. ¿Has oído los combates? ¿Nos dejarán llegar hasta allí?

La mujer asintió con la cabeza. Luego calentaron el pan en el horno de barro excavado en el suelo de la cocina. La mandó ir a casa de sus primos, a despedirse.

—No tardes mucho —le dijo—, y dile a tus tías que pronto nos veremos.

Abrió el pan caliente y lo partió en dos trozos, que mojó con aceite. Luego extendió los pimientos sobre un plato de arcilla, algo quemados, y añadió la carne que había cocido sobre el fuego de la cocina. Siguió escribiendo hasta que Sara volvió.

—Hija, cuando hayas acabado, iremos a la muralla oeste, donde están los soldados y tu padre.

La niña devoró la comida sin pausas, sin dejar una migaja de las dos mitades del pan con aceite, hambrienta como estaba por las restricciones que sufría Vamurta desde que los murrianos habían ocupado las huertas de la ciudad. Su alimento diario era pan y sopas de centeno, que su madre picaba en el mortero y después hervía con algún tomate seco o cebollas que guardaban en la despensa, cerrada y seca al lado de la cocina.

—Madre, ¿no coméis?

—He comido mientras estabas fuera. Cuando acabes, tienes una de tus manzanas.

Cuando el sol de Vamurta iniciaba su descenso, salieron a buscar al padre de Sara. Subieron por calles pavimentadas en dirección a la Puerta de Oriente. A medida que se acercaban al lugar donde acababan de producirse los combates más violentos, les pareció que pisaban otro mundo. Casas y tiendas cerradas y ventanas bajas tapiadas con maderos y tablones. No se veía a nadie, excepto grupos de soldados que tiraban de carros cargados de pan, vasijas de

legumbres hervidas, barriles de vino y cerveza, desde los almacenes condales hasta las posiciones que ocupaba la tropa. Parecía como si la peste se hubiera extendido sobres aquellas calles tristes, impregnadas de la sequedad asfixiante del polvo de los muchos derrumbes causados por las bombardas enemigas.

Llegaron a la explanada a media tarde. Sara notó que el nerviosismo de su madre, que había asomado en su semblante al pasar por aquellas calles vacías, aumentó ante la visión del ejército gris. Un motón de seres de aspecto horrible, sucios, cubiertos de los pies a la cabeza con un dedo de tierra reseca, las barbas dejadas y una pestilencia a pocilga en el aire. Las guerreras con los cabellos encrestados, despeinadas, las mejillas hundidas, el agotamiento en los ojos que no miran. La soldadesca descansaba en el suelo, muchos medio bebidos, en corrillos aquí y allá, excepto los vigías, apostados sobre los muros.

Al verlas llegar, la madre de Sara luciendo, limpia, un vestido de un azul apagado ceñido al cuerpo, algunos hombres callaron de golpe. Un arquero, sentado en uno de los corillos la miraba intensamente. Se levantó de un salto.

—¡Si hay mundo, sabría yo llevarte hasta los dioses! —exclamó, avanzando hacia ella con los brazos abiertos.

Una soldada, de otro corillo, con un rápido cruce de piernas desde el suelo, zancadilleó al arquero, haciéndole caer a peso entre las risotadas de los presentes.

—Y yo sabré hacer que toques de pies al suelo, ¡cerdo! —gritó la guerrera, mientras su mano agarraba, con disimulo, su daga.

Madre e hija caminaron entre las compañías de las distintas unidades, preguntando por su hombre. Los soldados las miraban, algo sorprendidos, sin dar una respuesta clara. Vino a su encuentro uno de los oficiales de mayor rango, o eso les pareció, a pesar de la porquería que cubría su armadura. Se presentó como el capitán Álvaro.

—Sí, señora, conozco bien a su marido. Uno de los mejores jefes de falange. Lamento decir... Ha sido herido en el contraataque. No sé si de gravedad... Señora, la confusión… Ha sido atroz, hemos sufrido muchas bajas. Los heridos han sido llevados a la Casa de Curas.

Sara abrió mucho los ojos. Temblaba. Notó cómo a su madre se le helaba la sangre y le apretaba la mano con fuerza. Oyeron a aquel capitán desearles mucha suerte cuando se marchaban.

—Deseo que esté bien. Sus hombres lo necesitan. También yo lo necesito.

Sara deseó que su padre solo estuviera un poco herido, lo suficiente para no volver.

Caminaban muy deprisa. Un único pensamiento las dominaba hasta el punto que calles y avenidas les parecieron un escenario irreal,

una larga tarima que cruzaban penosamente. Pasaron por la Avenida de la Victoria sin ver a los transeúntes que iban de un lado para otro, cabizbajos.

Tras haber atravesado la ciudad, cerca de la Puerta Norte, se encontraron ante un gran edificio de dos plantas abierto a los cuatro vientos, con su fachada sur mirando a una pequeña plaza sin árboles. Era una construcción hecha de piedra bien cortada, con grandes ventanales en la planta baja por donde penetraba el sol de la tarde. Pasaron por debajo del umbral de la puerta principal. Una sala de grandes dimensiones se abrió ante su mirada, una sala donde se alineaban filas de camas formando pasillos, iluminados por el juego de claros y oscuros de la luz que llegaba adormilada a su interior.

Un denso hedor a carne enferma flotaba por encima de los heridos, que intentaban descansar sobre jergones hechos con maderas bastas. Los colchones de paja estaban impregnados de sudor, de inmundicia. Al fondo de la sala se veían mesas sobre un pavimento de mármol veteado con la sangre que se había derramado. Tumbados sobre esas mesas se podían ver hombres rodeados de maestros y aprendices de cirujano, inclinados sobre los cuerpos, que con aire cansado hacían volar entre sus manos el instrumental. A la madre de Sara le parecieron horribles aquellas operaciones a la vista de todos. Era donde los soldados libraban su último combate. Los chillidos de los operados y los gritos de los que se lamentaban en los camastros se sucedían y se alternaban con otras voces apagadas, las plegarias de muchos, los murmullos y el resonar de los pasos de los aprendices que no alcanzaban a atender a tantos.

La mujer se sintió desfallecer. Un fuerte mareo la desequilibró y la contrajo. Se tapó la boca con las dos manos. Sara la sostuvo. Salieron corriendo a la plaza, donde la luz del sol las acarició con dedos cálidos. Se abrazaron, aún impresionadas. El aire limpio las serenó un poco.

—¡Por Onar! ¡Por todos los dioses que nos vigilan! Sara, ¿qué es todo este sufrimiento? Entremos otra vez. Busquemos a tu padre.

Recorrieron los pasillos que formaban las hileras de camas. La madre se llevaba el pañuelo a la nariz, mientras Sara no se separaba de ella, horrorizada ante aquel abismo. Era el otro lado de ese largo conflicto, otro mundo que la nobleza y los sacerdotes de Vamurta se esforzaban en evitar. Casi nadie hablaba de la Casa. Nadie, excepto algunos familiares, visitaba a aquellos que tan cerca de la muerte se encontraban.

Los moribundos, al verlas, les pedían agua. Se pararon en uno de los corredores, perdidas. Sara lo miraba todo intentando dominar su enorme angustia, intentando superar el estupor que un lugar como aquel pudiera existir sobre la tierra. Alguien la agarró por la muñeca.

Una guerrera la miraba con los ojos entrecerrados, perdidos en algún sitio.

—Madre —le dijo con un hilo de voz—, ¿dónde están mis hermanas?

Sara se soltó instintivamente. Su madre se acercó al soldado que deliraba, que las seguía contemplando, resoplando con esfuerzo. Le sostuvo la mano con delicadeza, le recogió los cabellos hacia atrás, dejando despejada la frente sudada. Se acercó más y le susurró palabras dulces, hasta que aquella mujer se tranquilizó un poco. Sara encontró en el pasillo un cazo con agua y le dio de beber.

—Debemos seguir —ordenó su madre, empujándola suavemente.

Continuaron buscando a su padre, fijándose en cada uno de los hombres tendidos. Los que dormían, los que suplicaban y los que permanecían muy quietos, esperando algo, sobre los colchones de paja. Impacientes y nerviosas, se dirigieron a uno de los aprendices de cirujano, que avanzaba por uno de los pasillos sosteniendo una vasija con agua caliente. Casi no las miró.

—El hombre que buscan, ¿qué era? ¿Soldado? ¿Oficial? —preguntó, con gesto de querer continuar con su trabajo.

—Oficial. Manda la cuarta falange —contestó Sara con un punto de orgullo en su voz.

—Entonces subid al piso de arriba. Allí tenemos a la alta alcurnia.

El segundo piso se dividía en varias estancias que daban a un amplio distribuidor. A los enfermos se les adjudicaba habitación en función de su estado, de manera que los que no tenían esperanzas no afectaran al ánimo de los que podían, aún, recuperarse. Las piezas eran espaciosas, bien iluminadas y ventiladas gracias a las ventanas rectangulares abiertas en cada una de las paredes exteriores. Los ventanales estaban enrejados hasta la altura de la cabeza de un hombre, y de las cancelas colgaban flores y soportes de incienso que encendían los familiares.

Médicos y aprendices atendían con prontitud a los enfermos, y si había que abrir, las operaciones se realizaban en habitáculos aparte. La madre de Sara captó al instante el doble rasero, la injusticia de los poderosos, a la vez que sintió alivio al pensar que su esposo estaría bien atendido. Al pasar por delante de una habitación vieron a un cirujano limpiando su instrumental en una pila de piedra. El hombre ladeó la cabeza al verlas pasar.

—Maestro cirujano, disculpad. Buscamos a mi esposo, Janot de Artá, que fue herido frente a la Torre de Oriente.

El cirujano dejó de lavar el escalpelo. Se secó las manos.

—Acompañadme, señora —dijo con prudencia.

Lo siguieron hasta una pequeña estancia de paredes encaladas, cruzadas por estantes cargados de ungüentos, vasijas cerámicas, vasos

llenos de hierbas... El olor de las medicinas era fuerte, de una dulzura seca y penetrante. El médico les hizo tomar asiento sobre un estrecho banco de obra.

—Señora, el oficial Janot de Artá llegó aquí con un profundo corte en la espalda, en un estado crítico...

—¿Está vivo? Mi esposo, ¿está vivo? —La madre de Sara se había levantado de golpe, las manos crispadas, el cuerpo abalanzado sobre el médico.

—Querría decirle, en primer lugar...

—¿Está vivo? —suplicó, lanzándose a los pies de aquel hombre.

—Nada hemos podido hacer. Murió al mediodía. He oído que luchó con gran valor… Era un oficial admirable.

El cirujano calló. Madre e hija se abrazaron llorando, arrodilladas. Ya nada podía mitigar su lamento.

****

Cansada de tanto silencio, Ermesenda ordenó que acudiera Ulam, su doncella más querida. En la corte, la muchacha era considerada, sobre todo por la condesa, por su arte en tocar el laúd como nadie era capaz en Vamurta. Quizá era la única que sabía de qué modo extraer toda la delicadeza, la melancolía de las cuerdas del instrumento, y Ermesenda necesitaba escuchar otra vez los ecos de los tiempos pasados, en los que el orden y las fiestas marcaban el ritmo de la ciudad y de los nobles.

Relajó los miembros de su cuerpo y se hundió bajo el agua caliente, percibiendo una quietud absoluta que rodeaba su ser. Bajo la verdosa agua de la terma, respirando las penumbras de las pocas luces que ardían, la lucha del exterior le pareció suficientemente lejana. Cuando sacó la cabeza del agua, se había decidido del todo. Descartó otras opciones que no tenían gran sentido. De ninguna manera, no lo iba a permitir. De nuevo relajada, sintió el débil palpitar de su corazón. Ella no iba a faltar a la grandeza de su condición. Los que quedaran lo entenderían, tarde o temprano.

Nadó un poco, hasta oír unos pasos que se acercaban. Allí estaba Ulam, junto a su laúd, cubierta con un paño negro sin mangas, bonita, tocada por el reflejo de las luces de aceite que daban una claridad tenue a la terma donde la condesa gustaba de tomar su baño antes de la cena.

—Ulam, preciosa, toca para mí, toca como si no fuéramos a volver a vernos —pidió Ermesenda, mientras salía del agua, dejando a la vista su piel gris ajada por los años.

Ulam se sentó en un pequeño taburete e hizo vibrar el laúd,

acompañando las notas con su voz de aguja, sin cantar ninguna canción en concreto, dejándose llevar, improvisando sobre las viejas melodías de los segadores de los pueblos de Vamurta, recordando a aquellos amigos que no volvió a ver. La música se elevó entre las nubes de vapor que surgían del agua, llenando el aire de antiguos recuerdos. Ermesenda, cubierta con una gruesa capa, cerró los ojos. Se elevó muy lejos. Notó otra vez la mano de su madre agarrando dos de sus pequeños dedos de niña. Aquel rostro, aquella imagen que se borraba un poco más en cada estación, de la que casi solo quedaba el recuerdo del calor de aquella mano. Pensó que querría volver a aquel mundo, volver a ser una niña, extraña entre los suyos, pero aun así feliz.

Se levantó y dejó caer la capa. Con rapidez, una doncella acudió a secarla. Ulam había enternecido su corazón. Fue vestida. Luego subió sola las escaleras que conducían al Salón del Cielo, el último nivel del palacio. Era una cámara circular situada debajo de la cúspide de la Torre de Homenaje, que en su cara oeste miraba la ciudad y en su fachada este, a través de una hilera de ventanas ojivales, se podía contemplar la magnífica panorámica del puerto de Vamurta y su costa blanca.

Ermesenda, sacó la cabeza entre los pilares altos y delgados de las ventanas, para disfrutar de la vista. Y en ese instante una inmensa sensación de caducidad empezó a crecer en su pecho.

La noche había llevado paz y reposo a las calles, vacías bajo un firmamento resplandeciente. Cerca de la brecha se veían puntos de luz palpitantes, las hogueras que habían encendido los defensores para combatir sus temores de aquella noche sin nubes y dar luz ante posibles incursiones. Ermesenda observaba, triste, aquel mundo que se había levantado con los esfuerzos de muchas generaciones de hombres grises. Miró a los tejados de los templos, a los que acudían los hombres a drenar sus culpas, el Gran Teatro donde era agasajada por su nobleza mientras las damas miraban de reojo las piedras que lucían en su escote, las avenidas que cruzaban la ciudad como grandes ríos secos entre la cuadrícula rota de las callejuelas, las mismas avenidas por las que había paseado del brazo del conde bajo las sombras de tilos y limoneros... Un viento áspero atravesó la noche, silbando entre las rendijas de las ventanas, golpeando su frente levantada. Se retiró al interior del salón, al calor de los grandes tapices que cubrían la piedra. Se sentó, un poco cansada, en su silla de tiras de cuero. Hizo llamar a Ulam otra vez, quien tan bien la había servido.

—Acércate, querida —le dijo.

Ulam sonrió a su señora y se acercó a su figura, aquel cuerpo delgado enterrado en un trono.

—Siempre me has sido fiel. Y no has huido, como muchos, en

estos días inciertos... Por Onar, cuántos de los míos están cruzando el mar... Miserias. Dejémoslo, querida. Desde que eras pequeña y fuiste encontrada, tu música ha tenido la virtud de acercarme a los hombres —sentenció, en un tono solemne—. Por eso quiero hacerte dos regalos, y no me mires así. Uno, es este anillo, que tiene el suficiente valor para que puedas rehacer tu vida lejos de aquí —dijo, mientras se sacaba del anular la sortija de oro en la que había engastado una pequeña esmeralda, muy brillante—, y este otro es para que puedas pagarte el viaje. Con este anillo, mis ávidos mercaderes dejarán subirte a uno de sus barcos, aunque tengan que lanzar a su madre por lo borda.

Diciendo esto, hizo deslizar su otro anillo, hecho de plata con tres rubís del tamaño de un cuarto de uña. Depositó los dos anillos sobre la palma de Ulam, que la miraba entre sorprendida y nerviosa.

—Señora, yo no puedo...

—¡Calla! Nunca has discutido mis órdenes. Este no es un buen momento para empezar a hacerlo. Ahora márchate al puerto y busca un rincón confortable en una de esas naves —añadió, autoritaria—. Ahora, por los dioses. Ya sé que es de noche, pero mañana por la mañana puede ser demasiado tarde.

Cuando Ulam salía por la puerta, aún oyó las palabras de su señora.

—No olvides el laúd y el flautín. Los necesitarás.

La quietud volvió al salón. Ermesenda encendió otra lámpara de aceite y la dejó sobre la mesa maciza del centro de la estancia. Una luz ocre bailaba haciendo vibrar su sombra, que se proyectaba contra los tapices sacros que colgaban de las paredes. Como única cena, probó unos dátiles tiernos que se deshicieron en su boca como la miel. Buscó uno de esos papiros que solía comprar a los mercaderes del sur, mojó la pluma y de pie, inclinada sobre la mesa, empezó a escribir una larga carta para su hijo.

Quiso dejar palabras para reconfortar al que iba a ser un hombre abatido. Palabras que le recordaran las razones de su condición, la historia de su linaje. Dejó también algunos consejos, las argucias y los subterfugios del poder que Serlan siempre había rechazado. Los hombres pasan, no los linajes.

La noche avanzaba rápida entre ráfagas de aire que arrastraban una sensación expectante. Los ciudadanos dormían confiados en la fuerza de las lanzas de sus guerreros. En esa carta dejó escrito, también, la misión que la condesa encomendaba a su hijo.

> *Los designios no nos han favorecido. La obra que iniciaron los padres de Vamurta se deshilacha a merced del viento sin que todos los trabajos y los esfuerzos nos sean, ahora, de utilidad. Los muros y las*

*armas que defendían nuestras tierras y bienes, han sido agrietados.*

*Serlan, hijo de hijos de condes, no debes olvidar quién eres en este ocaso. Vayas donde vayas. Los oráculos, a los que nunca creí, hablaron de este momento. Tu madre no escuchó, no preguntó. Tu misión, hijo, es saber qué quieren los hombres grises y saber qué quieres tú.*

*No tengas miedo en el fracaso. En este convulso mundo, nuestro linaje y nuestras tradiciones, nuestro modo de mirar lo que nos rodea, volverán a nacer, en algún lugar, algún día.*

Ermesenda respiró profundamente. Buena parte del trabajo estaba hecho. Se hizo llevar vino murriano de la Edad Segunda, un vino que guardaban las doncellas de palacio con cierta discreción en la bodega de los condes.

Satisfecha, miró por las ventanas del este. Los primeros rayos de sol se deslizaban entre las olas y corrían hacia la costa. Probó el vino murriano, ligero y aromático. «Un pueblo capaz de hacer este vino etéreo es también un pueblo fuerte», pensó, mientras su paladar gozaba de la delicadeza del líquido rojo. En aquel momento solo lamentó su falta de previsión, ella que creía saberlo casi todo. Demasiado centrada en las oscilaciones, los movimientos de su corte, en las cuchilladas entre cortesanos, disfrutando de las caídas de las baronesas y nobles que no eran de su agrado. Olvidó las grandes llanuras que crecían hacia los horizontes rebosantes de olivos y cereales, las pequeñas ciudades rurales y sucias que sostenían las fronteras. Ahora nacía un nuevo día, quizá el último del condado tal y como ella lo había gobernado y conocido. Era el momento de las decisiones.

Hizo llamar a dos de sus viejas y fieles doncellas. Les ordenó preparar una pira funeraria sobre la Torre de Homenaje. Les dijo que buscaran los sirvientes que aún quedaran en palacio para subir la leña. La condesa parecía tener prisa y las mujeres no preguntaron nada y se retiraron haciendo una ligera reverencia.

Ermesenda volvía a estar sola en el Salón del Cielo, tan cerca de los dioses que nunca había venerado. Afuera, la claridad empezaba a dominar sobre las sombras. La brisa, el murmullo del mar quedaron ahogados. A través del aire frío del alba llegaron hasta sus aposentos gritos y el rugir de las armas. Los combates se habían reanudado.

Abrió un pequeño armario hecho de marfil del que solo ella guardaba la llave. Sobre dos estantes blancos había pequeños frascos de colores translúcidos. Ermesenda pasó su delgado dedo sobre el polvo que cubría los receptáculos hasta tocar un frasco de vidrio de un verde ennegrecido. Se sentó delante de la mesa y vació una parte del frasco en la copa, a la que añadió un poco de vino murriano. Bebió. La

mezcla le había dado al vino un regusto metálico desagradable. No era momento de perder tiempo. Hizo llamar al sacerdote de palacio que custodiaba la puerta del salón.

—Id a buscar a mi hijo. Haceos acompañar por dos guardias. Despertadlo y hacedlo venir sin muchas ceremonias. Hay mucha prisa. ¡Ah! Y haced que coma algo...

Los tres hombres cruzaron la ciudadela a paso rápido, rompiendo el sosiego de las primeras luces. Llegaron hasta los aposentos del Heredero y transmitieron las órdenes de la condesa a los mayordomos que lo custodiaban. Al entrar encontraron a Serlan durmiendo profundamente. Tras despertarlo, le hicieron beber una jarra de vigorizante aguamiel, acompañado de un buen pedazo de queso. Salieron hacia la Torre de Homenaje aún cuando su señor no había acabado el almuerzo.

Serlan intuía, aún medio dormido, que algo importante iba a suceder. El dolor de su herida había disminuido, el corte cicatrizaba bien. Se sintió fuerte, sanado, y su cojera era ahora una pequeña molestia. Aquellas sensaciones animaron al Heredero, que empezaba a sentirse realmente despierto. Percibía el estado de alerta extremo de sus mayordomos. Mientras andaban, Serlan preguntaba por el progreso de los combates. A pesar de obtener respuestas imprecisas, resultaba claro que la resistencia de la ciudad pendía de un hilo.

Comenzaron a subir la escalera de caracol que conducía hasta el Salón del Cielo, en la que su madre lo esperaba. Al llegar, los mayordomos se retiraron y Serlan encontró la condesa de espaldas, mirando el paisaje de argamasa y piedra de su ciudad.

Madre e hijo se quedaron solos. Ermesenda parecía algo cansada. Sonrió.

—Hoy los murrianos entrarán en la ciudad. Por la mañana o por la tarde. No nos queda mucho tiempo.

—Madre, ¿qué decís?

—Recibo dos partes diarios, uno cuando el sol está alto y otro cuando declina. Queda la Falange Roja y restos de unidades reventadas por esta guerra sin descansos. Son muy pocos, Serlan. Delante tenemos todo el ejército murriano, herido, pero aún entero. Además, estas fieras tienen armas que no han utilizado, de momento. ¡No hay esperanza para el hombre gris! —clamó.

Quedaron callados. Ermesenda se acercó a su hijo. Serlan notó sus manos pequeñas y frías. Se estremeció. Hacía años que no lo tocaba.

—Esta carta es para ti. —Le tendió un papiro enrollado—. He dejado escritas las palabras que no sé decirte. Soy tu madre, la que fue la mujer más poderosa de Vamurta, quizás la mujer más poderosa que jamás conocerás. Y solo puedo dejarte esto por herencia —dijo, riendo.

—Madre, condesa, ¿de qué herencia habláis? ¿De qué estáis hablando? —dijo un Serlan cada vez más desconcertado.

Por toda respuesta, Ermesenda lo abrazó. El fragor de los combates aumentaba, mezclándose con los sonidos de una ciudad que se despertaba atenazada por el miedo.

—He tomado veneno —le susurró al oído, mientras aún se abrazaban—. No te preocupes, no hace daño. Me dormiré, se habrá acabado...

Serlan se separó con violencia.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué veneno?

—No alces la voz, hijo. No hay tiempo. Estoy a punto de dormir para siempre. Deja que te hable. No hay sitio para mí al otro lado del mar, en las colonias. Sabes que mandan esos que tu padre y yo condenamos, aquellos que un día creímos traidores. Al tocar tierra sería detenida... Una gran humillación para una vieja dama. Si fueran benevolentes, me encerrarían en una celda pequeña y húmeda hasta que mis huesos se pudrieran entre largas agonías... No lo resistiría. Prefiero morir aquí. Además, cuando tú llegues a las nuevas tierras, por encima de todo, necesitarás de una gran agilidad y yo sería una pesada carga. —Ermesenda lo trataba con dulzura, como si hablara con un niño—. Piénsalo. Seré recordada con toda mi grandeza. Los recuerdos son poderosos, Serlan. Muchos evocarán los buenos tiempos cuando allí las cosas se tuerzan. Piénsalo, hijo mío. —Tras un breve silencio, lo miró con una fugaz melancolía—. No somos como los demás, el destino nos ata. He mandado preparar una pira funeraria encima de la torre. Cuando me haya ido, súbeme y enciéndela. Es a ti a quien corresponde este honor.

La perplejidad inicial de Serlan iba desapareciendo. Estaba delante de la última gran obra de su todopoderosa madre, quien había urdido su acto final para asegurarse también su control. Y él era el único testigo de su fin, sin entender demasiado por qué se sentía casi en paz. El miedo a la muerte de la madre. Ahora que llegaba, que desaparecía su último bastión, se sentía tranquilo.

Serlan propuso hacer llamar a los sacerdotes. Su madre rehusó tal idea.

—Hijo, no quiero un funeral público. Nunca he creído en esa cuadrilla de charlatanes escondidos detrás de sus largas túnicas y sus complicadas liturgias, con ese aire trascendental que se dan, como si creyeran entender cosas que los demás no entendemos. Si los he beneficiado es porque el pueblo sí que cree y me han sido útiles. Dejemos todo esto…

Respiró profundamente. Su frágil cuerpo parecía estar a punto de deshacerse.

—Querría ver mi ciudad —añadió—, este cielo tan puro...

Ayúdame.

Serlan acercó dos sillas a la hilera de ventanas que miraban a Vamurta. Levantó a su madre con cuidado hasta sentarla. Ermesenda le regaló una sonrisa. Él ocupó la otra silla. Ella le habló de su tesoro, todas sus riquezas personales, que había escondido y que solo debía abrir si algún día conseguía volver a la ciudadela. Por primera vez se sentía querido por aquella mujer que tanto le había demandado.

Hacia el oeste, como formando parte de otro mundo, podían ver las manchas de los hombres grises y sus estandartes temblando frente a la voluntad de los murrianos. Los combates habían despertado a toda la ciudad cuando el sol no se había alzado todavía por encima de las murallas. Ermesenda le cogió la mano.

—Debes ser valiente —murmuró.

Estuvieron un rato callados, ajenos a todo, embelesados por la nueva luz del día, de los imperceptibles cambios del azul al tiempo que el alba moría. El cielo irradiaba una claridad brillante, empujando las cortinas de nebulosas que se habían extendido sobre sus cabezas hacia el final de la noche. El viento no daba tregua. Serlan miró a la condesa. Dormía, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Su mano cerrada sobre su mano. Comprobó sus latidos. Había dejado de respirar.

La subió en brazos por la escalera que llevaba hasta la cima de la torre. Serlan, al mirar los ojos cerrados de su madre, su expresión extraña de calma, explotó. Las lágrimas surgían con rabia, bajando por sus mejillas grises, resbalando por el cuello. Lloraba la muerte de su madre pero sobre todo lloraba la vida que podría y no había sido. Una vida sin la frialdad, sin todos los malentendidos que habían padecido. Los lamentos, aquel sollozo, hicieron más duro el camino hasta el cielo.

Abrió la puerta pequeña del tejado y salió fuera. El aire abofeteó su rostro y movió los cabellos negros de su madre. Con esfuerzo, entre los silbidos del viento, consiguió subirla sobre la pira de leña. Descansó un momento. Agarró una de las teas, la encendió en uno de los braseros dejados en el suelo y la lanzó sobre los maderos. La llamarada hizo que retrocediera un paso. La leña, mojada con aceite, ardió enseguida. Una pequeña columna de humo subió hacia el firmamento y se fue ensanchando y oscureciendo a medida que la hoguera se consumía. Esperó. Las lágrimas del conde de Vamurta se habían secado y miró abajo, hacia la ciudad que aún resistía el asedio.

****

La tropa dormía exhausta tras los combates del día y los trabajos

del atardecer. Los oficiales habían ordenado levantar una barricada delante de la brecha para frenar el próximo asalto murriano. Se habían transportado maderas, piedras, se habían aprovechado los sillares de la muralla, todo, para alzar una barricada de la altura de un hombre que iba de punta a punta de los ocho o nueve cuerpos del agujero en la muralla. Al acabar, los oficiales habían ordenado formar. Debido a las muchas bajas, las siete falanges se organizaron en un solo cuerpo, algo más de mil doscientos infantes y dos centenares largos de arqueros y ballesteros. Solo la Falange Roja se mantenía como grupo aparte, acampada en un extremo de la explanada.

Los centinelas, repartidos sobre los muros y los tejados de las casas más altas, se esforzaban en escrutar la gran oscuridad que se abría frente a ellos. La luna había salido para recorrer su camino entre las blancas estrellas, pero un grueso tapiz de nubes impedía que su luz marmórea llegara a tocar los campos de Vamurta. Además, en el campamento murriano no se habían encendido hogueras, hecho que aumentaba la sensación de estar frente a un paisaje nocturno vacío, abstracto, por el que silbaba un viento racheado.

Las primeras luces, aún cargadas con el peso de la noche, lejanas, sorprendieron los ojos de los vigías, avezados al negro absoluto. La densa oscuridad del cielo empezó a resquebrajase. Sobre la línea del horizonte y entre los suaves cerros del valle de Vamurta, aparecieron las primeras franjas moradas del nuevo día. La luz, que luchaba por emerger entre los bancos de nubes, se fue extendiendo, los naranjas y rojos oscuros relevaban a los morados densos. El aire pareció excitarse con el nacimiento del alba, cobrando fuerza. Durante unos instantes fue como si los nubarrones giraran sobre sí mismos, pero después el viento los fue empujando hacia el mar, limpiando el firmamento. Aquellos que estaban despiertos pudieron ver, lejos, las últimas estrellas que se resistían a desaparecer.

Sobre la explanada en la que dormían los hombres grises, comenzaron a definirse volúmenes opacos: el filo de las espadas, el resplandor apagado de las armaduras desperdigadas por el suelo.

El veguer se había despertado sin motivo, pasada la medianoche. Envuelto en su manta, se quedó mirando el cielo, pensativo, durante mucho tiempo. Desde que comenzó la guerra, sufría de un insomnio molesto. Quizá fuera su edad.

Finalmente se levantó y paseó entre los cuerpos dormidos de los suyos, olfateando la llegada de un nuevo día. Cansado de dar vueltas y escuchar el crujir de sus botas, se acercó a la tienda de los oficiales, la única montada. Se hizo calentar caldo y se lo bebió aún hirviendo. Fue cuando pensó en esa madrugada que mataba palmo a palmo la noche. Decidió subir hasta las murallas para saber qué novedades le podrían dar los centinelas.

—Sin novedad, señor —dijo un centinela al verlo llegar.
—¿Habéis podido ver algo? ¿Algún murriano?
—Nada, señor. Parece como si la noche se los hubiera tragado.
—¿Y en su campamento?
—Ni una lumbre. Tampoco nos han llegado ruidos, nada.
La ausencia de noticias inquietó al veguer, bregado en muchos años en la frontera. La calma absoluta siempre había sido un mal presagio.
—Avisadme si veis algo, aunque no estéis seguros. Y haced circular la orden.
El veguer volvió con sus hombres. Despertó a algunos y a su lugarteniente cuando aún no había amanecido. Les hizo beber vino, tan abotargados por el cansancio los vio. Organizó un pequeño equipo, a los que despojó de cotas y corazas y armó con pequeñas dagas.
—Nada de ruido —les dijo.
Quería que exploraran el espacio circundante a la muralla y que volvieran para informar. Se agruparon frente a una portezuela que quedaba alejada de la brecha para lograr una salida discreta.
El veguer y un retén de hombres esperaban la vuelta de los que habían salido, vigilando la pequeña puerta, que habían dejado entornada. Se escucharon los primeros cantos de los pájaros anunciando el alba, alegres, llenos de vitalidad. Debían de ser gorriones, por sus voces agudas que se iban repitiendo por todo el valle.
El veguer ya no podía disimular su nerviosismo. Miraba a través de la rendija de la puerta hasta donde las primeras luces le dejaban ver. La silueta plana de los matojos, el inicio de una pendiente de tierra, más allá las cúspides de los cerros recortados contra un cielo opaco. Se giró bruscamente.
—Despertadlos a todos. ¡A todos! —mandó con voz áspera—. Despertad al capitán y traedlo. Aquí fuera hay algo extraño.
Cansado de esperar y ante la posibilidad de un golpe de mano murriano, el veguer decidió cerrar y sellar la puerta. Los ojeadores ya no volverían, y se maldecía por haberlos enviado por la senda de la muerte.
Llegaron sus hombres y el capitán, con la cara hinchada por el sueño.
—Veguer ¿qué sucede? No ha salido el sol, no se escucha nada.
—He enviado una patrulla. Hombres silenciosos de las montañas. No han vuelto.
Los dos oficiales permanecieron callados, evaluando la situación. El capitán Álvaro pronto llegó a una conclusión.
—Oficial, que la tropa forme a la mayor prontitud.

El oficial marchó al encuentro de los timbaleros para que tocasen a formar. El capitán y el veguer, acompañados de otros oficiales, se dirigieron a la tienda para llenar sus estómagos vacíos.

## 6
## Amanecer

Encaramados sobre los muros, los centinelas intentaban descifrar lo que iban dibujando los primeros destellos del alba. Sobre la oscuridad del valle surgió, del fondo, el resplandor que precede a la salida del sol. La luz comenzaba a deslizarse entre las montañas, tocando sus cimas en las que brillaban los picos bañados de un fulgor de tonos aguados, rojizos. La claridad fue ganando terreno hacia la llanura, obligando a la noche a retirarse hacia la nada. El sol, al fin, asomó entre unos riscos. Sobre los campos que rodeaban la ciudad, delante de la brecha, podían vislumbrarse raros volúmenes que cubrían la tierra hasta donde llegaba la vista. Cuando el centelleo del amanecer tocó esas formas, un mar argentado refulgió ante la atónita mirada de los centinelas.

Centenares de murrianos esperaban cuerpo a tierra la orden de asalto, las armaduras y los cascos brillando bajo los rayos perpendiculares de la madrugada. De repente, el eco de los tambores murrianos creció como un augurio luctuoso por todo el valle. El ejército enemigo se alzó a la vez, desplegando al viento sus estandartes y banderas.

Los centinelas, que en un primer momento no habían reaccionado ante tal visión, dieron la alarma. Muchas voces repitieron la señal:

—¡Están aquí! ¡A las armas!

El capitán, el veguer y otros, que devoraban trozos de cerdo frito acompañado de vino aguado, alzaron sus cabezas, dejando caer la comida sobre las mesas.

—¿Están aquí? ¿Qué quieren decir? —inquirió el capitán.

Sonaron flautas aguijoneando el aire, seguidas del golpear monótono de las pieles duras de los grandes tambores de guerra murrianos. El ejército invasor se puso en movimiento, los pasos resonando poderosos. Se oyó una voz de comandante exhortando a sus soldados, que respondieron rompiendo el aire con un solo grito.

Tras las murallas de Vamurta se desbocó el caos. Los murrianos avanzaron a la carrera con el sol sangrante a sus espaldas, devorando la distancia que los separaba de la ciudad, levantando una vibración terrible que hacía temblar la llanura.

El veguer y el capitán corrían, espada en mano, hacia la brecha, levantando a puntapiés a todos los que encontraban a su paso. Los soldados se despertaban sin entender el alud de órdenes y gritos que les llegaban. A medida que el capitán y el veguer cruzaban la explanada, veían aparecer cabezas de soldados dormidos que se

alzaban mirando a derecha e izquierda, cubiertos solo con el jubón.

La infantería murriana alcanzó la brecha en masa, barriendo los pocos hombres que la defendían como si fueran muñecos de trapo. A pesar de que los hombres grises comenzaban a fluir hacia ese punto, los murrianos lograron sobrepasar y destruir la barricada porque no les esperaba ningún grupo compacto. El capitán Álvaro los veía llegar, saltando como gacelas sobre las ruinas de la brecha, los rostros afilados, jóvenes, la mirada tensa. El capitán frenó su carrera.

—Veguer, volved atrás y organizad la defensa cerca de las casas —ordenó—, y haced bajar a los arqueros de las murallas. ¡Todos atrás!

Mientras el veguer retrocedía, él detuvo a los hombres que a su alrededor se lanzaban hacia delante.

—¡A mí, soldados de Vamurta!

Los infantes que lo oyeron dejaron de ir a todos los sitios y a ninguno, acercándose a su oficial. En un primer momento solo fueron un puñado, pero poco después los hombres dispersos se sumaron a la formación instintivamente.

—¡Formad en línea! —gritó—. ¡Juntaos!

Los murrianos ya les habían caído encima. Aguantaron la primera embestida, pero estos los flanquearon, ganándoles la espalda.

—¡Retroceded! —Algunos hombres grises huyeron sin dirección.

Fue entonces cuando apareció la Falange Roja, llegando desde atrás en formación de cuña. Aquellos enormes soldados cubiertos de acero irrumpieron desde las sombras en completo silencio, ahogando el flanco izquierdo murriano. Comenzó un salvaje combate cuerpo a cuerpo. Saltaban al interior de las murallas un sinnúmero de enemigos que reemplazaban a los que caían. La enorme superioridad de los murrianos hizo retroceder a los infantes grises. Entraron en combate los hombres que el veguer había reorganizado en la retaguardia, cerrando otra maniobra de los murrianos, a la vez que reforzaban el centro que mandaba el capitán. Aun así, se mantenía una incertidumbre exasperante.

A sus espaldas, el capitán vio a los arqueros y ballesteros con expresión vacilante, con las armas apuntando hacia el suelo.

—¡Necesitamos a todos los hombres! ¡A todos! —les gritó, airado —. ¡Arqueros! ¡A los tejados de las casas! Los ballesteros, en grupos de cuatro detrás de nosotros, lanzad a bocajarro. Cuando agotéis vuestras saetas, ¡sacad los cuchillos!

Algunos de los murrianos de primera línea se desplomaron lanzando largos aullidos. Los hombres grises lucharon, rehechos de la sorpresa, con enorme ferocidad, sabiendo que ellos eran lo único que impedía a las bestias llegar hasta los suyos.

Después de que las saetas frenaran a los primeros asaltantes, el veguer observó que los escuadrones murrianos se enviaban mensajes a

través de las banderas de señales. Al instante, como un solo cuerpo, las líneas enemigas se compactaron, retrocediendo hacia la brecha. El veguer no entendía la ventaja de la maniobra, sino era para hacer más sólido el frente murriano, pero eran ellos los que atacaban... El centro enemigo se abrió hacia los flancos, dejando un espacio abierto por donde aparecieron unas enormes siluetas acorazadas.

—Por todos los dioses de los cielos... —dejó escapar el veguer, sacudido por un súbito desconsuelo.

—¡Reinas! —repetían entre las filas, sobrecogidos—. ¡Reinas!

Avanzaban a pequeños pasos, como si tuvieran miedo de despertar a un retoño. Andaban muy derechas sobre sus gruesas patas cubiertas de cuero duro y flexible. De la cabeza hasta las rodillas iban protegidas por una larga cota de malla de un raro anillo, pequeño, sobre la que se adosaba una coraza que las cubría hasta la base del cuello, por encima de los grandes pechos de aquellas murrianas reproductoras, las únicas reproductoras.

Los enormes cascos cúbicos, con anchos protectores nasales, eran rematados con sobrevestes de alegres cintas de colores. Unas pequeñas cotas colgaban de sus nucas, escondiendo los rizos de sus cabellos. Largas pestañas doradas rodeaban sus ojos, como los pétalos de una flor, unos ojos grandes que miraban con furia a aquellos hombres grises que habían dado muerte a tantos de sus hijos. Debían de ser setenta u ochenta, la mayor concentración de Reinas que el veguer, en todos sus años de lucha, había tenido noticia.

La visión de aquellas gigantas, cada una con armas y escudos distintos, provocó el pánico general. Las hileras de hombres retrocedieron. Solo algunos de la Falange Roja las miraron con la suficiente determinación para combatirlas.

Las Reinas siguieron andando lentamente, dejando caer todo el peso de sus pezuñas en medio del súbito silencio que se había levantado entre los dos bandos, balanceando lentamente sus armas.

Una blandía dos largas espadas, otra se cubría con un gran escudo ovalado en el que había esculpido un halcón de plata, e iba armada con una maza de púas, algunas Reinas llevaban largos látigos rematados con afiladas hojas de acero, capaces de rodear y arrancar el brazo del adversario de un tirón. También se veían alabardas de enormes proporciones de las que colgaban plumas negras. Respiraban con fuerza, levantando las enormes aletas de sus narices aplanadas, transmitiendo una sensación de fuerza a punto de ser desatada... Alguien disparó una ballesta, la flecha fue a clavarse en la pierna de una Reina, que dejó ir un resoplido sordo. Aquello fue la señal de ataque. Formaron una línea desigual frente a los grises, aguardaron un instante, y súbitamente se lanzaron a la carrera, levantando una nube de guijarros y polvo, de la que emergieron como una exhalación de

fuego y acero.

La carga se llevó por delante todo lo que se oponía a su fuerza. Atacaron sin un frente claro, tal era su poder huracanado. La infantería murriana también entró en combate, agrupada a derecha e izquierda de las Reinas. Los soldados grises poco podían hacer ante aquella carga, ante la destreza de aquellos monstruos. Eran demasiado rápidas. Golpeaban y se retiraban en un abrir y cerrar de ojos, soltando bufidos. Un ballestero acertó a una en la frente. Murió al instante, atravesado el cráneo de parte a parte, la sangre cubriéndole el rostro. Sus compañeras, al verlo, redoblaron el ataque, centrándolo en la Falange Roja, que se mantenía en sus posiciones a costa de muchas vidas.

El capitán Álvaro, muy nervioso, dio la orden de atrasar su posición hacia la ciudad, para al menos, tener una salida. Mientras se retiraban, abrumados, dio la orden de evacuación y mandó a un oficial a transmitir la noticia. Nuevos contingentes murrianos saltaron dentro de Vamurta y los arqueros enemigos tomaron posiciones en las almenas. Supo que su ciudad estaba perdida. Pensó que debían aguantar para dar tiempo a embarcar a tantos como fuera posible. Para nada más. El hechizo de saber que la derrota era segura se deshizo unos momentos, al observar cómo los magníficos hombres de la Falange Roja comenzaban a reaccionar ante el ímpetu de las Reinas, intentando luchar en pareja. Uno frenaba y sostenía el ataque manejando el escudo con ambas manos, mientras el compañero atacaba lanza en mano. Algunas de las Reinas se retiraban del campo mal heridas, otras ya no volverían a levantarse, pero detrás de ellas crecía el número de infantes murrianos dispuestos a descuartizar al adversario.

Pronto, por toda la ciudad se escuchó el repicar de campanas en los templos de los pequeños dioses. El miedo creció y se transmitió perforando la madrugada.

****

El fragor de las armas despertó a la ciudad. Al poco, hombres de palacio recorrían las calles vociferando la orden de evacuación. Había prisa en las maneras de aquellos funcionarios. Muchos se despertaron acongojados, preguntándose si los murrianos estarían a punto de derribar sus puertas. La muerte, o aún peor, una agónica y eterna esclavitud, fueron esa madrugada una realidad cercana. Muchos no tomaron el almuerzo ni hablaron con sus mujeres, o sus maridos o sus hijos. Los oídos atentos a unos pasos en la calle, a un jaleo que podría ser el anuncio de su fin. El terror creció como una niebla que emerge

de la nada y lo engulle todo.

Sara sí almorzó de buena gana una sopa de cebada y la última punta de pan. Su madre la había despertado antes de la salida del sol; lo hizo con muchos besos y caricias, a la vez que repetía que tenían mucha prisa. Le dijo que esa misma mañana, al acabar el almuerzo, bajarían al puerto. Mientras devoraba el pan negro, la observó envolviendo la poca comida que les quedaba en unos trapos descoloridos que amontonaba sobre una sábana vieja y luego los cerraba, atándolos. Fuera, el rumor de las espadas se hacía más y más próximo.

—Se acercan, madre —dijo Sara apartando el plato de sopa.

La mujer la miró como si no la hubiera entendido. Continuó buscando restos de grano, pastas de trigo seco, avellanas y algún pedazo sobrante de arenque ahumado.

De la calle les llegó un bullicio considerable. Pasaban delante de su casa grupos de gente a buen paso. Siguieron más pasos. La madre de Sara entreabrió el postigo del comedor para mirar hacia fuera. Vio unas sombras precipitadas que huían, al mismo tiempo que sus vecinos salían corriendo. Aquello la inquietó aún más. Se sentó en un taburete. Al instante se levantó decidida.

—Tú llevarás el cofre pequeño. Nos marchamos.

Cuando acabaron de cerrar los nudos de los fardos de la comida, se escuchó por toda la ciudad el repicar del templo de Onar. Era la última señal de evacuación.

—Date prisa —repetía su madre por toda la casa, mientras Sara buscaba con desespero una pulsera de bronce que le había regalado su padre el pasado invierno.

Abandonaron su hogar como dos fugitivas, dejando la puerta abierta. Por todos lados se veían mujeres cerrando ventanas y familias enteras partiendo, atentas a lo que pudiera surgir calle arriba, desde donde llegaba el fragor de la guerra. Vamurta volvía a ser un hervidero de gente, pero nada se celebraba. La madre de Sara, viendo el gentío que bajaba hacia el puerto, se paró en medio de la vía. Abrazó a su hija por la cintura.

—Prométeme que no te separarás de mí. No te separes veas lo que veas. ¡Vigila!

Sara se quedó callada, observando con atención aquella mirada de su madre. Un punto de locura ardía en sus ojos.

—Te lo prometo —dijo finalmente.

—Hasta que subamos a un barco, no te separes.

Continuaron calle abajo, cada vez más angustiadas, cargando con los petates. En aquel momento les pareció que las campanas del templo las tocaba algún demente. Tras el último aviso, llegó otro y otro, en un repicar urgente. A medida que iban bajando, se abrían las

puertas de otras casas de las que salían grupos cargados de niños, gallinas, cazuelas, cajas. Algunos arrastraban carros con pequeños muebles, lámparas, herramientas, sobre los que vigilaba algún perro. Intentaron acercarse a la Avenida de la Victoria, pero al ver el tramo del paseo al que desembocaba, se dieron cuenta de que era una locura querer llegar al mar por ese lado. Todos aquellos que quedaban, los pobres, los que tenían a alguien luchando, los que habían confiado en el Condado, se habían puesto en movimiento para salvar sus vidas.

Pronto el andar se volvió lento. Las estrechas calles que bajaban al puerto se iban llenando con los que no habían podido huir, se creaban muros humanos, en los que se escuchaban las primeras peleas, los insultos. Sara y su madre notaban el roce de los otros, sus jadeos, su incómoda proximidad.

La aglomeración, las colas que quedaban frenadas, comenzaron a extenderse alrededor del puerto. Los perros gruñían y algunos hombres amenazaban con los puños. Sara quería salir de ahí, como fuera. Le faltaba el aire. Junto a ella había un niño que había perdido a sus padres y lloraba. Más allá una anciana era empujada por una mujer joven que cargaba con un pequeño en brazos. La anciana se dejó aplastar contra la pared, sin fuerzas para mantenerse en la calle atestada. Un hombretón, a golpes de codo, consiguió abrirse paso con su familia entre el gentío. En esa lenta estampida, llena de lamentos, los más fuertes aplastaban a los otros, cargando los accesos al puerto hasta bloquearlos.

Consiguieron llegar a otra calle y de ahí avanzar rápido por callejones menos transitados. Pero pronto volvieron a toparse con la multitud. Delante tenían tanta gente que ni avanzaban ni podían retroceder. Detrás de ellas apareció un hombre delgado con su mujer. Parecía muy nervioso, furioso por haberse topado con ese tapón humano. Amenazó a todos los que estaban a su alrededor. Enloquecido, al ver que sus amenazas no surtían efecto, sacó una daga y la blandió en el aire. La gente se lanzó hacia delante para evitar ser herida, empujándose los unos a otros, pisoteándose. Sara y su madre se mantenían atrás, a punto de salir corriendo de allí. Se oyeron voces, gritos confusos.

—¡Llegan los murrianos! —vociferó alguien. Fue el desencadenante de la avalancha. Toda aquella muchedumbre se abrió en una ola de pánico febril. De repente, la gente se les vino encima. Sara notó una fuerza descomunal que la empujaba hacia atrás y después la aplastaba contra una fachada, mientras su madre salía despedida en dirección contraria.

Nadie sabía dónde estaba. Se oían lloros, súplicas, la multitud seguía moviéndose hacia delante y hacia atrás. Se dio cuenta que había perdido el cofre. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar notó

que la arrastraban entre los cuerpos y los chillidos. Se había caído sobre una mujer gruesa que aullaba. Notó cómo alguien la cogía por los brazos y la arrancaba de la muchedumbre que volvía a desplazarse. Cuando alzó la cabeza vio el rostro de su madre. Se abrazaron unos instantes, hasta que de nuevo se vieron precipitadas con violencia calle abajo.

La compactada masa de gente se fue esponjando. Consiguieron dirigirse hacia delante, sorteando a los que habían caído e intentaban incorporarse. Estaban en el puerto de Vamurta, se oía el retumbar de las olas, y el cielo azul era surcado por gaviotas que vigilaban el mar.

La vaharada agridulce del puerto las llenó de nueva esperanza. Sobre los muelles se reunían los que pretendían huir. Se veían hombres y mujeres amontonados sobre grandes cajas de mercancías, gente de pie, otros que llegaban desde todos los caminos que desembocaban allí. Las cubiertas de los barcos estaban atestadas, todo sin orden ni concierto. La situación resultaba peligrosa ya que, a lo largo y ancho del muelle y los embarcaderos, atiborrados, la única barrera de contención era el mar. Las barcazas que transportaban a hombres y equipajes hasta los grandes barcos, navegaban sobrecargadas. Era igual de temerario embarcar en uno de aquellos botes como arriesgado esperar de pie, cerca de las olas, con la ingente aglomeración de ciudadanos de Vamurta detrás. El gentío presionaba, todo el mundo quería un sitio para alcanzar la seguridad de las naves.

Al final del puerto se escuchó una algarabía. Algunos hombres intentaron subir a las naves de guerra condales que allí estaban atracadas. Los soldados tuvieron que bajar por el puente para repelerlos. Sara observó que en los castillos de proa y popa grupos de ballesteros, con las armas a punto, esperaban no se sabía qué orden.

—Mi hija preciosa —susurró su madre, acariciándole los cabellos —. Ya estamos muy cerca.

—Sí madre. Llegaremos al otro país, ¿verdad?

La masa, a medida que pasaba el tiempo, olvidaba el gran nerviosismo del primer momento de la evacuación, y de algún modo, se fue estableciendo un orden espontáneo frente a los embarcaderos. Sara y su madre, haciendo cola, se acercaban paso a paso a los puntos de recogida.

Algunas naves, cargadas de pasajeros, empezaban a deslizarse mar adentro. Los transportes, antes amarrados, iban partiendo a medida que la mañana avanzaba. Con el sol alto, aparecieron por sorpresa grupos de soldados arrastrando a otros heridos. Las tropas, de cuatro y seis hombres, avanzaban tan rápido como les era posible hacia las naves condales. La gente que esperaba en el puerto, alarmada, les preguntaba dónde estaban los murrianos, si aún se resistía en la brecha, pero ellos, con una expresión próxima al

desfallecimiento, no contestaban. Parecían espectros.

Llegaron más guerreros sin lanza, algunos medio desnudos. Muchos habían perdido la coraza y otros habían lanzado las armas. Era una visión que no ligaba con los valientes miembros de las falanges que habían desfilado hacía ya algunos días bajo la sombra de los limoneros de Vamurta. Aquellos eran infantes desorientados, sucios, superados. Los que aguardaban para embarcar entendieron que la ciudad había caído o estaba a punto de ceder. Llegaron otros, llevando a grupas heridos, la mayoría inconscientes, cuyas cabezas se balanceaban como si fueran títeres adormilados. Luego aparecieron grupos de arqueros, más infantes, ballesteros. Los ciudadanos se lanzaron sobre ellos.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no lucháis?

Un oficial se giró, muy molesto, hacia los ciudadanos que los increpaban.

—Muchos siguen luchando, pero ya no podremos resistir por más tiempo. Pueden aparecer en cualquier momento y debéis saber que si...

La gente que lo escuchaba se había girado y se dirigía a empujones hacia el mar, buscando cualquier medio para salir de allí. El miedo se extendió por el puerto de forma inmediata. Sara vio llegar aquella avalancha. Se agarró a su madre, los empujones se sucedían, y antes de que pudieran hacer nada saltaron al agua junto con muchos otros.

Notó el agua fría, y a su alrededor desapareció la luz. De pronto estaba pataleando, rodeada de cuerpos que luchaban por emerger. Le faltaba el aire, se hundía y volvía a sacar la cabeza moviendo brazos y piernas. Una mujer consiguió salir del agua como un caballo encabritado, para caer en las profundidades otra vez. La mayoría no sabía nadar, como Sara, que se movía frenética, intentando no hundirse de nuevo. Vio unos botes que se acercaban. Los llamó, hizo señales con los brazos, intentó ir hacia ellos. Solo oía gritos, más gritos, hasta que volvió a hundirse un poco y todo fue silencio.

Se agarró a un remo mojado, resbaladizo, pero alguna cosa la empujaba hacia abajo. No lo entendía, era como si tiraran de sus piernas. Tragó agua, se asió al remo con mayor fuerza. Al volver a sacar la cabeza vio a un remero sosteniendo un arpón. El remero descargó un golpe justo detrás de ella. Notó que ya no descendía y aquel mismo hombre la subió a bordo. Ya sobre la barca miró hacia las aguas, donde flotaba el cuerpo de una mujer mayor, sangrando por la cabeza. La barca volvía a los muelles, cargada de los que habían podido rescatar.

Al recuperarse pensó en su madre. ¿Dónde estaba? Miró a su alrededor. Era imposible distinguir nada, todo era gente que salpicaba,

gritando, chapoteando en el agua. Otros se rendían, dejándose llevar a su suerte. Los pocos que sabían nadar se acercaban a las escarpadas paredes de los muelles. Allí, los de arriba intentaban ayudarlos con largas cañas y cuerdas. No veía a su madre por ningún lado y el tiempo pasaba. Se desesperó, mojada hasta los huesos, temblando. Gritó, llamándola. Su voz se mezcló con otras muchas voces que se elevaban hacia el cielo.

Llegaron a los muelles y subieron por unas escaleras estrechas y resbaladizas. Los remeros volvían atrás, intentando salvar a otros náufragos.

Se quedó erguida sobre las piedras del puerto, entre las carreras y los lamentos de los que buscaban a los suyos. La cubrieron con una manta. Aun así le pareció que el viento del mediodía soplaba agreste, clavándose en su piel fría. Miró a las aguas del puerto. No dejaba de escudriñar la superficie oscura de la que emergían andrajos de ropa y cuerpos blandos sin vida. Un hombre se dirigió a ella, pero no respondió, no entendió. Entre los cuerpos que flotaban distinguió el vestido azul de su madre, los cabellos negros desparramados entre el suave oleaje.

—Muerta, muerta, muerta —se repitió.

Sin saber cómo, empezó a correr. Creía que quería volver a su casa. En su carrera a ciegas chocó con los últimos ciudadanos de Vamurta que llegaban al puerto. Ahogada en lágrimas siguió corriendo por calles estrechas que no recordaría. Alguien la llamó. Sara continuó corriendo.

# 7
# La caída

Las campanadas anunciando la evacuación le hicieron reaccionar. Dejó de contemplar las llamas que consumían el frágil cuerpo de su madre y miró hacia el oeste. Desde la altura de la torre pudo observar Vamurta, antes casi desierta. En muy poco tiempo habían aparecido pequeñas manchas por doquier que se desplazaban hacia el mar. «Las hormigas huyen del nido», pensó. El color gris de las calles adoquinadas quedó cubierto por las figuras de los que se marchaban. Había llegado su momento. Abandonó la torre y se dirigió a buen paso hacia sus aposentos. La ciudadela era un espacio muerto. Los últimos se habían marchado al oír el repicar de los templos.

En su cámara se ciñó una cota de malla ligera y unos guantes duros de piel. Escogió un escudo pequeño y redondo, recubierto con una lámina de acero, envainó una daga y su espada, y salió ligero, sosteniendo también una lanza corta, en dirección a las murallas.

Al mismo tiempo, la infantería de Vamurta luchaba con la ciudad a sus espaldas. Nadie supo si llegaron a oír las campanadas, mientras seguían defendiéndose con desesperación, empuñando las espadas. Los que sobrevivieron recordarían el incesante vuelo de las saetas por encima de sus cabezas, el estrépito de una Reina al ser abatida por una ballesta, un luchar empapado en sudor y la grieta de la sed en sus gargantas. Los que no olvidaron, rememorarían la impotencia de matar y volver a matar, y ver a otro enemigo enfrente, dispuesto.

El capitán Álvaro aguantaba las embestidas furiosas de los murrianos, percibiendo el cansancio en los suyos. Paso a paso, los asaltantes se acercaban a una victoria que, de lograrse, sería definitiva. Cuando se retiró de la primera línea para coger aire, encontró al veguer, con el semblante recio y la loriga manchada de la sangre de tantos enemigos tajados.

—¿Recordáis mis palabras?

—Sí, bien las recuerdo, veguer —contestó el capitán.

—Llega el momento de que os marchéis con todos los que podáis salvar. Lucharé junto a los que quieran quedarse, dispondréis de un tiempo muy breve para alcanzar los muelles. Aprovechad la ocasión que os brindo. Debéis salir de aquí, nos están destrozando…

El capitán miró a aquel hombre. Le besó las mejillas, en un gesto rápido, precipitado.

—Jamás un hombre tendrá muerte más honrosa —sentenció Álvaro, a modo de despedida. Bajo la espesa barba, el veguer pareció sonreír.

—Buena suerte, capitán.

Tras la despedida, el veguer recorrió por retaguardia, las filas de guerreros que impedían la toma de la ciudad. Hombre a hombre, iba llamando a una defensa a ultranza entre el zumbido de flechas y el fragor del acero.

—Escuchad, guerreros de Vamurta. Quedamos muy pocos y nuestro fin es seguro. Algunos han de vivir para que el mañana sea fértil, otra vez. ¡Es nuestra tierra! —exclamó—. ¡Prestad atención! Aquellos que lo hayáis perdido todo, aquellos que no tengáis ningún sitio a donde ir, aquellos que hayáis perdido esposa e hijos... Quedaos conmigo, ¡luchemos juntos! Algunos deben vivir. ¡Tengamos una muerte honrosa! ¡La tierra es nuestra sangre! ¡Quedaos conmigo!

La voz fuerte y rota del veguer, convenció a los más desesperados, a aquellos que nada podían esperar de un nuevo día. Los infantes de la Falange Roja recordaron su juramento al conde, a la ciudad, a su mundo, y retrocedieron para reagruparse y luchar hasta el último hombre. Muchos soldados de frontera y algunos regulares también decidieron quedarse. El resto de hombres y mujeres que sostenían las líneas, se situaron hasta las bocas de las calles para ir escapando de manera más o menos escalonada, tal y como les habían ordenado sus oficiales. Las murallas de Vamurta, a la vez, fueron abandonadas definitivamente.

Álvaro aguardó hasta que el último grupo de guerreros hubo partido, para dejar atrás la batalla y correr hacia el puerto, donde esperaban las naves condales. Los que se quedaron conteniendo el avance murriano, formaron un gran cuadro y se prepararon para ganar un tiempo precioso.

Toda actividad había cesado. Los mercados, las calles, el bullicio a la entrada de los teatros y templos se habían transformado en un páramo en el que crecía la maleza de la incertidumbre. Serlan se movía por callejuelas desiertas en estado de alerta. La prudencia hacía que avanzara hacia la muralla en completo silencio, así lo había aprendido cuando acompañaba a su padre en las cacerías de los grandes jabalíes del norte. En cualquier esquina, en las ventanas, podían emboscarse los enemigos esperando el paso de los hombres grises.

Durante un tiempo de aquella mañana fatídica, la tierra de frontera se situó en el corazón de la malla urbana de Vamurta, tierra de nadie. De tanto en tanto, el triste ladrar de un perro resonaba entre las fachadas de piedra y argamasa, perdiéndose. El conde había cruzado el barrio de los pescadores y penetraba en la zona oeste, por las calles de los menestrales, de casas bajas en las que se encontraban

pequeños talleres. Le pareció que alguien lo observaba. Al girarse, vio en el fondo de la calle a un chico de unos trece o catorce años, que al ser descubierto salió corriendo y desapareció. Serlan no lo siguió. A medida que se acercaba a la brecha, se cruzaba con las señales de aquella evacuación tan precipitada. Un carromato tumbado con su carga esparcida sobre los adoquines, una bota pisoteada, restos de comida...

De un portal que habían dejado abierto, salían lamentaciones proferidas en voz baja. Entró, empujado por la curiosidad, la palma de la mano asiendo con fuerza el asta de la lanza. Un viejo de aspecto enfermo se encontraba tumbado sobre un colchón de lana, retorcido por algún tipo de dolor que le impedía incorporarse. Al verlo, el viejo calló, los ojos acuosos fijados sobre los suyos.

—¿Quién sois? —preguntó con voz cavernosa.

—Serlan De Enroc, conde de Vamurta —contestó, siendo consciente en ese mismo instante qué ridículo era atribuirse el cargo.

—¡Por Onar! Ya debo estar a punto de traspasar si recibo visita tan ilustre —dijo el viejo, intentado esbozar una sonrisa.

—No soy una visita ilustre, la ciudad ha sido abandonada y yo...

—Sí, bien lo sé, y perdonadme que os interrumpa. Mi hijo no ha querido cargar con este peso y quizá haya hecho bien.

—Señor. Yo debo...

—Debéis marchar, lo imagino. Pero yo no podré escapar de esta cama. Dicen que estas bestias se divierten con los vivos… Lo dudo. Pero son un ejército de conquista. Esto me rompe, ya he sufrido demasiado —afirmó con infinita resignación—. ¿No me podríais dejar alguna de vuestras hojas? Para defenderme, o en un caso extremo...

Serlan no le dejó acabar, haciendo un gesto con la mano para que dejara de parlotear. Sacó del cinturón su daga y la dejó sobre la cama del enfermo.

—Sois un hombre misericordioso —consiguió decir con esfuerzo. Se quedó unos momentos callado, mirando esa daga tan bien trabajada. Después, como quien ha tomado una decisión, continuó—. Nada os puedo dar a cambio, excepto consejo de viejo. Soy mercader y he recorrido la mitad o más del mundo conocido. He tratado con casi todos los pueblos, excepto los murrianos del oeste por la prohibición. —Hizo una pausa para tomar aire. Serlan se estaba impacientando con tanta cháchara. Echó un vistazo por la ventana, nervioso—. Atended, conde. Porque si tenéis la fortuna de salir vivo de esta, solo os queda un lugar, las colonias. Alrededor de las tierras que habitan los hombres grises, conviven muchas razas casi en un mismo espacio. Oiréis muchas leyendas. Algunas razas son codiciosas, otras muy celosas de sus costumbres. Pero hay una que deambula sin un hogar. En las plazas y tabernas, de la boca de los trovadores, escucharéis

mentiras, ya que muy pocos realmente los han visto. Vagan como langostas y son la peor de las formas inteligentes que han puesto los pies en la tierra. No os fiéis nunca de aquellos que parecen recibiros con los brazos abiertos. Dicen que se presentan con expresión de beatitud, de serenidad, muchas veces disfrazados, haciendo gala de unos modales exquisitos… —El viejo volvió a toser. Ahora Serlan escuchaba atento, a la vez que seguía vigilando la calle, detrás de los postigos de la ventana—. Pero no debéis fiaros, ni de ellos ni de nadie, al otro lado del océano. He visto desaparecer una ciudad-comercio entera. Era murriana, en el curso alto del Crayón, y contaban con toda una guarnición, muchos, muchos soldados y buenas defensas. Los engañaron y entraron, nunca supimos cómo.

—¡Silencio! —ordenó Serlan.

Se escuchó un trote rápido. El conde se pegó a la pared. Un pequeño grupo de exploradores murrianos pasó rápidamente por la calle. No se pararon a comprobar qué había en esa casa con la puerta abierta. Era la prueba. El enemigo había roto las líneas de defensa. El conde y el viejo mercader contuvieron la respiración.

—No dejaron a nadie con vida —prosiguió el hombre cuando volvió el silencio—. Ni hembras, ni pequeños, ni nada. Nadie. Nuestro grupo se acercó, tras recoger un cargamento de pieles río arriba. Los esqueletos estaban pelados, roídos. Yo creo que se los comieron y los que quedaron vivos se los llevaron. Nos acercamos, a pesar de la prohibición de aquellos tiempos. Allí, en las colonias, las cosas son diferentes… Toda la ciudad humeaba. Los almacenes cercanos al muelle estaban vacíos. Se lo habían llevado todo, como zorros hambrientos. Aquellos se lo habían llevado todo. No nos atrevíamos a penetrar en el corazón de la ciudad. Habíamos visto demasiados cuerpos roídos. Estábamos aterrados… —Se calló, cansado. Miró al conde—. Encontramos un diario. Lo había escrito una mujer murriana. Alguien conocía esa escritura, lo explicaba todo. Pobre bestia… Ya sé, debéis marcharos. Antes, ¿me podríais acercar la caña para fumar? Hay una al lado de los fogones, sí, allí mismo, al lado de la caja de tabaco. Gracias, otra vez.

Serlan sacó la cabeza por la ventana. Nada se escuchaba excepto el retronar de los combates, que llegaba como un eco irreal.

—Bien. Recordaré vuestras palabras, señor…

—Maestro Mallorts.

—Maestro Mallorts. Ahora sí, debo marchar.

Serlan dio la mano al viejo.

—Que los dioses os acompañen…

El conde ya había salido por la puerta. Se dirigía hacia los suyos corriendo de portal en portal, escondiéndose en cada uno de ellos, como si buscara refugio ante un súbito chaparrón. Dejó atrás el, ahora

triste, barrio de menestrales para penetrar en el arrabal, al final del cual se levantaba el tramo de muralla por donde creía que habían penetrado los murrianos. Se acercaba al lugar en el que esperaba encontrar a sus hombres batallando todavía, solo, sin escolta. A medida que se aproximaba, podía distinguir con mayor claridad el sonido de voces desgarradas y el fragor del acero. Su corazón latía con más fuerza, sus pensamientos se aceleraban.

Decidió, antes de entrar en la explanada de la brecha, subirse a algún tejado para determinar la posición de los hombres grises. Encontró, cerca de la muralla, una vivienda de tres pisos hecha en piedra. La puerta estaba bien cerrada. Con su espada hizo palanca entre las dos hojas de la puerta, a la altura del cerrojo, y esta cedió. Entró, tras escuchar con atención. Inmediatamente subió por una estrecha escalera de madera que lo llevó hasta el último piso. Miró a su alrededor. Aquella era la casa de un rico hacendado. Alcanzó el desván. El bajo techo de la buhardilla servía como despensa. En todas las paredes colgaban tomates, había pilas de sacos de patatas y legumbres. Aquello le extrañó, quizás no tuvieron tiempo de recoger los víveres en su huída. Olía a campo. Una pequeña ventana miraba hacia el oeste y se acercó para asomarse. La visión que contempló lo dejó estupefacto, llenó su corazón de congoja. Lo que veía no era lo que él había esperado.

Un reducido grupo de hombres luchaba a muerte contra un enorme enjambre de murrianos. Los enemigos revoloteaban y se movían alrededor de los guerreros grises como una tempestad que se cierne sobre una nave desarbolada. ¿Dónde estaba el ejército que debía defender la ciudad? ¿Cómo habían pasado sobre los altos muros de Vamurta tan pronto? Los asaltantes golpeaban el cuadro que habían levantado los defensores, acosándolos. Entre las filas murrianas se habían desplegado arcabuceros que casi disparaban a bocajarro, protegidos por sus piqueros.

Serlan creyó que encontraría a su ejército desplegado sobre los muros o luchando en gran número delante de la brecha, pero lo que veía era un escuadrón condenado a sucumbir que resistía detrás de los cadáveres de los caídos. Imposible escapar. Nada sabía de la retirada del capitán Álvaro y de cuantos lo habían podido acompañar. Distinguió la armadura del veguer y el granate oscuro de los restos de la Falange Roja, el Batallón Sagrado. Entre los cuerpos que formaban aquellas cuatro paredes de lanzas, aún se levantaban los estandartes con la golondrina negra de Vamurta, que los hombres sostenían como si de reliquias se trataran. Dudó. Si se unía a sus vasallos, en un último acto honroso, era hombre muerto. Lo había prometido, lo había jurado, lo había proclamado delante del Consejo, delante de su madre.

Desde la seguridad de aquel mirador siguió dudando. De muy

poco serviría su espada. Pensó que tenía una vida por delante, una vida larga. Los murrianos, a pesar de perder a tantos, aniquilaban a los poderosos infantes de Vamurta.

Vio, con el corazón roto, cómo un grupo de Reinas se había agrupado frente a uno de los vértices del cuadrado de los defensores, lanzando furiosos latigazos a los soldados grises con sus armas rematadas en hojas de acero, que levantaban astillas en los escudos de los suyos, que cortaban manos y herían piernas. Detrás de las Reinas esperaba la infantería murriana, pendiente del hundimiento del bastión que formaban sus hombres para romper las líneas y asegurar su victoria. Los látigos danzaban en el aire al ser recogidos, refulgiendo al sol como enormes y plateadas serpientes voladoras. Los soldados grises aguantaban aquella embestida retirándose y volviendo a avanzar. Serlan se dio cuenta de que ya no distinguía la armadura del veguer. Había caído, engullido por el polvo y la vorágine del choque. En contra de su propio código, sintiéndose aligerado y a la vez miserable, bajó por las escaleras de la casa para dar la espalda a los guerreros que un día había jurado defender, para no volver.

Mientras se desplazaba por una Vamurta fantasmal, el sentimiento de culpa, los gusanos del remordimiento y la vergüenza, comenzaron a devorarlo. Se sentía un vulgar cobarde que, consciente de su pecado, huía de su deber. Además, bien podría ser que al llegar al puerto todas las naves hubieran zarpado. Ya hacía tiempo que habían dado la señal de evacuación. Su acto vil quizás de nada serviría. Moriría también, como un perro, sin honor.

Avergonzado, decidió dirigirse al puerto como última salida. Tomó menos precauciones, sabiendo que el fin de los combates era cercano y pronto los murrianos inundarían las calles y los rincones de su ciudad. El sol tomaba el camino del mediodía. Avanzaba ligero, sosteniendo la lanza en posición horizontal y el escudo bien pegado al cuerpo. Siguió hacia el mar sin asomarse en los cruces, sin mirar atrás. Ya había llegado al centro de Vamurta. A veces oía un rumor de voces, tras las ventanas, de los que no habían querido o podido marcharse. A veces le parecía ver a alguien al doblar una esquina, pero siempre huían. Sudaba. Quizá esperaba toparse con una patrulla de los suyos.

Medio corría, medio andaba. Giró por un callejón que bajaba en paralelo a la Avenida de los Mártires. Allí, en una esquina vio tres exploradores murrianos. Vestían armadura de cuero e iban armados de lanza corta y espadas largas que llevaban colgadas de la espalda. Lo vieron durante un instante, desconcertados por encontrar a alguien en una zona que ya consideraban controlada. El conde aprovechó para salir a la carrera y girar en una calle y volver a torcer en la siguiente, cambiando de dirección.

Resultaba inútil correr. Detrás, oía el trotar de las bestias, sus

pezuñas repicando sobre el suelo empedrado. Parecían acercarse por momentos, siguiendo el tintinear de las armas del conde.

Sin aliento, se dio cuenta que pronto sería una presa fácil para aquellos exploradores, escogidos entre los mejores de la infantería regular. Lo ensartarían por la espalda como a un ciervo que huye sin dirección. Qué más daba, tenía una posibilidad y debía cogerse a ella con uñas y dientes. Giró en otra esquina y se quedó clavado, esperándolos con la lanza alzada y el cuerpo arqueado hacia atrás. Los murrianos aparecieron de inmediato. Tensó aún más el brazo y arrojó con fuerza el venablo al pecho del primero. Este emitió un grito que resonó en las calles vacías, asiendo al asta para intentar arrancársela. Los otros dos cargaron contra él. El Heredero detuvo con el escudo la primera embestida y a un mismo tiempo desenvainó para frenar el ataque impetuoso del tercer murriano. Fintó y desvió las acometidas, cogió aire, arremetió con su espada donde antes había un enemigo, cada vez más consciente de que por la fuerza no podría salir vivo de aquella situación. Los murrianos enseñaron los dientes, agresivos, dolidos porque su compañero agonizaba en el suelo. Sabían que tenían al hombre gris acorralado.

Simuló perder el equilibrio y caer hacia atrás. Uno de los enemigos creyó ver su oportunidad, adelantándose al otro con la lanza. Serlan desvió la trayectoria de la pica con el escudo, que se partió, y entonces dejó caer la espada de arriba abajo sobre su adversario, que se derrumbó con un enorme tajo en la clavícula. La sangre del enemigo salpicó su cara, desorientándolo unos instantes. Desprotegido, probó a girar para defenderse del tercero. Se encontró frente a él, que ya sostenía la lanza, listo para atravesarlo.

El murriano quedó como una estatua, petrificado en su gesto, y abrió mucho los ojos, como si algo lo hubiera sorprendido. Perplejo, el conde no asimiló lo que sucedía, hasta que el murriano se desplomó, soltando el asta. Detrás de él apareció una joven, de unos trece años o más, con expresión atónita, salida de la nada. Había un reguero de sangre sobre las facciones suaves de la chica, una diagonal roja. Serlan observó al caído, el mango de un gran cuchillo de cocina sobresalía de su espalda.

Aquella aparición seguía allí, de pie, ausente. La desconocida echó a correr sin razón. Fue tras ella y consiguió agarrarla.

—Escúchame, escúchame muy bien —dijo, nervioso—, estos están por todas partes. Nos cogerán enseguida si no pensamos con la cabeza. ¡Eh! ¿Me has entendido? ¡Con la cabeza!

La chica no reaccionaba, mirando al cielo sin mover un solo músculo. El conde lanzó con rabia sus guantes al suelo.

—¿Cómo te llamas? ¿No dices nada? ¿Cuál es tu nombre? ¡Ah! No quieres decir nada, ¿no quieres decirme cómo te llamas? ¿Nada? Eh,

oye. Iremos hacia los muelles. Los dos, los dos juntos. Pero debes hacer lo que yo te diga, sin hacer ruido, ¿me has entendido? ¿No quieres hablar? Bien. Vamos.

La obligó a moverse, tirando de ella, su mano libre agarrando la empuñadura de la espada. Avanzaron un buen trecho con cierta prudencia, atentos a cualquier señal de los otros.

En cada cruce, el Heredero sacaba media cabeza para evitar emboscadas, y así, se iban acercando al puerto. En los alrededores del barrio de los pescadores oyeron un estruendo, el golpear de algo contra la madera de una puerta y después los gritos de unas mujeres. Cambiaron de dirección y tomaron una de las vías principales que conducían hasta los embarcaderos. En una esquina, se asomó otra vez, en el momento que aparecía un escuadrón de murrianos. Ya no eran exploradores. Eran infantería de línea. Retrocedieron. No sabía si los habían visto.

Era casi mediodía y el sol caía a plomo. De un puntapié abrió la puerta de un taller de dos plantas. Entraron, cerrando la puerta con suavidad. Todo estaba muy oscuro. A tientas, tropezando con mesas y sillas, penetraron en la casa. Cayó un objeto metálico. Asustados, escuchaban la calle. Subieron al segundo piso. Era la casa de un herrero. Un haz de luz se filtraba por el balcón cerrado, cortando en dos la oscuridad. No se oía nada, excepto sus fuertes respiraciones. Llegó un fragor áspero, no se sabía de dónde, que creció desde las afueras hacia el mar.

Serlan miró a la calle. No había nadie. Al volverse, el rostro de la chica que le había salvado la vida estaba recortado entre la línea de luz y las penumbras. Tan solo era visible parte de sus facciones, tenía los ojos hinchados, el semblante enloquecido de alguien que no debería haber visto la muerte tan pronto. Sus párpados caídos, un dolor la empequeñecía. El conde se reconoció, allí en su lejana infancia, siguiendo a su padre tras atacar a los murrianos.

—Estamos cerca del puerto —le dijo para tranquilizarla—, si es que alguien nos espera…

Vencida la resistencia, la ciudad caía definitivamente en manos de los sitiadores, excepto la franja litoral, donde aún no habían puesto los pies, creyendo que allí se había reorganizado la última defensa. Los murrianos avanzaban divididos en escuadrones por las calles y avenidas de la capital, entrando en las casas a la búsqueda de prisioneros, plata y oro. En su saqueo incendiaban, destrozaban y arrasaban. Si alguien osaba hacerles frente, lo descuartizaban sin dudar un instante. Era un avance rápido. Sobre el horizonte del mediodía se elevaban columnas de humo aquí y allá.

Los murrianos, como un bien preciado, buscaban grises sanos para hacerlos esclavos, especialmente si estos eran soldados o funcionarios. Los más fuertes irían a las minas de Horrus, de donde se extraía hierro y estaño, el resto sería destinado a las inmensas llanuras tras los valles de Vamurta, en las que crecían cereales altos y de grano grueso. La impaciencia aumentaba entre los enfurecidos murrianos que, tras el precio de sangre pagado, encontraban una ciudad semivacía.

El conde y la muchacha salieron del taller, pegados a las paredes, moviéndose como ladrones en la noche. Se iban acercando al puerto.

El estruendo de los murrianos que peinaban palmo a palmo Vamurta se hacía más próximo. La luz del sol era cegadora y creaba una sensación de vivir en un solo plano sin relieve, impresión que se acentuaba por el cansancio de los dos y la visión de calles y casas abandonadas. Arrastraba a su salvadora, que se negaba a caminar. Quería que la dejaran en paz en algún rincón. El hijo de Ermesenda se desesperó, no podía con todo. Se detuvo frente a la joven, la zarandeó, en un intento de hacerla reaccionar.

—No sé de dónde sales ni qué te ha pasado, pero si no intentamos escapar te aseguro que te arrepentirás para siempre —dijo, mirándola con dureza—. Serás una prisionera, un trozo de carne para tus amos. No volverás a ver a tus padres ni hermanos, ni a nadie. Toda una vida encadenada. ¿Lo comprendes?

La joven no atendía. Seguía clavada sobre los adoquines, la mirada fija en sus sandalias, mordiéndose las uñas.

—Si continuamos hasta el final de la calle, veremos el mar. Camina un poco más, ¡por los dioses!

Al levantar la cabeza, alcanzó a vislumbrar algo detrás de ellos. Un escuadrón enemigo bajaba hacia el puerto, entreteniéndose en el saqueo. No hubo tiempo para cháchara. Lanzó la espada al suelo, se despojó del casco y cargó a la chica sobre el hombro, como si fuera un saco de harina. Oyó golpes y gritos a sus espaldas y las pisadas de los que salían en su persecución. Corrió al trote, su fardo pesaba más de lo que había creído. Las piernas sufrían, la cota de malla parecía hundirse en su pecho. Los murrianos, ligeros, se acercaban; el golpeteo de las armas envainadas, el rumor del mar cercano, en el momento en que un dardo pasó rozando su pierna. Llegaban. El oleaje, un horizonte claro y liso, se abría frente a los dos.

Los muelles estaban llenos de gente que no había podido embarcar. La llegada del conde a la carrera, llevando a una desconocida a cuestas, provocó un desconcierto general. El Heredero casi no podía correr entre sus súbditos. Intentaron retenerlo, fue acribillado a preguntas, sacudido. Quedó varado en una nube de cuerpos que lo atosigaban.

—Vienen detrás de mí —logró decir. Otros, al verlo, le abrieron paso sorprendidos—. Detrás de mí —repitió, resoplando.

Oyó unos chillidos. A su alrededor todo se arremolinó como si un vendaval hubiera emergido de sus pies. Los murrianos habían entrado en el puerto y todo se precipitó. Hacían sonar sus trompas, reclamando refuerzos. El sonido de las señales del enemigo se mezcló con un griterío ensordecedor. La muchedumbre escapaba en todas las direcciones, sin saber a dónde ir. Serlan rodó por el suelo tras chocar con alguien, pero logró agarrar la pierna de su salvadora.

—No huyas, debemos llegar a algún barco. ¡Correr por nuestras vidas! —le gritó con voz atroz.

Se incorporó. Vio a dos niños cogidos de la mano, solos. La masa de gente los arrastraba. Una mujer arrodillada a su lado empezó a cantar los salmos de Sira, lloriqueando.

El escuadrón murriano estaba allí atrás, parado, sorprendido, sin saber qué hacer frente a tantos. No mucho después, comenzó a desplegarse para sellar las tres calles situadas más al este de los embarcaderos. Querían rodearlos a todos.

En medio de la confusión, Serlan no era capaz de decidir nada. No se veían naves atracadas. Quizá debía volver a la ciudad y probar suerte. Por las callejuelas del oeste llegaban más batallones enemigos, las espadas desenvainadas, vociferando órdenes, empujando, forcejeando con los que intentaban escapar. Entre las cabezas de la multitud, por encima del caos de los que huían, distinguió el trinquete de la única nave que aún fondeaba en Vamurta. Sobre el palo mayor ondeaba su pabellón. Se lanzó hacia allí con la joven, apartando a la gente con su brazo libre, furioso, temiendo perder su oportunidad.

Llegaron hasta la nave, en el mismo momento en que desde a bordo disparaban las ballestas. Alguien los llamó.

—¡Señor! ¡Subid! ¡A prisa! —le decía una voz conocida—. Corred, corred, ¡no miréis atrás!

Galoparon por el pequeño puente que unía el muelle con la cubierta de la nave. Saltaron al interior, aterrizando sobre los ballesteros que volvían a cargar sus armas. Las saetas silbaban en el aire, mientras los infantes embarcados formaban una pared de lanzas delante de la pasarela.

El Heredero miraba con horror a los soldados, que descargaban sobre la masa, contra el miedo de su gente, que intentaba subir a bordo. Abatidos sobre la ensenada, yacían los cuerpos asaetados de sus hombres, tiñendo de rojo las grandes piedras del muelle. Los más desesperados se lanzaban a las aguas e intentaban trepar por las gruesas cuerdas del ancla y los cabos que aseguraban la embarcación.

Avanzó a gatas sobre la cubierta, entre las piernas de la tripulación, que seguía luchando. Consiguió atrapar de nuevo a la

joven y la tumbó, de un fuerte tirón, a tiempo para protegerla con su cuerpo. Cayeron las primeras lanzas de los murrianos, que a su vez habían localizado el barco. Se produjo un intenso intercambio entre los dos bandos.

—¡Retirad el puente! ¡Levad el ancla! ¡Zarpamos!

A ras de suelo, el conde observaba el nervioso trasiego de los marineros que se encaramaban sobre los palos del barco para desplegar todo el aparejo. Otros, con largas estacas, protegidos por los escudos de la tropa de a bordo, separaban la nave de la línea del muelle. La nave empezaba a virar lentamente mientras continuaba el vuelo de flechas y lanzas. El viento hinchaba las velas blancas y las empujaba. Al poco, se dejó de escuchar el golpeteo de los venablos sobre el casco de madera. Se estaban alejando de la capital. Sobre el mar la luz del cielo era cálida y se derramaba sobre las olas.

Se incorporó, aturdido por estar vivo y a salvo. Hasta el puerto de Vamurta iban llegando más murrianos. Se los reconocía por el color tierra de las armaduras y por los estandartes rígidos. Triste, contempló a sus vasallos caer en esa red que arramblaba con todo, víctimas de la guerra. A muchos de ellos solo les podía salvar las aguas que tenían a sus espaldas. La derrota era una visión espeluznante, que la tripulación observaba con un silencio lúgubre.

—Señor, el riesgo ha tenido su recompensa —dijo alguien a su espalda.

—¡Capitán Álvaro! ¡Quién no querría teneros como soldado! —contestó el conde, roto de emoción. Se dieron la mano con el vigor, con la alegría de los que siguen.

El Heredero preguntó por algunos de sus hombres, por los que habían podido huir, pero sobre todo se interesó por Ermengol, su médico y su mejor consejero.

—Ha podido escapar a media mañana en una de las últimas naves.

Los dos sonrieron unos instantes para, acto seguido, dejar de hacerlo, conscientes de que todo se había perdido. Álvaro se dio cuenta, extrañado, de que la mano del conde sujetaba la de una joven, que llevaba un vestido lila muy sucio, desgarrado.

—¿Y tú? ¿Quién eres?

Al no obtener respuesta alguna, insistió, lleno de curiosidad.

—¿Cuál es tu nombre?

La chica le contestó con un hilo de voz.

—Mi nombre es Sara.

# Segunda Parte

# Vida en las nuevas tierras

# 8
## La travesía

El mar parecía amodorrarse a medida que se alejaban de la costa, que no era más que una fina franja grisácea. Frente a él, se abría el Mar de los Anónimos, una gran llanura azul que se iba despertando lentamente. Vamurta no era más que un recuerdo que se desdibujaba a espaldas de los navegantes. El olor a mar se adhería a los cuerpos de los tripulantes, penetraba en los tejidos, pesaba sobre los párpados. Los marineros limpiaban, con grandes trapos, los charcos de sangre que manchaban la cubierta. Cosían las heridas en las velas, tensaban grandes cuerdas, danzaban sobre los mástiles.

El oleaje suave hacía que el pesado cansancio que sentía el conde en cada uno de sus huesos, se fuera transformado en sueño. Un sueño que lo arrastraba.

El conde hablaba con Álvaro y el capitán del barco, Héctor Dornous, un hombre seco, de rostro rasurado como un sacerdote.

—Pronto nos reuniremos con el resto de naves que zarparon esta mañana, si este buen viento del noroeste nos sigue acompañando —informó Dornous.

—¿Cuánto tiempo creéis que durará el viaje? —quiso saber el capitán Álvaro.

—Entre seis y ocho días. Dependerá de los vientos. Os recomiendo un buen descanso a bordo, al menos hoy y mañana, señor —dijo, dirigiéndose al conde—. Os hemos reservado una de las cabinas principales. Parecéis muy cansado.

Aquello constituía un auténtico privilegio, en correspondencia con su condición de gran señor. Los oficiales, en cambio, dormían en el alcázar de popa en cabinas de la altura de medio hombre y de la longitud de una lanza corta, lo que significaba muchas incomodidades, ya que no podían estirar las piernas, habiendo de dormir recogidos como un niño en el vientre de su madre. La tripulación y los soldados dormían por turnos sobre la cubierta, tapados con sacos, arracimados en algún rincón. Si el oleaje lo permitía, las bodegas eran su cama cuando la lluvia arreciaba.

Poco después, el conde abandonaba la cubierta y entraba en su cabina, en la que encontró una cama estrecha, una mesita con una silla y un pequeño baúl con ropas limpias fijado a la estructura de la nave. Una minúscula ventana que miraba a estribor dejaba entrar la reluciente luz del mediodía. Se deshizo de la cota y se dejó caer sobre el colchón, que en aquel momento le pareció hecho de seda. Cuando su cuerpo empezaba a relajarse y sus ojos se cerraban, llamaron a la

puerta. Era Sara. Casi se había olvidado de ella. Abrió. Estaba en la entrada, la cabeza baja, los brazos caídos pegados a sus caderas estrechas. El conde la hizo pasar. Serlan tuvo que dormir de lado, casi adherido a la madera del barco, para dejar un espacio en la cama para su protegida. La chica no dijo nada ni se movió, y él se durmió enseguida.

Al despertar no supo quién era ni dónde estaba. Hilos de sudor descendían por su frente y mejillas, el párpado derecho se disparó, nervioso. En esa jaula sin luz, llegaba un rumor tenue y constante. Un dolor de cabeza agudo picoteaba en su mente. Se miró las manos, extrañado. Intentó serenarse. Veía filos de espadas, cuerpos tajados, oía susurros… Se incorporó. La sensación de vértigo fue desapareciendo al reconocer a Sara a su lado, los cabellos encrespados por la humedad, durmiendo profundamente. La mano pequeña agarraba la camisola del conde. La niña roncaba. El contraste entre aquel cuerpo encogido y su roncar de soldado veterano le hizo sonreír.

Se levantó a tientas. A través de la ventana del camarote pudo ver una mar lisa, escamada por los tonos dorados y encendidos del crepúsculo. Las últimas luces del día brillaban en el horizonte y sobre ellas aparecía, palpitando, la constelación de Atros, que señalaba el camino del norte.

En la cabina flotaba un silencio tañido por los ecos del oleaje. Seguía bajo la impresión de estar en dos lugares al mismo tiempo, pero poco a poco empezó a recordar. Todo se había arruinado muy deprisa. Su tierra, la que fue de los padres y antes de los mayores, que no supo defender. La ciudad más grande y bella del mundo conocido, sometida. Centenares de sus vasallos reducidos a la condición de animales de carga. Los soldados heridos probablemente serían empalados a las puertas de Vamurta... Ermesenda, su madre y guía. La recordó enérgica, ordenando ante el Consejo un ataque en masa contra los murrianos, al principio de la última guerra... Lo había perdido todo excepto la vida. La vida. ¿Qué tipo de vida si él había sido el más grande entre los hombres? Su alma lo castigaba, desgarrándose.

Los sonidos que lo acompañarían durante la travesía llegaban filtrados a través de las rendijas de la puerta de su camarote. El crujir de la madera, las voces de los marineros y sus cantos improvisados, el golpear de las olas contra el casco de la nave. Antes de abrir y salir a cubierta, otro escalofrío lo detuvo. Se le apareció la imagen de los últimos guerreros de Vamurta y la fiel Falange Roja, el veguer de la Marca entre ellos, luchando, dando sus vidas para que otros pudieran vivir. Se recordó a sí mismo vencido por el miedo a morir, acurrucado detrás de una ventana, mientras aquellas vidas desaparecían delante de sus ojos. Serlan se sintió indigno y por un momento, la alcurnia le

pareció algo insignificante. ¿Y sus hombres? ¿Qué debían pensar de él cuando no se mostró ante los enemigos durante el sitio? ¿Cómo le debían considerar? Lo ignoraba, pero estaba convencido de que los rumores sobre su ausencia en la lucha habían comenzado a circular de boca en boca.

Notó que Sara lo miraba desde la penumbra de la cabina. Era ella la única cosa de la que podía sentirse orgulloso. Se cubrió con una túnica ancha, limpia, guardada en el baúl. Se abrochó un ancho cinturón de cuero negro y se colgó la espada que le habían dejado en el camarote.

Al abrir la puerta notó un fuerte olor a carne magra. La tripulación y los soldados embarcados cenaban una especie de puré con trozos de buey mezclados con verduras y, además, habían repartido tortas de cebada. Sobre la cubierta, refrescados por la brisa del mar, estaban unos acuclillados en corrillos, otros comían de pie, sosteniendo los cuencos de madera, compartiendo con buen humor los barriles de vino aguado.

Al verlo salir, las conversaciones se acallaron para continuar en voz baja pasados unos instantes. Serlan subió los estrechos escalones del castillo de popa, susceptible a lo que pudiera oír a sus espaldas. Al abrir la puerta del comedor, el capitán Álvaro y Dornous lo saludaron alzándose y haciendo una pequeña reverencia, mientras el segundo de a bordo dudó antes de alzarse, también.

—Sigan cenando, sigan —dijo, mientras tomaba asiento.

—¿Habéis dormido bien, señor?

—Sí, por Onar, y bastante.

—¿Y vuestra amiga, no cena? —inquirió el capitán Álvaro, a la vez que se servía un gran pedazo de gallina macerada en vino.

—Parece que no quiere salir de la cabina. Resulta extraño —contestó Serlan, algo molesto. Miró las perdices y la gallina. No sabía qué escoger—. Le he salvado la vida y ni tan siquiera me habla. Me sigue con su mirada esquiva. Saben los dioses qué desgracias habrá sufrido en estas últimas lunas.

—Creo recordar una joven parecida a ella, iba con su madre. Vinieron al campamento preguntado por el de la cuarta, Janot de Artá, ¿lo recordáis? Un hombre prudente, sí. Cayó malherido. —Se quedó callado, arrastrado por los recuerdos—. No debió sobrevivir. Quizás sea la misma joven. Ya la interrogaremos cuando se recupere…

Comieron bastante, especialmente Serlan, que delante de la mesa se sentía un poco en paz, lejos de sus pensamientos. A medida que la cena avanzaba una nueva preocupación surgió. ¿Qué harían ellos en las colonias? ¿Cómo serían recibidos? Disponían de un cierto margen de maniobra. La pequeña escuadra de seis naves de guerra, y algunas más que ya habían partido, los restos de su ejército embarcados… Lo

cierto era que sobre las nuevas tierras lo desconocía casi todo. En parte, navegar rumbo a un mundo donde todo era nuevo lo excitaba, como siempre que a un hombre se la abren caminos inexplorados. Podía imaginar.

Expuso al resto de comensales sus inquietudes, su ignorancia, mientras llenaban las cañas de bronce con tabaco.

—Nuestro segundo de a bordo, Ricardo Ams, os puede guiar, ya que él lleva muchas estaciones afincado en las colonias —sugirió el capitán de la nave.

—Así es, señor —siguió el contramaestre—, ¿qué os puedo decir de aquellos parajes?

—Casi lo desconozco todo de esas tierras —reconoció el conde—. Ni sé hasta dónde llegan ni quién las habita. No sé cómo huelen las calles de los burgos ni cuáles son las hojas de sus bosques.

—Deberíais saber que la idea de frontera es algo difusa, allí. Hay tierra si hay manos para trabajarla, pero alejarse mucho de las ciudades puede ser imprudente. Los límites de las colonias no se conocen demasiado bien, ni se sabe con certeza dónde mandan unos y dónde se encuentran los hitos de los vecinos. Aún hay todo un continente por recorrer, enorme, y todavía no conocemos bien a los que viven allí… Muy al sur y muy al este se dice que viven otras formas… La gente de las colonias trata con sus vecinos, pero nadie sabe a ciencia cierta de aquellos que están más allá de los campos de los otros, si es que vive alguien. Existen territorios, grandes como las antiguas grandes Marcas, deshabitados, o al menos nadie ha sido lo bastante fuerte para poder decir «esta tierra es mía». Los hombres grises que se han ido estableciendo han levantado dos poderosas ciudades, Nueva Vamurta, de la que ya debéis haber oído hablar, erigida en el margen izquierdo del río Trieda y abierta al mar, y Belkasa, la ciudad que duerme al lado del gran río Crayón, que controla el comercio fluvial hacia las tierras interiores. —Ricardo Ams calló unos instantes, inhalando el humo de su caña con placer—. A través de su puerto fluvial llegan muchas mercancías de los sufones y de los vesclanos, otros seres que caminan sobre lo que mal llamamos Las colonias, de los que espero que tengáis algún conocimiento.

Viendo que todos lo escuchaban con atención y que su superior no objetaba nada, el contramaestre se sirvió más vino y rellenó su caña, presto a seguir introduciendo en asuntos del nuevo mundo a aquellos orgullosos hombres de Vamurta.

—La gran llanura en la que se asentaron los nuestros llega, por el norte, como frontera natural, hasta la Sierra Donera, donde se hallan importantes minas de hierro y cobre. De la sierra baja el río Trieda, aunque en ese tramo alto solo se puede navegar con barcazas de poco calado. Cerca del río y de las minas, se construyó Tunador, que vive

de vender y trabajar las riquezas del vientre de las montañas. Hacia el este, se encuentra el poblado de Nidonia, que domina los cultivos de la llanura y más al este, Nogrog, cerca de donde se puede empezar a encontrar a los Hombres Rojos. Hay algún que otro pueblo, aquí y allá, y numerosas casas de labradores que, a veces, se agrupan alrededor de algún pequeño templo o sobre un cerro. ¿Deseáis saber cómo huelen las ciudades? A mierda, sobre todo —dijo, con una sonora carcajada—. Al empezar la colonización, ya hace bastante tiempo, no pensaron en las cloacas, como las que se construyeron en Vamurta, o no tuvieron suficientes darmas para pagarlas. Y cuando os hayáis acostumbrado a ese hedor, oleréis la madera podrida. Muchas son las casas hechas con travesaños y adobe, todavía. Pensad que las únicas murallas levantadas en piedra son las de Nueva Vamurta y las de Tunador, por estar cerca de las canteras. La última vez que desembarqué, se decía que los de Nidonia querían ensanchar la ciudad y construir un nuevo perímetro defensivo... Pero sus talleres no son ricos y el Consejo de las colonias tiene las arcas vacías. Claro, ya sabéis que el mundo del hombre gris está regido por el Consejo de los Veintiuno, excepto las tres ciudades del oeste, Eslatvar, Satorta y Robaderra, allí mandan otros. ¡Sí! ¡No os sorprendáis tanto! Es un mundo sin tradición, improvisado, hecho a medida que surge alguna imperiosa necesidad y no antes. Si hay hambre se labran nuevos campos, si hace falta un ejército se forjan nuevas armas, si hay un traidor se pule el hacha del verdugo. — Hizo una nueva pausa, elevando una nube de humo azul que se disolvió entre las vigas de la sala—. Quizá lo más extraño de las colonias son sus propios habitantes y de qué modo conviven los unos junto a los otros. Hombres grises, hombres rojos, vesclanos, que prefieren vivir en ciudades excavadas en la roca de grandes montañas, sufones, los grandes comerciantes que viven en ciudades zigurat, los llisamed, un pequeño pueblo de pescadores que viven en la costa sur, y aún más al sur se encuentran los pueblos del mar, ya muy mermados... Y hay otros. Se dice que a mucha distancia de Eslatvar se eleva en vertical un gran macizo escarpado, formando una meseta ancha y grande como un pequeño mar. Cuentan que allí viven otro tipo de hombres, muy blancos, casi sin color. Los llaman de muchos modos y se explica que tiempo atrás aprendieron a convivir con unas grandes aves, de un color tan blanco que hiere a los ojos, que les sirve de cabalgadura... Pero nadie sabe si es cierto o es otra leyenda. En las colonias también se escuchan historias fantásticas sobre el Bosque de las Hiedras, un bosque que ocupa un espacio mayor, casi que el de las propias colonias, que crece entre el Crayón y el Camino de los Grillos, la ruta de comercio de los sufones, hasta la ladera norte de la Sierra Donera. No ha llegado nadie hasta el corazón del Bosque de las Hiedras, y naturalmente, se cuentan

todo tipo de historias que no debéis creer —concluyó Ams, cerrando su soliloquio con un gesto de manos ambiguo.

Todos se habían quedado callados escuchando aquel torrente de conocimientos. Serlan había olvidado las preocupaciones que lo asaltaron en su brusco despertar, mientras los capitanes meditaban sobre lo que habían oído, porque todos ellos sabían que sus caminos estaban ligados a aquellas nuevas tierras. Sintieron el aguijón de la melancolía por un mundo que amaron y que ya no existía. Su pena les robó la palabra durante un buen rato.

Finalmente, el conde se decidió a salir del comedor y los tres oficiales lo acompañaron. El aire cálido de finales de verano corría sobre un mar dormido, haciendo silbar con suavidad los cabos y los cordajes de los tres palos de la nave. Buena parte de la tripulación descansaba tendida en las lamas de madera de cubierta, barnizadas de salobre. El silencio nocturno era roto, de vez en cuando, por los gemidos ahogados de los heridos, que dormían calentados por las cajas de fuego de la nave.

Sobre el horizonte negro, agujereado de estrellas vibrantes, se recortaba la pequeña figura de Sara, apoyada sobre la baranda de estribor. La vio de espaldas, contemplando esa quietud errante. Serlan se acercó, preocupado por su soledad y falta de apetito.

—¿Es la primera vez que viajas en barco? —preguntó. Sara negó con la cabeza, sin girarse para responder—. Nos acercamos a una tierra en la que todo es posible, hasta olvidarse de uno mismo.

Tras obtener otro silencio por respuesta, el conde se sintió incómodo. Preguntó a la joven si había cenado. Esta volvió a negar con la cabeza.

—Hablaré con el contramaestre. Que te prepare el plato que más te guste ¿Cuál es? ¿Sigues callada?

Serlan dejó de insistir. Volvió con los oficiales para escuchar más historias de las colonias, que tanta curiosidad suscitaban entre los hombres de Vamurta.

Los días a bordo se sucedían con una cierta lentitud. La escuadra se había reagrupado al tercer día de navegación. Las seis naves condales avanzaban en fila, comunicándose por señales de bandera. El mar continuaba respirando con suavidad, como si los dioses quisieran bendecir aquel viaje. Sara aparecía aquí y allá, sola. A veces una lágrima furtiva se escapaba sobre la redondez de sus mejillas. La única compañía que toleraba era la del conde, a pesar de que ni siquiera con él era capaz de intercambiar unas pocas palabras. Comía poco y dormía durante gran parte del día, prefiriendo salir del camarote al anochecer, cuando la actividad bajo el velamen disminuía y muchos

de los marineros descansaban. Era entonces cuando paseaba por cubierta o subía al castillo de popa para contemplar la fuerza contenida del oleaje. La tripulación se había acostumbrado a su presencia sutil y hasta uno de los marineros le había regalado una talla de madera con la forma de uno de los delfines que seguían la estela de la nave, apareciendo y desapareciendo sin que nadie supiera el porqué. Para algunos, aquella joven que miraba las estrellas era una buena señal, un augurio de algo beneficioso.

Ese mar calmo silenció, en parte, las voces y la vergüenza que asediaban al conde. La terrible tempestad en la mente de Serlan De Enroc se fue transformando en un monótono zumbido, como un dolor lejano e intermitente, que lo acompañaba durante el día y crecía en intensidad por las noches, cuando intentaba que el sueño lo alcanzara en la soledad de su pequeño camarote. Durante esos largos momentos hubiera gustado de la silenciosa compañía de Sara, que había adquirido la costumbre de vagar entre los aparejos y las sombras. La profunda desazón que sentía en la oscuridad crecía, a medida que el casco de la nave se deslizaba sobre el mar devorando la distancia que lo separaba de aquella gran incertidumbre que representaban las colonias.

Durante aquellos días, a pesar de las largas conversaciones con los dos capitanes, el conde sintió una cierta inclinación por el segundo de a bordo que tantas historias y noticias le había referido sobre las nuevas tierras. En aquella nueva inclinación también influyó algo un tanto sorprendente, pues Serlan desde el momento en que fueron presentados, intuyó que Ricardo Ams no sentía los mismos lazos de fidelidad hacia él que los capitanes y los otros de Vamurta, pese a que Ams había nacido en el condado. Esa natural falta de obediencia, que en otras circunstancias le hubiera resultado insultante, allí, cruzando el Mar de los Anónimos, perdidas sus tierras, le resultaba estimulante. Otro hombre lo trataba como a un igual.

A través de Ams, y las largas charlas regadas con vino, el conde tuvo conocimiento que las relaciones entre los hombres de las colonias con sus vecinos no siempre habían sido amistosas y que de hecho, una parte de las tierras que los grises ocupaban habían sido el hogar de los hombres rojos que, en número inferior, había retrocedido hacia el este. Los Rojos. Aquel era un pueblo de ganaderos y agricultores, basado en el macho guerrero, que aún luchaba hacha en mano y sin ninguna otra arma arrojadiza que la lanza y el arco. Un pueblo que antes vivía de las pequeñas conquistas, pero desde la llegada del hombre gris y el fortalecimiento de los vesclanos, languidecía en sus rústicos poblados. También supo que entre los mismos hombres grises existían graves tensiones. Un grupo de ellos, los puros, se había separado del gobierno asambleario de Nueva Vamurta, fundando

tiempo atrás tres pequeñas ciudades que crecían rápido, al oeste, más allá del límite del Camino de los Grillos. Su ciudad más grande, Robaderra, estaba situada al norte de las otras, Satorta y Eslatvar.

El descubrimiento y explotación de las minas de cobre y hierro en el extremo de la Sierra Donera, allí donde los picos son poco más que cerros desgastados, había dado a los puros una riqueza y unos recursos con los que nadie contaba, haciendo que estas ciudades fueran codiciadas por los ricos hombres de las colonias.

Los puros se habían escindido del resto de hombres grises por considerar que aquellos habían caído en la decadencia moral que conlleva la corrupción del alma. Adoraban a los dioses de otro modo y habían creado un gobierno donde los clérigos y los grandes mercaderes de sus ciudades ostentaban el poder. A pesar de sus críticas y desavenencias, los puros mantenían un intenso comercio con Nueva Vamurta, a la que exportaban el sobrante de sus minerales, telas y cereales.

Serlan empezó a entender los complejos juegos de poder, intereses y relaciones que se tejían y destejían en las nuevas tierras. A todo ello había que añadir la influencia de los hombres rojos, vesclanos y sufones, con todo su poder militar, y la importancia de los intercambios con estos últimos, de la que dependía la buena marcha de los talleres de las ciudades y el estómago caliente de muchos de sus ciudadanos.

Ricardo Ams le explicó, pasados unos días, que su mujer era una de los puros y que vivían en Robaderra con sus tres hijos. Esa confidencia le sorprendió un poco, y más cuando Ams afirmó que esa nueva sociedad, a pesar de su rigidez, era el único buen camino a seguir que conocía.

En las noches tranquilas de aquel viaje, Serlan empezó a dormir en el suelo de su camarote. Las pesadillas aumentaban a medida que el tedio y la falta de obligaciones desesperaban al conde. Si durante el día recordaba el condado era por algún comentario de los demás, en cambio, la suerte de los que habían quedado atrás se le aparecía como una pesada carga al caer el sol. Oía gritos, los chillidos de hombres y mujeres abandonados en los muelles, los ojos de los que se quedaron lo vigilaban, ojos vacíos de los muertos que preguntaban, que inquirían. Todos aquellos que fueron sacrificados y que él debió proteger. Sus rostros rotos cuando él corría por el puerto en busca de salvación, la ferocidad del enemigo al capturarlos. Su propio miedo al ver la poderosa fuerza del ejército murriano empujando hacia el abismo las últimas lanzas de sus hombres.

Sara, cuando volvía de su vagabundear, hacía ver que no escuchaba sus espasmos, los golpes, la voz tartamuda y rasgada del que es castigado en su sueño. Cuando el conde se despertaba

jadeando, desorientado, sin aire, los ojos de Sara lo volvían a situar en el mundo y le recordaba quién era él. Era un consuelo, ahora que también el conde era un náufrago.

Pronto a las pesadillas se le añadió la duda. Aquella mañana encapotada el capitán del barco anunció que en dos jornadas llegarían a Nueva Vamurta. El oleaje había aumentado, haciendo oscilar un mar que adquiría tonos graníticos, severos. Una cierta impaciencia dominaba la tripulación y la infantería embarcada, que se preguntaba cuál sería su destino una vez pisaran tierra firme. Entre la tropa, muchos desconocían si sus familias habían podido huir de la ciudad, y guardaban la esperanza de reencontrarse con los suyos en las colonias.

La falta de noticias provocaba todo tipo de especulaciones, aunque dominaba la idea de que gran parte de los prisioneros de guerra trabajarían la tierra, sus tierras, como esclavos y, con el tiempo, como siervos de la gleba. Algunos decían que los cautivos próximos a la casa condal o al ejército, sufrirían una suerte peor. La mayoría temía que los soldados capturados y los centenares de heridos abandonados a su suerte en la Casa de las Curas hubieran sido ejecutados. Quizás dormían en las más profundas mazmorras de Vamurta, deseando que fueran necesarios más esclavos en la superficie, allí donde el sol calentaba la piel y el aire fresco corría entre los brotes del trigo.

Serlan era consciente de todo aquello. Había oído hablar a los hombres durante sus paseos por la cubierta, antes de la cena. Casi podía percibir cómo su autoridad era puesta en entredicho. Todo aquel cúmulo de inquietudes e incertidumbres saldrían a la luz en el que sería la última cena a bordo.

—No sabemos si las autoridades de Nueva Vamurta nos recibirán con los brazos abiertos o nos espera la milicia para, como mínimo, desarmarnos. En cualquier caso, entre todos somos más de trescientos de infantería y algo más de cincuenta arqueros y ballesteros. Más la marinería y los hombres que ya habrán desembarcado de otras naves. Somos un problema, pero somos un problema respetable —sentenció el capitán Álvaro frente al conde, los dos oficiales de la nave y los tres tenientes que aquella noche habían sido invitados a acompañarlos durante la cena.

—Deberíamos desembarcar un par de botes antes de abandonar las naves. Una especie de comité para conocer qué nos tienen preparado —sugirió la teniente Beshga con timidez.

—No. Debemos ser decididos —replicó el capitán Álvaro—. Además, no hay muchos lugares a los que podamos ir. ¿O no es así, capitán?

El viejo capitán sonrió, socarrón.

—No. No hay otro lugar si no queremos poner en pie de guerra a

los hombres rojos o a alguno de los pueblos de la costa. Más al norte y hacia el sur hay otros pueblos y otras razas, y se dice que mucho más allá se pueden encontrar otros hombres, pero nadie ha llegado a ellos o al menos nadie ha vuelto para poder explicárnoslo.

Los cubiertos de madera resonaron contra los platos y se llenaron otra vez las copas. Los oficiales devoraron la carne de carnero sin que nadie se atreviera a proponer otras alternativas.

El viento había cambiado, impulsando la escuadra con fuerza. Se podía oír el crujir de las velas hinchadas y la tensión de los palos, la mar gruesa picando contra el casco.

—Se acerca una tempestad —dijo, lacónico, el capitán de la nave.

—Atracaremos en el puerto de Nueva Vamurta. No debemos tener miedo. No hemos cometido ningún crimen —afirmó el conde usando un tono solemne.

El resto de comensales aceptaron la orden en silencio, entre los lamentos del viento y el rugir del oleaje.

# 9
# Dasteo

«El tiempo se desvanece cuando llevas un tiempo en la oscuridad —pensaba Dasteo—. Hace mucho que las palabras casi han enmudecido, aquí abajo, aunque podría ser que el silencio hubiera llegado hace poco. Apenas se oyen unos murmullos, un toser ronco, y luego, nada. Hasta la más profunda de las mazmorras de la ciudadela, no llega la vida. Si la lucidez me sobreviene, pienso si este lugar inmundo fue usado alguna vez, y de ser así, me pregunto qué tipo de hombres éramos, al permitir que sitios como este, existieran.

»Nuestra condena es la espera. El goteo de los techos, desde que entreabro los ojos para no ver nada, hasta que los vuelvo a cerrar, me exaspera. Tanto como los lamentos de los míos, que resuenan entre las paredes empapadas de esta enorme cueva, en la que nos han robado la luz del día, en la que apenas nos traen agua limpia y comida, en la que estar es una atrocidad.

»Yo, Dasteo Cenrala, alférez del Batallón Sagrado de Vamurta, me pudro aquí con los últimos de la Falange Roja y los hombres de Marca que sobrevivieron al último combate. Quiera Onar que muchos pudieran embarcar y, así, abandonar nuestro mundo, gobernado por el látigo inmisericorde del murriano. Es mi único consuelo. Resistimos más allá de lo concebible, espoleados por la locura. Es la única explicación. Que un puñado de hombres grises resistiera ante el empuje de todo un ejército, desde la madrugada hasta casi ver el sol en su cima, solo puede entenderse como un acto durante el cual perdimos la noción de nosotros mismos, más allá de juramentos y promesas, un espacio de tiempo que emerge, súbito, irreflexivo, en el que olvidamos ser hombres y proteger nuestras vidas.

»Desde muy joven empecé a dudar de mis propios recuerdos. Nunca sabré si los campos alegres, si aquellas playas de mi infancia, realmente existieron, si las dibujaron o alguien las cantó o, junto a ambas, las recreé más tarde, añadiendo otras luces que se entrecruzan en el jardín sin fin de un tiempo pasado. Qué más da, ahora que no sé si seguiré viviendo o si mi muerte está próxima.

»Recuerdo el momento de la rendición, cuando pareció que todos levantábamos nuestras miradas a la vez, dejando el filo de las espadas inertes en el aire. A nuestra izquierda, un muro de más de doscientos arcabuces nos esperaba, protegido como un erizo por decenas y decenas de picas. A la derecha, las Reinas nos miraban con fijeza, asomadas por encima de las miles de gotas de acero de su infantería de línea. Sobre nuestras cabezas, como una bandada de urracas, los

arqueros murrianos, amontonados sobre las murallas, habían bajado sus arcos, también sorprendidos por esa tregua espontánea. A nuestras espaldas, los jinetes de Ulak formaban en columna de a cuatro, esperando una señal para cargar. Bajo nuestros pies, los caídos descansaban, ajenos a un futuro marcado, el viejo veguer tumbado en el centro del cuadrado, cubierto por el gran estandarte de Vamurta, manchada la tela blanca con su propia sangre.

»Miré a mi alrededor. Los que seguían en pie esperaban un gesto, agotados, las fuerzas consumidas tras una lucha desesperada. Lancé mi espada mellada y el escudo al suelo. A esto siguió el impacto de otras muchas armas… Los murrianos nos empujaban con sus lanzas para llevarnos allí donde su voluntad y capricho decidieran.»

—¿Sois vos? ¿Mi alférez? —preguntó alguien.

—Sí. ¿Quién sois? —respondió, tratando de adivinar quién le hablaba.

—Montal, señor. Me preguntaba si continuabais vivo.

—¿Cuántos?

—No lo sé, señor. Pero Quirono y Amabeo apenas respiraban. Los vi cuando nos trajeron la comida. A veces tosen con fuerza, ¿los oís?, y luego callan.

—Es esta humedad… —dijo, escrutando la oscuridad que los rodeaba.

—Esta humedad, los excrementos, señor, la cebada que no llega ni para la mitad de los que somos.

Montal guardó silencio. Cuando se oía un grito ahogado en el fondo de las mazmorras, los que seguían enteros se acercaban a tientas, a pesar de ensuciarse un poco más con la podredumbre que se había ido amontonado sobre el suelo frío de aquella caverna. «Queríamos velar por los muertos antes que los retiraran, evitar que los otros cayeran en la tentación de succionarles la sangre y así aliviar la sed y el hambre atroz que nos consumía. Nos acercamos a gatas, avisando a otros hasta ser un pequeño grupo. Desde un rincón, llegó otro lamento apagado. Se escucharon roces, un deslizar repentino. Varios hombres se disgregaban en la impunidad de la negrura. La cólera enrojecía mis mejillas. Al palpar el cuerpo, percibimos sangre caliente manchando nuestras manos. Eso no. Éramos todavía hombres grises, no bestias. El desgraciado agonizaba, su respirar no era más que un débil murmullo.»

—¡Oídme! —Su voz áspera y profunda era conocida por todos—. Si encuentro, si cazo a alguna de estas alimañas que viven de los moribundos, lo estrangularé con mis propias manos. ¡No recordáis lo que somos! ¡No recordáis nada!

No se sentía con fuerzas para gritar más. Arrastraron el cuerpo hasta los barrotes que cerraban la mazmorra, para que los que traían

la comida lo pudieran encontrar. ¿Sería sanado o bien ardería en una pira funeraria? ¿O sería lanzado en alguna zanja?

Nadie contestó. Todos sabían cómo luchaba el alférez, también los hombres de Marca lo temían, más alto y corpulento que cualquiera de los allí encerrados. La pesadumbre volvió a sobrevolarlos, sedimentándose en sus almas sin hacer ruido. Toda resistencia era vacua. Tan solo esperaban a que algo sucediera, como perros vigilantes que, atados y hambrientos, aguardan a que su amo se acuerde de ellos.

Las antorchas iluminaron las paredes excavadas en la roca que formaban aquel subterráneo. Los guardianes estaban extrañamente nerviosos, sus petos de cuero limpios y los cuchillos y espadas relucían bajo el fulgor de las teas.

Los presos se acercaron a la línea de barrotes como luciérnagas a la luz, sin saber qué iba a suceder. Un intérprete murriano, de cabellos azulados por la edad, fue hacia ellos, sin disimular su incomodidad ante la visión de aquellos seres desarrapados.

—Recibiréis una visita ilustre —les anunció—. Debéis mostrar respeto. Si alguien intenta interponerse… Si alguien osa hablar…

Calló, al oír numerosas pisadas en la galería que conducía hasta la celda. Los hombres grises atendían, dóciles, a la vez que aprovechaban la luz para mirarse unos a otros y poder reconocerse. Encabezaba la comitiva dos murrianos ataviados con pantalones bombachos oscuros y fajillas negras, bajo túnicas gruesas que les llegaban hasta los pies. Tras ellos, fueron llegando soldados armados con lanzas cortas y espadas de hoja estrecha y de notable longitud. Formaron como les fue posible, frente a los barrotes, dejando un espacio libre para la visita ilustre, una Reina que avanzaba agachando un poco la cabeza, para no golpearse con el techo.

—Onar —susurró Montal—. ¿Qué significa esto?

—Nada bueno —oyó que contestaba un hombre de frontera, a su izquierda.

Dasteo la reconoció. La hubiera reconocido en cualquier lugar, en cualquier momento. A diferencia de las otras que recordaba, esta no había hecho uso de los látigos de acero o las alabardas gigantescas; había luchado armada de un sencillo barrote de hierro, largo y pesado, rematado en sus extremos con dos cuchillas curvas que sus hombres acabaron por temer. Solo el veguer osó hacer frente a su baile, y acabó inerte, caído sobre otros muertos, que al igual que el noble, faltaron para ir a encontrar a Onar. Vestía unos calzones largos y duros, de un verde oscuro como sus grandes ojos, y una capa de tela rígida, color oro, que redondeaba su ancha espalda, por la que resbalaba su larga cabellera de color pajizo. De sus caderas colgaba un cinturón de plata con pequeñas piedras incrustadas, que contrastaba

con la sobriedad de sus ropajes.

Dasteo la miró, sintiendo un escalofrío. A pesar de su enormidad, aquel ser era bello. Una boca ancha y carnosa, espesas pestañas tocadas con tonos púrpuras, cejas como dos hilos dibujados con tinta negra, ojos fríos de gran depredador. La Reina había decidido visitar a aquellos que derrotó por alguna razón que desconocían. Agarró una de las antorchas que sostenían los guardias y se aproximó a los barrotes. Un enorme collar de eslabones de oro llameaba sobre sus pesados pechos, contrastando con la ligereza de los muchos brazaletes y sus pendientes de lágrimas, de pequeñas piedras brillantes enlazadas entre sí. Dasteo se fijó en que iba desarmada.

Al acercarse a la jaula, se llevó la mano a la boca, en un gesto que expresaba repugnancia. El hedor que desprendían los casi doscientos hombres encerrados, la acumulación de orines y excrementos, debían de ser, para alguien que llegaba del exterior, algo inimaginable. Empezó a gritar, enfurecida. Los guardias permanecían firmes, y el que parecía estar al mando, apretaba las mandíbulas, como si de aquel modo pudiera controlar su temblor. Calló. Los hombres grises, expectantes, permanecían amontonados cerca de los barrotes, como un rebaño. Ordenó que le abrieran la puerta.

—Si tuviera una daga para hundírsela en las entrañas —masculló para sí Dasteo.

—No hoy —contestó Montal, que lo había oído—. No podríais sostener ni el peso de vuestra armadura.

Tras un chirrido metálico, la puerta quedó abierta. Todos miraban sin saber muy bien qué esperaban.

La Reina penetró en las penumbras de la mazmorra, llevándose un pañuelo a la nariz. Avanzó unos pasos entre los cuerpos de los hombres grises, sin que pareciera preocuparla la posibilidad de que los condenados la atacaran. Solo se oía el tintinear de sus muchos abalorios. Bajó su pañuelo y lo guardó con cuidado en uno de los bolsillos de sus calzones. Miró a su alrededor, a los hombres. Las miradas de Dasteo y la Reina se cruzaron, y esta levantó un poco las cejas, como si lo hubiera reconocido. Se adelantó en aquella caverna y movió la antorcha, alargando el brazo, para poder ver mejor. Los condenados, unos de pie, los otros sentados sobre el suelo, se apartaban para dejarle sitio.

—No volveré a tener una oportunidad así.

—No, Dasteo, no.

Volvió sobre sus pasos, y antes de llegar a la puerta, señaló al muerto.

—¿Cuánto llevamos aquí? —preguntó Tzerso, uno de los hombre

de frontera, recostado en las penumbras junto a Dasteo y Montal, adormecidos por el quehacer lento de la prisión.

—Los gangrenados murieron hace bastante —respondió el alférez —. Y de los que empezaron a escupir sangre, algunos siguen con nosotros.

—Arriba, los vientos de otoño deben barrer las calles.

—Tzerso, ¿cómo puedes saber que ha llegado el otoño o ha pasado el invierno o si la primavera luce sobre los campos? —dijo Montal, en un tono triste.

La escasez de agua y comida, la permanente humedad, habían debilitado a los grises. Se movían poco y pasaban el tiempo tumbados, a la espera. Hasta hablar parecía cansarlos.

—En Vamurta, ¿quedarán de los nuestros? —preguntó Montal con un suspiro.

—No creo. Habrán llenado la ciudad con los suyos, repartiendo casas y bienes —contestó un sombrío Dasteo—. Los que quedaron, ¡tantos!, hoy son esclavos. Hombres, mujeres y niños.

El pasillo se iluminó con el fuego de las antorchas y se llenó del leve roce de las espadas envainadas. No hacía mucho les habían traído comida en grandes cuencos de madera, en una cantidad inusual, que habían devorado de cuclillas usando sus manos sucias.

—¿Y ahora qué querrán?

La interrogación de Tzerso no tardó en obtener respuesta. Treinta guardias se amontonaron frente a los barrotes, dispuestos. Abrieron la puerta con prudencia y el intérprete fue contando hasta diez hombres.

—Vais a ser trasladados —les anunció con su voz silbante—. Habrá comida, agua fresca. Luz de día.

Los diez hombres seleccionados se incorporaron, sorprendidos, mirándose los unos a los otros, preguntándose si su suerte iba a cambiar. En el pasillo los maniataron con cuerdas y les colocaron grilletes en los pies. Los hombres que permanecían encerrados se abalanzaron hacia la puerta, para ser los siguientes en salir. Dasteo agarró a Montal y Tzerso.

—Soldados, ¿quién os dice que no van a ser ejecutados? ¿Tenéis prisa por morir?

Ambos, tras vacilar, permanecieron en su sitio.

Grupo tras grupo, los murrianos fueron vaciando aquel agujero inmundo. Le tocó el turno a Dasteo, Montal y Tzerso y otros más, los últimos en salir de entre los que no estaban enfermos. Les ataron las manos y cerraron los grilletes sobre sus tobillos. Dasteo examinó la mazmorra por última vez, en la que los más débiles quedaban en la negrura. Se preguntó por su destino, aunque sabía que pocas esperanzas había para ellos.

—Suerte, valientes de Vamurta, suerte —oyeron, antes de salir.

—¿Qué vais a hacer con ellos? ¿Eh?

Los guardias respondieron con un gruñido, mirando al alférez como si fuera un perro que ha osado ladrar a su amo.

—¿Adónde los lleváis? —continuó, insistente.

De un golpe con el mango de su espada, un murriano le rompió una muela. Su boca se llenó de sangre amarga, y por un momento, perdió el equilibrio. No podía flaquear frente a los suyos. Intentó sobreponerse al mareo y a la flaqueza que dominaba su cuerpo. Los guardias le gritaron algo que no entendió y el grupo se puso en marcha. Llegaron al final del pasillo y empezaron a ascender, siguiendo unas escaleras resbaladizas que los llevaron al patio de armas de la ciudadela. Al salir, el sol los cegó de manera que los hombres se cubrían los ojos con las manos atadas, desorientados en su ceguera. Los azuzaron para que siguieran adelante, cruzando de punta a punta el patio, dirigiéndolos hacia la puerta principal de aquel baluarte.

Allí, en la superficie, era media mañana, el tiempo de los mercados y los recados, pero a quién iban a encontrar en las calles de Vamurta, Dasteo no lo sabía. Viendo limpios a los soldados enemigos, con sus corazas y armas bruñidas, se dio cuenta de hasta qué punto los cubría la inmundicia. Parecían unos apestados. Los reos estaban en los huesos, sus rostros eran calaveras a las que aún queda una chispa de vida, los ojos de piedra hundidos en sus cuencas… Los brazos de Dasteo habían perdido su grosor. Él, que era alto y el de mayor corpulencia entre los de la Falange Roja, parecía alguien que hubiera vuelto del fuego abrasador de las llanuras desérticas del sur, donde hasta el mar parecía arder en los días de viento seco.

Sintió un repentino deseo de permanecer oculto a los ojos de los suyos, se inquietó en la fila, miró a los lados como si buscara un lugar para esconderse, dándose cuenta de que los otros prisioneros también reaccionaban del mismo modo. Las primeras nubes de moscas se posaron sobre ellos.

Pasaron por debajo de las banderolas ocres, pintadas con los ideogramas negros murrianos. Alcanzaron la calle. A la salida de la ciudadela se les unió un pelotón de soldados para reforzar su vigilancia. Aquellos guardias, situados a ambos lados de la fila, además, iban armados de palos que emplearon para espolearlos.

—¿Nos aman los dioses? —preguntó Montal, muy inquieto desde que se dio cuenta que vería su ciudad.

Medio corrían por las calles, cubiertos con los jirones danzantes de sus andrajos y, sus nuevas y fieles compañeras, las moscas, empecinadas en las llagas y las encías descoloridas de los presos. Empezaban a cruzarse con gente, ¡hombres y mujeres grises! ¡Libres! Veían otros murrianos, también, vendedores, artesanos, pero había

muchos grises yendo arriba y abajo, sin que pareciera que fueran molestados.

—Onar es nuestro padre. Un padre no abandona a sus hijos. Recuérdalo —afirmó Dasteo.

Los de su raza, al verlos pasar, quedaban horrorizados. Hombres, mujeres, niños, dejaban sus quehaceres y los miraban con una expresión entre el asombro, la lástima y la más sincera consternación. Dasteo no quería que lo vieran, no así. Algunas mujeres, sin poder evitarlo, se tapaban la boca, impresionadas. Algunos niños los observaban abiertamente, pero fueron muchos los que bajaron la cabeza. Los hombres libres preferían mirar a otro lado.

A casi todos los presos los habían trasladado de noche y durante la madrugada. Eran ellos los primeros que cruzaban la ciudad cuando esta se encontraba abarrotada de gente.

Dasteo hundió el mentón en su pecho, dispuesto ya a no ver nada. Siguieron corriendo, según la intensidad de los gritos, llevándose algún golpe de recordatorio. Oían el fluir de la vida a su alrededor, las notas comunes de un día a día de un lugar como cualquier otro, su hogar, anhelándolo y a la vez repudiándolo en ese estado lastimoso en el que se encontraban.

Aquel era un trabajo fácil para los murrianos, quienes fueron altivos guerreros, avanzaban en formación, dóciles, sometidos por su propia vergüenza. Pronto llegaron a la Puerta Sur, que había quedado a salvo e intacta tras el asedio.

Fuera de Vamurta, los reos se tranquilizaron un poco. Vieron las primeras cuadrillas de esclavos, hombres grises tirando de las lanzas de los carros que transportaban piedra y arena hacia el interior de la urbe, mujeres con pañuelos llevando cestos con los frutos de los campos, albañiles levantando nuevos talleres y viviendas a los pies de las murallas, otros, pavimentando las que serían las calles de aquel nuevo barrio extramuros en el que se quería albergar a parte de los recién llegados.

Antiguos funcionarios, soldados, sacerdotes y señores de la nobleza del condado y sus afines, aquellos que no habían podido huir, deambulaban cubiertos con unas sencillas túnicas color tierra, vigilados de cerca por sus nuevos amos. Todos aquellos que habían presentado cualquier tipo de resistencia, habían sido subyugados.

Dasteo miró hacia el cielo, brillante aquella mañana, y supo, viendo las espigas altas y verdes, que no faltaba mucho para que los calores del verano tostaran los campos de cereales que cubrían la llanura hasta perderse en el horizonte.

—¡La luz! ¡Qué bonita es la luz del día! —exclamó Dasteo.

—Mirad, señor, ahí se ven las playas, y más allá nuestro mar —apuntó Tzerso, que no podía apartar su mirada de la claridad de

aquella larga orilla, que ascendía con suavidad hacia el interior, donde emergían pequeños cerros coronados por pinos agazapados, resistentes a los azotes de los vientos del norte.

Dasteo pensó en su compañero de armas, muerto durante el primer ataque de las Reinas. Él ya no podría volver a contemplar la placidez del mar, que rompía cansado sobre las arenas blancas.

—¿Por qué nuestra suerte habrá cambiado? ¿O es que nos llevan al patíbulo? —se preguntó Montal.

—Aquella Reina ordenó que nos sacaran de ahí, estoy seguro —contestó Tzerso.

—Nos mueven para trabajar, no para colgarnos —reflexionó en voz alta el alférez—. ¿Para qué, si no, nos han sacado de la ciudadela?

Dasteo recibió un bastonazo en el hombro para que guardara silencio. Su muela sangraba, así que siguió arrastrando los grilletes con la boca cerrada. A su alrededor, cientos de esclavos y murrianos circulaban como un todo jerarquizado con el fin de revitalizar aquella urbe que se había encogido durante la guerra. Los murrianos habían decidido convertir Vamurta en su gran puerta del este, desde la cual poder saltar a todos los rincones de las colonias, y más allá.

Cruzaron el Llarieta, pasando sobre el puente de Sira, sostenido por enormes pilares de piedra que se hundían en las aguas mansas del río, antes de dividirse en los muchos brazos del delta que morían en el mar, entre cañaverales y humedales.

Con el sol alto, se reunieron con el resto de los prisioneros, que descansaban bajo un bosquecillo de encinas. Los hombres se alegraron de reencontrarse y de que ninguno faltara. Fueron reorganizados en una gran columna, y parte de los guardias volvieron a la ciudad. Durante cuatro jornadas caminaron por la vía de Ustra, cuyo pavimento estaba siendo reforzado. Descalzos, sufrían cada día calambres, desmayos y el dolor de los pies llenos de ampollas, pero tras el largo encierro y tantas privaciones, aquella marcha les parecía a muchos un regalo de los dioses. Durante los descansos para las comidas, los guardianes permitían a los presos cerrar los ojos, y algunas noches, los campesinos libres de los territorios por los que pasaban, les traían fruta y legumbres cocidas, con el beneplácito silencioso de los murrianos.

Dasteo preguntaba a los de su raza, que se acercaban desde las aldeas. Las respuestas eran, una y otra vez, las mismas, susurradas mientras dejaban sus cuencos con comida. Los murrianos habían respetado posesiones y libertades, incluso el culto a Onar, a aquellos vecinos que no habían presentado resistencia y que, caída la capital, en el campo habían sido casi todos. Parecía como si lo único que hubiera cambiado era a quien pagaban sus tributos. Mientras, los labradores seguían con sus trabajos: sembrar, podar, segar…

Descansando bajo las estrellas en una de esas noches en la vía Ustra, Dasteo empezó a preguntarse qué podía hacer él por los suyos, cuando los restos de su ejército se encontraban en las colonias, al otro lado del mar. Su corazón se rebelaba contra aquella invasión y reclamaba lucha, al igual que el resto de supervivientes del Batallón Sagrado y otros, nacidos y educados en códigos de honor, en una concepción basada en la defensa de su mundo empuñando la espada.

Fue consciente de que, si lograba huir, no tendría muchos lugares en los que esconderse. Los suyos lo mantendrían oculto por un tiempo, pero luego qué, ¿a dónde ir? Dudaba sobre la extensión de las conquistas murrianas y, por primera vez, dudaba de sí mismo. Su cuerpo se había ablandado en las mazmorras y, aquella noche, le pareció improbable que pudiera resistir una fuga y sus interminables marchas en territorio hostil.

# 10
## El Consejo

El Alto Magistrado Matrol escuchaba las tesis de su colega en la entrada del Consejo de los Veintiuno, el lugar donde se decidía el rumbo de las ciudades y pueblos de las colonias. Matrol, vestido con una túnica de paño negro, ostentando el collar de diminutos peces de plata, propio de su cargo, se impacientaba ante la retahíla de quejas del magíster de asuntos fiscales, que se lamentaba acerca del escaso control que se ejercía sobre las partidas de lana.

Bajo las decenas de lámparas de aceite de aquel salón, Matrol miraba el mármol brillante, el círculo desde el cual los oradores se dirigían al resto de magísters. Rodeando el círculo de mármol verde, tres hileras de bancos trazaban un triángulo en el que tomaban asiento los diferentes miembros del Consejo para escuchar la defensa de nuevas propuestas, debatir nuevas leyes o decidir el aumento de las tasas.

—Es un asunto menor —cortó, irritado—. Hemos venido a debatir, con gran urgencia, el asunto del conde y los suyos. Un asunto mayor. Y ahora, dejadme solo. Tenemos todo el otoño para hablar sobre las lanas.

—¡Oh! —exclamó ruborizado el magíster fiscal—. Disculpadme.

El Alto Magistrado ocupó su lugar, paladeando el silencio que reinaba en la cámara, ahora que el resto de colegas aún no habían llegado. Sí, un asunto mayor. Debían decidir qué hacer con todos aquellos hombres armados que llegaban como refugiados. Ellos, que habían gobernado el mundo. Y, sobre todo, qué hacer con el conde, el último de su saga. A pesar de que las colonias se habían poblado con los desterrados, y los hijos de estos, junto a centenares de familias que habían ido llegando a la búsqueda de nuevas oportunidades, el ascendente de autoridad del conde sobre todos ellos podría transformarse en un peligroso desequilibrio en el sistema de poderes que sustentaba aquellas tierras. Una figura a la que recurrir en tiempos de crisis, o en una situación de grave peligro, de guerra.

Matrol recordaba al conde cuando este era un chiquillo, en el tiempo en que fue desterrado cuando él, siendo un barón, promovió una asamblea de notables para legislar junto a los condes. Un niño callado, cogido de la mano de su madre. Y ahora, una asamblea, la de las colonias, decidiría el destino de ese chico, un desconocido tras el paso de tantos inviernos. La madre muerta. Se rio para sus adentros. Había valido la pena esperar. Volvió a reír. Los parias juzgando al

gran conde. ¿Pero qué grandes culpas podían pesar sobre aquel niño que llegaba como hombre? Una de las leyes, que ellos mismos habían promulgado, rezaba que los hijos no heredarían las deudas de los padres. Pero no se le podía dejar ir así como así, a pesar de todo. Demasiado peligroso. Muchos ciudadanos de las colonias llevaban en su corazón la idea de un Señor de la Tierra. La vieja añoranza del ayer. Sería una sesión intensa. Muchos magísters iban a exigir la cabeza de Serlan De Enroc. Otros, su encarcelamiento. Llegó el odio, los recuerdos. La represión de Vamurta, la sentencia de destierro a medianoche, los soldados de la condesa despertando la casa, todos haciendo paquetes a la luz de las velas, los niños aterrorizados viendo el miedo en los rostros de sus padres. El frío al salir a la calle...

La mente del magistrado Matrol empezaba a dejar de divagar: «El conde no ha cometido ningún delito en las colonias ni sobre sus ciudadanos, ni en el presente ni en el pasado. Este es el criterio que debe prevalecer. El conde no ha requisado, no ha expulsado, no ha desterrado a nadie. El magíster militum Vertan no estará de acuerdo. Es joven, con ansias de reafirmarse. A su padre lo colgaron. Él y sus hermanos huyeron como polizones. Querrá ahorcar al conde o lanzarlo al charco negro, dejarlo morir como a un animal, devorado por los espricón. Vertan, Vertan, codicioso. Disfrutaría viendo aquellos grandes peces negros arrancando la carne del conde».

Los magistrados iban llegando, ocupando cada uno su lugar en el Salón de los Veintiuno, hablando como gallinas excitadas. Se acercaba un momento dulce, como lo eran todas las victorias. Por fin podrían ajustar cuentas con aquellos que creían ser los padres de la patria. Ahora ellos tenían la razón, la fuerza.

Cuando la asamblea estuvo reunida, el Alto Magistrado se incorporó, haciendo una señal con los tres dedos juntos, pidiendo silencio. Apareció el mayordomo del Consejo y repartió las copas de vino ritual. Cuando todos la tuvieron entre sus manos, repitieron en voz alta el juramento del Consejo y bebieron.

—Hemos venido hoy —arrancó Matrol, sin haberse sentado—, para tomar una grave decisión. Como todos sabéis, mañana o pasado, llegaran los supervivientes de la Guerra de los Cerros de Vamurta. Creemos que serán doscientas o trescientas lanzas y que el conde, Serlan De Enroc, viaja en alguna de las naves. Estamos aquí, pues, para debatir qué medidas debemos tomar. Ese pequeño ejército y el conde constituyen una amenaza, como también lo son los centenares de hombres, mujeres y niños que han llegado hasta nuestras costas durante las últimas lunas. Una auténtica catástrofe para nuestra comunidad.

El magistrado de la ciudad de Nidonia, cercano al magíster Vertan, se puso de pie, pidiendo la palabra. El Alto Magistrado se la

concedió.

El hombre se dirigió al centro del círculo de mármol.

—Prosperidad, magísters —saludó a la Asamblea—. Son también para los habitantes de Nidonia unas sanguijuelas todos estos refugiados que pululan por nuestras tierras, que a centenares han llegado a las puertas de la ciudad que aquí represento, llorando y pidiendo pan y techo. Y ahora llegan sus soldados, aquellos que pronto pisaran nuestras tierras y comerán de nuestra mesa. Aquellos que se consideran como los mejores guerreros, y yo digo, si lo son, ¿cómo explicar su derrota frente a aquellos murrianos delgaduchos, como explicar su huída?

El Consejo explotó en una gran risotada. Derecó, magistrado de Nidonia, alzó ambas manos pidiendo silencio a la sala, satisfecho.

—Nuestra milicia quizá no esté tan bien armada ni cuenta con la gloria de los hombres de Vamurta, pero somos muchos más... Creo, creo que el problema grave son los refugiados, están desesperados, hambrientos. Y la sombría figura del conde, que será fuego de esperanza para todos ellos. Quisiera que pensarais sobre esto: ¿qué no podría hacer este hombre con más de cinco o seis mil adeptos con el estómago vacío? ¿Instaurar aquí su condado, ahora que ha perdido el suyo?

—¡Tiene razón! —exclamaron muchos—. ¡Debemos encerrarlo! ¡Debemos colgarlo! ¡A colgarlo! —gritaron otros. Se produjo un gran barullo de voces y gestos airados, muchos magísters se habían alzado, otros hacían retumbar el suelo con sus pies. En medio de aquel jaleo, el militum, Vertan, saltó a la palestra sin pedir turno, mostrando las palmas de sus manos. Había llegado su momento. La sala era una revuelta.

—¡Atended! ¡Paz, hermanos! —clamó, haciendo que los magistrados tomaran asiento—. ¿Qué miedo pueden hacernos un puñado de soldados derrotados? Nuestra milicia suma más de cinco mil hombres, y otros muchos que pueden empuñar las armas en poco tiempo. Aquí, en nuestra capital, tenemos ochocientos y a menos de un día de marcha hay mil más... ¿Qué problema son esos cuatro que llegan? Dejad que hable. Sí, el magíster de Nidonia, un hombre con mesura, tiene razón. Debemos atar en corto a este condezuelo que nos llega en tiempos revueltos, este hijo de madre cruel y padre sediento de sangre de los suyos, ¡el cobarde! ¿Qué explican los refugiados? ¿Dónde se escondía el conde cuando sus vasallos más lo necesitaban? Detrás de los muros de su ciudadela, ahí donde no lo podían herir, ¡cuidado con ese brujo de palacio llamado Ermengol también! ¡Cuidado con los nobles que han llegado! ¿Dónde estaba el conde cuando sus guerreros morían a cientos a los pies de las murallas? Durmiendo, a salvo... No es este el hombre que merezca mis respetos.

Aun así, muchos de los recién llegados, por ignorancia o por costumbre, lo seguirán. Es esta nuestra amenaza, que nuestra tierra no ha de sufrir, no tras tanto esfuerzo y tanta sangre que nuestros padres han derramado, así que lo diré: ¡encarcelemos a todos los soldados!, ¡lancemos a este Serlan De Enroc a los espricón y que los peces negros cumplan con el ritual reservado a los asesinos y traidores!

Gran parte del Consejo golpeó el suelo con los pies haciendo retronar la sala. El magistrado de asuntos militares se sintió animado, poderoso, la sangre corría caliente por su cuello.

—¡A los espricón! —añadió entre el griterío general.

En aquel momento, Matrol se levantó de su asiento de madera negra, mirando uno a uno a sus colegas con sus ojos verdes caídos, rodeados de profundas arrugas que crecían desde la frente hasta el cráneo. Esperó a que los magistrados callaran y a que Vertan abandonara el centro de la sala que había ocupado sin su permiso. Se dirigió hacia allí con pasos cansados, propios de un hombre como él, tan antiguo como las mismas colonias.

—Magísters, tengamos paz y tregua. He oído muchas palabras de odio y venganza, hijas de unos corazones donde aún reina el miedo. ¿Qué es lo que teméis? ¿No os dais cuenta de que la llegada de estos a los que vosotros, jóvenes ardientes, queréis encerrar, es el mensaje que los dioses nos envían como prueba de nuestra victoria, de nuestra razón? —El respeto por el Alto Magistrado, su voz pausada, habían apaciguado el ardor de la sala, excepto el de Vertan, que lo miraba como se mira a un intruso—. Magísters, quizá porque he visto morir tantas primaveras os puedo decir que observo este mundo nuestro como un halcón desde el acantilado. Y esta noche, en la que se pide dar muerte a alguien que ni tan siquiera sabemos qué rostro tiene, dejad que os pregunte: ¿cuál es el terrible crimen que ha cometido? ¿Ha ultrajado a vuestras hijas? ¿Os ha vaciado el granero? ¿Ha robado vuestras ovejas? Este consejo supone, y suponer no es suficiente para condenar a un hombre.

Cuando sus palabras seguían resonado en las cabezas de los magistrados añadió:

—Habláis de utilizar la milicia, habláis de encadenar a inocentes por el único hecho de amenazar nuestra seguridad. Yo no creo que se deba derramar una sola gota de sangre. Habría lucha y si fuera así muchos conseguirían embarcar de nuevo y entonces estos toros no tendrían salida y, sí, serían peligrosos. Dejémosles pasar, que pisen si quieren nuestros sembrados y después, cuando estén cansados y dispersados, llevémoslos al establo.

****

Una niebla ligera cubría el mar, que estaba movido, muy vivo tras la tempestad. El viento se había calmado con la salida del sol y la última escuadra de Vamurta oscilaba sobre largas olas grises. Los marineros cantaban mientras trabajaban subidos a los palos, desplegando todo el trapo a fin de aprovechar las migajas del aire. Sobre la cubierta, la infantería y los ballesteros se cubrían con sus armaduras y sus cotas. Algunos bruñían sus armas y escudos. Habían recibido órdenes, transmitidas de nave en nave por banderas, de estar preparados para un desfile marcial, «o lo que pueda ser», habían añadido muchos. Los oficiales, el conde y el capitán de la nave se encontraban en el alcázar de popa supervisando los trabajos de aquella mañana, con el estómago caliente tras haber desayunado. La gran actividad ayudaba a relajar los nervios del momento del desembarco. Lentamente, el viento volvía a tomar fuerza, rasgando la bruma marina como si fuera una vieja telaraña.

—¡Tierra! —gritó el vigía. Todos agudizaron la vista.

—La Isla de la Lechuza, supongo, y aquello, a la derecha, es la Punta del Castillo —dijo el capitán Dornous mientras desenvolvía un largo catalejo protegido por una capa de cuero. Miró a través de la lente—. Sí. La Isla de la Lechuza, a una milla y media por estribor. Ya estamos llegando.

Pasaron cerca de la isla, en la que sobresalía una esbelta torre de vigía blanca, situada en un cerro abrupto cortado por un acantilado. Vieron cómo en la torre encendían una hoguera de la que emergió una espesa columna de humo. Su llegada a Nueva Vamurta no sería ninguna sorpresa. La Isla de la Lechuza, a unas tres millas del puerto de la capital, constituía el primer dique de defensa y sus ojos y oídos mar adentro.

Pronto superaron la costa irregular de la isla, en la que se alternaban pequeñas calas de arena blanca con suaves elevaciones de un verde intenso sobre las que crecían árboles imponentes de hoja oscura. Aquí y allá los hombres vieron casas bajas de pescadores, de paredes encaladas que resaltaban sobre el gris del mar y los colores de los prados.

El oleaje iba adquiriendo tonos azulados, claros, a medida que se aproximaban a la costa. Aparecieron las primeras velas sobre el mar. Más tarde, frente a ellos, una franja difusa de tierra, entre pequeños bancos de niebla blanda que la brisa de la mañana aún no había barrido. La línea de la costa se ensanchaba y definía, pasando de un gris compacto a ser una cenefa de manchas opacas, que fueron transformándose en vetas de colores vivos.

Avanzada la mañana distinguieron la silueta oscura de una gran cadena montañosa sobre los dientes de las murallas de Nueva

Vamurta. En las aguas del puerto flotaban los cascos de muchas naves atracadas, los palos brillantes a derecha e izquierda, entre los que reconocieron los blasones de las que partieron desde el condado. Sobre el muelle los esperaban las gentes de las colonias. Muchos eran los que querían ver arribar a los últimos de Vamurta.

—No intentarán apresarnos —afirmó el capitán Álvaro, tranquilizado al ver ese gentío que los recibía—. Habrían dispersado a toda esa multitud.

El conde fue a buscar a Sara, pensando cuál había de ser su actitud al desembarcar. «Debo mostrarme agradecido, como un huésped que merece ser bien tratado. Agradecido, y a la vez mostrar quien soy, el conde de Vamurta», se dijo.

Habían acordado que los altos oficiales no se separarían del conde. Los soldados cruzarían la ciudad y esperarían órdenes fuera de los muros, tras los cuales podrían montar un campamento que los mantendría agrupados y a la vez sería punto de encuentro con sus familias, que habían sido evacuadas previamente.

La encontró en la cabina. Sara se había puesto el mismo vestido con el que había embarcado. Había cosido los jirones y lo había lavado. Su pelo liso, de un castaño encendido, había sido peinado. El conde sintió un remoto orgullo al verla.

—Ya hemos llegado, Sara. Recuerda lo que te dije. No me pierdas de vista, vaya donde vaya. Hoy será un día muy largo y tendré los ojos y los oídos en muchos sitios a la vez.

En ese momento, Sara sintió un estremecimiento. Recordaba muy bien las últimas palabras de su madre y aquella advertencia le pareció un mal presagio. A Serlan, ese miedo súbito no le pasó inadvertido, pero no hizo ningún comentario.

—Esta será nuestra casa, y sus habitantes nos recibirán como los hermanos que somos. Ya lo verás, seguro que es así —afirmó para sosegarla mientras salían de su camarote.

—Señor, hay muchos infantes armados al pie del muelle —informó el capitán de la nave—. Avanzan haciéndose un sitio entre la gente. Quizás deberíamos dar media vuelta... Probar más al sur —sugirió el capitán Dornous, que por primera vez en toda la ruta parecía nervioso.

Efectivamente, se podían identificar dos largas filas de soldados armados con lanzas y espada corta, delante de grupos de arqueros que les cubrían las espaldas, formando delante del gentío que se apelotonaba en el puerto. Serlan meditó unos instantes. Sabía que debía tomar una decisión de inmediato, a la vez que sus oficiales lo iban rodeando en silencio.

—Desembarcamos, capitán. Si no lo hacemos hoy, jamás podremos hacerlo como invitados. No nos tocarán, os lo aseguro —

afirmó el conde, a la vez que se ajustaba el pectoral de su coraza.

Las seis naves maniobraron y crujieron al ser frenadas y ligadas a los pilones de los amarres. Los marineros lanzaron los puentes de madera por donde comenzó a descender la infantería. Siguiendo órdenes, formaron en el puerto a la espera de que los oficiales desocuparan los navíos.

La milicia de las colonias les dejó espacio, primero, para rodearlos acto seguido. La gente miraba a los hombres de Vamurta con curiosidad y admiración, murmurando sobre lo que podría suceder. Muchos eran los que se iban apartando de los soldados, y aquel acto, que muchos creían festivo, iba cargándose de tensión. Finalmente, el conde y su plana mayor bajaron a tierra y se unieron a la tropa.

Los soldados condales y los milicianos se vigilaban, observándose con desconfianza. Los primeros conscientes de su inferioridad numérica, los segundos sabiendo que estaban frente a hombres mejor armados. Serlan, seguido por su pequeña comitiva, se situó frente a sus unidades con la intención de capitanear una especie de desfile o de huída por las calles de aquella ciudad, a fin de acampar lejos de sus muros antes de que llegara la noche. Se les sumaron oficiales procedentes de las otras naves. Entre el gentío apareció el médico Ermengol, junto a dos cirujanos más, que tras saludar efusivamente al conde se hicieron cargo de los heridos, que seguían en los barcos. Antes de iniciar la marcha, un capitán de la milicia se dirigió al conde.

—¿Sois vos el oficial de mayor rango? —preguntó en un tono muy seco.

—Sí, soy yo —contestó el conde, frenando su irritación por el hecho que aquel hombre se dirigiera a su persona sin citar su título.

Se hizo un silencio incómodo. El oficial dudó antes de continuar.

—Según disposiciones de la Asamblea de las colonias, todos los soldados han de dejar las armas para poder circular con libertad por estas tierras.

—Antes de daros las armas —contestó, impávido, Serlan—, debería cortaros el cuello como a una oveja, a vos y a todos los amigos que os acompañan. Entonces ya no nos harían ninguna falta, y podríamos pasear, por estas tierras, sin preocuparnos de nada.

La respuesta dejó helado a aquel oficial corpulento que, por unos momentos, no supo si el conde fanfarroneaba o no.

—Pero si lo preferís —agregó el conde—, os podemos entregar nuestras lanzas, arcos y escudos que nos serán devueltos mañana mismo en el campamento que vamos a levantar en alguno de los arrabales de la ciudad. Las espadas y las dagas, si las queréis, las deberéis tomar vos mismo.

Los recelos iniciales eran ahora una tensión asfixiante. Los dos bandos se observaban, atentos, a punto de desenvainar. Todos habían

oído la conversación. Algunos de los ballesteros habían deslizado sus manos hasta encontrar una saeta, lista para ser cargada.

—Como creo que vos no tenéis autoridad alguna, podéis correr hasta vuestro Consejo para preguntar qué se debe hacer.

La provocación, el ataque al amor propio herido del oficial, causó un efecto inmediato, pues este en seguida contestó que podían entrar en la ciudad si él custodiaba las armas, excepto espadas y cuchillos.

Las columnas de los milicianos se retiraron. El gentío volvía a acercarse a los recién llegados, asediándolos con todo tipo de preguntas. Unos les preguntaban sobre la guerra, otros sobre la legendaria ferocidad de los murrianos, otros se limitaba a admirar las armaduras repujadas por los hábiles herreros del condado. Tras tanta incertidumbre y rumores, aquellas gentes estaban ávidas de respuestas. Los guerreros de Vamurta, con un nudo en la garganta, buscaban desesperados a los suyos entre la multitud. Se oyó un chillido. Sobre las decenas de cabezas apretadas que rodeaban a los soldados, apareció una mujer alzando a un chiquillo de pelos desordenados y llevando a otro, de pocos meses, atado a la espalda.

—¡Artal! ¡Artal! —gritaba, llorando. Uno de los soldados rompió la formación y se abrió paso hasta la mujer, con el rostro inflamado de emoción. Se abrazaron los cuatro con fuerza, se besaron las mejillas, las manos, el más pequeño despertó de su sopor, llorando, el hombre lo tomó de su madre y lo levantó hacia el cielo azul, admirándolo, y luego lo apretó contra su pecho, cerrando los ojos y acunándolo.

A este reencuentro siguieron otros. Muchas de las últimas familias que habían huido tras oír la señal de evacuación, esperaron en vano cerca del muelle de Vamurta, y ahora buscaban a sus hombres y mujeres, padres y madres. Desde entonces no habían sabido nada. Los nervios de todos esos días eran ahora alegría poco disimulada, a pesar de que los oficiales intentaban, de malas maneras, que sus hombres volvieran a la formación.

Cuando resultaba evidente que los que esperaban en las colonias ya se habían reunido con sus familias, algunos soldados del ejército condal desfallecieron, sabiendo que muy probablemente los suyos no habían podido escapar de los murrianos. Una teniente recorría de punta a punta los muelles, vagando entre los cordajes de los barcos y las cajas esparcidas aquí y allá, fijándose en cada hombre con niños que encontraba. Incapaz de reconocer la evidencia, seguía moviéndose cerca de los barcos, con una expresión de infinita desolación en su rostro curtido.

La multitud había conseguido fragmentar el grupo. Serlan, viendo la situación, entendió que no conseguirían reagruparse y juzgó más apropiado dejar a los hombres seguir a su libre albedrío. Ordenó a la tropa estar frente a la puerta norte de Nueva Vamurta al anochecer.

Fue entonces cuando se iniciaron las tareas de descarga de las naves condales, incluidos algunos cofres sellados procedentes del Tesoro Condal que los mayordomos de palacio habían logrado evacuar.

En fila de a dos, primero, y al cabo de un rato, en grupos disgregados, los últimos de la vieja Vamurta se encaminaron hacia la avenida polvorienta y maloliente del puerto. Pronto, el grupo de oficiales y el conde quedaron descolgados, avanzando entre el gentío, sorteando los primeros tenderos de la ciudad. A su alrededor, veían una urbe a medio hacer, en la que se levantaban magníficos palacios de los prohombres de aquellas tierras, de tres y cuatro plantas de piedra bien cincelada, al lado de casas muy sencillas de adobe en las que se aglomeraban ocho o nueve miembros de una familia bajo un mismo techo.

Descubrieron que muchas calles no habían sido pavimentadas, lo que provocaba grandes molestias, sobre todo en los días de viento, en los que los ciudadanos de Nueva Vamurta se movían por la ciudad entre nubes de polvo arremolinadas que irritaban gargantas y ojos, y que dejaban una pátina de barro en las mercaderías expuestas en las paradas de los mercados, convirtiendo sus relucientes manzanas y berenjenas en comida para animales. En Nueva Vamurta tampoco se había excavado ningún alcantarillado. Una pesadez en el aire se esparcía entre las plazas y los callejones de aquella localidad, y solo las casas de los ricos disponían de fosas sépticas. En los cortos veranos, los poderosos y sus familias huían al campo, a respirar el aire limpio de sus villas.

En general, la impresión era que pobres, menestrales y ricos se amontonaban sin orden en el espacio cerrado de las murallas, y a Serlan le sorprendió encontrar talleres colindantes de diferentes oficios, en lugar de estar alineados por calles, tal como ocurría en su condado. La atención del conde se dirigió hacia la arquitectura de los palacios, en los que era común la planta circular rematada por una cúpula abierta, que dejaba que los haces tórridos del sol calentaran los patios interiores de donde, a veces, surgía la dulce calma que proporciona una pequeña fuente de agua. Eran edificios en los que se mezclaba el arco de medio punto de su tierra con los arcos de herradura, los ventanales pintados de un verde pálido con otros esculpidos en piedra blanca. Los palacios eran edificaciones espaciosas que contrastaban con la mayoría de las casas, estrechas, mal ventiladas, en las que se podían propagar con rapidez las epidemias.

Resultaba evidente que el perímetro amurallado de la ciudad comenzaba a estrangular su crecimiento. La llegada de los refugiados de Vamurta agravaba el problema del espacio. Era cierto que lejos de las ciudades se abrían grandes extensiones por ocupar aún, pero estos eran territorios sin ley ni orden.

Fuera de la muralla crecían nuevos barrios, los rabales de Nueva Vamurta, lugar al que iban a asentarse los recién llegados y aquellos que no podían pagar los alquileres de intramuros. Las apretadas vías de la ciudad seguían un planeamiento incierto, en el que se habían trazado muy pocas avenidas que facilitaran los movimientos de un gran ejército, en caso de invasión. Predominaba la línea cortada, el ángulo cerrado, una trama enmarañada de callejones entre los que, como un oasis inesperado, surgían algunas plazas ovaladas en las que se reunían unos pocos tenderos, y donde los juglares, venidos desde todos los rincones de las colonias, transmitían las nuevas de otras poblaciones, muchas veces cantadas. En muchas de esas plazas apretadas se habían levantado los edificios del gobierno, La Asamblea de las colonias, El Consejo de los Veintiuno, la Casa de las Milicias...

Aquella, como muchas otras, era una urbe que olía a madera húmeda y polvo, a meados, a adobe, una humilde capital de muchos colores, también. Sobre la cabeza del conde flotaban tiras de tela tintada de los tenderetes, banderolas ondeando en las azoteas, fachadas pintadas de azul cielo, de blanco, ventanas barnizadas con tonos rojizos, viejos geranios abiertos en los balcones, ciruelos, castaños de tronco ancho en el centro de las escasas explanadas. En el pórtico de un pequeño templo dedicado a Onar, observó un bajorrelieve de madera que representaba las diferentes escenas de la vida del dios y de sus hijos, pintados con esmaltes vívidos, que el paso de las estaciones comenzaba a devorar.

El rugir de aquellas calles causó en el conde una fuerte impresión, en contraste con la pesadez de los tonos grises y blancos de Vamurta. Siempre creyó que las colonias no eran más que un pueblo grande. Si algún día reconquistaba Vamurta, la haría pintar con colores alegres.

## 11
## El Águila Negra

Los soldados grises que paseaban delante y detrás del grupo de oficiales estaban contentos, excitados. Tras meses de guerra, de privaciones y gritos, Nueva Vamurta les pareció caótica y a la vez sensual, un lugar en el que todo podía encontrarse y suceder.

Los burdeles de la ciudad causaron las primeras bromas y silbidos entre la tropa. Aquellas mujeres que los miraban desde los ventanales parecían ufanas, rebosantes, en contraste con la destrucción que habían dejado atrás. El recuerdo de las miradas asustadas de los suyos quedaba, por unos momentos, en el pasado. Tras los tiempos de guerra y el tedio de las jornadas a bordo de las naves, a todos se les despertó el apetito, el instinto de vivir, y fueron muchos los que olvidaron que aún estaban en peligro, que su destino era incierto.

Las mujeres encuadradas en el ejército condal devoraban la ciudad con los ojos, reían entre ellas cuando veían algún hombre bien ataviado. Repasaban los tenderetes de telas, las paradas de frutas golosas y sobre todo, las tiendas de especias y perfumes, como las miraría alguien que acabara de llegar de algún punto solitario y remoto.

Habiendo penetrado en aquel laberinto urbano, los diversos grupos de soldados fueron dispersándose más, algunos por las cantinas donde la comida caliente y la bebida constituían una primera necesidad. Serlan y sus oficiales siguieron el mismo camino, seguidos a distancia por un grupo de milicianos. Sobre la puerta de una gran taberna, en una plaza que llamaban la de los Colgados, leyeron en un cartel de madera carcomida: El Águila Negra.

Al cruzar las pesadas puertas del mesón la luz del día despareció a sus espaldas. Pronto se dieron cuenta de que bajo el techo de la taberna encontrarían vino y todo aquello que pudieran pagar. Los clientes bebían alrededor de grandes mesas alargadas y otras más apartadas, pequeñas, de madera ennegrecida y grasienta. En medio de las mesas, un espacio oval servía de escenario y de pasillo para los sirvientes. Decenas de velas gastadas sobre candelabros colgados del techo, daban luz, creando una ambiente sugerente, tenue, en el que flotaba también el olor a comida y a tabaco.

En El Águila Negra los hombres de Vamurta pudieron observar de cerca las otras razas de aquel continente convulso, hombres rojos, vesclanos y sufones. En una de las mesas cercanas, tres rojos desgarraban la carne de cordero que les habían servido. Más allá se

sentaban una pareja de mercaderes vesclanos echando cuentas en una tablilla de madera. Y en uno de los rincones de la taberna, tres sufones, cubiertos con capas, bebían con discreción usando sus pequeñas trompas, ajenos al bullicio. Un ajetreo en que los efluvios del alcohol se mezclaban con el aroma intenso de las pimientas de los asados y de la cera caliente de las lumbres, los perfumes dulzones de las mujeres con el agrio olor del sudor de muchos hombres.

Serlan se fijó, un tanto sorprendido, que la mayoría de los comensales iban armados, como ellos, con espadas y dagas colgadas del cinturón o medio escondidas bajo las capas. Los sirvientes recorrían las mesas, ligeros, llevando vasijas o escuchando las comandas de la clientela, muchas veces zafias.

—Quizás no sea el mejor lugar para vos... Y para la joven —indicó el capitán Ascam, al cerciorarse del ambiente oscuro de aquel lugar.

Serlan esbozó una sonrisa, mirando divertido a su alrededor. Evidentemente habían llamado la atención, equipados como iban para hacer la guerra. Pero el conde se sentía seguro en aquel lugar, más seguro al menos que a campo abierto frente a los murrianos.

—No, no es el lugar más apropiado —contestó, lacónico—. Nos quedamos.

Poco tiempo después de tomar asiento, tres hombres ocuparon unas mesitas en el otro extremo de la sala. Silenciosos, parecían absortos en ellos mismos, pero el capitán Álvaro creyó que aquellos recién llegados cubiertos con capas humildes parecían de la milicia o agentes de la magistratura. Su absoluta falta de interés por lo que sucedía a su alrededor los delataba y así lo comunicó el capitán al resto de los oficiales.

—No querrán que nos perdamos —añadió Serlan—. Sería poco hospitalario por su parte.

Los oficiales y el conde empezaron a tratar sobre su situación, anárquica e imprevisible. Sabían que los restos de su ejército se habían desperdigado por la ciudad y que al anochecer todos se encontrarían, pero desconocían qué medidas iban a tomar los magistrados de las colonias. Por el momento, su recibimiento había sido más cordial y pacífico que lo previsto por los más pesimistas.

La discusión se vio alterada por la llegada de una camarera sonriente que lucía un escote redondo, bordado con flores, que dejaba al descubierto una piel morena, quemada por el sol de quien ha trabajado en el campo. Pidieron comida y vino para casi todos. Sara miraba aquellos adultos que, una vez arrancados de su mundo, se mostraban un tanto desconcertados. Hablaban y hablaban cada vez más alto, quizás para alejar sus temores.

Mientras comían, a pesar de la presencia de Sara y de dos

capitanas, se acercaron un par de prostitutas insinuando sus servicios a aquellos que parecían ricos soldados de Vamurta. Los hombres, aturdidos por el vino, las miraban esforzándose por disimular su curiosidad. La presencia del conde les impidió contestar al juego de aquellas mujeres, que, al poco, decidieron acercarse a aquellos enormes hombres rojos que las estudiaban sin ningún rubor. El conde se sintió turbado por las propuestas de aquellas mujeres y se olvidó, por unos instantes, de los asuntos de su gobierno.

Pronto, el interés que le despertaban el resto de comensales de El Águila Negra le hicieron olvidar las mujeres. Se fijó, mientras un músico se paseaba entre las mesas haciendo sonar un viejo laúd, en las barbas espesas de los tres hombres rojos que charlaban con aquellas mujeres sin dejar de devorar una fuente de carne con verduras. Su pigmentación era, en verdad, ligeramente ocre y su corpulencia, que se vislumbraba por el grueso de sus enormes cuellos, era indudable. Observó también que aquellos hombres gustaban de acicalarse con todo tipo de adornos. De sus cuellos colgaban tiras de cuero tintadas, enredadas entre sí, y aunque a primera vista parecían gente ruda, a su manera eran hombres presumidos. Porque además de los colgantes, sus largas cabelleras eran recogidas por atrás con trenzas más o menos complicadas y de los antebrazos y del pecho emergían, enroscadas como un mar de hiedras, pinturas hechas sobre su piel anaranjada.

En el lado opuesto del local, alrededor de una gran mesa, tomaron asiento un grupo de vesclanos. Se comunicaban haciendo uso de su extraña lengua hecha de frases abruptas, guturales, que se montaban unas sobre otras, sin fin. Parecían los integrantes de alguna caravana llegada a Nueva Vamurta para vender sus cargamentos y traer de vuelta tintes, especias, especialmente pimienta y la lana, tan escasa en el interior. Los rostros de aquellos, alargados, de barbilla muy pronunciada, quedaban entre las penumbras. Aun así el conde pudo distinguir las orejas puntiagudas que flanqueaban una especie de cresta cartilaginosa, más oscura que el resto de su piel amarillenta. Sobresalían sus ojos, cortados en vertical, casi enganchados en los extremos de sus rostros, unos ojos que colgaban como dos enormes bolsas oscuras. Los labios recordaban, muy rojos y gruesos, en forma de piñón, a los de los humanos. El cuello, muy largo, y la cola, más bien corta y fuerte, escondida bajo las capas, daban a aquellas sofisticadas criaturas un aire de reptil avanzado. Los caravaneros vesclanos parecían disfrutar de las notas del laúd y, en cambio, prestaban una nula atención a los hombres que estaban sentados a su alrededor.

La raza más extraña era, sin lugar a dudas, la de los sufones, quizás los seres más poderosos de las nuevas tierras. Mientras los hombres rojos eran una peculiar familia de los grises, como de algún

modo también lo eran los murrianos, los sufones parecían caídos de alguna de las estrellas que iluminan la noche. No se parecían a nada ni a nadie. Ni siquiera tenían piel, excepto la del cráneo. Su cuerpo estaba recubierto por una dura cáscara semiporosa que recubría buena parte de sus órganos como una coraza. Ese era su esqueleto, su defensa. Un tipo de hueso que en las espaldas, codos y rodillas sobresalía, puntiagudo y cortante.

El rasgo que más llamaba la atención, a pesar del esqueleto, era las cabezas blancas de aquella raza, unos cráneos más bien ovalados donde el hueso se escondía bajo la piel, de la que colgaban unas trompas cortas y blandas, sobre las que se encontraban unos ojos pequeños, hundidos, generalmente oscuros. Debajo de unos occipitales estrechos y redondeados, pendían unas orejas pequeñas, en forma de concha. Aquellos sufones, todo lo que fuera sufón, imponía respeto, casi miedo, y en El Águila Negra nadie se les acercaba, a pesar que al aproximarse el momento de comer, la taberna se llenaba de ciudadanos hambrientos.

La alegría y las exclamaciones de aprobación con que los oficiales recibieron la bebida y la comida distrajeron al conde en sus observaciones. Ascam y el resto de capitanes de segunda, que apenas habían comido caliente durante la travesía, se lanzaron, guardando poco las formas, sobre los platos que les habían servido. Mientras comían con avidez se volvió a especular sobre la reacción de los poderosos de las colonias, pero el bullicio era tan intenso que la discusión se fue perdiendo entre los gritos, el ruido de sillas y mesas.

Por el pasillo que conducía hasta las cabinas de fumadores de opio, entraban y salían hombres y mujeres, a veces a empellones, otras perdiendo el equilibrio, confundiéndose con los clientes de las prostitutas que iban y venían por todo el local. De entre estos, uno se acercó a la mesa de los hombres grises. Parecía un sacerdote del templo de Onar, pero había perdido la vara de bronce que los distinguía. Era un hombre mayor, delgado y harapiento, de mirada furiosa, que se plantó frente al conde, con gesto desafiante. Antes que nadie pudiera reaccionar, el antiguo sacerdote les dirigió la palabra.

—Vosotros, hombres de Vamurta, que habéis traído la desgracia a los que aman a Onar, a los dioses... —balbuceó, hinchado como estaba de alcohol—. Vosotros, ¡que creíais saberlo todo! ¡La gran casa de Onar profanada por murrianos! Vosotros… ¡Arrogantes!

El hombre cayó de bruces, incapaz de mantenerse derecho. El conde lo miró extrañado, como si de algún modo reconociera la verdad en las palabras de aquel clérigo.

De pronto, los ruidos en El Águila Negra dieron paso a un cierto silencio. En el centro de la sala habían tomado asiento dos músicos. Uno llevaba una guitarra de mástil largo y el otro un laúd viejo y

estrecho. Esperaron unos instantes antes de empezar a tocar, aumentado la expectación entre la clientela. Desde detrás de unas viejas cortinas alguien hizo una señal. Comenzaron a tocar una melodía de fiesta, de las que se tocan durante la siega, de ritmo alegre y repetitivo.

Dos bailarinas tapadas con mantos de paño granate habían aparecido sobre el escenario, casi a nivel de suelo, bailando lentamente, como si estuvieran cansadas. Poco a poco el menear de las caderas fue aumentando, caldeando la sala, que ya solo tenía ojos para ellas. Con una sacudida de sus caderas, las dos capas cayeron al suelo a la vez, dejando a la vista su piel gris, sus magníficos estómagos ondulantes, redondos, impregnados en aceites, firmes como el barro cuando ya es cerámico, mientras los músicos rasgaban y rasgaban las cuerdas con más y más brío.

Los hombres estaban embelesados contemplando cómo aquellos cuerpos vibraban, girando sobre sí mismos al tiempo que las cuerdas de los instrumentos bajaban, subían, mantenían y volvían a bajar aquel frenesí; las mujeres sonreían, los clientes golpeaban el suelo con los pies haciendo un jaleo de mil demonios, las barrigas entraban y salían, sudando, los mantos caían al suelo uno tras otro, y la taberna alcanzaba su cenit, retumbante y ruidoso.

Se pararon de golpe. Los músicos dejaron de tocar mirando, estupefactos, por encima de la cabeza del conde.

—Serlan De Enroc, antiguo conde de Vamurta, vuestra presencia es solicitada por la Asamblea de las colonias en este mismo requerimiento.

Cuando Serlan giró la cabeza, vio a un magistrado que lo vigilaba en actitud marcial. Unos pasos atrás esperaba todo un escuadrón de la milicia. El conde los fue contando.

—Fuera hay más —añadió el magistrado, leyendo sus pensamientos.

Sara cogió la mano del conde, asustada. Este le respondió con un gesto de tranquilidad.

—Capitán Álvaro, tomad cuidado de ella —dijo, para desaparecer acto seguido, escoltado por la milicia de Vamurta.

****

Aquella parecía la celda de un monje. Por la ventana alta cerrada con barrotes en cruz, entraba la luz difusa que antecede al ocaso, una luz que suavizaba las superficies, la dureza de la cama, la mesa de madera sin pulir del rincón, el par de libros encuadernados con cuero que no había abierto. Desde que lo habían encerrado, el conde no

podía dejar de pensar, inquieto. Imágenes, recuerdos, ideas… El miedo a una ejecución rápida, sin juicio, el doloroso peso de la derrota, todo lo que podría hacer si seguía con vida… ¿Serían asesinados también sus oficiales? Los soldados no. Una pérdida de energía sin sentido. En tiempos convulsos siempre son bienvenidos los hombres con el oficio de las armas. Se sorprendía un poco de sus pensamientos puesto que, por encima de aquel marasmo de inquietudes, flotaba la presencia de Sara. Aquella chica que casi no conocía. Sus ojos expectantes.

Lo habían paseado por las calles de la ciudad como a un ladrón de reses, custodiado, exhibido. Era la pieza de caza más deseada por la Asamblea, el símbolo de un orden derrocado, la prueba de la victoria para aquellos charlatanes del Consejo de las colonias. Muchos hombres y mujeres lo habían visto pasar en silencio, la expresión hierática. Algunos lo habían increpado sin pasión, sobre todo los más viejos, que habían nacido en el condado y recordaban bien la mano de hierro de su linaje. Nada desproporcionado. Quizás por esto se sentía más dolido.

Deberían haber desembarcado en otro punto de la costa, lejos de las colonias, hacerse fuertes, alimentarse de los frutos del campo y del mar, reclutar nuevos hombres, vivir del pillaje.

No podía seguir así, no iba a ninguna parte. Tenía que serenarse, cerrar a cal y canto sus desesperos. Abrió uno de los libros. Era un tratado de cetrería. Lo cerró. Abrió el otro. Era la historia de los sufones escrita por un erudito oscuro llamado Oivilg. Alguno de los primeros hombres grises en llegar a esas tierras.

Serlan se dejó caer sobre la cama con el libro entre las manos. Intentó leer, primero perdido entre tantas referencias que no entendía, luego aturdido frente a los acontecimientos, muchos dolorosos, que habían sufrido aquellos seres hasta ser lo que eran hoy, los auténticos señores de las Nuevas Tierras. Oivilg desconocía de dónde procedían. Especulaba sobre un lejano continente, pero los sufones no eran conocidos como buenos marineros. Eran una fuerza continental… Dos hombres armados lo observaban desde la puerta, que había sido abierta de golpe. Uno de ellos le entregó unas calzas de lana y una camisola de algodón blanco.

—Poneos esto y acompañadnos a la Asamblea. Os esperan.

Recorrieron un largo pasillo y bajaron por unas escaleras donde se cruzaron con varios funcionarios de la Casa de la Nueva Tierra, la Casa de los legisladores, un edificio de interiores austeros, de paredes desnudas y pocos muebles. Por el apagado murmurar de muchas voces, dedujo que se acercaban a la sala en la que se reunía la Asamblea. Los guardias abrieron una gran puerta y las voces enmudecieron. El conde fue conducido hasta un estrado situado en uno de los extremos de una gran cámara rectangular abarrotada de

gente.

Serlan no supo quién era quién ni, al principio, dónde se situaban los magistrados. En aquel estrado de acusados no había ninguna silla, así que continuó de pie, flanqueado por los dos soldados que lo habían custodiado. Frente a él, también de pie, una masa de gente se había congregado para verlo, para asistir al espectáculo. El silencio era solemne. Detrás del conde, posados en una grada de doble nivel, esperaban los magistrados de las colonias. Uno de ellos, el que ocupaba el asiento situado en el extremo derecho de la primera fila, se incorporó, iniciando así la sesión.

—En el día de hoy, año setenta y ocho de la Fundación y mil cuatrocientos tres del viejo calendario, nos hemos reunido para tratar el caso de Serlan De Enroc, antiguo conde de Vamurta, acusado de negligencia, cobardía, abuso de bienes públicos, abuso de autoridad y otros cargos menores que serán enunciados en el transcurso del presente juicio.

«Cobardía, negligencia, abusos…, ¿de qué demonios hablan estos imbéciles? Ninguna competencia os ampara, cretinos, bien que lo sabéis», se decía el conde. Su sangre hervía, mientras comprobaba, indignado, que el trato que recibía incitaba a que el público lo considerara un ser menor, despreciable. Un calor oscuro lo abrasaba.

—La primera acusación del Consejo de Magistrados se cimienta en la negligencia mostrada, en el uso de su cargo, durante la larga y cruenta guerra contra el murriano, aliado nuestro, que…

Aquel magistrado pequeño, seco, de nariz larga, enumeró uno a uno los puntos en los que se basaba su acusación, mencionando errores en la planificación de las campañas de aquella guerra perdida, remarcando que el conde se escondió durante el sitio de la ciudad y durante su caída. Aquel magistrado afirmó que únicamente la valentía de los ciudadanos de Vamurta había posibilitado, en parte, la evacuación de la capital, y en general, consideró a Serlan como un ser débil y egoísta, capaz de la peor de las traiciones si así podía salvar su propio pellejo o conseguir alguna ventaja. Más que una acusación aquello sonaba a juicio político, en el que se dudaba de su buen nombre y de su buen gobierno.

—¿Cómo podemos explicar su asistencia frente a la Asamblea, sano, entero, cuando en gran número sus hombres están muertos o heridos, o aún peor, troceados y repartidos por las tierras del condado que Serlan De Enroc heredó sin otro mérito que ser el hijo de un hombre de recuerdo infausto?

El conde entendió que debía responder a aquella alusión.

—Sabed, señor… —fue pronunciar aquellas palabras y oír el bramido de la muchedumbre—. Que estos cargos y acusaciones que vos…

—¡Guardias! —gritó el magistrado. Uno de los soldados le golpeó las costillas con la base de su lanza, dejándolo doblado y sin respiración. Comprendió que la defensa no existía. Que aquello era una pantomima como las que él tuvo que presidir en su condición de heredero. Debía aguantar aquel aguacero que se iba a prolongar hasta bien entrada la noche, mordiéndose la lengua, apretando los dientes. Pero seguía sin entender demasiado bien el propósito de tanta molestia. ¿Era aquello el preludio de una ejecución?

Las palabras de ese magistrado delgaducho habían espoleado a los otros miembros de la Asamblea y a todos los asistentes en su contra, que ahora deseaban colgarlo allí mismo de una cuerda áspera y gruesa.

—Dicho esto, expresadas las acusaciones contra el hombre que tenemos aquí delante, la Asamblea se reunirá mañana al mediodía para emitir su sentencia.

Los magistrados habían excitado a la masa y ahora dejaban que soplara el aire frío de la noche para apaciguarla. Rebuscada estratagema. Se lo llevaron otra vez, entre los insultos y las risotadas de los ciudadanos, los mismos que lo habían recibido con un escrupuloso silencio. Le habían robado el respeto.

Mientras lo trasladaban por aquellos largos pasillos desnudos, comenzó a entender el sentido de todo aquel teatro del que había sido figurante amordazado. Los magistrados lo habían desposeído de toda autoridad y prestigio a los ojos del pueblo. Era eso. ¿Quién escucharía a un hombre del que todos creen que merece la horca o ser lanzado a aquellos peces negros? A ese hombre solo le queda una alternativa, perderse por alejados caminos de montaña, silenciosos, lejos de la frontera, allí donde resulta extraño poder encontrarse con otro hombre. Toda la ciudad comentaba el juicio, la mezquindad y cobardía del conde, que había desparecido sin luchar por los suyos…

Cuando escuchó la puerta de la celda cerrarse, se hundió. Se acurrucó sobre la cama, vencido, sintiendo cómo el mundo lo abandonaba, y cómo todas aquellas luces que lo habían obligado a levantarse una y otra vez y a luchar, se apagaban una a una. Ahogado por la desesperación, herido por la humillación, sabiendo que otra vez había errado, aquello que lo sostenía y le hacía ser quien era, se agrietaba lentamente mientras la luna viajaba del este al oeste.

## 12
## Orcómeno

Hacía un buen trecho que los murrianos no los obligaban a seguir a buen paso. Los hombres no lo hubieran resistido, extenuados tras tantas lunas encerrados, subsistiendo a base de exiguos purés de trigo mezclado con todo tipo de legumbres y restos. Los grilletes pesaban y les lastimaban los tobillos. En lontananza distinguieron una enorme silueta, que ninguno de ellos supo identificar, pues antes de la caída nada de ese tamaño había en el camino hacia las zonas áridas, excepto casas de labradores y pequeñas aldeas. A medida que se acercaban pudieron discernir qué era aquella masa de piedra que dominaba y guardaba los campos del mediodía.

—Esto no se parece a nada de lo que he visto —dijo Montal, con la voz susurrante de los muy cansados.

—Cierto, Montal. Parece un gran castillo… Aunque sus muros no alcanzan mucha altura.

Los presos, avanzando en una larga y maltrecha fila, escudriñaban lo que se levantaba frente a ellos. Un pared de trazado irregular, zigzagueante, con salientes reforzados a modo de cuñas, con torres bajas y anchas que guardaban los grandes globos a medio construir del interior de la fortificación. Gran parte de la obra estaba revestida de andamios y otras estructuras de madera que permitían seguir alzándola. La tierra, extraída del profundo foso seco que se excavaba a su alrededor, se compactaba a los lados para crear rampas, que facilitaban la subida de nuevos materiales.

—Necesitan más esclavos, señor.

—Y artesanos. Mirad todas esas tiendas, esos talleres abiertos. Picapedreros, maestros albañiles, escayolistas, plomeros, esto parece una ciudad.

Dasteo se maravilló de la capacidad organizativa de sus enemigos. En muy poco tiempo habían sido capaces de construir una poderosa fortaleza que, antes que llegara la siguiente primavera, estaría casi concluida.

—Mis piernas, señor. Flaquean —murmuró Montal.

—Son los grilletes, te arrancan la piel —añadió Tzerso.

—Suerte que perdimos la guerra —contestó Dasteo, a la vez que se fijaba en los trabajos de los herreros murrianos—. Con hombres como vosotros…

El alférez agarró por la cintura a Montal, para ayudarlo a cruzar el formidable puente sobre el foso, bajo la mirada de un escuadrón de arqueros que custodiaban la puerta y entrar en aquel inmenso bastión.

En el interior, se sorprendieron de encontrar otros contramuros que defendían los sectores más expuestos de la muralla, los salientes, de manera que si estos eran tomados, la defensa del perímetro podía ser sostenida.

—¿Cuántos viven aquí? —se preguntó un preso, ante las proporciones de la ciudad.

—¿Y esos globos de piedra? —exclamó otro.

Aquello era castillo y ciudad. Tras los muros bajos, de gran espesor, los murrianos construían unos enormes habitáculos de planta circular coronados por inmensas cúpulas de piedra, reforzados con contrafuertes y placas de plomo para resistir el peso de la techumbre, unas cúpulas que respiraban a través de claraboyas vidriadas a modo de ventanas, muchas de las cuales podían ser abiertas y cerradas. De los techos inclinados surgían las toberas de chimeneas de gran diámetro.

Dasteo contó hasta nueve cúpulas, las cuatro últimas a medio construir, abiertas al cielo como un huevo roto. Estaban dispuestas a distintas distancias de una plaza central, el auténtico eje de aquel castillo que dibujaba una estrella, una plaza por la que se entraba y se salía cruzando una corona de arcos ojivales rematados con puntas de diferentes alturas, que vistos desde lejos podían parecer enormes espinas. El círculo de la plaza se dividía en varios niveles, pavimentados con grandes losas de piedra que se alternaban con lenguas de tierra, en las que se plantaban almendros, manzanos, ciruelos y otros árboles frutales. Los murrianos, en cada vértice de estos niveles, levantaban estatuas a sus dioses cotidianos, algunas en bronce, otras en piedra, para honrarlos y para recordar a todos su fe y su dominio de aquella tierra.

Miraran donde mirasen, un enjambre de esclavos y murrianos cubrían la piedra bajo el sol. Los vencedores realizaban los trabajos que requerían oficio y los grises, el trabajo pesado para el que únicamente hacían falta brazos y espalda. Los guardias, repartidos aquí y allá, parecían más relajados que en las mazmorras, y observaban los trabajos con cierto aburrimiento.

—Es un cuartel, un enorme castillo, una ciudad y a la vez… —afirmó Dasteo, viendo los edificios anexos, distribuidos bajo la muralla—. Es como si esas bestias abandonaran sus tierras, como si quisieran conquistar el sur, que siempre despreciamos.

—Siguiendo la costa, señor, empiezan los desiertos, casi nada crece allí.

—Montal, algo quieren, algo saben para que tantos estén aquí —contestó, mientras andaba, sosteniendo a la vez a su camarada.

Los hicieron descender por una rampa adoquinada que comunicaba con uno de los subterráneos de la fortificación. A medida

que bajaban, el calor iba desapareciendo. Bajo los gruesos brazos que sostenían aquella gran cámara en el subsuelo, el ambiente era fresco. Allí, los guardias les señalaron una gran piscina, que se alargaba hasta más allá de donde podían ver.

—Bebed —ordenó uno de los vigilantes.

Los hombres se lanzaron sobre el murete que cerraba la balsa para saciar la sed, acuclillados, sin importarles parecer una banda de perros. Dasteo, con paso lento, se acercó y, de pie, fue bebiendo, recogiendo el agua con ambas manos, triste al ver a sus hombres en tal estado, en el que parecían haber olvidado quiénes eran. «Esa es la verdadera victoria —reflexionó—, las armas fueron el medio. Hoy nos han vuelto a someter.»

Las luces del día, que alcanzaban aquel extremo del depósito, arrancaban destellos en las aguas verdosas. Cuando los prisioneros dejaron de gemir y beber, entre grandes ruidos, Dasteo se vio reflejado. Una sombra de cabello sucio y enmarañado, las mejillas descarnadas, un enorme mentón. No era él, no era el que había sido.

En uno de los niveles de la plaza, rodeados, los hicieron descansar. Desde ahí se entendía mejor el fuerte. Las líneas de las fortificaciones estaban proyectadas para instalar grandes bombardas en los huecos de las anchas almenas, junto a arcabuceros y otros defensores, de manera que su fuego se apoyara y se cruzara con el de otros tramos y, donde esto no era posible, erigían una torre baja o pequeños baluartes, para resistir las acometidas de un enemigo que Dasteo no supo imaginar.

—Se acerca un comandante, señor —dijo Tzerso, llamando la atención con un gesto hacia un grupo de oficiales que venían hacia ellos.

—Espero que la cháchara no se alargue mucho.

—Montal, ¿tú conoces estas tierras?

—Sí, alférez, soy un meridional. La aldea en la que nací está a un día, o poco más, hacia el interior.

—Bien —contestó Dasteo, oteando el paisaje seco que los rodeaba.

Junto a tres capitanes, el comandante de la plaza se presentó ante los prisioneros, vistiendo una liviana y elegante armadura de cuero negro con protectores de plata que dejaba gran parte de sus gruesas piernas al aire. Al llegar frente a los nuevos esclavos, se quitó el casco, del que colgaba un penacho gris que caía hacia atrás como una larga pluma. Sobre su pecho y en su hombro derecho, llevaba adherida la insignia de su rango.

—Desde el Castillo de Orcómeno, alcanzaremos el desierto y, si es preciso, también penetraremos en las junglas australes, en las que abundan todo tipo de riquezas. Por eso estáis aquí, para levantar este

bastión, el primero de una nueva era.

Los antiguos guerreros de Vamurta quedaron asombrados. No solo porque aquel ser esbelto, de rostro anguloso, les anunciara sin tapujos la misión de los murrianos, sino también porque lo hacía en la lengua de los hombres grises, sin acento, con voz timbrada y clara. En la mente de todos surgían preguntas: ¿qué se esperaba de ellos?, ¿dónde había aprendido su lengua, aquel alto oficial?

—Aquellos que seáis leales, nada debéis temer. Aquellos que demostréis ser buenos trabajadores, seréis recompensados. Tengo a más de cinco mil esclavos bajo mis órdenes, y desde que tomé el mando, solo treinta han muerto y nadie, nadie, ha intentado escapar.

El comandante guardó silencio, contemplando a aquellos que no eran ni un batallón, aquellos arrancados de la agonía de las mazmorras por orden de una de las Reinas que tanto adoraba y temía. Los esclavos escuchaban de pie, sucios, sudados, formando un grupo desordenado, más sorprendidos que contentos.

—Desde mi llegada, se han formado trece familias entre hombres y mujeres grises. No es mucho, pero habrá más si lo merecéis. Sabéis que nosotros tenemos una vida privada limitada, la justa. Estas familias viven en pequeños cascarones, con pocas pertenencias. Más no se necesita. —Calló unos instantes, mirando a algunos supervivientes del Batallón Sagrado, más altos, más fuertes—. Sé que entre vosotros quedan los que un día fueron la gloria de Vamurta, aquellos que jamás antes fueron derrotados, los de la Falange Roja. Todo está dispuesto. A los que obedezcan y destaquen, se les permitirá vivir con otros, con aquellos que amen. Incluso podréis adorar a Onar, a Sira, a Triefaes. Tendréis pequeños altares y vuestras propias organizaciones, pero aquellos que alteren los trabajos, si alguno es descubierto robando o saboteando las obras, los látigos de mimbre impartirán justicia, y en Orcómeno no existe ni la excepción ni la piedad.

El comandante hizo un gesto y se retiró con sus capitanes. Se repartió fruta entre los hombres, que empezaban a sufrir los efectos del sol. Luego, los destinaron al foso, en el que por suerte había sombra, donde pasaron el resto del día cavando y moviendo tierra. Montal y otros como él, que sufrían las secuelas del encierro, aguantaron ese primer día gracias a la complicidad de sus compañeros.

Al anochecer los sacaron del foso y los organizaron en dos filas, que fueron conducidas cada una a dos esferas distintas. Dasteo, Tzerso y Montal fueron separados. Los guardias parecían cansados o irritados, gritaban y golpeaban a los prisioneros por nada. La fila de Dasteo entró en uno de los globos de piedra, que se dividía en varios pasillos mal iluminados que, como brazos de un árbol, daban acceso a las

celdas, cientos de pequeñas cámaras ovaladas rematadas con minúsculas cúpulas que formaban el techo, en el que los arcos de piedra se repetían de habitación en habitación, formando series que se unían en la escalera de caracol, ancha, situada en el centro de aquella construcción para comunicar las distintas alturas.

Los guardias abrían puertas y hacían entrar a los prisioneros, uno a uno. A Dasteo y otros les tocó subir al primer piso, que, como la planta baja, repetía el esquema de pasadizos trenzados y jaulas para presos.

Abrieron una puerta baja y un soldado lo empujó hacia dentro. Dasteo se agachó a tiempo para no golpearse la cabeza contra el dintel. En el interior, apenas entraba luz por las aberturas practicadas en el techo, que a su vez se repetían en el suelo, de manera que podían ver a los de la celda del piso inferior y ser vistos desde la superior. Un todo sin apenas intimidad.

—Si este está aquí, es que falta poco para la cena —dijo alguien desde uno de los jergones.

—¿Cuál es tu nombre?

Dasteo se sobresaltó un poco, si la primera voz era la de un hombre, la segunda era la de una mujer. Una voz cálida que le pareció surgida de una playa a medio atardecer, una de las que tanto añoraba.

—Dasteo es mi nombre.

Se hizo un silencio en aquel habitáculo circular.

—Dasteo es nombre de problemas. ¿El alférez? Se fijarán en nosotros, los guardias no nos dejarán en paz.

—No digas eso. ¿Eres el mismo Dasteo del Batallón Sagrado?

—Sí —respondió.

No era bienvenido. Los héroes de Vamurta no eran bienvenidos en aquel tiempo en que no había nada que defender.

—Ahí tienes tu cama. Yo soy Amalia, ballestera en la ciudadela. El joven es Arisas. Fue escriba, zapatero y otras cosas.

Se oyeron pasos. Los guardias repartían la cena. Abrieron la puerta y les dejaron un cuenco de madera con garbanzos hervidos y un trozo de pan negro. Era una buena ración para uno, pero eran tres.

—Sentémonos —propuso Amalia, situando el cuenco en el centro de la celda.

Los tres se sentaron con las piernas cruzadas, empezando a comer los garbanzos, duros e insípidos, en silencio.

—Hay agua en ese cubo, pero mantenla limpia, es para beber.

Dasteo pensó que había una dignidad tranquila en esa mujer. Apenas podía verla, aunque sí vislumbraba la delgadez de sus brazos y su rostro, endurecidos por la edad. Amalia no había sucumbido.

—Así lo haré, Amalia. ¿Llegasteis a luchar?

—Pero vosotros ¿qué os pensáis? —contestó Arisas—. ¿Que solo

luchó la Falange Roja? ¿Quién cubría vuestras cabezas?

Callaron los tres. Dasteo sintió deseos de estrangular, de golpear a aquel joven picajoso, que usaba el tono de voz de quien cree poseer la verdad. Era alto, más alto que él, de manos grandes y dedos finos de mujer. «Un niño con los pies grandes», pensó.

Le extrañó algo parecido a un rumor que se había multiplicado por todo el edificio, como un siseo de muchas gargantas, el masticar de cientos de bocas, cuyos sonidos se esparcían y se confundían a través de los huecos abiertos en los habitáculos de los reos, un ruido parecido al de un mercado de ciudad que se oye de lejos, un eco que le produjo una sensación desagradable, como si le hubieran arrancado un trozo de cordura. Cansado, tras beber del cubo, se tumbó sobre la paja y cerró los ojos.

Los hombres que compartieron la crudeza de las mazmorras fueron disgregados en Orcómeno, divididos en grupos con diferentes tareas. A Dasteo le ordenaron trabajar con los esclavos que producían argamasa, mezclada en grandes barreños con agua, arena y cal. Eran muchos los días que debía picar hasta triturar grandes bloques de roca, ya que esa gravilla, añadida a la pasta, daba una gran dureza a los muros.

Echaba de menos a sus hombres, las caras conocidas, ya que en su cuadrilla solo uno era de su antigua unidad, el resto eran hombres y mujeres que no conocía y con los que apenas cruzaba alguna palabra. Obedecían y callaban, derrotados por su propio cansancio, quizás alguno esperando conseguir el favor de los murrianos, y así aliviar un poco aquella vida sin horizontes ni alegrías. De Montal y Tzerso, aquellos que tuvo como más cercanos durante el encierro bajo tierra, poco sabía. Los veía de lejos. Montal conduciendo una carreta de bueyes cargada de víveres, el otro excavando en el foso o encaramado sobre los andamios, ayudando a subir un sillar, una de las tareas más peligrosas, en la que se perdían muchas vidas.

Las noches eran un tiempo para vaciarse. Debió reconocer que él no era un hombre desafortunado entre los cientos, entre los miles de esclavos allí forzados. Llegaba, junto a las columnas de cautivos, a su pequeño globo de piedra. Amalia o Arisas lo esperaban, ya que a los veteranos se les permitía volver a la celda un poco antes del anochecer. Ella ayudaba a los carpinteros murrianos claveteando marcos de ventanas o reforzando vigas para las techumbres con láminas de hierro y plomo, y él, destinado a las cocinas, batía grano o descascarillaba las judías, que los murrianos consideraban comida para rinocerontes y bueyes.

—Dasteo, come un poco, lo necesitas. Estás agotado —decía

Amalia con prudencia—. Come, estas tortas hoy están buenas.

Y Dasteo comía, y luego bebía llevándose agua a sus labios, sintiéndose mejor.

—¿Te has lastimado un dedo, Amalia? Déjame ver.

—No es nada —contestaba ella.

Arisas poco decía y algunas noches más parecía un enfermo. Si el alférez preguntaba, este respondía con monosílabos o sencillamente callaba. Arisas se tumbaba sobre su colchón de paja, a ras de suelo, y parecía dejarse llevar lejos de ahí, a otro sitio cuyas puertas únicamente conocía él. En esos trances, si hablaba, el significado de sus palabras quedaba velado, y su voz adquiría los tonos de algún arcano rito sacramental.

Entre los murmullos de los sometidos, Dasteo destensaba la espalda de Amalia, de piel gruesa y suave aún, pues sus manos fuertes sabían encontrar los músculos dañados y estirarlos, hasta devolverles su elasticidad. Amalia emitía pequeños gruñidos, relajada tras la cena, su cabeza apoyada sobre el pecho, dejando que su compañero de encierro la hiciera sentir como una mujer, como alguien vivo, tras una jornada en la que la habían obligado a convertirse en un martillo que golpea sin cesar.

Antes de dormir, solían charlar sobre el pasado, pues el presente era un espacio sin futuro que preferían obviar.

—Tengo dos hijos, Dasteo, en algún lugar, espero.

—¿Nada sabes de ellos?

—Lo he pensado muchas veces. Ser una esclava te deja mucho tiempo para divagar, mientras te gritan, mientras perforas la madera con la barrena, mientras desbastas con el cepillo, mientras estoy aquí. No podía hacer otra cosa, hice lo mejor.

—¿A qué te refieres? ¿A tus hijos?

—Sí, no los abandoné. Debía defender la ciudadela, junto a mi batallón, luego nos sacaron, corrimos hacia la brecha. ¡No podía huir y correr hasta casa! ¡No podía estar con ellos! Mi marido murió cerca del bastión de Corestas, estaban solos.

—Claro… Si todos hubiéramos hecho eso, la defensa jamás se hubiera prolongado, uno a uno. Cumpliste con tu deber.

—No como madre —respondió, usando un tono frío y angustiado, al mismo tiempo.

Dasteo descubrió otra voz en su compañera. Había aspereza, había dolor. Esa noche consiguió, por primera vez, imaginarla cubierta con los petos de cuero tachonados en bronce de los ballesteros. Era un soldado, como él.

—Sí como madre, lo sabes. Los murrianos no son las hordas feroces de cuentos de niños. Quieren gobernar, siempre lo quisieron. No nos han conquistado para arrasarnos y llevarse el botín, como

antaño. Bajo tierra, sin oídos ni ojos, imaginaba otra cosa. No matan niños, los quieren hacer suyos, quieren súbditos y esclavos, nada más. Al igual que los hombres grises.

—¿Mis hijos, súbditos?

—O esclavos, Amalia. Pero vivos, como tú, como yo o como Arisas.

Amalia volvía a parecer una madre. Quedó perdida en sus pensamientos, en la noche compartida con el sueño de cientos de seres que habían perdido su libertad. Escucharon el repicar de gotas sobre la gran cúpula. Luego, la lluvia arreció, haciendo resonar su música con fuerza hasta acallar el interior de la esfera.

—¿Cuáles son sus nombres?

—Menécor y Alea.

Dasteo cerró los ojos. Su espalda estaba dolorida, sus hombros quemaban de tanto alzar el pico, de tantas rocas descargadas y resquebrajadas hasta ser polvo. Moría otro día, igual que el anterior, idéntico al que nacería mañana.

## 13
## La sentencia

La noche crecía en silencio sobre Nueva Vamurta. A finales de verano era el mejor momento para conocerla, cuando las gentes y hasta el cielo parecían demorarse, ofreciendo una tregua durante un corto periodo de tiempo, para acometer el frío otoño. Un otoño que pronto se instalaría en aquellos parajes como un invitado discreto que, al final de la fiesta, resultaba ser el único y verdadero protagonista. El alboroto por la llegada del conde y su hueste fue apaciguándose. Todo el mundo conocía la noticia del apresamiento y el posterior juicio. La inminente resolución de aquel conflicto complacía a la ciudad; así, la mayoría de sus habitantes se encontraban en casa, con sus familias, a punto para cenar.

Mientras Nueva Vamurta se adormecía, el capitán Álvaro, Sara, los cirujanos y Ermengol, junto con los oficiales de mayor grado del condado, continuaban como huéspedes forzosos en la Casa de la Milicia. En uno de los grandes dormitorios de la tropa, unos sentados sobre las camas, otros, demasiado nerviosos, de pie, esperaban el anunciado encuentro con el magíster militum, que iba a informarlos sobre su situación. Tras haber sido sorprendidos en El Águila Negra, los habían conducido hasta allí, desarmados.

El trato se podía considerar correcto. A la caída del sol les habían dado rancho y vino aguado, que Sara rehusó, ahogada en su angustia. La larga espera inquietaba al capitán Álvaro, preocupado por la suerte de su señor y la de sus hombres. La respuesta a sus dudas no tardó en resolverse. Las puertas de la sala se abrieron de par en par. De la oscuridad del pasillo surgieron hombres mejor armados y acorazados que los milicianos, rodeando a uno corpulento, vestido de negro de la cabeza a los pies. Era el magíster. Al acercarse a la luz tintineante de las velas, lo pudieron observar mejor. Alto, de complexión fuerte y cuello grueso, su rostro juvenil, de facciones blandas, contrastaba con su aspecto marcial. Sus ojos marrones, almendrados, le otorgaban un aire tristón, pero su voz era vigorosa.

—Prosperidad, amigos —les dijo forzando una sonrisa—. Supongo que saben quién soy. Bien. Esta noche puedo informarles sobre las decisiones que ha tomado el Consejo. La Asamblea, como es costumbre, seguirá el mismo buen criterio.

Los oficiales de Vamurta lo escuchaban desde la desconfianza, cruzados de brazos. Bien sabían que su situación era en extremo delicada. No tenían nada que oponer a la voluntad de los magistrados.

Habían confiado en su buena suerte, en el peso de la historia que ellos representaban. Solo les quedaba escuchar. Sara prefirió quedarse en un rincón, encima de una de esas camas duras, siguiendo la escena sin ser observada.

—Sabemos que la duba os corroe. Sabemos que, como buenos oficiales, estáis preocupados por el destino de los vuestros y del antiguo conde de Vamurta. —Vertan se paseaba arriba y abajo, alzando y bajando el brazo izquierdo, haciendo uso de su gestualidad escénica—. Y eso os dignifica. ¿Qué hombres de bien no considerarían a los suyos? Debéis saber que contra Serlan De Enroc hemos presentado cargos. No, no os inquietéis en exceso. Él representa la opresión, el orden antiguo contra el que nos rebelamos hace ya tanto tiempo. ¿Qué hizo él cuándo debió cumplir con su deber? Sabemos que durante el sitio desapareció… Curioso. Volvió a aparecer justo a tiempo para huir, sí, huir, abandonado a los vasallos de Vamurta a su suerte. Porque es justamente esto lo que ha hecho con vosotros, rogar el perdón por su vida a cambio de que sus hombres. Ningún juramento os liga al antiguo conde, Serlan De Enroc.

—¡Escuchad, señor! —protestó Álvaro—. Debéis saber que la situación era desesperada y que el conde respondió hasta donde…

—Sí, lo sabemos. Pero ¿dónde se encontraba mientras vos frenabais al enemigo a las puertas de vuestra ciudad, aún a riesgo de perder la vida? Escondido en la más alta de las torres, podéis estar seguros.

Se hizo un silencio incómodo, durante el cual Vertan hizo un ademán, como si quisiera expresar una vaga ofensa.

—No he venido aquí para tratar sobre historias pasadas. No. El Consejo quiere haceros una propuesta, ya que consideramos que ninguno de los aquí presentes es culpable de nada, además de seguir a su señor natural, aunque este fuera un tirano como lo fueron su padre y la condesa.

Con un extraordinario sentido de las pausas, el magíster se quedó quieto observando las reacciones de aquellos soldados, buenos soldados, perdidos y desnortados, que tenía delante. Resultaba claro que esperaban su propuesta con el espíritu abierto del que poco tenía que perder, a no ser un largo encarcelamiento. Esperó un momento más y añadió:

—El Consejo os invita a formar parte de la Milicia. Necesitamos oficiales experimentados. Mantendréis el grado, dispondréis de una buena paga y de una casa, sufragada por el Consejo, allí donde vayáis destinados. Vuestros hombres deberán seguiros y no se van a permitir excepciones.

—¿Cuál es la otra alternativa si no aceptamos? —quiso saber el capitán Álvaro.

—Seréis inmediatamente detenidos y encarcelados bajo la acusación de conspiración contra el Consejo. Veinte inviernos en una celda inmunda, si es que alguien los pude resistir.

—¿Y qué será de nuestro señor?

—No os debéis desazonar. Como comprenderéis, no podemos integrarlo en la milicia —contestó con una sonrisa seca—. Será expulsado de estas tierras. No lo tocaremos. Fuera de nuestro territorio podrá ir donde más le plazca. Será… Será libre, aunque muchos creamos que no lo merece. También os debo decir que debéis responder ahora mismo a mi propuesta.

Los oficiales grises se miraron los unos a los otros, esperando que alguien se manifestara. Para el capitán Álvaro, aquel fue uno de los instantes más duros de su vida. Dudaba. Miró a sus hombres, que esperaban una decisión. Veinte años entre rejas, saldrían viejos, inútiles para su oficio, incapaces de luchar por sus ideales, por su mundo. Si es que algún día volvían a ver la luz del sol. Como oficial de la milicia podría favorecer a los suyos, quizá también a su señor. Hacer, con el tiempo, que fuera aceptado. Si eran apresados no partirían de una posición de fuerza. Pasaba el tiempo, y el magíster militum se mostraba impaciente.

—Aceptamos vuestra propuesta, si garantizáis que ninguno de nosotros y de nuestros hombres sufrirá represalias.

—Bien. Os lo garantizamos —contestó Vertan, satisfecho—. Jurad ahora solemnemente que cumpliréis con vuestro deber con el Consejo y con el pueblo de las colonias.

Tras haber jurado, hicieron traer pergaminos con los que poner por escrito su nuevo estatus. Acabado el protocolo, trajeron vino. Brindaron. Mientras bebían, el magistrado Vertan se llevó al capitán Álvaro a un rincón.

—Capitán, ¿quién es esa joven? ¿Es una bastarda del conde o de su familia?

—No. El conde la recogió durante la evacuación. Me parece que perdió a toda su familia. No estoy seguro.

—Mejor. Así no deberemos preocuparnos por ella. Mañana hablaremos.

Le habían traído un pastel de miel y frutos secos al poco de haber salido el sol. Serlan pensó que aquello era la señal de algo. De todos modos, devoró el desayuno con la avidez del que con el estómago vacío piensa que las cosas aún pueden empeorar. Vinieron a buscarlo poco después. No le trajeron ropa limpia ni le devolvieron sus pertinencias. Sería mostrado ante la Asamblea como un hombre pobre, él, el heredero de la tierra más extensa y rica de cuantas se conocían.

Lo llevaron preso por los mismos pasillos, que a la luz de la mañana le seguían pareciendo tan severos.

Entraron en la Sala de la Asamblea. Había muchísima gente, los rostros grises de los ciudadanos de Nueva Vamurta apretujados los unos junto a los otros, expectantes, los comentarios a media voz como el zumbido de muchas abejas. El descanso había permitido al conde recuperar una parte de la serenidad perdida. Se sentía tranquilo, casi despreocupado por su suerte. ¿Quiénes eran todos aquellos para estorbarlo? De pie, erguido, esperó la entrada de los magísters que habían de elevar a público la sentencia. Solemnes, entraron en fila. El último de ellos era el fiscal, el viejo Alto Magistrado mostraba un semblante diferente al de la noche anterior, entre satisfecho y burlón. Una vez hubieron tomado asiento, el magistrado que lo había acusado se dirigió a la audiencia.

—Ciudadanos, prosperidad. Es el que sigue el resultado de nuestras deliberaciones. Este hombre que tenemos enfrente no es digno de nada, a nuestro humilde entender. Hemos concluido que faltó a sus deberes como señor, especialmente el de auxilio, y ha sido probada su incompetencia para el puesto de comandante de campo, una incapacidad que, me atrevo a recordar, se ha traducido en la pérdida de muchas vidas de aquellos infelices que lo seguían y que confiaron en su buen hacer... Ciudadanos, ¡en el corazón de este hombre gobierna un cobarde!

La Asamblea aprobó esas palabras con gritos y un largo retumbar de pies que hizo temblar la sala entera.

—Nuestro veredicto —continuó—, es el destierro. Que todo el mundo lo sepa, a partir de este mismo momento este hombre dispone de un día para abandonar Nueva Vamurta y de doce días para dejar atrás los límites de nuestras tierras. El castigo, si no cumple los términos de la presente sentencia, es una buena cuerda alrededor de su cuello.

Se escucharon gritos de «¡Colgadlo ahora!» y «¡A la horca!». Estaba claro que la Asamblea esperaba otra sentencia, esperaba un castigo ejemplar. Serlan continuó impasible, pensando qué poco importantes le parecían aquellos magistrados que le perdonaban la vida y lo expulsaban lejos de la única tierra donde creía, se podían encontrar hombres grises libres.

—¡Silencio! ¡Escuchad! Se debe acabar de leer la sentencia. —La sala volvió a un cierto orden—. Si alguien guía al condenado, perderá los dos ojos, quien lo acompañe en su camino, los dos pies, quien le de agua o comida a partir de mañana por la mañana, perderá una mano y quien mañana le ofrezca un techo, perderá casa y tierras. Si alguien lo sigue o le rinde vasallaje, perderá la vida.

Aquello, llevado a la práctica, era casi una sentencia a muerte.

Los asamblearios así lo entendieron y lo celebraron con vítores. Dichas estas palabras, los guardias agarraron al sentenciado por el brazo y la espalda y lo llevaron de camino a su celda.

La Asamblea continuó en aquel día que sería muy celebrado y recordado, ya que, perdida Vamurta, defenestrado el último de la familia condal, las colonias dejaban de ser la tierra prometida para los que no tenían nada, como refugio de disidentes, para ser el centro de la raza de los hombres grises. Los reunidos, tras una célebre sesión, proclamaron el nuevo nacimiento de las colonias. A continuación se organizó una de las mejores celebraciones que se recuerdan en aquella ciudad, en la que se vaciaron buena parte de las bodegas y silos comunales. Muy deprisa, las calles de esa, de alguna manera, nueva ciudad, se llenaron de músicos, juglares que recitaban antiguos poemas, ciudadanos felices, niños sorprendidos por la explosión de una fiesta improvisada, cerveza, aguamiel y vino y comida para todos. En el alma de muchos brotó un nuevo y mayor respeto por aquellos magistrados escogidos en la Asamblea de hacía más de dos años, que habían conseguido sobrevivir en paz al hundimiento de la madre patria, donde muchos habían nacido.

Abrió la última puerta. La claridad del mediodía lo cegó unos instantes. Llevaba las mismas ropas con las que había sido juzgado y tres monedas de plata en un bolsillo. Sus pertinencias, arneses, armas, lorigas, cascos y parte del tesoro público que habían podido sacar sus mayordomos de Vamurta, habían sido confiscados. Únicamente, escondida entre los calzones, conservaba la carta que le había dejado su madre como testamento.

La ciudad era una locura. Delante de la Casa del Pueblo, donde lo habían dejado en libertad, se veían bajar y subir grupos de gente siguiendo a los músicos que tocaban laúdes, violas y flautas. Aquí y allá se reunían mujeres y hombres para beber largos tragos de las ánforas de vino que llevaban entre varios, de repente aparecían grupillos de malabaristas ataviados con colores relucientes haciendo volar aros que recogían y volvían a lanzar al aire. Se escuchaban risotadas por doquier. Vio cómo una mujer pellizcaba las nalgas de algún conocido que se giró con una sonrisa alegre. Parecía como si desde todos los rincones de la ciudad se esparciera la alegría de aquella gran fiesta. Los habitantes de las colonias iban a olvidar durante un par de días lo mucho que costaba ganarse el pan. La puerta se cerró a sus espaldas.

Avanzando entre tal alegre aglomeración, chocando con caras de colores encendidos que reían muy fuerte cerca de sus oídos, Serlan se dirigió a las afueras, donde esperaba encontrar a sus hombres

acampados. Vestido con ropajes sencillos, nadie se fijaba en él. Era una sensación entre desagradable y ligera. A la vez, se sentía profundamente molesto. Solo pensaba en volver a estar entre sus hombres. Para expulsarlo de las colonias no hacía falta un juicio público, sino una orden sellada. La idea de que había servido de títere, de monstruo de feria en manos de los magistrados, lo llenaba de una cólera que crecía desordenada en su interior.

Cruzó una plaza en la que, en el centro, asaban un ternero pequeño y repartían tazas de vino. La multitud bailaba a su alrededor. Oía sus cánticos, sus exclamaciones. Alguien quiso que él también bailara. Tras avanzar a empellones un buen trozo, alcanzó la Puerta Norte de la muralla. Allí delante no se veía a nadie. Se encaramó sobre un pequeño cerro. Desde aquella altura contempló la suavidad de los meandros del río Trieda, que bajaba tranquilo, bordeando el noroeste de la ciudad, arrastrando sus aguas terrosas. Ni rastro de los supervivientes del ejército condal. Bajó de la elevación y se dirigió hasta una masía pobre de las muchas que se levantaban en las cercanías de Nueva Vamurta. Las paredes de aquella casa, de argamasa y bloques de arcilla, producían sensación de abandono. En aquel rincón tampoco le supieron dar razones de los suyos. No habían visto ningún soldado extranjero ni tampoco a los milicianos, añadieron.

El conde volvió sobre sus pasos y decidió bordear la muralla en dirección al puerto, nervioso, consciente de que algo no encajaba. Él, acostumbrado a desplazarse rodeado de un séquito, ahora debía desenvolverse solo, en el anonimato que ofrecían unas ropas y un aspecto como el de los demás. Tras un buen paseo, cerca del puerto sintió una ardiente alegría al ver la flota del condado. Recortadas contra el azul espumoso del mar, pequeñas figuras se movían sobre la cubierta. Aceleró el paso, contento de encontrar al fin, tras tanto error del buen camino, una salida a aquella molesta aventura, lejos de aquella Nueva Vamurta que lo había humillado.

Dejó atrás las minúsculas casas de pescadores del puerto, hechas de madera y techos de paja, para pasar junto a las dársenas. Al acercarse a sus naves, un puñado de milicianos que hacían guardia, le cerraron el paso, anunciándole la prohibición de acercarse al muelle.

—Detengo el paso, señores —contestó Serlan con altivez—. Pero debéis saber que soy el propietario de la flota aquí amarrada. Deseo llegar hasta mis naves y así no causaros mayores molestias.

—¿Tenemos el privilegio de tratar con el antiguo conde? —contestó con menosprecio el que parecía un suboficial—. Bien, señor conde ataviado con retales. Las naves y su carga son desde ayer propiedad de la Asamblea. Y además, debéis saber que mientras habláis con nosotros os queda menos tiempo para abandonar esta

ciudad y desaparecer —agregó riéndose, acompañado por el resto de sus hombres.

Serlan, henchido de ira, tuvo que dar media vuelta y volver sobre sus pasos con la pesada sensación de no saber a dónde ir. El plazo para abandonar Nueva Vamurta expiraba en la próxima madrugada.

Cruzó la Puerta Sur sin que nadie lo interrogara. Funcionarios y guardias también participaban en la fiesta. Habiendo entrado en la ciudad volvió a sumergirse en la locura de aquella celebración. Le molestaba todo aquel jaleo desenfrenado. Por las calles, mujeres que no conocía intentaban abrazarlo y conducirlo hacia el centro de los bailes atrayéndolo con los brazos fuertes de los que trabajan, hombres que nunca había visto le daban afectuosamente golpecitos en la espalda y le ponían tazas y cuernos de cerveza en las manos. Otros querían hablar con él, animarlo, viéndolo con aquella expresión abatida y meditabunda. Serlan se deshacía de ellos con paciencia, negándose a entrar en esos juegos y en las fondas. A medida que penetraba en el corazón de Nueva Vamurta, pendiente de encontrar a sus hombres, fue perdiendo las buenas maneras.

De Sara, Álvaro, de los suyos, no tenía noticias. Era como si aquellas callejuelas, que empezaba a maldecir, se los hubieran tragado. Preguntando aquí y allá, alguien le dijo que pronto por la mañana había visto partir hacia el norte una fuerte columna de milicianos. Se sentía furioso. Había malgastado buena parte del día. Su mente empezaba a cavilar. El sol ya estaba alto. Cansado y con el estómago vacío, Serlan se dirigió a El Águila Negra, con la secreta esperanza de que una feliz casualidad se produjera. Cuando llegó, encontró las puertas de la taberna abiertas de par en par. Cuando ya cruzaba el umbral oyó que lo llamaban. Era Sara, que corría hacia él desde un portal, esquivando la gente que llenaba la calle.

—Os he encontrado, os he encontrado —repetía mientras le cogía con fuerza las manos—. Pensaba que...

Su rostro reflejaba el alivio de alguien que, creyéndose perdido, encuentra el camino a casa.

—Sara, yo también te buscaba, a ti y a todos los demás.

Le peinó los enredados cabellos con las yemas de los dedos. Por primera vez en días, sonrió. Encontraba dónde agarrarse. Entraron en El Águila Negra. Allí la jarana era menos ruidosa que en la calle. La taberna les ofrecía un lugar en el que recuperar las fuerzas. Sobre la madera basta de una de las mesas les sirvieron unos guisantes acompañados de lonchas de cerdo, y en una pequeña fuente, compota de manzana. Serlan, sediento, pidió vino.

Aquel día, Sara recuperó el don del habla. Con el estómago lleno, Sara narró cómo los habían retenido y amenazado. Cuando temían el peor de los destinos, apareció aquel hombre vestido de negro

ofreciéndoles una salida. Todos habían aceptado. A ella, que no parecía útil para casi nada, la habían dejado en medio de aquella ciudad esa misma mañana.

—El capitán Álvaro, antes de separarnos, me mandó que os buscara.

Las manos del conde se retorcían. Sus hombres, sus gentes de confianza, lo habían abandonado a su suerte, ahora que las mareas habían cambiado de dirección. Por las nuevas que había recogido en la ciudad y por el relato de Sara, supo que sus efectivos habían pasado a la milicia y habían marchado poco después del alba, para ser dispersados entre fuertes de frontera y otras villas. Estaba solo, con Sara. La miró unos instantes, su rostro algo más relajado tras la angustia del día, sus ojos cálidos, más vivarachos. No podía pedirle que lo acompañara a partir del alba. Sería lo mismo que condenarla a muerte, a ella, que tenía un mundo por descubrir.

—Sabes que me han condenado al exilio, Sara —dijo, de repente el conde—. Si me ayudas, si me acompañas, si me sigues, perderás tu vida. No me sigas.

Sara no sabía qué decir. La sorpresa y un ahogo la bloqueaban. Aquel hombre de barba enmarañada y ojos hundidos le pedía que se separaran.

El humo del tabaco iba transformando el aire de El Águila Negra en algo pesado, denso, mientras el griterío aumentaba a medida que el día acababa. Vesclanos, sufones y algunos hombres rojos abandonaban el local sigilosamente, viendo que muchos habían bebido demasiado. No querían mezclarse en bullas ni ver correr sangre que llevara malos vientos a sus negocios. Serlan se levantó vacilante, con los ojos irritados, la garganta seca. Tanta gente había que los sirvientes no daban abasto en servir a todas las mesas. No le llegaba más bebida. Fue apartando cuerpos hasta alcanzar el mostrador. Al volver a la mesa con una jarra, le pareció que Sara estaba muy lejos y a su alrededor se desplazaban volúmenes opacos lentamente. La veía ahí, pequeña, perdida, rodeada de adultos bebidos que no vigilaban nada. Serlan no llegó a tomar asiento. Dejó el vino y se dirigió, tambaleante, al pasillo donde, agazapadas, aguardaban las prostitutas.

Sara no sabía ni cómo sentarse. Llevaban una eternidad en ese tugurio y el plazo para abandonar la ciudad se consumía. Llegaba más y más gente de las fiestas de la calle. Allí no cabía un alma más, y le parecía que las voces a su alrededor iban a reventar su cabeza. En la mesa donde esperaba, se sentaron dos hombres, que la miraron un momento con sorpresa y continuaron hablando y bebiendo, haciendo buen uso de sus cañas de tabaco. Sara se sentó un poco más atrás, decidida a ser paciente con su protector. En aquel momento de desamparo, recordó a su madre. Las manos delgadas y suaves

acariciándole los cabellos, la calidez de aquella sonrisa cerca de su rostro, los besos que conseguían que entrecerrara los ojos unos instantes. Lloraba, las lágrimas bajaban calientes por sus mejillas. Todo aquello ¿por qué?

El conde de Vamurta intentaba cruzar el local, entrechocando con los comensales de El Águila Negra. Un hombre lo miraba con fijeza. No parecía iracundo, una sonrisa enigmática se vislumbraba en aquel rostro ajado.

—Salud para los que aman a Onar. —El conde, en ese instante, lo reconoció. Era el sacerdote que le había increpado el día de su llegada. Serlan quiso continuar adelante—. ¿No lo entiendes, hijo de Vamurta? Tras el otoño, llegan los fríos a los bosques… Onar me habló hace tiempo, y desde entonces únicamente a veces veo lo que me rodea… Y todo es circular —dijo, mientras le sujetaba de la manga —. ¡Debes ir al norte! ¡Al norte!

Serlan lo empujó y siguió hacia su mesa, hacia Sara, dispuesto a apartar a quien fuera. Apareció entre la masa oscura que formaban los clientes de El Águila Negra. Su mesa estaba ocupada por dos hombres y por Sara. De manera brusca los amenazó y exigió a los dos que se marcharan. Aquellos se miraron y, en un abrir y cerrar de ojos, golpearon al conde en el estómago y en el rostro. Serlan dejó escapar un soplido y quedó doblado por la cintura. La pelea llamó la atención de los clientes. Algunos se levantaron de sus mesas, otros comenzaron a gritar sin saber a quién vociferaban. Los empellones y los primeros puñetazos se contagiaron a las otras mesas y pronto la mitad de la taberna estaba enzarzada con la otra mitad. Sara buscó la puerta, a gatas, esquivando los rodillazos y las pisadas de los mayores, huyendo de los aullidos, de los golpes y de las primeras armas. Pudo cruzar la puerta de salida, y al levantarse inspiró el aire frío, limpio, de la noche.

En la calle no se veía a nadie, los fuegos que se habían encendido en las plazas eran ahora brasas y cenizas, las casas estaban cerradas. Las puertas de El Águila Negra se abrieron con violencia y tres hombres magullados salieron a la carrera, perdiéndose en el silencio de la ciudad. Sara esperó su momento de paz violentado una y otra vez por los gritos de la pelea que resonaban en el exterior. A batacazos, fueron saliendo otros grupos. Cuando la calma parecía haber vuelto, se decidió a entrar de nuevo.

Encontró un local casi a oscuras. Por doquier se podían ver los destrozos. Sillas partidas, mesas boca arriba, clientes ensangrentados por el suelo, pedazos de jarras y platos esparcidos por toda la taberna… Reconoció a Serlan por la ropa, descalzo y contorsionado sobre la base de uno de los pilares de la cantina. Lo sacudió y obtuvo un gemido. Era consciente de que debía levantarlo y partir, antes que

el sol asomara sobre Nueva Vamurta. Lo tumbó, dejándolo ladeado. Su cara estaba masacrada y el pómulo derecho se había hinchado, magullado. El conde no parecía reaccionar a ningún estímulo, como un niño sumido en un ataque de fiebre. Se acercaron un par de sirvientes y una de las prostitutas. Apartaron a Sara de malas maneras y registraron al conde, arrancándole la última moneda. A continuación lo arrastraron al exterior, como estaban haciendo con el resto de heridos y borrachos que habían quedado medio inconscientes sobre las mesas, las ropas y las carnes rebozadas por una grumosa mezcla de bebida, sangre y porquería. Los iban amontonando como sacos delante de la puerta del tugurio, sobre el fresco pavimento de la calle. Serlan tampoco ahora parecía despertar, su nariz aguileña manchada de sangre oscura, sus mejillas chupadas y la barba desarreglada eran una costra de suciedad.

Tras conseguir moverlo hasta una esquina, Sara se desesperó. No tenía fuerza suficiente. Era muy tarde y estaba muy cansada. Sobre sus cabezas, el cielo de la noche, nítido y brillante, les mostraba su indiferencia. Si no se despertaba pronto, sería apresado.

La quietud de ese rincón de la ciudad se rompió, se acercaba un carro haciendo oír los golpeteos de sus ruedas. Aparecieron cuatro hombres en el rompiente de la calle, tirando del vehículo de dos ruedas. Cuando parecía que iban a pasar de largo, se pararon junto a ellos.

—¿Es este hombre Serlan De Enroc? —preguntó uno de ellos, señalando al conde. Sara, temiendo lo peor, permaneció callada. El hombre se agachó y examinó al conde, haciendo una señal afirmativa.

—Lo llevaremos a un lugar seguro —dijo, y rectificando inmediatamente, añadió—: Iremos a un lugar donde no os deberéis preocupar por nada, a salvo de la milicia y los magistrados.

Sin más palabras, cargaron a Serlan encima del carro e hicieron subir a Sara, para, inmediatamente, dirigirse a buen paso hacia la salida de la ciudad. Pasaron por delante de puertas y ventanales cerrados, fachadas negruzcas y tristes, dejaron atrás plazas fantasmagóricas que Sara no recordaría. Aquellos hombres conocían bien a los guardias de la Puerta Norte.

Dejaron atrás las murallas de Nueva Vamurta. Serlan se tambaleaba, inerte bajo las mantas que lo cubrían en la caja del carro. Sara observaba, casi liberada, el paisaje nocturno que se fundía como un sueño, en el que apenas distinguía algún caserío iluminado por las débiles luces de aceite que colgaban de los brazos de esos porteadores. Allí vio el reflejo de las llamas sobre los troncos plateados de un grupo de chopos, el viento silbando entre su ramaje.

Más adelante pasaron por un estrecho valle, luego alcanzaron una extensa llanura, las manchas ocres de los prados desvaneciéndose de

nuevo en la oscuridad. Recorrida una buena distancia, con el amanecer asomando detrás de una sierra lejana, Sara entrevió puntos de luz en medio de los campos que estaban cruzando. A medida que se acercaban se fue perfilando una larga fachada de piedra, de dos plantas, fortificada por torres de defensa situadas en cada uno de los extremos. La gran puerta de entrada estaba flanqueada por dos enormes columnas, rematadas con sendas esculturas de piedra, que sobresalían de la línea de la azotea, casi flotando en la oscuridad del cielo. También vio con claridad hombres armados, apostados en la entrada y tras las almenas de las torres.

Los hombres que los habían llevado hasta allí estaban agotados y, al traspasar la puerta, desaparecieron. Los centinelas trasladaron al conde hasta una amplia habitación en la planta baja, en la que ardía un fuego que animó a la chica. Sobre una mesita baja les habían dejado un gran plato con fruta. Los guardias, una vez hubieron descargado al conde sobre unas pieles que cubrían el suelo, se retiraron y los dejaron solos.

## 14
## La señora de las nuevas tierras

El canto de los pájaros repetido de árbol en árbol despertó a Sara. La luz de la mañana entraba por las rendijas de los postigos mientras el conde dormía ajeno a todo. La joven apoyó la cabeza sobre el pecho de Serlan y escuchó su corazón que latía tranquilo y regular como si no quisiera recordar los excesos de la noche anterior.

Por primera vez desde que llegaron a las nuevas tierras, Sara percibió la dulce quietud del mundo. Hasta la habitación llegaba un murmullo constante y el canturreo de alguien que trabajaba cerca. Al abrir las ventanas descubrió que el aposento miraba al patio interior de aquella gran villa, un jardín largo en el que crecían rosales bien alineados, narcisos en flor como manchas de luz, e hileras de setos recortados que creaban suaves geometrías. Un camino de losas dividía aquel espacio y conducía hasta una fuente circular que ordenaba aquel pequeño paraíso. Sara sonrió. El surtidor se emergía del centro de un mosaico en forma de estrella, que para los adeptos a Onar, representaba la creación del mundo. Cuatro grandes magnolias remataban las cuatro esquinas del aquel vergel cerrado, en el que también se veían mimosas y algún limonero que evocaba los de Vamurta.

Un sirviente entró llevando agua y una tabla de madera repleta de quesos y tortas. Detrás de él, se presentó un hombre ataviado con una túnica blanca. Se acercó y examinó al conde, que parecía despertar lentamente.

—No tenéis más que contusiones, rasguños y la muñeca torcida. Señor, podéis levantaros, si así lo deseáis, y tomar el desayuno.

—¿Dónde estoy? —preguntó Serlan, haciendo un gesto de dolor al incorporarse.

—En la casa de una poderosa señora y también amiga —respondió aquel cirujano—. No os debéis preocupar por la condena. A pesar de no estar muy lejos de la capital, se podría decir que la jurisdicción de la Asamblea llega hasta aquí, pero algo adormecida.

Los dos hombres se retiraron. Sara probó los quesos, un manjar delicado para su paladar, acostumbrado a la comida del barco y a las restricciones. El conde bebió casi toda el agua de la jarra de un trago, y se unió al desayuno. El sol iluminaba las paredes encaladas de la estancia, calentando el aire. Todo a su alrededor parecía sosegado, como si por un hechizo o por un favor de los dioses el violento mundo que habían conocido hubiera desaparecido allá, en la distancia.

A pesar de su cara magullada, Serlan De Enroc parecía haber

olvidado su paso por Nueva Vamurta. No comentó nada, no preguntó nada, ni mencionó cómo habían sido trasladados hasta allí. «Quizás un gran señor no debe dar explicaciones», pensó Sara, que miraba a su protector con una mezcla de alivio y decepción por toda la estupidez que demostró en la taberna.

Poco después recorrían la villa junto a un mayordomo mayor que los guiaba. La construcción era a la vez residencia, fortín y un centro de producción. La belleza se conjugaba con los usos militares que Serlan no entendió, ya que no había fronteras cercanas. Algunas estancias y gran parte de los espacios subterráneos no les fueron mostrados. El conde se sorprendió de las dimensiones del conjunto, que incluían talleres, silos del grano que crecían en las grandes extensiones que rodeaban la villa, bodegas, un pequeño templo, forjas y grandes habitaciones para albergar un pequeño ejército, entre muchos otros anexos. El lujo y el refinamiento se concentraban en los espacios reservados para los invitados y los aposentos que ocupaba la misteriosa señora, que los iba a recibir esa misma noche.

En uno de los sótanos, visitaron una amplia sala de baño de aguas calientes, también un comedor digno de una recepción condal y un salón abierto al jardín interior con funciones de biblioteca y sala de música. En esos espacios se podían ver magníficos muebles de roble y ébano tallados por ebanistas dotados, grandes centros de flores, tapices cubriendo la piedra de muchas paredes, cuadros de paisajes en pasillos y salones, esculturas de hombres atléticos, lámparas de plata... Grandes ventanales alegraban esas salas silenciosas, en las que apenas vieron a unos pocos sirvientes. El conde no podía dejar de preguntarse de dónde procedía tanta riqueza.

Pasaron el día descansando en su habitación, paseando por campos de trigo maduro y viñas cargadas de uvas oscuras, discretamente vigilados. Bien entrada la tarde, se les comunicó que cenarían con la señora. Los sirvientes les entregaron ropa adecuada para la cena y el conde, a pesar de estar en un lugar parecido a lo que debería ser el paraíso, se alarmó por haber recibido tantas órdenes en muy poco tiempo.

****

Los restos del ejército condal habían sido repartidos por las distintas ciudades de las colonias y muy pocos permanecieron en la capital. El capitán Álvaro y algunos de sus soldados fueron destinados a la ciudad de Nogrog, la última de las urbes de los hombres grises, situada en el noroeste, por donde se deslizaba una frontera imprecisa entre las tierras de los vesclanos, al norte y los Hombres Rojos, al este

y sudeste de la ciudad.

El capitán, aunque tutelado, había sido designado como magíster de la guarnición de Nogrog, y también, le encomendaron la creación de un nuevo cuerpo, el de los Límites, formado por milicianos y civiles, con la esperanza de impermeabilizar aquel sector de los ataques y saqueos perpetrados por una mezcla de vesclanos y hombres grises provenientes de las tierras de nadie. Además, debía vigilar permanentemente las tribus de los Hombres Rojos, aún perjudicadas y ofendidas por la pérdida de tierras de pastoreo provocada por el constante crecimiento de las colonias.

Hasta Nogrog le habían llegado nuevas de su antiguo señor y de sus camaradas. Tras el juicio muchos aseguraban que el conde había sido asesinado discretamente por orden del Consejo, otros afirmaban que había huido y algunos decían haberlo visto en Nueva Vamurta. Acerca de sus compañeros de armas, el capitán sabía por otros oficiales de las milicias, en qué ciudades y castillos habían sido destinados los suyos y también tenía conocimiento de que el capitán de la flota y Ricardo Ams habían quedado varados en Nueva Vamurta, encuadrados en la pequeña flota de las colonias, ahora muy reforzada por las naves condales requisadas. Ermengol parecía, de todos ellos, ser quien había recibido un mejor trato. Médico y hombre de ciencias, había sido respetado y se le había encargado velar por la salud de algunos de los grandes jerarcas de la capital, que no habían desaprovechado la oportunidad de ser tratados por un médico tan ilustre.

En aquellos tiempos de cambios, pocas energías y tiempo le quedaban al capitán Álvaro para pensar demasiado. Recordaba el día de su partida de Nueva Vamurta. Recordaba cómo, triste, contempló los grupos de refugiados, sus gentes, que se dirigían en todas las direcciones a la búsqueda de un lugar y de pan. Hacia todas partes, hacia el oeste, cruzando el río Trieda, hacia el norte, siguiendo el camino de Moltora, y hacia el oeste, por el camino de la costa que lleva a Villagió.

Vistos desde lejos, cubiertos de harapos polvorientos, sucios, avanzando encorvados por el peso de los fardos, sus antiguos paisanos más parecían columnas de condenados. Gentes que, al pasar por delante de las granjas, levantaban la cabeza un momento para mirar con avidez las gallinas y los cerdos, bajo el peso de los fardos en los que transportaban todo lo que habían podido recoger de sus antiguas vidas. El capitán se consolaba pensando que aquellos pobres hombres y mujeres habían tenido una mejor suerte que los que no habían podido huir.

Recordaba su columna de milicianos marchando hacia Nogrog, levantando una nube de polvo. Durante el día hacía calor y resultaba

desagradable respirar esa mezcla de arena y aire caliente que les quemaba el pecho. Siguieron primero en dirección este, por el camino de Belkasa, por la costa blanca y brillante frente al mar, para alcanzar el Castillo de Formic, la última posesión de las colonias antes de penetrar en territorio de los Rojos. Al cuarto día giraron en dirección norte para llegar, en la séptima jornada de viaje, a la pequeña ciudad de Nogrog, al sur de la sierra del Montebut.

Por los caminos y en las aldeas, Álvaro recogía nuevas preocupantes. El alud de refugiados y una cosecha un tanto pobre habían propagado hambrunas por todo el territorio. «Cuánta comida debieron malgastar en las celebraciones y cuánta se pudo haber repartido», pensaba el capitán. El Consejo de las colonias se había visto obligado a comprar trigo a los puros y a los sufones. A pesar de estas medidas de urgencia, el precio del pan casi se había duplicado y eran muchos los que no podían comprarlo a diario. Demasiadas bocas. Se decía que cuando el sol ardiente se escondía, los caminos se vaciaban. Se oían historias terroríficas. Nadie se fiaba de la hospitalidad de los desconocidos, ya que llegaban rumores sobre grupos de hombres, con mujeres y niños, que invitaban a los refugiados y viajantes a una sopa caliente. Los desviaban de los caminos hasta hacerlos descansar en sus campamentos. Se decía que sonreían y eran muy amables. Y esperaban que sus invitados fueran vencidos por el sueño y era entonces cuando actuaban. Desaparecían grupos enteros entre los que huían.

A medida que la columna del capitán fue alejándose de la capital, veían menos grupos dispersos. Los exiliados se organizaban en una especie de largas caravanas del hambre. Las puertas de villas y caseríos se cerraban por la noche, y si el pueblo era un poco grande, se organizaban patrullas de hombres armados. Las madres ya no dejaban a sus hijos ir a jugar lejos y no había gatos y perros sueltos por las calles y en los campos.

Las colonias sufrían tiempos difíciles, momentos de ostracismo y cierre, en que algunos volvían a negar a los dioses y postulaban que el mundo giraba en torno al hombre gris. Proliferaban las sectas y nuevos cultos. Se hablaba de una armonía y una paz para siempre perdidas, y en el desespero del hambre, muchos recordaron la figura de Serlan De Enroc y el condado.

*Nueva Vamurta, 1143 VC. Novena luna de invierno.*

*Estimado capitán Álvaro.*

*Esta es la primera carta que os escribo, ahora que sé dónde os puedo enviar la misiva. Debéis disculparme. El mercader que os la ha*

*entregado es un hombre de mi confianza. Viaja por todas las ciudades de las colonias vendiendo y adquiriendo telas. Así, no os debéis extrañar si el próximo escrito tarda en llegaros u os llega muy pronto. No puedo hacer uso del correo del Consejo ya que es seguro que la correspondencia entre dos antiguos sirvientes del condado sería leída.*

*Vivo, como quizás sepáis, en Nueva Vamurta, muy cerca de los poderosos de estas tierras. Cuido de algunos consejeros y de sus familias, de los sacerdotes y de los oficiales de alto rango de la milicia. No, no os inquietéis. No he caído en la tentación de hacer mías sus ideas. Los desprecio discretamente. Dicen que gobiernan para el pueblo y su único afán es engordar más y más sus bolsas y cerdos, su poder sobre los hombres. Son corruptos e innobles. Están el viejo Matrol y algún otro, que en el fondo se diferencian del resto. ¿Qué os puedo decir? ¿Era mejor nuestro gobierno? No lo sé. El conde era la esperanza, y la vieja Ermesenda, toda la injusticia de un condado en el que los mejores emigraban.*

*Vivo afligido lejos de Vamurta, lejos de los míos. Me pesan los días y los recuerdos me hieren porque el presente solamente me subsiste.*

*Yo, Ermengol, quizá por mi antigua condición de sacerdote de Onar, hace años que contemplo el alma de los hombres grises, y no me engaño y os puedo jurar que esta no es mi casa, que yo no soy de aquí. Tampoco os quisiera apenar demasiado. Suficientes castigos debéis sufrir vos mismo...*

*Pero aún hay esperanzas. Escuchad lo que os digo: Serlan De Enroc no está muerto. Los espías del Consejo saben dónde se encuentra. Sano, entero, bajo la protección de una mujer, quizás de la persona más poderosa de las colonias. Con más poder que el viejo Matrol y que el magíster militum, vuestro superior. Vive en su villa, no muy alejado de la capital, con esa chica, Sara.*

*Sigo con grave preocupación las voces que llegan y hablan del conde. ¿Qué debe de querer una poderosa como ella de un hombre defenestrado? Es secreto absoluto. El Consejo está muy inquieto, ya que esta noticia podría llegar al pueblo.*

*Ya lo habréis oído y visto, pero los desórdenes que se esparcen por las colonias son realmente graves. No hay grano. Los que trabajan quizás crean que así tampoco puedan asegurarse el trigo. Temen que el conde pudiera capitanear un partido contrario al Consejo y aumentar sus fuerzas con todos los desesperados, entre los que se cuentan antiguos nobles y soldados de Vamurta.*

*Hay una segunda esperanza. Son todos estos que hablan de fraternidad. Sueñan con un nuevo sistema de reparto de la tierra, hablan más del hombre gris y menos de los dioses, hablan de justicia. Hoy son pocos, pero el sufrimiento que se vive en la capital y en otras*

*ciudades hace pensar que crecerán como las espigas de trigo, que tanto faltan, en primavera.*

*Bien, amado amigo, os enviaré un nuevo escrito con nuevas, tan pronto como mis enfermos me lo permitan. O aún tardará más. Me llegan señales y rumores sobre que se piensa en mí para una delicadísima misión. Los embajadores de las colonias en las capitales de las otras razas, nunca han sido bien recibidos ni escuchados. Los últimos en tierras de los sufones desaparecieron sin dejar rastro. Inquietante, ¿verdad?*

*Hablan de que represente a las colonias. No estoy vinculado a ningún partido del Consejo ni tengo tierras u otros intereses. Soy neutral y en el Consejo opinan que es esto precisamente lo que más pueden apreciar los sufones, los vesclanos y los Hombres Rojos. Dicen que pronto partiré con una pequeña guardia hasta más allá de las fronteras.*

*Si parto os haré llegar un aviso de viva voz, no tendré el tiempo que se necesita para una nueva carta*

*Dadme noticias vuestras, os lo ruego.*

*Ermengol.*

## 15
# Una nueva oportunidad

Una gran pila de leña se consumía con estrépito, acentuando el silencio y la incomodidad con la que el conde y Sara esperaban a su anfitriona, sentados en una mesa alargada, sembrada de velas. Luces pálidas y anaranjadas, sombras sobre la piedra de los muros desnudos, que convertían la espera en un hastío interminable. Aparecieron dos criados que llenaron sus copas con un vino aromatizado. Poco después entraba la señora, sonriendo, enseñando las palmas de sus dos manos delgadas, en señal de bienvenida. Se acercó al conde para besarle las manos, moviendo su cuerpo ágil y esbelto, cubierto por una túnica que oscilaba sobre su carne como una hoja temblorosa.

Sara se sorprendió de que alguien de las colonias de dirigiera a Serlan utilizando los viejos ceremoniales de Vamurta. Serlan reaccionó alzándose y ofreciendo la silla de honor a su anfitriona.

—Señora, os lo ruego, por favor.

—Gracias, noble señor. Mi nombre es Leandra y como ya debéis saber, soy la señora de esta casa bendecida por Onar. Vos debéis ser Serlan ¿y tú debes ser Sara, verdad?

—Así es, señora —contestó la muchacha con voz quebradiza, intimidada por la fastuosa presencia de Leandra, que como un perfume intenso, llenaba todo el espacio. Los cabellos negros ensortijados, eran recogidos por una diadema de plata en la que brillaba una línea de esmeraldas. En los brazos finos y atléticos, se reflejaba el fulgor de dos grandes brazaletes de oro, seguramente extraído del Alto Crayón. El rostro, anguloso, aunque marcado por el tiempo, mostraba una extraordinaria belleza otoñal. Sus enormes ojos grises estaban puestos sobre un halagado Serlan, impresionado y agradecido por ser tratado como correspondía a su estamento, por alguien que también ostentaba una alta posición.

Leandra volvió a sonreír. Como sabría Sara con el tiempo, sonreír no significaba nada más que una forma de estar para aquella mujer opulenta, y bien podría ordenar el descuartizamiento de alguien con una de sus sonrisas amplias y cálidas.

—Es esta una noche muy especial para Villalaia, casi nunca nos visitan unos huéspedes tan distinguidos. Para honraros, he hecho cocinar las mejores viandas y se han abierto vinos valiosos. ¡Ah! Y las voces de dos doncellas nos acompañarán durante la velada.

Efectivamente, la cena estaba a la altura de los mejores banquetes de la corte de Vamurta. Sara observaba cómo la señora y el antiguo conde se trataban con una sorprendente naturalidad y pronto

comprendió que se entendían con fluidez, en parte debido a que Leandra sabía intuir los sentimientos de Serlan y sutilmente conseguía que el conde se sintiera otra vez importante, como alguien que los dioses han señalado entre los hombres.

Hablaron de muchos asuntos durante el ágape, mientras brindaban por cualquier razón y se deleitaban con la variedad de los platos que les iban sirviendo. Leandra les explicó de qué modo había conocido la situación del conde a través de sus hombres en la capital de las colonias, los motivos por los que había decidido intervenir, una vez tuvo noticias de la injusta sentencia que pesaba sobre él. Habló sobre sus problemas con los mineros en una de las mayores explotaciones de aquellas tierras, de sus siervos adscritos a los campos...

Las doncellas susurraban melodías, endulzando la noche y haciendo emanar la melancolía del corazón del conde. La señora de Villalaia no perdía la ocasión para mostrarse interesada en él. Lo hacía hablar, conseguía que su voz y sus gestos volvieran a ser firmes. Serlan narró su periplo por las nuevas tierras, desde que desembarcaron. Leandra dejaba caer su mano sobre la del conde mientras este le explicaba su cautiverio, se incorporaba y reclinaba su cuerpo dejando entrever sus pechos, como dos copas de cristal, acercándose a Serlan cuando él enumeraba las humillaciones sufridas durante el juicio. Leandra miraba fijamente sus ojos oscuros, adoptando el papel de una aprendiz avanzada iluminada por el maestro, añadiendo con sus labios finos y alargados una ligera sonrisa cuando la ocasión lo requería. También trataron acerca de la situación de las colonias, de cómo el Consejo de los Veintiuno mandaba y ordenaba sobre la población, excepto sobre ella y otras dos poderosas familias, los principales acreedores del gobierno sobre los que, en realidad, los magísters no tenían dominio alguno.

—Son una panda de cretinos, ávidos de poder, de riquezas. Aunque sé cómo tenerlos contentos; al fin y al cabo ostentan la supremacía militar en este territorio. Yo misma tengo en mi mano a cinco miembros del Consejo y otros me deben demasiados favores. Y así conozco y tengo peso sobre las decisiones allí tomadas. Unos cretinos, querido Serlan, excepto el Alto Magíster, pero al viejo y astuto Matrol le quedan pocos años —comentó Leandra con una sonrisa enigmática—. En esta casa, se reúnen alguna vez, y celebramos fiestas algo especiales, al gusto de estos hombres tan morales, tan justos...

Hacia el final de la cena, Sara sintió que se dormía. El poco vino que había tomada y las dulces melodías de las doncellas le provocaron un gran sopor. Las notas sutiles, acompasadas, canturreadas unas y otras con voces cristalinas, la habían alejado del momento para

llevarla al lugar donde había sido feliz, antes de la guerra, cerca de sus amigos y sus padres. Ni Serlan ni Leandra la miraban. Hacía un buen rato que nadie le preguntaba nada. Casi no había abierto la boca en toda la cena. Así, adormilada, se disculpó y se retiró a la nueva habitación que le habían asignado.

Leandra, pasados unos pocos días, había consolidado su relación con el conde. Le pidió que capitaneara y diese una mejor instrucción a los hombres de armas de su casa. Las tierras, los intereses de aquella mujer, llegaban más allá de los límites de la gran villa, y ella había dicho que no siempre se podía contar con la milicia para defenderlos. Tierras de cultivo junto a las fronteras, frutales, bosques para la madera, la caza y la miel, talleres, forjas, minas de cobre y hierro al pie de la Sierra Donera, fincas en las ciudades, rutas de comercio entre las urbes grises y también de larga distancia, con las otras razas. Junto con los administradores de aquel imperio, Serlan se convertía en el caudillo de ese pequeño ejército privado que día a día crecía con los desesperados que no contaban con un lugar en el que dormir y, acaso, morir.

Leandra también decidió que Sara debía recibir instrucción, no en el uso de las armas, como quizás ella hubiera preferido, sino musical y de buenas costumbres, materias que incluían lectura, escritura, matemáticas, canto e instrumentos y el saber estar entre gentes de alto rango. Las clases eran monótonas y repetitivas. Primero canto y laúd, al día siguiente clases de lectura, en las que era alumna avanzada, al otro, escritura, y así una vez y otra.

El aire frío empezó a aparecer antes del anochecer. Al salir de la cama con las primeras luces era necesario cubrirse con una camisa de tela gruesa o con una capa, y no era hasta media mañana cuando los hombres y mujeres se desprendían de las ropas de abrigo. Fue en una de esas primeras mañanas frías cuando Leandra se despidió. Debía visitar otras villas y hacer tres noches en el Castillo de Balhendido, cerca de la frontera con los Hombres Rojos, allí donde la Sierra Donera bajaba hasta ser poco más que una humilde hilera de dientes de sierra. Leandra se veía también con la obligación de atender asuntos en sus casas de comercio de la capital. Sirvientes, soldados y mayordomos, además de Serlan, esperaron en la puerta principal para despedirla.

—¡Atentos a mis palabras! Durante mi ausencia, Serlan De Enroc será el señor de la casa. Obedecedle como me obedecéis a mí y él será justo con vosotros —les dijo Leandra en voz alta.

Poco después la columna avanzaba en dirección este. El carro cubierto, de cuatro ruedas, en el que viajaba Leandra con una de sus doncellas, era tirado por seis esclavos fornidos y otro relevo de seis hombres los seguía de cerca. Tras ellos, venían cuatro pajes y treinta hombres de armas mandados por un oficial joven de la confianza de la señora.

En aquellos días Serlan creyó que su suerte había vuelto a cambiar. Aunque aquel punto de partida era en cierto modo modesto, volvía a sentirse fuerte, apto para mandar. Cada mañana, poco después del alba, salía por la puerta de poniente de la villa, donde empezaba una explanada de tierra sin trabajar. Allí le esperaba la hueste de Leandra para repetir los ejercicios y movimientos que él ordenaba. Algunas tardes partía con la tropa para recorrer el latifundio, y además de mantener a los soldados activos y vigilar los caminos, hacía recordar a los que tenían derecho de usufructo o a los muchos siervos, quien era la autoridad.

Día a día ordenaba y organizaba con precisión los trabajos del campo y los talleres. La uva negra de carne dulce que se empezaba a recolectar, se almacenaba en una gran despensa de la planta baja, lista para elaborar vino. El trigo, la cebada y los forrajes, una vez segados y separado el grano, se trasladaban hasta profundos silos excavados en el suelo y una pequeña parte se llevaba, periódicamente, a los molinos del río. Las frutas y las verduras se vendían en los mercados de pueblos y ciudades, las legumbres se conservaban en grandes ánforas en los almacenes de la villa, al lado de las cerámicas que guardaban la miel recogida en los bosques. La madera, bien seca, se apilaba en cobertizos anexos.

De los pastos de los valles del norte bajaban bueyes y cabras de los rebaños de la señora. Los animales eran sacrificados y su carne se guardaba en sal o se vendía en la capital. En los campos de levante, en los que crecían algarrobos de tronco mastodóntico, se criaban los cerdos. En los enormes corrales adosados a la villa se guardaban patos, gallinas y codornices que se reservaban para las festividades, aunque muchas aves eran adquiridas por las clases altas de las ciudades cercanas.

Del campo se obtenían muchas monedas y más de las que se podrían llegar a pensar debido a que muchos de los que trabajaban con sus manos la tierra, estaban adscritos a ella. A cambio de unas tristes dos terceras partes de lo que producían, y sin el derecho de abandonar o pedir justicia a un tercero, se les daba una vida de miseria.

Siervos que vivían en cabañas de barro y cañas cerca de la villa, en poblachos donde el invierno era largo y cada año se llevaba algunos niños, viejos y enfermos, dependientes de Leandra.

Esclavos de hecho, por nacimiento o deudas, el peor destino que podían esperar en el complejo de edificios de la villa eran las forjas y hornos metalúrgicos, estuvieran en los sótanos o en los hornos levantados en los cerros próximos, por los que el aire pasaba con fuerza. Allí, pasado un tiempo, todos enfermaban y morían entre grandes dolores en el pecho. En las forjas no todo lo que se fabricaba eran herramientas para el campo o clavos para los maestros de construcción. Los talleres vomitaban armas que eran vendidas en los territorios de las colonias y más allá. Armas apreciadas por todos por su calidad y por su precio menor al de otros mercados.

En ausencia de Leandra, muchas veces el conde pensaba en los subterráneos que no les fueron mostrados. En una de aquellas noches, el conde decidió bajar con el fin de inspeccionarlos, a pesar de que Leandra lo había advertido de que esos espacios quedaban vedados y bajo la dependencia de los mayordomos mayores. Cruzó la oscuridad de los pasillos hasta llegar a la trampilla que daba acceso a las escaleras que descendían hasta los sótanos metalúrgicos. Al levantarla, un intenso fulgor lo iluminó. A medida que bajaba iba percibiendo cómo el hilo de frío de la noche desaparecía y su piel se templaba. Al tocar fondo y llegar al corredor que comunicaba las diferentes estancias, se encontró con un grupo de guardias que custodiaba el acceso. Jugaban a los dados. Sorprendidos de verlo, se incorporaron de un salto y se cuadraron. Serlan les hizo un gesto para que descansaran. Allí abajo se oía el repicar de muchos martillos y el crepitar del fuego.

Entró en el primer obrador que encontró, de paredes ennegrecidas. Dos grandes hornos de carbón fundían hierro en bruto, que se amontonaba en grandes pedazos irregulares al lado de sus embocaduras. Tocados por el resplandor de las llamas, el conde observó un grupo de fogoneros, sucios de hollín; siete hombres desnudos de cintura para arriba, que alimentaban los fuegos y hacía funcionar las grandes manchas que proporcionaban aire para la alta combustión que necesita el acero.

El aire de la forja era muy espeso, de un olor especial, parecido al del azufre. Un aire que se adhería a los pulmones como miel. Los herreros tosían. Vio cómo en un extremo de la sala se vertía el contenido de las crisálidas en una hilera de pequeños moldes en forma de punta de flecha. A continuación, los herreros se daban prisa para enfriar el acero incandescente con un líquido ocre. A golpes de mazo acababan por dar la forma a las puntas y solo quedaba pulirlas y afilarlas. Sobre otros moldes el metal fundido rellenaba el perfil de cascos planos, otros cilíndricos, corazas de dos piezas, espadas y también herramientas largas para otros fines. Serlan avanzó unos pasos. El calor resultaba insoportable. Uno de los hombres que

golpeaba sobre los moldes lo miró. Sus ojos hinchados delataban un prolongado cansancio. Se dirigió hacia él, secándose el sudor que le resbalaba espalda abajo.

—Señor, ¿quería alguna cosa? —gritó el hombre, haciéndose oír en el retumbar del obrador.

Serlan explicó que visitaba los talleres. Se sorprendió de que todo aquel espacio estuviera tan mal ventilado y solo hubiera aire directo a través de las largas toberas que alcanzaban la superficie. No conocían al conde ni sabían qué cargo ostentaba en la villa.

—Vivimos y dormimos aquí, enterrados, señor. Poco nos dejan ir allá arriba.

El conde observó a aquel hombre. Parecía joven y al mismo tiempo muy viejo. Tenía los brazos y la espalda de un gigante, la expresión de un moribundo. Su piel oscura, sus ojos rasgados recordaban a los de un murriano. El hombre llevaba una hilera de pendientes en la oreja derecha y el cabello largo y sucio, atado con una cola. Los otros eran de su clan: la misma piel tostada, facciones parecidas, los colgantes idénticos.

—¿De dónde sois? —inquirió el conde.

—¿De dónde somos? —El hombre hizo una pausa como si nunca antes le hubieran planteado esa pregunta—. Somos de una tierra que se une, que se mezcla con la costa, una tierra que juega con las olas, que entra y sale de su madre, la mar... ¿No sabéis quiénes somos aún, señor? Fuimos un pueblo libre, aunque éramos pocos, antes de que los hombres grises nos atacaran y enmudecieran nuestros cantos. Somos algunos de los que quedan del pueblo del mar —acabó, sin esperar respuesta por parte de aquel extraño.

Los pueblos del mar. Sí, había oído hablar de ellos durante la travesía y era un nombre que sonaba en el condado como algo remoto. Allí estaban, allí morirían. Una sensación de culpa recorrió su cuerpo. Salió del obrador y siguió adelante. En un pequeño taller un grupo de mujeres y jóvenes de los pueblos del mar confeccionaban cotas de malla, uniendo pacientemente las anillas una a una. Nadie levantó la cabeza para mirarlo. Siguió por el pasillo, que había sido excavado perforando roca viva y seguía trazando un gran semicírculo más allá, para hallar otras fraguas y talleres en los que los esclavos trabajaban bajo la supervisión de hombres libres que entraban y salían constantemente.

El largo pasadizo moría. Al final encontró una puerta baja y maciza. Tocó con el puño cerrado. Nadie contestó. ¿Qué era aquella puerta escondida? Volvió a llamar. Pasados unos momentos, se abrió una ventanilla adyacente, del tamaño de una mano abierta.

—¿Quién llama?

—Soy el señor de la casa, Serlan De Enroc, abrid esta puerta —

contestó.

—Señor, sed bienvenido. La señora ordenó... la señora dijo que solo abriéramos a los mayordomos mayores. Perdonadme. Soy estricto, lo sé, pero la señora...

El conde explotó. Lanzó maldiciones y amenazó al hombre mientras no paraba de aporrear la puerta. Finalmente, prometió que si no abrían, él mismo la derribaría. El hombre que estaba al otro lado, por toda respuesta, volvió a cerrar la ventanilla. Serlan fue a buscar a los guardias y les ordenó volver con más hombres y alguna gran madera que sirviera de ariete. Regresaron, con un gran tronco partido. Golpe a golpe la puerta fue cediendo. La ventana volvió a abrirse.

—Os abriremos, señor —dijo aquella voz, ahora temblorosa—, si nos prometéis respetarnos... Hemos seguido las órdenes de Leandra...

—¡Calla, perro! ¡Y haz lo que te mando!

Se escuchó el giro del cerrojo. El conde ordenó a los guardias que esperaran fuera y cruzó la puerta. Se encontró en una especie de corredor, de arco de media vuelta baja, iluminado por lumbres de aceite adosadas a la piedra de las paredes. De un lado a otro, hasta que su vista confundía claridad y oscuridad, se levantaban estanterías y diferentes estructuras de madera en las que colgaban armas. Centenares, miles de armas. El conde quedó estupefacto.

El hombre que se había resistido estaba de espaldas a la pared, medio escondido detrás de la puerta, esperando algún tipo de castigo. Junto a él aguardaba otro, muy viejo, que no levantaba los ojos del suelo. Sudaban, a pesar de que aquel impresionante almacén era el único lugar frío del subterráneo. Serlan los miró lleno de desprecio y siguió hacia delante. Vio jabalinas, dardos, miles de flechas. También encontró saetas para ballestas guardadas en cajas. Escudos redondos, otros apavesados, rectangulares, centenares de cascos ordenados por medidas como si fueran cazuelas, los unos sobre los otros. Ballestas, lanzas largas, espadas cortas, otras pesadas. Serlan ya había recorrido media sala. Siguió adentrándose por aquel gran túnel.

Los hombres que le dieron entrada eran dos manchas oscuras al otro extremo del corredor. La escasa luz se reflejaba sobre tanto metal apilado. Había contado suficientes armas para levantar un poderoso ejército de la nada. Aún atónito, continuó examinado aquella inmensa armería. Piezas bien hechas, espadas equilibradas, yelmos con un dedo y medio de grosor forrados con cuero de vaca, ballestas ligeras, algunas con tensores de manivela... «Una auténtica fortuna —pensó el conde—, y una vez vendida, suficiente para corromper, comprar y volver a comprar Nueva Vamurta.»

Colgados sobre perchas, había decenas de hileras de arcos de madera de boj, la madera más resistente y flexible. Cuando llegaba al final de la galería, en lugar de armas ordenadamente colgadas, topó

con decenas de cajas largas bien cerradas. Y cerca de las cajas, se alineaban varios tipos de barriles cuidadosamente sellados. Aquello le llamó poderosamente la atención. Con la hoja de su daga reventó una de esas cajas. Encontró unos tubos largos, envueltos con mimo en lana basta. Al desenvolver uno, descubrió un arcabuz murriano. Quedó perplejo, helado, su respiración se entrecortó, acelerada, como quien, por una casualidad, descubre que su mujer duerme con otro hombre.

Pasó la yema de los dedos por la boca del arma. Un arcabuz, el secreto de aquellas bestias entre sus manos. Sintió cómo la cólera lo inundaba, libre, sin que nada pudiera frenarla, hasta quemarle la garganta. Allí era donde se fabricaban, debajo de sus pies, bajo su cama. Volvió a embalar aquella arma y algunas herramientas que no entendía para qué servían y, tras cerrar la caja, se la llevó junto con un barrilete que contenía ese polvo de piedra que encendía el fuego. Abandonó el arsenal. Antes de volver a su aposento ordenó a aquellos hombres guardar silencio estricto sobre su visita, y a los soldados les mandó volver a sus puestos.

Serlan no quiso explicar nada a Sara. Durante los siguientes días una sensación de pesimismo, de persecución, de haber perdido el favor de los dioses, lo hundió en el barro. Sentía que iba perdiendo la serenidad que había empezado a recuperar desde su llegada a la villa. El desasosiego comenzó a planear sobre sus tardes y noches. Una sombra lo perseguía fuera donde fuera. No habría paz para él.

Supo mantener sus rutinas. Entrenaba a los hombres, haciéndoles disparar las relucientes ballestas apuntando a grandes muñecos de ropa y madera, ordenando cargar, lanza en mano, contra enemigos imaginarios. Se esforzaba para que en la lucha cuerpo a cuerpo, aquel atajo de antiguos milicianos y labradores consiguieran aguantar dos o tres ataques... Al fin y al cabo aquel cuerpo que él capitaneaba ya rebasa los seiscientos infantes, y seguía creciendo. Serlan encontró un buen suboficial en la figura del joven Traeras, hijo segundo de una familia de comerciantes de la ciudad de Tunador, ligada desde hacía tiempo a los negocios de Leandra.

Su esfuerzo por volver a la normalidad no consiguió mitigar aquel primer malestar. Las inesperadas comodidades conseguidas tras ver su vida en peligro en Nueva Vamurta, los pequeños lujos, sí, pero a pesar de ello la sensación de caída crecía y pasados unos días empezó a sentirse sin apetencias. Fue cediendo las labores de instrucción al joven Traeras. Cada vez con mayor frecuencia, el conde se encerraba en la cámara más alta de la torre oeste y se hacía servir comida y vino. Se quedaba largo tiempo oteando los campos, aquellos cuatro árboles que crecían sobre una loma, el horizonte, primero encendido, luego oscuro, hasta que quedaba adormilado o se decidía a volver a su aposento, donde algunas veces encontraba a Sara durmiendo, tras

haber abandonado su habitación y haberle esperado en la suya en vano. Ella, que tan pocas palabras le dirigía, alterada por la recaída de su único amigo. Durante el día, su protegida contemplaba con pena aquel proceso que estaba transformando al conde, su mirada acuosa, sus movimientos cada vez más pesados.

****

El otoño había cambiado el color de las hojas cuando Leandra volvió a la villa. Al mediodía de su llegada se celebró un gran ágape. Los sirvientes habían sacrificado un buey joven al dios Rotras, vigilante y protector de los viajeros. Serlan, los dos mayordomos mayores, algunos de los sirvientes de confianza y los oficiales de la hueste esperaban a su señora para darle la bienvenida. Se sirvió vino dulce, carne bien rustida y condimentada con clavo y pimienta, también el pan más blanco de los hornos de la villa y manzanas flameadas.

Pronto, empezado el banquete, la señora percibió un cambio de actitud del conde hacia ella, pero nada dijo. Sí se interesó por Sara, preguntando por sus progresos en las clases. Quiso saber si se sentía cómoda en su casa. Sara respondió con cansinos monosílabos que tanto molestaban a Leandra, escondiendo de esta manera su verdadero estado de ánimo.

Aquella no fue una comida de bienvenida habitual, una tirantez disimulada pesaba sobre el comedor, a pesar que el día, algo frío, era claro. Solo Traeras hacía notar su voz, glosando las dotes militares de Serlan, explicando lo pobre que había sido la cosecha y quejándose de la escasez del agua que llegaba del cielo. Habiendo acabado la comida y cuando Leandra y el resto de comensales había vaciado sus cañas de tabaco, la señora rogó al conde que se quedara con ella un poco más, ya que, dijo, quería pedirle consejo sobre un grave conflicto que había estallado en una de sus villas lejanas.

Se quedaron solos, ella mirando al caudillo de su ejército durante largo rato. Serlan permaneció al lado de Leandra, rígido en su silla, intentando esconder cómo le incomodaba la situación. Leandra, finalmente, se decidió a hablarle.

—No hay conflicto alguno en las villas. Funcionan con la precisión del sol, tal como yo mando y ordeno —dijo, atenta a la reacción del conde—. ¿Qué he hecho? ¿En qué os he perjudicado yo, que desde que supe de vos no he dejado de favoreceros, yo, que os he dado casa, cargos y, espero, la calidez de una mujer?

—No me habléis como si hubierais recogido un siervo desvalido —replicó Serlan con tono amargo.

—Y pues, ¿en qué os he ofendido? ¿Por qué me recibís con esta expresión gélida que me hiela las manos, el corazón, y me cubre de tristeza?

—Arcabuces —contestó, secamente.

Leandra, por una vez, fue sorprendida. Ambos permanecieron callados, mientras la luz de la tarde languidecía, creando una atmósfera extraña en el comedor vacío. Casi parecían figuras sin vida de alguno de esos cuadros que retratan a la nobleza de los hombres grises. El antiguo conde decidió servirse más vino y volvió a hundirse en sus pensamientos. Arcabuces, Leandra había armado a los murrianos.

—Pensáis que tenéis derecho a la razón. ¿Cuál es vuestra razón? ¿La que ha de prevalecer contra todos, por encima de todos, verdad? Te equivocas, Serlan De Enroc. Tú, los hombres y mujeres de tu tierra, de donde yo también vengo, vivís en el error de la ignorancia, de la soberbia, cerrados los ojos al mundo que os rodea y que no deseáis conocer para así dar derecho a vuestra razón y vuestro fin, y someter a las demás razas.

—Tú, gran señora, ¡has perdido la cabeza! ¡Y la memoria! ¿No recordáis los caídos en la guerra, los inocentes masacrados y esclavizados? Ciudadanos como vos, sin casa, sin tierra, sin aquel lugar donde crecieron sus antepasados, hombres con un pasado consumido por el fuego… Y ahora vagan por aquí cerca… Los he visto en los mercados, en los caminos, pidiendo caridad, lloriqueando, dispuestos a todo por un pedazo de pan que aquellas bestias a las que tú, sí, tú, has hecho más fuertes con armas que escupen fuego, ¡les habéis robado! —La voz de Serlan crecía e iba adquiriendo un matiz cavernoso, pero Leandra no se dejó intimidar.

—Hablas de matanzas. Por lo que yo sé han muerto guerreros, no inocentes. Hablas de bestias —añadió en un tono firme y pausado—. Conozco bien a los murrianos. Ellos aún recuerdan cómo quemabais sus núcleos, cómo no dejabais vida allí donde vuestras armas centellaban. Son una civilización avanzada, Serlan, y en muchos sentidos mejores que nosotros, los grises. Capaces del sacrificio por el bien de los suyos. Ellos se entienden como un todo, por eso os costaba tanto hacer prisioneros. Luchan hasta la muerte y viven su muerte como un honor, un último servicio para el pueblo… Tan diferentes somos. ¡Ah! Y tienen música, Serlan, una música que haría llorar de rabia y placer a los mejores maestros de Vamurta. ¡Han levantado una mejor civilización! Y conocen qué valor tiene el alma de un hombre gris. Saben que un hombre es fuerza para sembrar y cosechar los campos, músculo para extraer el metal de las profundidades. Tienen su cultura y respetan la vida. No creo que lo que había sido Vamurta, la antigua Vamurta, haya sido sometida a sangre y fuego.

La Antigua Vamurta. Aquella expresión retumbaba en la cabeza del conde. Jamás había pensado en su condado como un mundo muerto, que va pasando a las frías manos de la historia, donde será devorada a pequeños mordiscos. La Antigua Vamurta. Él creía poder recuperarla. ¿No era todo aquello el preludio para volver? Pero, realmente, ¿cómo? En aquel momento no era más que el jefe de una insignificante hueste, proscrito a lo largo y ancho de las colonias. Todo aquello, estar ahí, lo estaba deprimiendo.

Se sirvió más vino y se quedó recostado, todo el peso en la espalda, sobre la silla. Escondido en sí mismo, no conseguía concretar ninguna idea y le parecía que todos los acontecimientos de las últimas lunas se entremezclaban.

—Dejad la copa. Las palabras pronto os saldrán confusas y enlazadas, y ya no os podré entender.

Serlan no contestó. Creyó que poco le interesaba toda aquella conversación, ese comedor donde hacía cada vez más frío, las villas, los subterráneos y todos aquellos soldados, ambiciones y traiciones... Agarró la copa y abandonó a Leandra, que lo siguió con pesadumbre en la mirada, viendo cómo aquel hombre taciturno, por el que sentía un alud de sentimientos contradictorios, la dejaba inmersa en la melancolía de aquel otoño inhóspito.

Durante los siguientes días el conde prácticamente no salió del último piso de la torre, que se había convertido en su fortín. Leandra se ocupaba con regularidad de la administración de sus bienes y Sara ocupaba su tiempo entre las clases y la costumbre que había adquirido de pasear por los campos cercanos antes de que el sol descendiera, momento en el que volvía a su habitación.

En aquellas tardes cortas, echaba de menos al conde. No entendía cómo un hombre al que consideraba casi un titán podía transformarse en tan poco tiempo. Algunas veces evocaba el primer recuerdo que tenía de él, seguro y en alerta, como una fiera salvaje, dispuesto a abrirse paso hasta la puerta que lleva al otro mundo a golpe de espada. La había protegido, la había salvado, y a fin de cuentas también le había regalado un nuevo lugar en las nuevas tierras. El conde ya casi no la miraba y era extraño que se comunicara con ella.

Algunas veces Sara se preguntaba qué hacían allí. Contemplaba a su tutor, a Leandra, tan indiferentes hacia ella. Miraba de cerca la miseria que la rodeaba solo un poco más allá de los lujos y la seguridad armada de la villa. Familias de campesinos que cavaban incesantemente la tierra para extraer cuatro raíces, que se vestían con telas que Sara utilizaría para remendar sacos, que vivían en chozas para animales, hechas de delgadas capas de adobe y restos de madera.

Hasta los más pequeños habían aprendido a mirar al cielo con miedo, temerosos de que el agua no llegara o que llegara en forma de piedra. En esos poblados donde era excepcional poder llenar la barriga de toda la familia y donde jamás podrían abandonar su condición de siervos. Gentes que trabajaban la tierra a cambio de la posibilidad de sobrevivir.

Sara había creído que su suerte había cambiado, al igual que la del conde. Y era cierto en parte. A pesar de la profunda miseria de los campesinos, Sara sentía una pizca de envidia, cuando al anochecer volvía de su paseo y veía cómo se encendían las lumbres que calentaban cada una de las chozas.

Al final de una de aquellas mañanas, habiendo finalizado sus clases, Sara salió a la explanada donde se ejercitaba la hueste. Le llamaba la atención los combates cuerpo a cuerpo, a lanza y a espada. Los soldados iban adquiriendo nuevas destrezas y cada vez se movían con mayor disciplina. Entre la tropa, los había que nunca habían levantado una espada y otros a los que poco se les podía enseñar. También gustaba de observar los tiros con arco y con ballesta. El arco requería años de aprendizaje, práctica constante y una notable fuerza. El tiro con ballesta era más sencillo, aunque la carga era lenta y su alcance más corto.

Otro de los motivos de su presencia allí era el joven Traeras. Alto, de largo pelo rubio, la piel gris de aquel oficial era muy fina, casi impropia de un hombre. Sus ojos, de un negro intenso, la miraban con alegría cada vez que ella se acercaba al campo. Sara bajaba la cabeza confundida y lo miraba de reojo cuando Traeras impartía, enérgico, instrucciones, sabiendo que él no la podría sorprender mirándolo.

En uno de esos mediodías claros, Traeras se dirigió a Sara. La joven enseguida notó cómo se ponía colorada, ella que había sido la valiente de su pandilla. El oficial quería saber si estaría interesada en seguir los ejercicios de instrucción.

—Eres aún joven, pero lo cierto es que tenemos pocas mujeres entre la tropa. Aquí las mujeres prefieren la vendimia, donde la paga es parecida... ¿Querrías que te mostrara este oficio?

—Sí, creo que sí —respondió, intentando que el fuego que corría por su cuerpo no llegara a sus mejillas—. Debería preguntar. La señora y el conde tenían otras ideas para mí.

—¡Oh! Tus lecciones. Hay tiempo para todo. Puedes incorporarte a los ejercicios cuando hayas acabado. Lo cierto es que también nos sería muy útil alguien que supiera leer, contar y escribir.

Aquel día, por primera vez, Sara sostuvo una lanza entre sus manos. Le pareció pesada y difícil de controlar. La punta se marchaba muy arriba o muy abajo. Cuando Traeras ordenaba cargar contra los muñecos, a duras penas conseguía rasgarlos mientras los otros los

traspasaban hasta clavar la lanza en el tronco que sostenía a los monigotes.

En los días que continuaron a aquel primer encuentro, Sara percibió cómo una nueva palpitación hacía latir su mundo. Empezó a olvidar las incertidumbres y la desazón que la angustiaban y a pensar en los mediodías que debían llegar, como soles de primavera calentando su piel. Esperaba y a veces buscaba la proximidad de Traeras.

Mientras recibía las lecciones de escritura o las de música, imaginaba el próximo encuentro, imaginaba cómo él la miraría para, después, acercarse para corregirle los movimientos para esquivar un ataque. Imaginaba sus manos fuertes y nudosas, imaginaba cómo su mano tocaría su cuerpo... Cada palabra. En realidad, poco hablaban, y sus breves conversaciones nunca coincidían con lo que ella había soñado. Pero era evidente el trato de favor que el oficial le dispensaba. Estando Leandra ocupada en la administración de sus bienes y Serlan ausente, se sentía por primera vez libre, casi adulta. Como si alguien hubiera abierto una puerta, y afuera encontrara una infinita llanura.

## 16
## Un punto de encuentro

Acarició el lomo del rinoceronte, mientras otros esclavos descargaban las piedras que había traído el carromato. El murriano que lo conducía le dejó hacer, mientras el animal lo miraba de reojo, como si quisiera agradecerle aquella atención. Luego le pasó la mano por el gran cuerno, rugoso y frío. Tras tres días de lluvia, aquella mañana nublada pero sin agua, le pareció más soportable. Un guardia le hizo un gesto señalando las rocas que se amontonaban sobre la explanada frente al castillo, entre los talleres y tiendas de colores de los artesanos. Resopló y volvió a la monotonía de su trabajo, mientras otros hombres hacían las mezclas en unos pequeños fosos excavados en el suelo. Sobre el sonido de martillos, picos y el ruido seco de tenazas, se oían los cantos de ruiseñores, petirrojos y cucos, que aprovechaban la tregua que el cielo les ofrecía. Cuando volvió a alzar el pico, Dasteo sintió una presencia, y al girarse se encontró con un grupo de guardias que lo observaban con indiferencia.

Lo trasladaron hacia el interior de la fortaleza, cruzaron la plaza por el centro, en la que un grupo de reos plantaba geranios sin flor, y penetraron en una de las esferas destinadas a los propios murrianos. No eran muy distintas en su distribución a las celdas de los presos, pero por lo que pudo vislumbrar, cada soldado tenía su propio habitáculo amueblado.

Subieron por la escalinata hasta el último nivel de la cúpula, luminoso. El suelo estaba cubierto por una enorme alfombra circular de esparto entretejido, tintada con ocres y tonos rojizos. De algún modo, aquello resultaba acogedor. Parte de la cúpula tenía funciones de comedor, a la vez que biblioteca y, seguramente, punto de reunión de los oficiales de la fortaleza, a juzgar por la cantidad de planos y pergaminos desparramados sobre la gran mesa redonda que ocupaba buena parte de la sala. A la derecha, se encontraban los aposentos de los oficiales, mucho más amplios que el resto. Abrieron una de las puertas, Dasteo entró en una de las grandes cámaras, bajo la bóveda. Los soldados esperaron fuera.

Un murriano levantó la vista de los pergaminos extendidos sobre una mesa de líneas rectas y limpias. Su espada y una pesada copa de bronce servían para mantener los documentos desplegados. A su espalda, libros, tinteros, punzones, lápices de plomo y plumas de ganso, se amontonaban junto a pequeñas esculturas y vasos pintados, sobre una recia estantería.

—Dasteo —dijo, mirándolo—. Como sabes, soy el comandante de

Orcómeno. Aquí, ya no somos capaces de trabajar más rápido y mejor. Debemos acabar la obra pronto y, para eso, necesitamos a los esclavos. Es una palabra fea, ¿verdad?, esclavos.

El alférez calculó que tenía serias posibilidades de lanzarse sobre aquella espada y cortarle el cuello a aquel que los sometía, antes de que los guardias tuvieran tiempo de reducirlo. ¿Había dejado el arma ahí expresamente? Intuyó que era una prueba de confianza.

—Es un vocablo humillante —contestó, derecho, a poca distancia de la mesa.

Los ojos negros, astutos, del comandante, lo observaban. Parecía divertido con ese encuentro.

—Hay entre los reos hombres y mujeres con oficio. Me han llegado noticias de que entre ellos, hay maestros arquitectos, médicos que podrían ocuparse de los suyos, escribas. No sé quiénes son, está todo sin organizar, necesitamos orden. Debe de haber recompensa, claro, conozco a los hombres grises, ¡he visto su alma!, y puedo prometeros que habrá nuevas. Desde este pequeño aposento en el que estamos, verás nacer una nueva ciudad.

Se levantó y se dirigió hacia el armario situado en la pared inclinada de su izquierda. Extrajo una copa cincelada con motivos geométricos y un ánfora de barro de la que rompió el tapón de yeso. Junto al vino, dejó sobre la mesa una cajita de mimbre. En aquel momento, Dasteo estuvo casi seguro de que en el interior de la vaina no había una espada, que era un subterfugio o que ese comandante había perdido el juicio por completo.

—Necesito un líder, alguien que parlamente con los esclavos, que los organice, que los catalogue por oficios y que distribuya trabajos y descansos. Alguien en quien confiar. ¿Eres hombre de palabra, Dasteo?

Nada dijo. Entendió que tras el horrible encarcelamiento, al poco se le pedía que faltara a su deber, ayudando a engrandecer el poder murriano. La estancia era agradable, sobria y a la vez confortable. Alrededor del castillo, encima de sus almenas, pegados a sus muros, miles de grises ponían sus vidas en peligro cada mañana, cada tarde. Sus vidas valían lo que sus fuerzas, y en esa relación pocas razones podían argüirse. Eso bien lo sabía. Como sabía que podría salvar a muchos, o al menos hacer su existencia más llevadera, si aceptaba el cargo que se le ofrecía.

Con sus manos, de dedos finos, el comandante llenó las dos copas. Dasteo percibió las frutas y la fragancia de las maderas que desprendía aquel caldo rojo hecho con uvas muy maduras, luego olió el rancio aroma del queso. Queso, ¡cuánto hacía que no probaba un bocado! Empezó, sin querer, a salivar, y sus ojos se clavaron en el trozo que había quedado a la vista, tras destapar la caja. El queso sudaba,

cremoso.

—Nada te compromete. Puedes probar estas delicias y volver a tu celda, ser un esclavo más. Otro ocupará tu cargo… Puede ser que tu conciencia te lo agradezca, pero no las mujeres y los hombres aquí condenados.

—¿Dónde aprendisteis la lengua de los grises?

—Y su escritura —contestó, sonriendo, el comandante—. En el oeste, en las colonias. Teníamos muchos asentamientos, de los que apenas quedan unos pocos, hoy. Pequeñas aldeas entre los dominios de las razas, a veces pagando tributo a uno u otro pueblo, o en zonas despobladas, por conquistar. Bajábamos en caravanas de renos hasta las ciudades libres o a las urbes de vuestros, por aquellos tiempos, nuevos asentamientos. Y allí aprendí, en las casas de comercio, vuestra lengua y vuestras costumbres, vuestro modo de entender la guerra. Allí conocí a muchos hombres.

—Esas vasijas, esos libros y esculturas, ¿son vuestros o de la colmena?

—¡No eres tú el que pregunta! —gritó—. ¡Fuera de aquí! ¿Crees que aún mandas el Batallón Sagrado? Antes de que anochezca quiero una respuesta.

Dasteo había golpeado el corazón del comandante. Su alma no era la de un murriano puro, pues se había iniciado en la posesión de riquezas a título privado, como las piezas de arte de los grises y de otras razas que rompían la uniformidad adusta del resto de aposentos murrianos. Aquel comandante no solo aspiraba a servir, con abnegación, a su pueblo.

Pasó buena parte del día arrancando chispas de las rocas que partía, recapacitando. Se encontraba ante un dilema: honor o colaboración. Por cada gota que resbalaba de su frente, una nueva duda surgía. Deseó estar con Amalia, poder compartir su angustia con ella o tratar aquel caso con su antiguo capitán, o incluso con su joven amante, escuchar sus juicios espontáneos y sinceros. Pero ambos hacía muchas lunas que habían muerto. Estaba solo entre los cientos de esclavos, entre los artesanos murrianos que, cerca de él, seguían con los trabajos en sus talleres, sin mirar ni un momento a los grises, sometidos.

Tras comer en el suelo con el resto de condenados de su cuadrilla, casi había urdido un plan. Miró hacia el cielo, blanco, difuminado por la calima del mediodía, y entendió que entre tantas ideas y pensamientos vagos, también podía haber una solución, como bien le habían enseñado los filósofos en la academia de los oficiales del condado. Aún creyó oír la voz de aquellos: «delante, no a la deriva de los lados». Miró a los hombres, a las mujeres mugrientas y acongojadas, comiendo las insípidas tortas de cereales, sucias de

tierra, la bazofia de cada día.

Esperó al comandante bajo el arco de la puerta principal, la que miraba al norte. Una vuelta más baja y larga que la de los castillos de los hombres grises, un túnel corto en el que uno podía cobijarse de los calores del verano. Los dos guardias que lo custodiaban le dejaban pasear arriba y abajo, conscientes de que Dasteo no era un reo común. Por fin apareció el oficial, descabalgando de un ciervo que entregó a un ayudante, dirigiéndose hacia él con pasos muy rápidos. A pesar de ser un murriano espigado, no le llegaba a la altura de sus hombros.

—¿Y bien? —preguntó. Parecía seguir ofendido por la insolencia del alférez, y a penas lo miró.

—Deberíamos empezar por hacer una lista de todos los grises aquí destinados. Saber cuáles son sus oficios. Necesitaré un escriba, por lo menos.

La expresión del comandante se relajó y una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios gruesos.

—Oled, oled y bebed, no sé cuándo probaremos otros —decía Dasteo, pasando la pequeña ánfora con vino a Amalia.

—¡Onar! Su fragancia es deliciosa… Huele a otoño, a bosques dorados.

—Trae aquí, Amalia —pidió Arisas, ansioso por meter su nariz ganchuda en la boca de la jarra. El antiguo escriba, al recibir el vino, dio un buen trago, cerrando los ojos. Después, Dasteo agarró la vasija y también bebió, paladeando el líquido.

—Los hombres no conocéis la paciencia —les amonestó Amalia, sonriendo en la casi oscuridad de la celda, para beber acto seguido.

—Y ahora, ¡lo mejor! Mirad lo que hay debajo de mis ropas, ¡oh!, olisquead y comed queso, amigos míos.

Los de la mazmorra de arriba los miraban a través de los pequeños agujeros de ventilación, envidiando la suerte de aquellos tres. Dasteo los vio.

—Pronto habrá para todos —les dijo, pero no estaba muy seguro de sus propias palabras.

Tras haber cenado copos de centeno hervidos, aquel pequeño trozo de queso les pareció un manjar propio de los dioses. Lo partieron en tres porciones y empezaron a masticar con suma lentitud, temiendo que aquel placer terminara pronto.

—Como os he dicho, creo que ese comandante quiere levantar una ciudad aquí. Algo más que un poderoso baluarte, pretende ser el arquitecto de un mundo nuevo en el que, acaso, tengamos un pequeño papel. Es un murriano distinto, soñador y muy ambicioso, como un hombre gris. E inteligente, sabe que con simples esclavos no logrará

jamás su propósito, necesita otro tipo de trabajo… Quizá, con el tiempo, desee mezclar nuestras culturas —les contó, recordando la pequeña colección de arte del alto oficial—. Es un ser refinado, sin duda. Arisas, ¿aceptarías ser mi escriba?

—¿No sabes escribir, Dasteo?

El alférez calló. Rememoró sus años de academia, en los que junto a la disposiciones de las falanges, ataques por los flancos, y modos de emprender una retirada, los maestros enseñaban a aquellos que así lo querían, las ideas de los primeros filósofos, los postulados de las nuevas escuelas que con el tiempo habían degenerado en disputas brillantes, aunque muchas veces huérfanas de sentido. Por su cabeza aparecieron versos, no únicamente de grises, sino también de otros pueblos, algunos perdidos, aparecieron leyendas y leyes, por unos instantes se iluminaron otra vez las aulas en las que las mañanas eran instantes de placer y sosiego.

—Sé leer y escribir.

—Entonces, ¿para qué me necesitas?

La respuesta sorprendió desagradablemente a quien creía estar favoreciendo a Arisas. ¿Qué le sucedía a aquel muchacho? ¿Qué escondía? Este se levantó y fue al rincón por el que se evacuaba las necesidades y orinó, dándoles la espalda. Aquel ruido exasperó a Dasteo, que se arrepintió de intentar un acercamiento con aquel joven que siempre le replicaba y lo rehuía.

—En las cocinas has hecho algunos amigos, ¿verdad?, no quieres dejarlas. De ahí puedes llevarte algunas raíces —le espetó Amalia.

—¿Es eso, Arisas? ¿Es solo por eso por lo que no quieres salir de tu podredumbre? ¿Por eso tantas noches estás aquí tumbado, con el labio colgando y la saliva cayendo de tu boca sin que ni te des cuenta?

—¿Y quién eres tú para decirme lo que está bien? Un esclavo de Orcómeno, porque no eres nada más que eso. Además, hay cosas que un soldado no entendería.

—¿Cómo qué, Arisas?

—Como escapar de esta jaula, como ir más allá, como sentir lo que ni imaginas que existe —contestó el antiguo escriba, sintiéndose cada vez más acorralado.

—Y además, ya no sabrías vivir sin tus medicinas —dijo Amalia —. Hablas de escapar de esta celda, pero tú no puedes huir de ti mismo, ¿verdad?

En las penumbras de la prisión, apenas se oía los susurros distantes de otros habitáculos y otros prisioneros, el chirriar de alguna puerta, los pasos de los guardias recorriendo los pasillos. Amalia llevaba mucho tiempo preocupada por el joven, al que veía caer en sus sueños inducidos desde que compartían encierro. Dasteo, en sus años vividos, había visto otros como él, incluso había probado alguna

vez ese tipo de tóxicos que le provocaron vómitos y mareos. Sabía que el joven no renunciaría.

—Como escriba tendrás acceso a muchos de los rincones de este castillo. Arisas, muy pocos del Batallón Sagrado eran hombres de letras, aunque sí gustaran de escuchar fábulas y gestas y repetirlas antes de ir a dormir, cerca de los braseros. Para ellos hay reservadas otro tipo de encomiendas. La mía, hoy, es devolver la dignidad a cuantos pueda, pues sin dignidad no recordaremos que somos hombres grises y entonces la derrota será definitiva.

Desde la nueva casa en la que había sido asignado para trabajar, Dasteo escuchaba el inacabable trabajo que tenía lugar a su alrededor. Albañiles murrianos, que no daban abasto, cortaban piedras y levantaban arcos para una nuevo conglomerado de celdas que se erigía al abrigo del grosor de la muralla y entre los espacios vacíos de las grandes esferas. Que aquella raza tenía un concepto muy distinto de lo que él entendía por construir, hacía tiempo que lo sabía, pero que eran grandes arquitectos era algo que descubría día a día.

Con una distribución parecida a un panel de abejas, con grandes celdas circulares en tres niveles de altura, aún con la muralla y el foso por completar, se querían levantar quinientas casas para los esclavos premiados por la habilidad de su oficio o por su buen comportamiento. Se pretendía crear viviendas para conseguir una estabilidad y un futuro crecimiento de la población de Orcómeno. Un complejo sistema de bajantes y cloacas hacía posible evacuar los excrementos, y una red de tuberías, expulsar el humo de las pequeñas chimeneas de cada uno de los hogares, divididos en tres sencillas estancias.

Entre el crujir de los grandes montacargas, como enormes palancas, y las ruedas estiradas, que alzaban más y más piedras talladas, el alférez oyó, detrás de él, a Arisas.

—Dasteo, la lista ya sobrepasa la mitad de los que aquí estamos encerrados.

Se giró para escuchar al joven escriba, sentado en una sencilla mesa cubierta de pergaminos enrollados en los que se recogían, por oficios y destrezas, los hombres y mujeres grises del lugar. El antiguo alférez se acercó a la hoguera, que calentaba la casa, y añadió dos troncos más.

—Antes de que el invierno se agote, deberíamos acabar esta dichosa tarea. Ya tenemos a siete cirujanos, veintisiete maestros de obra, seis arquitectos, nueve carpinteros y cientos y cientos de soldados. Buena parte de los esclavos de todos los territorios están aquí, y apenas tenemos hombres y mujeres que sepan hacer algo más

que guerrear.

—Y aún tenemos suerte de que muchos de las aldeas de Marca no pudieron huir, con lo que descubriremos a otros maestros y artesanos —apuntó Arisas, mojando su pluma en tinta azul.

Sobre el cielo, una bandada de gaviotas pasó graznando y Dasteo no supo si lloraban o se reían de la suerte de los hombres grises. Era cierto que sus condiciones y, sobre todo, sus ánimos, habían mejorado mucho. Incluso aquellos esclavos, la gran masa, que seguían confinados en las grandes esferas, disponían de mantas y pequeños braseros para sobrevivir a aquel invierno que se cernía sobre ellos, y en las comidas se había introducido algunas legumbres, carne hervida en ocasiones, y coincidiendo con las festividades de grises y murrianos, vino aguado procedente de los viñedos del sur de la capital.

—Señor, antes de la próxima luna, habremos concluido las obras.

Dasteo levantó la cabeza, Tzerso y Montal aguardaban en la puerta, abrigados con jubones bastos, propios de unos esclavos.

—Pasad, pasad. ¿Tan pronto habréis acabado el foso? Estas bestias estarán contentas.

—Pero no sabemos qué van a hacer con nosotros cuando todo esto haya concluido —recordó Montal, diciendo lo que Dasteo no se había atrevido.

—¿Vino? —preguntó, y sin esperar respuesta llenó cuatro vasijas de barro cocido sobre la mesa en la que Arisas trabajaba—. Leer el futuro es oficio de brujos y de hombres presuntuosos.

—Yo soy presuntuoso —contestó Arisas, balanceándose sobre su silla—. Los hornos y forjas de Orcómeno están casi acabados. Algunos de los nuestros serán destinados al campo, a labrar nuevas tierras, y otros, cientos de nosotros, serán destinados a Uherské, a morir ahogados con los pulmones bañados en mercurio. Aquí no haremos falta.

Los cuatro hombres guardaron silencio. Ellos, como esclavos con rango, sabían más que los otros. Arisas recibía clases de murriano, junto a unos pocos escribas y hombres de letras, ante la imperiosa necesidad de intérpretes. Empezaba a entender y a escribir aquel idioma construido en dibujos e ideogramas, y había oído a soldados y a funcionarios murrianos hablar sobre el gran yacimiento de mercurio bajo el vientre de un cerro, muy cerca del litoral, a poco más de dos días de camino hacia los desiertos.

—Ayer nació otro retoño —apuntó Tzerso para romper la tensión —. Creo que es el de los del oficio del cuero, una pareja joven, de los primeros.

—Hay más de treinta embarazadas… Y las que llegarán…

A los esclavos premiados se les permitía formar familia, alojados

en el panel de cámaras que se construía, del que Dasteo ocupaba una de las primeras, en la planta baja. A aquellos que fueran maestros o artesanos valiosos, también se les daba un trato preferencial. Médicos y arquitectos grises discutían con frecuencia con sus colegas murrianos, enriqueciéndose mutuamente. Aunque muchas veces Arisas debía hacer de traductor, poco a poco los cautivos empezaban a usar el lenguaje de los amos. Algunos esclavos habían ascendido en la escala social, y unos pocos ostentaban un rango similar al de un oficial, siempre que los asuntos fueran de orden civil.

—Más embarazadas, más esclavos —concluyó Dasteo, mirando el interior de su vasija—. Y eso nos liga un poco más a nuestra condición.

—Exacto —respondió Arisas—. Nuestro alférez a veces me sorprende, porque no siempre tiene su cabeza en un campo de batalla lejano y heroico…

Entre las risas de Tzerso y Montal, y la media sonrisa condescendiente de Dasteo, Arisas añadió:

—¿Y alguno se ha preguntado qué más cosas ocurrirán cuando las obras de la fortaleza se hayan terminado? En mis sueños he percibido otras nuevas. Los sueños se repiten, se aceleran. Los murrianos están preocupados por algo, por sus costas del oeste, por su hogar. Nuestro comandante es muy reconocido por sus habilidades como estratega, y es de los pocos oficiales que entiende cómo luchar con las nuevas armas de fuego.

—¿Lo enviarán de vuelta a casa? —preguntó Montal.

—Y pronto. Dasteo, tú eres el que le tiene mayor confianza.

—Se va otro día en Orcómeno —respondió Dasteo, lacónico, mirando por la ventana oblicua como el sol se escondía tras la muralla —. Intentaré averiguar más.

El antiguo alférez esperaba a Amalia en el comedor de la casa. Vigilaba una gran cazuela de barro en la que calentaba agua para ella, para que pudiera asearse tras una larga y fría jornada de trabajo. Amalia había sido un problema al carecer de oficio, pero sus influencias habían conseguido situarla como aprendiz de uno de los cirujanos grises, trabajo que no disgustaba a su amiga y en el que se sentía un poco útil. Arisas dormitaba en la estancia que habían habilitado como dormitorio, con tres jergones sobre el suelo de piedra. El joven casi no había cenado, como tenía costumbre, y enseguida se había retirado a descansar. Sospechaba que había conseguido otra fuente de suministros para alimentar sus sueños premonitorios, pues lo oía gemir, revolverse y hablar con otros y consigo mismo.

Dasteo se acariciaba sus mejillas, meditabundo. Se estaba bien en

aquel habitáculo. Si se hubiera negado a colaborar, su invierno y el de los grises hubiera sido terrible, a pesar de que tan al sur los vientos soplaban con mayor benevolencia.

—Otra noche fría —dijo Amalia al entrar.

—Sí… ¿Sigue vivo aquel chico? —preguntó, acordándose del joven que el día anterior se había precipitado desde un andamio, mientras subía una caja con argamasa.

La mirada intensamente triste de Amalia fue toda su respuesta.

—Hay judías y un poco de carne hervida.

—Bien. Siguen cumpliendo sus promesas. Al menos esto.

Dasteo jamás había compartido tanto tiempo con una mujer, y se sorprendía de que todo funcionara, él, que siempre tuvo una opinión negativa de ellas. Quizás Amalia fuera distinta o quizás su anterior vida, rodeado de hombres, llevaba implícitas dichas consideraciones.

Mientras cenaba, Dasteo repasaba por enésima vez las listas que Arisas y dos ayudantes que se le habían agregado en otoño confeccionaban. No había duda, cuando el buen tiempo volviera sobre los campos de mediodía, más de la mitad de la población esclava no tendría ocupación. Junto a dos antiguos funcionarios condales, habían previsto desviar fuerza de trabajo a los campos, a las tareas de la fortaleza, a sus fundiciones y talleres, a los molinos harineros de los ríos cercanos. Pero seguían sobrando muchos. Amalia rompió las cavilaciones del jefe de los esclavos, acariciando sus cabellos gruesos, sin que él la hubiera oído llegar.

—¿Me lavarás, Dasteo? Hace ya días que no me aseo.

—Sí… He mantenido el agua caliente hasta ahora.

—Gracias —dijo, abrazándolo—. En días como hoy me siento desfallecer. No solo por el joven muerto. El frío, estos días tan cortos, las noches al calor de la hoguera, me traen los míos de vuelta, los que creo que están y los que se marcharon. Ni siquiera pienso en Vamurta, pienso en los niños…

—Pregunté por ellos, pero en el resto de castillos y aldeas no hacen listas. Tiempo, necesitamos tiempo.

Amalia no respondió y se sentó en el suelo, frente al fuego, el cuerpo recogido sobre sí mismo, sus largos cabellos castaños caídos hacia delante le cubrían parte del rostro.

—Muchas veces pienso en huir —dijo Dasteo, colocando una gran palangana frente a la pequeña chimenea—. Me retiene todo lo conseguido aquí, como hemos mejorado la vida de tantos. La voluntad de los murrianos puede volverse contra nosotros en un suspiro, siempre lo tengo presente.

—¿Yo te retengo?

Dasteo no contestó enseguida. Mientras, ella se desnudaba y posaba sus nalgas anchas en el dedo de agua de la bañera. Dasteo

añadía más, dejando caer el líquido caldeado por la espalda de un gris brillante de su compañera. Afuera, silbaba el viento y el bastión se contraía para sostener la quietud inhóspita del invierno.

—Tú también me retienes —dijo, a la vez que empezaba a frotar la espalda cansada de Amalia.

Los maderos crepitaban en las penumbras de la celda. Ambos parecían absortos en sus pensamientos, un tiempo que les parecía más vívido que sus vidas rutinarias en Orcómeno. Ella cogió su enorme mano y la hizo descender hasta su estómago, haciendo que Dasteo le frotara su vientre duro. Luego la hizo bajar hasta su sexo. Él se detuvo, tenso. Ella cerró los ojos y apretó con más fuerza.

—¿Siempre se ama a quien no se debe?

Dasteo retiró la mano con violencia y se echó atrás, allí donde el resplandor del fuego no le alcanzaba.

—¿No ves que estoy desesperada? En este enorme baluarte, perdida entre sus muros, en sus recovecos helados, vacíos, estoy sola. ¿Qué esperanzas tengo? ¿Cuál es mi suerte? Hacerme vieja aquí, sin mis niños, sin un hombre…

Amalia lloró sin apenas hacer ruido, la cabeza escondida entre sus rodillas, sus pechos apretados contra sus piernas. Dasteo se acercó y besó la llanura mojada y tibia de su espalda. Le echó más agua, y continuó bañándola mientras ella seguía sumida en su tristeza, bordeando los caminos hacia un futuro que se vislumbraba lineal, sin cambios ni ilusiones.

—Arisas dice que pronto habrá novedades en Orcómeno.

—Arisas, ¡Arisas! No lo subestimes, Dasteo —contestó, más serena —. Tiene amigos aquí y allá, se ha ganado la confianza de algunos guardias, empieza a hablar su lengua, y puede interpretar chismorreos y conversaciones oídas al azar. Allí donde va, consigue cierto tipo de amigos, siempre a cambio de algo, por eso tú le inquietas, porque aún no le has pedido un favor. Y es el escriba; puede conseguir que los pergaminos o las tablas de arcilla hablen bien de alguien o de algo.

El alférez empezó a reír. Amalia levantó la cabeza, un tanto perpleja, y lo miró, y ella también se echó a reír.

—Es una comadreja. Nuestro buen espía en la corte de Orcómeno.

—Recuerda, también nos habla a través de sus sueños. Creo que no nos lo ha explicado todo. Quizás fue iniciado en los templos.

—Las profecías son un don, no un aprendizaje. Si de verdad existen.

Se abrazaron. Luego ella se secó y se vistió, cerca de las brasas.

—A lo mejor debería aceptar alguna de las proposiciones que me hacen los murrianos —dijo Amalia, lanzando su melena hacia atrás—. No, no te sorprendas tanto. Pero ¿no has visto nada? Pasas demasiado tiempo encerrado en esta casa con tus listas, planos y ayudantes. ¿No

te has fijado que algunas esclavas sin oficio han sido trasladas a celdas como las nuestras? Es algo reciente. Los murrianos están descubriendo las mujeres grises, mucho más numerosas que esas Reinas, que son como grandes búfalos. Aunque nos siguen tratando como si fuéramos reses. O podría aceptar a alguno de los nuestros. Aún no soy invisible, Dasteo.

Este volvió a reír, ante la ocurrencia de Amalia. Aquella noche decidieron olvidar sus desgracias y pensar que vivían mejor que la mayoría de los condenados, y que seguían vivos, de pie sobre el mundo.

La luz grisácea y húmeda del invierno penetraba en la vivienda, filtrándose a través de sus múltiples ventanas, como pequeños globos suspendidos en la pared abovedada que daba al exterior, en la planta baja de la nueva colmena en la que vivían los esclavos que habían ascendido en el escalafón, rodeados de lo que comenzaba a ser una ciudad fortificada. Mientras Dasteo se servía vino aguado, llegó una esclava llevando rancho para tres, el desayuno. Aquella, levantó sus pequeños ojos verdes un instante, y volvió a salir, cargando el gran cesto de mimbre con el que repartía las raciones. Pronto llegarían. Era el momento de despertar a Amalia y a Arisas.

Poco después, repartió los buenos días entre los recién llegados, el comité de esclavos notables, como los llamaba Arisas, para irritar a Dasteo. Tzerso, Montal, en calidad de jefes de varios grupos de trabajo, uno de los arquitectos supervivientes de la Marca del Oeste, la primera en caer, también un joven cirujano y el maestro albañil de mayor edad, Taros, quien conocía bien el día a día de las obras.

Tomaron asiento alrededor de la mesa de trabajo de Arisas, quien hacía ver que no los escuchaba en absoluto. El antiguo alférez les comunicó la buena noticia. Los oficiales de Orcómeno habían dado su visto bueno para construir dos pequeños templos, uno a Onar y otro a Sira, en las afueras del castillo. Era obligado que los edificios sagrados se construyeran en madera, sin usar una sola piedra. Los presentes mostraron su satisfacción y alegría, excepto Arisas, que los miraba como si el consejo fuera, en realidad, una burla, un cónclave de dementes.

Montal sonreía, pues para un hombre fervorosamente religioso como él, no había mayor dicha que levantar un altar al Padre del mundo. Luego, la joven arquitecto añadió que deberían buscar un suelo firme y elevado, capaz de agarrar los grandes pilares de robles del norte, dijo, que sostuvieran la cubierta.

Tzerso recordó a los presentes que debían crear un nuevo batallón de trabajo. Pronto llegarían las primeras bombardas para los muros de

la fortaleza y sería tarea complicada su descarga y posterior traslado a las almenas.

—Claro, y también podríamos crear cuadrillas de esclavos para que hicieran de blanco —propuso Arisas con una mueca—, así podrían atinar la inclinación de las bocas de fuego.

La única que soltó una carcajada fue la joven constructora, mientras el resto del consejo lo miró con hastío, hartos de sus aportaciones. Tzerso, sorprendiendo a los reunidos, se levantó de su silla.

—Arisas, en Vamurta te habría hecho azotar cien veces. A ti y a otros que, como tú, dañan el buen hacer de los suyos con sus lenguas envenenadas. Pero el joven tiene razón —afirmó, mirando al resto—. Poco nos falta para que los ayudemos a construir nuestros propios ataúdes y que nuestros carpinteros claveteen los maderos de una horca que un día será para nosotros.

—¿Qué habría hecho nuestro señor conde? —inquirió el viejo albañil.

—¿Perder otra batalla? —soltó Arisas, entre las risas de los presentes.

—Señores —cortó Dasteo, dejando de reír—. Primero deberíamos preguntarnos si sigue vivo.

—Es muy posible —respondió Arisas—. Si hubiera sido capturado o ejecutado, lo sabríamos. Para los murrianos sería prueba de su triunfo. No hay nuevas sobre este asunto, nada nos dicen aquellos, señal que escapó en alguna de las últimas naves.

—También lo creo yo, aunque no sé qué habría hecho nuestro señor, al que mis padres respetaban —dijo la arquitecta.

—Y al que yo, Dasteo, respeto. Quizás habría organizado una rebelión, somos muchos, más que ellos. Si consiguiéramos alcanzar la armería de Orcómeno…

—¡Imposible! ¡Totalmente imposible! —dijo Arisas, alterado—. ¿Por qué creéis que nuestras viviendas están agujereadas con tantas ventanas? ¿Alguno de vosotros tiene absoluta intimidad? Nos escuchan y nos vigilan. Son auténticos maestros en este arte. Creemos que nos han otorgado autonomía, que podemos organizarnos entre nosotros, pero no es verdad. Somos los mejores esclavos. El primer movimiento sería nuestra condena a muerte. ¿Creéis que en estos momentos estamos solos?

## 17
## Los desórdenes

La cabeza le seguía dando vueltas cuando consiguió levantarse de la cama. Su cuerpo abotargado se quejaba. Se dejó caer sobre la suciedad de las sábanas. La escasa luz del crepúsculo punteaba la cámara en la que el conde vivía prisionero de sus sombras. Un fuerte olor rancio llenaba aquel espacio. Hacía días que no se aseaba y su ropa se había acartonado, impregnada por sus propios fluidos. Agarró la jarra de vino que había dejado al lado del colchón.

El trago largo lo despertó un poco, haciendo que el intenso dolor en su cabeza fuera más soportable. Respiró. Se acercó a la ventana que dominaba la llanura frente a la villa. Un mar de color terroso roto por manchas verdosas que la amenaza de la noche iba oscureciendo. Dio otro trago largo, notando cómo la aspereza del alcohol lo quemaba y lo arrastraba. Había dejado de quererse. Abrió la ventana y se quedó quieto, dejando que el viento acariciase con sus uñas frías, su piel gris. Mientras bebía frente a la ventana, lo sorprendió un intenso olor a humo. Sacó la cabeza por la ventana y muy a su derecha vio cómo se levantaba una espesa columna de una de las agrupaciones de cabañas de los siervos de la gleba.

Se puso en movimiento sin pensar demasiado. Se ajustó una cota de cuero, se ciñó una daga larga, se calzó con botas duras y bajó de la torre por primera vez en muchos días. Corrió en dirección al incendio por instinto. El vecindario de los siervos estaba demasiado lejos como para cubrir la distancia de una tirada. Se paró, resoplando, percibiendo con mayor intensidad el silencio de la llanura. Le silbaban los oídos y su estómago retumbaba a punto de explotar. Mareado, miró hacia atrás, hacia la casa de su señora. Ningún movimiento. ¿Cómo podía ser? ¿Por qué no acudía nadie? Aquel fuego podía consumir el poblado entero.

Siguió corriendo, dejando un pequeño bosque atrás. Se arrodilló, reventado por el esfuerzo, llenando sus pulmones con todo el aire que podía inspirar. Sudaba vino agrio. Estaba lo suficientemente cerca para distinguir las llamas, que crecían en la oscuridad del atardecer.

Llegó. Una de las cabañas ardía iluminando los rostros de la gente que alrededor de aquel fuego, se lamentaban. Caras destruidas, bocas como pozos de dolor. Al descubrir al conde, retrocedieron. Se acercó, pero aún retrocedieron más. Era evidente que estaban a punto de huir.

—¿Qué teméis? ¿Por qué no apagáis el fuego? —les preguntó. Nadie respondió. Quizás era su aspecto sucio lo que tanto los asustaba

—. Soy Serlan De Enroc, señor de la hueste de la villa. He venido hasta aquí para ayudar.

Una vieja se adelantó a aquel grupo de siervos, situándose cerca del fuego. Miró al conde de la cabeza a los pies y le escupió con violencia.

—¡Tú, tú, Serlan, maldito seas! ¡Que el mal que habita en la tierra te pudra! ¡Que los dioses te abandonen a ti y a los tuyos! —bramó la abuela enseñando una garganta ennegrecida.

Serlan se quedó donde estaba. Se sentía desconcertado, no entendía de dónde surgía esa furia hacia él y dudaba entre desenvainar o esperar.

Los siervos se retiraron hacia la oscuridad, lejos de su alcance. Quedó la vieja inmóvil, delante de las llamas que crecían y se retorcían a cada soplo del viento, crepitando con violencia. Parecía desafiarlo, amenazándolo con sus pequeños ojos negros. Toda la miseria de esas tierras se reflejaba en ese rostro encogido y agrietado como una corteza.

Por unos momentos las llamas se reavivaron aún más. El conde vio una mancha oscura a los pies de la vieja. Un hombre tumbado de lado, atravesado por una lanza, las manos crispadas mirando el cielo. Vislumbró también, arrodillados a su lado, el cuerpo de una mujer doblada sobre el muerto, sus largos cabellos desparramados sobre aquel pecho que ya no respiraba, y las figuras inmóviles de unos niños. Serlan empezó a comprender… Sus hombres habían castigado a aquellas gentes. Quizá aquel hombre no había entregado el diezmo o había robado grano de los silos de piedra de la señora.

La vieja parecía velar su muerto. Se miraron otra vez. La muerte del hombre significaba más hambre y más penurias para todos ellos. No lo podrían soportar. Volvió a la villa lentamente, arrastrándose. Aquél era un castigo necesario para mantener el orden, era seguro que lo merecía. Si un siervo dejaba de pagar, los demás lo imitarían y pronto estallaría una revuelta que perjudicaría a todos. Aquello era lo que todos pensaban y aquello era lo que le habían enseñado.

Sucio y cansado, al llegar a la villa decidió lavarse. Antes tomó una buena comida, la primera fuera de la torre en muchos días. Los sirvientes, asombrados de verlo, se dieron prisa en cumplir sus deseos. Con el estómago lleno se dirigió a la terma. Bajo las bóvedas de la piscina, el aire vaporoso llegaba a ser tan caliente que obligaba a desprenderse de las ropas. Se desnudó y se sentó en los escalones que se hundían en aquel líquido verdoso, relajando su cuerpo bajo las aguas.

Dejó pasar un tiempo hasta que llamó a un sirviente. Siguiendo sus órdenes, este se presentó con un cuenco de lavanda macerada y comenzó a frotarle la espalda, añadiendo de vez en cuando agua tibia.

Serlan se sentía mejor, algo más sereno. Los reflejos de las antorchas levantaban luces y penumbras que jugaban sobre la superficie lisa de las aguas, creando figuras que se deshacían al instante. El vapor le hacía sudar. El penetrante olor a lavanda y aquel calor lo adormilaron, diluyendo los oscuros pensamientos que tanto le pesaban, como una brisa cuando arranca las nieblas del valle. Cerró los ojos, dejando caer su cabeza hacia delante.

Era justo reconocer que aquel siervo tenía buenas manos. Desde que había realizado una pausa para impregnar sus manos con más lavanda, sus movimientos eran más sutiles. Sus dedos resbalaban penetrantes por su espalda entumecida. Desde los hombros hasta los riñones, aquellas manos parecían conquistar su columna de norte a sur, encontrando y rompiendo los rincones más tensados. Levantó la cabeza, estirándose. Al erguirse notó el peso del cuerpo del otro sobre su espalda y al percibir aquella piel cálida notó que los pechos de una mujer descansaban sobre su cuerpo. Se giró, sorprendido, y fue cuando encontró los labios de Leandra cayendo suavemente sobre los suyos. Dudó muy poco. Ella no lo quería, ella no lo quería, no. Inundado de placer se dejó arrastrar junto a ella, que enroscó sus piernas detrás de sus caderas, sentándose sobre su vientre.

Ardían como dos caballos encabritados, encontrándose y separándose al son de un ritmo que iba incrementándose. El conde se sentía superado a veces, y era cuando se dejaba llevar. Casi no percibió que la estaba penetrando, sus caderas cayendo una y otra vez sobre su cuerpo, los pezones endurecidos de Leandra dibujando arabescos, subiendo y bajando sobre su piel. Un éxtasis que lo alejaba de la realidad, una sensación de flotar en aguas templadas. Cerró los ojos y sintió como si una gran serpiente lo estrangulara poco a poco. Todo era líquido, esponjoso. La agarró con fuerza por la cintura y tomó, por primera vez, la iniciativa.

Resoplando aún, el conde hacía correr sus dedos sobre las líneas de ese cuerpo gris medio recostado a su lado, aquella piel tibia y mojada, la cintura de avispa muriendo, abrupta, en la curva de esas nalgas redondas como sandías. Acarició aquel cuello de pájaro, alargado. Leandra se giró, descansando su cabeza sobre las manos del conde, mirándolo fijamente.

—Serlan, Serlan... Cuántas cosas que te he de contar, y cuántas que aún no sabes —le susurró—. Con tu fuerza podemos conseguir que estas tierras vean surgir nuevos días.

Leandra lamió su pecho gris. Bastó eso y su mirada para que el conde se incorporara para disfrutar otra vez de la incandescencia de aquella mujer.

Volvió a asumir sus funciones de capitoste de la hueste. Aquella mañana se despertó en los aposentos de Leandra, bañados por la brillante luz de principios de invierno. Ella ya se había levantado. Encontró el desayuno servido. Queso, pan crujiente, pescado ahumado y un fuerte vino. Mientras llenaba su estómago, le sobrevino la imagen de su amada, su cuerpo moviéndose sinuoso sobre su estómago en brasas. Sonrió, tranquilo, y sorbió ese caldo denso.

Un sirviente lo llamaba, hacía falta partir pronto para recaudar impuestos al suroeste de la villa. Tras organizar una pequeña partida de hombres, fue a buscar a Sara. No hablaron demasiado. Sara lo miraba sorprendida de verlo, y verlo entero y algo animado. Se comportaron como dos desconocidos, pero al conde aquello le pareció un primer paso. Luego se despidió de Leandra con un largo y cálido beso. Partió con un aire melancólico, embrujado por los intensos ojos alargados de la señora.

Recorrieron caminos polvorientos que subían y descendían cruzando cerros de hierbajos y piedras. La tierra era gris y ocre, helada. De vez en cuando veían pasar sobre sus cabezas un águila, punto negro recortado sobre la gran página azul del cielo. A media mañana del tercer día vieron, a lo lejos, grupos de cabañas de labranza diseminadas sobre aquel paisaje duro. Llegaron al poblado a media tarde. No era más que un montón de casas pobres, de planta baja en su mayoría, agrupadas alrededor de un minúsculo templo de piedra gris. Allí los recibió un sargento y sus cuatro hombres. Recogieron los impuestos de la cosecha del verano anterior y volvieron sobre sus pasos, dejando atrás a campesinos temerosos que los observaban con resignación. Durante la vuelta apenas vieron a nadie. El frío había engullido a los refugiados que deambulaban por los caminos buscando algún lugar. Sí se cruzaron con una columna de la milicia, pero lejos de reconocerlo, los soldados de Nueva Vamurta lo saludaron respetuosamente, tal como correspondía al caudillo de la mujer más poderosa de las colonias.

Regresó a la villa recordando quién era. Volvió a ocupar su lugar y reemprendió sus tareas. Los días se acortaban y era difícil encontrar el sol entre el marasmo de nubes bajas que permanentemente ocupaban el cielo. Cayeron las primeras nieves. La vida se replegaba hasta no ser más que una pequeña brizna de hierba sometida a los elementos. Serlan vivía pendiente de Leandra. Nunca antes había estado tanto tiempo cerca de una misma mujer. Ella le dedicaba atenciones y todos los tiempos muertos de aquel invierno riguroso que había paralizado el campo.

El conde no preguntó más por arcabuces y murrianos. En las largas noches heladas compartían un mismo lecho, bajo sábanas

blancas y grandes pieles. Tras las comidas y frente al gran fuego del aposento de la señora, el conde destejía los misterios de aquella mujer. Con el sabor aún fresco de los pasteles de manzana y del vino dulce, tras dejarse ir inhalando los tonos algo amargos del tabaco, el conde desnudaba entre breves sonrisas a su señora, acercando su cuerpo grisáceo al de ella, acariciando su espalda tersa, sus muslos, besándola mientras metía su mano bajo la camisola para palpar la suavidad de sus pechos como pétalos de amapolas y lamer su vientre duro...

Fue en el silencio de una de aquellas tardes de invierno cuando Serlan, a pesar del dolor de sentirse traicionado, fue recordando más y más a los suyos. Su lugarteniente, el capitán Álvaro, sus oficiales más cercanos, Ermengol, su médico al que siempre podía pedir su parecer, y tantos otros que habían quedado por el camino. Preguntada por el conde, Leandra le explicó que muchos habían encontrado un sitio en las milicias. Creía que Álvaro era el comandante de la ciudad de Nogrog, cerca de la frontera este y que Ermengol ejercía en la capital. La señora lo convenció de no escribir a ninguno de ellos, ya que los espías del Consejo podrían deducir dónde se encontraba, ocultándole su verdad. Quería a Serlan a su lado. No quería darle la oportunidad. Un reencuentro con sus hombres podría significar la pérdida de aquel, que ahora parecía florecer de nuevo, como un joven al que han cargado demasiado pronto de responsabilidades y ya maduro, quiere recuperar un tiempo extinguido.

Desde que había abandonado la torre y sus excesos, todo parecía volver a fluir, a encajar, excepto una voz disonante que no le dejaba disfrutar con plenitud de su buena suerte. Respecto a su condena, Serlan acudió a los espías de Leandra, que cada vez le eran más fieles. Estos le informaron de que una parte del Consejo de los Veintiuno conocía el lugar en el que se encontraba y para quién trabajaba, pero nadie se atrevía a intervenir. Unos por estar a sueldo de Leandra, otros por miedo a perder parte de sus jugosos negocios... El Consejo había hecho correr la voz de que el antiguo conde había desaparecido y eran muchos los ciudadanos de las colonias que lo daban por muerto. Arrastrados por la dureza del día a día, la mayoría se ocupaba de sobrevivir.

La población de las colonias vivía un tiempo de fuertes convulsiones. Una mala cosecha había empeorado el suministro de alimentos. Las nuevas almas llegadas de la antigua Vamurta habían roto el frágil equilibrio entre producción y bocas que llenar. El precio del pan había subido vertiginosamente en todas las ciudades y en algunos burgos se habían asaltado los depósitos de cereales y quemado los hornos de pan de la Asamblea. Se había comprado cereal a los sufones e incluso a los puros. Se cultivaban nuevas tierras, sobre todo al norte y al este, cerca de los territorios de los Hombres Rojos,

pero la tierra daba sus frutos tarde, tras años de lucha sorda.

Así, los refugiados no eran bien recibidos. Muertos de hambre, añorados e ignorados, estaban dispuestos a trabajar por nada. La necesidad empujaba a muchos a establecerse en las fronteras, en tierra de nadie a pesar de todos los peligros, y allí, en condiciones muy adversas, plantar su semilla bajo una tierra dura e inhóspita.

La inactividad que llegaba con los grandes fríos sirvió para que el conde y Sara se reencontraran, también. Podían pasar más tiempo juntos. El conde volvía a beber con moderación y ya no pasaba las noches agarrado a su jarra de vino. Durante las tardes oscuras, cerca de la lumbre del gran comedor de la planta baja, Serlan explicaba a Sara la historia de los Hombres Grises tal como a él se la habían contado tantas veces. Serlan, si se encontraba de buen humor, podía cambiar de tema e introducirla en la estrategia, dibujando los movimientos de ejércitos invisibles sobre viejos pergaminos, creando fastuosos ataques por el flanco, repliegues tácticos de miles de hombres con un simple trazo de su pluma… En algunas ocasiones también trataban sobre política, pero en ese arte jugaban tantos factores y resultaba tan complicado entender quién era quién, que el conde caía en flagrantes contradicciones que Sara señalaba entre grandes risotadas.

Una tarde, mientras Serlan narraba como, mucho tiempo atrás, los Hombres Grises habían rechazado la invasión de los Narads, Sara le preguntó por qué habían perdido la guerra contra los murrianos.

—Porque tras la victoria el hombre duerme. Se levanta, come y mira a su alrededor y todo le place —respondió Serlan con expresión abatida.

Muchas veces evocaban Vamurta, sus calles abarrotadas en los días de mercado, la expectación a la puerta del Teatro Condal en las noches de estreno, las salidas de verano a los valles frescos del norte, el aroma de las encinas del bosque por las mañanas... A pesar de la confianza recobrada, Sara no se atrevió a insinuarle su turbación. No porque no quisiera a ese hombre aún apagado, de mirada opaca, sino porque la primera flor que crecía en su interior era delicada, quebradiza, y no quería que otro la contemplara. Traeras respondía a su corazón. Lo llenaba. No le contó al conde que antes del ocaso paseaban hasta que el frío los hacía volver.

Traeras le había regalado un collar de cuero del que colgaba una pequeña pieza de oro, en la que había grabado con poca habilidad la inicial de su nombre. Dos tardes atrás, la había besado. Un beso rápido y ardiente bajo un roble sin hojas. Los labios de Traeras tenían el sabor de las moras de un otoño que se había desvanecido, rendido al frío.

Aquel amor escondía su añoranza y tristeza por sus padres y su

vida pasada en Vamurta. Una sangre nueva corría por su cuerpo quemándola y haciéndola crecer rápido entre los campos nevados, muy a pesar de los ojos vigilantes de Leandra, a pesar de que algunas noches seguía llorando bajo las mantas gruesas de su cama. Estaba transformándose y su cuerpo adquiría contornos de mujer.

El aumento del ejército de Leandra la animó a tomar medidas de fuerza. Incrementó el porcentaje de sus diezmos, que mucho tiempo atrás habían dejado de ser una décima parte, empobreciendo un poco más a los siervos de la gleba. Lo que era un pequeño aumento en la fortuna de la señora se tradujo en cenas de pan duro y raíces en muchas de las inhóspitas cabañas de los siervos.

La señora, además, dispuso nuevos impuestos. Mayores exacciones para cortar leña en sus bosques, para recoger miel y frutos silvestres, subió el porcentaje para moler grano en sus molinos, prohibió la caza en sus tierras... Leandra sabía que sobraban manos para trabajar... Si en las llanuras las nuevas disposiciones significaban hambre y frío, en las minas de la Motena, donde la nieve no se derrite hasta bien entrada la primavera, donde los pequeños huertos de los mineros daban apenas para cuatro cebollas pequeñas y duras como guijarros y donde era indispensable calentar los hogares con la madera de los bosques noche tras noche, el cambio supuso un terremoto.

Los nuevos impuestos sembraron la montaña de miseria y muerte. Muchos niños de corta edad y los más enfermos no aguantaron la severidad del invierno, que penetraba implacable helando los corazones de las casas. Las primeras noticias sobre el malestar en los campos y en las minas llegaron a la villa con el solsticio de invierno. Se enviaron patrullas armadas en todas las direcciones para mostrar el puño a cuantos campesinos y siervos los vieran. La guarnición de las minas de la Motena se reforzó con una docena de arqueros. Las estrictas órdenes de la señora eran castigar en público a todos aquellos que se rebelaran o cometiesen pequeños delitos. Creía que con el tiempo las nuevas leyes serían aceptadas hasta transformarse en costumbre.

A pesar de la severidad de las tasas, nadie pudo prever la explosión de una revuelta general en las minas. Vaciados los graneros y consumida la madera almacenada, pocos fueron los que tenían para pagar los tributos de tala y caza. Las noches eran tan frías que las ánforas de agua se helaban incluso antes de que oscureciera. A los muertos se los sepultaba haciendo añicos las costras de hielo que cubrían la tierra. Cada entierro, que reunía la comunidad de mineros bajo las luces mortecinas del atardecer, era un estallido de rabia. Las madres se tiraban de los cabellos hasta arrancárselos, los hombres se

miraban los pies, impotentes.

Durante una de estas lúgubres ceremonias, una patrulla de la hueste de Leandra pasó cerca del campo sagrado. Sin pronunciar palabra, el gentío se acercó a los hombres armados. Cuando se encontraba a una distancia de tiro de piedra, saltaron encima de los soldados. Esa misma noche, armados con picos y cuchillos largos, los mineros asaltaron la fortificación en la que se resguardaban los hombres de la señora, que dormían en un barracón calentado por una gran chimenea. Dos arqueros pudieron huir saltando por encima de la empalizada. Llegaron, malheridos y con dedos gangrenados por el frío hasta un puesto a dos días de camino de las minas, fuera de sus valles. La noticia llegó a la villa la noche del cuarto día desde la toma del fuerte.

Aquella misma noche, Leandra convocó al Consejo. Serlan y Traeras representaban a la hueste, los dos mayordomos, como administradores, también participaron, junto a su señora. Estaban sentados cerca del fuego de la sala de armas. Hicieron entrar al mensajero y este relató lo que le habían contado los arqueros, uno de los cuales agonizaba cuando el enlace partió hacia la villa. Explicó cómo esa revuelta espontánea y el posterior asalto al fortín habían sorprendido a la guarnición. Los asaltantes debían ser unos trescientos o más mineros y muchas de sus mujeres se habían unido al combate. Todos los hombres de Leandra habían caído, muertos o prisioneros. La señora esbozó una mueca, antes de hablar, clavando sus ojos negros a cada uno de los presentes.

—La tierra nos da la vida. Las minas nos hacen ser fuertes. Sin el hierro y el cobre los talleres dejarían de trabajar y no seríamos más que campesinos acaudalados. Debemos someter a los revoltosos y hacer que vuelvan a arrancar de los pozos los tesoros que nos ofrece la montaña —dijo, haciendo un gesto al mayordomo tesorero para que tomara la palabra.

—Tenéis razón, señora, como siempre que habláis. El mineral que tenemos en nuestra casa nos permite trabajar hasta el deshielo, no más. —Ahora Leandra miraba a Serlan, pero fue Traeras el primero en hablar.

—Señora, tened por seguro que pronto tomaremos las minas. Caeremos sobre ellos como el halcón sobre la paloma y el golpe será tan fuerte que no tendrán ánimo para volver a levantarse contra vos nunca más. Podemos partir mañana mismo, si los consideráis, ¡hacerles pagar con sangre esta ofensa!

—Señora —continuó Serlan—, hay más de mil almas en La Motena. Deberemos emplear toda la hueste y la casa quedará indefensa. El invierno está siendo muy riguroso... Los pertrechos serán indispensables. Permitidme sugerir que la tropa deje la villa cuando

las partidas que custodian las aldeas se concentren en este hogar para poder marchar sin miedo a mirar atrás.

Dos días más tarde se habían reunido suficientes soldados para asegurar la defensa de Villalaia. Los más de setecientos soldados del ejército privado de Leandra habían reunido víveres, agua, vino, mantas, tiendas y todo tipo de herramientas y armas. Los acompañaba un cirujano y dos barberos llegados de la capital, además de un sacerdote de Huab.

La columna inició la marcha en dirección noreste, hacia el extremo oriental de la Sierra Donera. Frente a la entrada principal, Serlan se despidió de Leandra con un largo beso. Luego fue a buscar a Sara. La encontró distraída, buscando con la mirada a Traeras entre el barullo de los hombres.

—¡Sara! —gritó el conde. La cogió por la espalda, pasó su mano rugosa por su cara delicada, de un gris aún joven—. Eh, no te preocupes por tu amigo. No me mires así. ¿Crees que Onar no me ha dado dos ojos? Me parece que este aguilucho sabe demasiado… Atiende. Si me sucediera… Bien. Si no vuelvo, quédate aquí. Quédate aquí y hazte mayor. Tienes un lugar donde dormir y comer y tienes un maestro de artes y ciencia solo para ti. En Vamurta, este era un privilegio de la nobleza y alguno de los grandes mercaderes. ¡Aprovéchalo!

Le dio un beso en la frente y la abrazó ante la enigmática mirada de Leandra.

## 18
## La empalizada

Cruzaron las anchas llanuras ondulantes, marcadas por suaves elevaciones con blancos borrones dispersos en los puntos altos. En algunos cerros surgían árboles solitarios que desafiaban al frío y los azotes del viento, tercos, enraizados a una tierra baldía. La inabarcable franja de cielo azul, brillante, les pesaba. La nieve cubría parte de la hierba seca, aunque el camino estaba limpio. La gente de los campos huía al verlos llegar. La primera noche acamparon cerca de una aldea a la que los siervos solo volvieron tras asegurarles que nada les pasaría. Los hombres cortaron leña cerca de un riachuelo en el que crecían robles y olmos jóvenes. Mientras se preparaba la cena, una patrulla volvió tras haber conseguido abatir un cervatillo y unos pocos conejos. Los perros de la compañía daban vueltas, espumeando excitados bajo las estacas donde los conejos fueron colgados.

Al mediodía del segundo día, el paisaje fue transformándose. Una vez hubieron cruzado el primer paso de la sierra, la desolación de la llanura desapareció. Espesos bosques cubrían los valles que se abrían hacia el este y el oeste. Bosques de hoja de un verde metálico, cargados de nieve. Una hoja que, oscura, se alternaba con los restos de la nevada, rota allí donde asomaba el tejado de algún caserío de piedra. Las copas de los abetos y pinos rojos arañaban una niebla baja que amenazaba con enterrarlos. Hacía frío y parecía que estuviera a punto de nevar otra vez. La luz de la llanura, gélida y limpia, quedaba atrás.

Se encontraban cerca de las minas, a menos de una jornada de camino. Serlan decidió no entrar en el valle, donde muchas primaveras atrás se habían empezado a excavar las profundas minas de La Motena. Los hombres estaban exhaustos. El camino, aunque bien aplanado para facilitar el transporte de los minerales, subía y subía, dibujando anchas eses hacia los pasos de montaña. El conde quería esperar a que llegase la noche, penetrar en el valle bajo su amparo y sorprender a los rebeldes.

—Son muchos, Traeras. En hombres quizás nos superen y entre todos nos doblan en número. No sabemos de lo que son capaces detrás de una estacada y con la gran torre de piedra a sus espaldas.

Levantaron un campamento en un claro, en el interior del bosque, que los hacía invisibles desde el camino. Se prohibió encender fuego. La tropa estaba inquieta, la espera resultaba tediosa. Desde lejos, podrían parecer hombres desahuciados, tiritando, cubiertos de lanas sucias que escondían el fulgor de lorigas y espadas. Sobre el cielo

plomizo no se veía volar a ningún pájaro. Serlan pedía paciencia, más cuando empezaron a caer copos de nieve y el viento se alzó con furor, abofeteando los rostros contraídos de los soldados.

Cuando la luz fue desapareciendo, el conde ordenó avanzar en escuadrones dispersos. Abrían paso los exploradores, con la misión de silenciar a posibles vigías. La entrada al valle fue lenta, atravesando la espesura de los bosques de abetos, enterrando a cada paso los tobillos en la nieve blanda. Una niebla fría fue asentándose entre los árboles.

Finalmente llegaron al fortín que vigilaba el complejo de las minas y su poblado. La gran torre de piedra, rodeada por una empalizada de la altura de dos hombres, lo dominaba todo. La fortificación se levantaba sobre un terreno llano, pedregoso, en el que crecía algún matojo pegado al suelo. Serlan sabía que, en cuanto se aproximaran, serían descubiertos. Un silencio denso flotaba en el aire. Debían mantener la sorpresa y no dar tiempo a que los mineros que dormían en los barracones se desplegaran o se parapetaran en la torre.

Acercaron a la muralla el tronco que les iba a servir de ariete, ataron los hocicos de los perros. Los hombres miraban al conde con desaprobación, no entendían el plan de ataque de un hombre que nunca había demostrado su valía. Solo entendían que se sentían cansados, atenazados por el frío y la noche. Las puntas de los dedos de manos y pies iban perdiendo sensibilidad, las mejillas de los hombres eran planchas heladas.

Se ordenó esperar. Cuando, tras tanto tiempo, llegó el ariete, muchos habían caído en un profundo sopor, rígidos, acuclillados, como estatuas de piedra entre los silbidos del viento, bajo la persistencia de la nevada. Serlan mandó repartir aguardiente en abundancia para despertar el ánimo de lucha. Se apostaron los mejores arqueros, los infantes se movieron, a la vez, otros arqueros tomaron posiciones para cubrir el portalón de la empalizada y evitar nuevas entradas o salidas. Los ballesteros apoyarían el asalto lanzando a corta distancia. El éxito dependía de mantener la sorpresa, causar pánico y confusión.

Los hombres avanzaban con absoluto sigilo desde el bosque hasta la línea donde empezaba el terreno despejado. Una veintena de infantes, los más fuertes, levantaron el tronco rematado en punta. Hombres armados con grandes hachas se situaron a ambos lados del ariete.

Serlan De Enroc levantó el brazo, se escuchó un suave deslizamiento y luego un sonido amortiguado que se repitió. Habían caído las mantas y con ellas la nieve que los cubría. Los arqueros miraron a los centinelas, manchas oscuras recortadas tras el leve fulgor de las antorchas del fortín. Se tensaron las cuerdas para dejar escapar las saetas que buscaron aquellas sombras dormidas encima de

la empalizada. Empezaba el baile. La tierra crujió, toda la columna avanzaba a la carrera haciendo saltar guijarros y hielo. Como un lamento, una voz de alarma se derramó en el fortín. Llegaron hasta la estacada como una exhalación.

El primer golpe del ariete hizo temblar todo un tramo de la muralla. A la vez que el ariete martilleaba, las hachas ayudaban a abrir brecha. Cuando los mineros empezaron a salir del barracón, el conde dio orden de abandonar el ariete y penetrar en masa en el recinto.

El combate se resolvió pronto. Los mineros presentaron combate medio desnudos, usando picos y pocas espadas, desagrupados y aterrorizados al encontrar, sin aviso, una cortina hecha de centenares de sombras cubiertas de acero, mientras, a la vez, caía sobre ellos una lluvia de flechas desde varias direcciones. Los ballesteros de la señora se ensañaban cuando los otros conseguían aglutinarse, mientras los perros de Leandra corrían por el campo de batalla mordiendo y aullando, aumentando el desconcierto general. Rotas muchas lanzas, los hombres de Serlan desenvainaron las espadas y levantaron pesadas hachas, pasando a un ataque que desmembró la débil defensa de las minas.

Sobre la nieve quedaron los muertos y heridos, manchándola con su sangre. Los que sobrevivieron al choque huyeron a su aldea, crucificados por los arqueros que cubrían el portalón.

La tropa estaba excitada por ese triunfo rápido, preciso. El conde solo había intervenido para cubrir a Traeras, que fue momentáneamente acorralado en el ala derecha. Encendieron antorchas para poder orientarse. La niebla se hacía más espesa con el frío y había dejado de nevar. Descendieron del fortín, dejando en el campo de batalla a los médicos, dispersándose para poder rodear el pueblo de los mineros que se encontraba a escasa distancia.

Desde la mezcla de niebla y oscuridad, llegaban maldiciones, gritos, se percibía un movimiento precipitado, como el de una manada de ciervos cuando presiente peligro. Mientras se acercaban, entreveían grupos que desaparecían en la espesura en dirección opuesta a su avance.

Los pelotones de la señora llegaron hasta las primeras casas enarbolando sus grandes teas. No encontraron resistencia en su entrada, como habían temido, ni hombres armados ni casas convertidas en bastiones. Aquello era una huída desorganizada. El conde se retiró con algunos hombres al camino principal para interceptar a posibles fugitivos. Allí no encontraron a nadie, a pesar de llevar a cabo una rápida batida en aquella área.

Cuando ya se disponían a volver al pueblo, un grito desgarró la noche. Serlan escuchó, tenso. Esa voz lo desbordó como la sacudida de

una gran ola. A ese grito siguieron otros lamentos abruptos. Volvieron al pueblo precipitadamente. No se veía un alma por los callejones embarrados de aquella ciudad minúscula construida con piedra, yeso y maderas entrecruzadas sin arte y sin cuidado. Serlan condujo a su grupo de hombres hacia el centro de la villa, encontrando al resto de sus soldados atareados en la búsqueda de botín. Les llegó el hilo de un llanto apagado. Entraron en la casa de donde venía el gimoteo, una casa construida con pocos materiales y la fuerza que da la miseria.

Al abrir la puerta los crujidos se hicieron más audibles. El conde avanzó en las penumbras hasta la sala principal, buscando el origen de aquel estrépito acallado. Encontró a uno de los mineros, agarrando aún una daga, desplomado en el suelo con la frente abierta. Dos niños yacían inertes, cogidos a las piernas del muerto como si estas fueran una última tabla de salvación.

En un rincón vio unas figuras, sorprendidas, que parecían mirarlo. Bajo una de ellas se oía el resuello enfermo de alguien no muy mayor. Se acercó. Vio, aplastada contra la pared, a una mujer de mediana edad, con los pechos al aire y la ropa desgarrada, aprisionada por dos ballesteros que la inmovilizaban por las muñecas. Uno de los niños emitió un ronquido seco y por sus labios corrió un hilo de sangre.

Serlan se acercó al grupo, iracundo, y sin saber muy bien cómo, comenzó a golpearlos con la hoja de su espada, poseído por una rabia ciega. Los soldados huyeron, sin decir nada, abandonando sus presas. El silencio volvió a señorear en la casa. El conde miró a su alrededor, desconcertado, y se marchó de allí.

De una de las moradas de los mineros, salió un grupo armado que se escabulló en la noche, sus propios soldados con los rostros cubiertos, enmascarados. Serlan entró en la casa que habían dejado esos hombres y vio cosas que ningún hombre debería presenciar. Más tarde volvería a ver otros grupos de soldados con caretas, esfumándose. El botín formaba parte de la guerra y era un modo de pagar a la tropa, pero aquello fue un castigo metódico. Se habían dado consignas sin su consentimiento y empezó a entender que en su hueste existía otro círculo de mando. Llamó a dos escuadrones y les ordenó que lo siguieran. Fueron casa por casa ahuyentado a los suyos, dejando tras las puertas toda la desgracia de la guerra. Entre quejidos y correteos, fueron reagrupando a la tropa, cargados con todo lo que habían podido rapiñar, a las afueras del pueblo. Grandes llamas se alzaban encendiendo aquella noche helada como si se celebrara alguna verbena.

Cuando la hueste estuvo otra vez organizada, volvieron sobre sus pasos, hacia el fortín. En los barracones encontraron suficiente vino y comida para calmar sus estómagos y dormir el frío.

El conde decidió dejar parte de la hueste en el fortín, para vigilar

los trabajos de reconstrucción de todo aquello. Uno de los mineros, malherido en el suelo, les confesó la suerte de la guarnición. No habían dejado supervivientes. Los soldados, aun así, estaban contentos y no lo ejecutaron. Habían sufrido pocas bajas y además llevaban consigo todo lo que habían podido robar. En las casas de los mineros no quedaba nada de valor y para ellos aquel sería el invierno más largo.

El viaje de vuelta fue triste, caminando lentamente bajo una perenne lluvia fina que iba deshaciendo la nieve de los caminos, cada vez más embarrados. El conde no levantó la cabeza hasta alcanzar la villa, hundido en siniestras divagaciones.

Al llegar a la hacienda, salieron a recibirlos la señora y su comitiva. Sara los miraba aliviada, saludándolos al lado de Leandra.

Entrada la noche se celebró un gran banquete para conmemorar aquella victoria. Todos felicitaban a Serlan y a Traeras. La señora de Villalaia se sentía especialmente eufórica. Angustiada ante la posibilidad de perder su aprovisionamiento de hierro, y temiendo que la revuelta se pudiera extender al campo, ahora podía estar segura de que nada de eso iba a suceder y de que sus nuevas exacciones serían cobradas. Leandra había cubierto con un manto de espino sus posesiones.

Abrazaba y besuqueaba al conde delante de todos los comensales. Le hacía bailar con ella frente a la gran chimenea del comedor, se lanzaba a sus brazos, alegre. Soldados y funcionarios reían, sabedores de su fuerza en ese territorio, bebiendo y devorando grandes piezas de cordero guisado. En medio de la jarana, había salido a bailar un grupo de danzarinas sacadas de los arrabales de Nueva Vamurta, pero los hombres se reían de ellas, borrachos, y tiraban de sus vestidos, dejando sus hermosos muslos al aire.

Serlan, entre aquel jaleo, se sentía desplazado. Recordaba otra vez cómo sus hombres lo habían abandonado al llegar a las colonias, y ahora sabía que entre sus tropas había un escuadrón que no seguía su mando. Bebía a sorbos, mirando a Sara, que se mantenía silenciosa en un extremo de la mesa principal. La sangre derramada aparecía y desparecía delante de sus ojos, sobre la mesa, en su copa, entre las llamas del fuego, manchando las paredes. En ningún momento se habían escuchado las razones de los mineros. El castigo aplicado había sido extremo, «al estilo de la Antigua Vamurta», pensó, lacónico.

Bebió más, mientras los hombres se le acercaban para reconocer su maestría en esa rápida victoria. La señora le cogía la mano y la besaba. Se sentía agotado, hastiado. A medida que la fiesta avanzaba y el barullo se hacía más estridente, en su espíritu se iba sedimentando

la sensación de tragedia, la del hombre que ve cómo ha perdido su lugar en el mundo. Los movimientos, las voces, esos rostros que lo rodeaban se iban desfigurando hasta no ser más que esbozos animados por las luces del salón.

—Señor, mi amado, estáis muy cansado. Debéis reposar. Esperadme en mis aposentos, donde nos encontraremos —le dijo Leandra al oído, mientras le acariciaba sus mejillas grises—. Id, esperadme.

—Quizá duerma en la torre —repuso el conde con un susurro.

Dejó la sala, entre la ovación eufórica de sus soldados. Por los pasillos que conducían a la torre, Serlan encontró parte de sus hombres manoseando a las bailarinas, levantando sus vestidos, agarrando sus traseros. Estas simulaban reír a la vez que las manos rancias de los soldados borraban sus pinturas. Leandra sabía premiar a la tropa. Tras sortearlos, llegó al patio interior, rodeándolo. Le sorprendió el silencio y una media luna gélida que cruzaba por encima de los dientes de las torres.

Subió como pudo hasta su habitación, en lo alto de la torre oeste, donde aún guardaba parte de sus pertinencias. Se deshizo del cinturón y la espada. Lanzó la cota de malla contra la pared. Abrió una de las estrechas ventanas para dejar entrar el aire frío de la noche. Un búho lanzaba reclamos, persistente. Se dejó caer sobre la cama. Cuando el sueño comenzaba a cubrirle se levantó de un salto. Por alguna extraña relación de ideas había recordado la carta que su madre le había dejado. Encendió una lumbre y tras revolver entre sus ropas, sacó la carta olvidada. No la había leído. Aquel papel grueso crujió al ser desplegado.

A medida que leía aquellas líneas escritas con letra apresurada, se le hizo evidente no ya su condición entre los hombres grises, de elegido, sino la de hombre libre, de no dependiente, de hombre honrado. Nunca antes había razonado así. ¿Qué hacía él asesinando campesinos, mineros, degollando criaturas? ¿Por qué obedecía a Leandra? La sangre de los inocentes lo quemaba, un latigazo de ira lo rompió. No había otra salida. Debía partir. Partir, partir, partir. Marcharse lejos de ahí. Ya no era un proscrito.

Le creían el obediente sirviente de Leandra, agradecido por haberle salvado la vida, agradecido, ella que armaba murrianos, ella que lo reservaba para ejecutar un golpe de mano y borrar el Consejo de los Veintiuno, ella que le ordenaba arrasar poblados sin antes dejar una oportunidad a la palabra. Partir, partir.

Impulsado por la furia de aquel momento, guardó la carta de su madre bajo sus ropajes y empezó a empaquetar un pequeño equipo. Una daga ancha, una espada de giro ágil, ropa de abrigo…

Mucho antes de que el alba iluminara con nuevos colores la nieve,

se ciñó una cota ligera y se ajustó unas gruesas botas de piel. Bajó las escaleras de la torre y cruzó el largo corredor hasta llegar a la cámara donde se alojaba Sara, dejando atrás algunos soldados que roncaban ruidosamente. La encontró durmiendo de lado, bajo una montaña de mantas. La sacudió violentamente. Sara se despertó sobresaltada, y más al ver al conde armado, sosteniendo una vela cerca de su cara, mirándola con esos ojos negros crispados por el vino y el odio.

—¡Levántate! ¡Levántate, va!

—¿Qué sucede? ¿Hay un ataque? ¿Los murrianos?

—Debemos largarnos, dejar esta gente… —Se sentó en la cama donde Sara medio se había incorporado—. Allí, en las minas… Los matamos a casi todos, menos a los que pudieron huir. Chicas como tú, ultrajadas, y también los más pequeños… Aquel pueblo ardía ¡todo el pueblo! Los gritos, Sara, los gritos, seguimos oyendo los alaridos de los que aún vivían hasta dejar aquel maldito valle, hasta que llegó el nuevo día. Todos muertos, masacrados, desatamos un infierno. Y a los siervos del campo, igual. Si alguien sale un poco del pacto ¡zas! Lo cortamos como si fuera una lagartija. Yo no quiero ser el capitán de esta panda de asesinos, no, yo nací libre, libre para escoger.

—No entiendo bien… Esperaros a que salga el sol, estáis muy nervioso…

—¡No, no, no! Debemos marchar ahora… Los hombres duermen, bebidos, y nadie está alerta. Y esta mujer me tiene embrujado ¡es la verdad! No tengo voluntad si se acerca. Debe ser ahora, antes de que amanezca.

Sara lo miró muy seria. No acabada de comprender las palabras del conde pero empezaba a intuir la gravedad de su significado. Finalmente le dijo que se marchara él. Ella tenía lazos en la casa.

—¿Lazos? Traeras disfruta cortando gargantas. Lo vi, a él y a su grupo, a las afueras del pueblo. Lo reconocí por su cabellera y la armadura de oficial. Llevaban máscaras de cuero. Habían arrastrado una de las familias de los mineros por el barro y la nieve, fuera de su casa, y los iban acuchillando, sin prisa, Sara, sin prisa…

—¡Eso no es verdad! —gritó Sara, encarándose al conde.

—Sí, es mentira ¿verdad? Eso es lo que quieres creer… —repuso, atroz—. Tuve que reunir dos escuadrones para poder frenarlos y aun así hirieron a uno de mis sargentos. No sé qué son, pero aquella noche supe que no soy el único que da órdenes.

Sara sollozaba, sus pequeños dientes blancos castañeaban como si todo su cuerpo se hubiera helado de repente. Se cubrió con las mantas. Serlan dejó que llorara y se desahogara.

—Es mentira, todo mentira. —Serlan la abrazó con fuerza contra su cuerpo. Dejó de gimotear poco a poco y fue serenándose—. Necesitaremos comida y un poco de oro.

—Tengo el oro de las pagas… Comida no. Acércate a la despensa. Que no te vean. Coge tocino y frutos secos. Coge algo de pan y galletas y col fermentada, si encuentras… Un viejo amigo mío, Ermengol, siempre decía que la col es buena para los viajes largos. Previene el escorbuto. Coge cuerdas y ropas de abrigo. Yo ataré algunas mantas más y tomaré el arcabuz y aquel barril para cargarlo. Te espero en la puerta. Solo hay un hombre de guardia… No tardes. Vigila.

Un rato más tarde, Sara pasaba de puntillas al lado del guardia tendido en el suelo; Serlan, en la penumbra, la esperaba agazapado como un zorro. Detrás de ellos quedó el silencio sepulcral de la villa tras el largo banquete. Delante se abría la noche bañada por la luna que se reflejaba sobre los campos nevados.

# Tercera Parte

# Un mundo encerrado

# 19
## Una larga huida

—Camina, camina —suplicaba el conde—. Me parece que no hay ningún guardia en las torres que nos pueda delatar. Quizá no nos vea nadie.

Serlan iba demasiado cargado, cubierto de mantas, pisando la nieve blanda en la que quedaban marcadas sus profundas huellas. A pesar de todo, avanzaban a buen ritmo, aunque ninguno de los dos había descansado lo suficiente. El miedo los espoleaba hacia algún rincón ignorado de esa larga noche gélida.

Llegaron al cruce de caminos que conducían hasta Nueva Vamurta y siguieron en dirección sur un buen trecho. Allí, sus pisadas se mezclaron con muchas otras hasta no ser más que una masa oscura de trazos en la nieve.

—Paremos aquí. Lo mejor será lanzar el equipaje sobre esos matojos. Luego saltaremos fuera del camino, borraremos las marcas y volveremos hacia la villa.

—¿A la villa? —preguntó Sara frotándose las manos.

—Sí. Vamos hacia el norte, a las fronteras.

Pasaron cerca de la casa fortificada de Leandra y siguieron andando sobre campos helados, en terreno abierto, guiados por una luna que aparecía y desaparecía entre nubes largas, como hilos, dejando a sus espaldas las siluetas de los frutales de ramas duras, encogidos, sin hoja. El viento aullaba empujándolos hacia atrás. Aprovechando aquella claridad intermitente, avanzaban tan rápidos como les era posible. Querían alejarse a paso veloz de aquellas tierras, donde serían cazados con facilidad y donde era evidente que los siervos los reconocerían y delatarían su ruta.

Tras marchar durante buena parte de la noche, cuando el cielo se resquebrajó con las primeras luces, buscaron refugio en una cabaña de pastores escondida entre árboles bajos. Era una construcción muy modesta, de planta circular, con una abertura por la que entraron agachados, a tientas. El suelo, de piedra mal cortada, estaba cubierto por una pátina de hielo. Un hilo de luz de luna aún caía en aquel pozo oscuro.

—Tengo frío. Los pies me arden… —sollozó Sara con voz débil.

El conde se dio cuenta del estado de extremo agotamiento de Sara, que hasta aquel momento nada había dicho. Temblaba y sus pequeñas facciones aparecían desencajadas en la penumbra, como si algo la estuviera consumiendo. Aún no había salido el sol, así que Serlan se decidió a encender fuego. Salió a recoger paja y ramas

delgadas. Sara tenía los ojos cerrados, temblaba. Con sus dos piedras secas raspó y raspó hasta obtener una chispa. Con precaución sopló hasta que un pequeño fuego iluminó aquel minúsculo habitáculo. Aún tuvo fuerzas para obligar a Sara a dar un largo trago de vino. La descalzó con mucho cuidado e inmediatamente empezó a frotarle los pies, muy rígidos, que habían adquirido un tono violáceo.

—Me duelen… Los dedos. Me cuelgan.

—Acércalos al fuego, así. No tan cerca. Están dormidos, no tan cerca, no sientes el calor.

Abrió uno de los petates y sacó carne de cerdo, la desgarró separando la grasa y la acercó al fuego hasta conseguir una masa maleable, con la que cubrió los pies de la joven. Le frotó las manos y el rostro, y también los untó, esperando que la grasa protegiera en algo la piel de la joven.

—No serías bien recibida en la Corte de Vamurta con este aspecto… y ese hedor.

Los labios de Sara esbozaron una mueca forzada. Había dejado de temblar, pero seguía encogida. El conde la cubrió con dos mantas gruesas.

—Debemos comer, Sara —dijo, rebuscando entre su equipaje.

Así pasaron el tiempo hasta que la claridad del alba alejó la oscuridad. Apagaron el fuego, ya que la columna de humo hubiera descubierto su posición, y taponaron la entrada de la cabaña. Sara durmió buena parte de la mañana, mientras el conde iba cerrando los ojos y volviéndose a despertar, sobresaltándose por cualquier ruido.

Hacia mediodía reemprendieron la marcha, con el cuerpo agarrotado por el frío.

—Es momento de continuar. Si nos cruzamos con alguien, debemos verlo antes de que nos vea a nosotros.

La luz alta y esponjosa del mediodía tocaba el suelo, calentando las largas y brillantes franjas de nieve. Volvieron a comer cubiertos con pieles y mantas, sin decirse nada. La carga que llevaba el conde empezaba a pesarle, especialmente el arcabuz y el pequeño barril que llevaba colgado a su espalda. El silencio pétreo del día se enlazaba con el de la noche.

Retomaron el viaje cruzando los campos y los bosques, ascendiendo y bajando colinas, lejos de las vías principales, tomando un respiro solo si encontraban árboles que les dieran cobijo. En una de esas pausas vieron pasar un grupo de labradores a lo lejos. Hombres de armas no vieron ni uno. Quizá aún creían que dormían en sus aposentos. A media tarde descansaron un poco más. El viaje a través del frío los agotaba totalmente. Bebieron un poco de vino y masticaron unas galletas de centeno. Cuando el sol declinaba en un gran estallido de colores, la bota de vino estaba casi vacía.

Contemplaron el fin del día desde una pequeña elevación que les ofrecía la protección de unos castaños viejos y gruesos. Desplegaron las mantas y se abrigaron tan bien como pudieron, descansando sobre unas rocas que sobresalían sobre la nieve. Hacía mucho que no se topaban con nadie, ni tampoco se veían casas ni chozas de labranza. A sus pies se extendía una enorme llanura blanca, rota por algún árbol de ramas desnudas que miraban un cielo que se oscurecía, dando paso a la noche.

—Estas tierras no parecen de la señora —dijo Sara, extrañada—. No hay nadie, no se trabaja la tierra…

—No. Creo que son del Consejo… Parecen abandonadas. Pronto llegaremos a la frontera. Mañana o pasado. Allí nos podremos mover mejor…

Se escuchó un largo aullido que atravesó de extremo a extremo la inmensa llanura. El primer aullido fue contestado por otro, y antes de que el eco del segundo se apagara, el aire se llenó de voces de otras fieras, voces que crecían y se confundían unas con las otras.

—¡Fuego! ¡Debemos encender fuego! Trae hierba, ramas, lo que sea.

—¿Y los árboles? ¿No es mejor subir? —preguntó Sara, desconcertada.

—Si subimos ya no podremos bajar… ¡Hace demasiado frío! —respondió el conde, mientras, de rodillas buscaba entre el equipaje sus piedras.

Sara se precipitó a tierra arrancando esqueletos de matojos. Estaban helados. Serlan, nervioso, no conseguía arrancar ninguna chispa que encendiera la pila de hierbajos que Sara iba agrandando.

—Si tuviéramos aceite... o algún pergamino… —se lamentó Sara. Fue decir eso y ver una expresión de alegría y sorpresa en el rostro de Serlan, que empezó a revolver entre sus ropas hasta extraer un rollo arrugado. El legado de su madre, la carta, el testamento de Ermesenda. Lo rompió a trocitos y volvió a entrechocar las piedras. Una pequeña llama apareció en la esquina de uno de los pedazos de pergamino, dando un punto de luz en medio de la oscuridad, que sin hacer ruido los rodeaba lentamente.

—¡Sara! Desenvuelve mi espada. Coge tú la daga —ordenó Serlan.

El conde añadió con mucho cuidado hierbas y alguna rama delgada. Rápidamente añadió más combustible. Los aullidos volvieron a elevarse hacia el cielo.

—Los lobos de Vamurta no aúllan así —dijo Sara, de pie, mirando constantemente a su alrededor con la daga en alto.

—No sé si son lobos —contestó Serlan—. Parecen otra clase de seres.

Las llamas eran visibles e iban tomando altura. Su calor resultaba

agradable. El conde empezó a cortar ramas como un poseído, blandiendo su espada como si esta fuera un hacha. Empezaba a distinguir el ramaje por el resplandor del fuego. La noche se cernía sobre ellos.

—Serlan, ¡mira!

Detrás de los árboles, a una distancia corta, un enjambre de ojos fluorescentes los observaban. Sara se quedó de piedra. Eran muchos, quince o más sombras. Se oía el gruñido grave, ronco de muchas gargantas y el chasquido de sus dentaduras. Un escalofrío recorrió la espalda del conde y sintió por unos momentos cómo sus piernas flaqueaban. Nada se movió, el tiempo parecía haberse congelado.

Serlan pensó en la carne. Aún les quedaba carne. Mientras se acercaba sigilosamente a la bolsa, una de esas bestias avanzó, acercándose al fuego. El cuerpo era el de un lobo hercúleo, de pelo largo y áspero de color gris claro y blanco. Las patas, poderosas, acababan en una pezuña muy ancha de tres dedos duros como el hierro. El cráneo resultaba impresionante, triangular y aplastado, rematado por dos orejas pequeñas que cortaban una crin dura y corta, más oscura que el resto del pelaje, que bajaba hasta media espalda. El hocico, estrecho y muy alargado. Dos colmillos de un palmo sobresalían al final de una sierra de dientes irregulares. Sobre el morro, dos ojos pequeños, brillantes en la oscuridad como los de un felino, desafiaban al mundo.

Aquel que había avanzado para olerlos, más grande y viejo que el resto, debía ser el jefe de la manada. Dos animales jóvenes lo flanquearon, enseñando sus colmillos, su fuerza, amenazantes. Los gemidos grumosos de aquellas bestias iban en aumento, atenazando sus corazones. Estaban atrapados. El conde se arrepintió de no haber subido a un árbol. Correr ya no tenía sentido.

Sara pasó su mano por la espalda del conde a modo de despedida y él la miró un instante con una expresión entre el perdón y la disculpa. Estaban de pie frente al fuego, las hojas de las espadas mirando a los grandes carnívoros, sus gemidos y alaridos se hicieron insoportables, retumbando, provocando una vibración invisible.

Los cuerpos de los dos animales jóvenes se agazaparon y tensaron hacia atrás listos para salir catapultados. Dieron dos pequeños pasos y de un único salto les cayeron encima. El conde se apartó y con un limpio movimiento de espada hirió a su atacante en el costado. El otro animal, en lugar de atacar a Sara, consiguió hincar el diente en el antebrazo del conde que sostenía la espada manchada de sangre oscura. El animal tiraba y tiraba del brazo, notando cómo la cota le impedía rasgar la carne. Serlan intentó cambiar la espada de mano, pero la fuerza de aquella bestia lo inmovilizaba. Sara, rehecha del pánico, alzó su daga con ambas manos y la hundió en el lomo de la

fiera.

La sangre iba dejando regueros negruzcos sobre la nieve. Aquella especie de enorme lobo viejo, el líder, impertérrito, parecía haber entendido lo peligrosas que podían ser aquellas dos piezas de caza. Emitió un sonido agudo y todo el grupo contestó, a la vez que los dos animales heridos retrocedían, uno arrastrándose medio muerto, buscando la protección de la manada. El animal viejo bramó haciendo bascular su enorme cráneo de derecha a izquierda. El resto de lobos abandonaron las penumbras, avanzando hasta la altura de su jefe, formando una línea cerrada de ojos metálicos, furiosos, expectantes.

El conde, casi sin pensar en lo que hacía, sacó de su petate un pedazo de carne salada y se lo lanzó al grupo, a modo de ofrenda. Ninguno de los animales se movió. Sin prisa, el jefe se acercó al tajo de cerdo y lo olisqueó con curiosidad algo cansada, hasta que decidió que aquello resultaba comestible. Sara miraba cómo aquella bestia, cerca de la hoguera, mordisqueaba su comida, relamiéndose.

—Sara. Lanza toda la carne, corte a corte.

El conde había recordado el arcabuz. Mientras Sara intentaba dilatar el festín de aquel carnívoro, él abría la caja del arcabuz. Creía que derribando al líder tendrían una oportunidad. ¡Cómo lamentaba no haber traído una ballesta! Quizá las bestias huirían o retrocederían al oír la explosión, lo que les daría tiempo para encaramarse a lo alto de un castaño. Había visto cargar esa arma en muchas ocasiones, pero siempre desde lejos. Sabía que debía cargar aquel polvo negro y granulado por la boca del cañón y después añadir el proyectil y prensar, o debía prensar y luego... Lo hizo. Apuntó con cuidado a la cabeza de aquel animal que devoraba otro trozo a grandes mordiscos, ahora mostrando su impaciencia. El resto de su grupo se movía nervioso, vigilante.

Sara parecía estar a punto de sufrir una parálisis. Sentía que en cualquier momento iba a ser despedazada. Un pequeño movimiento extraño y aquel grupo acabaría con sus vidas en un abrir y cerrar de ojos. Serlan tenía el tiro centrado. Tiró del gatillo y… nada sucedió. El jefe de la manada levantó la cabeza un momento, molesto.

—Conde de Vamurta… Es el último corte —murmuró Sara, aterrorizada.

La tregua llegaba a su fin. El conde, desesperado, buscaba una salida. ¿Qué podían hacer? ¿Intentar alcanzar un árbol? ¿Ahuyentarlos con troncos en llamas? Luchar hasta el final a espada. Nada salvaría sus pellejos. Absurdo. El líder, cuando ya se hubo tragado el último trozo, volvió a levantar la cabeza, defraudado. Al ver que no recibía más recompensas, dejó ir un chillido que resonó por toda la llanura.

Todo el grupo se disponía al ataque, rugiendo al aire, enseñando

sus poderosos caninos, apabullando al conde y a Sara hasta hacerlos creer que vivían en el centro de una pesadilla.

Sara se tapaba los oídos, medio agachada, tras dejar caer su arma. Aquella especie de lobos sabían que llegaba su momento, el de arrancar la carne caliente y sangrante a aquellos pequeños humanos débiles y perdidos. Serlan, sin saber demasiado por qué, agarró con ambas manos el barril de polvo negro y lo lanzó al fuego.

Las puntas de los árboles se habían encendido, ardiendo a pesar del intenso frío. Una nube de polvo de nieve flotaba sobre el boscaje de aquel cerro. Las llamas se elevaban altas y delgadas, agujereando la dura oscuridad de la noche. Alrededor de la hoguera, un gran mancha negra había deshecho la nieve.

—¿Me podéis oír? ¡Despertad! ¡Por favor!

Sara frotaba la cara de Serlan con nieve limpia, raspando con los dedos la pátina negruzca que cubría su piel y su cota. La explosión había lanzado hacia atrás al conde, que aunque sangraba por la nariz y no respondía a los estímulos, respiraba con regularidad.

Las bestias habían desaparecido. Mientras intentaba reanimar a Serlan, vio que algo se movía al lado de un castaño. Dio un salto. La terrible explosión había convertido a aquel animal viejo en una bola de fuego, que había salido impulsada hacia su manada. En medio de una enrome confusión, todo el grupo había salido aullando colina abajo, sin dirección, asustados quizá por primera vez. Sara agarró su daga y se acercó a aquella cosa sin que la prudencia consiguiera frenarla. Algo, allí, tenía vida. ¡Era un hombre! Un hombrecillo desnudo y con quemaduras en la piel, medio inconsciente. Sara no entendía nada. ¿Debía acuchillarlo? Creyó que era uno de esos, sí, era el líder que por algún encantamiento se había transformado en esa cosa tumbada a sus pies, indefensa. Alzó el cuchillo dispuesta a robarle la vida.

—¿Dónde estamos? ¿Sara? —oyó que susurraba el conde.

Este se había reincorporado, y la buscaba medio tumbado en el suelo, restregándose los ojos.

—Sara. Los lobos... ¿Dónde están?

—Esa magia, aquello que has lanzado… Los ha ahuyentado.

—¿Qué magia? ¿Qué haces con… qué es eso?

—Es uno de ellos. Voy a rematarlo —dijo Sara, nerviosa, volviendo a levantar la daga.

—¡No! ¡Sara! ¡No! —El conde leyó la decidida turbación de su protegida. Sara no dudaba.

—Es el último, los demás han desaparecido, no volverán. Hay que matarlo, antes de que…

—No, Sara. Déjalo —ordenó el conde, consiguiendo levantarse con gesto desesperado.

Sara bajó la daga. Estaba ofuscada y aún el miedo recorría su cuerpo, haciéndola temblar. ¿Por qué el conde quería salvar la vida a aquella cosa? ¿No era lo mismo que estuvo a punto de devorarlos a dentelladas?

—¿Por qué no quieres matarlo? —preguntó Sara.

—Es nuestro rehén, ¿comprendes? Con él, bajo nuestra custodia, no se atreverán a volver.

Se quedaron callados. El polvo de nieve que había levantado la explosión se iba sedimentando sobre el suelo, sobre sus ropas. Las llamas en los árboles se extinguían y una quietud casi corpórea volvía sobre aquel punto recóndito.

Serlan De Enroc consiguió alzarse y se acercó al hombrecillo casi blanco que aún permanecía tumbado, encogido sobre sí mismo. Observó su corta estatura, sus facciones estrechas, su nariz pequeña y redonda. Parecía un viejo que había perdido la cordura y en su carrera hacia delante se había extraviado por aquellos parajes olvidados, defenestrado, rasgado y magullado. El conde sintió una punzada, algo en ese ser le hacía recordar su propio destino.

—Trae las mantas. Creo que entre mis cosas hay unos calzones y un jubón… ¿Qué nos queda de comida?

—Poco. Muy poco. Estas galletas y unas hojas de col.

Vistieron a aquel ser, que gimoteaba aún inconsciente. Serlan le lavó las heridas con nieve y las cubrió, tras hacer jirones con las mangas de la camisola que le sobraba. Sobre las ropas con las que lo vistieron, ajustaron mantas ligeras a modo de abrigo y en sus pies, extraordinariamente peludos, calzaron las segundas botas de Sara. Al menos habían aligerado su carga. Una vez vestido, lo ataron de pies y manos.

Devoraron las pocas galletas revenidas y masticaron las hojas de col maceradas, que tenían un regusto agrio. Tras ese ligero tentempié sus estómagos seguían vacíos, pero sentían el profundo alivio de sentirse vivos y algo más seguros con su prisionero. Sara tronzó algunas ramas más y las echó sobre los restos de la hoguera, volviéndola a avivar. A la luz de las llamas observaron que su rehén, inmóvil sobre la nieve, había abierto los ojos y los escudriñaba sin emitir sonido alguno. Tras el sobresalto, el conde se acercó y le ajustó las ropas de abrigo. Nada se dijeron y el conde y Sara durmieron cerca del fuego por turnos, tapados hasta las orejas con sus mantas de viaje.

Su dormir fue nervioso. Serlan se desveló muchas veces. Oía el rumor del viento que arrancaba ligeros murmullos y levantaba a rachas el polvo de nieve. Oía cómo los pájaros se posaban sobre las ramas. Demasiado atento a cualquier ruido que anunciara la vuelta de

aquellos lobos para descansar. Cuando llegó el amanecer, la hoguera se había apagado. Se empezaron a mover, rígidos. Parecía como si los hubieran cubierto con un fino papel blanco. Debían continuar su huida.

La mañana fue larga y penosa. Su andar, con los pies muy cansados y doloridos, era pesado, el frío había penetrado en sus cuerpos. El hambre los torturaba y una sed terrible les quemaba el gaznate. Cuando ya no podían más, se llevaban pedazos de nieve a los labios, a pesar de que aquello los podía enfermar. Casi no sentían sus tripas. Deambulaban lentamente sobre campos helados, arrastrando a su prisionero que se mantenía silencioso y manso. A cada paso, el conde pensaba en deshacerse del arcabuz, pero algo lo obligaba a seguir cargándolo. Desde el amanecer, ya no se preocupaban de seguir vías secundarias y hacían camino por donde les parecía menos cansado.

Hacia el mediodía ninguno de los dos podía dar un paso más. Casi no podían pensar. Encontraron un riachuelo y allí decidieron descansar, aprovechando que el frío era todavía moderado. Bebieron agua en abundancia y dieron un cazo al prisionero, que los miraba.

—Bajo ese gran roble, encontraréis comida —dijo aquel ser, con un acento neutro.

—¡Hablas nuestra lengua!

—Debéis excavar.

Los dos, hambrientos, se lanzaron a agujerear la nieve hasta llegar a tocar la tierra helada. Serlan se giró e increpó a su preso con un manojo de hierbajos en la mano, con la violencia de aquel que se arrepiente de haber caído en un engaño.

—Muy poca vegetación hay por aquí. Frotad bien las hierbas y luego dejadlas en el suelo. Debajo de la nieve dejad un lazo… Y los conejos se acercarán.

Así lo hicieron. Tras una pequeña espera que les resultó penosa, apareció una pareja de conejos de bosque, blancos, levantando sus hocicos rosados para orientarse hacia su almuerzo. El primero cayó en el lazo y al segundo le quedó una pata atrapada en la trampa. Antes de que pudiera zafarse, el conde y Sara se lanzaron sobre los animales, agarrándolos por el pescuezo.

El olor suave de la carne asada se desparramaba en el aire. Quietos, hipnotizados, los tres contemplaban cómo el fuego de la hoguera asaba los conejos. Casi lloraban. Al fin, Sara repartió la carne entre ella y Serlan. Fue la primera vez que aquel ser hizo un gesto. El conde reprobó a Sara con la mirada y esta le dio la mitad de un conejo al prisionero. El descanso, sumado al calor de la fogata y al bienestar

de la comida, les permitió recuperarse, olvidar por un tiempo su propia supervivencia.

—¿Por qué no me habéis matado? —preguntó, mientras masticaba aquella comida caliente.

# 20
## Eres invitado

—¿Por qué? ¿Por qué? —se sorprendió preguntándose en voz alta. Desde que Traeras le había confirmado que el conde había huido, su cabeza repetía esa misma pregunta una vez y otra, hasta provocarle una dolorosa cefalea. ¿Por qué? No lo comprendía. Llevaba todo el día encerrada en sus aposentos. No quería ver a nadie. No quería hablar con nadie. Nadie. Pasaba el tiempo en la cama, apretando los cojines contra su rostro, llorando de rabia. Su estómago se había encogido hasta no ser más que una cuerda retorcida de dolor. ¿Por qué? Le había entregado todo lo que un hombre puede desear. Ella, que por fin había encontrado alguien que la llenaba. ¡Le había salvado la vida y había salido corriendo como un perro! Lo había salvado de las garras del Consejo… No se lo podía creer. Quizá volvería, quizá había salido de caza sin avisar… ¡Ah! De repente, sin aviso, sin haber insinuado nada antes. Alguien los debió ayudar. Era esto. Alguien los ayudó… Y esa chiquilla desagradecida que se creía con el derecho de acceder al conde cuando le parecía, seguro que era ella quien lo había convencido para abandonarla. Ella, que se creía algo así como su hija. «¡Maldita! ¡Maldita!» Rasgaba las sábanas con sus zarpas pintadas de azul, lanzaba un cojín contra los tapices de la pared, colérica. Después de un éxito como aquel, un gran golpe de mano en las minas, con pocos hombres. No tenía sentido. Algún deber supremo lo había obligado a marchar y en unos pocos días volvería. Mañana, quizá pasado. ¡No! No volvería. Se habían llevado oro, mantas, comida y aquel arcabuz…

Se convulsionaba sobre la cama, giraba y caía otra vez de espaldas, sollozando.

—Maldigo el día en que lo conocí —dijo para sí, escuchándose.

Ella le había dado amor. El amor que nunca había dado a ningún hombre, a nadie, ni a su padre que fue un gran comerciante de especias y perfumes a quien la fortuna no sonrió, allí, hacía mucho tiempo, en la Antigua Vamurta. Le había entregado su cuerpo, sus afectos, sus días, sus sueños. Pocos días. Y había partido. Serlan no la quería. Leandra, una mujer bonita, que lo había recibido con los brazos abiertos y que había abierto de par en par las puertas de su casa, que lo abrazaba en las frías madrugadas de aquel duro invierno y besaba su pecho fuerte con dulzura, como si besara la carne de un dios menor.

Había comprendido que el conde era un hombre trastocado, con el espíritu roto, alguien que había perdido las ilusiones. Y le permitía

desde su silencio que bebiera y bebiera más vino en aquellas horribles noches hasta no recordar quién era. Abría su habitación, la despertaba y tras mirarla con esos ojos agrios, se marchaba a la torre. A veces caía a medio camino. Y ella esperaba. No decía nada. Lo desnudaba a oscuras, lo llevaba hasta la cama, sosteniéndolo, le lavaba la cara, lo tapaba con mantas. Sin un reproche, sin gestos abruptos. Ella, que jamás lo acusó de nada ni le había exigido regalos ni tan siquiera su devoción.

Recordaba los días buenos. Serlan, sereno, organizando la villa con esmero y sentido, mandando su pequeño ejército, su orgullosa criatura. El conde le explicaba sus nuevas ideas, algunos de sus nuevos conceptos estratégicos que hervían en su cabeza, grupos de hombres armados de lanza y ballestas, cuadros flexibles en líneas dispersas. Parecía muy seguro. Se reía si ella ponía cara de no entenderlo, le acariciaba la mano.

En las comidas, en las últimas comidas en la habitación de Leandra, él le servía los platos y hablaban de sus vidas pasadas y alguna vez del tiempo que ha de llegar. Por primera vez no se sentía sola en aquella villa. Había alguien que la entendía, que era capaz de seguirla. Había alguien a su lado. Leandra se proyectaba hacia delante. Se veía a sí misma como la gran autoridad en las colonias con Serlan a su lado, comandando un gran ejército. Serlan, su único amor, su amor tardío. Recordaba la primera vez que hicieron el amor. ¡Cómo disfrutó con el loco desespero de aquel hombre!, de su tristeza trasformada en pasión, una pasión que aún la dominaba, la quemaba, ¡cómo la tomaba! Y luego la besaba, alegre, en la dulce quietud de las termas o en la oscuridad íntima de su habitación, luego acariciaba sus mejillas hundidas o dejaba correr sus dedos por su cuello afilado…

¿Por qué se había marchado? Hubieran dominado el mundo… Eso ya no importaba. Le había ofrecido todo, se había ofrecido como una sacerdotisa a su dios.

La noche reinaba sobre el mundo. La única luz que podía tolerar era la del fuego. Miraba los troncos consumirse desde una montaña de sábanas. Bebió un sorbo de vino. Lentamente el agotamiento hizo que su dolor se fuera apagando. Tanto amor para nada. «Maldito. Malditos los dos.» Los párpados se iban cerrando mientras su cabeza seguía dando vueltas y más vueltas, con menos fuerza, cada vez con menos fuerza, hasta que se durmió.

Se levantó antes de la salida del sol. Se acercó a la chimenea. Cuatro brasas languidecían sin matar el frío en su habitación. Las removió y añadió unos pocos troncos. Quedó arrodillada frente al fuego mientras su mente se despertaba. Al poco, había tomado una decisión. Abrió la puerta de su habitación y avisó al guardia para que llamara a los dos mayordomos de la villa. Los dos hombres se

presentaron adormilados, esperando cualquier decisión sorprendente de su señora, que tanto conocían. Tras volver a gritarles por no haber vigilado bien su villa, los convocó a ellos y a Traeras en el gran comedor.

Los tres hombres esperaban la llegada de Leandra. Los sirvientes habían animado el fuego y habían servido miel y pasteles de avena. Hablaban entre ellos hasta que llegó, cubierta con su abrigo de pieles de zorro. Su expresión era la de alguien que ha tomado una decisión en firme y nada ni nadie la contradecirá. Se sentó de golpe en la cabecera de la mesa. Los miró un momento.

—Estad listos. Debemos encontrar al conde y a la chica, estén donde estén.

Los hombres se quedaron callados. Nadie se atrevió a replicar, tal era la fuerza en la mirada de su señora.

—Haced venir a nuestros espías en Nueva Vamurta. ¡A todos! ¡Hoy! Deben esconderse en la ciudad. ¿Es así, Traeras? ¿No dijisteis que el rastro moría en el camino del sur? Enviad escuadrones a todas nuestras villas. Buscadlos allí también. Ofreced recompensas por sus cabezas. Ofreced buenos dineros, nada de miserias. Convocad al magíster militum también. Ese Vertan sabrá algo, sin duda. También lo querrá cazar, ahora le daremos vía libre. Traedlos vivos o a pedazos, tanto me da. Haced que los hombres vigilen a sus amigos. Sí, al capitán Álvaro y al médico.

—Así se hará, señora —contestó Traeras.

—El conde sabe demasiadas cosas. Sabe a quién he comprado, sabe con quién hacemos negocios, sabe que debajo de nuestros pies guardamos la mejor armería de las colonias y sabe que mis arcabuces son la mejor arma de estas tierras… Y que la vendemos a los murrianos. Nos puede hundir y a todos vosotros detrás de mí. Debe morir. Me ha traicionado ¡y quien traiciona a Leandra merece la horca! La muerte más abyecta…

La señora se levantó violentamente y sin decir una palabra más salió del comedor. Se dirigió de nuevo a su aposento y se dejó caer en la cama. Se contuvo un instante para explotar en un largo sollozo. «Si volviera hoy mismo, aún estaría a tiempo, si volviera», cómo lo iba a echar en falta. «Vuelve hoy, vuelve hoy.»

****

—¿Dónde estamos?

—No lo sé demasiado bien. Fuera de las tierras del Consejo.

Quizás estemos llegando a la frontera. No lo sé. Creía que aquí se practicaba la repoblación con nuevos agricultores, aunque no veo a nadie labrando los campos, ni ninguna casa… Estamos perdidos, Sara, perdidos… —Se quedó callado, contemplando el horizonte—. Y pronto va a llegar la noche.

—Hay que cavar en la nieve. Un gran agujero. Empieza a soplar viento del noreste y eso es más frío —intervino el prisionero—. Así estaremos resguardados y podremos sobrevivir a la oscuridad, si encendemos otro fuego.

—¿Cómo sabes tanto? —preguntó Sara, molesta por la insolencia que mostraba aquel ser.

—Porque soy más viejo que muchos de los árboles que nos rodean.

Con los estómagos calientes y algo más descansados, el conde y Sara empezaban a reaccionar con una cierta normalidad. Afirmaba algo imposible, pero ¿cómo se había transformado? ¿Era realmente el líder de la manada aquel hombrecillo de cara blanca? Sentían escalofríos al recordar la noche anterior, no entendían…

—Quizás no sea ninguna tontería. Cavemos, siento cómo arrecia el viento.

Tras cavar una profunda y ancha fosa en la nieve, recubrieron el suelo con hierbajos, de modo que fuera más confortable. Apilaron ramas y algo de leña delgada. Encendieron otra hoguera y la limitaron con grandes piedras. El ejercicio había desentumecido sus cuerpos y sentían algo de calor.

Al caer el sol se sentaron en el agujero, alrededor del fuego. Sobre sus cabezas silbaba el viento a ráfagas. El prisionero parecía tranquilo, como si en su fuero interno tuviera la seguridad de que su vida no corría peligro. Serlan rebuscó entre su equipaje y entre sus ropas. Encontró las últimas migajas de galletas y unas pocas avellanas en el fondo de uno de los fardos, que se repartieron. El conde miró a su prisionero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó bajo las primeras estrellas.

—¡Oh! Ha pasado tanto tiempo… Que ya no lo recuerdo… Os preguntáis si era ese precioso animal que se comió vuestra carne —dijo, con una media sonrisa—. Es difícil… Somos quizás los últimos o de los últimos de aquí. Han pasado tantos ciclos… Vivían por aquí grandes manadas de caballos, ¿sabéis lo que son? Nos proporcionaban buena carne, los inviernos no eran tan duros y una hierba alta y tierna crecía por doquier. Éramos los señores de estas tierras y éramos muchos. Fue un tiempo de mucha felicidad. Las camadas eran numerosas, corrían entre estos mismos árboles, jugueteando alegres. Luego llegaron los hombres blancos, antes que las otras razas, con sus lanzas y armas de fuego y sus grandes caballos acorazados. Llegaron

del gran continente, más allá del Mar de los Anónimos, en grandes barcos de muchas velas. ¿Sorprendidos? Los hombres grises, los vesclanos, los sufones siempre tendéis a pensar que sois los elegidos y que no crece nada más lejos de vuestras casas, pero al principio no debíais de ser más que tribus de las montañas. Gentes corta de miras, sois. Se quedaron bastante tiempo y luego muchos partieron. Eran gente sin piedad. Muchos de los nuestros perecieron y los que quedamos ocupamos otros territorios, más al norte. Los caballos también emigraron o desaparecieron. Habían rumores sobre un larga guerra en ese continente lejano y aquí quedaron muy pocos. Así que volvimos a nuestros hogares y al fin pudimos exterminarlos. A todos esos hombres, a todos, tras muchas noches de caza. Los caballos no volvieron. Luego pasaron dos o tres ciclos en los que vivimos en paz, hasta la llegada de los hombres rojos. Los vesclanos también se acercaron, desde el este profundo. Y luego los grises… Pero jamás volvimos a ser tantos como antes. Somos los últimos, creo.

Escuchaban a aquel ser como si el tiempo y el frío a su alrededor hubieran dejado de existir. Aquel hombrecillo de pelo raso y negro, de edad avanzada y ojillos vivarachos, siguió hablando como si nada hubiera ocurrido, como si por casualidad, se hubieran encontrado en algún camino y relatara sus viajes por unas tierras lejanas y exóticas.

Para Serlan, la existencia de otros hombres que en un tiempo pretérito hubieron ocupado esas mismas tierras con armas que él desconocía, resultaba muy inquietante y al mismo tiempo asombroso. Sara, también pasmada, interrumpió muchas veces a su interlocutor preguntando por esos animales, los caballos, preguntando por esos hombres antiguos, nuevos para ella… La noche avanzaba con la lentitud con la que aquel ser relataba un mundo al que pertenecía y ya había dejado de existir. El conde, abrumado por tantas historias extrañas, recordó su primer encuentro con el lobo y preguntó por sus distintas formas.

—Es un don arcano, ni siquiera yo poseo la magia y el saber de la transformación. Pero sí sé que la apariencia humana apenas se mantiene… Luego nos alcanza un gran desconcierto y volvemos a nuestra condición —contestó, sin que aquella respuesta saciara a Serlan.

Siguieron hablando hasta que el sueño los fue venciendo uno a uno. A la mañana siguiente, reemprendieron la marcha por las nevadas planicies que los conducirían a las ciudades del norte, con la esperanza de que el tiempo les fuera favorable.

Cuando les alcanzó la siguiente noche, tras haber podido comer siguiendo los consejos de su prisionero, consiguieron refugiarse en una estrecha cueva en la que apenas dos personas podían sentarse frente a frente.

Al calor de una fogata que encendieron en la entrada, Serlan contó a su rehén las vivencias que habían sufrido hasta llegar a donde se encontraban. El hombre, si se podía llamarlo así, pareció animarse con la conversación. Se interesó en gran manera por la guerra del murriano y cómo los dos ejércitos se habían enfrentado, cómo se habían movido, con qué tipo de recursos contaban. Explicó al conde cuáles eran las tácticas de aquellos hombres blancos que se habían establecido en aquellos parajes tiempo atrás, tácticas que utilizaron para arramblar a los pueblos del mar y a los sufones, establecidos tierra a dentro.

Iniciaron la siguiente jornada con una nubosidad creciente sobre sus cabezas. Al despertarse y haber recogido las mantas de viaje, salieron de su refugio. Delante de ellos la gran llanura helada se extendía hasta el horizonte, cubierta por un grueso manto borrascoso. No tenían ningún punto de referencia ni estaban seguros de si estaban dirigiéndose hacia el norte o si se estaban desviando hacia el este. El conde, si la noche era clara, podía orientarse por la posición de las constelaciones, y de día por la del sol, pero era consciente de la imprecisión de los astros a falta de astrolabios o cuadrantes a los que recurrir. ¿Iban hacia las ciudades de las fronteras dónde se decía que un hombre podía quedar enterrado a los ojos del mundo?

Sara miraba a Serlan, quien parecía al borde de sus fuerzas. La barba canosa, su piel gris quebrada con rastros de nieve, sus ojos hundidos que se cerraban por momentos para volverse a abrir. Hasta el prisionero parecía cansado y aquella mañana casi no hablaron. Le habían liberado las ataduras de los pies y manos, creyendo que si escapaba tampoco tendría a dónde ir.

A pesar de la crudeza del viaje, Sara sentía, en aquella soledad, que de algún modo quería al conde, y más ahora que se encontraba alejado de los perfumes de Leandra. Ella también se caía de sueño. El frío intenso de aquel día la aletargaba un poco más. Volvió a pensar en Traeras. «Qué extraño. No he vuelto a pensar en él», meditó la joven.

Seguían andando por aquella gran estepa. Si Sara cerraba los ojos, recordaba su casa, pero la falta de sueño le producía sensaciones muy difusas, que no llegaba a contener. Por momentos, casi creía que flotaba sobre la nieve. Le parecía que sus padres no habían existido, ni Vamurta ni su pequeña habitación, seguían caminando…

El rugido del viento despertó al conde. Se habían quedado dormidos junto a un peñasco rodeado de grandes rocas, parapetados contra los elementos. «¡Grave error!», pensó el conde. La parada del mediodía se había convertido en un grave error. Era tarde y en todo el

día solo habían masticado unas raíces. Sara y el prisionero aún dormían. Por sus ropas, sobre los rostros, corría la nieve que el aire levantaba.

El conde se incorporó rígido, asustado. Se miró las manos, dormidas y heladas. Había una extraña luz en el cielo, violácea, oscura. Al ponerse en pie, un golpe de viento lo obligó a agacharse. Abrió más los ojos. A lo lejos, veía el avance de una masa de nubes. Jamás había visto antes una igual. Una enorme cortina oscura, encarnada, se acercaba hacia ellos a gran velocidad. Esa súbita tormenta cubría todo el firmamento, desde la tierra hasta el techo del cielo, como si un gran muro empujado por los dioses hubiera cobrado forma. Las nubes parecían surgir de la misma llanura, arrancándolo todo a su paso. A modo de vanguardia, el viento azotaba todo lo que encontraba. Un viento que arrastraba nieve, troncos y piedras, aullando.

—¡Sara, despierta! ¡Sara! —gritó con todas sus fuerzas.

La joven se desveló con una expresión horrible. Estaba muy cansada, como él, y helada. Hizo una mueca. Respondió con lentitud, como si todo el cuerpo le doliera. Se sacudió la nieve de su ropa de abrigo. Sus ojos parecían desmayados en su cara pálida y sucia. Temblaba. El viento se llevaba su cabello enredado hacia atrás, su ropa se hinchaba. A su lado, el hombrecillo también se había despertado de su sopor y miraba a su alrededor.

—¡Llega un temporal! —dijo el conde desgañitándose. Casi no se le oía—. Nos arrastrará, tenemos que movernos, ¡ahora!

Sara contemplaba fascinada y aterida la gran pared que se les aproximaba. Grandes brazos de nubes sobresalían como enormes mascarones que quisieran rajar un mar de hielo imaginario. La tempestad era un bloque uniforme de grandes manchas de un gris acerado, azules de mar profundo y secreciones moradas. Por debajo y por encima de este gran cinturón oscuro, se hinchaban musculosos castillos de agua a punto de desparramar un temporal de nieve y lluvia sobre aquella región helada, una nubosidad oscura a ras de suelo y pintada con violetas centellantes en su parte superior, refulgentes y prisioneros, a la vez, de esa gran marea. Grandes relámpagos cruzaban aquel torbellino partiéndolo de arriba abajo, provocando una explosión de colores electrizantes, vivos como el fuego, que morían y volvían a nacer, intermitentes.

La fuerza del aire crecía a medida que el alud se les acercaba. Serlan, azotado por las cortinas de nieve que levantaba el viento, entendió que no sobrevivirían si no actuaban.

—Atended. Debemos enterrarnos y atarnos —dijo mirando a su alrededor—. Las cañas, cojamos las cañas.

Bajaron al pie del cerro, donde sobresalían de la nieve grandes

grupos de cañas desnudas. Serlan las palpó. Eran fuertes y manejables. Las empezaron a segar con la hoja aún afilada de sus armas, hasta hacer grandes montones que empezaron a subir arriba. Habían decidido resistir detrás de las rocas, enterrados y tapados con las cañas y todo lo que encontraran. Intentar escapar no tenía sentido.

—Serlan, necesitamos más cañas —vociferaba Sara, encorvada por la fuerza del huracán—. Súbelas, las iré enlazando.

En poco tiempo habían conseguido reunir un gran número de tallos y esqueletos de arbustos que Sara amontonaba y unía, creando una especie de manto vegetal, grueso y pesado, para refugiarse. Miró un momento al que era su rehén, que apenas se movía, muy derecho sobre el cerro. Parecía reflexionar.

—Ayúdame —le gritó, pero aquel ser casi ni le prestó atención.

Sara empezó a excavar con su daga, mellando la hoja, al pie de una gran roca, en el lado opuesto de la dirección del temporal. Las manos le sangraban, pero ella seguía y seguía cavando. El conde había subido y empezaba a rodear una de las rocas con las cuerdas robadas a Leandra, haciendo grandes nudos. El rugir del aire era tal que ya no intentaban hablar. Sus ojos y bocas se llenaban de nieve y tierra, mientras Serlan pudo acabar de atar y cerrar los nudos. Excavaron un poco más, con desesperación, la tierra petrificada por el frío. Tenían la tormenta encima y ya no veían más que una masa de un gris denso que daba vueltas sobre sus cabezas. Cuando aquel torbellino los empezó a levantar, el conde ató a Sara y al hombre a las cuerdas y cerró el agujero con un lecho de cañas y hierbas a los que dio más peso con la tierra y las piedras que habían extraído, para al final tumbarse junto a ellos y agarrarse, como pudo, al cordaje.

La tempestad empezaba a golpearlos de lleno. Los tres, sujetos por la cintura, se mantenían inmóviles bajo su montaña protectora.

—Onar, perdóname, perdóname —repetía el conde chascando los dientes. Sara le cogía la mano, temblando de frío y ansiedad.

El viento atronaba como un instrumento soplado por un dios enloquecido. Sobre su cobertura de cañas y piedras cayó una furiosa tromba de agua y nieve. En muy poco tiempo les pareció que estaban bajo un río. El agua se estancaba en su trinchera mojando las ropas y sus cuerpos fríos. Tiritaban como hojas. Tuvieron que sacar un poco la cabeza para respirar. Se abrazaron bajo esa oscuridad creciente, murmurando oraciones. Nada podían hacer ya. Creían que la nieve y el agua los ahogarían. Cuando la tempestad llegaba a su máxima violencia todo cesó.

Los envolvió una luz brillante que crecía y explotaba en el cielo como si una estrella hubiera descendido a la tierra. Los tres, aplastados, miraban confundidos y deslumbrados aquel cielo irreal. Llegó un silencio inesperado. Serlan creyó ver formas entre las

cortinas ondulantes que se desplegaban sinuosas, danzando con lentitud, como si el temporal que rodeaba el corazón del huracán jamás se hubiera desatado.

—Estamos vivos —murmuró Sara. Mientras, giraban y giraban aquellas luces fastuosas hasta que, con la misma rapidez con la que habían aparecido los destellos y la quietud absoluta, el mundo se desvaneció y la tempestad reapareció con toda su violencia, casi arrancándolos, levantándolos del suelo, haciendo volar las cañas, el aguanieve, las piedras, la tierra, todo quedó en suspensión…

Gritaban y pedían auxilio a los dioses, a los padres muertos, a los amigos perdidos. El aire los elevaba como si fueran títeres y los lanzaba contra el suelo y los volvía a levantar. En una de esas caídas, Serlan se encontró con el prisionero encima de él, cubierto de pelo, casi transformado otra vez. Fue una visión fugaz. Su rostro, aún con facciones humanas, ya era el de un monstruo. Se acercó mucho, agarrándolo por los hombros. Cuando creyó que lo iba a morder, le dijo con gran sosiego:

—Los hombres grises, conde de Vamurta, deben volver a su lugar… Antes de que desaparezcas y vuelvas, ¡antes! —Se soltó y empezó a levitar hacia el cielo para desaparecer en ese torbellino incesante.

El conde y Sara se cogieron de la mano que tenían libre, mientras el huracán los volvía a levantar envolviéndolos en una niebla lóbrega…

Sara abrió un ojo. Se sentía dolorida y helada. El sol se acercaba al horizonte para desaparecer del cielo, que era otra vez un espejo limpio. Un temblor recorrió su cuerpo. A unos brazos de distancia vio al conde, tumbado de lado entre la nieve, el barro y un cúmulo de tallos partidos, empapado, como ella. Su ropa estaba desgarrada y su rostro ensuciado por el barro. Respiraba y la tempestad, o lo que fuera, había pasado de largo. Se desató el cordaje y despertó a Serlan, que tardó en situarse. Ella lloraba, sin apenas hacer ruido, mientras recogían sus paquetes esparcidos entre la nieve. Había perdido la sensibilidad en las manos, en los pies.

Empezaron a caminar a la deriva. No se cruzaron ni una palabra. El aire había amainado, pero el frío era más intenso, sentían sus dentelladas por todo el cuerpo. Sabían que su situación era desesperada y que si no conseguían secarse y entrar en calor, no sobrevivirían a la noche.

Iban arrastrando los pies como dos moribundos, sin fuerzas. Se dirigían al norte, obstinados. El conde había perdido las piedras para encender fuego durante el huracán. Había otras maneras, sí, pero

necesitaba leña seca. Quizás pronto aparecería alguna de las ciudades de las fronteras… Seguían moviéndose. Notaban los primeros síntomas de congelación avanzando en sus pies, como una hiedra trepadora. En el momento en que tomaran aliento y descansaran, el frío los atraparía y no les quedarían fuerzas para volver a levantarse. Caía el sol y apenas veían por dónde pisaban.

—No puedo más… —se lamentó Sara—. No quiero morir aquí, no debo.

El conde miraba, muy derecho, la oscuridad sin contestar.

—Serlan, ¿me escucháis?

—No quiero quedarme aquí tampoco, sobre esta nieve... Tengo muchas promesas por cumplir y tú tienes una larga vida antes de morir. Hacia allí, Sara, hacia allí.

El conde señalaba en dirección a una espesa tiniebla. Sara se fijó, y vio un ligero fulgor, un débil punto de luz. Ese punto lejano, la esperanza, les proporcionó las últimas fuerzas. Se arrastraron hacia la claridad como dos mariposas nocturnas, temblando bajo sus prendas mojadas. La piel, las pestañas, el pelo emblanquecido por la escarcha, solo pensando en salvarse, en encontrar ayuda.

Aquel fulgor fue agrandándose. Parecía un fuego en el bosque, pero a medida que se acercaban veían que aquello era el resplandor de una ventana muy pequeña.

—Una casa. Ahora sí hemos llegado a las fronteras —dijo el conde.

Era una casa pequeña de una sola planta levantada con piedra, rectangular, sin aristas, con el techo cerrado por grandes troncos. Dentro había vida. La rodearon sin hacer ruido. Se escuchaban voces. Encontraron la puerta de entrada, de madera maciza. Llamaron con todas sus fuerzas. Los ruidos del interior cesaron de inmediato.

—¿Quién va?

—Somos un hombre y una joven. Nos hemos perdido… Necesitamos ayuda —contestó el conde, intentando evitar un tono de súplica.

—No abriremos. No sabemos quiénes sois.

—Necesitamos ayuda. ¡Estamos helados! ¡No aguantaremos la noche!

Se hizo un silencio desesperante. Serlan sabía bien que no había alternativa, exhaustos y congelados como estaban. No se veía ninguna otra luz ni signos de vida alrededor. Sara tenía los ojos entrecerrados y se dejó caer, recostándose contra la pared de la casa, con las manos bajo las axilas, incapaz de moverse más.

—¡Abrid la puerta, por Onar! —suplicó el conde, lloriqueando—. ¡Abrid! Moriremos aquí afuera. ¡Abrid!

Era evidente que no iba a abrir. Los de dentro tenían miedo.

Miedo de que todo aquello fuera una treta. ¿Qué podía llegar desde fuera en una noche helada, tras aquel monstruoso huracán?

Sara cerró los ojos. Su cara fina estaba rota por el hielo y el frío. Sus pestañas como una flor de hielo, la boca morada. Serlan la dejó tumbada y examinó el perímetro de la casa. Ni una fisura. Había sido construida para resistir el asedio de cualquier forajido en aquellas tierras de nadie. La luna se asomaba entre las copas de los árboles ofreciendo la suficiente luz como para adivinar los volúmenes. «Por aquí también ha pasado la tempestad», pensó, y empezó a prestar atención al tejado. La línea inclinada de los troncos se rompía por un punto, faltaba algo. Había un agujero o eso parecía. Quizás el viento había arrancado parte de la techumbre.

El conde dejó sus petates y la manta sobre la nieve y escaló la pared, aprovechando los huecos entre las piedras, hasta ascender al tejado. Entonces vio un boquete que daba al interior de una de las estancias de la casa. Saltó. Allí abajo no se veía nada. Se quedó muy quieto, escuchando. Desenvainó lentamente la espada, que sostuvo con ambas manos. Se sentía cansado. A tientas encontró una puerta. La abrió un poco y pudo vislumbrar un hombre mayor a escasa distancia, esperándolo con una daga en una mano y un cuchillo de cocina en la otra. Le habían oído. Abrió la puerta y avanzó un paso. Al hacerlo notó la calidez del hogar.

Alguna cosa se movió a su izquierda y el conde se desplazó veloz a la derecha, en un acto reflejo. Vio de reojo cómo alguien descargaba un tronco sobre su cabeza. Se giró y dio un puñetazo en la mandíbula del agresor, que cayó de espaldas. Era un jovenzuelo, no muy mayor que Sara.

El hombre que lo esperaba con la daga y el cuchillo lo atacó con precipitación, sin acierto. Antes que pudiera dar golpe alguno, el conde lo había fintado y con un rápido movimiento de piernas le había ganado la espalda, apoyando el filo de su espada sobre su pescuezo.

—Tirad las armas —ordenó, mientras mantenía la hoja de su arma sobre la garganta de aquel hombre—. ¿Sois más gente en esta casa? ¿No me habéis oído?

—Mi mujer y dos niñas pequeñas —respondió el hombre, con un hilo de voz.

—¿Dónde?

—En la otra habitación.

Serlan las hizo salir y las obligó a recoger a Sara. Hasta que el conde no vio a su protegida con ropas secas, no dejó de amenazar al que parecía ser el cabeza de familia. El hijo de este se recuperaba del golpe, aunque la nariz seguía sangrándole. Estaban todos cerca del fuego, aterrados por la suerte que les esperaba. Sara había abierto los

ojos y sus temblores empezaban a mitigar.

—No os queremos hacer mal alguno —dijo el conde—. Queremos recuperar fuerzas y calentarnos, nada más… ¿Cuánto os dan por vuestra cosecha?

—Tres tercios de plata —respondió la menor de las hijas, adelantándose, espontánea, a lo que pudieran responder sus padres.

—Bien. Os daremos dos tercios de plata si nos dais refugio.

El conde soltó al hombre y lo miró. Estaba asustado pero no hasta el punto de atacarlo. Le entregó dos grandes monedas de plata y aquel las tomó con precaución, como si ese pago escondiera algún tipo de subterfugio.

Antes de la cena, Sara iba recuperando el color, aunque apenas se movía. El conde por fin podía calentarse las manos. Aquella morada era para vivir sin grandes comodidades. Pocos muebles rústicos adosados a la piedra de las paredes, la chimenea en el centro, dando calor a todas las estancias. Cortinas de lana sin tintar y unos bancos bajos, cubiertos de piel de cordero, donde habían tomado asiento cerca del fuego. En un rincón de la casa tenían cuatro gallinas y descubrieron dos cerdos pequeños en una minúscula habitación anexa, donde pasaban la noche resguardados del frío del exterior.

La mujer repartió grandes cazos de caldo que revitalizaron a los dos huéspedes. Las pequeñas jugaban a peinar a Sara, haciéndole y deshaciéndole colas, riendo, mientras el conde narraba a los mayores y al joven su periplo, ocultándoles algunos detalles. Narró el enfrentamiento con aquellas bestias y cómo resistieron al embate de la tormenta.

—Nadie ha sobrevivido al ataque de esos grandes lobos, son muy capaces de acabar con un escuadrón… Y son muchos los que los consideran como unos espectros, por aquí —apuntó, algo incrédulo ante aquella historia, el cabeza de familia, que se llamaba Beltor.

Beltor explicó por qué no habían abierto la puerta.

—Bandidos corren por estas tierras de nadie. Hay hombres hambrientos, que no recuerdan qué gusto tiene la carne. Se dice que piden clemencia, ayuda, y cuando estás cerca de ellos te atraviesan con la hoja de sus cuchillos. De uno, solo quedan los huesos roídos.

Mientras el hombre hablaba, Serlan iba recordándose una vez y otra que debía silenciar muchas cosas, omitiendo hablar de Vamurta y presentarse como un mercader procedente de la costa.

Cuando todos dormían, el conde y Beltor fumaron, escuchando el suave crepitar del fuego, mientras el viento golpeaba las ventanas.

Al día siguiente apenas salieron de la casa. Durmieron hasta bien entrada la mañana y se levantaron para tomar una buena comida.

Sopa de cebada y un huevo, con pan y vino. Beltor les había asegurado que se encontraban a más de un día de camino de la ciudad más cercana, en la ribera de los grandes lagos, que se extendían hasta muy al norte. Las otras ciudades libres quedaban a muchas jornadas de camino. Para alcanzar dicha ciudad debían cruzar una tierra casi deshabitada.

Al segundo día despertaron con fuerzas renovadas. El conde ayudó a cortar leña y por la tarde salió a cazar con el hijo de Beltor, llevando el arco de este. Al anochecer volvieron con dos conejos colgados de la espalda. El hijo de Beltor parecía muy contento y explicó a todos cómo un jabalí adulto se les había escapado por muy poco.

Sara se había recuperado del todo. Ayudaba a la mujer de Beltor, Ágata, a preparar las comidas. Jugaba con las niñas y les enseñaba a bordar flores sobre sus tristes vestidos de un ocre gastado. Empezaron a preparar los conejos para la cena. Había que cocinar algo especial, pues era raro comer tanta carne en una sola comida. Además, con el dinero que les había entregado el conde, aquella familia podría vivir muy bien hasta pasado el verano, y hasta podrían comprar nuevas herramientas o incluso un par de terneros jóvenes. Tenían invitados, tenían carne y vino. Mientras cada uno ayudaba con la cena, las pequeñas corrían por la casa, asustando a las gallinas. En el exterior, el viento rugía y volvía a nevar.

Tras la cena, los jóvenes recogieron la mesa y luego se sentaron cerca de la chimenea, a jugar al estrot, un juego de dados muy común en las colonias. Serlan, Ágata y Beltor tomaron asiento y encendieron las cañas, mientras sorbían un vino viejo y espeso, de color brillante.

—Este es el peor invierno desde que nos instalamos aquí —dijo Beltor, tras oír una nueva ráfaga de viento.

—Es el quinto invierno. Vivíamos cerca de Nogrog, pero el Consejo nos obligó a malvender nuestras tierras. Querían hacer un gran campo comunal… Aquello no funcionaba. Era imposible vivir así. Un día hacia allí, otro hacia allá… Y tú, Serlan, ¿qué buscas tan lejos de Nueva Vamurta?

—Creo que lo mismo que vosotros. Un lugar en esta tierra de Onar, un lugar donde echar raíces. ¿Qué me decís de esta ciudad de los lagos que habéis mencionado?

—¡Por todos los dioses! Aquel no es un lugar para que unos chicos aprendan cómo es el mundo. Aunque la ciudad crece y crece —contestó Ágata.

—No. No es un lugar para los más jóvenes —añadió Beltor, señalando a Sara —. Pero es el único sitio donde podéis ir, si estáis huyendo.

Ágata y Beltor explicaron a Serlan cómo era la próspera y a la vez

peligrosa Ciudad de los Lagos. Ninguna raza la había fundado, era una urbe independiente que se regía según sus propios usos y costumbres, sin un gobierno claro. Mandaban tres grandes clanes, los más fuertes. El tejido urbano se extendía sobre una pequeña península que penetraba en las aguas del lago. En los últimos tiempos, la ciudad rebosaba y había crecido hacia el interior, fuera del perímetro de la península. Tanta era la gente que había llegado hasta allí, empujada por el hambre o para dejar atrás deudas o condenas. Las colonias crecían. La presión provocada por el exceso de población y por los emigrantes de Vamurta obligaba a muchos a abandonar sus hogares.

Aquel era un asentamiento abierto, aceptaba brazos fuertes para trabajar en los fríos campos o para recoger redes de pesca. La única línea amurallada seguía el estrecho brazo de tierra que unía la península con las llanuras que rodeaban los lagos. El resto de la ciudad vieja, asomada a una orilla de poca profundidad, se encontraba desguarnecida. Nadie, o casi nadie, atacaría embarcando su ejército en pequeñas chalupas.

Beltor recordaba que las calles y las casas se habían levantado sin orden, apoyándose unas medianeras con otras, apiñándose, haciendo nuevas paredes y subiendo nuevas plantas a medida que llegaban nuevos desplazados, gente desesperada, aventureros y buscadores de fortuna. La mayor parte de las viviendas eran bajas, como mucho de dos plantas y una buhardilla en la tercera, porque en esa tierra, siempre que se hacía un agujero profundo, el agua afloraba. Muchas casas estaban construidas con la abundante madera de los alrededores, excepto la de los comerciantes y artesanos acomodados, levantadas en piedra.

El desorden, una vitalidad caótica y un aire fétido durante la época de calor, cuando la lluvia era escasa y no arrastraba los orines, definían aquella población. Un mundo urbano de plazas minúsculas y hedor a pescado y a pieles húmedas. Una aglomeración arenosa y gris rodeada de agua, la vastedad de los lagos, verdes y azules, salpicados por una infinidad de islas insignificantes y otras mayores, alargadas, arboladas, en las que se levantaban fastuosos robles y largos chopos de troncos pulidos en plata.

En la costa de la ciudad, se yuxtaponían los embarcaderos en los que se amarraban las esbeltas canoas de los pescadores. La pesca sobrante se ahumaba y se exportaba al interior, principalmente a las ciudades zigurat sufonas. El movimiento que generaba la pesca creaba una notable riqueza y eran muchos los que se acercaban a las maderas de los muelles en busca de trabajo, pero eran las grandes y anchas barcas de caza de los sircads, los peligrosos reptiles de los lagos, los que tanta fortuna y tanta desgracia habían traído a aquel lugar. Barcas de poco calado, aptas para deslizarse en aquellas poco profundas

aguas, rematadas por una poderosa ballesta en la proa en la que un gran arpón era todo el mascarón que poseían.

—Si os decidís a ir, encontraréis todas las razas. Bien, todas aquellas que hacen comercio. Sufones, vesclanos, hombres y murrianos —concluyó Ágata.

—¿Murrianos? ¿Tan lejos de sus tierras?

—Sí, pocos, pero algunos hay. Son los más pacíficos —apuntó Beltor, tocándose su gran barriga.

Antes de que el amanecer se encumbrara en los cielos, se despidieron. Ágata les había empaquetado comida para pasar el día y les había lavado y secado sus ropas frente al fuego. La noche era aún cerrada cuando abrieron la puerta de la casa. Las estrellas se desvanecían en el firmamento, el viento había dejado de soplar.

Serlan parecía otro. La noche anterior, Beltor le había rasurado su barba encanecida y le había cortado el pelo bien corto. El conde no quería ser reconocido en la zona de los lagos. Llevaba consigo el arco de caza de Beltor y el carcaj de flechas colgado a la espalda, junto al arcabuz.

—Estad muy atentos a los aullidos. Marchad sin descanso por el camino, por muy cansados que os sintáis, no os paréis hasta ver los arrabales de la ciudad. Si os olfatean, estáis perdidos. Si andáis a buen ritmo podréis cubrir la distancia que os separa de los lagos en una sola jornada, antes de que caiga la noche, pues ese es el territorio de los grandes lobos —les dijo el mayor de la casa, en el umbral de la puerta.

El conde, en agradecimiento a todas sus atenciones, regaló su espada a Beltor. El rostro de este se iluminó.

—Jamás he tenido una. Gracias… Os comportáis como un noble señor.

Sara abrió la boca pero el conde le tiró de la manga a tiempo. Debían preservar su anonimato. Era el único modo de seguir con vida. Los hombres del Consejo, ahora también Leandra, querían su piel. Serlan puso ambas manos sobre los hombros de Beltor.

—Encontrar esta casa nos ha salvado la vida. La espada es para vos. No es la mejor que he tenido, pero es una buena arma. Y un día, puede ser para vuestro hijo.

Todos salieron a despedirlos. Los de la casa movían sus brazos en la oscuridad que engulló las figuras de Serlan y Sara. Andaban deprisa siguiendo el camino nevado que conducía hasta la Ciudad. La noche era fría, pero el ejercicio y el vino que habían tomado antes de partir les daban suficiente calor. Pronto percibieron cómo el silencio de la noche se resquebrajaba. Los gorriones del amanecer silbaban desde los límites del bosque que seguían el camino. Una luz blanda tiñó el cielo,

luego llegaron los flamantes azules y una fina franja clara surgió allí donde empezaba el horizonte.

Cuando llevaban un buen trecho, un fulgor los alcanzó, anaranjados brillantes del alba que barrían la noche. El día despuntó y Serlan miró a Sara, perdida en sus pensamientos. La cara fina y blanca, enmarcada por las líneas curvas de la capucha, bañada por esa claridad única de las primeras luces, que todo lo alisan. Comenzaba a perder los rasgos de chica, surgía, aunque aún con timidez, el rostro de una mujer. Sonrió recordando que una vez él también había sido así de joven. Cómo, a esa edad, se sentía fuerte, capaz de llevar a cabo cualquier cometido, y ahora, canoso, creía ser un espíritu errante que se movía y oscilaba según los caprichos de los dioses.

A media mañana pararon para descansar y comer, vigilantes. Se encontraban en medio de una extensa llanura cubierta por un palmo de nieve, punteada por pequeños bosques de árboles desnudos. A mediodía vieron los primeros campos de labranza y caseríos. Habían almorzado. La fuerza del viento aumentó. Poco a poco el sol decaía hacia el oeste. Habían andado mucho y rápido, pendientes de los aullidos.

El conde no había dicho nada sobre las últimas palabras de aquel ser que habitaba entre dos mundos. En el fondo creía que nadie los atacaría, excepto aquel frío extremo. Siguieron el camino. Habían agotado la energía de la mañana. Sara parecía realmente al límite, otra vez, avanzaba por inercia. Serlan aflojó el paso y continuaron adelante, pero con descansos más frecuentes.

Cuando caía el día vieron pasar, a lo lejos, un pequeño trineo tirado por un gran ciervo negro, de patas peludas y vigorosas. Sara lo observó pasar. Aquella visión veloz, espléndida en la soledad del llano dormido, actuó a modo de desencadenante.

—Serlan, ¿volveremos a Vamurta? —preguntó, mirando el inmenso océano blanco que se abría frente a ellos. Se escuchaba los silbidos del viento, que les cortaba las mejillas. En aquel momento el conde recordó todo su mundo perdido.

—No lo sé. Lo que sí sé es que sufro, que vive en mí un dolor sordo que se alimenta de mis recuerdos de nuestra tierra. —Se giró, haciendo una pausa en aquel páramo, mirándola con fijeza—. Es mi promesa, Sara. Volver, algún día, a Vamurta.

## 21
## Los esclavos

Durante todo aquel día de primavera no había dejado de llover. El agua había convertido el suelo arcilloso de Orcómeno en un inmenso barrizal, por el que transitaban penosamente los pocos guardias y esclavos que, llegado el crepúsculo, aún seguían con sus quehaceres. Dasteo y Arisas contemplaban, desde una de las torres, calados hasta los huesos, las obras que pronto serían concluidas. Ese inmenso y poderosísimo enclave en medio de los campos vacíos y cerca del mar, una punta de lanza para guarnecer futuras migraciones de los murrianos del oeste. Cubiertos con capotes y recortados contra un lienzo gigantesco de nubarrones y bancos de niebla, los dos hombres grises se preguntaban cómo podía ser tomado ese bastión, una vez dispusiera de toda su artillería, como se denominaban esas armas que habían cambiado la forma de hacer la guerra.

—Se hace tarde y estoy cansado. Bajemos y resguardémonos en casa, Arisas. Hoy queda poco por hacer.

Los dos descendieron de la torre y cruzaron el castillo a paso lento, empequeñecidos entre las moles que eran las esferas, encerrados por las paredes lisas y húmedas de las murallas. Cuando estaban a punto de alcanzar la puerta de su celda, escucharon un grito que desgarró la tenue melancolía del atardecer. Una voz que fue seguida por el crujir de la gran puerta al ser abierta. Resonaron cascos de ciervos en el patio, apareciendo tres murrianos montados y, en lo que dura un suspiro, Orcómeno despertó de su letargo.

Bramidos y órdenes llegaban desde todos los rincones. A pesar del aguacero, los murrianos que estaban de guardia empezaron a trotar de un lado para otro. Los primeros soldados salieron de debajo de los grandes globos en los que se alojaban, y tras ellos apareció un aluvión, armados, con las cotas y las corazas a medio abrochar. Dasteo vio al comandante correr como un poseso y dar instrucciones a los oficiales con gestos cortantes, casi violentos, a la vez que frente a la puerta ondeaban los primeros estandartes. El chapoteo de las pezuñas de aquel ejército en el barro, las salpicaduras y las imprecaciones, hacían que el golpeteo rítmico de la lluvia fuera una melodía olvidada.

—¿Es un ataque, Dasteo?

Dasteo observaba aquel rápido despliegue con preocupación, sabedor de que nada bueno para los suyos podía significar.

A pesar de que la visibilidad cada vez era menor, poco a poco se iban dibujando los batallones, formados en un sinfín de cuadros frente a la puerta principal. Los oficiales seguían dando órdenes a los grupos

de arcabuceros, de infantería y de arqueros para conseguir que sus soldados trazaran figuras regulares sobre el barro. Tal como había empezado toda la jarana, esta cesó de repente, y la lluvia volvió a señorear en el bastión. Aquel bosque de lanzas parecía querer herir las franjas de nubes bajas, que corrían veloces por encima de cascos y emblemas mojados. Esperaron rígidos mientras la noche se posaba sobre ellos.

Antes de que la oscuridad fuera absoluta, les llegó un murmullo que pronto fue un retronar cercano. Bajo la puerta que miraba al norte, apareció una columna de murrianos a la carrera entrando en la fortaleza, y tras ellos, montadas en ciervos de gran envergadura, dos Reinas, a la cabeza de un pequeño escuadrón de jinetes. Descendieron de sus cabalgaduras con brío, a la vez que sonaban las trompetas para anunciarlas y darles la bienvenida. Desde sus pequeñas ventanas, los esclavos asomaban la cabeza para contemplar el espectáculo. El comandante corrió a recibirlas y hablaron brevemente.

—Creo que nuestro protector las teme tanto como las tememos nosotros —apuntó, sarcástico, Dasteo.

Sus largas cabelleras de pelo rizado, apelmazadas por la lluvia, destacaban entre la masa de aceros opacos de las tropas que las recibían. Cubiertas por una coraza sucia, y una túnica de grueso terciopelo oscuro, pasaron entre los soldados, con expresión marcial y circunspecta. Cuando parecía que iban a gritar algo, se escucharon risas, que respondían a alguna broma con que las Reinas obsequiaban a la soldadesca. No parecía preocuparlas que sus pezuñas se hundieran medio palmo en el lodazal y convirtieran sus calzones en dos estacas recubiertas de porquería.

Al poco tiempo, fueron encendidas todas las antorchas. Aquellas dos se disponían a visitar la fortaleza por sorpresa.

—Ya he visto bastante. Ahora sí, vayámonos a cenar y a secar nuestras ropas.

Toda la ciudad-fortaleza se había levantado pronto para despedir a la comitiva. Las Reinas abandonaban Orcómeno, a la vez que los esclavos recibían la primera comida del día. El sonido de las trompetas y clarines se fue apagando y, pronto, se reemprendieron las rutinas. Dasteo, a media mañana, recibió la visita del jefe de la plaza.

El comandante entró en la casa sin llamar. No lo acompañaba ningún guardia. Entró y se sirvió vino. Arisas dejó de hacer correr su pluma por las montañas de pergaminos dispuestos sobre la mesa, y Dasteo levantó la cabeza, dejando los planos de los futuros templos en el suelo.

El murriano dio una vuelta por la estancia, como si allí no

hubiera nadie, dando tragos. Se dejó caer sobre una de las sillas, apoyando su espalda contra la pared. Sus mechones caían hacia delante, emboscando su mirada. Lanzó el ánfora contra el suelo, rompiéndola con estruendo, y se desabrochó el cinturón, dejando caer la espada.

—¿Habéis oído hablar de nuestro hogar? ¿De nuestra capital? Es el lugar más bello del mundo. No es como vuestras ciudades, abigarradas, en las que todo se amontona, sucias y mal ventiladas, donde hasta la piedra de las paredes huele mal. No, es un valle elevado, cerrado por picos de nieve perpetua. Un valle ancho, esplendoroso cuando el sol vuela por encima, siempre verde porque en mi país llueve, no como aquí, allí llueve y la hierba crece alta y hermosa, es un lugar en el que, si el día es despejado, parece que hasta las rocas tengan brillo. En ese gran valle no hay murallas, tan solo un alcázar. Tres son los pasos de montaña para penetrar en el corazón de mi patria, y en cada paso encontraréis fortalezas que los cierran, castillos construidos para que nadie los pueda tomar, muros que, frente a ellos, cualquier enemigo sentiría una inmenso desasosiego. Jamás nadie ha cruzado los pasos entonando cánticos de guerra. Por ese valle, Dasteo, se distribuyen aquí y allí templos y enjambres en los que vivimos, academias como grandes óvalos de piedra, jardines, plazas de muchos tamaños y formas en las que los músicos tañen laúdes hasta hacer sangrar sus dedos, paseos flanqueados por árboles milenarios, las grutas de las Reinas… Aquello es el paraíso. Y es hacia donde parto esta tarde.

—Y es donde no queréis ir, pues queréis permanecer aquí —apuntó Arisas.

El comandante se sobresaltó por un instante. Luego miró el suelo y pasó la mano sobre las astas de su cabeza, como si las tocara por primera vez y algo le preocupara.

—Exacto. Quiero quedarme en Orcómeno, ¡ser Orcómeno!

—Y acabar lo que aquí comenzasteis —añadió Dasteo.

—Acabar. Construir para perdurar. Durante muchas primaveras mi cometido fue destruir, arrasar, contener. Casi perdí la vida en esa empresa, y vi muchas desaparecer sin tan siquiera saber muy bien cuál era su propósito en este mundo, sin tan siquiera paladear la edad de las preguntas. Orcómeno me recordará, los hijos de los hijos de mi tierra rememorarán mi nombre, Dúrtica, y vosotros, grises, también. Construir para perdurar, Dasteo. Y ese no es mi único sueño.

—La fortaleza ha sido bastida en un tiempo inimaginable, verla desde el norte o desde mediodía produce una mezcla de pavor y asombro, comandante Dúrtica. Lo aquí conseguido no tiene igual, y eso lo saben las dos Reinas que ayer estuvieron aquí. ¿No es cierto?

Bajo las franjas de cabello que cubrían el rostro del comandante,

Dasteo vio asomar una sonrisa amarga.

—Pareces un bruto formidable, Dasteo, pero te delatan tus preguntas. Ruego a los arcanos que nos volvamos a encontrar otra vez, en otro tiempo, no el nuestro. Tú, como yo, sueñas con un mundo justo. Las Reinas son más que vuestros nobles o aquellos magísters de las colonias. Son casi diosas, y lo que emana de ellas, lo que esculpen en tablas de piedra tras sus consejos, es indiscutible. Alguien como yo, casi una leyenda entre los soldados, debe agachar la cabeza y obedecer. Tras tantos esfuerzos… Sobre esta mole, en el corazón meridional de Vamurta, nada hay que decir, es una obra sin parangón, de una clase nueva. Pasamos muchos inviernos dibujándola, discutiendo con los maestros, probando la perforación de las armas de fuego sobre la piedra. Las Reinas están inquietas por lo que aquí ha pasado y por lo que pasó en el oeste, antes de la invasión. Saben que aquí, en unas pocas lunas, algunos esclavos llegaron a dar órdenes a nuestros soldados y albañiles, que algunos, como vosotros dos, podían ir y venir a donde les pareciera, dentro de la fortaleza. Que habíamos repartido privilegios. Los templos, yo di el permiso, fueron motivo de intervención. Se acabó.

Arisas atendía, sorprendido, ante la franqueza del oficial. Intuía su drama, su lucha no reconocida, el sudor derramado para convertir aquel rincón de mundo en un ejemplo, en un lugar donde la concordia fuera posible.

—No se trata únicamente de los templos de Onar y Sira, y de los privilegios —dijo el joven.

Los ojos rasgados del murriano se posaron sobre él. Arisas sintió que su alma quedaba a la intemperie.

—¿Sigues teniendo sueños premonitorios, Arisas? ¿Qué te dicen?

—Hay un gran desorden, lo percibo. Aunque poco puedo entender de aquello que aparece para desvanecerse. Veo hombres entre las hojas y un gran manto manchado con los colores del atardecer.

—Los colores de nuestras huestes.

—O los colores de un león —repuso Arisas.

—Casi no quedan leones. Los hombres grises los cazasteis a cientos. Tras el mediodía, partiré —continuó el comandante—. Me despido de vosotros. Mi raza no está preparada para lo que pensé que podría ser. No somos tan diferentes, pero nos esforzamos mucho en parecerlo, ¿verdad?

Se levantó, se ajustó el cinto con la espada y peinó su pelo hacia atrás. Dasteo lo observaba pensando que se escapaba una de las pocas razones que le habían hecho creer que las cosas podrían ser diferentes. Se acercó hacia Dúrtica, quizás para abrazarlo, para despedirse de algún modo, pero el murriano respondió dando un paso atrás. El oficial levantó la mano y les sonrió, girándose para salir por la puerta.

—¿Qué pasó en el oeste que tanto inquietó a tu pueblo?

—No sois los únicos. Hay más hombres al otro lado de nuestro mar, en el occidente remoto. Otro tipo de hombres, unos seres temibles.

Les dio la espalda y se marchó. Lo vieron cruzar la explanada que los separaba de los cuarteles murrianos, minúsculo bajo la sombra de una de las esferas. Dasteo y Arisas sabían que con él se iba todo lo que habían conseguido en Orcómeno.

—Amalia, ¿oíste algo de esto?

—No, no. Nada. ¿Pero qué hacen? ¿Por qué están tan nerviosos?

—Lo ignoro. Nos tratan sin miramientos, como cuando llegamos —se quejó Dasteo—. Nos movilizan, de eso no tengo dudas.

Los murrianos, antes del alba, habían sacado de sus jaulas a muchos de los grises, a casi la mitad. Llevaban antorchas y listas de presos. Diferentes escuadrones abrían las celdas, sin aviso, y sacaban a puntapiés a los designados. Los reunían frente a la segunda gran puerta, tal y como los habían sacado de la cama, sin que nadie hubiera podido recoger sus pertinencias ni los pocos objetos personales que habían acumulado en aquel tiempo de cautiverio. Arisas parecía aturdido entre los suyos, amontonados, soñolientos.

Los guardias empezaron a presionar a los presos, los empujaban con sus escudos y lanzas, hasta que estos empezaron a formar una larga fila irregular. Llegaron los últimos hombres grises que engrosaron el grupo. Desde las celdas cerradas en la que permanecían los otros esclavos, llegaban preguntas, voces angustiadas al ver a los suyos partir. El aire fresco de la madrugada se llenó de ruegos que iban y venían como una corriente, entre los que se quedaban y los que eran empujados a marchar.

—¿Qué van a hacer? ¿Nos llevan a Vamurta? —preguntó Amalia, cogida del brazo de Dasteo.

—No —contestó Arisas—. A Vamurta no. Intento entender lo que dicen. Nos llevan por el camino de la costa.

Entre la multitud, Dasteo divisó a Tzerso. Le hizo una señal para que se reuniera con ellos. No veía a Montal ni a los maestros y arquitectos que le eran más próximos. Sin tiempo para más, los murrianos abrieron la Puerta Sur de Orcómeno. La larga columna se ponía en movimiento en un amanecer de primavera, en la que el sol rasgaba las lejanas nubes del este, para empezar a encaramarse sobre un cielo despejado.

Como un enorme ciempiés, la hilera de esclavos se deslizó por el ancho camino polvoriento, dejando atrás las murallas panzudas de la fortaleza. Vista desde la distancia, Orcómeno parecía una enorme tarta

en la que, como en las festividades, se había hundido en el bizcocho enormes huevos.

El que fue oficial del Batallón Sagrado, seguía preocupado. No llevaban agua ni comida, y era evidente que no se dirigían a ningún punto cercano. Los condenados empezaban a reaccionar y a inquietarse. Toda la fila era un hervidero. Uno de los esclavos quiso agarrar a uno de los murrianos para, indignado, preguntar hacia dónde los llevaban. El golpe con la lanza que recibió en pleno rostro lo tumbó, mientras otros guardias le propinaban golpes con sus pezuñas. Hubo otras protestas, pero aquella violencia nueva las atajó de inmediato.

Al poco tiempo de dejar la fortaleza, el camino se estrechó, y se adentraron por un bosque de encinas ásperas que les dieron el cobijo de su sombra. La maleza era baja y pobre, lo que creaba la sensación de estar en una sala de columnas inclinadas que se cruzaban unas con otras, multiplicadas, hasta ocultar sus límites.

Los hombres y mujeres grises avanzaban cabizbajos sin percatarse de la belleza enjuta, contenida, que los rodeaba, perdidos cada uno en sus pensamientos. Tras un descanso, salieron del bosque y alcanzaron un terreno de suaves lomas que parecían brillar, doradas, bajo el sol del atardecer.

Hasta donde se perdía la vista, aquel paisaje ondulante estaba cubierto por cientos, por miles de cepas de troncos retorcidos, de las que brotaban las primeras hojas de un verde vivo. En los viñedos trabajaban otros esclavos, echando paletadas de estiércol. De lejos, sus harapos negros podrían hacerlos parecer grandes insectos, para todos menos para Amalia, que había dejado de andar y se había apartado de la fila, mirando hacia un punto fijo.

—¡Menécor! ¡Alea!

Dasteo se detuvo, sorprendido, y giró la cabeza, al igual que Arisas, mirando a su compañera, que parecía presa de una excitación repentina.

—¡Menécor! ¡Alea! —volvió a gritar.

Dos figuras que se encontraban entre los viñedos dejaron de moverse y se incorporaron. Amalia echó a correr hacia ellos, frenética, sin importarle romper de aquella manera la disciplina de la columna. Dasteo se lanzó tras ella para devolverla al grupo.

Amalia corría, sollozando, moviendo los brazos para que sus dos hijos la vieran, impulsada cuesta abajo. Dasteo la llamaba, mientras descendía, cada vez más rápido, intentando sortear las cepas. Los guardias aparecieron a sus espaldas, como sombras.

Los niños no se movían, allí, en la ladera de la otra loma, mientras su madre intentaba alcanzarlos. Los murrianos cayeron sobre Amalia, derribándola. Luego hicieron tropezar a Dasteo. Amalia se

debatía, olvidando que iba desarmada, olvidando que era una esclava. Tumbó a un guardia de un puñetazo y por unos instantes pareció que podría reemprender la carrera hasta alcanzar a sus dos vástagos, pero llegaron otros soldados, que la golpearon y la lanzaron sobre el suelo terroso de los viñedos donde quedó tendida. Dasteo, enfurecido, intentó llegar hasta ella, propinando golpes a derecha e izquierda, hasta alcanzar a su amiga y, de rodillas, voltearla.

—Los odio, no puedo hacer más. Los odio —dijo la mujer gris, con el rostro cubierto de tierra y moratones.

Dasteo levantó la vista y miró a los hijos de Amalia, que seguían clavados entre las viñas, estupefactos. Un fuerte golpe en la nunca le nubló la vista, los otros golpes le llegaron cuando yacía al lado de Amalia, cubriéndola con su enorme espalda.

Arisas y Tzerso, junto a otros esclavos, los ayudaron a seguir la marcha. Dasteo sangraba por la nariz, y una fuerte contusión en los riñones lo obligaba a andar encorvado. Amalia, sostenida por sus compañeros, no emitía sonido alguno, ida. La noche fue una bendición para ambos, pues dormir, aunque fuera sobre el suelo, bajo un cielo estrellado y lejano, les permitió recuperar fuerzas para seguir adelante. Al día siguiente cruzaron otros bosques, pasaron junto a campos de cebada en los que emergían espigas gruesas, de un verde lánguido, augurando buenas cosechas. Más tarde alcanzaron un terreno seco y llano, en el que apenas se veían algunos algarrobos y pinos dispersos, desdibujados en la neblina deshilachada que convertía el horizonte en un páramo difuso.

Tras el descanso del mediodía, en el que apenas probaron bocado, el grupo de esclavos siguió adelante, apesadumbrado, temiendo por su destino, adentrándose en la monotonía de un paisaje que anunciaba el desierto de Aicar. Algunos días después, Dasteo pensó que, a veces, no hay razones, que las cosas suceden, sin más. A media tarde, alguien entre los más de dos mil esclavos, cantó para sí.

Parecía una canción nueva, una voz que se conjuraba contra un tiempo maldito, una música bella y sencilla que disipaba la desgracia de aquel ser sometido que susurraba. Una misma estrofa improvisada, repetida en tonos distintos, que al acabar dejaba una estela de esperanza para los que la escuchaban. Otros alzaron la voz, entonando aquella balada en la llanura sin bosques, hasta que los soldados acudieron allí, azotando a los que cantaban, pero cuando el dolor de las fustas los acalló, se escuchó de nuevo:

*Somos los esclavos de Orcómeno,*
*el trabajo de los arcanos,*

*la torre derrumbada,*
*el hogar es hoy un túmulo de polvo.*
*Somos los esclavos de Orcómeno, oh, oh, oh…*

Los cánticos venían desde la otra punta de la columna, y desde el final. Los murrianos corrieron de un lado a otro para silenciar a los hombres y mujeres, pero era una labor tan absurda como pretender acallar los grillos de una noche de verano.

Dasteo, Amalia y Arisas se miraron y sonrieron. Algo, tartamudo todavía, emergía de sus corazones, borrando la desolación de sus miradas.

—Esto es mejor que una carga de las falanges —dijo Arisas.

—Mucho mejor —contestó Dasteo, agarrando a Amalia por el hombro—. Mucho mejor…

Cuando las más de dos mil gargantas entonaron un mismo canto, los murrianos dejaron de perseguirlos y azotarlos, impotentes ante aquella súbita riada que los superaba. Nerviosos, siguieron vigilando de cerca a los grises, hasta llegar, antes del fin del día, a su destino.

En un punto del camino, el terreno descendía con brusquedad hacia una gran playa, formando una pared de roca y tierra compactada. Con asombro, los presos se encontraron encima de una aldea enterrada en la arena, una mina y las muchas edificaciones que la rodeaban, casi una pequeña ciudad, visible solo para ojos atentos, escrutadores.

La estructura más alta, el pozo de la mina, estaba recubierta por troncos y ramas, sobre las que se había añadido arena y guijarros en tres de sus cuatro lados, de modo que pareciera un montículo. Del mismo modo, el resto de construcciones, medio ocultas, se había mimetizado en el paisaje, adquiriendo los contornos de las dunas de esa larga playa. Arisas, contemplando la mina bajo la arena, reflexionó en voz alta:

—Todas estas molestias y trabajos, ¿para qué?

—Los murrianos saben que a este territorio pueden llegar otros, que no son amos y señores tan al sur —respondió Tzerso.

La columna descendía por un angosto camino que llegaba hasta la arena. En el mar, cerca de la costa, descansaban tres chalupas de un palo con la vela recogida, diminutas en la inmensidad verde y azul de las aguas.

—¿Quiénes? El Condado nunca se interesó por estas tierras —se interrogó Dasteo—. No crece nada, y el agua dulce es muy escasa. Por aquí, a los hombres grises los encontraréis en pequeñas aldeas de pescadores, y nada más. No muy lejos, empieza la tierra de fuego, el

hogar de los alacranes.

—Señor —contestó Tzerso—, nadie sabe qué puede llegar por el mar.

—Dasteo, siendo muy joven fui sirviente de Onar. ¿Recordáis que también fui uno de los escribas del Condado? En los Anales se habla de una antigua invasión. Quizás teman lo que crece más allá del desierto —concluyó Arisas.

Los esclavos alcanzaron la playa, donde los esperaban los guardias de la mina. Sobre una gran roca, látigo en mano, un capitán los miraba. Era un oficial de complexión fuerte, de gran porte, de ojos claros y melena casi negra, a diferencia de otros murrianos. La mueca burlona era su respuesta ante la llegada de aquellos que habían sufrido hambre y una enorme sed durante la marcha. Enseguida saltó entre los prisioneros y empezó a hablar con una verborrea mal contenida. Un intérprete se situó a su izquierda y fue traduciendo lo que aquel flamante oficial decía. Tras una breve bienvenida, advertía a aquellos que no trabajaran según lo que él dispusiera, y anunciaba toda suerte de castigos. Mientras, los esclavos eran obligados a avanzar entre los edificios ocultos hasta llegar a un largo pasadizo encajonado entre paredes de piedra de la altura de dos hombres, al que accedían descendiendo por una escalera de cuerda, que podía ser retirada.

El capitán murriano cerró su parlamento con un grito, a la vez que alzaba su látigo, y lo hacía restallar en el aire. Dasteo, al pasar junto al oficial, notó los ojos del otro posados sobre él, y alzó la cabeza para mirarlo. El murriano escupió en el suelo, y dijo algo, señalándolo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó a Arisas.

—El amigo de los murrianos, ha dicho.

Cuando descendieron hasta ese túnel de techo abierto al cielo, notaron el enorme calor que los aguardaba, pues la brisa marina no refrescaba ese camino escondido. Cubiertos de sudor, fueron distribuidos en las múltiples celdas dispuestas a lado y lado del corredor. Dasteo, Arisas y Amalia, que seguía sin pronunciar palabra, fueron encerrados juntos, pero Tzerso tuvo que seguir hacia delante con otros. Hecho esto, una brigada de carceleros fue celda por celda, colocando grilletes a cada uno de los recién llegados.

Mientras esperaban a los guardias, Arisas vio en un rincón a un hombre, encogido sobre el suelo, con el brazo encadenado a la pared. No entendió por qué el prisionero temblaba en el calor sofocante de aquel lugar. Tosía aquel hombre joven acurrucado. Preguntado por todos, el desconocido apenas respondió, entre balbuceos, y lo único que entendieron fue «frío». Se miraron preocupados, sin encontrar una razón a la enfermedad que sufría aquel joven

—Creo que es un minero —dijo Amalia—. De la mina se obtiene mercurio, seguro. Si el metal entra dentro, estás perdido. Mi padre murió así. Era minero, también. Y sobrevivió en los pozos de hierro de la Sierra de Andonin, en los que trabajó casi toda su vida.

—Mercurio. Estamos en Uherské, tal como se rumoreaba en Orcómeno —apuntó Arisas—. La mayoría de los murrianos son del este, de la antigua frontera… Con ellos poco podremos tratar.

—Amalia, ¿hay cura si el metal penetra en el cuerpo?

—Depende, Dasteo. Depende de cuánto tiempo y del poco o mucho metal. Sudando se puede expulsar parte del veneno. Aquí sudaremos, sin duda, y más cuando el verano apriete. Viviremos asfixiados, aunque dudo que los murrianos hayan pensado que esto nos pueda beneficiar en algo. Mira a este.

Amalia parecía muy cansada. Haber visto a sus hijos y no haber podido hacer nada por estar junto a ellos, ni siquiera tocarlos, la había envejecido. Hablaba, pero parecía estar en un lugar lejano.

—Intentad no respirar los vapores de la mina. Evitadlos. Si no, caeremos como chinches —les advirtió la mujer gris.

# 22
## Ciudad de los Lagos

Dos pequeñas sombras se desplazaban sobre la nieve. Una esperanza los impulsaba a continuar: ver en el horizonte la Ciudad de los Lagos. Alcanzaron los campos que circundaban aquel gran burgo cuando el sol era intensa luz naranja. Seguían adelante sin casi sensibilidad en sus extremidades, las manos escondidas en las mangas, la cabeza encorvada bajo las capuchas. Sara se frotó las manos y le pareció que palpaba un trozo de madera helada.

A medida que avanzaban, empezaron a coincidir con otros, gentes de los campos, que como ellos se dirigían hacia la seguridad de las murallas, tapados con ropas viejas y mantos cubiertos con polvo de nieve. Aquello significaba que se encontraban en la vía que llevaba a los lagos y eso ayudó a serenarlos. A sus espaldas, a lo lejos, vieron un grupo que se movía muy deprisa. Parecía una caravana. A medida que aquellos se acercaban, vieron que se les acercaban unas extrañas cabalgaduras.

—¡Renos! —gritó un hombre que los seguía. Acto seguido todos los que se encontraban en el camino se apartaron para dejar paso a aquella hilera de jinetes. Sara y el conde empuñaron sus armas con discreción, pero nada pasó. Un grupo de sufones montados sobre grandes animales de poderosa cornamenta retumbó sobre el camino.

Era la primera vez que veían renos, hermosos, sus enormes testas protegidas por frontales de cuero endurecido que se alargaban hasta las pecheras. El oscuro color de su piel y cabellos contrastaba con las corazas blancas de sus caballeros. El conde pensó en los ciervos de combate murrianos, pero aquellos animales parecían más temibles, dotados de largas patas peludas y cuellos anchos como un palo mayor.

Se quedaron sobre la nieve, inmóviles, viendo pasar la caravana como una exhalación, el relinchar de los renos, los vahos que emanaban sus grandes fosas nasales. Quince, veinte sufones contó el conde, todos armados con ballestas ligeras, lanza corta y espada. Los renos, al pasar, dejaron una nube de nieve en suspensión y profundas huellas en la calzada.

—¿Hay guerra aquí también? —preguntó Sara, impactada ante aquella imagen.

—No creo. Por las alforjas, parecen más comerciantes que soldados. Pero su ruta debe ser peligrosa… —Serlan estaba muy cansado para hablar.

Brillaban las primeras estrellas cuando por fin divisaron las antorchas de las puertas de la ciudad. El frío era intenso. Desde que

vieron pasar a los sufones, Sara y el conde habían seguido caminado sin decirse más. Tenían los pies y el cuerpo helados y doloridos.

A la izquierda de la muralla se extendía parte del gran lago. Sus aguas eran un espejo negro roto por los destellos de una luna menguante. Escucharon el suave golpeteo de las olas en el embarcadero y aquel sonido los sosegó. Cruzaron la puerta de la ciudad sin apenas ser molestados por la pequeña guarnición de hombres rojos y vesclanos adormilados. La ciudad parecía muy quieta. Como había dicho Beltor, las únicas calles empedradas eran la que iba de sur a norte y la que seguía de oeste a este, dividiendo la ciudad en cuatro grandes cuadrantes.

Avanzaban por una de las calles principales que nacía en la única puerta de la muralla de la ciudad, dispuestos a encontrar una casa de huéspedes tan pronto como les fuera posible. En la ciudad flotaba una quietud invernal, acrecentada por la niebla que penetraba como un manto de hielo en los callejones. Escucharon ruidos y carcajadas que provenían de una gran ventana. Levantaron la vista en el momento en que una mujer sonriente, con la tez acalorada, cerraba unos postigos, devolviéndolos al mutismo de la calle. Siguieron por aquella avenida sin encontrar, aún, un lugar en el que recogerse.

El conde se alegró de ver el rótulo colgante de una taberna, pero al acercarse a la puerta, esta se abrió con brusquedad y apareció un grupo de sufones que sacaban a empellones a dos hombres rojos, furiosos y bebidos, encarados con aquellos seres impenetrables, que los increpaban en su lengua. Uno de los hombres sacó una daga y los sufones se echaron a reír con sus risas casi mudas, levantando sus pesadas túnicas y dejando ver sus espadas. Aquello hizo que Sara y Serlan se apartaran de aquel lugar y siguieran calle arriba, sin girar la cabeza, mientras oían cómo los dos grupos continuaban gritándose sobre la nieve.

A media avenida vieron brillar las luces mortecinas de un hostal. Hicieron sonar el picaporte varias veces antes de que un hombre pequeño y enjuto les abriera la puerta. En aquel momento dobló la calle un grupo de hombres rojos armados, haciendo resonar sus botas con fuerza. El conde no supo si era una patrulla de la ciudad o bien se dirigían a aquella taberna. Empujó al hostelero y entraron adentro.

—¡Qué hacéis! ¡Qué es todo esto! Es muy tarde. ¡No aceptamos a huéspedes! —les dijo echándolos con malos gestos.

Serlan no contestó y de un manotazo se sacó al hombre de encima. Luego rebuscó en la pequeña bolsa que colgaba de su cinturón y extrajo dos queals de bronce. El hostelero recuperó, en parte, la compostura. Hizo un ademán, una burda imitación de los modos que usan los señores distinguidos, y los hizo pasar al comedor.

Era un comedor pequeño y vacío. La hija del dueño les sirvió la

cena, mientras los dos acercaban las manos al pequeño brasero, aún tiritando. Sopa caliente de cebolla y pez ahumado troceado acompañado de unas patatas calientes. Aquella cena saldría cara, pero el calor volvía a sus cuerpos, secando la gélida humedad de sus huesos. Se quitaron la ropa de abrigo. Sara miraba con curiosidad aquella chica huesuda que iba y venía con prisas, sin dirigirles una palabra, escondida detrás de sus cabellos largos y andrajosos.

Mientras acababan la comida se abrió la puerta que comunicaba con las habitaciones. Dos murrianos irrumpieron en el comedor. El conde casi dio un salto y llevó su mano al pomo de la daga. Los murrianos lo miraron un momento, entre sorprendidos y molestos, pero al momento se sentaron y les desearon buen provecho en la lengua de los hombres. Parecían dos comerciantes. Comían y hablaban alto, despreocupados.

—¿De dónde venís? —preguntó uno de los murrianos, mientras se llenaba la boca.

—Del sur —respondió el conde sin ánimo de conversar.

—¿Del sur? Pero… Es casi imposible. No hay nada hasta las colonias. ¿Sabéis volar? —apuntilló el otro murriano, de cara chupada y largos bigotes, mostrando sus pequeños dientes al reír.

Aquello enfadó a Serlan y lo puso en alerta. Había cometido un error, debería haber dicho que habían llegado de los territorios de los rojos, o del sureste, de Belkasa.

—Por el camino del este, claro —añadió, intentando sonreír.

—Mmmm… ¿Sois mercaderes, así? Al igual que nosotros. Hacia el oeste, a tres días de camino, tenemos una pequeña factoría, y aldea. Secamos y ahumamos pescado. Lo vendemos a los hombres grises y a los rojos, que lo bajan a las colonias. Bien nos vendría tener un hombre ahí, con lo que…

—Nada tenemos que ver con las colonias. Estamos de paso y muy cansados para seguir charlando.

Sara siguió comiendo y los dos murrianos, algo ofendidos, los dejaron en paz. El conde acabó su cena, incómodo, mientras Sara los miraba de reojo, sin poder dejar de pensar que los ojos de aquellos seres, rasgados y afilados como los de una fiera, eran hermosos. Habiendo cenado, dejaron el comedor y subieron a su habitación, dejándose caer sobre las camas, agotados. Una vez bajo las mantas y sin tan siquiera haberse desvestido, durmieron hasta el día siguiente, cuando la música de la calle los fue despertando.

Tras almorzar copiosamente, tomaron un baño por turnos en su cuarto, después de que la hija del hostelero hubiera subido cubos con agua caliente hasta su habitación. Más tarde, ya aseados, bajaron a la calle llevando a cuestas sus fardos. Serlan De Enroc se sorprendió de que hubiera cargado hasta tan lejos con su arcabuz, enrollado con

pieles.

La mañana nacía pesada, la ciudad se desperezaba sometida por bancos de niebla baja que se adherían a las fachadas grises de las casas. Un ambiente húmedo y frío, por el que los habitantes de la ciudad se movían pisando calles de arenas empapadas y medio cubiertas de nieve, que se acumulaba con lentitud sobre los despojos y excrementos lanzados durante la noche.

Bajo las capas y abrigos, bajo sus gorros y capuchas, se veían los rostros enérgicos de los viajantes, las caras rojas y despiertas de los pescadores saliendo de tomar el desayuno, veían pasar vesclanos que se cruzaban con hombres rojos, murrianos asomados a las ventanas de las casas de mercaderes, sufones atravesando la calle cargados con grandes cestos y paquetes, hombres y mujeres esperando su turno en las paradas del mercado levantadas sobre el barro helado.

Aquella ciudad apestaba a pescado, a orín, a humedad, olía a oportunidades, a piel curtida, a perfume de jazmín, a pesar de las ráfagas de viento glacial que barrían sus calles. Todas las razas de las colonias juntas, revueltas, en movimiento, llenando la mañana de voces distintas que a su vez se encontraban y se entendían para cerrar negocios.

El conde percibió el murmullo de una ciudad vital que había nacido de la improvisación a partir de un antiguo mercado de pescadores y tramperos. Un punto de encuentro para comprar y vender pieles, pescado salado, armas y la sal de las salinas del oeste que cambiaban cada día de manos y de precios, dando a los puestos de venta y casas mercantiles una vivacidad contagiosa.

La Ciudad de los Lagos era también un lugar en el norte profundo que atraía a los desheredados de las colonias y los pueblos cercanos. En las calles atestadas pesada el hedor de las herrerías y otros talleres, se veían muchos hombres de armas llegados hasta allí para ofrecer sus servicios a los Señores de la Ciudad, que imponían su ley, ejecutada por sus pequeños ejércitos de mercenarios que conseguían a duras penas mantener el orden y asumir la defensa de la muralla.

Tres eran los poderosos. Icet, un vesclano joven que controlaba el gran comercio de la ciudad, Asch, sufón, hijo de familia patricia, que explotaba las grandes salinas, y Cortenuova, un viejo hombre gris que poseía la flota de barcazas que monopolizaba parte de la pesca de truchas y carpas y, sobre todo, la caza de los grandes sircads, de los que se obtenía la piel más valiosa jamás conocida, roja brillante, fina y ligera y a la vez dura como el mejor acero.

El hostelero les había indicado el modo de conseguir una vivienda. Tras andar unas pocas cuadras, hablaron con un hombre joven, vestido de negro de la cabeza a los pies, que vivía en una casa del Tardo, el eje que comunicaba el sur y el norte de la ciudad. Era

uno de los miembros de los puros, que representaba los intereses de aquellas urbes en la ciudad.

A Serlan le pareció un hombre extraño. Las maneras extremadamente prudentes de aquel hombrecillo provocaban una ligera repulsa en Sara.

Tras hablar sobre las propiedades que disponía en alquiler, se decidieron por una casa a las afueras, alejada de sus hedores y de su bullicio, un lugar en el que podrían vivir con una cierta paz, a pesar de que aquel hogar se encontraba próximo a los arrabales más pobres y que no ofrecía la seguridad de la muralla. La casa se había construido muy cerca de la orilla del lago, y a los dos les hizo gracia poder pescar y contemplar la majestuosa calma de las aguas.

Paseaban por la ciudad con un nuevo espíritu, despejados, notando como el aire frío vigorizaba sus cuerpos. El conde, aquella mañana, olvidó todo lo que había dejado atrás. Cruzaron el umbral de su nueva vivienda con la ilusión del que empieza otra vez, y abrieron los postigos cubiertos de polvo de las cuatro ventanas de la casa. Se encontraban en una estancia limpia, no muy grande, de paredes emblanquecidas sobre las que se reflejaban, débiles, las luces del final del invierno.

Había una mesa baja, de madera maciza. Tres sillas y un baúl para guardar la ropa y otros utensilios. La cocina era un pequeño horno en un rincón de la casa, cerca de la chimenea. También había una pequeña habitación alargada y estrecha sin puerta, en la que una cama con una base de paja cubría gran parte del espacio. Ambos miraban la estancia de la barraca.

—Podéis dormir aquí —dijo Sara señalando la única cama.

Por un momento Serlan hizo el gesto de ir a descargar su equipaje. Luego pensó un instante… La vieja jerarquía de Vamurta empezaba a borrarse. Vio la nobleza de Vamurta reunida bajo el techo del Salón de Gobierno. Su madre, hierática, la mujer que a todos sometía. Él solo debía esperar su turno. Volvió al presente, a Sara. Después de todo lo que habían pasado juntos… Acarició la mejilla de la chica, que hizo un leve movimiento de rechazo. Ella ya no era una criatura. Serlan la miró un momento y dejó caer sus pertrechos en el comedor de la casa.

—No. Esta será tu cama. Compraremos un camastro para mí y dormiré en el suelo, de momento —sentenció el conde en un tono serio, que no admitía réplica.

Cuando salieron afuera, los rayos del sol intentaban sacar la cabeza entre bancos de nubes bajas que manchaban con tonalidades plateadas las aguas del lago. Aguas de un gris brillante, azules también, rayadas por vetas de un verde oscuro que se extendían hasta donde llegaba la vista.

Por doquier se veían pequeñas islas y otras de mayor tamaño más lejos, en las que crecía una vegetación exuberante que luchaba contra los zarpazos del invierno. Grandes chopos y robles de hoja pequeña y reluciente, levantados hacia el cielo sobre una espesa alfombra de hierbas secas y nieve.

Casi tocando el agua, crecían una especie de árboles bajos, que el conde no había visto antes, los árboles del lago, que desplomaban sobre la superficie del lago un puntiagudo entramado de ramas y hojas rojizas, creando auténticos anillos de vegetación encarnada en las islas más pequeñas.

Sara contempló aquella inmensidad, un banco de carpas pasó cerca de la orilla y más allá vio saltos de pececillos que rompían aquel espejo líquido. En aquel instante, su único anhelo era vivir en paz, sin violencia, como el de algunos jóvenes que había visto en la ciudad.

—Vayamos a la ciudad. Hemos de comprar armas, comida y ¡mi cama! —propuso el conde sonriendo.

A media mañana las calles de la ciudad seguían bastante animadas. Se podían encontrar todo tipo de tiendas, tenderetes y grandes locales, muchos más que en cualquier otra ciudad de su tamaño.

El conde chocó con una mujer sufona que se cruzó en su camino. La miró un momento y solo pudo reconocerla como hembra por sus ropas y porque sus facciones eran algo más pequeñas que las de un macho. Andaban rodeados de gentes, oyendo muchas voces distintas.

Sara quedó maravillada frente al ventanal de una tienda de aceites. Los olores que se desprendían a través de la puerta abierta, le parecieron una sinfonía de matices dulzones. Entró. Libros, perfumes y pequeñas piezas de bisutería, se amontonaban en los estantes y en el suelo. Antes de que el viejo tendero se le acercara ya había vuelto al frío de la calle, en la que Serlan De Enroc esperaba, observando la explosión de mercancías que los rodeaba. Campesinos libres cargados de alcachofas, cestos repletos de judía verde y sacos de legumbres, paradas en las que se exponían pavos y polluelos piando, metidos en jaulas de mimbre, grandes mercaderes vesclanos mirándolo todo como si el mundo les perteneciera, mercenarios taimados y otros que no se podía adivinar a qué se dedicaban, cruzándose una vez y otra entre los puestos de venta, en las tabernas, sobre la nieve deshecha por tantas botas.

Compraron comida, vino, encargaron una cama sencilla, mantas y potes y cazuelas para preparar sus comidas. Se lo debían llevar a su casa tras el almuerzo.

Después de recorrer la ciudad, de ver y comparar, decidieron

acercarse a una de las mejores armerías. El jaleo de la calle era intenso a mediodía. El cielo se encapotaba, amenazando con más nevadas. Calle abajo, los gritos se intensificaron y por encima de las cabezas de los transeúntes vieron alzarse el filo de varias espadas. El sonido del metal entrechocando se distinguía bien por encima de las voces y los gritos abruptos de los que tenían cerca. El conde agarró a Sara por el hombro, y los dos se apartaron de la muchedumbre, refugiándose en el portal de una casa. Se sucedieron empujones y carreras y al poco vieron pasar un grupo de vesclanos llevando en brazos a uno, que parecía un mercader, al que habían seccionado medio brazo. La sangre negruzca borboteaba allí donde antes había un codo. El vesclano no se movía, sujetado por sus compañeros.

La calle del Tardo poco a poco volvía a la normalidad, bajo los primeros copos de nieve, ligeros, que revoleteaban en el aire. Salieron de la calle principal y se adentraron por los callejones. La niebla volvía sin avisar y el día se marchitaba sin remedio. En una de las callejuelas, se toparon con grupos de mujeres que esperaban a sus clientes, y a los que no lo eran, intentaban acercarlos. Mujeres grises y un par de enormes mujeres rojas, ofreciéndose bajo los porches. Las primeras sonrisas se tornaron en menosprecio al ver al conde con Sara, que identificaron como a su hija.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no corres a buscar a tu mujer? —le dijo una prostituta con voz aguda.

—¿No llevas dinero, amor? Deja a la niña en casa y vuelves… ¿O es que ya no sientes nada? —bramó una de las mujeres grises, mientras volvía a subirse el mantón para tapar su largo escote, viendo que aquel extraño hombre no pagaría por ella.

—Es mejor dejaros para esos murrianos —contestó, irritado, el conde.

—Mucho mejores amantes que tú, son, mejor que los hombres grises, sucios y malolientes —le espetó una de las mujeres rojas, de caderas anchas como las de una yegua. Las demás rieron, groseras y burlescas, dándoles la espalda.

El conde las sorteó deprisa, sin girar la cabeza. Sara las observaba de reojo, admirada que esas mujeres pudieran mostrar tantos atributos en un día tan inhóspito. Sara no preguntó nada y siguió andando al lado del conde, notando cómo la irritación de este crecía y se manifestaba en sus quejas susurradas. Viéndolo, parecía un viejo cascarrabias… Todo el tiempo que llevaban juntos, compartiendo cansancios y derrotas, hacía que la joven empezara a considerar al conde como un hombre, más que como el noble que hubo ostentado el más alto blasón.

Entraron en el atiborrado barrio viejo. Los edificios ahí estaban cimentados con la desnudez de la piedra, el suelo de las calles mejor

compactado y las vías, estrechas, algo más limpias. Llegaron al taller del armero con mayor nombre en aquella ciudad, guiados por un niño de apenas siete años al que dieron una pequeña moneda de cobre.

La sala de la entrada, alargada y dividida por toscos pilares de piedra, servía como tienda. La pobre luz de invierno entraba a través de los ventanales que miraban al exterior, creando claroscuros que se reflejaban sobre el metal de las armas colgadas en las paredes. Espadas de hoja corta, de doble corte, para la vieja infantería pesada, espadas largas con los gavilanes torcidos, dagas, puñales con mangos hechos de hueso o de maderas trabajadas, lanzas, jabalinas, arcos dobles de tejo, ballestas, lorigas… Los dos quedaron impresionados ante tal variedad de material. El conde sonreía, palpando, con la punta de los dedos, la frialdad de los aceros. Además del vendedor, había un único cliente. Un hombre mayor, ataviado como un rico mercader que los observaba desde un rincón con cierta curiosidad.

Lo cierto era que, si no fuera por la daga que colgaba de su cinturón, el aspecto de Serlan era más el de un clérigo que el de un soldado. El cabello rapado, barba rasurada, camisola de lana negra que escondía los calzones de cuero y una capa gruesa de un gris desgastado. El vendedor se dirigió hacia ellos, un hombre de mediana edad que les sonreía. Los atendió y enseguida les quiso vender todo tipo de antiguallas que solo servían para adornar las paredes de una sala de armas.

El conde se reía a ratos, al levantar una ballesta con los tensores agrietados o se mostraba irritado al ver que otra de las espadas que blandía en el aire tendía a caer hacia un lado. Finalmente se decidió por una espada que no llegaba a los seis palmos de longitud, equilibrada, más bien ligera, con el centro de gravedad algo alejado de la empuñadura. La hizo deslizarse en el aire, comprobando que era algo difícil recuperar el golpe, pero al mismo tiempo, comprobando como este era poderoso. Para Sara escogió una espada nueva, distinta a las usadas en Vamurta. Larga y de poco peso, con el centro de gravedad muy bajo, lo que hacía muy manejable aquella arma de punta estrecha y afilada. Sara trabajaría la velocidad del estoque y no la contundencia del corte, para lo que se requería una gran fuerza. Al igual que los murrianos. También adquirieron puñales de doble filo y una daga de taza para ella.

Sobre ballestas, discutieron largamente con el armero. Aquel hombre los quería embaucar con armas que habían perdido la tensión en sus fustas. Armas de muertos. Llaves oxidadas, poleas viejas, que podían encallarse en el momento en que el enemigo cargara. Precios desorbitados, regateos, todo ridículo. El armero argumentó que aquella era el arma predilecta de los temidos sufones. El conde se hizo el desinteresado y se le ocurrió preguntar si guardaban arcabuces en el

almacén. El armero hizo una cara extraña, como si algo no fuera bien.

—¿Qué sabéis sobre los arcabuces? —inquirió el viejo, que hasta aquel momento se había mantenido apartado.

—Poco. Son armas nuevas.

—¿Las habéis visto en acción? ¿Habéis visto el daño que causan?

Responder un sí equivalía a reconocer que había participado en el desastre de Vamurta.

—No, no. ¿Pero cuál es vuestro interés en todo este asunto?

Las maneras de Serlan, su mirada abierta, directa, aumentaron la curiosidad de uno de los Tres Señores de la ciudad.

Por toda respuesta sugirió a su armero que fuera a buscar las buenas ballestas que guardaban en algún rincón del almacén. El conde escogió dos armas ligeras, previendo que las pesadas serían un estorbo en caso que fuera necesario cubrir largas distancias a pie.

—Veo que entendéis, señor, de estos artilugios —continuó el viejo —. Y añadir quiero, que busco un hombre para una empresa que lo es todo para mí. ¿Os placería acompañarme en la cata de uno de mis vinos? Sería un modo de conocernos mejor, guardo buenos caldos en mi casa, aquí cerca…

Salieron a la calle. Enseguida percibieron la importancia del personaje. Dos hombres armados los acompañaban a modo de guardia de corps, y eran muchas las personas que al verlo, les dejaban paso libre. Entraron en uno de los Palacios de la ciudad. Un hombre los recibió, junto a tres guardias, haciendo una pronunciada reverencia. Cruzaron el patio de la casa, ancho y desnudo, con dos largos porches en los lados este y oeste.

Acompañados de quien debía ser el mayordomo mayor llegaron a una gran sala caldeada por una chimenea alta y alargada como una ventana, en la que ardían grandes troncos. Las paredes de aquella estancia estaban revestidas de grandes tapices que representaban feroces partidas de la cacería del sircad junto a cuadros luminosos, que representaban paisajes del sur. Tomaron asiento alrededor de una mesa de patas anchas. Les sirvieron un vino ácido y fuerte, de las riberas del bajo Crayón, acompañado con muslos de faisán braseados. Se sintieron a gusto, bien tratados, a pesar de que el conde no podía imaginar qué les quería proponer aquel prohombre.

—Os he mandado seguir, casi, desde que entrasteis en la ciudad… Habéis cogido una casa humilde, aunque bonita. ¿Ella es vuestra hija? ¿Una sobrina? —dijo el anciano mirando a Serlan—. Vos os comportáis como un antiguo oficial, casi como alguien de otro mundo, aquí en la frontera… Parecéis alguien capaz de capitanear un grupo de treinta o quizás cuarenta hombres y alguien que, además, sabe bien lo que es una ballesta. Requiero, cómo decirlo, alguien que mande en las expediciones de caza…

—¿De caza? ¿De qué habláis, señor? ¿Cazar qué? —preguntó Serlan, un poco sorprendido.

—De sircads. El último capitán hizo tal fortuna que se marchó a la seguridad de las colonias. Tenía familia. ¿Vos tenéis familia?

—Solo a mi sobrina —respondió, señalando a Sara.

—Bien. Podéis llegar a ser modestamente rico. Organizamos dos o tres expediciones por cada luna nueva. Ganaréis un porcentaje por cada sircad cazado y vendido. Serían entre cuatro y cinco monedas de plata por luna. También depende de la edad y de las medidas del animal. ¡Cuánto más viejos, más poderosos! ¡Y eso es más dinero!

El conde meditó unos momentos, aquello era nuevo para él. No les quedaban demasiadas monedas y aquel parecía ser uno de los poderosos en una ciudad violenta. Protección. ¿Qué otro negocio podría esperar de esa ciudad? El de mercenario. Mercenario a las órdenes de cualquiera que pudiera pagarle unas sucias monedas…

—Perdonadme si os hago preguntas que os puedan parecer impropias. Mi sobrina saldrá conmigo y… ¿Es peligroso?

—Es por ello que es un trabajo bien pagado. Un sircad herido es muy agresivo, se revuelve. Además, son animales dotados de una agilidad y una fuerza asombrosas. Debéis acertar en la cabeza o en el cuello y aun así, su piel roja es tan dura… ¿Conocéis el uso de la ballesta fija?

El viejo los llevó hasta uno de los sótanos. Era la armería de la casa. En ese palacio había suficientes herramientas para armar a más de cien hombres, calculó Serlan, quizás a más. En uno de los extremos de la armería había una ballesta de asalto, fijada en el suelo, de las que se usan en los asedios. A una buena distancia, en el otro extremo de la sala, un enorme muñeco de paja colgaba del techo.

—Armadla y probad, probad —propuso el viejo.

Serlan tensó el gran arco haciendo girar los dos mangos de las poleas. Colocó una gran saeta de hierro y apuntó. El eco vibrante del hierro al atravesar el aire resonó, llenando toda la sala, hasta que llegó el estruendo del impacto del metal sobre la piedra. La saeta había desmadejado el cráneo de paja del monigote y sus tallos secos flotaban, ligeros, como plumas.

—¿Habéis apuntado a la cabeza realmente? Mi nombre es Federico de Cortenuova, y si aceptáis, sois el nuevo capitán de mi humilde flota.

Cortenuova pidió que lo siguieran.

—Venid, venid, sois extranjeros en estas tierras. Os explicaré algunas historias que quizás algún día os puedan ser útiles.

Volvieron al salón donde ardía aquella gigantesca fogata. El viejo preguntó por Sara, por su familia. Aquel patricio había perdido mujer e hijos hacía muchos años, durante el naufragio de una de sus naos de

tres palos que hacía la ruta entre Vamurta y las colonias. Desde entonces, había recorrido mundo. No, no había intentado fundar un nuevo hogar. Había visitado las ciudades zigurat de los sufones y las ciudades fortificadas de los vesclanos. También había conocido tribus de pescadores que prosperaban en las costas, al sur de las colonias, y había visto las tierras de los hombres rojos.

—Orgullosos, salvajes y obcecados. Muy capaces de cumplir con la palabra dada, un don que los grises hemos perdido —dijo de ellos.

Había conocido las tres ciudades de los puros, pero hacía tiempo que no había vuelto por allí. Se había establecido en la Ciudad de los Lagos cuando esta era poco más que un conglomerado de casas y factorías. Los avisó de que la ciudad estaba regida por dos señores más, Asc, el sufón, los aventajaba a él y al tercer señor en hombres y riquezas. Un sufón, decía el viejo, que no dudaba en estrangular o en dejar a pagar deudas si el otro no era lo bastante poderoso como para reclamárselas.

De los lagos dijo que eran una tierra virgen. Nadie había sido capaz de establecerse en las lejanas islas centrales. Enfermedades y leyendas rodeaban la desaparición de quienes lo habían intentado. Se hablaba de muchos desparecidos. Tripulaciones enteras y familias, de las que quedaban sus cabañas derrumbadas, escondidas en la casi permanente niebla y la densa vegetación.

El Alma Blanca era el centro de aquellas aguas, el centro de los lagos, una superficie enorme donde no se distinguía la línea tortuosa de las riberas.

—Explica una leyenda sufona que allí, las aguas son tan profundas que se comunican a través de túneles eternos con los mares. Se dice que abajo, muy abajo, habitan los primeros sircads, que ningún ser de nuestra tierra puede herir. Dice la leyenda que esas fosas abisales son el hogar de algún tipo de cíclopes marinos, un tipo de bestias gigantes, capaces de engullir y arrastrar hasta la más absoluta oscuridad una gran barca de pesca. Yo os puedo decir que cerca de allí he visto tiburones azules como el cielo y espricones largos como cinco hombres. Todo un mundo, todo un mundo… Creo, y debéis recordarlo, que los lagos son las aguas de todos pero también son aguas de corsarios, y sí, nadie sabe bien qué hay en el Alma Blanca, ni qué hay en sus entrañas, muy abajo, donde no llega el calor del sol. No son aquellas buenas aguas para navegar.

El viejo patricio se calló de repente, haciendo una mueca extraña, como el que recuerda un mal pasaje del pasado. Se levantó y antes de marcharse los citó en la taberna de las Dos Anclas, a la mañana siguiente.

Serlan y Sara volvieron a su nuevo hogar. Pasaron la tarde acondicionándola y sacando polvo. Antes que llegara la noche, cuando

las cosas guardan silencio, se abrigaron y salieron a pasear. El conde no sabía cocinar, así que tras lavar las dos truchas y la carpa que habían pescado en el lago, dejó que Sara las hiciera en el rudimentario horno de arcilla, mientras él la observaba, bebiendo breves sorbos de vino.

Aquella noche, los dos sufrieron pesadillas. Algo los hundía en un remolino del que no podía salir, hacia el fondo de las aguas del lago, hasta el negro absoluto.

# 23
## Un nuevo capitán

—¡Vuelve a lanzar! ¡Deja el brazo estirado y blando!

Sara recogía los cuchillos cortos que había lanzado, cerca del árbol que les servía como diana, pensando que el conde tampoco era una gran lanzador. Ninguno de sus cuchillos se había acercado al círculo que habían trazado en la corteza del olmo. Esa tarde también practicaron a espada y con la daga. Sara tenía los brazos y la espalda muy cansados. Serlan era un instructor severo, a veces demasiado severo.

—No bajes la guardia tras un ataque, nunca, ¡la espada siempre alta! —Repetían y repetían los movimientos—. No intentes parar mi golpe con tu espada, ¡esquívalo! Y vuelve a lanzar tu dardo afilado.

Respiró, más tranquila, cuando el conde propuso ir a la orilla del lago a probar otra vez con las dos cañas que ellos mismos habían fabricado. Un ejercicio calmado, al fin. A media tarde ya empezaba a anochecer y las aguas del lago parecían un cristal muy frío, casi una gran lámina de acero.

Relajados por el ejercicio y por la sensación del que ha cumplido con sus obligaciones, charlaron largo rato sobre aquella ciudad fronteriza y de lo que en ella habían visto. Pero, tarde o temprano, volvían a Vamurta.

—Hoy, soy un hombre diferente… Yo, yo fui otro hombre, muchos inviernos atrás. No siempre fui el conde rígido, el hombre confuso que conociste —dijo Serlan de repente, estando sentados, mirando los hilos de pesca—. Una vez me enamoré… Ella ni lo sabía. Era la hija de un mercader —añadió, como si con eso lo hubiera explicado todo—. Mi madre se negó, no quería ni oír hablar de plebeyas. Me prohibió acercarme a ella. Entonces había vivido más de diecisiete inviernos. Todo es muy intenso, a esa edad. Estar contento, estar triste… Se casó con uno de los pequeños barones de la Marca. Un avaro, contaban. Desde entonces, la única mujer que me ha hecho temblar es Leandra. ¿No te parece triste? Leandra, si tuviera mejor corazón…

Sara escuchaba, sorprendida, cerrando un poco más su gruesa capa sobre su pecho. No era un hombre de confidencias, ni de demasiadas explicaciones. No supo qué decir. Ella también se había enamorado, de un asesino, creía. Aunque eran muchas las noches que antes de cerrar los ojos, seguía creyendo que el conde se había confundido, que todo era un error. Traeras, el joven más bello que había conocido. Así, ¿era también ella bonita? No se atrevió a

preguntar. Recogió la caña otra vez, nada. Esa tarde no tenían suerte. Hablaban de manera intermitente en medio de la oscuridad, alejados de la ciudad. Pescando, Serlan ya no era el instructor severo. Empezaba a ser un hombre consciente de su condición.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Sara, con la inocencia de los muy jóvenes.

—Yo estoy aquí porque lo he perdido todo. Necesito un tiempo para que las cosas vuelvan a un reposo, para que se aposenten. Y así intentar hacerlas encajar. Un tiempo. El trabajo en la caza vendrá bien. He de notar que hoy progreso, un fluir, Sara, debo saber de qué soy capaz. En Nueva Vamurta casi lo consiguen. Casi me convencieron de que no sirvo, que no merezco estar entre los nuestros… ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

Al día siguiente se levantaron temprano. Serlan se ciñó su cota de malla y la cubrió con una túnica de un azul oscuro. Sara se abrigó y antes de salir calentó lo que había sobrado de la cena del día anterior.

Tras cruzar la muralla, los hedores se mezclaban con el aire frío y limpio de la mañana. Las gentes de la ciudad parecían absortas en sus tareas y subían y bajaban por las calles con un deje sonámbulo en sus rostros. La nieve, sucia y pisoteada, se había helado durante la noche y crujía bajo sus pies.

Llegaron a la taberna de las Dos Anclas con el estómago casi vacío. El aire del local, lleno de mercaderes de la sal y otras gentes, estaba caliente y apetecía sentarse en una de sus mesas, en las que se servía la comida en función de cada una de las razas.

Fue justo al entrar cuando vieron al viejo patricio, bajo la claridad difusa de un ventanal, sentado en la cabecera de una mesa alargada ocupada por sus marineros. Todos se giraron, al ver que su patrón los miraba, observándolos con fingida indiferencia. Hombres rojos de largos cabellos recogidos y trenzados con esmero, hombres grises barbudos y fornidos, tres vesclanos de ojos rojizos y un murriano espigado, cubierto de tatuajes geométricos y una gran argolla que colgaba por debajo de sus bigotes tensados, que miró a Serlan un momento, y como si hubiera visto una pared, siguió desayunando un puré de cebada endulzado.

—Este es el nuevo capitán. Serlan. ¿Serlan qué más?

—Serlan y basta. Y ella se llama Sara, mi sobrina.

Algunos hombres volvieron a girar la cabeza, mirando a la chica con una sonrisa perversa. La tripulación, pensó Serlan, parecía más un grupo de bandidos que ninguna otra cosa. Todos llevaban armas. La pesca no solo era peligrosa por los sircads, sino por lo que habitaba en las islas, allí, en el lago profundo que nadie había podido cartografiar.

Desayunaron. Nadie les dirigió una palabra, excepto el viejo patricio. Planificaron la salida para la mañana siguiente.

El grupo, de unos cuarenta hombres, se dirigió a los muelles. Allí comenzaron los trabajos para preparar la expedición. Apilar y ordenar los materiales, engrasar las ballestas fijas, revisar los cascos de las embarcaciones. Un grupo de hombres marcharon hacia el mercado para adquirir víveres y vino para el viaje. Los dos o tres días que dedicarían a la caza se presentaban fríos.

Antes de la salida del sol, la tripulación estaba reunida en uno de los muelles de madera del lago, frente a uno de los almacenes de Cortenuova, cargando las dos embarcaciones para poder soltar amarras. El frío era muy intenso, había cierta prisa por zarpar, y hasta Serlan y Sara ayudaban a subir a bordo los suministros.

Cuando los hombres empezaron a remar, Serlan entendió por qué la barca era tan desproporcionadamente ancha. Deslizarse por los lagos requería una quilla corta y la anchura de estribor a babor daba una estabilidad que de otro modo no hubiera sido posible. La necesidad de nivelación venía determinada por la brusquedad de los movimientos sobre aquellas enormes balsas durante el clímax de la caza del sircad. En las proas de ambas naves, de dieciséis remeros cada una, sobresalían las ballestas de asedio. Cada una de sus saetas tenía tres cuartos de cuerpo de largo y su grueso era el de un puño cerrado. En su base, las saetas iba atadas a una cuerda que normalmente estaba sujeta a la estructura de la nave, de manera que una vez la bestia hubiera sido arponeada, esta no pudiera escabullirse hacia las profundidades del lago.

Serlan había recibido instrucciones precisas. Era necesario acertar en la cabeza o en el cuello del animal, ya que si no era así, un gran sircad podía tener aún la suficiente fuerza para voltear la embarcación. A la popa se situaba un timonel con una ballesta de mano a sus pies.

En la otra embarcación, el murriano de los tatuajes verdes y negros se encargaba de la ballesta fija y un hombre de edad, del timón. El conde, al verlo, lo quiso para su bote. Un hombre experimentado siempre es garantía en aguas extrañas. Sara, sin un trabajo claro, se encargaría de repartir el agua y el vino entre los hombres de su bote, y de estar atenta a las sombras que pudieran pasar por debajo de las naves.

Los hombres remaban a un ritmo parsimonioso, reservando las fuerzas por si se producía un avistamiento. Se repartía vino regularmente. El frío intenso aflojó hacia el mediodía, de manera que los malos humores de la tripulación se transformaron en simple

resignación. Serlan consultaba los instrumentos, sobre todo la brújula, para saber si mantenían la dirección este, donde encontrarían las aguas poco profundas y la vegetación densa en las que los sircads se apareaban en aquella época del año.

Hacia el final del mediodía el murriano se dirigió a todos desde su bote:

—¡Silencio! No lancéis nada al agua. ¡Espricones!

Al conde le molestó el acento murriano del otro ballestero, aquel hablar cargado de eses largas, vibrantes. Un banco de espricones se deslizó bajo las embarcaciones, rozándolas. Dieron dos vueltas en círculo, explorando aquella novedad, y se marcharon. Sara creyó distinguir los pequeños ojos feroces de aquellos depredadores hambrientos.

—No podríamos hacer ni dos brazadas. Estos eran enormes —comentó en voz alta uno de los remeros.

La vegetación de hoja perenne se mezclaba con los esqueletos de grandes zarzas que morían a medio palmo bajo las aguas. El lago se fragmentaba en un puzzle de islas, y las vías para navegar se estrechaban. Por doquier, surgían islotes que hacían insegura la navegación. En según qué tramos, debían levantar los remos y avanzar clavándolos en los márgenes o en aquel fondo de aguas turbias.

Escogieron una isla con claros, para el descanso de la comida. Encendieron un buen fuego cerca de unos robles de edad remota y empezaron a comer abrigados con sus sucios capotes de lana. El pescado calentado al fuego con grandes patatas hechas en las brasas, mejoró el estado de ánimo de todos. Las colas de los tres vesclanos enrolados en la tripulación, se movían a ras de suelo, satisfechas. Aquellos devoraban los pescados enteros, a grandes mordiscos, sin importarles las espinas, que masticaban y engullían. El pan negro que llevaban, si era ensartado en ramas y calentado en llama corta, resultaba incluso aceptable.

Serlan no perdía de vista al murriano, que comía aparte del grupo, callado, como si aquel sarao no tuviera que ver con él. Quizás se tratara de un espía enviado desde el oeste para seguir sus movimientos. O un asesino, a la espera de un momento propicio. Sabía esconder sus intenciones. Sus ojos oscuros, con un tono anaranjado, no parecían seguirlo, o no quería ponerlo en guardia. El conde continuaba siendo una amenaza latente para aquella civilización gregaria.

El grito de uno de los hombres rojos lo sacó de sus pensamientos.

—¡Venid! ¡Aquí! Venid todos —gritó—. Me tenéis que decir qué es esto.

Dejaron las lozas en el suelo y se acercaron hasta el rojo, que señalaba hacia la parte sur del islote, donde el bosque se cerraba,

denso. Pudieron distinguir, entre la vegetación cubierta por un dedo de nieve, la silueta de algún tipo de construcción.

Tras adentrarse un poco en la isla, vieron que aquello era los restos de lo que habían sido dos pequeñas casas. Había maderas esparcidas por doquier. Parecía que alguna fuerza las hubiera reventado. Los techos habían sido derruidos, las vigas se habían resquebrajado. Veían aquí y allí objetos sin valor, cerámicas partidas, tejidos ennegrecidos y desgarrados. Aquel destrozo era reciente.

—¡Aquí, aquí! —dijo alguien.

Muchos se acercaron. Medio enterrados, se veían fémures, la curva de unas costillas sumergidas en la nieve, las esferas blancas de cráneos, algunos pequeños, de niños, que Serlan no consiguió identificar como humanos. Sara estaba muy pálida, de su boca se escapaba un vaho espeso, a la vez que se frotaba las manos para calentarlas. Su mirada había quedado fija en aquella carnicería. Los vesclanos eran los que estaban más inquietos. Sus colas se movían, nerviosas, de izquierda a derecha.

—Los malos espíritus del lago han devorado a los nuestros —afirmó uno de ellos. Los cráneos eran de vesclanos.

—O algún sircard hambriento —apuntó otro.

—Los sircads no son capaces de derribar una cabaña —sentenció el murriano, palpando el grosor de los troncos con los que se habían construido las casas.

—No respetaron a las criaturas —añadió otro de los vesclanos en el idioma de los hombres.

Los huesos pequeños indicaban que aquél había sido el asentamiento de una o dos familias vesclanas, que habían decidido vivir lejos de los suyos, aprovechando las riquezas de los lagos: pesca abundante y madera. Aún podían verse jirones de ropas entre los matojos.

En lo que había sido la puerta de una casa, había un hacha clavada. En su hoja se mezclaba la sangre y la herrumbre.

Acabaron de comer, afligidos y nerviosos. Apagaron el fuego y volvieron a las largas y anchas barcas. Algunos hombres habían revisado el estado de sus armas. Siguieron remando, adentrándose hacia el este, cruzando los primeros bancos de niebla baja.

Sara seguía ocupada en servir el vino rebajado, soportando cada vez peor las miradas de aquellos hombres. Serlan se impacientaba. Se empezaba a preguntar por qué había aceptado aquel trabajo. El frío lo mantenía paralizado y, además, se irritaba viendo cómo la tripulación trataba a Sara. Si estallaba un motín, qué podría hacer él con una sola espada.

Los cortes de cielo que se distinguían por encima de la niebla, iban manchándose de tonalidades rojizas, la luz del día se desvanecía y de los sircads no se sabía nada. El sonido rítmico y monótono de los remos cortando el agua era la música predominante desde que habían almorzado. Los pájaros debían estar en sus nidos, refugiados del viento helado. Con la lenta caída del sol, la vegetación que los rodeaba adquiría tonos oscuros y los ramajes de los árboles aparecían y desaparecían entre la niebla al igual que brazos descarnados.

Serlan miraba hacia atrás. Ahora las barcas avanzaban una detrás de otra. Aquel murriano, apoyado sobre la ballesta de proa, parecía casi tranquilo, en paz. Envuelto en un jubón largo de lana, rematado con una gruesa capucha, miraba a su alrededor sin ansiedad. Parecía disfrutar de aquel silencio sepulcral, como quien tras un día de arduo trabajo se sumerge en la calma de la noche.

Serlan se sentía cada vez más inquieto. Se dirigió a su viejo timonel para conocer su opinión sobre la ausencia de piezas de caza, pero aquel hombre le respondió que todo consistía en remar y remar hasta tener un poco de suerte. La tripulación miraba a su capitán con cierto reproche. Fue decir aquello y oír un retumbar grave que parecía mover el aire.

—¡Sircads! ¡Os lo dije! —exclamó el timonel.

Los remeros, sin esperar órdenes, redoblaron el ritmo, haciendo que las naves se deslizaran rápidas, entre el agua y la niebla.

Todos estaban pendientes de lo que podían oír o ver cerca de las embarcaciones. El murriano parecía haber despertado, y empuñaba la gran ballesta con garra, atento como el gato que ha percibido el murmullo de un pájaro.

—Serlan, a la derecha —indicó Sara, con voz tensa.

A corta distancia, medio escondido entre los troncos de una pequeña isla, una especie de dragón de piel roja y mojada, los miró unos instantes. Las patas cortas y muy fuertes, el lomo arqueado, la magnífica cola de la longitud de un hombre se tensó. Los había detectado. Parecía una hembra. La cabeza triangular, rodeada por un collarín levantado por poderosas espinas como lanzas. Sus ojos relampaguearon y abrió las mandíbulas, mostrando una temible doble hilera de dientes.

—¡Nos atacará! He visto crías —avisó el murriano desde la barca de atrás.

—Capitán, atento, nos embestirá —gimió el timonel de la segunda barca.

La sircad se lanzó al agua realizando un salto majestuoso, muy elástico, impropio de un animal del peso de diez hombres. El agua se levantó y salpicó con violencia a todos los que iban en el frontal del bote. Cuando abrieron los ojos, la sircad se abalanzaba hacia ellos

levantándose por encima del agua, mostrando todo su poder. La tripulación tembló y algunos gritaron, asiendo sus armas. Serlan disparó a bocajarro, atravesando de punta a punta el cuello del animal. Tan rápido como se había alzado cayó sobre la oscuridad del agua, desplomándose.

—La cuerda, capitán, ¡fijad la cuerda! —bramó el timonel.

Serlan se precipitó hacia delante para atar la cuerda al casco, de manera que la pieza no se perdiera muy abajo. En aguas profundas era imposible recuperar los sircads si se hundían mucho, pero pronto se dieron cuenta que se encontraban en una zona de poca profundidad. Por eso la bestia los había acometido con tanta fuerza.

La tripulación, repuesta de aquel ataque repentino, empezaba a reaccionar. Se formó una hilera de hombres detrás de su capitán, tirando de la cuerda vigorosamente. Alzaron al animal muerto con cuidado y consiguieron moverlo hasta estribor, para poder depositarlo en el espacio libre que quedaba entre las banquetas de los remeros. Los hombres y vesclanos estaban eufóricos, y empezaron a celebrarlo dando hurras.

Era una buena pieza, y les parecía que la caza había resultado más corta y menos penosa. A todos les esperaban unas buenas monedas al llegar a la ciudad. Unos ya hablaban de mujeres y cuernos de cerveza. Serlan respondía a las bromas y a las felicitaciones. Miró a Sara, que le sonreía. Alzó la vista por encima de las cabezas de sus hombres y vio que en la otra barca el murriano no celebraba nada. Aquel seguía atento a la creciente oscuridad que los rodeaba y a los reflejos de la sangre de la sircad sobre las aguas calmadas del lago. El día tocaba a su fin. Serlan primero se extrañó, pero al momento su cuerpo volvió a tensarse. El murriano, no había duda, era un cazador experimentado.

—Volved a vuestros sitios, venga, a vuestros sitios, y abrid bien los ojos —ordenó a los remeros usando un tono neutro.

El silencio volvió a apoderarse de aquel rincón del universo e hizo que la tripulación recuperara su instinto. Sara sostenía su ballesta cargada, atenta. Serlan volvió a escrutar el infinito de la aguas. Al poco, aprovechando que volvían a navegar por aguas abiertas, las dos embarcaciones se acercaron la una a la otra, hasta avanzar en paralelo.

—¿Qué es lo que hueles? —pregunto Serlan al murriano.

—El gemido que hemos oído primero —contestó el murriano sin levantar la vista del agua—. No parecía una hembra. Quizás tengamos a un macho rondándonos.

—O justo bajo nuestros remos, ¡por Onar! —contestaron con menosprecio y entre risas desde la barca de Serlan.

Antes de que el murriano tuviera tiempo de responder a la

provocación, una violenta colisión sacudió la nave que capitaneaba Serlan. El choque hizo que la proa de la barcaza se levantara cuatro palmos. El conde, situado en la punta, y tres remeros, cayeron al agua. Le pareció que todo se había parado, que el mundo había desaparecido en la oscuridad. Negro, mucho frío. Un frío como una cuchilla que corta rápido, negro.

Serlan sacó la cabeza del agua y se agarró con los dedos a la barca. Había un enorme barullo. Los chillidos, los movimientos convulsos de los que estaban con él en el agua, confundían al conde. Gritos, pidiendo ayuda.

—¿Qué ha pasado? —preguntaban desde la otra embarcación.

—¡Una roca! ¿Hemos chocado?

El agua estaba casi helada. Hielo que rasca y hiere la piel. Frío que contrae y convulsiona.

—¿Quién ha caído? Han de subir a la barca, como sea. ¡Ahora, ahora!

—¡Aquí, auxilio! —gritó el conde.

Unas manos tiraron de él hacia arriba. Lo subieron de golpe, como si fuera un fardo. Un corpulento hombre rojo y Sara lo habían alzado. Castañeaba, no podía controlar los temblores. Le costaba moverse.

—¡Hay un gran sircad! —exclamó alguien, aterrorizado—. Llega por estribor.

—Busca a la hembra —avisó el murriano.

Serlan tiritando sobre las maderas de la barca, contempló, paralizado, a sus hombres lanzándose hacia aquel costado. Algunos agarraron sus lanzas, otros, hachas y espadas. Uno tensó un gran arco vesclano, que dejó ir su saeta. Arrojaron lanzas y cuchillos a las aguas removidas, a una masa opaca en la que nada se distinguía.

Estaba helado. Sara le abrió la boca, no entendió qué hacía la niña. Vertió en su garganta un líquido abrasador. Sara tumbó el pequeño barril y le hizo beber más aguardiente, sin miramientos. Serlan volvió a sentir su cuerpo, su estómago.

Los hombres situados en estribor se echaron hacia atrás. Entre las luces opacas que precedían a la noche absoluta, apareció la cabeza de un enorme sircad encaramándose sobre la cubierta. Con gesto rápido, arrancó de un mordisco el brazo del hombre que sostenía el arco, y escupió la extremidad. Giró su imperial cabeza con violencia y lanzó una dentellada a uno de los hombres grises. Entre espasmos, la sangre del gris los salpicó a todos.

El hombre nada dijo, miraba con ojos exorbitados el cielo, luego reaccionó e intentó clavar su lanza en la cabeza de aquel animal. Consiguió levantarla con ambas manos, pero ya no tenía fuerzas para ensartar al sircad. Veloz como una comadreja, el animal desapareció

llevándose a su presa.

Una voz rota se hizo oír por encima de las otras.

—Nos matará a todos.

Por un momento todos escucharon.

—¡La hembra, busca a la hembra!

Sara golpeó las mejillas del conde, en un intento para hacerlo reaccionar. Este se levantó y logró armar la ballesta fija, con sus manos agarrotadas.

—Hay hombres en el agua. Sacadlos. Y encended antorchas —ordenó con voz entrecortada. Había perdido parte de su movilidad, estaba muy aturdido.

Los hombres sacaron a sus asustados compañeros del frío del lago y consiguieron encender dos teas, que produjeron unos reflejos pálidos en la mansedumbre de las aguas.

Sobre la borda dominaba el pánico, hombres asustados, charcos de sangre, los gritos punzantes del que había perdido el brazo… Nadie sabía qué hacer. Los hombres se desplazaban de un lado a otro, estorbándose, buscando quién sabe qué.

El timonel obligó al hombre que se desangraba a tumbarse y empezó a taponarle la herida. Perdía mucha sangre, que se esparcía caliente y espesa sobre los tablones mojados de la embarcación.

—¡Allí, frente a nosotros! —voceó el murriano desde su bote.

El sircad volvía. Su lomo sinuoso y los aguijones que sobresalían alrededor de su cuello de sangre, avanzaba hacia ellos. Apenas podían distinguirlo, pero sí oír cómo rompía las aguas negras. Parecía que se acercaba por la proa, en línea al espacio libre que dejaban las dos barcas entre ellas. Nadaba veloz, seguro.

El murriano disparó su primer proyectil, que silbó y se incrustó bajo el cuello del animal, sin matarlo. Este emitió un alarido grave, y se retorció violentamente. Por un instante pareció que los miraba. Había odio, pero también interrogación en su mirada. Reemprendió con fuerza su avance. Se alzó otra vez para atacarlos. Era el momento que Serlan esperaba. Tiró de la ballesta y el arpón salió lanzado. Hubo gritos, había errado. La saeta se había introducido hasta la mitad al lado de la oreja del animal, haciéndolo bramar de nuevo, con una voz atronadora que paralizó el corazón de los hombres.

En la barca del conde, la tripulación se desplazaba hacia atrás, acumulándose en la popa, todos menos Sara, que había tropezado, enredando el pie entre las cuerdas de la ballesta. El animal saltó hacia delante y logró auparse sobre la borda. La joven consiguió disparar su ballesta de mano pero la saeta apenas perforó la epidermis del sircad.

—¡Atrás! —gritaron desde la otra barca.

El animal cerró sus mandíbulas justo cuando Sara se daba la vuelta, aún con el pie sujeto a la cuerda. El sircad mordió el aire, pero

los cabellos de Sara quedaron aprisionados entre los largos colmillos ensangrentados de la bestia, que tiraba de ella para llevársela a las profundidades.

Serlan, en un acto reflejo, empuñó una lanza y saltó hacia delante, exorcizando su miedo con el grito de la antigua infantería de Vamurta, con toda la fuerza que daba la desesperación, y llegó a la proa donde se encontraba Sara. A pesar de que la barcaza se tambaleaba, ensartó con furia en el único punto débil que ofrecía su rival. El enorme cuerpo del sircad dejó de moverse, encaramado sobre los maderos del bote, casi parecía una gran efigie. Serlan había acertado, dejando media asta colgando del ojo del animal.

Sara, tumbada y liada aún entre los dientes del dragón rojo, levantó la cabeza, mirando el cielo. Allí, entre la niebla, vio el tenue brillo de las primeras estrellas de la noche.

La tripulación dormía ajena a todo, en un sueño profundo. Serlan había ordenado turnos para la guardia hasta el día siguiente. Habían acampado en una de las islas grandes, rodeados de pequeñas fogatas, que además evitaban posibles ataques de los depredadores nocturnos del lago.

Cinco hombres hacían guardia, conscientes de pisar territorio de sircads, sabedores de encontrarse en terreno desconocido. Uno, subido a las primeras ramas de un roble antiguo, de corteza resbaladiza. Habían dejado las barcas sobre la playa de rocas para evitar que algún animal les malograra la caza, sus dos grandes sircads, pero los hombres habían olvidado la recompensa. Había muerto uno de ellos y el que perdió el brazo agonizaba. Ya no gritaba, solo temblaba de frío. Casi no quedaba sangre en su cuerpo aterido. Envuelto con mantas gruesas, gemía, desvariado, reclamando a sus hijos y a su mujer.

Durante la cena, la atmósfera era triste, dominaba el abatimiento, muchos todavía estaban asustados. Una columna de sufones montados no los asustaría tanto.

Al romper el alba, el remero murió. Lo enterraron en esa misma isla, en lugar de lanzarlo al lago como algunos proponían. Al desconcierto, al terror profundo que había causado en doble ataque de los sircads, se añadía la angustia por la muerte, cercana, con nombre y un pasado.

El viaje de vuelta fue lento y penoso. Nadie tenía ánimos para nada, ni para cantar ni para las bromas gruesas que se habían lanzado los remeros en la ida. Remaron y remaron hasta llegar a la ciudad. Cortenuova quedó muy asombrado, tanto por la pérdida de dos hombres como por disponer, por primera vez en muchos años, de dos pieles tan espléndidas al mismo tiempo.

# 24
## Las cartas

*Nogrog, 1144 VC. Tercera luna de primavera.*

*Querido amigo Ermengol,*

*Perdonadme mi demora, esta carta os llega con gran retraso. Vuestro hombre llegó a principios de la primavera y vuestra carta, creo recordar, fue escrita el pasado invierno. Sabéis que no soy diestro con una pluma en mi mano, y que pierdo las palabras casi con solo pensarlas.*

*Llevo muchas lunas destinado en esta pequeña ciudad. El frío y el hambre de muchos, junto a una epidemia de gripe, han diezmado la población. Además, la actividad de los bandoleros y otros grupos armados, en la frontera, es incesante.*

*Salimos todos los días a recorrer los campos de Nogrog, en columnas de hasta trescientos hombres, y a duras penas hemos conseguido ahuyentarlos de los aledaños de la ciudad. Creo que viven en el corazón de los bosques, donde resulta imposible darles caza. Las monedas para la creación del ejército de los Límites no han llegado, y empiezo a creer que no llegaran nunca. La frontera con los hombres rojos está calmada. ¡Por todos los dioses! No podríamos resistir un asedio en dos frentes.*

*No me quejo. Yo, Álvaro Telan, he sobrevivido a la caída de Vamurta, sigo vivo en mis treinta y cinco primaveras, me he establecido en este rincón de mundo en el que no se oye hablar de nada más que no sean cosechas, cabezas de ganado y asaltos en los caminos.*

*De algún modo, vivo alejado de los hombres, de la civilización, con una falange de la milicia y pelotones de irregulares a mi cargo. Y aquí he conseguido establecerme, lejos, lejos de todo. Establecerse quiere decir tener lazos.*

*Sí, amigo mío, me casé a finales del pasado invierno con una pequeña y preciosa mujer de nuestra raza. Estoy tentado de añadir dulce también, pero aún no me atrevo. Y creo que lo es, pero eso dependerá de los astros. A pesar de ello, tras mi larga vida como soldado, os puedo decir que amo más a esta mujer que a mi vieja patria, y sin ella mis días y mis noches serían una larga condena. Creo que esperamos un hijo, aunque nada me ha dicho. Su rostro adquiere esa redondez, y sus tiernos pechos parecen henchidos. Quizá quiera esperar para hablar sobre este asunto, por alguna razón que un viejo*

*soldado no entiende.*

*Medito, pienso. Si no fuera por Adana, mi esposa, viviría prisionero de los recuerdos de todo lo que perdimos, como a vos mismo, y no supimos conservar. Os debo ser sincero. Fueron muchos nuestros errores. Dormimos en nuestra riqueza, los hombres grises olvidaron cuán duro es el camino. Quizás estos mismos pensamientos, sean la prueba de que ya la juventud me abandona. Recordar y no vivir. Y no es así, todavía. Mi mujer me sonríe y yo llevo un plato caliente a la mesa. Es suficiente.*

*Algunas tardes, mas hoy que llega el buen tiempo, me dejaría cortar la mano para volver a ver los campos de trigo del camino del norte, allí donde la infantería pesada de Vamurta tenía su cuartel, donde brindamos muchas noches por nosotros y por nuestros condes. Los campos de trigo cuando el sol moría. Y los amigos, los compañeros. ¿Cuántas veces debéis haber pensado en los que quedaron atrás? Terrible. Cada vez que lo recuerdo, embarcaría mi falange y la plantaría delante de las puertas de Vamurta. Onar. Perdónalos a todos.*

*He escuchado, con gran gozo, que vos también habéis encontrado un lugar en este nuevo mundo. Bien es cierto que únicamente los hombres con oficio han encontrado un sitio y muchos sufren en las afueras de pueblos y ciudades, sin nada que dar a sus hijos. ¿Es cierto que os han nombrado embajador? He oído muchas veces hablar de las otras razas, pero de los sufones apenas sé nada. Aquí, donde no pasan las grandes rutas, apenas aparecen.*

*Os lo ruego, escribidme pronto y dadme nuevas, de vos, de los nuestros, y también de los otros pueblos.*

*Que los dioses os acompañen.*

*Álvaro Telan*

****

Durante las siguientes salidas, Serlan fue ganándose la confianza de su tripulación. Algunos días regresaban a puerto con las manos vacías, otros volvían cargados de sircads viejos o jóvenes. No sufrieron más bajas, ya que Serlan impuso la prudencia. Comenzaban a ser conocidos en la Ciudad de los Lagos, y eso preocupaba al que fue conde de Vamurta.

El viejo patricio se mostraba satisfecho con su nuevo capitán. Y aún se sorprendía que un hombre escogido al azar de la intuición, fuera aceptado por casi todos y le proporcionara una entrada más o

menos regular de pieles encarnadas para vender en los pujantes mercados dominados por vesclanos y sufones. Todos se enriquecían, lejos de las penurias de Nueva Vamurta y del resto de urbes de las colonias.

Cortenuova invitaba a menudo a su capitán y a la que creía su sobrina a su palacio, para cenar. Aquellos eran encuentros que servían para dar algo de luz y calor a la soledad del señor. El viejo se entretenía explicando historias, y no les dejaba marchar hasta que sus párpados empezaban a cerrarse, agotados tras una larga jornada de trabajo. Se extrañaba de que tantas cenas no hubieran servido para que ninguno de los dos invitados hiciera referencia alguna a sus pasados, él, que siempre miraba hacia atrás. Cortenuova, escuchando el acento de Serlan y Sara y observando sus maneras, muchas veces se preguntaba si aquel invitado tan pulcro no había sido alguno de los nobles de Vamurta o alguno de sus capitanes. Quizás el mismo conde, pero aquello lo descartaba cada vez que recordaba que Serlan era un cazador de sircads.

Aquella sospecha, de alguna manera, le hacía insistir en volver a invitar a unos huéspedes tan reservados. Sentía una gran curiosidad y no soportaba sentir que aquellos dos le ganaban la partida con sus silencios. Una noche, mientras trinchaban la dulce carne de los patos del lago, acompañada de piñones y almendras, quiso forzarlos a que hablaran sobre sus orígenes.

—Fijaos, el gran desastre de nuestros días no es esta creciente presión a la que nos someten los sufones ni la insubordinación de las ciudades de los puros, y aún menos, esas misteriosas desapariciones de la gente de los lagos, donde no queda casi nadie —dijo, sirviéndose un poco más de vino—. Ha sido la caída de Vamurta lo que nos ha hecho daño. Y este es un mal que pagaremos durante mucho tiempo. En las colonias sobra mucha gente, gente que ha llegado huyendo de los murrianos y que ahora se desparraman por donde pueden. Comen y no hay bastante grano. Aquí, en los lagos, tan lejos de todo, algunos van llegando cada día, cargando sus miserables fardos, llamando a todas las puertas, dispuestos a trabajar en cualquier sitio, de cualquier manera. ¡Cualquiera! Van arrastrando tristezas. Antes de la Caída, las colonias vivían gracias a las ganancias del comercio con su antigua metrópoli y hoy, nuestros mercaderes han de aceptar tratos injuriosos con estos nuevos señores, sufones y murrianos, aunque el comercio con los vesclanos sea, hasta hoy, justo. Este invierno tan frío esparce el hambre en aldeas y grandes burgos. Creedme, serán muchos los neonatos que no verán las luces de la primavera y muchas familias de inmigrantes dependerán de la caridad para dar de comer a sus vástagos y todo, todo, por la derrota de un ejército que vivía creyendo ser el más poderoso entre las razas, por culpa de unos oficiales

cegados y de un conde inmaduro y consentido.

El antiguo conde y Sara habían dejado de pinchar la carne y miraban a su anfitrión sin esconder el incómodo disgusto que les habían provocado esas palabras. A la luz de las velas que iluminaban la mesa, lo que había comenzado como una cena de cortesía, estaba a punto de acabar como un juicio precipitado, incorrecto y fuera de tiempo. Serlan, toda la espalda tensada, mano sobre mano sobre la mesa, contestó.

—Queréis saber, ya hace tiempo, si tomé parte en aquel desastre. Vuestra provocación así lo indica. —Su cuerpo seguía inmóvil y crispado, como si fuera a saltar de un momento a otro—. Para que vuestra curiosidad quede al fin saciada, os he de decir sí, sí tomé parte en aquel desastre. Y no estoy orgulloso de ello. Noche tras noche sueño y me despierto pensando, sin casi poder respirar por el dolor que me produce la impotencia, en lo que podría haber hecho y no hice. Gente querida, amigos, familia quedaron atrás, en las penumbras del derrumbe de todo nuestro mundo. Revivo aquella guerra cada noche, cada día, los veo a todos pasar frente a mí, acusándome, vienen a verme clamando venganza, Cortenuova —dijo, señalando con su dedo el espacio vacío del comedor—. Sí, yo fui uno de los muchos protagonistas de aquella guerra y os he de pedir toda la discreción sobre este asunto.

—¿Sois un fugitivo? —inquirió, cortante, el patricio.

—No he acabado —respondió Serlan, en un tono que nunca había usado antes—. Los que quedaron en Vamurta, los que resistieron hasta su último aliento… Son esclavos. Los murrianos no hacen excepciones, no distinguen. Cortenuova, hemos de vivir, de algún modo hemos de vivir en el mundo que nos rodea y tiembla y cambia de color. Los restos del ejército están dispersados, aquellos que pueden levantar una espada piensan en otras cosas, ya no somos un pueblo. Aunque siempre puede aparecer, tras un giro, un camino inesperado.

—¿Quién erais en Vamurta?

—Un alto oficial del ejército —mintió, con una sonrisa enigmática.

El sirviente que llevó los dulces a la mesa rompió la atmósfera enrarecida que el patricio había creado, intentando saber más de su primer hombre. A pesar de no sentirse satisfecho, decidió que ya había bastante y volvieron a hablar de sircads y de las viejas leyendas de los lagos, de cómo iban creciendo los precios de las pieles y de los buscavidas que tenía bajo su mando, pescadores y desertores que componían la mesnada de Cortenuova.

Las lunas se sucedían. El largo invierno comenzaba a mostrar

signos de agotamiento y finalmente cedió, para dar paso a una primavera deslumbrante, que deshizo las nieves de campos y prados, dejando al aire los pastizales violentados por el frío. Al llegar el verano, el nombre de Serlan era respetado en toda la ciudad y la situación de él y Sara comenzaba a ser holgada.

Vivían confortablemente. Sara podía comprar perfumes que le recordaban a su madre y, de vez en cuando, algún libro, que leía junto a Serlan tras la cena, si no iban a las cantinas con sus hombres o al palacete de su señor, a degustar las delicadas habilidades de la joven cocinera de Cortenuova. Serlan había ahorrado y hasta comenzaba a plantearse comprar propiedades y tierras en los alrededores de la ciudad. Se sentía satisfecho con los progresos conseguidos, e incluso se podría decir que el sosiego había vuelto a su semblante, aunque a veces una sombra cruzara la luz de su mirada.

El antiguo conde consideraba que Sara estaba introducida en el uso de las armas. Si no había pesca o quehaceres en los muelles, cada mañana practicaban a espada en un bosquecillo cercano a su cabaña, donde podían seguir adiestrándose con discreción. El conde tomó conciencia de cómo podía llegar a ser diferente un duelo contra una espada murriana, más rápida y precisa, aunque los golpes de su filo ancho y pesado fueran más poderosos, algunas veces se sentía al igual que un toro que arremete contra la brisa del amanecer.

Sin coraza, sin escudo, la espada de Sara partía con ventaja. La joven era capaz de acorralar a su contrincante y hacerlo retroceder. Las nuevas armas de fuego, pensaba muchas veces el conde, despojarían a los guerreros del hierro que les cubría.

Sara reía cada vez que veía a Serlan contra las cuerdas, mientras seguía acosándolo con precisas estocadas y golpes a diestro y siniestro.

A ella, más que los juegos de espada, le gustaba cuando se internaban por los grandes bosques de viejos robles y castaños para practicar con la ballesta.

—Siempre, siempre, protege tu vida —gritaba Serlan mientras corrían por entre los árboles—. Las guerras son actos largos, y no hace falta morir al primer día —decía, resoplando—, no hay que lanzarse a pecho descubierto, lo primero es la defensa.

Habían dejado atrás el tiro a un blanco fijo, y el método de Serlan consistía en ser capaz de disparar sobre un tronco determinado, a modo de enemigo, en el tiempo que dura un suspiro. Intentaban ser cada vez más ágiles, cargar y volver a lanzar rodeados de los ecos del bosque, el pájaro que canta, las hojas que crujen, las ramas que oscilan y acompañan los bailes del viento.

Sara, cuyos hombros se habían ensanchado, manejaba con soltura la ballesta ligera, aunque aún no tenía la fuerza necesaria para ser eficiente con una ballesta de gran tamaño.

Además, la joven mostraba otras actitudes e intereses paralelos al mundo del guerrero. Leía, sabía ser prudente en sus reflexiones y a la vez había logrado una seguridad, una confianza en su propio criterio, que de algún modo la diferenciaba de la mayoría de hombres de su entorno. Serlan comenzaba a solicitar su opinión sobre los asuntos más diversos, incluso cuando reclutaban a nuevos remeros o cuando debían pertrecharse para las expediciones de caza.

Con la llegada del verano, cada vez dudaban más cuando debían escoger nuevos hombres para completar la tripulación de las barcazas. Los recién llegados a la Ciudad de los Lagos eran hombres y mujeres, agotados y hambrientos.

De los primeros remeros que conocieron, continuaron con ellos los establecidos en la ciudad y aquel murriano, que había demostrado ser un magnífico tirador y una gran ayuda para la navegación nocturna, cuando los ojos de los hombres grises ya no saben leer en los destellos opacos de la oscuridad de la noche. Serlan, fiel a sus principios, seguía mostrándose frío, y no se fiaba de alguien que había sido educado en la cultura de los enjambres de abejas. Por su parte, el murriano se mostraba indiferente hacia todos y únicamente era amable con el viejo hombre gris que llevaba el timón de la barca del conde.

Esperaban que dejara de llover para volver a salir. El agua de los dioses había enfriado la tierra. Ese gran trozo de tela azul que los hombres llaman cielo, estaba sembrado de enormes masas de nubes pesadas, que llegaban hasta el extremo del horizonte, lamiéndolo, virando, para volver y dejar caer violentas tempestades. Sara leía el libro de los oficiales de Vamurta, que había adquirido a un mercader que estaba de paso. Leía junto a la ventana medio abierta, por la que penetraba un hilo de aire fresco.

Su biblioteca ascendía a seis volúmenes, muchos más de los que jamás hubiera soñado poseer. Libros de hojas gruesas, de papiro rugoso, encuadernados y aprisionados con cubiertas de cuero negro. Le gustaba cambiar cada día de libro, saltando como una cigarra. Un día repasaba los sermones y vidas de los dioses de Vamurta, allí, en la Ciudad de los Lagos, donde no habían llegado los clérigos y la iglesia. Al siguiente día leía el libro de un guerrero que se decía, había llegado desde el otro continente, que se estableció tiempo atrás en el condado. Cuando había descansado lo suficiente, dejaba el libro sobre el baúl, para repetir en solitario los ejercicios de esgrima que Serlan le había marcado. «Del movimiento natural surge la creación», afirmaba el conde.

Su espada larga y estrecha cortaba la luz grisácea y compacta que

llenaba el comedor de la cabaña aquella mañana lluviosa, consiguiendo hacer oscilar la quietud que la rodeaba.

Si miraba hacia atrás, su vida le parecía una exageración. Muchas veces se sentía como si la hubieran abandonado en medio del mar, en una pequeña chalupa y que, por azar, aún estuviera viva. Un sentimiento contradictorio, cortante, crecía en su interior. El remordimiento por seguir viva cuando los suyos habían muerto y un oscuro orgullo de estar en el mundo, con los vivos. ¿Por qué ella y no su madre o cualquiera de sus amigos de Vamurta? No encontraba una explicación que consiguiera tranquilizarla. Le pesaba la sensación de haber vivido demasiado deprisa.

La nueva vida en la Ciudad de los Lagos, a pesar de los sobresaltos durante las partidas de caza y la violencia de la urbe, permitía que su alma descansara, resituándola en el mundo. Tenía tiempo para crecer, para mirar atrás, para mirarse por dentro y para proyectarse en los días que habían de llegar. Empezaba a desear conocer su destino, lo más pronto posible, comprender cuál era su sentido.

Serlan entró de golpe, empapado.

—Hay para unos cuantos días —dijo, sonriendo.

Se acercó al fuego de la pequeña chimenea y añadió un par de troncos.

—Los refugiados que han llegado este verano no encuentran su sitio —continuó—. Vagan de norte a sur, clamando por unos pocos mendrugos —comentó, serio, mientras encendía su caña de tabaco—. Dicen que en Nueva Vamurta se pasa hambre. Se han producido disturbios… Los del Consejo han comprado trigo a los puros y legumbres a los vesclanos. Esta mañana, ¡esta misma mañana!, he visto a uno de los que fue prohombre en Vamurta. Arrastraba sus criaturas, su mujer… No me ha reconocido, ni tan siquiera ha levantado la cabeza. He estado a punto de acercarme para ayudarlo.

El fuego crepitaba, calentando la casa, mientras Serlan llenaba el aire de su modesta casa con nubes cargadas del aroma de su tabaco.

—¿Y aquel? Álvaro. Y el médico, y tantos otros. ¿Sabéis alguna cosa de ellos?

—No. Si pudiera hablar de manera franca, quizás podría preguntar, pero por el momento es mejor permanecer oculto entre las hojas de esta ciudad en la que vivimos. Pero, anda, dejemos este asunto triste. Tras la comida iremos a las Dos Anclas o al lugar que tú quieras. Probaremos algún dulce y un poco de vino, y más tarde podríamos pasear por las calles de los tejedores, a ver qué encontramos. Aparte de esta cota mugrienta de cuero que llevas todo el día, una mujer debe tener algún vestido.

****

*Geritten, 1144 VC. Segunda luna de verano.*

*¡Capitán! ¡Qué alegría volver a saber de vos!*

*¿Sabéis que sois el último de los nuestros con el que hablo? Sin vos, ya no sé a quién enviaría estas cartas. No he intimado con nadie en Nueva Vamurta, me son extraños y todos conspiran, a nuestros hombres los han dispersado de tal modo, que si veo a alguien, es por casualidad. Perdonadme que los mensajes lleguen con tanta tardanza. Y es que resulta difícil encontrar en quién confiar en estos nuestros tiempos convulsos.*

*La carta la he escrito este verano, pero a vos quizás os llegue cuando el otoño empiece a desgranar los campos de cereales. No lo sé. Lo sabré cuando me llegue vuestra respuesta.*

*¡Qué alegría! Habéis encontrado el amor en la tierra. Una mujer. Yo, que busco el amor entre las estrellas, allí donde se dice que vive Onar, Reziel, Laahasdi y tantos otros, os deseo prosperidad. Una mujer y la semilla del amor. ¿Ya sabéis si esperáis un heredero o una heredera? ¿Qué dicen los astros? En estas cuestiones soy un neófito y no conozco ni las razones ni las consecuencias.*

*Así que vuestra vida en Nogrog se ha transformado en un jardín, con el permiso de esos que asedian la paz de vuestros ciudadanos… Bien, amigo mío, es un arranque prometedor.*

*La vida de un hombre gira, capitán Álvaro, y jamás se puede saber del todo qué va a suceder en el mañana. Ni aquellos brujos que teníamos en el templo de Onar lo sabían, ni tan siquiera aquellos.*

*Ahora estoy en casa de los sufones. Tal y como sospechaba, me encargaron la misión de representar los intereses de las colonias ante gente tan extraña. Partimos la pasada primavera con un grupo de seis hombres, todos milicianos bien armados. Los sufones les obligaron a volver a sus casas, tras alcanzar la capital. Espero que hayan llegado, son buenos hombres.*

*El viaje fue duro, hecho en jornadas muy largas y otras en las que apenas viajábamos, retenidos por esa raza por alguna razón que desconocíamos. También, según por donde pasábamos, fue un viaje bonito. La vía que lleva al norte, por el lado de poniente, serpentea los límites de un gran bosque sin que pudiéramos ver a los que se dice, habitan en esa selva. Nuestra expedición dejó atrás las tierras de los puros, en el oeste, donde se labran los campos con gran amor, como si tuvieran que crecer flores. Y dejamos atrás un gran macizo donde muchos creen que habitan los hombres blancos, pero no vimos a ninguno.*

*Luego sufrimos los peores momentos de nuestra marcha, las tierras de nadie. Muchas noches dormíamos al raso, bajo las estrellas, sin un triste granero que nos protegiera del aire frío de ese tiempo en el que no se sabe si ha llegado la primavera o se ha marchado el invierno. El norte es siempre más frío. No veíamos a nadie, excepto a veces, nuestros hambrientos, acongojados, antiguos conciudadanos de Vamurta abriendo las tripas de los duros campos en los que ningún hombre ha permanecido el tiempo suficiente para enamorarse.*

*Al cabo de unas jornadas más, llegamos a los campos arados por los sufones. ¿Sabéis qué cultivan? Legumbres, algo de trigo y un tipo de arroz duro. Nada más que eso, no vimos ni un frutal, ni una sola granja, ni un solo pastor. Enormes extensiones perfectamente ordenadas y cuadriculadas a las que llega el agua encauzada de ríos y lagunas para hacer crecer su arroz. Allí donde no consiguen hacer llegar el agua como si una inundación se tratara, cultivan legumbres y cereales.*

*Son pocos los sufones que trabajan en el campo. La mayoría se encuadran en el ejército, los gremios comerciales o los podéis encontrar en las grandes fraguas. El trabajo duro del campo y otros, está en manos de hombres grises a sueldo y también esclavos de guerra, hombres rojos, vesclanos y narkins, que están asentados muy al noroeste, allí donde la nieve es perpetua y el hombre gris no ha llegado. La escasa población sufona puede así, concentrarse, liberada, en las armas y en el comercio, sosteniendo con mano de hierro su imperio.*

*Jamás había visitado poblados tan singulares. Los sufones viven en pueblos y ciudades circulares. Los perímetros son muros altos, hechos con piedra y una argamasa blanca. Desde la muralla parten las líneas que delimitan las casas, unas al lado de las otras, sin espacios, formando hileras rectas, perpendiculares a las murallas, que mueren en la plaza central del poblado o ciudad que llaman keffa, también circular. Una rueda de carro, amigo Álvaro, perfectamente dibujada, con amplias calles limpias sin ornamentos, de una sobriedad casi espeluznante. Y esto no es todo. Al quinto día de travesía por territorio sufón, escoltados por una guardia del dios-rey, llegamos a la capital, en la que vive la mayoría de los habitantes del reino.*

*El camino ancho y empedrado que seguíamos, se elevó hasta una pequeña cima, y cuál fue nuestra sorpresa al llegar arriba. Ver Geritten de lejos, desde arriba. Durante unos instantes pensamos que habíamos penetrado en un mundo embrujado. Encima de una ancha llanura contemplamos el gran zigurat que es la capital. Un zigurat blanco.*

*Cerca de sus muros, dibujando líneas concéntricas, se alzaban*

*gigantescos cipreses de hoja también blanca, recortados, amputados y retorcidos por manos sufonas hasta convertirlos en larguísimas plumas de paloma sacudidas por el viento de levante. Sí, me habían advertido y lo había oído explicar, pero no daba crédito a lo que mis ojos veían, una obra parecida a aquella no existe en todo nuestro mundo conocido.*

*Los sufones que nos acompañaban sonrieron ante la estupefacción de nuestros rostros. Ha sido la única vez que he visto sonreír a un sufón.*

*Avanzamos hacia la capital, maravillándonos que en medio de aquella llanura se hubiera construido aquella monstruosa ciudad en niveles, de un orden exacto, como un juego de cajas en el que la vista no distingue donde acaba un lado. A cada nivel un muro más alto y poderoso que el anterior. Cinco niveles, amigo Álvaro, cinco. En la cima, una construcción rectangular blanca. Otra caja. Como supimos más tarde, no erigida en piedra sino hecha en un calcio extraño, de hueso duro como el metal. Una construcción de una sola puerta maciza y sin ventanas, en la que habita su dios, su rey, que nadie sabe qué rostro tiene, excepto sus siete consejeros.*

*Hay más, hay más, ¡Onar! Nunca, jamás, debemos entrar en guerra con este pueblo. Tienen caballería, cómo la que figura en los libros arcanos, pero en vez de aquellos animales desaparecidos, montan hercúleos renos que cientos de años atrás domesticaron. Tienen mejores armas de sitio que las usadas por los murrianos. Grandes cañones retorcidos sobre unos grandes ejes fundidos en un metal nuevo para mí. Y disponen de los mejores arcabuces también.*

*No se ven niños por las calles de Gerriten, si es que se pueden llamar calles a aquellas enormes plataformas cubiertas de habitáculos. Bien, sí que se pueden ver niños muy pequeñitos y recién nacidos. Cuando un sufón o sufona celebra los cinco años, este es entregado al estado. Tal como os lo digo, amigo mío. El estado los adoctrina y escoge un oficio para ellos, o mejor dicho, qué tipo de servicio prestará a su dios-rey en función de sus habilidades. Toda criatura, desde bien pequeñita, recibe instrucción. Saben que son pocos en número, y por encima de todo vigilan con gran celo asegurar su perpetuación por los siglos de los siglos.*

*Vivo solo en una pequeña casa del primer nivel del zigurat desde que hicieron partir a los hombres de mi guardia. Hace muchas lunas que vivo así. Arroz y legumbres en todos los platos.*

*Hay dos guardias en la puerta que me acompañan allí donde voy. No hablan nuestro idioma. Hablo con uno de los consejeros, una vez cada cinco o seis días. Algunas noches creo que no sabré diferenciar la realidad de mis miedos más profundos. Comienzo a pensar que los anteriores embajadores no desaparecieron, creo que se quitaron la*

*vida o los asesinaron.*

*Encuentro pocos sufones por las calles y mi único consuelo son los paseos por la mañana o los rezos de la tarde. Con esto no contaba cuando partí. Soy un hombre de fe, soy un hombre fuerte.*

*Espero audiencia real, una audiencia a través de una cortina. El rey me podrá ver pero yo, a él, solo le escucharé. ¿Os lo podéis imaginar? Pasan los días y no llega el momento, quizás estén jugando conmigo.*

*Quiero irme de aquí. Como vos, sueño con Vamurta, sus planicies, sus olivos. Sueño que vuelvo a casa y puedo ver el mar de plata y el sol levantándose al alba por el valle, iluminando las calles frías de la madrugada… Amigo mío, ¿sabéis alguna cosa de nuestro conde? ¿De los nuestros?*

*Haré todo lo posible para que la carta os llegue antes de que caiga un nuevo otoño sobre nuestras cabezas. Me han dicho que pronto llegará una caravana de hombres grises, a los que podré dar este mensaje, si los creo de confianza.*

*Que los dioses os acompañen. Que vuestra mujer os otorgue el milagro de una nueva vida.*

*Ermengol Artherta*

## 25
## Los mercenarios

Dejaron la casa cerrada esa lluviosa tarde de verano. Hacía algo de frío para los que no eran del norte, y del cielo caía un agua fina y persistente, que hacía brillar la hierba fresca. Cruzaron los arrabales de la ciudad, que seguían creciendo con nuevas barracas construidas con piezas de barro cocido y paja.

Al verlos pasar, salieron un grupo de niños a su encuentro, niños grises de cara sucia y ropas ajironadas que cuando no había faena en los muelles, cosiendo redes o limpiando pescados, pasaban el tiempo peleándose cerca de la Puerta. Lloriqueaban, tiraban de sus mangas pidiendo alguna moneda, hambrientos. El conde y Sara repartieron algunas piezas de bronce y siguieron adelante, hacia la entrada de la ciudad, custodiada por una mezcla de hombres y sufones de las huestes de los Tres Señores de los lagos.

La lluvia había asustado a los transeúntes, parecía que todo el mundo estuviera en sus casas o en las tabernas. Llegaron a Dos Anclas, donde siempre eran bien recibidos por el tabernero y sus sirvientes.

El tugurio estaba muy lleno, el mal tiempo parecía agrupar a los forasteros y a las gentes de la ciudad entre aquellas cuatro paredes. En los días de lluvia, aquel espacio cerrado tenía un olor particular, una mezcla entre humedad, sudor de ropa vieja e, intenso, el agrio aroma de las luces de aceite manchado por el vapor de los platos calientes, que eran servidos durante todo el día y parte de la noche.

No encontraron sillas libres y se acercaron al mostrador, en el que bebían hombres rojos y una banda de vesclanos abrigados con amplios jubones color tierra que hacía imposible distinguirlos.

Consiguieron un hueco a codazos, entre el jaleo general. En un extremo de la sala, alrededor de una de las grandes mesas, murrianos, grises, vesclanos, hombres rojos y sufones, apostaban a los dados. El círculo de gentes era muy tupido en la mesa de juego y se oían gritos y exclamaciones en cada nueva apuesta ganada o perdida, bajo los fanalillos de aceite que colgaban de los altos travesaños del techo de la taberna. La suerte, mezquina y caprichosa, arruinaba a unos y favorecía a otros, en su baile aleatorio que arrastraba la voluntad de algunos y atraía la mirada de todos.

En algunas mesas, entre los colores de las razas, se reunían grupos de mercaderes discutiendo sobre sus tablas de cambio, en otras, familias que ese mismo día habían llegado, dejando atrás alguna de las ciudades de las colonias, miraban horrorizadas a su alrededor.

Allí se encontraban arrogantes mercenarios, ladrones sinuosos,

razas que pedían más cerveza, otras que pedían brebajes extraños hechos a base de cereales machacados y fermentados, mujeres de la vida y una jauría de hombres groseros y bebidos que se desplomaban sobre las espaldas de los clientes cada vez que intentaban cruzar el local entre el enjambre de mesas, sillas y cuerpos de aquel gran comedor.

—¡Aquí! ¡Dos jarras de vino para el capitán y la joven! —mandó el tabernero, un hombre gris chupado de barba puntiaguda—. Pronto habremos de abrir una nueva casa. Llegan, llegan y se quedan… Esta ciudad ya se merece un templo, con los que somos aquí…

—Sí. Pero fijaos en que no todo es bueno. El precio del pan no deja de subir —contestó Sara, recordando la miseria de los arrabales.

—Un día explotará y correrá la sangre y veréis los hambrientos asaltando los hornos de pan. Y esta especie de triunvirato que nos gobierna, los Tres Señores, no encaja. Siempre en un tira y afloja, tira uno por allí, el otro se lamenta por allá para no perder su esquina y cuando llega el invierno, ¡los silos están vacíos!

—Cierto, cierto… No encuentran el lugar de cada uno y todos quieren la misma silla —murmuró Serlan.

Bebieron, observando la aglomeración que los rodeaba, que parecía casi vibrar, nerviosa. Un grupo de hombres rojos, con los gruesos brazos al aire, entonaron algún himno de su tierra natal, animando la sala.

Serlan recordó las canciones de Vamurta, mientras Sara observaba con disimulo una mujer que se encontraba cerca del grupo de hombres rojos pero, a la vez, se mantenía tan apartada de ellos como le era posible. Era esbelta para ser una mujer roja, la piel de un anaranjado suave, el cuerpo ceñido en un vestido azul noche. Una prenda elegante, con reflejos morados, propia de un gran linaje. Las facciones escondidas bajo un gran pañuelo negro, un trapo pesado que llamaba la atención por el calor, un tanto molesto, de la taberna.

La mujer no llevaba armas. Sara, tras mirarla largo rato, pensó que se trataba de una novia, a pesar de que no era propio de las prometidas llevar pañuelos negros ni vestidos tan ajustados.

Desde una mesa llamaron a Serlan. Dos hombres grises de la tripulación hacían señales para que el conde se sentara con ellos.

—Ahora voy —dijo, y se encaminó hacia los remeros.

El ambiente ruidoso y el aire pesado de Dos Anclas empezaban a molestar a Sara. Deseaba salir a pasear entre los campos de maíz, a pesar de la lluvia que caía esa noche.

—¡Tú! ¡Escucha!

Sara se giró, sobresaltada. La mano de un desconocido había aterrizado sobre su cintura. El rostro cortado de un joven, de un gris, se acercó hasta casi rozar el suyo.

—Acabamos de llegar a la ciudad —le susurró, mostrando unos dientes muy blancos—. ¿Quizás una mujer de carnes firmes como tú nos podría decir cuáles son sus secretos? ¿Verdad?

—Una mujer tierna y muy bonita. Fijaos en sus labios de piñón —añadió un segundo hombre, acercándose y mirándola como si estuviera a punto de lanzarse sobre ella para morder su cuello.

El tercer hombre reía la inventiva de sus compañeros. Rápido, se situó detrás de Sara, cerrándole el paso. Sara los catalogó enseguida. Tres mercenarios llegados de las colonias, bebidos y reblandecidos por la inactividad.

El corazón se le aceleró. Percibía aquel peligro agudo, aquella amenaza desordenada.

—Si queréis juerga, id aquí delante —cortó Sara con voz áspera, haciendo un gesto con su barbilla que señalaba la calle, donde era fácil encontrar todo tipo de prostitutas.

—¡Oh! No queremos molestar a las chicas —contestó el más joven, arrimándose a Sara hasta frotar su jubón con la cota de cuero de Sara.

—Cuando hayamos acabado, os daremos una bonita disculpa —afirmó el más viejo, con una risita que dejaba a la vista toda un hilera de dientes picados.

Fue decir aquello cuando el hombre que tenía a sus espaldas la inmovilizó con sus dos brazos, al mismo tiempo que los dos que tenía delante la flanquearon, de manera que, visto desde fuera, parecieran dos amigos, charlando animosamente con ella.

Uno tiró de ella hacia delante, el joven le clavó una daga por debajo de la cota.

—Media palabra y te agujereo —amenazó. Sara bien sabía que una estocada en el hígado era una muerte lenta y terrible.

Sentía una violenta impotencia. Miró a su alrededor. Todo era un muro de gente que pasaba por su lado, no distinguía la mesa de Serlan y la animada jarana de la taberna habría ahogado su grito de auxilio.

El joven le quitó la espada que colgaba de su espalda con disimulo y le pasó su brazo por la cintura.

—Ahora te enseñaremos a luchar, te enseñaremos cosas nuevas —le susurró al oído.

Nadie parecía darse cuenta de nada. Sara oía, como el rumor del mar, las risas de los otros y veía los ojos abiertos y enrojecidos de muchos hombres bebidos. Un grupo de mercaderes sufones, las estrechas trompas oscilantes, entraron en el local, pero ninguno de ellos se fijó en su apuro.

La forzaron a avanzar. Ya se encontraban cerca de la puerta. Si Serlan no la veía, nadie la podría ayudar una vez en el exterior, en la oscuridad de los callejones de la Ciudad de los Lagos. Un paso más

y…El que la sujetaba por los brazos dejó de empujarla y antes que Sara tuviera tiempo de girarse escuchó un crac desagradable y el ruido de un cuerpo desplomándose en el suelo. Los dos hombres que la acompañaban, a su lado, se giraron también. Sara vio la expresión de sorpresa en aquellos rostros devastados.

Aquella mujer roja, aquella a la que miraba creyendo no ser vista, había roto el cuello del hombre que la inmovilizaba. Antes que los otros dos pudieran comprender y llevarse la mano al pomo de sus espadas, Sara extrajo un pequeño cuchillo que escondía, atado bajo la manga de su brazo derecho.

—¡Bastardo! Si te mueves te hundo la hoja.

El viejo, libre, había conseguido desenvainar. Al hacerlo, un griterío se propagó por todo el salón de la taberna, los que comían se levantaron de un salto, unos corrían hacia allí, otros también hicieron relucir las hojas de sus espadas y dagas… Empujones, jarras rodando por el suelo, chillidos, la mujer roja se abalanzó sobre el viejo, que intentó responder dando un tajo de abajo hacia arriba, pero la mujer esquivó el ataque con un movimiento de piernas rapidísimo y acto seguido consiguió empujarlo contra las mesas.

La excitación general creció. Los de las mesas de la salida saltaron hacia atrás, provocando que todos los que seguían mirando comenzaran a golpearse entre ellos. El joven que Sara mantenía detenido intentó sacar su espada. Sara le hundió el cuchillo entre las costillas. La sangre, caliente, se derramó por toda su mano. Sara volvió a acuchillarlo, pero como tiempo atrás, se quedó petrificada, inmóvil. El joven la miraba con expresión atónita, como el que no asume lo que ven sus ojos. La mujer roja la asió por la espalda.

—¡Ayúdame! Me casan con un hombre que no amo. ¡Ayúdame!

Las sillas volaban por encima de sus cabezas. Resoplidos, el estruendo de las mesas que no soportaban el impacto de un hombre, un barullo de mil demonios a su alrededor. Un hombre les cayó encima y la mujer roja lo apartó de un puñetazo.

—¡Ayúdame! Escóndeme, llévame a tu casa.

Aquella súplica era un grito de desesperación. Sara no se lo pensó. Estaban cerca de la puerta. La abrieron de un puntapié y se adentraron en la espesa cortina de agua que caía desde el cielo, fresca, liberadora.

Serlan, empapado, llegó corriendo hasta su cabaña, a las afueras de la ciudad. Nada sabía de Sara, salvo que tras la pelea en Dos Anclas había desaparecido. Entró con violencia, abriendo la puerta de golpe. No había ninguna luz encendida, así que estuvo unos instantes descifrando la oscuridad de la estancia principal.

—¿Sara? —preguntó con ansiedad.
—Estoy aquí. ¿Vienes solo?
—Sí, claro… ¿Cómo…?
El conde vio una figura alta, una sombra al lado de la ventana. Desenvainó su espada con sigilo.
—Quieto —ordenó Sara.
Pasaron el resto de la noche hablando cerca del fuego, seguros de que nadie los había seguido hasta allí. Se llamaba Eszul, hija del jefe de un clan de hombres rojos. Debía contraer matrimonio con un primo lejano, que vivía allí, en la Ciudad de los Lagos, y al que apenas conocía. Era el capitoste de la hueste de uno de los señores de la ciudad, el gran señor sufón que jornada tras jornada aumentaba su poder. Ella no quería casarse. Aquella mujer era un alma en pena. El día antes de su marcha, forzada y custodiada, hacia la Ciudad de los Lagos, el hombre que amaba desde que era una chiquilla, había muerto asesinado a manos de los hombres de su padre. Sin ayuda, había pretendido raptar a su enamorada.
Eszul quería desaparecer, perderse en algún rincón de mundo donde nadie la pudiera dañar. Sara y Serlan hablaron aparte, murmurando en la única habitación de la casa. El antiguo conde, a pesar de entender de corazón la desesperación de aquella mujer roja, dudaba. Meditaba si era necesario devolverla a los hombres rojos y evitarse así muchos quebraderos de cabeza. Sara se negó.
—Si piensas entregarla, dímelo. Antes que salga el sol, las dos estaremos muy lejos, tan lejos como podamos de esta ciudad infestada de gusanos.
El arrojo en las palabras de alguien tan joven, sorprendió al conde. Por nada del mundo iba a separarse de Sara. Ella era su estrella del norte, toda su alegría y su orgullo. Claudicó. Cuando Serlan dejó de quejarse, de amenazar y abandonó aquel papel de hombre herido, volvieron junto al fuego y Sara le explicó la historia de los tres mercenarios que estuvieron a punto de secuestrarla y vejarla. Finalmente, le contó cómo Eszul la había ayudado, cuando se veía perdida sin remedio. Fue entonces cuando el conde se asustó de verdad y el miedo, la posibilidad de perder a Sara de aquella forma tan ignominiosa, reblandeció su corazón. La abrazó muy fuerte, sin decir una palabra, y luego le prometió que esconderían a Eszul. No permitiría que nadie le pusiera las manos encima ni que la vendieran para sellar una alianza entre clanes.
A la mañana siguiente debían salir de caza. Así que prepararon una buena cena y Sara y el conde se fueron a dormir pronto. Fuera, la lluvia se iba haciendo intermitente, barrida por los vientos cálidos de levante. Eszul se quedaría escondida en aquella cabaña, durante la partida de caza, había agua y comida suficientes. La mujer, inmóvil,



permanecía junto al fuego con los ojos cerrados.

## 26
## La gran cacería

Las dos barcas volvían a navegar, dispuestas a alcanzar el noroeste profundo, deslizándose en paralelo sobre las aguas fulgentes de los lagos. Allí arriba, el sol temperaba y hacía florecer de nuevo la tierra. Muy pronto dejaron atrás las enclenques barcas de pesca, delgadas y estrechas como una astilla, que faenaban buscando bancos de peces sobre los que dejar caer sus redes.

El murriano estaba con mejor espíritu desde que había llegado el verano. En las islas de los lagos, las pequeñas nubes verdes de las copas de los árboles lucían, brillando, cuando el viento las hacía danzar. Más allá, sobre la lejana ribera sobre la que se desparramaba el país de los vesclanos, se veían flotar masas comprimidas de cúmulos blancos que hacían más azul el gran territorio donde crece el cielo. Las tripulaciones recordaron las viejas canciones que el invierno del norte había enterrado y cantaban sin preocuparse por los chorros de sudor que resbalaban por sus sienes.

—Hoy, incluso, sería un buen día para morir —exclamó el murriano, señalando con la mano el cristalino estado del cielo.

—Tú no tienes mi edad —repuso el viejo timonel—. Por eso hablas así.

El conde sonrió, entendiendo las palabras del viejo. Tenía razón. Sara observaba al murriano desde su barcaza. Pensaba que nunca sabría realmente qué era lo que se escondía tras aquellos ojos de felino. Un ser tan capaz como aquel, tan lejos de las ciudades comerciales murrianas del río Crayón y tan lejos de su territorio natural, que por desgracia empezaba, en aquella época, en la Antigua Vamurta. ¿Qué hacía enrolado con esa panda de cazadores? A veces pensaba que el murriano no era el capitán porque la tripulación no lo habría aceptado, sencillamente por ser murriano. Quizás también era un fugitivo, como ellos, un fugitivo de su mundo o un fugitivo de sí mismo. No lo sabía. Aquel murriano hablaba muy poco, y jamás hablaba de él mismo o de dónde venía ni qué significaban aquellos bellos tatuajes geométricos que a la luz del sol parecían un bajorrelieve sobre arenisca.

El aire soplaba, levantando pequeñas olas. Los hombres reían y tomaban sorbos de vino. Mientras comprobaba el cordaje de su ballesta y la limpiaba, Sara recordó su infancia mutilada por la guerra. Tomó conciencia de que sus recuerdos eran cada vez más intermitentes, aunque el dolor al evocar a sus padres —hasta no hacía mucho un gran muro que la aislaba del sucio y corrompido mundo—,

seguía siendo punzante. A pesar de todo lo que había vivido en las últimas estaciones, aún le resultaba extraño que estuvieran muertos, muertos para siempre, y eran muchas las tardes, cuando regresaban de una partida de caza, que una parte de ella esperaba encontrarlos en el puerto, esperándola como si nada hubiera sucedido, como si todo fuera una enorme broma, un monumental malentendido.

Después del almuerzo, el tiempo cambió en apenas un suspiro. Los distantes bancos de nubes se desplazaron, rápidos, hacia ellos, transmutándose en una masa de grises amenazantes que gravitaban sobre el lago. El viento se había desperezado hacia mediodía, secando los rostros salpicados de sudor de los remeros. Reemprendieron la marcha y al poco alcanzaron las extensas tierras de los sircads, sorteando un enjambre de islotes, avanzando por estrechos brazos de agua, recubiertos por una espesa alfombra de algas y plantas acuáticas que por momentos les hacían creer que avanzaban por suelo firme. Era difícil diferenciar dónde empezaban las orillas de las islas entre aquella turba de caminos verdosos que parecían no tener ni inicio ni fin.

Por fin, el retumbar, el reniego de uno de esos dragones rojos se propagó por la zona en la que navegaban. Los hombres habían remado con fuerza hacia la dirección del lamento que se apagaba y volvía a escucharse en la brisa.

No veían ninguna pieza, el sircad parecía haberse desvanecido.

—Señor, casi no quedan dragones aquí —se quejaba uno de los remeros grises—. Capitán, busquemos lago adentro. ¿Qué paga nos darán por volver con las manos vacías?

Algunos remeros se añadieron a esa propuesta.

—Los sircads están volviendo al centro del lago —sostuvo el viejo timonel de la barcaza de Serlan, mientras acariciaba la gran argolla de plata de su oreja—. Por aquí deben quedar unos pocos. Buscan madrigueras seguras, señor. Siempre lo hacen cuando hay demasiado ruido para ellos. Por aquí, señor, empezamos a ser demasiados.

Tras un breve debate, la tripulación y su capitán concluyeron que, donde se encontraban, únicamente podrían cazar algún macho joven que intentaba establecer un nuevo territorio, y poco más. Así, se decidió virar hacia el norte, allí, lejos, donde los castillos en el cielo se oscurecían y parecían lienzos recubiertos de metal. El gran norte, empezaron a remar en dirección al gran lago central.

Los tres vesclanos de a bordo protestaron, alegando que aquellas aguas eran sagradas y que nadie ni nada debía adentrarse en ellas. Sus pieles escamosas se irritaron y por sus grandes fosas nasales expulsaban el aire con furia, pesadamente, en señal de disconformidad. Eran unos remeros excelentes, mejores incluso que los rojos, ya que no conocían el cansancio, y aquellas quejas

preocuparon al conde.

—Quizás lleguemos hasta las últimas islas, antes de penetrar en el corazón de los lagos, pero no iremos más allá, os lo prometo —afirmó Serlan—. Por nada de este mundo cruzaremos aquella frontera.

Un cierto nerviosismo se propagó entre la tripulación, también evidente entre los hombres rojos, que seguían creyendo en sus pequeños dioses y en los augurios. La sola mención del Alma Blanca había inquietado a todos.

—Mirad esos gansos —dijo uno de los vesclanos, con su acento cavernoso—. Cruzan el cielo hacia el oeste…

—Eso no tiene por qué ser una mala señal del cielo —contestó Serlan, molesto por el miedo momentáneo entre algunos de los suyos.

La fuerza del viento aminoraba mientras seguían adentrándose hacia lo desconocido, bajo los estrechos pilares de luz del atardecer, que se abrían paso entre los huecos de las pesadas bolsas de nubes. Antes que el día diera paso al crepúsculo, retronó en el silencio del lago la vibración, el grito de un sircad buscando hembra.

—Es un macho viejo —exclamó el murriano señalando un paso de agua entre dos grandes islas, en las que crecían gigantescos chopos en la ribera y robles en el centro, que como dioses los miraban desde lo alto.

Los remeros redoblaron el ritmo, espoleados por el premio. Un gran macho viejo como los lagos. Todos vigilaban las aguas y la cerrada vegetación que los rodeaba como un laberinto infinito, esperando hallar una sombra que reflejara las lucientes brasas de un sircad. Serlan y el murriano agarraron los arpones con fuerza, listos para tirar de las palancas de acero que liberaban el proyectil.

—¡A estribor! —exclamó uno de los vesclanos.

Un relámpago rojo desapareció entre los claroscuros del bosque de una de las islas que estaban bordeando. Sara disparó su ballesta de mano contra el dragón. La volvió a cargar, el pie en el estribo del arma, bajo la atenta mirada de todos, haciendo rodar las poleas de su arma. Volvió a disparar. Esta vez consiguió su objetivo y el animal salió de la protección de la hojarasca, para acercarse a la ribera contraria, creyendo que estaría a salvo.

—Remad, este no debe escaparse —ordenó Serlan.

Ambas embarcaciones, una detrás de otra, rodearon la isla, esperando que el animal no huyera.

No se oía nada, excepto el crujir de remos y el vaivén de las ramas de los árboles. De pronto unas cornejas empezaron a graznar, como si quisieran advertir a todo el lago sobre la presencia de aquellos depredadores ávidos de plata.

Serlan detectó al sircad, tumbado, ofreciendo un perfil bajo. Su piel roja resaltaba, casi lava líquida, sobre la hierba fresca del verano.

Era mucho mayor que la mayoría, y le pareció entrever una franja azulosa que cruzaba su espalda.

Al verlos llegar, su collarín de púas se tensó, amenazante. Se acercaron un poco más, casi sin hacer ruido, dejándose llevar por su propia inercia, hasta situarse a una corta distancia de su objetivo.

Era un sircad viejo, el más grande que habían visto. Una pieza única. Se podía tratar del macho dominante de aquel extenso territorio de aguas e islotes. Agazapado todavía, abrió mucho las mandíbulas como aviso, ofreciendo una exhibición de su poder. Una dentadura como aquella era capaz de triturar la viscosa y pétrea carne de espricón y también de perforar cualquier armadura conocida.

Como capitán y primer arponero, Serlan apuntó con gran esmero y arrojó el proyectil, que se estrelló, atravesándolo, contra el cuello del dragón. El sircad lanzó un bramido terrorífico y retorció la enorme masa de su cuerpo hacia atrás. La gran saeta lo había herido, pero parecía haber tocado solo carne del lado derecho del cuello. El animal estaba herido pero vivo.

—¡Capitán! ¡No cortéis la cuerda! ¡Es un príncipe! —exclamó el murriano, mientras mandaba a sus remeros acercarse más, hasta rozar la nave de Serlan.

—¿Un príncipe? —preguntó el conde, desconcertado.

—No hay precio para ellos —respondió su timonel—. ¡Jamás nadie ha cazado uno!

Cuando el murriano se disponía a rematarlo con su arpón, el animal alzó la cabeza, mirándolos abiertamente con sus largos ojos de piedra, manchados de sangre, y en una fracción se lanzó al agua, desapareciendo. Serlan había conseguido fijar el cordaje del arpón al gancho soldado al casco de la nave.

—Sigámosle, ¡no encontraremos otro igual! —bramó el conde.

Acto seguido notaron cómo el sircad arrastraba la barcaza y la hacía avanzar.

—Puede haceros volcar, es mejor cortar la cuerda —gritó el murriano, haciéndose oír por encima de la excitación de todos.

—No si estamos atentos. Tú vigila que no quiera sacar el cuerpo y atacarnos. Si lo hace, ¡perfóralo! —contestó Serlan, que ya había agarrado un lanza y la sostenía en lo alto.

No veían a esa magnífica bestia roja por ningún lado. El sircad tiraba y tiraba de la cuerda desde algún lugar bajo la oscuridad de aquellas aguas, antes estáticas. Las placas que formaban los suaves oleajes del lago se resquebrajaban, rotas por la vibración del cordaje que los unía al viejo príncipe.

Los hombres se mostraban ansiosos y todos parecían querer saltar

al agua para agarrar a esa gran pieza de piel gruesa. Serlan, muy derecho sobre la punta de la proa de su barca, el brazo estirado sosteniendo el asta de su lanza, parecía feliz. El aire fresco del lago abría su camisola blanca e hinchaba su cota ligera, refrescando su pecho sudoroso.

No pensaba en nada, se sentía lleno, significado, avanzando sobre aquella alfombra verde y azul que se rasgaba a su paso. Sara, que se había situado a su lado, atisbaba en las profundidades cercanas. Las dos embarcaciones, aprovechando un paso ancho, navegaban una al lado de la otra. Las largas trenzas del murriano ondeaban al viento, su boca ancha y carnosa se había tensado como un cordel.

—Espricones a popa —avisó a los hombres.

Los remeros situados en la parte de atrás giraron sus cabezas. Siguiendo sus estelas, cinco sombras alargadas los seguían, atraídas por la sangre que perdía el sircad.

—Que nadie se levante, todos sentados, no dejéis de remar —se escuchó entre el chapoteo y los jadeos de la tripulación.

Estaban surcando las aguas muy deprisa. Por encima de sus cabezas, los cúmulos oscuros cruzaban el cielo desde el norte, enfriando la atmósfera. Los hombres marcaban el ritmo de su esfuerzo con un grito apagado.

El día cambiaba de color y la tarde se consumía mientras las tripulaciones procuraban no perder su trofeo. Un tirón podía significar la libertad herida para el sircad y todos lo sabían. El cielo turbio se hacía más y más impenetrable. Serlan mandaba acelerar o aflojar el ritmo, con la esperanza de consumir las fuerzas de su pieza.

—Vamos al norte, demasiado al norte —exclamó el murriano—. Quiere llevarnos hasta el gran lago —añadió con voz alterada.

Por unos momentos, el sircad emergió de su refugio profundo para coger aire e inmediatamente volvió a su condición de espectro acuático, sin dar tiempo al murriano para ni tan siquiera apuntar la gran ballesta fija de su bote. El tiempo transcurría y la excitación empezaba a mudarse en tensión, y en los rostros de los rojos y vesclanos estaba escrito el miedo, a medida que se acercaban más y más a sus aguas sagradas. Estos, sin dejar de remar, empezaron a orar en su idioma arcaico. Al principio murmurando salmos, luego los recitaban en voz bien alta para alejar los demonios que atenazaban sus corazones, crispando al resto de la tripulación.

—¡Callad u os lanzaremos a los abismos! —amenazó uno de los hombres grises, mirándolos con furia.

El antiguo conde se giró hacia los de su bote, y con un gesto cortante también ordenó silencio.

Pasaron al lado de un grupo de islas que formaban una hilera curvada, en las que no crecía hierba alguna y donde se erigían

enormes cipreses de corteza sin color que se elevaban como pináculos azules hacia un cielo de cromo sin brillo. Las aguas eran más abiertas cerca de la última isla, allí percibieron un oleaje en aumento. Guiados por el sircad, las barcazas lamieron la última orilla antes de penetrar en el gran lago, el Alma Blanca, lo llamaban algunos.

Ante la atónita mirada de todos, como si alguien hubiera retirado una pesada cortina, toda la magnificencia del lago central se abrió ante ellos, un lugar donde ninguna de las razas jamás se había atrevido a lanzar sus redes. La extensión de agua era tan vasta que no se distinguía la ribera contraria, causando la impresión de navegar en mar abierto. La mirada de los tripulantes quedó fijada en aquel gran espejo vivo, centellante, que parecía extenderse más allá de los sentidos, moteado por la luz del sol que se escondía y aparecía entre nubes de vientres oscuros.

—Aquí no existe el fondo… Hay en su corazón una puerta al infierno —maldijo el más corpulento de los hombres rojos. Había dejado de remar, paralizado, los ojos asombrados y los labios estremecidos.

Un silencio cortante emergió de la nada, a la vez que los navegantes, apabullados, hechizados y temerosos ante la masa de aquella superficie azul y rugosa, se aferraban a sus remos, como si palpar la madera, les diera cierta seguridad. Sobre la quieta línea de las aguas vieron una gran silueta salir y volver a sumergirse en las aguas. Durante un instante pareció sostenerse en el aire, para caer y desaparecer, levantando una gran masa de agua.

—Onar, escúchame, siempre te he honrado… —dejó escapar Serlan entre dientes.

Se volvió hacia sus hombres, y les dijo:

—Tened coraje. Los dioses nos miran y nos están examinando. ¡El destino nos ha llevado hasta aquí!

El sircad tiró brutalmente del cordaje, haciéndolos penetrar un poco más hacia el centro de aquel espacio desconocido.

—Si vuelve a sacar la cabeza, clávale el arpón. Debemos frenarlo. No podrá esconderse para siempre allí abajo, hay que sacarlo cuanto antes —avisó Serlan al murriano.

El viento aflojó durante unos instantes. Aquello dio a los hombres una inesperada sensación de calma. El cielo tronó y dos relámpagos terribles encendieron el horizonte. Una violenta tempestad se desató sobre la tierra y las aguas, despertando de su letargo la ferocidad del viento, que escupió fuertes ráfagas de aire que hicieron zozobrar las embarcaciones.

Del cielo llegó una súbita tromba de agua, que les cayó encima como una advertencia, recortando su visión. Las oraciones de los vesclanos aumentaron hasta ser una súplica agónica, desatando los

miedos de todos.

—Deberíamos volver, señor —propuso uno de los hombres grises a Serlan.

—Ya casi lo tenemos, ya es nuestro.

—Mirad, estamos rodeados de espricones. Aquel es gigantesco —señaló uno de los hombres rojos.

Alrededor de las embarcaciones se veían multitud de manchas negras que se movían dibujando círculos concéntricos. Un gran espricón, como nadie había visto antes, se movía con lentitud, pasando por debajo del casco de las barcazas, haciéndolas tambalear ligeramente.

Los hombres volvieron a remar, casi sin darse cuenta. Remar, de alguna manera, les evitaba pensar. El oleaje del lago aumentó en intensidad, alentado por la fuerza huracanada del aire. Navegaban remontando olas de, casi, la altura de un hombre. La proa se hundía y sacaba la cabeza una vez y otra bajo una intensa lluvia. Los remeros levantaban la cabeza, intentando distinguir lo que ocurría a su alrededor. Bajo las barcas, los espricones desaparecían en las profundidades y volvían a surgir, algunos malheridos, con pedazos de carne descolgados. Atacaban al sircad, que bajo el agua se debía defender con desesperación.

La cuerda se tensaba con violentos tirones. Cuando menos se lo esperaban, el gran sircad emergió entre las grandes olas, muy por delante de los botes. Levantó su cabeza imponente y emitió un grito de auxilio. El murriano disparó su arpón, pero la distancia y el oleaje, hicieron imposible acertar. Lejos, les llegaron las voces de otros sircads respondiendo a esa llamada.

La aleta morada de un gran tiburón de los lagos se dirigía hacia las barcas en línea recta. Aquella bestia se hundió frente a las proas, atraído por el origen de tanta sangre. Las aguas del Alma Blanca parecían hervir en una salvaje orgía de figuras fundiéndose y volteando bajo sus pies.

—¡Basta! ¡Marchémonos de aquí! —gritó uno de los hombres.

—Capitán, aquí somos migajas para ellos —avisó el murriano—. Nuestras armas no sirven aquí, señor, ¿no estamos en un hogar de los dioses? Volvamos a nuestro mundo…

Los vesclanos se habían quedado muy quietos. Abandonaron los remos y contemplaban, pasivos, la furia de la lucha, la furia del lago y la lluvia que los empapaba. Cuerpos muertos de espricones quedaron flotando, inertes, en la superficie. Aquel sircad era un ser poderosísimo. El viento helaba sus ropajes mojados. Por estribor detectaron tres sircads nadando hacia ellos, casi planeando sobre las olas, su piel roja sobresaliendo por encima del gris acerado de las olas. Sara agarró a Serlan y lo obligó a que la mirara un instante. Todos

temblaban sobre los maderos de su barca.

La mirada de reprobación de la joven por aquel empeño suicida logró que despertara. Serlan se dio cuenta de que la situación se escapaba del control de los hombres, de su control. Sin decir una palabra, desenvainó su espada y de un único tajo cortó la gruesa cuerda que los unía con la profundidad en la que se agazapaba el sircad. El animal respondió saltando por encima de las aguas, impulsado por un gran delirio. Al saltar, la tripulación comprobó, horrorizada, las marcas dejadas por las mandíbulas de los espricón. Su piel de mármol encarnado había sido abierta como una fruta picoteada y la propia sangre que perdía, formaba sobre sus escamas largas vetas negruzcas.

—Hacia el sur, remad. ¡Nos va la vida! —ordenó el conde.

A pesar de la extenuación, los hombres remaron con tenacidad hacia la barrera de islotes, con un ojo puesto en aquel combate de cíclopes marinos en el que el rastro de la sangre parecía haber despertado los abismos del lago. Viraron con presteza y remaron hacia mediodía. Cuando habían conseguido alejarse, el murriano se levantó de un salto, mirando hacia atrás. Sus profundos ojos miraban un rectángulo gris que aparecía y desaparecía entre las aguas.

—Hemos despertado un helvum. ¡Un helvum! ¿Dónde están vuestros dioses? —exclamó, con voz rota.

—¿Un helvum? ¿De qué ser habláis? —contestó Serlan desde su barca.

Dos ojos de un verde fluorescente parecían observarlos desde la protección de las aguas del lago. Uno de los hombres grises dejó el remo y se incorporó de su banco, ballesta en mano.

—¡No! —le gritaron los vesclanos, pero el marinero, superado por aquella mirada de otro mundo, apuntó el arma y disparó contra aquel ser abisal.

La bestia sacudió la inmensidad de su cuerpo bajo la superficie. Aquella especie de calamar gigantesco, adorado por vesclanos y sufones como el morador de los núcleos, era una de las criaturas míticas de los lagos, aunque en los pueblos que bebían en sus riberas, eran muchos los que dudaban de su existencia.

Una infinita mancha entre el gris y el verde se deslizó, apareciendo y despareciendo, cada vez más cerca de los botes.

—Nos devorará —alcanzó a decir uno de los vesclanos, encogido sobre su cuerpo, sus manos como dos garfios engarzados uno sobre el otro.

Los rostros de los hombres eran los de unos condenados antes de sufrir el martirio. Esa larga mancha pasó cerca de la barca de la que el murriano era el arponero, la última y más cercana al centro del lago. Antes que su largo cuerpo rozara el casco de la embarcación, el

helvum se volteó y se hundió en la oscuridad de las aguas profundas, dejando una frágil estela que iba deshaciéndose. Algunos hombres se incorporaron para ver cómo aquella amenaza desaparecía en la nada, e incluso algunos empezaron a abrazarse.

Antes de que la euforia se apoderara de los remeros se escuchó un gran crujir de maderos y toda la barcaza tembló. Los hombres empezaron a gritar como posesos y a saltar entre los bancos. Un gran pico negro apareció entre los pies de los remeros, abriendo una vía de agua. Aquel pico de acero negro que tantos vientres de espricón había reventado, osciló entre las piernas de los tripulantes antes de desaparecer bajo las aguas.

—¡Nos hundimos! —gritó uno de los rojos.

—¡Capitán! En el agua seremos comida —dijo el murriano—. ¡Acercaos! Nuestra barca se va a pique…

—¡Por Onar! Vamos hacia ellos, rápido, antes que esa cosa vuelva a emerger. Remad, ¡con todas vuestras fuerzas!

Los hombres de la nave de Serlan comenzaron a remar hacia la otra barcaza. El conde dudaba si disparar la ballesta fija, sabiendo que el arpón podría enfurecer aún más al helvum. Avanzaban saltando sobre las olas, empapados bajo la cortina de agua que golpeaba sus rostros.

Serlan contempló cómo el helvum se alejaba de ellos y volvía otra vez, para cargar contra la barca del murriano. El pánico se extendió al ver que ese manto gigante se aproximaba hacia ellos a una velocidad sorprendente. Los gritos se sucedieron hasta ser una única voz agarrada a los maderos de la barcaza.

La sacudida fue tremenda. La barca se alzó unos palmos por encima de las olas para volver a posarse sobre las aguas, con gran estrépito. Muchos hombres cayeron dentro de las frías olas del lago, agitados, insignificantes. Sus desgarradas voces pidiendo auxilio llenaron la tarde.

El helvum volvió atrás para recoger el premio de su cacería. La barca de auxilio ya estaba cerca. Serlan, con el corazón encogido, apuntó y disparó contra la bestia. El murriano, superado el sobresalto de la embestida, estaba otra vez erguido, manejando la ballesta de asalto, aún sabiendo que su barcaza pronto dormiría en las profundidades. Casi dejaron ir los arpones al mismo tiempo.

Bajo las aguas, el helvum se estremeció y su sombra volvió a sumergirse buscando el refugio de sus reinos. Cortaron las cuerdas a toda prisa, seguros de que aquella mole los arrastraría hasta el infierno. La nave del murriano zozobraba sin remedio, con los pocos tripulantes que no habían caído al agua achicando con manos y grandes cuencos.

Los remeros de Serlan empezaron a recoger a los náufragos, que

se debatían en las aguas como ciervos asustados, agarrados a los remos y cuerdas que les habían lanzado. Chapoteaban como niños y se desgañitaban, pidiendo ayuda.

La nave del conde se había ido desplazando hasta tocar a la del murriano, de la que ya solo quedaba a flote parte de la popa, muy inclinada. El murriano, que había conseguido no caer, se mantenía de pie sobre los tablones de su barca como un vigía de piedra. El conde le ordenó, vociferando, que le lanzase toda la carga que pudiera, para así no perder comida y armas.

Los trabajos de rescate avanzaban, y más de la mitad de los hombres caídos al lago se encontraban sanos y salvos a bordo, cuando el agua fue cortada como un vidrio y dos enormes tentáculos aparecieron entre las figuras de los hombres grises y rojos que se debatían entre el oleaje del lago. Los tentáculos quedaron tiesos unos instantes, como lanzas clavadas al suelo. Antes de que nadie estuviera a tiempo de hacer nada, los largos brazos del helvum se lanzaron sobre dos hombres grises, atrapándolos. Dos voces acuchillaron el aire y dos cuerpos fueron succionados hacia abajo, muy abajo, allí donde nadie puede llegar y del que solo los dioses saben el nombre.

## 27
## Cerca del mar

Muy pronto los pusieron a trabajar. El largo y estrecho pasadizo, por el que apenas cabía un hombre, también servía para conducir a los prisioneros hasta el pozo de la mina, de modo que huir con ballestas y lanzas vigilando sus pasos desde la superficie, resultaba una quimera.

Al llegar al pozo, descendían hasta la primera cámara, la de mayor tamaño y altura, metidos en grandes cestas de madera y cáñamo, movidas por cuerdas y poleas. La sala, abovedada y reforzada por pilares de piedra y grandes vigas, servía para alojar el baritel, la gran rueda que, accionada por la fuerza de los esclavos, subía y descendía individuos y carga.

De los abismos sin aire de aquel lugar se extraía grandes menas rojizas, el cinabrio, de las que se obtenía el mercurio. Dasteo, por una vez afortunado, fue destinado al baritel, a empujar las grandes barras de aquel molino, junto a veinte esclavos más. Arisas y Amalia fueron enviados a las profundidades.

Lo que sucedió en las siguientes lunas, hasta alcanzar el cenit del verano, fue una larga pesadilla, en la que, los que fueron prisioneros en Orcómeno, recordaron su paso por la fortaleza con añoranza. La guarnición y su capitán, en parte por ser inferiores en número, en parte por ser murrianos del este, lejanos a las ideas y a la cultura de las metrópolis murrianas del oeste, trataban con extrema severidad al hombre gris, cuyos soldados asolaron impunemente sus aldeas de labradores durante muchas generaciones.

Arisas y Amalia, y muchos otros, se movían por las decenas de galerías de la mina en busca de un mineral que empezaba a escasear, puesto que la explotación del complejo había empezado poco después de la invasión y por ella habían pasado gran número de esclavos. Se preguntaban cuál había sido el destino de los grises que, antes que ellos, habían perforado la roca. Y las respuestas resultaban inquietantes, ya que los murrianos únicamente se adentraban en las galerías con ruiseñores y canarios enjaulados, y por poco tiempo.

La dureza de las rocas obligaba a realizar voladuras, cada vez más frecuentes, que poco a poco dejaron de asombrar a los hombres, quienes antes nada sabían acerca de la pólvora. Eran los días de fiesta para los esclavos, en los que por riesgo de derrumbe, no se descendía al pozo hasta que el polvo levantado por las explosiones se había sedimentado. En una de estas jornadas de descanso, estando en la celda encadenados, esperando nuevas instrucciones, Amalia supo que

Arisas había enfermado. Se quejaba y sentía un frío interior, siendo el aire espeso y caliente. Ella y Dasteo apenas se movían, sudando, abrumados. El esclavo que habían encontrado al llegar había muerto. Los de Orcómeno empezaban a sucumbir.

—Dasteo, pide que Arisas y los perforistas enfermos trabajen en los canales, en los que se enfría el mercurio. ¿Dasteo?

—Amalia, aquí no tengo ningún privilegio. Esos murrianos de ahí arriba no me necesitan para nada. Empujo y empujo la rueda todos los días, junto a otros que callan, hasta caer extenuados.

—¿No recuerdas la canción del camino? Eres el alférez del Batallón Sagrado de Vamurta para muchos de esos hombres silenciosos.

Dasteo respiraba lentamente, notaba el sudor, caliente, resbalando por sus cejas, bajando por las sienes hasta el pecho. La noche caía y el fuego del sol parecía no querer retirarse. La brisa del mar era apenas un soplo tímido que corría por encima del pasadizo de los esclavos.

—Hablaré con ellos. O así lo intentaré. Tienes razón, cada vez es peor. Arisas y otros no están bien, no pueden volver a bajar. Y, Amalia, a mí también me está alcanzando el cansancio.

Arisas permanecía con los ojos cerrados, temblando. Abrió sus labios resecos, parecía querer decirles algo. Amalia se acercó hasta donde las cadenas se lo permitían.

—Tu voz es débil. No hables, intenta reponerte. Mañana debemos volver al pozo.

—Nos harán bajar hasta que reventemos —contestó con un hilo de voz—. O hasta que esas voces nos acallen a todos.

—¿Qué voces? El mercurio ata la mente, te hace ver y oír otras cosas. Así murió mi padre, entre grandes delirios. Dasteo hablará con el capitán, quizá te muevan afuera, a las toberas, a recoger el metal enfriado.

Arisas abrió los ojos, mirándola un momento. Su rostro macilento, chupado, agrandaba el azul de sus pupilas.

—Nací entre dos mundos, aunque pertenezca a este. Los delirios de otros perforadores no me han alcanzado, es mi cuerpo el que está enfermo.

La jornada que siguió a la noche resultó penosa para todos. Fueron conducidos a trabajar en las galerías, en las que reina la oscuridad. Cuanto más vaciados parecían, más los hostigaban los murrianos, sin importarles que durante el día anterior tres esclavos hubieron fallecido. Querían más metal, y para conseguirlo hacían restallar sus látigos.

Pero Dasteo creyó que aún tendría una oportunidad, pues vio descender en una de las cestas al capitán de la guarnición, junto con

un guardia y un intérprete.

Al pasar junto a su lado, el alférez le suplicó:

—Oídme, señor. Los hombres grises tenemos una súplica para los gobernantes de la mina. Un gran número de los nuestros han caído enfermos. Si regresan mañana al pozo, muchos morirán en poco tiempo. El metal los ha alcanzado, señor. Dejadlos trabajar en la superficie, en la que la brisa los sanará. Ese es mi ruego.

El capitán lo miró, encadenado y sucio, a la espera que otro cargamento de roca de cinabrio tuviera que ser ascendido. Con un gesto de asco en su semblante, pidió al intérprete que tradujera aquellas palabras del hombre gris. Miró a Dasteo, y el que hablaba la lengua de Vamurta, contestó:

—Ni uno solo de los condenados dejará su trabajo. No están cumpliendo. Ni siquiera extraemos la mitad de lo que nos piden desde la capital —dijo el intérprete, con dificultades, y esperó a que aquel capitán siguiera hablando para decir—: Si sigo enviando estos cargamentos míseros, mi graduación será puesta en duda. Por unos cuantos holgazanes…

—La mina está casi agotada, señor. Los hombres y mujeres trabajan hasta la extenuación, vos lo sabéis. Pero de seguir así, no quedará nadie para excavar nuevas galerías. Deben descansar, aspirar aire puro. ¡Señor! ¡No podéis desperdiciar vidas de este modo!

La expresión del capitán, tras la traducción, se transmutó. Se acercó al esclavo y, agarrándolo por el pescuezo, le gritó algo que Dasteo no entendió. Al antiguo alférez le vinieron a la cabeza todas las humillaciones sufridas en aquel remoto rincón del mundo, a la vez que aquel apretaba su garganta. Recordó a los muertos, a los muchos muertos que no importaban a nadie, ni a los murrianos ni a los hombres grises libres que habían aceptado a los nuevos amos y vivían en paz en sus casas. Se había esforzado para ser cortés con el oficial… Ese sofoco continuo, la escasez de los deshechos que habían de comer, mezclada con arena de playa, la ausencia de sanadores para los que se acercaban al último umbral.

Aún encadenado a la rueda, levantó su cuerpo apoyándose sobre la madera e impulsó sus piernas hacia delante, propinando un terrible empujón al capitán que, como un pedrusco cuesta abajo, rodó bajo la cúpula del pozo. El resto de encadenados miraron a Dasteo con horror, como si hubiera derribado la estatua de un dios.

El murriano se levantó furioso, sucio, la insignia en el pecho de su armadura manchada de barro. Lanzó una maldición y ordenó algo, señalándolo. El intérprete enmudeció, sin atreverse a traducir las últimas palabras del capitán.

No tardó en saber el significado de aquel sonido vibrante y enroscado. El sol llameaba en su estertor, encendiendo la bruma del crepúsculo como si fuera un manojo de hierba seca. En el espacio libre entre la armería y los barracones semienterrados de los guardias, Dasteo esperaba desnudo, atado de manos a un poste, frágil ante la mirada perturbada de los otros esclavos, que habían sido subidos hasta la superficie para que aprendieran cuál era la voluntad de sus captores.

Los presentes, atemorizados y a la vez, avergonzados de estar contemplando aquel momento, nada decían. Se oía con claridad el cansado rumor del mar, la perseverancia del oleaje que llegaba hasta la playa y se retiraba sin apenas fuerzas para lanzarse otra vez contra la quietud de la ribera. Los grises, las afiladas puntas de las lanzas murrianas cercanas, no se atrevían a expresar su fatigada indignación.

Llegó el capitán y un subordinado, un ser de mirada opaca, látigo en mano. Dasteo se sentía próximo al desmayo antes del primero de los veinticinco latigazos de su castigo, pues al cansancio del trabajo en la rueda se sumaba el mucho tiempo que llevaba atado. Sus músculos, agarrotados, apenas lo sostenían en pie. Oyó el romper de una ola antes de notar las tiras de cuero mordiendo su espalda. Su columna se tensó como si quisiera abandonar su cuerpo. Un alarido se escapó entre los suyos, un grito que se repitió con el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto latigazo, pues cuando empezó a sangrar, y la carne de su espalda quedó al aire, muchos giraron la cabeza para no ver, acongojados, temblando cada vez que el verdugo avivaba la lengua de su azote. Antes de que su cuerpo se retorciera, Dasteo oyó, por última vez, ese horrible sonido que cortaba la brisa del atardecer. Pronto dejó de oír nada, pues cayó de rodillas, inconsciente, medio reclinado sobre el poste.

Despertó justo a tiempo para ver la luna emergiendo del fondo del mar. Todo era oscuro, excepto una larga franja de agua blanca, resplandeciente. Cuatro murrianos lo arrastraban, agarrándolo por debajo de las axilas. Se encontraba en la playa. Lo llevaron hasta un pequeño pozo excavado en la arena, y lo lanzaron ahí. Durante un instante se sintió volando en una negrura total, hasta que tocó fondo.

Su grito se debió escuchar en toda la ciudad enterrada. El pozo estaba lleno de agua de mar, que escaldó la carne viva de su espinazo.

—¿Señor? ¿Alférez? ¿Me recordáis?

Dasteo no lograba descifrar dónde se hallaba. Tenía la sensación que daba vueltas alrededor de una luz alta, aunque se movía entre tinieblas.

—Soy Federico… ¿Señor? ¿No me oís? Federico de la Falange

Roja. Vuestro mejor hombre a espada. ¿Ahora sí? Vos me encontrasteis en aquella aldea mezquina de la Marca Oeste, vos me disteis instrucción.

Aquella voz le resultaba familiar, pero no lograba romper la nebulosidad pegajosa que cubría sus ojos. ¿Por qué todo giraba? Creyó estar en el cuartel. A lo mejor un golpe lo había trastocado, por eso se sentía tan confundido.

—¡Dasteo! ¡Aquí! ¡Miradme!

Abrió los ojos. Estaba encadenado al baritel del pozo de la mina. Empezó a recordar. El castigo, el agua salada, las noches aullando en su jaula. Arisas y Amalia consolándolo, curándolo.

—No gastéis fuerzas. Los hombres y yo empujaremos por vos. Estáis débil, aunque el pozo de mar os ha salvado. Esa agua ha cicatrizado las heridas, aunque su aspecto es horrible, no hay infección. Señor, ¿no es gracioso? El castigo del pozo os permite seguir entre los vivos.

El resto de esclavos, atados como él a la rueda, le sonrieron, a la vez que subían más cestas con menas pobres de mineral en bruto.

—Hablasteis bien a aquella bestia, señor —le dijo un desconocido de barba descuidada y encanecida.

—¿Recordáis a los que encontramos cuando llegamos? —preguntó otro hombre gris—. De aquellos no queda uno vivo. Todos moriremos aquí, y cuando nos lancen al mar, vendrán otros esclavos.

Los hombres asintieron. Tras tanto apaciguamiento, los reos parecían soliviantados. Los dos guardias que los vigilaban, se acercaron para acallarlos. Dasteo se despertaba. Tras unas jornadas en las que los esclavos del pozo hicieron el trabajo de Dasteo, sus fuerzas se habían recuperado en lo posible.

Las vetas de mercurio de las galerías estaban prácticamente agotadas, por lo que se practicaron nuevas voladuras, tras las que los perforistas profundizaban en el arranque, abriendo brecha para hallar nuevos filones. Con el verano casi consumido, un hecho trastocó la rutina de la Mina de Uherské.

Tras una explosión con barriles de pólvora, que los murrianos guardaban con gran celo, los hombres y mujeres que manejaban los picos hallaron una galería natural, de gran altura, por la que podían pasar cinco hombres cogidos del brazo. Por ese túnel, del que desconocían el principio y el fin, se llegaba a uno más ancho, de techo irregular, por el que corrían aguas subterráneas, mansas y silenciosas, de color plata. Aquel descubrimiento creó gran expectación, y a través del pozo de la mina descendieron soldados y la cuadrilla de maestros en minería que dirigían las perforaciones.

Algunos murrianos volvieron a ascender en las cestas, en busca de su capitán. Hablaban entre ellos y parecían muy excitados. Dasteo

hubiera deseado entender aquella lengua para conocer qué sucedía en las profundidades.

Los esclavos que trabajaban en la mina fueron llamados a esos nuevos corredores. Los túneles se llenaron de antorchas que iluminaban la humedad brillante de las grutas recién descubiertas. Arisas, entre ellos, quedó maravillado ante la magnificencia de las cuevas, en las que resonaban las voces y los pasos de los reos, mezclados con los de los captores. El joven gris encontró la brigada en la que trabajaba Amalia, y otros grupos de prisioneros que, apelotonados, esperaban órdenes. Los obligaron a ir hacia el río, junto al que vieron a los maestros murrianos contemplando la infinitud de la bóveda de piedra, devorada en sus extremos por la oscuridad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Arisas a Amalia.

—No lo sé. Pero, ¡mira!, en las aguas flota una pátina de mercurio —contestó, señalando a los maestros.

Aquellos observaban con detenimiento los cedazos. Sobre las telas que habían sacado del agua, habían quedado impregnadas gotitas brillantes. Sonreían, pues allí había suficiente mineral puro, líquido, para cubrir las necesidades de muchas generaciones de murrianos. El único trabajo era sacarlo a la superficie.

—¡Por Onar! ¡Estas aguas son un tesoro! —exclamó el joven.

—Dejaremos de picar y de respirar los vapores mercuriales, Arisas. Sanarás, ya verás como sanarás.

Entre la confusión y la alegría por aquel hallazgo, Arisas volvió a escuchar algo, un murmurar lejano que llegaba resonando entre las paredes de roca. Nadie parecía oírlo, así que no dijo nada. Muchas veces oía sonidos que no entendía.

Llegó el capitán y sus dos subalternos. En sus rostros asombrados, también parecía asomar la codicia. Los murrianos iniciaron una breve discusión, por momentos acalorada, hecho que suponía una excepción a la regla de fraternidad y corrección de aquel pueblo.

Arisas levantó una ceja, algo sorprendido. Los intérpretes tradujeron el resultado de la corta deliberación. Una cuadrilla de esclavos avanzaría por la orilla del río, un estrecho margen, angosto y resbaladizo, seguidos por los soldados y oficiales murrianos. Cerrarían la marcha los maestros mineros, atentos a cualquier indicio de nuevos filones o a la presencia de otros minerales. El capitán quería asegurarse los honores de esa exploración. El resto de presos y guardias, esperarían en la entrada de la nueva gruta a ser llamados, en caso de necesidad.

Amalia y otros, antes de volver atrás, se despidieron de aquel grupo en silencio, cuyas teas se perdían en la profundidad de la galería, con Arisas y otros reos a la cabeza, arrastrando sus grilletes sobre las rocas, tratando de no resbalar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, alarmado, uno de los esclavos que manejaba la rueda del pozo. Todos estaban inquietos, también los guardias. Después de un larguísimo silencio, les llegaba un rumor nuevo que no supieron identificar.

—Algo pasa ahí abajo —contestó Dasteo—. Algo les sucede a los nuestros.

—Señor —dijo Federico—. Los gritos parecen voces de murrianos. ¿Qué os dijo el adivino? Vuestro amigo Arisas.

Dasteo no contestó. Sus pensamientos fluían veloces, y entendía que aquel alboroto significaba una seria convulsión. Las entrañas de Uherské parecían rugir.

Los guardias olvidaron acallar a los presos y se acercaron al pozo, para intentar captar lo que llegaba de las galerías. Escucharon un eco indefinible, quizá un grito. Luego, más quietud, hasta que las cuerdas de las cestas empezaron a vibrar, frenéticas. Era la señal que los de abajo querían ser izados.

Los músculos de los esclavos grises se tensaron, haciendo girar las aspas del baritel que accionaban los dientes de la maquinaria que hacía ascender el montacargas. Pronto, de las profundidades, aparecieron los cascos de tres soldados que, antes de que la cesta fuera izada del todo, habían saltado a la seguridad del suelo firme del pozo. Tras ordenar que la cesta descendiera de nuevo, empezaron a contar algo a sus compañeros de armas, y aunque los reos no entendieron nada, sí percibieron la excitación de aquellos seres.

A un ritmo trepidante, fueron izando a otros soldados y esclavos de los niveles inferiores.

—¿Qué está ocurriendo ahí abajo?

Una de las mujeres grises se giró hacia el antiguo miembro del Batallón Sagrado, mirándolo antes de contestar.

—Fueron siguiendo el río, las antorchas se perdieron en el fondo. Luego, tras esperar, llegó uno de los nuestros, medio corriendo, sin grilletes. Estaba muy asustado. Sus manos y sus pies estaban cubiertos de mercurio, aprisionados en mercurio. Antes de llegar hasta nosotros, cayó fulminado. Mientras los murrianos lo examinaban, se oían chillidos ahogados. Creo que eran de los que se habían avanzado siguiendo la corriente, ¡pero aquellas voces eran distintas! Uno de los guardias, de espaldas a la corriente, cayó al agua, o algo lo arrastró. Y desapareció. ¡Desapareció!

Siguieron alzando a más esclavos, hasta llenar la sala bajo tierra que conectaba la mina con la superficie. Los vigilantes, entretenidos en sus especulaciones sobre el origen de aquellos sucesos, bajaron la guardia.

Federico miró significativamente a Dasteo. Este comprendió. Se murmuraron órdenes. Los esclavos que habían subido, desengancharon las cadenas que los unían a la estructura de la rueda sin hacer el menor ruido. Formaron una suerte de pared de hombres que escondía a los encadenados de los guardias, que seguían discutiendo qué hacer.

—¿Quedan más grises en las galerías? —preguntó Federico a aquella mujer.

—Unos pocos. Casi todos los murrianos que esperaban están aquí. El grueso de los soldados se adentró en aquella caverna.

—Bien. Preparaos —dijo Dasteo.

Liberado de sus cadenas y a pesar del peso de sus grilletes, el alférez entendió que aquella era su oportunidad. Miró a los otros esclavos e hizo una seña, indicando que se acercaran un poco más a los guardias, no más de diez. Cuando uno de ellos volvió la cabeza para mirar a los presos, Dasteo gritó con todas sus fuerzas.

—¡Ahora!

Los esclavos se precipitaron sobre sus captores. Dasteo se lanzó sobre uno, agarrándolo con sus grandes manos por la cabeza. Cayeron juntos al suelo.

—¡Basta! —le dijo alguien.

La lucha había terminado casi al empezar. Tras atarlos de pies y manos, los obligaron a apiñarse en un rincón, vigilados por algunos de los grises.

Dasteo se dirigió al grupo de presos.

—Atended. Onar no nos ofrecerá otra ocasión como esta. Todos sabemos que las minas son una condena a muerte, que de aquí nadie saldrá con vida. Yo no quiero morir. Quiero escapar de aquí, salir, y si los dioses lo quieren, regresar un día a la casa de mis padres para volverla a levantar, piedra sobre piedra.

»Para ahuyentar y castigar a estos animales que han ensuciado nuestros hogares. Vamos a tomar la mina, luego huiremos todos juntos, cargando con los enfermos. Pero antes, los más fuertes, los más valientes, bajarán conmigo para sacar a los que quedan en las galerías. Los otros debéis aguardar aquí hasta que volvamos. Pasad desapercibidos. Si los de arriba os descubren, atacad. Si no, más tarde alcanzaremos la playa y a todos los demás. ¿Alguien tiene algo que decir?

—Yo bajaré con el alférez —anunció Federico.

—Y yo —añadió una de las esclavas.

Ya eran quince los dispuestos a descender hasta el nivel más profundo de Uherské, para acabar con los oficiales que gobernaban aquella explotación siniestra y rescatar a los suyos. Los primeros en alcanzar el último nivel de la mina fueron Dasteo y Federico, junto

con la primera de los voluntarios.

A toda prisa, el resto de grises descendieron, reuniéndose en la cuarta galería, medio desnudos y armados con espadas, lanzas y los picos de los perforistas. Ahí abajo el aire era pesado y frío. Habían tomado la decisión de sorprender a los pocos murrianos que quedaran vigilando el acceso a las cavernas y el río. En la mente de Dasteo aparecía Arisas y Amalia, perdidos en algún punto bajo tierra.

Guiados por los prisioneros que conocían los recovecos de aquel laberinto, avanzaron tan rápido como les fue posible a la luz de las teas, bajo puntales y vigas que sostenían túneles irregulares, con un respirar cada vez más farragoso, a veces hundiéndose hasta la cintura en profundos charcos de agua sucia, girando, volviendo a girar hasta que Dasteo ya no supo de dónde habían partido.

Cuando creía que sus pulmones iban a estallar, mojado y helado, los perforistas que los acompañaban, les mostraron el paso a las grutas, un pequeño agujero en una pared por el que apenas podía pasar un hombre.

Apagaron las antorchas y se acercaron a tientas. Dasteo miró a través del boquete y localizó a los murrianos. Si lo descubrían, los debía mantener a raya para que los que lo precedían pudieran pasar. Por suerte, también vio a otros esclavos, alzando el fuego de las antorchas, atentos a lo que pudiera surgir de la lobreguez que los atenazaba.

Cruzó el agujero haciendo una contorsión extraña, para no rozar la roca con los hombros. Sigiloso, se situó agachado al otro lado, cubriendo así el paso de sus compañeros. Pasó Federico, que se colocó junto a él, agazapado. Uno de los murrianos lanzó un terrible grito, pero los guardias seguían de espaldas. Llamaba a unos de los suyos con una enorme desesperación en su voz. En el extremo de la galería se veía el resplandor sobrenatural de las aguas subterráneas y entre las paredes de la gruta resonaba su eco constante.

Uno de los esclavos se volvió hacia los de Dasteo y al ver unas sombras detrás de él, su semblante los delató. Los murrianos, al ver que eran esclavos, atacaron. Dasteo y Federico lograron frenar la primera acometida, dando tiempo a que el resto de grises penetrara en la gruta.

Los murrianos lucharon mal, demasiado desconcertados por la espera y por el asalto de aquellos esclavos, que como espectros habían aparecido en su retaguardia. Cayeron tres y los cinco que quedaban con vida se rindieron.

—¿Amalia? ¿Arisas? ¿Estáis aquí?

—Estoy aquí —contestó una voz de mujer.

Los esclavos que aún quedaban, asustados, fueron acercándose a sus compañeros. Miraban a los suyos, sin saber muy bien qué había

pasado. Dasteo estrechó a Amalia entre sus brazos con la desesperación del que ha creído haber perdido a un ser amado. Ella, tras abrazarlo, lo miró. A la luz de las llamas humildes de las teas, su rostro parecía aún más roto por el miedo.

—Hemos tomado el pozo, la mina es nuestra y pronto lo será todo lo que la rodea —anunció Dasteo.

—Se han llevado a Arisas y a otros hacia el final —contestó Amalia, obviando aquella gesta—. Algo habita aquí, algo distinto. Hemos escuchado unos sonidos desgarradores. El río está vivo. Dasteo, ¿qué vamos a hacer?

—¿Cuántos soldados iban con Arisas?

—¿Cuántos quedan vivos? El capitán iba con ellos. Habéis tomado la mina, pero este lugar debe ser olvidado.

—Salgamos de aquí —dijo un hombre expresando lo que pensaban muchos—. Esta es la morada de algo peor que los murrianos.

—Debo saber si Arisas está vivo. Él… Es especial. No quiero arriesgar a nadie. Necesitamos a cualquiera capaz de empuñar un arma para liberar la playa. —Dasteo se quedó pensativo frente a aquel pelotón de seres sucios, apenas reconocibles como hombres, que aceptaban su autoridad, pero que, de seguir adelante, el terror pronto sería su único señor.

—Iré solo. Buscaré a Arisas.

—Señor. Iré con vos —exclamó Federico.

—Valiente y abnegado hasta en las puertas del infierno. En este paseo no tendré compañía. Los de arriba necesitarán tu fuerza y el arte de tu espada. ¡Id todos! Si no vuelvo pronto, tomad este maldito lugar y después hacer saltar por los aires la mina. ¡Suerte!

Sin más, sin esperar ruego alguno, Dasteo se internó en las tinieblas, en una mano la espada y en la otra la luz de una antorcha.

## 28
## La fiesta

Todos temblaban, mojados, sobre la barcaza. Habían dejado atrás el epicentro de los lagos y se movían por territorios de aguas poco profundas, en las que ningún ser abisal podría estorbarlos. La barca iba sobrecargada. No sabían dónde se encontraban y la noche caía sobre ellos, anunciando un otoño que no tardaría en desencadenarse, una noche que los cubría con un velo frío, desesperando un poco más a los tripulantes. El horror que habían padecido, las ráfagas intermitentes de aire gélido y el saberse perdidos, habían roto toda la resistencia y el temple de los cazadores de sircads. La ventisca iba arrastrando la lluvia lejos de allí, en el cielo asomaba una luna creciente y algunas estrellas, entre los mantos de nubes desgarradas.

Los que no habían caído al agua remaban en silencio, mientras los náufragos, sentados sobre la carga, helados bajo las mantas de dormir, miraban cabizbajos la monotonía que los rodeaba. Todos se sentían muy cansados. Serlan De Enroc no dejaba de repetirse, entre murmullos, que era un loco sin cabeza. Sus ansias habían conducido a los suyos a aquella situación. Él era el responsable de la muerte de dos de sus hombres. Nadie más que él y su maldito orgullo, su necesidad de demostrar al mundo que seguía siendo un gran caudillo entre los hombres. Su temeridad. Había perdido Vamurta y aquel día había sido incapaz de salvaguardar a los que tenía a su cargo. ¿Quién eran los otros? ¿Piezas de su ajedrez contra el destino? Era su educación, pensó, la convicción de estar por encima de todo y de todos.

Pero también, algunas cosas estaban cambiando. Él o una parte de él, quería el bien para aquellos que le eran cercanos, deseaba su bienestar. Había conocido a las mujeres de los muertos, había estado en sus pequeñas casas de piedra, sabía cómo olían sus cocinas heladas, sabía cómo luchaban y creía entender cómo pensaban.

Podía percibir el rechazo de la tripulación, solo él había querido entrar en el lago central. Quizás no fuera el gran premio de aquel viejo sircad, aquel príncipe único. Era el riesgo, el querer saber qué encontrarían allí de donde nadie había vuelto, saber hasta dónde podría llegar. Ahora ya lo sabía, el gran lago no era un lugar para los hombres, aún no. Mandaban dioses que él no conocía.

Sara llevaba largo rato callada, envuelta con mantas y pieles en un rincón de la nave, frotándose las manos una y otra vez. No quería mirar a Serlan, que los había conducido cerca de la muerte. El prestigio de tantas buenas cacerías, de tantas monedas conseguidas, salvaba al conde de un motín.

****

*Nogrog, 1144 VC. Primera luna de otoño.*

*Ermengol, amigo, os deseo salud y toda la prosperidad de este mundo.*

*Hay noticias de Vamurta, noticias que ninguno de nosotros esperaba. Amigo, consejero, primero quiero deciros que mi mujer vive un embarazo plácido y que el cirujano de Nogrog dice que todo va según disponen los dioses. Su barriga crece, sus mejillas tienen una tirantez saludable y sonrosada, y sus caderas se ensanchan para dejar paso a mi descendiente, al que esperamos para mediados del próximo invierno.*

*Noticias, noticias de los nuestros. Dos grandes barcos murrianos atracaron en el puerto de Nueva Vamurta hará unas tres lunas. Al cabo de unos días de su partida llegaron tres más, y según me contaron los de un nuevo escuadrón de ballesteros llegados de aquella ciudad, otro barco llegó antes de su partida a Nogrog. Sí, Ermengol, he recibido nuevos refuerzos ante las renovadas exigencias de los Hombres Rojos del este. Bien. Dicen los hombres que los murrianos han aplicado en nuestras tierras un régimen de vasallaje a todos y cada uno de los supervivientes, excepto a la tropa y funcionarios condales que viven encerrados en los grandes sótanos de la Ciudadela. Eso creen los que han tratado con los mercaderes y funcionarios murrianos que desembarcaron en Nueva Vamurta. Esos animales, amigo Ermengol, dicen que han dado libertad a los hombres, pero adscritos a la tierra o a sus oficios. Al menos, las familias que allí quedaron pueden seguir durmiendo bajo un mismo techo y las viviendas han sido respetadas. Todo lo demás ha sido requisado, ha ido a parar a las arcas de Ahnavalt, esa capital monstruosa en el oeste lejano de Vamurta.*

*De ser cierto, los murrianos se comportan con mayor inteligencia de la prevista, otorgando ciertas libertades e imponiendo obligaciones, manteniendo de esta forma intacta la riqueza y el trabajo de nuestra tierra. De ser así, no son los salvajes ávidos de sangre que creíamos. Quizás nunca supimos preguntarles nada. Es un alivio para todos, también lo será para nuestro conde, cuando tenga nuevas de todo esto.*

*¡Ah! Ermengol. Los ballesteros que han llegado a Nogrog me hablaron de las naves murrianas. Hasta en esto han sabido adelantarse, pero cabe preguntar quién les enseñó a construir naves así. ¿A la costa de Ahnavalt, ignota para nosotros, llegan otras razas?*

*¿Hay otros hombres grises más allá del Mar de Istal? Dicen que esos barcos son mucho más largos y esbeltos que los de nuestra antigua flota, de tres palos largos, enormes velas y un mástil corto en la popa de vela triangular. Las de mayor calado pueden abrigar a doscientos hombres y las menores a más de cien. Es sus cubiertas han sabido montar bombardas como las que abrieron boquete en los muros de nuestra ciudad, pero de otro tipo, más pequeñas, de cañón corto, como las denominan en Nueva Vamurta. Los arqueros contaron hasta siete en estribor y otras tantas en babor, en los barcos de mayor velamen. Desconozco qué puede significar, pero el Mar de los Anónimos podría pasar a ser territorio murriano…*

*Dejo las lamentaciones. Los que quedaron, muchos de los que quedaron en Vamurta, siguen vivos y en sus casas. Quizás puedan seguir adorando a Onar.*

*De nuestros hombres, puedo deciros que todos se encuentran encuadrados en la milicia o en la administración de las colonias y que ninguno de ellos ha sufrido daño alguno. Bien al contrario de lo que supusimos. Debo reconocer que el Consejo de los Veintiuno ha sabido obrar con prudencia en este asunto.*

*De Nueva Vamurta llegan también noticias inquietantes. La milicia ha reprimido por dos veces a sus gentes, en dos revueltas del pan. Hambre, mi amigo, hambre. Si hay hambre en verano qué sucederá cuando el viento del noroeste azote estas tierras. Muertos tendidos sobre las calles de Nueva Vamurta por un mendrugo de pan. ¿Os lo podéis imaginar? La carne es hoy un bien escaso y los hombres del Consejo no atienden a las súplicas de sus ciudadanos. Tienen demasiados intereses en los trigales, viñas, molinos y talleres de la ciudad. Cada vez que el pan vale unas monedas más, ellos son más ricos.*

*La gran señora que dio refugio al conde se ha dejado ver por Nueva Vamurta. Hacía mucho tiempo que no se acercaba a la ciudad, dicen los mercaderes que cubren la ruta de Nogrog con la capital. Se pasea altiva por los mercados, dicen los comerciantes de telas, y compra y regatea y se ríe de los mercaderes. Ha visitado a los consejeros y ha compartido cenas con los prohombres de la capital. También ha repartido grano entre los pobres y ha donado importantes sumas a los templos. Leandra está asumiendo un protagonismo que nunca quiso tener y las colonias son un murmullo sobre cuáles son sus intenciones. Su ejército, por número, bien podría tomar una de las pequeñas ciudades, como Nogrog.*

*No quiero llenaros de más preocupaciones. Desconozco dónde os encontráis y rezo a los antepasados para que os encontréis de vuelta, sano y salvo, lejos de las llanuras sufonas. Mi corazón se heló al leer vuestra carta. Nada me perturba más que esos seres y el filo de sus*

*espadas. Aunque nadie en nuestras tierras entiende qué pretenden sus poderosos dirigentes y menos aún, su gran señor y rey, desde esa jaula inexpugnable.*

*Nada me reconfortaría más que saber de vos.*

*Vuestro amigo, capitán Álvaro, intendente de la milicia en Nogrog.*

****

Los timoneles, Serlan y el murriano, intentaban guiarse por las estrellas y con los instrumentos, aunque tras haberse alejado tanto de sus rutas y sus referencias, sus cálculos resultaban algo inexactos.

La tripulación seguía muy nerviosa. El peligro aún estaba vivo en sus corazones, y la ropa mojada, el viento y el cansancio en cada uno de sus huesos provocaban que todos estuvieran irritables.

Navegaban a ciegas, flotando sobre el agua negra y helada. Frente a ellos, una larga pared se extendía a derecha e izquierda, un muro de tinieblas que rompían con los remos para descubrir otro muro de oscuridad. Se acercaba la medianoche o eso pensaban, y nadie, nadie, había probado bocado. Sus estómagos rugían furiosos, aunque todos sabían que las provisiones se habían perdido o estaban empapadas. Se repartió aguardiente de patatas, fuerte y muy oloroso, para tranquilizar el ansia de los remeros.

Eran los hombres rojos los más enfadados. Desde la popa llegaban sus constantes quejas y rebuznos. La tripulación estaba apiñada, espalda contra espalda, brazo sobre brazo del otro. Cualquier movimiento molestaba al vecino y la corpulencia de los rojos incomodaba a todos. El esfuerzo de los que remaban era doble, por todo el peso que soportaba la barcaza, y los relevos se hacían cada poco rato entre insultos y peleas.

Cerca de la extenuación y rotos por aquella jornada infausta, los tripulantes divisaron unas luces en el horizonte. Parecía un pequeño milagro. Las luces, sin duda, significaban civilización, gente, un lugar donde secarse y calentarse. Una colonia olvidada en medio de los lagos.

Se dirigieron hacia aquellos resplandores olvidando su agotamiento, sus músculos enfriados y casi agarrotados. Entre los de a bordo se generó una gran expectación. Podrían secar la comida reblandecida, quizás incluso podrían dormir un poco cerca de un fuego. Serlan ordenó a los hombres acercarse a la isla ballesta en mano y con las armas dispuestas. Debían saber, primero, quiénes eran. Podría tratarse de un destacamento de sufones o de vesclanos que se

hubieran atrevido a plantarse en uno de esos pedazos de tierra.

A medida que se iban acercando, comenzaron a discernir sombras y detalles alrededor de las luces que surgían de lo que parecía una de las islas grandes. Eran fuegos pequeños, dispuestos como si se celebrara una fiesta o una ceremonia. Estaba claro que no les importaba ser vistos a aquellos que habían iluminado de aquella forma la noche de los lagos.

Distinguieron figuras humanas, no eran sufones, y aquello tranquilizó a muchos. Alguien dijo que creía haber visto una mujer. La tripulación explotó, animada, y se olvidaron los roces y las puyas. Todos querían llegar cuanto antes. Los rojos habían dejado de quejarse de todo y remaban furiosos. Se escuchó el canto de una mujer cruzando la noche, a la que se añadieron nuevas voces. Los cantos, flotando sobre el lago, se filtraban en las almas de los tripulantes como una promesa de calidez.

Podían ver con claridad a los habitantes de aquella noche, apareciendo y desapareciendo sobre los reflejos de las fogatas. La barca cargada de hombres y vesclanos armados se acercaba a la orilla. En las cortas playas de la isla observaron un grupo de barcas subidas a tierra y ellos decidieron atracar en el mismo lugar. Al verlos llegar, una de las mujeres chilló, asustada al ver esa nave surgida de la nada llena de hombres sucios, con las lanzas y las ballestas a punto. El grito de alarma se había propagado por todo el istmo cuando consiguieron poner pie en tierra.

—Timonel, escoged dos hombres e id a hablar con ellos. Decidles que nada deben temer y que no causaremos daño alguno… Solo tenemos frío y hambre —mandó el capitán al viejo.

—Así lo haré, mi señor.

La mayor parte de la tripulación se reunió junto a los fuegos que les eran más próximos, que ardían cerca de la playa, para entrar en calor, mientras daban buenos tragos de las pieles que conservaban el aguardiente. Pronto, los hombres empezaron a especular, intrigados acerca de la naturaleza de aquellos que vivían o se habían reunido en aquel rincón remoto de la tierra de nadie.

Algunos decían que debían de ser exiliados de los pueblos del mar, otros creían que eran adoradores de los primeros dioses, mucho tiempo atrás olvidados. Los hombres de Serlan miraban hacia el centro de la isla, el punto en el que se habían agrupado aquellas criaturas, que poco a poco salían de sus improvisados escondites. Veían la silueta del viejo timonel con sus dos hombres, hablando con ellos. Al cabo de un rato, volvió acompañado por dos de los habitantes de la isla. Al acercarse, Serlan los pudo observar de cerca, sorprendido.

Aquellos humanos causaron estupor en todo el grupo, pues no eran mucho más altos que un hombre gris, aunque no tan corpulentos, de cuellos y rostros huesudos y gráciles. Pero lo más extraño era el color de su piel a la luz de las llamas, de un tono azul pálido, y su rostro, ovalado como un canto rodado. Se comunicaban con ellos, tímidos, en el idioma común de los hombres grises, aunque con un acento cerrado, y cuando por fin empezaron a reír, mostraron una hilera de dientes pequeños y muy puntiagudos.

—¿Por qué estáis aquí? —quiso saber el conde.

—Para celebrar las nupcias de dos de los nuestros —respondió uno de esos hombres azules con una pequeña mueca —. Hoy es una noche especial para nosotros.

Se disculparon varias veces por haberse asustado tanto. Cuando les preguntaban de dónde venían respondían invariablemente que siempre habían vivido en los grandes lagos. Nadie sabía qué pensar. Unos hombres con ese color de piel darían muchas tardes de conversación en las tabernas de cualquier ciudad. La inmensidad de aquella extensión de agua, los peligros de cruzarlas, ayudaba a corroborar la versión de aquellos seres.

Poco a poco los miembros de aquel grupo, llenos de curiosidad, se acercaban a mirar a los recién llegados. Los hombres de Serlan sonreían como criaturas al ver las bellas mujeres azules, ataviadas con vestidos de fiesta, que dejaban imaginar sus formas, y que en sus peinados habían utilizado flores para recoger sus cabellos.

Sara contemplaba todo aquello, estupefacta, por la actitud entre temerosa y tímida de los habitantes de la isla, a pesar de doblarlos o triplicarlos en número. Su extremo pudor, la modestia en sus miradas. Le extrañó que ningún niño correteara por ahí. No vio ni uno, pero quizás la liturgia de los esponsales lo impidiera.

Aparecieron algunos de esos llevándoles comida en cuencos. Había pato asado y pescados del lago bien condimentados con tomillo, ajo y pimienta traída del sur. Les ofrecieron un vino áspero que animó a muchos.

—¿Ya no cantáis? —preguntó uno de los hombres rojos mientras vaciaba un ánfora de vino.

Dos mujeres se atrevieron a cantar en una lengua desconocida, uno de los hombres azules sacó una cítara y otro un flautín de la oscuridad que se extendía al otro lado de la isla, y una tercera mujer, separándose del grupo, se acercó a uno de los fuegos donde la tripulación secaba sus ropas mojadas, para iniciar un baile como nadie había visto antes. Su cuerpo se contorsionaba, vibrante como las cuerdas de un laúd, acompasado con la escala de notas que arrancaban de los instrumentos. Los labios de Serlan dibujaron una sonrisa relajada. Había olvidado sus demonios y toda su atención se

centraba en esa mujer esbelta que, con elegancia innata, hacía subir y bajar sus caderas con una alegría desbordante. El capitán miraba a su alrededor y veía a sus hombres, incluidos los vesclanos, contentos.

La comida y la bebida les dieron calor.

—¡Venga! ¡Bailad y cantad! ¡Seguid! —exclamaban los navegantes.

Todos se iban trasladando al centro de la isla. Allí había buenos fuegos, comodidad tras tantas fatigas. La alegría empezaba a correr entre la impaciente tripulación que confraternizaba con aquellos hombres azules. Se repartió más comida y más vino, entre los vítores y las muestras de hermandad entre los dos grupos, tan desconocidos hasta el momento.

Los hombres de Serlan fueron disgregándose en la amplitud de la isla. En un rincón conversaban, en otro se bailaba o se cantaba. El antiguo conde paseaba contento, por fin, entre las fogatas. ¿Cómo podían existir lugares como ese, al que la culpa y la desilusión no habían llegado? Tomó una copa de madera que le ofrecieron. Aquello no era vino, era una especie de brebaje dulzón. Poco importaba, las charlas y una amistad espontánea crecían alrededor de las hogueras, entre gentes tan exquisitamente hospitalarias.

Una de las mujeres azules se acercó a él, cogiéndolo con suavidad por el antebrazo. Su piel era suave como el melocotón, joven, y sus enormes ojos almendrados le transmitían la súbita ternura de aquella noche de verano en la que las tempestades sufridas quedaban como un recuerdo desagradable y absurdo.

La mujer olía a violetas, a primavera, y mientras paseaban e iban charlando, acercaba su cuerpo al del conde, para que este lo pudiera percibir, tan suave como su voz.

—¿Sabéis que sois los primeros que nos visitan? Ni sabíamos que había otros como nosotros, aunque tengáis esta piel del color de un día encapotado —le dijo, mientras se reía con ligereza.

—Lo mismo podríamos decir nosotros. Sois toda una novedad…

—Una bonita sorpresa ¿verdad? ¿Te gusta nuestra comida?

—Sí, aunque vuestro vino no es el mejor —contestó con otra sonrisa educada, mirando a aquella mujer que casi parecía una aparición a la luz de las hogueras.

—¿Y nuestra música? ¿No os parece preciosa?

Serlan se preguntaba cómo podía ser que hablaran su lengua, con un deje más cerrado, pero su misma lengua. Hablaban, sonriéndose, mientras paseaban entre los fuegos cogidos del brazo. Cada vez que se paraban, ella le hacía alguna broma, rodeándolo con sus brazos delgados, acariciándole el pelo. Serlan ya no tenía penas, reía con ella. El pecho del conde era un brasero ardiente.

Sin casi darse cuenta, se habían dirigido hacia un lugar apartado,

lejos de la fiesta, y se habían quedado bajo un grupo de abedules. En aquel momento, la contempló, y esa mujer le pareció un ser hecho con la piedra de los astros, algo soñado, distinto a lo que existe sobre la tierra.

—Ni los hijos de los dioses tienen un destino tan propicio — Aquella sentencia del conde hizo reír de verdad a la mujer azul. Al reírse, sus ojos se transformaron, y sus pequeños dientes afilados brillaron bajo la luz fría de una luna expectante. Aquella risa aún resonaba en los oídos de Serlan, que quedó helado. Había algo en aquel reír que, brevemente, había borrado su alegría.

Sara se sentía mal. No le hacía ninguna gracia toda esa convivencia, esa fraternidad repentina. Serlan había desaparecido junto con una de esas mujeres y sus hombres parecían no darle importancia. En nada, habían pasado de ser un grupo de cazadores perdidos, perdidos pero armados, a ser una panda de necios embriagados por tanta lujuria.

Uno de los hombres azules se le había acercado. Un joven sonriente, muy educado, que se esforzaba en hacer que se sintiera bien. Le quería enseñar un colgante que, decía, era reservado para las mujeres más bonitas, para mujeres especiales. No le había hecho caso, asustada como estaba, y al final el joven se había retirado para servir más vino al resto de la tripulación.

Todo el mundo parecía muy animado, casi se diría que liberados. Con la mirada buscó al murriano y no lo vio. Preocupada por su maestro y protector, volvió a la barca esquivando los corrillos que se habían formado por todo el centro de la isla. Allí, junto a la embarcación, se sentiría más segura y lejos de las miradas de los azules. Quizás allí encontraría al murriano. Dejó las fogatas atrás y penetró en la oscuridad. Por primera vez durante aquella noche, agradeció el aire fresco, que templó su cara. Los ecos de aquella bacanal se iban perdiendo, podía pensar con claridad.

Lo que estaba sucediendo no tenía sentido alguno. Nadie se tomaba tantas molestias para recibir a unos desconocidos y menos a unos desconocidos como ellos, mojados y hediondos, que bien parecían una cuadrilla de ladrones. La cabeza de Sara no paraba de dar vueltas, espoleada por el miedo. Sentía que todo su cuerpo se alarmaba pero era incapaz de concretar un porqué.

Llegó al fuego que ardía junto a la barcaza y no vio a nadie. Se estremeció. ¿A quién podría contar sus temores? Giró la cabeza hacia el interior de la isla, en la que se vislumbraban las siluetas de unos y otros sin poder diferenciar quién era quién.

—Sara. Ven hacia aquí. Acércate.

Era la voz sinuosa del murriano, que llegaba desde la protección de un grupo de chopos. Sara se acercó a la voz. Protegidos de las miradas de otros, encontró al murriano y a los tres vesclanos de la tripulación. No podía verles las caras, casi los adivinaba. Juzgaba su estado por el tono susurrante y preocupado de sus voces. Hablaban en un tono bajo, temeroso que alguien los pudiera oír. Sara les explicó qué había visto, cómo todo aquello la hacía temblar.

—No lo entiendo. En esta tierra de bestias salvajes, encontramos una fiesta, y una fiesta con mujeres hermosas. Y esos pierden la cabeza. No lo entiendo… —repetía el murriano.

—No han tardado mucho en acercarse. Un susto muy breve —añadía uno de los vesclanos—. Y son bastantes más que nosotros. Tampoco sabemos qué hay en las zonas oscuras de la isla. Nosotros tres nos quedamos aquí, protegiendo la barca y las armas.

Sara los escuchaba un tanto sorprendida. Estaba claro que el reclamo del calor de los fuegos, la comida y los cantos de aquellas mujeres azules no les habían causado efecto alguno.

Por fin encontraba a alguien con la cabeza fría. Cualquiera de los hombres grises o rojos que reían y bebían entre aquellos seres extraños, la hubiera echado de su lado. La hubieran mirado con la expresión que más odiaba, la que indicaba que era una criatura que no entendía sobre los asuntos de los mayores, que sobraba, que molestaba. Todos menos Serlan. ¿Dónde se habría metido? El viento movía las llamas de los fuegos proyectando sombras movedizas sobre la hierba limpia de la isla.

—Busquemos a nuestro capitán, Serlan. Él no es ningún idiota. Nos escuchará —dijo Sara dirigiéndose al murriano.

—No, idiota no. Un hombre con posibilidades. Pero, a veces, parece un hombre enloquecido, como hoy —contestó el murriano—. Busquémoslo.

Serlan se había apartado un poco de su anfitriona. La miró, y le pareció ver un ser frío, una diosa dispuesta a aplastarlo como a una hormiga, que acabara con su vida tras divertirse con él. La mujer azul advirtió aquel cambio de actitud y esbozó una sonrisa humilde.

—Quiero que estés pendiente de mí, te lo ruego —dijo la mujer, estirando los brazos hacia él—. Solo pendiente de mí. Esta noche me aburro y te he conocido a ti, un extranjero poderoso. ¿Tú mandas sobre estos hombres, verdad?

—Sí, cómo…

—Un jefe como tú merece un trato distinguido. ¿Sabes que soy la mejor de las bailarinas del convite? Mira, mira… mis contorsiones son las de una serpiente.

Mientras decía aquellas palabras, la mujer azul se iba acercando al conde, que sentía cómo la magia de ese baile silencioso lo atrapaba y lo envolvía, aturdiendo todos sus sentidos.

La mujer dejó caer su vestido, haciendo mover su cuerpo desnudo y delgado en las penumbras. Con las manos dibujó signos en el aire y pronunció palabras que Serlan no entendió. Sus ojos seguían los signos como lo haría un niño embaucado, signos que quedaban suspendidos y se desvanecían.

La mujer lo abrazó y le bajó el cuello de su camisola. Notó su lengua caliente dibujando caminos sobre su pecho. Lo iba desnudando, le aflojó el cinturón y su espada cayó al suelo, le desabrochó los calzones y besó su entrepierna con delicadeza. Lamió su boca, su lengua, su cuello. La mujer azul lanzó su cabeza hacia atrás y en ese instante el conde la miró, hipnotizado. Vio su hilera de dientes afilados a punto de morder su cuello. De un tremendo golpe de rodilla, la tumbó en el suelo y le tapó la boca. No sabía demasiado bien por qué había hecho eso.

Con el brazo libre se subió los calzones. El rodillazo en el vientre la había dejado sin respiración. ¿Por qué lo quería morder? ¿Qué era todo eso? ¿Y si la había golpeado fruto de un momento de locura? Quizás hubiera cometido una terrible afrenta a esos pacíficos hombres azules.

—Serlan, señor. —La voz de Sara le pareció la de un ángel. Se tumbó y la vio junto al murriano.

—Inmovilizadla. Que no grite —ordenó el murriano, usando un tono duro.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Los ojos de un murriano pueden ver más allá de la noche, capitán.

Serlan les explicó qué había pasado, qué era lo que había sentido, por qué la había golpeado. Sus sospechas y cómo aquella mujer casi había anulado todo su sentido del peligro. Los tres coincidieron. Tenían que largarse de ahí como fuera y lo más rápido que pudieran. ¿Cómo decírselo a los hombres? Miraron hacia los fuegos del centro. ¿Cómo avisarlos si la tripulación estaba medio ebria? ¿Cómo no levantar las sospechas de los azules? En aquel momento, el antiguo conde recordó su huida de Vamurta. Aquel viejo, Mallorts, que había encontrado por casualidad, lo había advertido. Un temblor recorrió el espinazo del hijo de Ermesenda. Todo coincidía, pero todavía no se atrevía a creerlo.

—Tenemos el cuerno, el que hacemos sonar cuando la niebla separa las barcazas —propuso Sara.

—Sí, el cuerno. Pero lo oirán todos. Da igual. Vayámoslo a buscar y desembarquemos las armas. ¡Pronto!

Dejaron a la mujer azul sobre la hierba, sin sentido, y atada de pies y manos. Oían cómo la celebración continuaba mientras se dirigían a la barcaza. Aparecieron los novios, surgidos de las zonas oscuras, cubiertos con anchas túnicas rojas, con los rostros escondidos bajo capuchas también de color sangre. Caminaban solemnemente, cada uno seguido por una hilera de testigos encapuchados. Los invitados, que los esperaban, los recibieron con un silencio repentino. Luego, los hombres azules sacaron otros flautines y tambores, y fueron a reunirse con los otros músicos.

Hombres grises y rojos habían dejado de beber y comer, mirando estupefactos a su alrededor. Los dos prometidos se situaron uno enfrente del otro, alzaron los brazos y enlazaron sus manos. Fue la señal para los músicos, que emitieron una ráfaga de notas cortantes, estridentes, como si anunciaran alguna desgracia. Otro grupo de hombres y mujeres azules formaron un círculo a su alrededor, rodeando también a los extranjeros. La música sonaba y sonaba cortante. La tribu de los azules empezó a bailar moviendo los brazos al igual que giran las aspas de un molino.

Estaban a punto de llegar a la barca cuando escucharon las primeras notas. El murriano quedó fuera de combate, parecía como si un rayo lo hubiera atravesado. Sara y Serlan, a pesar de la oscuridad, pudieron ver cómo su cara se desfiguraba, las órbitas de sus ojos se dilataban y sus manos se crispaban hasta no ser más que dos garfios de carne. Se desplomó, temblando de pies a cabeza, agarrado a sí mismo.

—¿Lo han envenenado? —preguntó Sara.

—No, no lo creo —dijo uno de los vesclanos, mirándolo de cerca —. Parece un ataque.

Se arrodillaron a su lado. El murriano, tumbado en el suelo, sufría convulsiones, completamente trastocado. Por primera vez en su vida, Serlan sintió piedad por un murriano, su enemigo.

Por la cabeza del conde pasó una espiral de recuerdos que se sucedieron a gran velocidad. Aquel murriano que había detestado, menospreciado, siempre le había sido fiel a su manera, un compañero silencioso, sí, que podía parecer altivo, pero también capaz de salvarle la vida a él y a cualquiera de la tripulación. Odiado por ser murriano. ¿Solo era eso? Y por el miedo, por pertenecer a una raza de la que poco se sabía, miedo a lo que no se conoce, molesto para los demás por ser como era.

Y ahora parecía a punto de morir. Sara lo cogió por el cuello y acarició su frente ancha, desnuda, le pasó la mano por sus largos cabellos delgados, lacios y enredados, que crecían escondiendo sus pequeñas astas.

—¿Por qué sufres? ¿Qué es lo que te está pasando? —le

preguntaba. Serlan, a su lado, lo cogió por la mano, intentando darle un punto al que agarrarse. Pensó que era un estúpido que no sabía apreciar lo que el destino le ofrecía. Pocos compañeros de viaje encontraría como el murriano, en aquel momento lo necesitaba, aquella noche necesitaba su vista penetrante, su coraje.

—La música, aquella música —balbuceaba entre dientes.

—¿Qué tiene esa música? —preguntaba Sara con suavidad, como si estuviera hablando con un niño.

—Mi colonia murriana, pequeño, era un crío —decía alargando cada sílaba.

Hablar parecía tranquilizarlo, como si el pronunciar palabras lo devolviera un poco al mundo. Sus convulsiones empezaron a disminuir, y el agarrotamiento de sus facciones se suavizó.

—Explícanos, cuéntanos —suplicaba Serlan, mientras a la vez vigilaba la casi oscuridad que los rodeaba.

El murriano enlazó sus manos, retorciéndolas con fuerza.

—Vivía con los míos en la colonia de comercio, en el río… Esta melodía, esta canción —repetía entre sollozos, como si no estuviera allí, con su tripulación.

Al mismo tiempo, en la fiesta, la música de los hombres azules se desencadenó. Flautines, laúdes, cítaras y voces estridentes retumbaban con furia por toda la isla, a la vez que los bailarines hacían girar sus cuerpos en el aire y gritaban al cielo.

—Nos mataron a todos. A mis hermanos, a toda la colonia… Nos salvamos dos. Nos escondimos en el fondo de un silo, debajo del trigo. —Lloraba como un crío. El llanto rompió el encantamiento que lo había paralizado, dejó de temblar y se incorporó con esfuerzo, hasta quedar sentado sobre la hierba con los brazos caídos. Miró a su alrededor, parecía avergonzado. La mirada del murriano se transformó en un instante, de repente era la mirada cargada de tensión de alguien que descubre estar en un gran peligro. Los cogió a ambos por el brazo.

—¡Corramos a las barcas! ¡Las armas! ¡Nuestros hombres! —Se levantó de un bote. Los miró, se llevó sus manos al cuello—. Nos devoraron a todos, ¡a todos! ¡Son llais, llais! ¡Es la misma música!

Llegaron resoplando hasta las barcas y explicaron con brevedad a los vesclanos cuál era la situación. Se cercioraron que no eran vigilados y desembarcaron las armas y las repartieron. El murriano les advirtió que les quedaba muy poco tiempo, cuando acabara la danza… La estrategia era muy sencilla. Todos se acercarían en silencio a los fuegos donde se encontraban sus compañeros, amparados por la noche. Una vez allí harían sonar el cuerno que les servía para agrupar las barcazas en la niebla. Todos conocían su sonido. Los hombres de la tripulación intentarían llegar hasta ellos. Eran conscientes que no podían entrar en un cuerpo a cuerpo, en el que no tendrían ninguna

oportunidad, pues creían que los que acompañaban a los novios, debajo de las capas rojas, llevaban armas.

De lejos les llegaban las melodías como un anuncio de muerte, el viento corría entre las hojas de los árboles levantando un susurro que los ataba a la vida.

—Si se nos acercan demasiado, corremos a las barcas, ¡Huimos! —advirtió el murriano.

—¿Y los hombres? —inquirió Serlan, sorprendido.

—Muertos no podremos ayudar a nadie —contestó con un lamento dibujado en el rostro—. No los conoces. Son como serpientes, si logran alcanzar nuestros cuellos estaremos perdidos, ¡perdidos! Abandonaremos a los hombres si se nos acercan demasiado.

Miraron al murriano con expresión de horror, sobre todo los vesclanos, sin acabar de asumir las consecuencias de sus palabras. Abandonar a la tripulación si la situación se hacía insostenible.

—La oscuridad está de nuestra parte. No sabrán que somos tan pocos… Y no nos esperan —concluyó.

Fue acabar la frase y abrir los pliegues de un paquete que el murriano había desembarcado. Ante la sorpresa de todos, sacó dos espadas murrianas que brillaron bajo la luna, dos armas largas, de poco peso, ligeramente curvadas en su punta, espadas de oficial. Enseguida captaron la incongruencia, hablaba de evitar el cuerpo a cuerpo y se colgaba a la espalda aquellas dos magníficas espadas, pensadas para segar en corto. Acto seguido, cargó con una ballesta pequeña y un carcaj de saetas a la cintura.

—Para animar la boda —les dijo con una sonrisa extraña. Todos intuyeron un cambio en el murriano, algo en él empezaba a resplandecer.

A pesar del miedo, la primera en reaccionar fue Sara. Sin pronunciar palabra, se ajustó en los brazos las correas para cuatro puñales cortos, se ajustó un cinturón del que colgaba un cuchillo largo y levantó su ballesta del suelo. Los demás se armaron deprisa. Los vesclanos optaron por arcos y jabalinas, que fijaron a su espalda. Uno de ellos recogió otras armas para los hombres que pudieran llegar hasta ellos. Serlan optó por una espada de acero pesada y una ballesta capaz de tumbar a un sufón.

Se movían nerviosos entre la maleza acariciada por la brisa del lago, procurando ser lo más sigilosos posible. Se adentraron entre los árboles, siguiendo un bosquecillo de robles que se alargaba hasta morir a escasa distancia de los fuegos, alrededor de los cuales los llais enloquecían bailando y tocando. Los miembros de la procesión nupcial se habían desplegado, formando un segundo círculo en torno a los que

bailaban. Serlan pensó que la música los favorecía, absorbiendo y mitigando el tintinear de sus aceros. Pero aquella música del infierno también les crispaba los nervios y acrecentaba su propio pánico. Desde donde se encontraban, empezaban a vislumbrar los rostros de sus hombres, agitados por un total desconcierto.

Miraban a su alrededor, buscando una salida, sin atreverse a actuar, intentando saber por qué percibían una amenaza que giraba, bailando, cerca de ellos, cada vez más próxima. Los gritos y las notas disonantes parecían aturdirlos, frenarlos, no podían pensar.

Los vesclanos hacían castañear sus dientes, también asustados. Movían sus colas, nerviosos, y sus orejas puntiagudas se mantenían muy levantadas. Sara cerraba la marcha, moviéndose a derecha e izquierda, intentando descubrir enemigos emboscados.

El murriano, delante, parecía capitanearlos, moviéndose como un gato. Se paró y se giró hacia ellos.

—Los ballesteros disparamos a los del círculo exterior, los que visten túnica y capucha. Seguro que llevan una coraza debajo. Los vesclanos lanzad a los que bailan. Antes de empezar, capitán, haced sonar el cuerno, ¡qué retumbe! Será nuestra señal.

Se acercaron un poco más, hasta poder ver toda la escena con claridad. Los bailarines, los músicos a un lado, los encapuchados rodeándolos a todos, los cazadores de sircads buscando cómo romper aquel doble círculo. Rápidamente, la situación de los suyos empeoró, los que no aguantaban se tapaban los oídos, incapaces de soportar tanta estridencia, el viejo timonel tenía en la mano un tronco en llamas para defenderse. Debía haber setenta u ochenta llais cuando ellos apenas eran treinta.

Antes que llegaran hasta los últimos robles, la música cesó de golpe. Un silencio afilado había congelado el movimiento de todos. Los llais miraban, impacientes, su nuevo rebaño, tocados por la luz anaranjada y roja de los fuegos que les confería un aspecto terrible, irreal. Serlan vio las expresiones ansiosas de aquellas criaturas, cómo empezaban a reír mostrando sus caninos afilados, cómo deseaban esa carne nueva. A un mismo tiempo, los llais gritaron como posesos y se lanzaron contra el grupo de hombres. Los bailarines con las manos desnudas, los del segundo círculo levantando sus túnicas para desenvainar.

—¡Corred! —gritó el conde. El corazón le latía con fuerza, le parecía que se dirigían hacia una derrota segura, que corrían hacia un suicidio al que arrastraba a Sara. Poco importaba, ya estaban llegando a los últimos árboles que les servirían de escudo, poco importaba, su vida no se parecía en nada a la que debería ser. Delante de ellos tenían su destino: chillidos, cuchilladas, hombres suplicando a los dioses, un tumulto de sangre.

Los llais saltaron sobre la tripulación, que se defendía a puñetazos y con teas encendidas. Del centro de la pelea, salió disparado un llai con la boca ensangrentada, riendo, excitado por el gusto agridulce de la sangre de un hombre. Acababa de morder y ya volvía a sumergirse en el combate. Una mujer azul salía de aquel corro con un trozo de carne en su boca, caliente, que lamía.

Por encima del grupo vieron elevarse un chorro de sangre, y en el suelo, los primeros charcos rojos. El conde se llevó el cuerno a los labios, y antes de soplar, miró a su alrededor. Los seis estaban en posición. Cogió aire y sopló con rabia, como si haciendo sonar aquel instrumento pudiera barrer a todos sus enemigos.

El cuerno agitó la noche e hizo vibrar el aire y los tímpanos de los que estaban más cerca, que no entendían qué era esa llamada. Sara tiró de la llave de su ballesta y disparó su saeta, que zumbó como un moscardón. Un llai cayó fulminado. Los demás la imitaron y descargaron sus armas.

Los vesclanos cargaron los arcos y lanzaron con furia, las colas levantadas dos palmos sobre el suelo por tanto odio y tanta tensión. El desconcierto entre los llais anuló unos instantes su condición de depredadores, y descuidaron sus presas.

Dos enormes hombres rojos rompieron el círculo, empujando, a manotazos, llegando hasta los de Serlan a la carrera. Uno de los vesclanos los frenó para que no siguieran corriendo y le dio una lanza a cada uno. El más joven de los rojos, uno muy barbudo, empezó a sollozar, pero aun así se mantuvo firme y no huyó.

Los llais asumieron la nueva situación, y los que llevaban coraza y armas se giraron hacia ellos, formando una línea para repeler a los intrusos y aislar a sus presas. Los seis cazadores de sircads continuaron lanzando sobre los llais, Serlan acertó en el hombro de un enemigo con tal fuerza que el impacto lo lanzó hacia atrás. Uno de los hombres grises, desesperado, intentó pasar entre los llais, pero fue derribado con un tajo en el cráneo, haciendo evidente que la formación de los hombres azules taponaba cualquier intento de escapar.

—¡Escuchadme! Disparad sobre el grupo de la derecha. Vosotros dos —dijo a los dos hombres rojos—, a mi señal, cargaremos contra ellos.

Sara, temblorosa, frenética, armó y disparó la ballesta sin cesar, viendo cómo los dardos empezaban a caer sobre los llais del flanco derecho, diezmándolos, momento en que Serlan y los dos hombres rojos saltaron sobre la fila de defensores por aquel punto. El conde blandió su espada a dos manos, sin preocuparse por cubrir su flanco, absorto en un cuerpo a cuerpo para abrir una salida a los que pudieran deshacerse de los llais, que los acosaban para devorarlos.

Rota la línea de llais por la derecha, Serlan pudo observar con

claridad el desastre. Los que aún estaban vivos, luchaban con desesperación contra la multitud que se les lanzaba al cuello. Muchos de sus hombres yacían en el suelo, caídos, algunos seguían respirando mientras los llais les arrancaban trozos de carne a mordiscos. Los que se mantenían en pie, con heridas y cortes profundos, se defendían con los puños y a cabezazos, pero las mujeres azules eran extraordinariamente rápidas, más listas. Esperaban que uno de los hombres grises descargara un golpe para, al volver el cuerpo atrás, saltar sobre ellos por un lado o por la espalda. El viejo timonel yacía sobre la hierba desangrado, los ojos abiertos, con expresión de horror en su rostro amarillento. Un llai le estaba arrancando el músculo del brazo, rasgando con sus dientes puntiagudos su carne.

—¡A mí, todos a mí! —exclamó el conde, a la vez que esquivaba una estocada. Sus hombres lo vieron al tiempo que frenaba un ataque con su espada y respondía con un tajo circular, a la altura del abdomen de un enemigo, que quedó doblado, sujetándose los intestinos.

Los llais que iban armados estaban a punto de cerrar la brecha.

—¡A mí! ¡Por vuestras vidas! —Los cazadores de sircads reaccionaron y se precipitaron hacia él y los dos rojos. Al hacerlo, dos fueron cazados y muertos al instante.

Más de diez hombres llegaron hasta los robles, desarmados, perdidos en su terror y en la confusión de aquella noche de lucha. Dos de ellos no vieron llegar las espadas de los llais, y fueron acuchillados por la espalda. Los supervivientes corrieron hasta el grupo que los esperaba en los árboles, mientras Serlan y los dos hombres rojos les cubrían la retirada.

—Atrás —gritó Serlan a los dos hombres rojos, que se habían demorado, sosteniendo su posición ante los ataques de sus perseguidores. Demasiado tarde, los habían rodeado y separado de los suyos.

El olor a sangre llenaba sus pulmones, empalagosa. Pensó, en aquel instante, entre golpe y golpe de espada, en su pasado y el futuro que había de llegar. Nuevos días luminosos y alguien a su lado para querer y enseñar. Y a cada nuevo pensamiento, nuevas fuerzas surgían de su corazón, haciéndole olvidar su agotamiento, su cuerpo viejo.

Veía caras azules que le atacaban, más caras azules a su alrededor, horrendas, prestas para descuartizarlo a mordiscos. Los dos hombres rojos eran colosales en el combate cercano, sino ya estarían muertos. Manejaban las lanzas como si fueran palos de juguete, blandiéndolas en el aire con suma rapidez, siendo capaces de hacer retroceder a tres adversarios si se lanzaban hacia delante. Uno de ellos, llevaba una punta de lanza clavada bajo la clavícula, y aun así seguía gesticulando e insultando ferozmente a todos, moviendo sus

largas trenzas con gesto amenazador. Pero estaban perdidos, el círculo se estrechaba sobre los tres.

Un llai intentó saltar sobre el cuello de Serlan y este pudo evitarlo golpeándolo con la empuñadura de su espada. Le agarraron por la espalda y perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Oía su fuerte respiración, su corazón a punto de abrirse paso a través de su pecho. Estaba vivo, ¡vivo!, no quería morir, no allí. Se levantó de nuevo a la vez que su espada, desde abajo, abría el vientre de un enemigo.

Hubo un pequeño tumulto entre los llais que los acorralaban y de entre ellos, abriéndose paso a tajos, apareció el murriano haciendo girar sus dos espadas como molinetes. Gritaba como un poseso palabras que nadie entendía, abriendo un espacio precioso entre las filas de los azules. Sus bigotes tensados, la cara ensangrentada, el gesto atroz que lo desfiguraba hasta hacerlo parecer un espectro surgido de las entrañas de aquel lago maldito.

Serlan no se lo pensó dos veces y se lanzó por aquel pasillo abierto por el murriano, seguido por los dos hombres rojos. Corrieron los cuatro, el murriano el último, hacia los suyos, que mantenían su posición tras los árboles. La línea de los llais se abalanzó sobre todos ellos, decididos a acabar el combate de una vez. Sara tumbó a dos lanzándoles sus cuchillos casi a bocajarro.

—¡A la barca! —gritó el murriano, consciente que su situación era insostenible, mientras corría hacia ellos perseguido por toda la hueste de carnívoros. A la carrera nadie podía alcanzarlo. El murriano saltó hasta el bosque cuando todos ya habían iniciado la huída hacia la playa.

Durante aquella persecución, cruzando la oscuridad de la isla, nadie se paró para lanzar sus dardos. Todos corrían como gacelas asustadas. Al llegar a la orilla, habían tomado una buena ventaja. Embarcaron con suma rapidez, escrutando la isla. Sara y los tres vesclanos fueron los únicos que no agarraron un remo, para lanzar saetas y jabalinas contra las sombras de los llais, que llegaban compactadas, surgiendo entre los árboles.

Remaron y remaron sin pensar en nada más, y cuando hacía mucho tiempo que únicamente se oía el sonido de los remos entrando y saliendo del agua, tomaron un respiro.

Se miraron los unos a los otros bajo la luz de una media luna. Bebieron abundante agua y se percataron de que estaban a salvo. Serlan observó cómo la expresión de Sara pasaba del alivio a la pena. La chica se levantó y cruzó la barca hasta llegar al hombre rojo herido, con la lanza rota bajo su clavícula. Le palpó la cara, fría y rígida, y le estiró los dedos, uno a uno, soltándolos del remo. Aquellos dedos parecían petrificados sobre la madera.

—Está muerto —dijo. El penúltimo de los hombres rojos de la

tripulación se había desangrado, sin decir nada, mientras remaba. El último de los rojos se acercó a su compañero, mientras la barcaza oscilaba en las aguas en calma, para abrazarlo. Le dio un beso en la frente, y luego tiró del medallón que el muerto llevaba al cuello.

Era el momento de escoger un rincón donde pasar la noche. Desembarcaron en el primer islote con playa que encontraron y a nadie se le pasó por la cabeza encender una hoguera. Enterraron al hombre rojo. Mordisquearon las últimas provisiones, pan mojado y carne putrefacta. A la mañana siguiente intentarían pescar.

Se agruparon cerca de la barca, y tras asignar las guardias, los hombres durmieron, agotados, evitando pensar en los acontecimientos de aquella jornada que muchos querían olvidar.

# 29
# La duda

Al despuntar el día la luz baja dibujaba largas listas doradas sobre las aguas mansas del lago. El cielo era limpio y claro, y Serlan, al despertarse, se sintió algo más reconfortado. La última guardia la había hecho el murriano y Sara, que estaban de pie junto a la orilla, contemplando el majestuoso silencio del amanecer. El conde se acercó a ellos.

—Una nueva mañana, una vida nueva —dijo, mirando el reflejo del sol sobre las aguas—. Esta mañana es toda tuya, murriano. Te debo la vida.

—Una vida no es nada si no hay un camino —contestó el murriano con una sonrisa triste—. Hace algún tiempo que, aquí, comienzo a descifrar un dibujo, y hasta creo haber trazado algunas líneas. Os sigo necesitando a los dos y no entiendo demasiado bien por qué. Así que los tres nos debemos alguna cosa.

—Lo que yo entiendo es que deberíamos dejar esta vida en los lagos. Demasiado peligrosa me parece —añadió Sara—. Y no nos conduce a nada.

—Sí, puede ser. Volver entre los hombres grises —asintió Serlan, callando un momento—. Miedo, sentí mucho miedo en aquella isla. Morir por unas monedas teñidas de sangre de hombres y sircads.

—¿Miedo? ¿No me recordáis en el suelo, temblando, capitán? —respondió el murriano, tirando su cabellera hacia atrás—. El miedo siempre nos acompaña.

Ensimismados, contemplaban el horizonte. Serlan pensó que ni siquiera sabía el nombre de aquel que se había jugado su vida por él.

—¿Cuál es tu nombre, murriano?

La pregunta cogió por sorpresa al segundo de la tripulación, pero al fin sonrió y contestó:

—Aldier.

—¿Aldier? ¿Ese es vuestro nombre? —respondió el conde, y los tres empezaron a reírse —. Tenéis nombre de trovador, no de alguien que maneja la espada y corta cabezas de llais.

—Hemos sobrevivido… —dijo el murriano, dejando de reír—. Quizás seamos los únicos que han salido con vida de entre sus garras.

Un grupo de patos cruzó el cielo, dirigiéndose hacia el sur. El aire del noreste hacía bailar las copas de los árboles de la isla que tenían enfrente.

—Se acaba el buen tiempo. Lo que denomináis otoño no tardará en asolar estas tierras —indicó el murriano.

—Sí. Odio el frío del norte. Echo de menos mi ciudad, tan cálida… —dijo Sara con la mirada perdida en el cielo luminoso, a la vez que el murriano la examinaba con extrañeza, como si acabara de descifrar un acertijo.

El resto de la tripulación empezaba a moverse y, adormilados, unos buscaban entre las cajas restos de comida, y otros se limpiaban las heridas y los mordiscos. Pronto embarcaron y, guiados por el sol, pusieron rumbo a la Ciudad de los Lagos.

Ninguno de los supervivientes mencionó el encuentro con esos seres azules. Una mezcla de sentimientos los coaccionaba, pues la culpa por no haber percibido el peligro latente, el saber que habían permitido que los embrujaran, el azar de haber sobrevivido ellos y no cualquiera de sus compañeros fallecidos, su vergüenza… Si alguien abría la boca mientras remaban para volver a sus hogares, era para decir que faltaba poco para llegar. Algunos de los miembros de la tripulación hacía años que vivían en la ciudad, en la que tenían esposa e hijos. Era la obsesión de los hombres tras tantos desastres, volver a casa, abrazarse con los suyos, comer caliente y luego cerrar los ojos en sus camas, y no volver a pensar en sircads, ni helvums, ni hombres azules.

Al mediodía el sol los consoló con el calor de sus rayos. Tomaron un descanso para beber y pescar algo desde una estrecha porción de tierra firme. Estando lejos del centro de los lagos, se atrevieron a encender fuegos para cocinar las carpas que arrancaron del fondo de las aguas.

Siguieron navegando, pensando en el momento y en nada más, tras haber estado a punto de perder la vida de una manera tan horrible. A media tarde empezaron a reconocer el entorno, aquella isla con una pequeña elevación en la que los vesclanos incineraban a sus muertos, la isla toro, la punta de los Sards, hacia poniente… El murriano se alzó de repente, señalando el horizonte con su índice.

—¡Humo! ¡Columnas de humo!

Todos alzaron la cabeza para mirar. A medida que el sol se ponía y acortaban distancias, la evidencia de uno o varios incendios, crecía. Cerca de la Isla de los Almendros, pudieron distinguir las siluetas de las casas altas y la línea continua de la muralla que cerraba la península. Diversos fuegos y columnas de humo se elevaban hacia un cielo rojo.

La incertidumbre se apoderó de los últimos cazadores de sircads y los hombres empezaron a preguntarse sobre el origen de los incendios. Un fuego fortuito que se había propagado, una revuelta, o aún peor, casas quemadas por una invasión, por un ataque desde el exterior. Nadie se ponía de acuerdo.

Serlan ordenó atracar en la playa norte de la Isla de los

Almendros, lejos de miradas inoportunas. La promesa de un descanso y del calor de un hogar se había desvanecido entre los agotados tripulantes.

En aquel momento, todos recordaron a los suyos, temiendo lo peor. Un temor creciente se reflejaba en la mirada de cada uno de los hombres de Serlan. Sara sufría por la suerte de Eszul, otros por sus familias. El antiguo conde dudaba entre desembarcar en la ciudad o esperar un poco más, hasta la caída de la noche. Habían muerto muchos, hacía falta reflexionar.

—Capitán, mis hijos están allí —dijo uno de los hombres grises—, en la ciudad.

Serlan se giró para ver quién le hablaba y se encontró con todos sus hombres frente a él, sucios, tensos, esperando respuestas.

—La lente, Lemas, tráela —pidió el conde.

Casi corrieron para llegar a la orilla sur, y poder otear su ciudad, sorteando almendros y abedules que cubrían el centro de la isla. El conde ordenó a los hombres esperar entre los árboles, y él, tumbado sobre el suelo y reptando con los codos, alcanzó la orilla opuesta.

A través de la lente se fijó en que las llamas surgían de determinados barrios, mientras que en las zonas controladas por los sufones, no se observaba ningún tipo de incendio ni rastro de destrucción. «Una guerra entre los Señores de la Ciudad», concluyó el conde tras observar, también, lo que parecían hombres combatiendo cerca de los muelles, ahí donde los territorios de Icet, el vesclano, y Asch, el sufón, coincidían. «Pobre Cortenuova —pensó—, este es su final». No cabía duda, uno de los Señores había decidido tomar el control de toda la ciudad.

Volvió reptando hasta los árboles, hasta sus hombres, que lo esperaban ansiosos.

—No es una invasión… Uno de los Señores está atacando a los otros. El barrio de los sufones parece no haber sufrido daño alguno, las llamas no lo han alcanzado, y he visto lucha en los muelles.

—Debemos llegar, señor, ¡ir hacia la orilla! —dijo uno de los remeros, excitado—. Debemos luchar…

—¿Luchar? ¿Cuántos somos? —contestó Serlan, irritado por aquella insubordinación.

—Todos tenemos a alguien, debemos acudir —contestó otro.

Aquello empezaba a parecerse a un motín, y el conde, en un gesto instintivo se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Si nos acercamos a la ciudad en barca, estaremos todos muertos o heridos antes de alcanzar la orilla. Una nube de flechas cubrirá nuestras cabezas, un blanco fácil, señores, una barcaza avanzando lentamente hacia el muelle. El sueño de cualquier arquero —contestó Serlan, cada vez más violentado.

Los nervios estaban a flor de piel cuando se hizo evidente que el conde no tenía intención de correr para entrar en la ciudad. Las protestas fueron en aumento, y algunos hombres insinuaban que irían a la ciudad por la fuerza, si era necesario. Estaban todos exhaustos, olían a pescado y a orines, sus estómagos rugían con desespero y cada uno de ellos iba armado, lo que hacía aquella situación más peligrosa.

—Debemos esperar —concluyó Serlan.

El griterío fue en aumento, los marinos dieron un paso adelante y se encararon con él. Uno lo empujó y lo amenazó con dejarlo en la isla, amordazado.

—¡Sois una atajo de imbéciles! —exclamó el conde, dando un paso atrás—. Nos acribillarán a todos.

El murriano y Sara se habían apartado a un lado, ballesta en mano.

—¡Silencio! —rugió Aldier, con su voz aguda—. Aguardad, hermanos.

Todos se giraron hacia él, sin decir nada, atentos a las palabras del murriano.

—Serlan, ¿acaso no sois nuestro capitán? Son muchas las partidas de caza que hemos compartido, y muchos los días y los trabajos hasta llegar aquí. ¿Acaso no hemos sobrevivido al Alma Blanca, donde jamás deberíamos haber estado, y acaso muchos no hemos salido vivos del encuentro con los llais? Vuestra destreza ha llenado nuestras bolsas, y vuestro corazón nos ha hecho luchar contra nuestros miedos… Sois el único capaz de salvar a las familias de los nuestros —afirmó con una gran emoción en la voz—. Mucho os debemos, pero, ¡sois nuestro capitán! Os debemos lealtad como vos nos la debéis a nosotros.

Todos aprobaron aquellas palabras con gestos de asentimiento, aguardando, con el aliento cortado, la respuesta del conde.

Serlan los miró uno a uno, pensativo. Tenía razón el murriano, él era el capitán y debía escuchar a sus hombres, y velar por ellos. Les dio la espalda, y se acercó a la orilla del lago, allí delante se veía un mundo hermoso, las aguas tranquilas brillaban en el ocaso, el cielo rojo y violeta, explosionaba en su atardecer y parecía querer engullir la línea del horizonte con el peso de su belleza. Lejos de allí, en las colonias, en Vamurta, en los territorios de sufones y vesclanos, y muchos más que desconocía, la tierra seguía girando una y otra vez, casi podía oír su música, el ruido de miles de cadenas y voces de ángeles.

Frente a él ardía el futuro, incandescente. Volvió con su tripulación.

—Soy vuestro capitán —masculló—. Volveremos a la ciudad, cuando el sol haya descendido, no antes.

En los ojos de todos, atentos, brotó el fulgor de la esperanza, la voluntad de lucha.

—Tú, Aldier, escoge a dos hombres, los más rápidos. Cuando desembarquemos, rodearás la ciudad a la carrera y encenderéis cuantas casas del barrio de los sufones como podáis. Quiero sus fuerzas divididas y desconcertadas… Tú, —llamó a uno de los grises—, y tú, y tú, Ventura, tomaréis la puerta de la muralla y nos esperaréis ahí, prestos a cubrir nuestras cabezas. Los demás iréis conmigo. Sacaréis a vuestras mujeres e hijos de sus casas y los reuniremos frente a la puerta, aún no la habrán tomado. Cargad con todo el alimento que os sea posible, agua también.

»El Señor de los Vesclanos resistirá parte de la noche. También avisaremos al resto de los hombres de Cortenuova que podamos reunir.

El grupo de cazadores pareció palpitar, exaltado por las palabras de su capitán.

—Sara, irás a nuestra cabaña a sacar a Eszul —dijo, casi escupiendo las órdenes—. Desembarcaremos cerca de la muralla, lo más lejos posible de los combates. ¡A qué esperáis! Y una vez nos reunamos todos, partiremos, lejos de aquí, a salvo de tanta codicia… ¿Conocéis a alguien que haya vuelto del Alma Blanca? Cuando seáis viejos, lo contaréis en las tabernas y quizás nadie os crea. ¿Creéis que unos sufones podrán cambiar el rumbo de nuestros destinos? ¡La noche está próxima! ¡Afilad vuestros cuchillos!

# SEGUNDO LIBRO DE VAMURTA



## Dragón Rojo

# Cuarta Parte

# Las ciudades Libres

# 30
## Llegada la Noche

Una media luna se asomó sobre el horizonte, lamiendo las aguas oscuras del lago. Aún quedaba suficiente luz para que los cazadores de sircads acabaran de revisar las armas. Tras su odisea en el Alma Blanca, tras lograr escapar de las garras de los Llais, el descanso en la Isla de los Almendros había sido algo parecido a una bendición.

—Lemas, esa ballesta mojada. No la olvidéis —señaló el antiguo conde.

—Señor, los parapetos de la barcaza están casi listos —dijo uno de los remeros.

Serlan De Enroc había ordenado que se fortificara la proa, dejando libre el gran arpón, inútil pero con poder intimidatorio. Maderos, sacos y escudos se amontonaban alrededor del casco formando una suerte de barricada. El capitán seguía preocupado por los arqueros que pudieran descubrirlos desde la orilla donde debían desembarcar.

—Ruego a los dioses no me ensarten como a un pollo —exclamó Lemas, mirando la orilla contraria.

—Si te apresan esos sufones —dijo el hombre rojo—, ten por seguro que te asarán. Pero antes te afeitarán la cabellera, esa que tienes llena de piojos.

—Si alguna vez debo salvar tu culo peludo, amigo, asegúrate de ir limpio —replicó el hombre gris—. Porque ahora me parece a mí que apestas un poco.

El hombre rojo desenvainó una daga, pero antes de que pudiera encararse, dos vesclanos se interpusieron, lanza en mano.

—¿Te crees gracioso, verdad? —dijo el hombretón—. Que tus insultos quedarán sin respuesta. Vas a saber ahora lo que es un afeitado.

—¡Basta! —ordenó un joven vesclano—. ¿Os parece que no hay nada que hacer?

Los hombres de Cortenuova seguían atareados en la ribera de la isla, la opuesta a la Ciudad de los Lagos, tensando arcos y ballestas, afilando puntas de lanza y filos de espada, hambrientos y nerviosos. El anochecer hacía más visibles los incendios en el barrio de los vesclanos, cercano a los muelles, donde ardían varios edificios. El

antiguo conde había ordenado descender de la barcaza a buena distancia de la muralla que protegía la ciudad por tierra, con la esperanza de pasar desapercibidos. Consciente de la inferioridad numérica, su intención no era enfrentarse al pequeño ejército de Asch, señor sufón de la ciudad, sino penetrar en el burgo, sacar a las familias de los remeros y huir con todo el oro y los víveres que pudieran reunir. Que la hueste de Icet, el vesclano, todavía resistiera en los muelles, ofrecía una ventaja que, a buen seguro, a la mañana siguiente habría desaparecido. Aunque durante el rescate pudieran sumárseles otros hombres de su señor Cortenuova, reforzándolos, Serlan había repetido hasta la saciedad la orden de no iniciar enfrentamiento alguno. La rapidez y el sigilo serían sus únicas armas.

—Sara. ¿Recuerdas qué debes hacer? —preguntó el conde.

—Sacar a Eszul de nuestra cabaña y volver a la muralla para reunirnos con los nuestros.

—Y nada más —contestó Serlan—. Abre bien los ojos, antes de acercarte a la puerta de la ciudad. La podríamos perder y que sus defensores fueran los sufones de Asch. Si fuera así, esconderos en los bosques. Huid.

Sara asintió, inquieta. Todo se decidiría antes de que la luna alcanzara su cenit entre las estrellas que resplandecían en el firmamento.

De pie, al lado de la joven, Aldier esperaba. Sobre los ropajes de lana ocre se había abrochado un peto de cuero salpicado de tachuelas que le caía holgado, pues pertenecía a uno de los fallecidos, de mayor corpulencia, en aquella isla poblada de seres azules. Sus dos largas espadas murrianas se cruzaban sobre su espalda alta, listas para hacer oír su voz cortante. El conde lo observaba. Su calma transmitía seguridad a la tripulación, rezumaba un sosiego que ayudaba a los que estaban cerca. El murriano se dirigió al capitán, sus ojos rasgados eran dos rendijas brillantes.

—¿Habéis considerado a los hombres de Icet?

—¿Qué quieres decir, Aldier? He considerado salir de allí cuanto antes, una vez los remeros hayan podido agrupar a los suyos y unas pocas provisiones, también.

—Algunas de las casas de los Tres Señores de la Ciudad están unas junto a las otras. Una vez dentro, nos toparemos con las huestes del señor de los vesclanos. ¿Qué vamos a hacer?

El murriano tenía razón. La ciudad se dividía por barrios controlados por un clan u otro, pero eran frecuentes las calles mixtas, incluso la convivencia de afines a uno u otro señor en un mismo edificio. Además, en el barrio donde parecían tener lugar los combates, cerca de los desembarcaderos, los de Cortenuova tenían parte de sus seres queridos.

—No lo sé —contestó el conde—. Bien, si lo sé. Improvisar. No son nuestros enemigos, ¡ninguno de los dos bandos!, aunque si nos atacan, responderemos.

—Me refería, señor, a si los vesclanos nos piden auxilio —contestó Aldier con su voz susurrante.

El conde negó con la cabeza, en un gesto de impotencia.

—No habrá tiempo —concluyó—. No podemos peinar todas las calles para echar una mano a los que no son de los nuestros. Y no solo eso, cuanto más tiempo resistan, más lejos habremos llegado cuando empiecen a buscarnos.

Serlan le dio la espalda y se dirigió hacia el resto de la tripulación, un manojo de sombras que se movía sobre las piedras de la playa. Hombres y vesclanos cubiertos de ropajes dispares y cotas de muchas procedencias, un grupo de irregulares muy distinto a las disciplinadas falanges de Vamurta. Las sombras se agruparon frente a la barcaza, dispuestas. Cada remero esgrimía algún tipo de cuchillo o espada, algunos sujetaban lanzas cortas y, por orden de Serlan, todos cargaban ballesta o arco. Armas no faltaban.

Se acercó a una figura negra, enorme.

—¡Onar! Si contáramos con otros de tu raza…

—Capitán, sé que soy el último de los hombres rojos de Cortenuova, ¡a vuestras órdenes! Y olvidad cualquier temor, lucharé como cinco de los míos hasta poder sacar de ese agujero inmundo a los pocos de los nuestros que puedan quedar.

No distinguía bien los rostros de la tripulación, formada ante él. La noche era casi absoluta, aunque la luz helada de una luna creciente dibujara la silueta de las cosas. Lemas, alto y nervudo, se adelantó.

—Capitán, estamos listos.

—Recordad el santo y seña, todo lo que hemos planeado, hasta el último de los pormenores, aunque os parezca una simpleza.

—Señor —sonó una voz en las filas—. ¿Saldremos de ésta, verdad?

—Si los dioses lo disponen. Y si cada uno de nosotros hace lo que debe, como un solo hombre. Si una vez dentro empezáis a correr para salvar a vuestras familias, la Ciudad de los Lagos será nuestra tumba —contestó Serlan.

En un extremo de la fila, algo apartados, los tres vesclanos parecían menos ansiosos. Su condición de mercenarios solitarios los hacía no depender de nada ni de nadie. Aunque algo lentos, el antiguo conde confiaba en ellos si llegaban a combatir. Con la lanza, pocos eran capaces de igualarlos. Bajo armaduras ligeras dormía la potencia de su musculatura. Apenas vislumbraba el brillo de sus crestas cartilaginosas bajo los tenues rayos lunares.

—Son muchos los de mi pueblo obedeciendo al noble Icet —dijo Lateas, el más viejo de los tres.

«Más exigencias —pensó Serlan—, siempre les queda algo por pedir».

—Nos ocuparemos de los nuestros. Los vesclanos de Icet jamás nos han ayudado. Pero no abandonaremos a aquellos que quieran seguirnos. Es todo lo que os puedo prometer.

Los vesclanos guardaron silencio. La brisa removía los tallos de las cañas del lago y las hojas de los abedules y almendros, silbando, para acallarse poco después.

—¿No tenéis miedo, capitán? —preguntó un vesclano.

—¿Miedo? En menos de un día deberíamos haber muerto dos veces. Golpearemos y luego escaparemos. Rezad para que el amanecer nos descubra lejos de esta pocilga.

Alzó un poco la voz, para que todos lo pudieran oír.

—Los ojos del murriano nos guiarán sobre las aguas. Él empuñará el arpón. Lemas, tú al timón. Los demás, ¡a los remos! ¡Qué los dioses nos protejan! ¡En marcha!

Sara notó la frialdad de las aguas en las pantorrillas. Suerte que el otoño y sus primeras nieves no habían llegado, aunque el frío había comenzado a esparcirse con las últimas noches del verano. Los cazadores de sircads entraban en el lago alzando los brazos para no mojar las ballestas, subiendo a la barcaza por estribor. Una vez estuvieron todos arriba, la nave panzuda empezó a virar lentamente hacia el sur.

Sin perder de vista la ribera oeste de la isla, la más poblada de almendros, se deslizaron hacia las aguas abiertas que los separaban de la ciudad.

—¡Hacéis más ruido que un jabalí herido! ¡Qué los remos no salgan del agua! —gruñó el murriano.

La barcaza besaba las aguas con suavidad, rasgándolas con cuidado. Los remeros intentaban no chapotear, aunque así la navegación se hacía más lenta. Sara, junto al timonel, sostenía su ballesta sobre las rodillas, contemplando el resplandor rojo de los incendios. Aquel fulgor les permitía orientarse sin dificultad hacia el istmo que unía la urbe con la tierra firme. A medida que se acercaban les llegaban con mayor claridad ecos de los combates aislados. «Un poco más. Si aguantan hasta el amanecer estaremos casi salvados», razonó Sara. La tensión antes del desembarco agarrotaba el cuerpo de la joven, a pesar de que su misión era sencilla. Sacar a Eszul de la cabaña que compartía con el conde y reunirse con el resto en la puerta. Aún así, los nervios la nublaban, parecían devorarle las entrañas. Intentaba recordar todo lo que había aprendido con Serlan

en los bosques, frente a la cabaña, ejercitándose con la espada, incluso en la villa de Leandra. E intentaba pensar qué había hecho mal durante el ataque de los Llais.

—Huele a madera quemada…Y a carne chamuscada —murmuró a su lado Lemas.

—¿Es tu primer combate? —le preguntó Sara.

—¿Primer? Esto no será una batalla, esto es una insensatez —respondió.

Sara se aferró a la fusta de su arma y luego palpó la empuñadura de la espada que colgaba a su izquierda, como si eso pudiera salvarla de todo. Vieron la silueta de la muralla y, delante, las penumbras de los arrabales. Todo estaba en calma allí, en los suburbios de la Ciudad de los Lagos. Las escaramuzas entre los señores de la ciudad iban apaciguándose en la quietud de la noche y no eran más que encontronazos. La nave besó la orilla y los hombres de Cortenuova, con el conde al frente, saltaron para arrastrar el bote hacia el interior.

Sara temblaba, no sabía si por miedo o por volver a tener las piernas dentro del lago. Agachados, se agruparon en tierra.

—Aldier, Sahagún y Daneu, rodead la ciudad por el sur. Recordad ser cautelosos. Causad cuantos incendios os sea posible sin arriesgar vuestros bonitos pellejos. Y recordad que no debéis ser vistos.

—Sí, capitán —respondieron a la vez.

—Iar, Ventura, Largaz. Una vez hayamos tomado la puerta, permaneced allí arriba con las saetas listas hasta que nos veáis llegar. Todos los hombres, mujeres y niños que podamos sacar los reuniremos en la salida, así que recibiréis refuerzos.

—El resto, conmigo. Buscaremos a los nuestros y a Cortenuova. En grupos de cuatro —ordenó Serlan De Enroc—. Sara, tienes que encontrar a la mujer roja. ¡Vamos! ¡Onar nos proteja!

El grupo se encaminó con mucho sigilo hacia las viviendas bajas que se habían ido construyendo alrededor del camino de acceso a la Ciudad de los Lagos para, después, intentar tomar la puerta.

Sara se quedó atrás, sola. Medio agachada, fue en dirección contraria al grupo, siguiendo la orilla del lago para llegar hasta su casa, donde la debía esperar Eszul. Las leves pisadas de los suyos se fueron perdiendo en la negrura, haciendo más agudo el silencio que la envolvía. Al fin vislumbró las paredes oscuras del hogar en aquellas tierras norteñas. Cuando estuvo cerca, vio luz entre las ranuras de una ventana. El fuego estaba encendido. Eszul aguardaba o estaba cenando con el cuerpo bien caliente. Dio un paso más y se plantó frente a la puerta. Prudente, con los dedos rozó el tensor de su ballesta, que apuntaba al suelo.

Entró lentamente y al hacerlo percibió la agradable calidez que

desprendía la chimenea. Al lado de la lumbre, dos sufones sorbían vino, sentados en el suelo. Al verla, estos se sorprendieron tanto como ella y en sus ojillos asomó el desconcierto.

—¡Quietos! —gritó, con voz asustada, Sara.

Los sufones estaban a poco más de cuatro cuerpos de ella. Se fijó que sobre las cotas de malla vestían una casulla roja. Ambos empezaron a separar las manos del cuerpo, pero antes de que Sara pudiera reaccionar, se incorporaron de un salto, asiendo las lanzas.

Ni tan siquiera había apuntado el arma, ni fue consciente de haber soltado la saeta, cuando uno de los sufones cayó hacia atrás, con un proyectil ensartado en el abdomen. El otro había tenido tiempo de agarrar el venablo y cruzar el comedor con la intención de herirla. Sara le lanzó la ballesta y saltó a un lado, tropezando con la mesa, y derrumbándose sobre una banqueta. El sufón aulló, levantó de nuevo la lanza. Eszul, aparecida de la nada, lo golpeó con una gruesa vara de madera, empujándolo hacia la cocina.

—Sara, ¡vuelve a cargar! —masculló la mujer roja.

El guerrero de Asch se revolvió y golpeó al aire con la base de su lanza, fintó y abordó a Eszul con la punta. La mujer perdió terreno, pero logró frenarlo haciendo girar dos veces el bastón en el aire. Harto de aquella situación, el sufón arrojó el arma contra el cuerpo de la mujer roja, fallando por muy poco. Desenvainó, y con dos ataques encadenados partió el palo de Eszul.

—¡Sara!

El mercenario desvió ligeramente su cabeza, pendiente de algo. La joven gris sostenía su ballesta, firme, a sus espaldas. El guardia de Asch lanzó la espada al suelo.

—¿Qué hacemos con este, y de dónde sales tú? —preguntó Sara.

—Estaba escondida sobre la viga del comedor. Nadie se fijó en el techo cuando registraron la casa. Llegaron otros dos, que no parecía que se fueran a marchar nunca —contestó, resoplando, la mujer roja.

—¿Hablas nuestra lengua? ¿Nos entiendes? —preguntó Sara al soldado.

Un quejido seco fue su respuesta. Las miró con la frialdad propia de aquella raza, amenazante. El desprecio que mostraba parecía indicar que vivir o morir no le importara en absoluto.

—Regístralo, Eszul. Luego lo amordazaremos —Sara estaba tan nerviosa que hasta había olvidado el rango nobiliario de la mujer roja, a quién no debía dar órdenes directas. Así que dudó.

—¿No es mejor…? Bien. Lo atamos y lo escondemos.

Hasta sus oídos les llegó el crujir de las óseo-placas de aquel ser, que parecía estremecerse. Sara dio un paso hacia delante, creyendo que sería mejor encargarse de esa tarea, evitándosela a Eszul.

—¡No dejes de apuntarlo, Sara!

—¡Ya lo hago! Átalo tú, entonces.

El sufón miró la ballesta con expresión torva, veía su oportunidad. Eszul resolvió la situación golpeando la nunca del soldado con un jarrón, que milagrosamente se mantenía en su sitio sobre la mesa. Sara observó que la mujer roja era tremendamente rápida.

—Ya tienes espada, Eszul. Dos espadas, no te quejarás —dijo Sara, mientras ataba las manos y los pies del sufón, desplomado sobre el tosco pavimento.

—Prefiero estas lanzas, se parecen a las que usábamos en mi clan. Además, estos insectos elaboran aceros demasiado pesados, con las empuñaduras muy gruesas, para esos garfios asquerosos que tienen en lugar de manos —contestó con una mueca.

Entretanto, los hombres de Cortenuova desembarcados se adentraban en los suburbios de la Ciudad de los Lagos. Pegados a las fachadas de las barracas de barro y piedra, se movían como felinos al acecho, avanzando en zigzag por calles solitarias. En muy poco tiempo se plantaron cerca del portalón de la ciudad, que estaba cerrado. Serlan hizo una breve seña y uno de los vesclanos se asomó a una esquina para intentar ver qué les esperaba encima de la barbacana.

—Dos grises y un hombre rojo. Los tres, con arco —murmuró el vesclano, cuyos ojos habían adquirido un resplandor rojizo—. Mercenarios.

—¿Seguro que son soldados de Asch?

—Llevan algo rojo sobre las cotas, o eso me ha parecido, señor —contestó con voz gutural el vesclano—. Una especie de túnica, para reconocerse unos a otros.

Serlan asintió. Debía pensar algo rápido. No podrían escalar con la cuerda que llevaban consigo atada al ancla de la barcaza. Demasiado ruidoso. Y si esos daban la alarma, las puertas del infierno se abrirían de par en par para el grupo de asalto.

—¿Hacia dónde miran esos vigías?

—Están muy pendientes de lo que sucede murallas adentro. Los tenemos casi de espaldas. Por el momento, señor.

No fue capaz de pensar en otra forma de tomar la entrada. Los remeros se dividieron en tres grupos para abatir a los guardias. Se arrastraron hasta esconderse detrás de la última barraca, antes de quedar al descubierto frente a la entrada de la ciudad. La luna había vuelto a emerger y su luz clara debía ser una mano tendida por los dioses. Sentados detrás de la última casa, tensaron arcos y ballestas. Lemas se fijó en un manto de nubes que se acercaba desde el oeste. Se lo señaló a su capitán sin decir palabra alguna. El conde, de cuclillas,

agarrando su ballesta con una sola mano, dio la orden. Los remeros se incorporaron a la vez, saliendo de su escondite.

Las saetas zumbaron sobre la muralla. Tres alcanzaron al hombre rojo y dos a uno de los grises, pero solo una hirió al tercer vigía, que se desplomó detrás del parapeto del muro, vivo todavía.

—¡El Ancla! —ordenó el capitán— ¡Ese bastardo no para de gimotear!

Todos respondieron con movimientos rápidos. Les iba la vida, también la de otros. Corrieron, cruzando la zona de nadie, cargados de armas y escudos. Alcanzaron el pie de la muralla que se alzaba cinco cuerpos por encima de sus cabezas, fría y lisa.

—Que lance el ancla Dort —sugirió alguien.

El último hombre rojo agarró con sus manazas la cuerda. Encontró el extremo y lo sostuvo para hacer rodar el hierro en el aire hasta que, aprovechando el impulso, lo hizo volar por encima de las almenas.

—Somos afortunados. Se ha enganchado —dijo, satisfecho.

El conde se abalanzó sobre el cabo colgante, pero los vesclanos se interpusieron.

—No hay mejor escalador que uno de los nuestros, capitán.

No pudo más que asentir y apremiarlos, permitiendo que uno de ellos ocupara su lugar. Se oían la agonía ahogada del herido, su triste lamento que los delataba. Uno tras otro, los vesclanos treparon con enorme seguridad la pared, usando sus pies de lagarto para dar impulso a la ascensión. Una vez estuvieron arriba, volvió a reinar el silencio. Serlan recordó cuán fácil era abatir a un ser vivo desde la distancia, con arco o ballesta, y lo insoportable que podía resultar hacerlo usando un cuchillo.

Pronto escucharon el crujir de las hojas de la gran puerta y saltaron al interior de la ciudad. Frente a ellos se abría un bosque de sombras, el trazado opaco de las calles y los volúmenes negros de distintas alturas de las casas, que se confundían hasta formar una sola silueta irregular recortada en la noche clara. Tras el fragor de los primeros combates en aquel burgo, todos los habitantes habían atrancado puertas y ventanas y apagado velas y lumbres.

—¿Nos esperaban más tarde, verdad, capitán? —preguntó Largaz, antes de encaramarse sobre las almenas.

—Sí. Nuestras partidas de caza suelen durar varios días. Perseguir a ese gran sircad hasta el Alma Blanca nos hizo volver antes de lo previsto. Pero ahora, los vivos…

Siguiendo el plan del conde, se dividieron de nuevo, tres hombres con arco se agazaparon sobre el adarve, otros reunirían a cuántos de los suyos fuera posible y un último grupo, con el antiguo conde al

frente, buscaría y sacaría de su palacete a Cortenuova y a todos los que pudieran. Serlan se llevó a dos de los vesclanos, al hombre rojo, y al mejor ballestero que tenían, Lemas. Con gran cautela, comunicándose con breves gestos, se adentraron en el barrio oeste, que se extendía hacia el sur de la urbe, oliendo el perfume que flotaba en la noche, en toda la ciudad. Miedo.

El único rastro del paso de los hombres de Asch fue el descubrir dos cuerpos tendidos sobre el suelo arcilloso de la calle, dos bultos anónimos que no supieron reconocer. Parecía que con el fin del día los combates habían cesado casi por completo, pues apenas oían alguna voz lejana proveniente del barrio norte. Al fin, tras doblar un callejón, vieron el pequeño palacio de su señor. Brillaba un resplandor rojizo en su interior, tenue, que les permitió entrever a distancia la puerta de acceso a la noble casa, que estaba abierta de par en par. Se aproximaron temiendo encontrar enemigos emboscados.

Aún en la calle percibieron un fuerte hedor acre, a metal chamuscado. Bajo el arco de la entrada encontraron dos sirvientes acuchillados. Sus nervios se crisparon más por el constante chirrido de un postigo movido por la brisa. «Atentos a las esquinas y a lo que escondan las puertas», susurró Serlan. Cruzaron el umbral, empuñando las espadas. La armería era un amasijo de metales resquebrajados y lanzas partidas, amontonadas en el centro de la sala. Allí, quienes hubieran asaltado la casa, habían dejado los cuerpos inertes de tres guardias, que el conde conocía. Alguien había intentado prender fuego a todo aquello pero su hoguera se había consumido, incapaz de devorar los aceros. Siguieron por el corredor, donde los tapices, descolgados, habían sido rasgados y los arcones reventados, hasta llegar al gran comedor. Allí, el fuego consumido de la chimenea, tan solo restos de brasas, emitían una luz baja.

«¡Cortenuova!», exclamó el conde. Suspendido sobre el suelo, colgado con gruesas cuerdas atadas a sus cuatro extremidades, el caballero oscilaba en el centro de la estancia. Por un largo corte que recorría su espalda el viejo se desangraba gota a gota. Un charco de sangre en el suelo de madera indicaba cuánto tiempo llevaba colgado, sufriendo la agonía del cerdo. Corrieron a desatarlo y con cuidado lo posaron sobre la mesa del salón, el único mueble que quedaba en su sitio.

—Señor, ¿qué os han hecho? ¿Ha sido Asch? —inquirió con angustia Serlan.

El anciano asintió con un leve movimiento de cabeza. Sus facciones parecían haberse contraído hasta dibujar gruesos trazos de dolor.

«Agua, un poco de agua». Cuando hubo bebido y mientras los hombres se afanaban en limpiar la herida, el señor de la ciudad dijo:

—No hay tiempo, corre la noche. Pero tú —señaló a Serlan—, debes conocer sus razones. Eres una esperanza.

Todos dejaron lo que hacían y prestaron atención. Cortenuova tomó aire y los miró uno a uno, con una leve sonrisa.

—Esta ciudad iba a ser próspera, rica. Los sufones la quieren para sí, tolerando a otros pueblos. Este será su bastión con la vista puesta en el sur y al gran mar. Aunque pronto ahogarán toda alegría. Una ciudad debe ser generosa para crecer y ellos no lo son. No lo saben, todavía, no se han dado cuenta. La otra razón son los pergaminos. Esa silla, la que está tumbada de lado. ¡Cuidado! No partáis las patas. Querían que les dijera dónde escondo los planos, esas larvas con cota de malla… No les he dicho nada. Nada. Desenroscad las patas, ¿lo veis? Tú, capitán, guárdalos bajo la camisola. Son valiosos. En uno de mis viajes llegué muy lejos. Fue un milagro volver, Onar marcaba mi ruta en la nada. Arcabuces sin mecha, está todo dibujado —Tosió y escupió sangre. Sus pulmones estaban anegados, los ojos eran dos piedras sin brillo. Agarró la mano del capitán—. La última razón eres tú, mi fiel y sorprendente acompañante. Siempre he disfrutado de olfato de zorro. Yo no les interesaba excepto por los planos. Alguien ha pagado mucho oro por tu cabeza. Querían saber cuando volvías, Serlan De Enroc, el último conde.

«¿Cómo, de dónde…?», se oyó en la sala.

Al hombre rojo se le escapó una risotada que al nacer se convirtió en un sonido parecido a un ladrido. Los vesclanos miraron de reojo al capitán y el remero gris abrió la boca, incapaz de volver a cerrarla.

—Vosotros. No digáis una sola palabra más sobre este asunto. Cortenuova, os sacaremos de aquí, os curaremos, no debéis esforzaros.

—Casi no puedo respirar. Cada exhalación es una angustia —respondió—. Buscad una vasija con grabados negros en el sótano. Oro. Dentro hay oro. —El hombre boqueó un momento—. Conde, hoy sí os veo como tal. Hay un regalo para vos, la piel de un viejo sircad. Buscadla cerca del oro, bajo la tarima. Os sentará bien, ya veréis… ¿Habéis llegado hasta el Alma Blanca?

Y diciendo esto su corazón dejó de latir. El viejo vesclano palpó su cuello, confirmando el fin de quien los había organizado, pagado y cuidado. Aquel hombre bien merecía un final según los ritos de Antigua Vamurta.

—Recoged el oro, armas, todo lo que podáis cargar y luego quemadlo todo, ¡todo!

—Pero, señor, los sufones verán las llamas.

—¡Al diablo con ellos! ¡Al diablo con todo!

Serlan se aproximó a la ancha mesa sobre la que yacía el cuerpo sin vida del que fue su señor. El cabello plateado relucía frente a los fuegos que propagaban los recién llegados por todos los rincones del

palacete. Se acercó y besó con dulzura la frente rugosa, a modo de despedida.

Sara y Eszul llegaron hasta el hueco negro, la entrada a la ciudad. Cuando creyeron distinguir a los suyos en las penumbras, dieron la contraseña. Al cruzar el dintel de piedra, hallaron un enorme desorden. Se advertía un pánico creciente, un murmullo triste y ahogado que se perdía por encima de las sombras, decenas, allí agolpadas. Sara se dio cuenta enseguida.

—¿Qué hacéis? ¡Por Onar! ¿No veis que si nos atacan nos avasallarán? —dijo.

Niños, algunos ancianos, mujeres sin armas y los hombres del clan de Cortenuova se apiñaban sin orden con sus fardos alrededor de la entrada. Los hombres que el conde había asignado para custodiar aquel punto, pendientes de los suyos, habían desatendido la defensa. Iar y Ventura abrazaban a su mujer e hijos, al igual que otros.

—¡Esto no es un mercado! Los que no portéis armas, arriba, a la muralla con los tres arqueros —ordenó, desesperada—. Niños, vosotras, todos, ¡vamos! Los que solo llevéis ballesta, a las almenas también y sobre esta escalinata, conmigo. Eszul, escoge a un puñado de entre los que lleven lanza para cerrar el paso de la escalera.

El resplandor súbito de un incendio llamó la atención de todos. No muy lejos de allí, las llamas consumían un edificio, devorándolo rápidamente. La noche se llenó de voces lejanas, provenientes del centro de la ciudad. Como si de un juego se tratara, en el barrio controlado por los sufones surgieron puntos de luz, algunos débiles, otros destellantes, danzando en la noche.

—El Palacio de Cortenuova arde —dijo Largaz, desde la altura.

—Y los nuestros empiezan a hacer su trabajo —añadió Ventura.

Aquellas primeras alarmas fueron en aumento hasta ser griterío. La ciudad parecía haber despertado de la tregua de la noche, avivada por la incursión del murriano y los dos grises.

—Los sufones y los mercenarios responderán. Van a peinar la ciudad, querrán saber qué sucede —afirmó Sara—. Silencio absoluto, vendrán hasta aquí, estoy segura. Silencio.

Como había predicho Sara, cerca del perímetro de la muralla distinguieron un resplandor metálico que inmediatamente desapareció. Un rápido golpeteo de sandalias y un inaudible tintineo de armas. Luego nada. Más noche. Sara calculó que se encontraban cerca, pero le era imposible saber cuántos eran. Pensó en Serlan y pensó que aquellos enemigos emboscados no sabían que iban a llegarles refuerzos. Hizo señas para que los suyos se contuvieran,

aunque supo que los habían descubierto cuando alguien entre los suyos tensó su ballesta, haciendo crujir la madera del arma. Por la avenida principal, bañada por la luna, se perfiló otro grupo nutrido que se dirigía a la puerta. «¿Cómo se habían organizado tan rápido?», pensó la chica. Y entonces, procedente de la avenida, les llegó el llanto de un pequeño. ¡Era el conde y su patrulla! No podían ser otros, llevando no combatientes. Los de Serlan seguían avanzando, ignorando que tras la esquina los mercenarios de Asch habían tomado posiciones. Fue en aquel momento cuando decidió arriesgar. Ayudada por uno de los remeros, encendió una de las antorchas tiradas sobre la escalera, escondiéndola detrás de un jubón y tal como había prendido, la lanzó con todas sus fuerzas hacia el origen de los ruidos.

La llama descubrió una hilera de piernas apretadas contra una casa, a unos pocos pasos de su posición. «¡Disparad!», gritó la joven. Al seco latigazo de las cuerdas destensadas le siguieron unos aullidos. La patrulla de mercenarios huía. El grupo de Serlan, que había quedado petrificado, emprendió una carrera hacia aquel punto, pero al llegar únicamente encontraron el cuerpo acribillado de un hombre gris de Asch y varias manchas de sangre.

—Habéis herido a más de uno —afirmó el conde, dirigiéndose a Sara—. Has conseguido sostenerte aquí.

—Pero, señor, ¿cuántos sois? —preguntaron desde la muralla.

—Hemos sacado de sus casas a las últimas familias y ahora somos doce empuñando armas, más los que estáis aquí. Aunque cargamos con más niños y algunos que no saben manejar la espada.

Los recién llegados se reencontraron con sus familiares. En sus arrullos se mezclaba el júbilo y el miedo. Hombres y mujeres empezaban a cargar con alforjas y pellejos de agua al pie de la puerta, listos para la marcha. Serlan contaba cuántos de los presentes manejaban armas; sumó cuarenta y siete.

—¿Y el murriano? —preguntó.

—Aún no ha vuelto y nada sabemos de su cuadrilla —contestó Eszul—. Y peor todavía. Ya saben que estamos aquí.

—Una gatita de mi pueblo, no puedo creerlo —dijo el hombre rojo—. Mi nombre es Dort, Dort Riala, del clan de los Álfatas, los que adoran el mar y viven en la costa. ¿De qué clan eres tú, mujercita?

—El gran hombre rojo habló —contestó Eszul—. Sé que los Álfatas os escabullís si los de las montañas venimos a veros, aunque sea para pediros un poco de sal. Y no soy de ningún clan, mi aldea es tan pequeña que no interesa a nadie y menos a ti.

—Vaya, a pesar de ser del tamaño de una osa tenéis la lengua rápida —replicó Dort Riala—. Aunque me parece a mi que habéis perdido vuestra guarida en las montañas. ¿Cómo os debo llamar, mujer sin casa?

Eszul tomó aire antes de responder a las provocaciones de aquel guerrero que sacaba dos cabezas a cualquiera de los presentes.

—Deja de hacer el papel de gran señor que todo lo sabe y que nos perdona. ¿No ves que nos va la vida?

—Ya está bien de presentaciones. ¿Falta alguien más, podemos partir? —inquirió Serlan.

Lateas, el viejo vesclano, se acercó al capitán. Los ojos de sapo parecían contener alguna luz, refulgiendo en la oscuridad.

—¿Podría hablar con vos, señor?

—Habla, y habla rápido.

—Los dos lo hemos oído, y hasta olido. Sus heces se pueden adivinar a mucha distancia. Aunque abandonáramos a esos niños y ancianos, ¿hasta dónde llegaríamos? —preguntó, gutural—. Conocéis bien la respuesta, señor.

# 31
## mercurio

Siguiendo el cauce de aquel río subterráneo, Dasteo se adentró en las profundidades sin saber lo que iba a encontrarse. Las paredes de la cueva interminable parecían barnizadas con agua negra. Una roca silenciosa que, como un inmenso gusano de piedra al que han vaciado las entrañas, se contorsionaba, trazaba giros y a veces se expandía creando cámaras de techos altos, propias de un templo en el que los hombres han escrito su ambición. Vestido con harapos que se adherían a su musculatura de cíclope, asustado, Dasteo exploraba la negrura cercana moviendo de lado a lado la antorcha. Temía un resbalón, la caída por un precipicio que se dibujara tarde en aquella noche eterna bajo tierra. Temía un final deshonroso. El río era su guía, su anclaje, pues era lo único que le permitía pensar que estaba en el buen camino. Aquel rumor continuo era una canción dulzona que le traía recuerdos. Sacudió la espada como si frente a él hubiera un contrincante. Tres golpes en el aire húmedo que empezaba a helar sus huesos. Un hombre, una tea y una espada contra el reino de los seres mercuriales, contra unos dioses sin corazón ni forma. El estruendo de su carcajada resonó, repetido en la cueva hasta desvanecerse en la nada.

Arriba, en la seguridad de lo conocido, los esclavos de Orcómeno esperaban nuevas. Los imaginaba acumulando barriles de pólvora en la entrada del pozo de la mina por donde había descendido. Dasteo, antes de bajar, había ordenado la voladura de la mina pasado un tiempo, aún a sabiendas de que sus palabras lo enterrarían a él y a Arisas en vida si no volvían pronto. Arisas, su joven amigo que todo lo cuestionaba con su sarcasmo afilado. ¿También se burlaría de él si llegaba a encontrarlo? El antiguo alférez del Batallón Sagrado de Vamurta se preguntaba por qué arriesgaba su vida por el muchacho. Era la amistad surgida del encierro, de las penosas vidas que habían compartido junto a Amalia desde que los murrianos los habían sojuzgado. Pero había algo más, una intuición. Estuvo a punto de reírse otra vez en la soledad de la caverna. ¿Por algo tan leve? ¿Por creer que el joven era distinto, que Onar le reservaba ser un desequilibrio para las inquebrantables fuerzas del enemigo? Lo que sí sabía era que no había vuelta atrás. Si moría bajo tierra le quedaría el consuelo de haber logrado la primera rebelión contra el invasor. Una lucha que había liberado a cientos de mujeres y hombres grises y que trastocaría durante bastante tiempo la manufactura de armas de fuego

del murriano. «Mi padre, esta vez, se sentiría orgulloso», musitó Dasteo. En la rudeza de las facciones del oficial afloró un atisbo de suave melancolía.

****

Amalia no podía esconder su nerviosismo. Le parecía que en cualquier cosa que hacía, las prisas la devoraban. Si ayudaba a sacar los víveres del almacén oculto de la mina de Uherské, se precipitaba en la tarea, si mandaba el acopio de agua, mantas y armas, creía dejarse algo. En el campamento se había desatado la locura. El motín de los mineros del mercurio era ahora una cacería anárquica por todos los recovecos de aquella ciudad medio enterrada entre las dunas y las rocas de la costa. Los hombres grises querían venganza. Los aullidos, que se repetían con menor frecuencia a medida que el tiempo pasaba, eran la señal para saber cuando una de las partidas de esclavos había encontrado a un murriano escondido. Ni la mar embravecida de ese caluroso final de verano acallaba los gritos. Amalia creía que había llegado el momento de organizar debidamente la huída de las casi dos mil almas encadenadas al mercurio. De Dasteo y Arisas no se sabía nada, como de Tzerso, a quien no había logrado encontrar. Pero allí arriba latían los corazones de muchos de los suyos y no había manera de saber si alguno de los murrianos había logrado huir para dar aviso a la nueva fortaleza de Orcómeno. Otra duda atroz la corroía. ¿Debían volar el pozo, tal como Dasteo les pidió? La mejor espada de ese Batallón Sagrado, la Falange Roja, vigilaba sus espaldas, observando con expresión inflexible la cacería. Federico, desde la loma donde estaban, le señaló a un grupo de grises que volvían del camino con su botín de prisioneros. Otra pequeña victoria, pero el tiempo corría inexorable.

—Mira esos, Amalia. Se abrazan como niños, se besan. La rebelión ha terminado.

—Federico, nunca termina. Hemos roto nuestras cadenas, estamos en posesión de una minúscula ciudad, pero, ¿a dónde vamos a ir?

—Lo ignoro. Antes de que la luna esté en cuarto menguante, tendremos a las centurias de Orcómeno encima. Toda resistencia es vana. Míranos, flacos, con pocas armas y pocos soldados de verdad.

Amalia guardó silencio. La brisa marina se deslizaba entre sus cabellos, le hacía cosquillas al erizar el vello de su piel. El aire bamboleaba su vestido roto, cincelando la curvatura de sus pechos. Arrastró las palmas de las manos por las mejillas chupadas.

—Federico, ¿habéis sabido algo de aquel que os mencioné, Tzerso?

—No. Nada, como de muchos otros. Los hombres han hallado una gran fosa en la otra playa… Ese será nuestro destino si no partimos pronto.

—Al sur, al sur. Siempre hacia el sur —musitó Amalia.

—Hay tres chalupas a vela ancladas cerca de la playa. Bien manejadas nos podrían llevar lejos.

—¿A cuántos podrían transportar las naves? No lo sé, Federico. Sería mejor viajar a pie, ocultándonos. No puedes esconder las velas blancas, ¿no te parece? Esas bestias tienen buques veloces, mejor sería descender por los caminos del interior.

Las risas de los esclavos se esparcían como una nueva promesa por Uherské. Los que aún arrastraban grilletes eran liberados por sus compañeros a golpes de martillo y escarpa. La cacería había llegado a su fin. Por doquier se veían hombres y mujeres celebrándolo, con el vino confiscado a sus antiguos señores. Amalia sintió una envidia súbita al ver que algunas parejas se escabullían para yacer lejos de la muchedumbre de liberados. Sentía la pesadumbre de la responsabilidad en sus espaldas quemadas por el sol.

—¿Y Dasteo? —preguntó Federico.

—Quedan hombres de brazos fuertes. Reúnelos y empezad a bajar los barriles de pólvora. Yo iré dando voces para dar orden a este jolgorio. Con el primer amanecer, partiremos.

****

El azul metálico de la corriente subterránea creaba un resplandor, una bruma plateada, a medida que Dasteo se desplazaba sobre el margen irregular del río. Del techo caían gruesas gotas que a veces lo sobresaltaban, como un aviso. Aquel sonido acuoso, que se repetía, acrecentaba su sensación de soledad. «Seguir, seguir como una golondrina que busca el sol», se decía para darse ánimos. A veces se sentaba sobre una roca, contemplando su reflejo sobre el mercurio que flotaba en el agua. Una figura plasmada con el rojo del fuego de la antorcha que iba consumiéndose en el silencio eterno de la caverna. Veía un monstruo sobre el cauce brillante, un ser atroz, alguien que tenía prohibido ciertas cosas. Luego se levantaba, arrepentido, y continuaba perforando la noche de aquella gigantesca gruta. Percibió que el camino descendía. Quizá fuera la señal de estar acercándose a algún lugar. Quería resolver todo aquello, de cualquier manera. Se preguntaba qué había sido de Arisas y de los esclavos y murrianos que formaban parte de la pequeña expedición que intentaba encontrar. Voces, gritos, los precedían.

Quiso cantar para sentirse algo más acompañado. Ni tan siquiera al moverse hacía ruido. Apenas susurró el fragmento de una canción

que ni tan siquiera sabía que recordaba. Una canción tan vieja como su raza, una melodía para alegrar las tardes de invierno que, en su boca, parecía un lamento. Esa divagación lírica lo llevó lejos, a su juventud en Vamurta, a aquellos tiempos en que el futuro se asemejaba a un valle en el que hallaría fuentes de las que nada sabía.

*«Padre removió con su bastón unos matojos al pie de una encina y, como otras veces, asomaron unos botones anaranjados, de ese color carnoso e imposible que solo pueden dar las arboledas. Recogió un buen manojo de níscalos, tierra y ocres. Los olisqueó, satisfecho. Aproveché el momento:*

*—Padre, he sido seleccionado.*

*—¿Elegido para qué?*

*—Para formar parte de la Falange Roja, padre. Serviré entre los Únicos.*

*Me miró brevemente y siguió monte arriba, con la mirada concentrada en ese suelo que guardaba toda la humedad del otoño. Un bajo bosque de maderos podridos y materia putrefacta de las que sobresalían como centellas láminas amarillas caídas de los brazos de los nogales. El viento removía su pelo largo y pobre, dándole un aspecto de viejo eremita perdido en su mundo de ideas vanas.*

*—Padre. Es un honor. El Batallón Sagrado de Vamurta. Es un orgullo. ¿Sabíais que fui el primero en jabalina y lucha?*

*—Esos brazos deberían servir para arar la tierra. Tu madre y yo somos ancianos. ¿Quién nos alimentará? Tú pretendes la gloria, el reconocimiento de los otros. ¿Y nuestro hogar? Será pasto del olvido, Dasteo.*

*Sabía que con la paga podía permitirme que dejaran de trabajar. Sabía que pretendía el amor de alguien más cercano. Y padre también lo sabía. Seguí a su lado, callado, removiendo los secretos de la fronda, arrancando setas que madre limpiaría y cocinaría. Toda una vida atado a la azada y su único hijo se marchaba a la gran ciudad. Pasamos la mañana monte arriba, sin decirnos más. Cuando, al cabo de dos días, partí, en la puerta del caserío me despidió mi madre, con una sonrisa apagada. Él se encontraba entre los viñedos, que nos daban una uva pequeña y muy dulce».*

Las paredes de la caverna crecían hacia las alturas. Dasteo intentaba entender el lugar al que había llegado, con su pequeña luz que hacía trepar su propia sombra sobre la concavidad bulbosa de la roca. En el centro, la corriente se ensanchaba hasta formar un lago, un remanso en el que ni tan siquiera se escuchaba el fluir del agua. Sorprendido y atemorizado, arrastraba los pies sobre la piedra negra contemplando aquel palacio de cristales bajo tierra. «¿Cómo podía

existir aquello?», pensaba. Se agachó hasta casi tocar la orilla. Reprimió el impulso de beber, a pesar de la sequedad en su boca. Al levantarse, perdió pie, resbalando hasta hundirse en las aguas metálicas, pudiendo, antes, lanzar a la orilla la espada y la antorcha. Agarrado a un saliente de la roca, logró no sumergirse del todo. Notó algo desconocido, ondas que se desplazaban, sonidos. Una recurrencia que lo asustó y lo impulsó a salir de la laguna. Fuera, su cuerpo goteaba mercurio. Sentía, había otras señales. No quiso escucharlas, era su miedo el que hablaba. Empezó a rodear la circunferencia irregular del lago, cuando oyó una voz. No, no era una voz, era algo distinto. No estaba tan cansado ni hambriento para sufrir alucinaciones. Era una vibración, algo nuevo que brotaba en su cabeza. Movió la tea, trazando un círculo a su alrededor. Estaba tan solo como hacía un momento, tan solo como cuando partió, dejando a Amalia, Federico y los demás en la entrada de aquella gruta que no tenía fin. Otra burbuja, otro sonido. Respiró profundamente. Algo llegaba hasta él, algo nuevo. Dejó de moverse, se abrió a todo lo que lo rodeaba. ¿Qué le dijo su madre aquella tarde de tempestad?

*«Déjate llevar, déjate llevar», le había dicho. Era un mocoso agarrado a sus piernas, asustado por el retumbar de los truenos, maravillado ante la furia de los relámpagos que encendían los campos, el mundo, como si este volviera a ser un lugar inexplicable. «Déjate llevar, déjate llevar». Y así lo hizo y la tempestad dejó de ser una amenaza para ser un momento que esperaba, para soltarse, para fundirse con la impetuosidad del cielo.*

Dasteo sonrió y cerró los ojos. A través de sus pies desnudos y mojados, una palpitación. Una nueva que le hablaba de algo que no estaba allí. En el aire, una premonición. Algo muy remoto en su interior se activó. Entonces supo con absoluta certeza que se estaba acercando. Olía a sal y vacío, a metal. Rodeó el lago, buscando el lugar por el cual el río descendía. Un túnel estrecho y bajo, frío, por el que se adentró agachado. Le costaba seguir, pues el cauce ocupaba casi todo el ancho y había poco espacio para sus pies de gigante. Bajo esa bóveda cerrada distinguió algo que sobresalía sobre la roca oscura, como un gran nido de pájaro lanzado y aplastado en la vertical de la pared. Se aproximó. Huesos desechos, dispuestos en desorden y pegados a una argamasa que los adhería al granito. Restos de vísceras. Un olor limpio que no comprendió, como si aquella sustancia transparente les envolviera aislando lo regurgitado en una especie de bolsa, de egagrópila, al igual que hacen las lechuzas tras devorar un ratón. Más adelante, otros restos y otro mazacote en la orilla contraria. Su respiración se aceleró, su espada, sin ser él consciente, se erigía tensa, mirando la techumbre húmeda. Avanzó hasta que halló

los restos de una armadura murriana. Allí, a su alrededor, se encontraba la patrulla que se atrevió a desafiar los secretos de la tierra. El mercurio, la gloria. Un cráneo humano abandonado en el suelo, insignificante en la inmensidad de la gruta. Pero Arisas seguía vivo, lo sabía, estaba en su corazón y respiraba en algún lugar. Vivo.

El túnel llegaba a su fin, retorciéndose. El río subterráneo se estrechaba hasta ser un caudal violento que desaparecía a unos pocos pasos de donde Dasteo se hallaba. El antiguo alférez se detuvo, pensando qué sería aquello. Asomado a la corriente, no sabía qué hacer. Una sacudida hizo temblar la caverna. Del techo caían pedazos de mineral y el agua se agitó, removida desde muy lejos. En ese instante de confusión, Dasteo se incorporó, resbalando sobre la roca húmeda. Cayó al agua fría y el río lo llevó, arrastrándolo. Sintió que volaba, ingrávido, hasta que comprendió que se desplomaba por una cascada. Luego volvió a notar el agua mezclada con mercurio a su alrededor. Al sacar la cabeza y respirar vio que se encontraba en una sala monumental, circular, salpicada de pequeñas lagunas separadas por islotes de roca plateada. Había una tenue claridad. Del fondo de esa cámara natural llegaba una luz casi material, viscosa. Las paredes semejaban un enorme mural de piedra jaspeada por miles de ventanas de geometrías orgánicas tras las que se intuía algo mucoso, líquido. Caían finas gotas de las estalactitas que colgaban de la techumbre como afilados pináculos invertidos. Sentía ausencias. Nada se movía, nada se escuchaba, cuando llegó un segundo retumbar que inquietó el lugar. «Dasteo sal del agua. Sal del agua y no te muevas». Eran sus compañeros que volaban la mina. Estaba enterrado. La vibración de la explosión, amortiguada por la distancia, llegó a la sala haciendo que las rocas que sobresalían de los lagos vibraran, llamando la atención del alférez. ¡Estaban vivas! De golpe entendió que había caído en el hogar de los seres mercuriales que, a cientos yacían ahí, en el agua, colgados del techo, adheridos a la piedra. Dasteo alcanzó una de las orillas y emergió, cubierto de mercurio, resplandeciente, como un dios que acaba de renacer. «No te muevas», volvió a oír. Era la voz de Arisas que le llegaba de algún modo. Por todas partes se movían aquellas cosas, unas burbujas alargadas de metal líquido que a veces, al desplazarse, dejaban entrever su espinazo. Vio que sin un cuerpo, eran capaces de adoptar distintas formas. Y parecían no verlo. ¿Era el mercurio que escondía su piel? ¿Su delicadeza al no hacer ningún ruido?

En una de las islas vio a uno de los murrianos. Lo que quedaba de su cuerpo, pues dos de esas criaturas lo abrasaban, rodeándolo como si lo estuvieran lijando. Apenas quedaba algo de su carne en las piernas, sus armas esparcidas sobre la dura superficie del islote como

cáscaras duras que se desprecian mientras se devora a un cangrejo. Dasteo sintió un escalofrío. «Estoy aquí, ¡aquí!». Impulsivamente se giró. Al fondo de aquel sepulcro, bajo aquellos extraños ventanales sin ángulos que emitían una luz verdosa, vio una figura. Era Arisas. Colgado de la pared, prisionero de una malla de metal. Mercurio. Atrapado en el mineral como miel en el panel. ¿Lo reservaban por alguna razón? ¿Por qué lo habían respetado?

Aquella segunda piel de mercurio helado empezaba a deshacerse, resbalando hasta formar un pequeño charco brillante a sus pies. A medida que se despojaba del metal, los seres se sentían atraídos hacia él, todavía no muy seguros de qué había allí. Dasteo pensó que Arisas era una curiosidad para los señores de la cueva, algo de lo que pronto se cansarían. Poco a poco se acercaban, hasta parecían perezosos deslizando los caparazones oscuros y a la vez resplandecientes sobre el agua. «Las ventanas. Llevan a algún sitio». ¿Cómo podía crecer la claridad bajo tierra? Lo cierto es que las penumbras daban paso a un resplandor apagado que empezaba a definir aquel mundo subterráneo. El primer ser mercurial que se le acercó recibió una estocada en su cuerpo informe pero, ante el asombro del guerrero, aquella cosa se deformó, doblándose hacia dentro. Con un giro veloz se defendió de algo que se le acercaba por la espalda lanzándole la antorcha mojada y acometió a otro ser a su izquierda, apenas rozándolo, pues se derrumbó deshaciéndose sobre el suelo para evitar el golpe. La espada impactó con violencia contra una de las estalactitas y al recoger el arma esta vibró contra el vidrio, creando una melodía chirriante y aguda. Los mercuriales, que ya lo rodeaban en gran número, dejaron de moverse. No sabía si fascinados o incapacitados por esa involuntaria fricción en el aire. «Corre hacia mí, ¡corre!». Saltando de isla en isla, haciendo cantar el acero de su espada en cada pináculo de piedra, el antiguo alférez pasó entre ellos, brincando hacia Arisas. A cada nuevo canto del filo de Dasteo, los mercuriales quedaban sometidos, a cada nueva vibración que las estalactitas amplificaban, él podía moverse como si el universo se hubiera helado durante unos instantes. La luz crecía con mayor rapidez, encendiendo la cámara. Extenuado, se plantó frente al amigo e hizo percutir con toda su fuerza de bruto el filo del arma contra el mercurio frío que aprisionaba al esclavo de Uherské.

Arisas abrió la boca, estupefacto, al tocar por fin el suelo y mirar, a través de los ventanales, aquella luminosidad que trazaba columnas oblicuas en las tinieblas.

—Se está haciendo de día… ¡Estamos bajo el mar, Dasteo! ¡Solo un poco por debajo de las olas!

—¡Onar, una salida! ¡Los dioses no abandonan a los justos!

—Son membranas, haz un corte. ¡Salgamos!

Se encaramaron hasta el primer ventanal, rasgado por el filo de Dasteo. Una abertura en la dura mucosidad con la línea de un sol dentado que lloraba agua salada. Se miraron un instante, jadeando. Detrás, el hogar de los mercuriales volvía a su silencio natural, los seres se desplazaron hacia ellos sin posibilidad de alcanzarlos. El roce de aquella gelatina rugosa al cruzar; el fondo del mar, absoluto. Dándose impulso con piernas y brazos, ascendieron hacia la gran mancha de luz dorada de la superficie, al tiempo que la espada del alférez, libre, caía a peso hacia los fondos marinos, donde todo es olvido.

«¡Aggg!». El aire hirió sus pulmones vacíos. El viento barría la superficie, atizando las aguas espumosas bajo un cielo azul.

—¡Dasteo! ¡Estamos vivos!

—La playa… Hacia allí.

—Dasteo, esto no ha sido un sueño, ¿verdad? —gritó Arisas entre las olas.

—Mira mis manos —contestó el alférez, con los dedos todavía impregnados de mercurio.

Nadando como lo harían dos perros nerviosos, Arisas y Dasteo fueron acercándose a una pequeña cala rocosa. No muy lejos de allí, flotaban unas pequeñas embarcaciones de un solo mástil y frente a ellas se desparramaba la aldea escondida de Uherské, de cuyo centro se elevaba una espesa columna de humo que debía llamar la atención, incluso a muchos tradios de distancia.

## 32
## la avenida del tardo

La puerta, astillada, colgaba de los goznes. La cruzaron sin mucho pensar, refugiándose en la absoluta oscuridad del interior. Dentro no percibieron nada excepto sus propios pasos y esa sensación de quietud que da un espacio vacío. Daneu, el murriano y Sahagún contuvieron el aliento, aliviados tras cumplir con su cometido. La casa daba a la plaza del mercado, inmovilizada bajo la luna. Decidieron esperar, pues creían haber sido vistos en el barrio, controlado por los sufones y mercenarios de Asch. Pronto, tras el estrépito repentino de los incendios que habían provocado, se elevaron las primeras voces de alarma. La timidez de las primeras llamas se estaba transformando en voracidad. Sobre las fachadas de aquella plaza que veían desde su escondite se reflejaban los fulgores intermitentes de las llamaradas. Los fuegos crecían y su ímpetu no era contestado todavía. Al poco, por fin, despertó el barrio entero. Las tropas acantonadas se sobresaltaron y otras que montaban guardia volvieron sobre sus pasos. Las calles quedaron colmadas por el repicar de pies y aceros. Las viviendas ardiendo iluminaban la noche como si de algún gran festejo se tratara.

—Aldier, mira…

Uno de los estallidos había alumbrado un instante la planta baja donde se escondían. Detrás de una mesa volcada, una mujer se abrazaba a dos niños, pegados a la pared, como si eso pudiera salvarlos. Los pequeños miraban aterrorizados al murriano, sucio y tosco, con sus ojos inocentes muy abiertos. Este desenvainó sus dos espadas y dio unos pasos hacia ellos.

—Señora, no sea estúpida y continúe callada —mascculló—. Si levanta la voz estaremos perdidos. Perdidos todos.

Sin tiempo para pensar en nada, unos bramidos cavernosos los alarmaron. Un inesperado retronar de cascos. A través de la hendidura de la puerta abierta pudieron vislumbrar una columna montada de sufones. Los renos de combate relinchaban y pasaban de largo seguidos por otros, las testas cubiertas de metal sobre las que se agitaban las cornamentas blancas. Los jinetes erguidos sobre las bestias como una mancha acorazada de breves destellos. Una hilera interminable que se asentó y formó en la plaza. A los renos los sucedieron formaciones de infantería. Sufones y mercenarios, hombres grises, rojos y algún vesclano también. A los ojos de Aldier, aquellos primeros no eran tropas de Asch capitaneadas por aquel mercenario rojo, eran regulares llegados de alguno de los grandes bastiones de frontera. No se hallaban imbricados en una escaramuza entre señores

de la guerra. Los soldados montados eran la prueba de un movimiento mucho más profundo. Aquellas eran las mejores huestes que había contemplado en tiempo.

—Si no haces algo, murriano, estamos muertos.

—¿Quieres cortarles tú el cuello, Daneu?

—Si es indispensable. Son gente gris, como yo, pero no permitiré que unos desconocidos me delaten.

Unas antorchas aparecieron cerca de la puerta. El murriano se llevó los dedos a los labios, para que todos guardaran silencio. «A la escalera», mandó, y los tres cazadores de Sircads se escabulleron hacia el segundo piso. Al llegar arriba, los chillidos de la mujer pidiendo auxilio les anunciaron que habían sido descubiertos.

—Nos van a matar —dijo Sahagún.

—A la azotea, rápido —ordenó Aldier.

Salieron a un balcón, consiguiendo trepar por la pared y alcanzar el terrado, cuando oyeron pisadas en el interior de la casa. Los sufones que los perseguían, una vez en la segunda planta, sacaron la cabeza afuera, avisando a los soldados formados en la plaza, pues ellos no se atrevieron a trepar.

Sobre ellos pasaban nubes veloces y delgadas como un cortejo que danzaba con la luna. Tomaron aire, descansaron un instante. La Ciudad de los Lagos les pareció hermosa vista desde el tejado al que se habían encaramado. Bella y salvaje. A sus espaldas atronaban los incendios, crecía el tumulto de los que intentaban extinguirlos. Al oeste se elevaba la muralla que cerraba el istmo, su punto de fuga. Miraron hacia abajo. Los rostros amontonados de los jinetes sufones los vigilaban a su vez. Blancos, cadavéricos, extraños.

—Diablos, nos destrozarán.

—¡Atrás! —gritó Aldier—. ¡Huyamos!

El silbido hiriente de una rociada de saetas hizo que saltaran lejos de la fachada. Al momento, desde el balcón de esa vivienda, lanzaron una escalera, asomándose a continuación la cabeza pelada y puntiaguda de un sufón.

El murriano tomó impulso y saltó a la azotea más cercana, la más baja, imitado por sus dos compañeros. Las pezuñas de los enormes renos resonaron cerca de ellos. Los seguían.

Los tres se quedaron quietos en lo alto. Apenas distinguían lo que tenían a su alrededor y creían que los edificios circundantes estaban demasiado lejos para saltar.

—Maldita bestia murriana —gruñó Daneu—, en mal momento tuve que seguirte.

—Bien eres libre de ir a donde te plazca, hombre gris, incluso puedes bajar a la calle para saludar a nuestros nuevos amigos.

El edificio, de tres fachadas, había sido rodeado por los regulares que, montados, intentaban encontrar un ángulo de tiro para sus ballestas, lanzando bufidos al no conseguirlo.

—Callad, parecéis dos gallitos. Así no vamos a ninguna parte. Murriano, ¿por dónde?

—Siguiendo la calle, la casa contigua es de cubierta inclinada. Aunque puedo resbalar por ella. Sube tú primero, Sahagún, y tira de mí después. —Los tres se giraron. Sobre la primera azotea que habían abandonado aparecieron sufones y hombre grises de Asch—. Llevan antorchas. Deprisa, sube a ese edificio.

Sahagún, de un salto, se agarró a la coronación que unía los dos faldones de la cubierta y pudo sentarse encima tras izarse con los brazos. El murriano también saltó. Aunque las pezuñas hendidas patinaron sobre la madera, se asió a las muñecas de su compañero para auparse también. Cuando Daneu se lanzó para alcanzarlos, dispararon desde la otra casa, iluminados por la luz de las teas.

—Murriano —balbuceó—, llevó tres clavadas en la espalda. Salid de aquí. Si ves a mis niños…

Daneu se desplomó, resbalando hacia abajo. Sahagún y Aldier se dejaron caer por la otra vertiente hasta aterrizar en la vivienda colindante. No había tiempo para mucho. No conseguirían despistar a los jinetes que ya se encontraban abajo, ansiosos, lanzándoles saetas y alguna tea encendida para poder ver en la negrura. Agachados, solos, no les parecía posible encontrar escapatoria alguna.

—Si seguimos así los vamos a atraer hacia el portalón, hacia los nuestros —dijo Sahagún.

—¿Qué propones?

—¡No propongo nada! Pero allí está mi familia, esperando a que vuelva, y no quiero aparecer con una columna montada pisándome los talones.

—Seguimos los dos la línea de la calle. Podemos ir saltando de casa en casa, no será difícil. En la última, ves, esa que es un poco más alta, nos dividimos. Yo sigo hacia abajo, a los embarcaderos y tú hacia la otra orilla. Si llegamos a los extremos de la muralla y nos hemos librado de ellos, volamos hacia la puerta.

—¿Y si no consigo despistarlos?

Una antorcha les cayó encima. Rodaron sobre la argamasa de la azotea, sacudiéndose las llamas. La infantería de Asch estaba abajo, buscando cómo subir.

—Sahagún, si no te los sacudes, reza a tus dioses con todas tus fuerzas. Vamos.

Como dos cervatillos fueron brincando sobre los tejados irregulares, seguidos a pie de calle por una jauría que aullaba como perros de caza, deseosa por cobrar las piezas.

****

No muy lejos de allí, junto a la entrada de la ciudad, el antiguo conde de Vamurta se mordía el labio, prisionero de sus dudas. «¿Con cuántas lanzas cuento realmente? A muchos de los que hemos sacado de sus casas apenas los conozco de vista. ¿Cuántos sabrán luchar?». Miró la bóveda oscura del cielo y se dijo: «el vesclano tiene razón. Los mercenarios de Asch cuentan con renos, por mucha distancia que pongamos de por medio esta noche… Y nuestro rastro será como seguir a un buey herido en la nieve». Se encontraba rodeado de gentes de armas, pero también de tenderos, herreros, niños, curtidores y ancianos. No podrían escabullirse en el bosque y desaparecer.

—Lateas, acércate —dijo.

El viejo vesclano se aproximó, arrastrando su cola con cuidado. Sus grandes ojos redondos esperaban algo, chispeantes.

—¿Dónde se han atrincherado los vesclanos de Icet?

—En un almacén del muelle. Uno de los nuestros los vio resistir allí antes de que cayera la noche. Han fortificado el edificio, pero están rodeados. Hay arcabuceros de Asch parapetados en los edificios cercanos, esperando a la infantería al amanecer para lanzar el asalto.

—¿Cuántos son, vesclano?

—Muchos. Quizás sesenta de los míos y una nutrida compañía de mercenarios, hombres grises. Sin pequeños, prestos para luchar.

En las penumbras, Serlan podía adivinar la sonrisa esperanzada de aquel ser retraído, cuya voz parecía emerger de la oquedad. Con las fuerzas de Icet, la huída contaría con mayores garantías.

—¿Cómo podemos avisarlos, sabrán que vamos a ayudarlos a romper el cerco?

—¡Oh, Señor! ¿No lo sabéis? Claro. Usaremos el código de Sende, la voz de pájaro. Pero, ¿y los arcabuceros?

—Me atrevo a pensar que no saben que estamos aquí. Y de noche, con un enemigo que les llega por la espalda, las bocas de sus muchas armas de poco servirán —contestó Serlan—. Además, el murriano está creando confusión en su patio trasero.

Al otro lado de la Ciudad de los Lagos los incendios en el barrio sufón empezaron a formar una pared de fuego, una línea que crecía voraz. Desde la puerta se oía perfectamente el desconcierto causado por el murriano y los dos grises.

—Y, ¿cómo se saca a una rata escondida de su guarida? Ocúpate de ese canto de pájaro, vesclano, y agrupa a la mitad de los nuestros, a los de confianza. Que Sara y Eszul se queden aquí, asegurando nuestra retaguardia.

El conde se había girado para dar las nuevas a los suyos, cuando notó los dedos largos de Lateas sobre su espalda.

—En ese almacén están nuestros jóvenes —dijo el vesclano—. Algunos de los mejores de cada linaje. Mi pueblo no olvidará vuestro gesto.

En fila de a uno, pegados a las fachadas de la Avenida del Tardo que partía de la puerta, se adentraron en el barrio de los muelles, hasta ocupar en silencio los alrededores de los embarcaderos. Serlan había prohibido los filos largos; al igual que una pandilla de bandoleros, iban armados con dagas, cuchillos, puñales y hachas para no estorbarse una vez dentro de las viviendas. Les llegó el eco de un barullo formidable desde la otra punta de la urbe y el conde temió por Aldier o por el inicio de un ataque de las gentes de Asch.

Los vesclanos señalaron con gestos el almacén donde se habían hecho fuertes sus hermanos. Tal y como le había anunciado Lateas, era un edificio sólido de una única planta aunque su techumbre era de madera, lo que convertía aquella posición en insostenible en el caso de que los sufones lograran incendiar el tejado. Aquel depósito, muy cercano a la orilla y a los pontones, quedaba aislado. Enfrente, parapetados tras puertas y ventanas de un edificio, asomaban los vigilantes arcabuces del señor sufón. «Las armas de Leandra», recordó el conde, con un hilo de melancolía entretejido con la tensión del momento. Aquella amenaza se repetía en dos casas más, escogidas por sus muros de piedra. Viendo los cuerpos sin vida tendidos sobre la arena y sobre el empedrado del Tardo, resultaba evidente que los vesclanos habían luchado hasta ser forzados a buscar refugio, sin posibilidad de huída. Los sufones habían cerrado su puño de acero sobre aquellos desdichados.

—Escuchad, la sorpresa es nuestra mejor arma. Entraremos en tromba en el primer edificio. Metedles la daga entre las óseo-placas o cortadles las trompas. Los primeros en actuar, conmigo. Subiremos a la segunda planta sin descanso —ordenó el conde.

—¿Y los otros sufones? —preguntó Lateas.

—Liberando un flanco debería ser suficiente. Repetid la orden al resto y, vos, os lo ruego, empezad a cantar.

Se oyó la quejumbrosa voz de un búho sobre el constante romper del lago contra los embarcaderos. Una hembra pareció contestar y el macho replicó, con un canto que era alegre. El hombre rojo y dos grises, entre los más corpulentos, se habían situado delante de la portezuela lateral de aquella casa atestada de enemigos. «¡Ahora!», escucharon. Los herrajes saltaron por los aires y, con el conde detrás de ellos, penetraron en la casa como una exhalación, barriéndolo todo. Los sufones, sorprendidos y pendientes de los vesclanos que tenían delante, nada pudieron hacer para frenar la furia de aquella acometida. En el caos, Serlan acuchillaba con una daga en cada mano

todo lo que tuviera un rostro blanquecino y una túnica roja. En las tinieblas de aquel interior el entrechocar de los aceros resonaba como mil martillos besando, incesantes, los yunques. Por un instante, rodeado en una esquina, el conde gritó: «¡Al primer piso!». Una cerrada descarga recibió a los primeros en subir, destrozando los cuerpos de un joven vesclano y Ventura. Pero aquella fue la única resistencia. La casa fue tomada en un abrir y cerrar de ojos, con tan solo dos muertos y un herido.

Al asomarse por una de las ventanas, Serlan observó a los vesclanos de Icet intentando abandonar el almacén para llegar hasta ellos, pero varias andanadas de los sufones apostados en los otros dos edificios les impidieron la salida. Entonces volvieron al interior del edificio e intentaron dañar a sus enemigos disparando sus arcos y ballestas.

Desde el fondo de la avenida les llegó el eco de un estrépito de cascos. No podían vislumbrar nada, pues las sombras devoraban la calle, pero pudieron intuir que algo se movía muy rápido. El conde distinguió un aullido, un sonido desgarrado que conocía.

El murriano sudaba copiosamente a pesar del frío tenue que flotaba en el aire. Empezaba a sentirse aturdido y eso le preocupaba. A su alrededor oía el silbido de las saetas y los bramidos excitados de los renos. Se sentía abotargado, a pesar de saber que su vida pendía de un hilo, de un gesto equivocado. Trotaba, algo patoso, sobre las maderas y las cañas, saltando sobre las casas sin estar muy seguro de dónde aterrizaría en el siguiente vuelo.

En su huída, el resplandor de las nuevas antorchas que se encendían, cercanas, lo distrajo del griterío que lo seguía por todas partes. Pelotones de arqueros se asomaban por los edificios cercanos para intentar cerrarle el paso a él y a Sahagún, que desde que se habían separado continuaba brincando en otra dirección más asustado que veloz. «Ahora sí que estoy perdido», se dijo. A muy poca distancia surgieron soldados de la nada, iluminando con sus teas las cubiertas de las viviendas. Estos no iban a fallar. Calculó que se encontraba cerca de la Avenida del Tardo, que cruzaba la ciudad de punta a punta. Era su única posibilidad de escape, bajar hasta la calle y emprender una carrera rapidísima hasta la puerta. El eco de unos vítores lejanos le advirtieron de que la cacería de Sahagún había concluido. Tenía razón Daneu cuando dijo que acompañarlo era una maldición. Ya no pensaba en eso, pensaba en vivir. Cogió impulso y, acosado como se sentía, se arriesgó a dar un salto largo, cruzando la callejuela por encima de las cabezas de los sorprendidos jinetes que solo pudieron contemplar el vuelo de una sombra. Cayó y rodó sobre

otro tejado hasta casi caer por el lado opuesto. Abrió la trampilla de la azotea y se lanzó escaleras abajo.

Cruzó una cámara a galope ciego, tropezando con mesas y sillas. Tras un choque se escuchó un fabuloso estruendo de platos y vajillas de terracota estrellándose contra el suelo. Una figura surgida de algún rincón se interpuso en su camino y el murriano la derribó con un fuerte empellón. Bajó otras escaleras y se encontró perdido entre las paredes de varios pequeños dormitorios. En uno de los recovecos de la casa descubrió las figuras desconcertadas de una familia que allí dormía. Una voz femenina, angustiada, lo interpeló. El murriano, sin atender a sus preguntas, vio en una ventana una salida distinta al umbral de la vivienda. Abrió los postigos que daban a las tinieblas de un callejón solitario y saltó afuera. Al pisar la calle observó que tras la puerta que no tomó lo esperaban los primeros sufones, que vieron como se escapaba en dirección opuesta.

Debía llegar a la calle principal. Si la alcanzaba con ventaja tendría una oportunidad. Había podido examinar los renos en otras ocasiones y aunque consciente de su tremenda potencia, bien sabía que no eran excesivamente veloces, quizás solo algo más que él. Acosado, tomó una calle que desembocaba en el Tardo y hacia allí se lanzó. Como una colonia de ratones, las tropas de Asch colmaban las calles a sus espaldas. Viró en plena carrera y apareció en medio de la ancha avenida vacía. Sus gruesas patas se accionaron sobre aquella larga recta, pisando las losas con todo su ímpetu. Tras unos pocos pasos, la avenida se llenó con el furioso repiquetear de cascos y de las pisadas de los infantes que lo perseguían.

Rodeado de su improvisada hueste, el antiguo conde se preguntaba cuántos jinetes se dirigían hacia allí. Había oído la voz de Aldier, inconfundible, y por unos momentos ese grito lo había transportado a la batalla de Vamurta, cuando perdió la ciudad junto a su lugar en el mundo. Retrocediendo, siempre retrocediendo hasta perderlo todo. Fue en el aquel instante, cuando miraba por la ventana destrozada de aquella casa que acababan de rendir, que tomó la decisión. No importaba cuántos fueran, o frenaban el alud que les llegaba, o ellos y los que aguardaban en la entrada del burgo morirían o serían hechos prisioneros esa misma noche.

Miró a los suyos, aún agitados tras aquella minúscula victoria, resoplando, salpicados de sangre, ocupados en apartar los cuerpos sin vida de los sufones que crujían como madera seca al ser movidos.

—Lo habéis escuchado tan bien como yo —dijo Serlan De Enroc —. Se acercan los renos, y tras ellos la infantería. No son todas sus fuerzas, no creo, pero son muchos. Creen que esta es una zona segura.

El conde guardó silencio, esperando alguna reacción. Apenas los intuía en la densa opacidad de aquella estancia: un comedor con su pequeño taller antes de que estallara el conflicto. Aunque sí podía oler su incertidumbre.

—Vienen hacia nosotros, a galope tendido —continuó—. Posiblemente dando caza a Aldier, nuestro murriano. O tomamos ahora mismo una de las casas frente al almacén donde se defienden los vesclanos, y luego destrozamos en pinza la vanguardia de los montados, o nos arrollarán. ¿Estáis?

El rumor, como una cascada de piedras, crecía en la negrura de la Ciudad de los Lagos. Los corazones se tensaron ante aquel peligro tan inmediato, tan vivo.

—No quiero que me atrapen aquí como a un tejón viejo en su madriguera —contestó Lemas—, pero, ¡pestes! ¿Qué hacemos aquí parados?

Serlan se sorprendió ante la enérgica respuesta del remero, que tantas veces se había mostrado quejoso de todo. El conde llamó por su nombre a aquellos que conocía, hasta mencionar a Lateas, que yacía abrazado junto a su joven compañero destrozado por los arcabuces.

Cruzaron la Avenida y se situaron en la línea de los portales contrarios, agachados, dibujando una fila alargada apartada del ángulo de tiro de las armas enemigas. Los sufones, al verlos, aullaron, viendo que sin otro apoyo, poco podrían resistir. La noche en los muelles se pobló de alientos, pues los vesclanos veían en aquel ataque la posibilidad de escapar. Los mercenarios de Cortenuova cubrieron el tramo que los separaba de los arcabuceros con los cuchillos largos y las dagas en alto, cobijados por las penumbras.

—¡Los renos, están muy cerca! —avisó Lateas, con la cola enroscada.

—Entremos en la casa, igual que antes.

—¡Por las ventanas, no hay tiempo!—bramó el hombre rojo, a la vez que descargaba su enorme cuchillo con hoja de sierra sobre los cañones que sobresalían amontonados por las aberturas del edificio.

Saltaron adentro como si abordaran un barco en alta mar, la mano libre apoyando el salto y la otra empuñando el arma, desatando el pavor entre los defensores que huían por cualquier agujero, abandonando sus pesados arcabuces, pronto imitados por las tropas apostadas en el edificio contiguo, al entender que la lucha era insostenible.

—Ese es nuestro murriano —afirmó Lateas, sacando la cabeza por la puerta, que habían desatrancado desde dentro. Serlan también salió, divisando una pequeña figura en la Avenida. Era Aldier. Apenas visible, recortado frente a la pared de cornamentas y antorchas que se cernían sobre él.

—¡Pronto! Avisa a los vesclanos de Icet que se acercan, que tensen sus ballestas. Diles que el que corre delante es de los nuestros, ¡qué no lo confundan!

Lateas los avisó de viva voz. Los vesclanos usaban una lengua de acentos cortos, roncos. Los restos del ejército de Icet se preparaban también para recibir a los jinetes de Asch, agolpados en el lateral del almacén que miraba a la calle principal, desparramados por las ventanas y sobre el techo.

—¿Cuántos de vosotros sabéis usar arcabuces? —preguntó Serlan —. ¡Contestad ahora, no mañana, cuando estemos muertos!

Trece mercenarios los habían manejado antes, todos hombres grises de las colonias.

—Recoged dos cada uno, parecen cargados. Apuntad a las bestias y dejad a los sufones —farfulló Serlan. Volvió a mirar a la calle—. El resto, cuando haya pasado Aldier, salimos a destriparlos. Los tenemos encima, ¡abrid fuego!

En la Avenida se vivió un corto silencio antes de que los arcabuces retronaran. Detrás de aquella columna brillaban los incendios, bailando en el cielo negro. Se volvió a escuchar el jadeo de las monturas y el combate se desencadenó. El murriano siguió corriendo con toda la fuerza que le otorgaban sus poderosas piernas. El pelo largo parecía flotar hacia atrás, como una estela que lo siguiera. Su pecho alargado se hundía y se hinchaba con violencia a pesar de que los proyectiles silbaban a su alrededor. Tras él, titilaban las antorchas de los jinetes, descubriendo las túnicas escarlatas marcadas con un extraño símbolo pintado en negro. Parecía que lo iban a prender, que casi podían tocar su cabellera amarillenta, cuando cayeron las primeras monturas, precipitándose de forma terrible sobre la piedra del suelo, resbalando desbocadas, lanzando a los jinetes hacia delante. Los aullidos de las bestias heridas sobrecogieron la ciudad. El murriano continuó la carrera aspirando todo el aire que le era posible, manteniéndose por delante.

La formación enemiga volvió a recomponerse y sin que Aldier consiguiera entender de dónde provenían aquellos disparos, vio en aquel espacio abierto de los muelles decenas de vesclanos que salían de algún lugar espada en mano. Los perseguidores dudaron para, acto seguido, continuar avanzando. Antes de llegar a aquella especie de plaza, el murriano vio, a su derecha, un almacén que escupía una nube de flechas, desde ventanas, puertas y tejado. De repente, a su izquierda, aparecieron los suyos, con el antiguo conde al frente, saliendo en tromba de unas casas, manejando los filos de las armas como lo haría un carnicero trastocado. La vanguardia de los sufones montados fue frenada en seco por esa rociada e inmediatamente fue arrollada por los renos que llegaban desde atrás, incapaces de frenar a

tiempo, causando una atroz colisión que degeneró en una vorágine de cuerpos enredados. Cayeron algunos vesclanos y grises, entre ellos Iar, aplastado por los renos.

Aldier corrió y corrió, siguiendo su inercia y desconcierto, mirando hacia atrás. Como lobos hambrientos, las huestes de Icet y Cortenuova se abalanzaban sobre el amasijo de carne de los jinetes y bestias, dándoles muerte. El murriano consiguió frenar la marcha, a tiempo para contemplar la precipitada retirada de los sufones. Una visión de sombras persiguiendo a otras sombras, mientras la luna y su séquito de estrellas parecían no inmutarse ante la acumulación de cuerpos sin vida, jugando sobre el cielo.

## 33
## en tierras lejanas

Su suerte dependía de aquel encuentro. Siguió ascendiendo por las anchas escalinatas del gigantesco zigurat, acaso la mayor urbe en la que había estado, solo, sin otra compañía que la de aquellos dos guardias que lo trataban como si no existiera. A lado y lado de los peldaños descendían y ascendían mercancías, también algunos sufones de edad, montados en las pequeñas plataformas de hierro negro accionadas por cordajes y poleas. El gran ajetreo de la jornada quedaba atrás. La inminencia del crepúsculo le trajo a la memoria los tiempos pasados, los años de aprendizaje, el largo gobierno de Ermesenda. Luego, la evacuación y el discurrir de los días en Nueva Vamurta, en las colonias. Todo eso y el tiempo que había de llegar en manos de aquel dios-rey que, tras una insoportable espera, iba a recibirlo.

Soplaba un viento gélido que hacía aún más inhóspito el paisaje que rodeaba Geritten, la capital de los sufones. Los campos destinados a legumbres, cebada y arroz, cortados por las líneas rectas de las acequias, eran un páramo desolado por donde descendía el sol, que abandonaba la llanura, aquel sinfín de tierra helada y yerma que se perdía hacia el este.

Tanto tiempo encerrado en la casita que le habían asignado, dando vueltas en círculo, a ratos meditando, por momentos volviéndose loco. ¿Qué había cambiado? ¿Había sido una estratagema para debilitarlo o simplemente a aquel dios que lo esperaba arriba no le apetecía otorgarle audiencia? Tenía las piernas cansadas por la ascensión, resoplaba. Los cipreses blancos que rodeaban Geritten se agitaban, manchados por la luz rosácea del ocaso. Lejos, en el primer y segundo nivel, las piezas de artillería refulgían sobre la opacidad de la muralla. Al atardecer era cuando las fábricas y talleres del primer nivel callaban una a una, excepto las forjas, de cuyas chimeneas brotaba todavía un humo negruzco, pues sus fuegos jamás se apagaban. En lontananza, sobre la planicie desnuda, aparecieron unos puntos oscuros hilvanados al horizonte como un rosario. A paso lento, una caravana militarizada llegaba del desconocido oeste cargada de alforjas y vasijas.

Unos pocos ecos respondían al silencio que antecedía a la puesta de sol, un vacío que oprimía el corazón del cirujano y antiguo sacerdote. Desde la altura, contempló el orden y sentido: la jerarquía de los cientos y cientos de edificaciones de las tres primeras

plataformas del zigurat de piedra lisa, un orden frío que le causó un leve temblor. Había algo espectral en la mente de los arquitectos que levantaron Geritten, al igual que en ese grupo de madres sufonas, que en una placita al lado de las escalinatas jugaban con sus hijos. Algo no era natural. «Una madre no mira a su pequeño vástago como quien busca una mella en el filo de una espada», pensó Ermengol. Antes de que los guardias lo obligaran a seguir, observó con mayor atención a los pequeños, tan escasos y difíciles de ver. A pesar de los ropajes de abrigo, en sus codos y omoplatos ya se distinguían las puntas afiladas de sus huesos que hacían a los vesclanos tan peligrosos en los combates cuerpo a cuerpo. Un pensamiento fugaz cruzó la mente del médico. ¿Nacían con el exoesqueleto desarrollado? Por unos momentos imaginó un parto. Pero, ¿realmente nacían del vientre de sus madres? Otra duda. Ermengol meneó la cabeza y continuó escaleras arriba, allí lo esperaba un dios.

Para alcanzar la cima del zigurat, el médico debía cruzar un túnel, cuya puerta se hallaba al pie de la muralla blanca que circundaba la residencia del dios-rey. Ante esa puerta, casi un agujero, no había la centuria de arcabuceros que acaso esperaba, sino una anciana, sentada en un banco de piedra frente a un brasero que daba calor a sus piernas frágiles. Parecía susurrar algo o cantar, y no advirtió la presencia del extranjero hasta que los guardias se dirigieron a ella. Entonces, levantó su cabeza pelada y miró con fijeza al recién llegado. Sus dos minúsculas pupilas negras parecían carentes de vida, su corta trompa no era más que un colgante de piel reseca. En cambio, sus manos delgadas y puntiagudas se movían con una velocidad prodigiosa. Removió algo que cocinaba en el brasero, en una cazoleta que Ermengol no había visto. Despidió a los dos soldados e hizo un gesto para que tomara asiento a su lado.

—¿Vas a ver a nuestro rey, eh? ¿Sabes a cuántos hombres recibe en cada ciclo?

La vieja hablaba el idioma de los hombres grises con un tono de voz nasal, al igual que los pocos consejeros sufones que había conocido. Ermengol se sintió aliviado.

—En realidad, todavía no sé si voy a ser recibido.

—A lo mejor no eres tan estúpido como los otros, o tal vez sí.

—¿Los otros? —preguntó Ermengol alarmado—. Los mensajeros que no volvieron… ¿Qué fue de ellos?

—Corres mucho, como todos los jóvenes. Quieres saber pronto, lo quieres saber todo de inmediato, ¿verdad? No debes inquietarte. Cuando vuelvas a salir tendrás una respuesta para muchas de tus preguntas. ¿Ya sabes que las respuestas tienen un precio?

La anciana se ajustó la capa de lana fina que la abrigaba y cubrió

los salientes duros de su cabeza calva. Sobre el cuello brilló algo rojo. Ermengol creyó vislumbrar una especie de collar hecho de espinas. La vieja lo miró sin expresión, esperando algo. Los habitantes de Geritten se retiraban a sus casas a pasar la noche, en las terrazas inferiores no se veía un alma. El cirujano tuvo la extraña sensación de estar solo en el mundo con esa mujer senil, como si todo lo que los rodeaba fuera una constelación que virara sobre sus dos cabezas.

—¿El precio de mi verdad o el precio de mi vida?

—Eso es algo que está en tus manos, por el momento. Debes hablar con Él, debes decirle las cosas tal como tú las ves para que pueda viajar a través de ti, volar a las colonias, incluso hasta Vamurta, que es de donde procedes. Tu deber es llegar puro hasta Él, si no, el encuentro resultará estéril. Sería como sembrar flores en Geritten.

Ermengol empezó a comprender. No se trataba únicamente de asuntos comerciales o de una posible alianza o de una mejora de relaciones, su cometido principal era, en realidad, apaciguar a los sufones. El dios-rey quería saber.

—¿Me serán permitidas las preguntas?

—¿Qué quieres saber, hombre gris? ¿Algo relacionado con los niños que antes observabas con tanta atención? No, no hagas preguntas. Y ahora… —añadió, retirando la cazuela del fuego—. Tómate esto.

El médico suspiró, se maldijo por haber aceptado la misión. Aquella ciudad enorme lo cohibía. Además, se asemejaba a un enorme mausoleo, frío, callado. En el pote, un líquido espeso humeaba y desprendía un olor dulzón. La anciana esperaba, removiendo las brasas, con un punto de impaciencia.

—No quiero tomar este brebaje —contestó, mirando el horizonte—. He acudido en calidad de diplomático, por un asunto de paz.

Ella meneó la cabeza y musitó algo en su idioma.

—¿Ves aquel gran ciprés blanco? Sí, el más grande. Si decides no tomar esto, voy a mandar que te aten y te entierren de medio cuerpo junto a su base. Al cabo de un tiempo las raíces del árbol te encontrarán y, antes de que mueras de sed, notarás como algo penetra en tus blandas entrañas y te succiona despacio. Horrible, hasta desearás que alguna alimaña te devore antes. Tómate esto y ya podrás entrar en el túnel.

La vieja levantó su mano ganchuda, esquelética, y le señaló la abertura oscura al pie de la muralla. Ermengol se levantó del banco y volvió a mirar al cielo, encomendándose a Onar: «ayúdame en este paso. Jamás te he fallado y siempre te he llevado en mi corazón. ¡Acuérdate de mí!».

****

Las lluvias de finales de verano habían enfriado el aire. El otoño se anunciaba, borrando el bochorno de las noches. Vivir era un largo paseo plácido. De los campos y bosques, antes agostados, surgían trazos anaranjados, verdes y ocres que hacían olvidar el tiempo del calor. El azul del cielo, más brillante, parecía el gran telón para el teatro de los pájaros que continuaban sobre Nueva Vamurta, dejando estelas de sus vuelos ágiles, llamándose los unos a los otros con insistencia antes de que el invierno barriese a muchos de aquel reino, obligándolos a buscar tierras donde los días no fueran cortos y crueles.

Leandra bajaba hacia la capital de las colonias, convocada por sus aliados y por los gobernantes que le eran afines. Nuevos disturbios, nuevas voces que perturbaban el orden y nuevas disposiciones que requerían de su aprobación. Cavilaba, preocupada, sentada en su carromato cerrado, ¿qué podía hacerse? Las gentes empezaban a huir de las ciudades y algunos hombres adscritos a sus tierras desaparecían de la noche a la mañana con sus familias. Aquello significaba un atentado contra el modo de producción, aquello era una merma tanto para sus riquezas como para los fondos privados de los miembros de la Asamblea.

Traeras se acercó solícito hasta la ventanilla, y antes de hablar, ordenó a los hombres que tiraban del carro aminorar la marcha.

—Señora, pronto llegaremos a la ciudad, que os recibirá postrada.

—Sí, Traeras, lo sé. Nunca antes el Consejo de los Veintiuno había sido tan vulnerable.

—Son los malos tiempos, hasta algunos poderosos contraen deudas que no podrán pagar.

Leandra asintió. Desde la espantada de Serlan De Enroc estaba más sola y más necesitada del mando del joven, aunque no estaba segura de si este sabría manejar con destreza las correas de la capitanía. Y además, huido el gallo, el joven oficial empezaba a cortejarla con discreción, lo que más que alegrarla, la irritaba.

—¿Han llegado nuevas de nuestro encargo?

—Sí señora. Aquel sufón ha aceptado. Creo que lo hubiera hecho por propia iniciativa, tarde o temprano. En una ciudad no puede haber tres señores. Es muy probable —añadió— que a nuestra vuelta tengamos buenas noticias.

Sin darse cuenta, Leandra cerró los puños. Había pagado una gran suma a Asch, señor sufón de la Ciudad de los Lagos, para que acabara con la vida de los que fueron sus invitados. Pero algo en su corazón se rebelaba y ansiaba que su querido conde escapara muy lejos, aunque no volviera a verlo ni volviera a saber de él. Había otros motivos para

cubrir de oro a aquel sufón ambicioso. Leandra sabía que Cortenuova, aquel poderoso que daba cobijo a Serlan, poseía algo que ella quería por encima de todas las cosas: el conocimiento, obtenido de un modo que no había sabido concretar, de un nuevo tipo de arcabuces. Se decía que eran armas distintas, de disparo mecánico, de mayor alcance. Sus espías la habían informado de que Cortenuova poseía los pergaminos, un libro casi, con los secretos de su manufactura. En manos de Leandra, esos planos significaban poder, un poder que se alargaría hasta su muerte, pues permitirían vender todo cuanto saliera de sus forjas asegurando el lugar privilegiado que ocupaba en el mundo. Aunque en aquel juego de laberintos sucedían cosas que la señora no era capaz de prever, por primera vez.

El traqueteo del carro adormecía a la señora de las nuevas tierras. Dejó caer su cabeza sobre el terciopelo verde del respaldo, sin escuchar al joven capitán. Estaba cansada y nerviosa. Tampoco eran buenos tiempos para ella. A pesar de haber elevado los impuestos a sus siervos, el oro disminuía y los problemas crecían. Era un no parar de correr de un lado para otro, para seguir igual o peor. También un viejo malestar volvía para perturbar sus noches sin reposo. Un malestar que la compañía del conde había enterrado como por arte de magia. Notaba en cada uno de sus huesos el paso del tiempo, sentía que no siempre tenía fuerzas para acometer lo que su cabeza barruntaba, como si cuerpo y mente hubieran decidido tomar senderos divergentes. Se sucedían las estaciones y los sueños pasaban por delante de su casa, casi podía tocarlos, pero nunca asirlos con fuerza. Lo que era y lo que quería ser, la indiscutible en las colonias y más allá. Y algo más, algo que escondía en los recovecos de su alma, algo que no quería mostrarse ni a ella misma.

—Señora. ¿Recordáis mi petición sobre la compra de esos renos? Nuestras relaciones con los sufones son excelentes, a buen seguro que accederían a proporcionarnos algunos animales y la sabiduría de cómo cuidarlos. Podríais hacerlos criar, y en poco tiempo dispondríamos de un cuerpo montado. Imagináoslo. El viaje a la capital sería corto y vuestra entrada toda una sensación para el vulgo. Nuestro carromato escoltado por veinte, ¡o por cincuenta renos!, hombres de acero montados sobre bestias… Ya sé que los sufones no nos compran tantas armas, últimamente.

—Sospecho que han descubierto sus propias técnicas, que han construido nuevos hornos y que son ellos mismos quienes las fabrican.

—Sí, pero a pesar de ello podríamos tratar sobre los renos.

—Hoy no, hoy no —dijo Leandra con un gesto seco—. Tengo la cabeza a punto de estallar. Debo pensar en las nuevas leyes, para tenerlos agarrados por el pescuezo. Toda esa chusma…

Y así era. Nuevas leyes que reflejaban los problemas de los nuevos tiempos, el desequilibrio provocado por los refugiados de la Guerra del Murriano y por el hecho, indiscutible, de que se estaba produciendo un trasvase de población del centro a las periferias. Algunos consejeros de las colonias, de manera evidente, eran cada vez más ricos, y artesanos y labradores más pobres, más endeudados, más vulnerables. Pero, «¿cómo podía ser de otro modo?», razonó Leandra. Si ella era inmensamente rica era porque lo merecía, porque durante muchos inviernos había sufrido, había luchado. Cuando desembarcó en Nueva Vamurta, huyendo del condado, no era más que una joven cargada de sueños y de unas pocas monedas. Si los burgaleses se empobrecían se debía a que no habían cumplido con los mandatos de Onar.

La capital de las nuevas tierras se divisaba, aposentada en el oeste, frente a un mar rizado y turquesa que bebía de la claridad celeste del cielo. Acercarse a las murallas cuando los campos volvían a verdear tras el calor era un goce para los sentidos. En los bordes de los caminos se veían campesinos recogiendo zarzamoras, otros cantaban mientras llenaban los cestos de uvas henchidas. El otoño avisaba de su inminencia esparciendo delicados perfumes en el aire y salpicaba las llanuras con motas cobrizas y rojos rebosantes que emergían por encima del verde oscuro que tapizaba la tierra alrededor de la ciudad. El perfil bajo de los terrenos cultivados, que como un pequeño mar ondulante se extendía hasta el horizonte, era roto aquí y allí por bosquecillos de grandes robles que, con la llegada de los primeros aguaceros, lucían ropajes de hojas brillantes.

El séquito de Leandra descendía por la ruta del noreste, dejando el río Trieda a sus espaldas. Guardias armados de lanzas, ballestas y arcabuces, decenas de sirvientes tirando de las carretas, bueyes cargados de mercancías y tres doncellas ocupadas en el bienestar de su señora. Las gentes, al verlos pasar, agachaban la cabeza mostrando en silencio respeto a Leandra, sin saber muy bien si ella era o no la dueña de las parcelas que ellos trabajaban.

Llegaron hasta los arrabales de la ciudad, núcleos de casas bajas sin orden, excepto las viviendas que hacían a la vez de talleres con fachada al camino del norte, donde los artesanos abrían las puertas de sus obradores para recibir nuevos clientes y ofrecer sus trabajos. Allí frenaron la marcha, pues otros mercaderes se amontonaban ante la puerta de la ciudad. Los niños corrían entre las ruedas de los carros, los campesinos cruzaban el camino con sus aperos de labranza, los milicianos intentaban poner orden en el atasco y las granjeras montaban a cada lado de la vía improvisados tenderetes con unas

pocas piezas de fruta y verduras sobre las que revoloteaban gallinas hambrientas que, atadas, intentaban escapar sin éxito.

—Mi señora, Leandra, hoy tenéis un semblante desdichado —dijo Tesminia.

Desde la huída del conde, aquella jovencísima doncella que acompañaba a Leandra en el carruaje, había ascendido muchas posiciones en la pequeña corte de Villalaia. Allí donde iba se hacía escoltar por su dama de compañía, que conoció una noche por azar en una recepción en Nueva Vamurta.

—¡Ah, Tesminia! Olvidáis que el tiempo es irrefrenable. Cuando los campos verdeen de nuevo, alcanzaré mis cuarenta primaveras. No me hagas caso, niña. Este viaje me agota y si pudiera, lo evitaría. El deber me obliga esta tarde, pero luego podemos salir junto a Casandra y Fasis. Vuestra compañía es aire para mí, lográis resucitarme. Lográis que recuerde ese sinfín de cosas pequeñas que componen el vivir.

—Mañana es festivo. Habrá teatro y música estos días.

—Sí. El teatro estará lleno de esas viejas cacatúas que tanto nos observan y nos envidian, porque ellas poco pueden contar de sus propios quehaceres. Pero iremos. Ya lo creo que iremos.

—Brujas que escupen. Vos sois lo que ellas quisieran —apostilló la joven.

Leandra sonrió a su doncella. Luego miró por la ventanilla pensando en las muchas veces que había hecho ese mismo viaje. El tumulto de ciudadanos que rodeaban su caravana iba en aumento a medida que se acercaban a las murallas. El sol de la mañana se había alzado y sentía un calor molesto dentro de la cabina forrada con terciopelo. Cogió las manos de Tesminia y las dejó sobre su regazo, esperando poder entrar pronto en la ciudad.

Muchos de los magísters de las colonias aguardaban a Leandra sentados en una sala alargada de grandes ventanales, cuya luz bañaba los sillares de madera oscurecidos por el tiempo. Las nuevas leyes aguardaban sobre la mesa a ser refrendadas, entre vasijas llenas de fruta, quesos y tortas endulzadas. Cuando entró, los hombres se alzaron y con una rápida reverencia le dieron la bienvenida.

—Señora —dijo el magíster de Nidonia—, Matrol y cuatro consejeros más se han opuesto a estas nuevas disposiciones que acordamos.

La voz y la mirada de aquel hombre delataban más temor que aprecio por aquella que a todos favorecía. Leandra se tomó su tiempo para contestar. Se acercó, aún de pie, a la silla que presidía la sesión y, agarrándola, les espetó:

—¡Estoy harta de ese viejo! ¿Acaso se halla presente? ¿Ha tenido el valor para acudir aquí, donde realmente se decide sobre estas

tierras? No. Así que, prosigamos.

—Es nuestro… —apuntó en voz baja el de Nidonia.

—¡Continuemos!

Los consejeros callaron, ahorrándose las réplicas de aquella que, por deudas y favores, los esclavizaba. Leandra los miró, entendiendo que debía ser algo más complaciente con esos hombres de túnicas sin luz que legislaban según su conveniencia.

—Señores míos, traedme los nuevos pergaminos —dijo con suavidad—. Es esta una ocasión solemne en la que los hombres de ley van a poner fin a mucha confusión. Las gentes del pueblo necesitan que alguien les muestre dónde recoger y guardar las flores y qué jardines les están vedados.

Leyó uno a uno los edictos que intentaban articular de algún modo una comunidad que sufría severos desórdenes.

*«Lex Coloni: si alguien mantiene y oculta en su propia casa un colono que pertenezca a otro, lo restituirá a su dueño y, después, estará obligado a pagar un tributo…»*

*«Lex Bavorum: si una persona por compasión recoge a un niño, varón o hembra, repudiado por su patrón, tal niño permanecerá bajo el dominio de la persona que lo recogió… Si alguien compra un niño recién nacido y lo cría, tendrá derecho a quedarse con él y a poseerlo»*

*«Lex Dominici: si una mujer libre se une a un hombre de status servil y se olvida de su propio status, perderá la libertad y sus hijos serán esclavos del dueño del esclavo al que se unió en contubernio…»*

Estaba harta. Hasta los siervos huían y algunos hombres libres también. Debía atajar todo lo que atentara contra su hacienda. Sancionó las leyes y, al fin, pudo levantarse para abandonar aquel salón de hombres sin corazón que vivían tan preocupados por sus aparceros, tierras y manufacturas sin rédito.

A la salida la esperaban sus tres doncellas, junto a Traeras y la guardia.

—Espero que en el Teatro de Mezilles hallemos buen vino y un poco de la alegría que me falta —dijo Leandra.

—Señora, esta noche los ciudadanos se rendirán ante vuestro noble porte. Y he oído que sobre el escenario encontraremos malabaristas de Belkasa y músicos de Nogrog —apuntó Traeras, intentando reanimar el semblante cansado de la dama.

Leandra, al percibir el bullicio de la calle, al ver los estrechos callejones adornados con balcones en los que asomaban retales de otras vidas, acaso dichosas, sintiendo las prisas de muchos para acabar con los deberes del día y poder volver a sus casas, pensó en las leyes que había firmado. Un pensamiento fugaz la perturbó, mientras las doncellas alisaban con las palmas su vestido de paño verde. Cuanto

más apretaban las cuerdas del saco en el que vivían siervos y gentes libres, más reducidas eran las rentas que obtenían. Y aún peor, los invisibles lazos de fidelidad hacia el Consejo se resquebrajaban.

—¡Actuarán esos cómicos vesclanos, con sus colas ridículas! ¿Lo sabéis?

—Sí, señora, serán los últimos en salir —respondió Tesminia.

También sopesó que, con la *Lex Coloni* en la mano, había razones para emprender una guerra contra Los puros, pues los huidos escapaban a las tierras de nadie, pero otros muchos se dirigían hacia las tres ciudades de aquellos, donde eran bien recibidos.

—Comamos algo en la taberna de los Ménidas y luego, al teatro —ordenó, forzando una sonrisa.

Acudir al teatro no la había distraído demasiado. Estaba nerviosa, su cuerpo más que su mente intuía que algo no iba bien. Sentada allí, frente al escenario, había visto pasar actores y bufones, juglares y otros que con sus artes no habían conseguido alejarla de las preocupaciones. Se mordió el labio inferior y se acercó a la ventana de su cámara, tras la cual aguardaba la medianoche. Casi nadie paseaba por las calles de Nueva Vamurta. Se habían ido todos a dormir. Dio dos vueltas por la estancia, apagando una a una las velas, excepto la que ardía junto a su gran cama. Corrió la cortina. Sabía que iba a costarle conciliar el sueño. Estuvo a punto de soplar la última luz, que daba una claridad trémula a la habitación. Aquellas leyes quizás fueran un error. Habían huido los primeros, pero estaba convencida de que no serían los últimos. Al final, se decidió. Mandó llamar al joven Traeras.

Leandra se recogió el cabello rizado y se descalzó, dejando los zapatos altos bajo la cama. La relajó dejar los pies sobre la alfombra de antílope, adquirida tiempo atrás a los murrianos. Levantó el espejo y vio sus ojos interrogativos, los surcos de las arrugas que empezaban a marcar su piel. Dejó caer el espejo. El estallido del cristal no la inmutó y se tumbó de espaldas sobre el colchón. Traeras estaría a punto de llegar. ¿Estaba segura?, volvió a levantarse y probó un sorbo de vino tibio y bien especiado. Luego lanzó un puñado de mirra en el brasero y volvió a echarse, esperando.

Llamaron a la puerta que ella acostumbraba a cerrar cada noche.

—Está abierta. Podéis pasar.

Apareció el capitán, ataviado con calzones negros y una camisola blanca medio desabrochada. Había peinado su larga melena hacia atrás y se había perfumado. «Un perfume un tanto agrio, vulgar», pensó Leandra. Sus grandes ojos azules parecían dudar, como en alguna otra ocasión, cuando su señora explotaba en un ataque de cólera.

—Acércate, no hay ningún enemigo aquí.

Traeras se acercó. Ella, al igual que en otras ocasiones, se fijó en el porte fornido de su primer soldado. En su cuerpo duro, compacto. Lo observaba medio incorporada, rodeada de cojines, siguiendo sus pasos con ojos de gata. El joven avanzó lentamente hasta el borde de la cama, momento en que ella se incorporó, sentándose de rodillas sobre las almohadas. Levantó la cabeza, apartando sus cabellos rizados de su rostro afilado. Sonreía.

—¿Qué? —dijo Leandra, buscando provocación.

—Me habéis llamado —contestó él.

Leandra aproximó sus dedos a la entrepierna de su oficial, divertida, y los dejó ahí jugueteando, con la misma aparente inocencia de la mujer que escoge las piezas en el mercado de la fruta. Quería saber qué se sentía, cuál era su poder. El joven se mantuvo hierático, firme. «Esta noche podré dormir», se dijo a sí misma.

—Ninguna queja, Traeras. Sobre tu virilidad no hay duda alguna.

****

Ermengol se enfrentó a la puerta. Miró con atención sin observar nada extraordinario, ni en los herrajes ni en las hojas de madera. Con un leve empujón la abrió y cruzó el umbral. Un pequeño túnel abovedado conducía hasta el comienzo de una escalera estrecha que descendía con brusquedad. Empezó a bajar despacio, apoyándose en las paredes húmedas para no resbalar. A pesar de la oscuridad que nublaba su percepción, se dio cuenta de que aquella pócima que había ingerido alteraba sus sentidos. Por su larga experiencia como médico, sabía que no debía resistirse. Dejó que los efectos del brebaje viajaran por su mente, libres, hasta que pasara la tempestad. De lo contrario, se volvería loco. Los escalones y las paredes sufrían una leve ondulación, como si los sillares fueran gelatinosos. Pero no prestó atención, no, era su cabeza.

Una llama marcaba el fin del descenso. En la profundidad, una niebla espesa flotaba en el aire, ocultándolo todo. Creyó estar en una gran mazmorra, aunque no podía estar seguro de ello. ¿Era también una jugarreta de su conciencia o realmente aquello que lo rodeaba era niebla? Tenía sensación de invierno, de bosque. Hasta olía a madera mojada y a hojarasca putrefacta. Decidió quedarse donde estaba hasta calmarse un poco.

Advirtió algo distinto, levantó un brazo y tocó la pared. Estaba caliente. Entonces fue cuando notó que la niebla lo ahogaba levemente. Pensó que lo mejor sería circundar la sala con la espalda pegada al muro hasta encontrar una salida. Así lo hizo, hasta que al

cabo de un buen rato de arrastrarse siguiendo aquella circunferencia de piedra, volvió a estar en la entrada, junto a la vela. Pensó en huir, volviendo sobre sus pasos, escaleras arriba. Dominó el impulso, pues volver con la vieja equivalía a ponerse una soga al cuello. Debía cruzar la niebla, la salida estaba en algún lugar, en algún punto bajo esa masa de vapores tibios. Quiso entender que los cuerpos que se dibujaban en el vaho, a la luz de la vela, era meras ilusiones. Esos brazos y esas cabezas que se desvanecían en silencio no eran más que sombras, un truco de aquel rey que lo desafiaba, aunque se percató de que su pulso se aceleraba, un sudor repentino mojaba el jubón que vestía. Muy a su pesar dio tres pasos hacia delante. Luego, dos más. La niebla empezó a girar, a girar más deprisa a su alrededor hasta marearlo. Cayó al suelo, arrodillado, y se apretó las sienes intentando frenar aquella espiral. Cuando volvió a levantar la cabeza, la sensación de mareo había desaparecido y el aire volvía a estar quieto. Se había desorientado completamente. Retrocedió cuatro pasos sin encontrar las escaleras. Corrió, fue de derecha a izquierda, perdido en aquella nube pegajosa. Un jadeo, algo que oyó, frenó su carrera alocada. Se volvió, torció su cuello hacia el origen del sonido, volvió a girar sobre sí mismo. Allí no había nadie. Alguien toco su espalda. Su cuerpo se paralizó.

—¿Por qué no estás en casa?

Un niño, un niño gris, lo examinaba con las pupilas muy dilatadas.

—Qué, qué dices… ¿Qué haces aquí?

—Fuiste servidor de Onar, consejero de la Corte, médico de Palacio —dijo el niño—. ¿Por qué no estás en casa?

Ermengol sintió un estremecimiento. Aquella criatura no podía ser real. No podía estar preguntándole aquellas cosas. ¿Era la voz del dios-rey?

—Estoy aquí porque he perdido mi casa. Y busco algo, en estas tierras, ¿niño, dónde estás? ¡Niño! —dijo, gritando.

Se había desgañitado, se dio cuenta. Él jamás gritaba, ni tan siquiera le era necesario alzar un poco la voz para ser escuchado. Lo estaban desquiciando. «Onar, jamás te he pedido nada, siempre he cumplido con tus obligaciones. Onar, dame juicio o sácame de aquí», murmuró.

Tomó una resolución. Avanzaría de cuclillas en todas las direcciones, hasta encontrar una salida. Así lo hizo, medio reptando en la oscuridad como un esforzado escarabajo. Tras dar vueltas sin intuir más allá de sus propias manos, a veces tocando las paredes de esa especie de cárcel, se planteó, por vez primera, que la salida no existía. Que aquellas mazmorras fantasmales eran el principio y el fin, que no tenía sentido seguir buscando. «Sácame de aquí, muéstrame los

caminos», musitó. Fue justo entonces cuando vio un resplandor entre los vapores y allí se dirigió, medio agachado.

—Ermengol, soy yo.

El médico quiso llorar, de pura desesperación. Frente a él, sosteniendo una antorcha, se encontró a una figura con su mismo semblante.

—Acércate, no tengas miedo —dijo la voz. Entonces rió con una carcajada helada, con una voz de otro sitio.

—No te acerques a mí —contestó, apartándose.

—Te perderás de nuevo, amado, no podrás salir. Solo yo conozco donde está la puerta.

—¡No! Tú no sabes nada.

—Sí lo sé. ¿Quieres que te lo explique todo? ¿Que te lo cuente poco a poco?

—¡Basta! ¡Desaparece!

—¿Acaso tienes prisa? ¿Tanta como cuando huiste de Vamurta? Fuiste uno de los últimos en embarcar, dejando a tantos amigos en tierra. ¿O no fue así? Callado y discreto. Servicial. Este es tu sino. Toleraste a esa mujer déspota, Ermesenda, miraste hacia otro lado cuando su daga hacía sangrar a los que osaban cuestionarla.

—¡Calla!

—Y en las colonias, en Nueva Vamurta, poco tiempo has necesitado para encontrar tu cómodo rincón en un mundo en el que poder dedicarte a esas preguntas absurdas y abstracciones que a nadie interesan, conformista, dando tu aprobación al Consejo de los Veintiuno. ¿Eso está mal o está mal?

Ermengol se abalanzó sobre el fantasma, preso de un ataque de furia. El otro sacó un puñal de debajo de sus ropas y se lo tendió. Entonces, el médico reaccionó, rechazando con un gesto violento la daga.

—Debes darme algo, antes de marchar. Una cosa pequeña. Te diré cómo escapar. Abre la boca y permite que seamos uno —dijo, a la vez que tiró de él para aproximarlo. El cirujano lo empujó y se alejó, huyendo.

—No has sido un buen hijo, vuelve aquí —oyó.

Al volverse, antes de perderse en la bruma, vio a sus espaldas a Onar. Alto, formidable, señalándolo. Ermengol dejó de correr. ¿Tenía a dios cerca? Aquellos ojos no eran piadosos, no amaban.

—Vuelve conmigo.

—Tú no eres Onar, ¡eres un espectro alimentado con odio!

Notó que sus pies dejaban de tocar suelo firme. Durante unos instantes voló, aterrizando de lado sobre algo blando. Rodó por una pendiente, rebozándose con broza húmeda, volteándose sin control hasta precipitarse al vacío y caer en un pozo, sumergiéndose en aguas

heladas como un saco lleno de piedras, bajando muy rápido, formando parte de aquel universo negro, absoluto. Cuando empezó a faltarle el aire, despertó. El frío súbito tuvo la virtud de hacerlo reaccionar. Se removió para volver a la superficie, ascendiendo en el silencio metálico de las aguas borrosas.

Al llegar a la superficie respiró, agarrado a la roca resbaladiza. Consiguió salir del agujero. Se tumbó jadeando sobre un manto de musgo. Miró a su alrededor. Se encontraba bajo una bóveda pesada, recubierta de líquenes. ¿Cómo salir de ahí? Aquello era una mazmorra, un círculo de piedra cuyo ojo era el pozo. Podía salir por un estrecho pasadizo, un túnel por el que no podría pasar un hombre corpulento. Era la única salida. Palpó sus paredes gélidas y un asco repentino lo sacudió. El corredor era un nido de insectos, cientos, miles de ellos. Aquello lo superaba, sentía un terror atávico a las arañas, cucarachas y gusanos desde niño. Volvió al pozo. Mientras miraba las aguas mansas, cavilando sobre la posibilidad de que existiera una salida secreta, un destello lo hipnotizó. Algo iluminaba las entrañas del pozo, creando a la vez ligeros remolinos. Una gota de luz azul brilló en el fondo, una luz bella, mágica. Ermengol, absorto, sonreía viendo cómo los chispazos se hacían más intensos y ascendían, crecían. El punto azul pronto adquirió el tamaño de una bola de hielo que subía rápidamente. Los sillares de la bóveda se estremecieron, provocando el desprendimiento de una nube de polvo. La techumbre volvió a temblar, cayendo los primeros cascotes. Un frío intenso creció desde sus pies hasta el resto del cuerpo; piernas y brazos quedaron agarrotados. Comprendió que aquello que estaba a punto de emerger no era un truco, era un tipo de muerte. La estancia quedó cuajada al mismo tiempo que el médico se lanzaba por el túnel estrecho. Suplicaba, lloraba como un cachorro. Detrás de él la bóveda había quedado petrificada por la explosión azul.

Se arrastraba a tientas, llamando al Onar verdadero. Su rostro y los ojos estaban cubiertos por los jirones de las muchas telarañas que había roto. En los tobillos, en los antebrazos, hasta en su vientre, se paseaba un ejército de insectos que recorrían su piel gris, mucho más caliente que el suelo. Sollozaba, atenazado por un pánico profundo. Vislumbró un haz de luz mortecina en el fondo de aquella noche. ¡Luz! No quería desaparecer en aquella catacumba. Sin entender el porqué, arrastrarse se le hacía muy penoso. Hincaba los codos sobre el manto de insectos y con los pies empujaba sin avanzar mucho. Se sentía como un gusano en su crisálida que lucha por romper su propia prisión.

Llegó al final del túnel, salió, desplomándose sobre una plataforma de piedra, un balcón en el último nivel del zigurat. Los insectos lo abandonaron, retirándose a su guarida. Ermengol se

levantó, observando su cuerpo. De sus dedos nacían raíces, como de sus pies y piernas. Un manto de telarañas lo recubría, sus cabellos eran gruesas lianas y por debajo de su ropa asomaban hebras de musgo, ramas secas y más raíces. Dio dos pasos, hasta apoyarse en el antepecho de aquel mirador. Había dejado de ser un hombre. Era el momento en que los colores del día se diluían ante el ímpetu de la noche, sobre las luces de Geritten. Siete niveles bajo sus pies, bajo aquel acantilado construido por los sufones. Una terrible caída. «¿Qué me han hecho? ¿En qué me han convertido?». Se sentía desfallecer, sin fuerzas para ni tan siquiera pensar. «Saltar al vacío». Sentía la atracción en su interior, saltar y acabar de una vez. Era hermosa la noche, hacia el oeste se distinguían las últimas franjas anaranjadas, intensas, fulgentes. A sus pies tenía una muerte rápida y limpia. Cuando ya estaba dispuesto, vio, muy abajo, a dos figuras que parecían estar atentas. Era casi imposible distinguirlas, pero creyó que lo esperaban. ¿Sabían que iba a saltar? ¿Cómo…? Soltó la baranda y se echó para atrás, sentándose de espaldas al precipicio.

Se despertó muy debilitado, estaba estirado en un lecho. Se encontraba en algún lugar que, como en un sueño, emitía una luz blanca que lo envolvía todo. Al moverse, provocó una leve oscilación en el agua caliente. Pudo levantar la cabeza, un poco, para ver que se hallaba tumbado, medio sumergido, en una caja de nácar en la que levitaba. Una gran membrana translúcida lo cubría como si fuera una tienda. Su cuerpo volvía a ser el de antes, las alucinaciones habían quedado atrás. Creyó percibir un pálpito, una vibración que se repetía, regular. Cerró los ojos, deseando tener suficientes fuerzas para volver a abrirlos.

Una mujer gris, acaso una joven esclava, añadía agua. Vio que el caparazón invertido donde se hallaba recostado, cambiaba de color. Blanco, verde pálido. Los tonos parecían burbujear. Algún tipo de flores acuáticas asomaban sobre el agua a su alrededor, dejando escapar perfumes dulzones. Unos cuerpos se movían al otro lado de la membrana, iban y volvían a aparecer. La esclava se retiró y volvió el silencio que lo adormilaba, hasta que notó una punzada en su cabeza. Luego otra, más aguda. Ermengol se resistía, una fuerza pugnaba para entrar en él, para bucear en sus recuerdos, para absorber lo que había visto, oído y pensado.

Lanzó un grito y se levantó bruscamente. A su derecha vislumbró una figura alargada, más alta que las otras sombras que se le habían acercado. Cayó sobre las aguas, convulsionado. Una brecha se abría en su cráneo, una fuerza lo invadía. Recordó las antiguas enseñanzas, los ritos avanzados de Onar y dejó de resistirse. Que entrara, que viera… Él también tendría su momento. El otro era más fuerte, avasallador,


abrasivo, pero no esperaría que él lo acompañara en su camino de vuelta.

# 34
## el valle de las penumbras

Clavó los codos escamosos sobre la hierba fresca y levantó la cabeza por encima de los tallos. Vio el camino que descendía serpenteando entre prados todavía verdes y robles viejos que asemejaban ser los guardianes de la ruta del oeste. Pronto, aquella senda los conduciría al gran Bosque de las Hiedras. Por el cielo discurrían bolsas de nubes viajando hacia el mar con las panzas anaranjadas por la luminosidad cremosa del atardecer. Sobre aquel paisaje rico de suaves lomas, el mundo se adormecía acunado en la lentitud del crepúsculo. Arrastrándose un poco más, su cuerpo se situó en el punto más alto del altozano que dominaba la llanura. Olisqueó el aire, que traía aromas de tierra húmeda, sin conseguir descifrar nada más. Las anchas fosas de su nariz buscaban algo distinto, como su mirada, que se detuvo en el camino y siguió más allá, rastreando el horizonte. Luego descendió del montículo hasta llegar al amplio sendero y, estirado sobre la tierra compactada, dejó reposar la oreja izquierda en el suelo, atento al más leve temblor. Pero todo fue en vano. Se incorporó y se dirigió a los hombres grises que aguardaban a unos pasos de aquella vía.

—Nada —dijo Lateas, sacudiéndose la tierra —. Ni una señal.

—¡Vamos! ¿Nada? Hace tres lunas que escapamos de los lagos, ¡asquerosos insectos!, algo deberíamos ver, vesclano, una mancha lejana, una nube de polvo.

—Nada —repitió el viejo vesclano.

Lemas lo observó, acariciando el largo y ancho cuchillo que colgaba de su cinturón. Volvió a maldecir. La brisa de la tarde movía su cabellera de pelo liso y oscuro.

—Cargados de viejos y niños malcriados, incluso los sufones a pie son más rápidos que nosotros —afirmó el gris—, y su avanzadilla de exploradores o lo que sea mucho más.

—Hay otros caminos —contestó el vesclano sin inmutarse.

—Pasando junto a la factoría de los murrianos, la del lago o la del río, y poniendo sobre aviso a toda la línea de fuertes-factorías. ¡Hasta esas cucarachas piensan!

—Los murrianos no van a intervenir, nunca lo han hecho.

—Mañana alcanzaremos el asentamiento murriano del río, el que controla el vado del Crayón. Quizá esas alimañas sepan algo —especuló el hombre gris.

—Dile al capitán que nadie nos sigue, Lemas.

—¡Pestes! Siempre soy yo el que corre como una liebre. Iré, pero

en la próxima carrera deberás mover tu cola de reptil, vesclano.

Lateas vio como su compañero de cacerías trotaba dando pequeños saltos hacia la cabeza de la columna, con el escudo atado a la espalda a modo de caparazón. Le importaban un comino las quejas de aquel hombre enjuto. Se sentía dichoso a una edad en que pocas recompensas pueden esperarse. Era consciente de haberse perdido largo tiempo en una vida azarosa, la de mercenario en tierras de nadie, y ahora que su palabra había salvado a la hueste de Icet, y de este modo, a muchos vesclanos, creía percibir en su corazón un equilibrio perdido hacía tiempo. Únicamente lamentaba la pérdida de su joven acompañante, Oirarick, acribillado por los arcabuceros, caído como un héroe. Los dedos cartilaginosos de sus pies se contrajeron sobre la tierra mojada al recordarlo; tan fiel, tan lleno de esperanzas.

Los hombres que formaban retaguardia con el viejo vesclano, nombrado oficial por Serlan, se replegaron, abandonando el peñasco. Ellos eran los ojos y los oídos de aquel gran grupo que huía hacia poniente, con la misión de detectar a tiempo a sus perseguidores, si es que estos existían. Así, a medida que la columna avanzaba, ellos volvían sobre sus pasos continuamente, buscando a un enemigo que no se mostraba, fantasmal.

Lemas corría lentamente ladera abajo, pensando que esa noche podrían encender pequeños fuegos si encontraban algún cobijo, como un denso grupo de robles o chopos. Quizá una colina abrupta que los escondiera. A lo mejor habría algo de carne cobrada por las tres partidas de caza que batían los campos adyacentes. Soñaba con un gran corzo desollado, repartido en grandes pedazos humeantes. Hincar el diente en la carne caliente. Dejó a sus espaldas el grueso de la retaguardia, aproximándose al centro de la columna. Allí se encuadraban la mayor parte de los vesclanos, de paso más lento que el hombre gris, mandados por su orgulloso señor, Icet, quien lucía una aparatosa cataplasma manchada de sangre sobre el cuello. Eran estos los encargados de transportar a los heridos, la mayoría de su raza, en camillas construidas con ramas gruesas y restos de telas. Cada vez que veía esos camastros arrastrados con mucho esfuerzo, Lemas no podía dejar de preguntarse hasta dónde los moverían y en qué momento deberían abandonarlos. Si se producía un ataque por sorpresa, la suerte de los heridos estaba echada. Aunque algunos agonizaban, muchos otros tan solo sufrían simples fracturas que les impedían seguir el camino. ¿Qué sería de ellos? Mezclados con los heridos y la guardia vesclana, correteaban niños amonestados por madres agotadas, que como bastón usaban lanzas abandonadas tras la lucha en la Ciudad de los Lagos. Incluso los pocos ancianos que los acompañaban, sudorosos y callados, se servían de venablos para

andar. Junto a las tropas de Icet, el antiguo conde había situado un grupo de unos treinta arcabuceros, armados con las herramientas abandonadas por los sufones. Mercenarios grises habituados a esas lentas armas de mecha que, durante los descansos en el camino, enseñaban a aquellos que no sabían manejarlas todavía. A paso vivo, llegó hasta la vanguardia, compuesta por los hombres de Cortenuova con Serlan De Enroc al frente, junto a Aldier, que le servía para transmitir las órdenes, y Sara, que caminaba al lado de Eszul, quien conocía el territorio.

El antiguo conde llevaba un casco puntiagudo con orejeras de metal atado al fardo que caía de su espalda en el que, como cualquier otro soldado, cargaba provisiones. Ladeada oscilaba una rodela de cuero y hierro. De su doble cinto colgaba una daga larga en la siniestra y a la derecha su nueva espada, estrecha y ligera. El pelo negro de Serlan había crecido y algunos mechones caían sobre su frente gris cuarteada, cruzada por amplias arrugas que como ondas de agua se sucedían unas a otras hasta tocar el promontorio de su nariz curvada.

—Debéis saber que esta es la última vez que llego a vos dando brincos como una cabrita —dijo Lemas—. La última, ¡por todos los dioses!, para volver a deciros que detrás no hay nada ni nadie.

El conde lo miró un instante, sin dejar de caminar. El sonido de las pisadas y el tintineo de las armas volvieron a reinar en el camino.

—Eszul —inquirió Serlan—. ¿Hay otros caminos que lleven al oeste?

—Sí los hay, señor. El del norte está controlado por la Ciudad Libre de Oquadé y el del sur por la Asamblea de las colonias. Los sufones no pasarían desapercibidos en ninguno de los dos.

—Entiendo. Aunque nada sabemos de los juegos de cartas de los poderosos. Cortenuova sabía más, tenía muchos amigos, oro… Lemas, si tan débil os sentís, incorporaos al centro de la columna, con los arcabuceros. Así, podréis ayudar a los mayores y a las madres, que tanto les cuesta seguir nuestra marcha. Os ponéis a su lado y les ofrecéis, como hombre gentil que sois, vuestro brazo.

—Pero… ¡Diablos! De acuerdo, volveré con Lateas y esta será la última vez.

Cuando Lemas hubo desaparecido entre las nubes de polvo de los fugitivos, el antiguo conde comentó:

—Luchó bien en la Ciudad. Tenerlo cerca es una suerte, con ese cuchillo ancho en las manos es temible, aunque todo le parece mal, hasta el color del cielo. Me pregunto si es nacido en las colonias o en el otro lado.

—En el grupo que formamos no parece muy importante dónde hayamos nacido, ¿verdad? —apuntó Sara, apartándose los cabellos del

rostro—. Lo que cuenta es lo que seamos capaces de hacer.

El conde sonrió y Eszul levantó la cabeza.

—Siempre debería ser así —dijo la mujer roja.

—Mi pueblo se rige por un principio similar: los méritos —añadió Aldier—, excepto si eres una Reina, pero aún así entre ellas gobiernan las mejores.

Sara miró al murriano mientras la vía que seguían volvía a descender perdiéndose en una curva para volver a aparecer entre setos de hoja dura y chopos rectos como los pilares de un templo. El camino, finalmente, se desdibujaba en zigzag en el horizonte azul oscuro. Tanto tiempo odiándolos y ahora se daba cuenta de que junto a un murriano, alto y tatuado, se sentía protegida.

—No nos has dicho cómo conseguiste escapar de los sufones, Aldier —preguntó Eszul.

—Corriendo como jamás lo he hecho —respondió riendo—. Cuando pasé por delante de nuestro capitán y de los vesclanos, casi ni los vi. Me di cuenta por el fragor repentino del combate. Ni tan siquiera notaba el suelo, solo el resoplar de esos diablos a mi espalda, el clamor cada vez más cercano. Y detrás el resplandor del fuego. Los pulmones me explotaban —Bebió un trago de agua y su expresión cambió—. Nos entretuvimos demasiado incendiando aquel barrio. Quise hacer demasiado jaleo. Sahagún y Daneu lo pagaron caro.

—Sin esos fuegos y el buen azar no hubiéramos salido de la Ciudad de los Lagos. Jamás. Nada sabíamos de esos regulares y los renos hasta que fue tarde. ¡Si ya dudaba contando solo con los mercenarios de Asch! —exclamó el conde—. Los fuegos entretuvieron a una buena parte de las fuerzas enemigas. Murriano, si todos se hubieran movilizado, nos habrían aplastado como a una lombriz. Pocas veces te hemos debido tanto, Aldier.

—¿Y ahora qué, podremos resistir? —preguntó Sara.

—Quién lo puede decir —respondió Eszul, abriendo los brazos—. Quién sabe qué es lo que sucederá mañana o si esta noche nuestros corazones seguirán latiendo, Sara. Lo que sí sé es que tras la cena llenaré mi copa con vino dulce, que si nos alcanzan, lucharé hasta que esos sacos de huesos den un paso atrás al ver la punta afilada de mi lanza danzar delante de esas trompas atrofiadas.

—Así sea —concluyó el conde—. Mirad, vuelven los cazadores. Y eso que traen parece un jabalí. Su carne es algo dura, pero aun así me gusta más que el grano hervido, y lo lamento por ti, Aldier. No sabéis lo triste que resulta para un hombre gris vuestra cocina de cereales remojados.

Al alba enterraron a uno de los doce heridos que arrastraban penosamente desde la huída de la ciudad, un hombre gris, uno de los

mercenarios a las órdenes de Icet al que una lanzada había perforado sus tripas. Discutieron, pues algunos grises preferían la incineración. El problema era que, según sostenía parte de la tropa, una columna de humo llamaría la atención. Dos vesclanos agonizaban en sus camillas de maderos y ropa vieja, cubiertos de mantas. El caudillo de los vesclanos, silencioso, hizo una señal. Seguirían cargando con ellos hasta que sucumbieran. El antiguo conde nada dijo. Los muertos en la Ciudad de los Lagos pesaban a todos.

Tras una mañana en la que el sol los acompañó sin piedad, alcanzaron el curso alto del Crayón, que bajaba brioso, en el único vado practicable en muchos tradios a la redonda. Observaron la silueta de la factoría-fortaleza de los murrianos, cerca de la cual la columna se agrupó formando un círculo cerrado a una distancia prudencial de las murallas.

Junto al arenoso acceso al paso, sobre una leve pendiente, se alzaba el pequeño bastión construido con adobe. Apenas seis torres bajas y una muralla de la altura de dos hombres grises resguardaban los almacenes, peleterías, barracones y lo que parecía una humilde fundición, de la que escapaban pequeñas volutas negras. En el patio descansaban dos catapultas ligeras. Sobre las almenas refulgían las armaduras de los centinelas y vieron, detrás de la única puerta, dos parejas de escorpiones protegiendo la entrada, junto a la que crecían hortalizas en los huertos que alimentaban a las tropas y mercenarios destinados en el fuerte.

—Un puesto comercial —afirmó Aldier—. Desde aquí compran a sufones y vesclanos; también en las ciudades libres, para descender con esas embarcaciones de remos y velas triangulares río abajo, hasta llegar al mar. Y de allí, a casa.

—¿Cuántos crees que hay, Aldier? —preguntó el conde.

—No más de cien. Los superamos en número, aunque…

—Aunque ellos nos esperan detrás de sus almenas, bien pertrechados. Valdría la pena tomar este fuerte mediante un golpe de mano. ¿Vale su riesgo? Sara, ¿qué piensas tú? —quiso saber Serlan.

—Que el tiempo es nuestro enemigo. Deberíamos hablar y pagar. Pagar bien si es menester.

Las lanzas miraban al cielo. Las cañas de tabaco fueron encendidas por los soldados. Una nutrida columna maloliente, cubierta de tierra y suciedad, compuesta de seres distintos armados con filos de muchas procedencias, pero también temible a los ojos de los otros. El joven señor de los vesclanos, Icet, observó a Sara con sus ojos astutos, acariciándose su barba escasa y amarillenta. Con una breve reverencia aprobó las palabras de la joven, seguido por Aldier,

Lateas, Lemas y Eszul, los cabecillas de aquella hueste variopinta.

—Aldier, como hermano que eres de ellos, irás a parlamentar. Que te acompañe quien tú escojas.

—Serlan, capitán. No puedo asistiros. En el momento en que se cerraran las puertas del fuerte tras de mí, sería apresado.

Las miradas de los presentes se posaron sobre la espigada figura del murriano, sorprendidas e interrogantes. Nadie podía entender sus palabras, ni comprender cómo, en una factoría perdida del norte, podrían tomar prisionero a Aldier.

—Desconozco tu pasado y las acusaciones que pesan sobre ti, pero en estas tierras vírgenes los ciclos que hemos dejado atrás, como una torre entre la bruma, parecen no existir. ¿Cómo podrían saber quién eres ni qué has hecho? —le preguntó el conde.

—Por el Libro de las Pieles. Cuando alcanzamos las dieciséis primaveras se nos lleva al templo de Keijinka y allí se nos otorga la edad. Lo que vosotros llamáis un sacerdote dibuja en nuestras espaldas un camino, una marca que nos guía, que recorre nuestro cuerpo hasta la cabeza. Cada uno es diferente, copiado en el Libro de las Pieles —Aldier sudaba mientras se explicaba y su voz pareció recuperar el timbre de serpiente propio de su raza—. Todos los que cometemos una falta grave vemos manchada nuestra honra, al ser registrados en otro Libro, el de la Vergüenza... Cada comandante tiene una copia y allí, en la factoría, hay un comandante.

Nadie respondió, nadie dijo nada. Muchos de los reunidos miraban al suelo o los bosques próximos. Las aguas del Crayón descendían, levantando un rumor constante que ahora escuchaban con nitidez. El antiguo conde meditó sobre cuál habría sido su pecado, qué falta mancillaba su memoria. «Mejor no preguntar, todos lo estiman», se dijo. Él, que durante tiempo creyó que el murriano era un agente, un esbirro despiadado. Sus anteriores pensamientos le parecieron ridículos, fruto de un alma a la deriva durante demasiadas lunas. El murriano era un ser que huía, igual que él, al igual que todos.

—Yo iré. Seré escuchada.

Eszul los miraba con determinación desde su enorme estatura. En su voz no había grietas. Aglutinados por el destino, hasta el último de los miembros de la hueste comprendía que una demora en el cruce del vado podría significar el fin de aquella compañía, ser cazados en un llano sin posibilidad de defensa, con el río y un fuerte a sus espaldas.

—Mujer roja —dijo el murriano—, agradezco tu disposición, pero dudo que esos de allí te reciban. Al igual que a nuestro capitán, aunque por razones bien distintas.

Eszul sonrió con un punto de tristeza dibujada en sus gruesos labios. Con un gesto lento, sus manos se acercaron al cuello. Tiró con suavidad del collar, dejando el colgante a la vista de todos. Un gran

sello turquesa brilló un instante, tocado por el sol de mediodía. Dort, el hombre rojo, dejó escapar un resoplido, exclamando algo en su idioma. Se acercó a Eszul hasta casi tocarla e hincó las rodillas en el suelo. Icet, el señor de los vesclanos, también reconoció el sello.

—Erais vos… Señora. Corría el rumor en el burgo, aunque jamás le di crédito.

—La Ciudad de los Lagos, señores, es el cerrojo de todo el norte. También una ciudad próspera —sostuvo Eszul—. Quien la gobierne, puede abrir o cerrar los caminos, permitir o desmantelar las rutas comerciales o asomarse a occidente o poniente. O al sur… Eso los sufones lo han sabido entender, al igual que mi pueblo. De ahí que me prometieran con ese jefe de clan, a las órdenes de Asch. Uno al que no amaba. Querían asentarnos y más tarde, traicionando a los sufones, mandar en la aldea.

—Pero, ¿quién sois? —preguntó Serlan, ante la expectación creada en la hueste que asistía a la escena como si de una inesperada representación se tratara.

—Una Bálkida, la hija de Luctoria, jefe de jefes de clanes.

—Una princesa —dijo Sara.

—Somos un ejército muy ilustre —concluyó Dort, de rodillas, con una mueca, esperando que la mano de Eszul se posara sobre su cabeza para desearle fuerza y buena fortuna—. Señora, Dort Riala pide la gracia de los Bálkidas.

—¿Has hecho algo bueno para merecerla, además de ir de un lado a otro fanfarroneando y bebiendo toda la cerveza que consigues arramblar?

—Oh, ahora os mostráis tal como sois, sin un ápice de humor —el guerrero se puso de pie—. Altiva y cargada de perspicacias de quien quisiera y no debe.

—El único hombre rojo de toda esta comarca, aunque sea de un clan de gente holgazana, y viene a desafiarme. Así es mi pueblo.

—No osaría desafiar a mujer de tan alta cuna.

—Basta ya, Dort Riala —dijo Eszul—. Vas a acompañarme al fuerte-factoría y te vas a comportar como mi fiel guardaespaldas. Un poco de fanfarria me irá bien para impresionarlos.

—Como deseéis, princesa. Incluso seré capaz de sonreír. Lástima que no habrán otras mujeres rojas capaces de apreciar mis variopintas cualidades —contestó Dort, riéndose, a la vez que miraba a sus compañeros, buscando la complicidad de estos.

—¡Vamos! Y no me adelantes al entrar, ve detrás. Harás bien el papel de perro.

—El perro de una princesa. Sería peor ser el perro de una tabernera sin dientes, aunque seguro que sería más agradecida —iba murmurando Dort Riala, mientras se alejaban en dirección al fortín.

Eszul, acompañada de Dort, volvió a media tarde, cuando muchos creían que habían sido retenidos.

—Treinta y siete tercios de plata para esos perros —dijo la mujer, refunfuñando, para añadir—: crucemos el río tan deprisa como sea posible. Nos han estado entreteniendo tanto como han podido con estúpidas ceremonias. ¡Larguémonos de aquí!

La columna vadeó el Crayón bajo la mirada atenta de la guarnición murriana sin demasiados contratiempos. El florecimiento de roca que, a tramos elevado sobre la corriente, permitía el paso, hizo resbalar a algunos de los hombres grises que cruzaban cargando los fardos con provisiones, que escaseaban, como las botas de vino, insuficientes para más de dos jornadas de camino.

El calor de la tarde ayudó a secar los ropajes y la carga, mientras los fugitivos se reorganizaban en la otra orilla. Tras el descanso forzado por la lentitud de los murrianos, los más débiles parecían mejor dispuestos a afrontar la dureza de la marcha. Los lloriqueos intermitentes de los niños habían cesado por completo; sus madres, sentadas sobre la hierba, los miraban saltar sobre las colas de los vesclanos y jugar al escondite entre el grupo de arcabuceros, que limpiaban sus armas. Los pocos ancianos disfrutaban del calor y los heridos, en sus camillas, abrían los ojos para deleitarse con la luminosidad metálica del cielo.

—Si siguiéramos río arriba nos acercaríamos demasiado a los territorios de los sufones, bordeando los lagos por poniente. Río abajo, hacia el sur, encontraremos esas llanuras disputadas entre hombres rojos, vesclanos y grises de las colonias. Allí hay muchos emblemas y ningún señor —propuso Eszul, señalando en esa dirección.

Icet movió la cabeza de lado a lado, mostrando su disconformidad. Los dedos blancuzcos acariciaron la argolla de su nariz, señal de nobleza, para decir:

—Las gentes de Asch seguro que han cerrado el camino. Es obvio.

La Bálkida se mostró ofendida por esa respuesta cortante, pero guardó silencio. De esa forma les quedaba como única salida seguir profundizando hacia el oeste, sabiendo que eso los conduciría, tarde o temprano, al Bosque lluvioso de las Hiedras, un camino que nadie quería tomar pues los que se habían aventurado por aquella senda no habían regresado para contar qué habita en la fronda, la mayor extensión arbolada de esas tierras mal llamadas colonias. Desde allí solo podían adentrarse hacia las grandes praderías del oeste, una vez cruzado el bosque, ya que los riscos de la Sierra Donera les cortaban el paso hacia el mar.

—El valle que tenemos enfrente es de laderas rocosas, con buenos pastos en el centro. Hay caza: corzos y cabras salvajes, aunque ignoro

si encontraremos algo para vuestros estómagos —dijo Eszul, mirando al señor de los vesclanos.

—Iremos hacia allí ¿Hay algún camino más? —preguntó el conde —. La caza nos permitirá llegar a las ciudades libres y, tras ellas, alcanzar el pórtico del Bosque. Allí decidiremos hacia dónde vamos. Y lo debemos decidir entre todos.

Icet levantó una ceja. Eszul, a su lado, también pareció extrañarse ante aquella propuesta de decisión colegiada. El grupo se puso en marcha, abandonando las planicies del Crayón. La senda empinada que los conducía hacia el valle que les indicó Eszul era incierta, con tramos que no eran más que una marca entre los matojos. Todos tuvieron la sensación de que se adentraban en tierras salvajes. Antes de situarse sobre el paso que daba acceso al valle, el conde pidió al murriano y a Lemas que custodiaran la altura.

—Lemas, tú que eres largo y tienes buenas piernas, quédate atrás para vigilar la quebrada. Temo que los sufones hayan intuido nuestro camino. Aldier, nadie es tan veloz como tú, acompáñalo.

—Bien, capitán. Me quedaré con el *Largo*.

El sol declinaba, grandioso, sobre el valle cuyo acceso custodiaban como dos gavilanes. La luz arrancaba destellos del Crayón. Las aguas revueltas lloraban hilos de cobre como si aquel atardecer no pudiera repetirse más. Aldier y Lemas mordisqueaban tortas de trigo, cobijados por unos castaños hermosos que crecían cerca de la hendidura de la sierra. El horizonte era un mural monótono y brillante. La única novedad había sido la salida de un pelotón de murrianos que se perdieron hacia el sur, absorbidos por un paisaje plano, de verdes oscuros y láminas de oro manchadas.

—¿Qué sabes de nuestro capitán, murriano? Tú que pareces conocerlo mejor, ¿te ha contado algo de su pasado?

—Nada. Él no hace preguntas, tampoco las hago yo. ¿Tú crees, como dicen algunos, que es un magíster caído en desgracia?

—No. Llegué a creer que era un agente del Consejo de los Veintiuno, pero eso ya no tiene sentido. Nos habría abandonado hace mucho.

—Sí, antes de entrar en la Ciudad. ¿Y Sara, su protegida? ¿Es su hija, su amada o una buscavidas… como él?

—El capitán quizás fue un hombre de fortuna, pero, ¡malditos dioses, Aldier! Hasta yo sé ver que ahora no lo es —afirmó Lemas, a la vez que buscaba en su zurrón la caña de bronce—. Se comporta de un modo distinto, no sé encontrar bien las palabras. Nuestro antiguo señor, Cortenuova, dijo algo increíble, no sé, me quedé helado…

—Tampoco yo sabría decirlo con palabras. Aunque hace cientos

de lunas que abandoné mi hogar, hay una palabra, en mi lengua que define a este hombre: *Ajehaltr*, *pastor de estrellas*, es aquella persona… ¿Qué dijo Cortenuova?

—¡Murriano! —exclamó Lemas al ver que Aldier parecía, de repente, totalmente abstraído— ¿Qué es lo que mis ojos no son capaces de ver?

Entre las líneas dentadas de unos cerros, en la orilla opuesta del río, aparecieron unas motas sin color. Pronto las manchas perdieron el efecto de flotación, posándose sobre la tierra. Las facciones angulosas de Lemas se contrajeron, tensándose, escudriñando el infinito. Aldier movió su brazo hacia aquellos puntos nerviosos.

—Se mueven rápido.

—¿Sufones montados, murriano? ¿Ves si son muchos?

—Levantan nubes de polvo, espera. Son como hormigas… Algunos van a pie. Detrás de ellos sí que parece haber renos.

El murriano tironeó de sus largos bigotes, como si se los quisiera arrancar. Sus pezuñas cobraron vida, levantándose del suelo, pisándolo con fuerza. Hasta Lemas se mordió el pulgar.

—Aldier, hacia el norte. Llegan más.

El murriano miró en esa dirección. Sus pobladas cejas de color castaño se arquearon tres veces. Los dos callaron unos instantes, atentos a aquella especie de niebla lejana que iba a converger al vado.

—*Largo*, me quedaré hasta poder saber cuántos han salido de caza. Avisa a los nuestros, por tus dioses. Y diles que al amanecer, o antes, los tendremos encima.

Lemas dejó el cuello del valle atrás, bajando con cuidado por una ladera pedregosa y resbaladiza. Corría guardando fuerzas, pues sabía que la distancia era suficiente para dejarlo sin aire si era demasiado impulsivo. Muy pronto localizó columnas de humo elevándose hacia el cielo rojo, algo que lo sorprendió. El valle era realmente singular. De paredes empinadas, inaccesibles, que cerraban un lecho amplio cubierto de hierba de tallo alto que, como una tela arrugada, tapizaba las ondulaciones de la tierra. Unos pocos montículos sobresalían de ese oleaje verde, lomas aisladas sobre las que se enraizaban nogales de copas frondosas y gruesos robles como mástiles engalanados con pequeñas hojas y largas manos. En uno de esos islotes, el más grande, se habían aposentado. Lemas no comprendía. «¿Por qué no estaban ya en la salida del valle?».

Cuando estuvo lo suficientemente cerca para distinguir a los de la compañía con nitidez, entendió que, al menos, el cerro era el mejor punto para detenerse. Permitía albergar a todos y sus lomas y árboles ofrecían una pequeña ventaja para intentar una defensa cerrada. Al llegar, cansado y resoplando, dos hombres grises se abalanzaron sobre él, acosándolo con preguntas. Lemas solo decía: «el capitán, quiero ver

al capitán», y allí fue conducido mientras caía la noche.

Los más cercanos a Serlan De Enroc lo rodeaban. Este yacía enterrado bajo ropas de abrigo, los ojos entrecerrados. Lemas se arrodilló a su lado y miró a los otros.

—Su cuerpo arde —dijo Eszul.

—La única buena noticia es que hay caza abundante. Están asando dos buenos cabritos y también han cobrado un pequeño corzo —añadió Dort el Rojo—. No sabemos qué hacer, no viaja con nosotros ningún médico. Y no es el único, hay cuatro grises adultos enfermos, más un anciano y once niños.

El *Largo* observaba al antiguo conde con seriedad. Sara parecía muy intranquila e iba de un lado a otro sin hacer nada en concreto. Icet se mantenía sentado con las piernas cruzadas, contemplando la nada junto a algunos de sus vesclanos.

—Dos grandes grupos de jinetes y soldados a pie se acercan por el sur y por el norte. Antes de la salida del sol estarán aquí delante, y eso que nadie los ha invitado… Esperemos que no se les ocurra atacar de noche.

Las palabras de Lemas causaron una gran conmoción en los presentes. El rumor se extendió rápidamente, hasta poner al campamento en pie. El conde abrió los ojos y volvió a cerrarlos, extenuado.

—¿Y Aldier? —quiso saber Sara.

—El murriano se ha quedado en la altura. Volverá, pues puede volar sobre la hierba. Sabremos algo más cuando llegue, o eso espero.

—Partir y dejar a los débiles. Subir a esas altas montañas es el mejor camino.

Las palabras del señor de los vesclanos los dejaron a todos acongojados. Pero, aunque muchos vieron parte de razón en ellas, no hubo parlamento. Sara se encargó de ello:

—Si los cazadores de sircads hemos metido la cabeza en las fauces del lobo, no es para dejar ahora a los niños, viejos y enfermos. La compañía se dispersaría. ¿Para qué luchar?, se preguntarían muchos. Noble vesclano y amigo nuestro, al rescatar de la Ciudad de los Lagos a los débiles, también salvamos vuestras vidas.

Lemas aprobó las apasionadas palabras de Sara, dándose cuenta de su valía en aquel momento. La miró y no vio a la joven, sino a una hábil mujer. Icet no podía sentirse ofendido.

—¿Creéis, señor, que entre aquellos insectos existe la misericordia? —dijo Lemas—. ¿Sabéis el perjuicio que les hemos causado?

Icet, aún sentado, asintió. Sus ojos grandes, del color de una poza de aguas turbias, se fijaron en el *Largo*.

—No habrá piedad para nosotros —afirmó—. Han sufrido un

inesperado descalabro en su propio feudo y cuando dejamos atrás la Ciudad que acababan de conquistar, ardía como una pira funeraria. A los prisioneros los empalarán y no perdonarán a nadie, a nadie. ¡*Mistrand*! —maldijo, poniéndose de pie—. Luchemos. Vuestro capitán está enfermo. ¿Aceptáis mi mando?

El bosquecillo sobre la loma se iluminó con la luz de las teas que el señor de los vesclanos había ordenado encender. El crujir del primer roble derribado resonó en el valle, mientras todos, incluidos los más viejos, se esforzaban en horadar las laderas del cerro para conseguir estorbar la previsible carga de los poderosos renos. Icet, que había abandonado su ensimismamiento, se movía frenético dando instrucciones con voz enérgica. Insistía en que si las líneas de jinetes los alcanzaban compactadas, eso sería lo último que verían. Vesclanos y hombres talaban con ahínco. Las mujeres y los niños cortaban ramas de los árboles caídos, para inmediatamente afilarlas. Otros incrustaban las astas puntiagudas en los agujeros excavados en la pendiente. Las constelaciones empezaban a brillar con timidez, basculando lentamente. Sobre la algarabía de aquellos seres asustados gemía el viento entre los pastos, siseando entre la hierba alta como una culebra.

El viejo vesclano, Lateas, se fijó en una mujer que se arrodillaba entre los niños contagiados, inmóviles junto a sus madres. Clavaba su antorcha en el suelo y repartía una infusión, que los pequeños bebían de un cuenco.

—Mujer, ¿eres una curandera?

—Sí, al servicio de Onar —contestó con timidez.

—¿Por qué no atiendes al capitán?

—Me ofrecí, me ofrecí. Pero no quisieron que me acercara a él. Dijo que era una joven del bosque, que lo sangraría.

—¿Quién?

—Sara, su lugarteniente.

Lateas la encontró junto a los hombres de Cortenuova, arrastrando con dificultad los troncos cortados, a fin de crear una suerte de barricada. Los soldados sudaban y se gritaban como animales furiosos, pues la noche avanzaba y los trabajos se retrasaban en la colina. Lateas se dio cuenta de que algunas cosas no iban bien.

—Sara, hay una curandera cuidando a los niños. Conoce las hierbas, puede ayudar a nuestro señor.

Sara se ordenó el pelo, despejando con la mano su frente redondeada. Tocada por la luz de los fuegos las facciones de la muchacha aparecían endurecidas. Los ojos eran dos cuencas en las que flotaban dos chispas diminutas.

—Es una bruja, de esas que venden veneno en las aldeas. No es más que eso —Hasta su voz sonaba pétrea—. No tocará al capitán.

Lateas intuyó algo turbio detrás de aquella firmeza. Los sufones pronto aparecerían. Serlan, al que estaba ligada, permanecía hierático sobre el suelo. Nadie parecía saber conducir a los hombres grises.

—Nada has de temer de esa mujer. Hablas como una altiva dama de la vieja Vamurta, que tanto confiaban en sus médicos palaciegos. Deja que se acerque, que le dé su medicina. ¿Pierdes algo, Sara? La muerte nos acecha.

Sara, harta de tanta palabra, le hizo una señal para que hiciese lo que le pareciera. Lateas cruzó las defensas, una pared de árboles caídos, detrás de las cuales vesclanos y hombres empezaban el acopio de armas y de la poca bebida que les quedaba. Volvió a encontrarla.

—¿Cómo te llamas?

—Éccate, señor.

—No me llames señor. Soy viejo y además soy vesclano. Tengo cola, ¿sabes?, también una piel dura como el cuero. Llámame Lateas. Nuestro capitán necesita de tus cuidados y un milagro.

En el centro del improvisado anillo defensivo habían dejado a los desvalidos. Ancianos, niños, heridos y enfermos. Los gemidos de unos y otros hicieron rememorar al vesclano las campañas en las que había participado, defendiendo las aldeas de sufones y rojos. «Los hombres recuerdan la gloria y las madres los muertos», pensó el viejo. Habían acomodado a Serlan junto a los niños que sufrían los males del sudor, pero nadie lo consolaba.

—Aprovecha esos fuegos si has de hervir tu poción. Pronto serán apagados.

Éccate, obediente, se sentó junto al conde que se revolvía nervioso bajo las mantas. Balbuceaba nombres, su cuello se hinchaba, luego se giraba con violencia de un lado a otro.

—No hay paz en él —murmuró la curandera—. Ninguna.

Lateas, de pie, escuchó con mayor atención. Algo de lo que decía el hombre fuerte de Cortenuova le era familiar. Éccate aplicó trapos mojados sobre su frente grisácea. «Madre, madre», repetía, «Ermesenda».

—¿Quién es Ermesenda? —preguntó, sorprendida la curandera.

—Nadie —respondió Lateas. La joven observó que la cola del vesclano estaba suspendida en el aire, rígida como un aguijón.

Recostado sobre el tronco de un roble de hojas negras vio como una serpiente se aproximaba moviendo su largo cuerpo como si de un látigo se tratara. A cada sacudida, aparecía y desaparecía, cada vez más cerca. Una enorme impotencia lo paralizaba hasta el punto de ni tan siquiera poder despegar las manos de la tierra fría en la que sus

dedos se habían hundido. La serpiente llegó hasta él, alzándose, mostrando una cabeza triangular negra y gris, erguida en el aire. Al igual que un halcón desde el cielo, la cabeza cayó en picado sobre él, mordiéndolo, arrancándole el cuero de sus botas hasta conseguir hincar los colmillos de aguja en la carne de sus pies. Lanzó un grito agudo. Al volver a abrir los ojos, el reptil tenía la cabeza de su madre. Ermesenda palpaba su miedo, lo miraba con desaprobación. La serpiente, ante su rostro desencajado, se abalanzó sobre sus tripas, abriéndose camino hacia su corazón.

Cuando volvió a despertarse estaba corriendo por un banco de niebla compacta. Corría sin dirección, sin saber si huía o perseguía. Entonces recordó algo, al hombrecito que había salvado, la larga caminata, aquella tempestad terrible y mágica. Lo llamó a gritos, con una voz que era súplica y exigencia. «Gran Lobo», repetía, entre lágrimas. Se sentía solo, hacía mucho que no se sentía tan solo. «Gran Lobo». El invocado emergió como la quilla de un navío que cobra vida rasgando los cortinajes de la bruma. Gruñía, encogía el cuerpo de fiera hacia atrás. Pero cuando Serlan De Enroc se agachó y, diciéndole palabras amables, le acarició el lomo, la bestia lamió su cara sudada.

—Parece sonreír —dijo Éccate—. La infusión le está haciendo bien, señor…, Lateas

—Sí, si consiguiera despertar. El amanecer se teñirá de rojo. Lo he visto luchar con semblante sereno, lograr victorias con astucia y desesperación. ¡Si consiguiera despertar y decirnos qué debemos hacer!

Una leve conmoción se propagó por el campamento. El murriano había llegado. El viejo vesclano observó como su compañero de cacerías era rápidamente asediado por Icet, Eszul, Sara, Lemas y otros. Oyó exclamaciones indignadas, percibió como una honda desesperanza invadía los corazones de quienes escuchaban su narración. Tras informar, el murriano se acercó hacia ellos con paso lento.

—Están muy cerca. Los primeros pueden estar en el valle —dijo el murriano. Se sentó cerca de las fogatas, agotado—. Han cruzado el vado sin contratiempos. Apenas han intercambiado unas cuantas palabras con los de mi pueblo. Me ha parecido que los esperaban.

Bebió un largo trago de uno de los pellejos de agua y miró a su alrededor. Parpadeó un par de veces al ver al capitán convaleciente. Preguntó por él. Luego comió un poco.

—¿Cuántos son? —preguntó el vesclano.

—Trescientos infantes o más, bien pertrechados, más cien jinetes. Creo que empezaré a rezar a Onar esta misma noche.

—¿Tantos? Los sufones han movilizado a uno de sus cuerpos.

Aldier, con los jinetes no hay posibilidad de escapar, ninguna.

—Para nadie. Espera, amigo. —Se alzó con la comida en la boca aún, vociferando—. ¡Apagad todos los fuegos! ¡Que les quede la duda de lo que hacemos y de quienes somos! ¡Apagad los fuegos!

Una a una las hogueras fueron ahogadas, hasta que una oscuridad total se cernió sobre el campamento. Las conversaciones se transformaron en murmullos, como un río que se apacigua en la llanura. Solo les quedaba esperar.

—Quieran vuestros dioses que no se les una la guarnición murriana —dijo Aldier—. Lateas, estas tierras tienen un nuevo señor, los poderosos han movido sus fichas y para unos parias como nosotros no hay sitio. Luchar para poder escapar, ese parece nuestro destino.

Dormían los enfermos junto a los heridos. Los niños, ajenos a los quejidos de los mayores, soñaban un futuro distinto, apiñados bajo las mantas. Unos pocos ancianos y mujeres vigilaban sus fantasías, pues el señor de los vesclanos había ordenado que hasta los que jamás habían alzado una lanza empuñaran una. La luna, suspendida en el cielo, estática, como el viento, que había abandonado aquellos parajes. Tal era la quietud que pudo oírse el crujir de una rama lejana cuando una gran lechuza blanca se posó en ella.

—Murriano, mi madre fue una sacerdotisa de Queffyin, aunque abandonó este mundo al poco de ser yo considerado un adulto, para dejar a mi padre en un mar sin horizonte. No tenía hermanas y, antes de morir, al ser el mayor me introdujo en los misterios de los tránsitos. En ello he pensado durante las últimas estaciones, porque la vida de fortuna no da lugar a otra cosa que no sea ir de un lugar a otro con las armas a la espalda —concluyó Lateas.

—¿Y a dónde quieres llegar? Los vesclanos nunca acabáis de decir lo que pensáis, pero esta noche es corta, Lateas.

—Mira esto —dijo, mostrándole un pequeño cuerno—. Recuerdo que mi madre decía que era para los muertos. Hongos, polvo de piedras. Con el paso de las primaveras y los otoños olvidé la fórmula. Esto lo hizo mi madre, para mí. Fíjate en mis manos, se cuartean, se escaman. No tienen el vigor de antaño.

—Bien amigo. Mis ojos deben vigilar la entrada del valle, allí voy, ahora que he descansado.

—¡Aguarda! Lo que contiene el cuerno es incorrupto, es energía. Puede servir para nuestro estratego, aunque sus efectos son cortos, también son extraordinarios. Vi a un vesclano, con los intestinos al aire, levantarse y alzar la espada de nuevo.

El resoplar de los renos, sus bufidos graves, les anunciaron que las tropas enemigas estaban en los alrededores, cerca. Algunos vesclanos

percibieron un ligero temblor en la tierra. El alba llegaba mansamente. Pudieron distinguir breves destellos, las armaduras de los enemigos no estaban muy lejos del anillo defensivo.

Icet se movía detrás de las barricadas pidiendo sosiego, deseando que aquellos sufones que habían sorprendido en la Ciudad volvieran a cometer alguna imprudencia. Sobre las corazas de placas de los vesclanos se reflejó la primera claridad, haciéndolas brillar como las escamas de una trucha en un lago turbio. La mayoría de los grises, protegidos únicamente con escudos y petos de cuero, rezaron a los dioses para que, al menos, los hijos y las mujeres que huían con ellos pudieran salvarse. Dort, junto a Eszul y Sara, se habían apostado mirando al este, por donde esperaban llegaría el ataque principal.

—¿Y el murriano? —preguntó el hombre rojo.

—No sé qué hace —dijo Sara—. Está ahí detrás, junto a Serlan, Lateas y esa bruja venida de cualquier sitio.

—Debe apresurarse. Esas dos líneas difusas parecen formaciones y vienen hacia aquí. Debe haber una tercera de reserva —observó la Bálkida—, y han escondido los renos.

—Cuando amanezca se lanzarán sobre nosotros —musitó Dort—. No me separaré de ti, mujer roja. Aunque nos barran de esta colina y tres flechas asomen en mi pecho, mi lanza estará a vuestro lado.

Eszul lo miró, sin estar segura de si el hombre rojo hablaba en serio o le estaba tomando el pelo. Lemas apareció a unos pocos pasos de allí y se dirigió a Icet, rodeado por una guardia de cinco vesclanos armados de lanza y espada larga.

—Señor, creo que traman algo. Esos mercenarios y sufones se están acercando demasiado.

—Traman aniquilarnos.

—Pero, ¡pestes! Ni tan siquiera pueden vernos. ¿Qué pretenden? ¿El saludo de nuestros arqueros?

—Hombre gris, si yo no lo ordeno, aquí nadie se mueve ni dispara.

Fue acabar de decir estas palabras cuando, frente a ellos, entre las franjas de oscuridad que eran los campos, vieron fogonazos a izquierda y derecha. Los estruendos de los arcabuces sufones resonaron en el valle con el estrépito de un trueno. Tras los silbidos, el plomo astilló la madera, haciendo volar las hojas de los árboles caídos, derribando a algunos defensores. Sara miró a Eszul pidiendo ayuda. Su mejilla sangraba abundantemente. El silencio volvió a posarse lentamente sobre la hierba hasta que el sonido grave y nasal de un cuerno se propagó, ordenando algo que las gentes de Icet ignoraban. Tras el aviso se escuchó un ulular pesado mezclado con los gritos desgarrados de la infantería gris enrolada con los sufones. Antes de que el sol apareciera y sin que ninguno de los dos bandos pudiera

distinguir al otro, empezó la batalla. Las voces pegajosas de los sufones y los aullidos de los mercenarios se hicieron más cercanos hasta que unos volúmenes se perfilaron en la pared grisácea y ocre que era aún el fondo del valle. «Arcabuceros, avanzad», ordenó Icet repentinamente. «¡Fuego!». Las dos líneas enemigas seguían avanzando, impertérritas. «¡Arqueros y ballesteros, tensad!», dijo el vesclano, esperando un poco más para dar la señal, sabiendo que a aquella distancia los arcos de poco servirían contra los sufones. «¡Ahora!». Una nube de saetas cruzó el aire buscando un blanco indefinido. Los chillidos indicaron a los de Icet que su mensaje había llegado, pero de pronto aquel cuerno volvió a adueñarse del lugar con su insistente retumbar. Aquello perturbó a los defensores, pues habían descargado sus armas y, salvo los arqueros, solo podían recurrir a las espadas y las lanzas. Cuando el cuerno calló, la madrugada se embelleció con una larga hilera de puntos de luz que refulgían sobre los dientes de la sierra. A sus espaldas centellaron decenas y decenas de antorchas que se pusieron en movimiento hacia ellos. Lemas lo entendió al instante. «¡Los renos llegan por la retaguardia!», avisó. Muchos corrieron instintivamente al otro lado del montículo. La ensordecedora música de la carga crecía, acercándose. Las primeras cornamentas aparecieron saltando sobre los árboles caídos con la ligereza de una pluma, aterrizando dentro del círculo. Los jinetes, en una mano la tea encendida y en otra la lanza, pasaron entre ellos como un huracán. Lemas intentó, agachado, ensartar a las bestias desde abajo. Los renos levantaban tierra y la escupían en todas las direcciones, sus cabezas giraban de lado a lado manchando las astas blancas con el rojo oscuro de sus enemigos. Muchos vesclanos les hacían frente con la lanza asida a dos manos, despreciando sus escudos redondos, pero eran embestidos o heridos antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Sara se lanzó contra las sombras que los acosaban. Dejó pasar un reno lanzándose a un lado y clavó su pica en la pierna de un jinete, que perdió el equilibrio y se derrumbó hacia la derecha. Al levantar la lanza para rematarlo no vio que le seguía un sufón montado, que la derribó sin herirla. Pronto el círculo quedó colmado, los infantes de Asch se sumaron a los jinetes en el asalto, esgrimiendo largas espadas y mazas de nudos con navajas cortantes. Sara se levantó aturdida, sin conseguir distinguir lo que la rodeaba, excepto las estelas de luz que dejaban atrás las pasadas de los jinetes. Intentó inútilmente golpear una figura acorazada bajo la casulla roja de las gentes de Asch. Lenta tras ser derribada, veía las antorchas pasar junto a ella, rodearla y escapar. Combatía contra espectros veloces, hasta que topó de frente con un hombre gris cubierto con una túnica escarlata, con las piernas flexionadas, a punto de acometerla. Ante su vacilación, el otro, en un golpe circular de espada, partió en

dos la lanza de Sara. Asiendo el asta puntiaguda con su mano izquierda, la joven lanzó una estocada larga a un oponente que ya se había fundido en el barullo caótico del combate. Sara, al retirar el brazo, dejó de respirar. De un tajo limpio le habían cercenado la mano, que esparcía chorros de sangre a borbotones. Aquel mercenario gris volvió a aparecer de entre las penumbras, sonriendo, para acabar su trabajo, alzando la espada con ambas manos. En un movimiento irreflexivo, Sara lo embistió clavando la cabeza contra su estómago, derribándolo. Eszul y el murriano aparecieron a su espalda y la retiraron hacia el centro, protegiéndola a golpes de espada. Vieron pasar junto a ellos la figura de alguien que buscaba su brazo perdido, moviéndose de un lado a otro como si la lucha hubiera terminado. Era Icet, que se desangraba, desorientado. Volvía a sonar aquel siniestro lamento, el cuerno que llamaba a los suyos a reagruparse lejos del cerro.

El tenue resplandor del alba derramó luz cobriza sobre la hierba alta que oscilaba empujada por la suavidad de la brisa. Brillaron las grandes piedras de las laderas del valle y las hojas verde oscuro de robles y nogales se estremecieron. Los chillidos de los heridos, los cuerpos sin vida y las enormes figuras de los renos, despanzurrados por doquier, se confundían en aquel pequeño círculo. Muy pocos entendían qué había ocurrido para que en un asalto más de un tercio de los miembros de aquella compañía variopinta que huía de los sufones yaciera sobre la tierra, entre ellos Largaz, con el cráneo destrozado por un golpe de maza. Una honda desesperación los afligió con los primeros rayos del día, al descubrir como las tres columnas de infantería retrocedían para volver a cargar sus arcabuces, mientras detrás de ellos, los jinetes trazaban una curva perfecta para formar una línea con sus poderosas monturas que resoplaban, dejando escapar nubes de vaho. Los estandartes negros y encarnados, tensos en sus largas astas, aguardaban para volver a cortar el viento.

El murriano, cojeando, se acercó a Sara. Esta, paralizada, se miraba el muñón sangrante. Eszul y Lemas, a su lado, se apresuraban a limpiar la herida con vino agrio. Aldier se desabrochó su coraza de cuero y, rasgándose la camisola, improvisó un vendaje para ella.

—Van a volver, van a volver —repitió Eszul con la mirada petrificada.

Nadie respondió. Dort Riala se aproximó a ellos.

—Si se han retirado es porque se estorbaban entre ellos… No repetirán este pequeño error —dijo el rojo y añadió—: seremos pasto del olvido, no quedará nadie para contarlo. Y a vos, señora de los Bálkidas, debo deciros algunas cosas…

—¡Dioses! —exclamó el murriano, atónito, con la mirada fija en

el centro del círculo.

Serlan De Enroc se había levantado de entre los heridos. Lucía una extraña armadura rojo sangre, la coraza de piel de un viejo y poderoso sircad. La escasa luz de la madrugada bañaba la espalda del capitán, incendiando su silueta. El rostro, impregnado en sudor. Lívido, sobrenatural. Era la imagen de un muerto volviendo a la vida, que está, que no mira. Los vivos lo contemplaron, estupefactos. Lateas, detrás de él, sostenía un cuerno vacío.

Uno de los vesclanos exclamó: «¡Lobos! ¡Se acercan!». Las manchas oscuras se transformaron en las temidas líneas de esos animales gigantes, que para casi todos eran una leyenda de las gentes del norte. «No los acoséis. ¡Yo los he llamado!», afirmó, con voz rotunda, el conde. Las bestias se acercaron por el lado oeste, sin invadir la barricada de árboles. Únicamente el líder dio un largo brinco, posándose, terrible, sobre la hojarasca del interior del círculo. Erguido y silencioso, sorteando los cuerpos sin vida de grises, vesclanos y sufones, transitó entre los soldados. No se perturbó ante aquella matanza ni pretendió acallar las voces de auxilio de los lastimados, que habían enmudecido. Al llegar a la altura del antiguo conde de Vamurta, dio una vuelta a su alrededor y lo olisqueó, hasta que Serlan se agachó y miró en la noche que eran los dos pequeños ojos de la fiera. «He cruzado los grandes bosques sin descanso, he volado por encima de un mar de prados porque tú me has convocado», oyó el conde en su interior. Acarició el lomo del animal, pasó los dedos por detrás de las orejas afiladas de la bestia. «No puedes volver a llamarme, pero mucho antes de que el sol se eleve, te ayudaré como lo hiciste tú en el pasado», escuchó. «¿Cómo debo llamarte? Ni tan siquiera sé tu nombre… Arranca el corazón a esos jinetes, si vuelven otra vez será nuestro fin», respondió el conde, cogiendo la cabeza de aquel gran depredador con ambas manos. «Así se hará. La mano de tu amiga, la que no me quería, sumérgela en fuego. O eso o morirá. ¡Ah! Y dejad para nosotros los cuerpos de vuestros enemigos. Esta larga carrera ha debilitado nuestras fuerzas».

El conde se incorporó cuando el animal marchó con los suyos, para perderse en los claroscuros de los matojos, volviendo a su condición de tiniebla.

Con labios temblorosos, el conde dio nuevas instrucciones:

—Esconded las cabezas y cargad las armas de nuevo. No dudéis más. Los arcabuceros delante, ballestas y arcos detrás, formando una fila. Los demás, con la lanza enristrada y lista para saltar a primera línea. Atacaremos cuando estén cerca. Esos bastardos no han visto nuestros lobos, tampoco conocen de nuestro valor.

Lo que sucedió a continuación llenó de asombro y preocupación las cancillerías de las ciudades sufonas y hasta su dios-rey tuvo que ser informado, sin que nadie pudiera dar una explicación satisfactoria a lo ocurrido.

Cuando empezó a clarear, las formaciones de infantería enemigas volvieron sobre el cerro, descargando un alud de fuego. Los jinetes, divididos en dos columnas, remontaron los flancos para lanzarse en fila de a dos sobre las defensas capitaneadas por Serlan. Mientras los renos se acercaban veloces, abriendo surcos en la hierba alta, unos chillidos agudos se perdieron a sus espaldas amortiguados por el retumbar del avance. En ambas columnas que galopaban pronto empezaron a crearse vacíos y a verse renos sin jinetes que rompían filas sin dirección, quedando los animales en medio de ninguna parte con la cabeza alta y tensa. Poco antes de que la estampida de casullas rojas se encumbrara hasta las posiciones de hombres grises y vesclanos, un aullido cortó el aire. Al mismo tiempo, los grandes lobos se hacían visibles y acosaban con mordiscos a los atacantes, derribando de sus sillas a los montados. Allí, perdidos entre los tallos, eran despedazados por las tenazas heladas, las mandíbulas de aquellos depredadores. Desde el anillo defensivo dispararon los pocos arcabuceros que quedaban servibles. Al fuego lo siguió una breve andanada de flechas. Los jinetes sufones, a pesar de las bajas y la sorpresa, continuaron adelante, pero eran ya una espada quebrada que caía sin fuerza.

—¡Lanzas! ¡Ataquemos ladera abajo! —mascculló con esfuerzo el conde—. ¡Por Onar, sin piedad!

Dort Riala, la mirada de fuego, fue el primero en responder, lanzando el arma sobre un sufón que iba en vanguardia. El asta continuaba vibrando en el pecho del enemigo cuando la carga cuesta abajo de los perseguidos puso punto final a aquella breve batalla que tantas vidas se había cobrado en los dos bandos. Los grises de Serlan y los vesclanos, furiosos, saltaron sobre los árboles talados con gritos que perturbaron el nuevo día, ensartando cabalgaduras y sufones sin distinción, sembrando aquella pendiente con los cadáveres de lo mejor de las fuerzas expedicionarias enemigas, mientras su infantería escapaba disgregada hacia el río.

## 35
## las ciudades libres

Cuando Dort Riala levantó la cabeza, se dio cuenta de que no quedaba ni un solo sufón vivo. Los restos de la infantería enemiga estaban lejos, cerca de la entrada del valle, y no eran más que diminutos destellos de acero que se movían con lentitud en su huída. El aire hedía a carne y esa pestilencia causó repugnancia en el hombre rojo. Al girarse vio la ladera que habían descendido, cubierta de cuerpos y animales muertos. Los lobos hercúleos, temerosos de la luz del día, se retiraban a una fronda cercana arrastrando su almuerzo, la carne inerte de los enemigos que al ser arrastrados hacían un ruido cerámico, de vasija que rueda hasta hacerse añicos. Envainó y miró a Lemas que a su lado, cuchillo en mano, aún parecía no haber asumido aquella repentina victoria.

—Ahora viene lo bonito —dijo el hombre rojo—. Volvamos al cerro. Los heridos empiezan a gemir.

Lemas se sentó en la hierba, como si no hubiera escuchado nada, clavando el arma en la tierra fresca. Dort se arrodilló y le secó con su mano gigantesca el sudor de la frente.

—Eres afortunado, piensa en eso. Olvida la sangre. Puedes ayudar en otros menesteres ahora.

Poco a poco los combatientes fueron agrupándose silenciosamente en la loma, conmocionados, junto a otros supervivientes. En aquel momento de desasosiego que sigue al fin del combate, ni tan siquiera la claridad fría de la mañana alegraba los corazones de los fugitivos que acusaban el cansancio de una noche en vela.

El conde, empapado de sudor, se acercó a Lateas y Eszul, que cuidaban de Sara.

—La piel de un Sircard… —dijo, admirado, Lateas.

—La coraza de un héroe —afirmó la mujer roja.

—Vuestro héroe se siente como si viviera en un sueño. Soy incapaz de todo, hasta de volver a dormir. Ocupaos de los nuestros, sanad a los heridos, recoged lo que los sufones hayan dejado sobre el campo. Organizad a hombres y vesclanos. Yo cuidaré de Sara mientras pueda.

Eszul y Lateas asintieron con gravedad. Pronto la voz enérgica de la Bálkida se hizo oír en todo el valle, mandando sobre todos. Incluso Dort, que no dejaba de mirarla, obedecía sin rechistar. Lateas, en cambio, con susurros y sugerencias, dispuso a los heridos y enfermos en el centro de aquella elevación. Ayudado por Éccate, entre otros,

encendieron fuegos, hirvieron cazuelas con agua y hierbas, buscaron vino en las monturas de los sufones caídos e iniciaron la ardua labor de ofrecer consuelo a aquellos que lo necesitaban.

—Sara, ¿me oyes? Hemos vencido. Nos saldremos con la nuestra. Y esto quiere decir que hay un mañana…, ¿te duele mucho? No siempre estaremos vagando de un lugar a otro. Algún día, Sara, podremos decir que la tierra que pisamos es nuestro hogar. —El conde miró la muñeca cercenada de la joven, sin saber qué más decir.

Ella sonrió y abrió brevemente aquellos ojos grandes. Su pelo mugriento pegado al rostro caliente. Levantó el brazo del que colgaba el vendaje empapado de sangre, allí donde antes había una mano.

—¿Y Aldier? —preguntó.

—El murriano y otros han partido hacia el río. Necesitamos más agua fresca. Lateas dice que casi no queda. Es una suerte.

—¿El qué, conde de Vamurta?

—Todos estos amigos que hemos hallado en el camino, los que nos acompañan.

—Pensaba que era la muerte nuestra fiel compañera.

A pesar de la sonrisa que Sara intentó mostrar, el conde no respondió. Vio, no muy lejos de ellos, al noble Icet inconsciente sobre un camastro de ramas, sin su brazo derecho. Parecía que su juventud se había marchitado, que la vida había escapado a borbotones de su cuerpo. Los vesclanos eran los que se habían llevado la peor parte en la batalla del valle.

—Más allá del Bosque Lluvioso hay extensas llanuras fértiles que limitan con los territorios de los sufones, pero también con tierras desconocidas que parecen no tener fin. Y un poco más allá, las Ciudades de los puros. Allí seremos bien recibidos.

Sara no dijo nada. Su mano buscó la de Serlan, asiéndola. En la villa de Leandra hubieran sido bien atendidos y el muñón de ella bien desinfectado. Él hizo una mueca. Algunas veces pensaba en Leandra, en su calor, en su alegría, en su espalda gris desnuda. Demasiado a menudo ella volvía a sus recuerdos. El tiempo puede suavizar los malos entendidos entre un hombre y una mujer. ¿Había sido justo con ella? Sara se durmió a su lado, casi parecía una niña cuando sus facciones se relajaban. A unos pocos pasos, Éccate cosía una pierna con aguja de hueso, mientras dos mujeres sujetaban a uno de los remeros del fallecido Cortenuova, ahora hombres de Serlan.

La mañana avanzaba para dar paso a un mediodía resplandeciente que convertía aquel valle olvidado en uno de los parajes más bellos del mundo si no hubiera tenido lugar una batalla.

La voz de Eszul lo despertó. No sabía si había dormido poco o

mucho. Alta, su silueta se recortaba contra el sol, que caía como una olla de oro hacia el oeste. Las manos grandes de la princesa roja se apoyaban sobre una hebilla hermosa en su ancho cinto, del que colgaba una daga enorme. A su lado, Aldier lo contemplaba con semblante serio.

—Señor, hemos amasado una pequeña fortuna. Los insectos llevan colgantes hechos de pequeños lingotes —dijo Eszul mostrando unas finas piezas de plata, oro, cobre—. Tenemos renos con sus arneses y armaduras, tenemos comida, armas, ¡muchas armas y decenas de arcabuces! Mantas, pieles, incluso algunas tiendas…

—Que servirán para mantener a los heridos calientes —la cortó el murriano.

—Y estos pequeños obsequios. —Rió Eszul, mostrando a Serlan unas cañas de bronce y bolsitas de piel llenas de tabaco tomadas a los mercenarios grises caídos. El conde sonrió agradecido.

—Preparadlo todo para marchar —les pidió.

Eszul se agachó y pasó su mano de dedos largos por la frente de Sara. La expresión de la mujer mudó de la alegría a la preocupación. Destapó a la muchacha hasta dejar su brazo herido al aire. Aproximó la nariz afilada al vendaje e instintivamente se echó hacia atrás.

—Lo debemos hacer ahora, señor. No hay que perder tiempo.

El sol sangraba sobre los picos cortantes del valle antes de desaparecer tragado por el horizonte. Los rayos no calentaban el aire limpio y un frío estático descendía lentamente por el cielo. Eszul y Aldier observaban el cuchillo de hoja pesada que habían dejado sobre el fuego, a la espera de que se convirtiera en una hoja candente. El conde, de cuclillas, cubierto por una de las pieles tomadas a los sufones, miraba las llamas chisporretear y danzar sobre los troncos. Varias hogueras ardían sobre el cerro, alrededor de las cuales se habían ido agrupando los soldados, mujeres y ancianos espontáneamente. Abajo, al pie del montículo, decenas de renos esperaban atados a las estacas que la mujer roja había ordenado clavar y, junto a ellos, se había almacenado la carga de la expedición enemiga. Los trofeos de guerra habían sido ordenados y apilados, listos para ser transportados. De vez en cuando los lobos que permanecían en los bosques del valle lanzaban sus aullidos, estremeciendo la tarde.

Sigilosa, Éccate apareció junto a Sara, que dormía. La curandera pronunció unas palabras inaudibles. Descubrió el muñón que era el final del antebrazo izquierdo de la joven. Una herida sanguinolenta y maloliente, carne ennegrecida. Luego, se aproximó al fuego para levantar el filo ígneo.

—El metal necesita más calor. Mucho más. La hoja debe ser brasa

para cerrar y curar. ¿Podéis echar más leña? Prepararé el vino de las entidades.

Poco después volvió junto con Lateas y otros vesclanos que llevaban hasta allí a su señor Icet, un fardo inmóvil sobre una cama de troncos sostenida por los brazos de sus afines, que dejaron en el suelo, cerca de Sara. Éccate puso a calentar un cazo lleno de vino, al que añadió algo que extrajo de su zurrón. Removió el brebaje mientras movía los labios en silencio. Lemas y otros contemplaban la escena, sin atreverse a acercarse demasiado. La tarde se desvanecía estando la mayoría de trabajos finiquitados. Los muertos fueron amontonados en el fondo de aquella colina. Sobre los cuerpos inertes se habían colocado piedras además de algunas armas melladas hasta formar una pequeña elevación. Luego el conde ordenó cubrirlo todo con tierra, compactada a golpes de pala o con las manos. Era el túmulo del valle. Los cadáveres de los enemigos se habían dejado allí donde habían caído, deshonrados, pasto de alimañas, excepto los caídos en el cerro, que se habían lanzado cuesta abajo. La tropa estaba exhausta. Una pesadumbre, un cansancio mortal los hundía a pesar de las dos buenas comidas que habían podido hacer aquel día gracias a los regalos dejados en el campo por sus perseguidores.

—Capitán, deberíais despertar a vuestra oficial. Debe tomar el vino antes —pidió la curandera a Serlan, que asintió.

—Sara, despiértate, abre los ojos.

Apenas se desveló, un escalofrío la contorsionó por completo. El dolor la invadió como una marea. Un gemido hondo fue su respuesta. Masculló algo que no entendieron y se giró de espaldas.

—Ha de beber, este vino hará que olvide.

El conde tomó la cazuela caliente, removió el vino espeso y lo acercó a los labios pálidos de la muchacha.

—Bebe. Poco a poco, está caliente. —Sara dio dos sorbos. Cuando pareció animarse tragó un poco más. Éccate hizo un gesto para que no tomara más vino.

—El resto, para el noble Icet. Lo necesitará —dijo, mientras se aproximaba a la hoguera—. Más llamas…

Ayudada por Lateas roció el fuego con un líquido cuajado y brumoso que animó las brasas. Bisbiseó unas oraciones y se arrodilló frente a los troncos ardientes que desprendían una luz roja y azul. Siguió entonando cánticos, balanceando el cuerpo de lado a lado mientras la claridad del día se alejaba hacia otras tierras. Pasó las palmas por encima de las llamas y éstas respondieron con furia, elevándose vigorosas. Los soldados y refugiados que se habían acercado hasta allí hicieron ademanes para alejar los malos presagios, atónitos al mismo tiempo ante aquel despliegue de lo que para ellos era magia. El filo de la daga se reblandecía por el calor y el centro

ardía, casi líquido. La curandera cantaba, rogaba a algunos lejanos dioses un favor para aquella ocasión.

Imágenes de pocos colores y oscuridad. Una franja llameante en el horizonte como una larga serpiente de papel que ardía, allí, trazando una frontera efímera con el añil denso y brillante del firmamento. Eso es lo que veía Sara. Y oía voces, una letanía que crecía y se apagaba. Breves pisadas. Su cuerpo temblaba. Alguien la cogió por la espalda y la incorporó. No, eran dos sujetándola. Uno era Aldier. Lo sabía por el olor que desprendía, a aceites y cortezas de otoño. No conseguía entender lo que los otros decían. Todos parecían moverse a una velocidad extremadamente lenta; cuerpos pesados que cruzaban una y otra vez la luz de las llamas, como velas negras en un río. Notaba la brisa del crepúsculo, la percibía como si fuera un ser, alguien que palpaba su piel grisácea y se marchaba. Vio una luz intensa. ¡La bruja! Sostenía una brasa horizontal que se aproximaba a sus ojos, una lengua de fuego que centelleaba. Notó que la agarraban con fuerza, que un tercero tiraba de su brazo herido, inmovilizándolo. Llegó un frío intenso que se adueñó de sus entrañas… Y un alarido hasta desvanecerse.

Sara, sostenida por Lemas y el murriano, se había desmayado. Ahora le tocaba el turno a Icet. Lo que había sido su brazo no era más que un bulto oscuro debajo del hombro. El conde no pudo soportarlo más. Olía a carne quemada. Éccate, tras calentar de nuevo el acero, se disponía a cicatrizar el corte antes de que las infecciones penetraran y se propagaran en aquel cuerpo. Serlan se marchó, bajó por la cuesta del cerro, caminó entre la hierba alta donde se acumulaban los despojos de los vencidos buscando un lugar apartado para descansar. Se sentó apoyado en la base de un roble solitario, sintiéndose protegido bajo el ramaje tupido. Icet chillaba, la operación había dado comienzo. El conde se miró las manos, dos sombras que tiritaban ligeramente. Pensaba en Sara. Podía soportar la pérdida de muchos, pero no la de ella. Era su punto débil. Aquella mano cercenada era como si la hubiera perdido él, que sacó a Sara de Vamurta cuando la ciudad caía en manos de los murrianos. «Aunque lisiada, ¡es mejor así! En la antigua capital hubiera sido una esclava, es mejor así», pensó. Se cubrió la cara con sus manos callosas, endurecidas por los mangos de las armas. Cerca de allí escuchó un crujir, unos ruidos desagradables. Eran los grandes lobos que seguían entre los árboles. De un bosque cercano llegaba el sonido de sus pisadas, los ronquidos graves.

La noche se cernía sobre el follaje del robledo y del manto negro sobresalía, tallada en piedra fría, la luna, una luz que atraía al conde, que provocaba algo parecido a una ascensión. Un tajo, un círculo limpio y brillante. Uno de los suyos venía a buscarlo desde el

montículo. Era Éccate, que caminaba casi sin tocar la hierba. Parecía una pequeña diosa de marfil, lo buscaba a él. Se plantó a sus pies, frágil y deslumbrante, mirándolo sin tapujos.

—Hemos terminado. Ahora me preocupáis vos.

—No he sido el capitán que debo.

—La infección se ha atajado, si hiciera calor no sabría qué deciros. No debéis pensar más en ellos. Pensad en la compañía, en todos nosotros.

La curandera se sentó a su lado, contra el tronco, y ambos miraron el cielo tiznado de blancas estelas. Se produjo un silencio en la noche clara, un vacío, y ambos tuvieron la intuición de fundirse con la tierra y el cielo, engullidos. La joven tocó los cabellos del conde, que se sobrecogió. Él la acercó hacia su pecho y así se quedaron, enredados en un rincón del valle donde nadie podía verlos, amparados por la oscuridad. Serlan la apretaba con fuerza, como si temiera que la vida pudiera escaparse, salir a borbotones de su boca. Sin saber muy bien el porqué, sus labios se encontraron, se mordieron. Las uñas de Éccate, por debajo de la coraza roja, revolvieron sus ropajes hasta clavarse en la espalda de Serlan y arañarlo. Él tiró de su vestido hasta dejar los dos pequeños pechos al aire y sorberlos con la voracidad de un náufrago. Cayeron de lado, cogidos. Acarició su vientre, su pubis húmedo, hasta que no pudo aguantar más y la penetró. Con jadeos acallados hicieron el amor, calentando sus cuerpos, alejándose de la tragedia. Al terminar, sorprendidos, se escucharon entre leves caricias. El universo seguía sobre ellos, esperándolos.

—Hay algo en esta noche, algo distinto.

—Es la luna, señor, que quiere llegar a todos, atraerlo todo.

—La medicina de Lateas, ese brebaje. Quizás no, pero presiento algo dañino en este valle, algo que me enloquece.

Éccate se incorporó alisando su vestido de lana gruesa.

—Es extraño que vos lo percibáis, señor. Deberíamos partir. Sé que los hombres están agotados, pero sobre este valle planea algo abominable, algo que sigue aquí. Y esos lobos…

—Siento que nos acechan —respondió el conde.

Serlan pensó en todo aquello. Era una locura, aquellos lobos los había convocado él. Sin embargo, la lealtad es una fuente intermitente. Y era cierto, un horror expectante reptaba hacia ellos.

—Salgamos de este valle cuanto antes —dijo Serlan—. No hay nada que pensar, también me llega el estremecimiento del aire. Volvamos, hay que capitanear a los guerreros.

****

Pasaron tres días hasta que llegaron a la primera de las ciudades libres, siguiendo el camino del oeste. En el trayecto, a pesar de los heridos que cargaban, una cierta alegría volvió a la compañía, pues las provisiones tomadas a los sufones les permitían hacer tres comidas por jornada, algo impensable al dejar atrás precipitadamente la Ciudad de los Lagos. Al buen humor de la tropa contribuyó el hecho de que, a la vista del núcleo poblado de Arctonesia, Serlan decidió hacer el reparto del botín. Una gran parte se destinó al tesoro de la compañía, a cargo de Icet y Lateas. Las restantes pequeñas piezas de oro, plata y otros metales fueron rigurosamente pesadas y repartidas a partes iguales, pues el antiguo conde creía que los premios, así como los castigos, debían ser equitativos y jamás negados, a riesgo de sufrir deserciones entre la soldadesca. El armamento, la impedimenta y los renos, quedaron en poder del grupo, por lo que se acordó formar un pequeño consejo que mandara sobre los hombres y custodiara los bagajes. Los más dotados fueron nombrados capitanes. Antes de atravesar las puertas de madera de Arctonesia, a cada uno de los grises y vesclanos se los podría considerar moderadamente acomodados. Pero es sabido que el dinero que llega de improviso, rápido se marcha.

En aquella ciudad gobernada por una humilde oligarquía agraria dejaron a gran parte de los heridos y a todos los viejos, niños y madres, junto a algunos hombres que, libremente, decidieron no seguir. De los vesclanos, ninguno se licenció, quizás temerosos del noble Icet, que desde que había despertado se mostraba severo con los suyos.

Días después, cuando dejaron atrás la urbe que los había acogido, con miedo al principio y júbilo después por la plata que malgastaba la hueste en las pocas tabernas y en los pequeños mercados, el nombre de Serlan era conocido en toda la comarca, y de ellos empezaban a hablar los juglares que de pueblo en pueblo narraban las hazañas de aquella milicia compuesta por miembros de distintas razas. Las batallas de la Ciudad de los Lagos y del valle despertaban el ardor entre los jóvenes, a los que en el mejor de los casos les esperaba una vida ligada al arado y los ciclos de las cosechas. Aquello preocupó al conde. Empezaba a ser conocido, lo que sin duda facilitaría su búsqueda. Leandra, los sufones y el magíster militum Vertan estaban dispuestos a pagar mucho oro por su piel. Quizá también los murrianos, cuyo poder era temido por todos. Sin embargo, lo que causaba una enorme tristeza en su corazón era el estado abatido de Sara. Prácticamente no hablaba. El retraimiento de la joven le hizo recordar la primera vez que la vio, durante el último acto de la caída de Vamurta. Una niña perdida que había quedado huérfana y a quien, por las casualidades que marcan los dioses, había salvado la vida. La

muchacha cumplía con los quehaceres: guardias, vigilancia, disciplina de la tropa, pero apenas cruzaba una palabra con sus compañeros, sin excepción. Parecía como si un halo siniestro se hubiera posado sobre su semblante. Mientras la columna armada se deslizaba perezosa entre tierras de cultivos, el hijo de Ermesenda preguntó a Eszul, que caminaba a su lado, cuál era su parecer.

—Sara muestra su dolor. No es como otros, que esconden sus verdaderos sentimientos. Su rostro habla por ella. Algo le ha hecho mucho daño, no solo el corte. Creo, amigo y señor, que no os dais cuenta de que la joven es algo más que una guerrera. Es una mujer.

Aquella noche yació con Éccate. Tras dejar a los heridos en Arctonesia las pocas tiendas habían sido asignadas a los miembros del consejo, los capitanes de hecho, comandados por Serlan De Enroc. Bajo las pieles de oveja que usaban como mantas, en la noche que todo lo esconde, pegado al calor del cuerpo de la menuda curandera, preguntó el parecer de esta:

—Eszul dice que en Sara, mi protegida, hay algo quebrado. Su alma, dice, está herida.

—¿Habéis probado a hablar con ella?

—Lo he intentado, por Onar. Su silencio me exaspera. Responde a todo con balbuceos, o calla, o dice «sí» o «no»… El tajo cicatriza bien. Pero no quiere hablar de ello. He sugerido que lleve la manga más larga, que disimule el muñón.

—Señor, amado mío, eso es lo peor que le podéis decir a una dama.

—¿Y qué debo decir?

—Siente vergüenza al mostrarse al mundo, miedo. Teme las burlas, sobre todo de los hombres, de los jóvenes que la mirarían si no le faltara una mano. Incluso puede estar preguntándose quién es en realidad. Siente que es un monstruo ante los demás.

—¡Pero si es una muchacha muy bella!

—Señor, no quiero ofenderos, pero no me estáis escuchando, vuestra amiga necesita que alguien la saque del pozo. La veis, pero no la entendéis.

Aquella conversación hizo recapacitar al conde. En las siguientes jornadas de duras caminatas se acercaba a Sara con cautela sin mencionar la mano perdida, hablando de todo y de nada, como si en lugar de estar cruzando unas tierras frías y semisalvajes estuvieran paseando por las avenidas de la antigua capital en una mañana de primavera. Ella persistió en su ostracismo. Muda entre las hileras de soldados fieros que no sabían muy bien a dónde se dirigían ni qué los impulsaba a seguir adelante.

De camino a la aldea de Toumedar, en una de las escasas postas que aquella federación de ciudades libres había construido, coincidieron con viajeros y mercaderes que en pequeños grupos comerciaban entre los distintos pueblos. Al ser conocidos por su estancia en Arctonesia, nadie corrió a encerrarse tras los gruesos troncos de la posada, aunque resultaba evidente que tantos hombres y vesclanos armados causaban alarma adonde fueran. Allí, el antiguo conde observó que los renos del norte eran relativamente frecuentes, usados como transporte de carga y personas.

Tras vaciar las reservas de cerveza, vino y el poco hidromiel que guardaban los asustados posaderos, los capitanes decidieron que era el momento de convocar a la tropa en asamblea para decidir qué hacer. Serlan, Icet, Eszul, Aldier, Sara y, a regañadientes Lemas, ordenaron a la hueste reunirse en un páramo helado al lado del sendero. Los cuervos garabateaban un cielo vacío y sin color, volando de oeste a este, como si no supieran a dónde ir. Sentados sobre la tierra baldía, con las lanzas cruzadas sobre las rodillas o apoyando la base sobre el suelo, vesclanos, grises y un hombre rojo simulaban ser un gran puercoespín adormecido. Los guerreros se acercaban a escuchar qué les tenía que decir su primer capitán y estratego, Serlan De Enroc. Este, de pie, luciendo su coraza escarlata bajo una pelliza de piel, los miró de frente antes de hablar.

—Gracias a los dioses hemos llegado hasta aquí. Gracias a los dioses y a nuestro valor. Hemos perdido nuestro hogar, todo aquello que nos era querido. Sé que muchos sufrís nostalgia de los lagos, aunque eso no nos permite eludir que hoy debemos decidir a dónde se dirigen nuestros pasos fatigados. En estas tierras dudo que podamos quedarnos. Muchos de vosotros sois gentes capaces de vivir sobre el terreno, pero, ¿por cuánto tiempo? Las ciudades libres son pequeñas para tantas bocas y, además, las fronteras con el reino de los sufones no están muy lejos de aquí. Nos exponemos a sufrir una expedición de castigo. Estamos proscritos todos nosotros. En las últimas lunas los oficiales hemos hablado sobre estos asuntos. Creemos que hay un lugar seguro para todos nosotros. Unas tierras ricas en las que crecen bien el trigo y las legumbres, que cuentan con mucho ganado. En ese lugar hallaremos refugio tras los sólidos muros de sus grandes capitales. Os hablo del país de los puros, que sabrán apreciar una compañía de soldados aguerridos y bien armados que refuercen sus guarniciones que por lo que se cuenta, no son muy poderosas.

Tras este parlamento se levantó un arcabucero, diciendo:

—Todos sabemos que nuestra situación es difícil, teniendo presente que somos el blanco predilecto del ejército más poderoso de estas tierras. Por si esto fuera poco, en las plazas de Arctonesia cantan nuestras gestas, y los que las recitan, mañana dormirán en un burgo

vecino y luego en otro. Hasta el espía menos capaz nos encontraría. A todo esto, quisiera añadir que, según el humilde parecer de este buen soldado que os habla, el mejor rumbo es el del sur, hacia Nueva Vamurta, donde nadie nos preguntará nada.

Estas palabras fueron bien recibidas por algunos, excepto por aquellos que habían huido precisamente de la Asamblea de las colonias por deudas, y los vesclanos, que no se pronunciaron.

Los capitanes se miraron entre ellos interrogativos, sorprendidos por aquella propuesta. Aunque luego se levantaron otros hablando e ideando otras alternativas, volver al sur fue algo que gustó a muchos.

—No podemos ir hacia el Mediodía —dijo el primer capitán—. Es imposible.

—¿Por qué no? Las rutas son seguras. Allí muchos tenemos madres, amigos, familiares… —protestó uno de los hombres grises.

—Id donde os parezca mejor. Los capitanes y yo no iremos a Nueva Vamurta. Podéis pensar lo que queráis, pero allí, ni seréis bienvenidos ni hay posibilidad de prosperar. ¡Entre los puros sí! En ese lugar podemos encontrar un hogar, una tierra donde asentarnos. Podremos echar raíces. En las colonias seréis subyugados por los fuertes, y en el mejor de los casos, seréis admitidos en su ejército y destinados a algún fuerte perdido en las fronteras.

—El estratego tiene razón —intervino Icet—. Los vesclanos queremos ir a las ciudades de los puros. Nuestro pueblo no tiene relaciones con ellos, y nosotros seremos los primeros. En aquellas ciudades se puede soñar con un mañana, en las colonias, no.

—¿Y por qué no podéis ir a Nueva Vamurta, señor? —quiso saber uno de los supervivientes de los lagos.

Serlan estuvo tentado de decir la verdad, de contar a la tropa quién era. Temía que reaccionaran mal, temía que su pasado volviera ahora que empezaba a olvidar, justo cuando creía estar empezando algo nuevo.

—Os lo vuelvo a repetir, iré a las ciudades del oeste y cruzaré el Bosque de las Hiedras. El camino hacia el sur está vigilado, estoy seguro. Quien me quiera seguir que me siga. Allí, al otro lado del Bosque, las posibilidades son infinitas, en las colonias, no. ¿Acaso no huyen de Nueva Vamurta los que pueden, los valientes? Mañana, al alba, partiremos hacia Toumedar y luego iremos a Oquadé, allí podremos descansar y proveernos. Es la urbe más grande de estos páramos. Una vez dejemos la última de las ciudades libres y sigamos hacia el oeste, quien forme parte de nuestra compañía no podrá abandonarla bajo ningún pretexto.

Acabado el parlamento, los vesclanos entonaron el cántico de las dalias con un hilo de voz, mientras los hombres grises, a un lado, rezaron a Onar. Serlan pensó que les faltaba un sacerdote, ya que sin

esa figura las oraciones parecían huérfanas de la liturgia que debiera acompañarlas.

Al cabo de tres jornadas, tras pasar la noche en Toumedar, alcanzaron las proximidades de Oquadé. La urbe no era más que una gran aldea sin tan siquiera una muralla de piedra, aunque rica. La ciudad estaba protegida por un terraplén de dos cuerpos de altura sobre el que sobresalía una empalizada rematada con torres de madera en sus vértices. A lado y lado de cada una de sus cuatro puertas se alzaban otras torres, estas algo más sólidas, pues la base era de piedra. El burgo, visto desde la distancia, daba la impresión de ser un campamento militar. Un pequeño foso seco rodeaba el talud, tapizado con estacas, «por lo que pudiera salir del bosque», les dijeron después. Los portones revelaban creencias animistas, pues en las hendiduras que creaban en aquella estructura defensiva se habían clavado, sobre anchos troncos, cabezas de jabalís, como si los espíritus de aquellos animales custodiaran las entradas al burgo, junto con un sinfín de banderitas de colores con evocaciones a los distintos dioses que amparaban a sus habitantes. Sobre ellas ondeaba el gran blasón de la ciudad, el yunque y el martillo en negro sobre un fondo de sangre. Bajo el tímido sol de mediodía, numerosas columnas de humo se elevaban hacia el cielo limpio, esparciendo un tufo metálico, pues los herreros de la pequeña ciudad eran apreciados en toda la región, y en Oquadé formaban gremio.

La columna quedó varada no muy lejos de las casas por orden de Serlan. Nadie había abandonado la compañía, pues los hombres temían desperdigarse y ser presas fáciles ante una posible nueva razia de los sufones. Por otra parte, sentían curiosidad por la urbe, considerada la más abierta de las libres. Así, mientras esperaban la delegación de notables que, mediante mensajeros montados en renos habían prometido recibirlos, la tropa descansaba cerca de las hogueras que habían encendido para combatir el frío. En una de ellas, el conde, Lateas y Aldier charlaban, cansados pero también contentos de haber llegado hasta allí sin contratiempos.

—Señores, ¿soy yo que me hago viejo y demasiado sensible, o es cierto que los soldados me rehúyen?

Aldier sonrió con malicia mientras Lateas encendía su caña de bronce para poder meditar la respuesta.

—Muchos rumores se dicen de vos —dijo el murriano—, y algunos creen que sois una especie de mago de la Antigua Vamurta. Pero ¿no es así, verdad, amigo mío?

—¿Un mago, yo?

—Aquellos lobos gigantes aparecidos de la nada nos

sorprendieron a todos. Y que despertárais con una coraza roja a medianoche, cuando más bien parecíais un moribundo. Aunque, a mí, eso no me sorprendió tanto —añadió Lateas.

—No os he contado toda mi historia, lo sé. Espero que me aceptéis sin ella, que confiéis en mí, así como nuestros hombres creo que lo hacen.

—Dicen algunos que Cortenuova, antes de morir, se refirió a vos como conde de Vamurta —insistió el murriano, con voz queda. Lateas se miró los pies desnudos, incapaz de mirarlo a la cara.

Serlan respondió con una expresión de infinita vaguedad. Apoyó una mano en el hombro de Aldier, y la otra sobre la espalda del vesclano.

—¿Y si yo fuera el conde de Vamurta, me seguirías igual? ¿Acaso eso nos convertiría en enemigos? —Sonrió y miró el gélido cielo azul —. Sara dijo que no importaba quiénes fuéramos, sino lo que fuéramos capaces de hacer. Juntos, somos algo en este continente en pie de guerra. Nos cuidamos los unos a los otros, nuestros pasos comparten una misma senda.

Sonaron unas trompetas y los portones de la ciudad se abrieron. Tras una guardia de hombres rojos armados con alabardas pesadas y protegidos por gruesas cotas de metal negro, apareció la delegación que iba a parlamentar con ellos. El grupo de notables esperó en la entrada, bajo la protección de las ballestas y arcos que asomaban en las torres de madera.

—No parece que vayan a venir hasta aquí —dijo Aldier.

—Fijaos. Las que nos reciben son mujeres rojas —señaló el vesclano.

—Sí, mujeres. No se alejarán de la muralla —contestó Serlan— ¿Tan mal aspecto tenemos para esas damiselas? Avisad a Icet, Eszul y Sara. Que nos acompañen todos los capitanes. Esas damas rojas que aguardan requieren de todos los honores que podamos ofrecerles.

## 36
## discordia

Cuando, exhaustos, Dasteo y Arisas alcanzaron la playa, los cautivos se acercaron a la orilla. Amalia corrió hacia ellos, intentando contener unas lágrimas que acabaron por escapar. Se lanzó sobre los dos, los abrazó y los besó con frenesí, rodando los tres sobre los guijarros y las olas, felices, sorprendidos de volver a estar juntos. Amalia los tocaba, los palmeaba, hasta que alguien, de la multitud que se había congregado en la orilla, preguntó: «¿Existen esas cosas?»

—¿Habéis volado la mina? —dijo Dasteo, aún jadeante.

—Sí, como tú nos ordenaste. Y somos todos libres, ¡todos! Podemos marcharnos a donde nos plazca —contestó Amalia a su lado, eufórica.

—Sí que existen. Pero no son dioses, como temí —continuó el alférez, dirigiéndose a los liberados de Orcómeno—. Son seres de otro tiempo o de otro lugar que no es el nuestro, por eso debemos cerrar este lugar y olvidarlo. Irnos, alejarnos de los seres mercuriales y de los murrianos.

—Largarse de aquí, pero, ¿hacia dónde? —preguntó una mujer, escuálida tras el largo cautiverio.

—Acabo de salvar mi vida y la de Arisas… Estamos extenuados. Necesitamos beber y comer algo. Hasta hablar es un gran esfuerzo, amigos.

Las gentes de Vamurta, excitadas por la reciente liberación, sin atender a las palabras del antiguo alférez del Batallón Sagrado, comenzaron a discutir a pie de playa los distintos caminos que podían tomar. Algunos, acaloradamente, creían que era mejor embarcar en las chalupas ancladas allí mismo; otros hablaban de seguir la ruta de la costa, aunque todos sabían que tenía un final y luego no era más que un sendero entre peñascos. Unos pocos estaban convencidos de ir hacia los valles, tierra adentro, como mejor alternativa para dirigirse al suroeste. Mientras tanto Amalia se llevó a sus amigos al pabellón de los oficiales murrianos, la mejor casa medio enterrada en las dunas, a fin de que pudieran reponerse. Los esclavos discutían, olvidando la hazaña de Dasteo.

Al entrar encontraron un gran salón de madera, de techos bajos. La luz se deslizaba desde los pequeños ventanales de la única fachada, dibujando columnas oblicuas entre los claroscuros. Aquella gran estancia estaba abarrotada y servía de improvisado almacén a los

hombres grises. La mesa, larga y estrecha, era usada como gran despensa. Dasteo y Arisas se lanzaron sobre las ánforas de vino, bebiendo a grandes sorbos, para, a continuación, devorar como animales los platos allí servidos hasta saciarse, aunque la comida estaba invariablemente compuesta de cereales y algo de fruta. Federico, que no se movía del lado de Amalia, les preguntó cómo habían logrado escapar y el antiguo oficial narró su aventura, confesando que el azar mucho había tenido que ver en el final feliz de su periplo. A su vez, preguntó cómo había triunfado la rebelión y fue informado. De su compañero Tzerso, nada supieron decirle. Tras aceptar la muerte de aquel amigo, el alférez les dijo:

—Tras tanto sufrir, Onar nos sonríe. Antes de partir debemos dedicarle unas plegarias. Nuestros dioses dieron la señal para iniciar la lucha, abriendo el camino hasta el mercurio.

—Mi alférez, daremos gracias a la providencia —contestó Federico—. Aunque ahora me preocupan los de aquí afuera. Los ánimos están muy alterados, se han vuelto todos locos. La victoria, la sangre y el vino que ha corrido de boca en boca han hecho olvidar lo más importante, que estamos en grave peligro.

—Y hay dos antiguos nobles de Vamurta que están aglutinando a la gente —añadió Amalia—. Aseguran conocer un puerto más al sur donde refugiarse. Prometen tener posesiones allí y premiar a aquellos que se embarquen con ellos. Cuentan cuentos. Dicen que en el sur tienen amigos poderosos, pero allí no hay nada excepto humildes pescadores que nada saben de armas.

—¡Es una locura! No hay ningún puerto, que yo sepa, siguiendo la costa. Únicamente esas aldeas de pescadores de las que hablas, que a buen seguro han recibido la visita de la flota murriana. En el mar no hay esperanza alguna —contestó Dasteo.

Los presentes se fueron quedando callados, mientras los dos amigos seguían devorando tortas de cebada insípidas. Arisas, en una de sus pausas entre bocados, miró a los dos soldados, cuyo aspecto debía ser tan pobre como el de él mismo y sus barbas descuidadas tan largas como la suya.

—¿Ya no sientes frío, Arisas? —preguntó Amalia, extrañada al ver que el joven no se abrigaba.

—No. No me había dado cuenta —dijo, sonriendo—. Los seres mercuriales… En las profundidades todo es distinto. Y todo cambia, Amalia.

Dasteo lo miró, asintiendo lentamente, a la vez que pasaba la enorme mano por sus labios, limpiándose la comida. El antiguo alférez entendía que su paso por ese mundo subterráneo, encerrado desde no se sabía cuantas eras, había dejado huella en él y en Arisas, especialmente en Arisas, aunque no quería pensar en ello. Debía

centrarse en el presente y no en intentar escuchar su interior. El presente ardía. Se fijó en aquel montón de mercancías que los rodeaba. Parecía la trastienda de un gran mercader. La luz arrancaba destellos sobre las armas mal apiladas. Por orden de Amalia, todo aquello que pudiera resultar útil se había acumulado allí. Una auténtica armería murriana: espadas ligeras, angostas, con empuñaduras de cuero o incluso de hueso, labradas con formas de cabezas de leones y rinocerontes. Decenas de jabalinas y lanzas pesadas, ballestas de distintos tipos. El oficial se levantó. Caminó, haciendo crujir la tarima de madera, mirando, rebuscando entre corazas de discos, petos recubiertos de metal, cotas de mallas de diferentes tallas y anillos. Levantaba un guante y lo dejaba caer, removía entre una pila de grebas, curioseaba.

—También hay pólvora, vino, pellejos para guardar agua, grano… —dijo Federico, sin moverse de la mesa.

—Todo esto nos servirá. Armémonos y salgamos a hablar con los hombres. Es el momento de organizar la partida —concluyó Dasteo.

Al acercarse a la playa y contemplar a la multitud apelotonada, Dasteo pensó que algo no iba bien. Nadie había pensado en situar centinelas. Aquella aglomeración de gentes grises acantonadas frente al mar, sin salida, era perfecta para una gran emboscada. Los gritos se oían desde lejos. En el centro se discutía acaloradamente. A medida que iban apartando a algunos hombres para hacer sitio y poder participar en esa especie de asamblea espontánea, percibieron hasta qué punto los ánimos estaban alterados.

—En esas naves podemos embarcar a más de doscientos hombres y mujeres. El resto, puede seguir nuestra estela por la costa, protegiéndonos los unos a los otros, hasta estar lo suficientemente lejos para que las bestias se olviden de nosotros —bramaba Astran, un antiguo noble de Vamurta.

—No hay nada, siguiendo por ese camino. ¿Qué vamos a comer? —preguntó un joven esclavo.

—Encontraremos aldeas de pescadores. Además, la mina está repleta de provisiones —contestó Astran.

—Y armas —añadió el otro barón, que apoyaba también la idea de bajar por el sur siguiendo el mar.

Los esclavos estaban ansiosos y no había acuerdo. Los dos nobles habían comprado voluntades mediante promesas a espaldas de la mayoría. Detrás de ellos formaban de manera irregular decenas de esclavos, que escuchaban en silencio a sus nuevos y viejos señores.

—Amigos —intervino Dasteo—. Debemos desaparecer, y hacerlo con diligencia. Cerca del mar será fácil encontrarnos. Si alguno de los guardias ha escapado, cosa que creo, en tres o cuatro días tendremos

aquí a las naves de guerra de nuestros enemigos; en cinco lunas, a todo un ejército. Los hemos golpeado con dureza, recordadlo.

— Y si no es por mar, ¿por dónde proponéis marchar? —inquirió Astran.

—Por los valles del interior. En una sola columna. Cohesionada y al mismo tiempo flexible, dividiéndonos en grupos.

—¡Ellos corren más que nosotros! —exclamó alguien.

—Sí, pero deberán dividirse para encontrarnos, tendremos una oportunidad —respondió—. Y unas jornadas de ventaja.

El gentío discutía las propuestas de Dasteo. «¿Quién eres tú para mandar?», se escuchó entre la multitud. Algunos alzaban los puños, otros se empujaban. Algunos acusaron a los del grupo de Dasteo de haber escogido las mejores armas, sin pensar en los demás. Los dos nobles pidieron que los siguieran a ellos, pues lo que proponía el oficial de la Falange Roja era una solución sin sentido, ya que era sabido que a campo abierto no tendrían oportunidad alguna.

—No es mi idea presentar batalla —sostuvo Dasteo—. Lo que os digo es que debemos huir. Organizarnos y partir hoy mismo.

Entonces acusaron a Dasteo de querer utilizar a los esclavos para organizar un ejército, y así, conseguir mayor gloria para sí mismo.

—No queremos luchar, ¡queremos vivir! —le espetó aquel barón. El hombre, cuya barba crecía encanecida, se dirigió a la multitud—: Sospecho que este soldado, Dasteo, tiene sus propios planes. Convertirnos en sus soldados, en una guerra perdida en los confines del imperio murriano para su reconquista. ¡Miradlo! Se nos presenta armado para hacernos notar quién manda aquí. Yo digo que no, que escapemos por los caminos del mar. Al sur hay riquezas, pueblos con los que he tratado y donde tengo posesiones, al igual que Astran. Allí nos esperan.

—Es para beneficio de nuestros hijos, de las próximas generaciones —respondió el oficial de la Falange Roja—. ¿Queréis que nazcan esclavos? Debemos luchar y vivir para seguir luchando.

—¡Ah! Ya conocemos a los murrianos, ¡no los vamos a derrotar jamás!—gritó alguien, detrás de los nobles.

—Hablas de hijos, pero tú te acuestas con hombres. No creo que tengas ninguna buena idea para salir de esta —dijo Astran—. Creo que escondes lo que realmente deseas.

Dasteo inspiró todo el aire que le fue posible. Dudaba entre moler a puñetazos a ese noble o ignorarlo. Se oyeron voces increpando al antiguo alférez, lo llamaban mentiroso. Incluso se le acusó, en aquel momento, de no respetar a los dioses, pero pocos entre la multitud ponían empeño en mancillar su honor. Arisas, preso de una furiosa indignación, dijo:

—¡Desagradecidos! Si somos libres es gracias a él. ¿Cuántos de

vosotros habéis hecho algo por los demás? ¿Cómo os atrevéis a cuestionar a quien ha arriesgado su pellejo por vosotros?

El tumulto aumentó, volvieron los empujones y las amenazas. Dasteo apartó a Arisas del jaleo e hizo una señal a Amalia y Federico.

—Las razones de muy poco servirán ahora. Salgamos de aquí.

Empezaron a retroceder. A ellos se les sumaron otros, sobre todo los veteranos de los ejércitos de Vamurta y los pocos supervivientes del Batallón Sagrado que había allí. Pronto fueron unos cien. Con discreción, más con gestos que con palabras, se dirigieron al pabellón de los oficiales de la mina. Allí se les sumaron otros esclavos, aquellos que conocían o habían visto de cerca a Amalia y al gigantón que era Dasteo. Los armaron a todos con prisas, repartieron comida y otras provisiones, como pellejos para cargar agua.

Cuando el grupo capitaneado por los dos nobles se presentó a las puertas de aquel almacén improvisado, fue demasiado tarde. Ante las quejas y las amenazas, Federico se adelantó a los suyos:

—Hemos tomado menos armas y víveres de los que dejamos. Nosotros partimos ahora. Que se añada libremente quien así lo desee.

Fueron dejando la mina de Uherské atrás, ascendiendo por un camino estrecho que conducía a una llanura elevada. Abajo, junto al mar, se quedaron gran parte de los liberados. Pequeños puntitos negros sobre las playas que se esforzaban en cargar las chalupas con vituallas antes de zarpar. Tanto los que embarcaban como los que siguieran a pie serían una presa fácil para los veloces navíos de guerra del enemigo, que descenderían siguiendo la costa, a la búsqueda de rebeldes. Amalia se preguntó qué sería de todos ellos. Algunos hombres y mujeres grises, tras pensárselo, corrían hacia el grupo del alférez. Un goteo que engrosaba la columna de Dasteo, cada vez más numerosa, hasta sobrepasar los trescientos. Al poco de abandonar la mina aún se les unieron más esclavos.

El sol hizo hervir la tierra ese día. Los cascos murrianos eran llevados en la espalda, las armaduras, fueran de placas o de cuero, desabrochadas. Los escudos y armas eran una pesada carga, como las vituallas. A medida que se adentraban en aquella llanura sembrada de piedras, el calor resultaba insoportable. Al mediodía hicieron un alto en el camino, bajo una agrupación de acacias que los salvó de la inclemencia solar. Hombres y mujeres guardaban silencio. Aquella temperatura extrema los aturdía, golpeaba sus mentes. Los convertía en seres que se arrastraban. Solo el miedo consiguió que tras beber y comer continuaran adelante. A media tarde, el cielo azul se manchó con nubes alargadas, la vanguardia de una tempestad. Vieron estallar los primeros relámpagos sobre el mar. Entonces la columna buscó refugio tras una elevación cerrada, en la que instalaron un

campamento para pasar la noche como les fuera posible. Dasteo pensó en los que se habían embarcado, temiendo por su suerte. Observó que, bajo la lluvia, los que huían se habían organizado espontáneamente en pequeños grupos. Él mismo estaba junto a Arisas, pegados a la roca, al lado de Amalia y Federico. Como otros muchos, habían montado una especie de tienda con las ropas sobrantes que cargaban, lo que no impedía que la tierra sobre la que descansaban estuviera mojada y los empapara. Miraban la lluvia mientras se acercaba la noche.

—Mañana, antes de partir, hay que celebrar una asamblea. Organizarnos, nombrar capitanes y jefes de escuadrones —propuso el antiguo alférez.

—Otra vez el orden militar —respondió Arisas—. ¿No sabemos organizarnos de otro modo?

Federico rió. Las nubes descargaban su bendición sobre la tierra seca.

—No, mientras nos persiga otro ejército —contestó Dasteo—. Si los murrianos nos alcanzan, ¿cómo vamos a responder? ¿Con alfareros armados con vasijas y en orden gremial?

Pasaron el resto de la noche aguantando el aguacero, que había transformado el calor en algo soportable. Por la mañana, todavía mojados, celebraron una asamblea muda, pues pocos se interesaron por participar. Se organizaron en tres compañías de algo más de ciento treinta miembros, una de las cuales fue capitaneada por Amalia, otra por el mismo Dasteo y la última por uno de los pocos que había hablado esa mañana fresca, Jafonas, un joven noble de frontera de modales rudos. Los jefes de escuadrón fueron nombrados por los nuevos capitanes entre los veteranos de las guerras del murriano.

Aquella jornada fue un largo deambular por una meseta árida, rumbo oeste. Al mediodía hallaron una pequeña aldea cerrada por una pared de piedra alta. Una de las últimas en las que encontrarían grises, pequeños ganaderos con las reses escondidas en alguna gruta de los alrededores. Encerrados en sus casas, a pesar de que se negaron a prestar ayuda o a proporcionarles agua o alimentos, sí les indicaron cómo alcanzar los valles fértiles, en el límite suroeste del altiplano. Allí crecían los primeros palmerales. Con las reservas de agua a punto de agotarse, a la tercera jornada de aquel viaje alcanzaron el primer valle. Sin noticias de los murrianos, desde las alturas desérticas sus corazones se llenaron de alegría al asomarse a una extensa depresión verde.

En efecto, el primer valle constituía una franja arbolada casi continua, un recipiente cóncavo para recoger las escasas lluvias. Hacia el horizonte, como monumentales receptáculos entre cimas terrosas y desnudas, se perfilaban los lechos frondosos de otros valles en los que

crecían generosas datileras bajo un cielo de cristal blanco. Según les habían indicado en la aldea, más adelante encontrarían el Río-Seco, cuyo caudal cortaba de norte a sur las sierras que flanqueaban los oasis y en cuyas riberas se cultivaba en tiempos antiguos el algodón. Las leyendas contadas al oído en Vamurta, remontaban los orígenes del Condado a aquellas tierras escondidas. Algo empujó a los hombres grises a abandonarlas y vagar durante generaciones por el norte, hasta asentarse cerca del mar, fundando sus propias ciudades.

Las tres compañías descendieron hacia el verdor que prometía dulces frutos y frescor. Bebieron de fuentes naturales y descansaron hasta el mediodía, momento en el que siguieron adelante, hasta pisar el siguiente oasis al atardecer. Entre majestuosas acacias y palmeras de la altura de cinco cuerpos, descubrieron una laguna de aguas esmeraldas. La alegría entre los fugitivos de Uherské fue grande, pues el agua en tal abundancia significaba enormes comodidades. Dasteo parecía especialmente contento, y el peso de la duda, al haber escogido la vía de escape del interior, le fue más liviano.

Los hombres y mujeres se despojaron de las armas, dejando a unos pocos centinelas en las proximidades. Aún hacía calor, aunque podía ser algo agradable tras un baño. Las últimas luces se desplomaban frágiles sobre la laguna, incendiándola con destellos cobrizos. Un grupo de gorriones sobrevolaba las aguas tranquilas, rasgándolas de vez en cuando para beber. Con la llegada del crepúsculo, el bosque de datileras despertaba del letargo causado por las elevadas temperaturas. Se escuchaba por doquier el aleteo de distintas aves, sus llamadas, sus contentos reencuentros, una vez más. Amalia se acercó a la orilla, aspirando los perfumes del oasis. Abrió los brazos como si quisiera que la brisa que traía la noche la abrazara. Se desabrochó el peto de cuero tachonado y con dos patadas lanzó lejos las alpargatas mugrientas. Cerró los ojos. Luego, aunque estaba rodeada de hombres y mujeres, se deshizo de los calzones, de las grebas de hierro, de la camisola empapada en sudor, hasta quedar casi desnuda, dejando a la vista su espalda nervuda, el cuerpo recio por los años al servicio de una ballesta, por el tiempo gastado en demoler las entrañas de la mina de mercurio. Dasteo la observaba. Ella se giró para mirarlo un instante. A pesar de las privaciones, sus pechos flotaban en el aire, todavía exuberantes, carnosos. Entró en el agua rompiendo el espejo de la laguna. Se mojó la cara, se agachó, lanzando su pelo enredado hacia delante, sumergiéndolo.

—¡Venid! El agua está fría —exclamó Amalia.

Algunos empezaron a acercarse a aquel lago escondido entre rocas y palmeras. No se veía dónde acababa, porque aunque no era muy ancho, su superficie transparente reposaba sobre un fondo que se alejaba, entrando y saliendo entre escarpadas paredes, hasta

difuminarse en la frondosidad del palmeral.

—¿Dasteo? ¿Qué estás haciendo? —gritó Amalia, asustada al verlo llegar a la carrera con la lanza en alto. El rostro del alférez era una máscara rígida, excepto los ojos, que buscaban alguna cosa.

—¡Sal del agua! —gritó. Levantó mucho el asta y la ensartó con todas sus fuerzas en la laguna. Algo sacudió el lago con fuerza al tiempo que, en el fondo, unas siluetas escapaban en silencio. La mujer se lanzó atemorizada sobre el torso ancho de su amigo y ambos retrocedieron.

—¿No estáis hartos de harinas? —preguntó el soldado a los allí reunidos—. Esta noche cenaremos la dulce carne de caimán. Venga, buscad cuerdas, preparad las lanzas, iremos de caza.

Amalia lo abrazó, quedándose quieta entre sus brazos. Musitó un «gracias» apagado y luego acarició la nuca del alférez, apartando el pelo sucio que mucho había crecido durante el cautiverio.

—¿Cuánto hace que no me masajeas la espalda? Casi no hablamos de nada, amigo mío —le dijo, y después lo besó.

—Dasteo, suéltala —Se oyó. Con una larga espada en mano y con las piernas separadas y algo flexionadas, Federico Falrás lo desafiaba —. Ella es mía.

—¿Pero qué estás diciendo, soldado? Guarda ese filo ahora mismo —contestó—. ¿Tanto ha calentado el sol tu cabezota?

—Defiéndete, coge un arma. No la quiero perder. Me pareces un farsante que cree que puede tomar lo que desea. ¡Pero Amalia es mía! Y no la volverás a tocar, ¡jamás!

Los fugitivos que contemplaban aquella escena inesperada se echaron atrás. Nadie quería participar en una pelea y nadie los intentó separar. Alguien lanzó un venablo murriano a los pies de Dasteo, una pica de asta dura y punta romboidal afilada. Este lo agarró no muy convencido de lo que hacía. Los hombres se apelotonaron en la orilla y empezaron a jalearlos, mientras nuevos espectadores llegaban para mirar la pelea. Ambos se movían en círculo, estudiándose. Los pájaros habían enmudecido.

Federico lanzó un golpe circular que obligó a Dasteo a saltar hacia atrás y esconder el estómago. Sin tiempo a pensar en nada, Federico recogió la espada y aprovechando la inercia del ataque la levantó, golpeando de arriba abajo. El alférez rodó sobre la arena caliente para evitar el tajo y, antes de que pudiera levantarse, entre los gritos de la tropa, su oponente, asiendo la empuñadura de la espada con ambas manos, intentó acuchillarlo. Como el otro desvió la acometida con un barrido de lanza, Federico insistió en clavar la punta de su espada. Fue un error, pues dio tiempo a su adversario a levantarse otra vez.

—¡Miseria, Federico! De ti jamás hubiera dicho que pelearías por

una mujer.

Entonces, el espadachín de la Falange Roja blandió el acero hacia todos los puntos, como un moliente, a fin de descolocar a su oponente. Con los ojos inyectados en sangre y desesperación, arremetió de nuevo con furia. Dasteo perdió el equilibrio por segunda vez, desplomándose sobre las aguas tibias y Federico se lanzó sobre él para aprovechar la ventaja obtenida. No esperaba que el otro hiciera una tijera con sus piernas, derribándolo, dejándolo sobre el barro como una cucaracha panza arriba. De un salto, el alférez le cayó encima con todo su peso, aplastándole los pulmones y dejándolo sin aire. Le propinó un derechazo terrible en la mandíbula. Federico empezó a sangrar por el labio, partido y cubierto de barro.

—¿Has olvidado el juramento? —Le espetó el oficial, sentado sobre su barriga—. ¿A quién sirves tú? ¿Al Condado de Vamurta, a la golondrina negra o a ti mismo? ¡Soy tu alférez!

Federico, humillado, no dijo nada. Dasteo agarró la cabeza de su subordinado con sus manazas de herrero.

—No enloquezcas, amigo mío. No somos unas bestias, aunque los murrianos nos hayan tratado como a tales.

Lo obligó a incorporarse. Los refugiados, a su alrededor, los miraban a ambos, esperando no se sabía el qué. Amalia estaba a punto de llorar, aquella explosión de violencia súbita le había roto los nervios.

—Dasteo, yo amo a Amalia —balbuceó.

—Y yo, de otro modo. Pero no te entiendo, amigo, toda tu vida entre los hombres del Batallón Sagrado, y ahora me atacas y dices amar a una mujer. ¿En qué has estado pensando, qué has hecho?

La cacería del caimán tuvo éxito. Aquella noche, olvidada la disputa y las muchas privaciones sufridas, los que huían volvieron a sentir el espejismo de sentirse libres. Disfrutaron de una cena copiosa a la luz de las hogueras, pues consideraron que se habían alejado lo suficiente, además de saber que la distancia con la fortaleza de Orcómeno era grande. Las datileras crujían, movidas por el viento suave de la noche. En el cielo las constelaciones brillaban con una intensidad inusitada; Atros, que marca el norte, resplandecía. El alférez seguía despierto, al lado de Arisas, que dormía profundamente, por una vez. Aunque cerca de él había docenas de cuerpos tumbados, arracimados para sentirse más seguros, Dasteo estaba solo. Federico y Amalia habían desaparecido tras la cena. «¿Qué nos falta?», se preguntaba el viejo soldado en la oscuridad. «¿Qué nos han quitado, hasta llegar al extremo de convertirnos en perros que matan a sus iguales por un hueso?». Las fuertes respiraciones de tantos le hicieron recordar las estaciones vividas en el cuartel de la Falange Roja. Los

tiempos felices. Fuertes, altivos, alegres… Y honorables. Se tumbó, acomodándose entre las alforjas de su impedimenta. Recordó a su madre. Sonrió al pensar que ella sí se sentiría orgullosa. Su hijo no se había rendido, su hijo no iba a rendirse aunque la vida le fuera en ello. Dasteo Cenrala no iba a convertirse en un monstruo.

# 37
# oquadé

Mientras se dirigían a la puerta de la ciudad, Eszul avisó al conde:

—Esas de allí, las que nos reciben. Son sacerdotisas, todas.

— Está bien. No tenemos nada que esconder, Eszul. Nos mostraremos tal como somos.

Siete damas de altura formidable aguardaban, rodeadas por una cohorte de guerreros sosteniendo el emblema negro y rojo de la ciudad, que flotaba sobre una gran asta. No era lo que tenían en mente, cuando les hablaron de Oquadé como una ciudad permisiva. Abrigadas con varias capas de tejidos finos de algodón negro, bajo los mantos se podían entrever una infinidad de argollas de acero que las aprisionaban. Sonreían, pero sus miradas eran gélidas como una mañana de invierno zaherida por el viento. Querían saber, eso el conde lo entendió enseguida. Los capitanes de la hueste caminaban lentamente, como si estuvieran en una ceremonia. Bajo los grandes aros, las sacerdotisas vestían una malla blanca que sobresalía en cuello y mangas. Las largas uñas de las damas trazaron gestos extraños en el aire. ¿Los bendecían, los exorcizaban? No eran mayores, eran féminas de mediana edad y jóvenes también, pulcramente pintadas para la ocasión. Negro en torno a los ojos, morado oscuro en los labios, rojo chillón en las mejillas. Hermosas a su modo ancestral. Al llegar a su altura, observaron sin disimulo a la Bálkida, Eszul.

—Una mujer roja con gentes grises y vesclanos —dijo una.

—¿Para qué los seguirá? —preguntó otra.

—¿Por qué habéis venido a Oquadé, ciudad del límite? —inquirió una tercera.

Serlan dio un paso al frente. Antes de que pudiera abrir la boca, la más pequeña de todas ella, que era algo más alta que el antiguo conde, se situó frente a él. Cerró los ojos y apoyó sus palmas cobrizas sobre la frente del estratego. Se hizo un silencio absoluto, los hombres de armas de la aldea los vigilaban con atención.

—Podréis entrar en la ciudad —dijo la mujer, despegando sus manos del cráneo del capitán.

—Entrar pero no dormir —añadió otra.

—Y queremos saber. Saber quién es esa mujer roja, saber de la muchacha sin mano, saber. Saber sobre vosotros, los errantes. Sois nuestros invitados.

El conde asintió y les prometió contestar a sus preguntas. Sara las miraba, callada, sin que su expresión delatara lo que pensaba. Eszul,

altiva, sonreía con malicia. Las sacerdotisas se hicieron a un lado, y los capitanes avisaron a la tropa de que se les permitía entrar.

Oquadé no se parecía al resto de ciudades libres. Se podría decir que solo existía una calle, tan amplia que por ella podrían transitar cuatro caravanas pegadas las unas a las otras, y el resto eran viviendas con fachada a estrechísimos callejones. Todas las casas tenían amplias ventanas para absorber la poca luz que llegaba del cielo y pequeños balcones floridos. En algunas azoteas se habían construido minúsculas jaulas de vidrio donde, acaso, alguien podía meditar o simplemente ver la lluvia caer sin mojarse. Lo sorprendente era que las fachadas estaban profusamente adornadas con bajorrelieves y pinturas de motivos alegres, desde estrambóticos conjuntos florales hasta animales y representaciones de los oficios. Unas imágenes que contrastaban con el acre olor a hierro fundido que se esparcía en el aire. Algunos propietarios de viviendas incluso plantaban árboles y flores sobre los tejados, lo que, a veces, daba la sensación de estar bajo un jardín. En aquella humilde urbe norteña, sus habitantes se preocupaban por ser felices.

La hueste avanzaba maravillada por la única avenida, abriéndose paso entre el gentío; los renos lanosos y malolientes, los mercaderes que se frotaban las manos viendo a tantos posibles compradores juntos ante sus puestos de venta. Los niños corrían entre sus piernas, admirándolos. Lemas, jugueteando con su cuchillo de matarife, pensaba que nunca los habían recibido con tanta cordialidad. Una de las callejuelas hedía a cuero curtido, la calle de los carpinteros a madera cortada y de la de los tejedores llegaba un caos de voces. Allí los aprendices cantaban mientras hilaban.

—Algo en vos les ha gustado a esas sacerdotisas, señor —dijo Eszul a Serlan—. Cuidaos de ellas.

A su lado, Éccate se intranquilizó. La pronta aparición de unos malabaristas que pedían la voluntad por su arte, lanzando aros de colores, los distrajo.

—De cualquier modo, cuidémonos de no disgregarnos por este bello laberinto —avisó Serlan a los mandos.

El griterío aumentaba. Llegaban a la plaza cuadrada, la única en toda la aldea, donde se aglomeraban las caravanas, el mercado y los dioses de todas las procedencias. Olía a especias y a metal, a pan recién hecho. Las estatuas de Onar y Sira convivían en armonía con las de Zintala, Osapa y Tamboras, de los hombres rojos. Lateas se alegró de ver un pequeño templo dedicado al Boadhais, cuya fachada estaba prácticamente forrada con musgo en toda su superficie, cuidadosamente regado y cortado.

—Aquellos son los edificios del Consejo —señaló el viejo vesclano —. Aunque parecen un gran bazar, si no fuera por esos guardias

imponentes. Y aquel gran palacio es el de las sacerdotisas, llamado del Consejo, donde deciden junto a los prohombres de Oquadé. La plaza la llaman Las mil puertas, y es bien conocida por nuestros mercaderes.

Enseguida comprobaron que la colonia de hombres rojos era la dominante en la urbe y que su gobierno permitía y alentaba a cualquier recién llegado, fuese de la creencia que fuese.

Icet, que se había quedado atrás con sus vesclanos más próximos, lo observaba todo con su mirada taimada. En aquel gran mercado que era la plaza central de Oquadé, llegaban expediciones comerciales de todos los rincones de las colonias. Incluso podían encontrarse armas y artesanía que nunca antes habían visto: espadas exageradamente curvadas, arcos pequeños y manejables para jinetes, arcabuces de cañón esbelto, cerámicas esmaltadas de cuello alto y estrecho, tejidos con brocados y ribetes suntuosos.

Tras el largo paseo por la ciudad, y atendiendo las órdenes de las sacerdotisas rojas, el antiguo conde mandó construir un campamento a las afueras que iba a ser dotado de guardia y de un terraplén defensivo. Un motivo no confesado de aquella simple estructura era evitar que aquel asentamiento provisional degenerase en un caos de soldados entrando y saliendo sin que nadie supiera a dónde iban. Solo habría una puerta. Los miembros de la compañía de Serlan trabajaron con ahínco, sabiendo que una vez hubieran terminado con su cometido, la noche brumosa de Oquadé los esperaba con los brazos abiertos.

Los primeros días fueron un redescubrimiento del placer de vivir, un pasear por calles ajardinadas, siendo la mayor preocupación de la tropa elegir la fonda en la que degustar los asados de la ciudad o en qué juegos apostar para pasar las tardes frías, cuando las calles se iban quedando desiertas y el viento aullaba. El conde los obligaba cada mañana a practicar con la espada, la lanza y el arco, corregidos y espoleados por Aldier, Lemas y Dort Riala, cada uno de ellos aportando distintas técnicas de defensa y ataque. En un campo de tiro improvisado en un bosque contiguo, la hueste de Serlan se adiestraba en el uso de los arcabuces, aunque eran pocos los que conseguían recargar las armas con cierta agilidad. Los oficiales, a los que se había sumado Dort Riala por méritos propios, discutían con frecuencia cuáles eran las mejores disposiciones en un imaginario campo de batalla. Tras probar distintas formaciones, se empezó a adiestrar a la tropa mezclando las distintas armas, con los arcabuces, ballestas y arcos en el centro, rodeados de la infantería armada de largas lanzas, tarea en la que los corpulentos hombres rojos resultaban incomparables. Las huestes de Serlan podían formar rápidos erizos o avanzar en pequeños cuadros de treinta hombres o más dirigidos por

un oficial y agrupados por un estandarte, que a su vez podían fundirse en un solo cuerpo. Serlan se mostraba satisfecho y así lo comunicaba a la tropa.

Los afamados herreros de Oquadé tenían mucho trabajo: afilaban sus armas, reparaban cotas, bruñían corazas. También compraron a los mercaderes nuevos arcabuces, pólvora, saetas y carne en salmuera. La gran novedad en esas heladas mañanas de prácticas fue, sin duda, una iniciativa de Eszul, la Bálkida, que enseguida encontró el apoyo de Serlan e Icet y las burlas de Lemas, que solo confiaba en su cuchillo pesado: la creación de un cuerpo montado, haciendo uso de los renos requisados a los sufones tras la Batalla del Valle. Así, de las primeras caídas de los jinetes y algún hueso roto, aquella compañía se dotó de un pequeño grupo ágil y veloz, capitaneado por Eszul e integrado mayoritariamente por hombres grises, pues los vesclanos eran demasiado pesados y sus colas anilladas eran más una molestia que una ayuda cuando se trataba de mantenerse erguido sobre las grupas cabelludas de los renos. Entre los nuevos jinetes sobresalió sorprendentemente Sara, quien enseguida se mostró segura y cuya compenetración con su reno la distinguió de los demás. Nadie conseguía hacer correr tanto como ella a aquellos animales poderosos, que embestían a cualquier cosa que se les pusiera delante con sus cornamentas de hueso duro. Aunque Sara, una vez sentada en la silla de montar, no podía blandir arma alguna o manejar las riendas con su mano izquierda, y de eso, todos se dieron cuenta. Era un jinete inofensivo.

****

Transcurrida la primera luna en la mayor de las ciudades libres del norte, la hueste de Serlan casi formaba parte de las rutinas de aquel gran asentamiento. En los establecimientos y en los tugurios de las callejuelas de Oquadé, los soldados confraternizaban con la guardia de alabarderos del municipio, mientras malgastaban las riquezas conseguidas en vino y prostitutas, muchas llegadas de los pueblos vecinos para satisfacer a tal cantidad de hombres solitarios y adinerados.

Los vientos fueron cambiando a medida que el otoño avanzaba. Cayeron las primeras nieves que, apenas cuajaban por la mañana, eran derretidas por el sol. En Oquadé se decía que aquel frío llegaba con demasiadas prisas. Durante el día y tras los ejercicios, la hueste divagaba por la ciudad en pequeños grupos sin una dirección concreta, excepto Icet, que había alquilado una casa donde recibía a comerciantes vesclanos, con los que intercambiaba noticias sobre los

asuntos de su patria y de otros lugares también. Allí se sentaba, tomando cerveza, saboreando pedazos de pescado y setas con seres de todos los rincones de las colonias, incluso con los pocos murrianos que compraban y vendían en aquellos confines.

En una de esas tardes gélidas, Eszul animó a otras mujeres de la expedición a visitar las minúsculas termas de la ciudad, incluida la tímida Éccate, aunque tuvo que pagar una buena bolsa de darmas para que durante su estancia ningún hombre pudiera entrar en ellas, algo impensable en las aldeas de su pueblo y que hubiera sido imposible por ley. En los vestuarios abovedados, calientes por el vapor de una fuente termal, las damas reían, y más cuando se referían a sus compañeros de armas, que debían andar con manos y pies helados por plazas y callejuelas. Eszul, desnuda, resultaba imponente. Sus piernas fuertes y hermosas, largas, anaranjadas, hacían que las mujeres grises parecieran niñas a su lado. Sara, vestida todavía, admiró el gran árbol que la mujer roja llevaba tatuado en su espalda. Un roble de ramas abiertas al cielo, un árbol sin hojas, arraigado. «Un árbol por cada Bálkida nacido», le había susurrado Eszul con un guiño. Pronto las chanzas se centraron en el mucho o el poco atractivo de los hombres de la compañía y a Sara le sorprendió que, para muchas de ellas, Aldier fuera el más gallardo.

—Con el debido respeto al grado, ¿habláis en serio? —contestó una mujer de Belkasa, ante las dudas que expresaba Sara acerca de su compañero—. Los ojos de ese apuesto murriano podrían tenerme hipnotizada en la cama una semana entera —dijo la mujer, entre carcajadas.

—Y a vos, Eszul, parece que os ha salido pretendiente —dijo en voz alta otra mujer.

—¿Qué pretendiente? De entre los hombres de esta hueste no hay ninguno digno de una princesa —contestó, con expresión pícara—. ¿No estaréis hablando de ese hombre que cree que vale por mil?

—Oh, vamos, querida —repuso la otra dama—. Creéis que no lo hemos notado. Si cuando piensa que no lo veis os mira como un corderito degollado. Apostaría mi paga a que el día menos esperado se arrodillará antes vos para confesaros su amor.

—Sería la segunda vez que se arrodilla, pues pidió mi bendición. Aunque si vuelve a arrodillarse aprovecharé la ocasión para atizarlo con la rodilla y bajarle los humos de una vez por todas —prometió Eszul.

—¿De verdad que no os gusta ni un poquitín? Aunque sea un charlatán, es un mancebo fuerte y guapetón —afirmó una de las ballesteras.

Eszul hizo un gesto como el que se quita el polvo de encima. Se dirigieron hacia la primera piscina, la de aguas frías, para así disfrutar

con más placer de la caliente. Eszul, a punto para el baño, se fijó en Sara.

—Querida, ¿no te desvistes? Estamos todas listas.

—No. No me apetece el baño, prefiero esperaros aquí, cerca de esta fuente —contestó, cabizbaja.

La Bálkida se detuvo en la puerta, mirando a la muchacha que la salvó de un matrimonio infeliz, de una vida perdida.

—Es la mano, ¿verdad?, te da vergüenza enseñarla. Cuando era una chiquilla me daba vergüenza ser tan alta, ¡no paraba de crecer! Los chicos de mi aldea se burlaban de mí, hasta que ellos también crecieron, y más que reírse, me perseguían. Suerte que siempre fui buena con una lanza en las manos —dijo, con una mueca melancólica.

—Pero a ti no te falta una mano ni tienes un muñón horrendo al final del brazo.

—No. Pero estoy lejos de mi casa, huyendo no se sabe adónde y con unos amigos muy poderosos, los vesclanos, que a estas alturas ya deben saber de mí, de nosotros, como mi padre. ¡Quítate ese sayo sucio! ¿Cuándo podrás volver a sumergirte en agua caliente y perfumada?

Sara, sin levantar la vista, se sentó en el banco de piedra, dispuesta a esperar todo lo que hiciera falta. Se fueron marchando. Cada vez era más invisible entre los vapores que emanaban de la fuente. Cerró los ojos y dejó que la mente divagara, saltando de aquel presente convulso a Vamurta; su niñez, que era manantial de sueños y la certeza de que la felicidad era posible. Casi sonrió al recordar su enamoramiento. La chica que amó a Traeras, el segundo oficial de Leandra, le pareció hasta distinta a la que era, ¡y en realidad había pasado tan poco tiempo! Buenos y malos recuerdos fluían enroscándose en las cortinas de terciopelo de un tiempo pasado. Le sobrevino el horror del encuentro con los seres azules, el dolor tan cercano de la Batalla del Valle, pero también rememoró los momentos de sosiego en la cabaña de la Ciudad de los Lagos o sus interminables clases bajo la tutela de los maestros de Villalaia. Al abrir los ojos, las nubes de vapor lo impregnaban todo. «¿Quién soy?», se preguntó la joven. «¿En realidad, ahora, quién soy?». Al mirar su muñeca amputada, el ardor despertó en ella. En un arrebato, se acerco a la fuente y se miró en las aguas calientes. Le pareció estar contemplando a un fantasma de rasgos afilados. «Soy una guerrera, y esa es mi condena. Eso es lo que soy, y poco más», exclamó a viva voz. Su grito retronó con fuerza entre las paredes de piedra húmeda. Abandonó la terma, se zambulló en la ciudad. Allí nadie parecía intuir su determinación. El aire helado animó su ser y con una sonrisa hierática se encaminó a la calle de los herreros de Oquadé, reconocidos en el gran norte por su pericia. Recorrió los talleres, fijándose con suma

atención en las piezas expuestas en la entrada de cada una de las tiendas, la mayoría ubicadas en un espacio cerrado y rectangular, con los hornos chisporroteando en el centro y un sinfín de herramientas, piezas decorativas y armas colgadas de ganchos que cubrían hasta el techo las paredes de las estancias. Al llegar al final de la calle volvió sobre sus pasos. Tras volver a examinar el arte del hierro del cuarto taller que había visitado, ya supo que ese sería el artesano que elegiría.

Penetró en los claroscuros de la tienda hasta encontrar a una mujer, algo más joven que ella, martilleando una fina capa de metal, un guardabrazos, creyó, que descansaba sobre un yunque monumental, al que la joven conseguía dar forma a capricho. La luz del hogar donde calentaba el metal iluminaba medio rostro de la herrera. Sara quedó momentáneamente sumida en la contemplación del fuego, cuyas llamas se avivaban alimentadas por una mancha de pie.

—Hermosísima armadura —musitó Sara.

—Señora —contestó la herrera, levantando uno de sus brazos fibrosos para secarse el sudor de la frente—, para servirla.

—¿Todas estas piezas son tuyas? —preguntó Sara, sosteniendo en la mano una copa de metal labrado.

—Así es, señora. Y de mi hermano y de mi padre. Podéis escoger para vos la que más os plazca.

—Son unas buenas obras. En realidad no estoy interesada en ellas. Quisiera haceros un encargo. Un encargo sumamente distinto.

Cuando Sara empezó a esbozar lo que quería, la herrera la interrumpió y dijo que debía avisar a su padre, que estaba en el piso de arriba. Pronto apareció un hombre en las escaleras del fondo del taller, avanzando hacia ella con pasos arqueados. Sus brazos de titán sobresalían del delantal de cuero como dos armas. En cambio, reinaba la más absoluta candidez en su mirada celeste. Padre e hija escucharon atentamente. Guiados por Sara, trazaron esbozos sobre un retal de cuero envilecido por el tiempo hasta entender bien la petición de aquella joven capitana de una poderosa hueste salida de no se sabía dónde.

—Requeriremos de los servicios de un cirujano. Conozco uno, el mejor de la ciudad.

Sara asintió.

—Vuestro encargo será costoso —dijo el hombre con voz pausada—. Además, ¿os dais cuenta de que no habrá vuelta atrás? ¿Habéis pensado en todas las consecuencias?

—Mi padre se refiere a los hombres —añadió con prudencia la muchacha.

—Si cumplís con lo que pido os pagaré bien y seréis

recomendados a muchos —contestó Sara con un rictus severo en el rostro.

— ¿Por qué lo queréis hacer? ¿No sería mejor cerrar el muñón con una capucha de cuero como las que se usan en cetrería y poder?…, aún sois joven.

—Soy una mujer sin mano. Y en el oficio de las armas las mujeres sin mano acaban sus días en la pocilga, cuidando cerdos. Eso es lo que soy, una tullida, por eso os hago este encargo.

Sara abandonó la herrería. Tras la noche del cuarto menguante volvería, faltaba poco. Oquadé parecía animada, como si los rigores del otoño no preocuparan lo más mínimo a sus habitantes. En la gran calle encontró a algunos soldados de su ejército que la saludaron con brevedad. Estos parecían muy entretenidos persiguiendo y adulando a las doncellas, las cuales atendían con mayor o menor fastidio las bravuconadas o galanterías de aquellos hombres grises que cada vez estaban más acomodados a esa vida sin peligros ni penurias. Las mancebas no eran como ella. Eran obsequiosas, sabían hacer oscilar sus caderas con naturalidad, como si estuvieran abriendo una puerta. Reían, y cuando lo hacían aquel sonido vibrante parecía llenar el mundo durante unos instantes. Sara se dio cuenta de que ella apenas reía. Siempre preocupada y atareada en una cosa u otra. Ellas no portaban armas ni cotas. Sus vestidos alegres revoloteaban en el mediodía. Sintiéndose ajena a todo ese mundo de insinuaciones y medias palabras, envidiándolo también, volvió a la terma buscando la seguridad de la manada.

Al volver a entrar, la mayoría de las mujeres estaban cambiándose. Eszul la recibió algo sorprendida y le sugirió, por el poco tiempo que les quedaba, que se dirigiera directamente a la pequeña piscina de aguas calientes. Tras dudar, se desnudó con vergüenza, intentando esconder sus nalgas endurecidas por el camino y sus pechos de un gris blanquecino, tiernos como pétalos al alba.

En la soledad de la terma se relajó por fin, suspirando largamente. Casi no se movió, sumergida hasta el cuello en las aguas caldeadas, cerrando de vez en cuando los ojos y aspirando los vapores que emanaban un leve perfume a hierbas y flores. Salió del agua y fregó su cuerpo con un trapo de hilos de esparto, para luego volver a deslizarse en el calor y la quietud de las aguas. Más que hambre, notó una vaga sensación en su cuerpo que no supo identificar. Un ligero temblor. «Quizás estoy mareada», se dijo a sí misma. Dejó que su cuerpo se deslizara completamente en el líquido, decidida a olvidar a todos, flexionando sus piernas en el fondo de la piscina. Pasó los dedos sobre su sexo y una sacudida le hizo sacar la cabeza del agua. Algo en ella había estado a punto de explotar. Miró a lado y lado, pero no había

nadie allí. Decidió volver a probar, despacio, convencida de que aquello había sido un accidente.

# 38
## las fiestas del zintan

Lateas, detrás de la mesilla instalada en una de las grandes tiendas del campamento fortificado de la hueste, anotaba con parsimonia nuevos nombres en un pergamino, que sería apilado junto a otros en el cofre de la compañía. Como prácticamente todos los días, una pequeña fila de nuevos reclutas esperaba turno para alistarse en aquel ejército que ya era renombrado en las ciudades libres y que concretaba los sueños de aventura y honor para los hijos segundos y terceros de muchos campesinos y pequeños artesanos de la región. Casi todos ellos eran hombres rojos, lo que satisfacía al conde, pues los consideraba únicos en la lucha a corta distancia, aunque bien sabía de sus problemas de indisciplina, como la innata tendencia a emborracharse por la más nimia y estúpida de las razones. Lateas miraba a los reclutas, pensando que muchas estaciones atrás también él había sido un joven de pecho hinchado y pretensiones de gran señor, a pesar de oler a sopa de tubérculos hervidos, como todos aquellos jóvenes sin recursos que tenía frente a la mesa.

Lemas *el Largo* los recibía con severidad una vez habían garabateado algo similar a una firma sobre la lámina de piel. Lo acompañaba Dort Riala, taciturno ante los nuevos, imponente, enfundado en una cota de malla hilvanada con anillos gigantescos. Sobre el tejido metálico lucía una coraza de un dedo de grosor oscurecida por el tiempo. Una plancha de metal decorada con muescas evocadoras de combates a los que había sobrevivido y que despertaban los sueños de gloria de los recién llegados.

—¡Sois una pandilla de vagos ansiosos de oro y mujeres! —les espetaba Lemas.

—¡Oro y mujeres a cambio de nada! ¿Eso es lo que pensáis, soldados? —les gritaba Dort Riala, mientras los hacía avanzar hacia las tiendas de los nuevos, las más frías de aquel campamento. Los reclutas no abrían la boca y contemplaban a los veteranos que se ejercían con las armas como cada mañana, dirigidos por los oficiales. La obsesión de Serlan era que fueran capaces de maniobrar y cambiar de formación en el mínimo tiempo tras oír las señales de los cuernos de guerra.

—¡El que salga de la columna recibirá un puñetazo!—amenazaba el hombre rojo. Nadie quería replicar.

Amedrentados, los recién llegados obedecían las órdenes sin tan siquiera mirar a aquellos dos capitanes. Algunos hombres grises de la hueste los veían pasar, preguntándose cuánto tiempo tardarían en

desertar, mientras los vesclanos que se encargaban de la impedimenta, intentaban encontrar armas y petos para aquellos desventurados.

Bajo el entoldado del puesto de oficiales, la más robusta y amplia de las tiendas requisadas a los sufones, el antiguo conde estaba sentado en una silla de tijeras escuchando las advertencias del noble Icet, mientras Eszul los atendía en silencio, cerca de un gran brasero que daba calor a otra jornada fría y nublada del norte.

—Los fondos de la compañía nos alcanzan, a lo sumo, hasta el invierno. Debemos pensar en cómo aumentarlos —decía el vesclano con su voz grumosa—, aunque por vez primera contemos con herreros y carpinteros en nuestras filas, lo que nos hace más independientes. Somos más del doble de los que llegamos.

—No tardaremos en partir. Antes de que acabe este otoño nos encontraremos al otro lado del Bosque Lluvioso —contestó cansado Serlan.

—Bien. Y una vez allí, ¿de qué vamos a vivir?

El estratego y primer capitán escuchaba. Veía a Icet sin su brazo, cada vez más quejoso. Un leve remordimiento lo visitaba, recordándole que aquel hombre tullido estaba bajo su responsabilidad. También él estaba preocupado, especialmente en lo que se refería a las vituallas. Nunca había tenido que organizar a tantos. En Vamurta, de ese trabajo se ocupaban otros. «Si Leandra estuviese aquí, sabría el modo de ordenar todo este embrollo de mercaderes, comida, reservas y mezquindades», pensó. El conde no era capaz de pensar mucho más allá del paso de unas pocas lunas.

—Ya dije, señor, que podríamos unirnos a las tropas de los puros. Y de no ser así —continuó Serlan—, al oeste del Bosque de las Hiedras existen grandes llanuras sin dueño.

—¡Convertirnos en campesinos!—exclamó Icet.

—Crear un nuevo señorío, donde los hombres grises…

—Seríamos devorados, más tarde o más temprano —cortó Icet—. Los puros, los sufones, incluso las milicias de Nueva Vamurta, aunque estuvieran lejos, nos convertirían en polvo, en un recuerdo. Imposible resistir.

El conde guardó silencio. Aquellas palabras echaban por tierra un sueño que había ido gestándose desde que huyeron de la Ciudad de los Lagos. No les permitirían llegar a ser fuertes, era la verdad. Nadie los había alcanzado por su enorme movilidad sobre el terreno. El conde era consciente de que su estancia en Oquadé empezaba a resultar insostenible.

—Y hay otra cosa que no deja de preocuparme, capitán. Los soldados, aquí, se debilitan. Toda esta riqueza, esta ociosidad, nos está convirtiendo en unos señores sin otro quehacer que perseguir damas y apostar en las tabernas. La comodidad nos mata como un parásito que

nos devora las entrañas sin que nos demos cuenta. Y, además, están los sufones. No van a permitir que la derrota del valle quede sin respuesta. Eso los haría pusilánimes, perderían ese gran ascendente que es el miedo en toda la línea de frontera.

—También a mí me perturba tanta calma —respondió el conde.

—Y a mí —añadió Eszul con la mirada fija en las brasas.

—Mandemos algunos hombres a los confines del Este, que escuchen, miren y vigilen.

—Es una propuesta sabia, noble Icet. Que sean hombres con monturas, veloces. Mejor si parten mañana, con las primeras luces. Nos hemos demorado en todo.

Entró Éccate en la tienda sin apenas hacer ruido. Los tres la miraron cómo tomaba asiento detrás del estratego sin levantar la vista del suelo. A diferencia de ellos, aquella mujer gris menuda no formaba parte de la élite de la compañía. Sin decir nada esperó a que aquellos tres capitanes siguieran con sus asuntos de los que ella tan poco entendía.

—Señores —intervino Eszul—. Hablando de esta ciudad que nos indisciplina. Las sacerdotisas me han entregado esto.

Y diciendo aquellas palabras puso sobre la mesa de madera una caja cuadrada de hueso blanco. Icet y Serlan miraron con gran curiosidad aquel objeto en el que se habían grabado símbolos que no conocían. Eszul rompió el sello de cera negra y con sus manos grandes levantó la tapa. Un aullido parecido al viento desgarró el aire y los cuatro se levantaron de golpe.

—¡Es un hechizo, vigilad! —masculló Icet.

Unas voces emergieron tras aquel estallido, unas voces que parecían llegadas del otro mundo. Serlan se llevó la mano a la espada e Icet dio el primer paso para escapar. Entonces aquel mensaje caótico cobró significado: «Llega la festividad de Gala Fahdtia… mañana, con el crepúsculo, en el templo de Zintala, se inician los ritos. Pronto el sol se retirará, avergonzado. Los errantes estáis invitados».

La sonora carcajada de Eszul rompió el miedo que se había enseñoreado en la tienda de los oficiales.

—Es un viejo truco de las sacerdotisas para impresionarnos, y a fe que lo han conseguido —dijo la mujer roja—. Estamos invitados a la fiesta, una de las más importantes de nuestro pueblo, la que indica cada cambio de ciclo. El otoño nos visita con todo su esplendor y fiereza.

Al amanecer, Dort Riala y Aldier partieron enfundados en amplios jubones de mercaderes que los protegían del frío y escondían sus armas, de modo que vistos desde lejos más parecieran unos viajeros que unos guerreros. Las pezuñas de los renos que montaban rompieron

la escarcha del camino que los llevaría a Toumedar y Arctonesia, a fin de recavar información sobre los movimientos de los sufones u otros enemigos que pudieran acercarse hasta aquellos confines de las colonias. Quizás irían más allá. El sol emergía entre densos bancos de nieblas, creando un paisaje fantasmagórico de sombras pegajosas. El murriano y Dort el rojo se perdieron entre cortinas nubosas. En el campamento quedaron el resto de capitanes, que los despidieron con el corazón encogido, los grises rogando al dios Rotras por su pronta vuelta.

Aquella mañana helada fue como tantas otras. Los ejercicios y las prácticas ocuparon la mayor parte del tiempo. La nueva compañía de reclutas rojos, uniformados con retales y piezas dispares compradas o recogidas de aquí y de allá, más parecía una comparsa de carnaval que un grupo de soldados, aunque el conde se mostraba esperanzado, pues ya eran capaces de coordinar acciones sencillas. Durante todo el día solo fue necesario dar tres latigazos a un joven rojo que se había encarado con un instructor, uno de los vesclanos de Icet. También, antes de que el sol estuviera en lo alto, llegaron las lanzas largas encargadas al gremio de los herreros de Oquadé para equipar a la unidad de montados. Armas de asta ligera que sorprendieron a los capitanes por su dureza. Eszul se mostró especialmente complacida, ya que con esas lanzas en ristre la carga de los renos ganaría en potencia e intimidación.

Tras la comida, un infausto rancho de raíces hervidas mezcladas con acelgas y legumbres arenosas, gran parte de los acampados se disgregó por la ciudad, como cada tarde. El estratego del ejército y Éccate se reunieron discretamente, Sara desapareció, y el grupo de vesclanos marcharon para celebrar la liturgia del Boadhais en una gruta al este de la ciudad usada por los mercaderes de esa raza desde hacía muchas estaciones. En la gruta, de altos techos celestes, se creían que emergía de la tierra una de las llamas primigenias, que era adorada como una de las fuentes del mundo. Allí los vesclanos oraron en paz a las fuerzas telúricas.

Todos tenían la mente puesta en la noche que había de llegar, en la fiesta que ofrecerían las sacerdotisas rojas tras la ceremonia del cambio de ciclo. En unas cuantas lunas el invierno pintaría con pocos colores el paisaje. Aunque solo los oficiales y algunos más habían sido invitados al interior del edificio del Consejo de la aldea, el resto de los habitantes del burgo lo celebrarían a su manera, en la plaza, en calles y tabernas abiertas hasta la madrugada. Todos excepto Dort, el hombretón rojo y el murriano, que cabalgaban deshaciendo el camino hecho, cruzando bosques mudos y caminos sembrados de hielo.

El cielo se había despejado durante la tarde, helando el mundo sobre el templo de Zintala. El azul añil parecía un enorme fresco pintado sobre una bóveda sin fin bajo el que los dientes de la sierra trazaban un zigzag oscuro. Cientos de antorchas daban luz a ese momento incierto que antecede a la noche absoluta. La mayoría de los habitantes de Oquadé se habían congregado entre las cincuenta columnas gigantescas cincuenta de la casa de Zintala cuya techumbre flotaba en lo alto describiendo armonías de vacíos y curvas. Aquel tejado orgánico se inspiraba en las formas del precipicio junto al cual se había construido, como si fuera una réplica en piedra. Entre los espacios de las columnas y fuera del templo, pues la casa del dios era un edificio abierto, se desparramaban las razas de los distintos pueblos. Pronto, los cánticos de los niños rojos del coro enmudecieron chismorreos y toses. Por un instante, el canto unió a todos los seres. La mirra y el incienso de la costa sur de las colonias ardían en grandes cantidades para hacer honor a esa divinidad de los cambios y los mil disfraces a la que los hombres rojos rezaban cada vez que se avecinaba un cambio de estación. *Agua. Que las semillas del trigo arraiguen, que las heladas sean breves*, murmuraban los presentes, ya fueran rojos, vesclanos o grises. La hueste de Serlan estaba desplegaba a la derecha mirando al altar, en perfecto orden de formación. Las plañideras se desgarraron los vestidos, patalearon, dieron brincos y se retorcieron en el suelo sollozando a los pies de las sacerdotisas, herméticas y distantes, seguras de que el oro pagado a aquellas que sollozaban aseguraba un buen espectáculo y el favor de los vivos.

Cuando el ocaso se extendió como una sombra en el firmamento, llegó el acto central, tras más oraciones, ruegos y plegarias, bajo un cielo en brasas. Dos grandes bueyes fueron arrastrados hasta el altar, atados con cuerdas sujetadas por la formidable guardia de alabarderos de la ciudad. El silencio se impuso entre los creyentes. Cada una de las siete sacerdotisas mayores que gobernaban el municipio había sacado a relucir los largos puñales flamígeros que usaban en las ceremonias y que escondían entre las túnicas que cubrían sus vestidos de aros. Las siete se acercaron a los grandes bueyes, cuyos dramáticos resoplidos eran escuchados por todos. A la luz de los fuegos hundieron las dagas en el lomo de los animales, una y otra vez, salpicadas de sangre oscura y caliente, hasta lograr derribar a ambos machos, que cayeron sobre la piedra dejando escapar un largo gemido.

Efectivamente, tras examinar las vísceras de los animales y vaticinar un otoño y principios de invierno benignos, la ceremonia concluyó y los habitantes de la ciudad, visiblemente satisfechos, se desplazaron hacia la gran plaza para dar comienzo a la fiesta del Zintan, siguiendo a los niños rojos que entonaron los cánticos de

carmina para dar la bienvenida a un tiempo que, habían prometido las grandes madres, no haría un gran daño en campos y corazones.

—¿Dónde están Sara y Eszul, señor? —susurró Icet al oído del conde.

—En la ciudad. Algo traman, supongo, aunque creo que se trata de algún asunto de damas —respondió, sonriendo—. Esta carnicería llega a su fin. Transmita la orden de volver a Oquadé en formación. Hay que impresionar a estos norteños. ¡Y nada de armas dentro de los muros! La liturgia de esta noche así lo prohíbe.

—¿Creéis que la guarnición que hemos dejado en el campamento es suficiente? —preguntó el noble vesclano.

—Treinta soldados bastarán para una noche desalmada de otoño —repuso el conde—. Lo que no logro entender es porque Lemas ha querido quedarse al mando y no asistir a la ceremonia.

—Oí que tenía una partida de dados pendiente con los reclutas. Señor, Lemas siempre apuesta.

El conde miró al vesclano. Se daba cuenta de que Lateas e Icet eran los mejor informados de todo, desde el precio de la lana hasta los chismorreos. Incluso sabían lo que a él le concernía.

El comedor de la casa de las caravanas de Oquadé estaba casi vacío, pues nadie quería perderse la ceremonia en el templo. Bajo el techo de poca altura de la sala, solo el servicio de cocina se apresuraba con los preparativos para recibir el alud de comensales del Zintan. En una de las mesas esquineras, con el rostro iluminado por un candelabro de hierro, una oficial gris esperaba a alguien con las manos cruzadas bajo de la mesa, como si escondiera el filo de una arma. La expresión de la dama era la de alguien que no está. Frente a ella solo había mesas y más mesas vacías dispuestas para un banquete. Por fin alguien más entró en la casa. Hizo un gesto para pedir vino y a grandes zancadas se acercó a aquella esquina, tomando asiento en un banco frente a ella, cubriendo su espalda con una larga capa morada.

—Así que me he perdido la ceremonia porque tú tenías algo importante que contar.

—Ayuda. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? Eso es toda una novedad, ¿en qué podría favorecerte?

—Sé que esta noche se celebra el Zintan. Y me duele en el alma haberte privado de la liturgia. Sé que querías ir. Pero quiero ser otra, no la que ves cada mañana.

Eszul no supo qué responder. Les sirvieron dos vasijas de vino dulce, que bebieron en silencio. La mujer roja seguía molesta, pues no imaginaba por qué motivo Sara la había citado esa noche en la

taberna.

—¿Entiendes la tradición del Zintan? —preguntó Eszul. Y ante el silencio de su amiga le explicó a esta la festividad, y cómo tras la ceremonia religiosa estalla la fiesta del cambio, que antecede a medianoche al baile de los sentidos—. Hombres y mujeres pueden transformarse tantas veces como deseen —aseveró con una sonrisa enigmática.

—¿Transformarse? —preguntó Sara.

—Lo único que debes entender es que hay que ser y parecer mujer. Sé de un mercader de telas de Nueva Vamurta que sabe lo que una dama necesita para una ocasión así. Tiene la tienda en la misma plaza del Consejo. Allí iremos cuando no quede una gota de vino en estas dos vasijas.

Entonces Sara la miró fijamente y respondió un «de acuerdo». En ese momento puso sus brazos sobre la mesa. Eszul abrió los ojos absolutamente estupefacta.

Se entreabrieron las dos puertas del edificio del Consejo y un silencio aplastante se apoderó de la plaza cuadrada de Oquadé, la de Las mil puertas, repleta de la muchedumbre que iba llegando en procesión del templo de Zintala con decenas de antorchas que tallaban la oscuridad. Dos filas de alabarderos abrían paso a las sacerdotisas, quienes, bajo el dintel de piedra del palacio, despidieron a la mayoría de los ciudadanos que participarían en la fiesta a la intemperie o en las tabernas. Las siete alzaron los brazos y lanzaron una última invocación a los dioses, momento que daba inicio al jolgorio. Un estruendoso rugido surgió de los cientos de almas allí agolpadas, señal inequívoca de que la noche fría iba a ser muy larga.

Los capitanes entraron en el edificio mezclados con otros invitados. Muchos de ellos eran los mercaderes, artesanos, damas y prestamistas más destacados de la región acompañados por los merinos de las sacerdotisas. También, entre los invitados, estaban los oficiales de las milicias de Oquadé y miembros de las distintas castas sacerdotales. En la nave alargada del Consejo se habían dispuesto bancos acolchados y una infinidad de mesas bajas repletas de todo tipo de manjares y bebidas para todas las razas que se habían congregado allí. Dos grandes chimeneas daban calor a la sala, además de numerosos braseros dispuestos en los laterales, tocando las altas paredes de piedra blanca. A medida que los privilegiados entraban el barullo iba en aumento. Una sensación que se acentuaba por la estridencia de la música, las voces de tantos seres, los hilos de humo que emanaban de las vasijas de barro cocido donde quemaban hierbas aromáticas, que como cortinas invisibles daban una falsa sensación de

división del espacio. Los camareros de raza roja correteaban por todas partes con pequeñas ánforas de vino aguado, los juglares hacían sonar los laúdes y flautines en pequeños grupos que se desplazaban arriba y abajo, entre los comensales que se tumbaban sobre los bancos o permanecían de pie charlando. Un grupo de domadores traía consigo tres enormes mastines junto a un oso pardo ataviado con una casulla roja y negra sobre la que ondeaban encajes multicolores. Los hombres obligaban al oso tristón a dar vueltas sobre sus patas traseras, mientras los perros aullaban a su alrededor.

—Una gran fiesta, señor —dijo Icet al primer capitán—. Hace un calor insoportable en la sala. Intentad no mostrar vuestra coraza roja de sircad, pues llamaría la atención, y con tantos invitados…

—Cierto, amigo mío. No temáis. Hemos acudido esta noche aquí en calidad de invitados, y queremos ser unos invitados más bien discretos.

—Señor, solo deseo que la velada sea un descanso para todos nosotros y que Dort Riala y el murriano vuelvan pronto con noticias. Quizá mañana.

—O pasado mañana, probablemente. Lamento no haber enviado antes a alguno de los nuestros a mirar y husmear nuestra retaguardia.

Los capitanes de Serlan encendieron sus cañas de tabaco, Éccate renunció y se contentó con saborear el contenido de su copa de vidrio translúcido. Un grupo de sacerdotes rojos parecía observar cómo el noble vesclano se las arreglaba para encender su caña de bronce con un solo brazo, pero este hizo ver que no se daba cuenta.

Comieron tiras de carnero asadas, servidas en grandes cuencos junto con manzanas dulces y huevos de codorniz. También había allí fuentes con tortas de cereales para los escasos murrianos que asistían al evento e incluso setas fritas mezcladas con hormigas rojas y negras, un plato típico de los vesclanos. Probaron la carne de carpas y truchas, cocinadas de una pieza y rellenas de verduras y lonchas de tocino. Copas y jarras de hidromiel, vino y cerveza corrían de mano en mano. La risa se propagaba con facilidad. Al fondo de la sala, junto a una de las chimeneas, las siete sacerdotisas contemplaban la celebración con expresión satisfecha. Aisladas del resto de invitados, reposaban sobre grandes sillas de hierro como grandes águilas sobre un peñasco oteando la planicie. Sus distintas capas de telas estaban abiertas, dejando en parte, a la vista, sus túnicas ajustadas sobre las que brillaban los grandes aros negros que las aprisionaban, según decían algunos con malicia, para contener su rebosante castidad.

Serlan tomó del brazo a Éccate, que se había despojado del abrigo. La curandera lucía un largo vestido blanco cuyo escote se abría en una larga vertical hasta su ombligo. Se había recogido el pelo liso en una larga cola alta. Los dos pasearon entre los invitados, a

veces conversando con mercaderes que los conocían, otras simplemente disfrutando de la compañía del otro.

—Jamás había visto una fiesta igual —dijo la joven—. Me siento como si soñara.

—Y la noche acaba de empezar —contestó el antiguo conde, besándola a continuación. La miró. La curandera estaba radiante. Aquel rostro de pequeñas facciones brillaba, su cuerpo estaba relajado. Nada parecía perturbarla. La acercó a su pecho y volvió a besarla. El primer capitán sentía que su cuerpo ardía de nuevo.

—Me gustaría quedarme aquí para siempre. Olvidar todas las penurias, lo que perdí en la Ciudad de los Lagos. Bailar en este salón para siempre.

La mirada del conde se ensombreció. Recordó la lucha. Su amante le había contado que su madre había sido asesinada por los sufones durante los combates, como tantos ciudadanos de los Lagos. Intentó disipar esos pensamientos, disfrutar de aquel instante y nada más. Miró a los oficiales. Lateas e Icet comían entusiasmados termitas fritas, usando los dedos, reclinados sobre grandes cojines sedosos. Los hombres bebían animadamente en un corrillo junto a los alabarderos negros y de vez en cuando echaban una mirada a la puerta de entrada. Reían y fanfarroneaban ruidosamente, como tantos invitados. La melancolía del largo otoño, los primeros encierros en las casas, más parecían una tempestad que no iba a llegar, un mal sueño pasajero. «¿Dónde se han metido Sara y Eszul?», se preguntó Serlan. Recordó que en un banquete de esa importancia las damas podían postergar su llegada a fin de que su luz brillara con doble intensidad, y ese pensamiento lo tranquilizó.

Corría la noche veloz. Algunos invitados habían iniciado los rituales de transformación en unas pequeñas celdas anexas a la sala del Consejo de Oquadé. Mujeres rojas vestidas como hombres, grandullones vestidos como mujeres, otros como jabalís o lobos al acecho, que como tales se movían por toda la sala persiguiendo a cuatro patas a algunos de los comensales entre vítores y burlas. Éccate se dio cuenta de que, al fin y al cabo, todo formaba parte de un carnaval que favorecía a las siete sacerdotisas, pues tanto dentro del edificio como más allá de los muros, el jolgorio hacía felices a los ciudadanos de ese inhóspito rincón del norte. Una mujer roja cubierta tan solo con algunas tiras de cuero y un gran casco con cuernos de buey, se acercó a la curandera como si fuera a envestirla. Acabaron casi abrazadas, mientras el conde se reía de aquella estampa, pero cuando se separaron Éccate tenía dibujada una expresión preocupada, como si de repente hubiera recordado algo importante. En ese momento, aparecieron Sara y Eszul, cogidas del brazo. Destellantes, peinadas y maquilladas para la ocasión. Sara se había pintado los

labios de un rojo tierra encendido y sus ojos parecían aún más grandes, enmarcados por las gruesas líneas negras que los realzaban. Dos enormes zarcillos plateados suavizaban las facciones de la muchacha. Cuando lanzaron los mantos de piel que las cubrían sobre los bancos, una exclamación recorrió la sala. Hasta Eszul se apartó, intuyendo que aquel momento no era el suyo.

—¡Por todos los dioses, Sara! —exclamó Serlan, petrificado al lado de Éccate.

La joven iba cubierta con una gasa, transparente y púrpura, ceñida a su cuerpo esbelto hasta las caderas, y una falda abierta, hecha con láminas doradas que tintineaban constantemente. Un largo corte dejaba a la vista sus muslos grises. Los músicos se acercaron a ella, admirados, lanzando reclamos con sus instrumentos como si ellos mismos fueran pájaros en celo. La capitana mostraba su torso casi desnudo del que solo escondía los pechos, protegidos por dos pequeños conos puntiagudos de bronce centelleante. Sara se movió y dejó el brazo cercenado a la vista de todos. De nuevo, la sorpresa y el asombro. Sobre lo que había sido el muñón, relucía a la luz de las llamas un antebrazo de hierro fundido rematado con un gancho que sobresalía de su extremo inferior como una cuchara curvada. La extremidad era una gruesa vaina insertada en su carne, un puño de hierro negro que la muchacha agitó en el aire. Luego, empezó a girar sobre sí misma, sobre un pie, sobre el otro pie, como un ciclón que va adquiriendo inercia. Su túnica volaba, el largo cabello castaño se agitaba y con él las trenzas y colgantes brillantes que adornaban su melena. Danzó, entre los sones de los laúdes y los aplausos y gritos de los presentes. Los capitanes y Serlan miraban, atónitos, como aquella joven que en las últimas lunas se había mostrado taciturna, desplegaba sus encantos, velados por la vida de soldado. Uno de los comerciantes más apuestos de Oquadé se acercó y empezó a seguir sus pasos de baile. Giraban ambos como si el tiempo se hubiera detenido, jaleados, hasta que el joven mercader posó suavemente las manos sobre el cuello de Sara y ésta reaccionó con gesto enojado, activando una palanca oculta en su brazo de hierro. Algunas damas ahogaron un grito de espanto. Sara había desplegado una daga de dos palmos adosada a su nueva extremidad. El joven dejó de moverse, con una punta afilada rozando su garganta.

—¡Ha sido un baile fantástico! —exclamó Eszul, acercándose a Sara y retirándola del centro del coro—. ¡Que el Zintan continúe! ¡Que su magia no se extinga hasta la madrugada!

Serlan corrió hacia ella emocionado y la abrazó, besando luego sus mejillas hasta que ella, sonrojada, consiguió sacarse a su mentor de encima. Tras recibir las felicitaciones y responder a las preguntas de sus compañeros de armas y de otros curiosos que se acercaron a

ella, Sara decidió disfrutar de la fiesta, comiendo, bebiendo y bailando por el salón atiborrado de invitados.

Pasada la medianoche, y entre el fabuloso barullo de la fiesta, las sacerdotisas hicieron llamar a Serlan, primer capitán de aquel pequeño ejército extranjero cuyo descanso en Oquadé ellas consentían y toleraban. El antiguo conde se desplazó hasta el otro extremo de aquel enorme aposento y las saludó con una larga reverencia. Los otros expedicionarios esperaron a una distancia prudencial. Las Siete lo miraban con un punto de ironía, pues aquel soldado, tras mucho beber, se tambaleaba ligeramente como un niño que aún no anda con seguridad.

—Has sido un invitado que ha alegrado las calles de nuestra ciudad —dijo la mayor de ellas.

—Un hombre excepcional, sin duda —afirmó otra—. Que ha traído riqueza, alborozo y sapiencia a nuestros fieles.

—Y un hombre generoso, dicen las estrellas, que nos ha dado tanto y nos ha pedido tan poco —concretó otra.

—Por esta razón te permitiremos beber nuestro vino sagrado y acompañarnos al Salón del Olvido, donde se te otorgarán tres revelaciones —dijo la más joven, sonriendo.

El conde recibió una copa de oro del mayordomo del Consejo y bebió. Aquel era un vino distinto, de un sabor entre amargo y ácido que no supo relacionar con nada. Las Siete lo observaban con detenimiento, esperando algo. El mayordomo abrió una puerta y lo invitó a pasar, haciendo un gesto a los capitanes para que esperaran fuera. Tras él, entraron las Siete.

Aquella era una cámara circular bastida en piedra. En el techo flotaba una bóveda alta donde se habían pintado sobre negro las distintas constelaciones y, entre las estrellas blancas, figuras de dioses desconocidos. El espacio estaba dividido por grandes tapices de colores que a su vez creaban pequeñas cámaras. Había poca luz, dos lámparas de aceite colgaban del techo iluminando apenas el lugar. Serlan tuvo la sensación de estar pisando un territorio desconocido. Las Siete habían desaparecido, desperdigadas bajo aquel falso cielo. Por alguna razón que no entendió, se sintió desprotegido sin su equipo de batalla. Al menos, debajo de la túnica y los mantos galantes, escondía la piel de sircad.

—Para hallar la verdad, debes agradarnos.

—Y buscarnos—dijo una de ellas, tras una carcajada.

Sentía como si se sumergiera en agua caliente, como si estuviera en la piscina de una terma. Su frente sudaba. Se movió como si pisara un suelo cubierto de fragmentos de cerámica.

—¿Qué hacéis señor, no os interesan las revelaciones?

Se adentró en aquel laberinto de colgantes y rincones oscuros. Apartó una tela y encontró la primera de las damas que lo observaba con aire burlesco.

—Antes de saber, debéis lamerme las manos, ¡chúpame los dedos, mocoso!

—¡No!

—Pues entonces, ¡debéis cogerme! —dijo la cortesana, desapareciendo entre las paredes de telas. Serlan echó a correr tras ella, pero lo único que consiguió fue enredarse una y otra vez con los gruesos tapices. Se oían gritos y risas agudas a su alrededor. Perseguía aquellas sombras y alguna vez las alcanzaba, agarrándolas por la cintura y tirando de ellas, hasta que volvían a escaparse. El conde también reía por cualquier necedad. Se sentía eufórico y excitado, como un chiquillo que persigue por primera vez muchachas y no sabe muy bien qué debe hacer con ellas.

—La primera revelación —oyó que decían desde algún punto de la estancia— es que el olvido será tu perdición, ¡si no pones remedio!

Apareció frente a él la mayor de las sacerdotisas con semblante rígido, sosteniendo un enorme látigo en la mano que hizo restallar en aquel claroscuro, bajo la bóveda celeste. Una de las cortinas se desgarró. Serlan se inquietó, sintiendo a la vez que sus reacciones eran extremadamente lentas.

—La segunda revelación es que, en nuestra naturaleza, todo nace, florece y se marchita. Todos nosotros somos un momento, un suspiro, una brisa que se lleva la noche.

Fuera, en el salón donde se desarrollaba la festividad del Zintan, los compañeros de Serlan se sentían algo inquietos. Delante de la puerta por la que había desaparecido el estratego, convocado por las Siete, se habían ido acumulando silenciosamente los alabarderos de cota negra, los formidables guerreros de las sacerdotisas.

—¿Qué es lo que temen estos hombres rojos? ¿Qué es lo que les preocupa? —se preguntó Lateas—. Esto es una fiesta, una celebración de todos.

—Fíjate que son los únicos que portan armas —observó Icet, el noble vesclano—. Los únicos entre todo este gentío. La cortesía nos ha obligado a todos a dejar las espadas durmiendo, excepto a ellos.

Eszul y Sara se miraron interrogativas. Éccate tenía los ojos clavados en aquella puerta, como una niña que han dejado sola y espera que un adulto la rescate, la tranquilice. «¿Algo me advirtió aquella mujer disfrazada de toro? ¿Algo que no entendí?», pensó para sí misma.

—¿Sabemos si Aldier y Dort han llegado? —preguntó Sara al

grupo. Todos negaron con la cabeza.

—Esas mujeres son peligrosas, pero hablaron de unas revelaciones. Y estamos en el Zintan, sería una barbaridad. Sería sacrilegio —afirmó Eszul.

Sara miró con dureza a Éccate y le preguntó: —Hechicera, ¿percibes alguna cosa? —La mujer sin rango no contestó inmediatamente, pero al fin dijo—: Hay que sacar al capitán de esa habitación, como sea.

Todos callaron sin saber demasiado qué hacer, inmovilizados, incapaces de calibrar hasta qué punto aquella situación era peligrosa o no. Icet se acercó a uno de los ventanales para observar la plaza de Oquadé. En el exterior, la fiesta rugía. Decenas de grandes fogatas ardían, iluminando la plaza atestada. Los cánticos se oían con nitidez, creando un gozo tremendo a todos los que los escuchaban. Se asaban en grandes piezas los bueyes sacrificados y otras reses. Se bailaba y se bebía entre excesos. La muchedumbre se movía en círculos apretados, como si estuvieran orando en el interior de un templo. Icet sonrió. Aquella festividad era la mejor que había visto. Cuando iba a abandonar el ventanal, algo le llamó la atención. Fue como si entre toda esa multitud hubiera visto un mancha que hubiera desaparecido al momento. Miró con sus ojos saltones, se pasó los dedos por la perilla, atento a algo que no sabía qué forma tenía. Miró con suma atención y comprendió. Las tropas de Oquadé, disimuladas entre el gentío, empezaban a sellar los accesos a la plaza. Se giró, intentando contener su respiración agitada. Lateas se dio cuenta de que algo perturbaba profundamente a aquel noble. Con disimulo, el vesclano indicó al resto lo que estaba sucediendo, y añadió:

—Necesitamos una gran confusión para poder escapar. No tenemos armas y nuestros hombres están ahí abajo haciendo quién sabe qué. Solo soy capaz de imaginar una manera.

El conde se sentía estupefacto ante el látigo. No sabía si se trataba de un juego, de una revelación, la última, o si iba a ser atacado. Incluso dudaba si aquella mujer enorme no era una alucinación producida por el vino sagrado. Unos murmullos burlones disiparon sus dudas. Cinco de las sacerdotisas se aproximaban a él, por la espalda, con movimientos felinos. Se habían despojado de las túnicas, ninguna de ellas llevaba los grandes aros de hierro que las aprisionaban. «¡Por todos los dioses!», exclamó. Empezaron a tocarlo, a susurrarle, en la lengua de los rojos, palabras que no entendía. Murmullos que se deslizaban hasta sus tripas como una promesa de algo que no alcanzaba a entender. Algunas de las sacerdotisas cantaban y danzaban a su alrededor, como una visión que se esfuma en la

oscuridad. Una de ellas lamió su cuello. Otra apretó su cuerpo contra el suyo, otra acarició sus genitales. Se sentía totalmente transportado, como si sus pies realmente no tocaran el suelo. Era todo muy vago, tenue, confuso.

—La última de las revelaciones, querido estratego, es aquello que hace que toda tu vida, todas tus acciones, cobren sentido. Es la más sencilla y aquella que, a la vez, pocos hombres quieren asumir —oyó que le decían, desde muy cerca.

La opacidad del bisbiseo hizo que recordara algo, pero no supo encontrar el qué en los lagos subterráneos de la mente. Todo aquello le traía algún recuerdo. La mujer roja que seguía frente a él, sosteniendo el látigo en su mano derecha, dijo:

—¡El sacrificio! El sacrificio es lo que debemos a nuestro mundo, aquello con lo único que podemos pagar. El sacrificio es moneda, es oro.

Tras decir aquellas palabras, apareció la última de las sacerdotisas, la más pequeña a pesar de sacarle media cabeza al conde, completamente desnuda.

—Debes sacrificarte, ¡es la noche del Zintan! —le dijo una de las mujeres, a su lado.

—Así, te quedarás con nosotras para siempre —murmuró otra.

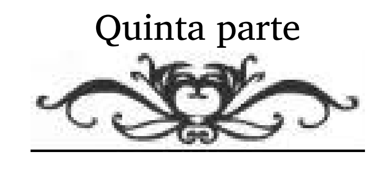
El conde se acercó, vacilante, hacia aquella diosa entre sombras. Las sacerdotisas crearon un círculo alrededor de los dos.

—¡En el suelo! —ordenó la mayor de ellas.

La joven se estiró como una serpiente, preparada para recibirlo. Las otras seis sacerdotisas entonaron un canto antiguo, una canción desconocida para el conde, que ya se había arrodillado, dejándose llevar, no preguntando, embelesado.

—¡Empezad!

# Quinta parte



# El hogar de los errantes

# 39
# NOGROG

*Ciudad de Nogrog, año 1144 del Viejo Calendario, 79 de las colonias.*

*Querido Ermengol,*

*No sé si alguna vez os llegará esta misiva. Quizá sea un estúpido por pensar que tiene algún sentido mantener correspondencia con alguien que ha desaparecido en un reino tan vasto como hermético. Quieran los dioses que los sufones os den buena hospitalidad.*

*No siempre un hombre es capaz de sincerarse consigo mismo. Un examen atento frente al espejo puede desvelar verdades que nos empecinamos en negar. Al igual que un niño que no acepta que el tiempo de los juegos ha concluido, me resisto a pensar que todo lo logrado se derrumba. Que las nuevas tierras han devorado nuestros sueños.*

*Bien podría ser que escriba estas palabras a fin de ordenar la mente y conjurar mis miedos. Las sombras de una nueva guerra se alargan aquí, sobre el pequeño burgo de Nogrog, una pica de nuestra civilización en las carnes de vesclanos y hombres rojos. La carestía, los huidos de Vamurta y las malas cosechas han hecho el resto. La guarnición está en alerta. Noche y día vigilamos los aledaños de nuestras murallas. No tardarán en atacar.*

*En tabernas y mercados se rumorea que un antiguo noble de Vamurta capitanea las huestes de vesclanos y rojos que como una niebla difusa empiezan a rodearnos, ocupando primero los cruces de camino. Hemos perdido contacto con la posta de Las Pinzas, que nos une con el resto de ciudades de las colonias. Desconozco si mi petición de auxilio habrá llegado a la capital. Hemos utilizado, como medida desesperada, palomas mensajeras de un mercader de la costa, aunque ningún pájaro de la capital ha respondido a la llamada. No di crédito a que un antiguo vizconde aglutinara a los bandoleros, irregulares y mercenarios que pretenden asediarnos hasta que un ganadero de Nogrog murmuró su nombre: «Mende». Entonces recordé. Una de las muchas comparsas de la corte que adulaba a Ermesenda, la condesa, apareciendo y desapareciendo como una comadreja para lograr cuantas prebendas pudieran sus manos tomar. Aunque no fue de los primeros en soltar amarras cuando Vamurta estaba cerca de sucumbir, al pisar las nuevas tierras desapareció. Hasta hoy.*

*Entre los grupos de ciudadanos armados de Nogrog se afirma que los soldados de Mende están construyendo artefactos proyectados por carpinteros vesclanos. Lo que sí es seguro es que guerreros rojos de los clanes Aritten y Torgal se han sumado a sus fuerzas. Hasta he oído que detrás, hay uno de los padres del clan de los Álfatas.*

*En esta mañana de invierno mi hijo ha cumplido sus cinco primeras lunas llenas, y a pesar de ser prematuro, engorda y crece conforme a la naturaleza. Adana también está preocupada. Las mujeres a veces parecen estar impulsadas por una fuerza que los hombres ni tan siquiera intuimos. Bien podría ser que ellas fueran las auténticas guardianas del mundo, aunque muchas lo sean sin ni tan siquiera saberlo. Adana pretende volver a quedar encinta, y para ello no escatima en seducción. En estos tiempos gobernados por el desorden y las promesas de muerte, mi esposa busca la perpetuación, crear en su vientre un eslabón más en el ciclo de la vida. Parece querer no darse cuenta. Antes de que florezcan los campos, las tropas de Mende nos tendrán confinados en el interior de los muros que nos protegen.*

Un sirviente entró en la estancia donde el intendente de la ciudad, Álvaro Telan, escribía, manchados los dedos de tinta, sobre un pergamino.

—El cónsul Hebraiokasto os espera en su palacio, señor.

Álvaro sonrió para sí. «¿Cómo podía referirse a aquella alcazaba oscura como palacio?». Hebraiokasto, el delegado del Consejo de los Veintiuno, se mostraba ansioso en demasía hasta el punto de exasperar al viejo capitán de Vamurta.

—Decidle al recadero que salgo hacia palacio de inmediato —respondió. Cuando el sirviente se retiró, Adana entró en el aposento llevando a su pequeño primogénito en brazos. Sus labios esbozaron la sonrisa de la complicidad.

—¿Qué querrá ahora? —le preguntó— ¿Alguna medicina mágica para sanar el miedo que lo corroe, o alguna promesa que no puedas cumplir, amor mío?

—Quiere que le asegure su salvación y la de sus bienes. Recuerda que el cónsul de Nogrog es afín al magíster militum Vertan, que nos vigila.

—Amor, esta mañana, en la puerta este, he visto llegar gentes del Valle de los Tejos. Llevaban consigo todo aquello que un viaje largo acepta.

—No hay sitio —dijo el intendente para sí, mesándose la barba.

—Deberás pensar dónde alojarlos y, sobre todo, qué darles de comer. Y durante cuánto tiempo.

El Valle de los Tejos era uno de los confines de los territorios que dependían de la ciudad, en el noroeste. Su mujer tenía razón. Si las tres mil almas del burgo se doblaban por la llegada de los agricultores y ganaderos de las aldeas y campos circundantes, los silos de Nogrog se vaciarían en dos o tres lunas.

—Pediré al cónsul que inicie el acopio de víveres.

—¿Y si no te hace caso? —preguntó Adana.

Abrigado con pieles de zorro, el intendente salió a la calle, seguido por cuatro guardias escogidos entre las tropas de la milicia. Aunque no le gustaba la escolta, entendía que el asesinato del responsable de la defensa de la ciudad sería una catástrofe. El aire gélido movía lentamente los nubarrones que gravitaban sobre los transeúntes, enterrados en abrigos y gruesas capas. Algunos rostros grises lo miraban interrogativos, como si esperaran alguna certeza del capitán de la plaza. La mayoría de los ciudadanos se ocupaban de sus quehaceres. No supo si aquel ajetreo nervioso respondía a la angustia del asedio, que había dejado de ser un rumor a ser una realidad cercana desde que habían perdido el contacto con las postas de los caminos.

—¡Intendente, Señor! —El capitán Álvaro vio a un grupo de tres mercaderes acercarse hacia él. Eran del gremio de los alfareros—. ¿Cuáles son las nuevas? Hemos oído que Las Pinzas han caído. ¿Es verdad, intendente?

—Es cierto. No sabemos nada de ninguna de las casas de los caminos.

—Señor, —dijo un mercader joven de mandíbula cuadrada—. Quisiera marchar de Nogrog. Ya no es segura.

—Si contáis con exploradores y formáis un grupo pequeño que cruce los bosques, es arriesgado. Si lo intentáis formando una caravana cargada de cerámicas, sois hombre muerto —respondió, adivinando sus intenciones.

Los tres mercaderes lo miraron. Una sombra cubrió los rostros barbudos. El hombre mejor informado de la ciudad les acababa de comunicar que estaban confinados, sin posibilidad de salvar sus fortunas si la ciudad caía. El intendente los saludó y siguió adelante, deseando que la lluvia se demorase hasta la tarde. Nada le apetecía menos que deambular por las calles repartiendo órdenes y llegar a casa con las ropas mojadas y los huesos helados. Antes de alcanzar la casa fortificada del cónsul, repasó mentalmente las fuerzas con las que contaba. Una falange y el escuadrón de ballesteros, repartidos por los muros y puertas. Los pelotones de irregulares, controlando los campos y granjas adyacentes. Algo no le gustaba. Su intuición le decía que aquel ataque no tenía como destino esquilmar los campos y luego desaparecer con el botín, sino la ciudad misma. Las tropas de Mende debían ser numerosas y estar bien pertrechadas. Recordó visitar a los carpinteros de Nogrog, que días antes habían recibido la encomienda de construir balistas para repeler el asedio que se avecinaba. ¿Podrían aquellos artefactos construidos con prisa igualar a la maestría de los vesclanos?

Subió la corta rampa que llevaba hasta la casa del cónsul. Sobre un suave promontorio que dominaba la ciudad se levantaba una única torre cuadrada de ladrillos rosáceos y un tapial que bordeaba la casona blanca, cuyo segundo piso apenas se destacaba sobre el débil muro exterior. Bajo una puerta cuadrada y la barbacana que la defendía, dos milicianos holgazaneaban con las lanzas apoyadas sobre el muro. Sobre ellos ondeaban dos enormes estandartes azules con seis estrellas blancas, la nueva bandera del Consejo de los Veintiuno. Los guardias recuperaron la compostura al ver llegar a la comitiva, incluso dos cabezas asomaron sobre la línea dentada del antepecho del muro. El intendente sonrió con amargura, avanzando con paso marcial a la vez que sus ropajes volaban hacia atrás, movidos por el aire. Su pequeña guardia lo seguía de cerca.

Pasó por debajo de la puerta, y antes de visitar al joven cónsul, prefirió otear Nogrog. Ascendió con pasos ágiles hasta la cima de la torre. En la soledad de la atalaya, con el espejismo de poder tocar el cielo, intuyendo la tempestad que se cernía sobre la ciudad, quiso pensar unos instantes. El momento le trajo a la memoria el asedio a su ciudad, Vamurta, de la que él fue el defensor. También, entonces, estuvo encaramado a una altura viendo cómo las huestes murrianas se desplegaban como un cepo alrededor de todo aquello que conformaba su mundo. Veía Nogrog, una pequeña urbe apacible de casas sencillas encaladas y techos encarnados. Una única gran plaza reunía a los ganaderos, pequeños agricultores, artesanos de la buena madera de los bosques circundantes y, sobre todo, a los alfareros, el gremio predominante. El rojo de las tejas parecía brillar bajo el cielo encapotado. La luz del mediodía que filtraban las nubes era una cortina gris y devoraba cualquier sombra. La muralla exterior de ladrillos de arcilla, no más alta que la altura de dos cuerpos, formaba un trazado serpenteante que envolvía el casco urbano. Las pocas torres cuadradas defendían los flancos y cada una de las cuatro puertas. Alrededor de ese tapiz de rojos, paredes blancas y trazos arcillosos, crecía un bosque cerrado, no mucho más allá de los límites de las defensas, lo que ocultaría las maniobras de los sitiadores. El intendente intentó pensar dónde situaría las máquinas de asedio, el campamento, dónde se haría fuerte si tuviera que asaltar la ciudad. Derribar parte de los muros no sería un trabajo complicado. Así que, para qué excavar minas, cuyos trabajos eran largos y arriesgados. Para qué molestarse en un asalto directo que costaría muchas vidas. Con martillear con catapultas un tramo de los muros sería suficiente. Entonces, la infantería podría entrar en masa. ¿Cómo pararlos? El viento arreciaba. Gotas de lluvia golpearon el rostro barbudo del capitán, despertándolo de su ensimismamiento.

Tenía algo más de tiempo. Los murrianos aparecieron muy

rápidamente ante Vamurta y esa fue unas de las razones de su victoria. Reflexionó sobre todo aquello. Qué podía hacer antes de que el cerco fuera una realidad visible. Era el momento de plantear sus ideas al cónsul.

—Álvaro, mi gran amigo.

—Señor. Antes de recibir vuestra hospitalidad he divisado el horizonte. Ya sabéis que nos queda poco tiempo.

—De eso, precisamente, quería hablaros, intendente —respondió el cónsul, sin dejar de sonreír. Abandonó el trono desde el que recibía audiencia al modo de los monarcas que mucho tiempo atrás gobernaron a los hombres grises—. Quiero saber qué pensáis vos. Bien sé que en otro tiempo tuvisteis experiencias parecidas, y disculpadme si os traigo malos recuerdos. ¿Vamos a ganar?

—He pedido refuerzos —recordó el capitán Álvaro.

—A mí gran amigo el magíster Vertan, ya me lo habéis dicho. Vertan tiene el poder sobre las tropas de Nueva Vamurta, muy bien… Pero, ¿y si nunca llegan? ¿Podremos resistir a estos bárbaros de los bosques?

—Muy estimado Hebraiokasto. Las murallas de Nogrog son de arcilla, y no de gran grosor. Me habéis convocado y yo os traigo propuestas para la defensa —respondió el viejo capitán tomando aire —. Guardar toda la comida que nos sea posible, mandar afilar nuevas lanzas y puntas de flecha, que los herreros trabajen día y noche. Que los carpinteros construyan artefactos. Incluso, se podría considerar cavar minas para hundir el suelo donde se asiente el enemigo. Envenenar las tres fuentes de extramuros, con pócimas de efectos lentos. No quisiera yo que nos acusaran de tal delito, si perdemos la ciudad. Ni tan siquiera tomarían esclavos. Debemos buscar hombres, también, capaces de entrar en sus campamentos y difundir rumores. La confusión y el miedo deben estar de nuestro lado. Que crean que el ejército de socorro de Nueva Vamurta puede llegar en cualquier momento. Y…

Hebraiokasto levantó una ceja, esperando que terminase la frase. Llenó dos copas de oro con vino especiado. —Te escucho, querido amigo.

—Mandar embajadores secretos a los hombres rojos.

—¡No! ¡Traición!

El cónsul se revolvió, arremolinado en su túnica dorada. Airado, su rostro pueril adoptó la expresión de un niño contrariado. Dio largos pasos por la sala principal de aquella pequeña villa fortificada. El intendente de Nogrog pensó que todos los lujos de la urbe se concentraban en ese espacio de pequeñas ventanas alargadas, casi unas simples troneras, donde Hebraiokasto se encerraba con

frecuencia. Muebles, tejidos, grandes cerámicas pintadas y gigantescos candelabros de plata encendidos desde el despuntar del alba.

—Todo menos negociar. No hay que dar un paso atrás, ¡ni uno! —aulló el cónsul. El capitán creyó escuchar la voz del magíster militum, del que tanto dependía aquel joven del Consejo.

Cuatro días más tarde, el antiguo capitán de Vamurta se encontraba en casa, con su mujer y su hijo. Adana tocaba un flautín, recordando melodías sencillas de su hogar, cerca de Belkasa. El pequeño la miraba con ojos satisfechos tras haber mamado, al mismo tiempo que en el fuego de la cocina se hervían coles, zanahorias y pedazos de ciervo, que inundaban la casa con un olor agridulce. El intendente de Nogrog, sentado en su silla de patas curvadas sin respaldo, tenía la mirada perdida en las llamas que calentaban la única gran estancia de su hogar. Cargó su caña de tabaco y encendió la punta con una brasa. El fuego apenas alejaba el frío, que como una maraña imposible de desenredar, se posaba en todos los rincones de la tierra.

—Los trabajos están avanzados. Las catapultas, los arcos, las ballestas que encargué… Casi todo.

—Te preocupa la muralla —dijo Adana, dejando su flautín.

—La muralla y la guarnición. Pocos y poco experimentados. Apenas han entrado en combate, estos hombres.

Un silencio abrupto flotó en el comedor. Adana contemplaba la pared, por un momento sin hacer nada en concreto, abstraída.

—Amor. ¿Qué sucederá si perdemos Nogrog?

Álvaro se tapó la cara con ambas manos, como si hubiera recordado haber perdido algo. Cuando sus dedos descubrieron sus ojos, estos eran dos globos acuosos.

—Eres la esposa del defensor. Tu suerte estará echada —tomó aire antes de proseguir—. Si esos animales toman la ciudad, pagando un alto precio en vidas, las mujeres de Nogrog y los niños debéis saltar desde las torres. ¡Adana, no lo imaginas! No puedes ni imaginar lo que sucedería, mi vida…

—¿Es lo que debemos hacer las mujeres? Esperar que los hombres hagan su trabajo, esperar en casa de brazos cruzados a ver hacia qué lado nuestras vidas, y la de los de nuestra propia sangre, se decanta. ¡Esperar la muerte sin más!

—No es exactamente así…

—¡Es lo que me estás pidiendo! Que me lance al vacío con esta criaturita en brazos porque, mientras aguardo en esta casa, los designios de los dioses han cambiado. ¡No, no y no!

El capitán observaba la furia desatada de su mujer, la ira de quien

se ve arrastrado por un río que acaba en un precipicio insalvable.

—Estoy embarazada. Anoche soñé que la diosa Sira me prometía una niña.

Saltó Álvaro de la silla, tan sorprendido como alarmado. Sonrió, con la boca todavía abierta. De pronto, la quietud de la noche se vio quebrantada por un sonido que reverberó en toda la ciudad. Era el sonido de una de las gigantescas trompetas de bronce instaladas sobre las torres de defensa. La vibración descendió y tras una pausa volvió a resonar. La expresión de Adana se transmutó, ya sin furia, sus ojos delataban un terror profundo. La pesadilla, las siluetas borrosas de la noche, cobraban cuerpo. El intendente corrió hacia la pared desnuda donde colgaban su coraza y armas. «Ayúdame a vestirme». Golpearon la puerta con fuerza, eran los hombres de su guardia. Sin poder besar a Adana, salió del hogar como una exhalación, preso de una ansiedad que contrastaba con su porte tranquilo. Cuando hubo desaparecido en la oscuridad, su esposa escuchó el resonar de lanzas golpeadas contra escudos, el aviso de los irregulares a los habitantes de Nogrog para que supieran que la alarma era cierta. Adana abrazó a su hijo y lo apretó contra su pecho caliente.

*Primera luna de invierno. Nogrog, año 1144 del calendario de la añorada Vamurta, 79 de las colonias .*

*Me escribo a mí mismo en este extraño acto. El único destinatario de las cartas, mi amigo Ermengol, está desaparecido en las entrañas de un reino del que hoy, únicamente conocemos a sus emisarios y mercaderes. Me escribo para no caer en la desesperación, que deambula por estas comarcas.*

*Ondean las enseñas escarlatas y los penachos de nuestros enemigos. Hace tres lunas que llegaron para encerrarnos tras los muros de bloques de arcilla que nos protegen. Nogrog vive con el pulso alterado en estos días cortos de invierno. La festividad de Racaf y de Sira no fueron más que una reunión de vecinos con la mirada puesta en el sitio. El miedo es nuestro primer enemigo aunque temo que, antes de los deshielos, surjan otros tanto o más poderosos.*

*Han hostigado los muros de la ciudad con cautela. Han cavado trincheras cerca de la puerta oeste, la que mira a Nueva Vamurta. Grandes planchas de madera a modo de parapetos sirven de escudo a los arqueros que Mende ha apostado, grises renegados y vesclanos. Los hombres rojos holgazanean en segunda línea. No parecen tener gran prisa y eso me encoge el corazón. Apuestan porque ningún ejército de la capital vendrá en nuestro auxilio. Y apuestan por el hambre. Hoy, los silos de grano de la*

*ciudad están medio vacíos.*

*En las calles de Nogrog, toda actividad que no se considera indispensable ha cesado. Todos nos damos cuenta de que hemos de ahorrar fuerzas. Antes de mediodía, las callejuelas arenosas quedan desiertas. No hay nada que hacer. Los hijos de las familias adineradas siguen recibiendo instrucción en sus casas de piedra, mientras los aprendices, sin ninguna misión, son como perros errantes que deambulan hasta el atardecer. Es la visión del desasosiego. Solamente trabajan los herreros y los carpinteros fabricando saetas, lanzas y estructuras para reforzar los muros. Los ciudadanos se esconden y vigilan con celo las despensas.*

*Tercera luna de invierno. Nogrog, año 1145 de Vamurta, 80 de las colonias.*

*La barriga de Adana apenas crece. Si los mil trabajos de la defensa de Nogrog me dan una pausa, me siento en el alféizar de una de las ventanas a contemplar la nieve virando hasta posarse sobre los robledales e intento no pensar. Dijo que la diosa Sira le había prometido una niña, eso dijo. El hambre es el auténtico señor de la ciudad, y ante este enemigo los filos de las espadas de nada sirven. Pienso todo el día en comida, en llenar el estómago con algo. En los hogares no queda ni un solo animal. Si alguna rata osa sacar la cabeza de su escondrijo, pronto se oyen los chillidos de sus cazadores, desgarrando la parsimonia de las tardes lentas. Hambre. Esta ha sido la estrategia de Mende desde un principio. No hay noticias de Nueva Vamurta. A veces siento una gran rabia y golpeo aquello que tengo más cerca. Estoy convencido de que los mensajes llegaron a la capital, pues fueron enviados con mucha antelación, antes de que las postas y los caminos dejaran de ser seguros. Sospecho que no vamos a recibir ayuda alguna, que nuestra suerte está decidida.*

*Adana no acepta que le entregue mi ración. Llora en la mesa. No dice nada si le doy a nuestro hijo, Tremastro, una torta de cebada mezclada sabe Onar con qué o un pedazo de pan negro que roe durante largo tiempo. Los almacenes de la ciudad, en los que se guardan los restos de grano, son vigilados por veinte infantes escogidos. De probada lealtad. En los hogares no queda nada. Ignoro qué vamos a comer si el asedio persiste.*

*Ayer hicieron una intentona. Una maniobra para probar nuestras fuerzas. Esta mañana han hecho uso de sus balistas, por primera vez. Antes de las grandes piedras han lanzado grandes vasijas llenas de víboras. No han causado daño alguno pero durante un tiempo se escucharon gritos despavoridos por toda la ciudad. Nuestras catapultas situadas detrás de los muros no causan grandes estragos. Solo serán efectivas si se produce un*

*asalto frontal, si se acercan en formación cerrada. He ordenado construir torres de madera, situadas justo detrás del adarve de la muralla oeste, para soportar pequeños escorpiones que lanzarán piedras y lanzas con mayor precisión. Los trabajos de las minas y contraminas que ordené iniciar están muy atrasados y cansan a los hombres. Nogrog se asienta sobre un terreno rocoso, y cada tramo de galería se gana tras dilapidar enormes energías.*

*La tragedia que vivimos ha tenido la virtud de acercarme a los hombres. Puedo decir que cuento con un grupo de allegados, de guerreros fieles con los que comparto el mando y el miedo. Entre ellos hay algunos que fueron regulares en Vamurta, con los que me he reencontrado. Me recuerdan con claridad, lo que es una honra para mi linaje. Aunque es con un nacido en las colonias con quien tengo más confianza. Es el portaestandarte de la milicia de la ciudad. Un hombre que empieza a dejar atrás la juventud y cuyo natural estado febril tiende a desaparecer en los momentos de mayor peligro. Cada atardecer, si no hay ataques, nos reunimos en la Casa del Concilio para dar novedades y asignar tareas. El cónsul apareció en alguna de las primeras asambleas para no volver a aparecer más. Apenas abandona su palacete fortificado y ni tan siquiera otorga audiencia.*

*Primera luna de primavera. Nogrog, año 1145 de Vamurta, 80 de las colonias*

*Las balistas enemigas están abriendo un gran boquete en la muralla. Ceno con mi mujer, es el único momento en que estamos juntos. Lee mi expresión abatida y pregunta. Está muy inquieta. Los progresos de los asaltantes son ahora evidentes. El hambre ha golpeado la moral de todos y pronto las huestes de Mende se lanzarán sobre nosotros como una jauría de lobos cansados de esperar, a punto para roer hasta el último de nuestros huesos. No somos suficientes para aguantarlos durante mucho tiempo. El niño duerme, la niña sueña en las entrañas de mi querida, de mi amada esposa. Y la brecha se ensancha. Comemos restos. He perdido mucho peso en estos últimos días y a mis brazos les cuesta mantener una lanza con firmeza. Cenando esta noche, Adana ha hecho un comentario. Dice que parece que la familia de los Irgento no pase hambre. Me extraña su sentencia y recuerdo haber pensado lo mismo de los Lákeos y los Heribertos. Tampoco el gobernador parece sufrir los rigores del sitio. Tomo su mano que descansa lánguida sobre la mesa vacía. Ella suspira, agotada. Sus senos apenas han crecido. De repente, un sabor amargo se expande en mi boca. Algo se ilumina en mi cabeza. Mañana, pronto, daré orden de*

*que vigilen a Hebraiokasto y a todas esas familias. ¡Onar! ¿Qué sucede en Nogrog?*

## 40
## la ruta del oeste

—Puede que sea un borracho y un fanfarrón. Eso es lo que decía mi madre —murmuró Dort Riala—. Pero, por todos los males que pueblan la noche: llegarás a Oquadé.

El hombre rojo había atado al murriano a la montura con una cuerda que rodeaba la cintura y el pecho de su compañero. Quería evitar que un desmayo fuera una caída fatal. Ambos renos rompían el camino, uno al lado de otro. Dort, con la gruesa mano izquierda, sujetaba las riendas de los dos animales que exhalaban, poderosos, grandes nubes de vaho. Era tal el frío que ni los gruesos jubones superpuestos a las corazas servían para dar calor. Incluso la luna, aupada sobre una nada negra, parecía un cristal helado.

El hombre rojo soltó una carcajada horrible, un trueno que resonó en la soledad de los campos y bosques que iban dejando atrás. Aldier abrió un ojo, recostado como estaba sobre el musculoso cuello de su montura.

—Ellos tampoco pueden espolear a sus bestias. ¡Esos insectos se romperían el cuello!, ¡esas cabezas calvas y puntiagudas! Como las de un puercoespín, ja, ja, ja. ¡Cabezas de coliflor, eso es lo que son!

El murriano sonrió, agarrándose al consuelo del coraje de su compañero.

—Te conozco, murriano. Crees que soy uno de esos hombretones que pasan sus días dando mamporrazos a todo lo que se pone delante y luego lloriquean sus desgracias agarraditos a una buena jarra, que por cierto, daría mi vida por una de ellas. Pero tengo ojos, estos —dijo, llevándose dos dedos sobre las profundas ojeras del que no ha dormido—. ¡Siempre te escondes! Pero te vi, te vi en esa isla.

No era posible hacer más. Desapacible noche para ser horadada. La luz de la luna manchaba el sendero convirtiéndolo en una traza. Espolear los renos equivalía a un suicidio, así que se limitaban a acortar la distancia que los separaba del campamento algo más rápido de lo que lo haría un hombre corriendo. El aire gélido cortaba las mejillas. El rojo cerró un poco la capucha de lana de su largo abrigo. Endureció las facciones, apretando los dientes. Sobre su barba hirsuta reposaba la escarcha. Bajo el cuero de sus guantes sentía el hielo que eran los muchos anillos con los que se adornaba las manos. Con su diestra, sacó algo de la alforja que colgaba de los traseros del reno.

—Tengo mis recursos, murriano. Los espíritus del viento no me doblegarán —Dio un trago del frasco de cerámica que sostenía con su mano libre—. No soy un Bálkida, ¡vive Tamboras!, pero tengo mis

recursos. Ten, dale un buen lingotazo. Lo necesitas.

El cuerpo de Aldier botaba al unísono con el animal. Alargó el brazo y bebió con dificultad. Tosió. Aquel aguardiente de tubérculos quemaba. Sentía que la pierna seguía sangrando, a pesar del vendaje improvisado por el hombre rojo. Hilos de sangre que descendían por los muslos de acero hasta resbalar sobre la hendidura de su pezuña. Tenía tanto frío que solo deseaba que todo acabara.

—Sí, te recuerdo en la isla. Cuando esos gusanos de río, los llais, nos atacaron. Allí fuiste otro, magnífico a dos espadas. ¿Quién eres? ¿Ese, o el tipo parapetado bajo un jubón raído? Abriste una puerta para que pudiéramos escapar, aunque de todos solo quedamos nuestro estratego y yo… No queda mucho para Oquadé, murriano. Me he perdido las fiestas del Zintan y eso quiere decir que mis dioses no me favorecerán, al menos mientras dure el frío. ¿En qué creéis, los murrianos?

Aldier cabalgaba con los ojos cerrados. Dort frenó las monturas y se apeó. Los renos agradecieron la pausa. Notó el profundo silencio que los rodeaba. Nadie los seguía, al menos de cerca. Cubrió el cuerpo de su compañero con otra capa y lo aseguró a la silla.

—Bebe un poco más. —Únicamente sobresalía la cara romboidal de Aldier. Hasta sus bigotes caían a los lados—. Debes mantenerte despierto, amigo. Intenta estar derecho, como un dios.

El aire zumbaba en sus oídos, furioso. Lo tranquilizó no ver ni oír nada más que sus respiraciones y los bufidos de las monturas.

—Y oye bien lo que te digo, murriano. Tengo más de una buena razón para querer llegar a Oquadé. Mi corazón late como el de un toro embravecido, pues allí me espera la más bella de las mujeres rojas. ¡Oh, murriano! Esas piernas largas y fuertes, esa boca que es sueño de fuego, ese pelo en el que enterraría todo mi rostro. —Dort Riala hablaba solo, sabedor de que las confidencias se desvanecerían en la densa oscuridad—. Toda una vida de sinsabores, amigo mío, ¡oh, murriano!, hasta que la vi. Es por ella por lo que lucho y por quien me dejaría cortar ambas manos. Sé que la amaré aunque los dioses no quieran, aunque me rechace, aunque una compañía de sufones armados hasta los dientes se interponga entre nosotros. Nada me va a parar. Siento el corazón en la garganta cada vez que la veo pasar, ¿cómo podría curarme, amigo mío? Soy un lobo hambriento que la busca, soy un lobo que llora y ríe cada noche.

El hombre rojo emitió un aullido que acabó en una larga canción de risas y sollozos.

—Creo que si fuera lobo en estas tierras —El murriano tenía los dos ojos abiertos y sonreía, a pesar del dolor de la herida—, al oír el estertor de tus carcajadas procuraría no asomar la cabeza por aquí.

El hombre rojo respondió con otra sonora risotada. Exhortó a los

renos en su lengua arcaica.

—Murriano. Las estrellas nos siguen y nos envidian. Llegaremos a Oquadé. Y lo haremos los dos, vivos.

Siguieron adelante. No había más remedio. Debían avisar al resto de la tropa de que los sufones volvían, que esta vez ni un milagro los salvaría.

****

El aire era dulzón, cargado de fragancias. Tan espeso que al conde le pareció que podría rasgar las penumbras como si fueran una sábana vieja. Las seis sacerdotisas rojas de Oquadé continuaban entonando las invocaciones, con la séptima desnuda sobre las losas de piedra del suelo, enroscada. Bajo el peso de la bóveda donde habían encerrado al estratego para comunicarle las revelaciones, apenas se adivinaba el contorno de los cuerpos, débilmente iluminados por lámparas de luz lánguida. Dando un paso atrás al mismo tiempo, las seis fueron retirándose hacia los tapices colgantes que convertían la estancia en un laberinto.

—¿No deseas tomarme, renuncias sin más al sacrificio?

La voz arenosa de aquella criatura resonaba en la mente de Serlan como un torbellino lejano. Había burla, había provocación en cada sílaba. El vino sagrado lo trastornaba. Tan solo la veía a ella, la pequeña de las siete, frotándose los muslos y escondiendo su sexo, dejando entrever una parte de sus encantos, que escondía medio tumbada. Reptó hacia él.

—¿Por qué se retiran tus hermanas? —contestó Serlan, haciendo un esfuerzo para hablar.

—Para no tomar parte. Ven. Agáchate. Somos desdichadas, no querrán verlo. Nuestro dios, Zintala, nos permite yacer a una de nosotras con un hombre una vez, en cada uno de los cambios de estación. ¿Lo imaginas? Terrible, terrible para ellas.

El conde se sentó sobre las rodillas y apoyándose sobre los brazos se inclinó hacia ella como si quisiera olerla. Le pareció que no había nada más que aquella criatura recogida sobre sí misma, esperándolo. No había ni pasado ni soles por llegar.

—Eres hermosa. Eres un manto de fuego, una llama que baila para mí.

La sacerdotisa se arqueó dejando las curvas de su trasero a la vista, como una promesa, todavía guardando en las sombras la redondez de sus senos.

—¿Lo imaginas? Todo este deseo aguardándote durante tantos y tantos días. No lo sabes todo de nosotras. Tu destino está escrito en

algún lugar y para conocerlo debes descubrir mis entretelas. Esto, esto —dijo, palmeándose aquellas nalgas crujientes—, puede ser tuyo. Somos arte, somos magia. —Y diciendo esto soltó una risa que sonó triunfante. Se incorporó, también de rodillas sobre el suelo, mostrando el esplendor de su piel suavemente anaranjada.

El conde sintió el calor. El cuerpo de la sacerdotisa era resbaladizo y duro. La agarró por las muñecas y la acercó de un tirón hacia él, sorbiendo la tibieza de su vientre. Más que besarla, empezó a devorarla como si el tiempo fuera a acabarse en ese mismo instante. Oía las letanías y ruegos de las otras sacerdotisas pero ya no las veía, perdidas entre los tapices. Sus voces eran un eco que se deshilachaba. Estaba aquella mujer que se unía a él, que empezaba a mover las caderas tímidamente de atrás hacia delante, mientras la tomaba. Tan extasiado estaba que se sentía fuera, en algún lugar donde era posible emerger, escapar del mundo. Ella le devolvía besos feroces y, al momento, besos susurrados.

—¿Te quedarás con nosotras, verdad? —murmuró la mujer roja a la vez que le lamía el lóbulo con su lengua caliente.

Serlan De Enroc imaginó una vida placentera, una vida de sueño, junto a las siete. Postrado en un sitial de sensaciones y cuerpos de mujer que esperan el suyo. Se vio a sí mismo eterno en Oquadé, con todos los deseos atendidos. La sacerdotisa guió las manos del conde hacia sus pezones, gimiendo a la vez. «Con nosotras», y repitió varias veces aquel conjuro mientras su orgasmo se dilataba, colmando el espacio vacío de la sala circular bajo la bóveda.

Serlan lanzó un aullido. Su tórax se enarcó con la boca abierta de pez sin aire, agarrado a la cintura de la mujer roja. Al abrir los ojos y volver al mundo vislumbró, primero, el techo estrellado de la bóveda. Luego, las seis sacerdotisas que los rodeaban en silencio, contemplando la desnudez de los cuerpos. El conde, aún en su aturdimiento sagrado, se sintió amenazado. Violentado. Como un lobo al que han obsequiado, para encerrarlo después con las palabras del placer. Incluso la mujer con la que acababa de aparearse parecía descolocada. Algo fallaba. Hilos de humo flotaban en el aire y no era incienso o mirra. Olía a madera quemada. Serlan, sin saber qué hacer, empezó a vestirse con premura y torpeza. Tampoco ellas se movían con agilidad. La más pequeña de las sacerdotisas lo miró con una mezcla de sentimientos. Sus poderes parecían estar en jaque. De fuera, del gran salón donde tenía lugar el banquete del Zintan, les llegaba un tremendo barullo. No eran gritos alegres ni despreocupados.

—Hay un incendio —dijo una de ellas, husmeando el aire.

—Debemos darnos prisa —respondió otra.

—Hacerlo ahora mismo —replicó una tercera.

Hablaban como si él no estuviera allí delante, subiéndose los

calzones. «¿Prisa para qué?», logró preguntarse el que fue conde de Vamurta. Se levantó, mirándolas.

—Señoras mías —balbuceó—. ¿Qué hacéis aquí reunidas, tan cerca de mí? ¿Y qué ha sido todo esto...?

—¡No ha funcionado!— exclamó la más vieja.

—Si no ha funcionado, no nos servirá —añadió otra.

—¿Quién, con manos demasiado benévolas, ha preparado el vino sagrado?

El conde dio un paso atrás, buscando acercarse hacia la puerta.

—¡Matémosle! —gritó una—. Hay que aplacar a los señores del norte. El nuevo tratado será papel mojado si el pez escapa de la red.

—Está despertando —dijo otra, a la vez que sacaba el puñal de hoja ondulada de los sacrificios. Las otras la imitaron, haciendo relucir los aceros de las dagas que mantenían ocultas entre los ropajes.

—¡Dejemos que viva! —suplicó la pequeña—. En la fiesta ocurre algo que requiere de nuestra presencia y, además, muerto tampoco nos servirá, ¡los sufones lo quieren vivo!

Antes de terminar, recibió un tremendo bofetón de la mayor de las hermanas, que le partió el labio.

—Mejor muerto que huido, hermana estúpida —añadió la mayor.

El conde contuvo la primera puñalada que le asestaron, golpeando el brazo que lo atacaba. Se sentía lento. Notó una segunda puñalada por la espalda pero la hoja mordió la coraza del sircad y no penetró en su carne. Al girarse vio a una de las sacerdotisas con el desconcierto dibujado en el rostro. Era su instinto, el miedo, quien lo defendía. Dio un fuerte puntapié sobre la rodilla de la mayor, que lo atacaba de frente. La mujer se dobló como una caña. Lanzó uno de los tapices al aire para desaparecer tras la tela. «Qué no escape», oyó a sus espaldas.

—Ni yo ni mis hombres os hemos ofendido en nada, ¡en nada! —vociferó tras el parapeto de uno de los tapices—. ¿Por qué esta traición? No conocéis a los sufones, por eso habéis pactado con ellos. Más os vale guarnecer los muros que perseguirme.

La sala del laberinto se convirtió en un coto de caza. Las dueñas de Oquadé lo acechaban entre los claroscuros. Sus bramidos nerviosos indicaban que, aunque desarmado, eran conscientes de que la presa era peligrosa. Una de ellas extrajo la llave y abrió la puerta que comunicaba a la gran sala, donde se celebraba el banquete. Una nube de humo penetró en la habitación y, a la vez que la sacerdotisa pedía auxilio a la guardia de alabarderos, una figura se recortó en el hueco de la puerta, entre los restos de humareda. Un ser de un solo brazo que, aún así, sostenía amenazante un trípode de bronce como arma.

Al ver entrar a Icet, seguido por los demás, las sacerdotisas corrieron a esconderse entre el humo y las sombras de las telas

colgantes. El conde se acercó a ellos y abrazó al vesclano con tal fuerza que lo dejó sin resuello.

—Salgamos de aquí —dijo, y observando la sala circular por última vez, agregó—: han pactado con los sufones.

—Nosotros a cambio de libertad —apostó Icet—.¿Se lo podemos reprochar? Dejémoslas con vida. Matarlas sería regalar Oquadé a esos insectos, y eso sería menos tiempo para huir. Seguro.

Serlan asintió, todavía conmocionado. Éccate le tocó la cara temblorosa, queriéndose cerciorar de que no tenía ningún rasguño. El conde escondió el rostro, avergonzado.

—Hay que abandonar este palacio antes de que las llamas nos devoren —propuso Lateas, que sostenía un cuchillo prestado por uno de los trinchadores del Zintan.

—Dejar esta ciudad. Los guardias del Consejo cierran las salidas de la plaza de las Mil Puertas —dijo Eszul, tosiendo por la acumulación de humo—. Debemos agruparnos en nuestro campamento. Escapar.

Volvieron a la gran sala alargada, apretados los unos a los otros. Dos alabarderos negros, los únicos que no habían corrido a apagar las llamas, yacían en el suelo sin sentido, cerca de la puerta. Las llamas eran vivas en el centro, convirtiendo los bancos y mesas del banquete en una gran hoguera. El fuego prendía cerca de la salida también, en el extremo opuesto, pues Lateas había volcado un candelabro sobre los grandes cuadros que decoraban la entrada, que a su vez, habían prendido las vigas de madera labrada del techo, donde se acumulaba el humo negro como si fueran grandes nubes de tormenta buscando una salida. El jaleo era formidable en la oscuridad agrietada por la luz de las llamas. Los cuervos amaestrados, libres de sus ataduras, revoloteaban por la sala, apareciendo y desapareciendo. Algunos invitados se movían de un lugar a otro, buscando una salida entre luces y sombras. Dos jabalís domesticados masticaban tranquilamente los restos de comida esparcida por el suelo, haciendo caso omiso de los chillidos desesperados de los que querían pero no podían huir. La mayoría se apelotonaba en la puerta, que daba a las escaleras, para huir a la plaza de Oquadé, a pesar de la proximidad del fuego que ardía a lado y lado del punto de fuga. Una salida que había quedado bloqueada por la acumulación de cuerpos en un espacio tan estrecho. Seres de todas las razas inmovilizados, aullidos horripilantes de los invitados atrapados. El grupo de Serlan De Enroc los observaba, sin atreverse a actuar.

—Este parece nuestro destino, hacer arder ciudades —dijo Lateas, con una mueca.

—Destruir y huir a la carrera —agregó Sara—. ¿Cómo saldremos de aquí?

Nadie supo responder. Estupefactos, miraron al oso pardo que formaba parte de la fiesta, arrastrando la cadena de su amo. Ataviado ridículamente con blondas de colores, desorientado, daba vueltas sobre sí mismo iluminado por los resplandores, como si la música siguiera sonando en algún lugar. Al igual que ellos, percibía el peligro pero era incapaz de encontrar un modo de escapar. Rugía de vez en cuando, impotente en la penumbra.

—Pisando sus cabezas —Todos miraron asombrados a su estratego—. Están muy apretujados. Son prisioneros en la puerta, no pueden moverse. Escalaremos los cuerpos y saldremos por arriba, apoyándonos en sus cabezas como si fueran pilares.

Así lo hicieron. El tapón de cuerpos en la puerta era tan abigarrado que nadie se dio cuenta de que un grupo pasaba sobre ellos, reptando sobre cráneos y hombros. Los lamentos y las peticiones de auxilio eran constantes, pero nadie escuchaba. Cruzaron la puerta. Debajo estaban los notables de Oquadé; hombres rojos, vesclanos y grises que morirían aplastados o asfixiados si alguien no solucionaba aquel entuerto. Saltaron de uno en uno a las escaleras, entre los guardias y los primeros ciudadanos que intentaban deshacer la acumulación de cuerpos. Descendieron las escalinatas tan rápido como les fue posible, mientras subían guardias apostados en las Mil Puertas para socorrer a los de arriba. Al llegar a la calle, respiraron. En la plaza la muchedumbre se arremolinaba en la noche.

—Zintala y Tamboras nos guarden. Sí que hemos conseguido crear confusión —dijo Eszul. Sobre sus cabezas, las llamas asomaban fuera del edificio a través de los ventanales de la segunda planta. Serlan entendió que la rapidez era primordial.

—Hay que reagrupar a los hombres de la compañía. Eszul, Sara, deberéis escabulliros y saltar la muralla. Llegar hasta nuestro campamento e informar al retén. Una vez hecho esto, tomar la puerta del camino y hacer sonar el cuerno. Así todos nuestros soldados sabrán a dónde ir, ¿sí?

—¿Tomar la puerta? —preguntó Sara, como si aquella orden la molestara.

—Con el retén, armados. Nosotros nos quedaremos en la plaza, agrupando a cuántos de los nuestros nos sea posible, antes de salir hacia el campamento —el estratego dirigió una mirada severa a su protegida—. Será un trabajo arriesgado para todos. ¿Prefieres quedarte en Oquadé? Los alabarderos no tardarán en darse cuenta de que todo esto es una treta. E irán a por nosotros. Cuando hayan puesto a salvo a las Siete, seremos su presa favorita.

Eszul y Sara se movían como dos panteras del sur por las calles adyacentes a la plaza, evitando la avenida de las caravanas, donde era

muy posible que la guardia de la ciudad hubiera establecido puntos de control. Oían por doquier rumores y avisos. Eszul agarraba el atizador que había tomado del banquete como si fuera un hijo que pudiera escapar. En los callejones había poco movimiento, apenas algún que otro vecino asustado que corría a refugiarse en su hogar. Pronto llegaron hasta la línea curvada de la muralla de madera. No vieron centinelas en el estrecho adarve de la estacada ni en las torres cercanas. Por el contrario, sí parecía que el portalón estuviera defendido. Ambas damas se miraron y sonrieron.

—Los guardias están entretenidos. Esta sigue siendo tu noche, Sara. Los dioses te siguen y favorecen. Será que guardas las bellezas del Zintan y muestras unas buenas piernas.

—No te rías de mí, aún —contestó Sara sonrojada—. No hemos llegado al campamento. Vigila donde pones los pies, el terraplén y el foso están sembrados con estacas cortantes.

—Si pasamos de esta noche, te entregaré el mando de los jinetes. Tú serás la nueva capitana, si al estratego le parece bien. Alguien debe encargarse de engrasar las distintas secciones, Sara —dijo Eszul—. Tú eres más joven, más ágil sobre los renos. Y cuentas con tu nuevo brazo de hierro.

Saltaron por encima de la muralla, evitando las puntas afiladas con el grueso jubón de la Bálkida. Rodaron por el terraplén sin que nadie, en apariencia, se percatara de la salida. Miraron atrás. El edificio del Consejo era una pira que iluminaba la noche helada. El rumor de los altercados se oía con nitidez. Al llegar a la puerta del acuartelamiento, encontraron al retén de treinta soldados en estado de alarma, desperdigados por el perímetro lanza en mano. Las antorchas ardían. Ninguno de ellos entendía qué sucedía en Oquadé, por lo que la llegada de las dos oficiales fue una suerte para la tropa.

—¿Y el oficial al mando? ¿Dónde está Lemas? —preguntó Sara con brusquedad.

—Durmiendo…—respondió un joven vesclano de cola muy blanca—.

—¿Dados y vino rancio?

El joven asintió con la cabeza. Sara y Eszul informaban a los vesclanos y grises veteranos de la situación, cuando uno de los centinelas avisó a viva voz de la llegada de dos soldados montados. Un grandullón y un jinete herido que llegaban desde el sur, en plena noche.

Dort Riala cruzó el puesto de vigilancia sujetando el reno del murriano, que era un bulto torcido sobre la silla de montar. Estaban todos expectantes. El semblante circunspecto del hombre rojo alarmó a Eszul, que lo vio entrar en el campamento. Dort saltó del animal y se acercó a su compañero, que descargó con sumo cuidado.

—Está mal herido —dijo el hombre rojo—. Necesita un cirujano, ¡inmediatamente!, y yo una jarra de hidromiel.

—¿En qué piensa Dort Riala cuando hay un grave peligro? En beber, claro —lo acusó la mujer roja.

—Señora, por muy alto que sea vuestro abolengo, muy baja es vuestra comprensión hacia los hombres —respondió Dort.

—¿Baja? Intentamos salvar a nuestra compañía, aún a riesgo de nuestras vidas. ¿Queréis buey asado para acompañar la bebida? ¿O preferís dormir un poco antes de comer mientras nos acribillan?

—Sois alta y sorda. Una hermosa ciega. Hemos montado toda una jornada sin dormir, cruzando una noche gélida, ¡por Tamboras!, y el murriano está mal herido. ¡Un poco de amor, por los dioses!

Sara corrió al lado de Aldier y levantó la capucha del guerrero murriano. El rostro triangular parecía una máscara de cera petrificada por el frío. Dos soldados fueron a buscar a un médico que vivía en los extramuros.

Eszul desapareció y volvió con el hidromiel. Al ofrecerle la jarra, los ojos de la dama relampagueaban. Los soldados que habían reunido estaban casi listos para luchar. De la ciudad llegaba un vocerío que se apagaba y crecía.

—¿Qué sucede en Oquadé? —se alarmó el hombre rojo. Eszul le explicó brevemente lo ocurrido. Ante tales malas noticias, Dort Riala añadió:

—Mañana estarán aquí. Los vimos partir de Arctonesia rumbo a Toumedar. ¡Todo un ejército, cientos de sufones! Son imparables, señora. Nadie recuerda algo así en las fronteras. Conseguimos huir, pero una saeta se clavó en la pierna del murriano, que ha perdido mucha sangre. Lo único que no sé es si las huestes que se acercan saben que somos los de la compañía de Serlan.

—¿Cuántos? —preguntó Eszul.

—Los estandartes cubrían todo el valle. Son suficientes para aplastarnos en la primera carga. La esperanza es la bandera de los necios, si me permitís decirlo, ante tal fuerza.

Se acercaron a la puerta de Oquadé con sigilo, amparados por la oscuridad. Lemas *el Largo*, una vez despierto, fue castigado. Debía escalar la empalizada para sorprender y tomar una de las dos torres que custodiaban la entrada principal de la ciudad. Dos vesclanos veteranos lo acompañaban. Pocos guardias defendían el portalón. En cada una de las torres se distinguían dos sombras y sobre el parapeto reforzado de la puerta, flanqueado por las cabezas de animales muertos y banderolas, vieron un puñado de ballesteros. Se situaron en semicírculo, con los arcos y las ballestas listas, confiando en ser un blanco poco visible en la noche. Al fondo, resplandecía la ciudad

como un sol que emerge. Los defensores debían estar inquietos. Cuando Lemas, a punto de alcanzar la torre, fue descubierto, Sara pidió que Dort hiciera sonar el cuerno de la compañía. El sonido reverberó atronador. En respuesta, desde el otro lado de la puerta, escucharon unos bramidos exultantes. El estratego había cumplido, y los soldados de la compañía reunidos asaltaban la puerta ruidosamente. El retén dejó ir sus saetas. El portalón de Oquadé era un paso libre.

En el cuartel, tras establecer una fuerte guardia, empezaron las labores de recogida. Los renos pifiaban inquietos, la tropa reunía sus enseres con prisas. Se había avisado a todos de que los sufones, en gran número, podían llegar con las primeras luces. Sara, que había abandonado los finos trapos de la fiesta, volvía a vestir con camisa acolchada, cota de malla y coraza. Vociferaba entre las monturas, organizando el cuerpo. Eszul debía atender un asunto de suma importancia para ella.

—Repartiros las nuevas lanzas, que nadie deje sus sillas y alforjas. ¡Tú! —masculló, agarrando a uno de los hombres grises que no dejaba de dar vueltas sin un propósito claro—. ¡Despierta! ¿Está tu reno herrado? ¿Comió y bebió por la tarde?

En el otro lado del campamento, Icet y Lateas empaquetaban pergaminos, tratados y los libros de cuentas de la compañía. Dort Riala perseguía a los reclutas, formándolos en fila de a cinco con toda su impedimenta a cuestas. Lemas ayudaba a cargar los carros con barriles de carne en salmuera, pólvora, y herramientas para los carpinteros. Eszul dibujaba sobre una tabla de arcilla, que enterraría antes de partir, contrahechizos por miedo a que las siete sacerdotisas pudieran dar mala suerte a la compañía. Serlan y Éccate, en una de las últimas tiendas que quedaban por desmontar, sujetaban al murriano. El cirujano limpiaba la herida de la pierna musculosa de Aldier, tras haberla cicatrizado con un punzón de hierro candente. A pesar del frío, el hombre sudaba.

—No deja de sorprenderme la fuerza de estos murrianos. Este puede que sobreviva, a pesar de estar tan maltrecho. Son unos seres portentosos —sostuvo el médico.

Limpió los instrumentos, guardándolos después en la bolsa de piel de vaca. Miró al conde, como si esperara una respuesta a una pregunta que no había formulado.

—He mandado buscar a vuestra mujer e hijos. Vendréis con nosotros —dijo Serlan, sabiendo de las consecuencias de aquella sentencia—. Necesitamos un médico.

La larga caravana de la compañía se puso en marcha tras hacer soplar el cuerno tres veces, como señal de último aviso. Las puertas de

Oquadé permanecían cerradas y las murallas se habían poblado de soldados rojos, tras haber controlado el incendio en la Casa del Consejo. Un silencio tan desgarrador como el viento helado que barría los hierbajos secos de aquellos páramos los despidió. Ni una voz se oyó en la ciudad que los había traicionado. Ni un lamento.

La mañana transcurría sin mayores incidentes. La clemencia del sol del norte se desparramaba sobre los campos y animaba los corazones. Soldados de tres razas y un murriano malherido, en un carro tirado por bueyes, avanzaban hacia las leyendas del Bosque de las Hiedras. Hasta el más indómito de ellos, en el fondo de su corazón, creía que en el último instante, antes de adentrarse en las profundidades de la fronda, ocurriría algo, un hecho inesperado que evitaría cruzar el Portal, pues así era conocida la entrada oriental a ese territorio, donde una jornada sin lluvia era tan probable como perderse entre las oscuras hiedras y conseguir salir del bosque. A mediodía descansaron sobre una pequeña planicie arbolada que dominaba el camino. Se hizo el recuento, que confirmó la pérdida de diecinueve soldados, la mayoría hombres rojos. Aunque nadie lo dijo en voz alta, muchos pensaron que aquellas bajas eran en realidad desertores, pues muertos durante los incidentes del Zintan se tenía constancia de cuatro. Cuando estaban acabando de tomar la ración, Sara apareció en el camino, junto a su patrulla montada. La joven se apeó del animal de un salto, apoyando el muñón de acero en la silla para darse impulso. Serlan la contemplaba, asombrado de la naturalidad con que su protegida se manejaba.

—Sin novedad en el camino —dijo al alcanzar la parte alta de la loma—. Que parta el relevo.

Diez jinetes marcharon en dirección sureste para asegurar la retaguardia a distancia. Sara los miró brevemente.

—Las bestias nos dan una movilidad que no teníamos antes —comentó Serlan.

—Para salir corriendo siempre —contestó, ceñuda, la joven—. Las sacerdotisas rojas casi os atrapan, allí, en Oquadé.

El antiguo conde se sintió ofendido por aquel comentario delante de la tropa que devoraba lentejas y carne. Respiró hondo antes de contestar.

—Nos atraparon, mejor dicho: recuerda que nos engañaron a todos, y que además me hicieron beber vino sagrado.

La joven oficial no respondió. Sin decir nada fue en busca de su comida. No se oía ni un zumbido entre la hueste, sentada en el suelo.

—Sara… ¡Oficial! —gritó Serlan—. No admito que os retiréis si estamos deliberando sobre algún asunto. ¿A qué se debe vuestra

insolencia?

—¿Insolencia? Vamos hacia dónde nadie ha ido, como hicimos en el pasado. Y vamos como si fuéramos a dar una vuelta por una campiña en primavera. ¿O es que nadie sabe que del Bosque Lluvioso no se vuelve? Deberíamos dar media vuelta, prepararnos para el combate.

Preso de un ataque de ira, el estratego fue hacia ella con la intención de abofetearla, cuando Eszul se interpuso entre los dos, sujetando al antiguo conde.

—No es este el mejor momento, señor —afirmó, con suma suavidad—. Sara, come y descansa. Y por los dioses, no vuelvas a abrir esa bocaza.

# 41
## juego de damas

El cielo de la mañana, enmarañado, y el viento del norte quejándose a ráfagas sobre el puerto de Nueva Vamurta, eran señales que no gustaron a Leandra cuando el capitán de su navío la invitó a embarcar, pues las tareas de carga habían finalizado. Cuando cruzó el puente de madera que unía los grandes bloques de piedra del muelle con la cubierta y miró atrás, sintió un leve temblor. Era la primera vez que volvía a su ciudad natal, Vamurta, tras huir de su hogar, tras dejar su juventud, con el corazón desgarrado, sola y asustada.

Su guardia personal la saludó, formada en dos filas entre los grandes mástiles. Ella hizo un gesto para que descansaran y subió hasta el puente sin decir nada más, seguida por sus tres damas de compañía. Había decidido dejar a su amante y capitán, Traeras, en Villalaia, con la excusa de que este atendiera los asuntos de su gran hacienda, que seguía ensanchándose y creciendo a costa de las deudas de los aparceros y pequeños propietarios, como un monstruo insaciable que no conoce la paz. Soltaron amarras y la nave panzuda y bien armada, empezó a virar en el interior del puerto, seguida por otras cuatro, cargadas hasta los imbornales de armas, herramientas, tejidos y otras materias primas, como cinabrio y hierro. Era la compra más importante realizada por los murrianos en mucho tiempo, lo que presagiaba sin duda problemas cuya naturaleza Leandra no era capaz de discernir, pues las relaciones a lado y lado del Mar de los Anónimos eran pacíficas. Aunque la señora había adquirido una pequeña flota de doce navíos en los últimos tiempos y que poco a poco la Asamblea de las colonias había ordenado construir nuevas embarcaciones, entendía que tarde o temprano, todo aquel comercio floreciente en la antigua capital de los hombres grises, se iba a decantar a favor de los murrianos, cuyas nuevas naves de guerra se habían enseñoreado de aquellas aguas.

Su mirar se embelesó en la costa, una franja de luces y manchas de colores. Sintió una punzada al ver cómo se alejaba del cobijo de las sierras que cerraban el horizonte detrás de la capital. Los recuerdos asaltaban su alma. Miró sus ropajes de paño noble cubiertos de salitre. Sintió el intenso olor del mar, que rompía por estribor. Poco a poco conseguía dominar el miedo a mar abierto. La tripulación parecía ensimismada en los trabajos de a bordo, sin mostrar preocupación alguna por el oleaje que inquietaba a las damas. Rezó en voz queda unas plegarias y se prometió a sí misma hacer una ofrenda al dios Rotras, que guarda a los viajeros, si volvía sana y salva.

A media mañana divisaron la torre vigía de la Isla de la Lechuza. Una aguja blanca que parecía emerger de las olas y perforaba las nubes bajas que los acompañaban desde que partieron. Leandra abandonó el puente y se encerró en su camarote, dejando a las damas a su libre albedrío. Allí, entre los crujidos del navío, se sirvió ella misma una copa de vino anaranjado. Al notar aquel sabor sobre el paladar, viajó lejos en un instante. Era una fermentación del sureste, donde fue criada en un pequeño caserón rodeado de viñedos. Allí robó por primera vez. Sabiendo que sus padres dormían una larga siesta, bajó a hurtadillas hasta la quietud húmeda de la bodega de su progenitor, que gustaba de mezclar magníficos caldos en una pequeña barrica de la que solo él bebía. Abrió la llave de madera y el líquido con aromas de otoño se deslizó en su pequeña copa de plata. Más tarde la niña fue encontrada, inconsciente en el suelo, por el mayordomo mayor. Se había dormido sobre sus propios orines. La señora de Villalaia se sentó en la cama, dejando que el arrullo de las olas le hablara de aquel perdido caserón donde pasó la infancia:

*«¿Cuántas primaveras debía haber cumplido entonces? Entonces… Esa muchacha que fui no apuntaba a la que soy esta mañana, aunque me gustaba esconder los objetos amados por los demás y hacer la vida imposible a mis hermanos pequeños. Pero no eran más que juegos pueriles. Soñaba que mi perra tendría muchos cachorros y cuando fuera mayor viviría rodeada de una corte de mastines. Soñaba que era una gran cocinera, que las tartas de zarzamoras que sacaba del horno de leña eran tan dulces que mi padre sonreía al probarlas, siempre. Algunas veces volaba, en sueños, sobre los grandes viñedos que dieron, junto al mercadeo de especias y perfumes, fortuna a la familia. Ascendía para luego caer como un halcón hasta rozar las vides cargadas de frutos maduros, tan oscuras eran las uvas como hermosas. Luego, en un vuelo rápido, sobrevolaba bosques cerrados y suaves colinas trabajadas por los campesinos adscritos a mi padre. Pero aquellos labradores no estaban adscritos, ahora lo recuerdo, eran libres y pagaban tributos, solo eso. Los vuelvo a ver, felices, en las fiestas dedicadas a Onar, Sira, Rotras. ¿Había una armonía, un vivir apacible? Incluso mi padre les dejaba talar los bosques, siempre y cuando la mitad de la leña fuera para él. Demasiado generoso, por eso las desgracias acabaron llamando a su puerta en este mundo de lobos. Onar, no me parezco a mi padre. Ni tan siquiera a mi madre, que rivalizó en belleza con las damas más distinguidas de la Corte. No me parezco a ellos porque yo soy infinitamente más rica y poderosa. Solo los condes, y más tarde Ermesenda, alcanzaron la fortuna que ostento. Casi nunca miro atrás, el pasado es el ocio de los débiles, de aquellos que nada pueden esperar del día de mañana. Yo debo pensar y cuidar la hacienda, los talleres, las cien y una rutas que domino. Barruntar*

*nuevas y provechosas alianzas, si los dioses me acompañan. Me marché una noche de primavera, como una alimaña. Nunca más supe de mis dos hermanos pequeños, los dejé en casa. Aunque casi eran hombres, son muchas las noches, y más en estas últimas lunas, en las que pienso en ellos. ¿Fueron arrastrados por aquella mala estrella que hundió en el barro de las porquerizas nuestro orgulloso linaje de grandes mercaderes? ¿Acaso fueron ejecutados? Mis espías, los más afamados en las dos riberas del Mar de los Anónimos, nunca supieron decirme nada. Nada es un tormento».*

Llamaron a su puerta. Eran Tesminia, Casandra y Fasis. Las tres damas de compañía de Leandra entraron alegres en el camarote, revoloteando en la inhóspita sobriedad de la cámara de un barco como palomas en el bosque. «No hay nada que se parezca a la alegría de una joven», pensó Leandra. Jugaron con unas cartas compradas en las ciudades de los puros, donde los naipes causaban furor. Se decía que se perdían fortunas con las cartas. Charlaron, chismorrearon. Tesminia decía que el segundo oficial era tan apuesto que parecía un dios descendido a la tierra, y todas rieron por su afectación dramática.

Llegó la noche, la cena y los cortos paseos por cubierta, bien abrigadas. Luego llegó otro día y otro. El mar de los Anónimos era surcado por cinco proas anchas que avanzaban a merced de los vientos.

Antes de llegar a Vamurta, sonaron voces de alarma. Los navíos de la flota de Leandra se comunicaron entre sí. El capitán se mostraba entre asombrado y preocupado. Tres extraños navíos sin pabellón aparecieron en el horizonte, hacia el sur. Eran naves no identificadas, de muchas velas triangulares sobrepuestas. Embarcaciones alargadas, de cuatro palos o más y de quilla baja. Los soldados se armaron rápidamente, y aunque no llevaban grandes piezas de artillería a bordo, sí se cebaron y cargaron los falconetes adosados a lado y lado de las naves. Las dos flotas se observaron desde mucha distancia. Como si se tratara de un espejismo, aquellas velas desaparecieron, tragadas por la profundidad de los caminos de la ballena. Antes del crepúsculo, otras naves se cruzaron en su ruta. Eran murrianas, magníficas. Dos de esos navíos eran capaces de intimidar, con sus bombardas y velamen, a la pequeña flota mercantil de Leandra. Una barca a remos se acercó a la nave insignia en la que viajaban. Los oficiales murrianos, tras inspeccionar carga y documentos, sin apenas dirigir una palabra al capitán y a los oficiales, les permitieron proseguir. La costa blanca de la Antigua Vamurta ya era visible. Una promesa, una línea espumeante que despertó recuerdos enterrados en el corazón de la señora de las nuevas tierras.

En los atracaderos del puerto fueron recibidos por una delegación de la junta. Leandra sintió una punzada en su orgullo. Tres funcionarios de bajo rango, discretos y callados, la saludaron cuando descendió por el puente. La dama sintió una aguda extrañeza al ver a tantos murrianos sobre las piedras del puerto, junto a hombres grises también, descargando y cargando navíos y llevándose las mercancías en carretas tiradas por bueyes y ciervos rechonchos. Unos pocos rinocerontes amaestrados aguardaban, cabizbajos, en un extremo del desembarcadero, uncidos a largas carretas vacías. Los estibadores miraban con curiosidad a aquella dama de pasos largos, que se movía con la espalda muy erguida. Por doquier, flameaban banderolas color tierra con símbolos y letras pintadas en negro y rojo. El nuevo poder se reafirmaba ante cualquiera que pisara la ciudad descendiendo de un navío procedente de otras tierras. Leandra giraba la cabeza si algo llamaba su atención, entrecerrando sus largos ojos felinos. Rica y aún bella, brillaba en el ajetreo manchado de sudor y salitre del puerto.

Uno de aquellos murrianos, un viejo chupado, de melena azulada por la edad y vestido con una sencilla túnica de lino sobre la que lucía una capa de lana blanca, la acompañó a la noble casa de los mercaderes, donde sería alojada cerca del mar junto a su séquito, hombres y mujeres grises vestidos con calzas negras y jubones, ellas con sobretodos azulados. De sus cintos colgaban espadas y cuchillos cortos como únicas armas.

—Fue una grata sorpresa para nosotros saber que nos obsequiaríais con vuestra presencia. Vamurta se rinde a vuestros pies —dijo el funcionario con un terrible acento de serpiente.

—Ya veo —contestó Leandra, observando la indiferencia con que era tratada—. La muchedumbre invade el puerto.

—La prudencia es un bien preciado —dijo aquel viejo, con una pequeña sonrisa—. Y la discreción una virtud en todos nuestros negocios. Es pronto para mostrar abiertamente nuestras preferencias por ese nuevo y viejo continente del que procedéis.

Leandra se mordió la lengua. Ella era hija del condado. Miró, asombrada, un monolito de roca grabada, una piedra rosácea que no conocía. Era un monumento sobrecogedor. Su altura era superior a muchas torres de defensa, pero no su diámetro. El monolito era esbelto y puntiagudo como una pica hecha para los dioses. Ante la sorpresa de la dama, el funcionario hizo un ademán, señalando de algún modo esa columna colosal.

—Ciento cuarenta y cinco bueyes se emplearon para transportar el mármol desde las canteras del desierto. Es la columna de Ahnavalt y en ella se narra, verso tras verso, nuestra cara victoria sobre esas criaturas desenfrenadas y perversas, la estirpe de los condes de Vamurta. ¡Cuántas aldeas murrianas ardieron, pisoteadas por sus

ejércitos! —El viejo hizo una pausa, para tomar aire—. Jamás volveremos a sufrir las humillaciones, la sed de sangre de tales seres. Ahora y para siempre, haya paz en estas tierras.

—Caballero, no hemos hecho este largo viaje para tratar sobre asuntos del pasado —contestó, desdeñosa—. Hablemos de los asuntos que ocupan el presente.

—Ah, sí. Hay muchas preguntas por hacer.

—Y el pago de mis mercancías, señor. Pues en ventas de armas no existen ni préstamos ni fianzas.

—Podéis sentiros afortunada. Mañana, en el Palacio de Thargavat, seréis recibida.

—¿Por quién, si no es mucho preguntar, señor?

—Por dos Reinas, y que la fortuna os acompañe en dicha lid.

El humor de Leandra mejoró al comprobar que para ella y su séquito se había reservado toda la planta primera de la casa de los mercaderes. La más lujosa, donde podría recibir visitas haciendo ostentación de rango y además sus contables podrían trabajar sobre los libros, sin tener que memorizar las transacciones. Allí pasaron la jornada y comieron, aunque las viandas que les fueron servidas no estaban a la altura, pues apenas hubo carne y pasteles.

Paseando por la Avenida de la Victoria, Leandra adivinaba los destellos del antiguo esplendor de la corte de Vamurta. Pocas ciudades como aquella habían acumulado tanta riqueza. Los palacios de la nobleza, ocupados por altos funcionarios y oficiales murrianos, desprendían los aromas y los signos de grandeza de antaño. Aunque los distintos blasones y emblemas habían sido arrancados, en cada arco, en cada una de las finas columnas de piedra rematadas con complicados capiteles, en las cortinas de piedra de las fachadas jaspeadas con pequeñas florituras marmóreas, se recordaba el esplendor del condado. Cada casa era un sinfín de tracerías de piedra que se cruzaban y volvían a separarse, delicadas como tallos en flor. Las bocas de cada uno de los canalones para evacuar el agua de lluvia eran rematados con espléndidas gárgolas, muchas grotescas, algunas otras abstractas. Frente al gran teatro, reconvertido en cuartel general, Leandra no pudo evitar dejar escapar un leve grito. La columnata de la entrada, tan poderosa como equilibrada, hizo que, por unos instantes, percibiera la alegría y la magnificencia de las veladas de aquella alta sociedad que ya no existía. Por las calles y plazas se encontraron con otros hombres y mujeres grises, mayoría todavía. Pero en el séquito de Leandra a nadie se le escapó una tristeza aguada en los rostros, una resignación en los andares, como si nada pudiera hacerse. ¿Quién iba a intentarlo? No se oían exclamaciones, ni alegres ni indignadas.

Tampoco había muestras de entusiasmo en los habitantes de aquella urbe bañada en melancolía. Más bien parecía un gran campamento militar en el que todo estaba regulado y donde las faltas eran castigadas con gran severidad. Las calles nacían y morían mudas, y no se debía únicamente al viento frío de la tarde. Los puestos de mercaderes eran escasos, los talleres de los artesanos, lugares donde trabajar sin levantar la cabeza. El bullicio del centro, un todo ordenado. Entraron en una taberna. Apenas los miraron y nadie les preguntó nada. Las tres jóvenes damas de compañía parecían contaminadas por aquel silencio, por aquel orden de hierro que pesaba sobre cada uno de los supervivientes de la guerra.

*«Ahora empiezo a entender quién era en realidad mi atormentado invitado, Serlan De Enroc. ¿Cómo pudo sobrevivir a tal semejante pérdida de grandeza? Él, que debía heredar todo este mundo y lo perdió. ¿Qué haría yo si lo perdiera todo? Lanzarme desde un alto ventanal, rasgarme la piel con las zarzas, no volver a salir de mi alcoba hasta que me echasen de ella como a una perra que ya no sirve para nada. Empiezo a temer no haberlo entendido. Y hoy, en estas calles que esconden el brillo de un mundo que fue, sufro. ¿Me entendió Serlan a mí? Quizás más de lo que creí y por eso me acusó. ¿Me amó? Qué hice, por Onar, qué hice. ¿Cómo pude perderlo, a él, que llenaba la soledad de mi trono? Hace tantas estaciones... Perdí a mi padre. Luego lo perdí a él. Y ahora, pasadas mis cuarenta primaveras, me doy cuenta de que luchando desde las colonias contra el poder de Ermesenda, favoreciendo a los murrianos, no he hecho sino engrandecer la leyenda de la condesa. Nunca antes hubo tantos hombres grises subyugados, justamente por lo que luchó y perdió la vida Ezelaes, mi progenitor. »*

Dejaron atrás la taberna. La señora de Villalaia tenía ganas de pasear. La ciudad en la que siempre había soñado le parecía una sombra. ¿Acaso los recuerdos la habían engañado? Leandra tenía que convencerse de que no era así. Cruzaron el antiguo barrio de los pescadores. Allí, las obras eran grandes. Se habían demolido decenas de pequeñas casas para trazar una nueva avenida. Los artilugios, andamios y torres de madera dominaban el horizonte, que languidecía. Como hormigueros, los barrios más cercanos a las líneas de la muralla, estaban poblados por murrianos que se desplazaban de un lado para otro con algún deber o alguna encomienda. Se acercaron hasta las murallas. Todo el sector del oeste estaba siendo transformado. Las antiguas murallas eran derribadas y ya se podían ver algunos de los nuevos tramos; murallas de poca altura y gran espesor, dotadas de rondas anchas en la cima y aberturas para situar las nuevas armas, la artillería. Leandra se fijó admirada en que el grosor de los muros triplicaba los antiguos y que la línea de muralla

ya no era recta, sino un juego de entrantes y salientes triangulares. La noche caía, y las primeras gotas de lluvia los convencieron de volver a sus aposentos tan rápido como les fuera posible.

Leandra desayunaba una taza de leche caliente con pastel de manzana en su alcoba, la reservada para los prohombres. En la mesa de caballete se sentaban las tres damas, comiendo en silencio. Intuían el estado de perturbación de aquella a la que debían servicio y lealtad. La señora miraba por los ventanales de arcos de medio punto cómo el sol de otoño hacía resplandecer los tejados a dos aguas de Vamurta, húmedos por la lluvia caída la noche anterior. Cuando se sentía inquieta, Leandra hacía un gran esfuerzo por hacerlo todo con gran lentitud, temerosa de olvidar algún detalle: llevarse el tazón de cerámica decorada a los labios, romper con sus dedos alargados y recargados de anillos una punta de pastel, observar el viento del suroeste expulsar los últimos jirones de nubes hacia el mar. La luz del sol caía sobre la habitación, calentando la atmósfera. Faltaba poco.

—Esta mañana seré recibida por hijas de dioses —comentó Leandra en tono neutro—. Queridas, ¿cómo voy a pedir a una divinidad que salde sus deudas?

Las tres damas rieron de buena gana.

—Dicen que se necesita la mano de otro dios para herirlas de muerte —dijo Fasis—. Que tienen la fuerza de diez hombres.

—Tonterías. Uno de mis arcabuces puede enviarlas al averno directamente. Eso sí, con un tiro certero. Sí, son fuertes. Y listas como el hambre, me parece —contestó Leandra, apartando el pelo rizado hacia atrás con un gesto muy propio de la señora.

—Y dicen que son muy bellas. Y coquetas. Que gustan de ataviarse con paños de seda y brocados de ensueño. Que si con sus joyas se vistiera a una puerca esta se convertiría en una dama refinada y respetable.

Leandra levantó una ceja. Siempre había pensado en ellas como contrincantes, no como féminas. Aquello le pareció sumamente interesante. En la calle resonaron unas pisadas marciales. La señora de Villalaia se levantó y, apurando su taza, exclamó: —¡Dicen, dicen! Tapadme el corpiño con el sobretodo más sencillo que tenga… Tú, Tesminia, ¡el escote! Tapa esos senos grandes que te ha dado Sira. Y nada de redecillas de oro para el pelo. Con una pañoleta de lino será suficiente. ¡Aparta esos perfumes de mí, Casandra! Fasis, ponme las horquillas de bronce en el moño, ¡las de bronce! Nada de ligas de piel, trae los zapatos de cuero, dejad los otros.

—Pero, señora, pareceréis la hija de un posadero —protestó Tesminia, confundida.

—De eso se trata. Somos unas pobres mujeres que solo atienden a

su negocio y que ni tienen para ropas de fiesta. Una sencilla mujer que mercadea honradamente, nada más. ¿Lo entiendes? Por una tarde, Tesminia, una dama no debe hacer sombra a una reina. No sale a cuenta.

Cruzaron la ciudad con la solemnidad que les otorgaba una doble guardia. Llamaban la atención de nuevo. Las mujeres y hombres grises libres a los que se les permitía la estancia en Vamurta, las observaban al pasar. Leandra comprendió una cosa: los grises que no habían caído en la esclavitud no ostentaban rango alguno, con excepciones. Por las calles se veía algún comerciante próspero entre una masa de hombres y mujeres que habían descendido vertiginosamente en la escala social. Eran libres, pero también pobres, sin expectativas. Desechó esos pensamientos. Se acercaban a la impresionante mole que había sido el palacio de los condes. Pasaron por debajo de la gran puerta y penetraron en el patio de armas. El viento hacía ondear las banderolas de tela rígida, en las lejanas líneas de la parte superior de la muralla. Grandes letras murrianas, en negro y rojo escarlata sobre tintes color tierra desafiando el azul brillante del cielo. Leandra levantó la cabeza. Bella y sobria, la gran Torre del Homenaje dominaba las alturas.

—Es la residencia de las Reinas —susurró un hombre de mediana edad. Era el primer funcionario no murriano que veía Leandra—. En cada planta, vive una de ellas, según su edad.

—¿Cuántas plantas hay? —preguntó, sorprendida, Leandra.

—Siete Reinas gobiernan Vamurta y sus campos —contestó un comandante murriano, alto y espigado—. En cada burgo de las antiguas marcas, una hay.

Leandra giró la cabeza. Allí estaba la delegación de notables que la atendería, tras acudir a rendir pleitesía a aquellas semidiosas de las que emanaba la ley, la paz y la guerra.

—No las hagamos esperar…

Los piqueros murrianos que guardaban la escalinata que conducía al claustro del palacio parecían figuras talladas en piedra oscura. Rígidos sobre los escalones, inmutables en su cometido. Leandra y las tres damas siguieron a aquel comandante de brillante armadura negra y a la pequeña corte de funcionarios. El jardín del claustro había sido replantado con especias que Leandra no conocía, como los aromas encerrados entre aquellas paredes cubiertas de musgo del patio en el que nunca llegaba el sol. Siguieron caminando por otros corredores que se empequeñecían poco a poco hasta dar la sensación de que faltaba el aire. Nadie decía nada. Encontraban servidores, todos murrianos, en aquel sector tan privado de la ciudadela. Se saludaban entre ellos con una leve inclinación de cabeza, sin musitar palabra alguna. Pasaron por delante de una puerta que daba a lo que debió ser en su día una sala capitular reconvertida en almacén o archivo, en el

que se apilaban cientos, miles de losas de piedra escritas; las disposiciones murrianas. Más adelante, en su recorrido por las entrañas del castillo, llegaron a las puertas del Salón de Gobierno. Allí tendría lugar la audiencia. Frente a ella, cerca de una guardia muda, un grupo de oficiales discutían con voz queda. Incluso uno rascaba, nervioso, sus pequeños cuernos. Era evidente que habían sido recibidos y algo los había disgustado profundamente. Los oficiales, sobriamente uniformados, las miraron como a unas intrusas y se hicieron a un lado, moviéndose con disgusto para dejarlas pasar.

—Sus tres damas se quedan aquí —dijo el funcionario gris—. No les está permitido el paso. Yo velaré por ellas.

Leandra asintió. No lo esperaba. ¿Era una pequeña humillación aquella orden? Mientras pensaba en ello, se abrieron las pesadas puertas, haciendo un chirrido parecido a un larguísimo lamento. Accedió al Salón de Gobierno, tomando aire, acompañada únicamente por aquel galante y desconocido militar y por uno de los insignificantes escribas de palacio. La altura de los techos de crucería de aquella estancia cuadrada era aterradora. A cado lado se alzaban pilares de piedra blanca de la anchura de un roble joven, decorados con volutas y pequeñas tallas geométricas. Los ventanales emitían una luz fúnebre, pues habían sido envidriados de nuevo con los colores ocres oscuros de los estandartes del oeste. De pronto, Leandra sintió una enorme opresión, el deseo de salir corriendo de allí y no volver a pisar jamás la ciudadela, aquella ciudad de plazas sombrías, de calles tristes. «¡Mis barcos, mi cargamento, esas brujas me deben una fortuna!», se dijo para sí. Intentó andar con pasos largos y solemnes, aparentando la gran confianza que había perdido. Bajo la liviana bóveda que remataba el salón, las vio sentadas. Eran dos, reclinadas sobre unos sólidos bancos bajos, entre almohadas blancas. No parecían atender a aquellos que se dirigían a ellas postrándose con fervor. Ensimismadas, eran dos seres perdidos en sus pensamientos. «¿Cuántas primaveras puede vivir una Reina? ¿Cómo se conciben? ¿Por qué alguna vez nacen y no paren otro murriano en alguno de sus vientres colosales?» A medida que se acercaba sentía el calor de las chimeneas encendidas detrás de ellas. Era la única luz visible que proyectaba la sombra de sus grandes cabezas hacia delante. Detrás, pegado a la enormidad de la pared, un ídolo de oro miraba a los recién llegados. Una talla maciza, a tamaño natural. Una figura de expresión severa, medio murriano, medio gacela. Un dios sin perdón. A los pies de las Reinas, sobre una mesilla, había dos copas junto a unos dátiles y frutas rojas del bosque. Era el único mueble, aparte de los bancos. Tanta frugalidad en ese espacio inmenso perturbó a Leandra, que las podía observar de cerca. El aspecto de aquellas enormes madres no defraudaba en lo más mínimo aquello que había

oído de ellas. La señora de Villalaia tenía la certeza de que eran capaces de romperle el cuello con un pequeño apretón de aquellas manazas gigantes, cuyas uñas habían sido pulidas y decoradas con polvo de oro. Vestían largas túnicas con hilos de plata. En sus vestidos de color bosque, la una, y de color noche, la otra, se habían utilizado unos tintes que Leandra no fue capaz de identificar. De los collares colgaban, como gotas, esmeraldas, que creaban graciosos juegos sobre sus pechos anchos como un horizonte. Aquellas piedras valían el precio de cien esclavos o más, creyó la mujer gris.

No le hacían caso, hasta que aquel pequeño escriba la anunció. Entonces, imitando a aquel alto oficial, Leandra se sentó en el suelo, a los pies de las dos madres. Lo único que entendió del largo anuncio del diminuto escriba fue su nombre. Las hembras no se movieron, al igual que dos enormes gatas cuya inteligencia divagara por senderos que los hombres ni tan siquiera son capaces de concebir. Bien había algo felino en aquellos rostros triangulares, en los ojos tenebrosos y a la vez fascinantes. Las pupilas eran como dos rendijas cortando en vertical la curva de los ojos rasgados, parecidos a los de la propia Leandra. Dos fuegos de cristal de roca. En cambio, los cuernos recordaban a las tímidas cornamentas de los antílopes del sur. No era exactamente desprecio, pensó el ama de Villalaia, era distanciamiento; una voluntad de permanecer lejos del hedor y las carencias de los propios hijos y del resto de razas.

Sin que pudiera esperarse, una de ellas se incorporó con suma rapidez, mostrando su figura. Leandra tragó saliva. La Reina tomó su copa y volvió a su banqueta, esta vez sentándose con la espalda erguida. Su voz, que se propagó hasta el fondo de la sala, hizo temblar los sillares de piedra.

—La Reina quiere saber cuánto te debemos —tradujo el escriba.

—En moneda murriana, 327 talentos de plata, 28 dirranes y 62 piezas de cobre —contestó, procurando calmar su turbación.

Nadie replicó, como si aquella suma fabulosa fuera un naipe más en una baraja sin principio ni fin. Los troncos chisporrotearon mientras la hembra se llevó la copa hasta sus labios gruesos. Tras beber, volvió a hablar:

—La hija de los cielos quiere saber si tenéis más cinabrio, o mejor aún, mercurio.

Otra vez la sorprendían con el pie cambiado. El poco cinabrio que habían traído en las bodegas de sus barcos provenía de las ciudades de los puros, donde se sabía que además elaboraban el mercurio, pero en pocas cantidades. La mente de Leandra se desbocó, ¡debía hacerse con alguno de esos centros, o mejor aún, adquirirlos todos!

—Sí, mercurio también. Aunque es costoso y escaso.

El traductor volvió a hablar:

—Cuando traigáis cien barriles de tres libras de mercurio, se os pagará lo que se os debe y el metal al precio que se estipule.

—¡No! Las armas se pagarán antes de que parta, y podría tardar cinco o seis estaciones en volver con cien barriles.

Era la voz de Leandra la que se había alzado hasta hacer temblar la misma bóveda que cubría sus cabezas. Los dos reinas la observaron con atención, como si alguna cosa en ella se les hubiera escapado. Como, si un instante antes, no estuviera allí.

—Nuestra madre, la hija de las nieves, quiere saber si seguís protegiendo al hijo de Ermesenda en vuestra alcoba.

Un rubor encendió las mejillas chupadas de la mujer gris. Cuando hubo contenido la mezcla de ira y vergüenza que sentía, contestó con un simple «no». Las Reinas querían saber más. Preguntaron por qué razón ya no lo protegía. Leandra las miró con fuego en los ojos y contestó:

—Porque soy vieja, porque Onar me dio un vientre triste y porque ese hombre es un perro rabioso.

Las dos hembras dejaron escapar una breve risa, como un ronco estertor. En ese momento la mujer gris entendió que el traductor era una farsa, era parte de la liturgia, para impresionarla y empequeñecerla. El escriba volvió a hablar por última vez, «280 talentos ahora y el mercurio antes del fin del próximo verano».

El comandante primero, y Leandra después, se levantaron del suelo. Hicieron una breve reverencia y se marcharon dando diez pasos de espaldas a la salida, antes de girarse. La señora de Villalaia estaba furiosa. Aquellas hijas de un dios avaro eran el par de comerciantes más duras con las que jamás se hubiera topado.

La dama, seguida apresuradamente por las tres jóvenes grises, caminaba enérgicamente por los pasillos de piedra fría que en otro tiempo vieron deambular el frágil cuerpo de Ermesenda. Las venas violáceas de la frente estaban hinchadas como si alguien le hubiera cincelado en las sienes un mapa de ríos y afluentes. Acababa de cerrar un gran negocio pequeño. Se quedaba con muy pocas monedas por los muchos riesgos tomados. Se giró, furiosa, hacia las damas y exclamó:

—¡No va bien, estoy haciendo algo mal!

Entonces se percató de que aquel oficial espigado, del que no se había despedido como indican las reglas de cortesía, las había seguido. «Espléndido ser», pensó. Se dirigió hacia él, queriendo disculparse, pero este se adelantó.

—Señora. Cambian las mareas y lo que fue ayer próspero quehacer no tiene por qué serlo hoy —dijo en la lengua de los grises —. Si me permitís decirlo, habéis salido airosa de la recepción con nuestras madres y reinas. Algo que ocurre poco a menudo.

—Palabras amables, caballero. Lamento no haberos dicho antes

adiós como corresponde.

—Somos nosotros, los murrianos, quienes os debemos una disculpa, en realidad. —Y sonrió con amargura—. No hemos querido ofender vuestra noble persona con el trato que os hemos dado. Hoy, otros nos ofrecen mercancías a buen precio. Quisiera compensaros con un insignificante gesto y me permito invitaros a cenar esta noche en mi palacio de la Avenida de la Victoria, murriana, claro. Son muchos los asuntos, son muchas las coincidencias que podemos compartir.

—Acepto —contestó Leandra sin pensárselo—. Y, ¿por quién debo preguntar?

—Dúrtica, señora. Comandante Dúrtica.

Los que iban a embarcar, de vuelta a casa, se encomendaron a los dioses. La mayor parte de los que formaban el séquito de Leandra eran poco marineros y el mar les causaba un profundo pavor. Tras las plegarias subieron a bordo. Todo el trapo fue desplegado y los cinco navíos empezaron a alejarse del ajetreo de los muelles, en los que atracaban naves mercantiles provenientes de Nueva Vamurta, del puerto controlado por los puros y algunos pequeños barcos llegados de las aldeas costeras de los hombres rojos.

Apoyada sobre la baranda de la cubierta principal, la señora contemplaba el oleaje incesante. El azul del mar arrugado como una gran piel. Lomas que se sucedían y se encrespaban con un último blanco hálito. Llegados al mar abierto, Leandra fue presa del desasosiego. Su viaje había sido un fracaso. Una parte del mundo había cambiado y ella apenas se había dado cuenta. Había algo más. Algo que nada tenía que ver con los negocios. Una voz que se despertaba en su interior, tras tanto tiempo dormida. Una voz que bramaba en contra de sus acciones, que pedía ser oída. Volvió a pensar en su padre, perdiéndose en el bosque de zarzas oscuras de los recuerdos profundos. Se mordió los labios delgados y contuvo el impulso de lanzar una maldición al viento iracundo que besaba las velas y batía el pabellón azul estrellado de Nueva Vamurta.

«Al menos he conocido a ese Dúrtica. Un enlace. El nuevo murriano. ¿Se da cuenta de que a la vez que toma algunas de nuestras virtudes también se envenena con nuestras flaquezas? Y no es el único, todos esos funcionarios y oficiales enriquecidos que abandonan sus aposentos en las comunidades y se alojan a título personal en los lujosos edificios de la antigua nobleza de Vamurta, que se pasean por calles y avenidas haciendo una sutil ostentación de rango y riquezas… Eso sí, ese oficial consiguió que volviera a sentirme una dama. ¡Cómo ardían sus ojos de miel! Hubo un momento, al final de esa cena, que deseé que mis damas no estuvieran a mi lado. Deseé que esos brazos me estrecharan, que esos labios me devoraran. ¡Onar! ¡Qué me

sucede! Siento que no soy la misma. Que algo quema mis entrañas, una fuerza que pide, que exige una salida».

Leandra dejó de mirar las olas. Los marineros, abrigados con jubones remendados de lana basta, se movían por cubierta y sobre las jarcias y mástiles, pendientes de sus quehaceres con una silenciosa alegría. El capitán, con las piernas ancladas en el puente, miraba atrás, atento a las manchas blancuzcas de las otras dos embarcaciones que los seguían. Su escolta había desparecido en las bodegas. Algún juego de apuestas los debía estar entreteniendo en ese instante. Las tres damas susurraban, alejadas de ella. Todo un vivir de pequeños acontecimientos y trabajos que componían un estar sobre el mundo. Leandra, por una vez, se sintió responsable de todo aquello.

«No todo fueron galanterías durante la cena con el comandante Dúrtica. Preguntó sobre las colonias, se informó sobre los puros y, sobre todo, quiso que le contara sobre los sufones, sus ejércitos, su forma de pensar que nadie conoce ni entiende. Lo único que se sabe es que desconocen la piedad. ¿Y en mí, habita la piedad? Empiezo a entender los motivos profundos de la conquista de Vamurta, que tanta sangre costó a los pueblos del oeste. El miedo. Los murrianos, a través de ese mar sin límites que es Istal, han colisionado con otros hombres, distintos a los grises y rojos. Una raza que los ha derrotado por mar y tierra. En los campos dorados que rodean su capital, Ahnavalt, como el oro engarza un rubí. Aunque consiguieron liberar la capital, tras batallas encarnizadas, los temen. El temor es algo que se huele y no se explica. El comandante, educadamente, quiso dejar el asunto, pero la promesa de noticias recientes sobre el último conde, jamás ungido, de Vamurta, pudo más que la proverbial discreción del murriano. Hombres montados sobre bestias cubiertas de acero, hombres que los diezmaron y casi derrotaron con armas e instrumentos que los sabios murrianos no han logrado imitar. Sus nuevos barcos son réplicas a los capturados en Istal. Aquellos navíos que se aproximaron imprudentes a sus costas y consiguieron sorprender. Hombres, dijo Dúrtica, que hablan otra lengua en la que no existen palabras como tregua o diplomacia. Arrogantes. Las vastas extensiones que formaban parte del condado están destinadas a ser su nuevo hogar, si pierden Ahnavalt. La mera posibilidad de un descalabro semejante es prueba de la fuerza de ese lejano continente, cuyos aromas desconozco completamente. Quieran los dioses que la mañana del despertar de estas tierras yo ya haya partido en el carro áureo de Talenas, hacia otra vida, más dichosa que esta.»

Leandra miró al horizonte. Allí donde posaba sus ojos, la infinitud se extendía hasta perderse en la nada. Cerró los párpados, intentando no pensar. Muy pequeña, sentía que era una aguja en un tablero de juego cuyos confines desconocía.

# 42
## las pruebas de dasteo

Los huidos de las minas de Uherské habían divisado unas pequeñas figuras sobre un altozano desnudo. Siluetas negras recortadas con el sol poniéndose a sus espaldas. Los murrianos. Observándolos desde las alturas, inmóviles como las grandes piedras de aquel paisaje de riscos áridos roto por el verdor de los valles. Los capitanes de las tres columnas fueron informados por los vigías. Demasiado tarde para tratar de esconderse, el plácido descanso en el palmeral había relajado a los hombres grises. Agua limpia en abundancia, carne, dátiles hasta saciarse y un no hacer nada a la sombra durante las casi dos jornadas pasadas junto a la laguna. Jafonas los vio, Dasteo también, con el corazón oprimido, maldiciéndose por aquel descuido. Cuando llegaron Amalia y Federico hasta el claro, los murrianos habían desaparecido.

—¡Tan pronto! —exclamó Amalia.

—Tan pronto —contestó Dasteo—. Los de allí arriba eran exploradores. En estos momentos los murrianos deben estar rastreando centenares de tradios alrededor de la mina y en todas las direcciones. Si no, no hubieran llegado hasta aquí.

Jafonas seguía mirando aquella cornisa de piedra rojiza que cortaba el cielo como si con ello pudiera resolver algún tipo de enigma. Federico guardaba silencio al lado de Amalia.

—Mañana. Llegarán mañana —afirmó súbitamente Jafonas—. Lo que no sé es en que momento del día.

—Llegué a pensar que el resto de prisioneros, los que huyeron por mar, los entretendrían y nos darían un poco más de tiempo, ¿verdad? —añadió alguien a sus espaldas.

Era Arisas, que había llegado sin hacer ruido. Todos lo habían pensado pero nadie se había atrevido a decirlo en voz alta. La gravedad del momento los mantenía mudos. Con el fin del día, los valles verdes que escondían aquellas tierras secas despertaban de su letargo. El calor remitía y las aves volaban de árbol en árbol, agitando la dureza de las hojas de palmera.

—No podemos esperar a mañana, amigos míos. Será tarde, muy tarde si tenemos en cuenta la distancia que pueden llegar a recorrer en una sola noche. No quisiera despertar con cinco centurias murrianas entrando a la carrera en este palmeral para despedazarnos —sentenció Amalia.

—Cierto —añadió Dasteo—. Ordenemos recoger.

—Hay que ir por el oeste. Viajar de valle en valle, asegurándonos agua y comida —opinó Federico, mirando hacia aquella dirección que poco a poco se oscurecía.

—Sí. Sin agua pronto estaremos muertos —sostuvo Amalia. Sin quizá quererlo, todos esperaron la opinión de Dasteo, tal era su ascendiente en el grupo. El antiguo alférez escrutaba algo en la lejanía.

—No digáis esto, por Onar. ¿No lo habéis visto vosotros? Hace nada, sobre esa montaña de piedras, había exploradores apostados. Hasta a mí, que los conozco, me sorprenden. También me gustaría seguir por los valles. Al menos, no me estaría muriendo de sed en el momento en que una lanza murriana me atravesara la garganta.

Federico masculló algo, pero no se atrevió a replicar. Contemplaban el desierto, que los esperaba. Un enorme lago de arena y rocas que parecía no tener fin. Los fugitivos de Uherské se iban reuniendo a su alrededor. La alarma corría de boca en boca.

—Cruzaremos el Río-Seco —agregó Janofas, casi sin despegar los labios—, si vamos por el desierto. No sé si tendremos bastante agua para llegar.

—Ni sabemos si en el río habrá agua. Alegraos. Muertos de sed estaremos, pero los murrianos solo podrán aparecer a nuestras espaldas—concluyó Arisas.

Los grises abandonaron el oasis con la luna encaramada en el firmamento. Nada se escuchaba bajo el fulgor de las miles de estrellas que los seguían en su marcha. Era la noche, el único momento en el que revivía el viento del desierto de Aicar, las tierras que nadie pisaba desde hacía muchas generaciones. Aquella fue la noche que mayor distancia recorrieron en las muchas que, como seres sin destino, vagaron por las llanuras áridas. La luna les indicaba el camino. La constelación de Atros, fija en la bóveda celeste, les mostraba la dirección del sur y el oeste, donde en algún punto emergían nuevos territorios más allá de la sequedad absoluta de las tierras de fuego. No dejaron de andar hasta que la madrugada dio paso a la mañana y sintieron el sol aplastándolos sin clemencia. Cuando las sombras se hicieron cortas decidieron buscar un escondite para pasar el día, detrás de una de las muchas grandes rocas que rompían la horizontalidad abrumadora de aquellos páramos.

Transcurrieron las jornadas, tan parecidas las unas a las otras que bien podría decirse que el tiempo de los hombres grises había desaparecido. En los pellejos que guardaban el agua leían el paso de los días. Poca les quedaba a los miembros de las tres columnas. La promesa del Río-Seco se fue convirtiendo en una obsesión, cada noche

los había que veían el cauce. El día era lo más fatigoso para los grises, aunque lo dejaran pasar reclinados bajo las sombras de los cerros pedregosos. Al mediodía el calor era tan asfixiante que, aún inmóviles, hombres y mujeres sudaban copiosamente. Veían las gotas resbalar por la piel hasta caer en el suelo caliente y desaparecer. Pegadas al sudor, las moscas. Nubes de moscas parecían seguirlos allá donde iban para devorarlos en cada uno de los reposos. Largos ratos de espera y hastío hasta que el aire dejaba de ser un abrasivo que hacía arder los pechos de aquellos desgraciados y el sol se hundía en el oeste como una gran cacerola al rojo vivo.

El día era el enemigo de Dasteo. Era él quien había tomado la decisión de adentrarse en las tierras sin alma. Aunque la mayoría dormitaba en los distintos refugios reponiendo fuerzas para las marchas nocturnas, el alférez de la Falange Roja percibía las miradas de soslayo de los huidos de Uherské, que empezaban a recriminarle en silencio el haber abandonado los valles verdes. Con las gargantas quemadas, con la sensación de haber tragado arena, la obsesión era el agua. Nadie compartía con los otros. Muchos habían dejado por el camino todo aquello que les resultara molesto. Entre los componentes de las tres columnas que noche tras noche cruzaban la nada, la mayoría solo conservaba armas y escudo. Lo peor era que ni aquellos naturales del sur de Vamurta sabían a ciencia cierta dónde se encontraban, ni si faltaba poco o mucho para alcanzar las riberas del Río-Seco.

A la cuarta noche de viaje, Dasteo habló con Jafonas y Arisas, mientras caminaba pesadamente, acompañados por los mil ruidos que pueden hacer casi cuatrocientos seres en un espacio vacío, el desierto.

—Ni un murriano hay a nuestras espaldas —les dijo. Ninguno de los dos contestó. El alférez esperaba que Arisas lo contradijera, pero este estaba tan agotado como el resto. Los tres se miraron. A ninguno de ellos les quedaba más que un par de sorbos de agua. Nada tendrían para aguantar el sol del día próximo.

—Señor. Hay que arrastrar a los grises. Empujarlos. Como sea —sostuvo Janofas—. Ni los murrianos han podido seguirnos.

—Y si esta noche no encontramos el río, ¿qué digo a la tropa?

—Mentid —propuso, cortante, Arisas—. Debéis prometer algo, aunque no creáis ni un momento en ello.

—No sé en que creo esta noche. Arisas, siento que voy a la deriva.

—Si los otros huelen alguna inseguridad en vuestras promesas, ese será nuestro fin —Janofas dejó escapar un bufido—. Fui un hombre rico. En mis tierras del este crecía bien el mijo y la cebada. Supe retener buenos artesanos en mis aldeas. Cuando mi padre murió

siendo yo muy joven y heredé el feudo, jamás, jamás hubiera creído posible que mi destino me llevaría a horadar la roca en Uherské. Así que, ¡todo es tan imprevisible! Quizá ese río aparezca, ¿verdad?

—Está bien —contestó Dasteo—. Prometeré el río.

—Además —continuó Arisas—, si no lo encontramos en la próxima noche, dudo que importe si aparece o no el río.

Pasaron los momentos de más calor arracimados a la sombra de una gran roca que emergía, de ese paisaje llano, como un buque varado. Los fugitivos de las minas de mercurio habían dejado de hablar con la salida del sol. Las moscas cubrían los ojos de los que conseguían dormir, lamiendo las gotas de sudor. Se oían algunos lamentos, nada más. Letanías y rezos que flotaban en el aire hasta consumirse. En los pellejos no quedaba ni una gota de agua. Hablar era una auténtica proeza, pues las lenguas se habían hinchado, pegadas al paladar.

Al llegar la noche y con ella las estrellas que iban encendiéndose una tras otra sobre la curva del firmamento, se pusieron en marcha. Penosamente empezaron a andar, dejando las protestas atrás. Durante el día, el hombre que los conducía, Dasteo, había prometido agua. Muchos no le creyeron y le acusaron de mentir. «¿Por qué os iba a mentir? ¿Acaso no me va la vida en ello, también, junto a la vuestra? El río está cerca. No podemos tardar en encontrarlo.». Ni la suavidad que proporcionaba la oscuridad otorgó consuelo a los grises. Antes de que sobre la línea terrible del horizonte aparecieran las primeras luces, veintitrés hombres y dos mujeres de la columna de Janofas tomaron la decisión de intentar volver al oasis. De nada sirvieron ruegos y amenazas. Aquellos desdichados, tomando como referencia Atros, volvieron sobre sus pasos, decididos a esperar el favor de los dioses que no era otorgado camino del oeste.

No mucho más tarde, el sol asomó antes de ser empujado hacia las alturas. Fue cuando vislumbraron una gran hendidura que rompía la planicie seca. Corrieron hacia allí olvidándose de ellos mismos. Una serie de desniveles se sucedían, como grandes terrazas, hasta llegar al cauce del río. Aquí y allí vieron las primeras acacias, y en los últimos desniveles, antes de llegar a la ribera, una sucesión de zarzales engarzados con pequeñas palmeras que seguían el curso del Río-Seco. De pie en el límite de la pendiente, los fugitivos se lanzaron ladera abajo como un tropel de jabalís. Los primeros en acercarse al lecho, aullaron: «¡No hay agua!». Aquellas voces frenaron la estampida barranco abajo, y se transformó en un descenso cauteloso en el que la fatiga volvió a apoderarse de los huidos. Cuando cruzaron la tupida línea de vegetación, vieron con alivio que todavía bajaba un hilo de agua. Como animales se lanzaron sobre el caudal, levantando un leve

murmullo de voces arenosas y sandalias repiqueteando el suelo duro. Los grises, al igual que un rebaño, formaron rápidamente una larga hilera de cuerpos anclados en la arena.

—¡Agua, bendita agua, Dasteo! —exclamó Arisas— ¿De qué te ríes tanto? Estamos salvados.

—Pareces un niño con esa cara que llevas. El barro te llega hasta las orejas.

Arisas no respondió y se giró sobre sí mismo, revolcándose sobre el fango como un cerdo, gritando y aullando. Algunos esclavos reían, también se sentían liberados. El joven metía y volvía a meter la cabeza en los dos palmos de agua que descendían hacia alguna parte. «¡Agua para todos!», gritaba. Se llenaba la boca y rociaba a los que tenía cerca, gritando de puro júbilo. Se sabían vivos cuando al alba muchos pensaban que sus días habían llegado a su fin.

—Creí, en algún momento, que el río no existía. En medio de este páramo abrasador, es un prodigio, un auténtico prodigio —dijo Arisas, que parecía haberse enraizado en la tierra, sucio y feliz.

Poco a poco, tras sorber todo el líquido que fueron capaces, hombres y mujeres volvieron a ser conscientes de que estaban muy lejos de todo, yendo hacia alguna parte, sin saber a ciencia cierta si las huestes del enemigo los perseguían. Dasteo levantó la cabeza y no vio ni a Amalia ni a Federico cerca. Sí se le acercó Janofas, sonriendo detrás de su barba canosa y descuidada.

—Sería bueno celebrar un parlamento. Ver hacia dónde queremos ir.

—Sí —respondió el alférez—, y que Onar nos ilumine.

Tras un breve descanso al cobijo de las sombras, los capitanes intentaron volver a organizar las tres columnas, aunque muchos ya no estaban para nada que no fuera dormir. Alguien recordó a los que en la noche anterior habían decidido intentar volver a los valles de datileras esplendorosas. Cuando se pidieron voluntarios para irlos a buscar nadie quiso asumir esa tarea, tal era el estado de agotamiento entre los grises, la absoluta necesidad de reposo y de seguir cerca del agua.

—Pudiera ser que hayan recapacitado y nos estén siguiendo. Vamos, vamos. ¿Acaso no son de nuestro propio pueblo? ¿Cuántos de vosotros no estuvisteis a punto de sumaros a ese grupo? —preguntó Amalia a los que fueron esclavos.

—Yo iré. Pudieran haber cambiado de rumbo. Aunque si han continuado hacia el este, que los dioses los protejan —respondió Federico.

—También yo —dijo Dasteo.

Tan solo un puñado de hombres, tras llenar las bolsas de piel con

agua, se adentraron de nuevo en el desierto en busca de los disidentes. Dasteo no quiso que Janofas los acompañara, pues quería que hubiera alguien con rango entre los que se quedaban. Arisas no se presentó voluntario, pero el antiguo oficial de la Falange Roja volvió a oír la voz del joven cuando se separaron. «No quieras adentrarte en las arenas hasta no poder volver». Dasteo se giró, mirándolo de reojo, sintiendo un escalofrío en el espinazo. Podían hablar sin emitir sonido alguno, como en las grutas subterráneas. Detrás quedaban las siluetas que los despedían desde el Río-Seco.

Amalia se sentó a la sombra de una gran acacia, mirándose los pies. Las plantas negras y agrietadas, tanto habían caminado. Extendía los dedos, hacía rotar sus tobillos. Corría una leve brisa que hacía oscilar la vegetación austera de la quebrada. A su alrededor se iban sentando otros, amontonándose como piedras en la ladera. Algunos buscaban comida en la orilla, otros seguían mojándose en el río, ahuyentando el calor que aumentaba a medida que el sol se enseñoreaba en el cielo. Sonrió, sintiendo la tirantez de las mejillas. Pensó que después volvería al agua. No eran más que piel y huesos. Piel reseca, cubierta por un dedo de suciedad. Pensó en sus dos niños, Menécor, Alea. «¿Qué deben estar haciendo? Ver salir el sol, trabajar todo el día. ¿Se acordarán de mí al meterse en la cama, tendrán una cama, si la tienen? ¿Estarán juntos?». Una lágrima asomó, una sola. «¿Serán capaces de saber quién soy si un día vuelvo a verlos?». Amalia se reconfortó. Al menos estaban juntos, en alguna villa esclavista al sur de Vamurta, donde no iba a faltarles un techo y comida.

La añoranza de aquel tiempo, a medida que el sol ascendía, fue desapareciendo para devolverla al presente. Aquellos que habían huido de las minas eran un todo maloliente. Resultaba curioso que hasta que bebió en el río no se dio cuenta. Pensó en la disputa de Federico y Dasteo, en cómo aquellos dos hombretones se habían enfrentado a muerte por casi nada. Era lo peor que podía pasar. Federico enloquecía, de eso ya se había dado cuenta. Alternaba momentos de sosiego con temibles explosiones de ira en las que era incapaz de refrenar el instinto, como un animal rabioso que no puede dejar de morderlo todo. Amalia oyó unos gritos lejanos. Alguien había encontrado más dátiles.

Al atardecer se organizó una asamblea espontánea. Limpios y con algo sólido en el estómago, los supervivientes de Uherské empezaron a preocuparse por el futuro. Janofas intentó hacer entender a todos la necesidad de ir hacia una cordillera negra que se perfilaba en la lejanía. Allí tendrían posibilidades de hallar cobijo, de sortear el calvario de las arenas.

—En estos días que hemos recorrido Aicar, no he visto pájaros hasta hoy —dijo uno de los hombres grises—. No se puede sobrevivir aquí, ni los escorpiones se atreven a cruzar este desierto.

—¡Hay que seguir el río, hasta el mar! —gritó uno.

Amalia, viendo cómo los fugitivos habían abandonado las armas con despreocupación durante el día, pensó que poco se podía hacer con aquellos hombres. Seguir el río fue una consigna vitoreada por muchos de ellos.

—Al final del río están los murrianos —afirmó Janofas—. Seguro que hay un fuerte. Es el único río que cruza de norte a sur estas tierras y, según se dice, nace en Taonos, en las mismísimas Gargantas del Diablo. Seguro que hay murrianos en la desembocadura, hasta un puerto. Seguir el barranco es ir a buscar la muerte.

Nadie lo quería escuchar. Estaban todos muy seguros de sus opiniones, hasta contentos de haber tomado por fin una decisión. Cielo encarnado en el este, negro casi azul en el oeste. La asamblea estaba a punto de acabar. Amalia miraba a Janofas, impotente ante esa masa desarrapada en medio de un paisaje vacío. Fue cuando creyeron ver llegar al grupo de Federico y Dasteo. Primero, distinguieron unas motas sobre la planicie; unos puntos que iban agrandándose, hasta que pudieron estar seguros de que eran ellos. Una expectación nerviosa se propagó entre los que esperaban. No llegaban solos. Sus rostros cenizos denotaban el cansancio del viaje. Dejaron en la arena los cuerpos de tres moribundos que habían cargado por turnos. Les dieron de beber. Federico se atragantó, el agua corría sobre su pecho dibujando canalones sobre la costra de polvo del desierto.

—Encontramos a los rezagados del grupo. A los otros no, siguieron adelante —Federico tomó otro sorbo de agua—. Estos tres están vivos todavía. Dadles agua.

—Agua a sorbos, están débiles —añadió Dasteo.

—Seguimos adelante y hallamos al resto bajo el cobijo de unas rocas. Muertos, tumbados allí como muñecos—añadió un joven que había acompañado al alférez—. No pudimos darles sepultura. No teníamos fuerzas.

Amalia se estremeció. Los escuchaban con el corazón en un puño. Les dieron dátiles.

—En el horizonte vimos nubes de polvo. No era el viento, por Onar —continuó el antiguo oficial de la Falange Roja.

—Vienen hacia aquí —agregó Federico.

Cruzaron el Río-Seco al amparo de la oscuridad. Ni tan siquiera la aparición de un grupo de gacelas, tímidas y en alerta, los distrajo. El grupo había entendido que seguir el curso del barranco era ponerse en

manos del destino. Siguieron en dirección hacia las colinas del oeste, creyendo que allí tendrían alguna oportunidad. Además, por ese camino bajaba una torrentera seca, lo que les hizo pensar que más arriba podrían hallar un manantial. Guiados por la noche clara, avanzaban en silencio sobre mantos de arena y piedra. Por primera vez desde que penetraron en el desierto de Aicar, detectaron movimientos en las sombras. Un zorro solitario husmeó la noche para desaparecer a continuación. Más tarde, un chillido cortó el aire fresco. Hombres y mujeres tomaron las armas, escudriñando la penumbra que los rodeaba. Era el agudísimo silbido de alguna bestia que desconocían, algo capaz de hacer vibrar el aire hasta plegarlo. Esperaron en vano con las lanzas y las ballestas en la mano, hasta que decidieron proseguir la marcha. Gracias a que la luna decreciente les mostraba el camino, vislumbraban cómo la planicie se transformaba en otro paisaje, más abrupto y rico. La escasa luz de luna evitó que la vanguardia cayera en una gran cavidad que como una enorme boca negra se abría a sus pies, insondable. Nuevas siluetas se cernían a su paso, obligándolos a virar, dirigiéndolos hacia aquella enorme masa de roca que como una gran pared parecía ser el final de su viaje.

Llegada la madrugada se asentaron cerca de un grupo de árboles, pegados a la línea de los precipicios. Los grises sonreían. Una fuente emanaba hilos de agua que se tragaba la tierra sedienta. Podrían resistir un poco más. Por encima de sus cabezas, la pared crecía en vertical como si un dios hubiera dejado caer una gran losa desde el cielo. La pared ascendía hacia el azul brillante, impenetrable. Arisas contemplaba aquella mole con una inquietud que no supo de dónde procedía. Un halcón de pluma clara planeó sobre ellos hasta aterrizar en un pequeño saliente inalcanzable. Algo se transmutó en la pared; por unos instantes el joven escriba percibió unos volúmenes sobre la roca lisa. Aquello lo desconcertó completamente.

—Dasteo, ¿has bebido de la fuente?

—Todavía no, Arisas. Que de sus aguas beban primero los débiles.

—No bebas, por el momento —respondió, enigmático— ¿Te has fijado en que aquí no hay moscas?

El antiguo oficial lo miró extrañado. Entendió que el otro tenía razones para aquella petición sin sentido aparente. Mientras tanto, los grises retozaban a la sombra. Aprovechaban para dormitar. Federico estableció los turnos de guardia, aunque no fuera él un capitán. El joven escriba seguía con la mirada clavada en aquella violenta irrupción de las entrañas de la tierra. Dasteo esperó a su lado, apartados de las acacias amarillentas donde estaban reunidos los integrantes de las tres columnas. Los labios de Arisas temblaban.

—Dasteo, amigo. ¿Lo ves?

—¿La grieta?

—La grieta. La entrada a esta morada que se levanta hasta rozar el firmamento.

La mano larga y flaca del joven se posó sobre el hombro ancho del alférez, que dio un paso atrás.

—¿Lo empiezas a ver, Dasteo?

El oficial miró a su izquierda. Por algo no se sorprendió de que nadie se diera cuenta. Los fugitivos seguían recostados entre los árboles. Alguno se sacaba las pulgas sin mucho disimulo, aplastándolas con las uñas. Sentados sobre la arena, como unos náufragos que nada esperan y empiezan a aceptar su destierro.

Encastrada en el precipicio y hasta sobrepasar su altura, arrancaba una inmensa cortina de piedra blanquecina, cuyo techo era una cúpula roja que podría cobijar a un millar de hombres o quizás más. Dasteo resopló, incrédulo. Entre los suyos nadie parecía alterado. Nadie intuía aquella especie de templo emergido de otro tiempo, de otra era. Se acercaron un poco más, titubeantes y a la vez atraídos por el misterio. De la piedra encalada emanaba una llamada. No había una sola ventana en su altura vertiginosa. Ni un símbolo, ni escudo, nada. Únicamente una brecha que se abría paso desde el suelo hasta la altura de un gigante. Una herida en la espalda. Un hachazo.

—Entremos —propuso Arisas.

—Hay que tener las armas listas.

—No. No las necesitaremos una vez hayamos cruzado esa puerta.

—Eso lo supones tú. Avisemos a los demás —respondió Dasteo.

«No van a entender», escuchó el antiguo oficial en su interior. El mediodía reinaba calentando la tierra. Por encima de la línea de cortes de la cima del precipicio aparecieron grandes nubes grisáceas cuyas puntas parecían garras de rapaz que arañaban la claridad. Arisas miró al que lo había arrancado del mercurio, buscando su conformidad. Con una solemnidad inconsciente se metieron en aquella boca oscura, cruzando el umbral de la grieta.

—No hay nada.

—Por Sira, Onar y los viejos tiempos, ¿dónde estamos, Arisas?

La luz caía en vertical en aquel lugar vacío. La bóveda roja reproducía el firmamento y las estrellas eran pequeños vidrios de colores que teñían aquella inmensa sala circular como si en las baldosas del suelo se hubiera estrellado un arco iris.

—Ni un muro, mueble, tapiz o ser que nos muestre quién son los señores de esta morada. Ni una voz, bandera o emblema. No hay referencia alguna a un lugar como este en los Anales del condado —susurró Arisas.

—En cambio, los muros parecen recién construidos. No hay en ellos huella del paso de las estaciones. —dijo el alférez, maravillado ante la magnificencia silente de aquel espacio—. Es, es como…

—Como haberse metido en el mundo de los muertos.

Dejaron la zona oscura de la entrada y penetraron en el círculo, bañados por haces multicolores. Sin darse cuenta se situaron en el epicentro. Cuando las nubes cubrieron la cúpula trasmutaron los colores en una penumbra densa que inquietó sus corazones. La luminosidad fue disminuyendo hasta quedar concentrada, formando una estrecha columna brumosa que se desplomaba sobre sus cabezas.

—¿Has oído eso? —preguntó, susurrante, el antiguo escriba.

—He oído —repuso Dasteo desenvainando lentamente. Hasta Arisas sacó las dos dagas que colgaban de su cinto.

—Hay algo, aquí y allá. En todas partes.

—Es una trampa, Arisas, por los dioses.

El sonido de muchos pasos interrumpió la conversación. Era como oír un oleaje lejano que se aproximaba inexorable y no poder verlo. De las sombras surgieron masas y cuerpos, acercándose y despareciendo.

—¡Murrianos! —gritó el joven.

Un despliegue de fuerzas como Dasteo no había visto desde el cerco de Vamurta. En formación abigarrada, sobreponiéndose las corazas, escudos y aceros que se adivinaban en el claroscuro de la sala, mirándolos a través de las rendijas, con ojos furiosos, centenares de murrianos los rodeaban. Sus estandartes duros permanecían rígidos en el aire quieto bajo la bóveda, las puntas afiladas de sus picas los señalaban. Decenas, cientos de lanzas. El cerco se iba estrechando. Una pared de arcabuces, a la izquierda, apuntaba a los pechos desprotegidos de los dos hombres grises, decenas de ballestas estaban listas para soltar sus saetas y detrás de ellos se oían los relinchos impacientes de cientos de ciervos. A sus espaldas aparecieron las portentosas figuras de un escuadrón de Reinas con su equipo de batalla listo. Espléndidas, terribles. Dasteo y Arisas, espalda contra espalda, giraban sobre sí mismos con las armas en alto, apabullados ante las filas cerradas del enemigo, ante todo aquel metal que se acercaba a la luz. «No son de verdad, no son de verdad», murmuraba el oficial. Arisas lo miró desconcertado. Dasteo estaba totalmente trastornado. Apretaba su mandíbula cuadrada hasta hacer chirriar los dientes.

—¡No sois reales! —gritó, de repente, a las figuras—. No sois lógicos, no podéis haber traído todo esto. ¡Es demasiado!, jamás las Reinas perseguirían esclavos huidos, ¡no, ilusión! —Un terror que no había sentido antes devoraba el corazón de Dasteo—. ¡Hechicería, mentiras!

Y diciendo aquellas palabras, sin aire, lanzó su espada contra el suelo, que resbaló lejos de él. Arisas lo imitó, tras un instante de vacilación. Una nube de polvo se levantó desde las paredes de aquel

templo. Una cortina de arena oscura que se propagó, inundando la sala. Los dos se abrazaron con fuerza. La tempestad de arena creció, aullando. Casi no se podía ver nada. Arisas vio la figura de un pájaro que los sobrevolada. Las filas murrianas fueron engullidas por el violento temporal que silbaba enloquecido. Viento en la cara, latigazos en todo el cuerpo. Cerraron los ojos, esperando llegar a algún final.

Hacía demasiado que caminaban por el desierto, tan abatidos que ni tan siquiera hablaban. La nada los rodeaba. Un plano amarillento que pisaban una y otra vez. Un horizonte despojado, un cielo sin aire. Arisas se había anclado en el pasado y no conseguía salir. Veía pasar su infancia delante de él. Un fantasma que se introduce por el hueco de una escalera y sube a otros pisos hasta que llega a una puerta de madera podrida y se introduce por el cerrojo en un habitáculo. Ahí estaban sus padres, jóvenes y pobres. A los que jamás conoció en vida. Los padres, estirados sobre un colchón de paja, se calentaban el uno al otro bajo una montaña de mantas deshilachadas, en alguna de las pequeñas ciudades del norte. Luego, se escabulló por la ventana y voló hasta la capital. Allí volvió a ver a los maestros que odiaría, los sacerdotes que tanto lo habían castigado en celdas heladas. Ya no los odiaba. No deseaba, como antaño, salir corriendo de los templos y los jardines perfumados donde los lechos de flores resplandecían aunque el sol quemara el aire del mediodía. Se vio pegado a los pergaminos, en un rincón de la sala de copias. Indolente sobre la mesa, hastiado de su vida servil, de su miseria, de que nadie, nadie, le propusiera ir hasta el puerto a ver partir los grandes navíos de guerra de Vamurta que imponían el orden en los misterios del Mar de los Anónimos, donde decían, se habían oteado barcos desconocidos con un velamen de tal envergadura que los marineros juraban haberlos vistos volar sobre las olas. Abrió la boca para sentir que su garganta estaba muerta. Miró a su compañero, fatigado. No parecía Dasteo. Era su sombra, una proyección, los reflejos de su alma recta. «Agua», dijo el antiguo escriba. Y se extrañó que su voz sonara como un estruendo en el vacío. «Necesitamos encontrar agua». Miró a su alrededor, buscando algo. Dos planos, la tierra y el cielo. Ellos dos encima o debajo, no lo sabía Arisas. O entre los dos. «¡Agua!», exclamó con todas sus fuerzas. El antiguo alférez siguió andando, como si nada hubiera oído. Delante de ellos, donde antes únicamente veían un horizonte que se repetía en su monotonía, observó un árbol lejano. Fue hacia allí. Dasteo lo seguía como un perro ciego guiado por el resonar de los pasos de su amo. A medida que se aproximaban el árbol perdió las hojas secas, quemadas por el viento del desierto. Ardía la hojarasca. Al llegar al pie del árbol, Arisas detuvo a su amigo, pues este seguía caminando. Cayó una rama al suelo. Una madera en forma de punta de flecha que indicaba una

dirección. El joven miró hacia allí, el color amarillo se oscurecía en un punto. Corrió hacia aquella mancha hasta vislumbrar una poza repleta de agua verde, que bebió. «Dasteo, ven». Su voz resonaba contra el cielo limpio, resonaba en todo el mundo. «Dasteo, agua». Los dos bebieron y bebieron, tumbados sobre el manantial hasta que se encontraron descendiendo por aquel profundo pozo, dando vueltas sobre sí mismos, cayendo como una piedra lanzada al lago que se sumerge y se pierde sin que nadie la vuelva a recordar. Sin aire, salieron a flote. Se encontraban en la orilla de un río helado que cruzaba una gran ciudad. No conseguían entrever mucho, pues bancos de niebla corrían sobre el agua y la noche caía sobre las calles como un martillo. Temblando, miraron a su alrededor. Miles de cubículos se ordenaban pegados hasta perderse en la oscuridad, una infinita retícula de calles estrechas por las que nadie transitaba. Oyeron gemidos en el viento. Unos lamentos que se repetían de hogar en hogar. «¿Quién vive aquí?», se preguntó Dasteo. «¿Quién?». Había una tristeza sin fin flotando sobre las azoteas, descendiendo hasta el suelo. «¿Es esto Vamurta?», inquirió Arisas. Caminaron siguiendo el río, sin atreverse a adentrarse en aquel enjambre de barro aprisionado y ventanas cerradas. Ni una sola luz podía adivinarse, tan solo la luna lanzaba algún destello, desgarrando el tejido blando de la bruma sobre la ciudad yerma. No había nadie. El alférez volvía a sentir el ahogo de la poza; se llevó las manos frías a la garganta y gritó a la nada: «¡No podemos permitir esto, no lo permitiremos!». Pero no hubo respuesta. Siguieron adelante, callados y sumisos. Ráfagas de aire silbaban a su alrededor, obligándolos a agachar la cabeza. Los dedos del invierno profundo se metían entre sus músculos hasta raspar los huesos de aquellos dos. Llegaron a la desembocadura frente al mar, tan amplia que no distinguieron la orilla contraria. Al pisar la playa, se detuvieron. No conseguían discernir nada a su alrededor. Se cogieron de la mano. Un rumor lejano fue aproximándose hasta ser torrencial. Intuyeron el alud, una pared que se aproximaba. Un destino inexorable. Una gran ola negra se cernía sobre sus cabezas y, sobre aquel derrumbe ensordecedor, cantaron los pájaros del amanecer, alegres y esperanzados ante un nuevo día.

Todavía incapaces de explicar como habían sido tragados y escupidos del oleaje, se pusieron de pie bajo la pequeña cúpula rojiza de una glorieta de campo. Era hermosa la tarde templada. En las laderas circundantes grandes frutales resplandecían. Se hallaban en el centro de un paisaje cincelado con cuidado por la armonía. Amplios campos de hierba se sobreponían entre altos chopos y abedules de ramas cargadas. Olían a hoja nueva. El frío y el calor eran una pesadilla de otro tiempo. «No me extraño», le dijo Dasteo a su compañero. Rastros de nubes blancas se marchaban por poniente

haciendo más denso el espejo azul del cielo. Rodeando las columnas de mármol veteado que sostenían la glorieta, había un segundo círculo. Extraños árboles de distintas alturas emergían de la tierra húmeda. Desconocían los nombres de los siete árboles. Se acercaron al primero, observando que los materiales de su tronco y hojas se componían de miles de hilaturas distintas que se mezclaban con fragmentos de metales, roca, barro y otros que no supieron identificar. Miles de insectos recorrían en abigarradas filas la superficie rugosa de la corteza. Ni Dasteo ni Arisas habían visto antes unas criaturas como aquellas que perforaban la epidermis del tronco para hacer sus hogares. Pasaron al siguiente y al siguiente árbol. En todos ellos se repetía aquella estructura de filamentos de distintas procedencias que se hilvanaban para erguir el conjunto que sostuviera las hojas, cada una diferente a otra.

—¿Sorprendidos? —Una mujer los miraba desde la glorieta—. Son mis árboles. Llevo mucho tiempo cuidándolos con esmero, aunque a veces no puedo evitar la proliferación y la voracidad de estos bichos. ¿Os parecen hermosos?

Ambos asintieron con la cabeza gacha. Mientras la miraban, unos pajarillos negros revolotearon a su alrededor, para luego posarse sobre las ramas de los siete árboles y, con una voracidad inaudita, picotear la corteza, alimentándose de aquellos insectos que corrían despavoridos, intentando refugiarse en sus ciudades de túneles perforados bajo la madera.

—Y esto es vivir —añadió la mujer—. Un correr de un lado al otro para que no te devoren, ¿verdad? Un ir y volver constante. Aunque, vosotros dos estáis iniciados, todo eso ya lo sabéis. No sé por qué lo digo —Una sonrisa que valía un paraíso. Y aquella risa inesperada embelesó a los que fueron esclavos en las minas—. Hay otros iniciados. Los acabaréis por encontrar y os mostrarán las sendas.

Echó a andar. Subía una de las laderas donde la hierba era esponjosa, hasta que llegó a su cumbre tranquila. La siguieron para contemplar la tarde que se desgranaba entre rojiza y violeta, entre los cantos nuevos y antiguos.

—Lleváis mucho tiempo lejos de casa. Incluso habéis conocido formas de otras eras, formas que sellamos bajo tierra. ¡Suerte de los pájaros! Si no, no quedaría árbol en pie —Miró a aquellos dos hombres de cerca—. Aún os queda un trecho. Hasta llegar a la gran espesura, me refiero. Debéis aprender a hallar comida en las tierras desoladas. Os ayudaré. Agua ya sabéis cómo encontrarla. Luchar hasta el fin de los días, esa es la salvación y la condena —Juntó sus manos, una encima de la otra. Ni Dasteo ni Arisas hubieran sabido decir qué edad tenía ni la razón por la que su rostro les resultara tan cercano—. Es el tiempo de volver. Los hombres resultáis asombrosos, en

cualquier caso, pero os carcome la impaciencia. No habéis entendido nada del tiempo; el de las tierras, los campos y las montañas, me refiero.

Empezó a soplar una brisa tenue que refrescaba su piel gris y movía las marañas sucias, que eran los cabellos de los dos hombres. *Adiós, que vuestros ídolos os ayuden, si pueden.* La brisa traía palabras y caricias. Susurros y canciones olvidadas en alguna fosa de la mente. Los recuerdos volvían. Volvían las madres, los ancestros, patios floridos y fuentes recónditas. Murmuraba el viento, que crecía. Sangraban los ojos, hechizados, convertidos en dos figuras de piedra. Gemía el viento enloquecido. La lluvia abofeteaba las máscaras que eran sus rostros. Se desató la tempestad sobre las cabezas inmóviles. En la oscuridad azulada brilló el relámpago y el trueno ensordeció la nada. Un azote hizo brillar la pradera. Tras él se sintieron arrancados de la tierra y vapuleados por la marea.

Cuando ambos despertaron bajo la cúpula roja, ni una gota de lluvia, ni un grano de arena había sobre las baldosas frescas. Eran ellos, de nuevo. Otra vez la luz multicolor, que les hacía creer estar en otro lugar. Se miraron con la incredulidad marcada en sus rostros ajados, en su piel abrasada por el sol y el calor. Se levantaron, haciendo un enorme esfuerzo. Ni un murriano, otra vez solos. Un halcón de plumas claras descendió trazando elegantes círculos hacia ellos. El grito melancólico de la rapaz llenó sus mentes, hizo vibrar el aire que olía a sequedad, a matojos abandonados bajo el inclemente sol. Aterrizó con suavidad no muy lejos de sus pies. Dio unos brincos y luego se alejó volando, cruzando la cortina de luz que se colaba a través de la brecha por la que habían entrado.

Al salir al exterior el sol de la tarde los cegó brevemente. Arisas se apoyó sobre el hombro de su amigo, incapaz de asimilar todo aquello que habían pasado en tan poco tiempo. El aire seguía hirviendo, aunque no con la intensidad del mediodía.

—¿Qué ha sido todo eso? Me siento joven y viejo, Arisas.

El antiguo escriba encogió los hombros e intentó esbozar un gesto, que murió al instante. No había respuestas. La confusión los mareaba. Tenían la sensación de haber caído de las nubes y ni tan siquiera recordaban haber ascendido. Los huidos de las minas se movían con un cierto frenesí, sin alejarse de la pequeña fuente en la base del precipicio, cerca de las sombras de las acacias. Era evidente que se estaban preparando para algo. Fueron hacia ellos, dando tumbos. Muchos se sorprendieron al verlos. Los fueron rodeando a distancia, como si tuvieran miedo de acercarse mucho.

—Estáis vivos —dijo un descolocado Federico saliendo de entre la

multitud.

—¡Onar! ¿Dónde habéis estado? Os hemos llorado, ¿lo sabéis? —Amalia sollozaba—. Pero, ¿de dónde salís?

No decían nada, atolondrados, presos de una aguda sensación de flotar en el aire. Cerca de ellos, Janofas los observaba. En su mirada vieja había una alegría pero, al tiempo, una honda preocupación.

—Habéis desaparecido sin decir una palabra a nadie. Hemos hablado sobre ello —En la entonación de Federico había despecho y reproches—. Esta noche partimos. Hace dos días uno de los grupos de reconocimiento que envié divisó un nuevo oasis en la lejanía, hacia el suroeste. Entre nosotros, y desde hace tres días, tú, Dasteo, eres uno más. Ya no mandas nada.

El antiguo alférez, sin preocuparse de lo que le acababan de comunicar, no comprendía del todo la situación. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que entraron en la morada invisible?

## 43
## el portal

Sin hacer el más mínimo ruido, dio un pequeño brinco y cambió de rama. Sabía que era improbable ser visto en el gran abedul. Aún así, extremó las precauciones. Se agazapó detrás de una red de ramas desnudas y esperó. Dos grupos de soldados barbudos habían llegado hasta el Portal del Bosque de las Hiedras sin haber pisado el camino principal. Aguardaban en silencio no se sabía el qué, con las armas prestas. Se mantenían escondidos entre los matorrales y cerca de los pocos árboles que antecedían a la muralla de troncos que era el perímetro de la gran fronda. Cuando soplaba el aire frío de la mañana, desde las alturas, podía percibir su hedor. Queso fermentado con secreciones. Hombres grises, y algunos vesclanos, sigilosos como comadrejas sobre el manto de hierba y hojas secas. Unos desconocidos de pelo largo armados con espadas y grandes cuchillos, lanzas y ballestas pesadas. Sin duda no procedían de Oquadé o cualquiera de las ciudades y aldeas cercanas. Los de allí abajo eran bastardos extranjeros abrigados con pieles y jubones de lana grisácea. Bajo la ropa harapienta se distinguían armaduras ligeras, que protegían pecho y espalda. Los yelmos y escudos habían sido forjados en distintas herrerías por maestros armeros. ¿Mercenarios pagados por algún señor de la costa? Debía avisar a su padre.

Para tratarse de un mocoso con la nariz abigarrada y cubierta de pecas, hacía bien su papel. Vigilar subido a un árbol. No se amedrentó ante la visión de una hueste surgida de la nada. La daga corta que llevaba a la espalda, sujeta al cinturón, de nada le serviría. A pesar del frío nadie se movía allí abajo. El aire era cortante y denso. El sol, una bruma espumosa. El hielo empezaba a dejar hilos de agua, deshaciéndose sobre la hierba, donde dibujaba un cuadro de lenguas blancas sobre fondo verde, moteado aquí y allá por los bermellones y amarillos encendidos de la hojarasca. Cuando estaba a punto de saltar al siguiente árbol y luego a otro, hasta llegar a la cabaña oculta de su progenitor, escuchó el lamento de un búho. Un sonido manchado de añoranzas que se repitió camino abajo. Eran aquellos soldados, que lo sorprendieron en su ingenio, pues se comunicaban con los sonidos de la naturaleza. Se quedó donde estaba. Al poco rato apareció un nutrido grupo de jinetes a buen paso, levantando nubes de polvo, dirigiéndose sin titubear hacia la entrada del bosque. Cabalgaban renos de guerra bien pertrechados. A la cabeza vio a una muchacha de largos cabellos castaños que ondeaban al viento como un estandarte. Una joven a la que le faltaba una mano. Un mal presagio. Los renos

frenaron el paso. Detrás de las monturas venía una fuerte columna de infantería en la que distinguió los tubos metálicos de aquellas armas infernales, los arcabuces. Debía apresurarse, ¡dar tantas nuevas! Aquellos *invitados* solo podían traerles problemas. Mientras se deslizaba entre gruesas ramas con los movimientos precisos de un gato salvaje, aún pudo ver a la capitana intentando cruzar el umbral, consiguiendo únicamente dar desesperantes vueltas en círculo. Rió para sus adentros. Acarició a su mascota, que lo seguía a todas partes. La joven manca no entendía que la entrada estaba hechizada.

El brujo miró a su hijo con hastío. El chico abrió la boca, intentando sonreír, mostrando tres dientes rotos, y volvió a cerrarla. El puñetazo que el curandero le había propinado una semana atrás no le había cambiado en nada, aparte de romperle dos muelas y un colmillo. El muchacho no mostraba el más mínimo interés en escritura ni en el estudio de las hierbas. «Todos los días en los árboles», murmuró el viejo. Dejando aquí y allí las trampas más estrambóticas para cazar pájaros, que luego guisaba o bien disecaba. «Niño enfermo», pensó.

—Padre.

—¿A qué viene esa cara de vomitado?

—Extranjeros. La Puerta se ha llenado de soldados. Quieren entrar.

Trojhol, dejando escapar un bufido, se alejó del fuego del hogar. Miró el techo de vigas, del que colgaban cientos de ganchos que sostenían todo tipo de vasijas y cientos de flores en ramilletes y hierbas secas. Dio una vuelta alrededor de la mesa de trabajo con las enormes manos enguantadas enlazadas a la espalda, mientras su hijo permanecía inmóvil en la entrada de la cabaña construida a varios cuerpos sobre el nivel del suelo.

—¿Cuántos?

—Muchos, padre. Y de razas distintas.

El hombre parecía angustiado y al tiempo sumamente excitado. Se acercó a las estanterías de maderos oscuros donde guardaba los pocos y muy preciados libros arcanos. Páginas escritas lejos, muy al norte de Vamurta, antes de que las Gargantas del Diablo fueran descubiertas.

—¿Hay mujeres? ¿Has visto alguna mujer joven?

Serlan De Enroc, junto a la retaguardia, se reunió con el grueso de la columna, varada frente a la entrada del Bosque Lluvioso. Los carromatos que transportaban a parte de los no combatientes, víveres y enseres, junto a los heridos, se habían dejado en el centro del camino y a su alrededor se había organizado un círculo defensivo.

Sara empezaba a entender algo del oficio de las armas. Se acercó a grandes pasos hacia el grupo de oficiales, que discutían algo cerca del Portal, levantando hojas secas a su paso.

—¿Alguna nueva? ¿Qué es lo que sucede, por qué no habéis seguido? —preguntó.

—No podemos. Algo nos impide el paso —dijo Eszul con expresión preocupada.

El conde miró hacia el Portal sin entender. La arboleda era una pared cerrada de grandes abetos, robles sin hojas y líneas brillantes trazadas por los abedules. De las copas de los árboles se desplomaban densas cortinas de plantas trepadoras. El bajo del bosque era un desastre; un laberinto de matorrales, pequeños arbustos que se entrecruzaban y una alfombra alta de hojarasca pútrida. Imposible pasar. Se dispersarían sin remedio y en una jornada apenas habrían avanzado. El Pórtico era el inicio de un túnel sin fin cuya techumbre en forma de arco apuntado la conformaban los ramajes enlazados sobre la anchura del camino. La salida. La esperanza de dejar atrás a los sufones.

Serlan se dirigió a Sara:

—Tú has sido la primera en llegar con tus renos. —Pero la joven ni respondió ni dio explicación alguna.

—Es un espejo —afirmó el noble Icet—. Una mera ilusión.

Aquella sentencia desquiciada sorprendió a todos, y más dicha por alguien tan poco dado a la fantasía. Finalmente el mismo estratego se dirigió hacia la entrada, arrastrando los pies ligeramente. Desenvainó la espada y, a modo de punzón, quiso perforar el aire. Avanzó un poco más y repitió la operación. Algunos soldados rieron. La mirada del conde al girar la cabeza para ver quienes reían, se topó con la de Sara, que hizo un gesto desdeñoso. Quiso seguir adelante, pero cuando creía haber traspasado el umbral se encontró en el mismo lado. Era como si sus ojos y sus sentidos lo engañaran. Volvió a avanzar con idénticos resultados. Allí delante se alzaba una puerta invisible. Tan infranqueable como translúcida. Desanimado, volvió con los oficiales. Lemas y Lateas lo observaban como se mira a aquel que ha creído posible lo imposible.

—¿Cómo está el murriano? —preguntó el conde.

—Vivo —respondió lacónicamente Lemas.

—Ha perdido mucha sangre, tiembla, está muy débil. El cirujano que trajimos de Oquadé lo cuida con semblante impotente —añadió Lateas, el vesclano—. No hay manera de saber si aguantará. Necesita reposo.

—Lo que no podemos darle —contestó Serlan, cabizbajo.

La mañana, que había amanecido despejada, empezaba a estropearse. Llovería. Todo se estaba complicando de una manera

vertiginosa. Los acontecimientos se empeñaban en no dar tregua a los supervivientes del valle, a los huidos de Oquadé.

Alguien tocó su mano. Era Éccate, cuyos ojos profundos siempre parecían acompañarlo. Serlan apretó sin querer los dedos de la sanadora, casi angustiado.

—Hay una manera —le dijo la mujer—. Lo siento en mis entrañas, amor mío. Hay una manera.

El conde la rodeó con su brazo, acercando aquel pequeño cuerpo a su pecho acorazado. Qué más daba lo que pensaran, qué más daba si su autoridad se veía mermada. Éccate lograba acercarlo al calor de la vida. La muerte rondaba cerca, quizá respirando entre las hojas o descendiendo veloz hacia ellos desde una ladera no muy lejana.

El conde ordenó que se repartiera la ración entre la tropa y que se tuviera mucho cuidado en esconder cualquier resto de su presencia en el lugar.

Se sentía abrumado, como si viera subir el nivel de un río y nada pudiera hacer para contener el desbordamiento. Los oficiales de la compañía se habían reunido con las secciones que comandaban para comer, más de cincuenta espadas por cada capitán. Veía a los distintos grupos sentados sobre la hierba fría, devorando tortas duras y lonchas de cerdo ahumadas. Inquietos, con un ojo en el camino, esperando ver en cualquier momento las dobles banderas, rojas y blancas, de los cuerpos regulares de los sufones junto a las picas rematadas con calaveras de carneros. Por eso, cuando en el camino apareció un jinete gris montado sobre un reno, acercándose tan rápido como su montura le permitía, casi todos se pusieron en pie. Al llegar a la altura del estratego, este sujetó las riendas de la bestia, esquivando su cornamenta puntiaguda. El mensajero saltó, aterrizando con violencia en el camino.

—Señor, noticias.

—Cuenta, ¿los habéis avistado?

—Un grupo de jinetes han asomado la cabeza tras una loma. Han vuelto a esconderse y al poco han vuelto a mostrarse en mayor número.

—¿A qué distancia?

—A menos de diez tradios. Nuestro oficial, Dort Riala, me ha mandado deciros que son hostigadores, pero que el grueso del ejército sufón no tardará en aparecer en lontananza.

Los soldados iban rodeándolos, atentos a las explicaciones. Un murmullo colmó el camino. Las pesadillas cobraban forma y ganaban en cercanía.

—¡Pestes! Debemos cruzar el Portal, ¡cómo sea! —masculló Lemas, pasando los dedos por el filo del cuchillo de carnicero que

colgaba de su cinturón tachonado.

—No podemos enfrentarnos a tantos, ni siquiera tenemos la ventaja de la altura, como en el valle —dijo alguien entre las filas, una aglomeración paralizada por el temor.

—Sí hay una forma. Esconderos.

Los miembros de la hueste se miraron entre ellos. ¿Quién había pronunciado en voz alta aquellas palabras? ¿De dónde salían?

—Están muy cerca, ¿verdad? Por mucho que corráis, os darán caza.

Mirando en todas direcciones, esperando lo inesperado, los guerreros aguzaban el oído, armas en mano. «¡Arriba, en los árboles!», exclamó uno de los arcabuceros, al tiempo que apuntaba su arma en aquella dirección.

Sobre una gruesa rama de roble viejo, un encapuchado los observaba. Jubón gris raído, botas altas de cuero, ninguna arma visible. Un rostro grande, la mandíbula de bestia y los ojos de búho. Los controlaba a todos.

—Soy el guardián y señor de la Puerta.

—¿Eres tú de quién se habla en Oquadé? ¿El curandero? —preguntó el conde, obviando los títulos que aquel se había otorgado.

—Soy yo —dijo.

—Unos tres mil sufones bien armados y disciplinados vienen hacia aquí tan deprisa como les es posible. Dices que no tenemos esperanza, pero si no abres el Portal es seguro que seremos pasto de los buitres.

—Puedo ayudaros —contestó, echando atrás la capucha—. Pero deberéis pagar mi precio.

Serlan se dio cuenta de que aquella especie de sanador o mago o lo que fuera no debía ser mucho mayor que él. Los largos y gruesos cabellos de aquel hombre caían hacia atrás, veteados por largas canas que sobresalían de la mata de pelo negro. La frente, alta, se dividía en tres profundos surcos de arrugas. Los ojos redondos de color ambarino no mostraban emoción alguna. Ni sus labios, una cuchilla que se curvaba en las comisuras hacia abajo.

—¿Podemos negaros el precio que pidáis? —respondió el estratego.

El brujo medio sonrió, sin que el resto del rostro se contrajera. Desenrolló una escalera que hasta aquel momento había permanecido oculta y descendió hasta el suelo. Algunos soldados, especialmente los rojos, se apartaron instintivamente de él, trazando sin disimulo signos y susurrando antiguas oraciones contra el mal de ojo. Era un gigantón de altura formidable que, una vez en el suelo, andaba con pasos ligeros del que camina por los árboles.

—Lo primero es desaparecer. Dejar que los perseguidores sigan

corriendo sin descanso. El Bosque está hambriento, ellos lo alimentarán.

—Hacer desaparecer a más de trescientas almas, renos y carros —inquirió Icet, apareciendo a la diestra del recién llegado, que respondió al reto haciendo aparecer una gran moneda de plata entre sus dedos enguantados que enterró entre el anular y el corazón en un instante.

Los oficiales se miraron, esperando a que alguno dijera alguna cosa. Eszul, espléndida a pesar de la mugre adherida a sus ropajes, se acercó al mago, al que le sacaba poco más de dos dedos.

—¿Y dónde nos vas a esconder?

—Ahí —contestó, señalando un pequeño paso que descendía hacia algún lugar, hacia una depresión en la espesura que se intuía rocosa y estrecha—. No habrá manera de bajar los carros por esa senda de cabreros, habrá que dejarlos donde están. Eso dará verosimilitud a la huída.

Hacían falta muchos arrestos para dar consejo y pasearse entre una columna armada como si estuviera en una de las animadas tabernas de Nueva Vamurta. Serlan se daba cuenta. El mago denotaba una insultante seguridad, tanto en las palabras como en su gesticulación, que no dejaba opción a la desobediencia.

—¿Cuál es vuestro precio por ocultarnos, hechicero? —sondeó el conde.

—Todo. Todo lo que no podáis cargar en vuestro largo camino, en las largas jornadas lluviosas que os esperan. Días de barrizales, si queréis cruzar el Bosque.

—Parece un precio justo —contestó el conde, tras una leve vacilación.

El mago se aproximó al anillo de carromatos. Acarició la cabeza de uno de los bueyes de tiro, sabiendo que era suyo. Aquel gesto arrogante no pasó por alto, aunque ningún oficial habló. Dort Riala, seguido de un pelotón, se destacó en el horizonte. Eran los últimos de la retaguardia. Su manera de correr hacia ellos, sin tratar de esconderse, no ofrecía dudas. Las columnas del dios-rey se acercaban, acechándolos. El conde miró al brujo, esperando que este hablara.

—Empezad a entrar, aquel es el camino.

—Primero los enfermos, luego los cargadores de vituallas. Después los demás, ¡por secciones! —masculló el conde.

Aquel rostro hinchado se dirigió al estratego. Los ojos de miel oscura del mago relampaguearon.

—Seré el último en entrar. Debo abrir el Portal y cerrar esta pequeña puerta. Quedaremos sepultados a los ojos del mundo.

Hombres de armas y renos amordazados esperaban en la

escalinata de piedra que descendía a alguno de los barrancos salvajes de la arboleda. Gotas de lluvia fina golpeaban rítmicamente la caverna de árboles inmemoriales que los acogía y los ocultaba. Aguardando en silencio. El frío del norte se había aposentado sobre las placas de hierro de las armaduras. Lentamente traspasaba la lana y empezaba a morder carne. Los temblores iban a más entre los guerreros que formaban aquella especie de galería de estatuas. Se escuchaba el leve crujir de las ramas abombadas por el peso del agua que se posaba sobre la lisa superficie de las hojas.

Eszul, en la parte alta de aquel descenso de roca viva, tan solo un poco por debajo del nivel del camino, oteaba el exterior con los ojos muy abiertos de un depredador nocturno.

—Siempre son cautelosos. Deben estar examinando la entrada, probando de adivinar una emboscada —dijo en voz baja.

—Por eso tardan tanto, ¡por Osapa! Espero que esos insectos se decidan a cruzar el Portal —contestó el hombre rojo, pegado a Eszul —. Tengo los calzones empapados y el pecho helado.

—¿Has tapado bien al murriano? —preguntó la Bálkida, ignorando sus quejas.

—Aldier es de los pocos que está seco y caliente, lo juro.

—¡Ssshhh!

El estratego, el primero en la escalera junto al sanador, les había hecho una señal para que guardaran silencio. El aire era más frío a medida que se acercaba el ocaso. Un leve temblor precedió a las pisadas nerviosas de los renos. El conde, justo tras la entrada de aquel escondite, vio unas sombras que se movían veloces en la tarde encapotada. No más de treinta sufones montados, encabezados por un oficial que se adivinaba corpulento, de grandes óseo-placas y trompa encarnada. Exploradores sin insignias que al llegar frente al Portal tomaron un respiro e inspeccionaron muy brevemente los carros abandonados. Los jinetes quizá fueron presos de una duda que duró un soplo, pues aquel que los comandaba lanzó un alarido que reverberó, grave y nasal, en el aire. Hasta la lluvia parecía barrida por esa voz. Espoleando con suma violencia las monturas, el grupo siguió adelante, perdiéndose como un eco en la espesura del Bosque de las Hiedras. Un eco que se alejaba como una tempestad, como un trueno.

El tiempo de la monotonía fue breve. La lluvia trajo recuerdos de otros lugares. Visiones fugaces de hogares de piedra, de techos calentados por sólidas chimeneas. El tamborilear de las gotas fue ahogado por la estridencia de las trompetas. La quietud de los charcos que se habían formado sobre la arcilla del camino fue el destello de una tregua. Rompiendo la línea que cosía los cerros con el cielo, emergió un enjambre negro que devoraba los ocres encajonados por la hierba de la senda del bosque. Los tambores golpeados por algún titán

marcaban el demoledor ritmo del avance. En cabeza, una nutrida columna de renos protegidos por capizanas y testeras de bronce, montados por jinetes de piedra cuyos penachos rojos ondeaban al viento. Las celadas semejaban una cabeza de perro con cola en la nuca. La rendija de la visera era una línea oscura que cortaba en horizontal el acero. El estandarte de los jinetes, blanco y color sangre, era esbelto, con los círculos de metal bajo la bandera marcando el número del escuadrón. Detrás, empezaba a distinguirse la infantería, dotada de largas picas que herían el vientre bajo de la tormenta. Los exabruptos de los capitanes se elevaban de forma ininterrumpida, dejando en el aire una estela de voces agrias. No había lugar para la compasión en esos gritos, Serlan De Enroc bien lo sabía. Más allá seguía el gusano de hierro, el ejército del dios-rey, atronador. Una procesión sin fin.

El mago oteaba con ojos vidriosos aquella masa compacta, jerarquizada por un reguero de banderas y enseñas que el aire abofeteaba.

—Entiendo que los hayáis perturbado. Hasta perjudicado gravemente. Pero, ¿esto?

El conde no respondió, atento a todo lo que pudiera recordar de la disposición y armas de las formaciones enemigas. Todavía impresionado, maldiciéndose por no entender la caligrafía de líneas finas de aquellas criaturas nacidas por algún error de los dioses. Eszul tiró de su manga y sin decir palabra señaló el cielo. Por encima de la oruga de acero, desafiando al mal tiempo, volaban unas extrañas criaturas. Unos pájaros blancos acompañaban al ejército de insectos sin color.

—¿Enviados por quién? —apuntó la mujer—. Funesta, una señal nefasta.

—No, si se adentran entre los árboles —contestó el mago sin que nadie le hubiera dado permiso para hablar—. La noche no será una buena compañera para esas aves.

Las pezuñas de los renos se hundían con fuerza en el barrizal, levantando salpicaduras. Avanzaban a buen paso, las lanzas derechas, las ballestas bailando sobre las grupas de los animales que seguían aquella bandera de dos tiras alargadas, blanca y roja. El desfile de cornamentas era seguido por una gran enseña rematada con el cráneo de un carnero. La tela era gruesa y cuadrada. Un borrón negro bajo la lluvia, con una leyenda en letras de oro y tres platillos de bronce debajo. Si los sufones montados eran una visión amenazante, la infantería, espoleada por los músicos, constituían toda una certeza. Cientos de botas de piel se hundían en el fangal que era la senda y volvían a salir, escupiendo barro. Largas filas de piqueros escoltaban unidades de arcabuceros y ballesteros que ocupaban el centro del

camino. Serlan se fijó en que los infantes se habían liberado de parte del peso de las armaduras, sobre todo las destinadas a proteger las piernas, y que sus cascos eran yelmos abiertos, de carrilleras acolchadas, para mejorar la visión en combate. Eran batallones salidos del zigurat de Geritten, la gran montaña de piedra. Los soldados caminaban marcando el paso, marciales, incontestables. Siguieron más unidades de jinetes, pequeños grupos de infantería ligera, incluso algunos rastreadores con arcos. El centro de la columna estaba ocupado por los carros con la impedimenta y, detrás de ellos, llegaron más batallones de infantería pesada, más combatientes, más renos que, vistos desde el escondrijo del brujo semejaban ser los mismos pasando delante de las narices del antiguo conde una vez y otra.

La música de la lluvia volvía a reinar en esos páramos, la luz se extinguía. Serlan De Enroc suspiró aliviado, los sufones habían cruzado el Portal de la arboleda y desaparecido. El cielo opaco era una lona grisácea. Un puñado de hombres grises silenciosos dieron la señal para que la hueste volviera al camino. La salida, tras tanta espera, fue como volver a respirar. Era para todos urgente montar las tiendas de pieles para pasar la noche y calentarse. Se decidió batir los alrededores en busca de sufones y enviar un reducido contingente hacia Oquadé para cerciorarse de que no quedaba cerca un campamento enemigo que los pudiera hostigar. Rezaron para que el grueso del ejército enemigo siguiera adentrándose en la espesura. El mago había cerrado el Portal y, según dijo, solo él podía volver a abrirlo. Nada podían temer del este, aunque extremaron las precauciones, porque nadie se sentía a salvo.

El estratego se reunió con los capitanes bajo la lluvia. De los cascos y las mejillas bajaban chorretones que morían en el suelo o caían sobre las armaduras, resbalando sobre el metal. Entumecidos y agotados, los oficiales se mostraban indecisos. A nadie le apetecía una caminata rumbo suroeste.

—No podemos encender fuegos, lo sabéis. No hasta estar seguros de que no existe un ejército de reserva en las cercanías —avisó el conde.

—Dudo que hayan más soldados —afirmó el noble Icet.

—Muchos han pasado. Jamás había visto fuerza semejante —dijo Lemas, frotándose las manos para intentar calentarlas—. Con las tropas que hemos visto pasar se podría tomar Nueva Vamurta.

—Ni mucho menos —contestó el estratego—. ¿Quién se ofrece voluntario para deshacer lo andado? No podemos organizar nada sin saber qué tenemos cerca. Los soldados y los enfermos requieren del reposo y de una buena pitanza. Debemos movernos.

El agua percutía, insistente, sobre los cascos negruzcos. Sara

temblaba bajo el jubón que cubría la coraza pectoral. Los cabellos lacios que sobresalían del yelmo puntiagudo de la joven eran un estropajo mojado. Tenía una mano bajo la axila y su otro brazo, el del muñón de metal rematado en forma de gancho, colgaba inerte y frío. No contestó a la petición de su protector, mirando con fijeza el barro que antes había sido un esponjoso campo de hierba brillante.

—Está bien, está bien. Voy a buscar a cinco seres aguerridos —continuó el antiguo conde—. Volveremos al camino y cubriremos al menos quince o veinte tradios y cuando…

—Quedaos, señor. —Lateas, el viejo vesclano, entregó su casco a Lemas *el Largo* y cubrió su cabeza calva, de la que sobresalía una cresta cartilaginosa de manchas violáceas, con la capucha de su abrigo empapado. Los miró a todos y añadió—: Voy a buscar a cinco vesclanos con los que volar bajo este aguacero. No tardaremos.

Lateas hizo el gesto de marcharse, pero volvió a girarse hacia los capitanes.

—¿No sentís vergüenza? Después de habernos escondido como conejos mojados que han olfateado a un zorro…, y no somos capaces de asegurar un perímetro. ¡Nosotros! Que creímos ser halcones.

Amaneció sin lluvia aunque algunos nubarrones como montañas de hierro bruto acechaban en oriente. Lateas había vuelto con sus vesclanos entrada la noche, momento en que se abandonaron las posiciones defensivas y se organizó el campamento. Se dio permiso, por fin, para encender con gran pericia improvisadas lumbres. No había señales de sufones en los alrededores, aunque los vesclanos sí vieron luces a lo lejos, quizá cerca de Oquadé.

Sara y Dort Riala se presentaron apesadumbrados ante Serlan con las primeras luces. Aldier, el murriano, agonizaba. El conde fue hasta él, que mal dormía en una tienda junto a dos heridos leves. El rostro del murriano era una superficie lívida. Los largos bigotes parecían faltos de vida, como una cuerda que ha perdido la tensión. La tez amarillenta estaba adherida a los grandes pómulos del oficial, que sobresalían sobre el hueco de las mejillas hundidas en la inmovilidad de su cara. No abrió los largos ojos rasgados. Hasta las dos astas semejaban quebradizas entre la madeja desordenada de los cabellos impregnados de sudor maloliente.

—¿Qué dice el cirujano? —preguntó Serlan.

Sara abrió mucho los grandes ojos, como si hubiera recordado algo de improviso. Nada expresó su semblante al volver a entrecerrar los párpados.

—El cirujano lo ha cuidado —contestó el hombre rojo—. Aldier navega lejos de los conocimientos de un médico de las ciudades libres. Navega hacia el país de los muertos.

Al salir de la tienda se encontraron con el doctor, que hacía la ronda entre los enfermos. El conde lo miró con fijeza. Había severidad en su mirar. Sara fue más impulsiva. Agarrándolo por el hombro le recordó: —Ni un descuido se os perdonará. Viajáis con vuestra familia.

—¡Sara! —la interpeló Serlan.

El cirujano se sacudió de encima a la joven y entró en la tienda sin decir palabra.

—Onar querría que tuviéramos a otros murrianos en nuestra columna. Podrían prepararlo, susurrarle los salmos de las llanuras de su tierra. Asearlo según los ritos y a lo mejor dejar sobre su piel un último dibujo —afirmó el estratego.

—Mucho sabéis sobre murrianos, señor —dijo el rojo.

Sara se tocaba la cara con nerviosismo, con la mente en otro lugar.

—No ha traspasado todavía. Debe haber algo más. Algo más —dijo.

—¡El mago! —exclamó el conde.

# 44
## La escalera carcomida

Álvaro Telan, intendente de la ciudad de Nogrog, se desplazaba con pasos rápidos por calles vacías. Veinte soldados lo seguían, veinte entre los fieles. En esa mañana de primavera, los asediadores habían sido puntuales con su liturgia. Poco después de la salida del sol empezaron a escucharse los chasquidos de las catapultas y los latigazos de las nuevas joyas de Mende, tres gigantescos trabuquetes construidos por las cuadrillas de ingenieros y carpinteros vesclanos. A intervalos regulares resonaban en el burgo el impacto de grandes piedras sobre la muralla o sobre las viviendas, que levantaban pequeñas nubes de polvo. El terror y el hambre en intramuros. En las vías llenas de cascotes, entre las casas derruidas, planeando sobre las plazas donde antaño la alegría de los días emergía a borbotones. Todo un vivir barrido como si fuera una montaña de hojas secas. Excepto los combatientes, el resto de los ciudadanos aguardaban la llegada del desastre en sus hogares, abrazados a la desesperación. No así Álvaro Telan, en aquel momento. Algo en su cabeza se había incendiado. Hizo una pausa y se encaró a los hombres y mujeres que capitaneaba:

—Al llegar a palacio no dudéis. La duda se paga muy cara cuando se desenvaina.

Famélico, el intendente se vio reflejado en esos rostros de mejillas hundidas y miradas devastadas por el largo sitio.

Continuaron la marcha hasta llegar a la rampa de piedra que daba acceso al caserón fortificado de Hebraiokasto. Los hombres que guardaban el tapial y el acceso vacilaron al ver al intendente acompañado por tantas espadas. El capitán los saludó jovialmente y los defensores respondieron al saludo con timidez. Tras cruzar la puerta, el capitán supo que estaba casi todo hecho y que no había vuelta atrás. Los espías habían corroborado todas las sospechas. Algunos patricios de Nogrog y sus familias no pasaban hambre y aquellos soldados que custodiaban al joven consejero de Nueva Vamurta tampoco. No conocía a fondo los fueros de las colonias, pero aquello era una evidente y miserable apropiación de bienes públicos. En lo que fue un acto instintivo, algunos guerreros dependientes de Hebraiokasto cerraron filas bajo el umbral de la puerta del palacete para defender la entrada. Álvaro avanzó hacia ellos con determinación. A distancia de estocada habló:

—Mejillas rechonchas y brazos fuertes. ¿No os da vergüenza? ¿Acaso no pasáis como todos por las tristezas de esta urbe que os defiende? ¿No tenéis ojos, no tenéis corazón? Dejad paso al intendente

de Nogrog.

Uno a uno, los pocos que habían amagado con oponer resistencia fueron apartándose. El capitán dio un patadón y las dos hojas de madera cedieron. Seguido por los veinte entró en la sala principal, iluminada por decenas de velas, pues los postigos estaban cerrados.

Recordó que había pedido al cónsul envenenar los pozos cercanos a la ciudad, que había solicitado el envío de embajadores secretos a los sitiadores, que de Nueva Vamurta no habían llegado ni refuerzos ni un ejército salvador. Apretó los dientes. Ahí estaba Hebraiokasto, sentado frente a una mesa de noble madera, cincelada y reforzada con codos de bronce pulido. Esperando algo, con una copa de vino, de un vino que hacía muchas lunas se había agotado en todo Nogrog.

—¡Capitán Álvaro, valeroso entre los grises! Pero, que yo recuerde, no habéis sido convocado por esta curia —dijo, intentando sonreír—. Me debéis una explicación, viejo amigo.

Adana. Adana en casa con Tremastro y la niña que la diosa Sira le había prometido a su mujer, encascarillada como un caracol seco en una barriga que no crecía. Una niña muerta, había pensado en más de una ocasión. El día anterior una mujer mayor y un niño que no alcanzaba las tres primaveras habían fallecido, golpeados por la inanición que estrangulaba la urbe, que la rendía.

—Buscad. Por todos los rincones. Que no os frene quebrantar la paz de esta casa.

—¿Qué os proponéis? El mando de la ciudad lo ostenta el Consejo de los Veintiuno y yo soy su representante —bramó, indignado, Hebraiokasto.

Dio tres pasos hasta la silla donde el cónsul los observaba a todos con ojos desorbitados. Se enfundó el guante de cuero y, cerrando el puño en el aire, lo volvió a abrir con fuerza para abofetear al cónsul.

Los hombres y las pocas mujeres a las órdenes del capitán empezaron a abrir arcones cerrados, mover muebles, levantar los grandes tapices que colgaban de las paredes. Semejaban termitas gigantes dispuestas a carcomer toda la casa. Álvaro Telan permanecía impasible. Las jofainas rodaban por el suelo, las puertas de las alacenas eran forzadas, los armarios apartados y los escasos cuadros de cacerías, rasgados.

—La traición se paga con la muerte —amenazó el consejero, hundido en el sitial.

Álvaro le prestó breve atención, molesto por esa interrupción. El bofetón hizo brotar un hilo de sangre en el labio partido del joven representante de las colonias.

Una de las guerreras de la falange de Nogrog daba vueltas sobre una de las alfombras del salón como si pisara uva en una cuba. «¡Aquí!», gritó. Los soldados levantaron el tejido polvoriento y

hallaron una trampilla que levantaron con impaciencia. «Abrid también las ventanas», ordenó, «el aire está corrompido aquí». El capitán hizo un gesto para que los hombres permanecieran en el gran comedor bañado de luz. Bajó la mujer y al poco sus cabellos lacios y negros volvieron a aparecer sobre el nivel del suelo. En su expresión se leía la conmoción.

—Capitán, debéis bajar. Y encender una tea —pidió atropelladamente.

Álvaro Telan descendió por los estrechos escalones de piedra que nacían bajo la trampilla. La escalera comunicaba el mundo exterior con unos sótanos que hasta aquel momento habían permanecido velados a los ojos de las gentes de la ciudad. Descubrió una suerte de depósito subterráneo excavado en la roca sobre la que se cimentaba el pequeño palacio. Se trataba de una serie de cavidades irregulares que se dividían en infinidad de rincones de distintas alturas, aprovechando lo que debió ser tiempo atrás una cueva natural. Moviendo la antorcha de lado a lado descubrió pequeños silos en el suelo que guardaban cereales tostados, barriles almacenados hasta el techo, ánforas apiladas contra las paredes en perfecto orden, sacos amontonados… Álvaro lo miraba todo sin ser capaz de asimilar lo que sus ojos le mostraban. Aparecieron algunos soldados en el almacén, impulsados por la curiosidad. Alguno de ellos lo llamó, pronunció en voz alta su nombre y aquella palabra deshizo el hechizo. El intendente empezó a recorrer el depósito con frenesí. Abría barriles, metiendo la mano, rompía aquí y allá los sellos de cera de las ánforas, estampando en ellas su nariz cuadrada. Antes de ser capaz de evaluar la cantidad de comida, vino y cerveza allí almacenada aulló y su cuerpo se arqueó hacia atrás como si una flecha lo hubiera alcanzado por la espalda. Fue cuando empezó a correr por la escalera hacia arriba, seguido de los hombres. Volvió a la sala principal y sin dejar de correr fue hacia Hebraiokasto ante el horror de todos. El cónsul se defendió esgrimiendo una pequeña daga escondida entre los pliegues de su túnica azulada. Sin desenvainar el capitán lo desarmó de un manotazo. El consejero gemía mientras era arrastrado por los pelos. Los bramidos del cónsul y el tintinear de la armadura del primer defensor de Nogrog era todo lo que se oía. Los lamentos aumentaron cuando el joven se dio cuenta de que era llevado hacia una de las esbeltas ventanas de la fachada norte, la de mayor caída. Aullidos de perro llorón. Lastimosos. El canto de la súplica. El capitán lo agarró por las axilas y lo lanzó al vacío. Hebraiokasto consiguió agarrarse a la cortina, que cedió, y con la otra mano se sostuvo en el marco del ventanal. El intendente tuvo un momento de debilidad al contemplar aquel rostro desesperado, aquel cuerpo que se debatía como un pez en la nada, asido a la piedra del alféizar. Respiró profundamente. Sacó la

daga de pomo afilado sujeta a la espalda y hundió la hoja justo en la muñeca del cónsul. El cuerpo se perdió en el vacío, el capitán no quiso mirar. El golpe sonó quebradizo al tocar la calle. Álvaro Telan recuperó la cordura:

—Todos habéis visto como ha perdido pie. Estas cosas ocurren cuando alguien asoma demasiado la cabeza por una ventana. Es lo que siempre les digo a los niños. Y recordad, era un protegido del magíster militum.

—Sí señor —respondieron en el comedor.

Álvaro, cabizbajo, volvió al sótano. Allí deambuló como si hubiera perdido la memoria. Dejaba en su mano un puñado de alubias secas como si no comprendiera qué eran. Abría con la daga aún ensangrentada un barril de carne en sal, bebía un sorbo de vino. Finalmente recordó los deberes. El sitio, la muy cercana amenaza de perder la ciudad y todo lo que amaba. Se acercó a la mujer de pelo negro que había descubierto la trampilla.

—Vos sois ahora la persona con más poder de esta urbe. Junto a los demás, vais a contar y repartir, según número de bocas de cada casa, la mitad de lo que aquí abajo hay. Lo vais a repartir entre todos los ciudadanos y que cada uno se administre como pueda desde ahora. Voy a nombrar unos linajes que nada van a recibir, los apellidos de los corruptos. ¿Hay algo que no quede claro? Antes de que anochezca los habitantes de Nogrog van a volver a rezar a los dioses con el estómago lleno. Si necesitáis más manos, enviadme un mensajero.

—Capitán, así se hará —respondió la mujer.

—Ah, y otra cosa más. A las gentes de armas que defienden los muros, enviadles, antes que a nadie, carne, pan y vino. ¡A trabajar!

Cuando Álvaro Telan se disponía a volver a la muralla, uno de los hombres lo detuvo.

—Señor, ¿qué hacemos con estos?

En la puerta que comunicaba la humilde fortaleza del cónsul con el patio y el tapial, se apiñaban los servidores de Hebraiokasto. El capitán se acercó a ellos, murmurando palabras indecibles, pues en ese momento tomó conciencia de que la tarea allí no había acabado. Los guardias se mostraban sumisos. Sabedores de que su situación era frágil y las faltas graves. Suspiró, observando con atención aquellos rostros apretados bajo la puerta.

—Tú, el de la aguja de plata —dijo, señalando al que parecía estar al mando y que se cubría con un manto cerrado por una delicada fíbula con cabeza de cuervo.

Aquel hombre de ojos bovinos entró en el comedor y fue desarmado. Lo llevaron hasta una alcoba de piedra desnuda en la que solo había una cama. El capitán cerró la puerta y ordenó al soldado que se tumbara. De pie, como un sacerdote presto para oír una

confesión, iba a iniciarse un largo interrogatorio que llevaría al capitán a oír una música que ni tan siquiera hubiera sido capaz de concebir.

—He pensado algo para vosotros, servidores del ladrón. Siendo benevolente y recordando que Onar nos observa y vigila. Necesitamos acercar a los asediadores a los muros. Se esconden tras esas grandes pavesas de madera, lejos del alcance de nuestros dardos. Podríais simular una salida, un golpe de mano. Os soltaríamos delante de la brecha armados con espadas melladas y a ver qué hacéis. Volver seguro que no, pues seriáis hombres muertos. De eso se encargarían las ballestas de Nogrog.

El prisionero, tumbado en la cama con las manos enlazadas sobre el pecho, miraba con ojillos rojizos el techo de la habitación, sin pronunciar palabra.

—Luego, con vuestros hijos, hermanos, hijas, hermanas y esposas podríamos negociar. No con vosotros, pues ya os habríais ido con la mayoría, allí donde se va cuando se cierra una puerta y se abre la de los cielos. Negociar, quién sabe…, una tregua, un intercambio por alguna cosa insignificante, pedir, por ejemplo, que se respeten los cadáveres si la ciudad cae, que no los descuarticen y los entreguen a los perros… A eso me refiero. Serían bien recibidas tantas mozas entre esos hombres grises y rojos que llevan muchas lunas sin poder abandonar la dureza de nuestros bosques asolando las murallas. Más que bien recibidas, causarían un gran alborozo. ¿Lo imagináis?

El hombre, sin apartar la mirada de la bóveda que los cubría, contestó.

—¿Qué queréis saber?

—Saberlo todo —dijo el capitán—, supondría para vosotros volver a la Milicia de la ciudad. Con la mitad de ración que los demás. Aunque, viéndoos tan hermoso, al igual que vuestra esposa e hijos, supongo, eso no sería terrible, ¿verdad, soldado?

Cuando tras un interminable monólogo aquel lacayo hubo terminado de hablar, el intendente se dejó caer al suelo, apoyado en la pared. Perdido. Tal era la magnitud de traiciones y bazofias que había escuchado. Se pasó las manos por el cuello y se mesó la barba rampante, otro signo de dejadez de aquel largo asedio. De vez en cuando les llegaba el retumbo de otra piedra que caía sobre Nogrog. Estuvo callado un buen rato mientras el rehén permanecía absolutamente quieto. El capitán provenía de un mundo más vasto y complejo que la pequeña urbe de artesanos y agricultores que gobernaba. Así que intentó subir hasta las nubes y dar una vuelta sobre las líneas, los enredos, las fortunas, los designios de aquellas tierras, observándolas a vista de pájaro. Cuando volvió a la tierra, decidió no decir nada a nadie, pues lo que acababa de revelarse

causaría un enorme desánimo entre los defensores. Y quizás hasta una sedición para la que de ningún modo estaban preparados. Miró a aquel hombre.

—¿Algún secreto más?

—Sí. Del almacén que habéis descubierto nace un túnel. Una galería de varios tradios, según dicen. Nos ha estado prohibido recorrerlo. Pero lleva a alguna parte.

—¡Dioses! Quería respetar todo lo acordado antes de escuchar vuestra historia, pero no a vos. Iba a hundiros en las entrañas esta espada que veis, la misma con la que defendí hace tiempo la ciudad de Vamurta. Sabéis mucho y habéis sido franco. Vais a estar confinado en vuestra casa y no vais a salir de ella bajo ningún concepto. Ni que os llegue el cantar del acero cerca de vuestro hogar. Estáis señalado. Hasta que no acabe esta guerra, si se os ve en la calle seréis masacrado sin dilación, del modo en que se abate a un oso hambriento, sin preguntas.

Adana dejó al niño en la cuna de madera basta y ordenó a las dos sirvientas que estuvieran atentas al comedor de la casa de doble planta. Llamaban a la puerta a media tarde y eso, sin duda, era poco habitual. Cuando la mujer oyó la voz de su marido se alarmó. Ella misma corrió hacia la puerta, apartó el tablón que la atrancaba y, en su frenesí, se equivocó de llave. Todavía se inquietó más tras abrir y ver aquel inhabitual brillo en los ojos oscuros de Álvaro Telan. Detrás de él, tres soldados guardaban las espaldas de su esposo.

—¿Debemos prepararnos? ¿Va a caer la ciudad? —preguntó.

—No, por Onar. Esos animales aguardarán una luna más, por lo menos, para atacar en masa.

El capitán sonrió. Aquel rostro grisáceo, aquella piel secada por tantas primaveras y veranos disueltos en los campos otoñales.

—Adana. ¿Has probado alguna vez uno de esos añejos vinos murrianos que saben a zarzamoras y huelen como si fueran madera dulce?

Si las circunstancias hubieran sido otras, la mujer del capitán lo hubiera regañado, recriminándole alguna falta, algún pecado imaginario.

—Esta noche los catarás —aseveró el intendente, y dirigiéndose a los soldados añadió—: entrad los sacos y los barriles. ¡Cuidado con esas preciosas ánforas!

—Ya sabes que nunca pudimos permitirnos tales lujos…—respondió la mujer—. ¿Qué es todo esto? ¡Alubias, carne, manteca! ¿De dónde han salido?

—Y vino del otro lado del Mar de los Anónimos. Pronto oirás

gritos por toda la ciudad. Estamos repartiendo las reservas de comida que nuestro buen cónsul guardaba para sí y que vendía a precios desorbitados a los pocos que tenían oro y plata en Nogrog. Había acumulado comida para alimentar a una gran hueste.

—¿Hebraiokasto?

—El mismo. Mi dama, mejor no preguntes mucho. Fíjate, tenemos comida para pasar muchas lunas. Tremastro se hartará y tu barriga volverá a crecer, si los dioses son piadosos.

Adana vigilaba cómo iban entrando las provisiones hacia la cocina. Extasiada, trastocada. Se sentó en la gran mesa del comedor y esperó a que los hombres de armas se hubieran marchado. Entonces se derrumbó, la cabeza apoyada sobre la madera, los brazos cerrados sobre su pequeño cuerpo. Lloró, dejando escapar leves gemidos, incapaz de soportar aquel inesperado giro en los acontecimientos. Tras el desahogo se levantó y abrazó a su marido.

—Prepararé una cena de verdad. Esta noche dejaremos de ser bestias.

Luego se dirigió a las sirvientas, atareadas en la cocina:

—Id a vuestras casas. También allí habrán llegado las raciones. Este es un día de fiesta, ¡corred, corred a vuestras casas!

Álvaro besó a su mujer. Acarició los cabellos ensortijados de Adana con sus dedos de herrero. Ella descubrió un fulgor. Algo que había despertado en su esposo, enterrado en aquel asedio sin tregua.

—Debo volver a los muros.

—Capitán…—susurró Adana—. Lo primero que nos robó la guerra fue el sosiego del corazón. Luego se llevó la esperanza. Come algo antes de volver con tus guerreros.

Los vítores llenaron el aire de la tarde cuando el intendente apareció al pie de la muralla de Nogrog. Álvaro Telan subió a grandes zancadas las escalinatas interiores. Una vez arriba sacó a relucir su espada y la blandió en el aire hasta alzarla como si fuera la aguja de un templo.

—¡Qué nos oigan, gritad! —ordenó con voz estertórea—. ¡Qué los cerdos de ahí fuera conozcan nuestra alegría!

Un clamor cerrado brotó de las gargantas de decenas de hombres apostados tras las almenas. Se habían saciado, habían bebido. El cielo, como una teja incandescente, era hermoso y las líneas puntiagudas del cerco de Mende parecían más lejanas.

El intendente, apagado el júbilo momentáneo, visitó por enésima vez las posiciones seguido por los jefes de cada una de las unidades. Vieron hombres grises barbudos que los saludaban enseñando las encías hinchadas por la hambruna, torres medio derruidas, tramos enteros de adarve sin la protección de antepechos y merlones, hechos

pedazos por el lento e incesante bombardeo. «Falta algo», decía Álvaro Telan. Algo que los aglutinara, que los hiciera más fuertes. Se volvió hacia aquel abanderado con el que compartía tantas miserias.

—Y sin embargo, seguimos siendo fuertes —apuntó el intendente—. Aunque no hay una sola bandera ni sobre las puertas ni sobre las torres que quedan en pie.

—¡Diablos! Nada a lo que nos podamos agarrar cuando estemos a punto de caer. Las banderas del Consejo las arriamos hace tiempo…

—Hablad con las tejedoras de Nogrog. Una moneda por bandera. La azul del Consejo de los Veintiuno nos servirá para este propósito. ¡Oh! Aguardad un momento. Que no cosan las estrellas blancas. ¿Qué es lo que nos representa?

—Las tejas, señor. Y también somos una punta de lanza en tierras deseadas por muchos.

—Si no hay otra cosa… Pues que cosan una teja atravesada por una lanza, ese será nuestro emblema.

## 45
## el espejo

—Se debate entre dos mundos —sentenció el mago—. Yo nunca miento. Arrancarlo costará. No estoy seguro de lograrlo. La muerte ha empezado a enraizarse en la vida que aún arde en este murriano.

La sentencia no encontró objeciones. Muchos de los presentes deseaban el milagro que tantas veces prometen aquellos que dicen estar más allá de las pulsiones y sinsabores comunes entre los vivos. Sara se mordía el labio a la expectativa de esa obra que no entendía del todo. Icet también callaba y Serlan observaba, como si no hubiera oído otra cosa que el viento silbar por los páramos deshabitados.

En la tienda donde Aldier guardaba reposo junto a otros heridos, el mago se agachó. Hizo resbalar la yema del pulgar sobre los párpados del enfermo, abriendo los ojos color herrumbre viejo del paciente, estudiándolos, esperando descubrir algo que le hubiera pasado por alto. El antiguo conde pensó en el desastre que sería perderlo. Uno de los pocos acérrimos en una voluble columna armada de perseguidos y desesperados. Y había más. El hijo de Ermesenda sabía que aquel que yacía a sus pies era confidente, consejero y hasta un guía para él. Alguien en quien confiar, alguien que algún día… Temía perderlo.

—Haz lo que debas —mandó el estratego—. Y por los dioses, ¡un poco más! Este murriano es un estandarte para todos nosotros.

—Haré —respondió el hechicero—. Pero si vuelve a este mundo, querré cobrar mi precio.

—Tendrás lo que pidas —contestó el conde, tal como había previsto el mago.

—Vivo solo —dijo—, desde hace tantas y tantas lunas, que ya no recuerdo la última vez que compartí una comida con otro. ¡Vivo solo en esta fronda olvidada por todos!

Fue tal el énfasis de aquellas palabras que hasta los que esperaban fuera de la tienda sintieron compasión.

—No tengo a nadie —continuó—. Todo lo que sé, y saben los cielos que en todos estos ciclos he acumulado un gran saber se perderá tras mi muerte. Quiero una mujer. Y quiero saber hacia dónde gira la rueda de estos tiempos. Hay entre vosotros una joven con predisposición. Es a ella a quien deseo para que permanezca a mi lado, y es a vos —añadió, señalando con sus manos ocultas a Serlan De Enroc—, a quien designo para que me acompañe al espejo. Allí todo se mostrará y hasta es posible que entre las hendiduras de las

luces y las sombras, vos, capitán de esta hueste sin rumbo, veáis alguna cosa que a los otros les es velada.

La expresión del antiguo conde se había trastocado por completo. Su rostro era una pátina de acero. Sabía que el mago lo había dejado en una encrucijada y que algo maligno merodeaba en el cruce, señalando los caminos equivocados. No, no iba a dejar que Aldier muriera como un perro sarnoso en aquellas tierras inhóspitas, donde la piedad tan solo era un poco de calor. No por reafirmarse en el mando de aquella compañía. Quería que el murriano viviera para poder seguir juntos aquel camino sin gloria, para compartir los días venideros con él. Todos aguardaban su respuesta.

—Eres osado. Pedir una de nuestras mujeres, tú que no tienes otra arma que tus artes. Cura al murriano y tendrás el precio que pides. Si no lo devuelves a la vida, a los pies de la fosa de este que yace aquí enfermo, enterraremos una magnífica ofrenda: el guardián del Portal.

Dejaron al hechicero en la tienda. Trasladaron a los otros heridos, siguiendo las instrucciones del mago. Luego, el curandero desapareció en la arboleda para volver cargando un pequeño baúl forrado con una piel antigua. Se encerró con el enfermo toda la tarde, noche y parte de la mañana siguiente. La inquietud se acrecentó en el campamento, pues los hombres se sentían en medio de una tenaza que podía cerrarse en cualquier momento, con los sufones en el camino del Bosque de las Hiedras, y hacia el sureste, las fuerzas acantonadas cerca de Oquadé. Serlan habló con Éccate e intentó convencerla de que engañaría al guardián del Portal. Ella seguía entre sus brazos. La mujer se estremeció al conocer la situación.

—Intentas sorprender a un hombre que no vive en el ahora, pues sus dominios están antes y después.

La hueste comió en silencio. Muchos se preguntaban cómo cruzarían el bosque y algunos fantaseaban como niños, imaginando poder volver atrás y deshacer el camino hecho. El aire volvía a enfriarse al tiempo que sobre el horizonte giraban en espiral las nubes que habían descargado un chaparrón durante la noche. La monotonía de aquella incómoda espera se vio quebrantada por la salida del hechicero. El gigantón sacudió su cabellera grasienta intentando dejarla sobre sus hombros, al tiempo que se abrigaba con un manto. Se dirigió directamente hacia la despensa de la compañía, donde los tres vesclanos que la organizaban le dieron de comer y de beber. Nadie lo interrumpió hasta que se sació, aunque Dort Riala corrió a examinar a su compañero y volvió a salir con la confianza estampada en su mirada limpia. Hizo un gesto a los capitanes, que aguardaban, indicando que dormía. Serlan se acercó con pasos mesurados al mago.

Este parecía al borde del absoluto agotamiento. Casi no estaba allí.

—Necesito dormir un poco. Antes de que anochezca ruego me acompañéis al lago, al espejo, tal como acordamos.

—Está bien. Eso significa que el murriano vivirá.

—Vivirá si me entregáis a la mujer —contestó, entrecerrando los ojos—. Mañana por la mañana podréis partir.

—¿Partir, por dónde? Los sufones ocupan nuestra ruta.

—Este bosque inmenso esconde muchos secretos. Hasta callejones invisibles para ojos impacientes.

La luz que caía del cielo era piedra. Uniforme, tan opaca que convertía a los hombres y vesclanos en meras siluetas. La noche se anunciaba como un suceso inminente. El mago y el estratego se encaminaron hacia la entrada del refugio de la selva que los escondió. Dos figuras sin forma, dos manchas que empezaron a descender la escalinata hecha de líquenes, musgo y roca hasta desaparecer, devorados por la cerrada masa de árboles.

—Temo que nuestro capitán se pierda en el espejo —musitó Éccate, con un hilo de voz angustiada.

—Es un curandero muy poderoso —añadió Dort—. El murriano duerme plácidamente, ha dejado de agonizar. Lo ha arrancado de los avernos y nos lo ha devuelto aquí, entre nosotros.

Los soldados empezaban a encender hogueras frente al Portal. Serían las últimas, pues todo estaba empaquetado para proseguir la marcha a la mañana siguiente.

—Ha mentido, lo sé —dijo el cirujano de Oquadé obligado a acompañarlos—. Se cuentan muchas cosas de él en la ciudad, y muy pocas buenas. No está tan solo como dice, recibe visitas, cuando ya no saben a quién acudir. Dicen que ese anillo es lo que le da poder, que es como un…

—¿Qué anillo? —lo interrumpió Eszul.

—El que esconde en su mano izquierda. Por eso no se quita jamás los guantes, ni para comer —respondió el médico—. Para que nadie vea el ojo que habita en el círculo, prisionero del metal.

Eszul sintió un agudo mareo y tuvo que sostenerse en el hombro de Dort Riala, que la sostuvo con delicadeza. Una oscura premonición se había apoderado de los corazones de los oficiales, acrecentada por el peso del crepúsculo, que caía sobre ellos como una losa que los iba a aplastar.

La Bálkida recordó las habladurías de las viejas curanderas de su clan que tanto la habían atemorizado cuando no era más que una moza. Amenazas dichas a media voz cerca de los calderos en los largos inviernos. Chismorreos, visiones de sangre derramándose sobre la frente de las víctimas. Llamadas, voces perdidas en los prados

solitarios.

—Hubo una orden de hechiceros —recordó la mujer roja—. Una orden que se extinguió sin que nadie pudiera explicar las razones. Ni tan siquiera estoy segura de que todo esto no sean más que cuentos para asustar a las jóvenes. Lo que sí recuerdo es lo del anillo y que estos magos hacían la solemne promesa de no poseer ningún tipo de bienes.

—¡Diablos! Pues si fuera por este, le tendríamos que regalar todo el oro de la compañía —apuntó Lemas, sorprendido.

—Quizá por esto esté aún vivo —medió Icet.

—No. Fueron perseguidos aquí y en Vamurta por los creyentes, por los hombres grises de Onar —dijo Eszul—. O eso me enseñaron a mí. Lo que me relataron es que antes, mucho antes, esta orden era el eslabón entre los hombres grises y los dioses, siendo ellos mismos casi una divinidad. Provenían del norte del condado, de unas tierras ignotas y, dicen, obedecían a una gran sacerdotisa que tenía poder sobre los elementos. Los últimos huyeron a las nuevas tierras. En las colonias también fueron proscritos y asesinados hasta su extinción.

—Es un Dopplo —aseveró Éccate—. Nuestro capitán está en peligro. Seguro que es uno de ellos. Pueden leer en los ojos de un ser vivo, saber lo que sueña, lo que le duele. Casi no puedo creerlo. ¡Cómo no lo vi antes! Lo fundirá sobre el espejo, beberá su energía. El capitán volverá a nosotros sin voluntad, será un trozo de carne sin alma, sin ojos, sordo. Dócil.

—¡Mujer! —exclamó Icet—. Esta historia de brujas te ha trastocado. ¡Qué es todo esto! El estratego volverá sano y cuerdo.

Descendían con cuidado por la escalinata de piedra. Las rocas grises y negras eran resbaladizas, pues a la humedad se sumaban las hojas muertas y el musgo mojado. A medida que bajaban, menos veían dónde ponían los pies. Los ruidos y las voces de los que esperaban arriba iban apagándose. El sonido de la hojarasca parecía flotar, rodeándolos. Sus propios pasos resonaban. El leve revuelo de un pájaro tímido que cambiaba de rama, los primeros lamentos de las lechuzas.

—Para que la rueda gire, debemos antes dejar armas y corazas. Todo lo que sea metal. Si no, nunca nos será revelado lo que aconteció y lo que está por venir —avisó el mago.

La vegetación era espesa. Se diría que se solidificaba a su alrededor hasta ser algo parecido a un inmenso ovillo verde a través del cual los dos hombres grises deambulaban, pequeños en las catacumbas de aquel tupido teatro enterrado en la naturaleza. En la parte baja de la torrentera cruzaron esquirlas de niebla como bolsas de

telaraña abandonadas. Sortearon árboles caídos sobre el camino y se rasgaron cien veces con las zarzas que crecían por doquier, que se enroscaban en la corteza y colgaban de las ramas. Al fin la espesura se abría. Un claro en el fondo de la torrentera que absorbía y retenía las últimas luces tamizadas por la nubosidad. En el centro de la abertura, rodeada de troncos negros y matorrales, había lo que el hechicero denominaba la rueda o espejo. El antiguo conde había imaginado otra cosa.

—Esto no es más que una losa de piedra. ¿Dónde esta el santuario?

—Lo estáis pisando, señor —contestó, esbozando una mueca.

—Curandero, por aquí no veo más que este lago de piedra. ¿No estaréis jugando conmigo?

El hombretón, ignorando lo que le decía el hijo de Ermesenda, dejó caer su pesado cuerpo sobre el lago. Debido a la escasa luz, durante un instante pareció que el mago hubiera desaparecido, fundido en el manantial de roca. Se hallaba tendido bocabajo, los cabellos mugrientos esparcidos sobre el suelo.

—Es un lugar especial —murmuró—. Aquí, algo muy profundo emerge de las entrañas de otro mundo. Aflora a la superficie como un fuego sin llama.

Luego, callado, se incorporó un poco, hasta quedar de rodillas con las palmas de las manos dejadas sobre el mineral. El hechicero empezó a pronunciar palabras olvidadas por los grises, en una lengua remota que hacía tanto que nadie usaba que casi todos habían olvidado su existencia. Era la lengua de los primeros hombres que partieron de las cimas del norte de Vamurta para colonizar las llanuras, en las que habitaban otras criaturas. El lago petrificado comenzó a calentarse, despertándose por el soplo insuflado por el mago. El antiguo conde se sorprendió al notar aquel calor a través de sus botas y casi saltó fuera de la losa al ver rodar en la piedra sutiles destellos azules.

—No os mováis del círculo. Si salís, no veréis nada ni podréis volver a entrar. Y no me atrevo a invocarlos sin largos intervalos de silencio.

—¿Invocar a quién, a qué?

El suelo se imantó y fue como ver el firmamento entero bajo los pies. Cientos, miles de estrellas que palpitaban. Las vidas lejanas que volvían, puntos blancos girando como si la noche transcurriera en lo que dura el chillido de una rapaz. Los recuerdos de los muertos. El conde estaba paralizado, con las manos en el aire, temiendo caer en ese cielo estrellado sin fondo. Creyó ver a su padre, otra vez, aquel que solía aparecerse en sueños. Ermesenda le gritaba algo, una súplica que le llegaba a través de otro espacio. Serlan se tambaleaba, helado. Las estrellas volvieron a bascular y se vio a sí mismo en una ciudad

desconocida, hasta pudo verse, ¡él!, paseando con otros por calles empedradas en esa rica urbe. Un enorme pájaro los sobrevoló, como si quisiera arrancarles la cabeza. Por las calles las gentes chillaban, asustadas. A esa imagen se sucedieron otras, rapidísimas. Fue arrastrado hasta una gran batalla, el juego de las espadas sobre un páramo de hielo contra otros hombres; encontró de nuevo a Leandra, pero era otra, alegre y despreocupada por todo. Lanzaba monedas al aire que él corría a recoger para entregárselas. Leandra, que llegó a ser el centro de su vida. Su antigua amante se giró, pero su rostro era el de Sara, que lo insultaba ferozmente, regañándolo por algo que no entendía.

—¿Invocar a quién? —contestó, tarde, el hechicero—. ¡A los viejos del lugar!

La risotada áspera que siguió a aquellas palabras hizo que el conde olvidara el vértigo que sentía. Se giró hacia el mago, alarmado. El hombre era un bulto negro. Aquello no eran los ojos del curandero, era otra cosa. Incandescencia. De su mano izquierda desenguantada un anillo desproporcionado emitía luz. Un destello que perforaba las penumbras, reinando.

—Me hundo —dijo el conde. El firmamento se había transformado en una masa viscosa que, poco a poco, se tragaba al estratego.

—Te hundes en tus pecados. En tus mentiras. En toda esa sarta de promesas que no has cumplido y que te devoran el corazón podrido, hijo de Onar.

—Me hundo —repitió.

—Te hundes en tu propia mierda. ¿Es que no me has escuchado?

En aquel momento el conde supo que no había vuelta atrás. Que la impedimenta y los carros que había prometido al hechicero nada valían. Las ambiciones eran otras.

—Como osas hablarme así, ¿acaso no soy tu invitado? ¿Acaso no he venido hasta esta fosa porque tú me lo has exigido?¡Tú!

Entonces distinguió con claridad el ojo, omnipresente en las tinieblas. Engastado en el anillo inmemorial, traspasando la oscuridad y la carne del conde como si esta fuera una fina tela. Notó el peso de aquel poder, notó como su voluntad cedía.

—Crees ser el conductor de una gran hueste, ¿eh?, los que os persiguen sí son un gran ejército. En ellos no leí miedo alguno. En vosotros sí, apestáis. Os une el miedo, solo tenéis ese lazo.

El hechicero se hacía más grande a medida que hablaba. La mancha de su sombra había aumentado hasta ser la de un oso. Los resplandores que emitía el espejo languidecían. Fue cuando el mago empezó a cantar:

*Entonces todo el mundo pudo saber*
*que Serlan De Enroc, Conde de Vamurta,*
*capitaneando el miedo de incautos seguidores*
*se perdió para siempre en las Hiedras.*
*El tiempo corría, volaba sobre las hojas,*
*y bajo el cielo. Otros guerreros siguieron*
*el mismo sendero y también se perdieron.*
*¡Allí, allí! ¡Bajo el estiércol de las hojas!*
*¡Allí, allí! ¡Entre el mar verde y el cielo!*
*De los túmulos del bosque no se supo más,*
*el noble Heredero quedó sepultado.*
*De él y los suyos no se habló jamás.*

La sombra se engrandeció, hasta ser tan alta como un árbol. Serlan sintió que había dejado de hundirse en la ciénaga imaginaria. Solo era un hombre agachado, bajo el peso de la noche y las siluetas de la fronda. La voz del mago era un trueno lejano.

—¡Señor Conde! Gracias, he visto bastante y suficiente del mundo, de estas lunas de hierro. Ya no me servís vivo. La sangre manchará las rendijas de las runas que pisáis sin saberlo. Vuestra sangre las despertará y el hechizo que emane será poderoso.

Serlan, aplastado, logró levantar la cabeza. La figura que tenía delante se transformaba recortada por encima de la tela negra del bosque. Las pinzas del monstruo chasquearon. Una especie de insecto inmenso se cernía sobre él. Un ruido de cáscaras rotas. Distinguió en la penumbra unas largas patas de acero y una cabeza triangular del tamaño de su propio tórax de la que sobresalía una boca de la que caían cientos de gruesos hilos. Los brazos semejaban largas ramas. Y entre las tinieblas se oyó una voz. Alguien que cantaba un salmo. El conde jamás olvidaría esa voz dulce, un canto de esperanzas. La música de los cielos. La bestia olvida la presa, concentrando la atención en el origen de ese sonido que, lejos de apagarse, crecía, llenando el fondo del barranco. La sombra decreció y volvió a aparecer la figura del mago.

—¿Cómo osas, curandera…?

Era Éccate. Su pequeña figura había entrado en el lago de piedra y se mantenía erguida sobre el espejo. Ajena al poder. Su canto se esparcía como una fragancia. Siguió cantando melodías que se recordaban aún en valles remotos. El mago se aproximó a ella blandiendo el puño izquierdo, haciendo valer el fulgor del ojo que palpitaba en la sortija. A cada paso, la voz de Éccate disminuía. La mujer se sostenía en pie en un extremo de la floración de roca, pero la fragancia de la maga empezaba a retroceder. El hombre murmuró fórmulas arcanas, apuntándola con el ojo. Cerca de ella, la obligó a

hincar la rodilla. El canto era el murmullo de un río, un hilo que se elevaba hacia el firmamento, mezclándose y perdiéndose entre la multitud de almas errantes. Dominaba la sombra del hombre que se cernía sobre la frágil figura de la mujer y la amenazaba, como si quisiera que esta besara el anillo. Cuando la música de Éccate fue un llanto apagado, en un último esfuerzo, miró a los ojos brillantes del hechicero y mordió el anillo, reventando el ojo que habitaba entre las garras del engarce.

El aullido del mago corrompió la noche. La sombra se estremeció, apuñalada en el corazón.

—¿Cómo has osado? Era el último de todos, ¡de todos!

Sacando un cuchillo de hueso oculto, Trojhol se sentó de rodillas frente a la curandera y, agarrándola con fuerza de la espalda, acuchilló su vientre gris. Una vez, otra vez, hasta que sus manos quedaron colmadas de sangre inocente.

—El mal de este mundo debe ser esparcido —susurró la mujer, antes de morir.

El antiguo conde, liberado de las cadenas, consiguió ponerse de pie. Éccate gemía levemente, al igual que un animal herido que sabe que ha llegado el final. Las siluetas negras del mago y la curandera se habían unido hasta ser una, como si de alguna forma, en el último estertor, Éccate hubiera unido su destino al del último de la orden de los Dopplos.

—Estoy desarmado —anunció Serlan De Enroc, levantando ambas manos hacia el cielo—. El hierro descansa en algún lugar de este bosque, pero, ¡por Onar, estas dos manos matan!

El hechicero, agotado por el enfrentamiento, notó el antebrazo del conde sobre su garganta como si fuera una barra de metal. Después sintió unos dedos helados que le inmovilizaban la nuca. El aire empezó a faltarle. Luego, como si lo hubieran encerrado en un tonel hermético, dejó de oir. El mundo se deslizaba por una pendiente por la que rodó hacia abajo sin poder resistirse hasta que el corazón dejó de latir. Serlan De Enroc relajó la presión.

El conde adivinó el cuerpo de la curandera en la oscuridad.

—Maldijo todo lo que amo.

Alzó el cuerpo inerte de su amada y lo sostuvo en la quietud de aquella fosa donde volvía a posarse el silencio helado de la noche. La sangre caliente de Éccate resbalaba por las manos del conde, cayendo sobre el lago de piedra. El abandono acompañaba las lágrimas del estratego, que por segunda vez en su vida lloraba por una mujer a la que amaba y perdía. El vacío fue apoderándose de su latir impotente, el hacha de la desgracia volvía a partirlo. «¿Qué es lo que no sé hacer, lo que no entiendo, lo que hago mal?», se preguntó. La sangre de la mujer besó la piedra, incendiando las runas invisibles gravadas en el

tiempo en que los hombres grises empezaron a caminar sobre aquellos páramos. «Onar quiere que me pierda en estos bosques». Aquel pensamiento absurdo lo sorprendió tanto como lo inquietó. Las runas brillaban antes de desvanecerse, mostrando líneas rojas que el antiguo conde no entendía. Su amada era un cuerpo inmóvil. ¿Por qué se preocupaba de no entender aquel mensaje de los dioses cuando aquella mujer que había muerto para salvarlo yacía entre sus brazos, todavía caliente? La suave piel gris, el pelo enredado, la espalda curvada sobre sus antebrazos. Debía escuchar. Quizás aquel fuera el mensaje. Escuchar a los suyos. Ser capaz de sentir con otros dedos y andar pisando sobre las mismas huellas que dejaran en el camino. «¡Pobre Éccate, pobre!», se lamentó el conde. Con su andar discreto, sin hacer apenas ruido, le había regalado una alegría de vivir que en aquel instante se alejaba como un viento cálido que da paso al frío. «¡Querida Éccate!». La muerte volvía a enseñorearse de aquel viaje que era una huída a ninguna parte.

Unas voces lo devolvieron a la superficie del mundo. Distinguió la voz de Eszul y Sara, junto a otras.

—No pudimos, Éccate fue la única capaz de cruzar… ¿qué ha sucedido aquí? —preguntó Eszul.

Algunos soldados revoloteaban en torno al lago. La luz de las antorchas devolvía las formas alrededor del conde que, inmóvil con la curandera en sus brazos, parecía no entender palabra alguna.

—Está muerta —afirmó Sara, consternada—. El hechicero. La quería para sí, ¿verdad?

—Lo quería todo —respondió Serlan, como si hablara consigo mismo.

Una mezcla de nerviosismo y miedo planeaban en el fondo de la sima. Los que habían descendido hasta allí intuían estar en un lugar en el que las fuerzas que ellos conocían no lo eran todo.

—El anillo del mago. Ha sido destruido —la Bálkida revisaba el cuerpo del hombretón con extrema prudencia, como si este pudiera volver a despertar—. ¿Cómo lo habéis logrado?

—¿Qué es esa melodía que se escucha a lo lejos, en el corazón del bosque? —preguntó uno de los vesclanos.

Serlan sonrió levemente. Era la misma canción que había entonado Éccate, antes de morir.

—Volvamos al Portal —ordenó el estratego—. La magia que sellaba la entrada se ha marchitado. El paso es ahora franco.

Lateas se tranquilizó cuando vio centellear las antorchas en el camino del despeñadero y se angustió ante la figura del conde, cabizbajo, sosteniendo en sus brazos el cuerpo de Éccate. Quiso acercarse, pero su prudencia natural se lo impidió. Cómo consolarlo. Fue informado de lo acontecido y no pudo evitar pensar que aquella

tragedia podría haber sido mayor. Pudieron haber perdido al primer capitán.

Empezaron a restallar las órdenes en el campamento. Eszul e Icet vociferaban, los soldados empezaban a moverse, los vesclanos los primeros. Matar o morir. El Portal había dejado de protegerlos de la furia de los sufones. Con los carros se improvisaba una suerte de parapeto frente a la entrada del camino y una cuadrilla mandada por Dort Riala empezaba a talar los robles centenarios que con sus techumbres de ramas dibujaban el primer tramo de la cubierta de la senda del bosque.

En un rincón solitario donde no llegaba la claridad de las fogatas que calientan los cuerpos, Serlan se desplomó en el suelo con el cadáver de su amada. Era como si aquel cuerpo sin vida se hubiera fundido con la coraza del viejo sircad. Nada decía, mientras en el campamento se desataba un torbellino de actividad. Los viejos demonios volvían a llamar a la puerta de su alma. Otra vez las mismas dudas. Otra vez las preguntas.

De uno de los extremos del asentamiento llegaron voces de un barullo. Entre los claroscuros, un grupo de vesclanos arrastraba un bulto sobre la hierba. El conde alzó un momento los ojos, aunque al instante volvió al jardín de las tinieblas. Los vigías fueron hasta Icet, que parlamentaba con Eszul qué secciones se ocuparían de defender en primera línea la barricada que estaban levantando.

—Señor, hemos capturado a esta comadreja. Nos vio tarde. Nos espiaba desde una rama baja.

El noble vesclano observó con desprecio a aquel jovencito gris, andrajoso y maloliente que agachaba la cabeza. Otro problema.

—Tú, hombrecito gris. ¿Quién te paga?

El chico calló. Luego se enderezó, retando con la mirada a aquel ser manco.

—No tenéis ni idea de cómo salir de esta, ¿verdad?

Con su único brazo, Icet abofeteó al joven. Solo le faltaba esa insolencia aquella noche. Agarró al mozo por los cabellos y, acercando el rostro del joven a su dentadura de rumiante, dijo:

—¿Tienes algo así como una bonita sorpresa para todos nosotros?

El prisionero, que todavía no estaba completamente asustado, se revolvió. Icet lo agarró por el cuello.

—Niño. O hablas ahora o incrusto tu cara de bobalicón en esos troncos encendidos de allí. ¿Quién eres? ¿Hay algo que yo no sepa? ¡Habla!

Cuando los dedos cartilaginosos del vesclano dejaron de asfixiarlo, el chico escupió algo nuevo para todos ellos.

—A unos tradios hacia el sur hay un atajo. Así podréis evitarlos. A esos.

El rostro del noble adoptó una expresión de fingido interés.

—Sé de uno que no hace mucho también hizo promesas que no cumplió y que ahora es pasto de los gusanos.

—¡Es verdad! ¡Hay un sendero que acaba en el camino! Yo no soy como mi padre.

# 46
## banderas de arcilla

Adana miró a su marido. De aquel rostro robusto tan solo quedaban grandes huesos que endurecían las facciones. El castaño oscuro de los largos cabellos se teñía de blanco. De la barba cerrada asomaban briznas claras, hierba invasora que se apropiaba de aquella pradera que rodeaba los labios prietos del intendente de Nogrog. El asedio había cincelado nuevos surcos alrededor de los ojos y la frente, por la que caían finos mechones. Los ojos sí, eran los mismos. Dos pequeñas lagunas en aparente calma.

—Me has engañado —dijo Adana—. Cuando me enamoré de ti eras un hombre fornido.

Ambos rieron, mientras la vasija de barro hervía con sosiego las viandas que no habían probado en muchas lunas. El sol se escondía tras las lejanas sierras del Donera y en los hogares se esperaba con devoción la primera cena. Un plato caliente frente a la incertidumbre, pues las provisiones que había escondido el cónsul Hebraiokasto no cambiaban la terrible verdad. Cada puesta de sol significaba un día menos para el asalto general, que se creía definitivo. Álvaro se sirvió vino aguado.

—Las nuevas armas de Mende, esos gigantescos trabuquetes, acabarán pronto con su cometido. Nogrog será una dama con los faldones levantados.

—¿Oíste los gritos de alegría cuando se repartieron las provisiones? La comida ha levantado el ánimo a todos —respondió Adana.

—Cierto, querida. Pero no dejo de preguntarme con qué los pararemos. Hasta las saetas empiezan a escasear. Tenemos madera, carpinteros y herreros ociosos porque el metal escasea. Las largas escaramuzas y las piedras han matado o herido a demasiados.

—¡Por todos los dioses, Álvaro! —exclamó la mujer—. ¡Organiza una suscripción! Mejor aún, la organizaré yo. Ya está bien de tanto dar vueltas a todo. En los hogares hay cazuelas, azadas, goznes de puerta…

—Y dispongo del tesoro de Hebraiokasto —añadió el capitán.

—Si pagas a las gentes de Nogrog empezarán a pensar en qué gastarán ese dinero el día de mañana. ¿Te das cuenta, amor mío? El día de mañana, soñarán…

—Y aquel que sueña alberga alguna esperanza.

Adana se levantó de la mesa. Avivó la lumbre del comedor y echó una ojeada al niño, que dormía arrebujado bajo las mantas con esa paz celestial que emana de los rostros cuando el descanso es profundo. La madre abrió el arcón donde guardaba las cerámicas para servir la cena. En la cocina destapó la vasija y removió el guiso. Un efluvio escapó del puchero y llegó como una serpiente invisible hasta el salón. El capitán se levantó y fue hacia allí, como un sabueso que ha encontrado y sigue un rastro. Cometió la imprudencia de acercarse demasiado al fuego de la cocina y allí se interpuso su mujer, amenazándolo con un gran tenedor de madera.

—Quizá seas el comandante de esta ciudad, pero si metes tu sucia nariz en el cocido, será lo último que huelas.

El intendente se retiró prudente hasta la puerta. Una retirada a tiempo podría considerarse una victoria.

—Así es como tratas al que te trae la cena, ¿eh?

—Así es como trato a los hombres que no saben esperar. ¡Pobre de ti si vuelves por estos lares!

Aguardando en la mesa de caballete, el capitán fue repasando aquel intenso día, un antes y un después. El almacén oculto del cónsul significaba el fin de la hambruna. Pero la tarde pasada en las murallas había sido un duro recordatorio. Álvaro se desesperaba, devanándose los sesos. Estimaba que, en número de lanzas, los asediadores eran más de tres veces superiores. Temía a los grises y la fuerza de los hombres rojos cuando llegara el momento del cuerpo a cuerpo, temía a los vesclanos. Sabía que eran buenos escaladores y mineros, así como expertos con cualquier tipo de asta entre las manos. Cuando Adana sirvió el cocido, el intendente expuso sus miedos.

—Primero comeremos, capitán —repuso su mujer—. Comeremos y tú destaparás uno de esos vinos murrianos que me has prometido. Onar, Reziel, Triefaes y todos los otros quieran que el vino desligue la madeja que tienes desde hace días sobre los ojos, cegándote.

Comieron en silencio, disfrutando y masticando con lentitud cada uno de los bocados y sabores que habían olvidado.

—¿Adónde vas?—preguntó el capitán.

Adana sonrió, de pie en la sala. La luz del fuego transmutaba las pequeñas facciones de la mujer. Su expresión era pícara, chisporroteante. Abrió la puerta de la alcoba y, girándose hacia su esposo, hizo un breve gesto con el dedo para que se acercara.

El capitán la encontró en la cama, ladeada, esperándolo. Se había deshecho la cola y su pelo caía como una cascada sobre la almohada.

—Pero, ¿debemos?

—Tonto. Tú de lo único que debes preocuparte es de no tener prisa.

Abrazados bajo mantas y pieles, escuchaban el crepitar de los troncos del salón y los postigos de las ventanas, que crujían movidos por ráfagas de viento. La cabeza del intendente asomaba por la cabecera de la cama, mientras ella se escondía en el calor de su pecho velludo.

—Llevas largo tiempo quejándote. Dices que cómo vas a frenar el asalto con tan pocos soldados. ¿Recuerdas aquella conversación, cuando pregunté qué debía hacer yo, si esperar la muerte de Tremastro y la niña que llevo en las entrañas?

—Cada mañana y cada noche recuerdo esa charla —repuso el hombre.

—Este es un burgo de ganaderos y artesanos. Tus soldados son hijos de hombres de la tierra y alfareros. Cuentas con pocos veteranos, cariño, siempre lo recalcas. Alguno de tu vieja ciudad. Supervivientes. Te quejas y das vueltas sobre este asunto una y otra vez. Pareces un gato que no ha entendido dónde se ha escondido el ratón. Te mueves en círculos.

—Sí…

—Hay algo que no recuerdas o no quieres recordar. Te duele, lo sé. Lo leo en tus ojos —prosiguió Adana—. Fuiste instruido. Eres un oficial que ha leído, que ha visto y vivido. Nadie aquí ha tenido esos privilegios. Estamos lejos, somos un pequeño mundo en el límite de otro mundo más grande. Amenazados, mordidos. Te ocupas de pequeñeces, bien pareces querer estar muy ocupado con muchas cuestiones, pero eso en lo que te ocupas no cambiará el rumbo del sitio. Tus brazos fuertes de soldado no son nada, amor mío, o son poco. Atiende, debes pensar, usar la cabeza que los dioses te han regalado.

El capitán no respondió. Miraba al techo, débilmente iluminado. Entendía bien lo que su mujer quería decirle. Lo entendía perfectamente. La abrazó, sin dejar de observar las sombras. Algo se movía en su interior, como un mar que despierta levemente y cuyas olas ganan en intensidad. De pronto se quitó las mantas de encima y saltó de la cama. Se cubrió con una camisola color gris y se ajustó unas gruesas calzas negras.

—Este delicioso vino murriano ayudará, ¡oh, tierras del oeste!

Adana lo miró esperanzado.

—Deja un poco para mañana. Y no te acuestes muy tarde.

El capitán se acercó al mirador del comedor y descorrió las cortinas. Entreabrió las dos hojas de la ventana, dejando que el viento de la noche entrara en la quietud de su hogar recogido y corriera sobre su piel gris, despejándolo, moviendo las puntas de la cabellera parda del intendente. Reinaba la oscuridad sobre Nogrog. Ninguna luz, ninguna voz. La pequeña ciudad era un todo replegado, los

volúmenes de las casas congregadas en torno a la plaza central como un rebaño, la noche cayendo sobre los tejados de paja y tejas rojas. Solo en las almenas brillaban puntos de luz, las decenas de antorchas temblorosas de la guardia. Las luciérnagas de la defensa de Nogrog.

El vino murriano tenía color de azafrán. El sabor evocaba a muchos otros. El capitán Álvaro lo paladeó, mientras sus dedos corrían por el filo de su enorme espada de pomo con forma de cola de pez y arriaz curvado. Una reliquia de otras épocas dejada junto al ventanal como un guardián. No, a golpes de espada no conseguirían retener el burgo. Hacía falta algo más. «¡Hacen falta todos!», se dijo para sí. Cada brazo, cada espalda. Imaginó que se podría aglutinar en poco tiempo semejante fuerza: todos los habitantes de la ciudad. Recordó el túnel que emergía fuera del círculo del asedio, cuya existencia era desconocida por los sitiadores. Enviaría espías al campamento enemigo para propagar todo tipo de embustes que los desanimaran y haría que la duda los carcomiera. También mandaría embajadores a los clanes de los hombres rojos, no a los allí enrolados con Mende, iría a buscar a los jefes. Ofrecería prados para el ganado, hasta oro si era necesario. La cabeza del capitán estallaba. Recordó las viejas enseñanzas de los primeros maestros. No, no los honraría, tomaría prestado de ellos lo que más le conviniera en aquellas circunstancias. Imaginó cómo sería el asalto, intentó ver lo que no había sucedido. Un ataque en masa, la infantería primero y los renos detrás, para dar el golpe de gracia. ¿Cómo frenarlos? Trazó un muro interior sobre el polvo de la ventana, un muro construido con los cascotes de la brecha, con los escombros de las viviendas derruidas por el bombardeo, incluso podrían levantar pequeñas torres de madera para situar aquí y allá puñados de ballesteros. Aquel entrante en el perímetro, esa pequeña llanura, estaría sembrada de trampas, pequeñas y grandes. Todos ayudarían, la ciudad entera lucharía. Necesitaba encuadrar a los ciudadanos, hasta a los más jóvenes. Necesitaba… Dio otro sorbo de vino. Cargó la caña de bronce con hojas de tabaco y las prensó. Había una belleza en la noche, un suave discurrir que lo aposentaba en el mundo. Oía a Adana respirar en sus sueños y a Tremastro emitir algún leve gorgoteo. Podrían cavar trincheras y esconderlas para hacer tropezar a los renos, mandaría a los herreros fundir abrojos para herir los pies de los infantes y las pezuñas de las cabalgaduras. «¡Cómo he olvidado todo esto!», se maldecía el capitán mientras el tiempo parecía galopar libre en la oscuridad. Concluyó que los trabajos en las contraminas serían abandonados; era imposible perforar la roca. Rememoró los consejos oídos cuando él no era más que un joven esperanzado, y que en aquellos días no comprendió. Sí, había llegado el momento de envenenar los pozos que proporcionaban agua a sus enemigos y de usar todas y cada una de las malas artes que conociera.

Debía dejar los remilgos de hombre justo. Sabía que los otros no perdonarían a nada ni a nadie.

Corría la noche veloz y con ella miles de estrellas viraban en el firmamento semejando ser una gran flota blanca sobre un mar de roca negra. Para ordenar todas aquellas futuras órdenes, el intendente fue a buscar tinta y el poco pergamino que le quedara sin usar por las dos caras. Apuntaba, tachaba, las yemas de los dedos oscurecidas; corregía. Hervía como si una fiebre salvaje se hubiera apoderado de su mente. Las gruesas manos agarraban la pluma con nervio. Volvía a tener hambre. Corrió a la cocina y devoró los restos fríos del cocido sin tan siquiera usar una triste cuchara, untados los dedos de tinta y grasa. Cuando volvió al comedor, se dio cuenta de que una franja violácea amenazaba el reinado de la luna. Amanecía. Se acercó a la ventana, exhausto, para quedar embelesado ante aquel milagro. Tuvo la tentación de gritar. Se contuvo. Fue a levantar a su mujer.

—Deprisa, amor, sal de la cama. Aún hay tiempo. Convoca al alguacil, toma a tres soldados y organiza la compra de hierro, bronce, acero, cualquier metal. Vamos a espabilar esta ciudad, hasta los cojos van a corretear por las calles.

—Así, capitán Álvaro —contestó Adana, soñolienta—, al final has despertado.

****

Las cuatro líneas de la infantería de Mende brillaban bajo el sol de media mañana. Hacía un buen rato que las balistas habían dejado de escupir sobre los muros y las calles de Nogrog. En el claro de hierba y matojos que separaba el bosque de las murallas, los movimientos de los sitiadores eran incesantes. La manada de lobos se mostraba excitada. Ondeaban las banderas encarnadas, retumbaban los tambores al unísono. Apostados frente a la brecha, la mezcolanza de arqueros y ballesteros enemigos esperaban instrucciones, cada uno con un puñado de saetas clavadas en el suelo para ganar en agilidad llegado el momento. Esperaban con la seguridad que les daba los tramos de empalizadas construidas para protegerse de los defensores, que los amenazaban desde las almenas. Detrás de ellos empezaba la infantería a avanzar lentamente, parapetados tras grandes escudos de muchas procedencias y emblemas, según la raza, según el clan, y más atrás aguardaba el escuadrón de jinetes montados sobre los hercúleos renos del norte. El premio estaba próximo. Aquella misma mañana o, a lo sumo, al atardecer, toda la ciudad, la carne y la sangre de sus habitantes, las riquezas, serían para ellos. Ser dioses durante una noche y un día que les dejara su capitán para saquear la urbe a placer.

Decidir sobre la vida o la muerte antes de reducirlos a esclavitud y volver a acumular oro y plata para vender a los poderosos, hombres rojos y sufones, que pagarían sin demasiados regateos.

Una orden se elevó hacia el azul limpio del cielo, una voz que fue propagándose entre los cientos y cientos de guerreros dispuestos en un enorme semicírculo. Fue cuando las pisadas de los hombres de armas y el golpeteo del hierro contra el hierro se convirtió en un temblor que parecía anonadar al viento. Respondiendo a aquel alarido tronador, los arqueros situados detrás de las estacas tensaron las cuerdas de las armas apuntando hacia el sol. Una primera rociada cayó sobre las almenas, defendidas por los diezmados soldados del capitán Álvaro. A esta descarga siguieron otras sin que desde la ciudad fueran capaces de responder.

Los infantes enemigos se aproximaban a paso contenido hacia las posiciones seguras de sus arqueros, una suerte de paredes de madera con pasos entre ellas para dejar vía libre a los que iban a penetrar en el burgo. Delante, antes de alcanzar el maltrecho perímetro de la muralla de arcilla compactada, se extendía una tierra en permanente disputa. Una breve planicie en la que crecía una hierba de tallo corto sobre la que sobresalían los caídos en escaramuzas anteriores como si fueran los cuerpos aplastados de animales de otra era, olvidados allí por el azar del destino. Por unos instantes, la infantería se cruzó y mezcló con sus propios arqueros y cuando, desde lejos, pudiera parecer que el caos iba a adueñarse del campo de batalla, cuatro franjas de metal oscuro se perfilaron delante de las trazas irregulares de las empalizadas devorando el espacio que las separaba de los muros. Fue el momento en que zumbaron las catapultas y escorpiones, ubicados en los vacíos entre merlones, cuyos latigazos sonaron igual que una violenta exhalación. Cayeron los primeros atacantes y aunque muchos fueron los proyectiles que no los alcanzaron, por primera vez la duda ensombreció el ánimo de las tropas de Mende. Los abanderados agitaron los emblemas de sangre de cada una de las grandes compañías y los oficiales vociferaron, de pie, frente a la brecha. Antes de que las balistas de Nogrog tuvieran tiempo de ser recargadas se formaron cuatro enormes testudos, tan cerrados que sus escudos redondos, apavesados y en forma de cometa ni tan siquiera dejaban pasar la suave brisa de la mañana. Cuatro tortugas gigantescas fueron acercándose al agujero para, una vez dentro, arrasar la ciudad. Sobre el techo de adargas y rodelas las saetas de los sitiadores seguían cortando el aire en dirección a Nogrog, el griterío de los asaltantes cobraba vigor, la tierra se estremecía y los renos, en un ágil movimiento por el flanco izquierdo, sobrepasaban las posiciones seguras de balistas y arcos hasta situarse detrás de la infantería, justo entre los dos testudos centrales. Brillaban las

armaduras, relucían los filos. Las tortugas estaban a punto de tocar las murallas, importunadas por las pocas ballestas de asedio y por las flechas de Nogrog, que no lograban detener aquel avance.

Justo encima de la brecha, detrás de uno de los gruesos merlones de la muralla, el intendente de la ciudad miraba con fijeza los movimientos de la hueste de Mende. Un asalto en franca superioridad tras un largo reblandecimiento de las defensas mediante el hambre, el hostigamiento y el bombardeo. No había más. Nada podían saber aquellos hombres y vesclanos escondidos bajo las paredes del testudo de la luna entera que llevaban los habitantes de Nogrog devorando provisiones y reorganizando la resistencia con el entusiasmo que sobreviene tras una larga desesperación. Apelotonados, formando largas cadenas que ascendían hasta arriba de los lienzos de la muralla que quedaban en pie, a lado y lado de la brecha, como un enorme hormiguero estático que se desparramaba también en los flancos por donde los asediadores iban a entrar en la ciudad, una mezcolanza de hombres de armas, mujeres, niños y ancianos, hombro con hombro, invisibles, aguardaban.

El capitán Álvaro alzó el brazo derecho y lo dejó levantado. Un sinfín de banderolas azules fueron desplegadas en el adarve, y tras las barricadas que circundaban el agujero, agitadas con fiereza. Algunos atacantes vieron, a través de las rendijas de los escudos, aquel despliegue inesperado, preguntándose de dónde salía tanto trapo. Los testudos, hechos de carne y metal, siguieron adelante al igual que lo haría un escarabajo colosal, convencido de que nada puede oponérsele. El capitán, aún el brazo en el aire, oía el incesante aleteo de los nuevos estandartes. Todas las defensas pendientes de su figura. Cuando los cuatro testudos cruzaron el perímetro de la ciudad, hizo una señal, bajando el brazo. Una algazara ensordecedora trastocó la mañana y aquellos que habían permanecido inmóviles se agitaron. Tras el estallido de Nogrog llegó una lluvia de saetas, piedras y aceite hirviendo. Desde el pie del muro, mediante escaleras, una multitud lograba subir hasta las alturas piedras y todo tipo de objetos arrojadizos que eran lanzados ininterrumpidamente. Delante de los asaltantes, una barricada en forma de embudo les cerraba el paso. Una barrera de ruinas y muebles en la que sobresalían pequeñas plataformas fortificadas en las que se apostaban los restos de los ballesteros. Incluso desde las azoteas de las casas cercanas, los niños acosaban con sus ondas y las huestes de Mende pronto descubrieron que el suelo que pisaban estaba sembrado con los aguijones de hierro de los abrojos del capitán. Al fondo del embudo, como un comité de bienvenida, de pie sobre los escombros, los esperaban las lanzas de la ciudad, señalándolos con sus picas de doble filo apuntadas. El diluvio que se abatía sobre las cabezas de los atacantes causaba estragos. Los

testudos empezaron a resquebrajarse y a confundirse. Los niños seguían aguijoneándolos, riendo, enajenados, sin entender del todo aquel juego de los mayores. Al clamor de los defensores se añadían los aullidos y la sorpresa de los asediadores. Desde todas las direcciones se lanzaron carros repletos de paja, que eran incendiados inmediatamente. El humo ahogaba a la infantería de Mende y la desorientaba todavía más. Los testudos quedaron ciegos. En el instante de máxima confusión sonaron las trompetas dando órdenes frenéticas. Llegaba la carga de los jinetes mucho antes de lo previsto. Precipitadamente, una horda de poderosos renos entró en Nogrog. La embestida arrolladora degeneró en un avance caótico, agravado por el desorden de las tortugas, las numerosas trampas excavadas delante de las barricadas y los obstáculos que eran los carros incendiados. La retirada de aquellos animales se celebró con furiosos vítores. Antes del mediodía, la brecha se convertía en un silencioso túmulo. Las banderas rojas, doblegadas y deshonradas, volvían al campamento. Los defensores lloraban y se abrazaban, los niños aullaban y también se sumaban al estallido de alegría de la ciudad que veía como aquel tormento de muerte y salvajismo se alejaba atropelladamente, lejos de sus hogares. Nogrog se había convertido en la tumba de aquellos seres que acechaban desde la profundidad de los bosques.

*Séptima luna de primavera. Nogrog, año 1145 de Vamurta, 80 de las colonias.*

*Hemos resistido cuando los augures nos habían señalado como carnaza. Carnaza que éramos antes de revelarnos contra lo que creíamos escrito. Tras el asalto fallido todo cambió. El envenenamiento de los pozos empezó a diezmar las maltrechas fuerzas del enemigo. Desde el adarve los veíamos correr hacia las letrinas. No solo habían sufrido un descalabro frente a las murallas de Nogrog, sino que había sido un revés que por inesperado resultaba doblemente fatídico. Sabíamos que aquellos que quisieron esclavizar a nuestras mujeres, hombres rojos, vesclanos y grises, morían por disentería. No me apiado de ellos. No existe el perdón para los que se regocijan en la muerte y la humillación de sus congéneres y de ello hacen mercancía. Los espías enviados secretamente a través del túnel habían hecho bien su trabajo. El desánimo cundió entre los que obedecían a aquel ser infame, Mende.*

*Los embajadores nombrados por la ciudad, entre los que se encontraba nuestro abanderado y el alcalde, marcharon sin contratiempos hacia el este. Allí, en las frondas frías pactaron con los clanes de los hombres rojos. Se les otorgaron praderas para sus reses, derechos sobre bosques y caza, libre comercio con nuestra urbe. Hemos convenido con libertad, como si fuéramos un condado independiente. Nadie en Nogrog*

*quiere saber nada del Consejo de los Veintiuno que nos faltó, que nos abandonó en nuestra balsa de infortunios. Cuando los hombres rojos desertaron entre las filas de los asediadores el cerco se hizo imposible y fue levantado.*

*Onar no abandona a los devotos. Celebramos una gran ceremonia, aunque al único sacerdote que quedaba vivo casi lo matamos de extenuación. Todos los ciudadanos rezamos con emoción contenida a los dioses para dar gracias por esta vida que nos ha sido concedida de nuevo. Realizamos los sacrificios, prometiendo no desaprovechar esta nueva oportunidad. El ardor de los que vuelven a la vida, aunque sean muchas las sombras que nos acechan, como los pactos ocultos del cónsul Hebraiokastro con los poderes de Nueva Vamurta y otros que anhelan sacar hasta la última gota de sangre de estas gentes que malvivían asustadas, hasta el advenimiento de este nuevo amanecer.*

*Adana sonríe todas las mañanas, en estos días en que la tempestad se ha retirado. Creo que los que hemos sobrevivido pasamos hoy por esta vida, con una mezcla de liviandad y apego a todas las cosas; hasta recoger agua en las fuentes o acudir al mercado, que poco a poco va reabasteciéndose, constituyen actos provistos de una alegría que antes no sabíamos saborear. Vaya donde vaya, en esta humilde urbe veo gentes que trabajan con nuevo ahínco. El muro está siendo reconstruido y reforzado, labor que han dirigido los gremios que ahora son prácticamente los dueños de la ciudad. Por doquier reina la viveza del resurgimiento. Se obra con generosidad, de las antiguas disputas entre linajes no se oye nada, como si esos insignificantes ultrajes y venganzas se hubieran cometido en una época remota, hace mucho tiempo. Adana me sonríe y su panza vuelve a crecer. Se diría que nunca hay suficientes viandas en la mesa, pues devora tanto el pan negro como la carne adobada o cualquier tipo de dulce, a los que añado de vez en cuando los pasteles, que vuelven a hornearse en Nogrog. La niña que nos prometieron los cielos se mueve y en el tenso tambor que es el vientre de mi mujer se adivinan, sobretodo al anochecer, pies y manos. Entre tantas buenas premoniciones persiste el perfume de la fruta amarga. Lo que sé y callo. Aunque en la ciudad todos saben que quien debía velar por ellos, su cónsul, no únicamente los había vendido, sino que también se enriquecía con el hambre que tantos padecieron. Las antiguas familias patricias, aquellas que compraban a precio de oro en las despensas de Herbaiokastro, se han visto obligadas a dejar sus hogares. Rotras los ampare en su largo viaje, porque aquí no lo han hecho.*

*Vivo una primavera plena y si algo me apena es el recuerdo de los caídos durante la larga batalla. Buenos hombres y mujeres, hasta niños y ancianos tuvieron que morir. Ellos ya no verán los días benignos de verano ni los cielos estrellados que nos acunan cuando la noche desliza sus cortinas invisibles. Jamás saboreé con tanto agrado la victoria ni obtuve tanto reconocimiento tras un asedio que pronto se olvidará en las lejanas*

*fronteras de las colonias. Las gentes de Nogrog creen que fui yo quien los salvé, cuando fueron sus brazos los que arrojaron las piedras y sus dedos los que tensaron la cuerda del arco. Rezo a los dioses para que esta paz sea duradera.*

# 47
## el gran bosque

Llovía. A medida que la tarde avanzaba y las luces blandas se retiraban, el aguacero se transformaba en aguanieve que se arremolinaba bajo el grueso colchón de un cielo de metal helado. Hacía dos jornadas que la compañía de Serlan se adentraba por el atajo que el hijo del mago les había mostrado. Un golpe de suerte tras tantas desgracias. El bosque cerrado de olmos de gran edad, chopos y robles señoriales cedía progresivamente, mezclándose con una nueva arboleda. Aquello que el joven llamaba *bosque ligero*, y que nadie entendía, era un gigantesco círculo, una piel, que protegía el fruto, El Bosque de las Hiedras. Hasta el último de los integrantes de la expedición era consciente de que cada paso dado los alejaba un poco más de la civilización, de todo aquello que habían conocido o podían entender. El temor era el único acicate de la hueste. Fuera del bosque, en aquel límite del mundo, sus carnes serían atravesadas de lado a lado por el hierro de una lanza.

—Chico, estás muy callado —dijo Icet, adelantando al joven.

El muchacho no contestó, encadenado por el cuello a uno de los pequeños carros que hombres y vesclanos movían con gran esfuerzo por el sendero que cruzaba la arboleda.

—¿Cuántos días dijiste que tardaríamos?

El joven levantó la mano, enseñando cuatro dedos.

—El estratego sigue sin hablar, ¿verdad Lateas? —preguntó Icet.

—Desde que enterramos a la curandera, junto a la puerta. No ha dicho nada.

Los dos vesclanos se movían con lentitud, como toda la columna armada en aquel camino secundario en el que se habían visto obligados a desprenderse de los grandes carromatos y a repartir la impedimenta sobre las espaldas de los soldados. El aguanieve era casi peor que la lluvia, pues iba calando sin que, al principio, los integrantes de la columna se dieran cuenta.

—Deberíamos acampar, señor. Pronto será negra noche —propuso Lateas.

—Acampar como ayer, sobre el camino, como una serpiente cansada que, mientras duerme, puede ser cortada en muchos trozos.

—No hay más solución, noble Icet. Además de los fuegos, hay que colgar las pieles sobre los árboles para dormir secos. Aquí ya no podemos montar las tiendas.

—No es mala idea, Lateas. No hay bastante espacio para acampar. Y si no nos secamos, moriremos helados en este rincón olvidado.

¡Cómo echo de menos nuestras calientes ciudades subterráneas! Avisa, pues, a los oficiales. Dormiremos aquí mismo. Y cuida del estratego, que seque sus ropas y no se aleje del fuego. ¿Qué hay del murriano?

Lateas hizo un gesto, indicando que todo seguía igual.

Sara, situada a mitad de columna, recibió la orden de parar. Arrastraba su montura, para no agotarla en aquel camino de hojas. Los jinetes de la sección que capitaneaba desde que Eszul renunciara al mando, ataron los renos a los troncos cercanos, momento que aprovecharon los animales para devorar líquenes y las tiernas hojas del bajo bosque. Los animales resoplaban, dejando escapar un vaho denso por las fosas nasales, mientras los hombres maldecían el tiempo, hartos de tanto frío y humedad.

—Señora, los renos descansan —dijo uno de los grises que tenía a su cargo—. Los vesclanos proponen atar la piel de las tiendas a las ramas, como toldos, para no mojarnos.

—Bien —respondió—. Hacedlo. Cortad leña y encended las lumbres.

Todavía la incomodaba aquel tratamiento que le daban los componentes de su unidad, a ella, que había sido propuesta por una mujer roja y nombrada por un conde sin tierra. Recordó a su padre, cabeza de falange de Vamurta, y una sonrisa orgullosa asomó en aquel rostro congelado.

Entre los hombres rojos que hacían los preparativos para pasar la noche encontró a la Bálkida, que refunfuñaba agachada frente a una madera húmeda que no conseguía encender.

—Pídeselo a Lemas —dijo Sara, medio sonriendo bajo su capucha —. Él nació en algún lugar parecido a este, en un mundo salvaje.

—No hay ningún lugar parecido a este, Sara. Cada vez encuentro más hojas y plantas que no he visto en mi vida, y esos extraños árboles de corteza azulada… Tampoco sé qué son.

—No son azules, son verdosos.

—Lo que sea. Ayer por la noche vi una gran sombra cruzar el cielo sobre nuestras cabezas. Fue un momento, cuando la luna quiso asomarse entre estos nubarrones.

—Querida Eszul. Estamos todos agotados, yo también. Debió ser una lechuza. Espero que cuando alcancemos el camino que cruza el bosque, los sufones ya se hayan cansado de perseguir espectros y hayan vuelto a Oquadé, a dormir bajo cubierto.

—Lo que a mí me gustaría.

Dort Riala había logrado encender una hoguera. Se aproximó para ayudar a la oficial, que se lo agradeció con la mirada.

—Si me necesitáis, señora, aquí cerca estoy para servirla —El hombre rojo, como ellas, se encontraba al límite de sus fuerzas y se

retiró sin decir más.

—¿Te das cuenta, Sara, que no sabemos nada? Ni cuántas lunas puede durar este viaje, ni hasta dónde nos llegaran las provisiones, ni si hay un señor en este bosque.

—Huimos como pudimos. Si no hubieran engañado al estratego…

—No, Sara. Cualquiera hubiera caído en las redes de las sacerdotisas tras catar el vino sagrado. Cualquiera. Y aún podemos dar gracias a los espíritus por cómo ha ido todo. Ese mago quiso matar o someter a nuestro capitán, pero a la vez nos escondió.

—Nuestro capitán.

—¿Quién era él, Sara? Tú lo has de saber. Los hombres rumorean, hasta están haciendo apuestas. En sueños veo a esos lobos del valle. Me hacen pedazos.

—Espero que no apuesten sus raciones —contestó, enigmática, Sara.

El fuego emitía pequeñas chispas. La madera mojada ardía mal. El aire era húmedo y olía intensamente. La niebla volvía a acumularse a su alrededor en silencio. La compañía se preparaba, presta para pasar la noche al raso. Se asignaban las guardias.

Sara y Eszul consiguieron izar una suerte de techo con pieles curtidas. Debajo, se sentían seguras. Resguardadas del inclemente aguanieve, la fogata empezaba a calentarles los pies y, antes de mordisquear la escasa ración de aquella noche, se desligaron las corazas ayudándose mutuamente. Luego pusieron a secar los jubones empapados, tarea a la que se dedicaban todos, frente a las decenas de lumbres multiplicadas a lo largo de la senda estrecha que unía a rojos, grises y vesclanos.

Eszul ofreció a la joven oficial su pellejo de vino.

—Bebe, a nuestra salud. El vino nos calentará los huesos.

Tras el trago, Sara sacó de su alforja un pedazo de pan negro y queso que empezaba a estar florido.

—Este bosque está vivo. Desde ayer tengo la sensación de que mil ojos nos acechan, que detrás de cada uno de estos gigantes de tronco verdoso hay salvajes tendiendo una emboscada.

—Nadie lo dice y todos lo piensan —repuso la mujer roja, con las palmas extendidas hacia el fuego.

—Es una sensación parecida a cuando los murrianos tomaron Vamurta. Yo era apenas una chiquilla. Mi madre murió ese día en un accidente. Me quedé sola y vagué por la ciudad, mientras el enemigo tomaba un barrio tras otro.

—Nos asusta lo que no vemos. Así es también mi pueblo. Pero, ahora que mencionas aquella gran ciudad, ¿conociste a nuestro capitán en Vamurta?

Sara miró hacia el final del camino. Allí, solo, Serlan se calentaba

a cubierto, sentado delante del fuego que había encendido Lateas. Su expresión era impenetrable.

—Eszul. El estratego era un noble de Vamurta. Fíjate dónde está ahora, dónde estamos todos nosotros. Somos un grupo de forajidos. Sucios, sin rumbo, ¿no te parece?

—Claro. Si alguna vez la paz vuelve a estas tierras que una vez pisó Tamboras, me gustaría invitarte a nuestro hogar, si mi padre no me repudia antes. Aquello es tan verde que en los días de sol te duelen los ojos.

La mujer rió al recordar a su clan. Los Bálkidas. Aunque luego, apareció en su mente el hombre rojo que amó y tuvo un final trágico. Los ojos de la princesa se enrojecieron y a punto estuvo de no poder frenar el llanto.

—Mi padre —dijo Sara—, fue un soldado. Capitaneaba la cuarta falange. No éramos nobles, pero la condesa vio en él a un hombre de mérito. Un ascenso que apoyó el Heredero.

—Nuestro capitán —La Bálkida sonreía. Había resuelto el acertijo —. El mismísimo conde de Vamurta. Cuesta de creer.

Se miraron. Sara sintió que con la mujer roja los secretos no tenían sentido.

—Fue el vesclano, Lateas, quien me alertó. Las orejas puntiagudas de esos lagartos son omnipresentes.

Las dos rieron flojito, agotadas por la marcha y el frío, relajadas por el vino.

—¿Cómo te las arreglas con los otros capitanes? —preguntó Sara.

—Dort Riala es todo un oficial. Sabe exigir y sabe escuchar, aunque no debiera beber. Si juega a los dados o empina el codo, enloquece. Lemas grita mucho, y…

—Míralo. Allí está Dort sentado bajo su toldo —dijo Sara—. Ese hombre apuesto, aunque intente disimular, no te quita el ojo de encima.

—Es un fanfarrón.

—Pero si acabas de decir que es un buen oficial, Eszul. No será que…

—¡No, Sara! Hablemos de otras cosas.

Hablaron sobre los hombres grises que comandaban, y acabaron charlando sobre los renos, aquellas bestias tan sobresalientes y, excepto durante el celo, silentes. Ella sostenía que eran animales inteligentes, capaces de reconocer a su jinete. Aquello hizo que la Bálkida volviera a reír: «deberías saludarlos por la mañana», le dijo. El calor del fuego empezaba a entrar en sus cuerpos. Nada sabían de lo que iba a sucederles en la jornada siguiente. Eso ayudaba a que la conversación fuera ligera y desprovista de cualquier doblez. Antes de que las dos se acostaran, preguntada por Sara, Eszul rememoró a su

joven amante, asesinado por su propia familia. Recordó los días de verano. La calidez de la luz que hacía arder la piel. El cielo claro bajo el cual se besaban a escondidas de todos, únicos. Eszul se emocionó y Sara entendió que todavía no era una mujer como su compañera. «De todo eso no hace tanto y en cambio no recuerdo cómo eran sus labios. Me queda su mirada, que me inundaba. Me levantaba del suelo».

Tras sentir una leve punzada, atendió a los continuos chasquidos metálicos que se repetían de forma monótona. Un gran escarabajo de acero crujiendo, encajando las articulaciones para levantarse del suelo y echar a andar. Volvía la vida a su cuerpo, lo sentía en las carnes. Las negras noches en las que había estado sumido en la bruma empezaban a disiparse y algunos puntos de luz se abrían en el cielo tempestuoso, devolviendo el calor a sus huesos. Notó una caricia en la frente. Mascullo palabras silbantes, los vocablos de la infancia en su lengua del oeste remoto. Entreabrió los ojos. Había alguien a su lado, una figura sentada sobre una mancha de verdes. Miles de hojas y largos troncos. Un incesante tintineo, correas que eran ajustadas. Algunas risas, muchas toses y maldiciones. Abrió más los ojos, se encontraba tumbado. A sus pies, una montaña de cenizas humeante evocaba el calor que había percibido mientras dormía bajo el grosor de varias mantas apiladas sobre su pecho. Un vesclano de aspecto circunspecto desmontaba una improvisada techumbre hecha con pieles. A lo largo de un camino que le era desconocido, decenas de hombres grises se abrochaban espaldares y pectorales, se colgaban los cintos de los que pendían dagas y espadas, ayudándose en estas tareas los unos a los otros. Se sentía feliz de despertar, de dejar atrás el pozo de negrura donde había caído, aunque al mismo tiempo el desconcierto lo dominaba.

—El murriano con nombre de trovador pisa de nuevo el mundo de los vivos.

Serlan De Enroc, sentado a su lado, miraba el cielo encapotado. Su aspecto era horrible. Demacrado, la piel gris cuarteada por el frío. Los mechones negros y canosos de su cabello tiznaban en desorden un rostro anguloso. La barba nacía desordenada en sus mejillas. Era la viva imagen de un salvaje.

—La fiebre se ha retirado de tu frente —prosiguió—. Desde ayer por la tarde.

Aldier se sentía algo asombrado. No recordaba gran cosa, solo que había estado muy enfermo. Serlan le acercó una bolsa con agua, que el murriano bebió a grandes sorbos. Se incorporó un poco, intentando situarse.

—¿Dónde estamos?

—Atravesando unas tierras de leyenda. Hemos empezado a adentrarnos en el Bosque de las Hiedras.

—¿Por qué? Lo último que vieron mis ojos… Oquadé, ¡los sufones iban hacia Oquadé!

—Esta es una cacería sin fin. Así vivimos en estas tierras lejos del hogar, de nuestros ancestros —El rostro del conde se ensombreció—. Éccate ha muerto.

Habían dejado el bosque ligero atrás. El atajo que el hijo del mago les había mostrado se hacía más estrecho a medida que penetraban en el bosque. Los árboles que conocían iban desapareciendo, suplantados por otros. «Son litocarpos», había dicho el joven. Troncos de cortezas azuladas tan anchos que para abrazarlos se requerían cinco o más hombres. Su altura doblaba la de un chopo y las copas quedaban veladas por las sucesivas capas de trepadoras que se descolgaban y enredaban con troncos y ramajes, como una tupida vid de una parra del jardín de un gigante. Los litocarpos, enraizados en aquel suelo tan rico, se extendían en el terreno hasta donde la vista, y el corte que era el sendero, los permitía ver. Entre las bases de aquellas columnas azules luchaban por vivir un segundo tipo de árboles, las tíleas. El diámetro del tronco era similar al de un castaño viejo pero no así su silueta, que emergía hacia el cielo al igual que un surtidor de agua, superando en altura a los mismos litocarpos. La corteza de piel delgada y lisa, color bronce encendido, destacaba aquella verticalidad propia de los minaretes de Sira, construidos en Vamurta por arquitectos obsesionados con la idea de acariciar, ni que fuera con las yemas de los dedos, el rostro de dios. La magnificencia del Bosque Lluvioso empequeñecía la soberbia de hombres y vesclanos, cuya voluntad era cruzarlos como el que atraviesa, indemne, una nube de hojas caracoleadas por el viento.

Bajo los pies de los titanes de madera surgía, fértil y salvaje, el manto de hiedras, hojas muertas, húmeda podredumbre y espinas que convertían el paraje en una masa cerrada. Los colores se confundían. El oro viejo del otoño tardío con el verde quemado, los naranjas llameantes con marrones oscuros de lo corrompido. Volaban sobre la arboleda bandas de nubes rajadas para agruparse no muy lejos de allí, prometiendo lluvia de tarde. Los aromas de la humedad saturaban el aire de la mañana, haciéndose más intensos bajo las repetidas penumbras que la fronda creaba aquí y allí, escondiendo a los ojos de la hueste parte de sus secretos. Por donde miraran se sucedían los troncos derribados por el dios del tiempo, que dibujaban cascadas de vegetación, tan bien pespunteadas como un tapiz. A esas cortinas que se multiplicaban hasta más allá se les sobreponían los bancos de

niebla que erraban sin dirección bajo las copas de litocarpos y tíleas y que, cuando el atardecer se acercara, ganarían en densidad hasta parecer espectros grisáceos desprendidos del cielo.

La compañía de Serlan De Enroc vadeaba con frecuencia pequeños riachuelos que segaban la tierra para perderse hacia el oeste, atraídos por algún centro de atracción invisible. El Bosque Lluvioso era un condado en sí mismo. Un área increíblemente pródiga que alimentaba a sus súbditos. Los vesclanos fueron los primeros en explorar con timidez los contornos del camino, saturados de hojas que formaban un segundo suelo. Primero con sorpresa y al poco con no disimulada satisfacción. El bajo bosque era dadivoso. Grandes setas y líquenes crecían en él. Además, hallaron suculentos nidos de termitas que proporcionaron una inesperada alegría a Lateas, Icet y compañeros. Hombres grises y rojos observaban aquellos banquetes con la incomodidad del que presiente que algo se está perdiendo y no sabe muy bien el qué.

Tras una nueva y agotadora jornada en el sendero, llegó el crepúsculo. Tal era la violencia que se estaba desatando sobre sus cabezas que la noche cayó sin que casi se dieran cuenta. El cielo estaba excitado. No llovía, aunque los relámpagos azotaban sin tregua las entrañas de las nubes. Los de la primera vanguardia, capitaneada por Lemas, habían abatido a un gran carnívoro. Un tipo de tejón del tamaño de un buey que, sobre la mezcla de arena y hojas del camino, estaba devorando a uno de esos grandes rumiantes que habían visto paciendo en el interior del bosque. Aunque la porción de carne fresca era pequeña repartida entre tantos, fue bienvenida, pues las vituallas que cada uno cargaba les alcanzaban para uno o dos días más. Los que huían, todavía no pensaban mucho en ello, pues la tempestad era una promesa que iba a cumplirse pronto.

Los truenos apabullaban a los vivos que, tras desollar al tejón y los restos de aquella marmota enorme, corrieron para construir refugios y encender hogueras con las que combatir frío y agua. Se había propagado la consigna de levantar pequeñas plataformas de tierra u ocupar los escasos puntos altos colindantes a la senda para evitar dormir empapados.

—¡Otra noche en la intemperie, dioses! —maldijo Lemas.

—Sí, y ni tan siquiera hemos alcanzado el camino principal —respondió uno de los arcabuceros.

El oficial estrechó con la mano la capucha que lo abrigaba. Un viento cortante barría el camino. Cayeron las primeras gotas de lluvia.

—Mataría por dormir en un hostal lleno de pulgas. Jugar una partida de dados, como corresponde a gentes honradas como nosotros y beber, aunque fueran los meados de una burra, si están mezclados

con un poco de aguardiente.

—Onar oiga tus plegarias —respondió un arquero, que compartía fogata y toldo con Lemas.

Aquel improvisado grupo de hombres bien cubiertos con pieles y mantos, se calentaban cerca de los troncos, bien apretados los unos junto a los otros.

—Deberíamos dejar de llorar —añadió otro de los arcabuceros—. ¿No me recordáis, señor? —dijo dirigiéndose a Lemas—. Soy uno de los que sacasteis de la Ciudad de los Lagos. Esa noche iba a ser la última. Ahora lo único que temo es por mi mujer e hijo, que dejé en Toumedar. Aunque, ¡seguro que están mejor que yo! ¿No creéis?

—¿Le entregaste a la parienta tu parte del tesoro, el que requisamos a los sufones?

El hombre asintió con la cabeza, ciñéndose el manto al cuello.

—¿Seguro que a nadie de vosotros, perros, le queda algún pellejo con vino? —preguntó Lemas, mirando de reojo los rostros barbudos que lo rodeaban.

—¡Mirad!

Un relámpago se había abatido sobre uno de los litocarpos. El crujido que siguió los alarmó, pero el árbol se encontraba algo lejos. Antes de que tuvieran tiempo de reponerse, otro relámpago sacudió la oscuridad, iluminando brevemente las copas de los árboles.

—Los dioses están de jarana —Lemas miraba el bajo cielo con preocupación en el semblante.

Una rapidísima sucesión de resplandores tensionaron los cuerpos fríos de los integrantes de la compañía. El estruendo que siguió a las centellas hubiera podido quebrar los muros de Vamurta. El estremecimiento hizo que algunos escondieran la cabeza bajo sus ropas de abrigo. La lluvia arreció de golpe. Caía una tromba azotada por un aire huracanado que movía con violencia grandes ramas. Bolsas de hojas desprendidas volaban por los aires. Las cortinas de agua golpeaban hombres y vesclanos. Los ramajes, allí, en las alturas, se resquebrajaban y los brazos secos de los árboles se partían. Tras nuevas explosiones de luz, un relámpago impactó en el camino.

—Quieran los dioses que acabe pronto —murmuró un infante, mirando a su alrededor como si esperara ver una aparición.

—Los hombres rojos temen los relámpagos. Creen que son un aviso —afirmó el arcabucero, tapándose los oídos.

—Pues ya deben haber mojado las calzas —añadió Lemas con una sonrisa atroz que mostraba sus dientes largos y descarnados.

No tuvieron tiempo de reír. Otros rayos iluminaron la densa oscuridad, en el bosque, en el atajo donde habían acampado. Entre los silencios que apenas duraban un suspiro escucharon gritos y voces alarmadas. Los hombres se miraron entre sí, apiñándose un poco más.

La tempestad se desataba sobre todos ellos con una furia renovada.

«¡Hay dos heridos, dos heridos!», escucharon. El viento y la lluvia habían apagado algunas fogatas. Se repetían los gritos, aullidos de puro pánico. Las descargas de los cielos habían vuelto a su horizontalidad, restallando entre las nubes como si los dioses jugaran a perseguirse, replicándose con vértigo. En el sendero, bajo los bandazos de la lluvia, emergió una figura encapotada. Alguien que vociferaba, acercándose a los distintos grupos que como ovejas se arracimaban para resistir los embates de la naturaleza. Calado hasta los huesos, con las facciones congestionadas, la figura se dirigió a Lemas y a los grises con los que compartía cobijo.

—Quitaos el metal de encima, ¡todo!, escudos, corazas y armas.

—¿Por qué, señor? —preguntó Lemas.

—El metal atrae a los rayos, mis señores —gritó el antiguo conde, zarandeado por el viento y abofeteado por la lluvia.

Alguien, entre aquella piña de hombres, se atrevió a preguntar: —¿Y quién lo dice?

—Ha muerto un gris al final de la columna, carbonizado. Hay heridos. Desprendeos del hierro, alejadlo de vosotros. Lo decía Ermengol, ¡un sabio de Vamurta!

El conde siguió adelante, dando aviso a tantos como pudo, tiritando. Antes de que pudiera llegar a la cabeza de la columna, los cielos volvieron a centrar la atención sobre la tierra. Serlan saltó de la vereda, refugiándose bajo una de las techumbres de pieles. Relampagueó hasta convertir la noche en un inmenso salón de violentas luces moradas. Sobre la arboleda, en el sendero y más allá se abatieron cientos de rayos. Los soldados podían mirarse, descubrir los rostros angustiados que eran un reflejo del propio terror. Algunos aullaban, incapaces de contenerse. Los hombres rojos se desgañitaban y rodaban sobre el barro, golpeando el suelo con manos y pies, suplicando, como si hubieran perdido el juicio. La furia de la tormenta parecía no tener final. El mundo, entre las sacudidas de los truenos, temblaba, hasta que la lluvia cesó y los dioses se cansaron de aquel juego: atosigar a los mortales.

La tormenta se había acallado. Sobre las cabezas de los expedicionarios, leve, semejante al vuelo de una hoja, se posó la calma. Llegó la mansedumbre acompañada de lentos copos de nieve. El aire corría hacia otros parajes para abrumar a otros hombres. Una quietud tan inesperada que algunos de la hueste abandonaron la seguridad de sus refugios para salir al camino, extasiados por la nevada solemne. Abrían los brazos, dejaban las palmas de las manos abiertas. Los copos de nieve los bendecían. Incluso algunos rieron y otros no pudieron evitar lágrimas heladas.

—¡Mirad qué es lo que ha caído de un árbol! —voceó un

veterano, sosteniendo entre sus manos una especie de capón blanco.

Hombres y vesclanos se acercaron. «Es un regalo», dijo un infante. Se oyeron voces sorprendidas. Algunos hombres afirmaron que aquella ofrenda del bosque estaba alejando la tempestad. Volvían a encenderse los fuegos apagados, una sucesión de puntitos brillantes que aportaban una luz trémula y que hacían brillar los matojos y las hiedras. Tras la tempestad, y al igual que sucede cuando una mala noticia suspende por un momento la fiesta, los invitados se reafirmaban con renovada alegría como vivos que eran, incluso con una baja y algunos heridos entre las filas. Tal era el terror que había causado la tormenta de rayos, que seguía trazando líneas quebradas de luz sobre el horizonte lejano.

—Parece un polluelo —señaló Lemas tras examinar a aquel animal.

—Pues si es un polluelo, ¿qué come? ¡Pero si es enorme! —contestó el veterano que lo sostenía, contento con aquella inesperada ración de carne tierna.

—Mirad que no haya otros —sugirió un vesclano.

Los hombres, aún perplejos tras el aguacero y sin las armaduras, empezaron a examinar los alrededores.

El hijo del mago apareció entre ellos, ceñudo y alarmado.

—Dejad al polluelo, dejadlo —decía, haciendo un gesto de súplica con sus manos atadas.

—¡Cállate niño! —respondió Lemas, que se había alejado y era una figura borrosa entre los copos de nieve.

Sin que aparentemente nada hubiera sucedido, uno de los batidores que se había adentrado en el bosque apareció en el borde del camino con el rostro ensangrentado. Dio dos pasos y se desplomó sobre el medio dedo de nieve que había cuajado sobre el barro. La alerta se propagó desde la cola hasta la cabeza de la columna.

—Dejad al polluelo, ¡es un níveo! —clamó el chico.

Se miraron extrañados. El veterano que guardaba para sí el precioso regalo de plumas blancas se sintió repentinamente incomodado. Una sombra rozó su testa desprotegida y el hombre, antes de caer de rodillas, aulló: «la cabeza, estoy herido». La cría color nieve se estrelló contra el suelo. Inepta para la huída, emitió una llamada al bosque, revolviéndose como si quisiera levantar el vuelo. El soldado estiró, en un último esfuerzo, los brazos para no dejar escapar a la presa. Antes de que sus zarpas pudieran tocar el plumaje del polluelo, un gigantesco búho apareció detrás de su cráneo. Las garras como espolones a punto de embestir una quilla, adelantadas al cuerpo. Los huesos de la sesera cedieron, quebrantándose. Estalló como una sandía madura.

El miedo rugió entre los miembros de la compañía. Corrieron a

buscar las armas y los escudos. En la negrura espesa de la noche, apareciendo y desapareciendo entre los débiles destellos de las lumbres, una bandada de grandes velas blancas los sobrevolaba en completo silencio, sin que se oyera un aleteo, como si aquellas plumas no cortaran el aire en realidad. Zumbaron las primeras saetas. Los arcabuces, mojados, no eran más que un pesado bastón. Las espadas fueron blandidas en el aire, a ciegas, más para proteger que para atacar. Sin que mediara consigna alguna, los soldados se congregaron alrededor del polluelo, que piaba. Las flechas eran lanzadas al azar, pues era imposible acertar a un blanco invisible. Los escudos se levantaban por encima de la cabeza, pues vesclanos y hombres temían lo que se precipitaba desde el cielo. Danzaban las saetas en la noche, algunos agarraban las lanzas e intentaban perforar, en vano, el aire. En el caos, el hijo del mago volvió a gritar: «¡dejad al níveo en el bosque, donde estaba!».

Los búhos descendían por sorpresa en picados vertiginosos, aprovechando la zona despejada de ramas que era la senda. Las sombras que caían de la noche eran de un tamaño inaudito. Las dagas que eran sus garras conseguían perforar los escudos como si fueran láminas de pergamino. Los níveos blancos levantaban a los hombres del suelo en breve vuelo y los dejaban caer. Los que eran pescados rodaban sobre la nieve, impotentes. Un soldado chilló de dolor, tras ser lanzado por un níveo, con la pierna rota. Otros no se volvían a levantar, acuchillados. Eszul notó algo a sus espaldas y aulló de puro terror. Era Dort Riala.

—Mi señora. Os amo más que al sol y que a la luna. Pegad vuestra espalda a la mía y mantened la cabeza por debajo de mis hombros. Mi lanza os protegerá, y si uno ha de caer, que sea este pobre enamorado. Una Bálkida bien merece vivir.

Eszul lo miró asombrada y por una vez, obedeció.

El camino era un barullo de soldados que se movían sin saber cómo defenderse bajo la nieve, chocando entre ellos con la cabeza levantada, gritando sin sentido, disparando a la nada mientras los níveos, cuyas manchas blancas destellaban un instante al descender cerca de los fuegos, se arrojaban sin piedad sobre ellos. Sara decidió sacar al polluelo de allí, alejarlo. El chico la paró, interponiéndose con el cuerpo. «Que lo haga otro», dijo con ojos enloquecidos. Y, efectivamente, uno de los rojos, joven y valiente reclutado en Oquadé, recogió a la joven ave blanca y se internó en la espesura para devolver aquel precioso trofeo al bosque. Un chasquido de huesos rotos y una voz fulminada anticiparon que el joven soldado no volvería a salir de entre los árboles. Sara miró al prisionero, aliviada, aterrorizada. «Gracias», masculló. Los níveos, salvada su cría, se retiraron a su reino, el cielo oscuro.

Entrada la tarde del cuarto día, el ejército de Serlan alcanzó el camino principal. Lemas, que abría la marcha con un puñado de hombres grises, decidió esperar a que la compañía se agrupara a una distancia prudencial del cruce. Se acordó enviar a unos pocos que examinaran el terreno, a la búsqueda de noticias y sufones. Estos volvieron afirmando haber encontrado rastros del paso del enemigo. Huellas no recientes que indicaban una completa retirada de las fuerzas del dios-rey.

El eje que cruzaba el Bosque Lluvioso, no mucho más ancho que el secundario, sí les ofrecía mayor sensación de seguridad. Allí, vigilados de cerca por los gigantescos árboles, acamparon con cierta comodidad, dadas las circunstancias. El grupo de soldados que había retrocedido en dirección al Portal volvió, confirmando que los sufones habían desistido y salido del bosque.

Icet y Eszul, junto con Lateas, Sara, Dort y Lemas, organizaron las guardias, junto al calor del fuego. Temían la lluvia que aquel día y aquella noche no había hecho acto de presencia. De vez en cuando, miraban hacia arriba. El recuerdo de la tempestad y de los níveos blancos encogía sus corazones. El Bosque de las Hiedras, una tierra tan vasta como ignota, magnificaba todo lo que nacía en sus impenetrables entrañas.

—Los vesclanos nada necesitamos —afirmó Icet, jugando con el anillo que colgaba de su nariz—, nada excepto salir de aquí cuanto antes.

—Los hombres no van a comer gusanos, hierbajos y termitas. No hasta que estén muriéndose de hambre —contestó, lacónica, Eszul.

Icet, cuya piel amarillenta enrojecía al calor de las llamas, miró a la Bálkida asumiendo que no había sido entendido. Suspiró.

—¿Para qué queremos moribundos? Para salir del Bosque se necesitan guerreros fuertes y alimentados.

—Y todos estamos muy cansados —intervino Lateas—. Lucha y más lucha. El frío, la lluvia, dormir bajo tempestades. Hoy hemos perdido otro hombre rojo. Se ha dejado caer a un lado de la senda y no ha querido levantarse. Ni con amenazas. Lloraba, incapaz de dar un paso más.

—No podemos esperar a cada rezagado —concluyó Sara, taciturna—. Me preocupa, eso sí, que los muertos que dejamos atrás son una pista evidente para cualquier rastreador.

—Después de lo de ayer, ¿quién va a atreverse a entrar en el bosque a cazar? —dijo Eszul.

—No hace falta cazar. Cada litocarpo es una barra de pan.

Los oficiales se giraron, sorprendidos. Ahí estaba el prisionero, el

chico, atado a uno de los últimos pequeños carros que conservaban. Habían olvidado que estaba allí, de alguna manera formando parte del consejo.

—¿Qué dices? —le espetó Icet.

—Si cortamos el árbol y arrancamos la corteza. Su madera es como harina, aunque hay que mojarla, amasarla y dejarla secar.

Nadie supo qué decir. Estaban rodeados de comida en abundancia, según el hijo del mago.

—¿No nos querrás envenenar a todos, verdad, muchacho? —le interrogó Lateas.

El joven volvió a su silencio, parapetándose en las sombras.

—Dime una cosa —dijo el noble Icet—. ¿Habías llegado tan lejos, tan al interior del bosque alguna vez?

El muchacho negó con la cabeza.

—Entonces no nos sirves de nada. Lo dejaremos aquí.

—¡No! Si me abandonáis ellos me cogerán.

—¿Ellos?

—Los Akara. Los que viven dentro.

—¿De qué hablas muchacho, cuál es ese cuento? —preguntó Eszul, acercándose.

Entre las penumbras del crepúsculo apareció el estratego. Serio, con un mirar ausente que lo alejaba de todo. Se acercó al muchacho y ante la estupefacción de los capitanes, sacó a relucir su daga. El chico abrió la boca. El antiguo conde cortó las ataduras y liberó al prisionero.

—No nos puede hacer daño alguno. Se quedará conmigo.

—Pero, precisamente vos…—balbuceó Lateas.

—Por dos veces lo he liberado, o eso creo. Dormirá a mi lado, si es necesario —contestó el conde.

El joven, libre, empezó a buscar algo. Miraba, ladeando la cabeza, las ramas de los árboles. «Yura, ¿dónde estás, Yura?», repetía. De la espesura surgió una comadreja del tamaño de un perro, que saltó a los brazos del hijo del mago, reclamando atenciones y caricias.

—Y ahora esto —se quejó Sara—. El salvaje y su mascota.

—No es peligroso, y el muchacho aún puede ayudarnos —replicó Serlan—. Él es el único que sabe algo del misterio que nos rodea.

—¿Ayudarnos? Se acaba de inventar eso de los Akara, para que todos por fin podamos dormir tranquilos, ¿no es así? Una historia para que no entremos en el bosque. ¿De quién fue la idea de ir hacia el norte y entrar en este reino de sombras? Ayer casi nos mata a todos. Cada paso que damos, cada hoja que pisamos, es un peligro. Yo ya lo dije, dar media vuelta y enfrentarnos a nuestros perseguidores. Si hemos de morir, al menos moriremos de pie, espada en mano, y no

uno a uno sin saber a qué nos enfrentamos.

—¿Tienes miedo, Sara? —respondió Serlan.

—¿Miedo? —contestó, mostrando su brazo izquierdo amputado, recubierto por acero negro—. Lo único que me da miedo es perder la otra mano.

—No deberías hablar así al estratego, amiga mía —intervino, en el tono más pausado que le fue posible, Lateas.

—Oh, calla. ¿Es qué no lo véis? ¿Cuántas veces se ha equivocado? Y ahora vuelve a hacerlo, adoptando a este mamarracho —dijo Sara fuera de sí—. Al hijo del hombre que mató. ¡Es de locos! Como me adoptó a mí cuando era el Conde de Vamurta.

El silencio que siguió a esas palabras fue sepulcral. El antiguo conde miró a Sara, furioso. Unos cuantos soldados se habían acercado a la fogata, atraídos por tanta vehemencia. La capitana se maldijo, movía la cabeza con un extraño vaivén, como si quisiera negar algo.

—¿Conde de Vamurta? —preguntó muy lentamente el noble Icet.

—¿Y qué es lo que fuimos? Un sueño. Soy el único hijo de Ermesenda, la última condesa de Vamurta. ¿Qué soy ahora? ¿Acaso os parezco el conde de aquella gran ciudad que perdí? Miradme, tan sucio y asustado como cualquier hombre de la compañía. Decídmelo vosotros. ¿Qué soy, perdido en esta inmensidad, en esta arboleda sin fin? ¿Quién soy realmente?

# 48
# LOS MAGÍSTERS

Leandra despertó antes del amanecer. Se sorprendió de estar empapada en sudor. Tenía la sensación de que le faltaba el aire. Abrió bien los ojos, intentando situarse tras la tregua del sueño. Afuera, la oscuridad seguía reinando en el cielo. La quietud de las calles de Nueva Vamurta era absoluta en aquel momento en que la noche se alargaba un poco más, cuando los amantes han vuelto a sus aposentos y en los campos la aurora no se ha decidido a asomarse en el horizonte para dar paso a un nuevo día. Leandra se quitó las sábanas de encima. A su lado dormía Traeras, la fornida espalda gris, la suavidad de la respiración del joven capitán. La cabellera clara cubría el cojín de terciopelo. Se incorporó, dejando la mano sobre los hombros duros del joven. Cerró y volvió a abrir los párpados. No podía dormir. Levantarse tan temprano significaba llegar a la tarde cansada, sin aquella energía que la movía de un lado a otro sin descanso. Hubiera preferido abrazarse al cuerpo caliente de su amado y seguir durmiendo, reponer fuerzas para la jornada que había de llegar. Pero le era imposible. Un hormigueo recorría su cuerpo. La mente ya se había puesto en marcha para castigarla con recuerdos y todo lo que debía hacer y no había hecho todavía. Tanto por hacer. Tanto. No entendía aquel sordo aullido que llegaba de alguna parte. Una sensación de angustia lejana, como la voz de alguien querido que quiere hablar y resulta imposible entender. ¿O era Leandra la que no quería atender a nada que no fuera lo que le daba la razón a cada instante? Creyó poder oír el arrullo del mundo, un sonido que era distinto al que escuchaba hacía ya unas cuantas primaveras. Las cosas estaban cambiando, eso empezaba a entenderlo. Sentada sobre la cama, cruzó las palmas de las manos sobre el pecho y lanzó la cabeza hacia atrás. Hubiera rezado, le hubiera gustado el consuelo de dirigirse al gran padre. No conseguía deshacer el nudo que sentía en las entrañas, así que aproximó el cuerpo a la espalda de Traeras y comenzó a acariciarlo. Necesitaba algo que la sacara de ese agujero en el que se sentía hundida, sin un propósito. Sus manos tocaron el cuello de marino del compañero, los dedos largos bajaron hasta el pecho pellizcando con suavidad los pezones oscuros. Empezaba a moverse en sueños, el capitán dejaba escapar sonidos inconexos. Leandra lamió su nuca y mordió la piel dura, fuerte, de la espalda. Todavía dormido, los sueños del joven soldado empezaban a ser conducidos, pues una fuerte erección era la evidencia de que la dama de Villalaia lo llevaba a otra

habitación en la inconsciencia. Al fin, Leandra giró aquel cuerpo pesado y, sujetando con zarpas felinas a Traeras, lo montó. Las rodillas clavadas sobre la cama, los suaves muslos de Leandra aprisionándolo. Sintió alivio y la excitación del dominio, mirando en penumbras el rostro todavía dormido de su amante, que empezaba a convulsionarse, emitiendo algo así como sollozos apagados. La jinete sobre el toro embocado y sujeto. La mujer lo agarró por la mandíbula, a la vez que se balanceaba sobre su estómago, obligándolo a despertar. Al hacerlo, Traeras se tensó y aún medio en sueños se dejó llevar hasta colmar a su dama.

Vigilaba el reposo del joven. Se había vuelto a dormir. La luz del amanecer teñía los cristales del aposento con dorados y tonos oxidados. Los primeros rayos del día penetraban en la habitación hasta tocar el rostro de la señora. Dos ojos rasgados que veían llegar el porvenir con desconcierto. Un rostro sin expresión recortado contra la cabecera de la cama. Lo único que se oía en aquella alcoba eran los ronquidos de Traeras.

El interior de la habitación era luminoso a media mañana. Los muebles brillaban, los colores de los tapices rebosaban y hasta hacía un poco de calor. El capitán había salido, convocado por los magísters de las colonias. Leandra seguía en la cama, las facciones inmutables. A medida que el sol ascendía, las primaveras olvidadas aparecían. Ella jamás se había detenido a pensar en lo que había dejado atrás, eso era para los pusilánimes. Por eso la catarata de toda una vida la había sorprendido con la guardia baja. Rostros olvidados, aromas y sonrisas borradas por el tiempo. No sentía ni sed ni hambre. Las doncellas habían tratado de sacarla, de llevarla fuera, pero los intentos habían sido en vano. La dama seguía en la misma posición en la que se había quedado tras hacerle el amor a su amante, postrada sobre las sábanas. Poco antes del mediodía había escuchado voces en la calle. Una jarana poco habitual. Pensó si había olvidado alguna festividad, pero no era así. El alboroto de los ciudadanos de Nueva Vamurta rompió el hechizo que la mantenía encadenada a otras épocas. Se levantó, cubriendo su delgada figura con un manto de pieles. Se acercó al ventanal, que daba a una de las principales avenidas de la ciudad. Las gentes se aglomeraban a lado y lado de la vía, dejando paso a los que venían desde el otro extremo. No entendía bien lo que voceaban. Abrió las ventanas, el frío de finales de otoño la despertó del todo. Al final de la avenida se veían a unos hombres de armas desfilar, entraban en la ciudad, aclamados. «¡Capitán Álvaro, al fin!», oyó Leandra. El nombre del héroe de Nogrog se repetía sin cesar. La vanguardia de la formación estaba compuesta por infantes armados con espada, lanza y escudo. Los seguían grupos de ballesteros. Detrás

de ellos, la señora de Villalaia descubrió unidades de arcabuceros. Se fijó bien, ¡eran las armas que ella fabricaba! ¿De dónde habían sacado el dinero para armar a tantos? El desfile avanzaba, hasta que entre las tropas, solo y a pie, apareció el capitán Álvaro Telan. Algunas mujeres barrían el suelo que debía pisar con ramas, la multitud lo vitoreaba. El soldado, circunspecto, seguía caminando, saludando con marcialidad a la multitud. A pesar de ser considerado un paladín de las colonias, su armadura era igual a la de cualquier infante.

Al atardecer los personajes insignes de Nueva Vamurta se dirigieron, en calidad de invitados, a la Casa del Pueblo. Allí tendría lugar un banquete en honor al hombre más popular de las colonias, el oficial que había evitado que la ciudad de Nogrog fuera tomada y saqueada. El soldado que tantas vidas había salvado. Leandra llegó acompañada por Traeras, sus tres damas de compañía y un séquito armado. No eran tiempos para pasear por las calles sin una escolta. Los emigrantes de la vieja metrópolis y la carestía del pan habían convertido la urbe en un lugar poco seguro. Pero aquella noche los disturbios constantes y el malestar parecían importar poco. Leandra entró en el gran salón donde tenía lugar la recepción, disfrutando de nuevo de la grandeza de su condición. Fueron muchos los invitados que se acercaron a ella para saludarla y así rendir homenaje a la dama más poderosa de las nuevas tierras. Se respiraba una atmósfera alegre. La opulencia en la celebración era evidente, «y hasta exagerada», pensó. Los bardos cantaban nuevas canciones en alabanza al que fue uno de los grandes oficiales de la antigua Vamurta. En la mesa se habían servido exquisiteces y el vino corría a raudales, entre las exclamaciones y las sonrisas de los asistentes. Los magísters deseaban una gran fiesta.

—Amor mío, debería ir a hablar con el magíster militum. Hay algunos asuntos pendientes, asuntos menores de los que un buen soldado debe encargarse —dijo Traeras, que con su largo cabello rubio y su porte, destacaba entre tantas túnicas de paño negro.

—Ve, ve, pero no me dejes mucho tiempo sola —contestó Leandra.

—No más de lo que dure una copa de vino en mis manos.

Leandra lo vio alejarse, en busca de Vertan, que lo recibió con gran cordialidad. Como a un viejo amigo. Aquello no pasó desapercibido para la señora. Un tipo calculador como el magíster militum, haciendo gala en público de su amistad con el oficial de su hueste. Algo se estaba moviendo en las alcantarillas de la urbe y ella no sabía qué era. En uno de los rincones de la sala, sentado en una gran silla, vio a un hombre de edad tan solo como ella. Era el viejo Matrol, que con mirada ausente observaba todo lo que sucedía a su

alrededor. El semblante cansado. La piel gris no era más que una fina superficie seca. Los ojos caídos del Alto Magistrado navegaban por otros mares alejados del bullicio del presente.

El capitán Álvaro se dirigía con paso vivo a la Casa del Pueblo seguido de cerca por hombres de su confianza. Un malestar creciente se extendía desde su estómago al resto del cuerpo. Los festejos debían continuar, como si nada hubiera pasado. El aire del otoño era una gota fría e inmóvil aposentada sobre el mundo.

*«No tienen manera de saber lo que yo sé. Tan solo saben que Herbaiokastro sufrió un accidente, si nadie se ha ido de la lengua. Lo único que conocen es que la ciudad que vendieron resistió cuando desde aquí nadie apostaba por ello. ¡Cerdos, hombres sin vergüenza! A lo mejor no todos. Algunos magísters no estaban involucrados, aunque no sé cuáles. Hijos de rameras de callejón y brujas, ¿cómo se pueden dejar niños y seres indefensos a su suerte? ¡Toda una ciudad pasada a cuchillo o esclavizada! Este es el gobierno de las colonias. Cuántas veces no habré sufrido la misma pesadilla: las calles de Nogrog encharcadas con la sangre de los inocentes. Las botas se hunden en ríos de sangre espesa, no puedo andar. Muero ahogado en un mar de muerte rojo metálico. Suerte de Adana, suerte de todos los que lucharon a mi lado.*

*»Decidieron que no había fuerzas suficientes o que perderían a muchos hombres, así que nos vendieron. Todos me sonríen y palmean mi espalda. Los mismos que se frotaban las manos con el oro pagado por nuestras cabezas. Yo, Álvaro Telan, no perdono. Sonrío bajo las cúpulas de piedra. Como en su misma mesa. Hasta lanzo chanzas, pero ni olvido ni perdono. Saben que de algún modo controlo parte de los territorios, por el simple hecho de no haberme rendido al gran juego de los que mandan aquí y en el oeste, el este y el norte. Un hijo de Vamurta no se rinde. Ahí viene el hombre fuerte, Vertan, con esa expresión de buen cónsul y su túnica negra, el defensor del pueblo. ¿Cuánto le habrán dado y cuánto le habrán prometido? Esta es la fiesta de las víboras. Ahí está ese viejo de grandes ojos verdes caídos, Matrol. Lo único que brilla es el collar de peces plateados que corresponde al Alto Magistrado. Ese no ha picado del plato de la corrupción. Ese no. Pero qué mayor está, que tristeza irradia. Sentados a mi derecha e izquierda parlotean otros magísters y los altos oficiales de las milicias. ¿Quién de ellos es bueno? ¿Cuándo podré saberlo? Todavía mi red de informadores, que creé tras levantar el asedio, no es lo suficientemente tupida y penetrante. Si supiera más…*

*»Si consiguiera entender cómo funcionan los resortes del poder. Un soldado veterano como yo hundido por necesidad en el barrizal de las envidias, las dobleces y la impiedad del poder. Ahí está esa dama, Leandra. ¿No era ella la que manejaba los hilos de los hombres grises aposentados en estas tierras bendecidas por Onar? Está, pero la empiezan*

*a dejar de lado. Algo se está cociendo aquí. ¡Cómo cambia todo y se disfraza con ropajes de transformación para ser lo mismo! Lo mismo para esos miserables que he visto en los caminos que me han llevado hasta esta suntuosa celebración. Barajar los naipes para dejarlo todo igual. Entiendo la razón por la que mi amigo y antiguo señor cayó rendido en sus brazos. En ella se esconde una belleza imperecedera, algo en su saber estar. Irradia misterio y no solo por el vestido y las caras alhajas que cuelgan de su cuerpo, es algo indefinible. ¿Es su modo de mirar? Debo acercarme a ella, hablar. Quién sabe. Alguien introducido en todo lo que aquí sucede, aunque resulta evidente que la autoridad en esta mesa la ostenta el magíster militum y los hombres que le son afines. Aprovechar el resentimiento que debe sentir. Todavía es invitada y sentada en los puestos de honor. Su red de espías es famosa. ¡Qué ojos tan sagaces! Qué fuerza emana de ese delicado cuerpo de gata».*

La entrada de las danzarinas indicaba que el banquete llegaba a su fin y que pronto los invitados podrían abandonar las sillas y moverse a placer por el salón destellante. Entre el gentío que brindaba despreocupadamente y los comensales que seguían engullendo viandas que pocos podían probar en aquellos territorios, el capitán respondía a las preguntas de los ávidos de nuevas. Cuando tuvo oportunidad se acercó, con la naturalidad que le fue posible, a Leandra, la cual parecía estar muy pendiente de un joven oficial de largos cabellos claros que no se separaba del gran hombre, Vertan.

—Perdonadme, señora, si os distraigo de la atención que prestáis a ese joven —dijo Álvaro Telan.

Leandra se volvió hacia él, sorprendida en su vigilancia. Aunque inmediatamente sonrió, recuperando el dominio de la situación.

—Oh, ese joven es Traeras, el adalid de mi hueste.

—He oído hablar de vos y de vuestra radiante belleza, señora. Pero hasta esta noche no había tenido la suerte de conoceros.

—Sois gentil, en un ambiente de…

—¿Serpientes?

Leandra rió de verdad por primera vez en varios días. Aquella risa inesperada hizo que el rostro barbudo de Telan se relajara. La franqueza de aquel soldado la había divertido. Ella también sabía perfectamente quién era él. Y lo había visto aquella misma mañana, recibido como un dios. La señora de Villalaia pensó si aquello no era algún tipo de buen augurio.

—No os veo cómodo entre tantas túnicas negras —apuntó la dama—. Quizá sea tan solo una sensación, pero vuestro semblante parece forzado, como si lo que de verdad desearais es salir cuanto antes de esta ratonera adornada con mantos lujosos.

—¿Por qué no me acompañáis a dar un paseo? —se atrevió a

proponer—. El aire fresco de la noche nos despejará.

—Porque no sería prudente, capitán Álvaro. Imagináoslo, el gran héroe se fuga de la fiesta de bienvenida acompañado por Leandra. Oh, sería motivo de muchos chismorreos y levantaríamos enormes suspicacias, especialmente entre las túnicas negras.

—Tenéis razón. La que fue amante del conde de Vamurta abandona a los magísters junto a uno de sus viejos amigos y leales servidores. Inmediatamente seríamos vigilados. Y eso no nos interesa, ¿verdad?

La mención, directa e inesperada, de la relación con Serlan De Enroc ensombreció el semblante de la mujer. Álvaro se dio cuenta y le pidió disculpas, agregando:

—Tenemos mucho de que hablar, incluso me arriesgo a decir que compartimos los mismos intereses. Algo está ocurriendo aquí. Y debéis saber que del sitio de Nogrog no se ha dicho la verdad, como del conde Serlan o de tantas y tantas cosas que ocurren. Debo reconoceros que voy a ciegas, necesito saber cosas y quizá vos podríais iluminar este valle de sombras.

—¿Qué os hace pensar que una dama como yo, que domina el consejo de las colonias, como ya debéis saber, y que es la principal fortuna y beneficiada de lo que aquí ocurre, querría ayudaros a vos, que parecéis querer llevar los asuntos en otra dirección?

—Sois la dama más rica de esta ciudad, pero no de las colonias. Algunos oligarcas entre los puros os superan. Y ya no domináis el consejo de las colonias, como imagino, empezáis a comprender —El intendente medio sonreía, como el que sabe que se la juega.

—Muchas cosas creéis saber vos y de ninguna estáis seguro —respondió con frialdad Leandra.

—Creo en lo que veo. Y esta noche, entre tantos agasajos, no he visto que sobre vuestra testa se sostenga el cetro del poder. Y hay más.

—¿Qué más, Álvaro Telan, nacido y educado en Vamurta, que lucháis bajo otra bandera, la de las milicias de estas tierras, que no es la vuestra?

—¿Qué más, qué quiero? A vos. Realmente, solo soy un soldado. Para eso fui instruido y hubiera sido un error que los dos mantuviéramos esta conversación fuera de esta casa, esta noche. Me voy dando cuenta..., os veo y no reconozco a la dama de la que me habían hablado. Os mostráis inquieta, buscáis algo o a alguien. Pudiera ser que un hombre honrado os pudiera ayudar a encontrarlo.

Leandra lo miró con un punto de ternura.

—¿Realmente creéis en vuestras palabras...? *Solo soy un soldado*, decís. A mi me empezáis a parecer un halcón que se asienta sobre una roca y divisa el valle entero.

—Nacido y educado en Vamurta. Y he visto tantos y tantos

campos de flores agostados por el calor y más tarde helados por el viento del norte… —recordó Álvaro.

—¿Pudiera ser que esta noche un desconocido me haya dicho más de mis turbaciones de lo que yo misma me atrevo a reconocer?

El capitán se acercó a la mujer, para susurrar:

—¿Mañana podríamos encontrarnos? El pequeño templo de Sira cerca de la puerta este podría ser un buen lugar.

—Justo cuando el sol haya descendido en el horizonte.

*«El gran capitán se marchó ayer. Qué hombre tan extraordinario, no quiere nada para él. Actúa como si el brillo del oro, el vivir entre brocados y degustar las mejores viandas no le importaran lo más mínimo. Es un hombre gris de otro tiempo. Anticuado. Aunque será útil a mis propósitos. Tiene la fuerza de la espada, es reconocido y cuenta con la admiración de la plebe. Anochece de nuevo. Las velas de mi habitación tiemblan cada vez que me muevo. Tasminia me ha traído la cena, unas manzanas jugosas y vino servido en una copa azul. Lapislázuli, de las lejanas tierras del este, comprado y vendido por los puros sin que nadie sepa a quién. ¿Será verdad que algunos de ellos poseen más plata que yo?*

*»Hemos pactado. Sí, más tras saber lo que él me ha transmitido. Los magísters afines a Vertan preparan un golpe. El gran golpe que les dará prerrogativas sin cortapisas. Todo el poder en manos de muy pocos y Leandra, ¡la gran Leandra!, no está entre ellos. Aunque empezaba a sospecharlo, no creí que se atreverían. Deponer al Alto Magistrado Matrol y a los pocos que lo siguen, convertir la Asamblea de las colonias en una pantomima. ¿Acaso ya no lo era? Traeras está entre ellos, es uno de los tentáculos de Vertan. Me ha usado para escalar, ahora lo veo tan claro que me sonrojo cuando pienso en lo tonta y ciega que he sido. No lo he amado, es verdad. Pero él ha quebrantado los lazos de fidelidad con su ama, eso sí que no tiene perdón. No me es leal, como ninguno de los magísters lo ha sido. ¿Qué ha sucedido para que tantas cosas hayan pasado desapercibidas a mis ojos? ¿Qué no he sabido entender?*

*»Volveré a Villalaia. Incluso mi vida podría estar en peligro aquí. No me fío de los hombres de armas de mi séquito, por ser Traeras su capitán. Sería sencillo, alguien saca una daga y la hunde con rapidez en las entrañas de la señora. Una simple rencilla doméstica, un subordinado resentido. Volveré a Villalaia y me encerraré. Empezaré a tejer un nuevo juego, el de la araña en su madriguera. Diré a Traeras, con sutileza, que se quede aquí para ocuparse de los asuntos de nuestra casa.*

*»Me sorprendió el interés de Álvaro Telan por Vamurta. Le expliqué lo que vi. Él preguntó por las fuerzas estacionadas en la ciudad, por el tipo y número de bombardas, por muchas otras cosas. Teme otro movimiento*

*desde el oeste, es lo único que pude entender. En cualquier caso, he puesto mi red de mercaderes y espías a su disposición, para saber qué es lo que se cuece en su antiguo hogar. Un aliado inesperado, el capitán Álvaro, y fuerte. También hablamos sobre Serlan. No son pocas las noches, como la de hoy, en que maldigo el día en que conocí al hombre que me arrancó el corazón. Sigue vivo, en contra de lo que pensé. Los dioses parecen abrir el camino por el que se adentran él y sus seguidores. Lo último que sabía Álvaro Telan es que se había afincado en la lejana ciudad de Oquadé y que después huyó, presionado por los sufones. Dice que penetró en el Bosque de las Hiedras, de allí donde nadie ha vuelto a salir».*

# 49
# PAN DE BOSQUE

—¿Tenéis sed, señor? —preguntó el muchacho.

—¡Por Onar!, desde que acabamos las provisiones de agua no hacemos otra cosa que derretir nieve y beber de los charcos helados, como los perros —contestó Serlan.

—Dejadme vuestra espada.

El conde y el murriano miraron sorprendidos al hijo del mago. Aldier, que caminaba ayudado por una muleta construida con ramas, hizo un gesto, como quien quiere indicar que poco se puede perder. Serlan desenvainó la espada fría, entregándola al joven.

—Venid. Beberéis el más dulce de los néctares.

Abandonando la columna que avanzaba rumbo oeste, los tres penetraron en la fronda seguidos por la corpulenta comadreja. Apartando y cortando el ramaje con el filo del arma, el joven pronto encontró una gruesa liana que caía, enroscada entre los brazos de los árboles, hasta el suelo. Dio un tajo limpio, partiendo el tronco, al que se amorró inmediatamente, bebiendo un líquido transparente que caía en pequeños hilos. «Probad». Ambos bebieron, sonriendo tras catar aquel jugo que les ofrecía el bosque cerrado.

—Es tan dulce como los pechos de…—Serlan se dio cuenta que el chico lo miraba con mucha atención—. ¿Cuántas primaveras sumas?

El joven se encogió de hombros, sin saber qué responder. El estratego tomó el arma, devolviéndola a aquella vaina elaborada en la Ciudad de los Lagos. Tanto él como Aldier escudriñaban el alud verde que los rodeaba. Eran unos extraños. Pisaban un tapiz de musgo que se adhería a las raíces de las tíleas y litocarpos, detrás de cuyos troncos podía esconderse un escuadrón completo. Los helechos se enredaban en las botas de cuero, las zarzas abrazaban los muslos. Diríase que no había espacio para el aire. Olían a humedad, a penumbras. Sobre las cabezas de los tres se derramaba un torrente de vegetación. Observaron que el clamor que levantaba la hueste no era más que un rumor si uno se internaba en el Bosque de las Hiedras, como si tras rasgar las cortinas verdes que caían desde el cielo se hallara otro lugar. El silencio, un duro caparazón, trepaba del suelo hasta las cimas lejanas de los litocarpos donde revoloteaban pájaros de colores opacos. Si conseguían ver un fragmento de la loza grisácea de las nubes, podían considerarse afortunados. Un cielo imantado que iba a llorar nieve. El conde observó que el cuerpo del hijo del mago se había tensado de repente. La mascota, agazapada, olfateaba algo que

para ellos permanecía invisible.

—¿Quieres que nos marchemos de aquí, muchacho?

—Sí, debemos ir con los demás.

Volvieron sobre sus pasos con el oído atento. Antes de pisar la claridad del camino, Aldier tocó con la mano libre la espalda del conde. Este se detuvo.

—Así que sois el conde de Vamurta.

—No soy otro —contestó Serlan, entrecerrando los ojos.

El murriano lo miró con una expresión que no podía ser descifrada.

—¿Llegasteis a ver las Reinas?

—No—dijo—. Bien, sí. Desde muy lejos.

—Todos los murrianos somos hijos de una. Cada camada es como una de vuestras familias. Bueno, al menos nos parecemos en eso. Alguna vez no hay camada y nace una única criatura. Irrepetible.

—Entiendo —contestó Serlan, sin mirarlo.

—¡Oh! Perdonadme. Casi nunca pienso en el hogar, del que huí. ¿Y a quién se le puede recriminar defender la tierra que le dio la vida?

—¡La tierra! No me llames señor, trovador. Así conseguirás desatarme un poco de toda esta locura. Lo necesito.

El chico los esperaba fuera. Salieron, reincorporándose a la cucaracha alargada de soldados helados, abrigados con pieles, mantos y jubones pestilentes. Vesclanos y hombres, más los nuevos que los veteranos, observaron a su comandante, acompañado por el murriano herido. Un extraño para muchos de ellos, un ser que los había conducido. No muy dado a las palabras, algo distante. En el valle, había salvado al ejército del acoso de los sufones convocando a los lobos. Una gesta que despertaba una mezcla de admiración e inquietud. Ahora que todos sabían quién había sido, más que amor, aquella figura enjuta y fuerte irradiaba el respeto del que resulta ajeno, extranjero. De buena mañana el viento soplaba sin piedad sobre las cabezas de los errantes. Los copos de nieve empezaban a correr bajo el cielo herrumbroso.

El crujido de la madera resonó en la arboleda. Luego llegó una exhalación precipitada. El litocarpo, cercenado por las hachas de muchos, se desplomaba como una torre rígida arrastrando en su caída infinitud de vegetación. Eufóricos por aquella hazaña, los hombres rojos y grises subieron al gran tronco caído, que atravesaba el sendero. Arrancaron la corteza con diligencia, mientras la nevada continuaba. La madera era blanca y filamentosa. La hoja de las hachas, como un instrumento de despiece, hacía su trabajo; arrancadas multitud de piezas cuadradas del corazón de los árboles, transportaron los maderos harinosos hasta un riachuelo cercano y los empaparon.

Siguiendo las precisas instrucciones del hijo del mago, embebieron la pasta conseguida con trapos viejos y, dando formas improvisadas, dejaron secar la masa frente a los fuegos encendidos antes de la tala. Aldier y el antiguo conde vigilaban los trabajos con curiosidad y esperanza. Desde el mediodía tan solo los renos y los vesclanos tenían el estómago lleno. Icet, apostado frente a una de las hogueras, gritó:

—¡Muchacho, pruébalo tú primero! —La voz gutural resonó en la oscuridad.

El chico, tan hambriento como los soldados, se llevó a la boca un gran pedazo de pan del bosque, devorándolo con tal apetito que muchos se acercaron a las masas calientes dejadas alrededor de las fogatas. El estratego y el murriano también fueron hacia allí. Antes de que otros hincaran el diente, Serlan probó uno de los trozos. Luego siguió comiendo, comentando:

—Insípido y algo dulzón. Es como un pastel amazacotado.

Las palabras pronunciadas por el capitán provocaron un pequeño tumulto. Los hombres de la hueste se lanzaron sobre los panes, llenándose las bocas.

—Tenemos comida para una eternidad —apuntó el murriano. El conde, con la boca llena, asintió.

—Hay comida para alimentar a todo un ejército, ¡qué digo!, a toda una ciudad.

—Los litocarpos —dijo el hijo del mago— estaban antes que los hombres. Eso decía mi padre.

La noche se derramó sobre la fronda sin avisar, apagando los destellos del día. Acampados en el camino y sin la obligación de pensar qué iban a comer al día siguiente, se oyeron, por primera vez desde que dejaron Oquadé, cánticos. Las pocas mujeres grises y los hombres recordaron canciones aprendidas mucho tiempo atrás, entonadas en cada uno de los refugios improvisados para combatir el frío. Bajo el entoldado en el que el estratego descansaba junto al murriano, el muchacho y su animal, se respiraba un cierto sosiego. Taciturno, sin que sus pasos se oyeran sobre la nieve, se presentó Icet ante ellos.

—El pan de bosque ha sido una bendición, muchacho —dijo, dirigiéndose al joven—. Nos has sorprendido a todos. Sin esa comida…

—Quien sabe si alcanzaríamos el fin del camino —continuó Aldier.

—¿Y cuál es el fin, dónde está la salida? —se preguntó el vesclano, sentándose con ellos.

Los cuatro observaron el crepitar del fuego, cansados tras un día de marcha.

—Sería faltar a la verdad decir que sabemos adónde vamos, aún

así, este camino, este lugar, es uno de los más bellos en los que he estado —afirmó Serlan De Enroc—. Inhóspito y salvaje, como si nadie ni nada pudiera permanecer aquí, excepto… ¿Qué temiste cuando nos internamos en el bosque, chico?

—A los Akara.

—¡Otra vez! —exclamó Icet—. No hemos visto a nadie. Aquí no han llegado ni hombres, ni vesclanos, ni tan siquiera los sufones.

—No son hombres —respondió.

El noble vesclano hizo un gesto desdeñoso. Los renos resoplaban cerca de allí. Las siluetas de los animales quedaban recortadas por la luz de las lumbres, como si la oscuridad hubiera devorado a la otra mitad.

—Señor, quería hablaros. ¡Chico, vete a dar una vuelta! —ordenó Icet. El muchacho fue a refugiarse al lado de otro fuego—. Lateas me ha contado que Sara es vuestra sobrina. Poco sabía sobre este asunto. Desde que compartimos un mismo destino, no hemos hecho más que luchar para superar tantas inconveniencias como los cielos y la tierra nos han puesto delante. Los vesclanos os debemos algo. La Ciudad de los Lagos era un gran mercado. Un mercado floreciente en el que nos iban a enterrar sin tan siquiera una oración de despedida.

—Lo sé, nosotros os salvamos por azar. Por azar o por la mano de alguno de los dioses que nos empujó a ello.

Icet intentó sonreír. Aquel rostro alargado y la barbilla puntiaguda eran una sombra. Extendió los dedos, largos y bulbosos, de su único brazo, hacia el fuego.

—No entiendo porqué toleráis que la capitana os hable así. A Sara, me refiero. Intuyo que nuestros destinos, por un tiempo más, permanecerán unidos. Será un largo trecho y si no mantenemos firmes a los soldados, empezarán las peleas, las disputas que desangran una compañía. Son muchas las amenazas. No puede haber lugar para la discusión, y menos entre nosotros.

—Sara es el último cabo de todo lo que antes viví, y me lo recuerda, me recuerda quien fui cada vez que la miro —repuso el estratego—. Ella me dice de dónde vengo. Ella me da razones. ¿Qué puedo hacer, atizarla en el trasero?

—Los hombres lo ven, más los rojos, siempre propensos al desorden. ¡Hasta mis vesclanos se dan cuenta! Más tarde o más temprano, los soldados pensarán que pueden hacer lo que les venga en gana, si no acabáis con todo esto. Y así, nos disgregaremos. —Icet se palpó la barba rala y pálida que como un suave terciopelo crecía en sus mejillas—. En algunas cosas, ella, en casi todo…

—Recordáis la Batalla del Valle —intervino el murriano.

—Eso quería decir. Sara es una mujer dotada, no creáis que esté diciendo que no valga para encabezar nuestras fuerzas montadas. No

es eso. Es muy decidida, algo que siempre he admirado en los hombres grises. Se lanza, parece no conocer la duda, pero…

—No voy a hacer nada al respecto.

Aldier levantó la cabeza. Los ojos turbios del murriano intentaban entender. Icet, sorprendido y algo decepcionado, se abrochó la fíbula áurea del manto de piel que lo abrigaba. El aire silbaba entre las ramas, haciéndolas crujir en el baile de la oscuridad.

A la mañana siguiente, tras avanzar en el camino por primera vez en varios días bajo un cielo despejado, la columna tropezó con un obstáculo imprevisto. Un gran trecho del camino se hundía en una zona pantanosa. Haciendo uso de los catalejos observaron, a mucha distancia, que la senda volvía a emerger. Múltiples pantanos cubrían el bosque helado uniéndose y separándose, dejando pequeños islotes y lenguas de tierra petrificada. Una gran superficie de agua que se extendía de norte a sur y en la que crecían otro tipo de árboles, menos majestuosos, cuyas raíces se hundían en los cuatro palmos de agua sobre la que flotaban unas pequeñas hojas de un verde muy vivo que, en algunas zonas, tapizaban por completo el cristal borroso de la ciénaga, brillando bajo el sol como diminutas esmeraldas.

Los capitanes parlamentaron. Creían que tenían tiempo de alcanzar la otra orilla antes de que cayera la noche, pero para vadear los pantanos debían deshacerse del peso y de los últimos carros que les quedaban.

—Dejad aquellas partes de la armadura que os protegen las piernas —mandó Serlan De Enroc con voz estertórea—. Las escarcelas también.

Los carromatos ligeros más decenas de piezas de armaduras fueron abandonados. Se decidió que cruzarían por secciones, una detrás de la otra. Los renos se cargaron con las municiones de los arcabuceros, el pan de bosque envuelto en trapos, y el resto del tesoro de la compañía.

Eszul entró en el agua e inmediatamente volvió a salir.

—Está helada —murmuró, temblando de pies a cabeza—. Por fortuna, los dioses nos dan el calor del sol. Debemos aprovecharlo cruzando ahora el humedal. Y hacerlo rápido.

—Soldados, usad las lanzas a modo de pértigas, así sabréis lo que vais a pisar. ¡Vamos! —vociferó el conde.

Una tras otra, las secciones mandadas por los respectivos oficiales penetraron en las aguas estancadas, dispersando las hojas brillantes. Los hombres rojos parecían ser los que soportaban mejor el frío. Mientras avanzaban, veían pasar, rápidos, pequeños bancos de carpas. Los vesclanos, que no podían evitar gemir y sentir constantes

escalofríos, se prometieron pescarlas cuando llegaran al otro lado. Se animaban entre ellos, imaginando maneras de cocinar aquellos peces del color del bronce envejecido. El avance, espoleado por el frío, estaba siendo más veloz de lo previsto. Las lagunas eran un paraje enigmático. Los rayos de luz refulgían, recordando una primavera que casi todos tenían olvidada. Distintos hombres advirtieron que sobre las aguas verdosas emergía un tipo de planta acuática singular, de tronco blanco y tan largo y robusto como un venablo, que se abría como una flor en cuyo centro brillaban unos puntos rojos. Eran pequeños árboles flotantes con los brazos abiertos para recoger calor. Maravillado, uno de los vesclanos se acercó a una, pero antes de alcanzarla vio aterrizar en su centro a una garza de cola tiesa y pico afilado. Cuando el pájaro estuvo posado entre las ramas, estas se cerraron sobre el animal. El vesclano chilló, sin evitar mostrar el horror que sentía. El centro de puntos rojos se transformó en una boca que despedazó al ave, que intentaba zafarse con desespero. «¡Son arañas!», avisó el soldado. Los compañeros del vesclano se apartaron, instintivamente, observando con asco el festín de aquel depredador estático.

Siguieron adelante, hallando profundos sumideros de los que manaba agua caliente. A su alrededor descansaron las secciones, agradeciendo poder desentumecer las piernas congeladas. Poco después del mediodía, como gatos mojados, llegaron al otro lado. Aldier, apoyándose en Serlan y un joven recluta de Oquadé, fue de los últimos en salir del agua. Cerca de la orilla se apresuraron a montar un campamento y encender fogatas, deseosos de entrar en calor. Querían permanecer cerca de las aguas, ya que permitía ver el cielo en toda su inmensidad, sin las cúpulas de los árboles que lo escondieran.

Una vez secos, volvieron a talar otro litocarpo para cocer más panes. El hijo del mago se mostró inquieto. «No es buena cosa. No acabamos de vaciar el primero». Pero fueron pocos los que lo escucharon, teniendo como tenían un manjar infinito esperando bajo las cortezas de aquellos gigantes de madera.

Prosiguieron con las labores de elaboración del pan al día siguiente, justo después del desayuno. A pesar de haber reunido suficientes provisiones para unas cuantas jornadas, hombres grises y rojos, con el deseo de incrementar las reservas, empezaron a talar otros dos enormes litocarpos. No tuvieron tiempo de herir la madera. Desde la intrincada espesura los atacaron de un modo fulminante. Dos grises fueron heridos. Unas saetas finas y cortas lanzadas por desconocidos. Los grupos de leñadores salieron despavoridos hacia el camino y entre la hueste cundió el desconcierto. Imposible luchar. Silbaban otras flechas diminutas disparadas desde la invisibilidad, de las que pudieron protegerse con los escudos.

—No deben ser muchos —dijo Eszul—, pero, ¿quiénes son, dónde están?

—Lo único que veo son estas hiedras que lo cubren todo —contestó Sara—. ¡No veo nada más!

Al poco, el ataque cesó. Se decidió abandonar la tala y, bien cerrada, la columna reemprendió la marcha. Los dos heridos murieron antes del mediodía. Las flechas estaban envenenadas. Acamparon tomando todas las precauciones posibles. Cada grupo de soldados formaba un parapeto en semicírculo que miraba, abierto, el camino, protegidos a la vez por el grupo que tenía enfrente. La caminata había sido lenta y aquella noche los turnos de guardia, muy nutridos, restaron descanso a hombres y vesclanos, a la vez que el frío y la nieve los atenazaban un poco más.

A lo largo de las dos siguientes jornadas continuaron las escaramuzas de forma intermitente, sin que nadie supiera el porqué empezaban y la razón del cese de los hostigamientos. Un vesclano y un recluta de Oquadé murieron. Los nervios volvían a enseñorearse del corazón de aquel ejército. Sabían que eran los Akara, el nombre que les daba el chico. Pero no habían visto a ninguno. Tan solo podían saber si estaban cerca cuando Yura, la comadreja gigante, se erizaba, lo que les daba una pequeña ventaja frente a aquellos que no se mostraban y parecían moverse por el interior de aquel palacio infinito que era el bosque con una facilidad casi mágica a ojos de los intrusos. Llegada la tarde del segundo día, los ataques cesaron por completo. Yura se mostraba tranquila y juguetona. Había pasado de ser detestada a objeto de regalos y atenciones por parte de todos. Los capitanes estaban preocupados, pues sabían de su vulnerabilidad. Las fuerzas se encontraban dispersas en la senda cerrada por los límites de la arboleda. Responder a los Akara era como querer cargar contra la niebla.

Tanto hombres como vesclanos de todas las edades del grupo de supervivientes se acurrucaron bajo las ropas de abrigo para pasar la noche. Estar caliente era una prioridad. Los cobijos, las pieles y los fuegos impedían que la muerte por congelación diezmara la tropa, pero todos entendían que si arreciaba el frío, empezarían a contar las bajas por docenas. Antes de caer por las escalinatas de los sueños, muchos fueron los que compartieron un pensamiento. Un pensamiento que mucho tenía de plegaria a los dioses de cada uno: salir, dejar atrás aquel laberinto que los oprimía, que en cada jornada cobraba un tributo de muerte.

La pierna del murriano mejoraba en cada nuevo día, recobrando el vigor de antaño. Cada vez se parecía más a él mismo, algo de lo que todos se alegraban. Aquellos ojos escrutadores parecían poder verlo

todo. Mientras, los hombres de armas se encontraban al borde de la pura desesperación. Aldier volvía a mostrarse extrañamente calmado, como si aquel bosque de cortinas impenetrables hubiera sido la tierra que lo vio nacer. Una manera de afrontar el camino que templaba los nervios del que fue conde de Vamurta y lo ayudaba a sentirse, en algo, protegido entre tantas amenazas e incertidumbres. De eso, Serlan De Enroc era consciente. Buscaba su compañía, recordando a veces las dos espadas murrianas abriéndole la puerta para escapar de la isla de los seres azules.

—No han vuelto a hostigarnos —señaló Aldier al conde.

—Esos Akara o como se llamen llegaban traídos por el viento. Y por el mismo viento han sido llevados a otro lugar.

Los grises y el murriano comían pan del bosque. Los vesclanos masticaban otros manjares. A pesar de ser mediodía, el aire cortaba las mejillas y el sol no calentaba. El cielo plúmbeo no dejaba pasar ni un haz de luz. Pronto volvería a nevar.

—El muchacho tiene razón —continuó el estratego, frotándose las manos enguantadas—. Nos han atacado por talar árboles, no por ser intrusos. A lo mejor los litocarpos son algo más para los Akara. Quizá talamos demasiados, tal como él dice.

El murriano asintió con la cabeza.

—Son más que simples árboles. Son los señores de estas tierras. Hasta poseen algo antiguo, una majestad difícil de definir. De lo que estoy seguro es que volverán a acosarnos. Y no he conseguido verlos, apenas una sombra, un movimiento detrás de las hiedras que cesa al instante. ¿Cómo apuntar, a qué?

El conde lo miraba, sonriendo.

—¿De qué ríes, amigo?

—¿Recuerdas cómo se habla tu lengua? Llevas tantas estaciones entre los hombres grises que hablas mejor que muchos de nosotros.

—Y empiezo a envenenarme de vuestras debilidades.

—¡Oh, todavía te falta! Apenas bebes la mitad que un gris y jamás te he visto apostar o perseguir mujeres.

El color de la cara de Aldier cambió, oscureciéndose. «¿Está enrojeciendo?», pensó Serlan, pero no quiso decir más. El murriano se puso en pie y, al instante, también el estratego. Se miraron fugazmente. «Fuego de arcabuces», dijeron al mismo tiempo. Otros en la compañía habían escuchado aquel breve y lejano retumbo. Otro estallido, el eco de una descarga cerrada.

—Guardad la comida y los enseres. Tened prestas las armas —ordenó el primer capitán a la mesnada.

Afinaron el oído. Desconocían el origen de las explosiones. Podía deberse a cualquier cosa. El sonido provenía del oeste, así que estaba delante y no procedía de atrás, del camino hecho. Muchos temieron,

sin decirlo, que los sufones los hubieran rodeado, cortándoles el avance. La tropa exhalaba vaho y temor, hubo unos momentos de absoluto silencio. Nadie se movía. El conde señaló con el brazo hacia delante para que la tropa avanzara. A medida que se aproximaban quedó claro que escuchaban música de guerra. Medio corrieron, cargando con los escudos, resoplando bajo la bóveda de ramas entrecruzadas que se sucedían y se cerraban en las alturas como la nervadura de un templo. El crujir de la alfombra de nieve y el tintineo de las propias armas los acompañaron hasta que la vanguardia de Lemas se frenó en seco. Serlan corrió hacia allí.

La fronda quedaba cercenada. Un corte abrupto que daba paso a un inmenso claro. Un espacio solemne por su vacío. Volaba la hojarasca sobre el gran ojo del Bosque de las Hiedras, volaba queriendo elevarse hacia las nubes de piedra que descendían para tocar las copas de la arboleda. Los pies de los soldados tocaban el borde de una pradera, los límites de un lago seco de hojas muertas que contenía todos los colores del atardecer. El viento aullaba.

—Por todos los dioses —murmuró el conde—. Esconderos.

Ocultos en el límite del camino, la hueste oteaba el claro con estupefacción. En el único y solitario promontorio que sobresalía de la profundidad del mar de hojas, ondeaba un estandarte blanco con el gran círculo de la Creación. El emblema de su propio dios, Onar.

—Son hombres grises —masculló Lemas—. ¿Qué hacen aquí?

Sara y Eszul llegaron hasta ellos. Las diferentes secciones de la compañía empezaban a desplegarse siguiendo la línea que unía la fronda con el claro, agazapados.

—Tratar de sobrevivir —afirmó la mujer roja, tajante.

Un centenar largo de grises se defendía en la loma. Dirigían las armas de fuego hacia aquel cúmulo de podredumbre y disparaban. El conde se fijó bien. Aunque estaban lejos, pudieron distinguir unas ligeras oscilaciones bajo el manto de hojarasca. Unas estelas serpenteantes que trazaban un camino en dirección a aquellos desconocidos. Vieron cómo una de las líneas dibujadas en aquel lago se acercaba hasta el montículo. De pronto, un pequeño ser saltó hacia arriba para alcanzar a un hombre gris que sostenía una pica, aguijoneándolo con un punzón. Eran ataques muy imprevisibles. Tras este, hubo otros saltos que por momentos sobrepasaban a los defensores, que a duras penas los podían rechazar, aguijoneando con las lanzas. Era un extrañísimo combate cuerpo a cuerpo en el que las figuras que emergían del lago de hojas intentaban, tras dar un tajo, volver a esconderse.

—¿Son niños? —preguntó Sara.

—Niños no. Mira que cabezas, parecen conchas de mar —dijo Eszul.

Pudieron oír, sobre el entrechocar de las armas, los aullidos de aquellos desgraciados. Unos hombres grises que empezaban a aceptar que poco podían hacer. Brincaban los Akara tajando a los defensores, disparando las diminutas armas, escondidos bajo el lecho de hojas muertas. Demasiado veloces para las pesadas armas de fuego.

Todos los capitanes estaban reunidos, a salvo en el límite del bosque; la fronda, que por primera vez se aliaba con ellos, cubriéndolos con velos y tapices verdes.

—¿Qué vamos a hacer? Por todos y cada uno de los asquerosos dioses, ¿qué vamos a hacer? —se preguntó Lemas, trastornado por lo que veía.

—Nada, ¡nada! ¿Quiénes son esos? ¿Acaso esos hombres grises nos han ayudado en algo?

Era Sara quien hablaba, expresando en voz alta las dudas que todos sentían. Eszul la miró.

—Entonces, ¿nos quedamos aquí, a esperar a que los masacren a todos? Y esto lo digo yo, que no soy hermana de sangre de los grises, soy una Bálkida.

—¿Quieres arriesgar tu pellejo por unos desconocidos? —contestó Sara, con un rictus severo estampado en el rostro.

El conde de Vamurta seguía atento a lo que sucedía. Los ojos negros fijos en la loma. Aquel inmenso baile que se desarrollaba frente a ellos, siendo el cielo gélido testigo mudo del miedo que sentía. Miedo a morir. Algo que conocía perfectamente.

Los pequeños seres que volaban bajo la podredumbre eran más de los que habían creído en un principio. Luchaban en terreno conocido, luchaban en casa. Podían retirarse en cualquier momento al corazón del bosque y desaparecer sin sufrir daño alguno. Por esa razón habían dejado de acosarlos. Se habían reagrupado para lanzar el ataque que presenciaban. Todas las fuerzas acumuladas en ese punto. ¿Sabían los Akara que ellos estaban allí? El corazón del conde se encogió. La loma erizada con las picas de los desesperados le traía viejos recuerdos, como cuando presenció desde lejos la caída de los últimos de Vamurta. El veguer de la Marca Sur defendiéndose con uñas y dientes, a pesar de conocer cuál sería el final de su acto trágico. Incluso, aquella defensa cerrada que veía, le recordó la Batalla del Valle. Sentía como su alma se desbocaba, como si algo escapara por su boca a borbotones. La vida, los recuerdos, los amigos, todo aquello que amó. Los sueños huyendo entre los dientes. Un aliento feroz, una voz. Un rugido.

—Que las secciones sean desplegadas. Arcabuceros grises y vesclanos armados de lanza, sobre la horizontal del camino. Icet, amigo, tú los comandarás —dijo Serlan De Enroc.

Una oda, un canto en el que oía las cuerdas vibrantes del propio

miedo entrelazado con el estertor de una fuerza. Estaba muy cansado. Harto de esperar, de vigilar, de ser un barco de papel a la deriva sobre la corriente del destino, la corriente que imponían los fuertes de las nuevas tierras.

—¿No pretenderéis arriesgar nuestras vidas, verdad? —protestó Sara.

—Lemas, con tu sección pegado al camino. Le sigue Dort Riala y sus rojos en el centro. Mandaré la derecha, la más alejada y expuesta. Sara, con tus renos enfila detrás, dispuestos en el camino que acabamos de hacer. Eszul, tú tendrás cuidado de la impedimenta.

—¿Estáis loco? ¡No sabemos nada! Ni a lo que nos enfrentamos, ni lo que pueda…

Sara miró al resto de los capitanes. Enseguida se dio cuenta de que la observaban con severidad. No la iban a seguir por el camino de la insubordinación.

—¿Quién eres tú? O cumples las órdenes o pierdes a los renos —la amenazó el conde.

—No saldremos vivos del bosque.

—¡Cumple o te detengo y encadeno! ¡Te debes a tu compañía! Son hombres grises, como nosotros. Los Akara se han ofuscado con ellos, nos han olvidado. Algo habrá sucedido. Si los sacamos de esta, aquellos que sostienen allí delante la bandera de la Creación nos ayudarán a salir de aquí. Juntos seremos fuertes, ¡sin duda!

Sara calló, toqueteando furiosa el muñón de acero negro. Fue incapaz de aceptar que aquello era una posibilidad, y nada descabellada.

—¿No hablas siempre de atacar? —prosiguió el estratego—. Pues ahora vamos a hacerlo, con todo.

La ofensiva de los Akara se acrecentaba como una pesadilla que, lejos de desaparecer, se oscurece. Una lluvia de flechas lanzadas desde todas las posiciones azotaba la frágil posición de los hombres grises. Los arcabuces respondían, pero la tarea de recargarlos no era ágil. Y eran pocos. Serlan observó que los Akara sableaban tras el salto a sus oponentes con un filo adherido a su antebrazo derecho y que, con algún tipo de pequeña ballesta montada sobre el izquierdo, disparaban. Realizaban ataques fulminantes con la ventaja de la sorpresa. Brotaban salpicaduras de sangre aquí y allá. De la orilla contraria a aquel sumidero aparecieron más fuerzas enemigas. Los veían un instante, cuando salían del bosque, y los perdían al sumergirse bajo el manto de restos putrefactos.

—Empezad a tomar posiciones —gritó el primer capitán—. Iremos hacia la loma en formación de falange, pero con los escudos delante de los pies, tocando el suelo como si fueran una escoba. ¡Escudos abajo, y apretados! Nos abriremos paso entre el barro y las

hojas.

Antes de desplegarse, Dort Riala buscó con la mirada a Eszul, que como él mismo, sentía un ahogo en la garganta antes de comenzar el combate. El hombre rojo se llevó la mano al corazón e inclinó levemente la cabeza. Eszul lo miró con seriedad. Pudiera ser que aquella fuera la última vez que viera a aquel gigantón parlanchín con vida.

Cuando los arcabuceros y los vesclanos tomaron el camino, se oyó un clamor sordo, un griterío de voces de los Akara o de los grises. Sara esperaba, montada sobre un reno, encabezando a un grupo de treinta monturas. El resto de soldados organizaron algo parecido a un testudo abierto por el techo, una guadaña que iba a segar todo lo que se entrometiera en su avance.

Los soldados grises hundieron las botas en el fango. Usando los escudos a modo de pared móvil, empujaron el alud de hojas, que volaban por encima de los cascos. Icet, con los arcabuceros vigilando a ambos lados del sendero, ordenó fuego a discreción sobre las estelas que fugazmente se formaban y se deshacían en aquel pozo de hojarasca. El olor a pólvora y el retumbar de las armas propias animaron a la infantería. «¿Alguien se ha quedado mudo? —preguntó Lemas a los hombres—. ¡Gritad, aullad! ¿Quién nos ha derrotado?». El flanco izquierdo explotó, avanzándose al resto. Los Akara, cogidos entre dos frentes, reaccionaron tarde, intentando girarse hacia ellos. Algunos lograron saltar sobre la línea del testudo, pero fueron fácilmente acuchillados, lanceados y pisoteados. Faltaba el golpe definitivo. Serlan De Enroc se dirigió a Sara, moviendo el brazo derecho, haciendo señales con la espada en el aire.

Los renos resoplaron. Azuzados, se sumergieron en tropel en el claro del bosque, hundidos hasta el vientre. Los jinetes ensartaban las lanzas largas a todo lo que se movía. En el otro lado los Akara empezaban a retirarse. Los ratones escapando a la inundación, saltando como chinches hacia el cobijo de la espesura. La línea de avance contactó con los desconocidos. Con aquellos hombres que creyeron vivir su último día. Unos guerreros que tras entender lo que estaba sucediendo, dejaron caer las armas y los recibieron con una desesperada alegría, algunos de rodillas, rezando, otros exultantes. La bandera de la Creación era ondeada con furia.

# Sexta Parte

# Nuevo Orden

## 50
## BAJO EL SIGNO DE ONAR

Miró el gran estandarte blanco clavado en la nieve. Un testigo mudo de algo indefinido e inalterable en la noche fría. Recogió una rama y, alargando el brazo, la dejó caer en la hoguera, que chisporroteó. Era agradable sentir en el gaznate el calor del aguardiente. No solo calentaba, la bebida lo dejaba ir, un poco. Un margen que hasta aquel momento no había sentido en ningún instante desde que huyeran de Oquadé. Serlan De Enroc alzó la vista de las llamas. Sentado frente a él tenía a aquel desconocido que se había presentado con el nombre de Arbogasto.

—Poder vivir esta noche entre las tantas que he pasado, me parece lo más milagroso en muchas de las estaciones que he vivido —afirmó el hombre de pelo blanco, largo y rizado—. Pensé que realmente nuestro momento había llegado.

—Fue una enorme casualidad —contestó Serlan.

—No bajo el signo de Onar —Arbogasto tenía un acento metálico, pero su discurso resultaba fluido.

El conde asintió. Relajado, entornó los ojos. Seguía viendo los rostros rotos por la emoción. Decenas de hombres grises arrodillados sobre la loma, asombrados. Luego llegaron los vítores, la alegría de los que sienten que han vuelto a nacer. Los abrazos y las primeras preguntas. Pero aquellos no hablaban la lengua de Vamurta, ni la de los vesclanos, ni la de los hombres rojos. Otra sorpresa. El tumulto tras el encuentro desencadenó otro lenguaje, el de los signos. Los hombres grises rescatados sentían una apremiante necesidad de comunicarse con quienes los habían salvado. Mientras los capitanes, temerosos de un contraataque de los Akara pedían a los soldados volver ordenadamente al camino, al conde de Vamurta se le acercó el que debía ser el caudillo de la expedición atacada por los habitantes del bosque. «Yo sí hablo vuestra lengua», dijo. Era un veterano. Fuerte, de pelo encanecido, la tez surcada por profundas arrugas. «¿De dónde habéis salido?», preguntó, sin poder ocultar la emoción. Alrededor de los dos seguía la jarana tras el fin de la escaramuza. «Nadie, nadie hasta hoy, se había atrevido a entrar en este bosque».

—Señor, Arbogasto —dijo Serlan frente al fuego—. Quisiera haceros una pregunta. ¿Por qué lado del camino habéis llegado?

—La salida está más cerca de lo que probablemente pensáis. Esta fronda cerrada no es infinita —respondió el hombre mayor, sonriendo—. Si mantenemos un buen paso, en tres o cuatro jornadas habremos dejado atrás la espesura.

—¡Onar!… Espero que estéis en lo cierto.

El capitán de los extranjeros tomó un trago del aguardiente que tan bien había sido recibido por la hueste de Serlan. En realidad, aquel grupo de hombres de armas eran soldados y mercaderes al mismo tiempo. El conde se quedó pasmado cuando supo que comerciaban con los Akara desde hacía mucho tiempo. Recordaba que, tras la lucha, habían examinado los cuerpos de los enemigos. Unos pequeños hombres deformados, de extremidades cortas y robustas. Protegidos con algo parecido a casquetes de cuero con orificios por los que surgían manojos de cabellos gruesos. Las armaduras eran corazas de piel reforzadas con tachuelas de bronce y placas de resina. De la espalda desnuda colgaban todo tipo de pequeños utensilios atados a una madeja de correas bajo la cual podía verse la piel gruesa color tierra. Si fue una novedad ver de cerca los cuchillos o perforadores fijados en la diestra y las minúsculas ballestas en la siniestra, también lo fue el uso de resinas endurecidas. Pero lo más extraño fue ver de cerca las cabezas, que en algo recordaban a las de los sufones. Las testas de los Akara parecían el pico ensanchado de una rapaz, una concha invertida con un pequeño ojo en el centro y la boca situada bajo la curvatura del gancho. En lo que correspondería a la nuca de un hombre, emergían cabellos tiesos y flexibles, como las antenas de un insecto que, algunos sospecharon, les ayudaban a guiarse en la oscuridad, bajo el putrefacto manto de hojas muertas.

—¿Quiénes son los Akara? —preguntó de improviso el conde.

—Los auténticos señores de este territorio. Los guardianes y amos, a la vez. He visto el pan que guardáis. Por cortar demasiados litocarpos probablemente os atacaron. Pero ni nosotros, tras tantos viajes, conocemos cuáles son sus leyes ni qué significan los distintos silbidos que usan para comunicarse. Apenas sabemos nada. Nunca he visto a una hembra, si es que tienen sexos diferenciados. Sí puedo deciros que entre ellos hay una disensión. Una facción es partidaria de abrirse algo más al mundo, de seguir comerciando con nosotros, por ejemplo, y…

—¿Qué tipo de comercio? ¿Qué pueden querer estos seres?

—Les proporcionamos acero, una aleación que desconocen por completo. No sé que aplicaciones le dan. Los artesanos de esta tribu usan técnicas arcaicas. Nos superan en la elaboración de venenos y en el tratamiento de las resinas.

—¿A cambio de…? —quiso saber el conde.

—Oro —contestó Arbogasto, que al sonreír mostró los dientes blancos.

Serlan sentía que tras los ojos negros de ese mercader y soldado se ocultaba un reguero de historias para llenar esa y otras cien noches. Algo en él, acaso la nariz aguileña parecida a la suya, hacía que se

viera a sí mismo en el futuro.

Habían logrado una cierta seguridad. Sabían que los habitantes del bosque nunca los habían acosado tras la puesta de sol. Eso permitía al estratego concentrarse en la charla. Bajo el toldo en el que estaban parapetados dormía el murriano arrebujado con un sinfín de mantos. A su lado, dormitaba el chico junto a su mascota que, a pesar del frío, se contentaba con el calor de las llamas.

—Oro —continuó el extranjero—, que creo recolectan en los riachuelos que cruzan esta fronda. O en su mismo hogar.

—¿Qué hogar?

—En el centro de este bosque hay tres lagos. Al menos uno es de agua caliente, emerge de las entrañas de la tierra. Es allí donde, aunque no estoy muy seguro, han construido templos y algún tipo de habitáculo. Santuarios o grandes casas, no lo sabemos. Sospecho que son refugios esculpidos e imbricados en litocarpos antiquísimos, que decoran, que modelan sirviéndose del propio armazón del árbol. Ramas que llegan hasta el cielo. Ellos adoran las grandes raíces que sostienen a estos monstruos, los litocarpos. Adoran las hojas, la libélula que se posa sobre el nenúfar, la hiedra que se enreda con el cielo, a los pájaros. Son gente extraña, los Akara. Me contasteis sobre el ataque de los níveos. Hasta juraría que tiene algún tipo de relación. Es como si todo el bosque estuviera unido por un hilo invisible. Los Akara aman el bosque y el corazón de la fronda es su morada.

—¿Acaso los Akara viven en algún tipo de ciudad, como nosotros, me refiero?

—¡No! No como nosotros. Bien, capitán, esta raza tiene un modo de organizarse semejante al de los tejones. Construyen larguísimas galerías bajo tierra. Algunas son tan altas como tres hombres, otras no. Pasan sus vidas excavando y apuntalando. No solamente corredores, también talleres, cocinas, dormitorios, salones. Algunas veces llego a pensar que han perforado el bosque entero. Los grandes portales los sitúan al pie de los árboles, a los que veneran. Aparecen y desaparecen a placer. Vienen y van.

El conde, mientras atendía a las explicaciones, observaba con atención el armamento de aquel inesperado aliado. Algo distinto al suyo, más ligero. La diferencia más notable se encontraba en las armas de fuego. Los grises extranjeros no usaban mecha, sino un sofisticado mecanismo de llave de rueda que no requería tener fuego encendido durante el combate. Aquello dejó maravillado a Serlan De Enroc. Eran estos arcabuces los de nuevo tipo a los que se refirió Cortenuova y cuyos planos le costaron la vida. Con las llaves de rueda se podría disparar incluso en días de lluvia.

El estratego se sentía a gusto, por fin apaciguado. Algo en ese hombre conseguía que se sintiera bien. La entonación de su voz, el

gesto abierto. Serlan se olvidaba de todo. La mente viajaba lejos, disfrutando del antiguo placer de escuchar historias. Había cesado de nevar. Hombres y vesclanos, abandonados al sueño, roncaban sonoramente amparados por los guardias y la noche.

—Dijisteis que hay dos facciones entre los Akara, ¿no es cierto? ¿Por qué os han atacado? —preguntó Serlan.

—Hace muchas estaciones que venimos aquí. Es nuestro secreto y la ruta comercial más rentable que poseemos. Entre los nuestros, no son pocos los que se preguntan de dónde sacamos tanto oro. Desde nuestro último encuentro ha habido cambios, es la única explicación. Se han impuesto los partidarios de no tener contacto con el exterior. De ahí el ataque, que no esperábamos. Tuvimos que deshacernos de la carga y los caballos, una ruina.

—Caballos —repitió el estratego con voz queda—. Alguien, tiempo atrás, me habló de ese tipo de animales.

—Perdonadme. Olvido con frecuencia que en esta parte del mundo son desconocidos.

Tal como había predicho Arbogasto, a la mañana del cuarto día desde que se unieran, la columna salió del Bosque de las Hiedras. Vesclanos, hombres grises y rojos sintieron que el corazón se les ensanchaba. Podían respirar a pleno pulmón. Algunos derramaron lágrimas furtivas, otros recogieron tierra con las manos para lanzarla hacia el cielo, dando gracias a los dioses, tras tanto sufrir y creer ver el fin de sus días. El jefe de los extranjeros los conducía a una pequeña factoría. Allí iban a pasar el resto del duro invierno a la espera de la ansiada primavera que era, para todos ellos, una promesa de transformación.

El anhelo de un mejor tiempo les daba fuerzas. Ante ellos se desplegaba un paisaje plano, una pradería que se perdía hasta el horizonte en sucesivas ondulaciones de hierba dura y manchas de nieve destellantes bajo el sol. Un mar inmóvil bajo un cielo limpio que hería los ojos. Provistos del pan del bosque, los soldados recorrieron la estepa como hormigas que en fila suben y bajan por las hojas desparramadas de un jardín. Los Akara, de los que no habían vuelto a tener noticias, quedaban atrás como un mal recuerdo. Y alejándose de las penurias, dejaron de pensar en todo aquello que habían conocido antes. Las guerras de las colonias, los sufones, la Ciudad de los Lagos, Oquadé, se asemejaban a una pesadilla que se desvanece al despertar. Los tallos altos cubiertos por medio dedo de nieve eran el simple presente para aquellos seres que sentían con fuerza cómo volvían a la vida.

—Sobre ese montículo está la factoría —dijo Arbogasto señalando un suave promontorio.

—¿Guardáis provisiones? —preguntó Icet, que caminaba junto a Serlan.

—Algo de grano y tinajas de vino, que espero no se haya corrompido. No debéis preocuparos por la comida en las siguientes lunas. ¡Para nada! Y además, la comida vendrá a nosotros. ¿Verdad que no parece, desde la distancia, que haya construcción alguna? —preguntó, satisfecho.

—¿Qué comida vendrá a nosotros? —preguntó el conde.

—Bueyes. —contestó Arbogasto—. Enormes bueyes almizcleros que bajan del norte, del hielo, en busca de pastos. Son peligrosos, si uno no sabe como encararlos. Son mucho más grandes que vuestros renos, como tres veces una de vuestras monturas. Vienen a cientos, ¡a miles!

El conde sonrió. Tendrían carne en abundancia. Algo menos de lo que preocuparse. Aldier, que los seguía montado en el reno de Sara, pensó en el grano que pudieran tener almacenado y en el poco que les quedaba. La factoría, que era un fuerte a la vez, estaba formada por una serie de estancias y almacenes construidos sobre los restos de un asentamiento de otra época, protegidos por una vieja muralla de poca altura completamente revestida de musgo y hierbajos. Hasta que no estuvieron cerca, ninguno de los que escaparon de Oquadé fue capaz de reconocer el muro, que aprovechaba el propio relieve de un montículo que dominaba el lecho de un río de cauce ancho y aguas tranquilas.

—Está abandonado —vociferó Dort Riala, que junto a Lemas se había adelantado.

—Sí y no —respondió el viejo gris—. Está dormido. La fortaleza, si la puedo llamar con este nombre, nos aguarda a nosotros. ¡Hay que encender unas buenas fogatas y calentar sus paredes enfriadas por el abandono! Limpiar un poco, matar algún roedor, cazar algunos chinches, clavar el estandarte en el punto más alto y, por fin, este enclave será nuestro.

Algunos soldados rieron ante la ocurrencia del jefe de los extranjeros. Era la primera vez que tomaban un castillo, aunque este fuera tan particular, sin lucha.

—¡Aquí no cabremos todos! A no ser que durmamos apilados como cajas de manzanas —exclamó Lemas que ya había escalado el muro—. ¿Nos habéis tomado por ratones?

—Deberemos construir más habitaciones —contestó Arbogasto—. Se puede edificar un segundo anillo alrededor de la muralla. ¡Hay piedra bajo los tallos de los prados y arcilla en abundancia cerca del río! ¡Hay caza! Mirad esas manchas en la lejanía. Bueyes, ¡carne!

Serlan De Enroc observaba a aquel veterano. Vigoroso, alegre. Algo de su entusiasmo se contagiaba a todos. Los hombres corrían como niños hacia la factoría amurallada, cuesta arriba, deseosos de reconocer el lugar.

—Y no sabéis lo mejor —prosiguió Arbogasto—. No, no lo sabéis, caballeros salidos del bosque. Hay un almacén bajo tierra. Un almacén secreto en el que además de grano y vino en ánforas bien selladas, guardamos barriles con más aguardiente.

Los hurra se repitieron en las gargantas de los soldados harapientos y barbudos. Unos gritos que hicieron vibrar la soledad de las praderías. Se hallaban en medio de ninguna parte. El refugio era más apto para ganado que para hombres. No tenían ni la más remota idea de los peligros que pudieran acecharlos ni tan siquiera sabían si cerca de allí habrían ciudades o aldeas. Los vítores explotaban en el aire y las sonrisas afloraban en los rostros cuarteados por el frío y el viento.

—Leos, somos unos brutos. He olvidado, con esta vida a salto de mata, los modales de mi hogar —dijo el conde de Vamurta al hijo del mago—. Debes saber que vengo de la ciudad de ciudades, Vamurta. Un lugar en el que, en algún momento, alcanzamos algo. Un modo de vivir, un modo de entender este mundo que pisamos. Luego…

Serlan dejó de hablar, mirando hacia algún lugar, distraído.

Antes de que empezara la cena el muchacho había vuelto a la factoría, a aquel asentamiento de invierno, llevando consigo dos raras piezas de caza. Un par de criaturas peludas que parecían un híbrido entre castor y conejo. El conde le había proporcionado una ballesta ligera y una daga larga, pero el mérito era de Yura, la comadreja gigante, que había sacado a los animales de las madrigueras.

—¿Por qué no huiste durante el combate? No hubiera sido difícil. Y sospecho que los Akara te hubieran respetado.

—No me gusta la magia —respondió Leos—. No me gustan los libros, ni las letras, ni memorizar.

—Entonces, dime. ¿Qué es lo que te gusta?

—Cazar. Salir por el bosque, encontrar rastros, correr cerca de los riachuelos y subirme a los árboles para acechar a lo que se mueve debajo.

Serlan De Enroc rió. Aquella era una muy sincera confesión. Era negra noche ahí afuera. En breve repartirían provisiones y vino. Bajo cubierto por primera vez en muchas jornadas, el frío era algo que podía tolerarse mucho mejor.

—Chico nervioso. Si te quedas con nosotros serás el portaestandarte. Un honor, un gran honor para alguien tan joven.

—Pero nuestro ejército no tiene bandera —dijo Leos, en un

arrebato—. Los sufones sí tienen, muchas.

El conde se quedó pensativo, mesándose la barba encanecida. Revolvió el pelo del joven y con ambas manos sujetó las mejillas del chico.

—Pues haremos un gran estandarte. Uno que, al aparecer tras una loma, haga enmudecer a los soldados más aguerridos.

Dejó al chico en su rincón y fue a encontrar a los hombres, apretujados en las distintas estancias de la factoría. Saludó a las tropas de Arbogasto, repartidas en habitaciones distintas, que le respondían con inclinaciones de cabeza, agradecidos ante el que para ellos era un gran guerrero llegado de los misteriosos confines del este. Se presentó luego ante Icet y Lateas que junto a otros vesclanos comían con sumo aburrimiento el pan de bosque. A la luz del fuego las facciones de los vesclanos se acentuaban, hasta hacerlos parecer enormes lagartijas que se habían congregado por alguna razón incomprensible. Antes de dirigirse al dormitorio de techo bajo de los oficiales, fue hacia la especie de granero donde descansaban los hombres rojos. Preguntó a los reclutas de Oquadé si echaban de menos la vida de campesinos y aprendices. Serlan veía y recordaba los rostros. Se fijaba en los gestos, en cómo lo miraban y cómo se consideraban entre ellos. El estratego era consciente del decaimiento de esos hombres en las estancias de la factoría que olían a sebo rancio. Las caras envilecidas y desnutridas hasta hacer asomar los huesos. Las barbas desordenadas, los cabellos pegajosos. La luz seguía llameante en los ojos de muchos pero dicha luz no escondía la extenuación tras el peligroso periplo que habían vivido juntos. Todos y cada uno de ellos constituían un milagro. Seres llevados al límite, agotados. Demasiado sufrimiento durante demasiado tiempo. El frío y la incertidumbre, las noches a la intemperie sin saber qué podían esperar de la siguiente jornada, además de ráfagas de nieve y viento helado. Durante la primera cena a cubierto, con tan poca cosa, con un habitáculo propio de los miserables de las colonias y un poco de vino y aguardiente, la hueste se sintió agradecida por su suerte, cerca del calor del fuego.

Dort Riala se dirigió a su capitán al verlo entrar en el espacio de los oficiales, agachando la cabeza bajo el dintel de la puerta.

—Señor —dijo—. ¿Cómo están los reclutas?

—Mejor. Son mucho más fuertes de lo que jamás llegué a imaginar. Han resistido como jabatos.

—Será que los Akara los han acojonado tanto…—agregó Lemas, con sonrisa maliciosa—. Por eso han aguantado, apretando el culo. Payeses y carpinteros, ¡va!

—Con payeses y carpinteros se construyen los ejércitos —contestó Serlan—. Bien disciplinados, bien adiestrados, cosa que debemos hacer todavía. Y se han portado.

—Se han portado, eso es verdad —reconoció al fin Lemas, dando otro trago de vino.

Sara y Eszul sonreían, divertidas, sentadas en el suelo al lado del oficial gris. Aldier había sacado de las vainas la pareja de espadas murrianas y las limpiaba con sumo cuidado, como si los dos filos fueran la joya más preciada bajo el firmamento de las nuevas tierras. La mujer roja se fijó en su compañero de armas.

—Así que, en algún momento, al otro lado del Mar de los Anónimos, fuiste oficial.

Los ojos rasgados del murriano se contrajeron. Luego, en la penumbra de la estancia, la miró y asintió con la cabeza.

—¿Cómo llegaste a la Ciudad de los Lagos? —inquirió con cierta timidez Sara.

—Mis hermanos, aquí en las colonias, descubrieron también lo que había sucedido.

Las palabras habían salido con tal lentitud y pesadumbre de la boca grande y carnosa de Aldier que nadie se atrevió a preguntar más. Se había hecho tal silencio que podía oírse el viento silbando entre los tallos de hierba. El murriano continuó:

—Al fin, aquí. Todos hemos sobrevivido. Y en este lado no tenemos enemigos, que yo sepa. Somos libres, libres como jamás lo habíamos sido desde que formamos la mesnada.

La observación del murriano los obligó a brindar con lo que tenían, cazos de madera y vasos cerámicos sucios. Por una razón u otra permanecían unidos, listos para acometer juntos cualquier desafío que el día de mañana les planteara.

****

La brisa arrullaba la hierba, caracoleando las puntas verdes de los brotes. Olía a vida, despuntaba algo nuevo. Las praderías acogían miles de pájaros que seguían llegando a cientos y que cantaban desde el alba hasta el anochecer, cuando se refugiaban entre la hierba alta, desapareciendo a los ojos de los depredadores. La primavera había traído toda clase de mariposas, que con vuelos de colores punteaban la monotonía glauca de la tierra y el azul brillantísimo del cielo. El calor de la mañana, con el sol aposentado en su sitial de fuego, empezaba a calentar la piel de hombres y vesclanos. Aunque las noches seguían siendo algo frías, el invierno del norte empezaba a no ser más que un murmullo quejoso.

Tumbados sobre la suavidad de un cerro lijado por el tiempo, siete hombres grises, un rojo y dos vesclanos esperaban con los nuevos arcabuces de llave listos, los extremos de las armas asomando

ligeramente en la cima del montículo. Las bocas apuntaban, inclinadas, a un paso que discurría bajo la loma. Escondidos bajo pieles hediondas de bueyes almizcleros, los diez cazadores aguardaban, silenciosos e inmóviles. De pronto, notaron en las entrañas aplastadas sobre el suelo, un temblor. Una vibración que fue en aumento, que hacía cosquillas en los estómagos y al mismo tiempo los ponía en tensión. Los merodeadores de la estepa se miraron entre ellos, sosteniendo con vigor los cañones. El temblor empezó a ser audible, una estampida. Un mar color oscuro rodeado de una nube de polvo apareció por la izquierda del camino. El pisotear de hierba con las pezuñas de un enjambre de gigantescos bueyes huyendo alocadamente. Podían distinguir las cornamentas sobresaliendo por el manto lanoso de las cabezas, los lomos grandiosos arqueados. Una manada iba a pasar a no más de seis cuerpos de distancia. Una tormenta aulladora. Los disparos de los arcabuces silenciados por el atronador paso de las bestias.

Cuando los bueyes se alejaron, tres cadáveres habían quedado varados sobre la hierba alta, frenados en seco.

—¡Yo he abatido a uno! —exclamó Dort, quitándose de encima la piel que lo ocultaba a la vez que se ponía de pie.

—¡Nosotros les hemos dado! —protestaron los vesclanos.

—¡No! Ha sido mi arcabuz —afirmó Lemas, desafiando al hombre rojo con su cuchillo de hoja ancha, a lo que Dort Riala respondió desenvainando.

Cuando iban a enzarzarse en una pelea, apareció Sara encabezando el grupo de renos que había provocado y conducido la estampida hacia aquel paso.

—¡Eh! ¡Los de arriba! Sí, vosotros, que oléis como el estiércol caliente. Guardad los pinchos de carnicero —ordenó.

—Habéis tardado mucho —se quejó un tirador gris.

—Este, me parece a mí, es de los últimos grupos del gran rebaño. Los bueyes están empezando a volver al norte. ¡Dort, Lemas! ¡He dicho basta!

La montura de la capitana remontó la loma hasta interponerse entre los dos contrincantes.

—¿Es que no me habéis oído? —aulló Sara—. Alegraos de la buena puntería. Esas piezas de abajo son auténticas montañas de carne.

Llegaron al fuerte arrastrando los bueyes que, atados a parejas de renos conducidos a pie por los jinetes, eran transportados con lentitud. La factoría se había ampliado siguiendo la cuesta que descendía hasta el río. Un humilde muro de arcilla protegía las chozas de adobe y paja que albergaban a los soldados de Serlan De Enroc. Algunos hombres

chapoteaban en el río, otros cuarteaban pieles al sol, aprovechando el tiempo benigno. Río arriba se encontraban pequeños grupos de vesclanos, dedicados a la pesca mediante cañas y trampas improvisadas que introducían en la corriente. El cielo despejado, apenas rajado por finas nubes viajeras, era su espléndido techo.

Los cazadores fueron recibidos con alegría y chanzas. Los bueyes aseguraban una buena pitanza y aumentaban las reservas de carne ahumada. Sara respondía levantando la mano, dejando muy claro que ya era suficiente, que la dejaran en paz. Aldier la saludó desde el río. Dejando de frotar su cuerpo se acordó que quería pedir a la joven un cambio en el turno de guardia, así que empezó a salir del agua fría, llamándola de nuevo, dejando a la intemperie el miembro viril que un día remoto tuvo el honor de sembrar el vientre de una Reina. La joven quedó paralizada sobre la montura. La contemplación del bello cuerpo desnudo de Aldier la dejó sin aliento. La turbación de la capitana no pasó inadvertida para el murriano, que volvió a zambullirse en la corriente, intentando hacer ver que no se había dado cuenta de nada.

La joven jinete dejó a los cazadores con sus quehaceres. Cruzó la muralla de arcilla y tras saludar a unos cuantos hombres, se dirigió a la cabaña que compartía con Eszul y otras cinco mujeres. Subido a la vieja muralla vio a Serlan que, junto con Arbogasto, se despedían del cirujano sacado a la fuerza de Oquadé junto a su familia, que había decidido volver a su hogar por las tierras de las colonias, hacia el este, bordeando el sur del Bosque de las Hiedras y de la sierra Donera. Un largo viaje lleno de peligros. De eso todos eran conscientes.

Tras abrazar al médico y entregarle una pequeña bolsa con oro como recompensa, el conde de Vamurta propuso a su amigo Arbogasto ir a dar un paseo. Otro, de los muchos que habían compartido. El conde creía que no se había dejado nada. Subiendo y descendiendo los cerros de hierba alta habían departido sobre lo mundano y lo divino, especialmente sobre estrategia. Cantara el viento del norte o lloviznara, la disposición de cañones, monturas e infantería, las diferentes opciones tácticas, ocupaban las mentes de ambos. Arbogasto era conocido en sus tierras como doctor de campo, una denominación militar que hizo que Serlan riera sin disimulo. Ambos saciaban la mutua curiosidad sobre los respectivos modos de vida y las diversas gentes, aunque el veterano había viajado por las colonias, llegando hasta Vamurta siendo joven. Los sistemas de gobierno, los modos de elaborar licores o la mejor manera de asar un cordero fueron otros de los muchos temas tratados, como la preocupación que ambos sentían ante el creciente poderío de los sufones.

—Libramos largas guerras contra ellos. Mi padre luchó en ellas y la tempestad del hierro se lo llevó —recordó Arbogasto—. Aunque no

pudieron con nosotros. Hoy, creo, seguimos disponiendo de mejores armas. Nuestra artillería nos salvó. También nuestros aliados.

—También lo creo yo —dijo Serlan—. Lo que llamáis cañones, lo cambia todo. Las armas de fuego lo cambian todo. Pero, ¿de qué aliados habláis?

Arbogasto, las manos cogidas en la espalda, movía la cabeza mientras caminaban bajo el sol. Se detuvo, acariciando los nuevos tallos verdes. En las praderías el veterano se sentía mejor que en casa.

—Pronto llegarán los hombres del otro lado. Hombres blancos como la nieve. Viven en grandes ciudades y según tengo entendido, provienen de un gran continente lejano, aunque la travesía es costosa y llena de incertidumbres. Los hombres grises, los pocos hombres grises que ocupamos el norte los conocemos, y son nuestros vecinos. Vivimos en las áreas más frías. Veréis algunos antes de que nos separemos, vendrán hasta aquí, a buscarnos, cruzando los páramos helados que en esta época vuelven a ser transitables.

El conde se mostró muy sorprendido. Al fin, lo que le contó aquel hombrecillo al que salvó y, transformado en lobo, lo salvó a él, cobraba sentido. Era tan cierto y real como su nuevo amigo que lo acompañaba en aquel paseo bajo un cielo pálido y límpido. Serlan preguntó y preguntó hasta el agotamiento. Los hombres blancos vivían en un mundo distinto, hasta el punto de considerar a los grises, que toleraban, gentes rudas. Arbogasto explicó pormenorizadamente a Serlan todo lo que sabía sobre ellos.

—Se decía que, no muy lejos de aquí, hubo sobre un gran altiplano un asentamiento de hombres sin color —recordó el conde—. Que vivían aislados, sin contacto con otros hombres. Incluso se decía que durante un tiempo dominaron estas tierras.

—¡Dioses! De eso debe hacer una eternidad. Sí que oí que tiempo atrás algunos se habían establecido en estas llanuras, sobre un macizo que dominaba alguno de los accesos al mar, pero se retiraron. Y de eso hace tanto que ni entre los hombres blancos lo recuerdan.

Volvieron a las cuestiones militares, de las que los lejanos hombres sin color les llevaban una gran ventaja.

—¿Para qué esas complicadas y costosísimas armaduras? —se preguntó el veterano—. Solo tiene sentido proteger el pecho y la cabeza. Un arcabuz puede perforar cualquier coraza a más de treinta cuerpos de distancia. Nuestros cañones y falconetes, bien dispuestos, pueden segar un batallón de infantería. Mi querido amigo, todo está cambiando, hasta el modo de vestirse en nuestras ciudades, a las que se llega si se logra cruzar las tierras de nieve perpetua, nuestras urbes, en las que los trovadores ya no cantan la antigua épica sino que alaban el buen hacer de damas y gentiles caballeros. Olvidan la fuerza de la comunidad y entretienen a las gentes con historias de alcoba.

—Sí, en las colonias entendí que el mundo se transforma. Voy detrás, ¡si fuera capaz de ir unos pasos por delante! Perdimos Vamurta. Entonces no me di cuenta, o no del todo. Las falanges eran tropas bien pertrechadas y adiestradas, pero esos murrianos… Luchaban de otro modo, usaban grandes bombardas, movían los escuadrones con enorme rapidez, usaban largas picas que guardaban a los arcabuceros. Perdí mi ciudad.

—¿Mi ciudad? —se sorprendió Arbogasto.

—Sí, era…, soy el heredero, el conde de Vamurta.

—Entonces vuestra madre es Ermesenda, ¿dónde está, qué ha sido de ella?

Serlan se extrañó ante el ímpetu de aquel hombre de edad. Por unos instantes le pareció ver a otro, muy distinto al reflexivo y al mismo tiempo resoluto jefe que conocía.

—¿Acaso conocisteis a mi madre? Ella murió durante el sitio. No lo pudo resistir.

Arbogasto tuvo una fuerte convulsión. Como si aquel paraje vacío que los rodeaba no pudiera contener la grieta abierta en su corazón. Serlan lo miró, conmovido y sorprendido.

—Conocí a vuestra madre…—susurró el hombre, apoyándose en el conde para no desplomarse sobre la hierba. Respiró, contempló con ojos enrojecidos el horizonte—. Fui un mercader entusiasta, mis piernas no conocían el cansancio. Conocí a vuestra madre, antes de que fuera encumbrada, antes de ser la gran condesa. Gira, gira el mundo y nos arrastra a nosotros, nos lleva. Nada permanece, decíamos, ¿verdad, amigo? No somos gran cosa… Una brizna de uno de los muchos tallos que nos rodean. ¡Fijaos! ¿Cuántos tallos podéis contar? Es imposible. Un breve resplandor, pero, ¡por Onar!, que no quiero aburriros o angustiaros. Estamos aquí, vos habéis perdido el hogar y yo mucho menos. El mundo gira, inclemente, pero seguimos vivos. ¿Queréis recuperar Vamurta?

Serlan lo miró completamente descolocado. No supo, no pudo responder.

—Primero deberéis tomar todas estas tierras, ¡todas! Con menos no podríais volver, requeriréis de todas las fuerzas. Y tropas de reserva para proteger a los hombres grises de los sufones, ¡sin duda sabrán que queréis embarcar! Usad la astucia, no sintáis piedad de estos que dicen gobernar para el pueblo mientras llenan sus propios bolsillos a raudales. En Nueva Vamurta los habréis conocido. Usad la estrategia, la nueva, en el campo de batalla. Os dará ventaja. Robad, si hace falta, a los que más tienen. Y por encima de todo, dad esperanza de un mañana mejor a los hombres, a todos aquellos que os acompañen. Es lo que llena nuestro espíritu, es lo que nos hace luchar, incluso a riesgo de nuestra vida. Prometedles una tierra donde volver a

empezar.

—Señor, amigo. ¿Por qué me decís todo esto? —preguntó Serlan.

—Porque…, porque te aprecio mucho. Además, estoy vivo gracias a ti, Serlan, hijo de Ermesenda.

—¿Dónde conocisteis a mi madre?

—En Vamurta, ¿en qué otro lugar la podría haber conocido? Era una bellísima dama. Ella poseía la magia y el misterio de la mujer. Entonces yo no alcanzaba las treinta primaveras, aunque no estoy muy seguro, ¡ha llovido tanto! Era una de aquellas noches en las que, sin saber muy bien la razón, un hombre intuye que algo especial ocurrirá. Fui invitado a la fiesta de los disfraces, todo un acontecimiento en aquella capital. ¿Aún se celebraba dicha fiesta antes de que la ciudad cayera…?

—Sí, antes se celebraba, antes de los cambios —respondió el conde.

—En estas tierras también están pasando muchas cosas, ¡y muy deprisa! ¿Cómo saber lo que sucederá mañana? Amigo mío, eso depende de nosotros, en parte. Y no, no estoy confundido, al decir esto.

Siguieron caminando. Arbogasto hablaba y hablaba, aunque no contó todo lo que sabía ni todo lo que había vivido. El conde lo escuchaba, en alguna ocasión herido por la melancolía de aquel mundo perdido. Se alejaban de la fortaleza, pero eso daba igual en aquella estación sin tiempo, en aquel lugar de mundo sin enemigos ni amigos, sin nadie. Podían sentir la naturaleza, el cielo, la tierra, el viento, en su esplendor. Acaso, en su estado primigenio. Algo que empequeñecía el alma y a la vez la liberaba. No eran más que dos manchas aplastadas por el azul, apenas sostenidas por la línea de la pradera. Serlan De Enroc, por vez primera en mucho tiempo, sentía que algo se avecinaba. Un canto en el aire fresco, un aroma que no conseguía descifrar. En un momento determinado, el conde dejó de andar y mirando con emoción a aquel veterano, lo abrazó diciendo:

—Sois el fuego que enciende las luces. Todas y cada una de las luces. —El viejo, apoyado en el recio pecho del conde, sonrió.

Serlan y Arbogasto, junto con el resto de oficiales, discutían qué debían hacer. Pronto llegaría la columna armada que recogería y escoltaría a los hombres grises del norte. Los bueyes habían abandonado las praderías y la comida escasearía cuando llegara el calor del verano.

—Podríamos fundar una nueva ciudad sobre este fuerte. Explorar y crear rutas comerciales —sostuvo Serlan—, tenemos pieles para vender, tendríamos armas traídas por los hombres del norte. Estas tierras pueden ser aradas y el agua del río canalizada para el riego.

Pisamos tierras fuertes.

—Demasiado tiempo. Sí se podría hacer si fuéramos pocos, pero ni somos suficientes para sostenernos ante los puros, sufones o las milicias de las colonias, ni somos suficientemente pocos para esperar aquí durante mucho tiempo. La agricultura requiere paciencia, y las aldeas parecen estar lejos —afirmó Icet, quien de los presentes era el que más sabía del arte de crecer y enriquecerse.

—Y además, desde hace días, oímos el espíritu que vaga —recordó Dort Riala.

—¡Eso es una estupidez! —protestó Sara.

Lo era, quizá, pero la tropa se sentía inquieta. En cada nuevo atardecer oían aquellos gemidos surgidos de las llanuras. Unos quejidos que hacían que los más valientes temblaran.

—Desde que el frío se retiró de estas tierras bendecidas por Onar, esa voz nos visita —dijo el conde—. No sabemos qué es.

—Amadas por Onar, decís, señor… ¿Quién nos asegura que, por estos páramos olvidados, los dioses se hayan molestado en pasar? —reflexionó Eszul, que como todos los de su raza era extremadamente supersticiosa.

—Puede que sean los Akara, que han salido del bosque para vengar a sus muertos —dijo Icet—. Aprovechan la altura de la hierba para no ser vistos.

—Ya nos hubieran atacado —lo contradijo Lemas.

—Ayer vi una figura, una mancha no muy lejos de aquí. Fue cuando salí a pasear tras la cena —Aldier hablaba mirando el fuego en el suelo—. Ese espíritu o lo que sea tiene forma y nos busca. Merodea por aquí cerca por alguna razón.

Todos se quedaron helados. Los ojos del murriano eran capaces de perforar la negrura. No esperaban que la voz del viento tuviera forma, y aquello los inquietó aún más.

—Entonces, si es que está hecho de carne, saldremos a buscarlo —aseveró Icet, con expresión decidida.

Callaron. La brisa de la noche traía un llanto. Un continuo plañido que llegaba desde no muy lejos. Escuchaban con atención. Los capitanes se miraron unos a otros. El gemido aumentaba en intensidad, como el canto de un lobo, y luego parecía perderse en la inmensidad, hasta que el lloro se hacía agudo, doloroso.

—Es la voz de un muerto —susurró Dort Riala—, un muerto.

—¡Amigos! Es el momento —exclamó el conde—. Salgamos afuera con las antorchas. Formaremos una línea, como si fuéramos a batir la pradería para sacar a un zorro de su escondite. No se nos escapará, por muy grande que sea la pradera. ¡Y no es ningún muerto, por Onar!

Cada capitán, obedeciendo las órdenes de Serlan, había congregado a los suyos que, nerviosos, aguardaban la señal de partida. Nadie quería ir hacia aquello. «Las praderas son tan profundas…, cualquier cosa podemos encontrar», se quejaba en voz alta uno de los reclutas rojos de Oquadé. Lemas se burló de él. «Límpiate el culo», le dijo delante de todos. En un instante se habían formado dos bandos enfrentados. El miedo que pocos se atrevían a reconocer hizo que las espadas bailaran y se encontraran. Antes de que los oficiales pudieran saber qué sucedía, hubo dos heridos, uno de ellos tocado en la espalda. A empujones y con los filos fuera de las vainas, los oficiales separaron a los hombres. Los vesclanos también ayudaron, superada la incredulidad inicial. Por suerte para la hueste, éstos se habían mantenido al margen, mientras aguardaban al noble Icet. El desgarro, el lamento profundo, volvió a propagarse por la llanura, acabando con los desórdenes. Los soldados miraban hacia todas las direcciones, moviendo antorchas, buscando fantasmas.

«¡Viene de allí», exclamó Eszul, situada a la derecha de la larga línea de teas que cortaba la negrura como un fuego que avanza por el bosque. Los soldados, tras una leve vacilación, se movieron en la dirección que señalaba la Bálkida. «Formad un círculo, ¡que no escape!», vociferaba Serlan De Enroc. Las antorchas empezaron a moverse deprisa entre los tallos altos. La boca que dibujaban en la pradera se iba cerrando alrededor de los quejidos, que iban disminuyendo. Se vislumbró brevemente una mancha bajo la negrura del cielo. Algo que se agitaba sobre la hierba azotada por el viento.

—¡Serlan, lo veo! —Aldier corría hacia una sombra, y tras él, el conde y Lateas.

Un momento de confusión. Los hombres se agolparon en un punto, sin que nadie entendiera nada. «¡Lo tengo!», gritó el murriano, que sujetaba una figura, inmovilizada en el suelo. Acercaron las teas, y la voz habló con un gimoteo que heló los corazones. La voz se desgañitó como si en ella se condensaran las penas del mundo.

—No es más que un viejo —señaló Sara.

Un anciano de largos cabellos blancos y mirada extraviada fue alzado por los fuertes brazos de los soldados. Lo miraron de cerca. La barba cubría buena parte del rostro ajado. Una barba sucia y larga, cubierta de hierbas secas y restos de rastrojos. Unas manos delgadas que se agitaban en el aire. «¡¡¡Aaaggggg!!!», el anciano sollozaba, como si no los viera, como si pensara que se encontraba solo en las praderas sin principio ni fin. El conde se acercó a él.

—¿Es que no me reconoces? ¡Ermengol, amigo mío! ¿Qué te han hecho, qué es lo que te ha pasado? ¡Ermengol!

El anciano lo miró con ojos desorbitados y acto seguido se lanzó sobre él, sujetándolo como si el conde fuera una cometa a punto de

escapar hacia las alturas. Los ojos derramaban lágrimas. El conde no pudo soportarlo y también lloró. Un llanto desconsolado. La hueste se apartaba de ellos dos, alterada por aquel inesperado reencuentro.

—Ermengol, mi buen amigo. ¿Recuerdas las primaveras, todas las que vivimos juntos? ¿Qué te han hecho, viejo amigo?

## 51
## el palacio de la jungla

«No logro comprender lo ocurrido. Dejamos atrás la aridez del desierto y entramos paulatinamente en este mundo de hierbas altas y secas, de árboles ásperos, de matorrales envenenados que desconocíamos. El paisaje fue cambiando, adquirió tonos cobrizos y ocres. La brisa que recorría estos pastos era fresca hasta media mañana y lo volvía a ser antes de la puesta de sol. Tras salir de aquel océano de arenas calientes, nos pareció que la vida explotaba. De la nada pasamos a corretear tras miles de piezas de caza de unas bestias que no habíamos visto antes. Fue excitante. Creímos ser los primeros hombres. A lo largo y ancho de las tierras yermas, también en estas nuevas ricas tierras, Arisas y yo sabíamos dónde encontrar agua. Todos se sorprendían pero no nosotros. Era como descubrir otros caminos allí donde las decenas de hombres y mujeres huidos de Uherské, tan solo veían el páramo adusto. Hay trazos y ecos en la tierra. Señales. Entendimos que los dioses nos mostraban y nos guiaban. No hacíamos más que seguir las voces. Arisas y yo sabíamos dónde estaban los pozos de agua, las arterias bajo el suelo duro. Las voces del templo abrían y marcaban los caminos.

»No mucho después de penetrar en estas tierras ignotas, nos percatamos de que éramos vigilados. Pronto las sombras que desaparecían tras una loma o entre la silueta de unos arbustos lejanos, cobraron forma. Ya no nos vigilaban, nos seguían. Los llamamos *las tribus*, no sabíamos bien qué nombre darles y nos pareció que, vistos desde la lejanía, grupos de distintas procedencias se sucedían para mantenernos en alerta, para cansarnos».

Dasteo se detuvo. Examinó un cadáver. Uno más de los que habían luchado y seguido a Federico. El pecho aplastado a pesar de la coraza que lo protegía. Sangre esparcida, mezclada con el polvo amarillento del gran páramo. Las manos mirando al cielo como si en el último suspiro el esclavo hubiera querido dirigirse a Onar y suplicar perdón eterno. No había tiempo para despedirlos a todos. Los estaban esperando. Empezaban a estar nerviosos.

«Aquella especie de hombres salvajes, altos y nervudos, de tez tostada. Salvajes, que posiblemente jamás habían oído hablar de Vamurta y si habían oído alguna vez ese nombre no sería para ellos más que una palabra que el viento del norte susurra a veces, a través de los valles cerrados. En la profundidad de esa inmensa planicie

sufrimos la emboscada de los salvajes. Federico se había erigido como cabecilla de todos nosotros. Era él quien comandaba a los huidos de Uherské, era él quien daba las órdenes. Quiso formar una falange, una pared cerrada. Pero no disponíamos de lanzas largas ni de soldados. Federico mandaba una falange esperpéntica de artesanos y campesinos. Amalia no se daba cuenta, quería a ese hombre. Lo amaba o tal vez se aferraba a su figura, a lo que ella pensaba que era. ¿Qué no puede hacer o creer alguien que se siente terriblemente solo? En secreto, dando instrucciones a media voz, había reorganizado a unas decenas de hombres y mujeres grises, a los veteranos. Soldados que habíamos luchado en las guerras del murriano, a duras penas una compañía. No hay que decir mucho a los que entienden. Nada puedo reprocharle a Amalia, mi querida Amalia. Si ella sonríe yo sé que olvido las desesperanzas que me asaltan en esta travesía sin rumbo».

Allí había uno de esos lagartos gigantescos. A su alrededor, como una ofrenda, encontró cadáveres de hombres grises despanzurrados por el peso del animal junto con los cuerpos acribillados de unos pocos salvajes. Las saetas de las ballestas habían sido la mejor arma para los grises. La portentosa cola del animal, la que tanto daño había hecho a la formación capitaneada por Federico, descansaba por fin sobre el suelo. Dasteo toqueteó la montura del animal y observó el arte de los salvajes para ensillar a aquellos mastodontes como si fueran ciervos de combate murrianos. Con unas pocas monturas habían destrozado la línea de contención dispuesta por Federico. La piel escamosa y dura del saurio se confundía con los colores de la planicie. Con la espada, el alférez del Batallón Sagrado movió la cabeza pequeña del herbívoro, no más grande que la suya. Una desproporción con el cuerpo pesado del reptil, largo y panzudo. Todavía no había encontrado el cuerpo de Federico. Debía estar por allí cerca. Los caídos se concentraban donde su antiguo amigo había situado a la falange. Gemían los heridos en una tarde sin viento. A unos pocos pasos, los hombres remataban con lanzas al segundo de los grandes lagartos caído durante el combate. Era extraño, la bestia abría la boca con desesperación para exhalar aire, pero no emitió ni un solo rugido cuando su blanco vientre fue atravesado. Sonó un disparo en la quietud asustada que llega tras la lucha. Eran los otros, aquellos hombres que con su inesperada llegada habían dispersado a las tribus y salvado las vidas a las gentes de Vamurta.

«¿A cuántos hemos perdido? No tendremos tiempo para contar, pero más de la mitad de los nuestros yacen en estos campos angostos. Algunos heridos, los leves aguantarán. Los supervivientes comienzan a auxiliarlos. El grupo, menos de cien, que logré capitanear de espaldas

al grueso de los huidos de las minas, luchamos de otro modo. En pequeños grupos. Llegaban los salvajes. Chillando, mostrando sus dentaduras carcomidas, corriendo a lado y lado de las bestias lanza en mano como un ariete que pretende penetrar en el lienzo de un muro. Los dejábamos pasar, los confundíamos. La poderosísima cola de los saurios que abría en canal la falange de Federico no encontraba a qué golpear. Nos dispersábamos y volvíamos a concentrarnos. Me atrevería a decir que los hacíamos bailar a ciegas. Onar, si todos hubiéramos luchado de este modo…

»Aquí está. Junto a Amalia que lo llora. Debió estar en la primera línea de la formación. No tiene rostro, la mejor espada del Batallón Sagrado. ¡Pobre hombre estúpido! No debió conducir a los hombres, no. ¿Qué fue lo que lo impulsó a cambiar tanto en apenas lo que tarda una luna en ser plena? Es un amasijo de carne. Amalia vierte lágrimas desesperadas. Ven, querida, deja a este hombre. Ven conmigo, Amalia. Debemos seguir adelante. Ir hacia alguna parte, mi querida mujer. Olvida a aquel que quiso amarte».

«Vuelven a sonar disparos. Esos hombres que aparecieron en el horizonte como una visión. La línea de la llanura salpicada por pequeñas manchas negras. Ellos también debían seguirnos, aunque desde muy lejos. Llevan esas armas de fuego tan alargadas, de cañón fino y culatas profusamente decoradas con un arte que no entendemos los grises. El horizonte colmado de cabalgaduras al galope, cortando el viento. Hombres del color de la cera montados en camellos. Cuando las tribus que nos atacaban se dieron cuenta, huyeron dejando a los suyos, a los heridos, lo dejaron todo. Huyeron despavoridos sobre los grandes lagartos. No miraron atrás».

Ayudo con los heridos. Algunos no podrán levantarse. La tarde se llena de quejas y lamentos. El aire, muy quieto, huele a sangre. Es un olor que lo impregna todo, que parece penetrar en los cuerpos de los vivos. Se acercan los hombres de cera, hacen gestos violentos. No entiendo qué quieren decir muy bien. Empiezan a recorrer el campo de batalla, montados en sus altas cabalgaduras. Suena un arma. Luego otra. Rematan a nuestros heridos. Intento pararlos, me desgañito. Recibo un golpe de culata».

Dasteo caminó y caminó junto a sus compañeros durante jornadas que se les hicieron interminables hasta salir de las planicies tostadas por el sol y adentrarse en la jungla, de la que habían oído alguna vez hablar. Allí empezaron a encontrar las primeras aldeas de esos extraños hombres que los guiaban sin decir nada. Núcleos de pocas casas de gran tamaño, unas pegadas a las otras como setas de bosque.

Las viviendas habían sido bastidas en madera y piedra, y alrededor crecían los maizales en el terreno ganado a la espesura mediante tala o quema. Algunas casas eran magníficas, de hasta dos pisos en planta rectangular, aunque a todos les llamó la atención la edad de esas construcciones tan antiguas. Daban la impresión de haber sido construidas en otro tiempo, uno distinto.

—Dasteo, pisamos tierras seguras —dijo Arisas—. ¿Te has fijado que en el interior de la jungla no hemos encontrado ningún destacamento de soldados?

—El bosque los protege, y lo saben. O así me lo parece. Los hombres de cera están más tranquilos, han relajado la vigilancia. ¿Tú sabrías llegar hasta uno de estos pueblos desde los páramos?

—Desde luego que no —contestó el escriba—. Y si lo lograra, sería visto en la linde de la selva. De lo que me he percatado es de que los tatuajes que llevan en el rostro definen a cada uno. No son pinturas de guerra, como pensamos. En los campesinos los dibujos se repiten, como en los soldados. En cambio, esos oficiales llevan gravados otros arabescos. Y usan mucho el negro. Me fijé porque no podía dejar de admirar esos cascos que llevaban con formas de animales. Son un trabajo de orfebrería que nosotros no sabríamos hacer, Dasteo.

—Mi preferido es el casco de ese oficial de allí delante —sentenció Janofas, que los iba escuchando mientras seguían la larga columna de hombres y camellos que se adentraba en la selva—. El del felino negro, parecido a esos leopardos que vimos merodeando los palmerales. Lo que quisiera saber es qué ocurre si eres ascendido de soldado a oficial o si te enriqueces, y uno deja de ser un simple labrador.

—Diría que nadie asciende —contestó Arisas—. Que en esta raza eres lo que eres para toda tu vida desde que naces.

En el siguiente descanso les dieron de comer. En su propio territorio, aquellos que los salvaron de las tribus se mostraban generosos con los grises, hasta gentiles. Aunque no consiguieran comunicarse con ellos, pues las lenguas de ambos pueblos nada tenían en común, día a día se establecía una confianza tranquilizadora entre ambos grupos. Janofas observaba a los huidos de las minas que como él, comían tortas de maíz de cuclillas o sentados en el suelo húmedo de la selva a lo largo del estrecho sendero por el que avanzaban. Vio a Amalia lejos de ellos, sola, comiendo sin hambre.

—¿Llora todavía Amalia la muerte de su amado? —se preguntó, con cierta inocencia.

—Llora, llora. Con un silencio que me inquieta, con ese mirar sin llama —El Alférez se secó el sudor de la frente. La humedad los hacía

sudar hasta por las noches—. Temo que se haya cansado de todo, hasta de respirar.

—Lo que me inquieta a mí es a dónde nos llevan —añadió, sin tacto, Arisas.

—No muy lejos. Fijaos que cada vez se ven más campos sembrados y casas. Algunas hasta colgadas de los árboles, como esas cabañas de ahí arriba —Janofas señalaba con su lanza unas chozas levantadas entre los huecos de las ramas de algunos de los árboles de mayor grosor.

—Sí, estamos cerca —dijo Dasteo—. Rodeados de una vegetación que, acaso, ninguno de nuestra raza ha visto antes, de unos hombres en guerra contra otros que tampoco sabemos quienes son, a una distancia de Vamurta inimaginable, incapaces de volver atrás sin perdernos, pero, ¡loados sean los dioses!, vivos y espada en mano.

—Verdad —concluyó su joven amigo.

La tarde se iba llenando de sonidos. Tras la relativa calma del mediodía la selva volvía a ser una eclosión de cantos que se entrecruzaban con los rayos de luz que caían oblicuos hasta tocar el tapiz de hojas y matorrales que cubrían el suelo. Bandas de monos chillaban desde las copas de los árboles, se perseguían en las alturas y luego dejaban de oírse. Pájaros de colores chillones surcaban el aire bajo el techo de ramas que los separaba del azul del cielo. Los hombres grises admiraban con curiosidad ese mundo fascinante que los rodeaba, una concentración de vida como no habían visto antes y que parecía danzar a su propio son, a veces alarmada, a veces reposada. Antes de la llegada del crepúsculo vislumbraron la mole de un palacio. Una sombra gigantesca en medio de aquella frondosidad cerrada al pie de un ancho río de aguas terrosas que salvaron cruzando un largo puente de piedra roja. A primera vista pensaron que era el edificio de mayor tamaño que habían contemplado, pero únicamente estaban viendo la fachada que daba al puerto fluvial, rematada con decenas de torres de aguja que ascendían altas, hasta superar en mucho cualquiera de los árboles del bosque esmeralda. La argamasa utilizada daba al lienzo de las paredes, salpicadas de pequeñas ventanas, un tono carmesí, un escarlata envejecido por el viento y la lluvia, creando la sensación, acentuada por la profusión de líneas curvas y rectas, de estar delante de una montaña de barro que un loco hubiera cincelado en otra era, en un tiempo de mitos.

Del cuerpo central del edificio nacían y se extendían hacia la selva otras construcciones conectadas al bloque, obras de todos los tamaños y formas, como si un arquitecto supremo les hubiera dicho a aquellos seres que en las extremidades de aquel mastodonte estaba permitido dejar volar la imaginación hasta límites inverosímiles.

Como más tarde supieron Dasteo y los suyos, muchas de las creaciones en piedra representaban a los espíritus de los animales de la jungla, en los que creían reencarnarse los hombres de cera antes de morir.

—Es el castillo más grande que los ojos de un hombre hayan visto —afirmó un asombrado Janofas—. Fijaos en esas esbeltas torres, parecen desafiar a los cielos.

—No es un castillo —contestó Arisas sin dejar de examinar los tres niveles del edificio—. Es toda una ciudad lo que tenemos delante.

—¿Y por qué? ¿Qué razón los impulsó a vivir, a tantos, bajo un mismo techo? —se interrogó el noble.

—Pronto lo sabremos —repuso Arisas—. Lo que sí sé es que hace mucho tiempo que los jardineros no vienen por aquí. Mirad como el bosque traspasa la piedra. Allí y allí —Señaló con el índice hacia varios puntos de los laterales en los que no había separación entre jungla y civilización. Incluso la techumbre era horadada por el ramaje de los árboles más altos. Muchas de las construcciones antropomórficas estaban cubiertas por un manto vegetal, como una crisálida hilvanada en seda.

Con gestos amables les hicieron entrar por una de las múltiples puertas que daban al río. Los grises vieron que las funciones defensivas de la edificación eran casi inexistentes. Los albañiles no temieron a nada ni a nadie, concentrando los esfuerzos en la belleza. Un antiguo esplendor que, en aquel momento, era un pálpito decadente, pues la vegetación había alcanzado las terrazas rojizas y por ellas se descolgaba, buscando la superficie de donde había nacido.

Fueron recibidos en una gran cámara sin otra decoración que los relieves tallados sobre la piedra. Las gruesas paredes y la multitud de ventanas y puertas que traspasaban la estructura de la morada creaban un frescor en el interior que los hombres agradecieron. Se extrañaron de ver desaparecer a la tropa que hasta aquel momento los había conducido y de que tan pocos dieran la bienvenida a un grupo tan nutrido. Estaban, de hecho, prácticamente solos en el salón de techos desnudos cuyos extremos se perdían entre luces y sombras, tal era la dimensión de la cámara. En algunos rincones, dispersos, dormitaban en pequeños grupos algunos de los habitantes del palacio, aunque la noche ni tan siquiera se perfilaba en el firmamento. Algo impacientes, el puñado de gentes de alto abolengo que los había admitido en su hogar, les dirigieron unas palabras en su idioma a la vez que los llevaban a otro gran espacio cerrado, en el que les habían dejado comida y agua en abundancia.

Tras saciarse, Arisas empezó a hacerse preguntas. Curioseaba arriba y abajo por aquella nave abovedada y vacía, caminaba entre los suyos que estaban medio recostados sobre el suelo polvoriento,

recuperándose todavía del esfuerzo. El vasto espacio cerrado que los albergaba, cruzado en varios puntos por la luz sanguinolenta que avisa de que el día llega a su fin, era un misterio en sí mismo. Muchas de las ventanas estaban carcomidas por el tiempo, otras resquebrajadas y sin vidrios. Nadie había hecho nada en muchas primaveras.

—Esto podría ser el paraíso y en cambio nadie se ha molestado en barrer la casa. Y confían en unos desconocidos y ni tan siquiera nos han desarmado. Nos dejan aquí, como si fuéramos sacos de harina. Podríamos provocar una matanza. Somos casi doscientas almas.

Janofas, sentado en el suelo frío, con las piernas cansadas, asentía con la cabeza, rodeado de otros grises.

—Todo esto me hace pensar en un gran barco que medio ha naufragado y que apenas cuenta con marineros para tanta vela —señaló el noble—. Los hombres de cera que hemos visto se cuentan a cientos, cuando este hogar fue construido por millares y millares de ellos. Tengo la sensación de que está casi vacía. No siento miedo, siento tristeza.

—Janofas —le contestó Arisas con una mueca—. No os creía capaz de elaborar pensamientos tan sutiles.

El antiguo señor hizo un gesto de rechazo con las manos. Dasteo, peinándose con un cepillo de hueso los largos cabellos, sonreía con expresión astuta.

—Sea como sea, la fortuna nos ha sonreído esta vez. Tampoco los murrianos saben de este lugar olvidado. No saben nada, estamos a salvo aquí. Es como si nos esperaran o nos conocieran, por eso no nos temen.

—¿Alguien ha visto una sola habitación, dónde están los dormitorios? —inquirió el escriba—. Viven como hienas, todos apiñados en cualquier lugar. Hasta las viviendas de los labradores parecían colmenas para varias familias.

Anochecía, y con la oscuridad la quietud se acrecentó hasta dar la impresión de que habían sido invitados a una mansión en la que ellos eran los únicos moradores. No había guardias en la puerta de la sala, ni muebles, ni tapices, ni representación de dios alguno. Tan solo les llegaba el eco de la jungla como el retronar de un mar lejano. Mientras los grises empezaban a adormilarse tras llenar el buche, Dasteo y Arisas decidieron recorrer aquel entramado de estancias que se multiplicaban desde la entrada frente al río hasta no se sabía dónde. El alférez miró a Amalia, que seguía sumida en el ensimismamiento de quien no tiene respuestas a lo vivido. Janofas se quedó, dispuesto a representarlos si alguien preguntaba por ellos.

Los largos pasillos sin luz semejaban ser la tráquea de algún animal mitológico; las nervaduras que sostenían la techumbre, las

anillas de la garganta. No fueron en dirección al río sino por el camino opuesto, y tras entrever a algunas mujeres y hombres de rostros tatuados medio amodorrados alrededor de cuencos y copas vacías sobre el pavimento, lo único que encontraron fue una negrura interminable. Así que volvieron por donde habían venido y luego siguieron hacia la fachada por la que habían entrado aquella misma tarde, acompañados por el eco de sus propios pasos.

Las escenas se repetían. Hombres de cera aturdidos, cada vez en mayor número, en inmensos salones. Algunos les oían pasar y abrían los ojos, parpadeando levemente, hasta volver a cerrarlos tras comprobar quiénes eran. Se escuchaba alguna risa y alguna conversación a media voz, también. Si no fuera porque en las estancias próximas a las entradas del palacio se usaban lámparas de aceite, velas y antorchas que apenas daban un tenue resplandor, aquello parecería un establo. En las grandes cámaras iluminadas hallaron los primeros muebles: arcones, sillas y mesas solitarias. Sorprendidos de esa absoluta despreocupación por todo de los anfitriones, los dos amigos se miraron entre ellos, interrogativos.

«Tomemos prestadas un par de lámparas y demos un paseo. Nadie se va a dar cuenta, ni que les robáramos el tesoro, de tenerlo, se alarmarían. ¿No tienes la sensación de estar solo?»

«Totalmente, Arisas. Esto es un sueño, o el fin de un sueño. Trabajan duro durante la mañana pero llegado el momento, a media tarde me parece, da la sensación de que renuncian al mundo, así, como si nada. No lo comprendo».

El escriba sonreía. Aquello que tanto le había desconcertado había adquirido el rango de costumbre. Hablar sin mover los labios, sin abrir la boca. ¿Quién podría saber lo que ambos tramaban?

Vieron en qué lugar dormían los niños antes de continuar su ruta sin rumbo por los infinitos recovecos y pliegues de los intestinos de aquel monstruo de piedra del color del cinabrio. Conmocionados, Arisas y Dasteo hallaron donde los pequeños, de hasta cuatro o cinco primaveras de edad, pasaban la noche. Apretujados como pollitos en un cesto, aunque totalmente quietos. Inmovilizados por una red negra que impedía los movimientos y que cubría a cada uno de los cuerpecitos como un sudario. La prole de los hombres de cera reposaba sumida en una narcosis tan profunda que ambos sintieron una honda inquietud en sus corazones.

«Qué les han dado, Arisas, qué les han dado a estos niños que parecen yacer para siempre».

«¿Y cómo los reconocen si al salir el sol alguien viene a recogerlos? ¿Cómo saber cuál es el tuyo?»

«No lo sé, amigo. Ninguno de los dos ha sido jamás padre».

Continuaron explorando otros lugares de aquel castillo sin fin con

la prudencia del que apenas ve nada. A medida que avanzaban comprendían que aquella estructura, los restos que contemplaban y pisaban, porque aquel palacio no era más que eso, un esqueleto de unos hombres que hacía tiempo habían sido olvidados, no tenía nada que ver ni con ellos ni con los que llamaban hombres de cera, que eran una sombra, un pálido reflejo de los padres de sus padres.

Si en la fachada del río había tres niveles, en la zona posterior solo había uno. Una planta de techo alto resquebrajada por el bosque que mordisqueaba las tejas. A medida que se alejaban de las zonas habitadas, en peor estado se encontraba la estructura. Algunas bóvedas y paredes de carga amenazaban con derrumbarse. Pequeños animales de la jungla anidaban en el interior, sobre todo ratones que correteaban por los pies y algún pequeño carnívoro. En las salas de paredes desnudas que iban encontrando se escuchaba el aleteo de algún pájaro solitario que no pudieron ver. Cuando creían que estaban llegando al fondo del palacio, el final del pasillo se transformó en un balcón circular sobre una enorme cámara excavada bajo el suelo en la que los ecos se perdían en su amplitud. Un espacio negro que Arisas y Dasteo intentaban entender haciendo mover las antorchas de lado a lado. El fondo cenagoso de aquel espacio cerrado estaba cubierto por un palmo de agua, al menos. Vieron las siluetas de lo que parecían ser pequeñas casitas dentro del Palacio. Unas viviendas circulares, como cazuelas con el techo abierto. Aquí y allí vieron espacios que simulaban ser plazas y cada determinado número de casas, siguiendo una disposición exacta, estrechas columnas que se erigían hasta perderse en la oscuridad. Eran pilares enroscados de una piedra que un día fue blanca. Simulaban ser el tronco de árboles por los que descendía la hiedra hasta tocar el agua del fondo. Al mismo tiempo notaron que alguien se acercaba. Pasos y un golpeteo de bastón sobre el agua. En las anchas escalinatas que comunicaban la altura en la que se hallaban con aquella especie de caverna oscura se perfiló una silueta humana.

«Es una ciudad, lo que veis. El principio de ella».

Aquella voz dentro de sus cabezas los sobresaltó. Echaron en falta las armas, que habían dejado en la sala donde dormían los otros grises.

—¡Hablas la lengua de Vamurta! —exclamó Arisas, todavía tan sorprendido que no se dio cuenta de que usaba su voz.

«Todas las lenguas. Las vivas y las muertas. Incluso el don que vosotros dos poseéis. Hace tanto que no conozco a nadie que lo use…».

Un hombre mayor, de rostro huesudo y piel de papiro asida a las finas tiras de carne de un cuerpo flaco. Un arbusto esquelético del desierto que habían dejado atrás. Los miraba, calmo, mientras

ascendía los anchos escalones.

«Os preguntaréis qué hago por aquí, vagando como un alma en pena. Me entretengo. Con muy poco me basta para seguir viviendo y hace tiempo que perdí el sueño. Soy uno de los moradores de esta cuna de otra época, uno de los últimos. Los que habéis visto en palacio son los hijos de mis hijos».

Arisas y Dasteo lo miraban como quién ve aparecer un fantasma, aunque a medida que se acercaba pudieron distinguir su expresión, entre plácida y cansada. Aquello los tranquilizó, no resultaba nada amenazador. Un anciano, vagando sin sueño, por su propia casa.

«Venimos de Vamurta, anciano. Una ciudad del norte, lejana y perdida para nosotros. Yo, Dasteo, soy uno de los últimos de un eslabón de guerreros, y él, Arisas, uno de los compañeros de nuestra hueste y antiguo escriba».

«Avisé que vendríais, aunque no sabía vuestros nombres. ¿Es de noche aún?».

«¿Cómo podíais saber de nuestra llegada?», preguntó Arisas, quien mientras formulaba la pregunta se dio cuenta de que el extraño era completamente ciego.

El viejo había llegado al final de la escalera y se apoyó en la barandilla para descansar. Unos pequeños ojos blancos parecían rastrear lo que no veían. Husmeó su estupefacción bajo la luz tintineante de las antorchas. Sonrió y con un dedo lanzó un haz de luz azul que iluminó brevemente la gran bóveda bajo la que se hallaban, dejando que los dos extranjeros vieran por unos instantes las dimensiones de la ciudad abandonada, que se extendía más allá de lo que los grises hubieran podido imaginar. Dasteo ahogó un grito. Cientos de casitas de piedra alineadas en calles estrechas, protegidas por el techo del palacio. Vieron caimanes coleteando en la charca, vieron toda una vida silenciosa que allí tenía su lugar. El anciano sonreía, sabía que su truco de magia había impresionado a los forasteros.

«Me llamaba Radtein, aunque no estoy seguro de cómo me llaman hoy los jóvenes. Estaréis sorprendidos, ¿verdad? Aquí una gran civilización tuvo su cuna y su esplendor. Esos pilares de piedra eran las torres del saber. Cada una de las ventanas que quizá hayáis visto, un nivel. Pero las torres se elevaron muy arriba, hasta sobrepasar el techo y alcanzar la cumbre de la selva y luego más, hasta llegar a las nubes. No se sabe el porqué, pero más tarde nos cansamos. Toda aquella excitación, aquel pálpito por progresar y conocer más y más fue apagándose como el eco de un cuento que ya no tiene sentido. Y nos callamos todos. Uno a uno, hasta cansarnos de estar. Menos yo. No me aburro nunca. Hablo con los caimanes, con los monos. Aunque debo vigilar con los reptiles. Son muy celosos, debo recordar dar una

palabra amable a cada uno, sino se enfurecen y se muerden entre ellos. Intento recordar algo de lo mucho que aprendí y lo recito entre estas paredes que se derrumban. Soy el guardián del olvido. Incluso a veces hablo con esos jóvenes que os rescataron en los páramos montados sobre los veloces camellos. Eso también lo sé».

Dasteo y Arisas se sentían como si de nuevo estuvieran en el mundo de los dioses, pero no, en el fondo del corazón sabían que aquel montón de piel y huesos transparentes era un hombre como ellos.

«¿Por qué no estás muerto?», inquirió Arisas de pronto, sin pensar en las consecuencias de lo que decía.

Pero el viejo no se molestó por aquellas palabras. Soltó una carcajada imposible para una caja torácica consumida. Se contorsionó hasta apoyarse en el antepecho de aquel balcón. Su risa resonó como un trueno. Dasteo hizo el gesto de querer asirlo para que no se cayera abajo.

«Tampoco lo sé yo», contestó Radtein. «Dime, joven iniciado en los misterios de este pequeño mundo, ¿quién te asegura a ti que morir es el final?».

El viejo tomó asiento en el suelo, sin esperar que los otros hicieran lo mismo y sin preguntarles nada. Cerrando ambas palmas de las manos creó un vacío del que surgió una bola brillante que dejó flotando sobre el frío pavimento de piedra. Luz, luz y calor. Los dos grises se sentaron junto a Radtein y, corriendo la noche sobre la jungla, empezaron a tejer las historias de unos y otros para regocijo de todos.

«Os habréis extrañado de la actitud de los hijos de mis hijos. Empezada la tarde se retiran, diría, de este mundo. Caen en la parálisis. Mastican leivas, unas hojas amarillentas que crecen por doquier. Son una adormidera. Hasta los jóvenes renuncian al trajín de los días. Eso me preocupa, pues será nuestro punto final. No hacen más que replicar lo que han visto hacer a sus padres. Este irse a otro lugar en el que nada habita. Este aturdimiento que nos mata poco a poco. Pronto lo sentiréis en vuestras carnes. Dejaréis de ser bienvenidos aquí».

«Hasta ahora nos han tratado como a hermanos. Hermanos lejanos, eso sí es cierto, pero nada puedo reprochar a los tuyos», dijo Dasteo.

«Pronto, más pronto de lo que piensas, guerrero. Seréis una molestia, la prueba viviente de que algo no anda bien. Un recordatorio que no querrán afrontar. Te dirán que no preguntes tanto, que no eres más que un extranjero. Acabarán por odiaros».

La noche era joven y su inesperado anfitrión parecía dispuesto a rescatar el pasado del olvido.

«¡Ah! Fui capaz de prever vuestra llegada pero no vuestra visita aquí. Sois curiosos. ¡Hace tanto que nadie viene a verme! Escuchad, escuchad como cruje la noche. ¿No es maravilloso sentirse vivo? Nosotros, que alguna vez conocimos los secretos de la vida y la muerte. Cualquier medicina está en la naturaleza, aunque a veces se esconde. Cualquier medicina y veneno. De ese saber nos queda una brizna. Como de los antiguos cultos, de los que quedan en nosotros, la sombra de lo que fueron. En el fondo de cada hombre anida un animal, puedo ver a los vuestros aunque no os los revelaré. Al morir volvemos a nacer siendo aquel que fuimos en un principio: un jaguar, un camello, una mangosta, una hormiga, un cerdo, una hermosa gaviota. Tantos animales para tantos hombres. ¡Hasta eso estamos olvidando!».

«Habláis como si el presente no fuera más que una flor que pronto se marchitará», dijo Arisas.

«Oh, sí. Es el viento, que todo se lleva».

«Quizás sea así, pero hoy nos preocupa. Perdimos nuestro hogar, fuimos esclavizados. No sabemos a dónde ir, y detrás de nosotros pueden llegar más, muchos más», repuso Arisas.

«Adónde, adónde. Yo os puedo decir algo», replicó el anciano.

Dasteo lo miró, iluminado por el propio fuego que el viejo había creado, en cuyo interior ardían manchas que cambiaban de color. El antiguo alférez era consciente de estar frente a alguien que no volverían a encontrar, del que no podrían referir nada porque nadie los creería. Ese alguien llegaba, con fuerzas mermadas, de una orbe que él no era capaz de abarcar ni entender. Dasteo atendía con suma atención.

«Amigo, ¿cómo puedes saber el lugar al que se dirigirán nuestros pasos? Desde que nací, y eso me atormenta, jamás he sido capaz de mantener el rumbo de mi vida. Si quiero alcanzar las playas, una fuerza superior me obliga a adentrarme en las llanuras. Si pretendo amar, algo va a suceder que me lo impida. Cuando quiero ser justo provoco el dolor de otro y cuando quise llevar a los hombres grises por el desierto casi los conduzco a su extinción».

El anciano lo escuchaba a la vez que calentaba sus dedos finos y alargados frente al calor de la luz levemente azulada.

«Esa pregunta no tiene una clara respuesta. Aunque debes saber que yo puedo volar, así como trepar. ¡Volar hasta muy alto! Salir de esta réplica de piedra roja que una vez intentó contener vida, como un invernáculo. Un mundo feliz que se deshizo por desidia. Puedo volar y ver lo que hay más allá de estos gruesos muros, ver lo que sucede a mucha distancia, mucha más de la que puedas creer».

Los miró sin verlos, con expresión un tanto divertida, intentando escrutar qué es lo que pensaban aquellos dos extranjeros.

«Al este, frente a la costa, unos hombres que han vivido en la diáspora se han reagrupado, lejos, lejos de los grandes poderes. Se han hecho fuertes, vigorosos. Creo que hacia allí debéis encaminaros. Y quiero que llevéis a algunos de nuestros jóvenes con vosotros. Es la única forma de que mi pueblo no sucumba. Aquí vivimos por inercia. En menos tiempo de lo que parece nadie quedará tras estos muros para contar lo que fuimos».

«¿De qué pueblos habláis? No sabemos nada de otros hombres», inquirió Arisas.

«Los pueblos del mar. Antes esclavizados por unos y por otros. Hace tiempo ya, fundaron ciudades en la costa de la selva, junto a la desembocadura del gran río que habéis cruzado para llegar hasta aquí. Seguid río abajo, abajo, hasta alcanzar el Mar de los Anónimos, como lo llamáis vosotros, los hijos de Onar. Vuelven a ser fuertes, son los señores del mar y hasta hoy han decidido pasar inadvertidos. Quizá vosotros dos seáis la arena que colme su espera. Y, quién sabe, ellos bien pudieran ser el camino que os abra la puerta del hogar que perdisteis».

## 52
## las ciudades del oeste

La hueste de Serlan De Enroc se encontraba a menos de un día de camino de Robaderra, la predominante de las tres grandes urbes que tiempo atrás habían fundado los puros, los hijos díscolos de los primeros colonos que llegaron al nuevo continente. Algunas jornadas antes los enviados habían cerrado un solemne acuerdo con los tetrarcas que gobernaban los amplios y ricos territorios de aquellos hombres grises que habían endurecido el credo de los dioses, hasta transformar el mismo en un árbol de hierro que no admitía otra voz que la de los grandes sacerdotes. El que un día fue conde de Vamurta bien entendía que por aquellos tiempos los nuevos burgos de los puros estaban en condiciones de disputar la hegemonía de las nuevas tierras con cualquiera de las razas allí establecidas, exceptuando el terrible poder de los sufones.

La llegada de los hombres blancos al asentamiento donde se habían refugiado tras conseguir salir de las penumbras del Bosque de las Hiedras había cambiado muchas cosas. Despedir al viejo Arbogasto y a sus hombres había sido un momento de gran tristeza. Muchos expedicionarios se preguntaron si volverían a verse alguna vez y muchos fueron los que creyeron que aquella sería la última ocasión en la que compartirían el techo raso del cielo.

—¿Cuándo creéis que llegará la orden de partir? —preguntó Lemas, que se impacientaba con la inactividad.

—No lo sé, amigo —contestó Serlan—. Pronto. Hoy, quizás. Aunque, si hemos de ser recibidos en tan noble ciudad, ¿no deberías limpiar tus armas y asearte en el lago? Hueles a perro viejo. Y ya puestos, los hombres bajo tu mando, también podrían darse un baño.

El resto de capitanes rió, tumbados bajo una gran encina que los cobijaba del sol del mediodía. Por doquier crecía el trigo y la cebada en rebosantes espigas que se doblaban ligeramente cuando los vientos del sureste cepillaban la cresta de los campos. Desperdigadas en las llanuras que rodeaban las ciudades se veían casas de campo de techos de madera y pequeñas ventanas. Habían dejado atrás aldeas de labradores que los habían rehuido. Los campesinos abandonaban los trabajos del campo para ir a refugiarse a toda prisa en los templos. Volvían a estar en medio de tierras cultivadas, cerca de grandes núcleos urbanos.

—Ya veo, señor, que os preocupa nuestro aspecto zarrapastroso. Bueno, esos tetrarcas nos han contratado por nuestra maña con esto —replicó *El Largo*, dejando la siniestra sobre la empuñadura de su

cuchillo pesado—. Y no por lo hermosos que seamos.

Serlan simuló sorpresa, arqueando las cejas. Hizo un gesto amplio con el brazo, similar al del mercader cuando quiere mostrar la suntuosidad y variedad de los productos de su bazar.

—Te equivocas, querido Lemas. También nos juzgarán por nuestro porte como tú lo harías si fueras a comprar una gallina, ¿o acaso pagarías lo mismo por un ave de plumas brillantes que por una que va perdiendo lastimosamente su plumaje?

—Un estandarte con una cabeza de jabalí en la punta —sostuvo con voz estertórea Dort Riala—. Eso sí causaría impresión.

Eszul lo miró con expresión desconsolada.

—Siempre tienes una bravuconada lista para que te salga de entre los dientes, Dort Riala.

El hombre rojo, en lugar de responder, la miró. En sus ojos se leía una decepción lejana, un desgarro que lo paralizaba. El oficial era un hombre que había perdido las palabras.

Serlan levantó la vista. No muy lejos de allí, sobre un verdísimo pastizal, los caballos se alimentaban mansamente. Sara estaba allí. Junto a ella, observando y atendiendo las explicaciones, escuchaba el murriano. La capitana no se separaba de aquellas rápidas monturas que habían adquirido a los hombres blancos que llegaron del otro lado del hielo para recoger a los hombres de Arbogasto y el oro que no habían conseguido de los Akara. Desde el momento en que los animales aparecieron como negras pinceladas en el horizonte, la joven oficial había sentido una punzada en el corazón. Icet se había quejado amargamente. Casi todos los fondos de la compañía reunidos trabajosamente se habían destinado a comprar caballos. Tantos como pudieron. Serlan De Enroc tuvo una de sus raras intuiciones y no había dudado en tratar con los hombres pálidos y convencerlos para que les vendieran las monturas que servían de refresco y para que un puñado de hombres de Arbogasto se quedara con ellos para enseñarles el arte de la cría de esas fabulosas bestias.

—No sé mucho de ceremonias —afirmó Lateas, que había escuchado a unos y otros en silencio—. Pero, hasta en el ejército de mercenarios donde serví, en las guerras de fronteras, teníamos una enseña. Creo que necesitaremos una. Cuando lleguemos a la ciudad de los puros nos mezclaremos con todos. Una bandera servirá para volver a unirnos.

—¡Convocad a la hueste! —exclamó, animoso, el conde—. De eso ya había tratado con alguien, ¿no es verdad, Leos? Ahora mismo vamos a decidir cuál será nuestro blasón.

Los hombres y las pocas mujeres que habían sobrevivido a tantas penalidades y que por fin veían brillar el sol sobre sus cabezas se habían congregado alrededor de la gran encina en cuyas ramas

asomaba la nueva hoja. Sentados en semicírculo, dejados los arcabuces y las armas pesadas a un lado, esperaban como si hubieran acudido a escuchar a unos juglares. El estratego había convocado a todos, excepto a su viejo camarada, Ermengol, que seguía siendo incapaz de razonar o entender algo de lo que se le decía. Antes de hablar, Serlan miró hacia una suave colina sobre la que, el que fue médico de la corte, daba tumbos sin sentido, como si perteneciese a un nivel de realidad al que el resto de los mortales no estaban invitados. Por un instante la piedad lo traicionó, viéndolo recoger hierbajos, murmurando palabras incomprensibles. Se sintió emocionado por la desgracia del compañero tanto tiempo perdido. Al fin, tomó aire. Los vivos reclamaban su atención.

—Soldados, en nada cruzaremos los muros de Robaderra para poner nuestras armas al servicio de los cuatro señores de aquellas ciudades. Antes de dejar atrás las planicies debemos decidir. Necesitamos una señal que nos una y que nos permita reconocernos los unos a los otros. Necesitamos una bandera, pero, ¿qué es lo que nos puede representar a todos nosotros, que venimos de distintos rincones de este mundo?

—¡La golondrina de Vamurta! —propuso uno de los veteranos de los lagos—. Recuperémosla, el ave negra sobre tela blanca, ¿por qué no?

—Eso y declarar la guerra a la Asamblea de las Colonias sería lo mismo —contestó Icet, meditabundo—. Y a los puros tampoco les gustará…

Muchos aprobaron el comentario del noble vesclano y la golondrina fue olvidada. Se hicieron muchas propuestas. Cada nueva idea era refutada, pues cada uno recordaba las enseñas bajo las que alguna vez fueron encuadrados. Los hombres rojos seguían pensando en ciervos y jabalís como emblema, los grises en Onar y los vesclanos en símbolos abstractos. La asamblea corría el peligro de convertirse en receptáculo de quejas y empezaban a aflorar olvidadas disputas personales. Hasta que, tras un balbuceo, se oyó la voz del hijo del mago.

—Vos, capitán, me contasteis una historia de largas cacerías, allí, en el fortín, después de dejar el Bosque. Bueno, había pensado en eso, aunque no sé si es lo mejor.

—Habla, en nombre de los dioses, muchacho —le respondió Serlan—. Y habla en voz bien alta, no temas lo que de ti vayan a decir los que hasta ahora solo han repetido lo que un día aprendieron.

La mesnada había enmudecido y atendía a lo que el chico iba a decir, sentado con las piernas cruzadas donde dormitaba la comadreja gigante, ajena a cualquier cosa que no fuera su joven amo.

—Oí la historia de los dragones de los lagos. Vos me la contasteis

una de las noches de viento en las llanuras. No la creí hasta que vi vuestra armadura, y disculpad que ahora diga esto. Cazabais sircads. Ese podría ser el emblema, un dragón rojo. Un animal que somos todos…

—¿Cómo no se me había ocurrido antes? —se preguntó en voz alta Dort Riala —. Un dragón rojo sobre fondo negro, la noche y el fuego. ¡Con eso me apetece un poco más de vino!

—No me disgusta —afirmó Icet, con una sonrisa que escondía algo—. Un dragón rojo. Allí estuvieron los grises, los vesclanos como el prudente Lateas y también los rojos. Persiguiéndolos. Y allí empezó todo. ¿Me dejo a alguien? Oye, muchacho. Escúchame bien. Coseremos esa bandera y tú, ¡tú, aunque te hayan atravesado con el filo de una espada!, la llevarás en lo alto. Serás nuestro portaestandarte, serás a quien acudir si nos cubren las sombras en la batalla. A ti nos acercaremos si nos alcanza la desgracia.

El muchacho buscó la aprobación del conde con la mirada y éste, asintiendo, le devolvió la confianza. Sin haberlo pretendido jamás, iba a convertirse en alguien importante en aquel pequeño ejército.

—Por dos veces nombrado, Leos. En algo debes destacar, sin duda —le recordó el estratego.

Robaderra los recibía con las puertas abiertas. La ciudad, al norte de Satorta y Eslatvar, las otras urbes de los puros, era la sede de los tetrarcas. Dos sumos sacerdotes de Onar y dos grandes mercaderes escogidos por sus pares. La orden del hierro los agrupaba y dominaba la manufactura y el comercio. Decenas de grandes y pequeñas villas se arracimaban cerca de las murallas de los grandes núcleos urbanos, pues en las llanuras del oeste eran la única protección para los labradores y artesanos. Las aldeas más alejadas, cerca de fronteras difusas y poco seguras, preocupaban a la plutocracia, pues eran vulnerables. Apenas se contaban con fuertes para defenderlas y una de las tareas que se encomendaría a los extranjeros recién llegados sería la salvaguarda de los límites.

De lejos se podía distinguir la yuxtaposición de los nuevos baluartes artillados con los muros antiguos, de poco grosor y gran altura. Al igual que los murrianos, los puros adecuaban sus defensas, invirtiendo en ellas parte del oro sobrante conseguido de las ganancias mercantiles obtenidas por todas las razas y pueblos de las nuevas tierras.

—Por todas partes ondean esos blasones, señor —dijo Dort.

—Sí, la estrella de Artos en negro sobre la torre dorada con dos saeteras —contestó Serlan—. Dort, debemos ser amables cuando nos reciban. Haz lo que yo haga.

—No temáis por la indisciplina. Todos deseamos otra vida, una cama caliente y un techo seguro para descansar estos huesos que han pasado demasiadas noches bajo la lluvia.

—Hincaremos la rodilla en el suelo si es necesarios —dijo el conde—. Pero la cabeza la mantendremos bien erguida.

Serlan, junto al hijo del mago llevando la bandera y Dort Riala, encabezaban la marcha a pie sobre una vía pavimentada que comunicaba aquel fértil territorio. Detrás los seguían los lanceros, hombres rojos imponentes y grises. Luego venían los arcabuceros, entre los que se mezclaban hombres y vesclanos, encabezados por Icet. Atrás cerraban la marcha las fuerzas montadas mandadas por Sara.

El conde, ante los puntiagudos bastiones de Robaderra salpicados por las bocas de los cañones y los alabarderos, recordó a los hombres blancos. Una impresión de poderío similar. Los vieron llegar de improviso, montados en espléndidos caballos con largas pistolas de rueda a ambos lados de la cabalgadura, sosteniendo en la mano lanzas de puntas bruñidas rematadas con penachos. Hombres blancos orgullosos que los miraron con sorpresa y altanería y que solo después de descabalgar parecieron ser lo que eran, hombres cansados cuyos ojos brillaron con codicia cuando Serlan les mostró oro.

Escoltados por una guardia de lansquenetes altivos y lustrosos, cruzaron la entrada de Robaderra, de la que partía una ancha avenida atestada de curiosos ciudadanos que querían ver a los mercenarios contratados para defenderlos. Los habitantes de la ciudad les lanzaban flores, aunque en los rostros veían la decepción y hasta un cierto desagrado. Un murmullo de desaprobación que empezaron a escuchar y que duró todo su recorrido. Hasta algunos soldados de Serlan tuvieron la sensación de ser presos conducidos por los lansquenetes hasta prisión. El hijo del mago, a la vez que intentaba no tropezar con su mascota, buscó al conde, que caminaba muy derecho.

—¿Por qué nos miran así?

—A sus ojos, somos unos bárbaros. Somos peligrosos. Hemos pasado muchas lunas bajo la intemperie. Pon la espalda recta, y el asta también, ¡bien alta! —contestó el conde.

A Serlan De Enroc le llamó la atención la limpieza y el orden de las calles. Hasta aquellos que habían dejado sus quehaceres para darles una fría bienvenida estaban perfectamente organizados. Por sus ropajes podían distinguirse las castas. Robaderra, como el resto de ciudades y pueblos de los puros, era un núcleo trazado antes de ser bastido. Una geometría radial. Como descubriría más tarde el conde, aquella avenida que desembocaba en una gran plaza en la que se había construido, con una fabulosa piedra rosácea, el mayor templo a Onar conocido, era uno de los radios del carro dibujado por el nuevo urbanismo de los hombres grises, los fervorosos creyentes. Cada

avenida dividía la ciudad en barrios, y en cada barrio se asignaba a un grupo de gente según su riqueza. Así, y protegidos por una milicia propia, se había construido el barrio de la novísima casta de los poderosos. Otra zona era para las clases menestrales y otras, la mayoría, se destinaban a albergar a los *talentos*, los no ciudadanos que sin derechos luchaban mediante el trabajo por hacer méritos para ser súbditos amparados por una ley no publicada y que los tetrarcas guardaban con gran celo. Las diagonales que trazaban los grandes ejes de la urbe se veían interrumpidas por pequeñas plazas ovaladas que rompían el predominio de las líneas rectas.

Sara y Eszul, montadas sobre renos una al lado de otra, no dejaban de observar aquel riquísimo mundo que se abría ante sus ojos. En lo primero que se fijaron, después de que sus ojos se acostumbraran a ver tantos edificios de más de cuatro alturas construidos con ladrillo, fue en las vestimentas de los ciudadanos de Robaderra. No solo muchos de ellos eran ricos sino que también eran presumidos. Las damas vestían con corsés que las aprisionaban, algo nunca visto, y las más adineradas, con faldas amplias provistas de varillas que daban volumen a faldas de colores destellantes. La pedrería sobre los cuellos cerrados era fastuosa, en parte por ser la minería la principal fuente de riqueza de aquellos burgos.

—No huele a orines. Ni a orines, ni a cerveza fermentada ni a heces. ¿Cómo puede ser? —se preguntó Eszul, que de vez en cuando tiraba de las riendas de su reno nervioso.

—Ni idea, estos puros viven de una forma avanzada. La Ciudad de los Lagos, en comparación, me parece una pocilga hedionda —dijo Sara, cuyos cabellos asomaban libres bajo el casco—. El aire huele a hierba, a incienso…

Ambas seguían la marcha, cada vez más callada. Las gentes de Robaderra reemprendían sus quehaceres y la avenida empezaba a vaciarse. El ejército de Serlan no era lo que habían esperado ver. En la plaza central aguardaban los gobernantes, en solemne recepción.

—Además, Sara, estamos muy sucias. Fíjate en nuestros compañeros de armas: tanto es el polvo que nos cubre que parece que vistamos el mismo color gris manchado. Mira las barbas hirsutas, los cabellos largos y salvajes, las botas tan rotas que parecen bocas de pájaro, las armas sin bruñir, de filo opaco, y la piel cubierta de un dedo de roña. Y con este calor, Sara, no dejamos de sudar. ¡Dioses! ¡apestamos!

—Lo sé. Hasta nuestros renos darían pena si no fuera por lo bien alimentados que están. ¡Echarán de menos las praderías, los pobres! —exclamó Sara.

—Sí, y por Osapa, espero que sean los únicos que lo hagan.

—Aquí, Eszul, estaremos bien. Ya verás… Nos necesitan.

La bienvenida tuvo lugar en la plaza central, un inmenso espacio pavimentado con piedra y mosaicos religiosos, en la que la mole del templo de Onar asomaba como un gigante rosado en un campo de hongos que eran las viviendas. Al pie de la estatua de la estrella de la creación se habían instalado los cuatro elegidos sobre una tarima cubierta por una larga pérgola dorada de la que colgaban cortinajes de seda que protegían a los tetrarcas y su corte de mercaderes, jefes militares y altos sacerdotes, del calor abrasivo del sol. Excepto los oficiales, casi todos ellos vestían amplias túnicas blancas con brocados de oro y plata de motivos geométricos. Unas telas pegadas al cuerpo por la ausencia de viento.

La tropa mercenaria se desplegó y formó en el círculo vacío, frente a los cuatro tronos, enormes sitiales pintados en oro en los que cuatro hombres los observaban con gran dignidad. Batallones de lansquenetes y arcabuceros los vigilaban de cerca, a lado y lado de la tarima y a sus espaldas. En los braseros quemaba el incienso, que aumentaba la sensación de asfixia que padecía la hueste bajo las pesadas corazas y cascos. Los reyes se distinguían por unas coronas sencillas, una gruesa lámina de plata maciza que sujetaba la capucha de las capas negras que los cubrían. El conde se sorprendió al ver que los soberanos eran de una edad similar a la suya y uno de ellos más joven.

Un grupo de sacerdotes ofició unas plegarias a los dioses, bajo el sol inclemente. La ceremonia discurrió sin que los hombres grises adscritos al conde entendieran los ritos refundidos de los puros. El calor aumentaba y algunos hombres se tambalearon. Atrás, renos y caballos resoplaban nerviosos, sujetos por los jinetes. Al fin, uno de los tetrarcas se levantó del trono y se dirigió a ellos:

—Con la bondad de los dioses y con el beneplácito de Onar, sois bien recibidos en estas tierras iluminadas. ¡Arrodillaos y mostrad sabiduría!

Por primera vez en su vida, Serlan De Enroc hincaba la rodilla en el suelo y tras él todo su pequeño ejército.

# 53
## renacimiento

La primavera se marchó llevándose la brisa fresca de las mañanas y el centellante brillo del bosque cerrado para dar paso a la sequedad del verano. Las noches se poblaron de palabras a medio decir en labios de los nuevos amantes. El otoño llegó cuando los grillos todavía reverberaban en los campos agostados, desplegando sobre el cielo claro un tapiz que crecía y del que se descolgaban hilaturas grisáceas que se desplomaban sobre la tierra caliente. Luego, sin levantar la voz, llegó el invierno cambiando el color de las cosas, haciendo que los días fueran cortos y, las noches, llenas de pensamientos. Cuando los seres que habitan el mundo empezaron a creer que la inmovilidad sería perpetua, los alcanzó, audaz, el tiempo en que renacen las flores.

Subiendo desde la costa, Lateas, acompañado por un joven gris, ascendía por el camino pavimentado en piedra que lo conducía a Robaderra. Antes de llegar a la capital de los puros vio entre los trigales la silueta del cuartel del ejército mercenario. Ambos rompieron a la derecha, por un amplio camino de tierra compactada. Aquel había sido el alojamiento de los lansquenetes de la ciudad antes de que les fuera asignado. En paralelo al camino habían construido largos establos para los renos y los esbeltos caballos de pecho ancho.

—Ya falta poco —recordó Lateas en la lengua de los grises—. Fíjate como han avanzado los trabajos. Los nuevos reclutas estarán contentos.

—Sí, casi está terminada la ampliación del cuartel con esos dos nuevos barracones. Aunque no sé si estarán contentos los capitanes con las noticias que traemos.

—Son noticias inevitables, amigo —repuso Lateas, secándose el sudor de su rostro escamoso—. Y hemos hecho bien nuestro trabajo, ¿no te parece? ¿En cuantas tabernas hemos estado y cuántos nuevos agentes hemos contratado? Además, el conde fue amigo de ese Álvaro Telan, el héroe de las colonias. No tiene por qué ser malo eso.

—Sí, pero él no manda. Es ese magíster, Vertan, quien se ha hecho con el poder en Nueva Vamurta. Y eso son malos augurios para los intereses de la compañía.

Vestidos con túnicas pardas y sandalias sencillas, ataviados como un par de esos buhoneros que recorren los pueblos vendiendo en las plazas sus mercancías, muy pocos hubieran sospechado que uno de esos dos seres era el cerebro de una red de informadores que desde hacía muchas lunas crecía en poder, cubriendo casi la totalidad del

territorio de las nuevas tierras. Lateas tomó un respiro en el camino. Sus piernas estaban fatigadas tras recorrer durante catorce jornadas el camino de Nueva Vamurta a Robaderra. Pensó en desplazarse usando los renos pero, además de que su cola se resentiría, ir montados hubiera sido una ostentación de riqueza que no hubiera pasado desapercibida para unos ojos atentos.

Empezó a lloviznar. Hacia el este resplandecía el cielo, brillante, cortado a cuajo por una masa tormentosa que se desparramaba como un alud desde el norte. Lateas levantó la vista, disfrutando secretamente de la belleza contrastada de los elementos. Sí, había creado una red de espías, sobornando, comprando favores, incluso ordenando una ejecución discreta de un informador gris que hacía el doble juego en Oquadé.

—No podemos saber lo que acontecerá mañana, ¿verdad muchacho? —sostuvo el veterano—. Pero al menos entender lo que hoy sucede. Fíjate, ahí a lo lejos, los nuevos reclutas sudan la gota gorda. Acerquémonos antes de entrar e informar a los capitanes.

Durante aquella misma primavera, lluviosa y fértil, iban a concluir las obras. Siguiendo la arquitectura radial de los puros, el acuartelamiento tenía como epicentro un pequeño castillo barrigón de piedra, con poca altura, donde los oficiales y suboficiales tenían sus aposentos, excepto en la planta baja, bautizada por el propio Lateas como *la sala de la duda*, donde tenían lugar las recepciones y las reuniones de los mandos. En los sótanos guardaban armas y pólvora, una amplia y nutrida armería bien custodiada por los vesclanos. Alrededor del torreón, como aspas de un molino harinero, se desplegaban largos edificios de madera que eran usados como cocina, despensa y comedor, de alojamiento de la tropa y como salas para el adiestramiento. En los espacios libres, entre aspa y aspa, la hierba servía de campo de entrenamiento. Hacia allí se dirigían los dos, en el año 1146 del viejo calendario y 81 de las colonias. Bajo la bóveda del cielo ondeaban los brillantes estandartes de aquel nuevo ejército, el dragón rojo sobre un fondo de noche.

—Fíjate en esos nuevos soldados. Han firmado por veinte estaciones. A cambio, tendrán una paga y aprenderán un oficio —dijo Lateas.

—El de matarife —agregó el joven gris.

Lateas lo miró de reojo. Las bolsas profundas de sus ojos oscilaron.

—Aprendes muy deprisa —contestó.

Sobre la hierba pisoteada los reclutas practicaban la lucha con vara y con espada de madera y broquel en pequeños grupos. Al lado, otros lanzaban jabalinas, que volaban silbantes sobre el aire húmedo.

Al fondo, los suboficiales, la mayoría de ellos veteranos de la Batalla del Valle, vigilaban a los subordinados y los separaban si el adiestramiento pasaba de ser un simple ejercicio a ser una rencilla de machos encabritados. Junto a los edificios, los más fuertes hinchaban la musculatura levantando piedras de diversos tamaños.

—Nuestro estratego es un instructor sin corazón, aunque dice que el sudor ahorra sangre. Y eso puede ser cierto —sostuvo el vesclano—. Aunque esos ya deberían estar cenando, ¿no crees?

—¿Cuántos somos? —se preguntó el joven, admirando el cuartel —. ¿Más de dos mil hombres, además de las monturas? En cambio, apenas hay mujeres, como en Vamurta.

—Estos puros van contra la mujer, la arramblan. Sus maridos no las dejan salir, apenas, y menos para ser soldados.

Un sargento, un gris bajito y ancho de espaldas, instruía a los nuevos soldados en el uso de la daga:

—Lo dice nuestro estratego y espero que no lo olvidéis jamás. La daga sirve para frenar la estocada del enemigo y para herirlo. Únicamente sirve para matar si se consigue agarrar al oponente por el brazo, o aún mejor, por el hombro, y con la mano que sostiene el arma, acuchillarlo. Si no lo tenéis fijado, no podréis meter el filo por debajo de la coraza. ¡Así! —Tomó a uno por sorpresa, y simuló insertar la daga por debajo de la panza de este, lo que dejó al alumno lívido y turbado—. ¡La daga se clava hasta el fondo!

Los golpes y gritos cansados de los reclutas llenaban el crepúsculo que se cernía con dedos fríos sobre el nuevo hogar de los errantes de Serlan De Enroc. Más allá, sobre un campo de hierbajos pisoteados, estaban clavados los estafermos, las siluetas abandonadas recortadas contra la tempestad. Inmóviles como espantapájaros, esperaban que los jinetes de Sara los acometieran por la mañana.

Lateas y su compañero saludaron a los guardias, que adoptaron la posición de firmes para darles paso. «Cómo ha cambiado todo en tan poco tiempo», se dijo para sí el vesclano. «Ahora parecemos una gran compañía respetable». El vertiginoso aumento del número de efectivos había conllevado una rápida sofisticación del mando y la organización de la hueste. Se habían nombrado alférez y sargentos, se habían cosido nuevas insignias y gracias a las herrerías controladas por los puros, todos ellos habían sido rearmados y uniformados, aunque toda aquella riqueza no había relajado la disciplina y la práctica constante a la que obligaban los oficiales. Lo único que los tetrarcas no les habían concedido eran los buenos cañones que fundían en grandes factorías ubicadas en Eslatvar.

Se abrió la puerta del comedor. Les llegó el aroma de grasa deshecha al fuego y el hedor de los cientos de cuerpos allí reunidos. Una atmósfera densa que contrastaba con el aire limpio del campo. La

sala estaba abarrotada de soldados cenando como si esa misma noche fuera a acabarse el mundo. Tropas regulares sentadas frente a mesas alargadas donde los cocineros y los reclutas se afanaban en servir más y más platos. La luz mortecina de las chimeneas y las lámparas de aceite creaban una sensación de bienestar, de relajamiento tras un día de duros trabajos.

—Lateas y compañía, sed bienvenidos. Veros otra vez, sanos y salvos, es motivo de celebración —Serlan De Enroc se había levantado de la mesa de oficiales y se dirigía hacia ellos, sin armas, para recibirlos.

Recorrieron las mesas, generosamente servidas: lentejas con verduras y carne, frutas, lonchas de cerdo braseadas en los fuegos de la cocina y grandes cuencos rebosantes de cerveza tibia y vino aguado. Los vesclanos, sentados en mesas aparte sin hacer mucho ruido, devoraban otros manjares que ellos mismos elaboraban. Los mercenarios saludaron con leves inclinaciones de cabeza a Lateas, que era considerado entre los suyos como una especie de tótem, el receptáculo que contenía las respuestas a sus dudas. El vesclano despidió al subalterno que lo había acompañado en aquel agotador viaje a pie hasta Nueva Vamurta, y aquel se escabulló entre el bullicio y los vozarrones de los hombres. Al fin, Lateas se sentó al lado del estratego, saludando al resto de comensales. Se fijó, extrañado, en Dort Riala. Apenas probaba bocado. Miraba con fijeza las ventanas cuyos resplandores iban apagándose, anunciando la noche. El hombre rojo, con platos y platillos llenos de carne delante, parecía estar en algún otro lugar. Mientras pensaba qué le podía ocurrir, le pusieron delante una enorme carpa humeante adobada y especiada a su gusto.

—¿Cómo…?

—Os vimos llegar a lo lejos, viejo amigo —respondió el conde—. ¿O creéis que sois el único bien informado en estos parajes?

—¡Por fin! La verdad, estaba harto de comer hormigas y líquenes —respondió, agradecido, Lateas— ¡Ayer noche soñé que comía pescado!

—¿Habéis podido hacer vuestro trabajo? —preguntó Eszul, más seria de lo habitual.

—Sí, y no son noticias alentadoras. En Nueva Vamurta se ha producido el golpe y, aunque era ya rumor en boca de todos, no por eso es menos preocupante. El magíster mílitum Vertan es el nuevo Alto Magistrado. El Consejo de los Veintiuno es suyo y de sus secuaces, entre ellos, el joven Traeras. Matrol ha sido apartado, ni siquiera le han dado un cargo honorífico.

—Las hienas han echado al viejo león —comentó Lemas, dejando de beber cerveza—. Toda la carroña es para ellos.

—No solo eso. Lo oí en plazas y pueblos, en tabernas y en boca de

los mercaderes. Saben muy bien quiénes somos, y saben quién sois vos, quién fue el estratego de ese misterioso ejército de mercenarios surgido de las praderas que ha pacificado las fronteras de los puros.

—Por una vez estamos preparados —comentó el noble Icet.

—Las cartas están boca arriba y los dados están en el aire —afirmó el conde.

El resto de comensales asintió con gravedad. El viejo vesclano observó que, siguiendo las últimas luces que entraban a través de los ventanales del fondo, aquel loco seguía con ellos. Ajeno al mundo. El aspecto del que fue médico de la corte de la antigua Vamurta era desolador.

—Señor, ¿vuestro amigo, Ermengol, sigue igual?

—Así es. Ninguna mejoría en estas últimas jornadas. Creí que estando cerca de nosotros poco a poco volvería a la lucidez. Pero no ha sido así, ya lo veis, ahí está, paseando como un fantasma triste.

—De todos nosotros, vos sois el único enlace que tiene —aseveró Lateas—. El único y quizás el último. Si aceptáis el consejo de este humilde vesclano, algo deberíais hacer. Arrancarlo de las tinieblas, devolverlo a la vida.

El conde pareció petrificado por aquel comentario. Mucho había meditado sobre qué podía hacerse sin llegar a conclusión alguna. Pronto, las observaciones de su viejo camarada lo devolvieron al presente:

—Dort Riala está mustio —observó el vesclano.

—Sí, lleva más de una luna así. ¿Os habéis fijado en sus mejillas? Ha perdido toda la fuerza que recuperamos al asentarnos aquí. No come. Y vuelve a beber mucho.

—¿Qué es lo que lo devora, señor?

—Una mujer. Eszul, me temo. Nuestro hombre la ama desesperadamente y ella lo rechaza. Poco después de que partierais se le declaró solemnemente, o eso me han contado. La Bálkida no respondió nada y él se hartó de estar de rodillas. Se fue, se emborrachó por las calles de Robaderra. Tres heridos, uno de ellos un guardia de la ciudad. Tuve que ir a buscarlo, junto al murriano y dos hombres rojos más. ¡Cómo si fuera un niño! Pagar destrozos, pagar un brazo roto. Mostrar que no somos unos bárbaros salidos de alguna pesadilla de estas gentes que parecen pensar únicamente en el comercio. Lo encontramos en el fondo de una taberna, sollozando, en una mesa llena de jarras vacías. Desde entonces apenas ha vuelto a abrir esa bocaza que tiene.

—Entiendo —respondió Lateas—. Lo entiendo mejor de lo que podría pensar hasta el mismo Dort Riala. El amor nos alza como si fuéramos un pájaro de primavera, y el amor nos hunde en una ciénaga.

El conde, como si súbitamente hubiera recordado algo, con un susurro se dirigió de nuevo al vesclano, medio tapándose la boca:

—Y, cambiando de tema… ¿tenéis noticias de Leandra, sabéis alguna cosa de ella, buen amigo? Bien puede haber sido injuriada tras el golpe de ese Vertan.

****

Leandra, vestida con paños delicados que dejaban los esbeltos brazos a la vista, recibía a los tres mensajeros, atendiéndolos tan bien como su humor cambiante le permitía. Algo la inquietaba, pues no dejaba de tocar los grandes brazaletes de plata que le cubrían las muñecas hasta casi llegar al codo. Se daba cuenta de lo mucho que le costaba concentrarse en la valiosa información que aquellos dos hombres y la mujer joven le ofrecían. Tiraba bruscamente de su pelo ensortijado, haciéndose daño. Bebía pequeños sorbos de vino y se mordía las uñas cuando las malas nuevas la exasperaban. En la estancia principal de Villalaia, los mayordomos de confianza anotaban, usando largas plumas de ganso, todo lo que se decía para que ella lo pudiera recordar.

—Señora, con vuestro beneplácito, prosigo —anunció el mensajero de mayor edad—. Mucho están cambiando las cosas en las ciudades grises. Hasta en los campos y bosques se percibe otra tonada. Desde que Matrol fue despojado, en Nueva Vamurta vuelve a oírse el fragor de las espadas. En las asambleas culpan a los puros del desorbitado precio del pan, a los vesclanos de usura y a los hombres rojos de estar esperando la menor oportunidad para asaltar las aldeas de frontera. En algunas tabernas se niegan a servir a los que son de las otras razas.

—Vertan está cerrando las ventanas, una a una. ¿Cómo se puede crecer entre altos muros? —se preguntó Leandra—. ¿Cómo hacer un país más grande si se hace del odio una bandera?

—Y eso no es todo. Los que protestan o disienten acaban en las mazmorras del Consejo o bien son asesinados. No importa que edad tengan, de los hermanistas solo queda un recuerdo de calles ensangrentadas. No hay darmas ni tercios de plata para los hospicios pero sí para forjar nuevos aceros y fundir grandes y pequeños cañones. Mi señora, los dioses están furiosos.

Leandra asentía, un tanto abstraída. Sus uñas pintadas de azul oscuro repiqueteaban sobre el apoyabrazos de madera repujada del sitial que ocupaba. La señora de Villalaia se daba cuenta de que le costaba centrarse y, a pesar suyo, tendía a disiparse en muchos asuntos a la vez sin resolver ninguno. Tras un largo silencio, preguntó:

—Entonces, ¿por qué no se dirigen a mí para adquirir esas nuevas armas? —inquirió con frialdad.

Los tres mensajeros se miraron un instante, dubitativos. Afuera, el sol se hundía a peso bajo la línea quebrada de los montes, dejando un halo brumoso entre los frutales que rodeaban la villa fortificada. El aliento de un animal del mundo de los sueños. Un rastro de luz que anticipaba la oscuridad. La mujer se adelantó a los otros informadores.

—Mi señora, el Consejo de los Veintiuno ha fundado siderurgias y las primeras casas de armas. Cerca de Belkasa y al oeste de Nueva Vamurta, no muy lejos del puerto.

—¡No!

El aullido de Leandra sonó como un latigazo entre las paredes del salón.

Había perdido. El poder que ostentó antaño, se daba cuenta, era cosa de tiempos pretéritos. No había querido atender a la posibilidad de que los hombres grises dejaran de comprar las armas que ella sabía elaborar tan bien. «¿En qué he fallado?», se preguntó en silencio. Seguía siendo inmensamente rica, pero de qué iban a servir tantas monedas si era incapaz de inclinar el rumbo de los hombres, de someterlos a su voz y voluntad. Hizo un gesto seco a los presentes para que se retiraran. Luego siguió apoltronada en su trono, encorvada, tapando con las palmas de las manos el rostro anguloso que un día había sido misterio y fascinación para tantos hombres y que en esa noche que empezaba era un ajado reflejo de lo que fue.

Hundida en sus pensamientos, recordó algo. Había olvidado completamente a la mujer que esa misma tarde le había ofrecido sus servicios. Una música, una juglar de esas que tocan en plazas y calles, recorriendo caminos polvorientos para ir de pueblo en pueblo. Avisó para que la hicieran pasar, si es que todavía estaba allí.

Leandra se sorprendió al verla. Una joven favorecida, con ese tipo de rasgos de los que es imposible adivinar la edad. Cubierta de harapos, con el pelo enmarañado, delgada. La señora de Villalaia, extrañada, no veía instrumento alguno. Parecía una huérfana que se ha hecho mujer. Casi se arrepintió de haberla convocado, aunque al fin, sin decir palabra, le hizo una seña para que tocara. La invitada se mojó los labios, sacando un pequeño flautín de entre los pliegues de los ropajes. Empezó a tocar canciones sencillas a un ritmo lento, sin silencios entre las notas, como una aguja de coser que no deja de volar lentamente sobre un cuerpo de tela. Leandra, al fin, conoció algo de sosiego en aquel atribulado corazón que tanto y tantas cosas anhelaba. Hasta sonrió, acompañada por las notas, repasando recuerdos que habían quedado prisioneros durante demasiado tiempo en celdas olvidadas de su mente. La esbelta espalda fue destensándose como un grueso cordaje enmarañado que alguien es capaz de desatar. Cerró los

ojos, dejándose llevar.

Cuando acabó la música, la señora ordenó a su mayordomo pagar con generosidad a aquella cuyo arte la había embelesado. Sintiéndose llevada, se retiró a sus aposentos, con la sensación de que algo muy antiguo había tenido lugar en palacio.

Se tumbó en la cama, en la estancia de luces de llama pequeña. Tenía la sensación de que un viento invisible le traspasaba la carne de lado a lado. Por momentos sentía que el aire era huracanado, a veces tenue, como una canción que llega de un patio lejano. Temió que nunca llegara el día, temió no ser capaz de alcanzar el refugio del sueño. El viento que era su vida, brisa que resbalaba alejándose, voces que quedaban a sus espaldas.

Se incorporó. Un espectro en una habitación sin aire. Tomó asiento frente a la mesa, debajo de la ventana desde la que se podía contemplar la tierra y, como un recordatorio, la luna navegando sobre el negro cielo.

Mojó la pluma en el tintero. No iba a escribir carta comercial alguna. Quería saber dónde se hallaba, de qué lugar procedía la angustia que no quería abandonarla. Recordó los tiempos de la felicidad, junto a su familia, junto al padre que adoraba y que, al final, la abandonó a su suerte entrometiéndose en los asuntos de los poderosos. La huida de Vamurta tras la condena al linaje al que pertenecía, el miedo, la necesidad. Volaba el tiempo mientras se buscaba y el viento se acallaba. Se encontró a sí misma siendo una jovencita, en las nuevas tierras. Antes de partir, había robado las joyas de la familia para tener así una oportunidad. Fueron las primeras victorias las que rememoraba, las primeras grandes ganancias que la hicieron sentir fuerte y, sobre todo, a salvo, viva. Cómo la miraban los mercaderes de Nueva Vamurta, con odio y con el desprecio de la envidia. Más adelante llegó todo lo demás, hasta ser incontestable. Su dedo decidía, un gesto leve podía arruinar a un acaudalado señor de las colonias. Lo que, podría decirse, constituía toda una vida. Hasta que aquella vida en ascenso se troncó cuando Serlan y Sara huyeron, abandonándola. No, no fueron ellos, fue ella la que empezó a apagarse y ver declinar los negocios, el poder sobre los hombres. Recordó y recordó hasta que en la negrura despertó la luz, dejando un trazo violáceo sobre la fisura del horizonte. «Un nuevo día, claro», se dijo, «un nuevo día».

****

Las puertas del oeste de Robaderra se abrieron de par en par. De las entrañas de la ciudad salió una larga caravana de carros tirados

por bueyes mansos, dispuestos para recorrer una gran distancia. Los dos oficiales del ejército del conde tuvieron que esperar para entrar en la urbe aquella tarde de primavera. Observaron que la carga estaba compuesta únicamente de metal. Hierro y cobre de las minas en poder del gobierno de mercaderes y sacerdotes. Junto a hombres grises armados de espada y arcabuces que guiaban los carros, vieron a encapuchados con el rostro cubierto que escoltaban al convoy. Hombres montados a caballo, como ellos dos, que azuzaban a las bestias con látigos que restallaban una y otra vez.

—Pistolas a lado y lado de las monturas, Sara. En la mano derecha una larga lanza y en la otra esos látigos que me ponen los pelos de punta ¿No te recuerda a algo?

—A los hombres blancos. Seguro. Los mismos que conocimos. Todavía no quieren ser motivo de cháchara, mira que máscaras tan extrañas. ¡Pero cuánto metal han comprado!

—Debemos informar al estratego —agregó Aldier—. Cada vez me parece todo más complicado.

—Seguro que los muchos oídos de Icet y Lateas ya sabían algo de todo esto —sostuvo Sara.

Los carros seguían saliendo lentamente, una procesión interminable. Pronto se alejarían de las gruesas cortinas de piedra que, como un monstruo imperturbable, protegían Robaderra. La nueva muralla, con salientes en punta y baluartes, era un complicado sistema de defensa en que la artillería de plaza no dejaba ángulos muertos. Los dos capitanes se sintieron, otra vez, apabullados frente a la magnificencia estática de los muros. Por fin, la caravana partió y los improperios de los jinetes fueron alejándose en la tarde. Pudieron cruzar las puertas de la capital, adentrándose por una de las grandes avenidas.

—Te has fijado en esos —dijo el murriano.

—Dan pena. No los deberían tratar así, y menos por adulterio.

Aldier, erguido sobre el caballo, miró a Sara, que cabalgaba junto a él. La primera entre los jinetes de Serlan. Estaba enfurecida.

—Hay algo que preocupa, y mucho, a los puros. El adulterio significa hijos ilegítimos. Y esos bastardos luego pueden pedir una parte de la herencia del padre. Propiedades partidas, tierras troceadas. Algo que los asusta, lo quieren evitar a toda costa.

—¿Justifica eso que les lancen verduras putrefactas, tazas de orines y los dejen aquí, muriéndose de sed bajo el sol? ¿No te parece una vergüenza?

No respondió, mientras continuaban avanzando, dejando atrás la calle de los cepos, como se la conocía en toda la ciudad. Allí, tenían prisioneros a hombres y mujeres que habían sido sorprendidos en brazos de otros que no eran sus cónyuges. Aprisionadas las muñecas y

la garganta entre dos maderos ajustables, los reos eran sometidos al escarnio de los ciudadanos y los *talentos*. Incluso los niños se acercaban a ellos para insultarlos y vejarlos. Muchos no abrían los ojos, pues era tan grande el sufrimiento del alma como el del cuerpo.

—Quieren la vergüenza, la buscan. Para disuadir a otros —recordó el murriano—. Por encima de todo, que las herencias sean limpias.

El aspecto de ambos era altivo, más sobre los caballos comprados a los hombres blancos. Unos animales que, aunque no eran desconocidos en la ciudad, sí eran raros. Caballos de guerra, como los habían llamado aquellos extranjeros, fuertes y briosos. Ambos, ataviados como los oficiales que eran, infundían una mezcla de respeto y curiosidad entre los ciudadanos, que se habían acostumbrado a la presencia de los mercenarios.

—¿Y qué me dices de los hospicios que hay repartidos por la ciudad? ¿Quiénes son esos hijos sino de hombres que han dejado embarazadas a sus sirvientas y amigas? —continuó Sara.

—Cierto, pero a esos no los han descubierto —razonó el murriano.

—Porque han pagado por el silencio de ellas y para que los alguaciles hagan la vista gorda.

—Sara. Nos dirigimos a casa de los mandatarios de esta urbe, a informar, como cada diez jornadas hacemos si no hay algún menester que sea de vida o muerte. No he pretendido jamás cambiar los usos de este burgo, que tampoco me gustan. Solo quiero vivir, y tú lo sabes bien.

El sol empezaba a declinar y el rigor del día se hacía soportable. Las bandas de niños callejeros se perseguían y desafiaban por las calles. Era el momento en que las radiales de Robaderra se llenaban. Las gentes se acercaban a las paradas a comprar para la cena, otros se afanaban en acabar los trabajos en el taller para ir a encontrase en la taberna o salir a la búsqueda de mujer e hijos. Los hombres adinerados lucían camisas acuchilladas de colores alegres y calzones estrechos, muy adornados para distinguirse de los *talentos*, muchos de los cuales seguían llevando túnicas y trapos descoloridos. Se cruzaron con un grupo de guardias que los saludaron con seriedad. La reputación del ejército de Serlan era irreprochable y el antebrazo de hierro de Sara, conocido en todo el gran burgo.

—¡Oh, los orfebres de Robaderra son los mejores! —exclamó la capitana—. Fíjate en esos collares de oro viejo… Y esas fíbulas de plata, qué arte. Son delicadas, son joyas engarzadas en aire.

Aldier, sin pensárselo dos veces, puso el peso de sus grandes piernas en un estribo y bajó del caballo, aterrizando sobre las pezuñas.

Sujetando las riendas dobles, se acercó a la parada del artesano, asediada por mujeres grises. Sin regatear, adquirió un collar y una magnífica fíbula con forma de libélula de alas de cristal ambarino, cuyos ojos eran piedras verdes. Se giró. Su boca de labios carnosos mostraba una gran sonrisa crepuscular.

—Son para ti, Sara.

La oficial puso el muñón de acero frente a la cara de Aldier. Un recordatorio para su compañero de armas. Esa masa oscura, amenazante. Fieles compañeros, el gancho y la daga, cuando ella dormía, cuando se aseaba en las termas de la ciudad, cuando…

—¡No los voy a aceptar! No debes hacerme regalo alguno, ¡no lo acepto!

—¡Bah! Hago lo que me da la gana, por algo soy un murriano descarriado.

Aquella inesperada reacción del murriano descolocó a la joven. El capitán no se movió. Las mujeres de alrededor los miraban sin perder detalle de la escena. Sin pretenderlo se habían convertido en el centro de atención. La capitana cedió, y aceptó a regañadientes los presentes.

Las costumbres estrictas no impedían que los núcleos de los puros fueran magníficas plazas para los negocios. Eran miel para hordas de mercaderes. La buena reputación de los prestamistas engrasaba los intercambios. Si en gran parte de las ciudades de las nuevas tierras se podían encontrar seres de otras razas, en Robaderra también, y en gran número. Entre el gentío sobresalían las cabezas de largas trenzas de los hombres rojos y las testas puntiagudas de los sufones, que en gran número acudían a los mercados de la ciudad. A la vez, y sumados a las otras razas, los mercaderes vesclanos, a pesar de su lejanía, empezaban a estrechar las relaciones con los puros gracias al buen hacer de Icet. Los murrianos dedicados a los negocios se paseaban por las avenidas montados en ciervos traídos del otro lado del mar, haciendo la vista gorda al ver a Aldier sirviendo a unas tropas que no pertenecían al enjambre. Algo nuevo para la hueste de Serlan fue encontrar hombres de los pueblos del mar libres. Mercaderes necesitados de mineral, por el que pujaban con agresividad.

—Por ahí van los sacerdotes —comentó Aldier—. Y detrás suyo, como ocas obedientes, las sacerdotisas de Sira.

Una fila de religiosos cruzaba la calle, abriéndose paso entre la confusión de cabezas y hombros apretujados moviendo las varas de bronce.

—Aldier… —respondió la joven, señalando con discreción a una pareja de murrianos que salían de una casa de cuentas—. ¡Por los dioses! ¿De dónde han sacado esos ropajes?

El murriano se quedó pasmado ante los dos mercaderes de su

misma raza. Jamás había visto a alguno de los hermanos del oeste tan ricamente ataviado. Cubiertos con un abrigo corto de tejido precioso que dejaba a la vista las piernas corpulentas ajustadas con medias extravagantes. Llevaban también sombrero con pluma, agujereado para dejar espacio a las astas. Más semejaban ser figurantes de teatro que auténticos señores del oeste. Aldier se fijó en los toisones de metales nobles que, en lugar de ser escondidos, eran bien visibles sobre el pecho.

—¿Qué está sucediendo? —se preguntó.

—Que tus hermanos se han aficionado a coleccionar riquezas. Mírate tú, aunque soldado, bien pareces un oficial acaudalado.

El murriano no contestó, distraído por la estampida que tenía lugar a unos pocos cuerpos delante de los caballos.

—Mira, Sara. Los estudiantes salen de la Casa de la Sabiduría. Médicos y filósofos. Ten bien guardada la bolsa.

La muchacha rió. Cuando reía lanzando hacia atrás la cabeza, los ojos rasgados del murriano se contraían. Satisfechos, vivos.

—No tardaremos mucho en dar las nuevas, ¿verdad Aldier?

—No hay mucho que contar. Desde que el invierno pasado limpiamos los bosques y los campos de bandidos, y tras la incursión en tierras del Consejo de las Colonias, no hacemos otra cosa que esperar. Esperar y adiestrarnos.

—Esa correría fue un error. Nos descubrimos ante los ojos de Nueva Vamurta.

—Eso no lo sé —contestó el murriano—. Pudimos probar las nuevas disposiciones de las unidades. Eso fue bueno. La escaramuza sirvió para cerciorarse de que el nuevo orden de combate es correcto. Funciona.

Los tetrarcas no los habían recibido. En su lugar, en la sala de arcos gráciles del gobierno de la ciudad habían convenido con dignatarios militares y funcionarios de alto rango. En palacio debatieron sobre el gran proyecto que los puros tenían en mente: la construcción de una gran fortaleza al noroeste de Robaderra, no muy lejos del asentamiento en el que ellos se habían refugiado con Arbogasto al abandonar el Bosque de las Hiedras. Los puros querían un bastión de dientes afilados que los guardara de una posible invasión de los sufones desde el norte y también, aunque nadie lo mencionó, de los hombres blancos asentados más allá de las nieves, del norte que desconocían. Se había reclamado la presencia de todos los capitanes del ejército de Serlan para la próxima luna, en la que se les mostrarían los primeros planos de una obra que se intuía grandiosa.

Volvían al cuartel, atravesando la ciudad que iba vaciándose a medida que la noche avanzaba. Los dos oficiales callaban, nada se decían. Sentían que esperaban que alguna cosa sucediese. Montados en los caballos, oían el eco de las pezuñas de las bestias sobre el suelo de piedra. Sentían la brisa nocturna correr, enredada, entre los cabellos. Pasaron frente a una fonda poco frecuentada, en una de las bocacalles silenciosas de Robaderra. El murriano detuvo la cabalgadura, la frente cubierta de sudor frío, las manos temblorosas. Sujetó las riendas del caballo de Sara.

—¿Subimos? —dijo con un hilo de voz.

La muchacha, rígida sobre la silla de montar, dudó un instante. Al fin, sin decir nada, descabalgó. Miró hacia arriba. Aquella era la ventana de la habitación donde desde hacía unas pocas lunas yacía con Aldier.

# 54
## LA NOTICIA

Pocos soldados quedaban despiertos en el cuartel. La mayoría se había ido a dormir tras otra jornada de exhaustos ejercicios que la tropa, sin la paga y las comidas regulares, no hubiera aceptado. En la planta baja de la torre de los oficiales, Sara y el estratego buscaban soluciones a los pequeños asuntos, aquellos que les ocupaban la mayor parte del tiempo. A través de ventanas y puertas abiertas corría la brisa de la noche.

—No más reclutas —afirmó la capitana—. No podemos controlar a tantos.

El conde meditó la respuesta a la vez que pasaba la mano sobre la mesa forrada de pergaminos con listas de soldados, mapas de los territorios de los tetrarcas y cartas pendientes de responder de las distintas ciudades y aldeas que pedían hombres de armas.

—Cierto. Lo que no sé es qué voy a decirles a los señores, Sara. Piden que aumentemos nuestras fuerzas, que hasta el momento han sufragado sin retrasos.

—Tropas mercenarias. De las que un día pueden prescindir, claro. No nos quieren en gran número en el interior de las ciudades, no tenemos ni un solo cañón. ¿No es un tanto inquietante? ¿Y si un día deciden dejar de pagarnos? Tendremos un motín, nos partiremos como un árbol alcanzado por el rayo.

—Es posible, aunque de momento debemos pensar en la forma de satisfacer a los tetrarcas, que a fecha de hoy han sido unos buenos señores, Sara. Y tras lo vivido, no me parece mal seguir aquí. ¿Te das cuenta? Jamás habíamos sido tan fuertes.

Oyeron pasos en la escalera de caracol de la torre. Ambos levantaron la vista para ver aparecer a Eszul. La mujer roja entró en la *sala de la duda* casi de puntillas, como una niña que es incapaz de conciliar el sueño y sabe que no debería estar fuera de la cama.

—Así que no sabemos cómo encuadrar a más hombres —dijo la mujer—. A mí se me ocurre un modo, acaso el único: nombrando más oficiales y creando un nuevo círculo.

—¿Un nuevo círculo? —preguntó el conde, intrigado.

—Sí, como los que teníais en Vamurta, la falange roja. Un cuerpo de escogidos, que no sirva únicamente para intervenir y desequilibrar la batalla en los momentos críticos, sino que también sea útil para contener y vigilar al resto de la tropa.

—Comprendo —repuso Serlan—. Sois una llama que esclarece nuestras dudas.

—Aunque, Eszul, ¿no has salido de la cama solo con el fin de ilustrarnos, verdad? —preguntó Sara con un tono ligeramente burlón.

La mujer roja se sentó en la mesa, al fin. Y allí semejó ser un barco que encalla en un arenal. Apoyó los codos sobre la tabla y hundió la cabeza. Sus largos cabellos cubrieron brazos y testa como las ramas de un árbol decaído.

Serlan miró a Sara, entre preocupado y descolocado. El conde pronunció las que, en aquel momento, eran las palabras mágicas para la Bálkida, «Dort Riala». Dos vocablos suficientes para resquebrajar el esforzado aspecto de normalidad de la mujer y derrumbar los muros que la contenían, provocando un aluvión de lágrimas. Eszul lloraba en la noche. Sara se acercó a ella para consolarla.

—Amiga, ¿por qué lloras por un hombre que has ignorado? —inquirió la capitana.

—¡No lo he ignorado! —La mujer roja había levantado la cabeza y sus manos crispadas parecían querer aferrarse a un asidero invisible—. Es que no me entiende. Nunca le he dado un *no*, aunque callara. Él no sabe lo que siento, no tiene ni idea. Lo único que hace ahora es cerrar la boca grande que tiene y hacer ver que no le apetece nada.

—Ese es el problema —apuntó el estratego—. Que no tiene ni la más remota idea de lo que pensáis. Y si a eso le sumamos que, en público, lo detestáis, pues… Esta noche, como la anterior y la próxima, Dort Riala está metido en los peores tugurios de la ciudad que nos acoge, cosa que me disgusta profundamente. No me hace ni pizca de gracia tener uno de nuestros mejores oficiales comportándose como un vagabundo.

—¡Ni a mí! —se alteró Eszul—. Con todas esas mujeres grises acosándolo.

El conde intentó recordar a qué mozas se refería, pero no supo encontrar ninguna pista.

—No, eso no es…

—¡Seguro! Por eso está perdiendo el apetito y nada ha vuelto a decirme.

—¡Mujer! El rumor que corre en el cuartel —le recordó Sara— es que te pidió en matrimonio y tú te quedaste sin decir nada, callada como un muerto. ¿Qué quieres que piense el pobre?

La Bálkida volvió a llorar, no supieron si de amor o de impotencia. O por ambas razones. Lo cierto es que el conde sentía un absoluto estupor ante las lágrimas de la mujer roja. Como si el cielo la hubiera escuchado, cayeron las primeras gotas en aquella calurosa noche de verano.

—Entonces, ¿qué hacer? —se preguntó Eszul, presa de la desesperación.

—Primero, ¿amas a Dort Riala? —dijo el conde.

—Todavía, es que al estar…, es pronto, sin duda… —Eszul balbuceaba, pero al fin su expresión se serenó—. Empecé a amarlo en el Bosque de las Hiedras.

—¿A qué esperas, pues, para decírselo? ¿No ves, princesa, que en esta vida que llevamos el mañana es algo que se nos escurre entre las manos como un pez resbaladizo que queremos agarrar pero no podemos? Si te pudiera contar cuántas veces me he maldecido por no masticar con suficiente ahínco, por no hacer sangrar cada momento, por este dejarlo todo para otro día. Así la vida se nos escapa y la espada que era cortante es, de pronto, un filo mellado que ya solo sirve para ser colgado en una pared y, así, ser olvidado.

Eszul lo miró como si fuera a estallar. Mil emociones danzaban en sus ojos y había dejado de llorar. Sara hizo un gesto que indicaba una cierta resignación.

—Hasta él, alguna vez, tiene razón —dijo la joven.

La mujer roja se levantó dando un bote y salió al exterior sin tan siquiera cubrirse con una capa. El estratego y Sara se quedaron perplejos. Sobre el persistente sonido de la lluvia, se escuchó el gemido de un reno al ser violentamente espoleado.

Eszul cabalgaba apretando los dientes. El chubasco, lejos de amedrentarla, la había reanimado. Su cuerpo reaccionaba con vigor, olvidando las lágrimas vanas. ¡Ella era una Bálkida, no una mujer quebradiza! Los cabellos, la camisola negra, cada pliegue de su piel estaban empapados. Se sentía exultante.

Recorrió el trecho que separaba los cuarteles de la ciudad como un halcón que, enloquecido, volara bajo una tormenta. En la puerta de la ciudad fue detenida por la guardia. Cuando la reconocieron, uno de los puros le entregó un jubón ligero con capucha, cosa que la mujer agradeció. Los cascos de su cabalgadura llenaban con poderosos ecos los callejones vacíos. Sabía muy bien dónde encontrarlo, pues cada mañana pedía secretamente informes a los vesclanos acerca de Dort. Penetró en uno de los barrios de los *talentos*, los pobres sin derechos de Robaderra, en el que halló algo de animación a pesar del aguacero. Bebedores hastiados, discretas prostitutas temerosas de las leyes no publicadas y algunos otros que no se sabía de dónde salían. Abrió de un empujón la entrada de la taberna y ante el estupor de la clientela salvó los seis escalones que descendían hasta las mesas de un salto, que la dejó con las piernas flexionadas sobre la tarima, arremolinada entre los faldones del jubón que había seguido en movimiento cuando ella ya estaba en completa quietud. Lo vio sentado en una de las mesas del final, junto a tres de los reclutas de Oquadé, bebiendo sin alegría. Hacia allí se dirigió a grandes zancadas. Pasos enérgicos de Bálkida, todavía anónima bajo la protección de la capucha que

ocultaba su rostro mojado. Fue tal su ímpetu que los hombres rojos se pusieron de pie y, con torpeza, desenvainaron, alarmados ante la figura de aquel intruso que sin mediar palabra había volado por delante de la barra tras la cual el tabernero abría la boca, incapaz de reaccionar ante la presteza de la invasión. Eszul atropelló al primer hombre, a la vez que sacaba a relucir su larga espada con gesto altivo. A los otros dos los alejó en tres rápidos movimientos. Se encaró a Dort Riala, al que acorraló contra la pared, haciendo valer su fuerza en el ataque. Forcejearon, con las armas unidas por el filo cortante. Con la mano libre, Eszul echó atrás la capucha y masculló, casi sin aire, un «sí quiero».

El asombro del hombre rojo fue tal que dejó caer su espada. La princesa se giró y, dirigiéndose a voz de cuello a los parroquianos, exclamó:

—¡Este desastre de aquí va a ser mi marido! Y por Tamboras, ¡lo va a ser esta misma noche!

Cuando Eszul y Dort Riala, chorreando, entraron en la *sala de la duda*, en la planta baja de la torre de los oficiales, esperaban que Serlan De Enroc estuviera despierto, ya que como caudillo de un ejército tenía poderes para desposarlos. En su lugar y para su consternación, tras abrir la puerta vieron a la plana mayor de la hueste y a los veteranos formados con las armaduras y las capas limpias y secas.

—Ya han llegado —dijo Sara—. Haced sonar los cuernos de las compañías, ¡despertad a todo el mundo!

—¿Cómo podías saber…? Él se podría haber negado —se asombró Eszul.

—Sí, estábamos muy convencidos de ello. Dort Riala rechaza a Eszul, los sufones se retiran a sus fronteras y los lobos comen hierba —contestó el conde sonriendo.

Exhaustos por tantas emociones, la pareja recibió los buenos deseos y fuertes palmadas desde todas los lados. Respondían como podían, algo desorientados, sobrepasados entre aquel gentío que no esperaban. En la sala empezaron a oírse cantos y chanzas, a medida que iban apareciendo los somnolientos reclutas hasta desbordar la planta baja del torreón. Eszul sintió deseos de escapar de allí, cargando en las grupas del reno a su hombre rojo.

—Es un mal augurio que esté lloviendo. Una noche de bodas debe ser una noche de lunas —repetía la novia.

Pero nadie la escuchaba en el jolgorio estruendoso. Cuando las dudas eran mayores, notó que la cogían de la mano con firmeza. Dort Riala sonreía a su lado, observando, firme y altivo, lo que sucedía a su alrededor.

—Capitán, ¿cuándo vais a casarnos? —preguntó el hombre rojo.

—Ahora mismo. Como sois así y seguro que no habéis pensado en anillos ni en nada, he requisado un par por aquí cerca, que os descontaré de la paga.

La tropa reía y se empujaba en completo desorden, como si fueran fervientes creyentes en un templo pequeño. Habían subido botas de vino y cerveza de las bodegas. Cualquier tipo de recipiente era bueno para beber, incluso los yelmos.

—Está lloviendo, deberíamos esperar a mañana —murmuraba la Bálkida, superada por los acontecimientos. El repiqueteo de la lluvia era la música de fondo de un baile sin ton ni son.

—¡Ni hablar! —sentenció el estratego—. A ver, dejad un pasillo libre por el que puedan entrar los novios. ¿Quién hará de testigo?

Sara y Lateas se ofrecieron de inmediato. Aldier apareció junto al conde sosteniendo en las palmas de las manos dos sencillos anillos de oro.

—Una boda con lluvia trae desgracias —les recordó Eszul.

La lluvia, de pronto, cesó por completo como si los dioses rojos hubieran oído a la princesa. Los techos y paredes derramaban las últimas gotas de lluvia con ritmo descompasado al igual que una voz que muere y no quiere desvanecerse. Muchos pensaron en la benevolencia de los cielos. Nadie vio que una figura se había escabullido de la fiesta y había salido fuera para sentir en el pecho y sobre la cabeza el desplome del agua. En medio de los campos de entrenamiento, como un espectro errante, Ermengol se fundía en la noche de calor.

—Sea —dijo el Conde—. Que se acerquen los novios.

Dort Riala, tieso como un madero seco, avanzó hacia la mesa que servía de altar, llevando con la mano alzada a su prometida. De este modo, un par de corpulentas gallinas mojadas se presentaron ante el que una vez fue el heredero de Vamurta.

—Acudís aquí por propia voluntad… —El rostro de Dort Riala expresó disconformidad, a lo que Eszul respondió con un fuerte pisotón—, para libremente contraer matrimonio. Por los poderes que ostento como oficial de Vamurta y de este ejército del dragón de sangre…

—¡Falta lo de las razones, los impedimentos! —reclamaron los asistentes.

—Ah, sí… Bien, sigamos —ordenó el conde—. Si alguien conoce algún motivo o razón para que este sagrado enlace no deba celebrarse…

Decenas de espadas se desenvainaron al unísono, reclamando atención. «¡Yo, yo!», aullaban muchas gargantas. Lemas saltó al pasillo blandiendo el cuchillo de carnicero.

—¡Basta! Al siguiente gracioso que abra la boca le rebano el cuello con esto, ¿veis este filo? ¡Con esto!

—Bueno —prosiguió el estratego—. Bendecidos por Onar, yo os declaro… ¡Sois gente roja, maldición! No tiene sentido. En ese caso, y sin más dilaciones…

Dort Riala se giró hacia Eszul, mirándola con el ardor de un hombre que se sabía perdido para siempre sin ella. La atrajo hacia sí y la besó en la boca largamente.

—Es la última vez que caso a una princesa roja. ¡Os declaro marido y mujer! Tomad los anillos.

Las armas entrechocaron en un tremendo estallido. Dort cargó a Eszul en brazos para sacarla de allí. Antes, dirigió unas palabras a los presentes:

—Arreglároslas solos durante una luna, a ver si sois capaces. Y no nos molestéis, ni a mí ni a mi esposa, queridos bastardos.

Los dos desaparecieron en la noche, en dirección desconocida, hacia algún rincón secreto para vivir una corta luna de miel.

****

En la tarde caliente resonó el repiqueteo lastimoso de un tambor. Un sonido que se aceleró hasta hacerse insoportable, propagándose entre los rastrojos sin color de la gran llanura. Atados a las ramas de dos robles ancestrales, dos sogas habían dejado de oscilar, antes mecidas por una brisa tórrida. El peso de dos hombres había tensado las cuerdas, convirtiéndolas en dos gruesas líneas feroces. Subidos en sendos caballetes, los reos se movían de puntillas para así intentar arañar un tiempo precioso a la muerte. Vistos así, frágiles como la hojarasca en el camino, nadie les hubiera atribuido su condición de rudos veteranos y el acto vil que habían cometido. No había suficiente piel para tanto sudor. El calor y el miedo. Los grises que los custodiaban, embutidos en metal, también sufrían en sus carnes el verano, a pesar de que el nuevo uniforme de la infantería de Serlan dejaba las piernas y los brazos libres del peso del acero.

Frente a la tropa reunida bajo la inclemencia del sol, hastiados los hombres de los trabajos del día, el estratego se disponía a dar el golpe que enviaría a aquellos dos seres a la vida eterna de la que, en el instante último, todos los condenados parecían dudar.

A punto de ser colgados y, unidos extrañamente por el destino en el umbral de los robles, uno lloraba en voz queda el trágico trance y el otro reía. Serlan De Enroc se acercó a ellos.

—Quien comete una fechoría ha de pagar por ella. La vuestra ha sido mayor, y con la vida pagaréis.

—Diablos, capitán. Así es como recompensáis vos por los servicios prestados a la hueste —alegó el que reía entre dientes.

—Bien sabéis de vuestra falta. Y bien sabéis que se me encoge el corazón al mandar a la muerte a dos de los que nos han acompañado desde que huimos de los lagos.

—¡Estúpido conde presuntuoso! No eran más que pobres labradores. ¿Quién los echará en falta? En cambio, la lanza que sostenía sí que la añoraréis.

El hijo de Ermesenda lo miró por última vez, conteniendo la furia. Habían sido sorprendidos en una granja a menos de una jornada de camino del puesto. Cuando llegaron los miembros de la nueva guardia que capitaneaba el murriano, la guardia del lago como la llamaban, el único miembro que quedaba con vida de aquella familia desdichada era la hija pequeña. Dio una patada, derribando el caballete, y el reo lanzó un graznido antes de que su voz no fuera más que un gorgoteo cada vez más inaudible. Se arqueó y se debatió, asido por el cuello y maniatado. El otro culpable ni se atrevía a mirar. Mantenía los ojos fijos en su calzado desgastado y polvoriento. Al fin, el compañero dejó de sacudirse, quedando inerte en el aire.

—Y tú —arguyó Serlan, dirigiéndose al que lloriqueaba—, no supiste decir que no. La pasividad también puede ser un crimen si hay vidas en juego. Y al final participaste en la felonía.

Barrió con la bota la estructura de madera y el joven ya no derramó más lágrimas. Cuando el balanceo se detuvo, el capitán se volvió hacia los soldados y obreros que desordenadamente habían asistido al espectáculo, mandando proseguir con las labores de excavación. Hacia los fosos se dirigieron todos, organizándose perezosamente en cuadrillas, excepto Eszul y Dort Riala.

—El peor final de verano —atestiguó el hombre rojo—. Once azotados en las últimas tres lunas y ahora esto. Ejecuciones. Parece como si nos estuviéramos volviendo locos.

El estratego asintió con la cabeza. Era cierto. Jamás habían sufrido tantos casos de indisciplina, a los que los capitanes se habían visto obligados a responder con una dureza no empleada hasta aquel momento.

—Matar a uno de los tuyos, a un hombre en el que confiabas, es un castigo sin igual —sostuvo Serlan, contrito.

—O actuamos de este modo o pronto no tendremos ejército —proclamó la Bálkida, para la que la luna de miel parecía un sueño del pasado remoto.

Los tres se encaminaron pensativos en dirección a un horizonte plano. Una línea de cielo enrojecida por la amenaza del crepúsculo y rota por las siluetas de las muchas grúas y cabestrantes levantados al lado de las trazadas sobre las que, por orden de los tetrarcas, habían

empezado los primeros trabajos para levantar una fortaleza colosal que disuadiera a cualquier invasor que llegara por el norte. Cientos de obreros y parte de la hueste se hallaban en un punto indefinido cerca del río Adusigada, que descendía enérgico en aquel tramo en dirección al lejano Mar de los Anónimos. Habían construido un poblado provisional de casas de adobe. Debido a la escasez de madera, la línea fortificada que resguardaba el pequeño burgo estaba hecha de barro cocido. La tapia estaba reforzada con un doble foso seco, dejando dos únicas vías practicables para alcanzar las dos puertas. La gran obra se encontraba en su fase más primitiva, el vaciado de tierra destinado para, más tarde, cimentar la ciudadela y sus bastiones.

—Mejor estaríamos en el cuartel de Robaderra, con Sara, Lemas e Icet. Allí, al menos, no oiríamos este martilleo de carpinteros —se quejó Dort—. O en Eslavatar, con Aldier y Lateas. Dicen de ella que es la ciudad de los enamorados.

—¿Insinúas algo, Dort Riala? —preguntó el conde con una mueca en los labios resecos—. Además, Aldier va y viene, ya lo sabes.

Eszul vigilaba los trabajos en los que participaban casi todos excepto la guardia del lago, compuesta por grises veteranos, algunos incluso, cazadores de sircads, y otros de probada valía, los cuales además de velar por el orden servían de guardia personal para los oficiales del estado mayor. La pequeña hueste de Serlan, el más custodiado, se estaba convirtiendo en un ejército de desconocidos.

—No olvidéis, señor, de formar al contingente al caer el día y decir unas palabras junto al estandarte del dragón rojo —le recordó Eszul.

—¡Más liturgia! —exclamó Serlan—. Toda mi infancia fue, en realidad, una ceremonia infinita, un cinturón que te oprime y no te deja respirar con alivio.

—Lo supongo, Serlan —contestó la mujer tuteándolo—, aunque la rectitud y los ritos cohesionan al grupo, le dan un sentido.

—Está bien Eszul, está bien. Prefiero, eso sí, marchar de mañana. Partir pronto con los hombres, sentir el frescor del alba en el rostro, oír ese lento despertar de las cosas.

—Parecéis satisfecho con las tropas —añadió el hombre rojo.

—Siete capitanes al frente, cada uno, de un regimiento de trescientos infantes grises, más el de los rojos y el de los vesclanos. Luego está Sara, con casi cuatrocientas monturas entre renos y caballos. Y finalmente, la guardia del lago. Debería estar contento.

—¿Entonces? —insistió Dort.

—Cada unidad está dividida en tercios: uno destinado a arcabuces, otro a picas y otro a alabardas. Fabulosos, tremendos. Míralos —dijo el conde viendo pasar a una compañía perfectamente uniformada—. Regimientos con mucho músculo, bien pertrechados. El

rojo en las calzas y las mangas al aire. Solo pesan las armas y el peto de acero, además del casco. Pocos llevamos escudo, con las armas de fuego que todo lo atraviesan no tiene sentido. Pero aunque nos hayamos aligerado, me temo que nos hemos olvidado de la movilidad. Las picas de cuatro cuerpos son inmanejables en los bosques y ¡cómo pesan! Necesitamos tropas capaces de acosar y retirarse en un abrir y cerrar de ojos, de soldados de montaña, de cuchillo rápido, capaces de flanquear y crear confusión, además de las tropas de choque.

Seguían discutiendo durante la cena servida en el interior de la aldea, bajo un techo de cañas y arcilla compactada en la gran vivienda destinada a los capitanes, mientras Leos atendía a su mascota, que había pasado buena parte de la jornada correteando por los alrededores en busca de conejos. El conde les recordaba que los regimientos eran magníficos para defenderse de una carga de tropas montadas, pero vulnerables frente a otros arcabuces que disparaban, como ellos mismos, al bulto. Además, los regimientos podían ser barridos por la artillería enemiga. La conversación fue interrumpida por un plañido lejano.

—Es vuestro amigo, que vuelve a hacer de las suyas —observó la Bálkida.

—Sí, un sargento me contó que la otra noche vio destellos en la pradera. Dijo que era obra del nigromante. Y esas cosas inquietan a los hombres. No les gusta nada —remachó el hombre rojo.

—Lo cierto es que sigue igual de loco que cuando lo encontramos —Eszul buscó la mano de su marido mientras hablaba—. Fuera de este mundo, en otro lugar que no comprendemos en el que todo lo que hace, visto con nuestros ojos, bien parece brujería. Y no digo que no lo sea.

Serlan bebió un sorbo de vino de la copa de plata, que volvió a dejar sobre la mesa. Al fin, resuelto, se levantó, diciendo que iba a buscarlo. Cansado y con pocas esperanzas de que una nueva conversación sirviera de algo, además de para escuchar sus propias palabras. Hizo una señal a los guardias para que no lo escoltaran.

El telón de la noche se alzaba traspasado por millares de diminutas estrellas. Ni una sola nube manchaba con sus velos la cúpula celeste. Era tal el fulgor de los astros que parecían sangrar gotas de hielo blanco. Serlan cruzó la aldea dormida, estática en el agotamiento. Apenas las voces de algunos soldados, apenas el resplandor de las lumbres tras las ventanas abiertas. Como una dama, lejana y silente, la luna llena lo miraba todo desde la altura. No hizo falta llevar una tea para vislumbrar el camino y los perfiles del campo. Dejó atrás la línea de la muralla de arcilla y los fosos, guiado por los

lamentos intermitentes de su antiguo consejero que se mezclaban con el raspar colectivo de los grillos.

Caminando entre los campos oía el crujir de la hierba seca bajo el peso de las sandalias de cuero. Allí estaba su compañero, sentado de espaldas a la nada. El conde le tocó el hombro. Ermengol lo miró de pronto, mostrando lo que tenía en las manos, una minúscula bola de fuego azul, helada y palpitante como una estrella. Instintivamente Serlan dio un paso atrás. Por el efecto de la luz, las facciones del antiguo sacerdote le recordaron al que fue una vez, a pesar de los largos cabellos desaliñados y la barba agreste y canosa. Ermengol hizo un extraño movimiento con las manos y el punto de luz se elevó, quedando suspendido sobre sus cabezas. Pronunció unas sílabas inconexas y la bola de fuego azul salió disparada hacia el firmamento, donde desapareció.

—Así que eres un brujo de verdad —sostuvo el estratego, todavía confundido. El conde buscó un rastro en la noche, sin éxito. Le ofreció la mano—. Levanta, viejo amigo. Ya hace mucho que no paseamos juntos. Hablo contigo, sin ir a ninguna parte.

Al igual que un niño obediente, Ermengol tomó su mano, incorporándose. Serlan percibía aquellos dedos frágiles como ramas secas aprisionados en la fuerza de sus dedos de hombre de espada. La delgadez extrema que padecía cuando fue encontrado no había cambiado.

—¿Recuerdas noches como esta, mientras nos perseguíamos por el patio de armas? O aquella noche en que te convencí para escapar. Llegamos a las playas blancas de Vamurta. Mi madre se enfureció. No estoy seguro de cómo me castigó pero sí sé que Ermesenda te dejó un día sin comer.

Serlan suspiró. El aire era tan limpio como el rostro de los cometas. Siguió rememorando tiempos pasados a la vez que se acercaban al río cuyo rumor acallaba el chirrido persistente y desesperado de los grillos. Allí se detuvieron, ante el cauce plateado. La fuerza de las aguas que nada sabían del pesar de los hombres. Arrullados por las voces de la corriente, descansaron frente a un remanso del río, donde el caudal se acumulaba y giraba con lentitud.

—¡Cómo pescábamos truchas! Tú me lo enseñaste. De noche caen en la somnolencia. Nos metíamos en el agua sin hacer ruido, ni remover nada, y entonces podíamos acariciar sus vientres, hasta que les ofrecíamos el índice, que mordían, confundidas. Era fácil, era muy fácil…

Serlan De Enroc peinó, con dedos trémulos, el cabello agreste de Ermengol. El que fuera médico de Vamurta tenía la mirada fija en la luna llena como si esa imagen escondiera otra imagen que todavía no hubiera sido capaz de vislumbrar en todo su esplendor. El conde,

desesperado, harto, lo desnudó de cintura para arriba, dejando al descubierto un pecho hundido, las costillas como pálidas cuadernas de un navío que ha embarrancado en la costa. Los alfileres que eran los brazos grisáceos, el rostro huesudo pintado por la noche clara en el que brillaban dos luceros impenetrables. Puso de rodillas al compañero sobre el lecho fangoso del río y sacó la daga afilada que colgaba sobre sus riñones. Así se quedó un momento, estático, sin que el antiguo sacerdote de Onar pestañeara. Dejó caer el cuchillo en el barro blando y con ambas manos cogió arcilla húmeda, embadurnando los cabellos y barbas de su amigo. Repitió la operación, cada vez con mayor ahínco, como si de pronto el tiempo apremiara. Luego, entre sollozos, tomó el cuchillo empezando a rasurar cabeza y mejillas. No dejó ni un solo cabello. Acabada la operación lo arrastró hasta la orilla y hundió su cabeza en la frialdad de las aguas estancadas. Ermengol no se resistió, ni aún bajo el agua. Al fin, ambos de cuclillas, se vieron reflejados en la superficie acristalada. Serlan sonrió. Era como si los ciclos, de pronto, no hubieran pasado.

—Lo ves. Eres tú —dijo—. Mírate bien, Ermengol Artherta. Mi viejo aliado.

Tras vestirlo volvieron sobre sus pasos en dirección a la aldea. Entre las hierbas agostadas, Ermengol se desprendió de la mano del conde y siguió andando en la oscuridad, a su lado.

—Luna llena de verano. Los grillos cantan y los hombres duermen.

—¿Qué, qué has dicho? —se sobresaltó Serlan.

Ermengol lo miró. En su rostro afeitado se dibujaba el cansancio de un largo periplo.

—Olvidé el que fui. Y estoy agotado.

Serlan le cogió ambas manos y lo abrazó con tanta fuerza que lo dejó sin aire. Ambos lloraron, incapaces de comprender aquel despertar, aquel largo viaje.

—¿Dónde has estado? Creí que jamás ibas a volver.

—Lejos. Dormir. Necesito dormir.

Cada palabra pronunciada por Ermengol era un esfuerzo titánico para el hombre gris.

—Durante mucho tiempo —concluyó el conde, todavía sonriente y asombrado—, también yo olvidé el que fui. Vayamos a buscar una cama para ti, esta noche yo velaré tus sueños.

Al amanecer, Eszul y Dort desayunaban junto a los sargentos y los oficiales de las distintas compañías en la gran mesa. Se sorprendieron al ver entrar a Serlan con expresión risueña y más, tras una jornada tan aciaga como la anterior, en la que habían ejecutado a dos de sus

soldados.

—Ermengol despertó ayer. Ahora duerme —proclamó. Ante las caras de no comprender nada, el conde les explicó lo ocurrido.

Mientras disfrutaba sentado a la cabecera de la mesa del desayuno con sus mejores soldados, reverberó en la mañana soleada el agudo aullido de un cuerno. A éste lo siguieron otros dos. Algo ocurría. Se levantaron y salieron a la calle, que daba al portalón sur de la muralla, justo cuando la puerta era abierta. En el camino vieron la figura de un jinete que se acercaba a toda velocidad, espoleando la montura, levantando una nube de polvo a su alrededor. Era uno de los hombres de Sara. El mensajero fue cobrando tamaño hasta cruzar la línea de defensa y llegar hasta Serlan De Enroc, que aguardaba rodeado por seis alabarderos de la guardia del lago.

El jinete descabalgó con prisas y entregó las riendas a un soldado.

—Señor, Robaderra está bajo asedio —anunció. El hombre se tambaleó y fue sujetado por el conde.

—Dime, mensajero, ¿quién ataca la ciudad?

—Las milicias de Nueva Vamurta, señor. Llevaban consigo, al menos, dieciocho cañones.

—¿Y las otras ciudades?

—No asediadas pero sí hostigadas. Vos sois el único que puede auxiliar a los tetrarcas.

—¡Dad de beber a este hombre gris! ¡Convocad a la tropa! Por todos los dioses, solo nos faltaba esto.

Un revuelo ensordecedor se enseñoreó del burgo. En muy poco tiempo aparecieron en el centro del pueblo pilas de petates, barriles de pólvora y fajos de heno. Los estandartes de los distintos regimientos ondeaban en el cielo azul mientras los tambores y cuernos ordenaban una y otra vez formar filas. Antes de partir, Serlan despertó a Ermengol y lo montó sobre uno de los renos.

## 55
## los tetrarcas piden un precio

El conde de Vamurta comprobó, desde una loma que dominaba Robaderra y los huertos de la ciudad, lo que los exploradores le habían avanzado: el sitio había sido levantado, pero, ¡a qué precio! En el lado este de la muralla se observaban numerosas muescas negruzcas, todavía humeantes. Los campos habían sido quemados y allí donde posaba la mirada se veían pequeños incendios que consumían las viviendas de los labradores y las cosechas. El aire apestaba a grano y madera quemada. Aquello no se lo esperaba. Atentos a los pasos del norte, el estratego había descartado casi por completo la amenaza de las otras urbes ocupadas por los hombres grises. El asalto había sido inusitadamente breve y Serlan no sabía el porqué.

Montado en un hercúleo reno acorazado, y seguido por Dort y Eszul, empezó a descender el cerro en dirección a la llanura, seguido por la mitad de su ejército. Las líneas fortificadas y los alrededores eran un hervidero de pequeñas figuras que correteaban, subían y descendían sobre las piedras y los campos. Para los hombres y mujeres de Robaderra la prioridad era apagar los incendios. Llegaba tarde, por muy poco. Las huestes de Nueva Vamurta, a lo sumo, se habían retirado el día anterior. De lejos oteó el cuartel que los había cobijado. Los edificios no eran más que brasas y cenizas alrededor de la torre, cuyo armazón de madera seguía ardiendo.

Mientras trotaba hacia los restos del cuartel llegaba desde el sur una fuerte columna armada. Era Aldier que, junto a Lateas, acudía también a la capital de los puros para socorrerla. Cerca del torreón, entre los restos calcinados de los barracones, encontró a los regimientos dispersados comandados por Lemas *el Largo*, que se desgañitaba intentando poner orden en aquel jaleo. Los tres oficiales desmontaron y lo saludaron.

—¿Qué ha sucedido, qué noticias hay? —pidió el conde.

—Señor. Esos malnacidos se marcharon ayer por la tarde. No han dejado nada intacto en esta comarca. Eso sí, han sido incapaces de poner un pie sobre la muralla.

—¡Alabados sean todos y cada uno de los dioses! —se alegró Serlan—. La situación no es tan grave.

—Cómo me hubiera gustado encontrármelos aquí —dijo Dort, dando un puntapié a una viga humeante—. Hubiera sabido darles los buenos días como se merecen.

—Ha sido un aviso. Un castigo por el exceso de ambición de nuestros gobernantes. No creo que tuvieran intención de tomar la ciudad.

Lemas parecía muy nervioso y el conde no entendía la razón. Todo había pasado. Era cierto lo que contaba, de lo contrario se habrían encontrado con un ejército acampado cerca de Robaderra.

—Los tetrarcas no se han portado bien —aseveró *el Largo*—. No han hecho nada para defender los campos y el arrabal de los *talentos*, el de poniente, que ha sido saqueado a conciencia. Son unos salvajes esos milicianos, han cometido innumerables fechorías. Las huestes del Consejo de los Veintiuno no han dejado a nadie vivo en el barrio nuevo.

El estratego escuchaba con atención. A sus espaldas aparecieron el murriano y Lateas, que fueron informados a su vez. Las columnas de humo tiznaban el violento azul de la mañana. Serlan repasaba minuciosamente las almenas y los bastiones puntiagudos. Las posiciones defensivas y las numerosas piezas de artillería que, destellantes bajo el sol, custodiaban el gran burgo, apenas habían sufrido daños. Tan solo un tramo de muro presentaba desperfectos severos, el segmento que los atacantes habían tanteado para abrir brecha, concentrando en ese punto el fuego de sus bombardas.

—Veo que los vesclanos de Icet forman parte de la guarnición, junto a los alabarderos. Están mezclados aquí y allá —dijo el conde.

—Todavía no lo sabéis todo. Ayer noche hubo un levantamiento en los barrios de los *talentos*, que son los que más han sufrido —respondió, circunspecto, Lemas—. Los reprimieron y buena parte de las fuerzas de los puros están patrullando las calles de los miserables. Creo que los revoltosos siguen luchando allí donde se hicieron fuertes.

—Comprendo —repuso Serlan—. Avisa a Sara, que acuda a mí. Ya es momento de reorganizar todo este desaguisado.

—No… Sara ha sido capturada, junto a otros de los nuestros. Se los han llevado de vuelta a Nueva Vamurta.

El hijo de Ermesenda lo miró. En sus ojos ardía un fuego incontenible. Agarró y zarandeó a Lemas.

—¿Prisionera? ¿Quién la tiene?

—El Alto Magistrado, ese Vertan y sus secuaces.

—¿Qué secuaces, Lemas? Por Onar…

—Un tal Traeras, un tipo alto con el pelo rubio, y otros oficiales.

El conde cerró los puños con fuerza y fue como si una saeta zumbante lo hubiera alcanzado de improviso por la espalda. Se retorció, alzó las manos enguantadas aún hacia el cielo y antes de caer de rodillas lanzó un rugido herido. «Sara no, no. Ella no». Lloraba de pura impotencia. La desesperación lo cegó. Parecía no saber dónde estaba ni quiénes lo rodeaban. Aullaba. Nadie sabía qué decirle. Lemas

parecía avergonzado, como si él tuviera la culpa de lo ocurrido.

—No consultó a nadie, señor —prosiguió *el Largo*—. Al ver la carnicería que estaban cometiendo los grises de Vertan, formó a su regimiento montado detrás de la puerta, en columna siguiendo la avenida. Fue una imagen hermosa, ver a los renos y los caballos, detrás, relinchar en la espera, prestos para salir como un huracán. No preguntó a nadie, ni a mí ni a los maestros de campo de los puros. Vimos cómo le arrancaban la piel a un labrador delante de las murallas, frente a lo que parecía ser su familia. Chillaba como un cerdo…, nos estaban provocando. Apelotonaban a los prisioneros, fuera del alance de las bombardas, y los rajaban. Fue, bueno, no sé explicarlo bien, señor. Así que Sara, enfurecida como nunca la he visto antes, mandó que abrieran la puerta este y atacó. No quiso esperar a los refuerzos, pues estábamos seguros de que llegaríais. Cargó contra un ejército mil veces más numeroso. Aquello puso fin al asedio. Destruyó más de diez cañones, desmembró al enemigo que, dislocado, ya no tuvo fuerzas para responder, obligado a retirarse. Fue tremenda la carga, aún los veo salir con las lanzas largas que encargamos en Oquadé, brillantes y fugaces en el atardecer. Ensartaron a todo lo que se les puso por delante, aunque solo algunos pudieron regresar.

—¡Basta! —bramó el conde, que seguía de rodillas. El murriano se apiadó de él y lo levantó con dulzura, diciendo palabras de consuelo en su lengua antigua que, quizá por desconocidas, eran mejor aceptadas. Serlan De Enroc se puso en pie, descontrolado.

—Iremos tras ellos —afirmó—. Los perseguiremos a donde vayan, les daremos caza. No habrá perdón para los que tengan las manos manchadas.

—Son más de cinco mil o seis mil infantes, señor —contestó *el Largo*—. Quizá más. Los tetrarcas han enviado mensajeros reclamando vuestra presencia. Desean que vayáis a palacio. Tienen miedo. De las milicias de Vertan y de la revuelta.

—Para que voy a perder el tiempo en inútiles charlas palaciegas con esos loros cubiertos de oro que no saben comportarse como guerreros. Saldremos hoy mismo —insistió, a la vez que parecía volver a recuperar la serenidad perdida. Entre los soldados se oyeron voces de apoyo a las palabras de su primer oficial—. No dejaremos que nos tomen prisioneros, que vengan aquí, dejen esta simiente de maldad, de pura maldad, y vuelvan a sus casas como si nada. No, sabrán de nuestro corazón furioso.

—Mi capitán, os ruego me escuchéis. Necesitamos los renos de los puros para dar alcance a las milicias. Nos llevan una jornada de ventaja.

—Una jornada de ventaja, pero arrastrando las pesadas bombardas. Y esos necios no tienen rinocerontes de tiro, como los

murrianos. Tan solo bueyes de pezuña lenta. Además, sus arcabuces son de mecha y los nuestros de rueda, Lemas.

—Cierto, aunque si sumamos a nuestras tropas los renos de los puros y sus alabarderos, garantizamos la victoria.

El conde dudó. Si los tetrarcas accedían a prestarles parte de sus fuerzas, las posibilidades de la cacería se multiplicaban.

Acompañado por el murriano y un puñado de hombres de la guardia del lago, cruzó las puertas de Robaderra. En las calles de la ciudad persistía el pánico y el caos. Los ciudadanos con derechos y los *talentos* que no se habían rebelado se afanaban, entre imprecaciones, para conseguir víveres, cuyo precio había aumentado de tal forma que valía más una pieza de pan negro que una espada. Nadie parecía estar seguro sobre si los del Consejo de los Veintiuno iban a volver o no. Los alabarderos apenas alcanzaban para vigilar los muros y contener los barrios de los revoltosos, donde todavía quedaban reductos de resistencia, pues a los que se rendían con armas en la mano les esperaba la muerte. La guardia personal del conde se veía obligada a usar las astas de las alabardas como bastón para abrir paso a su señor. Serlan recordó con horror los últimos compases de la caída de Vamurta, el tremendo tumulto de la huida. Quiso hablar con Aldier pero le fue imposible debido al griterío. Empujado, zarandeado por la multitud, empezó a preguntarse qué tipo de ayuda podía esperar de aquellos que eran incapaces de controlar a sus propias gentes. De entre los rostros apretujados y sudorosos que los rodeaban en la calle principal, vislumbró a una mujer que le hacía señas. Parecía una cortesana que se había extraviado. Las facciones de aquella le resultaron vagamente familiares y se acercó a ella.

—¿Qué queréis, señora? —gritó.

—Debo hablar con vos. En algún lugar apartado. Es un asunto urgente que no admite demora alguna.

—Más tarde, debemos cumplir con…

Era imposible tratar de entenderse. Las avenidas eran el lugar donde se concentraban las tiendas de comestibles y frente a los comercios empezaban a producirse altercados que nadie detenía. El conde siguió adelante, sabedor que en aquellos instantes, el tiempo lo era todo.

Escuchó una melodía conocida, unas notas que pudo percibir por encima de la algarabía general. Serlan se giró de pronto, queriendo conocer el origen de aquella música. Era aquella dama que lo había abordado. Tocaba un flautín. Esa canción que jamás podría olvidar.

—Ulam…, por todos los dioses de la tierra y del cielo.

El conde obligó a todos a volver atrás. Los hombres de armas rodearon a la mujer, que dejó de tocar.

—Vayamos a esa bocacalle.

Se apartaron de la multitud, metiéndose en una callejuela en la que a pesar de estar llena de gente asustada que iba a alguna parte, se podía hablar. Serlan observó, extrañado, que aquella chiquilla que encontró una vez en una aldea arrasada por los murrianos y que en la Ciudadela de Vamurta había servido tan bien a su madre, apenas había envejecido.

—No hay tiempo para explicar muchas cosas. Habéis sido convocado por los gobernantes de Robaderra, ¿verdad?

—¿Tú cómo lo sabes, Ulam?

—Porque formo parte de la corte. Hace mucho abandoné Nueva Vamurta, donde llegué tras la caída de nuestra ciudad. Y aquí recalé, pensando que las cosas irían mejor, que los puros eran distintos… No os quiero entretener. Mi música abrió las puertas de palacio. Detrás de las puertas de esa casa la muerte os espera. Es una trampa. Los tetrarcas y los comandantes están aterrorizados. Necesitan a vuestras tropas. Las necesitan para no ser derrocados. Han previsto que vos vayáis a perseguir a los milicianos, pero no es eso lo que quieren. Una vez dentro, cerrarán las puertas y os prenderán. No llegaréis ni al salón de gobierno, antes caeréis acuchillado por muchas manos.

El conde, sin asumir del todo el significado de aquel aviso, quiso entender mejor lo que sucedía. De dónde procedía la traición. Inmediatamente pensó en los vesclanos, en Icet, quien tan buenos tratados comerciales había suscrito con los poderes de Robaderra. Por eso los de su raza estaban sobre la muralla, para controlar las entradas y salidas de la ciudad.

—Ulam. Os debo la vida. Cuando todo esto haya acabado, pedidme lo que queráis, ¡cualquier cosa!

—Nada os pediré —contestó, con una sonrisa enigmática—. Lo que tenga que acontecer, será, y llenará mis ojos de lágrimas, algún día. Lágrimas de alegría. Y ahora, por Onar que nos quiere y protege, escapad de esta ratonera.

El grupo volvió a la avenida. Eran ocho espadas contra la guarnición de una gran urbe. Entre las cabezas apretujadas del gentío, el murriano señaló la puerta. Acababa de ser cerrada. Estaban atrapados como conejos. Aldier vigilaba a la gente que se arremolinaba en torno a ellos, por si aparecía una daga de improviso. Cuerpos, codos y facciones sudorosas giraban entorno a ellos, substituidos por otras cabezas anónimas. El murriano acarició las empuñaduras de las dos espadas que colgaban de su espalda para asegurarse que seguían en su sitio. Les pareció que todo aquello que los circundaba era una amenaza.

—Vayamos hacia la puerta oeste. Allí hay una salida falsa. Quizá no esté muy vigilada —propuso Aldier.

—Ha sido Icet. Los ha ayudado. A saber lo que le han prometido —aseveró Serlan.

Su amigo no contestó. Abandonaron las calles más transitadas, buscando el discreto sosiego de las vías sin comercios. Apenas habían conseguido salir del meollo cuando un hombre que no conocían, un mercader gris, los nombró, escondido en un portal.

—Venid, venid conmigo, estratego, y que os sigan vuestros hombres si lo deseáis.

—Decidme, señor, ¿por qué habría de haceros caso en algo?

—Porque os va la vida y el tiempo corre en vuestra contra. Soy vuestro salvoconducto. Es mejor que me sigáis y yo os sacaré de este atolladero.

De un salto, el conde salvó la distancia que había entre los dos y, antes de que el otro tuviera tiempo de escapar, en la garganta del mercader relució el filo de una daga.

—Habla, y habla rápido.

—Mi señor me ordena. ¿Creéis que no os siguen desde que entrasteis en Robaderra? Lleváis veinte espadas pegadas a vuestros talones. Pronto las descubriréis. Soy, ahora, vuestra última carta.

El estratego miró a Aldier, que desapareció un momento para volver y confirmarle con un gesto de cabeza que eran seguidos.

—Muy bien, gran hombre. Si es una treta seréis el primero que degollaré. Os seguimos.

Recorrieron a toda prisa las callejuelas, saltaron una tapia, cruzaron un rico palacete de algún gran mercader y, al fin, bajaron por unas escaleras que los condujeron a un sótano. Nadie los seguía. Se encontraban en una especie de antesala mal iluminada por una pequeña lámpara de aceite. Serlan De Enroc agarró al desconocido, amenazándolo con el cuchillo, que apretó sobre los riñones del mercader. Sentado en un simple taburete, alguien los estaba esperando.

—Veo que en esta jornada todo son sorpresas. Una tras otra —dijo el conde.

El noble Icet sonrió, haciendo que las argollas de su nariz y orejas tintinearan.

—Y todavía no ha caído la noche. Esto que tengo aquí —dijo el vesclano, mostrando un extraño instrumento—, es un reloj de arena. Cada grano que cae es un momento que se va, y es un instante menos que tenéis, Serlan De Enroc.

El murriano y los guardias no sabían cómo reaccionar, si sacar las espadas o mantener los filos en las vainas. Icet se levantó. Pareció que con su único brazo iba a estrechar la mano del conde cuando, en lugar de eso, pronunció instrucciones en su lengua gutural. Una cortina de tejido pesado fue descorrida, dejando a la vista un sótano colindante,

enorme y abovedado con arcos de madera apuntados. En el que debía de ser uno de los mayores almacenes de la ciudad, aparecieron decenas de vesclanos armados hasta los dientes. Unos extranjeros que el hijo de Ermesenda no había visto antes, ocultas las armaduras bajo ropajes de simples vendedores.

—Llega una columna de mercaderes vesclanos y, ¿sabéis?, nadie se fija en si se quedan unos cuantos por aquí. Y nadie se molesta en registrar las alforjas ni comprobar si todas las mercancías han sido descargadas y qué clase de bienes son —recordó Icet, que parecía disfrutar enormemente del desconcierto del conde.

—¡Dioses misericordiosos! —gritó Serlan—. Sois un…

—Soy el noble Icet, hijo de una larga estirpe de seres que perforaron las grandes rocas y construyeron las más bellas ciudadelas debajo y encima del nivel del suelo. ¡Soy un líder de mi pueblo, soy un servidor del Boadhais! —bramó el vesclano, moviendo su único brazo en el claroscuro de la sala—. Y tengo otro almacén como este cerca del palacio de los tetrarcas, a rebosar de vesclanos desesperados por entrar en combate. ¿Qué os creéis? ¿Qué los gobernantes de esta urbe son los únicos capaces de predecir el futuro? Ahora que tratamos sobre el asunto de nuestros señores, les debéis una visita. La cortesía es obligada, ¡siempre! —La carcajada del vesclano sorprendió a todos. Sin duda, era el único que se divertía—. Saben muy bien quién sois, conde de Vamurta. Un almirante de la flota de los puros os reconoció. La cortesía obliga, claro. Hay que responder a la invitación y cruzar las puertas de palacio. Pero por lo que pudiera ocurrir, detrás de vos van a entrar quinientos guerreros de mi pueblo con cuchillos tan afilados que podrían trocear la niebla, vesclanos provenientes del corazón de mi patria. Y cuando el suelo del salón de gobierno de estos hijos de la gran perra cambie de color por tanta sangre derramada, entonces, podréis salir a buscar a Sara.

El conde dio un paso al frente, poniendo las manos sobre los hombros de Icet. Lo abrazó y besó en las mejillas escamosas. El vesclano pareció abrumado, hasta incómodo, ante tales muestras de familiaridad.

—¿Qué os puedo decir? —le preguntó Serlan.

—Que vos, sí, vos, nos salvasteis de un destino terrible, allí en la región de los lagos. Hay cosas que mi pueblo puede perdonar, pero jamás olvidamos. ¿Sabéis que tengo a unos cuántos pájaros repartidos por las azoteas de este burgo? Pájaros que entonan el código de Sende y que, una vez hayáis entrado en palacio, ordenarán abrir las puertas a nuestros hombres que esperan fuera de las murallas y que ahora deben estar recibiendo el aviso de Lateas, a quien tanto debemos. ¿Cuándo damos por inaugurado el baile, señor?

****

Aldier, exhausto, envainó el par de espadas murrianas. En el palacio de los tetrarcas volvía a reinar la paz. Tan solo las voces desgarradas de algunos heridos inquietaban el silencio pesado que flotaba en salones y alcobas aquietadas. Por los pasillos correteaban pesadamente los vesclanos, arrastrando las colas anilladas. Todavía se registraban habitaciones cuando llegaron los primeros hombres rojos, con Dort Riala y Eszul al frente, a fin de asegurar los alrededores. El murriano los saludó.

—¿Qué hay de los alabarderos? —inquirió Aldier.

—La mayoría no han luchado —anunció la Bálkida—. Fue una buena idea el parlamentar primero, explicarles lo que sucedía.

—¡Bien! Ser princesa os convierte en una diplomática audaz.

—Fue idea…, bueno, mi marido sugirió esa iniciativa. Sabía que la mayoría de los guardias son hijos de los desclasados, de los *talentos*.

—No me lo puedo creer, Dort Riala, ¡tuya! —La expresión del murriano se transmutó. Entre los largos cabellos pajizos que, sudorosos, se adherían a la frente ancha y se enredaban en su pequeña cornamenta, la mirada de Aldier se ensombreció. Algo en Dort Riala indicaba una profunda pesadumbre. Aldier se acercó, reconfortándolo con dos suaves palmadas sobre la hombrera de acero—. ¿Qué ha pasado, querido amigo?

El hombre rojo levantó la vista. La mirada violentada y triste del que está a punto de llorar. Más que el capitán gigantesco que era, capaz de blandir un hacha pesada a una sola mano, semejaba ser un niño con el corazón roto.

—Hemos encontrado a Lemas. En aquella gran encina, la que se ve en el camino hacia Robaderra sobre un pequeño montículo. En la cima. Es el único árbol en ese promontorio. Allí lo encontramos —el oficial bajó la mirada, incapaz de seguir hablando.

—Se ha colgado. Él fue quien nos traicionó —sentenció Eszul.

Sucio, agotado, con salpicaduras sobre la roja coraza de sircad, que mostraba ante todos, el conde salió de la ciudad para ocuparse de un asunto personal. Una desgracia en aquella jornada a un tiempo victoriosa y aciaga, pues había hallado el cuerpo sin vida de Ricardo Ams, el oficial a quien recordaba bien desde que navegaron juntos en la travesía que lo llevó a Nueva Vamurta y que tanto le había contado sobre las colonias. Ricardo Ams, que defendía de corazón a los puros, era uno de los caídos durante la toma del palacio de los puros. ¿Lo había atravesado su espada? ¿Lo habría reconocido antes de morir? No había manera de saberlo. Y ahora aquello. Le costaba comprender.

Había ordenado que nadie lo tocara. Él, que fue su compañero, quería descolgar a Lemas *el Largo*. Atrás dejaba una urbe pacificada, que recuperaba una cierta calma tras el golpe de mano. Tanto en la capital como en las otras ciudades de los puros, a las que habían enviado parlamentarios fuertemente escoltados, gobernaban los mercenarios de Serlan De Enroc.

Miró el cielo encapotado de la tarde. Entre los claros de las nubes rotas refulgía un cielo encarnado. Acompañado por Aldier y Lateas, además de la guardia personal, tomó el camino que llevaba hasta los restos humeantes del cuartel, donde la hueste se afanaba en ultimar los preparativos de una larga persecución que se intuía a muerte.

El antiguo conde en parte se lamentaba por toda una tarde dedicada a parlamentos. En los territorios de los puros tomaban la iniciativa los pequeños mercaderes y artesanos, apoyados por las masas de los *talentos*. Serlan sabía que sin ellos le sería imposible mantenerse en el poder. Entre los hombres grises humildes habían formado una asamblea de cien miembros para que promulgaran leyes y decretos que iban a ser públicos, por todos conocidos. En el interior del burgo merodeaba Dort Riala con un regimiento de hombres rojos, bravucones y de probada fidelidad. También estaba Icet, al frente de las tropas vesclanas. Por fortuna, los grandes linajes de esas ciudades se habían resignado a la pérdida de poder, porque parte de su oro y haciendas habían sido respetados y porque sus líderes habían sido descabezados; los primeros entre las familias patricias habían sido masacrados durante la lucha en palacio. De los tetrarcas no quedaba ninguno en el mundo de los vivos. Los vesclanos habían entrado a sangre y fuego tras los pasos del conde, sabedores de que se lo jugaban todo a una carta. Así, cualquiera que alzó un arma contra ellos había sido ensartado como un jabalí.

Serlan movió la espalda, dolorida por un mandoble que no había logrado traspasar la coraza del dragón de los lagos que lo protegía. Pasó el guante de cuero por el rostro empapado, pensando que lo daría todo por darse un baño en la terma de Leandra. Comer higos secos con miel, qué delicia, y dormir en el lecho de la que fue la mujer amada, sintiendo en el fondo de su alma los perfumes nacarados del cuerpo de una mujer. Desechó tales tentaciones al recordar a Sara. Se le encogía el corazón, las manos se le crispaban por no saber, no saber nada. «¿Estará viva o muerta?», se preguntó, «y si no está muerta, ¿a qué tormentos la están sometiendo? Malditos hombres codiciosos, de qué serán capaces».

Allí estaba el promontorio sobre el cual, destacándose en el crepúsculo, la sombra negra de la vieja encina desplegaba sus ramas rectas tanteando la nada. De uno de esos brazos gruesos colgaba el

hombre, ligeramente movido por el aire. Desde donde se hallaba podía oír el regular crujido de la madera, como si el árbol fuera un navío anclado para siempre en una bahía.

Ascendió el montículo. Quiso el conde que únicamente lo acompañaran el murriano y el que era la cúspide de la red de informadores, Lateas. Serlan abrazó las piernas de Lemas. Lo miró un momento. Ojos vidriosos dirigidos a la tierra ardiente tras una jornada de sol feroz. Una expresión de sobresalto cuajada en aquel rostro anguloso para siempre. Aldier trepó al árbol, ágil como un gato, para cortar la cuerda. El cuello de Lemas estaba ladeado, la cabeza inerte. Por fortuna para él, se había desnucado, evitando la larga agonía del ahogamiento.

«Ahora», avisó el murriano con una de las espadas en el aire. Lemas fue liberado, cayendo sobre los brazos del estratego, que al retener la caída lo acunó como si fuera un hijo sobre la hierba amarillenta. Con lágrimas que se apiadaban del mal destino de uno de los más antiguos de la hueste, Serlan susurró:

—Sabes, amigo, ahora que yaces muerto aquí… todavía no sé si te hubiera perdonado. —Lo abrazó lentamente. El mugriento cuerpo de uno de los mejores oficiales se unía al de Serlan De Enroc—. ¿Por qué lo hiciste, por qué? ¿En algo no te asistí, en algo…?

—Deudas —se oyó la voz cavernosa de Lateas, que seguía de pie —. Deudas de juego. Lo que llegó a perder aquí no se habría podido pagar ni en tres vidas.

Entregaron a un pelotón el cadáver. Esa misma noche ardería la pira funeraria que le abriría las puertas del cielo. Los tres capitanes se dirigieron hacia el cuartel, donde se sumergieron en el ajetreo monumental que allí tenía lugar. Pronto se dispersaron entre la tropa que ocupaba la planicie donde hubo el cuartel al igual que un hormiguero furioso. Divididos en regimientos, en ese momento en que el día se desvanece como un sueño, poco más faltaba por hacer para poder partir con las primeras luces. El conde comía trozos de pan mientras iba de un lado a otro, revisando, dando instrucciones con voz queda. Los soldados lo miraban de reojo, pues las historias de las gestas y las exageraciones eran parte de las conversaciones en las noches de aquel verano. Algunos lo creían infalible. Armado de daga y espada, con el casco puntiagudo colgando sobre la espalda, las extremidades libres de protectores, seguido por la guardia del lago, hacía mucho que era una figura indiscutible. Tan solo los más veteranos se atrevían a poner en tela de juicio, alguna vez, las órdenes que impartía. Se encontró en el centro de las tropas desplegadas, dándose cuenta de que las miradas de los soldados convergían sobre él.

—Lo tenemos todo preparado, como ha de ser —anunció—. Hemos perdido un tiempo precioso hoy, pero lo recuperaremos. Recorreremos los caminos que llevan a Nueva Vamurta como nadie lo ha hecho antes, sin conocer el cansancio ni el desánimo. Los dioses abren rutas nuevas para los bienaventurados.

Apretujados, algunos sosteniendo larguísimas picas, otros con las alabardas o los arcabuces al hombro, los grises atendían. Pocos vesclanos y hombres rojos formaban parte de la expedición, pues estaban ocupados en el control de las ciudades.

—Jamás un ejército puede aceptar que el enemigo lo abofetee y se retire a sus dominios sin responder a la afrenta. Tienen presos a muchos de los nuestros, ¡de los nuestros! Caeremos sobre ellos antes de que los muros de su guarida los puedan proteger, y nos repartiremos el botín con equidad, como siempre hemos hecho.

Tras estas palabras, los hombres lanzaron mil exclamaciones indecentes. En el horizonte vieron llegar una larga columna montada. Delante, magnífica, Eszul enarbolaba el estandarte negro y rojo del regimiento que había capitaneado Sara, en el que habían cosido una cornamenta blanca en lugar del dragón. Serlan observó que los hombres permanecían expectantes.

—Sabéis que somos menos que ellos —prosiguió—. Por eso debéis recordar dos cosas. Primero, somos mejores soldados, por eso sudamos en las maniobras una vez y otra vez, todas las mañanas, haga frío o el sol nos abrase. Y además, el cordero no sabe escapar cuando por sorpresa el león le salta por la espalda.

—Podríamos salir esta misma noche —propuso un alabardero.

Antes de que el estratego pudiera contestar, en el cielo gris agrietado por láminas de bronce encendidas, apareció un halcón solitario. «¡Un augurio!», exclamaron muchos. «Los dioses nos envían un augurio». El halcón gritó, señor de los cielos.

Nadie lo dijo en voz alta. Aquella rapaz tanto podía ser una buena como una mala señal. Una tensión inesperada acongojó a los hombres de armas. El halcón, gravitando sobre el brillo de los cascos, describía un vuelo elegante, ajeno a las súplicas o al ardor que poblaban la superficie de la tierra. Fue entonces cuando se fijaron en una figura que emergía de la llanura, ascendiendo por una elevación algo lejana hasta hacerse completamente visible. Un hombre enjuto que usaba una especie de báculo para caminar. El halcón descendió rápido, a una señal de aquel hombre rasurado, posándose mansamente sobre el antebrazo de este, protegido por una funda de cuero. Aquel que parecía un vagabundo, con la rapaz, se acercó al ejército. Era Ermengol, que sonreía en silencio a la brisa del anochecer que alejaba los calores de día. Nadie sabía dónde había estado ni por qué se apoyaba en el raro y largo bastón, encorvado en su extremo superior.

Serlan, embravecido por la imagen de su amigo, con el corazón exaltado, se dirigió a los soldados:

—Cargad la impedimenta. Salimos ahora, ahora mismo. No habrá piedad para los cansados y no habrá perdón para los que alcen una mano contra nosotros.

## 56
## el halcón de las llanuras

El halcón se elevó por encima de las praderas y con una facilidad pasmosa remontó el vuelo para salvar un bosquecillo, que era una masa esbelta y negra, cuando el sol apenas se asomaba en el horizonte. Chilló, pletórico, en el aire, recordando a todo aquel que lo escuchara quién era el que todo lo ve. Tras surcar la brisa fresca del amanecer frenó el vuelo y volvió al brazo que le daba de comer. El que fuera sacerdote de Onar obsequió con un pedazo de carne a la rapaz, que devoró con diligencia. Luego, hombre y bestia se miraron, cada uno narrando un relato distinto, intuido, que acababa por fluir.

El conde hizo un gesto a los oficiales. Dejándolos a un lado fue hacia Ermengol. Hablaron en voz baja, mientras el ave, impasible, escrutaba aquel reino de lomas redondeadas por el paso de cientos y cientos de lunas que habían gravitado sin cesar sobre los pastos cortos y duros, capaces de soportar un clima extremo. El antiguo sacerdote señaló una dirección con el cayado. Apenas había árboles que rompieran la monotonía de los cerros y las pequeñas depresiones creaban la ilusión, en sus continuas elevaciones y pendientes, de ser un mar petrificado por el capricho de algún dios desconocido.

El hijo de Ermesenda se giró, dirigiéndose a los hombres grises. Ahí estaba el ejército, tres mil hombres entre arcabuceros, piqueros y alabarderos, más las fuerzas montadas de Eszul, que sumaban más de trescientos jinetes, ochenta de ellos en flamantes caballos con testeras de metal brillante. Los exploradores habían confirmado que las tropas del Alto Magistrado Vertan volvían a casa siguiendo una línea perpendicular a la posición donde se hallaban. En retaguardia iban buena parte de los mejores milicianos; en el centro transportaban la artillería junto a los carros de provisiones y los prisioneros, escoltados por nutridas aunque mal armadas compañías de infantería, poco más que campesinos reclutados para la expedición. En vanguardia, junto a unas pocas decenas de renos y un millar de veteranos, iba Vertan, visible junto al estandarte de la Asamblea, seis estrellas blancas sobre fondo azur. Los milicianos se movían con lentitud, el sueño los acompañaba, pues justo acababan de levantar el campamento cuando fueron divisados por los grises de Serlan.

El conde, orgulloso, miró a sus soldados protegidos por media armadura y yelmos abiertos, además del manto de malla para proteger el cuello. Los hombres habían reaccionado con disciplina al ir encontrando el rastro de las matanzas del enemigo. Sin distinción, sin razones aparentes, ejecutados según los altos en el camino.

Campesinos, alabarderos de los puros, algunos de los jinetes que seguían a Sara, empalados en la llanura en pequeños teatros de muerte en los que cada estaca formaba parte de aquel escenario dispersado en la amplitud sin fin del páramo. El olor a excrementos y sangre, los carroñeros que desaparecían al verlos llegar. Los rostros del dolor. El conde pensó en su padre, en los empalamientos masivos de murrianos. Serlan mantenía la esperanza secreta de encontrar a Sara con vida, pues ella no estaba entre los ejecutados. Las tropas de Nueva Vamurta, que ya se encontraban en su propio territorio, además, mal abastecidas, habían saqueado y quemado una de sus propias aldeas, al norte de Nidonia.

En las praderas no cabía la posibilidad de tender una emboscada, así que se lo jugarían todo a una carta: la celeridad del ataque. Desde que fueran vistos hasta que la pólvora de los arcabuces deflagrara, debía pasar muy poco tiempo. El conde había dispuesto que los piqueros se lanzaran sobre la cabeza de la columna enemiga después de la primera descarga de los arcabuceros sobre la vanguardia, cuyo siguiente objetivo sería el centro enemigo. Tras ese ataque, los renos y caballos cargarían para aislar a los soldados de la asamblea que iba delante del resto, abriendo una gran brecha que permitiría aniquilar a la vanguardia con prestancia. La única duda era qué haría la retaguardia de los milicianos. Si su intervención era decidida, todos estarían en grave peligro.

Eszul se acercó al estratego, montada en un extraordinario reno de pecho rotundo y cornamenta gigantesca.

—Recuerda la señal de bandera, tras la segunda descarga —dijo el conde—. La sorpresa de veros llegar al galope les helará el corazón.

—Lo sé. Vengo a pediros algo, señor y amigo —Fría como un témpano, la princesa invocó el privilegio de la capitanía—. Reservadme al Alto Magistrado, si lo capturamos vivo.

Serlan De Enroc dudó, pero al fin cedió a la petición, murmurando un «así sea». La Bálkida cerró la celada. Tan solo el fulgor de los ojos podía vislumbrarse a través de la única rendija, un tajo horizontal, del casco en forma de estrella fugaz.

—No merecen nuestra piedad —anunció la mujer roja.

—¡Eszul! Es nuestra obligación levantar un nuevo mundo, un mundo mejor —sostuvo el estratego.

La guerrera picó espuelas y volvió a su posición, en el riachuelo que discurría por la suave hondonada donde se escondían. Se escuchaban toses contenidas, el arrullo del agua descender y los cantos y silbidos de los pájaros de la llanura. El cielo, inmenso, pesaba sobre los cascos de acero. En aquel trance, Serlan echó de menos a Dort Riala e Icet, destinados a controlar las ciudades que habían

tomado. No le preocupaba tanto la inferioridad numérica como el comportamiento de esos puros que los reforzaban, ataviados con calzas negras hinchadas y acuchilladas, cuyas alabardas con cabeza de martillo debían dar el golpe de gracia al asalto, rompiendo las puntas de las picas de los cuadros enemigos. Al fin, movió el brazo derecho en círculos y los soldados, de cuclillas, empezaron a avanzar agachados, los estandartes enrollados, las largas lanzas en paralelo al suelo para no ser divisadas.

Bajo la melosidad broncínea de aquel amanecer, cruzada la bóveda celeste por cientos de golondrinas, se oyó un siseo en la hierba. Llegaron a la loma tras la cual serían vistos. De lejos semejaban ser una invasión de cucarachas plateadas. La infantería empezó a subir la elevación tras la cual, a unos sesenta cuerpos de distancia, verían al enemigo. Atrás dejaban la serpiente de carne y acero de la columna montada de Eszul, que mandó desplegar las enseñas de tela dura. Se produjo, entonces, el golpeteo seco de las banderas al viento. El conde, delante de todos, se tumbó sobre la cima para asomar la cabeza. Con una sonrisa siniestra anunció a los soldados: «van cargados de petates y con el botín». La sonrisa se dulcificó en el rostro barbudo del primer capitán. Acarició el lomo de la comadreja gigante, expectante a su lado, y luego posó la mano sobre el hombro del chico.

—Leos, hijo. Pica ese tambor como si quisieras que tu madre te escuchara desde el cielo.

El retronar de las baquetas era el aviso convenido. Las picas se elevaron como torres y los oficiales ladraron con fiereza a los soldados. Los estandartes ondearon, orgullosos en la quietud del alba. Aldier, que comandaba a los arcabuceros, los hizo correr ladera abajo hasta situarse a distancia de tiro. A la derecha de estos, los dos cuadrados de picas avanzaban con las armas en ristre. Enfrente, una masa de hombres era presa del pánico. La primera descarga resonó en la pradería como un trueno y el aire se llenó de humo a través del cual corrían los piqueros aullando como perros encolerizados.

Cuando el polvo de la batalla empezó a posarse sobre el suelo, supieron mejor lo que había pasado. La vanguardia de los milicianos había sido despanzurrada y el centro dispersado. La victoria era para los estandartes rojos y negros de Serlan, aunque la retaguardia enemiga había tenido tiempo de resistir e improvisar una posición defensiva en un cerro cercano. Las golondrinas continuaban con sus vuelos acrobáticos. La lucha había sido rápida, tal y como querían los mercenarios de Serlan.

—¿Habéis encontrada a Sara? —preguntó la Bálkida, desde la altura del reno que montaba.

—Todavía no —contestó el conde—. Los hombres están reuniendo a los prisioneros. A muchos los he enviado a rodear a los milicianos que resisten.

Estaban todos aturdidos, todavía. Los primeros pellejos de agua y vino iban pasando de mano en mano.

—Buscadla, os lo ruego. Me ocuparé de barrer y poner orden en este desaguisado, pero buscadla.

—¡Por Onar, ya lo estoy haciendo! Eszul, ponte al frente de los hombres, ¡y busca artilleros entre los prisioneros! Toma a mis alféreces y sargentos. No ataques, de momento. Amenázalos con sus propias bombardas.

—Tengo una noticia que os agradará —masculló la Bálkida antes de arrear la montura—. Hemos capturado al Alto Magistrado con vida, y a un magíster más, el de Nidonia, Derecó.

Entre el barullo de las lanzas y cañones, de soldados atareados y voces exultantes tras el encuentro de armas, el conde buscaba a su protegida, rodeado por la guardia del lago. La llamó por su nombre. Al fin interrogó a varios prisioneros. Un miliciano señaló el final de una hilera de carromatos uncidos todavía a los bueyes. Allí la encontró. Al verla de cerca, supo que Sara estaba más allá del sufrimiento. Parecía un pájaro gigante al que habían forzado para que entrase en una jaula minúscula. La joven estaba contorsionada e inconsciente en una pequeña prisión de barrotes herrumbrosos. Hedía a podredumbre. Maniatada con saña, los brazos y la espalda marcados por el látigo. Le susurró unas palabras sin obtener respuesta. Ni siquiera abrió los ojos doloridos. El curtido estratego no pudo evitar que su templanza desapareciera, llevada por aquella imagen de la barbarie. Otros prisioneros estaban en igual situación, aunque únicamente Sara tenía magulladuras en los muslos. Serlan lo entendió enseguida. Forcejó con la cerradura y la sacó con sumo cuidado de allí. «Buscad al cirujano mayor», ordenó con la voz rota. La tendió sobre la hierba que había perdido el rocío del amanecer. Cortó las ataduras. Apoyó la cabeza de la capitana sobre su regazo, ofreciéndole agua. Ella levantó los párpados y, al reconocerlo, sonrió.

—Sueño o eres tú, que otra vez me arrancas de la profundidad del pozo para devolverme a la luz.

El conde, emocionado, la abrazó con ternura, intentando no llorar delante de los hombres.

—Ya verás, Sara. En menos de una luna todo esto te parecerá una pesadilla, nada más.

La expresión de la joven gris se iluminó al ver a alguien al lado

del primer capitán. Este levantó la vista y vio a Aldier, que parecía no tener sangre en el cuerpo. Ella estiró un brazo hacia el murriano. Serlan, sorprendido, captó la situación.

—Cuídala, Aldier. Te confío a ti, de nuevo, lo que más quiero. Ahora, voy a ocuparme de algunos asuntos terrenales.

La retaguardia de los milicianos permanecía, impávida, en posición de combate. Las bocas de los cañones los miraban y los artilleros sostenían en el aire las tranchas encendidas. Flanqueándolos, dos regimientos de piqueros y arcabuceros aguardaban lanza en mano unos, con los frascos de pólvora y las balas de plomo bien redondeadas, los otros. Serlan De Enroc mandó a unos parlamentarios. La oferta era generosa: rendición sin represalias a cambio de los oficiales, entre ellos el joven Traeras. Llevado por la fuerza de los acontecimientos, el conde tomaba venganza. En sus manos tenía a los primeros que una vez lo juzgaron, humillaron y defenestraron.

Por la tarde organizaron el campamento, ante la enorme incertidumbre que aquella batalla habría causado en las tierras de las colonias. Debían de prever un contraataque. A la vez, se atendieron a los heridos, se cavaron letrinas y fosas para los muertos. Antes del anochecer se levantaron muros de tierra compactada alrededor de las tiendas y se establecieron patrullas. Partieron los primeros exploradores montados en ágiles caballos. Enviaron a Robaderra mensajeros y también carros vacíos para que volvieran cargados con víveres y municiones. En una de las tiendas Sara dormía custodiada por Aldier, quien había delegado el mando de los arcabuceros a su segundo.

Serlan, junto a Eszul y otros oficiales, fue al encuentro de los prisioneros. Hallaron a Vertan, el magíster Derecó y el que fuera capitán de Leandra, el apuesto Traeras, encadenados a un poste, postrados en el suelo. Magullados, sucios, vencidos.

—Ya tenéis lo que tanto deseabais, ¿verdad, conde de Vamurta? —dijo el Alto Magistrado.

El conde suspiró. No tenía ánimos para ser ingenioso en la réplica.

—¿Era necesaria toda esta carnicería? ¿Y matar aldeanos en Robaderra? —inquirió—. Vos sabéis como yo que los campesinos muchas veces no entienden qué está en juego ni por qué luchamos. Quieren arar la tierra en paz, nada más. Habéis, incluso, arrasado uno de vuestros burgos, habéis empalado a mis hombres, sometido a tormento a los oficiales.

—¡Ah!, la dulce Sara —replicó Vertan—. Aunque se portó mal la primera noche, ¡Qué fruto tan jugoso tras la cena! —El joven Traeras

soltó una risotada atroz.

—¡Señor, recordad vuestra promesa! —aulló la Bálkida, dando un salto hacia los prisioneros.

El estratego tomó aire. Cerró los ojos durante un instante, antes de responder.

—Decapitaremos a todos los oficiales y a Derecó. Está bien, está bien, Eszul. Puedes llevarte a Vertan y Traeras. Tuyos son.

La mujer roja se postró y besó la mano del conde, dándole las gracias. Luego, hizo una señal a un grupo de soldados. Hombres grises que habían visto al amigo, al hermano, ensartados en una estaca. Antes de que se los llevaran, Serlan preguntó qué les harían. La princesa sacó de algún escondite bajo la coraza cuatro runas de hueso grabadas con símbolos arcanos. Las lanzó sobre la hierba y las estudió un instante.

—El dios Zintala lo ha dispuesto. Señor, es mejor que nada os cuente —dijo con gravedad, Eszul—. Jamás volveríais a mirarme como antes, como a una amiga.

A la tercera mañana desde que acamparan, llegó Dort Riala, flamante al frente del regimiento de hombres rojos, que hicieron sonar numerosos cuernos para anunciar su presencia. Eran el puño del ejército de Serlan, que había dado la gracia a Dort para que los rojos se armaran según sus propias inclinaciones. Eran el regimiento destinado al cuerpo a cuerpo. Verlos avanzar en el paisaje desnudo de las llanuras asustaría a cualquiera: gigantones de calzas ajustadas y corazas relucientes. Barbutas cerradas y empenachadas sobre las cabezas de las que se descolgaban largas cabelleras trenzadas. Ni un escudo entre los hombres rojos, ninguna arma de fuego. Un desprecio premeditado por el nuevo arte de la guerra. Los reclutas de Oquadé y alrededores iban armados de largas espadas flamígeras, con guardas y largo arriaz; hachas de doble hoja que un gris no podría manejar; alabardas pesadas con perfiles distintos. Incluso algunos habían optado por las antiguas mazas, ya fueran de puntas en la cabeza o de nudos. También, unos pocos, ostentaban menguales cuyas bolas de hierro colgante solo podían volar llevadas por aquellos toros acorazados. El capitán del regimiento conocía su misión. Romper la batalla en un punto determinado, ser una cuña irresistible. Los acompañaban artilleros de Robaderra que azuzaban a los bueyes que arrastraban más piezas de artillería.

Presta, la Bálkida, salió a su encuentro montada en un reno que trotaba con frescura sobre el horizonte brillante. Cuando llegó a la altura de su esposo, dio dos vueltas a su alrededor.

—Aquí está el fanfarrón de la llanura, el único, Dort Riala. ¿Ya te

has cansado de beber en las alcantarillas?

—¡Oh! Yo también te he echado de menos —respondió el oficial —, tanto que he guiado a estos nobles y jóvenes señores que me siguen a todos los tugurios infectos de Robaderra. Alguien debía cuidar de ellos.

La tropa reía la ocurrencia de su capitán, al que adoraban, pues comía con ellos y como ellos, sentado en el duro suelo sin pedir privilegio alguno. Y si se debía cavar, era el primero en levantar el pico y la pala.

—Mientras bebías —replicó Eszul—, nosotros hemos ganado una batalla.

—¡Bien, princesa! Mientras te cubrías de gloria y honores yo he pensado en ti —y diciendo esto sacó un collar de plata con un enorme colgante ambarino, que dejó en el aire, estirando el brazo.

La mujer roja, tomando distancia, puso la lanza en ristre y cargó contra su esposo. Era tal la habilidad sobre el reno que al tiempo que le daba un beso desde la silla de montar, con la punta de la lanza arrancó el regalo de la mano de Dort.

A la vez que llegaban los refuerzos, partía del campamento una nueva columna que llevaba a los heridos y a algunas unidades de los milicianos hechos prisioneros a Eslavatar, Robaderra y Satorta. Los prisioneros, tras jurar fidelidad ante el conde, habían sido destinados a reforzar las guarniciones de las ciudades, pues Serlan los consideraba dudosos. En aquel viaje de vuelta iba Sara, escoltada por el murriano.

Justo a la jornada siguiente tras la primera luna desde que se establecieran, antes de que la noche se desparramara sobre la planicie amarillenta, llegó un jinete al campamento del conde. Luego dos más. Serlan había enviado exploradores discretos, con la orden de no mostrarse. Era consciente de estar en los territorios del Consejo de los Veintiuno, al norte de Nidonia, amenazando así todas las tierras. Estaba seguro de la respuesta de los hombres grises de las colonias: una desesperada expedición armada para desalojar al invasor y proteger la capital. Los últimos jinetes en volver le confirmaron algo que, en parte, asombró a Serlan De Enroc. El ejército del Consejo estaba comandado por un auténtico héroe y maestro consumado en el arte de la guerra.

****

El capitán Álvaro cruzaba las planicies seguido de todas las fuerzas que había podido reunir en poco tiempo. Incluso, para engañar al enemigo, había obligado a todos los imberbes reclutas mal armados

de Nueva Vamurta a seguirle. Sabía que aquellos no aguantarían un asalto, que en cuanto empezasen a oírse las detonaciones y gritos de guerra, les temblarían las piernas. Habían acordado, con una de las facciones de los hombres rojos, el pago de una suma fabulosa para alquilar parte de la hueste de los Bálkidas, capitaneados por el mismísimo jefe del clan. La situación del Consejo de los Veintiuno era crítica. Habían perdido al Alto Magistrado y a otros dignatarios en la campaña punitiva contra los puros, ¡todo un ejército diezmado o capturado! Las guarniciones de frontera, ciudades y aldeas habían sido esquilmadas para reforzar los efectivos de Álvaro Telan, con el riesgo que una medida como aquella conllevaba. En las calles de las ciudades la gente expresaba su descontento, señalando al Consejo como culpable. Los pillajes se multiplicaban a falta de fuerzas del orden. La carestía de los alimentos era crónica. Tan solo un miedo mayor, ser conquistados por el misterioso ejército de mercenarios que, decían, era capitaneado por el último descendiente de Ermesenda, evitaba que el polvorín que era cada burgo de las colonias estallase. Todo eso lo sabía muy bien el estratego designado por el Consejo, al que habían colmado de honores y títulos, nombrándolo primer cónsul de las colonias por un periodo de cuatro estaciones, con poder absoluto sobre la vida y la muerte de todos y cada uno de los ciudadanos.

A un día de marcha de las posiciones de Serlan De Enroc, el capitán Álvaro sufría los tormentos de la duda. Se dirigía, en son de guerra, hacia el que fue su amigo y señor. De él recordaba los largos paseos por la Avenida de la Victoria, donde los limoneros relucían, las charlas frente al puerto, el caminar por las huertas que en primavera eran una sinfonía de olores y colores para los sentidos. Jamás se había sentido, junto a él, tratado como un segundón. Al contrario que su madre, el joven Serlan no entendía de primeras o segundas personas. También recordaba cómo intuyó el resquebrajamiento de un mundo gobernado con mano de hierro por una pequeña élite de la que él, como oficial, formaba parte. ¿Hubieran luchado mejor, habrían perdido Vamurta si cada hombre y mujer hubieran defendido una tierra que sintieran como verdaderamente suya? Álvaro Telan no lo sabía. Llegaron las primeras noticias del avance murriano. Las primeras aldeas perdidas, la movilización general. De su señor aprendió. Con el Heredero compartió un tiempo pasado. Lo recordaba riendo mientras practicaban la lucha a espada. Una alegría que el viento y el tiempo se llevó. ¿Quién volvería a cantarle una canción deshonesta mientras cruzaban golpes de espada en el patio de la Ciudadela? No sabía a quién encontraría al día siguiente, el día de la batalla.

Pasaron la noche no muy lejos de las posiciones de la hueste

enemiga. El ocaso se llenó de melancolía y fantasmas. Sentía que volvía para enfrentarse al mundo que fue perdido, cuyas cenizas se habían reanimado hasta hacer arder con rapidez todo lo construido hasta aquel momento. Mientras los milicianos se preparaban para la cena bajo las primeras gotas de una inesperada tormenta de verano, el capitán paseó por los alrededores, reconociendo el terreno donde tendría lugar la batalla. Adana, en ese momento, debía de estar dando de cenar a sus dos vástagos. Ellos eran el triunfo del presente, su razón para alzar la espada. La lluvia arreció en la casi oscuridad de la primera noche. El viento aulló sin oposición en la vastedad de las llanuras. Álvaro Telan sintió una alarma sin motivo. Algo hizo que se pusiera en alerta. Hasta se llevó la mano al mango de la espada. Alzó la cabeza y así vio al halcón en la lluvia, inesperado, fabuloso, vigilante. Una rapaz que se movía con majestad entre las últimas luces brumosas del día, desafiando al viento. El ave chilló, sobrevolándolo una y otra vez. Cantó una canción que el hombre desconocía y en ese instante el comandante de los milicianos supo que el halcón le estaba vigilando.

El amanecer despuntó entre nubes y claros. El capitán Álvaro suspiró aliviado, pues los arcabuceros bajo su mando usaban armas de mecha, inútiles bajo un aguacero. Los más de cinco mil infantes, cerca de trescientos renos y los artilleros comieron. Luego empezó toda aquella fanfarria que precede a la lucha. Los hombres y las pocas mujeres de las unidades se armaron y formaron, entre toques de tambores y avisos de los cuernos de guerra. A la vez, oían las señales del ejército de mercenarios cuyos ecos se perdían en las praderías. El defensor de Nogrog se preguntaba una y otra vez qué sucedería si tras escuadrar a los regimientos las huestes de Serlan se lanzaban en masa hacia ellos. Al fin, como enormes cangrejos de coraza puntiaguda, las distintas compañías se encaramaron sobre la cresta de una serie de montículos que formaban una altura discontinua. Enfrente, los esperaban los otros, aquellos que habían hecho morder el polvo al Alto Magistrado y a las mejores tropas de los milicianos. Álvaro admiró el perfecto despliegue de hombres de armas, la exactitud de las formaciones, la belleza de las enseñas desplegadas y de las pequeñas banderas que indicaban las compañías en las que se dividía cada regimiento: estandartes que indicaban un grupo de seres dispuestos para la aniquilación. Vio a un grupo de hombres que se avanzaba al resto, directos hacia ellos. Eran grises. No supo si aquello constituía una bravuconada, un insulto, como si aquellos seis guerreros que seguían caminando pudieran barrer de la faz de la tierra a los milicianos. No. Agitaron una bandera blanca.

El héroe de Nogrog fue hacia ellos, acompañado por pocos

soldados. Todavía no distinguía bien quiénes eran los parlamentarios. Mientras, se abría camino a grandes zancadas entre la hierba todavía húmeda, que cedía a su impulso. El corazón le dio un brinco y hasta sintió que le faltaba el aire cuando advirtió que uno de los parlamentarios se destacaba, haciendo una señal a los que le seguían para que permanecieran atrás. Algo más viejo, distraído mirando al suelo, el que fue su señor en Vamurta levantó la vista, y como si se lo encontrara de nuevo tras salir de los templos en los que rezaban, lo saludó. El comandante de los milicianos, sin dudarlo, fue hacia él, también sin guardia, teniendo cuidado de no apoyar la diestra sobre el pomo de nuez de la espada.

—Hoy no hace mucho calor —observó Serlan De Enroc—. Hasta diría que tenemos una mañana magnífica.

—Cierto. Sudar es molesto si tienes como faena abrirle las tripas al prójimo.

El conde sonrió levemente, acercándose un poco más. Sin ser muy conscientes de lo que hacían, ambos empezaron a caminar con parsimonia, con pasos largos y lentos, entre dos ejércitos que reunían a más de diez mil soldados que los observaban con suma atención.

—He oído que defendisteis Nogrog con uñas y dientes. Y he oído que os casasteis con una dama de Nogrog, y que hasta tenéis dos hijos. ¿Os satisface esta nueva vida?

—Supongo que en todas estas estaciones que han pasado desde que nuestros caminos divergieron vos no habéis encontrado a una mujer que os dé descendencia —contestó Álvaro, obviando la sorpresa por lo bien informado que estaba el conde—. Ninguna dama, excepto Leandra, claro. Una gran señora, sin duda.

Serlan lo miró de reojo. El rostro del estratego reflejaba un asombro contenido. Su antiguo capitán también mostraba las señales de los otoños vividos. Las arrugas se habían acentuado en la frente, alrededor de los ojos, como finas agujas de pino. En el largo cabello castaño brotaban canas zigzagueantes. Hasta en el cuello robusto empezaba a flotar la carne.

—¿Qué vais a hacer con ellos? Con los cientos de milicianos que hicisteis prisioneros hace unas pocas jornadas…

—Capitán Álvaro, empecemos a hablar con franqueza y sin rodeos. ¿Cómo os habéis organizado tan pronto? Os esperábamos más tarde… A los prisioneros les dimos de comer y de beber. Hasta les dimos lanza y escudo. Ahora defienden las almenas de Robaderra. De los oficiales y los magísters no puedo decir lo mismo —respondió Serlan, con una repentina angustia en la voz.

Una sombra cayó sobre ellos. Dejaron de caminar, dirigiendo las miradas hacia la grandiosidad de las escuadras que a lado y lado, los flanqueaban. Ambos sabían lo que aquello significaba y ambos

conocían de las tropelías cometidas por el Alto Magistrado, cuya carne se pudría en algún lugar remoto y escondido. Serlan, de pronto, puso el guante de cuero duro sobre la coraza del primer defensor de Nogrog.

—Quizá no lo sepáis, viejo amigo. Un ejército sufón ha cruzado las puertas de Geritten. Hace dos jornadas fueron vistos cerca de Oquadé, donde recibieron refuerzos. Son las mayores fuerzas que ha movilizado aquel dios-rey desde que los hombres grises pisaran las colonias. Podemos despedazarnos los unos a los otros, aunque no me parece una gran idea. Por vez primera, Nueva Vamurta, y por extensión todas las aldeas de los grises, están en peligro. Cientos, miles de insectos, con armas afiladas cubren los campos que esperan la cosecha. Quieren dormir en nuestras camas. No son esos a los que me gustaría encontrar al despertar por la mañana.

—¿Cómo podéis saberlo? Habláis de fuerzas a mucha distancia.

—Los caballos. Ya los habéis visto —mintió Serlan.

El capitán de los milicianos levantó una ceja, incrédulo. Miró a las huestes, un jardín de estatuas oscuras, listas para destrozarse mutuamente y así abrir la puerta a la invasión de los sufones. Recordó algo, un trazo breve que había quedado inconexo.

—¿Caballos? Tal vez un halcón capaz de cruzar una tempestad.

—El halcón de Ermengol —dijo el conde sin mostrar emoción alguna.

—¡Ermengol! No puede ser. Fue hasta Geritten y allí le perdí el rastro. ¿Ermengol está contigo? ¿Cómo?

Cuántos momentos, cuántas alegrías cruzaron las selvas de la memoria de Álvaro Telan.

—Cientos de lunas, ha pasado mucho tiempo.

—¿Cómo decís? —preguntó el hijo de Ermesenda.

—Siento en el corazón que fue ayer cuando nos despedimos, conde de Vamurta.

—No soy el conde de nadie, amigo mío. Llámame por mi nombre.

—Serlan, hasta me cuesta pronunciarlo —afirmó el defensor de Nogrog. Sacó tabaco y dos cañas de bronce. Ofreció una a su antiguo señor.

—¡Es tabaco de Vamurta! ¿de dónde, cómo lo habéis conseguido?

—Es un regalo de mi red de espías, que llega hasta los portales más sombríos —respondió con una sonrisa el capitán Álvaro—. Siento una enorme curiosidad por saber cómo la pequeña hueste que salió del Bosque de las Hiedras tomó las poderosas ciudades de los puros…

Serlan narró con brevedad los últimos acontecimientos, mientras el aire de la mañana movía sus cabellos y acariciaba las curtidas pieles grises de ambos veteranos. Explicó cómo se había convertido en amo y señor en las ciudades del oeste. Otra vez poderoso, aunque no sabía

durante cuánto tiempo. El sol se alzaba con timidez, brillando entre la hierba. En los cerros los ejércitos aguardaban expectantes y tensos. Luego, Álvaro Telan resumió la situación del Consejo, de la Asamblea de las Colonias y las urbes.

—Creo que los ciudadanos están tan hartos del Consejo, de todos aquellos carroñeros, como yo mismo. ¡Hasta aceptarían a los sufones si estos les robaran menos!

—Los sufones convertirían Nueva Vamurta en una ciudad de esclavos, por supuesto —dijo Serlan.

—Por supuesto. ¿Cómo hacerles frente? —se preguntó el primer cónsul en la historia de las colonias.

—Uniendo a nuestras tropas y trazando un buen plan. ¿Sabéis que dice Ermengol? Que los sufones lo que más temen son las carnicerías. Las hembras, en toda una vida, dan dos hijos. Si conseguimos meterlos en un valle o un llano sobre el que miren nuestras bombardas… Debo confesar, también, que hoy tengo más soldados que armas, por vez primera.

—El mismo problema sufrimos los milicianos. Nos falta agua, víveres, herrajes, plata y oro para municiones y para pagar espadas.

—Ahora que lo pienso. Conozco a alguien que podría ayudarnos en esta cuestión —recordó el conde, animadamente.

—¿Una dama, una dama realmente bonita?

—Exacto. Además, a dicha dama le debo algunas explicaciones y ella a mí también. Esa visita arreglaría grandes problemas de un plumazo.

Ambos comandantes rieron. Una melodía que resonó en las grandes llanuras.

—¿Cómo andas de obligaciones, promesas y compromisos? ¿Tienes muchas cosas que hacer, Serlan? ¿Qué me dirías si te propongo que me acompañes hasta las puertas de Nueva Vamurta? Sería toda una noticia.

—Primero, hasta Nueva Vamurta. Luego, si no tienes inconveniente, iremos a dar un paseo por los caminos que llevan al norte. La ciudad de Tunador, con el río y sus pequeños cerros, es la puerta que debemos mantener cerrada.

Cuando los capitanes dieron la orden de romper filas y el fantasma de la batalla se disipó, ambos bandos pudieron respirar aliviados. Hubo un primer acercamiento entre los ejércitos. Algunos soldados se aventuraron a cruzar el espacio donde hubiera tenido lugar la batalla. Una mezcla de desconcierto, alegría y descanso se propagaba entre las compañías de gentes de armas. Lo que, al fin, hizo que las huestes se fusionaran hasta confundirse fue la salida de dos jinetes que, unos momentos antes, iban a cruzar las espadas. Eszul

cabalgaba cortando el viento para encontrarse con su padre, que había sido contratado por Álvaro Telan. Mientras la esposa de Dort Riala volaba sobre la llanura, pensó que, tras tanto, había perdonado al jefe del clan de los Bálkidas.

# 57
## cerca de tunador

Un poderoso estruendo. Luego, el estrépito de la madera hecha añicos por una bala de cañón. Leandra miró a Tesminia. La jovencísima dama de compañía tiró hacia arriba el faldón de su vestido y se levantó el escote redondo en el que asomaban unos pechos primaverales. Echó a correr, despavorida, hacia su señora, seguida por Casandra y Fasis, tan asustadas como ella. Se abrazaron a Leandra que, por primera vez, se mostraba aterrada. El aroma de la pólvora les llegó empujado por el viento suave de la tarde que canturreaba en el exterior, en los campos que rodeaban el palacio fortificado. Dos detonaciones, muy seguidas, hicieron temblar los cimientos de Villalaia, arrancando nubes de polvo de las vigas. «¡A mis aposentos!», ordenó la que fue la mujer más poderosa de las nuevas tierras. Detrás de los muros de la mansión, la guardia de Leandra, un débil eco de la hueste que Serlan y Traeras organizaran, mantenía la posición.

Entre sollozos y con el maquillaje derritiéndose por el intenso calor, las cuatro mujeres alcanzaron la alcoba. Cerraron y atrancaron la puerta de recia madera con el espanto dibujado en los rostros. No supieron hacer otra cosa que arrinconarse en una de las esquinas y, apretujadas, sentarse en el suelo, formando una especie de ramillete dejado ahí al azar, atentas a la súbita violencia del exterior.

En el jardín de la finca se alzaron unas voces. Los de afuera conminaban a los defensores a la rendición. Poco después les llegó el entrechocar de los aceros. El eco del combate era cada vez más nítido. Leandra se sorprendió de que la lucha fuera tan breve. La oferta de los asediadores debió de ser convincente. Observó a Tesminia, que no paraba de gimotear como las otras dos sirvientas. Un final cargado de patetismo, ¡eran tan jóvenes!, no se merecían morir así, a manos de unos hombres ruines y malolientes. Los labios rojos de la joven esbozaron una sonrisa de consuelo, cortada de cuajo por el resonar de pasos pesados en el pasillo. Estaban dentro. El alboroto se extendía por todo el palacio. El tintineo de las armas, unas risas ásperas al otro lado de la puerta. El primer hachazo que hizo retumbar la puerta les pareció el fin del mundo.

—Si os vejan, ya sabéis que hacer. No dejéis que os atrapen vivas —les dijo la señora, en cuya mirada afloraba un destello de demencia.

Se abrazaron las unas a las otras con desesperación, sudorosas y jadeantes, como si de ese modo pudieran solucionar en algo la situación. Los hachazos se multiplicaron como una voz en la

profundidad del bosque y las astillas volaron por los aires. Vieron una mano ciega palpando en la brecha, que hizo saltar el madero y movió el pomo de la puerta, que fue entreabierta. De esa línea oscura y vertical, surgió la cabeza de un hombre gris barbudo, resguardada por un casco puntiagudo.

—Señoras, ¿me dan su permiso?

De un puntapié el hombre gris dejó la puerta abierta de par en par. Un grupo de mercenarios las miraban en silencio como si en lugar de mujeres fueran tallas en el altar de algún dios.

El que iba en cabeza señaló a las damas de compañía.

—Las niñas, fuera —y girándose, avisó a los suyos—: recordad las instrucciones y los castigos. Ya podéis ir al sótano.

Entró en la gran habitación soleada. Se deshizo del casco, que rodó por el suelo. Con gran habilidad se deshizo de la rara coraza de piel roja que lo protegía y miró con curiosidad a la señora de la casa, que se había levantado, de espaldas al muro. Aplastada en la esquina, en aquellos ojos rasgados el hombre podía leer la furia y la incertidumbre de una gata acorralada.

—¿No piensas decir nada, no me darás la bienvenida como es menester de una anfitriona? Esta casa ha perdido mucho en cortesía con los invitados —dijo Serlan De Enroc, mientras seguía desprendiéndose de las piezas que lo protegían.

Leandra vio al mismo y a otro. El cabello largo y pegado al cráneo, empapado de sudor. Las señales del tiempo eran acusadas pero a la vez había un vigor en las manos fuertes, un brillo en los ojos oscuros. Una determinación que era nueva. No atisbó dudas en lo que hacía. Hasta sus gestos rezumaba un cierto sosiego. El conde, sonriente en la claridad del dormitorio, con la frente chorreante, la vigilaba. Ella no supo leer qué se escondía detrás de los ademanes aparentemente despreocupados, divertidos, del único hombre que de verdad amó. Él, frente a ella, se desabrochó el ancho cinto de cuero que sostenía la espada y la daga larga, dejando que cayeran al suelo con gran estrépito.

Leandra, viéndolo en calzas y camisola, se inquietó.

—Si osas tocarme un solo cabello, te juro por Onar y los demonios que pueblan la noche que me quito la vida —Casi gritó, al tiempo que en su mano aparecía un pequeño cuchillo que apretó contra el cuello.

La carcajada estertórea del conde descolocó a la mujer, que no sabía qué debía esperar de aquel que, tiempo atrás, había intentado asesinar sin éxito. El estratego se dejó caer en la cama de la señora, suspirando.

—¡Oh!, lo que daría por dormir una luna entera en esta cama. Cuántas veces habré soñado con ello —aseveró Serlan, a la vez que

estiraba brazos y piernas. Las botas del capitán ensuciaron las sábanas con el barro seco de las suelas.

—¿Qué les ocurrirá? Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero perdona a las tres, a las niñas. Perdónalas, por favor… Son buenas, son inocentes, no han hecho nada.

El conde volvió a reír. Esta vez a mandíbula batiente. El sonido colmó la cámara hasta que volvió a reinar el silencio y el estratego se incorporó, sentándose en el borde de la cama. Su expresión había mudado completamente.

—Nada les va ocurrir, ni a ti tampoco. Ni a los mayordomos, ni a esos hombres armados que te acompañan que, ¡por todos los dioses, Leandra!, apenas han luchado. Tus propiedades van a ser respetadas, aunque ahora valgan muy poco. A unas cuatro o cinco jornadas de aquí, hacia el norte, hay reunido un ejército sufón al que se han sumado mercenarios de todas las razas. Los insectos pagan con plata de ley. Ellos sí que no van a perdonar a nadie. He venido hasta aquí para saludarte y, de paso, visitar los sótanos ocultos donde escondes miles de armas. Y lamento decir que no puedo pagar por ellas, aunque eso ahora importa poco.

La perplejidad en el rostro de la señora de Villalaia dio paso a una honda preocupación. Todo aquello que poseía y sus gentes estaban en grave peligro. De hecho, todo el sur y las tierras de los hombres grises lo estaban.

—¿Cómo lo has podido saber antes que yo? ¿No estabas en Nidonia hace nada?

—Estaba. Ahora estoy aquí —le espetó, sin más explicaciones, el conde—. No es una expedición de saqueo. Los sufones han vaciado las entrañas de Geritten para armar un ejército de conquista. Han sacado a pasear las mejores unidades, aquellas que solo intervienen cuando el dios-rey las señala desde la cúspide del zigurat. Vienen a por todo. La única buena noticia es que creen que van a enfrentarse al ejército de Álvaro Telan, al que ya conoces, seriamente diezmado tras enfrentarse a mí, que como ves, estoy aquí y entero —explicó. Un atisbo de esperanza afloró en aquel rostro cuarteado por una vida a la intemperie.

—También yo creía que la batalla había sido una carnicería, ¡es un milagro!

—Ningún milagro. El combate nunca tuvo lugar, ¿cómo iba a luchar contra el capitán Álvaro Telan, el último de Vamurta? Enviamos mensajeros a todas las ciudades narrando el desastre de la batalla, que no había concluido con un claro vencedor. Nueva Vamurta es un avispero de informadores de todos los bandos, como lo es cualquier capital. Avanzamos tras los espías que debieron partir presurosos, así no les daríamos tiempo de volver a informar,

rectificando lo comunicado. Luego, cerramos el camino a otros que pudieran quedar atrás. Mucho ruido por todas partes y ningún muerto. Por eso no nos acercamos a Nueva Vamurta y quedamos acampados en las tierras de cultivos, lejos de miradas indiscretas.

Leandra, poco a poco, iba recuperando la prestancia. Paseaba arriba y abajo por la alcoba. Había olvidado cualquier temor anterior. En su cabeza estallaban decenas de cálculos, de probabilidades. Hizo llamar a los sirvientes.

—¡Qué modales son estos! Traed un poco de vino, atended a los invitados.

Serlan la miraba. De repente parecía que las estaciones no hubieran transcurrido una tras otra, alejándolos. Recordaba la estancia en aquel lugar, todo lo vivido y lo perdido.

—¿Y ahora qué? —inquirió la señora.

—Ahora vamos a luchar, los detendremos en seco. Aunque para eso tenemos algunas dificultades. Sumando las huestes de Nueva Vamurta, las de Robaderra y las mías, poseemos unas fuerzas capaces de frenar la invasión. Jamás antes se había movilizado a tantos. Y muchos están mal armados. Además, hay que darles de beber, de comer. Llevar, junto a los ejércitos, a herreros, panaderos, cuadrillas de carpinteros, decenas de cirujanos y barberos. Tantas cosas que ni soy capaz de pensarlas, Leandra. No sirvo, ¡soy incapaz! Y las guerras se ganan así, con sacos de harina, descansos y carros repletos de barriles de agua y vino.

En ese punto guardó silencio. La observó largamente, esperando que dijera algo.

—¡Por Onar y todos los dioses! Estás pensando en mí, ¡no me lo puedo creer! Primero te largas de mi cama sin decir adiós, luego vuelves aquí. Haces saltar por los aires la puerta de esta casa bendecida, te tumbas y ensucias la cama donde duermo con sábanas perfumadas con esas botas de montañés y, encima me pides que te ayude, eso sí, tras robar sin remordimiento alguno la armería que he tardado decenios en llenar.

—Y liberaré, también, a todos los que tienes esclavizados en los sótanos. Las gentes de los pueblos del mar volverán a ver la luz del día… Sí, voy a hacerlo. Además, Leandra, estarás de nuevo en el lugar que te gusta —añadió Serlan, alzando las cejas negras—. Arriba, removiendo los huevos del cesto a tu voluntad. Organizándolo todo, ordenando y siendo obedecida. He oído decir que en los últimos tiempos tus asuntos no es que vayan muy bien…

—¿Y Sara?

—Sara aceptará que alguien como tú nos haga más fuertes.

—Bien señor que lo sabe todo, bien. Pero antes de aceptar, deberás entender algunas cosas y tragar otras cuantas que ni tu cabeza

de soldado ha imaginado.

Serlan se encogió de hombros, dispuesto a escuchar todo el tiempo que fuera necesario. Apareció un sirviente atolondrado por tantas novedades y atosigado por las gentes de armas que vaciaban los almacenes. Les sirvió vino.

—¿No tendréis aquellos deliciosos dátiles que servíais antaño en esta morada? —le preguntó el estratego.

****

El retumbar de las bombardas se sucedía de vez en cuando, en su lenta cadencia. Desde las posiciones elevadas en las que se habían situado las grandes y pesadas piezas de artillería, Ermengol, solo, sin otra protección que el báculo sobre el que se apoyaba, se sentía desconcentrado por el ulular de los cañones.

Con la pequeña ciudad comercial de Tunador a sus espaldas y teniendo controlado el acceso al puente que cruzaba el caudaloso río Trieda delante, el ejército de Serlan esperaba medio agazapado a que los sufones desplegaran todas sus fuerzas. Por el momento, los acontecimientos iban según lo planificado. Los insectos y las tropas de mercenarios reclutadas en Oquadé y en la Ciudad de los Lagos avanzaban hacia la miel. El dulce que era aquel oponente visible, las tropas de Álvaro Telan que habiendo cruzado el río con anterioridad, se había parapetado para sostener el ataque.

Ermengol, algo cansado por tanto trajín y por esa vida de camino, se sentó sobre una piedra, contemplando las manchas de tonos oliváceos, de oscuros destellos plateados, que eran los distintos ejércitos oscilando sobre las planicies. Los surcos alrededor de los ojos del mago parecían más profundos. Si alguien se hubiera fijado en el antiguo sacerdote, la delgada figura abrigada por diversas capas de fino tejido negro a pesar del aire caliente de aquella tarde avanzada, hubiera sentido un leve escalofrío. El sol empezaba a declinar, dando la impresión de que cuando se posara sobre la línea del horizonte iba a incendiar la tierra entera. Los ojos del antiguo sacerdote buscaban, vagando en la lejanía. Usando todos los sentidos profundizaba más allá, entre las filas enemigas. Pasó sus dedos finos por el cráneo rapado, dejándose llevar por una intuición tan penetrante como el más afilado de los aceros. Nadie reparaba en él, nadie le preguntaba nada. Un indefinible temor alejaba al resto de los hombres grises de aquel que tenía la protección y la plena confianza del conde. Y eso era algo conocido por todos. Ermengol cerró los ojos, sintiendo la sequedad de la tierra agobiada por un verano especialmente seco. Escuchó qué noticias le traía el viento, qué vislumbraba el halcón que encontró,

errante y sin rumbo, poco después de despertar de una larga noche. Perdido, igual que él desde que fue enloquecido y más tarde liberado por los sufones. Tan solo recordaba el flotar sobre pastos olvidados y valles ignotos. La rapaz fue de nuevo hallada. Algo se resquebrajó, vibrante. Apartó los recuerdos, volvió al presente. Una voz lo inquietó, una mirada que llegaba desde el campo enemigo y que, como la suya, era capaz de ver más allá de las apariencias. Un eco frío, unas zarpas heladas que tanteaban, impacientes, el vasto terreno del campo de batalla.

Miró arriba, hasta quedar cegado. Allí estaban, cruzando el cielo dorado, aquellas aves blancas en las que antes no había reparado. Eran las extensiones de la otra voz, de la otra fuerza. ¿Cómo no se había dado cuenta? Serlan le había advertido tiempo atrás sobre esos pájaros como espectros de blanco hueso. El conde los había vislumbrado cuando la hueste se refugió en el Bosque de las Hiedras. Ermengol sentía el empuje del otro, los barridos. No era el dios-rey que jamás abandona la cima del zigurat de Geritten, era otro, un vástago, un príncipe iniciado que miraba a través de las aves blancas. No podía permitir que viera el movimiento de pinza, el martillo que eran las tropas de Serlan. Unos regimientos ocultos que iban a aplastar a los sufones cuyas vanguardias ya estaban acosando los soldados grises, atrincherados junto al río, capitaneados por Álvaro Telan. Ermengol se concentró. Unas colgaduras invisibles empezaron a danzar sobre el campo de batalla, sobre los cascos de los guerreros que ignoraban aquella otra lucha.

Al mismo tiempo los regimientos de los mercenarios de Serlan se pusieron en movimiento con celeridad, empezando a cruzar el río por el puente con las murallas de arcilla de Tunador detrás, como último refugio. El estratego no quería una victoria total, que costaría miles de vidas. Pretendía dar una paliza, un escarmiento hasta hacer sangrar a los sufones para que no volvieran a sacar las flácidas trompas y las cabezas puntiagudas en el sur durante mucho tiempo. Bien sabía que esa raza era, también, un muro que los protegía a todos de los irascibles hombres blancos que habitaban al otro lado de las nieves perpetuas.

Ermengol se puso en pie, ambas manos agarrando con fuerza el cayado hasta que los dedos del mago dejaron una muesca en la madera, tal era la tensión de su cuerpo. Invocó las palabras olvidadas que lanzó al aire con premura para que corrieran y se expandieran como una niebla que nace de un lago y cubre la totalidad del bosque. Movió los cortinajes mentales para que el príncipe no viera o solo pudiera entrever fragmentos. Así estuvo durante mucho tiempo hasta que al fin, con la mitad de las tropas del conde a lado y lado del río, incompleta la maniobra, llamó al halcón. El ave chilló. Un grito agudo

que perforó el aire, inquietado por tanta violencia. La rapaz sabía que se le exigía un esfuerzo supremo, acaso el sacrificio completo. Se elevó en el aire, ganando más y más altura hasta ser una pequeña mácula en el atardecer. Mientras, a ras de suelo, hombres grises y rojos, jóvenes vesclanos de colas anilladas y sufones se abalanzaban los unos contra los otros levantando grandes polvaredas antes del anochecer. En la cima del mundo, el halcón vislumbró un punto en el cielo. Era el primero de los pájaros blancos del hijo de un dios oculto. Uno que podía desbaratar los planes y cambiar el destino de los hombres grises.

Serlan buscaba y buscaba, escoltado por la guardia del lago, entre los restos de la noche. En la superficie del río centellaban los reflejos de cientos de teas que ardían en manos de los soldados del conde que atendían a los heridos y, a la vez, registraban a los muertos en busca de botín. El aire estaba colmado de sangre, hedor a carne y pólvora, cuyo intenso olor seguía estancado, en suspensión sobre el campo de batalla acallado. La mano de Geritten se había retirado. Perplejos, una vez que los comandantes sufones comprendieron que el combate no podía ser ganado, al comprobar que el enemigo era inmensamente más fuerte que lo calculado en la cancillería de la capital, los ejércitos se retiraron río arriba, por una salida que sus oponentes les habían dejado abierta sin que comprendieran muy bien la razón. «La dejadez de los hombres grises», pensaron los capitanes sufones. A estos, mucho les preocupó que el hijo del dios-rey pareciera tan ofuscado y debilitado. Aquel príncipe sufón, que no les había mostrado qué dirección tomar durante la contienda, por una vez sin voz, la fuerza consumida.

El estratego, cerca del puente, se topó con Leandra. La señora de Villalaia se acercó, con el corazón en un puño. Más que un capitán victorioso, Serlan De Enroc semejaba ser una concha vacía, un cuerpo sin sangre.

—Todo ha terminado —dijo la señora—. Retiraos a la ciudad a descansar, ¡duerme! Ha sido una gran ganancia, la de hoy. Los hombres grises, todos ellos, os deben algo.

—Hemos ganado a costa de muchas vidas. Demasiadas, amiga mía. Mirad estos campos, mirad los cadáveres que flotan en el río. Estos insectos luchan como demonios. Pensé que abandonarían la batalla pronto, mucho más pronto.

Era un hombre vacío, que en realidad no estaba allí. Parecía que hablara solo, que escuchara el retronar de un mar oculto cuyo oleaje solo él pudiera percibir.

—No pienses en nada y vete a descansar. Otros nos ocuparemos

de los quehaceres. Los que no hemos luchado —La voz de Leandra, poderosa, no dejaba lugar para la réplica. Quiso acariciarlo, consolarlo de algún modo, pero no se atrevió. Había algo oscuro y triste en el rostro barbudo manchado de tierra, todavía sudoroso, del primer capitán.

—Pero no he visto a Ermengol. He visto al halcón, voraz, como una deidad sobre las lanzas. No sé dónde está. Debo encontrarlo, le debo eso y casi todo, hoy. Hemos vencido cobijados en su sombra.

Unas figuras se perfilaron en la oscuridad. Eszul emergió de las tinieblas junto a su padre, montados sobre grandes renos. El porte de los que ostentan la grandeza de un blasón antiguo.

—Serlan, traigo buenas nuevas —Sonrió la mujer a la luz de las antorchas—. Esos asquerosos insectos no volverán. Es una retirada en toda regla. Los hemos seguido a distancia, tal como me has ordenado, durante muchos tradios. Se marchan.

—Sí, son buenas noticias.

—Hay nuevas extrañas. Un escuadrón de infantería de mi pueblo se ha incorporado tarde, con la batalla concluida. Son de los Álfatas. Cuentan que en las fronteras de los sufones han tenido lugar hechos extraños. Una pequeña ciudad del este ha quedado arrasada, según el rumor que he oído. Como si una nube de monstruosas langostas se hubiera abatido sobre el burgo, desprotegido, puesto que habían retirado soldados para la batalla de hoy. No ha quedado nada, ni tan siquiera los esclavos se han salvado. Alguien o algo se ha aprovechado de que nuestros enemigos han desviado fuerzas para descender hacia el sur. Dicen que de los cadáveres solo han quedado los huesos.

—Esa historia la he oído antes —musitó Serlan, que se quedó pensativo recordando a los seres azules que vagaban en busca de presas, cerca de la región de los grandes lagos—. Podéis abandonar el campo. Un descanso muy merecido, Eszul.

Leandra acompañó a Serlan en la búsqueda de Ermengol. Recorrieron la orilla del Trieda, en la que los álamos y los chopos crecen altos. Pisaron los campos arados por los labradores cuyas cosechas habían sido pisoteadas y la tierra levantada y removida por miles de pies. Lanzas partidas, cuerpos sin nombre que no sabrían de un nuevo amanecer. El grupo asumía la desgracia que era la muerte de tantos, a pesar de la victoria. Leandra con horror, rodeados por un silencio pesado que se hilvanaba desde los rincones. Tras iluminar con las teas a decenas de cadáveres que volverían a visitarlos en el mundo de los sueños, desplomado junto a unas rocas, hallaron al mago, abrazado al cayado, con el halcón descansando sobre el pecho. Al ver que unos intrusos se aproximaban, el ave extendió las alas y los amenazó con el pico.

—¿No me reconoces? Soy el amigo de tu amo —le dijo Serlan De Enroc—. Deja que me acerque, tú que no tienes nombre.

—Es audaz e impulsivo, como vuestro tío. —Oyeron un hilo de voz. Ermengol levantaba los párpados—. Lo llamaremos Ciros.

—Mi tío tuvo un final trágico, amigo mío.

El conde se acercó, vigilado por el halcón, comprobando que el antiguo sacerdote no estuviera herido.

—Ha costado mucho más, ¿verdad, conde de Vamurta? Y la historia no se repite, no se repite nunca. Lo único que hacemos, realmente, es volver a cometer los mismos errores.

—Está bien, el halcón se llamará Ciros.

—El otro tenía una gran fuerza —susurró Ermengol—. Enorme. Y no lo esperaba. Durante vuestro ataque hubo dudas, las tuve. Hasta creí no ser capaz de ocultaros. Sentí que era arrastrado hasta el precipicio y no tenía fuerzas para frenar aquel ímpetu atroz.

Ermengol abrió los ojos completamente. Un instante de locura que se disipó. El halcón dio un salto hasta el hombro del amo cuando este se incorporó.

—En estas tierras bendecidas por los dioses, la paz reinará durante largo tiempo, mi buen consejero —sostuvo el conde, a la vez que con una mano ayudaba al amigo a levantarse con cuidado.

—Así sea, por mucho tiempo.

****

Dos jornadas después de la batalla del puente sobre el Trieda, Serlan De Enroc entraba en Nueva Vamurta seguido del ejército, acompañado, como el par que eran, de Álvaro Telan. Ambos habían decidido viajar a pie, como lo hacían las antes todopoderosas falanges de Vamurta. En la ciudad fueron aclamados, aunque entre los ciudadanos dominaba el desconcierto y el temor a las medidas que pudiera tomar aquel que humillaron y desterraron. El conde, a la cabeza, observaba las calles engalanadas que lo vieron llegar desde el otro lado del mar. Volvía a recordar las sensaciones que tuvo, volvía a maravillarse con la arquitectura nueva y las fachadas de colores alegres. A pesar de todo, no se le escapaba que, más allá del festejo, la capital de las colonias se había empobrecido. Entre los cientos de rostros de mujeres, hombres y niños amontonados en las avenidas que los saludaban al pasar y les lanzaban flores y vítores, veía la necesidad y hasta el hambre.

—¿Os acordáis de cuando desembarcamos? —le preguntó Álvaro Telan, por encima de las muchas voces.

El estratego asintió. La brisa traía el aroma del salitre, el sol

calentaba igual que la mañana en que arribaron a puerto. La excitación, el bullicio de las calles, las cúpulas de templos y palacios arañando el espejo azul del cielo.

—Como si fuera hoy. Las mismas gaviotas alborotadas sobrevolándonos. —Serlan miraba a su alrededor, a la multitud que los aclamaba fingiendo entusiasmo—. Pronto nos hará falta recordar de dónde vinimos, cuál era nuestro mundo antes de llegar aquí.

Frente al edificio del Consejo de los Veintiuno disolvieron el desfile y las tropas se dispersaron por la gran urbe, dispuestas a gastarse en muy poco tiempo aquello que habían ganado a riesgo de su vida.

Los capitanes que acompañaban al estratego, escoltados por la guardia, subieron las escaleras hasta alcanzar un breve atrio de altas columnas azuladas, en el que había desplegado un gran tapiz con la bandera azul del Consejo. Allí los esperaba Lateas, que los vigilaba con sus grandes ojos, algo saltones, rodeado por una centuria de alabarderos vesclanos. El conde, como ocurría al observar a la mayoría de vesclanos, no supo descifrar la expresión de aquel oficial y consejero tan valioso. Aunque le pareció que se divertía, y mucho.

—Bienvenido, capitán. La victoria ante las puertas de Tunador es conocida y muy comentada en todos los mercados y capitales de estas tierras. Los vesclanos se sienten especialmente aliviados, pues sabían que eran la siguiente meta para los sufones. Los clanes de los hombres rojos están, sencillamente, asombrados. Y aquí, como habéis visto, todavía no han digerido el cambio de ciclo. Vuestra convocatoria del Consejo no ha tenido mucho éxito.

—Lo supongo, mi buen compañero. Y dicho sea de paso, mi corazón resplandece al volver a verte —respondió Serlan, subiendo el último escalón—. ¿Cuántos consejeros se mantienen en el cargo?

—Ninguno. Todos han huido, abandonando Nueva Vamurta con ciertas premuras —explicó Lateas, contorsionando el rostro para evitar una carcajada en esa ocasión tan solemne—. Sí ha acudido el anterior Alto Magistrado, Matrol, y tres antiguos magísters, todos ellos hombres grises venerables.

—Algo así como el pequeño consejo de los ancianos. Hablemos con ellos, pues. Se debe formar un nuevo gobierno, con prohombres de Nueva Vamurta y Robaderra. Con hombres rojos y vesclanos. Incluso con alguno de los emigrados de la ciudad que me vio nacer.

De entre las penumbras de la columnata, saliendo de la sala del Consejo, apareció Matrol, acompañado por tres hombres de edad. Serlan se sorprendió de que alguien con más de setenta primaveras se desplazara con pasos tan livianos. Matrol mostró las palmas de las manos, a la vieja usanza, diciendo:

—Que la prosperidad sea con vosotros, viajeros. ¿Debo decir extranjeros o llamaros hijos pródigos?

—Os saludo, Alto Magistrado de Nueva Vamurta —contestó Serlan.

Los caídos ojos verdes del magistrado relampaguearon un instante. La astucia del hombre gris asomó como un reflejo adquirido, tratando de adivinar las intenciones de aquel que dominaba por la fuerza de las armas los territorios más vastos jamás unidos. La figura de Serlan, aprisionada en la coraza de piel encarnada, el metal bruñido, la empuñadura reluciente en la vaina, le recordó la majestad de los condes de antaño, aquellos que aparecían en las canciones cantadas por generaciones hacía mucho tiempo desaparecidas.

# 58
# los pueblos del mar

—Las corrientes lo llevarán lejos, quién sabe. O una tempestad lo hará naufragar o una ola lo embestirá contra los arrecifes —les dijo Euríolor.

—¿Cuál es su falta? —preguntó Dasteo.

—¿Veis a aquella mujer? —el intérprete que tenían asignado señaló a una joven—. La que está en lo más alto de la ladera. Era una sacerdotisa de Omak, antes de que este hombre la forzara. Hoy es una desgraciada, ni es sacerdotisa, ni posee dote, ni nada. Ha perdido su único destino.

Aunque gran parte de la población de las urbes asistía a la ejecución de aquel reo, solo se oía el murmullo de la brisa raspando la piel del mar hasta rizarla. El arrullo del cielo entraba en tierra firme, peinando las aldeas de los pueblos del mar que en silencio habían construido alrededor de la desembocadura del río, frente al mar verde plata. Una conurbación de núcleos que en realidad formaban una gran ciudad, dotada de astilleros, hornos, plazas y mercados. De cada uno de los núcleos de diminutas viviendas azuladas que se multiplicaban sobre la costa terracota sobresalían las bóvedas de los santuarios, decoradas con pinturas que evocaban a los distintos dioses del mar, siendo una divinidad menor, Massala, la de los náufragos, la más popular.

—¿Ese hombre podría desatarse y volver a tomar tierra? —quiso saber Arisas. El intérprete negó con la cabeza.

Miles de ojos fijados en una pequeña embarcación de un único tripulante maniatado, condenado a muerte segura, remolcado por dos barcazas de remeros que lo llevaban a mar abierto para abandonarlo a su suerte. Cientos y cientos de hombres y mujeres sobre la suave loma de la colina en cuyo punto más alto se había erigido un poderoso bastión dotado de artillería. Otra sorpresa, aquellos hombres de piel oscura habían aprendido y perfeccionado las técnicas de guerra. Pero, ¿de dónde habían obtenido todos aquellos conocimientos? Dasteo no lo sabía. Mientras tanto, la nave del condenado avanzaba, tirada por dos embarcaciones cargadas de verdugos de anchas espaldas. En nada, el reo no sería más que una mancha gris entre las olas. Un recuerdo que iba a naufragar.

—Volvamos a casa —propuso Dasteo—. No mucho más hay que ver aquí y los trabajos nos esperan.

Los hombres grises y los de la jungla que lo acompañaban asintieron. Empezaron a volver a sus casas. Llevaban más de cuatro

estaciones en la desembocadura del río, aceptados por los señores del mar. El alférez del Batallón Sagrado recordaba la sorpresa de estos al verlos descender por el río Manjuza, como era denominado, en docenas de pequeñas goletas, el otoño del año 1144. Dasteo estaba seguro de que se habían sentido vulnerados al ser descubiertas las aldeas y su nuevo poder. Fue la paciencia y las buenas palabras, la compresión del otro, lo que al final les permitió establecerse junto a los hombres de piel oscura y ojos rasgados. También contribuyeron las aportaciones de los hombres de cera y las intuiciones de Arisas y él mismo adquiridas bajo la cúpula invisible de los dioses en el desierto. Ambos eran capaces de comprender lo que los hombres del mar temían. Los conocimientos en siderúrgica, remedios, armas, artesanía que compartieron, ayudaron a limar las suspicacias de aquellos que creían que no iban a ser descubiertos.

El otoño era un tiempo delicioso tan al sur. El calor extremo y la humedad saturada del verano se habían desvanecido, dando paso a mañanas frescas y tardes tibias que favorecían las tareas de construcción del nuevo burgo que los hombres grises y de cera edificaban en la ribera de la desembocadura que los pueblos marineros no habían ocupado.

—Mírala —observó Dasteo—. No para de dar órdenes a todo el mundo.

Arisas sonrió. Mientras cruzaban el puente de madera junto a los que habían asistido a la ejecución, veían en la otra orilla a Amalia, entre los constructores y carpinteros, espoleándolos con la voz rota de tanto gritar.

—No me gustaría estar en una de sus cuadrillas —repuso Arisas.

—¿No? Pide mucho pero también da mucho. Fíjate, los grupos de trabajo que ella manda son los que más han avanzado. Fueron los primeros en acabar las casas y dormir calientes. Y, escúchalos, trabajan y cantan. Son la alegría de esta nueva aldea.

—Amalia decidió volver al mundo de los vivos —continuó Arisas —. Y en parte fue gracias a tus palabras, amigo. Pasó de aquel ensimismamiento escalofriante a este despliegue de fuerza sin par, como si fuera un animal con dos cabezas que busca cuál de ellas debe gobernar sobre sus días.

Dasteo se miraba las sandalias de cuero bajo las cuales el puente de madera a medio construir crujía sobre las aguas que tanta buena pesca les habían proporcionado. Cómo había cambiado todo. Cuánto le debían al viejo, a Radtein. Él les había mostrado hacia dónde debían dirigir sus pasos, tras la larga huida de las minas de mercurio a través del desierto, los páramos y la jungla. Y cómo había cambiado su amigo, Arisas, desde que lo conoció en Orcómeno y no hacía más que burlarse de todos sin ni siquiera poner los pies en el mundo.

—¿Te has fijado, Dasteo? Aquel tipo de la nariz llena de anillos, el forzudo.

El antiguo alférez hizo un gesto, como si algo le molestara y no quisiera saber nada.

—Sí —insistió Arisas—. El del pelo largo y suelto. No deja de seguir a Amalia y, parece, cuánto más intransigente se muestra nuestra amiga más la obedece aquel hombre.

—Se llama Cadmadón y está loco por Amalia —contestó, por fin, Dasteo—. ¿No te habías dado cuenta hasta ahora? Tan buen marino y diestro con las hachas de combate y tan perro faldero con ella. Con unas espaldas formidables y una tez del color del primer amanecer. Pero vamos, amigo, sigamos con nuestros quehaceres y olvidemos a ese Cadmadón, hombre desperdiciado que no sabe a dónde va.

El nuevo burgo, al que todavía no habían puesto nombre, se extendía sobre un llano frente al mar. Los pequeños edificios construidos con madera rojiza extraída de los límites de la jungla, argamasa y piedra, iban siendo encalados por las manos diestras de los hombres de cera, muchos de los cuales ya empezaban a hablar la lengua de los grises. Dasteo gozaba de su compañía, tras los muchos problemas que les habían dado al principio, causados por la ansiedad de volver a disponer de las adormideras. Sospechaba el alférez que a él y a Janofas los respetaban por la edad, mientras que a Arisas lo consideraban un igual, y de él se burlaban. La muralla del burgo no era más que un terraplén con algunos puntos fuertes dotados de falconetes, una artillería ligera de la que los hombres de cera eran auténticos maestros. Frente a las paredes de tierra compactada sí habían excavado un profundo foso para reforzar la defensa. Dasteo miraba a su alrededor con orgullo. Hervían los hornos, llegaban y salían camellos, se oía la música sin melodía de mil gargantas en un lugar donde la vida daba martillazos sin cesar.

—Par de holgazanes, ¡teníais que ir a meter la nariz en una ejecución! ¿Qué es lo que queréis, saber como huele un condenado? ¡Eh! —Amalia los amenazaba a ambos con un pico sostenido por sus brazos fuertes. A su lado, Janofas se limitaba a sonreír, como si de algún modo pidiera disculpas en nombre de ella.

—Amalia, querida… —intentó decir Dasteo.

—¡No me llames de ese modo! ¿Sabéis algo de las tres fragatas que partieron durante la pasada luna? ¿Sabéis algo de algo?

—Hundieron un pequeño convoy murriano que se dirigía a Nueva Vamurta. Cuatro naves de carga y dos navíos de guerra menores —respondió Dasteo, intentando recuperar parte de la dignidad perdida.

Los hombres grises empezaban a asimilar que algo estaba cambiando. Los nuevos barcos de los pueblos del mar no tenían

parangón. Fragatas de cinco palos que a la vez estaban dotadas de una velocidad y maniobrabilidad desconocidas hasta aquel momento. Un complicado juego de velas triangulares de tamaños y alturas distintas favorecía que los navíos pudieran aprovechar el mínimo resquicio de viento. Las proas, deslizantes y puntiagudas, sobresalían como un ariete amenazador. Mientras hablaban, a su alrededor la actividad no se detenía como en los antiguos mercados de Vamurta en los días señalados, cuando las gentes de los valles y las marcas acudían a la ciudad a vender los excedentes del campo y los talleres. Por doquier se veían andamios y pequeñas grúas, hombres mezclando terrones y cal, mujeres encaramadas sobre las viviendas cerrando techos, grupos de camelleros con sus bestias entrando y saliendo del poblado.

Amalia dejó el pico en el suelo. Secó parte del sudor que empapaba su rostro gris de facciones armoniosas.

—¿Crees, amigo mío, que los murrianos pueden atacarnos por tierra? Eso sería terrible.

—No todavía. Ni siquiera saben dónde estamos. Cuando lo sepan y hayan husmeado por aquí para saber a qué fuerzas deben enfrentarse, es posible que lo hagan a pesar de que la distancia que deben recorrer sea enorme.

—No por mar —matizó Janofas.

—Primero deberían ser amos y señores del Mar de los Anónimos —sostuvo el alférez—, y hoy, ¡mira esa puerto, Janofas! ¿Habías visto alguna vez tantos y tan buenos navíos aparejados? Los pueblos del mar empezaron todo esto antes de que perdiéramos nuestra capital. Hubo un día que decidieron levantar la cabeza…

Todos miraron hacia el puerto de las aldeas, al otro lado del río Manjuza. De los largos astilleros de piedra blanca, como del vientre de una ballena, salían nuevas fragatas y corbetas con la arboladura y los aparejos plegados. Cientos de hombres se entrecruzaban, aparecían sobre los embarcaderos y volvían a perderse de vista. Frente a los muelles relucientes y, anclados cerca de los brazos de los espigones, decenas de velas esperaban órdenes, mientras por mar entraban y salían todo tipo de embarcaciones de pesca y levaban anclas naves de los avezados mercaderes de tez tostada y grandes anillos en las orejas, rumbo al sur, hacia lo desconocido por los grises. También hacia los pequeños puertos de los hombres rojos, desde donde los pueblos del mar vendían a todas las razas de las colonias.

—Por allí llegan —avisó Janofas—. ¿Serán los embajadores?

—Sin duda —afirmó Dasteo—. Fijaos en su nave panzuda. Al lado de las de nuestros amigos parece un hipopótamo cojo entre esbeltos tiburones.

—Debemos prepararnos para recibir a los enviados. A falta de una noble casa, propongo darles la bienvenida y los presentes de

hospitalidad en la escuela —dijo Amalia.

—¡Pero si es una pocilga! —protestó Janofas—. A saber a lo que están acostumbrados nuestros huéspedes. La Casa de Curas sería más adecuada, aunque sea tan pequeña.

Nadie aceptó la idea del que un día fuera noble de Vamurta. Lo cierto es que los hombres grises y de cera allí establecidos no se habían ni siquiera planteado bastir a su organización de una arquitectura. Las jerarquías habían quedado difuminadas, a pesar de que sí había un escalafón en lo militar y en la organización de los días. Todo era debatido y cualquier propuesta podía ser aceptada o rechazada en las acaloradas asambleas que se celebraban cada cinco jornadas. La aldea crecía, pues además de los primeros en llegar se les habían sumado otros grises desperdigados por aquellas tierras sin dueño. Tras cada una de las expediciones de exploración que lanzaba Dasteo hacia el norte, más grises llegaban sobre los camellos que habían aprendido a montar. Hasta se oían las voces de unos pocos niños, la esperanza del mañana para aquella congregación de adultos que solo tenía en mente volver a su querida patria, la tierra que los vio nacer.

Vieron al fin a los embajadores grises cruzar el puente a medio construir sobre el río. Se dio orden de que los trabajos no cesaran en la villa, así que lo primero que otearon los llegados desde el otro lado del mar fue una febril actividad de distintas razas de hombres en un nuevo asentamiento que poco a poco empezaba a cobrar forma.

—¡Onar! —exclamó Arisas—. Si los ojos no me engañan y esta no es una chanza de los dioses, lo que viene hacia nosotros es una mujer y un vesclano.

—Cierto —corroboró Dasteo—. Extraños tiempos estos en que grises y vesclanos andan juntos. Creí que íbamos a recibir a hombres, no a un lagarto y a una jovencita.

—Querido amigo —le susurró Amalia—. ¿Aún no te has dado cuenta de lo amplio y rico que es este mundo? A veces bien me pareces un ser anclado en otro tiempo. ¿Es que acaso yo, una jovencita entonces, no empuñé una ballesta en la defensa de mi ciudad y, como yo, cientos de mujeres? Mírate, menuda facha haces. Con lo presumidos que erais los de la Falange Roja. Recuerdo con claridad las armaduras encarnadas bruñidas, relucientes bajo el sol. Los estandartes altivos, llevados con orgullo. ¡Mírate! ¿Dónde está tu solemnidad?

Dasteo la miró un instante, herido en su orgullo. Era cierto. Las armaduras que llevaban eran prestadas y las telas que conseguían elaborar eran poco más que retales bastos, sin atisbo alguno de la riqueza de antaño.

—Veamos qué tienen que decirnos estos enviados. No me recrimines tantas cosas. Al fin y al cabo, Amalia, nosotros también somos en este lugar un atajo de gentes y razas de todas partes.

Flanqueados por una guardia de hombres del mar, lo cierto es que el aspecto de ambos embajadores era rutilante. La mujer vestía una falda azul ancha sobre la que relucía una camisa aprisionada en la cintura, rematada en las mangas por hilos de oro. En el escote brillaba un collar de plata del que colgaba una golondrina con rubíes en los ojos. Su cabello liso estaba recogido por un sofisticado tocado de pedrería que caía hacia atrás y en su muñeca bailaban un sinfín de pulseras que tintineaban como copas de cristal. Mientras, el vesclano, más sobriamente ataviado, vestía una túnica gris abierta por la espalda y ceñida con un cinturón de cuero y plata donde descansaba una daga ceremonial con incrustaciones. Semejaban ser lo contrario que ellos: civilización, riqueza, suntuosidad. No les hacían falta armas. Los hombres del mar que los acompañaban llevaban arcabuces de cañón largo y un par de hachas de empuñaduras de hueso y filos curvados. Sobre el chaleco de cuero negro de los guerreros se destacaban las armaduras pectorales donde pendían las bandoleras en las que ataban los estuches de madera que contenían la pólvora. Detrás de estos venía la guardia personal de los embajadores, compuesta por hombres grises y vesclanos cuyas largas capas negras flotaban en el aire.

Los recién llegados cruzaron el asentamiento observando los trabajos, incluso comentando lo que veían, casi como si antes hubieran estado allí. Al fin llegaron frente al humilde edificio de la escuela, donde los esperaban.

—Sed bienvenidos y que los dioses os bendigan. Mi nombre es Dasteo Cenrala y hablo en nombre de todos nosotros, gentes de muchos sitios hermanadas aquí con un propósito común.

—Os agradecemos en sumo grado vuestra recepción —dijo la mujer—. Mucho hemos oído hablar de vosotros al otro lado del Mar de los Anónimos. Sois un azote inesperado en el patio trasero de los murrianos. Hemos venido hasta vuestra orilla no para reclamar derecho alguno sino para establecer una relación de ayuda mutua entre iguales.

Aquella declaración de intenciones tranquilizó a las gentes de la aldea, pues habían temido algún tipo de imposición o exigencia de los otros hombres grises, los de las colonias.

—Señora —prosiguió el alférez—. Debéis entender nuestra ignorancia por los asuntos de ultramar. La nuestra ha sido una historia de tenacidades y huidas hasta establecernos aquí.  Vivimos aislados y sin noticias, recogiendo a todos aquellos que no reconocen el yugo del

murriano.

—A esa razón debemos nuestra visita. Mi nombre es Sara de Artá, hija de Janot de Artá, oficial de la cuarta falange de Vamurta. Y hablo en nombre de la Asamblea de las Colonias y de mi capitán, Serlan De Enroc.

Un clamor surgió del pecho de los presentes.

—¡Alabados sean los cielos! ¿Es eso cierto? —preguntó Janofas, que no supo contenerse—. ¿El conde está vivo?

—Tan vivo como vos o como yo —respondió Sara, sin esconder una sonrisa—. Y está reuniendo a un poderoso ejército. Uno como jamás se ha visto en estos confines. Aunque necesitamos toda la ayuda posible en nuestro propósito, a todos los hombres, todas las espadas.

El antiguo alférez hizo un gesto para contener la euforia.

—Señora, hasta aquí los mercaderes de Nueva Vamurta nos habían traído algunos rumores, a los que al principio no dimos crédito. Pero, entendedme. No quisiera ofenderos. ¿Cómo podemos saber que lo que afirmáis es cierto?

Sara asintió, alargando una carta a quien hacía la pregunta. Dasteo Cenrala la leyó, y mientras lo hacía su rostro de bruto fue transformándose. Sus ojos castaños se entrecerraron, su nariz chata se combaba como si hubiera adquirido vida propia. Las manos enormes del hombre temblaban mientras sostenían el pergamino con la firma del que fue el heredero de Vamurta. Entregó la carta a Arisas, para que también la leyera.

—Son ellos. El conde vive y nos recuerda en su corazón —musitó Dasteo.

Los allí presentes hicieron acopio de fuerzas para contener la emoción. Algunos de los grises que estaban cerca y escucharon las palabras de la embajadora, cayeron de rodillas al suelo y rezaron a las viejas divinidades del condado. En la orilla, el oleaje se encrespaba, como si quisiera celebrar la buena nueva. En aquella mañana de otoño, una que había nacido como tantas otras que se parecen entre sí, les acababan de comunicar una noticia que creían, tardaría muchas estaciones en llegar o acaso nunca. La esperanza de volver a casa. Una alegría irrefrenable se contagió en un abrir y cerrar de ojos por todo el asentamiento. Antes de que pudieran abrir la puerta de la escuela, oyeron los primeros gritos y vítores. Los trabajos se detuvieron, los hombres y mujeres que rodeaban a Dasteo se abrazaban.

En el interior penumbroso de la escuela ofrecieron a los invitados jofainas de bronce con agua fresca para que pudieran lavarse las manos. En aquel momento descubrieron que el vesclano era manco. Luego les trajeron tiras de carne asada y vino de fuego. Tomaron asiento alrededor de la única mesa, en sillas sencillas hechas de

madera y mimbre, dispuestos a escuchar. Encendieron los braseros, que empezaron a calentar el aire frío de la estancia.

—Soy Icet, noble entre los vesclanos, mi honorable pueblo. Que yo esté aquí, entre tantos hombres, hablando de una ciudad en la que nunca he estado, no tiene explicación posible si no se pregunta a las estrellas. Yo fui un rico mercader, un hombre que vivía e iba a morir esforzado en hacer crecer su propio casal, atento a los libros de cuentas, a las caravanas y a las oscilaciones del precio del pescado, pieles, hierro… El destino quiso que me uniera, junto con los vesclanos que mandaba, a la hueste del que un día fue conde de Vamurta.

Icet, sin apenas dejar aflorar sentimiento alguno, narró a los presentes sus avatares. Aquellos hombres debían entender lo que había sucedido, como unos y otros habían fraternizado, vinculando entre sí a distintos pueblos y razas en pos de un sueño común. Les habló de los hombres rojos, de su pueblo también, de las ciudades de los puros, hasta de los hombres blancos y de un murriano que los acompañaba como un lobo vigilante que recorre bosques y llanuras. Luego explicó a los presentes que oían aquella historia igual al que en la noche cree sentir el soplo de la voz del cielo, con cuántas lanzas, cabalgaduras, barcos y piezas de artillería contaban, omitiendo ciertos detalles. Narró todo lo sucedido en las colonias e insinuó que en Vamurta contaban con una red de espías que los informaba sobre el estado de las cosas en el antiguo condado.

—Los murrianos han reforzado las defensas de la ciudad. Han derribado gran parte de la vieja muralla y han construido nuevos tramos, de gran grosor y no mucha altura, dotándolos de numerosas bombardas —les dijo Icet—. Aunque lo más extraño son las orientaciones donde las fortificaciones son más fuertes, allí donde atacaron, las líneas cercanas a la Torre de Oriente. Justo de donde ellos vienen. En cambio, todavía no hay baluartes cerca de la puerta sur y la artillería de plaza es escasa frente al río Llarieta. Han desestimado, por el momento, el flanco meridional.

—No temen, pues, lo que pueda llegar del desierto o del mar —intervino Amalia.

—Así es. Y es lo que intentamos comprender —repuso Icet, tocándose los largos bigotes.

—¿Cómo viven los hombres grises en Vamurta? —quiso saber Amalia, recordando a sus dos hijos.

—En libertad aquellos no vinculados al poder del condado. Aunque la ciudad ha perdido la alegría de antaño y, los grises, gran parte de la riqueza que ostentaban —respondió Sara—. La urbe languidece y no son pocos los esclavos. Recordad, todos los que lucharon o resistieron a su poder no son más que animales de carga o

peor.

—Lo sabemos —Amalia había fruncido el ceño, recordando los tiempos de cautiverio—. Muchos de nosotros fuimos esclavos, primero en la ciudad-fortaleza de Orcómeno y luego en unas infaustas minas de mercurio.

Icet avanzó su única mano y la dejó sobre el brazo de la que fue ballestera de Vamurta. Tras una sonrisa tan breve como un relámpago, les dijo:

—Aquí y allí grandes fuerzas se han puesto en movimiento. Las piezas de este tablero, más vasto de lo que creemos, vuelven a moverse. Y lo hacen muy deprisa. Los sufones en las tierras de las colonias son un pueblo atroz; pretenden imponer su hegemonía y no dudan en derramar la sangre del inocente para conseguirlo. No existe la piedad en sus propósitos. Nuestra tarea es reequilibrar las fuerzas, cerrar las brechas y abrir las puertas a los que quieran sumarse a nuestra causa. Hoy, en esta orilla del Mar de los Anónimos, la clave es Orcómeno. La ciudad-fortaleza debe ser tomada.

Los presentes quedaron estupefactos ante tal afirmación. Ni en sus sueños más optimistas habían creído posible tomar aquel monstruo de piedra, bien defendido y pertrechado. Dasteo tomó la palabra:

—Muy bien conocemos el enclave. Nosotros, con estos brazos y manos, ayudamos a construirlo —Icet abrió los ojos, sorprendido—. Sí, fuimos los esclavos de Orcómeno. Eran otros tiempos, otro momento. El comandante murriano destinado allí era de otra calaña. Hasta llegamos a creer que algún día la convivencia sería posible… Construíamos y soñábamos.

—Aunque yo sea de origen humilde, creo que…

—¡Tú eres Amalia! —la interrumpió Sara—. Tan buena o más que cualquiera de los aquí presentes de noble origen. Y con idénticos derechos, continua, te lo ruego.

—He pensado tanto en lo que ocurrió aquellos días... El comandante de la plaza se llamaba Dúrtica, y como ha dicho mi amigo, su mente era distinta a la de otros conquistadores. ¿Sabéis? Creo entender lo que ocurrió. Las Reinas nos engañaron a todos. Nos hicieron creer que una sociedad justa sería posible. Tanto haces, tanto te esfuerzas, tanto tienes. Enviaron a un ser de mente abierta que nos convenció, ese tal comandante Dúrtica. Pero él también había sido engañado para hacernos creer en una nueva comunidad. Eso, creo, es lo que ocurrió. El engaño logró que trabajáramos más y mejor. Hoy, en la ciudad-fortaleza, no queda ninguno de los que creímos en ese mañana.

El antiguo alférez la observó desconcertado y conmovido. Se hizo un breve silencio. Al fin, Dasteo dijo:

—Así fue. Ahora lo entiendo.

—Fuera como fuese —concluyó Icet—, eso forma parte del ayer. Os proporcionaremos refuerzos, herramientas, armas y fuerzas de choque que se sumarán a las vuestras. Contamos con los pueblos del mar. Les daremos aquello que nos pidan y más, mucho más. Los hombres del mar quieren, de una vez, afianzar su lugar en el mundo. Es justo y ellos saben que ahora son fuertes. Pero Orcómeno debe ser tomada. Si no cae, jamás podremos conquistar Vamurta.

## 59
## el destino de las voluntades

«Todo lo que he hecho y todas las vergüenzas. Las desesperanzas que atrás quedaron, los anhelos que llegaron cuando creí que soñar me era prohibido. Esta lucha tenaz de todas las mañanas de mi vida, este mundo incierto, tú, Sara, lo justificas». Aldier acarició con delicadeza los largos cabellos castaños de su amada. Tuvo mucho cuidado en no despertarla. Hacía un buen rato que la contemplaba en la casa quieta. La oscuridad se retiraba palmo a palmo, descubriendo planos ocres y grises que el alba impregnaría de colores. Sara dormía en la gran cama de finas sábanas blancas, la ancha espalda desnuda, pues hacía calor a principios de verano. Postrada sobre el lecho, su descanso era profundo. Hombros, brazos, todo el torso de la mujer era una superficie nudosa de alguien que se ha consagrado durante largas estaciones al servicio de las armas. El murriano sonrió, hasta tocó las puntas de sus astas para no olvidar ese momento. Los últimos tiempos habían sido, sin duda, el período de la plenitud. El discurrir de algo parecido a la felicidad, como la llamaban los hombres grises. Algo que hasta costaba de asumir. Los paseos de la mañana, con ella, por los mercados. Atender a los muchos quehaceres del día. Ese esperar el atardecer para volver a estar juntos, jornada tras jornada. Aunque sabía que aquello que llamaba felicidad era un río que desembocaba sin remedio en el mar, un camino con final. Y aquel momento llegaba con el despuntar del día. Sara, junto con miles de soldados iba a embarcar rumbo a Vamurta, en una expedición que cruzaría el Mar de los Anónimos. Nunca antes tantos se habían atrevido a desafiar con tal rotundidad los designios, los hechos, lo establecido. Una invasión que empezaron a organizar desde que tomaran Nueva Vamurta, ya hacía muchas estaciones.

Se acercó al ventanal de la vivienda que habían comprado hacía bastantes lunas con una parte de su oro y que miraba al puerto, al gran océano, al cielo. Las gaviotas, ajenas a aquel bosque flotante que era la escuadra del dragón de Serlan, graznaban en el rojo amanecer que se perfilaba lejano, dejando un eco de suave melancolía sobre los muelles relucientes.

La alcoba, en la que empezaban a adivinarse los objetos, era un pequeño templo a la sobriedad, hasta parecer una celda y no el espacio de una pareja de notables. Poco más que la gran cama, dos arcones lisos, una pequeña mesa en la que sobresalía un jarrón de cristal verde para el agua y dos vasos, al lado de una vasija que

sostenía un ramillete de lavanda seca, hermosas flores moradas en el exilio de la tierra, que esparcían un perfume sutil. Era el dormitorio de dos que habían pasado muchas lunas durmiendo bajo las estrellas. Dos guerreros que a diferencia de tantos, sabían que la acumulación de mucho solo iba a hacer más difícil el momento de salir volando de allí. Aldier se sirvió agua. Pronto subiría la sirvienta que les traería el desayuno. Una anciana gris emigrada, que por haber nacido en una aldea muy al oeste de Antigua Vamurta conocía las recetas de la cocina murriana, algo que enternecía y devolvía cascadas de recuerdos al oficial de las huestes del dragón rojo.

Aldier se situó muy erguido a los pies de la cama cuando el cuerpo de Sara se movió, apartando las sábanas que cayeron al suelo dejando a la vista el atroz precio de una vida errante, el muñón ganchudo de acero negro. Aldier no se inmutó. Cerró los ojos. Los labios se movían creando un murmullo que eran plegarias en la lengua ancestral del oeste. Una letanía de palabras lejanas para, de algún modo, bendecir a Sara de Artá antes de que partiera. Fueron los rezos, que durante tanto tiempo habían dormido escondidos en el alma, los que llevaron al murriano a otros lugares remotos y ocultos por la bruma de la memoria. Así, visitó las cavernas de iniciación el día en que fue investido oficial al servicio de las Reinas. Un trazo agrio quedó en el rictus del soldado al evocar a los compañeros perdidos, una herida en el pecho que jamás se iba a cerrar al pensar en su igual, en el hermano que tanto había añorado. Luego, llegaron las olas embravecidas de la huída, las ciénagas heladas de un destierro que la vergüenza y él mismo se habían impuesto. La soledad terrible de la vida en las ciudades y aldeas en los límites territoriales de la colonias, hasta conocer a Cortenuova y, no mucho después, a ese emigrante confundido y enfurecido y justo al mismo tiempo, que parecía querer desafiar a los mismísimos dioses, a los hombres, al mundo entero. Al fin, un camino. Una senda por recorrer que lo llevó hasta Sara, a amar como no hubiera creído posible a alguien que pertenecía a los que le enseñaran, eran sus peores enemigos: el pueblo de los hombres grises.

Sara se revolvía lentamente. Semejaba ser un pez en aguas calmas sobre los lienzos blancos de la cama. Despertaba para partir. «Cómo saber si después de este amanecer te volveré a ver, amor mío». Serlan había querido que él, un murriano, no luchara contra otros de su raza. Cosa que agradecía y significaba, también, quedar varado en Nueva Vamurta. Ver partir con el alma rota a Sara.

La anciana entró en el dormitorio con sigilo y abandonó la cámara, dejando el desayuno sobre la mesa. Una mirada de la mujer bastó para que Aldier, en algo, se sintiera reconfortado. La comandante de las fuerzas montadas al fin despertó, mirándolo con gran desconcierto. Todavía abotargada, se incorporó, aquel cuerpo

que era una oda a la flor de principios de primavera. Cubrió la suavidad de su piel gris con un fino camisón de lino y al hacerlo recordó lo que le esperaba en el día que empezaba a despuntar. Se abalanzó sobre Aldier abrazándolo entre sollozos por la dicha perdida. El murriano la consoló con besos rápidos y caricias cortas.

De la calle les llegó el sonido de postigos que se abrían a los rayos del sol, el traqueteo del primer carro de la mañana que recorría la calle serpenteante que conducía a los embarcaderos, las primeras voces de los tenderos. Nueva Vamurta se sacudía el sueño.

Los abrazos dieron lugar a besos ardientes, largos. Sara quiso que Aldier la tomara por última vez, antes de partir. Él, ahogado en la despedida de alguien que todavía tenía entre los brazos, la apretó contra el pecho, como si así pudiera retenerla. La penetró apoyándola sobre la mesa donde esperaba el desayuno que no probarían. Lamió los pechos grandes y henchidos sintiendo la punzada de la desesperación. Alcanzaron el cenit con los ojos cerrados, intentando alargar el presente. El murriano cayó al suelo, de rodillas. Abrazaba las piernas de la joven con la cabeza hundida en el sexo de ella. Sonó un cuerno que los devolvió a la realidad. Las calles, el puerto, se habían animado en muy poco tiempo. El sol se alzaba cubriendo el mar con una red de destellos intermitentes. Los marineros subían a bordo de las decenas y decenas de naves atracadas y otros remaban para alcanzar los navíos fondeados, pues no había suficientes amarres para todas las naves construidas desde que Serlan tomó el control de las tierras de los hombres grises, tres veranos atrás. Entre los muchos marinos se destacaban sobre los velámenes los hombres de los pueblos del mar, la piel de canela tatuada, los largos cabellos negros bailando al son de la brisa marina, ágiles y precisos sobre las cubiertas y los palos.

Sara debía partir. Ella comandaba toda la caballería que se adelantaría, al acercarse al continente, al resto de la flota, desembarcando en una bahía al norte de Vamurta con el cometido de crear la mayor confusión posible en las sierras cercanas a la capital. Dotados de una velocidad que los murrianos no podrían igualar, excepto unos pocos jinetes de Ulak, Serlan De Enroc esperaba que los siete regimientos montados de Sara constituyeran un pequeño ejército fantasma del que nadie estuviera seguro de dónde estaban y a dónde se dirigían, aislando y cortando o retrasando los posibles refuerzos que pudiera recibir la ciudad.

La capitana engrasó la daga negra adherida al muñón de metal del antebrazo. Luego, lentamente, se enfundó los calzones y una camisa de algodón sobre la que se abrochó un peto de cuero claro. Mientras se ceñía el cinto de la espada vio que Aldier se desesperaba en silencio.

—Vete, no tardes, ¡márchate cuanto antes! —dijo el murriano—. Si no, te llevaré por la fuerza a algún lugar lejano en el que nadie pueda encontrarnos.

Sonó un segundo cuerno, que se propagó con nitidez por las calles. Era la señal que convocaba a las gentes de armas a los respectivos cuarteles para, una vez agrupados, dirigirse a los embarcaderos.

—Volveremos a vernos, amor mío. Es tan seguro como que después del verano llegarán los vientos de otoño y como que después de esta guerra, que me devolverá lo que perdí, la paz reinará a lado y lado del Mar de los Anónimos.

Sara lo abrazó y se desprendió de él. El deseo de huir, quizá de fundar un hogar en las vacías praderías que encontraron al salir del Bosque de las Hiedras, creció en el corazón de la mujer. Sintió que la duda se hacía fuerte en ella. Tomó el casco y salió de la cámara medio corriendo, escondiendo las lágrimas que, calientes, empezaban a descender por sus mejillas.

El conde sonrió. Tras tantos sinsabores y aventuras, aquella mañana había iniciado el viaje de vuelta que durante tantas estaciones había considerado una quimera, un sueño que se anhela sin mucha fe. La proa de la nave insignia de la flota se deslizaba con suavidad, abriendo camino rumbo a Vamurta, arando un surco de blanca espuma sobre las olas. Se disponía a pasar la primera noche a bordo, preso de una emoción que habían empezado a sentir cuando soltaron amarras y el buque fue alejándose poco a poco de las tierras conocidas como las colonias. Volvía, acompañado por miles. No todo era igual, aunque el almirante de la flota no fuera otro que Héctor Dornous, rescatado del ostracismo tras servir a la flota de Nueva Vamurta y caer en desgracia poco después. Dornous, como él, era más viejo. Habían huido juntos por mar del asedio murriano a la antigua capital. Los brazos del almirante tenían vigor, todavía, y ambos era más ricos en vivencias. Las naves eran distintas a los navíos panzudos del condado. Los jóvenes de antaño eran hombres y mujeres que blandían espadas. Diríase que lo único que no había cambiado era el oleaje que golpeaba regularmente el vientre del barco, la brisa que enredaba el pelo de los navegantes y azotaba los rostros, la bóveda celeste que centelleaba sin descanso arriba, en el cielo estrellado donde danzaban lentamente las constelaciones que los guiaban rumbo a oriente.

En las distintas cubiertas la marinería se movía entre los aparejos con cansancio, tras la agotadora tarea de cargar las bodegas y partir. El velamen, colmado por un viento que los había sorprendido al atardecer, hacía crujir los mástiles. La mayor parte de los soldados y

oficiales se habían retirado, tras la cena, para descansar o jugar a dados sobre un barril maloliente a la luz incierta de una vela de sebo. Serlan sabía que le costaría conciliar el sueño, a pesar de la dureza de la jornada. El corazón no dejaba de latir con fuerza a cada tradio que lo acercaba un poco más al primer hogar.

—Este viento hará que nos estampemos contra las Islas de las Muelas, señor.

—¡Dornous! No os había oído llegar —respondió el conde, girándose—. Eso parece. Aunque nada sé del mar, sí noto que viajamos rápido.

—Los vientos son muy impredecibles, aunque este parece que tiene fuerza para rato. Si sopla igual durante un par de jornadas, seguro que llegaremos al punto de encuentro antes que la flota de los pueblos del mar.

Serlan asintió. Apenas veía el rostro barbudo del almirante, de piel gris curtida por el salitre.

—Los maestros que nos enviaron han sido de gran ayuda —aseveró el conde—. Sin ellos, estos magníficos navíos no habríamos sabido construirlos jamás.

—Cierto, señor. Fijaos en lo estable que es la cubierta superior a pesar de las grandes bombardas que cargamos a lado y lado del navío.

—Las más pesadas en la cintura de la nave y las ligeras en los castillos de proa y popa, ¡en todos sitios!, como este falconete tan bello donde me apoyo. Lo he aprendido.

—Y el retroceso de las piezas, gracias a las ruedas y cuerdas, no nos hundirá en las profundidades —añadió el almirante.

—¡Eso habrá que verlo! —repuso el conde sonriendo—. No hemos probado a disparar toda la artillería a la vez, todavía.

—Mañana. La prueba de combate es mañana. Para toda la flota. Nos situaremos en formación de medialuna, con la que nos podríamos defender los unos a los otros si fuéramos atacados. Los barcos panzudos de transporte atrás, los construidos siguiendo las líneas de los maestros de los pueblos del mar, delante, con los gallardetes del ejército del dragón rojo desafiando los elementos a la vista. Los cañones atronarán de tal modo que las sirenas huirán a los abismos más oscuros.

—Brindo por eso, Dornous. Por eso y porque la flota de los pueblos del mar que nos debe escoltar hasta Vamurta llegue pronto.

El almirante se sacó el sombrero emplumado, haciendo deslizar su mano por el ala. El semblante adquirió rigidez.

—Señor, temo que lleguen con retraso a las Islas. Una vez allí, tendremos que fondear y cargarnos de paciencia.

—A solo dos días de navegación de las costas de Vamurta. Que los dioses nos amparen.

Leandra apareció en la cubierta del castillo de proa por la escalera que comunicaba con la cubierta central, donde se encontraban las amuradas para la artillería pesada. Los saludó al verlos, iluminados por la luz tintineante de dos grandes fanales. El comandante de la marina y el comandante de las fuerzas de tierra juntos, bajo un techo de astros lejanos.

—¿Has conseguido que se duerma? —preguntó el hijo de Ermesenda.

—Hasta en eso se parece a ti. No sabe cuál es el momento para retirarse a descansar —contestó la señora.

—Lo consientes demasiado. Cada vez que llora, corres para consolarlo. ¿Cuándo tenga barba seguirá pegado a tu falda y lo arrullarás por las noches?

—¡Pero si no tiene ni dos años! Lioto necesita a su madre cerca, ¡y por muchas estaciones que sea así!, porque el padre solo parece estar pendiente de los asuntos de los hombres, me parece a mí.

—Vuestro hijo, señor, será un buen marino —aseguró el almirante Dornous—. No crucé el Mar de los Anónimos hasta que cumplí quince primaveras, y ved, este niño que apenas anda ya sabe lo que es un sotavento racheado.

Serlan, feliz al pensar en su vástago, olvidó las preocupaciones. A su lado las banderas de señales y las jarcias se tensaban y destensaban al son del mar y la brisa nocturna. El almirante le recordó el presente, cuando todavía no había conseguido encender la caña de bronce con el tabaco que el capitán Álvaro le había regalado.

—Señora, cuando lleguemos a las islas deberéis cambiar de barco —afirmó Dornous—. No podemos asegurar que no encontremos a los murrianos por el camino y, además, llegaremos demasiado pronto. Os sugiero que una vez anclemos, os trasladéis con vuestro hijo a una de las naves de transporte, uno de los navíos rápidos, como el *Dos soles*.

—¿Cómo? Si surcamos las olas demasiado deprisa, mandad plegar velas. Eso nos hará navegar al son de las corrientes y retrasar nuestra llegada.

—No puede ser, esposa mía. Hacer eso sería un grave riesgo. El viento podría desaparecer de la noche a la mañana y dejarnos a la deriva durante una luna entera. Si eso ocurriera, no habría invasión. No llevamos suficientes víveres para tantos. Los soldados morirían o se debilitarían. Los renos y los caballos no tendrían suficiente heno y cebada.

—Entiendo. Me exiliaréis a la retaguardia cuando mis ojos vean las muelas blancas sobre el mar —dijo Leandra, sin parecer quejumbrosa.

—Prefiero correr el riesgo de enfrentarme a la flota murriana que el de quedar varado a mar abierto y deber volver atrás convirtiendo

los navíos en ataúdes flotantes. —El Conde le pasó un brazo por el cuello y le dio un dulce beso. Pensó en cómo había cambiado Leandra desde que huyó ya hacía tiempo de su casa para cruzar con Sara la nada que los llevó a la Ciudad de los Lagos. Quizá el hecho de que los asuntos de la señora de Villalaia se hubieran torcido tanto desde que la abandonó le había devuelto una humanidad de la que parecía carecer.

—Si no les importa, dejo a los enamorados solos en el puente. Me retiro a mi camarote. Hasta un almirante debe dormir si quiere contemplar la aurora con ojos despiertos —dijo Dornous.

Se quedaron solos y fundidos en un abrazo bajo la mirada lejana de la luna, que extendía un manto de hilos de perla sobre el tejido bulboso y oscuro del mar. Algo en sus corazones se exaltaba. El mañana iba a ser mejor que el ayer. Serlan admiraba la capacidad organizativa de su mujer, a la que desposó por sorpresa una tranquila tarde de principios de otoño, llevándola a un templo de un valle remoto no muy lejos de Nogrog salpicado de grandes olmos silenciosos, donde pasaron la primera noche de bodas. Recordaba la expresión de Leandra. Por una vez se dejó llevar, sonriente, tan viva y hermosa como el bosque cuando el día despierta. Sabía que sin ella la invasión hubiera presentado muchas fisuras. Leandra preveía, calculaba y compraba a buenos precios como nadie. Si las huestes comían y bebían cada día era gracias a ella. Si un herido era sanado por un cirujano, era porque su esposa había contratado y pagado al médico. Las estaciones preparando la invasión de Vamurta habían sido una continua vorágine de trabajo, de jornadas sin descanso, sin tiempo para paseos ociosos o noches de charla en las tabernas. Además, Leandra había potenciado la red de informadores en Vamurta, junto al capitán Álvaro, antes de que el fiel Lateas hubiera lanzado a sus espías, «unos humildes mercaderes vesclanos», decía el mismo Lateas, riéndose, sobre la capital al otro lado del mar. Ambas organizaciones de informadores habían creado simpatías, complicidades entre los hombres grises dominados por el yugo del murriano. Los primeros grupos de resistencia en el interior de Vamurta estaban listos para actuar. Los capitanes de Serlan conocían con detalle todo lo referente a las defensas, piezas, guarniciones de la capital y, en parte, de la superfortaleza de Orcómeno también. El estratego miró a su alrededor: naves de guerra avanzaban, silbantes, sobre las olas como lobos hambrientos que abandonan el cobijo de la espesura y saltan a las llanuras en busca de presas. No faltaba tanto para divisar en el horizonte la tierra querida, el hogar que soñó una vez y fue perdido.

****

—Las Islas de las Muelas son llamadas así porque, si el mar está calmo, vistas desde la distancia los arrecifes blancos semejan ser los dientes de algún monstruo marino cuya mandíbula quedó medio sumergida bajo el agua —explicó el almirante.

—Apenas hay vegetación. Solo en los dos islotes de atrás —observó Serlan, usando la mano como visera, ya que el sol de la mañana lo deslumbraba.

—Algunas gaviotas y grandes albatros que son tan patosos en tierra. Son las alas, demasiado grandes cuando no surcan la inmensidad de los cielos. En las islas mayores hay lagartos y unas diminutas cabras salvajes. Y poco más.

—Dejaré volar al halcón —intervino Ermengol, que aquella mañana había abandonado su encierro en el pequeño camarote desnudo que tenía asignado. Su cráneo rapado brillaba como una bola de cristal—. Así podrá cazar en estas islas de pájaros marinos, aunque él prefiere los grandes pastos verdes y otros manjares.

—Y así te dará un poco el aire, viejo amigo. Un motivo para estar en cubierta —dijo Serlan—. Cuando no os veo, me inquieto.

Fondeados frente a la pléyade de pequeñas islas y arrecifes blancos, algo resguardados del viento, en el buque insignia *El Oriente*, esperaban la llegada de los oficiales que formaban el consejo del ejército. Las chalupas se dirigían al punto de reunión sorteando el despliegue de los cascos de grandes barcos que oscilaban ligeramente. Las palas blancas de los remos entraban y salían del agua al unísono, los oficiales se anunciaban a voz de cuello cuando se acercaban a la popa de la nave insignia, donde un bote pequeño atado a grandes cuerdas servía como elevador.

El conde, el almirante y Leandra, espléndidamente ataviada, recibían a cada miembro del consejo en la cubierta del castillo de popa. Ermengol se había vuelto a encerrar en el camarote. Allí, bajo un entoldado blanco que los protegía del sol, se había habilitado una gran mesa para el encuentro. El vino y deliciosas viandas servidas en pequeños platos eran el breve ágape antes del recordatorio de la estrategia de desembarco. Una amplia maniobra que abarcaba a más de veinte mil infantes y dos mil trescientos jinetes, además de artillería. Un desembarco que se preveía dramático y que podía convertirse en tragedia si el mar se embravecía o una tempestad asomaba en el horizonte. Con diligencia, fueron llegando los oficiales: Dort Riala y Eszul fueron los primeros. Sara llegó después, junto a Lateas. El último en ser izado fue Álvaro Telan. Cada uno de ellos iba acompañado de los dos segundos que consideraban más cercanos para que escucharan y conocieran perfectamente las órdenes en caso de que uno de los primeros capitanes cayera en combate.

El aire que llegaba desde el noreste refrescaba las pieles grises cubiertas de sal y humedad mientras escuchaban las explicaciones de Serlan y el capitán Álvaro. Ni una nube manchaba el cielo y la claridad arrancaba reflejos en la cubierta de madera pulida. En el ataque iban a participar hombres grises, rojos y miles de vesclanos. Tras afianzarse en el poder de Nueva Vamurta y de los puros, el conde, asumiendo el papel de líder de la fuerza predominante, inició una serie de intensos contactos con casi todos los pueblos, tribus y razas, con los que firmó complejos tratados y alianzas. Si los clanes de los hombres rojos y los vesclanos habían accedido a participar en la expedición era porque el dragón rojo prometía paz en las fronteras, riquezas de conquista y tierra para todos. Un lugar donde destinar a los excedentes de población. Serlan De Enroc los convenció de que el viejo condado sería el nuevo mundo. Una tierra prometida gobernada por una gran asamblea elegida por barrios, burgos y territorios. Las zonas de asentamiento estaban repartidas de antemano. «Nada de unos pocos. Dirigiremos Vamurta entre todos y la miseria o la gloria serán equitativas», les había dicho, aunque pocos lo habían creído del todo.

—Seis mil infantes llegaremos a la desembocadura del río Llarieta, al sur de la ciudad. Tomaremos las playas desembarcando de cientos de botes. Cuando hayamos asegurado las posiciones sobre la arena, bajaremos la artillería de los navíos, pieza a pieza. A la vez, parte de la flota libre de soldados remontarán el río para reblandecer las posiciones murrianas. Bien saben que estamos a punto de llegar.

—Capitán Álvaro Telan. Espero que mis jinetes, cuando vos desembarquéis, hayan levantado tal polvareda en el norte que media guarnición de Vamurta me esté persiguiendo por montes y llanuras —dijo Sara, con el ceño fruncido.

—Que Onar así lo disponga —repuso el defensor de Nogrog—. Lo cierto es que en un ataque de esta envergadura hay cuestiones bastante imprevisibles, y es por eso que ruego a los dioses que nos amparen a todos y cada uno de nosotros. Como si Dasteo y los pueblos del mar consiguen tomar Orcómeno o no. Conocemos el subterfugio que han ideado, que puede descubrirse por algo tan simple como una piedra que, al caer al agua, haga suficiente ruido para alertar a un guardia. En cualquier caso, avanzaremos por la orilla izquierda del Llarieta, la opuesta a los muros de la ciudad, hasta el puente de piedra de Sira, cerrando así los caminos a la Puerta Sur. Una vez agrupados en el puente, construiremos un círculo defensivo, una suerte de fortines de tierra y madera a cada lado del puente. Abriremos trincheras, construiremos muros bajos con arcilla y piedras para emplazar a los arcabuceros y la artillería. Bombardearemos la puerta,

intentando abrir brecha, y a la vez, obligaremos al enemigo a concentrar muchos de sus efectivos en ese punto. Además, de Orcómeno, si no es tomada, no podrán llegar refuerzos durante un tiempo ni los murrianos intentarán una salida por ese punto. Tú, Sara, una vez hayas mareado a media guarnición, asolarás los alrededores de la puerta de Oriente. Por la que ellos entraron en la ciudad.

—Y donde murió mi padre —puntualizó, resentida, la joven oficial.

—Donde murieron tantos, como el veguer de la Marca Sur. Acaso, el más cabal y valeroso durante las guerras del murriano.

El conde sonrió. No se molestó por aquella alusión al pasado. Los miró a todos con detenimiento.

—El grueso de la flota martilleará el puerto y las murallas —afirmó el estratego—. Tras el primer ataque de los barcos rápidos de los Pueblos, que vaciarán los arsenales sobre dicho tramo, estos descenderán rumbo sur, como sabéis, hacia sus puertos y bahías. Entonces entrará en juego Dornous. En los embarcaderos, en la parte de la muralla que orilla con el mar, tendrá lugar el asalto principal, en dos direcciones. Ese largo tramo de muros es antiguo. Son los mismos que había cuando yo nací, cuentan nuestros espías. Los murrianos han reforzado la parte oeste, con la nueva arquitectura de plazas fuertes, por las razones que todos sospechamos. Justo por el lado contrario de donde venimos. Así aprovecharemos esa debilidad para, con escaleras apoyadas sobre los navíos, atacar el adarve del puerto. Será una sorpresa poco agradable para ellos. Eso después de que los seis mil de la infantería de Eszul, hombres rojos y vesclanos, hayan tomado el sector noreste del puerto y desde allí simulen un asalto frontal.

Todos asintieron pensativos. Sabían lo que se jugaban; la propia vida y todo el futuro que eran capaces de imaginar. Si la ofensiva fracasaba muy pocos iban a contemplar un nuevo amanecer al otro lado del Mar de los Anónimos.

Les sirvieron vino. Los oficiales empezaron a hablar entre ellos y a hacer preguntas sobre lo que todos sabían de memoria. Esa tarde se esperaba a la flota de escolta de los pueblos del mar, y por la mañana a los barcos en cuyas bodegas se cargaban caballos y renos de combate. Se segregarían del grueso de la armada para dirigirse a la costa norte de Vamurta y, de este modo, iniciar una ofensiva que implicaba un largo rodeo. Era casi mediodía cuando los vigías de distintas naves dieron la alerta. Se distinguían en el horizonte numerosas velas blancas. Todos se levantaron de la mesa.

—¿Es la flota de los pueblos del mar que se adelanta? —preguntó Leandra.

El almirante Héctor Dornous se dirigió corriendo al castillo de proa para divisar a la escuadra que se acercaba con un gran catalejo.

Al poco, cruzó la cubierta para llegar hasta los capitanes.

—Son navíos murrianos. Es la flota que guarda la costa de Vamurta, sin duda.

—Que cada capitán vuelva a su embarcación. Almirante, avisad al resto de los barcos. Usad las banderas de señales —ordenó el conde con sequedad—. Héctor, ¡zafarrancho de combate!

La tripulación pareció enloquecer. De pronto, los marineros grises corrían por las jarcias o descendían de los cabos y por las escaleras de cuerda. Los artilleros corrieron a sus puestos. Cuando los oficiales hubieron abandonado el navío, Serlan se acercó a Leandra.

—Mi señora, ya sabéis lo que hay que hacer…

—No quiero, por nada de este mundo, separarme de ti por segunda vez.

—Ya sabes lo que hay que hacer —insistió Serlan, acariciándole la mejilla con amor—. Coge al niño y corre.

Cuando el almirante y Serlan se quedaron solos en el castillo de popa, el conde apoyó su mano en la espalda de Dornous.

—Si perdemos un tercio de los navíos, la invasión resultará imposible.

—Señor, os seré franco. Hemos podido contar las velas del enemigo. Es muy posible que venzamos, los triplicamos. Aunque para la invasión estemos utilizando casi todos los navíos de las colonias, entre los que hay muchas cocas y carracas de transporte. Pero no os puedo decir cuántas naves se irán a pique. El enemigo luchará en bajeles de guerra sin carga. Con las bodegas vacías van a maniobrar mucho mejor que nosotros.

Ambos se quedaron callados. En la cubierta central, entre dos bombardas y agarrado a una escalera de cuerda como si el barco cruzara una tempestad, Ermengol escudriñaba el horizonte con el halcón descansado sobre el hombro, que estaba protegido por un gran parche de cuero. El báculo descansaba sobre el cordaje. Absorto, cualquiera que no lo conociera pensaría que aquel hombre apergaminado no entendía nada de lo que los ojos le contaban. Ambos se acercaron, algo asombrados. Fue cuando el antiguo sacerdote se giró con violencia y les habló:

—Almirante, ¿podríais adelantar la nave insignia hacia la flota enemiga? Quiero que sea la primera y que todas las otras queden detrás.

—¿Por qué queréis eso? Es un grave riesgo si perdemos al estratego.

—El estratego dice que no puede perder naves —contestó con suma tranquilidad Ermengol—. Y no vamos a perder ninguna, al menos hoy.

—¿Qué pretendéis, viejo zorro? —preguntó Serlan.

—Una vez estemos delante, que todo el mundo, sin excepciones, baje a la bodega y cierre las trampillas. No puede haber nadie bajo la luz del sol. Ruego os llevéis al halcón. —Le puso el capuchón a Ciros, por primera y última vez—. Hablaré con el mar, como se hiciera en tiempos que no recordamos, como hacían los primeros hombres.

El crujir de los cascos de las naves era lo único que se escuchaba en el mar calmado. Una niebla espesa y baja aislaba a la escuadra del dragón rojo de los ojos del sol. Grandes bancos de bruma blanca y gris que como montañas livianas flotaban sobre tímidas olas en enormes burbujas de monotonía. Las bolsas de niebla se iban expandiendo poco a poco, ganando terreno alrededor de las Islas de las Muelas, arrastradas por la propia inercia. Sobre ellas el cielo había dejado de ser azul y relumbrante, pues la tarde inundaba con dorados absolutos la enormidad del mundo. Un único joven albatros se atrevió a alzar el vuelo desde las rocas para sobrevolar los bancos de la confusa y densa calima. Las alas blancas confundiéndose con el gris roto, el pico atento. El pájaro divisó formas en la niebla, grandes navíos fantasmales, mástiles solitarios que parecían querer romper aquel encantamiento y abrir brecha para que el sol volviera a dar forma al mundo. El albatros, impertérrito, dio dos pasadas sobre *El Oriente*, el buque insignia, antes de dejarse caer en picado sobre la cubierta vacía, espectral, del navío. Allí, tumbado como si hubiera caído desde la cima del palo de mesana, un hombre yacía con los brazos abiertos, sujetando un cayado. Pudiera parecer que estaba durmiendo, pero la tensión en el rostro, los párpados cerrados temblorosos y las venas de la frente henchidas como ríos a punto de desbordarse indicaban un esfuerzo terrible e inhumano. Las encías del mago sangraban. De las fosas nasales y del agujero negro que era la boca emergían hacia el cielo hilos blancos que al elevarse formaban nuevos bancos de bruma. El albatros caminó, las grandes alas restándole toda agilidad al ave, hasta llegar a Ermengol. Una vez estuvo a su lado lo despertó, dándole golpecitos con el pico. Cuando por fin volvió en sí, lo primero que escuchó el antiguo sacerdote de Onar no fue el vaivén de las olas ni la brisa silbando entre los cordajes de la nave. El retumbar de unos cañonazos lo devolvió bruscamente a la realidad. Las descargas se sucedían con mayor frecuencia, como si unas se replicaran a las otras en un torbellino. Las olas se agitaban y la quietud de la tarde se rasgó como un lienzo de pura sequedad.

—¡Serlan De Enroc, salid! —gritó Ermengol, el único en los pisos superiores de la embarcación—. ¡Serlan, amigo, ya están aquí! ¡Ha llegado la flota de los pueblos del mar! Oigo como hierve el mar entero, ¡son los dioses que por fin responden!

****

Sofocado por el terrible calor, saltó al barco que servía como muelle ayudándose de uno de los cientos de cabos que colgaban de los mástiles y vergas. Delante tenía dos navíos más unidos por cuerdas gruesas, hasta llegar al que servía como base para las escaleras. El cuerpo pesado se balanceó en el vacío hasta que las botas del conde aterrizaron sobre uno de los muchos cuerpos sin vida que atestaban las distintas cubiertas. Se tambaleó. Se encontraba en uno de los centros de la tempestad de fuego, en medio del caos mareante del asalto.

—¡Lanzad a los muertos por la borda! —ordenó a los pocos marineros que quedaban de pie en aquella embarcación—. ¡No podemos avanzar así!

Al girarse, levantó la vista un momento. Los muelles de Vamurta eran un avispero colérico. Decenas de pequeñas nubes blancas se sucedían sobre las almenas dentadas levantando un estruendo ensordecedor que era replicado desde los navíos. Al estrépito de los intercambios artilleros se añadían los cientos de arcabuces y el zumbar de las saetas emplumadas que volando en todas direcciones tiznaban el cielo de sombras veloces. Morir o vivir era pura cuestión de suerte. Cuando Serlan se acercó, medio saltando, medio corriendo, al otro lado del navío, un impacto directo acertó en el castillo de proa, haciendo que el barco se tambaleara como un pastel tierno y lanzara por los aires a los arcabuceros allí apostados. El crujido, las astillas de la madera hiriendo el aire. «Ahora o nunca», se dijo a sí mismo el estratego. Pocas jornadas después de dejar atrás las Islas de las Muelas, el asalto a Vamurta había comenzado.

El bombardeo naval había dañado con severidad todo el sector del puerto. Las paredes de las murallas estaban heridas por los impactos, numerosos merlones partidos y algunas de las torres, medio derrumbadas, seguían humeando. Numerosos contingentes murrianos repelían el ataque en otros puntos. Pronto, muy pronto, correrían a reforzar el tramo por el que se había empezado a lanzar el ataque principal, pues a través del puente de barcos se pretendía entrar en la ciudad. Otra bola de piedra surcó el cielo, aullante, sobre las cabezas de los soldados grises, agujereando de punta a punta las ya ajironadas velas de los distintos navíos unidos con cuerdas bajo la muralla de Vamurta, allí donde los viejos muros orillaban con el mar espumoso que rompía contra los cascos de madera y la piedra de las defensas. Las embarcaciones que colindaban con las gruesas paredes servían de plataforma para apoyar las escaleras de asalto. Eran la tercera oleada. «Señor, no bajéis el escudo», oyó que le decía alguien de la guardia del

lago, tirando de su manga. Los veteranos lo rodeaban y avanzaban pegados a él y al joven Leos. Sorteaban el propio miedo y los cuerpos de los caídos, despanzurrados sobre la madera viscosa. Las armas del enemigo atronaban sin descanso, como si las reservas de pólvora no fueran a acabarse jamás. Cruzaban las cubiertas que servían como pontones en las que cientos de saetas incrustadas desde todos los ángulos habían transformado los puentes flotantes en colosales erizos cubiertos de sangre.

Alcanzaron la segunda embarcación entre el griterío atroz de los que se lanzaban al ataque y los chillidos estridentes de los que eran alcanzados. Delante, intentando subir por las escalas, estaban los de la segunda oleada. En los perímetros de los navíos los marineros que quedaban con vida cargaban y disparaban sin descanso los falconetes y cualquier arma ligera contra los defensores mientras otros, unos pocos, vigilaban que los pequeños incendios en los navíos no se propagaran. Solo un puñado de guerreros habían llegado arriba. Mientras los de abajo esperaban, en la acumulación de metal y cuerpos sudorosos, una escalera fue derribada, desplomándose hacia atrás. Los asaltantes caían al mar con un último aullido, hundiéndose sin remedio, ahogados por el peso de las armaduras. Un alférez gris, decapitado, fue lanzado muralla abajo como si fuera un muñeco inservible. Detrás de ellos, los barcos de procedencia se desenganchaban para dejar paso a otros que vomitarían más tropas, los de la cuarta oleada. Por fin llegaron a los atestados barcos que servían para apoyar las dieciocho escaleras. Serlan se preguntó cuánto tiempo más aguantarían si no tomaban parte de la muralla. Dispersados en varios frentes, los murrianos habían tardado en reaccionar. Todavía no habían intentado incendiar los buques, que no eran más que un amasijo de madera flotante entre cuyos tablones se mezclaban, aplastados en muy poco espacio, los que intentaban subir, los muertos y los que intentaban huir. Arriba, todavía en orden, ondeaban los estrechos estandartes de los murrianos, negros símbolos pintados sobre fondos ocres y naranjas desvaídos. En el barullo infernal, el conde tiró de Leos, que llevaba la bandera plegada. «No te separes de mí», masculló con los dientes apretados. Cogió aire. Los heridos pedían ayuda desde el suelo, algunos intentaban volver atrás. Rezaba para que todas las escaramuzas terrestres y las bombardas del ejército del dragón rojo hubieran diezmado las defensas. Murmuraba oraciones a todos los dioses que conseguía recordar en aquel momento fatídico, apartando jirones de velas, sintiendo el salitre en la garganta. «Vamos a subir, Leos. Por todos los malditos dioses de esta tierra sagrada. Y tú vas a subir conmigo».

Había hecho bien en dejar a la mascota atada a una cadena del barco que los había transportado. Habían hecho bien muchas cosas

para que todo se perdiera sin remedio. Las voces de muchos se confundían hasta hilvanar la melodía de los moribundos. Mientras aguardaba para subir, en aquella peligrosísima acumulación de tropas, pensó en Sara y los jinetes que la seguían. ¿Qué habría sido de ellos? Lo que sí sabía es que Vamurta no había recibido refuerzos y que de Orcómeno nadie había llegado. A pesar de estar al aire libre, sentía como si se encontrara bajo tierra. Le falta el aire. Un sol de justicia los abrasaba a todos. A medida que se acercaba el turno de subir, más hombres grises caían a su alrededor abatidos. La lluvia de saetas y plomo parecía no tener fin. Cuando pudo poner un pie en el primer travesaño vio que encima de él un pequeño grupo de grises se había consolidado tras las almenas a golpes de espada. Escondió la cabeza, hundió el mentón y, ocultando el rostro, empezó la ascensión. Uno de los guardias del lago, el que abría la marcha, fue derribado de un disparo de arcabuz. Otra de las largas escaleras quedó inutilizada al conseguir los murrianos atar uno de los largueros con una cuerda que fue tensada por los defensores. Vio el cielo azul. Había llegado. Tropezó al pisar el adarve tras la almena, y a punto estuvo de irse abajo. Al recuperar el equilibrio se vio acompañado por el puñado de guerreros que habían conseguido sostenerse sobre la muralla. «¡Más hombres, más!», vociferó a los que en aquel momento intentaban la ascensión. Los guerreros se dieron cuenta de quien tenían a su lado, lo que los espoleó. La piel roja del sircad brillaba como una gota de sangre bajo los rayos del sol. Al controlar la llegada de una de las escaleras enseguida se multiplicó el número de efectivos sobre los muros. «¡Arriba, arriba! ¡Subid, malditos!». Habían conseguido liberar la salida de una segunda escalera, por la que llegaban más infantes, mientras las flechas de plumas negras golpeaban los escudos y el fuego de los arcabuceros situados en una de las torres que flanqueaban el sector descubría un nuevo y cercano objetivo. El conde se alegró de que la artillería hubiera acertado en la otra torre un montón de cascotes humeantes, que cerraba el tramo que intentaban conquistar. Desde la altura, la visión de los techos y terrazas de Vamurta sobrecogió el corazón del conde quien, dejando de lado la emoción, se lanzó a luchar con la espada en la mano. Un murriano probó su acero. Se sentía extrañamente rápido. Recordó que usaba las nuevas espadas, más ligeras, con estoque. Consiguió herirlo y de una patada lanzarlo hacia atrás. El sudor empapaba el cabello recogido bajo el casco puntiagudo, le cubría el rostro, le colmaba los párpados restándole visión. Un escozor en todo el cuerpo. Sostuvo un golpe en diagonal y respondió con un ataque en profundidad. Lanzó el filo desde el cielo blanco y lo descargó sobre un casco sin nombre que se partió, escupiendo una masa grumosa. Se deshizo del escudo redondo, pues las tres saetas clavadas lo desequilibraban. Vio que un murriano joven

cargaba con la lanza contra alguien que estaba a su lado. Era Leos, que no fue capaz de reaccionar. El conde frenó la acometida con la espada pero no pudo evitar que la punta de hierro oscuro se clavara en su coraza, derribándolo. Sintió un crujir seco en unas de las costillas. Uno de la guardia se situó a sus pies, impidiendo que estuviera expuesto a más embates. Serlan se levantó, ayudado por Leos, magullado, exorcizando el súbito dolor con un grito animal. Otra vez la piel del dragón le había ahorrado una herida severa. Las suaves facciones del chico estaban contraídas, las pupilas dilatadas. El desconcierto lo mantenía rígido, sometido.

El asalto avanzaba y los de la cuarta oleada llegaban a las bases de las escaleras. Controlaban buena parte de aquel segmento fortificado, más de medio tramo era suyo. Eran imparables, una vez habían conseguido liberar varias salidas de las escalas. Serlan miró la torre desde donde los disparaban. Alta, solemne. «Soldados, esa corona de piedra debe ser nuestra. Haremos ondear nuestra enseña para que todos la vean. ¡A la puerta, a la torre, arriba!». Una parte de los soldados, aullando como jabalíes, se precipitó hacia la portezuela del torreón, todavía abierta y mal defendida. Se abrieron paso a golpes de espada y aguijoneando con las lanzas. En la oscuridad de la escalera de caracol centellaron los arcabuces del enemigo y rodaron cuerpos escaleras abajo. Vieron la trampilla, por la que se colaba un haz de luz. Subieron peldaño a peldaño con las puntas de las armas mirando hacia los destellos del sol. Entraron a la carrera para intentar evitar a los arcabuceros. El conde, junto a otros, hizo girar la espada como un molinete y la daga que ahora sostenía en la izquierda entraba y salía, acuchillando cualquier cosa que se moviera. Dos arcabuceros murrianos pidieron clemencia, de rodillas en el suelo. Serlan los miró, aturdido, sin aceptar en todo aquella rendición. ¿Qué había cambiado, por qué se rendían los murrianos? No había tiempo para pensar. Sacó la cabeza, observando como los soldados grises, una vez capturado el sector, empezaban a descolgarse hasta llegar a las calles de Vamurta a la vez que otros atacaban el sector del muro colindante, tras la torre hendida. En el puerto, no muy lejos de donde se encontraban, los hombres rojos se acercaban a la Puerta del Mar, que ardía, blandiendo alabardas y grandes hachas de guerra. Si los grises que subían a la muralla limpiaban las defensas de aquella Puerta, los guerreros de Eszul entrarían en la ciudad como un huracán. En el sur, divisó las concentraciones de grises y vesclanos comandadas por Álvaro Telan, atrincheradas. Escupían fuego con persistencia que manchaba la ribera del Llarieta con bolsas de humo que la brisa del mar barría hacia el interior. A las espaldas del conde brillaban, a lado y lado, las playas blancas de la capital. Hacia el oeste, las llanuras divididas por los distintos colores de las huertas. Sobre el llano se destacaba el fulgor

plateado de una masa oscilante que, como un banco de pececillos de escamas imantadas por el sol, se arremolinaba y volvía a desplegarse hacia un lado u otro. En el rostro curtido del estratego asomó una sonrisa esperanzada. El banco de peces no huía. La caballería de Sara asolaba la Puerta de Oriente y toda la retaguardia del enemigo. Hasta creyó vislumbrar las banderas de los montados. Sobre el atronador martilleo, Serlan De Enroc abrazó al pequeño Leos, entre los silbidos de las saetas.

—Chico. Despliega la bandera y que el viento la haga bailar. ¡Prométenos la victoria con esa tela! Que todos la vean, que todos sepan que la ciudad es nuestra. ¡Vamurta va a caer, Vamurta volverá a levantarse!

Leos, mudo y con lagrimones bajando por sus mejillas, movió el estandarte del sircad, el dragón rojo. Un clamor se levantó en el aire, multiplicándose por todo el perímetro de la ciudad. Un clamor que creció haciendo callar los cañones. Al otro lado del puente, un gran estandarte proveniente del sur apareció en el camino. Por un instante, la congoja se apoderó de todos. Serlan se fijó. Era de tela blanca y sobre la blancura del lienzo flotaba una gran golondrina negra. El emblema de Vamurta. Dasteo, al frente de una larga columna armada, se dirigía hacia ellos tras tomar la superfortaleza de Orcómeno. Sonaban tambores, cuernos y clarines. El aire caliente se llenó de nuevos aromas y miles de vítores.

# 60
## mar de istal

Ardía la noche en el Mar de Istal. Decenas de naves fondeadas en la bahía de Arantmorha escupían fuego. El sitio naval al puerto de Havendisse se prolongaba desde hacía más de dos lunas. La colonia del puerto murriano había sido evacuada cuando las primeras velas asomaron en el mar azul. Sobre el cerro que dominaba el golfo y los muelles, la guarnición resistía con el corazón encogido. Perder Havendisse equivalía a ceder la primacía en toda la costa oeste y a entregar el mejor fondeadero a unos hombres sin alma.

Un oficial jadeante entró en la habitación del comandante tras subir las escaleras. A través de las estrechas ventanas se divisaba la blanca estela de la luna sobre la suavidad del oleaje y también las posiciones de las baterías del fuerte.

—Alabadas sean las tierras de Ahnavalt y sus moradoras —dijo, en la lengua del oeste—. No hay tregua. Ni de noche se acallan los cañones.

El primer oficial, sentado tras una sencilla mesa tapizada de planos, miró con gravedad al subalterno, extrañamente pálido a la luz de las lámparas de aceite que daban vida a aquella estancia desnuda.

—Beba, primero. —Por un momento siguió calculando las trayectorias de las piezas de artillería de que disponía con aquel instrumental anticuado—. ¿Novedades?

—Hemos perdido a diecisiete…

—¿Piezas? —preguntó.

—Dos. Dos bombardas inutilizadas. Descontando las destruidas en el puerto, las baterías disparando en la primera muralla suman doce, señor.

El responsable de la defensa de Havendisse dio un puñetazo en la mesa. Buscó algo en la nada para levantarse a continuación. La armadura negra del comandante Dúrtica era una sombra brillante en los claroscuros de la sala. Caminó por el último piso de la torre al igual que un felino enjaulado incapaz de encontrar un mañana. Los muelles habían quedado completamente destrozados por el bombardeo naval. Un gran incendio había devorado el orgullo de aquella colonia, las grandes dársenas, y con ellas habían ardido los almacenes. Únicamente las bombardas al pie del cerro donde se erigía el bastión respondían a las andanadas de los sitiadores. Las piezas situadas en la muralla del fuerte trazaban trayectorias demasiado cercanas para dañar a los barcos enemigos, que guardaban la distancia.

Dúrtica se paró y cuando parecía que iba a dar una orden, siguió dando vueltas sobre el círculo de la impotencia. Sabía que aquellos doce cañones no iban a impedir el desembarco. Sabía que detrás de las naves de guerra esperaban otras, ancladas a la entrada de la rada, cargadas de arcabuceros, jinetes y hombres armados con alabardas. Esta vez venían más, muchos más. El oficial de enlace aguardaba con los ojos clavados en la mesa. Su larga melena empezaba a azularse, señal de que el retiro del servicio de aquel murriano algo rechoncho estaba cercano. Sudaba. El calor del verano impregnaba de angustia la guerra. La nariz chata y anillada de los nacidos cerca de la costa semejaba un tubérculo reseco.

—Que retiren las baterías. No antes de la madrugada —dictaminó Dúrtica—. Que las icen al fuerte, dos por cada uno de los bastiones que miran al mar.

—Sí, comandante —dijo el mensajero antes de abandonar la estancia.

—Que las dejen protegidas atrás, en reserva. Las necesitaremos.

Los murrianos empezaban a encerrarse en el castillo como un cangrejo en la hendidura de una roca. Sin posibilidad de volver a salir. De eso, el comandante estaba seguro. Cuando volvió a estar solo, probó unas galletas de higo y se sirvió vino. Los impactos se sucedían, el fuego de los cañones dejaba breves huellas de luz bajo las estrellas. La toma del cerro sería sangrienta. Podían sostenerse hasta el invierno o más allá. Quizá los hombres desistieran. Quizá. Una derrota sería una mancha en un historial militar brillante, al servicio del pueblo y de las Reinas. Si no fuera por el destierro que sufrió tras estar tan cerca de acabar las obras de la gran fortaleza de Orcómeno, allí, al otro lado del continente, al sur de Vamurta. ¿El pecado de la condescendencia? Dúrtica no lo veía así, había pensado mucho sobre eso. Se acercó a las ventanas protegidas por paredes del grosor de medio cuerpo, capaces de resistir una lluvia de proyectiles. En las naves fondeadas se encendían sucesivamente puntitos rojos aquí y allá, alternándose. Luego llegaba el retumbo. Barcos de tres, cuatro y cinco palos, majestuosos y terribles. De esloras y potencias no vistas antes, que habían mandado a pique a gran parte de la flota murriana en el Mar de Istal. Las últimas embarcaciones se habían refugiado, escondidas, al abrigo del puerto Jinigve. Dúrtica apoyó la mano en la pared, agradablemente fría, y descansó el cuerpo sobre el brazo recto.

Desde la fortaleza se respondía con las bocas de las bombardas, lentas y menos precisas que las armas que asomaban por las escotillas de los hombres provenientes de otro lado, de allí donde ellos habían sido incapaces de llegar. Durante el asedio habían conseguido derribar mástiles y hacer arder cubiertas aunque, hasta aquella noche, tan solo

habían hundido dos barcos menores. «Se acercarán para asolar el fuerte. Deberán acercarse», murmuró el comandante, mordiéndose el labio. Sabía que lograrían desembarcar, que el asedio, entonces, sería doble; por mar y por tierra. En mitad de la noche sin sosiego, fue alcanzado por el desaliento. Aquella brisa triste del que ve todos los esfuerzos de una vida, todas las construcciones, a punto de derrumbarse en la edad adulta. Aquello por lo que creyó y luchó. El murriano pasó la palma de su mano alargada por los pequeños cuernos romos; se palpó el rostro duro, tiró con suavidad de sus bigotes, perdido entre los cascotes de sus pensamientos. El ensueño de una vida deshilachándose frente a la costa. «¡Hermano!», aulló, «hermano, ¿dónde estás?, ¿por qué no te atreviste a volver? Hace tanto que te perdoné…». Sin darse cuenta, sus pezuñas hendidas repicaban sobre la piedra con violencia. «¡Hermano, dónde!».

****

—La señora de Vamurta —dijo el conde con una sonrisa burlona en los labios. Le dejó el almuerzo al pie de la cama—. El ser madre os agota completamente.

El sol se elevaba en el cielo. Serlan se había levantado pronto para leer los decretos de la Asamblea, mientras esperaba que su mujer despertara. El niño hacía un buen rato que corría por toda la Ciudadela, vigilado.

—El ser una madre tan vieja, gracias.

Leandra, adormilada, bebió un cuenco de leche sin abandonar el calor del lecho de matrimonio. Su esposo avivó el fuego que ardía en la chimenea, mirando el techo, allí donde había habido el mural que los murrianos, durante la ocupación, habían arrancado y substituido por un aburrido arabesco de color piedra. Hacía unas pocas jornadas que el otoño se había aposentado, convirtiendo el verano en otro sueño que quedaba atrás, desdibujado en la bruma. Un tiempo de grandes transformaciones. Tan rápidas que hasta el propio conde sentía un profundo vértigo. Aunque pactado antes de la reconquista, el reparto de tierras y monopolios entre los vencedores había sido una tarea ardua. Discusiones sin fin, parlamentos, asambleas multitudinarias y conatos de violencia. La dama acabó el desayuno y se deshizo de sábanas y mantas. Quedó de rodillas sobre la gran cama, desnuda, exhibiéndose. Las piernas firmes, el cuerpo arqueado hacia atrás, sonriente. El hijo de Ermesenda observó con avidez el vientre redondeado por la maternidad, la suavidad de la piel gris que se ofrecía, los pequeños pechos coronados por pezones oscuros apuntando hacia el techo. Dio un paso hacia ella como si hubiera visto

el cofre del tesoro abierto. La mujer se revolvió y con un dedo acusador, le espetó:

—Hasta la noche, ni me toques, hombrecillo.

—Pero si por la tarde hay una nueva asamblea y esta mañana la inspección con los del consejo, ¡estaré agotado, cansadísimo!

—Ni te acerques —respondió Leandra. Saltó de la cama y empezó a vestirse. Con la camisa desabrochada, la señora lanzó una mirada furiosa al esposo. Se ordenó la larga cabellera rizada y alzó la voz —. ¡Mírame! Este es el regalo que te aguarda tras el crepúsculo.

Abrió de par en par la camisola, dejándola medio descolgada sobre los hombros. Se levantó los senos con las palmas de las manos.

—¿Todavía me deseas como el primer día? ¿Como cuando me tomaste en mi villa?

—¿Es esto un acto de fe? —preguntó Serlan, arqueando una ceja —. Deja que te demuestre ahora mismo hasta qué punto soy creyente.

La risa de Leandra revoloteó y se desvaneció. Ambos empezaron a prepararse para bajar al patio de armas de la Ciudadela de Vamurta.

A la vez que se ceñía una vistosa chaqueta de terciopelo verde y se abrochaba el cinturón de armas con hebilla de plata, repasó mentalmente las disposiciones: los hombres rojos ocupaban la antigua marca del norte en la que todavía resistían algunos grupos de murrianos, acosados por las huestes comandadas por Dort Riala. Los vesclanos asentados en Vamurta dominaban las rutas comerciales con las colonias y la explotación de las minas de hierro, cerca de las cuales querían levantar un nuevo y gran asentamiento. Se había pactado con los pueblos del mar una nueva frontera, siguiendo el curso del Río-Seco, y se les habían concedido cartas de libre comercio con la capital y el resto de aldeas y ciudades, aunque la guerra del murriano las había despoblado tiempo atrás y costaría al menos una generación volverlas a la vitalidad de antaño. En Vamurta se habían repartido viviendas, talleres y la explotación de las pequeñas industrias entre los vencedores. Quedaba el problema de los prisioneros, los cientos de murrianos capturados que tanto desconcertaban al conde. Quedaba restaurar el condado, los campos y haciendas. Y, tarde o temprano, la elección de un nuevo consejo que los substituyera.

Los pasos resonaban en la escalinata que conducía al patio. Vieron a Ermengol, sentado en un banco de piedra con el báculo frente a él. El pilar hacia otro conocimiento. Serlan De Enroc recordó que no era tan mayor, que era de su misma edad y que se habían educado juntos. El mago, sin el halcón, los saludó con una leve reverencia. La brevedad de un solitario que se había adelantado a la llegada del resto de consejeros: Dasteo, Amalia, Lateas, Álvaro Telan y Eszul que fueron apareciendo uno a uno. Una vez reunidos la conversación pronto derivó hacia las compras de víveres, metales,

herramientas, armamento. Mientras discutían, llegaron al Salón de Gobierno, donde tomaron asiento. Fue cuando llegó Sara, tarde, presentando excusas. Serlan se preguntó hasta qué punto echaba de menos a Aldier. Leandra, mirándola, tan joven, tan aguerrida, se preguntó si la habría perdonado, si la intrépida capitana todavía albergaba rencor hacia ella.

—El reparto de las tierras alrededor de Orcómeno ha sido un éxito. Los hombres de cera, por el momento, conviven con los grises y los que quisieron quedarse de los pueblos del mar sin mayores contratiempos —les anunció Amalia.

—¿Qué hay de las caravanas que enviamos a las junglas? —intervino Lateas. Los vesclanos habían arriesgado notables recursos para apoyar la creación de una ruta comercial de larga distancia que uniera Vamurta con el sur.

—La primera caravana ha vuelto a casa sin novedad —informó Amalia—. No fueron importunados. De momento, no vamos a acuñar nuevas monedas, aunque una ruta como esta puede ser de gran ayuda el día de mañana.

Amalia pensó en Menécor y Alea. ¿Vivirían en un mundo sin guerras? Debía pensar en ellos, en erigir un mundo distinto al que ella había conocido. Desde que fueran encontrados en una aldea esclavista al oeste de Orcómeno y liberados, más empeñada estaba en cómo construir un mañana mejor.

—Fue una suerte que los murrianos creyeran que éramos una expedición de saqueo. Nos dejaron el tesoro intacto. Apenas tuvieron tiempo de llevarse nada. Hasta las despensas estaban bien provistas —recordó Dasteo.

—¿Y qué vamos a hacer con ellos? —se preguntó Lateas.

—A los que sean enviados a las minas y a los que trabajen en reconstruir las murallas, debemos darles dignidad —afirmó el antiguo alférez de la Falange—. La que no nos dieron a nosotros. Darles comida, darles un techo y decirles que pagarán, pero no eternamente. Si saben que los liberaremos, todo será muy distinto.

Nadie se atrevió a discutir el punto de vista de aquel gigante, pues sabían del sufrimiento que él y Amalia habían vivido en las minas de mercurio. El conde asintió con la cabeza, dando su conformidad. Serlan recordó el encuentro con Dasteo, tras tantísimo tiempo. La plaza del mercado ardiendo por los cuatro costados, el calor sofocante. Una barricada murriana cerraba la salida a la avenida de la Victoria, una línea de defensa reforzada por los dos edificios contiguos, desde donde disparaban los arcabuces del enemigo. Se encontraron llegando a la plaza, al frente de sendas compañías, tosiendo por la acumulación de humo. Dasteo avanzaba flanqueado por dos grises: Janofas y un hombre que fue miembro del Batallón

Sagrado, Montal. Un abrazo rápido entre el silbido de las balas de plomo, entre los gritos. La barricada fue tomada al asalto, ambos encabezaron el ataque. Un hecho que les valió la reprimenda de Amalia y Leandra, las más sensatas durante la toma de la ciudad.

—¿Qué sabemos de Dort Riala? —quiso saber Serlan.

—Siguen las escaramuzas —contestó Eszul—. Han llegado a los confines de la Marca, pero los murrianos se retiran en orden hacia el norte, hacia valles cada vez más escarpados.

—No deben abandonar los límites de la frontera —intervino Ermengol—. Jamás deben acercarse a Taonos. Eszul, se lo debes comunicar a los siguientes mensajeros que envíes. Más allá de nuestras fronteras entran en juego fuerzas que no podemos controlar, que nadie puede controlar.

—Hay otras fuerzas en juego, ¿verdad? —inquirió el estratego.

—Sí, los otros hombres se han asentado en las costas del Mar de Istal. En estos momentos, el temor, la desesperación, deben nublar las mentes de las Reinas. Han perdido el este y en el oeste hay clavada la pica de un poderoso enemigo. No deben saber qué hacer —repuso Ermengol—. Y eso las convierte en impredecibles y peligrosas. Aunque las patrullas que recorren la Marca del Oeste no han informado de movimientos de tropas. Nada se mueve en las fronteras.

****

El vino rojo calentaba los estómagos de los jinetes, a falta de fuego. El alférez había prohibido encender hogueras. La misión de la patrulla, al igual que otras que recorrían los límites del antiguo condado, era ser los ojos de Vamurta tierra adentro. Alejados de cualquier núcleo poblado, dependían de los propios suministros para vivir a la intemperie. Tras la caída de la capital, el resto de pueblos y pequeñas ciudades cercanas se habían rendido ante el ejército del dragón rojo en muy poco tiempo. Los burgos más alejados de la costa habían podido ser evacuados por los murrianos, y los pocos grises que seguían viviendo en ellos habían emigrado en dirección a la costa, buscando protección.

—Deja ya de limpiar las armas y come algo —ordenó el oficial al más joven de la patrulla—. Pareces un loco. Mañana no iremos a ningún desfile. Nos esperan caminos polvorientos, bosques silenciosos y esta llanura sin fin. Ni gloria, ni tabernas, ni mujeres, solo polvo sobre las corazas y pulgas en el escroto.

Los otros soldados rieron en voz baja. Sentados formando una especie de círculo, descansaban tras una jornada de fatigas. El viento nocturno los cepillaba con insistencia. El alférez pensó que, de haber

encontrado una cueva, quizá sí se hubiera atrevido a calentarse. Sobre las piernas descansaban el par de arcabuces de rueda que llevaban a lado y lado del cuello de los doce renos y seis caballos, que comían cerca de ellos, a la vista. Las espadas dormían en las vainas junto a sus propietarios.

—Esta noche no se oye nada. Ni los lobos que nos vienen siguiendo desde hace un par de días —comentó un explorador.

—Nada. Ni la luna quiere asomarse —repuso otro—. Solo este viento tan jodido.

Cenaron en abundancia. No habían sufrido percance alguno y sobraban provisiones. A la mañana siguiente iniciarían el regreso al fuerte de Muringia, el punto de partida de las patrullas, para ser reemplazados.

—Siempre nos toca lo peor a nosotros —se quejó el joven—. ¿No podrían enviar a los vesclanos a pasearse por aquí? ¡Quiero volver a Vamurta!

—Ah, a que no esperabas ser un hombre de posibles siendo apenas un muchacho —respondió el alférez—. ¿Lo pensaste cuando nuestra capitana te alistó? Muchos de nosotros éramos unos parias en Robaderra. Aquí nos han dado un lote de tierra más grande de lo que pensábamos. Y nos pagan dos veces lo que cobra un infante en las colonias. ¡Va!, mañana regresamos. Trae ese vino.

—¡Fijaos, un incendio! —exclamó un soldado.

—¿Cómo puede ser? —se preguntó el joven—. No ha habido ninguna tempestad y el bosque está húmedo.

Recogieron con prisa para acercarse al resplandor que emergía de una hondonada no muy lejana. No se atrevieron a montar, pues la oscuridad podía provocar una caída indeseada. Poco después presenciaron un espectáculo que jamás olvidarían. Escondidos tras unas encinas robustas observaron el fondo del valle, del que ascendía un fulgor tal que encendía la noche. Por unos instantes tuvieron la impresión de haber hallado una ciudad perdida, una ciudad engalanada para una gran fiesta. Miles de fuegos resplandecían como estrellas incandescentes. Les sorprendió el silencio de la muchedumbre, la calma aparente de aquel enorme despliegue. Más que un ejército, los murrianos parecían un pueblo que emigraba en bloque. En el centro se habían plantado las tiendas de mayor tamaño. Vistas desde la distancia, las tiendas parecían grandes lunas de plata y oro que se hubieran estrellado contra el suelo. Alrededor de este núcleo de semiesferas brillantes giraban decenas de pequeñas aldeas de toldos que dibujaban sobre la tierra círculos delimitados en los que ondeaban, iluminados por las llamas de las hogueras, estandartes alargados como cuchillas oxidadas. Las distintas centurias de murrianos rodeaban el corazón del asentamiento donde dormían las

Reinas, indiscutidas. Allí donde miraran todo era orden y templanza. Era evidente que hacía varias jornadas que se habían instalado en el fondo del valle, quizá esperando la llegada de nuevos contingentes. Aún así, las fuerzas concentradas en ese punto encogieron las almas curtidas de los exploradores grises hasta tal punto que tardaron un buen rato en abrir la boca.

—Es una pesadilla. Una pesadilla perfecta —murmuró un jinete.

—Contad las tiendas...—ordenó a media voz el alférez—. Tú, cuenta los ciervos de combate, y tú, intenta adivinar cuantas bombardas ves. Llevo cuarenta y dos y no he acabado.

Ni tan siquiera habían excavado una trinchera ni erigido una empalizada que los protegiera. No les hacía falta alguna.

—Han vaciado la capital y cada una de sus colmenas... No pueden ser tantos.

En la noche se oyó el bufido atronador de uno de los muchos rinocerontes que los murrianos traían consigo. Al fin, el alférez hizo la señal de repliegue.

—Los que vais a caballo. Volad hacia el fuerte de Muringia y contad lo que habéis visto. Debemos cumplir las órdenes. Nos va la vida, nos lo jugamos todo —afirmó el oficial—. ¡Todo! El resto os seguiremos con los renos y cerraremos el camino, por si aparecen los jinetes de Ulak. Venga, ¡sin tardanza alguna!

****

—Durante un tiempo los murrianos llegaron a controlar el Mar de los Anónimos y el Mar de Istal. No, no te preocupes por eso —dijo Arisas, refiriéndose a la muralla marítima—. Las tareas de reconstrucción de los tramos oeste y sur son las lógicas, Leos.

Arisas se ajustó el grueso jubón. Las olas picaban con furia contra el muelle, impulsando tierra adentro ráfagas de aire frío.

—Fijaos en ese navío —señaló Leos—. Viene de los puertos rojos.

Desde que el ejército de Serlan tomó la capital, el puerto era un frenesí de barcos arribando y partiendo. Nunca antes los embarcaderos habían vivido tanta actividad. El tesoro requisado a los murrianos, la necesidad de hombres y materias, habían convertido los embarcaderos en el corazón palpitante del condado.

—Más hombres y mujeres atraídos por la promesa de la tierra —El antiguo escriba no dejaba de mirar el mar en el que danzaban decenas de mástiles.

—Es un hermoso barco —añadió Eszul—. Un navío repleto de esperanza.

—Vienen por un sueño —añadió Arisas—. Sin el sueño, jamás

hubiéramos conquistado de nuevo Vamurta.

Leos lo miró con expresión desconcertada, y eso que desde que se habían conocido, estaba más que acostumbrado a ese modo de hablar del segundo de Dasteo. Luego, meneó la cabeza: —No, no te entiendo.

—La esperanza nos guía, Leos, además de los arcabuces, el oro y la espada afilada sostenida por miles de almas que Serlan De Enroc, guiado por la fortuna, fue capaz de aunar. A veces pienso que sin proponérselo al principio, por lo que me han contado los veteranos. Sin el soplo del deseo de volver, no estaríamos aquí. Yo me hubiera perdido en el desierto de Aicar, junto a tantos otros. Dasteo, al que ya conoces, también sueña. Sueña mucho. Por eso nos guió, como tu estratego. Sin el fuego de la esperanza, sin ese horizonte, no hubiéramos sido audaces. Y sin audacia nunca hubiéramos tomado una fortaleza como Orcómeno, que era inexpugnable, decían.

Arisas cerró los párpados, sintiendo el aire en el rostro, escuchando la estruendosa música del oleaje. Rememoró cómo se adentraron por la acequia que alimenta el lago subterráneo de la plaza fuerte. Un camino minúsculo y no vigilado. Se descolgaron y saltaron sobre el depósito de agua, cayendo sin apenas hacer ruido un centenar de guerreros para tomar uno de los bastiones de la superfortaleza con el fin de anular el fuego de las bombardas y arcabuces de ese saliente en las defensas. Así, se dejaba un ángulo ciego durante un breve lapso de tiempo, el suficiente para que las fuerzas ocultas de grises, hombres de cera y pueblos del mar abandonaran su escondite y se lanzaran a la carrera hacia el bastión, llevando largas escaleras portátiles. Así se tomó Orcómeno, con astucia y gran celeridad, pues Dasteo y los infiltrados no hubieran podido sostener la posición durante mucho tiempo con toda la guarnición murriana acosándolos.

—¡Pero qué estoy diciendo! Hablo de sueños, y en cambio, tú, Leos, fuiste el primero en hacer ondear una bandera sobre esta ciudad. Eso también lo sé, jovencísimo abanderado. De ti me contaron.

Leos acarició a la mascota. Cada vez que recordaba el asalto, le temblaban las piernas, revivía el horror del combate. No se atrevía a confesárselo a nadie ni a decir mucho ante aquel de quien, se decía, era capaz de saber tantas cosas antes de que sucedieran. El aspecto imponente y al mismo tiempo inquietante de aquel hombre alto, de facciones angulosas y ojos hundidos, cuyas enormes manos de dedos esqueléticos se movían como ramas de un árbol oscuro mecido por el viento, no ayudaban a que Leos se decidiera a hablar. De algún modo, Arisas le recordaba a su propio padre. En cambio, aquella mujer de tan pocas palabras con la que había coincidido durante la travesía y que el conde tenía en tanta consideración, Ulam, despertaba en el joven sentimientos olvidados, una confianza intuitiva. Ulam conseguía hacerle desear el fuego de un hogar, la paz de una casa, los cuencos de

leche caliente en las frías mañanas de un invierno que no tardaría en llegar. La mujer sonrió.

—No avasalles al chico. Lo dejarás mudo y no nos contará más historias de ese bosque mágico que conoce tan bien. ¿No tenéis hambre vosotros dos? ¿No prometimos al conde ver y oír aquello que a los otros les pasa desapercibido?

—Está bien, mi señora. ¿La Taberna del Corredor le parece un lugar adecuado para su excelente majestad?

—Eso está en la otra punta de la ciudad —protestó Ulam.

—¿No debemos ver, escuchar y corregir? ¡Es nuestro cometido! —exclamó con fingida teatralidad el antiguo escriba.

Por las calles y plazas de la capital quedaban los rastros de la dominación murriana. Nadie había tenido tiempo de borrar de la piel de los edificios una filigrana, un arco de doble rotura, un dosel multicolor. Los ídolos sí, los estandartes, también, rasgados y pisoteados. Los nuevos templos subterráneos saqueados y tapiados. Aunque allí donde iban quedaba una huella imperceptible o una muestra de la nueva arquitectura, orgánica y grandilocuente, que había comenzado a extenderse como una trepadera voraz por doquier. Lentamente, los nuevos señores de Vamurta empezaban a cambiar la ciudad, embelleciéndola con nuevos colores. Aunque era poco el oro que se destinaba a aquellos menesteres.

Los hombres y seres de todas las razas soñaban con un nuevo amanecer. Pero a Arisas y Ulam no les pasaba inadvertido que algunos saludaban el nuevo orden con fingido entusiasmo.

—Estas calles, todo esto. Incluso el gesto de ese hombre que acaba de pasar, fijaos en la expresión de aquella mujer —dijo Ulam—. Es muy distinto a cuando yo era una chiquilla y alguna vez mi padre me llevaba a los mercados de la capital. Dos guerras han sangrado estas tierras. Vamurta ha perdido.

—Por suerte nos acompañan los vesclanos, los rojos y mis amigos de cera, aunque sean tan pocos —añadió Arisas, con expresión divertida—. Y hasta estos hombres tatuados de los pueblos del mar. Sin ellos…

—Seríamos pocos, ¿verdad? —intervino Leos, que intentaba disimular la satisfacción que le producía observar la sorpresa en los transeúntes al ver a su mascota.

El viento silbaba por las calles empedradas, haciendo volar la hojarasca. Poco a poco, los habitantes del gran burgo volvían a sus casas para refugiarse en una estancia caliente. Los nubarrones del cielo descendían hacia la tierra con suprema lentitud, hasta casi tocar las calles frías.

—¿Estáis muertos? ¿No os apetece una jarra de vino y una mesa

de taberna bien caldeada? —propuso Arisas.

—Esa es idea mía, Arisas. No te la atribuyas. Pero antes hay que cumplir. Llegar hasta la muralla sur y observar. Así podremos ofrecerle al conde otro parte sobre los trabajos en las defensas.

Dejaron atrás la nueva Casa de la Moneda, donde se acuñaban nuevos darmas, pasaron por el Mercado de las Básculas, desierto de comerciantes y compradores. Cruzaron las nuevas avenidas que habían abierto los murrianos derribando viejos caserones. De las armerías de la asamblea salían espesas columnas de humo que se confundían y mezclaban con el cielo encapotado que amenazaba con aplastar la gran urbe. Ulam todavía se sentía confundida al ver a tantas razas mezcladas en su antiguo hogar, donde sirvió a Ermesenda, después de que Serlan De Enroc la encontrara tras ser arrasada su aldea natal. Cerca de la Puerta Sur se cruzaron con un escuadrón de la Falange Roja. Eran los hombres que renovaban los antiguos juramentos tras un largo cautiverio, tras tanto sufrir en las minas de Andonin y Horrus.

—Dasteo no ha perdido el tiempo —comentó el escriba viendo a aquellos magníficos soldados—. Aunque, o me falla la vista o han perdido el orgullo, la altivez de antaño.

—Han probado durante mucho el látigo de la esclavitud. Fueron vencidos —le recordó Ulam—. Obligados. Trabajaron bajo tierra, ocultos a la luz del sol.

Leos, en cambio, tenía otra opinión. La visión del nuevo Batallón Sagrado le infundó una ciega confianza en la fuerza del condado. Con aquellos guerreros rasurados, de mirada imperturbable, la inviolabilidad de Vamurta le parecía incuestionable.

Tras un largo paseo, llegaron cerca de los tramos del perímetro amurallado donde se centraban las tareas de restauración. Allí donde las tropas comandadas por el capitán Álvaro habían hecho saltar por los aires parte de las defensas. La visión de los murrianos sometidos que eran forzados a volver a levantar las murallas que una vez los protegieron a ellos, los entristeció. Aquellos que se habían rendido, que habían roto el código que les exigía luchar hasta el último soplo de vida, obedecían a maestros constructores grises y vesclanos. Las miradas bajas, las cabezas agachadas, el espíritu mustio. Ni tan siquiera Arisas los odiaba a todos. Mucho había visto del mundo para eso. Junto a una montaña de sillares recién tallados para ser izados, maniatado a una de las vigas de una grúa, un murriano enjuto de largas trenzas sucias y azuladas por la edad, esperaba el castigo del desobediente. Algo había dicho, contra alguien había opuesto aquella mirada del color de la laguna engarzada en la fronda.

—La asamblea decretó que un ciudadano de Vamurta, sea de la

raza que sea, nunca pueda perder las tierras que le fueron otorgadas tras la conquista. La tierra no puede ser endeudada. En cambio, tenemos esclavos. Ya sé, ya sé… Se lo merecen, en parte, pero aún y así, decretamos para los vencedores.

Ulam miró al segundo de Dasteo algo sorprendida. Aquel hombre relativamente joven y desgarbado, que en ocasiones podía ser hasta desagradable, sin duda tenía voz propia.

—Todo es muy reciente —dijo la mujer—. Dejemos que las lunas se sucedan. Entonces este cauce desbordado volverá al lecho del río.

Siguiendo el amplio adarve que transcurría tras la almenas, fueron acercándose a la Puerta de Oriente, donde hubo la torre que le dio nombre. Nada quedaba de la antigua fortificación, alta y solemne. Muros de gran grosor y torres bajas cimentadas sobre ángulos cerrados habían substituido el obsoleto perfil defensivo. Las bombardas que habían dejado los pueblos del oeste se sucedían con precisa regularidad a lo largo de los muros y los bastiones que sobresalían del trazado como pequeñas penínsulas puntiagudas, mirando las bocas de metal el horizonte lejano. Las serpientes de bronce que custodiaban las ánimas de los cañones semejaban deidades petrificadas para siempre. Las huertas que rodeaban la ciudad habían perdido la vistosidad del verano y sobre la tierra vacía predominaban los ocres densos, los grises despoblados y un entramado de tonos sombríos que entristecían el círculo de pequeñas explotaciones agrarias diseminadas en la cercanía. Más allá y hacia el norte, valles y sierras empezaban a elevarse como si un colosal dragón, en cuyo lomo brillaban amarillos fulgentes y bermellones sobre el tapiz de hojas verdes de chopos, encinas y robles, quisiera levantar el vuelo para emprender un largo viaje hacia el más allá.

Leos se frotó las manos. Pronto necesitarían guantes. Los estandartes del dragón rojo y la antigua golondrina de Vamurta, que enarbolaron desde Orcómeno, ondeaban junto a silenciosos centinelas. Nadie se había atrevido a proponer una única bandera. Los retenes de artilleros, quietos cerca de los fuegos, intentaban pasar la tarde sin quedar entumecidos.

Ulam, oteando las lejanas masas boscosas que se extendían hasta confundirse con el cielo plomizo, les anunció algo:

—Pronto abandonaré Vamurta. Quiero, ahora que nada me ata, volver a mi pueblo, en el oeste. Nací y crecí allí, y supe que volvió a ser reconstruido. Hay unos amigos que me esperan desde hace demasiado tiempo. Nada saben de mí.

Arisas la escuchó extrañado. Leos señaló unas nubes de polvo en lontananza. Un nutrido grupo de jinetes se acercaba con inusitada velocidad hacia la puerta oriental.

—No podrá ser, todavía, Ulam. No podrá ser —musitó el antiguo


escriba.

## 61
## el halcón vuela en círculos

El halcón se elevó arriba, muy arriba para volar en círculos sobre la destrucción. Decenas, cientos de columnas de humo y fuegos ardían dentro y fuera del anillo amurallado de Vamurta, destellantes en la madrugada que antecedía a un día helado de otoño. El ave oteaba desde un cielo apenas iluminado por un haz de luz brumoso. Bajo las alas, la tierra parecía hendida y quemada por una catástrofe, por algo que superaba la capacidad de los vivos. Por doquier contemplaba los restos de los combates. Decenas de cuerpos abandonados estaban esparcidos en los alrededores de la ciudad. Unos puntos negros, oscuros, que parecían agruparse justo donde empezaba el sector norte de las defensas. Hormigas aplastadas, cuerpos vacíos. Allí todavía se mantenía parte del muro original que construyeron los hombres grises, desmoronado por la artillería de sitio que los murrianos habían transportado en número inimaginable. El lienzo de piedra convertido en polvo. Aquello que los sitiadores habían destruido no era una brecha, era un mar abierto por el que podría pasar un pueblo entero que decidiera emigrar a un lugar más seguro. El halcón se inclinó en el aire, acercándose a las formaciones de murrianos que desayunaban absortas, en silencio, antes de proseguir el ataque cuando recibieran la orden mediante señales de bandera. Cientos, miles de murrianos. Tantos que de ellos podía decirse que eran una civilización en el camino. Entre los hombres grises se rumoreaba que habían abandonado la capital, las aldeas, todo lo que habían construido, pero nadie estaba seguro de nada. Merced a la pólvora, el asalto avanzaba rápido. Pronto el manto del invierno cubriría los campos y haría muy difícil proseguir el asedio. La noche había resultado una pesadilla. Las incursiones se habían sucedido, a ciegas, y habían sido repelidas con enormes dificultades. La brisa que del mar viajaba tierra adentro no había podido barrer el hedor a carne herida. La sangre colmaba la piedra. Olía a muerte, a metal y cuero chamuscados.

Aquella mañana que se avecinaba la ciudad dejaría de temblar, acongojada. El estratego había decidido mostrar todas las cartas, incluso aquellas que había escondido a los pueblos del oeste para hacerles creer que poseían una absoluta superioridad. La primera de las líneas de trincheras murrianas que cortaban las huertas como un navajazo estaba muy cerca. Las Reinas nada sabían, además, de la llegada de un ejército de mercenarios que Dort Riala había contratado a toda prisa en las tierras de las colonias.

Las cientos de cabezas apelotonadas cerca de la brecha se giraron hacia atrás. De las calles de Vamurta llegaba un retumbo regular, drástico. Los cascos de acero helado oscilaron como flores en un jardín metálico. Los vesclanos, grises y rojos que defendían el sector a ras de suelo, dejaron de vigilar a las líneas murrianas, fijando la atención en la retaguardia, en las calles desiertas. Ninguna música los anunciaba, tan solo ese golpeteo hipnótico contra el suelo. Los defensores se apartaron a los lados, para dejar espacio. Se apretujaron todavía más, si esto era posible. El primero en abandonar el perímetro amurallado de Vamurta fue Dasteo Cenrala, al frente del Batallón Sagrado, alto, majestuoso. Le siguieron una compañía de arcabuceros grises y otra de piqueros que sortearon los cascotes humeantes y las pilas de cadáveres. El desfile parecía interminable. Aquella aglomeración de almas, Vamurta, que parecía tambalearse, se había revuelto para ponerse en pie, una vez más. En lugar de acometer contra las líneas de trincheras, Dasteo se dirigió a la derecha, allí donde había un hueco entre ellas, ensanchando la ruptura del frente a golpes y tajos con las pesadas alabardas que manejaban los circunspectos hombres a su mando. Retronaron las primeras descargas de los arcabuces de rueda. Los retenes de murrianos apostados en primera línea huían a la carrera hacia el oeste, donde eran fuertes. Seguían abandonando la urbe multitud de regimientos y batallones que evitaban el combate. El objetivo era desplegarse en los cerros cercanos, que bordeaban la muralla norte. En los campamentos murrianos sonaron los grandes tambores de guerra. Las alarmas se multiplicaban, los guerreros corrían a tomar las armas y abrocharse las corazas. Los oficiales se desgañitaban y las banderas de las centurias, como pájaros en reposo que descubren, sorprendidos, una amenaza, se agitaban en el aire con desesperación. Los hombres grises se encaramaban a las alturas con insultante facilidad y empezaban a arrastrar pesadas bombardas tiradas por bueyes y grandes renos que pisoteaban la tierra abierta, despanzurrada. La artillería de plaza que miraba hacia el mar y al sur había sido desmontada y los soldados de Serlan De Enroc la trasladaban a un punto desde el que podrían batir a los asediadores. Si la maniobra se completaba, el asedio quedaría gravemente comprometido.

El halcón, indiferente, dejó de volar en círculos. Viró y picó, en vuelo grácil y veloz que perforó el cielo anaranjado y limpio, dirigiéndose a una de las torres de la muralla, donde se posó con suavidad en el brazo de Ermengol, que impertérrito, contemplaba junto al estratego la amplitud de aquel arriesgado desplazamiento de fuerzas.

****

Sara espoleó su caballo manchado. La bestia respondió ganando velocidad. Junto a ella, una guerrera robusta sostenía la bandera del dragón rojo, seguida por cientos de monturas que atronaban en el camino polvoriento.

—¡A fe que llegamos tarde a la fiesta! —graznó la capitana a los jinetes—. Al último lo cortaré en rodanchas, como un cochinillo.

Delante de ella, cuatro murrianos de Ulak intentaban escapar a toda velocidad. Los ciervos de combate eran más rápidos que los renos, pero nada podía compararse a la potencia de aquellas monturas que compraron a los hombres blancos y que habían criado durante tanto tiempo. Ya no importaba nada, si aquellos enemigos se escabullían, de poco serviría lo que pudieran contar a las Reinas. El tiempo apremiaba, el tiempo era un huracán silente que todo se lo llevaba por delante. Hombres, animales, castillos, praderas. Sara lo sabía, era tarde. Aún así, desenfundó con la mano derecha una de las dos largas pistolas de rueda que colgaban a lado y lado del pecho del caballo, mientras que con el gancho negro de la mano izquierda sostenía las riendas. El bosque cerrado que cruzaban se desdibujaba a los lados como una pintura dejada bajo la lluvia. Estaba a distancia de tiro, era casi un disparo a bocajarro. Podía oír el jadeo de los perseguidos, el afán por escapar de la muerte. A galope tendido, alzó el arma con cuidado y apuntó a la espalda del murriano que encabezaba la escapada. Soltó aire a la vez que apretaba el gatillo. La explosión la cegó un momento. Cuando la nubecilla se disipó vio al jinete de Ulak que seguía cabalgando, pero la cabeza rozaba el suelo y las piernas, enredadas con la silla y las riendas, flotaban hacia arriba. Sonaron otras deflagraciones a su alrededor, respondiendo a la primera. Los ciervos del oeste siguieron corriendo, libres de carga.

—Callaos, ¡por todos los dioses!, callaos de una vez —masculló Sara.

Habían aminorado en algo la marcha. No era fácil detener con suavidad a más de tres mil jinetes. Y más, con impedimenta, pues cuando el nuevo consejo de Vamurta había sabido que los murrianos no iban a renunciar tan fácilmente a las costas del este, la primera medida del estratego había sido sacar a la caballería de la ciudad. Hacerla desaparecer, como si nunca hubiera existido. Sara, entonces, tuvo la sensación de que el conde había previsto el asedio antes de que se convirtiera en terrible realidad.

—Mi señora —insistió el veterano capitán del tercer regimiento, que se había adelantado hasta la cabeza de aquel pequeño ejército—, las monturas han de descansar, comer y beber. Vamurta está todavía muy lejos para llegar en una sola jornada.

—¿Creéis que no lo he pensado? Muy bien, vamos a parar en esos pastos de ahí arriba. Que coman hierba y cebada. Mientras, nosotros estiraremos las piernas e, incluso, podríamos dormitar bajo un árbol —contestó Sara, sin dejar de cabalgar, muy derecha sobre la silla y con la celada colgada de la cintura—. Pasamos la noche, perfecto. Y mañana, cuando avistemos las murallas de la ciudad ya podemos dar media vuelta porque nada quedará allí excepto miles de murrianos eufóricos tras pasar a cuchillo a los nuestros y haber bailado toda la noche con sus calaveras. ¿Recordáis lo que contaron aquellos jinetes que los vieron acampados?

El oficial se mordió el labio. Las órdenes eran estrictas. Al mediodía, tras la segunda luna creciente, los estandartes de la caballería debían ondear tras las líneas murrianas, justo en el culo de aquel ejército invasor, para atizarlos sin piedad.

—Tengo dudas, como todos. ¿Quién no las tiene? Solo a los locos no les alcanza la incertidumbre —aceptó Sara de Artá—. Puede ser que hayan intuido esta maniobra envolvente y que una barrera de picas y arcabuces nos esté esperando para cuando asomemos el hocico. Pero, por Onar misericordioso, no es una mala idea aparecer a sus espaldas y preguntarles qué hay para cenar.

El oficial asintió, cerró el yelmo y volvió con sus hombres. Tampoco podían hacer otra cosa. Habían alcanzado Arbot, la única capital de Marca que tras pasar a manos murrianas había sido recuperada por los que se habían quedado, por los supervivientes de la primera guerra. Las tropas de Dort Riala que intentaban controlar la región se habían retirado para defender Vamurta. Así, Arbot había quedado asediada de nuevo por los pueblos del oeste. Cerca del burgo, los jinetes de Sara habían caído como una tromba sobre los escuadrones murrianos que expugnaban la pequeña urbe, sorprendiendo al enemigo. Tras recuperar la ciudad, se habían aprovisionado con prisas, y hasta habían amenazado a la guarnición debido a la lentitud con que los proveían. Luego, habían vuelto por la Vía de Nimar, rumbo sur. El viaje de ida y vuelta no tenía otra intención que convertir a los miles de jinetes en invisibles a los ojos del invasor, que creería que las fuerzas montadas seguían acuarteladas en Vamurta, a la espera de órdenes.

Como un acordeón de metal gigantesco, la larga columna de caballería se contraía o dilataba según el serpenteante trazado del camino. Cuando despuntó el amanecer, tuvieron que renunciar a la discreción. El ruido de los regimientos al devorar la distancia que los separaba de la vieja capital era atronador. De lejos semejaba ser un desprendimiento. Las piedras saltaban del camino y la polvareda que levantaban podía distinguirse desde muy lejos. Tras abandonar un

bosque de encinas, cruzaron una pequeña llanura de campos recién abandonados en los que vieron altos molinos blancos cuyas aspas seguían girando lentamente. Al final de la llanura, antes de la siguiente fronda, distinguieron unas figuras lejanas que controlaban el paso. Sara hizo una señal, moviendo en círculos el negro muñón metálico. Los cuernos ulularon. Se oyó un siseo agudo que se multiplicó; las espadas abandonaban el refugio de las vainas y relucían en la mañana, apoyadas sobre los hombros de los jinetes, resplandecientes bajo el sol. Cuando se acercaron a la barrera custodiada por dos batallones de infantería enemigos, los murrianos empezaron a correr campo a través, veloces y ágiles, en todas las direcciones como una manada de gacelas asustadas por el león.

****

Ermengol arqueó una ceja y señaló algo a Serlan De Enroc. Ambos, apostados en una torre, contemplaban el despliegue. Esperaban que los soldados y las bombardas que empezaban a ubicar sobre los cerros consiguieran empujar al invasor hacia el sur. Si los murrianos se veían obligados a replegarse, podría entrar en liza la artillería situada cerca de la Puerta de Oriente, cambiando el destino de la contienda. El conde, rodeado de su guardia, prestó atención a aquellas manchas opacas que se removían entre las decenas de filas de las centurias apostadas delante de la ciudad. Las huestes del enemigo se revolvían en la madrugada inhóspita.

—Están preparando a los ciervos de Ulak, también las Reinas parecen haber despertado de su sopor.

—Sí —añadió Ermengol—, pero también están agrupando a los rinocerontes de carga. Fijaos, están todos juntos y cada bestia lleva a un murriano sobre el lomo.

—¿Para qué van a....? Sería un ataque suicida… ¡Onar!, los van a utilizar como a un ariete.

—Para cortar el cordón que une a los soldados en las murallas con la artillería del cerro. Para partirnos en dos. Apuestan fuerte —rubricó Ermengol sin cambiar la entonación de su voz. El antiguo sacerdote puso una mano sobre el hombro del estratego —. Hay que impedírselo. Llevadme hasta allí, llevadme hasta la tierra.

—Apartad, hijos de perra, ¡apartad! —gritaban los hombres de la guardia del lago. Serlan y Ermengol, escoltados, descendían a toda prisa las escaleras de la torre—. ¡El conde se dirige a primera línea! Apartaos si no queréis probar el acero de la guardia… Fuera, ¡dejad paso libre al estratego!

Los guerreros de las distintas razas miraban asombrados, bajo los primeros rayos de un sol helado, al que debía ser conde de Vamurta y que había renunciado en favor de la asamblea, pasar entre ellos; la coraza de piel de sircard llameante dirigiéndose hacia el combate; el conde seguido por un jovencísimo abanderado que llevaba una extraña mascota y por el consejero, aquel hombre de apariencia senil que caminaba apoyándose en un gran cayado. Cuando salieron a los campos, dejando atrás la ciudad, el estruendo del campo de batalla los alcanzó. Se mezclaron con los cientos de soldados que seguían saliendo en formación para ocupar las colinas y asegurar el vacío, la tierra de nadie entre los muros y los altos, chocando con otros, ensordecidos por las cadenas de explosiones en uno y otro bando. Una bala de piedra impactó cerca de ellos, levantando y esparciendo tierra húmeda. El estratego detuvo a algunas unidades de piqueros y arcabuceros, para que se quedaran entre los que ascendían y los que aguardaban tras los muros. Entre los empujones y la confusión de los aceros, mandó mensajeros al capitán Álvaro y a Dort Riala, que todavía no habían salido de Vamurta. Cogió al chico y se agachó hasta la altura de los ojos:

—Leos, una vez más confío en ti la buena suerte de todos. Sube hasta la loma. Ahí están Dasteo Cenrala, Arisas y los de la Falange, junto a otras unidades. Están consolidando una posición ventajosa —una seca descarga de arcabuces interrumpió la conversación—. Diles, diles solo esto: si movemos el estandarte del dragón tres veces a la derecha, deben descender y cargar contra lo que venga hacia nosotros, ¿sí?

El chico asintió con la cabeza. Serlan le dio un abrazo. La comadreja gigante seguía a su joven amo cuando este se perdió entre las miles de armaduras relucientes que empezaban a ordenarse al pie de los bastiones de la ciudad. Detrás de los cascos oscuros, las miradas de muchos escrutaban los pasos del enemigo.

A menos de un tradio de la posición de Serlan y los suyos, vieron como los murrianos agrupaban a los rinocerontes, a todos los que tenían, más de dos centenares. Las bestias emitían gruñidos secos mientras los extraños jinetes los azuzaban con las puntas de largos cuchillos. Detrás y a los lados, formaciones de infantería se preparaban para ensanchar el camino que abrieran. Escoltadas, se perfilaban en la retaguardia de aquel ataque unas gigantescas guerreras, que se adivinaban por la altura de los yelmos empenachados.

—Ahí están, amigo mío —susurró Ermengol—. Debemos darnos prisa, ¿podrías ayudarme? No tengo fuerza para sacarme los zapatos.

El estratego miró el gran boquete por donde habían salido. No veía a Dort Riala ni al capitán Álvaro, todavía. Ayudó a Ermengol a

quitarse los zapatos y desenredar las telas que protegían, enrolladas, los pies de un gris lívido del consejero. El antiguo sacerdote enterró los dedos en la tierra fría, que lo recibió.

Leos corría colina arriba entre los silbidos hirientes de las balas y los desgarradores vuelos de las saetas, lanzadas desde balistas estrambóticas y certeras que los murrianos empezaban a manejar contra las masas de defensores. Resbalaba sobre la hierba, todavía cubierta de rocío, volvía a levantarse, sin sentir el peligro que era dar cada paso. El capitán de todo aquel grandioso ejército le había encomendado una misión, a él, apenas un chico extraviado nacido en un bosque mágico. Escoltado por tres severos miembros de la guardia del lago, alcanzó la posición que guardaba la Falange Roja, en la cima del cerro, protegidos por unos pocos árboles solitarios. Tuvo la resolución suficiente para dirigirse a aquel hombretón de facciones toscas y nariz atrofiada que se mantenía al margen de los chasquidos acerados de los combates. El capitán del Batallón Sagrado lo escuchó sin decir palabra, hasta que lo despidió: «Vuelve junto al conde, Leos. Y no esgrimas arma alguna al frente de los hombres grises. Sostén la bandera, no luches ni te expongas. Todos ya conocen tu nombre». Cuando el muchacho empezaba a bajar se giró al oír la voz grave de aquel que tomó Orcómeno, hablando a los hombres:

—Parecéis escobas tristonas abandonadas en un rincón, hijos de Onar. La lucha nos espera y no veo a ninguno de vosotros preparado. ¡Cantad, alegrad vuestras almas! ¿Quién os hubiera dicho hace no mucho que estaríamos juntos otra vez, enarbolando la golondrina negra, cubiertos del acero rojo que nos bautiza? ¿Quién lo hubiera dicho? Ayer éramos lo que sobraba del mundo. ¡Hoy somos los primeros y somos los últimos!

Los guerreros que esperaban sentados dominando aquella altura, apartados del lugar donde se cruzaban las espadas, algo avergonzados por las palabras del oficial, iniciaron los cantos aprendidos en las noches de cuartel. Canciones que otros ya cantaron, transmitidas por los veteranos a los jóvenes durante generaciones. El viejo compañero de Dasteo, Montal, liberado tras la toma de Orcómeno, se incorporó, arengando también a los soldados. Poco a poco se recompusieron. Unos ayudaban a otros a peinarse, con alegría fúnebre, para estar listos. Algunos se levantaban para que sus cantos fueran oídos mejor. Las cabezas acorazadas seguían las melodías, esperando el combate, la ocasión que se les negó durante el largo sometimiento.

Las tropas mandadas por el capitán Álvaro y los rojos de Dort Riala habían dado consistencia y profundidad a la línea de defensa que Serlan De Enroc quería mantener a toda costa. Cuando todavía no

habían terminado el despliegue, la tierra tembló. De allí, de las posiciones murrianas, partía la carga sin retorno de los rinocerontes, sangrados y pinchados por los propios murrianos a fin de enfurecerlos. Una masa cerrada y blancuzca que avanzaba hacia los defensores, ganando velocidad como una ola que llega de mar adentro y que la playa no podrá detener. Las bestias hundían la cabeza, amenazando con los grandes cuernos, desplazando unos cuerpos pesados, duros como rocas. Ermengol, enervado, musitó vocablos inaudibles a la vez que sostenía el báculo con fuerza. En el vacío de tierra baldía que separaba a los dos ejércitos aparecieron saturaciones de agua, como si acabara de llover. Serlan, inquieto, miró a su amigo, sin que el fragor de la lucha se detuviera ni un solo momento. El antiguo sacerdote parecía estar a punto de estallar, el cuello inflamado como si en aquel instante estuviera siendo estrangulado. En el suelo empezaron a formarse pequeños charcos de agua. Los rinocerontes seguían avanzando aunque, por mucho que los jinetes suicidas los aguijonearan con las lanzas, perdían velocidad. Daba la impresión de que su propio cuerpo les pesara en demasía. El agua escondida en las entrañas de la planicie afloró y comenzó a inundar la tierra de nadie, convirtiéndola en un barrizal. Las testas de las bestias oscilaban en el aire con impotencia. Los animales jadeaban con desesperación. A poca distancia de las filas de los grises, las cortas patas se hundían en el fango, atrapadas, intentando inútilmente avanzar. Los vientres de los rinocerontes besaban el suelo tierno.

El desconcierto había hipnotizado a los contendientes, que habían dejado de acosarse. Asimilando que aquellas formidables monturas habían quedado varadas, los piqueros que defendían Vamurta se precipitaron como salvajes en los bordes del barrizal para herir de muerte a los rinocerontes, que resoplaban y se debatían, antes de morir.

La mañana avanzaba y las arengas de los capitanes se sucedían. Se había creado un nuevo frente desde los muros derruidos hasta los cerros, de sur a norte, en el que los cuadros de piqueros y arcabuceros avanzaban y retrocedían según la suerte. Con tesón, las fuerzas de ambos bandos se encontraban y separaban hasta el agotamiento dejando tras cada choque un sinfín de cadáveres entre los cuerpos de los rinocerontes medio hundidos en el barro, que se secaba a medida que el sol ascendía en el cielo. Ermengol, consumido y sin habla, fue retirado del campo de batalla y llevado en litera a la Ciudadela, en la que Leandra y otros notables contenían la respiración en un silencio que únicamente era roto por la llegada, cada vez más errática, de mensajeros trayendo nuevas. Mientras los grises habían movilizado todos los efectivos, las tropas de reserva murrianas seguían intactas.

La única ventaja para el ejército del dragón y la golondrina eran las bombardas reubicadas en las colinas que habían empezado a abrir fuego sobre las posiciones de los asediadores.

Estaban dispuestos. Hombres rojos de largas trenzas y armaduras negras a las que sobreponían mantos de piel. Los rostros barbudos, de largos bigotes. Las mejillas manchadas por la tierra levantada por los impactos de artillería. Sobre las trazas pardas y los tatuajes que subían como trepadoras hasta la mandíbula, rastros de sangre. Flanqueándolos, piqueros y arcabuceros mercenarios llevados desde las colonias, una mezcolanza de razas mandadas por veteranos de las fronteras. Dort Riala se apiadó y pidió, con voz queda, clemencia a Tamboras. Observó a la hueste una vez más, antes de dar la orden. Los guerreros rechinaron los dientes. A diferencia de otras unidades, el regimiento de choque de Dort tenía completa libertad para escoger los filos, a condición de que sirvieran para cortar el bosque de picas que danzaba ahí delante. Hachas de doble filo, enormes espadas flamígeras con grandes arriaces, alabardas cortas cuyas cuchillas podían partir una coraza, mazas cortantes que partirían en mil pedazos las lanzas del enemigo si conseguían inmovilizarlas en combate estático. Para eso estaban los mercenarios, para con las lanzas fijar sobre el terreno a los cuadros de infantería murriana hasta que los de Dort Riala abrieran brecha y pudieran llegar al corazón del cuadro, donde estarían los arcabuceros de los pueblos del oeste, que destriparían a placer.

—Dort Riala está a punto de romper los cuadros —dijo Serlan a Eszul, que había salido de la ciudad llevándose consigo a los últimos batallones que defendían la brecha.

—Sí, han roto las barreras de picas, ¡fijaos cómo hacen correr a los arcabuceros! —exclamó la Bálkida, esperanzada.

—Si dividen en dos a los murrianos, haremos bajar a Dasteo de la colina —sentenció el conde—. Entonces seremos irresistibles.

Eszul y el estratego se miraron un instante, sonriendo, espada en mano. En el campo sonaron clarines y se propagó, más allá de los gritos y las explosiones, la vibración de los tambores de guerra. Hubo un movimiento de sombras detrás del frente enemigo. Luego intuyeron a un grupo que se movía veloz, hasta que pudieron distinguir a los jinetes de Ulak cayendo sobre los guerreros de Dort Riala, que faltos de lanza para protegerse, no les pudieron hacer frente.

La expresión de la mujer roja mudó. Las facciones elegantes se contrajeron, los labios de la Bálkida eran una flor mordida. Los rojos se retiraban con notable desorden, los heridos arrastrados por los más fuertes. Serlan no tuvo otra opción que mover a los dos regimientos de

piqueros y arcabuceros que contaban con menos bajas para cerrar el paso a los ciervos de combate del oeste, agrupados en un solo cuerpo.

A pesar del fracaso de aquella maniobra, el conde supo leer el caos que el ataque de Dort Riala había causado al enemigo. Los estandartes ocres y negros murrianos se habían convertido en un amasijo confuso. Cuando los hombres rojos hubieron escapado, alcanzando la retaguardia, el estratego ordenó preparar la gran ofensiva que debiera poner fin a la batalla. De una de las torres de Vamurta, un arquero gris lanzó al cielo una flecha de fuego verde. Una luz que se elevó hacia el azul fulgente, hiriéndolo, rutilante sobre las manchas opacas, sucias y abigarradas, de las formaciones del campo de batalla que se afanaban por encontrarse y batirse, en el desorden de un baile de muerte. El rostro grisáceo de Serlan siguió el destello que se desvaneció en la inmensidad. Todos vieron aquel haz de fuego, aunque muy pocos sabían que era la señal para que los jinetes de Sara, ocultos tras una colina boscosa, detrás de los murrianos, aparecieran para descender como una estampida sobre las desprevenidas columnas del enemigo. El hijo de Ermesenda oteó las elevaciones, en las que el ramaje de los árboles se movía calmosamente. Nada ocurría.

—Eszul, dad el aviso a todos los capitanes —dijo el conde—. Cuando Leos haga ondear el pabellón del sircad dará comienzo el ataque.

La Bálkida partió, seguida de su pequeña escolta de hombretones rojos, para impartir órdenes a viva voz. El fuego cruzado bajó en intensidad en un momento en que los dos ejércitos necesitaban respirar, antes de algo. Algo que no llegaba. Serlan empezó a temer por la suerte de su protegida. Imaginó una emboscada cerca de Arbot, algún subterfugio del enemigo que hubiera aniquilado caballos y renos. «De ser así», razonó para sí mismo, «algunas monturas habrían llegado hasta Vamurta, algunas sí, seguro». En la línea que formaban los cerros, tan parecidos que semejaban obra de una misma mano, dominaba una paz, un sosiego que contrastaba con la violencia del llano. El conde rememoró las antiguas leyendas que le habían contado de Taonos y de las Gargantas del Diablo, de las fuerzas ocultas que regían las tribus de montañeses. No podía ser. Una emboscada era la posibilidad razonable. O un inexplicable retraso. «Debo deshacerme de tales pensamientos que no llevan a ninguna parte». Todo el dibujo de la batalla que durante tantas jornadas habían trazado y debatido en el Consejo, con algunas discrepancias por parte de Lateas, que no veía claras las razones de salir a campo abierto dejando la protección de la muralla, se habían ido al traste. Toda la estrategia cuidadosamente elaborada, para nada. «Sara, ¿dónde estás? Sara…, ahora no, por los

dioses, no puedes estar muerta. No te lo mereces, tú eres la nueva sangre, ¡Sara, todas mis esperanzas!». Con los ojos húmedos pensó que podía haber caído, ella también. Serlan De Enroc levantó la cabeza y observó todo lo que lo rodeaba. Debía concentrarse en el presente. Detrás de la guardia del lago que lo custodiaba aguardaba el regimiento de Dort Riala, recompuesto, que volvía a cerrar filas. A ambos lados y delante de ellos, estaban escuadrados miles de piqueros y arcabuceros de todas las razas y procedencias. Eszul, corriendo entre ellos, Amalia y Janofas sobre los muros dirigiendo el fuego de las bombardas y de los arcabuceros allí apostados, Dasteo y el Batallón Sagrado, junto a otras unidades, sobre las colinas como centinelas de las bocas de fuego que diezmaban a los empecinados murrianos. El conde se acercó a Leos. En su mirada ardía la decisión. Dejó caer el brazo derecho y el muchacho movió sin cesar, de un lado a otro, la bandera del dragón. Era la señal.

La luz empezaba a difuminarse, dejando una pátina de cobre sobre todo lo que tocaba. El sol declinaba, anunciando la inminencia de la noche. En el cielo enrojecido ni un pájaro surcaba el aire. La tarde moría entre continuos estruendos. Sara hizo una señal y abandonó la vía de Nimar para trotar sobre un límpido campo de hierba, seguida por su regimiento de caballería. Formando un gran círculo ordenado, se sumaron el resto de unidades, auténticos espectros de metal acariciados por los haces broncíneos del sol. Los jinetes dieron de beber a las monturas. Los hombres grises, pues casi no había vesclanos ni rojos, susurraron unas últimas palabras a los animales, forjadas por el dramatismo del momento, a la vez que les daban de comer puñados de avena y centeno. No había tiempo para más. Los oficiales mandaban volver a montar.

Sara se enorgulleció de aquel despliegue de fuerzas, consciente de que rara vez conduciría a tantos orgullosos guerreros argénteos. Los soldados revisaban las largas pistolas, cerciorándose de que siguieran cargadas. Algunos enrollaban las capas y jubones de viaje para guardarlos en las grupas. Muchos se encomendaban a los dioses, que les ofrecían aquella oportunidad: entrar en combate contra aquellos que los habían sojuzgado. Sara, enérgica sobre la silla, alzó la mano para pedir ser escuchada:

—Nos acompaña la buenaventura. Lo que más temí, el silencio, no se ha posado sobre los campos que rodean Vamurta. Al otro lado de estas lomas ruge con furia la batalla. Los nuestros luchan por un mañana mejor. Decidme, ¿alguno de vosotros es capaz de medir el pavor que causaremos después de asomarnos a esas alturas para caer como una rapaz hambrienta sobre las filas murrianas? ¿Alguien de los

que estáis aquí puede imaginarlo? Yo tampoco… Vamos a ser…, ¡Onar escucha a tus hijos que vuelven a la tierra!, el martillo que cae y dobla el hierro de la batalla. Esto es lo que vamos a hacer. En vanguardia, los tres regimientos de renos. El mixto queda en reserva. Los tres de caballería os desdoblamos por el flanco derecho, envolventes, por velocidad. Así nos ocultaréis. Los renos barren la artillería, nosotros encontraremos una ventana abierta en las filas enemigas y por allí entraremos, como una avalancha. Antes, disparamos las dos pistolas apuntando al bulto. Luego, cerca del enemigo, sacamos las espadas, bien altas, antes de caer sobre ellos. Los de reserva intervienen ahí donde haya mayor resistencia. Y, dioses, recordad a todos los muertos. Este es el crepúsculo de la venganza. ¡Capitanes, soldados, ataquemos antes de que llegue la noche!

Sara espoleó a la montura. Como una flecha se dirigió hacia las suaves colinas redondeadas, hacia los bosquecillos de aquellas cimas que los separaban del tumulto. Cientos y cientos de jinetes la seguían, levantando los estandartes bien rectos, provocando un estruendo ensordecedor.

****

Las filas de guerreros del dragón rojo se abatían sobre los murrianos en franca inferioridad numérica. Si no lograban desequilibrar la batalla, los que sobrevivieran al ataque deberían encerrarse en la ciudad, tras los muros. El capitán Álvaro Telan, en retaguardia, los dirigía. Los choques se repetían en distintos puntos del frente con la intensidad de un mar embravecido rompiendo contra un acantilado inconmovible. Los regimientos, espoleados por sus propios gritos y el ritmo infernal de los tambores, luchaban a pecho descubierto. El combate, visto desde las murallas de Vamurta, era un constante serpenteo de hileras de soldados y lanzas que se arracimaban sobre los campos destrozados, entre nubes de las explosiones que se mezclaban con los cientos de banderas que flotaban sobre las cabezas sin que ninguno de los bandos consiguiera quebrar e imponerse al otro. En el horizonte, el ocaso hacía brillar lenguas rojas en el cielo que se desvanecían lentamente en la negrura.

Serlan De Enroc se ajustó la correa de la coraza de sircad y el casco puntiagudo. Las manos enguantadas palmearon el rostro barbudo. Frente a él, la niebla crecía e iba descendiendo hacia la llanura, creando la ilusión de que la contienda se partía en múltiples escaramuzas sin relación entre sí.

—Dort, el momento ha llegado —afirmó el conde.

El hombre rojo dejó escapar todo el aire que guardaba en los

pulmones. Los restos de su unidad se habían fusionado a la guardia del lago. Iban a abrirse camino a golpes para desmembrar al oponente. Dort Riala dio un abrazo rápido a Serlan.

—Por todo lo que juntos hemos vivido —dijo el hombre rojo—. Porque es de justicia y porque aquí, hoy, nace un sueño. Este será el lugar donde crecerán nuestros vástagos. Vamos allá.

Leos movió el estandarte como le habían indicado y los hombres grises y rojos se movieron hacia delante, hacia aquel caos, hacia la muerte o la vida, al mismo tiempo que, dejando a la artillería de los cerros sin protección, desde la izquierda descendía por la ladera el Batallón Sagrado, Dasteo al frente, para acometer en pinza a los murrianos.

El impacto de la carga de infantería, de la guardia y de los rojos de Dort sobre el frente de los pueblos del oeste, resonó en la llanura crepuscular. El metal golpeaba al metal de tal modo que el muro de escudos y lanzas murrianas se derrumbó. Como temía el conde, al fondo de aquel desfiladero que se abría ante ellos se perfilaron los cascos cuadrados, con sobrevestes, de las Reinas. Las gigantescas madres acorazadas que a la luz del ocaso se transformaban en sombras que no los dejarían pasar. Serlan, antes de acometerlas, por primera vez pensó que ellas eran supervivientes de un mundo que se evaporaba por el fragor del nuevo, el que él alimentaba. En los flancos del ataque del estratego, los arcabuceros vesclanos y grises se afanaban en cargar las armas cuando, por fin, las Reinas, decenas de ellas, se sumaron a la lucha. Tras el retumbo de una primera descarga el conde consiguió alcanzarlas. Los golpes de espada se sucedían, grandes alabardas danzaban en el aire y se oía el chasquido de látigos de hojas de acero. La avalancha del Batallón Sagrado las empujó hacia la izquierda, hacia la muralla, pero enseguida el cuadro enemigo se recompuso para desesperación de Serlan De Enroc, que entendió que en absoluto habían sido sorprendidas. Los cuerpos de los contendientes colisionaban entre sí y la lucha entre escuadras degeneraba en un voraz cuerpo a cuerpo. El hijo de Ermesenda se encontró solo frente a una de ellas, armada con una extraña barra de metal rematada con dos cuchillas sangrantes. Se estudiaron con las armas en alto. El conde observó las largas pestañas púrpuras y los ojos de fuego. Jamás había tenido una tan cerca. Tres acometidas con la barra de hierro bastaron para desequilibrarlo. Perdió pie. Un joven gris de la guardia acudió en su ayuda y de un único tajo aquella criatura lo destripó con desprecio y lo lanzó por los aires. El conde, a la vez que se incorporaba, lanzó un gran tajo circular desde el suelo que a punto estuvo de herir las patas de la murriana. Sin tiempo para recoger de nuevo la espada, recibió un golpe que destrozó su escudo,

el siguiente rasgó la dura piel roja de sircad y el tercer tajo se coló por la fisura, perforándole el pecho. La sangre salía a borbotones, a pequeños estallidos según el corazón de Serlan la emanaba. La gélida sonrisa de la Reina se truncó cuando la esbelta espada del estratego encontró una rendija bajo el gorgal anillado de la guerrera y por allí la atravesó. La dama cayó de espaldas como un árbol al ser derribado. El conde se desmoronó, quedando de rodillas en medio del campo de batalla. Antes de desmayarse pudo contemplar como, de una de las colinas en la retaguardia del enemigo, cientos de puntos diminutos descendían a galope tendido hacia el campo de batalla. Los cascos de los renos y caballos hacían temblar la tierra, los cuernos de los montados resonaban, las banderas ardían, flameantes, en el crepúsculo. Las filas compactas de los murrianos de pronto parecían ser muros de papel. «Sara», masculló Serlan, sonriendo, antes de que sus ojos se cerraran.

Al abrir los ojos distinguió a Leandra, vencida a su lado. El aturdimiento no impidió que se diera cuenta del horrible aspecto de su esposa, reclinada en una silla entre penumbras, agotada por la falta de sueño. Se encontraba en el aposento en el que nació, en la misma cama. Se preguntó si había perdido el conocimiento durante mucho tiempo y no supo distinguir si era de día o la luna viajaba, distante, por el cielo. Al notar el desgarro, el dolor agudo, al ver los vendajes sobre el pecho, empezó a situarse. Alguien se había ocupando de la herida. Rememoró la batalla, el duelo con aquella Reina de párpados violáceos. Si él, el estratego, se encontraba en la vieja Ciudadela, es que las cosas no debían haber ido tan mal.

Una figura salió de las sombras de la cámara. Era Ermengol, que esbozó una breve sonrisa. El conde veía a un hombre muy distinto de aquel que partió de Vamurta, huyendo, y se preguntó si él mismo tanto había cambiado. El médico de palacio pasó la yema de los dedos sobre su frente.

—¿Hemos vencido? —murmuró Serlan.

—Esa pregunta tiene una respuesta que se bifurca en muchas.

—¿Entonces? No veo a ningún murriano en esta habitación.

—Están acampados alrededor de la ciudad, aunque son bastantes menos.

El hijo de Ermesenda se alarmó e intentó incorporarse. Ermengol se lo impidió.

—Tenemos cientos de prisioneros y veintiuna Reinas en nuestro poder. No nos van a atacar esta noche. La batalla concluyó en tablas, por así decirlo, pero es tal su superioridad en número que todavía podrían hacernos daño.

—Veintiuna Reinas, es inaudito…

—Lleváis tres días durmiendo, amigo mío, y hace dos que empezaron las deliberaciones, frente a las puertas de oriente. No van bien. No digáis nada, os agotaréis. Los pueblos del oeste están desesperados como jamás lo habían estado. Creo que conocéis las razones. Los hombres blancos desembarcaron en las costas del Mar de Istal. Son los primeros, tan solo. Por eso no ceden. Quieren que abandonemos la ciudad, que otra vez crucemos el Mar de los Anónimos.

Al querer preguntar más, Serlan De Enroc sintió que la debilidad lo dominaba. Se sintió aplastado. Apenas era capaz de respirar. El alma se estremecía por la suerte de la ciudad y de todo aquello que representaba. En su interior crecía una contradicción nueva. Cómo la vida se escapaba a cada exhalación, cómo todo lo vivido se iba para quedar esparcido y varado en otra playa, en un lugar que no conocía, mientras que el alma se angustiaba por el incierto destino de los vivos.

—Ermengol, ¿me has escondido algo alguna vez? —preguntó con gravedad—. Y ahora tampoco. ¿Cuánto tiempo, cuánto me queda?

El antiguo sacerdote se sentó a su lado, sobre la cama, y mirando el techo, respondió: —Algunas jornadas más, menos que una luna. —Suspiró, y mirándolo a los ojos añadió—: Debéis dormir.

—¿Leandra lo sabe?

—Leandra lo sabe todo y lo que no sabe, lo intuye. Descansad, os lo ruego.

Despertó de nuevo con el sol en lo alto. Alguien había corrido las pesadas cortinas por las que entraba a raudales la luz blanca del mediodía. La chimenea de la cámara estaba encendida. Leandra lo vigilaba, con el niño en brazos, e intentaba parecer optimista. Serlan De Enroc la miró con dulzura. Hizo un gesto para que le acercara al retoño. Besó la pequeña frente redondeada, oliendo la calidez embriagadora de su hijo. Un sirviente le ofreció una copa de plata con agua, que bebió a pequeños sorbos.

—¿Quieres que te traiga un poco de caldo? —preguntó Leandra—. Te sentará bien.

El conde negó con la cabeza. Quería decirle que se marchaba, que no volvería, pero no sabía cómo hacerlo. Volvía a la realidad lentamente, dejando atrás un sueño que se adhería a los pensamientos, que se negaba a desaparecer por completo. Había sido un buen sueño, un sueño de esperanza para alguien que se moría. Quizá fueran las medicinas de Ermengol, que borraban el dolor y lo trasladaban a lugares bellos en los que se podía vivir sin el temor de una guerra, sin hambre, sin miedo.

—¿Siguen los murrianos frente a la ciudad?

—Siguen aquí, sin prisa por marcharse —repuso Leandra.

Cerró los ojos un instante. ¿Cómo anunciarle lo que ya sabía? Dejarla a ella y a tantos, hasta a su propio hijo, en una ciudad cuya suerte pendía de un hilo, de un cambio en la dirección del viento. Le pareció que no podía ser.

—¿Señor…? —Ermengol había entrado en la habitación. El cráneo rapado relucía bajo los rayos del sol. Hasta cierto punto semejaba estar alterado. O más bien contento. —Unos amigos han venido a veros. He hecho una excepción y les he permitido pasar.

Dos figuras aparecieron en la puerta y se aproximaron a la cama con pasos contenidos. A medida que pasaban de las penumbras al corte de luz que bañaba el aposento, se perfiló un vesclano de edad al que le faltaba un brazo y un murriano esbelto y lleno de vida.

—¡Icet, Aldier! —exclamó Serlan—. Sed bienvenidos a vuestro hogar, aunque el momento sea sombrío.

Uno detrás del otro se inclinaron sobre la cama para besar a su amigo y capitán, en un gesto infrecuente.

—Para los momentos sombríos, lo mejor son amigos oscuros y taimados —bromeó el noble Icet.

—¿Conocéis bien cuál es la situación? —dijo el estratego, sin abandonar la postración en cama. El timbre de voz del conde era el de un moribundo.

—Para tratar con la nobleza murriana, ¿qué mejor que un murriano renegado y repudiado por su pueblo? —se preguntó Aldier, esbozando una mueca.

Serlan De Enroc no contestó. Con muda satisfacción miró a ambos y sintió una dicha profunda. Empezaron a deliberar sobre el delicado tránsito en el que se hallaban. El hijo de Ermesenda les contó aquel sueño, con las pocas fuerzas que le quedaban. Cuando todos se retiraron, el estratego pidió a Ermengol que se quedara un momento a solas con él.

—Ya lo ves, amigo mío, soy incapaz de susurrar unas pocas palabras seguidas —El médico asintió, sin contradecirlo—. Tú has vagado por los límites, has vuelto de un lugar del que muy pocos pueden hablar. Usa tus conocimientos, aunque sean arcanos o sea nigromancia. Dame fuerzas. El tiempo que va desde la madrugada hasta el cenit, no pido otra cosa, en el que pueda volver a ser el que fui. Una ráfaga, mañana.

El amigo meditó la respuesta. Al fin dio una contestación: —Sabéis el precio. No resistiréis mucho, si volvéis, ni que sea una mañana, de lleno a la vida.

—¿Sabéis que decía mi madre, Ermesenda? Que los sacerdotes y los dioses son armas para mantener…

—¿No queréis ser recibido por los dioses? Lo cierto es que poco

habéis apoyado al clero.

—Lo sé, lo sé —balbuceó Serlan—. Tampoco he prohibido ningún culto. Qué más da ahora, somos de lugares muy distintos en esta ciudad.

—No tengáis ninguna duda, Serlan De Enroc. Onar os dará la bienvenida con los brazos abiertos —sentenció Ermengol—. Os daré lo que pedís.

La brisa de la mañana movía la puerta de la gran tienda blanca levantada frente a las puertas de oriente de Vamurta. El sol volvía a brillar en el cielo, calentando el aire frío del otoño. Dos golondrinas se perseguían sobre aquel gran toldo azul, las últimas. Nadie entendía por qué todavía no se habían marchado. Sara de Artá escuchaba, tensa, las explicaciones del veterano diplomático murriano que no llevaban a ninguna parte. Dilaciones y más dilaciones. Dasteo se desesperaba en silencio. El diplomático exigía, con voz lánguida, a cambio de nada. Las negociaciones no habían avanzado ni un ápice. Intervino Lateas, el más sereno de los representantes del ejército del dragón rojo. Expuso razones para que los murrianos retiraran el poderosísimo ejército que tenían acampado a menos de un tradio de las murallas. Insinuó contraprestaciones, dejó escapar una posible división de la Marca oeste. Pero las palabras fueron en vano. Las cinco Reinas que asistían a los debates nada querían saber de todo aquello. El único que no mostraba su opinión era uno de los diez comandantes que las acompañaban, ataviado con una armadura de cuero negro con delicados protectores de plata. Precisamente aquel que mejor se había expresado en la lengua de los grises. Las Reinas negaban cualquier acuerdo que no fuera dejar partir a hombres grises, rojos y vesclanos sin represalias, de vuelta a las colonias, tras vaciar la urbe. En lo único en que se mostraban abiertas era en conceder ciertos privilegios a los pueblos del mar y a los hombres de cera. En ese punto, un murriano entró en la tienda, levantando la tela de la puerta para dejar pasar a unos hombres grises que portaban una pequeña litera.

—Gracias, Aldier —dijo Serlan, que intentaba incorporarse.

Murmullos de sorpresa se escucharon entre los delegados del oeste, y entre las propias gentes del estratego, que no lo esperaban.

—¿Qué hace este murriano aquí? ¡Es un traidor, fuera! —se indignó el diplomático de pelo azulado, que hasta aquel momento no había perdido la compostura. El comandante de la armadura negra lo hizo callar, dando un paso adelante.

—Hermano… —susurró Aldier, tan descolocado que no fue capaz de disimular la emoción.

—Aldier, mi hermano de sangre. Creí que habías muerto, hace

tanto, pero…

Las Reinas se dirigieron hacia el conde, obligando a guardar silencio a todos. Desde la distancia, le dieron una leve muestra de respeto, a la que el hijo de Ermesenda correspondió. Aldier, recuperando el papel que tenía asignado, anunció a Serlan De Enroc, en su lengua materna. Icet, con su único brazo útil, desplegó sobre la mesa de negociaciones un gran mapa que abarcaba los límites de aquel mundo en guerra, desde el Mar de los Anónimos hasta el de Istal. Serlan, con suma lentitud, consiguió ponerse de pie para tomar asiento frente a aquella amalgama de líneas de colores y símbolos tatuados sobre el pergamino, la tierra que tan bien conocía. Su mano se deslizó desde Vamurta hasta los límites de la Marca Oeste, la antigua frontera entre ambos pueblos fijada por el río Nalimbet que partía la llanura.

—Aquí. Es aquí donde fundaremos una nueva ciudad —dijo, mostrándose afable—. Todavía no tiene nombre, y los nombres son importantes.

En aquel momento se pudo oír la tela dura de la tienda dando unos suaves golpeteos.

—Una ciudad que, como Vamurta, será para todos —prosiguió el estratego—. Debe tener un gran foro, que sirva también como mercado. Será gobernada por las razas, sin distinciones, y desde ella partirán fuertes ejércitos para socorrer tanto a los que habiten en el Mar de los Anónimos como en el de Istal. Nadie se quedará al margen, frente a sus puertas. Todos podrán entrar en ella —afirmó, y mirando a la delegación murriana, añadió—: Volveréis a vuestras moradas. Algunos os quedaréis aquí para ayudarnos a organizar a las tropas que reforzarán vuestra capital. Sabemos que pronto perderéis la costa del oeste. Eso sería el principio del fin, ¿no es acaso cierto? —Aldier iba traduciendo las palabras de su amigo y capitán, con voz alta y fuerte —. ¿Qué conseguiréis emigrando a Vamurta? Nada, ganar un poco de tiempo. —Calló, cansado. Dio la sensación de que estaba a punto de desplomarse sobre el mapa, sobre los valles y bosques tintados, sobre los hilos azules de los ríos—. ¿Qué nombre le podemos dar a esa nueva ciudad?

Una Reina habló, tras consultar rápidamente con las otras. El comandante Dúrtica, altivo, enfundando en el peto negro, tradujo la pregunta: —¿Qué garantías tenemos de que todo esto no sea una trampa?

El conde movió la cabeza. Icet salió afuera. Al principio, nada ocurrió. Poco después empezó a percibirse un tumulto. Miles de pasos, voces y gritos de júbilo, como si de pronto hubiera estallado una festividad que los del interior de la tienda hubieran olvidado. Una Reina cruzó el umbral, una de las que habían sido hechas prisioneras.

No dijo nada, pero con un gesto de manos, la giganta indicó que las cadenas habían sido rotas. Dúrtica se acercó a Aldier, sin saber si abrazarlo y llorar con él o no.

Serlan De Enroc, acompañado de Sara, que le sostenía la mano, abandonó la tienda en litera. Se sentía como si tras madrugar y trabajar en exceso, necesitara dormir largamente. Leandra, que lo esperaba afuera, lo besó en los labios. Miró a ambas. Miró a la joven capitana, a la niña que por azar un día salvó y, de algún modo, cambió su destino. En dirección contraria, a medida que avanzaban hacia la ciudad, iban cruzándose con los cientos de prisioneros liberados, sonrientes y todavía atónitos por aquel giro inesperado de su suerte. Los párpados de Serlan iban cerrándose, entre los bramidos y la alegría general. Quería despedirse, decir a Sara y Leandra que fueran generosas. Se sentía sin fuerzas y al mismo tiempo en paz. Tenía la sensación de que la larga pesadilla que habían sido las últimas estaciones se desvanecía. Las miró, sonriendo, agradecido. Sus labios se abrieron por última vez, dejando escapar una bocanada de aire. Un sol radiante iluminaba los valles y las playas blancas de Vamurta.

****

Ermengol, solemne, las había acompañado hasta la portezuela que daba acceso al último nivel del castillo. Desde allí podrían divisar el mar azul, la fina línea de la costa y el cielo pálido sobre el laberinto de tejados y chimeneas.

Solas en la azotea de la torre, Leandra y Sara se encararon a la pira funeraria. Allí descansaría eternamente un hombre que había cambiado el mundo, alguien que lo había sido todo para ellas, hasta la misma razón de existir. Leandra se apoyó sobre un merlón de piedra, mirando al infinito sin decir nada. En su rostro no quedaba rastro de vida. Sara encendió la antorcha en uno de los braseros del suelo. En las calles se percibía un silencio herido. Miles de cabezas atentas, miles de ojos mirando hacia la alta mole negra en la que en cualquier momento se vería una llamarada que cerraría un ciclo y abriría uno nuevo. Lejano, en el cielo, volaba un halcón solitario que parecía jugar con dos veloces golondrinas.

A buen seguro, muchos llorarían la muerte del hombre que les devolvió la tierra, el hogar. En algún lugar, entre el gentío, Aldier viviría aquel momento con el alma rota, junto con Lateas, Dort, Eszul, incluso el noble Icet sentiría que perdía algo. Dasteo Cenrala lo añoraría, como tantos otros. La joven se acercó a la leña seca, levantó

los ojos húmedos y dijo con voz emocionada y clara a la vez: «has sido maestro y soldado. Alguien que ha construido algo mejor que lo que encontró, pero para mí, Serlan De Enroc, para mí has sido el mejor amigo. Al amanecer y en cada atardecer, me acordaré de ti».

Las llamas se elevaron hacia el cielo infinito. Se escuchó un ahogo, como si de repente en toda Vamurta faltara el aire. Luego se oyeron los primeros lamentos hasta que la ciudad fue un plañido que esparcía un quejido monótono. Sara lloraba apoyada sobre Leandra, incapaz de contenerse. Al cabo de un rato se separó de ella, algo había captado su atención. Abrió los ojos, al fin, y miró hacia abajo. La ciudad estaba fracturada tras el asedio. Debían reemprenderse los trabajos y no se sabía hasta cuando duraría el grano almacenado para tantas bocas. Los campos debían ser roturados, las nuevas semillas depositadas. Había que pensar en los pactos suscritos con los murrianos. Tantas vidas, eran miles los que esperaban, hambrientos y esperanzados. Había tanto por hacer, ¡tanto!